

OBRAS

DE

LOPE DE VEGA

PUBLICADAS

POR LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

(NUEVA EDICIÓN)

OBRAS DRAMATICAS

TOMO IX



MADRID
Tipografía de Archivos. Olózaga, 1.
1930

OBRAS

DE

LOPE DE VEGA

OBRAS

DE

LOPE DE VEGA

PUBLICADAS

POR LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

(NUEVA EDICIÓN)

OBRAS DRAMATICAS

TOMO IX



MADRID
Tipografía de Archivos. Olózaga, 1.
1930

PRÓLOGO

Comprende este volumen veinte comedias de Lope de Vega. Hay alguna completamente desconocida hasta ahora en la lista bibliográfica del gran dramático (*El Sastre del Campillo*), y otras definitivamente incluídas entre las suyas, disipadas las dudas de su atribución (*La selva confusa, El satisfacer callando* y *El silencio agradecido*). Dos se reproducen según los manuscritos autógrafos (*Quien más no puede* y *El sembrar en buena tierra*).

Una se basa en leyenda de santos (*Púsoseme el Sol...*), otra en hechos históricos de nuestra Edad Media (*El Sastre del Campillo*), y las demás son obras de enredo o de costumbres, bien cortesanas, bien escolares.

Su valor literario es muy diverso, destacando, a nuestro juicio, las tituladas *Púsoseme el Sol...* y *El sembrar en buena tierra.*

Procuraremos dar idea sucinta de cada una de ellas.

I.—Púsoseme el Sol, salióme la Luna.

El texto que reproducimos está en la supuesta *Parte XXIX de Comedias de Lope de Vega* (1), añadiendo las variantes que contiene

---

(1) Este volumen está descrito por don Emilio Cotarelo en el tomo V de esta Colección de Obras de Lope de Vega, pág. 5, en esta forma:

"Es un volumen facticio, compuesto de varias comedias sueltas y dos que pertenecieron a una *Parte* hoy desconocida, pero al cual se ha puesto una falsa portada que dice:

Doze Comedias de Lope de Vega Carpio Parte veynte y nueue (Diez floroncillos). *Con licencia. En Guesca, por Pedro Luson. Año de 1634.* En 4.º

En la hoja segunda lleva los "Títulos de las Comedias", sin nombre de autor, por este orden: 1, *La Paloma de Toledo;* 2, *Donde está su dueño no está su duelo;* 3, *Querer más y sufrir menos;* 4, *Los Mártires de Madrid;* 5, *La próspera fortuna de don Bernardo de Cabrera;* 6, *La Aduersa fortuna de don Bernardo de Cabrera;* 7, *Las*

el manuscrito núm. 16.986 de la Biblioteca Nacional de Madrid (1) No nos ha sido posible encontrar ahora en la Biblioteca Nacional la *Parte XXVI, extravagante,* de Zaragoza, 1645, donde figura la comedia, según Rennert y Castro (2) y Menéndez y Pelayo (3). Como de Lope y en edición suelta se conserva en el British Museum.

En el ejemplar de la *Parte XXIX, extravagante,* que guarda nuestra Biblioteca Nacional, se atribuye por un anotador manuscrito anónimo a Andrés de Claramonte. Esta misma atribución daba La Barrera, siguiendo a Medel, aunque Medel da como de Lope una come-

---

Mocedades de Bernardo del Carpio; 8, *Púsoseme el Sol, salióme la Luna;* 9, *El Cerco del Peñón de Vélez;* 10, *El Cautivo venturoso;* 11, *Un gusto trae mil disgustos;* 12, *El Hombre de mayor fama.*

A la vuelta dice: "Licencia. Tiene Pedro Luson (no Bluson) licencia para que por una vez pueda imprimir doce comedias, que intitula parte veynte y nueue, de Lope de Vega Carpio. Dada en Guesca, a 10 de Março de 1634. Doctor Martín Damasceno."

"No me esforzaré en probar que esta licencia es apócrifa, como las demás preliminares, porque lo demuestran la falta de privilegio, aprobaciones, tasa y erratas; el nombre de Pedro Lusón (que no ha existido), el modo de escribir *Huesca* y otras circunstancias que irán saliendo, ya que este tomo, uno de los más importantes de la bibliografía dramática española, y además único, no es todavía bien conocido.

La primera comedia lleva la numeración desde el folio 121 y termina en el recto del 140, con la vuelta en blanco. La segunda va del folio 58 al recto del 81 y la vuelta en blanco, sin reclamo...

Las demás comedias son sueltas y pertenecen a familias diversas algunas; pero la 4.ª, 6.ª, 8.ª, 10, 11 y 12 parecen de la misma imprenta por los adornos, en especial el de las cabeceras. Las 3.ª y 5.ª son semejantes entre sí; la 9.ª difiere algo de las anteriores."

(1) El manuscrito 16.986 de nuestra Biblioteca Nacional contiene:

Guarda.—"Primera jornada de Santa Teodora."

Texto.—"Púsoseme el Sol, salióme la Luna."

Comedia famosa de Lope de Vega Carpio. Hablan en ella las personas siguientes."

Al fin de la jornada 1.ª (19 folios, foliación moderna):

"Estrena esta comedia Alonso Caballero con su Compañía en la villa de Alcázar a 15 de junio de 1642. Quiera la fortuna no la yerre Alcocer, como las demás, por no tenerlas estudiadas."

Al fol. 20 vto.: "Por comisión del Sr. Vicario general he visto esta comedia y se puede representar. En Zaragoza a 23 de Noviembre 1655. El Licenciado Joseph Ibar."

La jornada 2.ª acaba al fin del fol. 39.

La jornada 3.ª está falta al principio de un folio. Empieza con los versos: "de la culpa *que* le da / que la que fué sin decoro...", hasta el fol. 58.

Tiene señales de pasajes acotados para suprimirlos, con las palabras al margen "no, no"; y a veces "si, sí", como rectificando. Otras veces se ven nombres: "Salazar, Villarroel", que serían los cómicos.

(2) *Catálogo de las comedias de Lope de Vega* en su *Vida de Lope de Vega.* Madrid, 1919, pág. 511.

(3) *Estudios sobre el teatro de Lope de Vega,* Madrid, Suárez, 1919, tomo I, página 281.

dia titulada *Santa Teodora,* que La Barrera y otros han confundido con el *Prodigio de Etiopía.* Pero Chorley, en las adiciones manuscritas a su catálogo, hace la siguiente observación, que Menéndez y Pelayo, juzgándola atinadísima, la reproduce, y de él Rennert y Castro: "No me parece absolutamente cierto ser esta la pieza que se cita con el título de *Santa Teodora.* Verdad es que hay en ella una Teodora, de quien se dice que en lo futuro será reputada por Santa, pero en la comedia no llega a serlo, y se ha de advertir que *el prodigio de Etiopía* no es ella, sino un negro prodigioso, cuyos extremos y atrevimientos forman el asunto principal de la obra. Me parece, por lo menos, posible que Medel citase bajo ese título la comedia de Claramonte *Púsoseme el Sol, salióme la Luna, Santa Teodora,* que va con el nombre de Lope en la parte veintinueve de *diferentes autores,* y corre también suelta como suya, y cuyo asunto es la vida de dicha santa."

Si se analiza, aunque sea ligeramente, esta comedia, pronto se llega al convencimiento de que no puede ser más que de Lope, y para mi gusto una de las más bellas del coloso. La versificación, suelta y flúida, abunda en toda clase de metros, siendo muy frecuente el empleo de cantarcillos populares, tan del gusto del Fénix (págs. 1, 20, 23 de nuestra edición). Octavas reales impecables (págs. 2-3), romances fáciles y ligeros (págs. 3-4, 8-9), redondillas, quintillas, décimas, romancillos cortos (págs. 12, 28, 34), soneto, que rara vez falta en las comedias de Lope (pág. 10), hasta estrofas de estructura poco corriente, como las que empiezan la jornada segunda (pág. 13), exigen una pluma mucho más bien cortada que la de Claramonte. Por otra parte, las alusiones mitológicas frecuentes (págs. 3, 16, 35), en las que no se olvida a Faetón; el discreteo de palabras con doble sentido (pág. 5); la reminiscencia del horaciano *Beatus ille,* que tantas veces parafraseó Lope (pág. 7), o la versión libre del psalmo *De profundis* (pág. 30); las alusiones burlescas a los cultos (pág. 17), sin perjuicio del empleo de figuras y giros indudablemente culteranos (págs. 3, 8, 11, 25), circunstancias son todas que inclinan al ánimo a la decidida atribución a Lope de esta hermosa comedia, que como suya dan textos impresos y manuscritos.

La *Vida de Santa Teodora Alejandrina penitente* pudo conocerla Lope a través del *Flos Sanctorum* de Rivadeneyra (1599-1601) o de la misma obra de Alonso de Villegas, tan reproducida, con adiciones y enmiendas sucesivas (1).

---

(1) Creemos con Menéndez y Pelayo que en estas dos fuentes se inspiró Lope principalmente para las comedias de santos. Pudo, no obstante, conocer la *Hagiografía y vida de los Santos,* del doctor Juan Basilio Santoro (Bilbao, 1580), autor del curioso y raro libro *El Prado espiritual,* o el *Compendio de vidas de los Santos,* de fray Francisco Ortiz Lucio (1597).

Véase el texto de la vida de Santa Teodora según el *Flos Sanctorum* del padre Rivadeneyra, en el día 2 de septiembre (1):

---

(1) Copio de la parte 5.ª, meses de septiembre y octubre, por la edición de Madrid, Agustín Fernández, 1716, págs. 14-20.

Para que el lector pueda comprobar cómo iban evolucionando las leyendas de los santos, doy a continuación el texto de la misma vida, según Pedro de Natalibus, a principios del siglo XVI:

"De Sancta Theodora monacha.

"Theodora monacha apud Alexandriam claruit tempore Zenonis imperatoris. Hec nobilis et speciosa virum habuit et divitem et Deum timentem. Cuius sanctitati diabolus invidens virum quemdam divitem in illius concupiscentiam incitavit, qui eam crebris nunciis et muneribus molestavit. Sed cum ipsum omnino contemneret et peccatum abhorreret, tandem per quamdam mulierem ei missam illam decepit; quae puelle suasit, quod Deus, quicquid occidente sole commiterit, minime intuetur. Cuius suasioni puella prebens assensum virum ad se nocte introire permissit et voluntate eius complevit. Statimque ad se rediens amarissime flebat: eo quod ipsa conscientia remordebat. Quam vir eius nimium fleutem consolari studebat; sed illa nullam consolationem recipere curabat; causam autem fletus eidem nullatenus indicare volebat.

"Mane autem facto quoddam monasterium monialium adiit, et abbatissam interrogavit, an Deus quoddam grave delictum, quod diu advesperascente commiserat, scire posset. Cui illa respondet quod Deo nihil absconditur et quod Deus videt quicquid quacumque hora committitur. Rediens ergo domum quadam die, cum vir suus abesset, comam suam precidit et vestimenta viri sui assumens, ad monasterium monachorum; quod pro XVII miliaria civitate distabat, accessit, et ut ibidem in monachum reciperetur obtinuit. Interrogataque de nomine dixit se Theodorum nuncupari. Ibi ergo offitia omnia humiliter faciebat, et eius ministerium omnibus gratum erat.

"Post aliquos annos abbas Theodoro iussit ut boves iungeret et oleum de civitate deferret; vir autem eius plurimum flebat, timens ne cum viro aliquo accesisset. Et ecce angelus domini ipsi dixit ut mane surgeret et in via quae dicitur Sancti Petri staret, et coniugem obviam haberet. Quod cum fecisset, Theodora cum camelis venit et virum recognoscens, sed ab ipso incognita, illum salutavit. Cum autem ille diutius expectasset et se deceptum clamaret, facta est vox ad eum et quod ille ipsem pridie salutaverat uxor sua fuerat. Tante autem sanctitatis Theodora fuit ut multa miracula faceret. Nam et hominem a bestia laceratum eripuit, et suis precibus suscitavit. Ipsamque bestiam maledixit, quae subito mortua corruit.

"Diabolus autem sanctitatem eius non ferens eidem apparuit et eam de commisso adulterio duriter increpavit ut illam ad desperationem provocaret. Quae signum crucis edidit et mox demon evanuit.

"Quadam vice dum de civitate cum camelis rediret et in quodam loco hospitata fuisset, puella ad eam venit ut secum concumberet illam putans esse virum. Quae cum respueret, ivit ad alterum in ipso hospitio iacentem et cum eo dormivit et de illo concepit. Cum autem venter eius intumuisset, interrogata dixit se de Theodoro concepisse. Natum igitur puerum ad abbatem transmiserunt; qui cum Theodorum increparet et ille sibi indulgeri peteret, scapulis sancte puer imponitur et a monasterio eiicitur; quae per VII annos extra monasterium mansit, et de lacte pecorum infantem nutrivit.

"Diabolus autem in specie viri sui eidem apparuit et ut ad se rediret multis blanditiis persuasit; quae cum orasset, demon statim evanuit. Alia quoque vice demones ad eam in specie multarum ferarum venerunt, et eam diris clamoribus et insultibus terrare voluerunt; sed oratione fusa confestim ab ea discesserunt. Altera vice multitudo militum

"Siendo Emperador Zenón, nació en Alejandría una mujer de padres nobles y ricos, dotada de grandes virtudes, la cual, siendo de edad, se casó con un caballero igual suyo, y vivieron en el matrimonio con gran paz y conformidad: llamábase Teodora; era muy amada y estimada del marido, porque le era muy obediente, muy amorosa y bien acondicionada, y por las muchas y grandes virtudes que resplandecían en ella, por las cuales, y especialmente por su rara honestidad, era muy querida y reverenciada de todos. Tuvo el demonio envidia de tanta bondad y determinó hacer cruda guerra a la que vivía en tanta paz con su marido. Instigó a un mozo de buenas partes y rico que se aficionase a Teodora; encendióle con llamas y estímulos de concupiscencia, abrasándole las entrañas cuando pensaba en ella. Rendido el pobre mozo a su loca pasión, procuró atraer a su voluntad a Teodora con blanduras, promesas y presentes, y con todo lo que el amor ciego en semejantes ocasiones suele ofrecer. Ninguna cosa aprovechó para que Teodora quisiese consentir en su mal deseo, ni aun mirarle; porque como era mujer tan honesta y tan cristiana, tenía a Dios delante y la lealtad que debía a su marido. Viendo, pues, el mozo perdido que no

---

veniebat, quos princeps precedebat et eum ceteri adorabant; quae cum similiter ab illis invitata ut eorum dominum adoraret, illa quod Deum se adorare velle diceret, ipsa ante principem adducitur et flagellis usque ad mortem ceditur. Set dum constanter perseverasset, omnis illa turba demonum ab ea depellitur. Alia quaque vice aurum multum repperit, deinde canistrum omni ciborum genere referium invenit, sed signo crucis edito utrumque evanuit.

"Post annos VII abbas eius patientiam consyderans ipsam cum puero in monasterium introduxit; ubi cum duos annos laudabiliter peregisset, una cum puero se in cella reclusit: quem postquam omnibus sanctis monitis erudivit, spiritum tradidit, puerque plurimum flere cepit. Eadem nocte abbas per visionem aspexit quod nuptie maxime parabantur et mulier gloriosa et immenso lumine circundata in medio sanctorum onnium portabatur et in lectulo iocundissimo ponebatur.

"Audivitque vocem quod mulier illa Theodorus erat; qui falso de puero accusatus fuerat. Excitatus abbas cum fratribus ad cellam ivit, et iam illam defunctam invenit; quam discoopertam feminam invenit. Misitque abbas pro patre puelle, quae ipsam infamaverat, et illam ei mulierem esse dixit, et ad oculum indicavit, illeque de falso crimine cum filia pniam (poenitentiam) egit. Angelus Domini etiam abbati dixit ut equum conscenderet, et quemcumque sibi obvium ad monasterium secum adduceret; qui dum pergeret, eidem vir Theodore occurrit, et abbati coniugem suam obisse asseruit; cuius transitum domino revelante didicerat, et eam ad videndam pergebat, quem abbas in suo equo assumpsit et ad monasterium suum deduxit. Venientes quoque ambo plurimum fleverunt, et Theodoram sepultare tradiderunt XVI cal.s Augusti. Vir autem eius cellam Theodore accepit et ibidem in sanctitate vite permansit. Puer quoque Theodore nutricem imitatus omni morum honestate claruit, ita quod abbati defuncto in monasterii regimine successit."

(*Catalogus Sanctorum ex diversis ac doctis voluminibus congestus,* a reverendissimo in Christo patre domino Petro de Natalibus de Venetiis, Dei gratie episcopo Equilino, ac iam denuo accurate revisus. Anno M.D.XXI. Libro VI, cap. 109.)

le sucedía a su propósito aquel negocio, tomó por medianera a una vieja hechicera y endiablada, para que le sirviese de tercera, y acabase con Teodora, por medio de sus palabras venenosas, lo que él por otros tantos medios no había podido alcanzar. Dijo tantas cosas la perversa vieja a Teodora, que con sus falsas razones la engañó y pervirtió para que consintiese; y en efecto se cometió el adulterio, y luego dél se siguió lo que suele del pecado, que es vergüenza, arrepentimiento y dolor. Este fué tan grande y atravesó de tal manera (como un cuchillo agudo) el corazón de Teodora, que si Dios no la tuviera de su mano, fácilmente cayera en desesperación.

"No le sirvió aquel pecado de eslabón para otro pecado, sino para penitencia y corrección, porque había nacido de flaqueza y engaño, y no de malicia y mala voluntad. Comenzó a andar triste y desconsolada y afligida, y el marido, que la amaba tiernamente, y no sabía la causa de aquella novedad, procuraba con caricias y regalos alegrarla y recrearla; mas como la llaga estaba en las entrañas y el corazón tan lastimado, ninguna cosa que hacía el marido era parte para consolar a la pobre mujer. Parecióle que había ofendido a su Dios y deshonrado a su marido y perdido el buen nombre que en la ciudad tenía, y que un infierno era poco para ella; y corrida y afrentada en sí misma, no osaba alzar los ojos al cielo. Finalmente, cavó tanto este sentimiento en Teodora que, movida del Señor, se resolvió de pagar la culpa de aquel pecado con cadena perpetua, y con una penitencia rigurosa de toda su vida. Para esto, sin que nadie lo entendiese, se vistió de hombre y se fué a un monasterio de monjes, que estaba como seis leguas de la ciudad de Alejandría, donde con grande humildad y disimulación de quien era, suplicó al Abad que le admitiese en aquel convento, para servir en él más al Señor.

"Hiciéronla aguardar, para prueba de su constancia, toda aquella noche fuera de la puerta del monasterio al sereno, y no con pequeño peligro de ser despedazada y comida de las bestias fieras; y a la mañana, vista su constancia, la admitieron, declarándole lo que había de hacer en aquella santa casa, la regla que había de guardar, y cómo había de obedecer y servir a todos en los más bajos y viles oficios, y tener cuenta con la huerta y traer agua y hacer todo lo demás que fuese menester en el convento y fuera dél; y no por eso olvidarse del ayuno, oración, horas canónicas, y otras obras penales, en que los santos monjes se exercitan. Todo lo aceptó Teodora con gran voluntad y todo le parecía poco por satisfacción y castigo de su pecado. Exercitóse ocho años en todos los oficios bajos de la casa y en lo demás que habemos dicho, con tan grande fervor y espíritu del cielo, que ponía admiración a los otros monjes. Mas cuando el marido echó menos a su mujer, no se puede fácilmente creer las olas y pensamientos varios que embistieron su

corazón, porque ni sabía adonde se le había ido, ni la causa porque había desaparecido; y por una parte temía que no fuese alguna liviandad, y por otra se aseguraba con la honestidad y recato que siempre había conocido en su mujer. Estando en esta congoja muy fatigado y lloroso, pidiendo a Dios que le descubriese dónde estaba Teodora, le apareció un ángel, que le dijo que la mañana siguiente fuese a la iglesia de San Pedro Apóstol y que allí mirase atentamente el rostro de la primera persona que se le pusiese delante. Mandó el Abad a Teodora que fuese con los camellos a la ciudad a comprar aceite, que faltaba en el convento. Fué y encontróse a la puerta de la iglesia de San Pedro con su marido; saludáronse los dos, y ella le conoció y no fué de él conocida, porque como la vió vestida de hombre, y de monje, y tan trocada y atenuada en el gesto con los ayunos, no cayó con su imaginación que podía ser ella, especialmente que se había olvidado (por permisión de Dios) de lo que el Angel le había dicho; pero quedó sosegado, entendiendo del mismo Angel, que le volvió a aparecer, que su mujer estaba en salvo, y no había echado por mal camino.

”Pero Santa Teodora, no contentándose de la vida común de los otros monjes, aunque era tan austera, y ella la hacía con suma exacción, siempre añadía nuevos rigores y nuevas asperezas de ayunos y de otras penitencias para macerar su cuerpo y vengarse dél por la flaqueza que había cometido. Dióse tanto a la abstinencia, que vino a no comer sino una vez cada semana, trayendo a raíz de sus carnes un áspero cilicio, pareciéndole todo poco para su pecado. Mas resplandeciendo Teodora con tan grande ejemplo y santidad, el demonio, que llevaba muy mal el ser vencido de una mujer, a quien él al principio había rendido y derribado, viendo que no le sucedían los medios secretos y ocultos que había tomado para hacerle guerra, se le apareció un día y le amenazó que la había de perseguir y acosar, hasta que cayese, y luego buscó la ocasión para hacer lo que aquí diré: Mandó el Abad del Monasterio a Teodora que fuese con los camellos a la ciudad por trigo, y que si no pudiese volver a tiempo, que se quedase aquella noche en un monasterio, que estaba en el camino, llamado Nono. Hízolo así Teodora, y por ser ya de noche, quedóse en el convento y fuése a dormir al establo donde estaban sus camellos. Instigó el demonio a una moza, que le vió, y creyó que era hombre, para que se enamorase dél y le solicitase a mal. Y como no hallase entrada para lo que quería, y estuviese abrasada del fuego infernal de su concupiscencia, juntóse con otro pasajero de los que allí estaban y concibió dél; y creciéndole el vientre, y siendo preguntada de quién había concebido, dijo que del monge Teodoro en el monasterio Nono, señalando la noche y el lugar de aquella maldad. Los monges que esto oyeron, acudieron al monasterio donde estaba Teodoro y dieron parte del caso al Abad y a los otros monges, y después que

parió la mujer llevaron el niño que había parido al mismo monasterio, acriminando aquel hecho. Y como Teodora no le negase, por padecer más, el Abad le mandó echar del monasterio con el niño, para que lo criase, como padre, y hiziese la penitencia de tan grave culpa. Salido del monasterio, sustentó al niño con leche de ovejas, y crióle por espacio de siete años, con gran paciencia y alegría, comiendo ella algunas yerbas del campo, y bebiendo un poco de agua, o por mejor decir, las muchas lágrimas que derramaba; y por el calor del sol tenía su cuerpo tan tostado y requemado, que parecía un negro de Etiopía. Pero siempre se quedó pegado al monasterio, en una choza que allí junto había armado, para ser denostada de los monges, que entraban y salían. No contento el demonio con esta tela que había urdido, para tentarla y afligirla más tomaba muchas veces la figura de su marido, y se llegaba a ella, diciéndole los requiebros y dulzuras que solía cuando estaban juntos, y derramaba muchas lágrimas, rogándole que se las enjugase, quitándole la causa dellas y volviéndose a su casa.

"Otras veces venían los demonios a embestir con ella en forma de bestias fieras, u de soldados, y de un ejército en que venía un gran príncipe, que por no haberle querido adorar, le mandó azotar; y los demonios lo hicieron con tanta fuerza y vehemencia, que la dejaron por muerta; y algunos pastores que la vieron, avisaron dello a los monges, para que la enterrasen; pero ella volvió en sí, y hizo oración, suplicando a Nuestro Señor que la confortase, y con esto la dejaron. Pareciéndole al Abad que ya Teodoro había pagado bien el delito cometido con los siete años de tan dura penitencia, lo mandó recibir de nuevo en su monasterio; pero con condición que estuviese cerrado en una celda, sin ocuparse en cosa alguna; y de esta manera estuvo otros dos años. Después de esto oyeron un día a Teodoro, que estaba hablando en voz alta con el niño dentro de su celda; y algunos monjes, a quien el Abad había mandado que estuviesen atentos para oír lo que le decía, le oyeron decir estas palabras: "Hijo mío, ya se llega el fin de mi vida. Yo te "encomiendo a aquel que estando en el cielo es padre de todos los huér-"fanos, y en la tierra al que lo fuere de este monasterio. Tendrás por "hermanos a los monjes dél; no procures ser honrado de los hombres, "sino de Dios, y para serlo, el mejor medio es ser deshonrado en el "mundo, y padecer afrentas y falsos testimonios. Si quieres ser honra-"do, honra tú primero a los otros; aborrece el demasiado dormir, "abraza la aspereza en el comer y en el vestir, y huye de todo regalo. "No te descuides de la oración, ni dejes de asistir con los monjes a las "horas canónicas, así de noche como de día. No acuses a tus prójimos: "cuando te preguntaren, responde con modestia puestos los ojos en el "suelo. No hagas burla de la caída ajena; llora para que seas consolado. "Haz oración por los que supieres que viven mal; visita a los enfermos

"sirve a los monges, como a tus señores. En las tentaciones acude a la "oración y pide al Señor que no seas vencido." Y acabando de decir estas razones, dió su espíritu al Señor.

"Cuando el niño vió muerto al que pensaba ser su padre, y como tal le criaba, comenzó a llorar amargamente; y los monges que allí estaban por orden del Abad, oyendo los documentos que Teodora daba a aquel niño, le avisaron de lo que pasaba; y el mismo Abad aquella noche tuvo una revelación, en que le descubrió Dios la gran gloria que tenía Teodora en el cielo y la penitencia tan extraordinaria que había hecho en nombre de Teodoro. Convocó a sus monjes, declaróles la revelación que había tenido, llevóles a la celda donde estaba el santo cuerpo, avisaron a todos los monges que estaban en aquella comarca, y especialmente a aquellos que habían acusado a Teodoro y dádole por hijo el que no era suyo. Todos vinieron a porfía y reverenciaron el santo cuerpo, y le sepultaron cantando himnos y psalmos, y con las otras ceremonias que usa la Iglesia. También el marido de Teodora, que siempre había estado en tristeza y lágrimas, fué avisado del cielo que su mujer era muerta en aquel monasterio; y yendo a él para verla, se encontró con un monge a caballo, que por orden del Abad del convento le iba a llamar. Vino, vióla, lloróla y pidió con grande instancia que le diesen el hábito de monge y la celda en que había muerto Teodora, en la cual vivió y acabó santamente su vida; y el niño imputado y criado de Teodora, con los santos consejos que ella le dió, se quedó en el monasterio y vivió con tan perfecto ejemplo y religión, que vino a ser abad del mismo monasterio."

....

[Entre los milagros que hizo se cuenta:]

"Que habiendo en un lago cerca de su monasterio un cocodrilo de inmensa grandeza, y tan fiero y cruel que a ninguna persona humana ni a bestia dejaba de acometer y tragar, por grande que fuese, si se llegaba al lago: Teodora, yendo por obediencia de su Abad por un cántaro de agua al lago, con gran seguridad subió encima de la bestia carnicera, y entró en el lago, y salió caballera en él, sin lesión alguna, y de repente reventó aquella bestia horrible, con la admiración de todos los que lo vieron."

[Otro milagro consistió en salvar al Portero del monasterio de otra bestia fiera, que desde el desierto había ido tras Teodora. Otro fué conceder Dios agua a una gran sequedad, por los méritos de Teodora.]

Lope modificó, claro es, la leyenda hagiográfica para darle mayor teatralidad. Suprimió la intervención de la tercera o celestina para lograr la caída de Teodora, y sustituyó hábilmente este personaje con otra joven y hermosa, movida por los celos del marido de Teodora, de

quien estaba enamorada y el cual no le hacía caso alguno: para vengarse de la felicidad de los casados ella logró convencer a Teodora de que dejara entrar por la noche en su casa a Fidelfo, de quien le dijo estar enamorado y, amenazando con suicidarse si Teodora no accedía. El papel de tercera lo interpreta en la comedia una criada, Alcina, a la cual despide Teodora.

En la comedia el arrepentimiento y la huída de la esposa adúltera es inmediato al pecado, y aquella misma noche desaparece, con lo cual da lugar al bellísimo principio del acto segundo, cuando el esposo se encuentra con la ropa de su mujer, y duda la causa de la fuga.

Lope introduce un personaje nuevo, el gracioso Zurdo, que después de engañar a Alcina, se mete a lego en el mismo monasterio donde se recogió Teodora: es tipo de verdadera amenidad, caricatura grotesca de un lego real de la época.

La aparición del ángel al marido de Teodora, diciéndole que vería a su esposa al día siguiente en la iglesia tal, está sustituída por el hallazgo misterioso del papel que dice el cantarcillo: *Púsoseme el Sol...*, y que deja al esposo sumido en gran suspensión y duda.

La calumnia al monje Teodoro de haber tenido un hijo no parte de una mujer instigada por el demonio, sino de la engañada Alcina, que en una noche de eras —preciosa página de la vida campestre— solicita al supuesto monje y, viéndose desdeñada, le culpa de las hazañas que el Zurdo cometiera. También es invención de Lope la aparición de la Virgen a Teodora y su ayuda en la crianza del niño. La vuelta al monasterio en la comedia está determinada por una revelación divina y por el anuncio de los ángeles.

Otras varias invenciones de Lope pueden señalarse: el hecho de escribir en las cortezas de los árboles las palabras *Adúltera fué Teodora*, que al fin son sustituídas por las de *Santa y justa fué Teodora;* el castigo de Fidelfo, el que cometió el adulterio con Teodora, convertido en una especie de bestia salvaje, cuando quería llevarse consigo a la santa penitente. El milagro de matar al cocodrilo que amedrentaba las riberas del Nilo, sirve a Lope para intercalar la salvación de la pérfida Lesbia, la causante del adulterio, quien así se arrepiente y procura volver por la fama de Teodora.

Y toda la leyenda está entretejida por Lope a base de un cantarcillo popular, que se va repitiendo, modificado y adaptado, como *ritornello* de toda la obra:

¡Púsoseme el Sol,
salióme la Luna,
ventura fué grande
ver la noche oscura!,

en que al Sol (Dios), eclipsado por el pecado, sucedió la Luna (la Virgen), interponiendo su piedad para la pecadora.

Otras veces el estribillo se transforma en

Púsoseme el Sol,
salióme la Luna,
¿quién creyera, Natalio,
tan gran ventura?

Para terminar la comedia con esta exclamación del esposo, que queda en la tierra:

Púsoseme el Sol,
salióme la Luna,
mía es la desgracia,
suya es la ventura.

El texto de este cantarcillo, tal como corría popular, parece que era el que Salinas, en sus *Poesías* (I, 112), reproduce bajo el título de *Letra ajena*:

"Púsoseme el Sol,
salióme la Luna,
más me valiera, madre,
la noche escura." (1)

El asunto de la comedia de Lope se reproduce en la titulada *La Adúltera penitente* (Santa Teodora), que conserva manuscrita nuestra Biblioteca Nacional, con el número 14.915. Según el *Catálogo* de don Antonio Paz (2), la comedia es de Moreto, Cáncer y Matos Fragoso, y fué impresa en la parte IX de *Comedias escogidas,* Madrid, 1657. Lleva el manuscrito las aprobaciones de Francisco de Avellaneda (27 diciembre 1669) y de don Fermín de Sarasa y Arce (29 diciembre 1669), al fin de la primera jornada. La última hoja, añadida y de letra diferente del resto del ms., dice: "Fin de la 3.ª jornada de la Adúltera penitente de don Agustín Moreto." La Barrera creía que era de Moreto la segunda jornada.

La misma comedia se conserva en la Biblioteca Nacional (T. 2.622), como obra de tres ingenios: Cáncer, Moreto y Matos; no tiene indicación de fecha, y se anuncia su venta en la imprenta de Antonio Sanz.

De su relación con la obra de Lope dará idea este sucinto análisis de su asunto: Natalio ha comprado la belleza de Teodora; Filipo ama a esta mujer y la sorprende en su cámara. La infeliz Teodora entra en el convento bajo hábitos de hombre: allí se encuentra también Morondo, antiguo criado de Filipo, que sigue haciendo el papel de gracioso, con

(1) Citado por Rennert y Castro, *Vida,* pág. 511.

(2) *Catálogo de piezas de teatro que se conservan en el departamento de Manuscritos de la Biblioteca Nacional,* Madrid, 1899, núm. 50, pág. 13.

sal gruesa; mientras que Filipo, huído a los montes, se dedica al bandolerismo. Teodora profesa la orden del justo Elías, y pasa por modelo de penitencia y santidad. Una mujer de costumbres ligeras, Flora, rechazada por Teodoro, acusa al supuesto fraile de haberla engañado y abandonado con su niño, hijo del pecado: por esto el fraile es expulsado del convento y se retira a una cueva. El bandido Filipo, perseguido por Natalio, se arroja desde lo alto de una montaña, cae a la entrada de la gruta donde Teodoro se ha refugiado, y es convertido por éste. Los dos entran al convento, donde mueren de modo edificante. Y en todo abunda el elemento maravilloso de ángeles, voces celestiales, campanas, etc.

Según Gabriel Boussagol (1), esta obra pudo influír en algún aspecto de la elaboración de *Don Alvaro,* del Duque de Rivas.

Menéndez y Pelayo señaló las escasas relaciones entre esta comedia con otra del propio Lope, *El prodigio de Etiopía* (2).

Añadamos la nota de que en la vida de Santa Marina se ven algunos trazos fundamentales que recuerdan los de Santa Teodora: se trata de una mujer que ha vivido en hábito de hombre en un convento de religiosos, y cuyo sexo no se descubre hasta después de su muerte; a esta mujer también la acusan falsamente de fornicación.

En un ejemplo citado en *La lámpara de Príncipes,* del Tortuxí, cuya traducción acaba de publicar el docto catedrático de Barcelona don Agustín Alarcón (3) se ve un resumen de la vida de Santa Marina, como ya hizo notar don Miguel Asín (4): allí es la hija de un príncipe que abandona secretamente su palacio y vive en un convento vestida de hombre. Falta aquí la acusación falsa de fornicación (5).

II.—Querer más y sufrir menos.

Figuraba esta comedia en el famoso tomo 131 de la Biblioteca de Osuna, hoy perdido, y hemos de contentarnos con reproducirla de la *Parte XXIX de Comedias de Lope,* Huesca, 1634, atrás descrita (6). Es el único texto que nos ha sido asequible; aunque en el Museo Británico

(1) *Angel de Saavedra, Duque de Rivas. Sa vie, son oeuvre poétique.* Toulouse, 1926, pág. 273 y Apéndice XIII.

(2) *Estudios sobre el teatro de Lope de Vega,* ed. V. Suárez, Madrid, 1919, tomo I, pág. 286.

(3) Madrid, Instituto de Valencia de Don Juan, 1930. 2 vols. en 4.º

(4) *Une vie abrégée de Sainte Marine,* en "Revue de l'Orient Chrétien", 1908.

(5) Casos de mujeres disfrazadas de hombres en la vida monástica pueden leerse en Dom J. M. Besse, *Les Moines d'Orient antérieures au concile de Chalcedoine (451).* París, Oudin, 1900, pág. 65.

(6) Véase la nota 1 de la pág. VII.

hay otro ejemplar suelto (1), acaso con la misma lección, ya que, según el señor Cotarelo, esta *Parte XXIX* es un volumen facticio de comedias sueltas.

Es comedia de enredo, basada en el que se produce por el empeño de dos damas, primas, de querer al mismo caballero, a la vez que éste y otro su amigo andan enamorados de una de ellas. Hay citas nocturnas, en que se equivocan las personas; se llega al conocido recurso de tener que esconderse el galanteador en un camarín, para evitar ser visto del padre, y desde su escondite se pone en ocasión de librar a su amada de la violencia del otro galán.

Si por el asunto no pasa de ser esta comedia una de tantas de su clase en nuestro teatro clásico, por el desarrollo literario tiene bellezas que la hacen recomendable. El retórico florido pasaje inicial, en que dos caballeros se desafían por amor a una misma dama, tiene gran interés para la historia de las costumbres. También es notable un bellísimo análisis psicológico de la pasión de los celos, usando como símil el del anteojo (pág. 54), así como la escena de celos con que termina la jornada segunda (pág. 56). Hermosas y claras descripciones son las del toro que lucha en la plaza (pág. 55), del espejo (pág. 62), del arroyuelo, comparado al amor (pág. 59).

El diálogo entre los dos primos rivales, lleno de discreteos y de intención, es una muestra más del profundo conocimiento que Lope tenía del alma femenina; así como las décimas en que la dama muestra los repliegues de su alma, en donde el Amor ha vencido al Honor (página 50); o el bello pasaje en que la joven expone claramente al padre su resistencia a la boda por interés (pág. 64), que debía sonar como un atrevimiento en la sociedad del siglo XVII, aunque hay que observar que el tipo de indiano enriquecido, que aquí se presenta, es noble y caballero, sin los asomos de caricatura con que suele aparecer en otras comedias del Siglo de Oro.

También es más fina que en otras la sal del gracioso de esta comedia: solamente al principio se le presenta con un ligero matiz de borracho y tragón; después ya no se ve más que al criado fiel y confidente del señor, que intercala sus donaires y chistes en el diálogo. Nótese el cuentecillo popular (pág. 48) de aquellos dos enfermos, de los cuales uno muere y el otro dice que todavía él estuvo más delicado de salud; y la parodia burlesca del noviazgo de un "don Estafermo" (pág. 49).

La acción de esta comedia se sitúa en Sevilla. En algún pasaje se alude al culteranismo, al decir "más de un requiebro rezado, — medio hereje y medio culto" (pág. 49), dato que podría contribuír al proble-

(1) *Modern Language Review*, 1906, pág. 105.

ma de fijar la fecha de esta comedia, obra de la época de madurez del poeta.

III.—Quien bien ama tarde olvida.

Seguimos el texto de la *Parte XXII de las Comedias de Lope*, según la edición de Zaragoza, 1630 (1), pues en la de Madrid, 1635, no figura; y hemos cotejado y anotado las variantes que arroja el manuscrito 15.702, de nuestra Biblioteca Nacional (*Catálogo* de Paz, número 2.798) (2). Este manuscrito muestra que la comedia fué arreglada

(1) (Orla.) *Parte veynte y dos de las Comedias del Fenix de España Lope de Vega Carpio y las meiores que hasta aora han salido. A la ilustrissima señora D.ª Ana Martinez de Luna, Condesa de Morata, Mar- quesa de la Balueña, señora de la Varonia de Arandiga y del castillo de Illueca. Año* (escudo de dicha señora) *1630. Con licencia y privilegio. En Zaragoça; por Pedro Verges. A costa de Iusepe Ginobart, mercader de Libros.* (Al fin:) *Con privilegio,* En Zaragoça: Por Pedro Verges. *Año* 1630.

4.°; 4 hojas prels., más 255 foliadas y una para repetir las señas de la imprenta.

Port.; v. en bl.—*Hoja 2.ª*: Títulos de las comedias contenidas en este volumen: 1.—Nunca mucho costó poco (Diversa de la de Alarcón) fol. 1).—2. Di mentira, sacarás verdad. De Lope (dice) (fol. 22).—3. La Carbonera (fol. 47).—4. La amistad y obligación (fol. 67).—5. La verdad sospechosa, y por otro título El Mentiroso. De Lope (dice: es de Alarcón) (fol. 88 v.).—6. *Quien bien ama tarde olvida* (fol. 110 v.).—7. Amar sin saber a quién (fol. 135).—8. El Marqués de las Navas (fol. 157 v.).—9. Lo que ha de ser (fol. 175).—10. La lealtad en el agravio (fol. 195).—11. En los indicios la culpa (fol. 217 v.).—12. La intención castigada (fol. 239 v.).—Aprobación del racionero Andrés Omella y licencia: Zaragoza, 11 de noviembre de 1629.—Aprobación de Diego de Morlanes: 12 de diciembre ídem.—*Hoja 3.ª*: Privilegio a Ginobart por diez años, por el virrey de Aragón don Fernando de Borja: 20 de diciembre de 1629. *Vuelta*: Dedicatoria de Ginobart: Zaragoza, 16 de abril de 1630.—*Hoja 4.ª* vuelta: "Un amigo de Lope al lector." Prólogo.—Texto.

(2) Véase la descripción de este ms. 15.702: "*Quyen bien ama tarde olvida.*" Jornada 1.ª jamás vista. 1624."

"Razonable y buenos versos."

"Ojo, a "Amar como se ha de amar." [Letra del XVII.]

y a "La firmeza en la ausencia."

"De Lope de Vega", en letra del XIX.

El acto 2.° de otra mano.

17 fols. el 1.er acto (sólo numerados hasta el 12).

24 fols. el 2.° acto. Al fin, como firma, "Castillo".

18 fols. el 3.er acto.

En la última hoja de guardas hay una lista de ropas y vestidos.

Principia:

"Ya es razón que me digáis,
Conde, lo que me queréis."

Acaba:

"entre amantes verdaderos,
quien bien ama, tarde olvida."
"Fin. La Virgen fué concebida | sin pecado original."

en época posterior, variando el final de los actos 2.° y 3.° Se hallaba en el tomo 131 de Osuna, perdido.

Preciosa comedia de costumbres palatinas, mezcla en el desarrollo de su acción lances guerreros y donaires de graciosos, en armónica y bien repartida proporción. La intriga fundamental se basa en el hecho de querer el Rey a la dama de otro noble; lo aleja de la corte, nombrándole general en la guerra contra los moros, y cuando vuelve victorioso, casado ya el Rey, le manda desposarse con otra dama, y le quita su privanza de tal modo que el noble piensa en la fuga para salvar la vida. Pero muerto el Rey en batalla con el moro enemigo, vuelve el noble a ponerse al frente del ejército y logra la victoria, y se casa con la Reina viuda, enamorada siempre de su primer amante, porque entre personas nobles "quien bien ama tarde olvida".

Como acciones secundarias están los amores de otros dos nobles, favorecidos por el protagonista; y la obligada parodia del amor del gracioso y la criada.

No desmerece esta comedia al lado de las buenas de Lope en punto a versificación: quintillas, redondillas, décimas, tercetos, octavas reales y romances son los principales metros empleados, sin que falten las estrofas de trece versos endecasílabos y heptasílabos de rimas convencionales y que termina con un pareado, todo manejado con la maravillosa soltura y facilidad del gran poeta. El final del acto segundo está escrito en estrofas donde el pie quebrado da un tono de melancolía y suavidad muy a tono con los sentimientos de las personajes (pág. 96).

Varias veces se emplea el romance para relaciones: de una batalla naval (pág. 85); de una derrota terrestre (pág. 99); hasta de la pasión amorosa que devora al protagonista (pág. 83). Ha de notarse que la descripción de la batalla naval es un poco fantástica, y choca un tanto el detalle de suponer focas por las costas de Túnez (pág. 85).

También está en romance un diálogo sostenido entre la Reina viuda, el moro enemigo y el Príncipe vencedor (pág. 103), de tono tan fanfarrón y que debía de hacer las delicias del público de los teatros madrileños del siglo XVII: en este pasaje podría seguramente hallarse el modelo de aquel otro tan famoso de la comedia *El Conde de Saldaña,* donde Alvaro Cubillo de Aragón inmortalizó las hazañas de Bernardo del Carpio con el moro Abenyusef (1).

Apela aquí Lope al recurso escénico —que varias veces emplea— de sacar a las tablas el cadáver del Rey cuando la Reina viuda excita, en impecables octavas reales, a sus vasallos para tomar venganza de la derrota (pág. 101); aunque por la buena disposición de ánimo de

(1) Cfr. Hurtado y Palencia, *Historia de la Literatura española,* 2.ª ed. Madrid, 1925, pág. 704.

los generales no parecía necesario echar mano de tan extraordinario recurso.

El gracioso de esta comedia, llamado Bordón (propio para juegos de palabras, que no escasean), es un hidalgo andaluz, de Córdoba, de humorismo fácil y risueño, de gran filosofía práctica de la vida, o lo que pudiéramos llamar "gramática parda", que degenera un poquitín en ciertos tintes de grosería, sobre todo al tratar con la criada Tecla, servidora de la protagonista, tipo paralelo al del gracioso. Son pasajes dignos de notar aquel en que Bordón anuncia el botín que piensa traer a su novia después de la batalla naval (pág. 81), que termina con el estribillo de la canción popular "Y trescientas cosas más"; o el que cuenta cómo andaba por el mar, helado al ver sus proezas, donde intercala el chascarrillo andaluz de aquellos novios que hablaban de balcón a balcón y se helaban sus palabras por el frío que hacía (página 90). Con frecuencia repite el gracioso alusiones al juego de naipes, haciendo juegos ingeniosos de palabras con ocasión de hablar con el Rey (págs. 75, 82, 95). Alúdese a la creencia popular de que el cuerpo de Mahoma estaba en la Meca suspendido en el aire (pág. 103).

Alguna que otra vez se ven en esta comedia figuras francamente culteranas (no hay que decir que las alusiones mitológicas son frecuentísimas), entre las cuales queremos notar el verso siguiente:

"Ya pisa estrellas entre azules montes",

con que se indica que no ha muerto (pág. 100), figura que se repite al decir que reverencian a uno "por santo pisando estrellas" (pág. 103).

La fecha de esta comedia es el año 1624, según la copia que contiene el manuscrito de la Biblioteca Nacional atrás citado.

Tiene relación esta obra con la titulada *Amar como se ha de amar,* comedia del propio Lope (1), y seguramente la tuvo presente la autora de *La firmeza en la ausencia,* comedia de doña Leonor de la Cueva y Silva, discípula de Lope, a quien imitaría en esta su única obra teatral: consérvase manuscrita en la Biblioteca Nacional de Madrid, procedente de la de Osuna (2).

En la Biblioteca Nacional se guarda también el manuscrito autógrafo de la comedia *Quien bien ama tarde olvida, Primer Duque de Calabria,* por don Francisco Miracles Sotomayor, que nada tiene que ver con la obra de Lope (3).

---

(1) Editada en esta misma colección, tomo III, pág. 181.
(2) Citado por La Barrera y por Paz en su *Catálogo,* núm. 1.302, como inédita.
(3) *Catálogo de las piezas de Teatro,* por don Antonio Paz y Melia, núm. 2.799.

IV.—Quien más no puede...

Hemos tenido la suerte de poder disfrutar la copia fotográfica del manuscrito autógrafo de esta comedia, que guarda en su librería particular el coronel Sir John Murray, de Londres. En nombre de la Real Academia Española rendimos tributo de gratitud al ilustre bibliófilo inglés, por su amable desprendimiento y por las facilidades que nos prestó para poder fotografiar el manuscrito.

Convencidos de que nunca son correctos los textos impresos de comedias de Lope, lo mismo las de las primeras partes que las que aparecieron como dirigidas en su edición por el autor, reproducimos aquí el texto según el manuscrito autógrafo, que señalamos con la letra C, y damos al pie las variantes de los textos impresos en la *Parte XVII*, Madrid, 1621 (señalado con la letra A) y Madrid, 1622 (señalado con la letra B) (1).

(1) *Decima septima parte de las comedias de Lope de Vega Carpio, procurador Fiscal de la Camara Apostolica, y Familiar del Santo Oficio de la Inquisicion. Dirigida a diversas personas. Año* (Escudo del Sagitario) *1621. Con privilegio. En Madrid. Por Fernando Correa de Montenegro. A costa de Miguel de Siles, mercader de libros. Vendese en su casa, en la calle Real de las Descalças.*

4.°; 4 hojas prels. y 312 foliadas. (Erratas en la numeración de las ocho últimas.) Signaturas A-Qq.—Port.; v. en bl.—*Hoja 2.ª*: "Tabla de las comedias de esta decima septima parte."

1. Con su pan se lo coma. Dirigida a la ilustrísima señora doña Francisca Salvador, fol. 1.—2. *Quien más no puede...* A D.ª Ana María Margarita Roig, Marquesa de Villaçor, fol. 29. (Representóla Pedro Cebrián.)—3. El soldado amante. A la señora D.ª Ana de Tapia, fol. 44. (Representóla Osorio.)—4. Muertos vivos. Al Licenciado Salucio del Poyo, fol. 83. (Representóla Villalba.)—5. El primer Rey de Castilla. A D. Fernando de Ludeña, fol. 112. (Representóla Vergara.)—6. El dómine Lucas. A Juan de Piña, fol. 131 (Representóla Melchor de Villalba.)—7. Lucinda perseguida. A Emanuel Sueyro, fol. 162. (Representóla Melchor de Leon.)—8. El ruiseñor de Sevilla. Al Lic. D. Francisco de Herrera Maldonado, fol. 187. (Representóla Rios.)—9. El sol parado. A D. Andrés de Roças, fol. 209. (Representóla Ríos.)—10. La madre de la mejor. A D. Fray Plácido de Tosantos, obispo de Guadix, fol. 235. (Representóla Riquelme.)—11. Jorge Toledano. A D. Iuan Pablo Bonet, fol. 260. (Representóla Porras.)—12. El hidalgo abencerraje. A D.ª Ana de Piña, fol. 281. (No dice quién la representó.)

Vuelta: Aprobación del maestro Espinel, Madrid, 20 de octubre de 1621.

Hoja 3.ª: Tassa (4 mrs. pliego: 79 pliegos 316 mrs., o sean 9 reales y 10 mrs.), Madrid, 27 de enero de 1621.—*Vuelta*: Suma del privilegio (a Lope, por diez años): San Lorenzo, 31 de octubre de 1620.—Fe de erratas (ninguna). Madrid, 25 de enero de 1621. El Lic. Murcia de la Llana.

Hoja 4.ª: Prólogo al Lector.

En este mismo año se reimprimió esta parte en Madrid, por la Viuda de Alonso Martín. Hay ejemplar en el Museo Británico.

En 1622 se repitió la edición en Madrid, por la Viuda de Fernando Correa; en

Es el manuscrito un cuaderno en octavo, foliado distintamente para cada acto. Como portada lleva, en letras mayúsculas el título: "QVIEN MAS NO PVEDE. Comedia deste año de 1616."

Consta el primer acto de 18 fols., otros 18 fols. tiene el acto segundo y 17 el tercero. Cada página suele llevar, por regla general, unos veintiocho versos, salvo cuando son versos cortos, que suelen ir a dos columnas. Tiene las enmiendas y tachaduras corrientes en toda obra autógrafa. Una especie de rúbrica, con raya que ocupa toda la página, parece señalar el trozo escrito de una sola vez: lo hemos marcado con un asterisco, por creerlo útil para ver la velocidad del autor. Al final del acto primero lleva la nota, que reproducimos en la pág. 126, por la que consta el juicio que esta comedia merecía a un Cristóbal Górriz, cómico que andaba por París en 1669, y que poseía este autógrafo (1). Además lleva también la nota del reparto en tiempo de Lope: esta misma nota se repite al principio de los actos segundo y tercero, poniendo sólo en cada caso los nombres de los cómicos referentes a personajes nuevos.

Al final de la comedia, y antes de la fecha y firma, hay unas palabras, que hemos leído: "Dne. vos et A." y que nos atrevemos a conjeturar sea recuerdo al Duque de Sesa y Amarilis. De ser cierta esta conjetura tendría interés para la biografía del poeta el dato de que a primero de septiembre de 1616 ya estaba preso en la red amorosa de doña Marta de Nevares (2).

Tiene también la particularidad este manuscrito de llevar al principio del acto primero un dibujo tosco, a pluma, obra, sin duda, del

---

lo demás exactamente como la de 1621, y también la reprodujo la Viuda de Alonso Martín. De modo que fueron cuatro las ediciones de esta parte en dos años. Y así y todo es sumamente rara.

(1) He de agradecer a mi buen amigo y colega don Faustino Gil Ayuso las siguientes noticias acerca de Górriz:

Según Rennert en *The Spanish Stage in the time of Lope de Vega,* representa papeles menores en la Compañía de Antonio Escamilla en los años 1675 al 78.

Aparece también en la lista de la Compañía de Rosendo López como *segundo barba.* (A. H. N. Osuna, 2.º Archivo, leg. 413.) No tiene fecha y pudiera ser antes del 1675.

Pudo acompañar a las compañías que fueron a representar a París durante el matrimonio de María Terera con Luis XIV.

En 1692 formaba parte de la compañía de Damián Polop, según memoria que éste da a la Sala de Alcaldes, figurando en último lugar. (Lib. 1.277, fol. 166.)

En el mismo año, al sellarle los vestidos contra pragmática, declara que vive en la calle de las Huertas, casa de doña Manuela Plaza y tiene cuarenta años poco más o menos. Ibidem, fol. 242.

(2) Los biógrafos señalan estos hechos a fines del año 1616. Cfr. Rennert y Castro, *Vida de Lope* (Madrid, 1919), pág. 240.

propio autor, de asunto eucarístico: dos ángeles sostienen una custodia.

Al fin lleva las siguientes aprobaciones y licencias:

"Vea esta comedia el secretario Thomás Gracián Dantisco. En Madrid a 12 de Henero de 1617 años." (Rubricado.)

"Esta comedia, intitulada "Quien más no puede", se podrá representar, reservando a la vista lo que fuera de la lectura se ofreciere, y lo mesmo en los cantares y entremeses. En Madrid, 12 de Enero de 1617 años. (Firmado.) Thomás Gracián Dantisco."

"Dése licencia a Pedro Çebrián para que haga esta comedia. En Madrid a 13 de Henero de 1617." (Rubricado del mismo que dió el primer auto) (1).

La edición impresa va dirigida a doña Ana María Margarita Roig, M.sa de Villazor.

Los representantes de esta obra constan en el reparto autógrafo de Lope en esta forma:

RAMIRO........................	Zancado.	ORDOÑO......	Pedro Cebrián.
DON BELTRÁN..............	Bernardino.	LAYNEZ.......	Cuevas.
EL CONDE HENRIQUE.....	Cristóbal.	IÑIGO..........	Alonso, el que baila.
NUÑO..........................	Ossorio.	BLANCA.......	Maritardía.
DOÑA ELVIRA..............	Ana.	CELIO.........	Antonio.
LUCINDA......................	Francisca.	LISIS.........	Francisca o Ana Núñez.

Con la ayuda de nuestro buen amigo y discípulo don Joaquín de Entrambasaguas, hemos logrado identificar los que figuran en la nota adjunta (2).

---

(1) Al folio siguiente constan las siguientes licencias:

"Puédese representar en Granada. 25 de septiembre de 1619. El doctor Francisco Martínez de Rueda." (Firmado.)

"Puédese representar esta comedia intitulada "Quien más no puede", con bailes e entremeses e cantares honestos. Exc.a 19 de Marzo. de 1620. ¿Pantoja? (Firmado.)

"...visto esta comedia i es muy onesta i muy buena... en Jaén a 12 de Julio de 1622. Fray Francisco de ... gara". (Firmado).

(2) CEBRIÁN DOMÍNGUEZ, PEDRO. Se hallan datos desde 1616, en cuyo año (29 de abril) se le pagaba cierta cantidad a cuenta de los 600 ducados que había de cobrar por representar dos autos en las fiestas del Corpus. Era uno de los nombrados por S. M. en 1619, y debió de representar en Piedrahita y en Toledo, en Lisboa, en Granada y en las Navas del Marqués, aquel año. Estaba casado con María Tardie, según obligación de este mismo año.

OSORIO, BALTASAR. Figuró en la compañía de Juan de Morales Medrano en 1615, y cobró 100 reales por los autos del Corpus en Sevilla.

ANA DE RENTERÍA, mujer de Juan Vivas (?). Figuraban en la compañía de Pedro Cebrián en 1619, según una obligación de pagar ciertos dineros de algunas prendas de ropa blanca.

FRANCISCA O ANA NÚÑEZ. ¿Sería hija de un Francisco Núñez, de la compañía

Otro reparto que se ve en el folio 1.° vuelto del manuscrito, es éste:

RISELO..............	Vicente.	LAYNEZ.............	Jordán.
LISIS................	Quadrado.	DON ARIAS.........	Jerónimo.
MENANDRO..........	Lorenzo.	DON BELTRÁN.....	Escorigüela.
CELIO...............	Vicente.	LUCINDA............	Señora Catalina.
DON IÑIGO.........	Quadrado.	DOÑA ESTELA.....	Señora Gerónima.
DON SANCHO......	Mateo.		

En la nota siguiente pueden verse los que hemos logrado identificar (1).

La obra es de asunto trágico, supuesto en personajes históricos de Navarra y León, en la alta Edad Media. El conflicto que surge en el alma de un noble entre el deber de lealtad a su Rey y el amor a una dama, de quien el Rey está prendado. Enviado el conde Henrique por el Rey de Navarra a León para lograr convencer a doña Elvira, el Conde se enamora de ella, que le corresponde, y la saca del reino con el engaño de hacerla su esposa. Pero, leal ante todo, lo manifiesta así a la Infanta, al propio Rey, que lo castiga, y se deja morir, porque el noble, cuando no puede más, morir se deja, según el adagio. Por servir al Rey propio puede llegar el noble a ciertos actos que tienen visos de alevosía, de falsedad, de traición, a todo, en fin, lo que no se oponga el cielo (págs. 117, 119 y 142). La trágica situación del noble, puesto en trance de muerte voluntaria antes que faltar a la lealtad debida a su Rey, anima vivísimamente el final del acto segundo y el pasaje del acto tercero, en que el Conde, en recias estrofas, lamenta su mala suerte, repitiendo al fin de cada octava el mismo sonsonete de "quien más no puede, morir se deja".

---

de Pedro Cebrián, a quien éste da poder en 15 de febrero de 1619, para concertarse con los comisarios de Piedrahita respecto a ciertas representaciones?

MARÍA TARDÍA. Debía ser María Tardie, mujer de Pedro Cebrián. En 12 de marzo de 1619 se obligan los dos a pagar a Cipriano de Salazar, regidor de Madrid, unos reales que les había prestado.

(1) QUADRADO, JUAN. Por su testamento en Madrid, a 25 de febrero de 1636, mandaba ser enterrado en la capilla de la Novena, como cofrade. Era natural de Murcia y residía en Madrid. Figura en el reparto de *El piadoso aragonés*, de Lope.

JORDÁN, PEDRO. De la compañía de Antonio de Prado, en Madrid (1602) y en Sevilla en 1639.

ESCORIGÜELA, JUAN DE. Natural de Tronchón, en el reino de Aragón, casado con Gerónima de la Sierra. Andaba en 1623 en la compañía de Antonio de Prado. Su mujer testó en 26 de diciembre de 1641.

SEÑORA CATALINA. ¿Sería Catalina de Acosta, mujer de Antonio de Rueda?

SEÑORA GERÓNIMA. ¿Sería Jerónima Rodríguez, mujer de Pedro Maldonado?

Cfr. Pérez Pastor, *Nuevos datos acerca del histrionismo español en los siglos xvi y xvii*. Madrid, 1901; y H. A. Rennert, *Spanish actors and actresses* (*Revue Hispanique*, XVI, 334.)

Contrasta con esta interpretación trágica del Conde la burlesca de su criado, el gracioso de la comedia, quien le aplica la versión vulgar: "quien más no puede, con su mujer se acuesta", lo cual da lugar a pasajes algo picantes y atrevidos, sobre todo los versos que cierran el acto segundo (pág. 141). Intercala también el gracioso dos cuentecillos: uno es la conocida fábula, de origen esópico, en que un viejo llama a la muerte para acabar de penar, y cuando ella se le presenta pide que le ayude a llevar "este hacecillo de leña" (pág. 141); el otro es un chascarrillo en que a un loco que no quería comer si el padre Adán no se lo mandaba, le fingen la aparición de Adán; pero el loco, que conoce la desgracia conyugal del fingido padre de la humanidad, se niega, contestando una chocarrería (pág. 144).

Más de un pasaje de esta comedia está dedicado al sentimiento amoroso: la descripción de las cualidades filosóficas de esta pasión (página 122); la ingeniosa comparación del amor con la representación escénica (pág. 124); la excitación al amor que producen la naturaleza, los valles, las aves, las fuentes (pág. 131); la lucha entre la lealtad y el amor (pág. 132).

El poder del oro (pág. 129), o de las lágrimas de mujer (pág. 133) o de la ausencia, pintado en bello soneto (pág. 123); la descripción de la vida del campo (pág. 137); la original comparación de un casamiento a una feria (pág. 120); el romancillo en que se pintan los esfuerzos para lograr que el Conde se decida a comer y a no morir de hambre (página 143); el romance en que el Rey de Navarra muestra su disgusto al conde Henrique, repitiendo a cada paso aquello de "más tienes de gentilhombre, — Henrique, que de discreto" (pág. 135); los valientes tercetos en que Elvira decide seguir al Conde, de quien está enamorada (pág. 125); el recurso de disfrazar de soldados a tres infantas, que han de pelear con el gracioso cobarde (pág. 154); la descripción burlesca del palacio de un noble de nuevo cuño (pág. 115), y el breve diálogo entre criada y criado para darse una cita, modelo de rapidez y concesión escénicas (pág. 121), son otros tantos rasgos geniales del gran dramático, que aquí, como en sus mejores comedias, maneja toda clase de metros (redondillas, quintillas, décimas, romances, romancillos, tercetos, octavas reales, dos sonetos y verso suelto).

Abundan las alusiones a motivos históricos (págs. 148 y 150), y no falta la referente al culteranismo y a los malos poetas (pág. 138).

Aunque el hecho heroico del protagonista conde Henrique se ve premiado por la concesión del Condado de Valencia de Don Juan, no creemos que pueda considerarse este hecho legendario como base de la creación del título. Por lo menos los nobiliarios más autorizados dan origen portugués a este título, de la familia de los Acuña, y hasta época tardía

ya, en el siglo XIII, no se precisa la venida a León de los primeros caballeros de este linaje.

Según me comunica mi buen amigo y compañero don Pedro Longás, bibliotecario del Instituto de Valencia de Don Juan, el documento auténtico más antiguo referente a Valencia de Don Juan que guarda el Instituto es el privilegio de Enrique III, por el que confirmó el albalá de su padre don Juan I (inserto en el privilegio), fecha 22 de diciembre de 1387, en que hizo merced al infante don Juan de Portugal de la villa de Valencia de Don Juan, "cerca de León", para él y sus descendientes, con el título de Duque de Valencia. (Cortes de Burgos, 20 de febrero de 1392.)

Fernández de Béthencourt, en el t. II de su *Historia genealógica y heráldica*..., trata extensamente de los señores de la Taboa, ricoshombres de Portugal, después Condes de Valencia de Don Juan, al estudiar la familia de los Acuñas.

En la pág. 129 del t. II citado se lee que don Martín III Vázquez de Acuña, hijo mayor de Vasco Martínez de Acuña el III, sexto señor de la Taboa, y de su primera mujer doña Beatriz Suárez de Albergaria, fué también primer Conde de Valencia de Campos.

Pone a contribución Béthencourt datos de crónicas e historias castellanas y portuguesas; pero no documentos coetáneos que permitan dar plena fe a sus aseveraciones.

La villa de la Taboa se hallaba situada en la diócesis de Coimbra, a nueve leguas de esta ciudad y a ocho de la de Guarda.

Como se ve, en ninguna parte se da origen navarro a los Condes de Valencia de Don Juan, por lo que es puramente fantástica la comedia de Lope *Quien más no puede*...

No conocemos ninguna derivación de esta obra de Lope: a pesar de que Górriz encontraba el cuento "bueno para volverle a escribir en versos a la moda", no debió de decidirse a ello ningún poeta.

V.—Quien todo lo quiere.

Dos textos conocemos de esta comedia: uno en la Parte XXII de las de Lope (1), y otro en el manuscrito 16.798 de la Biblioteca Nacio-

(1) *Veintidos parte perfeta de las comedias del Fenix de España Frey Lope Felix de Vega Carpio, del Habito de San Iuan, Familiar del Santo Oficio de la Inquisicion, Procurador Fiscal de la Camara Apostolica. Sacadas de sus verdaderos originales no adulteradas como las que hasta aquí han salido. Dedicadas a la Excel.*ma *Señora doña Catalina de Zúñiga y Auellaneda, Marquesa de Cañete. Año* (adorno tipográfico) *1635. Con privilegio. En Madrid. Por la viuda de Iuan Gonçalez. A costa de Domingo de Palacio y Villegas, y Pedro Verges, mercaderes de libros.*

En 4.º 4 hojas + 254 fols. Signaturas A-Iiz. Texto a dos columnas.

Portada.—V en blanco.—Hoja 1.ª, r.: Dedicatoria de Luis de Usátegui.—V: Títu-

nal de Madrid (núm. 2.810 del *Catálogo* de Paz) (1). Reproducimos el texto de la parte impresa, y anotamos alguna variante pequeña tomada del manuscrito; ambos, en general, coinciden en el texto, bastante correcto.

Debió de escribirse la comedia hacia 1618 ó 1619, a juzgar por un pasaje (pág. 166) en que se nombra a Nápoles como gobernado por el virrey Duque de Osuna, y a la vez está en la privanza en Madrid el Duque de Uceda: éste último vino al gobierno en 1618, y el de Osuna cayó el 1620.

---

los de las comedias.—Hoja 2.ª r.: Aprobación, maestro Joseph de Valdivielso; Madrid, 12 de mayo de 1635. Licencia del Ordinario, licenciado Lorenzo de Iturrizarra, y por su mandado Simón Jiménez; Madrid, 14 de mayo de 1635.—V.: Aprobación, licenciado Florencio de Vera y Chacón; Madrid, 26 de mayo de 1635.—Hoja 3.ª r.: Suma del privilegio; Madrid, 21 de junio de 1635.—Erratas, Murcia de la Llana; Madrid, 28 de septiembre de 1635.—V.: Al que leyere.

Fol. 1 r.: *Quien todo lo quiere;* fol. 19 r. No son todos ruiseñores; fol. 41 r.: Amar, servir y esperar; fol. 65 r.: Vida de San Pedro Nolasco; fol. 84 r.: La primera información; fol. 106 r.: Nadie se conoce; fol. 130 r.: La mayor vitoria; fol. 150 r.: Amar sin saber a quien; fol 173 r.: Amor, pleito y desafío; fol. 192 r.: El labrador venturoso; fol. 214 r.: Los trabajos de Jacob; fol. 234 r.: La carbonera.

(1) Es un cuaderno en 8.º, con la signatura antigua Q. 12-36. Núm. 11, y como portada lleva: "*Jornada P.ª de Quien todo lo quiere*". Consta de 15 folios la primera jornada, de 14 la segunda y de 16 la tercera. Letra del siglo XVII. Lleva algunas correcciones de letra del siglo XVIII, especialmente por querer transformar el papel de Ginés, vejete, en el de Inés, doncella.

El manuscrito tiene el siguiente reparto:

DON JUAN..............	Pedro M.	OCTAVIA..................	Vicenta.
DON FERNANDO.........	Rueda.	JULIA......................	Catalina.
DON PEDRO.............	León.	INÉS........................	Antonia.
BERNAL....................	Osorio.	D.ª ANA..................	Jacinta.

PEDRO M. debe de ser Pedro Maldonado, que sale fiador en 18 marzo 1611 de otro cómico, Francisco Sánchez de Medina, y que en 1621 trabajaba con su mujer, Jerónima Sánchez, en la compañía de Juan de Morales Medrano.

RUEDA. Antonio de Rueda, que figura en obras de Lope, como *Del monte sale* y *La Montería.* En 1632 estaba en la compañía de Alonso de Olmedo, y en 1638 dirigía compañía propia y representaba en Fuente el Saz con Pedro de Ascanio, y en Fuensalida, Cuéllar y otros lugares, entre ellos Madrid, para las funciones del Corpus. Su mujer era Catalina de Acosta. En 1635 figuraban en su compañía los siguientes autores, algunos de los cuales se identifican fácilmente con los del reparto de *Quien todo lo quiere*:

DIEGO DE LEÓN representaba y bailaba.

ANTONIA INFANTE, mujer de Pedro Ascanio, representaba, cantaba y bailaba. Tenía fama de hacer muy bien las damas.

JACINTA DE HERVIAS Y FLORES, viuda, para representar, cantar y bailar. En enero de 1640 ya había vuelto a casar con el autor de comedias Luis López de Sustaete.

Antonio de Rueda murió el 29 de diciembre de 1662, en la calle del León, casas propias, y dejó mandadas 200 misas por su alma.

(Cfr. Pérez Pastor y H. A Rennert, *obras citadas.*)

Es una buena comedia de costumbres cortesanas, basada en el caso —no infrecuente en los anales de la coquetería— de una bella y bizarra dama que cree, al verse asediada por muchos pretendientes, poder casarse con quien quiera, y ve al fin que por haberlo querido todo, todo lo pierde, y se queda sin casar.

El único pretendiente que la amaba es despreciado de ella por pobre; y cuando la fortuna le pone en posesión de una gran herencia, se convence de la falsedad de la hermosa dama y del amor verdadero de otra, con la que se casa.

No falta el desafío y la herida que obliga al caballero a huír a Italia; la protección desinteresada de la dama preterida; la firme amistad del hermano de éste; la vida militar donde el enamorado galán procura ahogar sus recuerdos; la relación de batalla naval con corsarios turcos en el Mediterráneo (pág. 180), asunto tan real en la vida española de principios del XVII, y el infantil recurso de disfrazarse de pobre para probar si la amistad es verdadera o sólo fingimiento.

Es natural que gustaran al público obras teatrales como éstas, donde se veían reflejadas costumbres de todos conocidas: por ejemplo, la descripción de la vida de una dama bizarra o coqueta en Madrid (página 159); la alusión a la forma de pedir limosna, disfrazando la petición con el cuento de una historia de familia o de linaje venido a menos (pág. 177); la satisfacción y vanidad, en que un rico lucía sus atavíos al entrar en una población (pág. 176); la descripción de los progresos que la ciudad de Madrid iba haciendo, después de la vuelta de la Corte, que instalara en Valladolid el Duque de Lerma (pág. 168); la facilidad con que los caballeros metían mano a la espada, haciéndola servir de espejo de sus actos honrosos (pág. 165); hasta los discreteos cortesanos, como es el que tiene por fin premiar la definición de los celos (página 161); la comparación burlesca del que hace un casamiento con el que compra un coche (pág. 160).

La versificación es tan suelta, fácil y variada como suele verse en las obras de Lope. Notemos uno de los dos sonetos contenidos en esta comedia, en el que la dama bizarra lamenta amargamente los efectos de su coquetería (pág. 182); la poética y delicada descripción del llanto de una mujer (pág. 166); el relato de un desafío, con nerviosa y rápida concisión (pág. 165); la relación circunstanciada y minuciosa de una batalla naval con corsarios argelinos (pág. 183), seguramente histórica; el romance en que alternativamente se dan noticias desgraciadas y felices nuevas (pág. 174).

Hay en esta comedia varias alusiones literarias interesantes. Una al culteranismo, la eterna pesadilla de Lope (pág. 172); otra en que el escritor, dolido, se lamenta de la crítica exagerada que el público hace de los dramaturgos; cuando se trata de otras profesiones no se

exige tanto, y nadie trata de enterrar al médico con el muerto a quien no curó, ni el letrado pierde su hacienda aunque no gane el pleito, ni el astrólogo ni el cosmógrafo son castigados por sus errores; pero al que escribe comedias, que "tanto desea agradar al que las oye", no le perdonan "si al blanco tal vez no acierta la flecha", y eso sin tener tampoco presente que las comedias no vienen de año a año como las flotas, sino que el poeta "da cada día partos del ingenio" (pág. 161). Seguramente escribía Lope bajo la penosa impresión de la agria polémica sostenida con el gramático Pedro Torres Rámila (1).

Y se deduce que también el público se divertía en los estrenos de las comedias malas más que con las buenas, porque en aquéllas "hablan todos, — silban, gritan, y aun las dueñas — con su poquito de llave — se meten a ser discretas".

El tipo del gracioso está mantenido en el mismo tono de fresca jovialidad y gracia fina durante toda la comedia, sin los cambios bruscos y a veces chocarreros que en otras suelen encontrarse.

VI.—La Resistencia honrada y Condesa Matilde.

Seguimos, para reproducir el texto de esta comedia, la edición de la Parte II de Madrid, 1610, y anotamos las variantes de otra edición de Barcelona en 1611 (2).

Según Pérez Pastor (3), fué representada por Gaspar de Porres

---

(1) Acerca de esta verdadera guerra literaria del siglo XVII, véase el magistral estudio de Joaquín Entrambasaguas y Peña, tesis doctoral de 1930, en curso de publicación.

(2) *Segvnda parte de las Comedias de Lope de Vega Carpio, que contiene otras doze cuyos nombres van en la hoja segunda. Dirigidas a Doña Catalina de Gauna Varona, muger de don Alonso Vélez de Guevara, Alcalde mayor de la ciudad de Burgos.* (Un grabado.) *Con licencia. En Madrid, por Alonso Martin. Año 1610. A costa de Alonso Pérez, mercader de libros.*

4.°; 3 hojas prels. y 372 foliadas.

El señor Cotarelo, en el tomo V, pág. 25, de esta misma colección, señala la existencia de otra edición de esta segunda parte, en Madrid, por Alonso Martín, 1609, y dice que Rennert afirma haber ejemplar en el Museo Británico. Fué dedicada a doña Casilda Gauna Varona, e impresa a costa de Alonso Pérez. La fe de erratas va fechada en Madrid a 18 de noviembre de 1609; tiene aprobaciones de fray Alonso Gómez de Encinas, mercenario (Madrid, 30 de julio de 1609) y del doctor Cetina a 1.° de agosto.

Se reimprimió en Valladolid y Pamplona en 1609; en Madrid, 1610; Barcelona, 1611; Bruselas, 1611 (copia de la de Madrid, 1610); Madrid, 1618.

En la Biblioteca Nacional, T. 8530, se conserva un ejemplar, desglosado de un tomo de estos.

(3) *Nuevos datos para la historia del histrionismo español*, pág. 90.

antes de 7 de mayo de 1605; y como notan Rennert y Castro (1), debe ser la titulada *La Condesa* en la primera lista de *El Peregrino*.

Responde, por su técnica, a la primera época de Lope, o acaso a un período de transición. Excesivamente larga, diluída la acción en varios episodios, que sólo al final se van concretando, sin el personaje del gracioso, tiene la versificación casi siempre primorosa y fácil de Lope, aunque a ratos se ven versos duros y hasta ripiosos.

De asunto cortesano, palaciego más bien, se basa en el amor que repentinamente surge en el corazón del Delfín de Francia por la esposa de uno de sus nobles, que resiste valerosamente escudada en su honor y fidelidad. El Rey ordena matar al marido para lograr su intento; pero en la guerra muere, y sólo cuando el Rey decide hacerla su esposa, es cuando la Condesa accede a ser su enamorada. Contrasta trágicamente con este amor el de otra amante del Rey, que al verse desairada termina en loca.

Merecen señalarse algunos pasajes, especialmente dos estupendos sonetos, uno al poder de los celos (pág. 190) y otro religioso, al Crucifijo, dicho por el Conde en la agonía, y que debía de causar gran impresión (pág. 222), por venir detrás de escena muy sentimental. Otros pasajes muestran la pericia de Lope: la descripción de la noche (página 190); la de una fiesta palatina con ocasión de la boda de la Condesa (pág. 191); la versatilidad de las palabras de un amante (pág. 193); la frívola reconciliación de dos enamorados, tras un breve disgusto (página 196); el discreteo de conceptos y palabras a base de la idea de peregrino (pág. 202); el simbolismo de los colores respecto de las diversas pasiones (pág. 192).

Choca la crudeza realista en alguna escena, que parecería hoy caricatura de tragedia (págs. 198-199). Y hay recursos escénicos de gran efecto, como el medio de que la Condesa se vale para echar al Rey de su casa (pág. 214) con que acaba el acto segundo; el agüero del espejo roto y del ruido de armas, que precede a la aparición del espectro del Conde difunto (pág. 223), escena que principia con la apacible vida normal y tranquila del castillo provinciano. Gran habilidad demuestra la escena del Rey en el castillo, donde se siguen a la vez varias conversaciones (páginas 210-212).

VII.—El Sastre del Campillo.

De esta comedia no tenían noticia los bibliógrafos que habían estudiado la obra del Fénix de los Ingenios. Figura en la parte XXVII, extravagante, Barcelona, 1633, citada por La Barrera al tratar de otra

(1) *Vida*, pág. 471.

comedia (*La selva confusa*), pero de cuya existencia se llegó a dudar. El señor Heaton ha tenido la fortuna de hallar en Barcelona un ejemplar de esta parte XXVII, y nuestro buen amigo y compañero don Federico Ruiz Morcuende ha encontrado otro en la Biblioteca Nacional de Madrid (1).

Véase la descripción de este raro volumen, según los dos eruditos mencionados:

"Portada: *Las comedias del Fénix de España Lope de Vega Carpio. Parte veinte y siete. Dirigidas al Doctor Ivan Pérez de Montalván, natural de la Villa de Madrid. Año* [viñeta] *163*[*3*]. *Con licenci*[*a*] [*En*] *Barcelona. Año de* [*1633*].—Verso en blanco.—Fol. 3 r.: Dedicatoria. Títulos de las comedias.—Fol. 3 v.: Aprobación y licencia de Andrés de Omella; Zaragoza, 4 de enero de 1633. Imprimatur; el Doctor Francisco de la Peña. V. G.

Las comedias contenidas en el volumen las enumera así el señor Heaton:

I.—*Por la pvente Ivana.* 37 págs. sin numerar.

II.—*Celos con celos se curan.* 43 págs. sin numerar. Signaturas A-E, de ocho folios cada una.

III.—*Lanza por lanza de Lvys Almanza.* Fols. 21-38.

IV.—*El Sastre del Campillo.* Fols. 39-62.

V.—*Allá darás rayo.* Fols. 63-80.

VI.—*La selva confusa.* Fols. 81-102.

VII.—*De Jvlián Romero.* Fols. 101-122.

VIII.—*De los Vargas de Castilla.* Fol. 123.

IX. *El médico de sv honra.* Fol. 120.

X.—*Los milagros del desprecio.* Fols. 1-17. Signaturas A-C.

XI.—*El Infanzón de Illescas.* Fols. 1-21. Signaturas A-D.

XII.—*El Marqvés de las Nabas.* Fols. 1-18. Signaturas A-C."

La comedia la representó por vez primera Manuel Vallejo (2).

---

(1) Da cuenta de este notable descubrimiento y describe el ejemplar en el volumen X, pág. 43, de esta misma colección de obras dramáticas de Lope de Vega.

(2) Manuel Vallejo era madrileño. En 19 de marzo de 1623 se comprometían a darle un corral en Madrid para representar todos los días, pasada la Cuaresma, cuando se diere la licencia, y él se comprometía a no dejar de representar aunque hubiera poca gente en el corral, y a no salir de la corte a hacer fiesta alguna. Entre los actores de la compañía se citan Juan de Villegas, Bernardo de Bobadilla, Lucía de Robles, Bernardino Alvarez, Juan Montoya, Francisco de Castro, Jerónimo de Córdoba, Miguel Jerónimo, Pedro de Urbina, Juan de Bustamante, Antón Barato. Todavía se le ve actuando en 1639, en Carabanchel Bajo.

Representó *La niñez de San Isidro,* de Lope, *La Montería* y *El castigo sin venganza,* además de *La selva confusa.*

Con María de Riquelme tuvo a Manuel Vallejo el Mozo, célebre actor también.

Cfr. Pérez Pastor y Rennert, *obras citadas.*

La comedia se sitúa en la época tumultuosa de la minoría de Alfonso VIII, cuando las luchas entre Castros y Laras por la regencia se juntaban con la intervención de los leoneses en la política castellana, principalmente del rey don Fernando II de León. Los Laras se apoderaron de la persona del Rey niño y la pusieron a buen recaudo en Soria, de donde se escapó, y con la ayuda de los caballeros castellanos principió a recorrer las ciudades hasta entrar por sorpresa en Toledo, donde fué aclamado Rey el año 1166 (1).

Lope aprovecha el momento en que Manrique de Lara roba al Rey niño, que va a ser entregado a su tío, el Rey de León, para apaciguar los reinos, y lo oculta en San Esteban de Gormaz. El nudo de la acción consiste en la lucha entre Lara y Fernán Ruiz de Castro por mantenerse fieles a su palabra y guardar a la vez la lealtad debida al Rey castellano, y en el conflicto amoroso de Manrique, prometido de una hija del de Castro, de la cual estaba enamorado el Rey de León. El recurso dramático principal se funda en el extraño parecido de Manrique de Lara con un Juan Prieto, sastre del Campillo, lugar cercano a San Esteban, a quien asesinan unos villanos, y cuyo traje y personalidad usurpa el de Lara, que unas veces se presenta como tal, y otras como sastre, logrando burlar así a sus perseguidores y evitar la traición de un soldado castellano que quería entregar al de León el castillo de San Esteban de Gormaz, asilo del Rey niño.

No puede incluírse esta comedia sino entre las medianas de Lope, aunque no faltan rasgos característicos del gran dramaturgo: así el romance expositivo en que Manrique cuenta cómo robó al Rey niño para sustraerlo de la tutela del de León y cómo se encontró moribundo al Sastre del Campillo, asesinado por unos villanos para evitar su boda con Elvira (pág. 234); o la festiva descripción de una olla preparada en una venta, donde el gracioso —carácter bien sostenido— intercala el chiste del cambio de gato por liebre, tan usual en aquellos establecimientos, según los textos literarios (pág. 242).

La poca verosimilitud del hecho de la confusión de las dos personas, el Sastre y Lara, y de que no sea conocido ni por la villana Elvira ni por la noble Blanca, quita fuerza al desarrollo de la acción dramática, que peca de convencional y de falsa.

---

(1) Véase el relato de estos hechos en las *Memorias históricas de la vida y acciones del rey don Alonso VIII,* por el Marqués de Mondéjar, ilustrada con notas y apéndices por don Francisco Cerdá y Rico (Madrid, Sancha, 1783); o en la obra de Alfonso Núñez de Castro, *Crónica de los Reyes de Castilla,* don Sancho el Deseado, don Alonso el Octavo y don Enrique el Primero (Madrid, 1665).

VIII.—El satisfacer callando y Princesa de los Montes.

También de esta comedia hemos tenido la suerte de hallar el texto de Lope, hasta ahora dudoso. Como de Moreto se da en la Parte XXXVII de *Comedias escogidas* (1671) (1) y se repite en el tomo III de sus *Comedias*, Madrid, Antonio de Zafra, 1681. Pero atribuída a Lope figura en la *Parte sexta de comedias escogidas de las mejores de España*, Zaragoza, Herederos de Pedro de Lanaja, 1653 (2).

De esta Parte VI de *Escogidas* parece que no se conserva más que un ejemplar, que guarda la Biblioteca Nacional de Viena, ejemplar que hemos podido manejar en la copia fotográfica hecha para la Real Academia Española. Reza así la portada:

"Sexta / Parte / de / Comedias / escogidas / de los mejores / ingenios / de / España / Con licencia /

En Zaragoça, Por los herederos de Pedro / Lanaja y Lamarca, Impre / ſores del / Reyno de Aragon, y de la Vniver- / sidad. Año 1653.

Titvlo de las Co / medias qve se contienen / en eſte Libro.

Mirad a quien alabais. De Lope de Ve- / ga Carpio.

El Angel de la Guarda. De D. Pedro Cal- / derón.

El Capitán Belisario. De Lope de Vega.

El diablo Predicador. De Luis de Velmõte.

Los Príncipes de la Iglesia. De D. Chriſtoual / de Monroy.

Dineros ſon calidad. De Lope de Vega.

El juramẽto ante Dios. De Iacinto Cordero.

Las Mocedades de Bernardo del Carpio. De / Lope de Vega.

Los Encantos de Medea. De Roxas.

El satisfacer callãdo, y Princesa de los Mõ / tes. De Lope de Vega.

Don Domingo de Don Blas. De Iuan Ruiz / de Alarcón.

Vengarse con fuego, y agua. De Don Pedro / Calderón."

No sólo esta atribución a Lope en volumen más antiguo que los de Moreto nos inclina a considerar la comedia como de Lope, sino la más somera lectura de ambos textos. Reproducido en nuestra edición el de la *Parte VI de escogidas* (A), y puestas al pie las variantes de la *Parte XXXVII* (B), que coincide con la que figura en el volumen III de

---

(1) *Parte treinta y siete de Comedias nuevas escritas por los mejores Ingenios de España. Dedicadas a don Jacinto de Romarate y Varona, etc. Año* (Escudo del Mecenas) *1671. Con licencia, en Madrid: Por Melchor Alegre. A costa de Domingo Palacio y Villegas, Mercader de libros. Vendese en su casa en frente del Colegio de S. Tomas.*

4.º; 4 hojas prels. y 438 págs.

(2) Figura esta comedia como *suelta* en la colección de Lord Ilchester, que fué de Lord Holland, segun Rennert.

Comedias de Moreto, puede comprobarse facilísimamente que el texto de Moreto no es más que una refundición del de Lope. Moreto acorta la comedia, sin más que, por regla general, suprimir pasajes; en algunas ocasiones se ve precisado a refundir el texto, pero son relativamente escasos estos pasajes refundidos.

El análisis de la comedia lleva a la misma atribución: la variedad de metros empleados, hasta el verso suelto; el empleo de un cantar de gusto popular (pág. 269), la fluidez y facilidad de la versificación, el atrevimiento en las expresiones del gracioso, ponen esta obra en relación directa con otras indudables del Fénix.

Comedia de costumbres cortesanas, gira en torno de la fábula principal del encuentro de un príncipe, fugitivo por la guerra civil, con una bella y selvática dama, criada en los montes sin saber que es hija de Príncipes: el idilio se ve turbado por dos circunstancias imprevistas: una la llegada de emisarios en busca del Príncipe, para ofrecerle el trono, otra los celos que en éste despierta el caso de ver a la salvaje belleza abrazar a un hombre (que era su padre). La dama, por vengar su honor, llega en ocasión de ayudar a su prometido esposo, en el trance difícil de la prisión en que se hallaba, y *callando, satisface* a los celos de su amante.

Por la belleza de su factura y lo bien dispuesto de la fábula, parece ser obra de la última época de Lope, sin que haya alusión ninguna que permita suponer la fecha.

Son pasajes notables: la exposición de los propios méritos por los dos Príncipes pretendientes al trono de Nápoles (pág. 267); el florido y galano diálogo entre Aurora y Fadrique, en el fondo pérfido y malicioso (págs. 278-79); la escena de amor entre el Príncipe fugitivo y la selvática Nereida (pág. 283); el romance en que Nereida cuenta los hechos de su vida (pág. 290), y la descripción que de sí propia hace la hermosa dama (pág. 294). Procaz y desenvuelto en extremo es, casi siempre, el lenguaje que emplea el gracioso, un rústico demasiado primitivo y salvaje, que acaba por hacerse soldado ridículo.

IX —El secretario de sí mismo.

Figura esta comedia en la *Parte VI* de las de Lope, de la cual hay ediciones de Madrid en 1615 (1); de Madrid, por Juan de la Cuesta,

(1) *El Fenix de España Lope de Vega Carpio. Familiar del Santo Oficio, sexta parte de sus Comedias. Dirigidas a don Pedro Docon y Trillo, Cauallero del habito de Santiago, hijo del señor don Juan Docon y Trillo del Consejo Supremo de Su Magestad, y de la Santa Cruzada, Cauallero del habito de Calatrava, Comendador de la Fuente el Moral, y Casas de Ciudad Real. Año* (Escudo del impresor) *1615. Con privilegio. En Madrid, Por la viuda de Alonso Martin. A costa de Miguel de Siles*

1616 (1), y de Barcelona, por Sebastián de Cormellas, 1616 (2). Además, el manuscrito 17.826 de la Biblioteca Nacional de Madrid tiene los dos actos primeros de la misma comedia (3). Hemos seguido el texto de la edición de Madrid, 1616 (A), por ser el más completo, y hemos anotado las variantes de la primera edición, de 1615 (B).

La alusión que al final del acto segundo hace Lope a sí propio y a Micaela Luján, sacando a escena como jardineros a Belardo y a Lucinda, permite señalar la fecha aproximada de esta obra, que se menciona en la segunda edición del *Peregrino en su patria,* 1618, y no en la primera de 1604: entre este año y el de 1613, en que parece haber muerto ya Micaela Luján.

Es comedia de costumbres cortesanas, de preciosa factura, versificación ágil y variada, en que descuellan dos tipos de mujer: uno episódico, la madrastra joven enamorada de su hijastro, que la huye por no mancillar el honor de su padre; otro fundamental, la dama linajuda enamorada del discreto e ilustrado secretario. El nudo de la fábula estriba en el cambio de personalidad, que por interés hace su padre, suponiendo a su propio hijo el que lo es natural del Duque de Milán, para lograr estado y honores, mientras que el verdadero ocupa el puesto de secretario de la dama con quien su padre lo quiere casar: por eso *es secretario de sí mismo.* Y claro es que no faltan los amores paralelos de otra dama hacia un Príncipe, enamorado de la primera; y hasta la caricatura de los amores del gracioso y la doncella. Las armas están a punto de tener que resolver el nudo, lo cual da lugar a preciosas escenas que reflejan la vida militar con sus alistamientos, juegos y riñas, todo mezclado en un diálogo vivo, rápido, condensado hasta lo inverosímil (pág. 337).

---

librero. Vendese en su casa al lado del Correo mayor. (Colofón:) "En Madrid, Por la viuda de Alonso Martín de Balboa, Año de 1615."

4.°; 4 hojas prels. y 302 numeradas. Signaturas aA-Pp de a 8 hojas. Port.: V. en blanco.—*Hoja 2.ª*: "Títulos de las Comedias": 1.—La batalla del honor, fol. 1.—2. La obediencia laureada y primer Carlos de Hungría, fol. 26.—3. El hombre de bien, fol. 51.—4. El servir con mala estrella, fol. 77 v.—5. El cuerdo en su casa, fol. 101 v.—6. La Reina Juana de Nápoles, fol. 126 v.—7. El Duque de Viseo, fol. 147 v.—8. *El secretario de sí mismo,* fol. 175.—9. El llegar en ocasión, fol. 200 v.—10. El testigo contra sí, fol. 228 v.—11. El mármol de Felisardo, fol. 252 v.—12. El mejor maestro el tiempo, fol. 276.—*Vuelta*: "Tassa": Madrid, 3 de abril de 1615.—Erratas: Madrid, 1.° de abril de 1615: El lic. Murcia de la Llana.—"Aprobación" del Maestro Vicente Espinel: Madrid, 11 de diciembre de 1614.—*Hoja 3.ª*: Privilegio a Francisco Dávila, por diez años: Madrid, 24 diciembre de 1614.—*Hoja 4.ª*: Dedicatoria de Siles a Docón.—Texto.

(1) Hay ejemplar en la Biblioteca de la Facultad de Derecho de Madrid.

(2) Tuvo ejemplar Salvá.

(3) Es el núm. 3.057, del *Catálogo* de Paz. El primer acto consta de 15 folios en 8.°; el segundo, de 18 fols.

Dos bellísimos sonetos esmaltan esta obra: uno dedicado a cantar las excelencias de una hermosa, comparada con las más bellas flores (pág. 304); otro en que un mozo señala el valor de ánimo preciso para despreciar a una mujer que ruega (pág. 308). Las rimas suelen ser variadísimas, según costumbre de Lope, y no falta muestra de un precioso cantarcillo de sabor popular (pág. 327). Alusión popularísima también es la que se refiere a la costumbre de computar la hora del mediodía cuando se oye sonar el almirez (pág. 312); todavía subsiste hoy, en la Mancha al menos, esta costumbre de machacar azafrán para el puchero pocos minutos antes de la hora de comer.

Luce Lope sus conocimientos mitológicos en varios pasajes, principalmente en ocasión de declarar la identificación de una estatua (página 314). Y al referirse a la ciudad de Roma, tanto en el diálogo burlesco del gracioso y la criada, donde se sacan a cuenta las cosas notables de la gran ciudad (pág. 310) como en la escena en que los viajeros expresan su admiración al ver por vez primera la sede del mundo del arte y de la Iglesia (págs. 312-313), confiesa paladinamente servirse de los datos que le ha proporcionado una guía titulada *De mirabilibus Romae* (1).

El realismo y la crudeza de la escena en que Casandra solicita el amor de su hijastro Feduardo (pág. 306) y alguna otra frase fuerte y picante (págs. 310, 328), contrastan con delicadas escenas de amor como la que pasa entre Feduardo y Octavia (pág. 322), o la comparación del amor con la música de la guitarra (pág. 306), o la ingeniosísima carta en que Otavia se declara a su secretario (pág. 325) y el fingido diálogo de Feduardo hablando consigo mismo (pág. 326), o la en que Casandra arranca hábilmente a su anciano esposo el secreto del cambio de personalidad de sus hijos (pág. 324). Es rápido y feliz el retrato del necio enfatuado (pág. 312).

El papel de gracioso, personificado en un hidalguillo español, listo y avispado, tiene sal y gracia fina, mereciendo señalarse el diálogo con la criada en que burlescamente se alude a las cosas notables de Roma (pág. 310) y el juego ingenioso en que se describen las distintas clases de barbas (pág. 309).

---

(1) Se refiere con toda seguridad al libro titulado *Mirabilia Romae. Las Iglesias, indulgencias y staciones de Roma...* Traducción del latín con algunas adiciones por Hernando de Salazar. En Roma, por Valerio Dorico, l'año 1561. Un tomo en 16.º de 96 fols. con grabados. Traducción o arreglo de otra latina muy corriente en el siglo XV.

Hay otra edición de Roma, 1575, por Juan Olmarino Giliotto, a cuya portada se añade: "Con las antiguedades della mesma ciudad de Roma hecha por Andreas Paladyo."

X.—La selva confusa.

Se citaba esta comedia de Lope en el *Catálogo del theatro español* de Vicente García de la Huerta, y figuraba en el famoso tomo 133 de Osuna, desaparecido. El hecho de no haber tenido a la mano los bibliógrafos ejemplares de la *Parte XXVII, extravagante,* ha dado lugar a muchas cábalas y dudas acerca de la paternidad de esta obra. Rennert y Castro (1) se inclinan a creer que las dos comedias que se citaban, impresa la una en la *Parte XXVII* y manuscrita la otra en la Biblioteca Nacional de Madrid, "son una comedia misma, y de Calderón". El profesor Northup, que en la *Revue Hispanique,* XXI, publicó el manuscrito de Calderón, opinaba "que no había existido sino una comedia de este título, y que ésta es la de Calderón".

El hallazgo en Barcelona primero y luego en Madrid de ejemplares de la *Parte XXVII, extravagante* (2), ha disipado todas las dudas acerca de la existencia de esta comedia de Lope. Y a mayor abundamiento, la comedia que con el título de *Selvas y bosques de amor* se puede leer en la *Parte XXIV* de las comedias de Lope, según la edición de Zaragoza, 1633 (3), coincide en su texto con la *Selva confusa*

---

(1) *Vida,* págs. 517-518.

(2) Véase su descripción atrás, pág. XXXIII.

(3) Hay varias ediciones de esta *Parte XXIV.* En la de Madrid, hacia 1640, rarísima según Salvá, cuyo ejemplar estaba incompleto, no figuraba con ninguno de los dos títulos, a no ser que fuera *El Palacio confuso.* En la de Zaragoza, por Diego Dormer, 1632, figura en segundo lugar *Selvas y bosques de amor.* De esta edición existen dos reimpresiones por el mismo Diego Dormer, en Zaragoza, 1633. Véase la descripción bibliográfica de este volumen: *Parte veynte y qvatro de las comedias del Fenix de España Lope de Vega Carpio. Y las mejores qve hasta aora han salido. A Don Diego de Virto de Vera Capitan de Infanteria Española.* [Adorno tipográfico: Un jarroncillo.] *Con licencia y privilegio. En Çaragoça, por Diego Dormer, en la Cuchilleria, año 1633. A costa de Iusepe Ginobart Mercader de Libros.*

En 4.°; 4 hojas + 235 fols.—Signaturas: A-Gg2. Texto a dos columnas.

Portada con orla.—V. en blanco.—Hoja 1, r.: Títulos de las comedias.—V.: Licencia, Zaragoza, 25 enero de 1631.—Aprobación, Diego de Morlanes, Zaragoza, 17 de febrero de 1631. Hoja 2 r.: Privilegio, Zaragoza, 18 de febrero de 1631.—Hoja 3 r.: Dedicatoria, Jusepe Ginobart, Zaragoza, 16 de febrero de 1633. Fol. 1 r.: La ley ejecutada; fol. 21 r.: *Selvas y bosques de amor;* fol. 41 r.: Examen de maridos; fol. 62 v.: El qué dirán; fol. 81 v.: La honra de la mujer; fol. 104 v.: El amor bandolero; fol. 123 r.: La mayor desgracia de Carlos V; fol. 145 r.: Ver y no creer; fol. 162 r.: Dineros son calidad; fol. 179 r.: De cuándo acá nos vino; fol. 201 r.: Amor, pleito y desafío; fol. 218 v.: La mayor vitoria.

No figura nuestra comedia en la "Ventiquatro parte perfeta de las comedias del Fénix de España... Sacadas de sus verdaderos originales, no adulteradas como las que hasta aquí han salido", Zaragoza, por Pedro de Verges, 1641.

La lista de comedias contenidas en cada uno de estos volúmenes puede leerse en Palau, *Manual del librero Hispano-Americano,* vol. VII, págs. 131-132.

de la *Parte XXVII,* salvo las variantes inevitables en esta clase de textos.

Consta, por otro lado, que *Selvas y bosques de amor* fué representada ante el Rey por la compañía de Manuel Vallejo en 7 de mayo de 1623 (1), el actor mismo que representó *La selva confusa,* según reza la impresión de la *Parte XXVII,* y que *La selva confusa* fué representada por el autor de comedias Juan Acacio en 21 de julio de 1623 (2), y es el primer año en que consta que escribiera Calderón para el teatro (3).

Del cotejo que hemos hecho de los tres textos para nuestra edición, se concluye con bastante claridad que es de Lope *La selva confusa* de la *Parte XXVII* y el texto que se reproduce bajo el título de *Selvas y bosques de amor,* y que Calderón amplificó unos pasajes y modificó otros en el manuscrito autógrafo que guarda la Biblioteca Nacional (4). Pudiera explicarse como ejercicio de la primera época de Calderón el hecho de haber tomado esta comedia con ánimo de mejorarla, y que por eso no la incluyera luego en la lista de las suyas, que envió al Duque de Veragua poco antes de su muerte. En más de un pasaje todavía se ven vacilar en el manuscrito los versos o palabras que habían de verificar el ensamblaje de lo añadido por Calderón con lo existente de Lope (5).

La comedia es de enredo, y justifica su título, y se desarrolla en ambiente cortesano. Estriba la fábula en la dificultad de averiguar la personalidad cierta de Fadrique, fugitivo de su hermano Felipe, y que oculta su calidad en el palacio de verano del Duque de Mantua, donde es acogido. Se descubre a Flora; pero ésta es tomada por loca cuando quiere hacer creer que el fingido jardinero es el hijo del Duque de Milán. El despecho de otra amante celosa, que va en busca de Fadrique, y la presencia del hermano perseguidor, contribuyen a aumentar el enredo y la confusión de aquella selva.

---

(1) *Modern Language Review,* III, 52.

(2) Rennert, *Modern Languaje Review,* III, 52.

(3) Véase Hurtado y Palencia, *Historia de la Literatura española,* 2.ª ed. Madrid, 1925, pág. 710.

(4) Hemos seguido el texto del manuscrito, pues la edición de Northup es bastante defectuosa. Parece como si hubiera encargado a un copista hacer la transcripción del manuscrito, y, sin cuidarse de otro cotejo, lo hubiera mandado a la imprenta. No era de nuestra incumbencia corregir ahora las erratas de Northup; algunas hemos señalado; por ejemplo, aquel delicioso pasaje en que cuando el manuscrito dice clarísimamente: "El es lindo socarrón", Northup transcribe impávido: "*El es lirondo socorrón*", como si desconociera en absoluto el castellano. Las faltas de puntuación y acentuación son más disculpables en un extranjero, que no suele llegar a dominar el idioma español, como fuera necesario para esta clase de trabajos eruditos.

(5) Véanse las págs. 366, nota final, y 372, fin, entre otras que pudieran señalarse.

Se intercalan dos cuentecillos populares: uno del tuerto, el cojo y el jorobado (pág. 358); otro del hombre a quien se le murió ahogada la mujer y la buscaba río arriba, porque ella iba siempre contra la corriente (pág. 366). Se lee con gusto un capricho, algo infantil, en que el gracioso se lamenta de que le deben veintiún reales, cuarenta y dos medios, ochenta y cuatro cuartillos, etc., hasta acabar toda la serie de monedas divisionarias (pág. 367); y otro pasaje en que se hacen ingeniosos juegos de palabras, tomando como base "desnuda" (pág. 391).

Pasajes notables son el romance en que riñen los dos hermanos (página 345); la bella descripción del naufragio de un hombre (pág. 352); las ingeniosidades y discreteos con que Flora trata descubrir nobleza y calidad en el desconocido náufrago (pág. 354); las sueltas y fáciles décimas, en que Fadrique insinúa su verdadera personalidad, sobre todo las finales (pág. 359), en que cada verso se dialoga con tal rapidez y concisión como sólo era capaz Lope de realizar; por eso Calderón suprime en su arreglo este vivísimo diálogo; y las décimas en que Fadrique se descubre a Flora, mientras ella finge dormir (pág. 362).

XI.—El sembrar en buena tierra.

Gracias a la diligencia de nuestro buen amigo míster Edward Lynam, erudito bibliotecario del British Museum, hemos podido disfrutar de una copia fotográfica del manuscrito autógrafo de esta comedia, que guarda la célebre biblioteca de Londres, bajo la signatura Egerton, 547, núm. 6, fol. 216. En nombre de la Real Academia Española, y en el nuestro propio, expresamos públicamente nuestra gratitud al señor Lynam por su amable solicitud, que redunda tan en provecho de las letras patrias.

Además del manuscrito autógrafo (A), fechado en 6 de enero de 1616 (1), hemos utilizado el texto impreso en la *Parte X de las Comedias* de Lope (2), anotando al pie las variantes. Citada en la segun-

(1) Es el manuscrito un cuaderno en 8.° con 18 folios el acto 1.°, 17 el acto 2.° y 18 el 3.° Suele tener cada página 28 versos. Las acotaciones están señaladas con una ✠.

(2) *Decima parte de las Comedias de Lope de Vega Carpio, Familiar del Santo Oficio, sacadas de svs originales. Dirigidas por el mismo al Excelentissimo señor Marques de Santacruz. Capitan General de la esquadra de España. Año* [escudo tipográfico] *1618. Con privilegio en Madrid, por la viuda de Alonso Martin de Balboa. A costa de Miguel Siles mercader de libros. Vendese en su casa, en la calle Real de las Descalzas.*

Al fin: *En Madrid, Por Juan de la Cuesta. Año M.DC.XVIII.*

En 4.°; 4 hojs., 299 fols.—Signaturas: APp2.—Texto a dos cols.

Portada.—V. en blanco.—Hoja 1 r.: Títulos de las comedias.—V.: Tasa, Juan de Jerez, Madrid, 8 de enero de 1618.—Erratas, El licenciado Murcia de la Llana, Madrid, 8 de enero de 1618.—Aprobación, Doctor Gutierre de Cetina, Madrid, 7 noviem-

da edición del *Peregrino en su patria,* se halla además suelta en el Museo Británico, en un manuscrito de la Biblioteca Nacional de Madrid (1) y en otro de la Biblioteca de Parma.

---

bre de 1617.—Hoja 2 r.: Aprobación, Fr. Alonso Remón, Mercedario, Madrid, 13 de noviembre de 1617.—Suma del privilegio. Juan de Jerez, Madrid, 27 de noviembre de 1617.—V.: Décima a Lope de Vega del Maestro Colindres, gramático, retórico y filósofo. Hoja 3 r.: Dedicatoria.—V.: Al lector.

Fol. 1 r.: El galán de Membrilla; fol. 28 r.: La venganza venturosa; fol. 53 v.: Don Lope de Cardona: fol. 78 v.: El triunfo de la humildad y soberbia abatida; folio 102 r.: El amante agradecido; fol. 128 r.: Los guanches de Tenerife y conquista de Canaria; fol. 151 v.: La octava maravilla; fol. 177 r.: *El sembrar en buena tierra;* folio 198 r.: El blasón de los Chaves de Villalba; fol. 221 v.: Juan de Dios y Antón Martín; fol. 248 v.: La burgalesa de Lerma; fol. 273 r.: El poder vencido y amor premiado.

Hay otras ediciones de esta parte:

Decima parte de las comedias de Lope de Vega Carpio familiar del Santo Oficio, Sacadas de sus originales. Dirigidas por el mismo al Excelentíssimo Señor Marqués de Santacruz Capitan general de la esquadra de España. Año [escudo tip.] *1618. Con licencia. Barcelona, Por Sebastián de Cormellas y a su costa.*

En 4.º, 4 hojs. + 298 fols.—Signaturas: A-Mm6. Texto a 2 cols.

Port.—V. en blanco.—Hoja 1 r.: Dedicatoria.—V. Al lector.—Hoja 2 r.: Aprobación Fr. Onofre de Requesens, Prior de Santa Catalina, Barcelona, 4 de abril de 1618.—Licencia del Obispo de Barcelona D. Luis Sans y por su mandado Calba y de Vallseca.—V. Décima del Maestro Colindres a Lope.—Hoja 3: Títulos de las comedias.—V. Tassa. Aprobación como la de Madrid.

Contiene las mismas comedias que la anterior.

Decima parte de las Comedias de Lope de Vega Carpio, Familiar del Santo Oficio. Sacadas de sus originales. Dirigidas por el mismo al Excelentísimo Marques de Santacruz Capitan General de la esquadra de España, Año [escudo tipográfico] *1621. Con privilegio. En Madrid, por Diego Flamenco. A costa de Miguel de Siles mercader de libros. Vendese en su casa en la calle Real de las Descalças.*

Al fin: *En Madrid. Por Fernando Correa de Monte-Negro,* Año M.DC.XX.

En 4.º; 4 hojs. 272 fols.—Signaturas: A-Ll4. Texto a dos columnas.

Portada.—V. en blanco.—Hoja 2 r.: Títulos de las comedias.—V.: Tasa, Juan Jerez, Madrid, 8 de enero de 1618.—Erratas, Licenciado Murcia de la Llana, Madrid, 22 de diciembre de 1620.

Aprobación, Doctor Gutierre de Cetina, 7 de noviembre de 1617.—Hoja 3 r.: Aprobación, Fr. Alonso Remon, Madrid, 13 de noviembre de 1617. Suma del privilegio, Madrid, 27 de noviembre de 1617. V.: Décima del maestro Colindres a Lope. Fol. 1 r.: Comienzan las comedias.

Contiene las mismas comedias que las dos ediciones anteriores.

La edición de Barcelona 1618 es igual que la de Madrid del mismo año. La de Madrid de 1621 tiene algunas ligeras variantes con respecto a las otras dos.

Las variantes del autógrafo y el texto impreso en la parte X han sido publicadas en los *Estudios eruditos in memoriam* de Adolfo Bonilla y San Martín, t. II, Madrid, 1930, pág. 479, artículo póstumo de H. A. Rennert, *Para el texto de la comedia "El sembrar en buena tierra"*. Este volumen ha aparecido cuando ya el texto de nuestra edición estaba compuesto.

(1) Núm. 3.073 del *Catálogo* de Paz.

Consta en el manuscrito autógrafo el reparto de los papeles y los nombres de los cómicos que los representaron. Era el siguiente:

Don Félix	Ortiz.	Felino	Ramos.
Florencio	Benito.	Don Alonso	Valdivielso.
Doña Prudencia	Eugenia.	Lisardo	Herrera.
Galindo, *criado*	Sánchez.	Liseo	Escruela.
Celia	Lucía.	Otavio	Ramírez.
Fabio	Plaza.		

El señor Rennert identificó estos cómicos en su artículo citado, de donde extractamos los principales datos (1).

---

(1) Ortiz: Cristóbal Ortiz de Villazán, natural de Valladolid. Muy amigo de Lope, que le llama "famoso representante". Casado con Ana de Ribera. Estuvo en las compañías de Alonso de Riquelme y de Pedro de Valdés. Autor de comedias luego, recorrió con su compañía gran parte de España. Su carrera teatral no fué larga, sin embargo. Estuvo en Burgos, Lisboa, Sevilla, Valencia, etc... Murió en Madrid el 1 de julio de 1626 en la calle del León. Tuvo cinco hijas. De una de ellas, Isabel Lucía, fué madrina Marcela de Vega Carpio, la hija de Lope (Sor Marcela de S. Félix) y a otra, M.ª Lucía, la bautizó el propio Lope.

Estrenó de éste: *La dama boba, El desconfiado, El Príncipe de la Paz y Lucero de la Noche,* auto; *La casa del Pecado* y *La Fe,* autos.

Lucía de Salcedo y Olea. Llamada por Lope *la Loca.* Casada con Jerónimo Ugarte. Estuvo con éste en la compañía de Alonso de Riquelme y luego en ésta (la de Hernán Sánchez). Antigua querida de Lope, a la cual alude en carta al Duque de Sessa (6 agosto 1616) desde Valencia:

"Ayer llegó aquí *la Loca,* que ha venido con Sánchez y toda la compañía con el Conde [de Lemos] desde Barcelona en las galeras; en mar y tierra los ha oído las comedias que tenían, algunas de las cuales me ha celebrado apasionadamente; no hay otras nuevas que dar a V. Ex.ª, pues llegarán primero que yo. *La Loca* ha venido a verme, y dice que escriba a V. Ex.ª que aquí tiene una esclava: así lo hago y le suplico crea que no fué causa de mi jornada [sí lo fué, y el pretexto, ir a ver a su hijo *Fernando,* fraile descalzo con nombre de Vicente Pellicer] pues ha un mes que estoy aquí y ella en Barcelona."

[Según me comunica mi buen amigo don Joaquín Entrambasaguas, hay vehementes sospechas de que *la Loca* era madre de Fernando, el hijo de Lope, y se reunieron allí padre e hijo para ver a la Salcedo. Por eso no fué a buscarla a Barcelona. Además la Salcedo —y el final de la carta lo indica— tuvo también que ver —y no platónicamente— con el Duque de Sessa. Era como aquella *Flora* que era amiga del Duque y de Lope por temporadas.

El Fernando no hay que confundirlo con otro hijo de Lope, fraile también, pero trinitario, que se llamó fray Alejandro de la Madre de Dios y decía misa en las Trinitarias cuando ya Lope la decía también y estaba allí Sor Marcela. La madre de este Alejandro no sé quién sería. Era más joven que Fernando. Acaso la Jerónima de Burgos; pero nada sé con certeza.

Fernando por su parte era hijo de una cómica que pudo y debió de ser *la Loca,* según sospecho.]

De los otros representantes se sabe menos.

Benito: Benito de Castro. Estuvo en las compañías de Diego López de Alcaraz

Es una preciosa comedia de costumbres, de las mejores de Lope, de acción clara y no enrevesada, de factura impecable, de ambiente madrileño, alegre y sin desenvoltura. Pone en parangón dos tipos de mujer: la coquetuela y gastadora, frívola y enfatuada de su belleza, que trae al retortero a cuantos galanes la ven, y les saca lindamente los dineros en regalos, trajes y joyas, y la seria y enamorada de veras, capaz de dejar perder una fortuna antes que casarse a disgusto, y que ayuda económicamente al infeliz caballero indiano desplumado por la otra, con lo cual siembra en la buena tierra, que en su día ha de fructificar hasta ver conseguida su boda con el galán, ricamente heredado en Lima, mientras que la frívola y bella enemiga va recibiendo desprecios y más desprecios, teniendo que resignarse al casamiento con un soldado, más amigo de los dineros que de las galanterías.

Perfectamente delineado está el carácter del caballero indiano, que llega a dar a la dama casquivana el único doblón que le regala un su amigo, cuando ya la miseria ha llamado a sus puertas y lo ha hecho "túmulo de bayeta", en fuerza de vestir pobremente. Noble hasta la abnegación es el amigo de este indiano, que por él surca el mar y va a Lima a cobrar y arreglar la herencia de su amigo. Y entre los per-

---

y Alonso de Riquelme. Figura en los repartos de las siguientes comedias de Lope: *La buena guarda, El bastardo Mudarra* y *La dama boba.*

Eugenia: Eugenia de Villegas, mujer de Antonio Ramos.

Valdivieso: Juan de Valdivielso acaso, vecino de Madrid. Estuvo en las compañías de Juan de Tapia, Melchor de León y Diego Vallejo.

Plaza: F.co Muñoz de la Plaza. Estuvo en la compañía de Alonso de Villalba.

Escruela: Juan de Escorigüela, representante, natural de Tronchón, Aragón. Estaba casado con Jerónima de la Sierra. En 1623 andaba en la compañía de Antonio de Prado. En su testamento de 26 de diciembre de 1641 dejó por albacea a su marido, y por heredera a Dorotea de Sierra, hija de su primer matrimonio.

Los demás no los identifica Rennert, ni yo he dado con ellos.

El autor de comedias, director de esta compañía, según Rennert, era:

Hernán Sánchez de Vargas: Famosísimo y amigo de Lope. Estuvo en la compañía de Diego de Santander, en Sevilla. (Corpus de 1596.) Parece que escribió entonces *San Leonicio,* auto representado allí. Luego en la de Alonso Riquelme y luego dirigió ya compañía. Vivía en la calle de las Huertas. Representó en Madrid autos a medias con Riquelme. Recorrió muchos lugares de España: Sevilla, Valencia, Córdoba, Parla (Madrid), Villarrubia de Ocaña, Cifuentes, Navalcarnero, etc... Casó dos veces: con Polonia Pérez, cómica, y con Francisca Rodríguez, cómica. En Valencia estuvo la compañía cuando Lope: esto demuestra que la Lucía era *la Loca* y los demás cómicos quienes dice. Estrenó y representó de Lope *La hermosa Ester,* pero no se indica ninguna más. Vendió sus casas de la calle de las Huertas (dos pares). En una tuvo de inquilino a Pacheco de Narváez, el esgrimidor enemigo de Quevedo. Murió en la cárcel de Madrid en 18 de noviembre de 1644. Se enterró en la Capilla de la Novena. Se ignoran las causas de su prisión. Sánchez era muy amigo de Luis Vélez de Guevara, y por esta razón se negó una vez Lope a escribirle una comedia.

sonajes secundarios descuella el gracioso Galindo, criado de corte leído y sabihondo, sin que sea estudiante.

Tiene esta obra noticias del más subido interés para el conocimiento de las costumbres madrileñas a principios del siglo XVII. Anotemos la sátira con ocasión de los trajes modernos y costosos, que daban de lado a las telas y paños españoles (págs. 398-431); la donosa manera de llamar a la calle Mayor de Madrid el "paso honroso", por el peligro que los galanes corren al encontrarse en ella a las damas y tenerlas que regalar en las tiendas (pág. 413); la diferencia con que los galanes viejos y los nuevos en la corte sufrían los ataques de las pedigüeñas en la calle (pág. 415); o los diferentes paseos y sitios de esparcimiento de la corte, el Prado, la Tela, la Casa de Campo, el Palacio, entonces en construcción (pág. 433); la vida difícil y penosa de la mujer casada, con tener muchos hijos y poca hacienda (pág. 414); la sátira de los coches (pág. 402) y las diversas clases que se veían por las calles madrileñas; hasta se ven pasar las cargas de riquezas traídas de las Indias, con las jaulas de los papagayos colocadas encima (página 431), y se enumeran los platos que constituían una buena merienda (pág. 422).

Siendo el ambiente de la comedia casa de damas y su asunto principal amores y porfías, se ven mentadas algunas supersticiones, como las de poner "habas, pan, dinero y carbón" (pág. 423), o la costumbre de usar puños azules bien largos, para conseguir ser amada (pág. 425).

No faltan algunas alusiones literarias: tales la graciosa burla de las licencias poéticas (pág. 397); las censura de los críticos severos que cuando se ponen "a escribir sólo un renglón — sale con más necedades — que letras" (pág. 401); la hábil intercalación de versos de romances del Cid, al juzgar la conducta de la dama frívola (pág. 412); la lista de libros fingidos en son de burla, que el gracioso expone al caballero militar (pág. 412); el viejo cuentecillo del estudiante a quien su padre mandaba que comiera lo más barato, y que compraba perdices porque un par tenía menos precio que una vaca (pág. 406).

Son preciosos los dos sonetos intercalados en esta comedia: a la necesidad (pág. 410), y a un diamante (pág. 413. Es hábil el juego de palabras a base de "tope" ("merendar hasta el tope") (pág. 422), y el discreteo inicial sobre si es mejor amar a una sola mujer, o preferir los amoríos y diversiones con muchas (pág. 396); o la escena en que la dama frívola va despachando el correo de sus pretendientes (página 400); o el pasaje en que se juega la palabra "prudencia" en los gastos con el nombre "Prudencia" de la dama casquivana (pág. 405), cuya definición es bastante completa (pág. 404); o la linda manera de rechazar la petición de la dama (pág. 413).

Y abundan las comparaciones felices y originales, más que en otras

obras del Fénix: el amor con la cárcel (pág. 396); la cruz del matrimonio con las de las Ordenes Militares, del Toisón, de San Antón el Tao (1) (pág. 398); los coches en venta con los amigos leales, porque traen cédulas que dicen lo mismo por delante que por detrás (pág. 403); el rico empobrecido con la fuente seca (pág. 409); el dinero con salud (pág. 410); el tiempo con un capitán que asalta la fortaleza que representa la mujer hermosa (pág. 410).

En las líneas generales del asunto y en la manera de tratarlo, recuerda esta comedia a la del mismo Lope titulada *Quien todo lo quiere...*, impresa en este mismo volumen.

XII.—La Serrana de Tormes.

"Comedia antigua" reza en la portada, según la edición en la *Parte XVI* de las comedias de Lope (2), Madrid, 1621, y en la dedicatoria al hijo del Duque de Sesa, don Antonio de Córdoba Cardona y Aragón,

---

(1) Sobre esta Orden véase Juan Baltazar de Abissino, *Fundación, vida y regla de la grande Orden militar y monástica de los caballeros y monjes del glorioso P. S. Antón Abad, en la Etiopía.* Valencia. Juan Vicente Franco, 1609, 24 fols. 4.°

(2) *Decima sexta Parte de las Comedias de Lope de Vega Carpio, Procurador Fiscal de la Camara Apostolica Qvibusdam enim canibvs sic innatum est, vt non pro fesitate, sed pro consuetu -dine latrent. Seneca de Rem. Fort. Año* (Escudo del Sagitario, con la leyenda) *1621. Con privilegio. En Madrid. Por la viuda de Alonso Martín. A costa de Alonso Pérez Mercader de libros.*

4.°; 6 hojas prels. y 284 numerads; signaturas A-Nn, todas de a ocho hojas, menos la última que tiene cuatro.

Port.; v. en bl.—*Hoja 2.ª*: Títulos de las comedias.—1. El premio de la hermosura. Al Conde de Olivares (fol. 1).—2. Adonis y Venus: tragedia. Al Duque de Pastrana, don Rodrigo de Silva (fol. 21 v.).—3. Los Prados de León. Al Duque de Huéscar, don Fernando Jacinto de Toledo (fol. 40 v.).—4. Mirad a quien alabáis. A doña María de Noroña (fol. 65).—5. Las mujeres sin hombres. A la señora Marcia Leonarda (fol. 87).—6. La Fábula de Perseo: tragicomedia. A Antonio Domingo de Bobadilla, Veinticuatro de Sevilla (fol. 108 v.).—7. El Laberinto de Creta: tragicomedia. A la señora Tisbe Fénix (fol. 133 v.).—8. *La Serrana de Tormes.* Al Conde de Cabra, don Antonio de Córdova Cardona y Aragón (fol. 155 v.).—9. Las grandezas de Alejandro: tragicomedia. Al Duque de Alba (fol. 185).—10. La Filisarda. A don Juan Antonio de Vera y Zúñiga (fol. 211).—11. La inocente Laura. A don Diego Ximénez de Vargas (fol. 233 v.).—12. Lo fingido verdadero: tragicomedia. Al R. P. Fr. Gabriel Téllez (fol. 259 v.).

Vuelta: Suma de privilegio al autor por diez años: San Lorenzo, 24 de octubre de 1620.—Suma de la Tassa: 4 mrs. pliego: tiene 72 y medio: Madrid, 27 de septiembre de 1621.—Erratas (ninguna): Madrid, 13 de diciembre de 1621.

Hoja 3.ª: Aprobación del maestro Vicente Espinel. Madrid, 24 de septiembre de 1620.—"Prólogo dialogístico. El teatro y Un Forastero."—Texto.

La edición de 1622, también por la viuda de Alonso Martín, tiene las mismas comedias y difiere muy poco de la primera.

conde de Cabra, dice el autor que *La Serrana de Tormes* es comedia "en que probé la pluma en el principio de mis estudios". Esta indicación parece que podrá llevar a fijar la fecha hacia 1580 ó 1582, época en que Lope andaba por las aulas complutenses. Pero leyendo la comedia con atención se ve que debió de retocarla luego, dadas las claras y transparentes alusiones autobiográficas de época más moderna, que se ven en la comedia.

Sitúase la acción del primer acto en Toledo, donde se supone estudiante al protagonista Alejandro, que ya estaba ejercitado en escribir versos (pág. 437), y se le traslada luego a Salamanca. En esta sabia ciudad tratan los amigos de distraer la melancolía en que el recuerdo de su amada toledana le traía sumido, y lo quieren llevar a visitar a una hermosa dama, llamada Narcisa, de quien, por alabarla, le dicen que "canta y tañe por extremo, — y es sevillana". A lo cual responde Alejandro: "Eso basta, — y más si es de cierta casta, — en cuya nieve me quemo." Clara alusión a Camila Lucinda y al principio de sus amores con ella, que debió de ser por los años finales del siglo XVI. Todavía en otra escena (pág. 461) se complace el poeta en presentar al vivo la riña de la amante toledana (Diana) y de la andaluza (Narcisa); de esta escena son los versos que siguen:

"DIANA. Diga, señor: ¿la señora
es mujer de todo gusto?
ALEJ. Vine a templar mi disgusto.
DIANA. ¿Y fué la primera agora?
ALEJ. Otra sin ésta he venido.
DIANA. ¿Quién duda que os quiere bien?
ALEJ. Bien me quiere.
DIANA. ¿Y vos también
le estaréis agradecido?
Guardaos, que alguna de aquéstas,
y más de pico andaluz,
por cofrade de su luz
os pondrá algún monte a cuestas;
que os dejarán sus locuras,
si dais en seguir su antojo,
como rocín flaco y flojo
y lleno de mataduras."

No creemos aventurado suponer que estas alusiones se refieren a la época del matrimonio de Lope con doña Juana Guardo, 1598, ya que poco después empieza sus relaciones con Micaela Luján. Sobre todo, las apuntamos, ya que han pasado hasta ahora desapercibidas para los biógrafos del Fénix.

El asunto es sencillo: para evitar un desafío, un padre manda a su hijo a estudiar desde Toledo a Salamanca, y la novia de éste, a fin de no

casarse con otro que su familia le busca, huye disfrazada de hombre, se alista en una compañía de soldados, con los cuales vive por los montes de Salamanca, hasta que el Capitán intenta forzarla, y protegida por unos carboneros, vive con ellos, como si fuera serrana. Mientras tanto, el estudiante, para alegrar un poco su melancolía, es llevado a visitar a una dama cortesana. La supuesta serrana va a buscarlo, y lo ve, sin darse a conocer; entra a su servicio, y atormentada por los celos, huye. El la busca; hiere al carbonero que la protegía; se ve a punto de morir en la cárcel, de la cual le saca la astucia de la propia enamorada, ayudada por los estudiantes amigos.

La factura de esta comedia, dividida sólo en tres actos; la versificación, la soltura en casi todos los pasajes, tampoco le dan aire de ser tan antigua como para creerla de la época juvenil de Lope. Lo probable es que, escrita, en efecto, en sus años de estudiante, la retocara y arreglara al darla a la publicidad en 1621. No cabe duda que reflejan la realidad inmediata las escenas animadas de la vida escolar: aquellas correrías nocturnas a pintar el *Víctor* del amigo opositor, donde de paso se hurtan castañas y vino, se da vaya a los representantes de comedias, se cantan músicas a las cortesanas amigas (págs. 467-468); aquellas burlas de los escolares a los lugareños (pág. 470); aquellos latines fáciles que el gracioso Tarreño, capigorrón del protagonista, intercala a todo pasto en la conversación, sea con quien sea, hasta llegar a enamorar a la criada, hablando medio en latín (págs. 455 y 465); aquel burdo artificio para arrancar a un preso de manos de los carboneros, disfrazándose los estudiantes de viejas y de alguaciles, con lo cual logran su intento y sacan algún dinero a los infelices palurdos (página 476); aquel desafío entre un caballero y un estudiante, en que éste quiere mostrarse graduado en la facultad de honor (pág. 437), pasajes son todos que recuerdan la vida en los centros universitarios del siglo XVI, aunque no debe olvidarse la fuerte tradición literaria que desde Juan del Encina venía ejerciendo influjo sobre cuantos escritores trataban de asuntos relacionados con estudiantes y gentes del campo.

Se lee con agrado esta comedia de costumbres escolares y campesinas, vistas éstas a través de libros como la *Diana* de Montemayor y la *Arcadia* de Sannázaro. Y choca un poco el contraste entre ciertos pasajes con resabios de erotismo juvenil, inflamados y ardientes, como el sostenido por el estudiante y su novia (pág. 447); o como las furiosas exclamaciones de Diana cuando sabe que su amado está en brazos de Narcisa (pág. 469), con otros de extremada crudeza y realismo, como cuando los soldados discuten si Diana, alistada recientemente, es hombre o mujer (pág. 451); o el que relata su intento de violación (pág. 453); o el de la boda, tal como la veía un carbonero (pág. 456); o la descripción de una cortesana (pág. 458). Lo mismo que contrasta

el tipo caballeresco y animado del protagonista estudiante, enamorado algo más constante que el autor, y el delicado carácter de Diana, capaz de arrostrar tales peligros como supone vivir entre soldados y entre villanos carboneros, por no casarse a disgusto y esperar ocasión de unirse con su amado, con el tipo tosco y basto del carbonero Elenco, prendado de la fingida serrana (págs. 463-464).

No son las reminiscencias literarias de las églogas de Encina y de los autos pastoriles las únicas en esta comedia. La doncellita toledana retraída y con tendencias al monjío leía la primera parte de la *Diana* de Montemayor y el *Cancionero* (pág. 445), libros gratos, por tanto, al escritor; y las lamentaciones de Bernardo por su desgracia al saber que no lo quieren por esposo de Diana, recuerdan en una mezcla extraña la *Celestina* y fray Luis de León (pág. 446).

Aunque hay algún pasaje de versos duros, no dejan de verse otros típicos de Lope; por ejemplo, la octava real en que se cuenta lo difícil que es guardar a una mujer (pág. 439), parecido en su estructura y en sus ideas a algún soneto de Lope; el diálogo vivo, rápido, cortado en cada verso, tan característico del Fénix (pág. 441); el soneto que cuenta los efectos del tiempo (pág. 453); la bella descripción de una serrana (pág. 455); el habilísimo diálogo entre la supuesta serrana y el estudiante (pág. 461); las maldiciones de un carbonero, en que se mezcla la cita burlesca de varias supersticiones (pág. 457), y el donoso pasaje, digno del mejor entremés, en que se ven los carboneros metidos a jueces, a la buena de Dios y sin más ley que su buen o mal juicio (página 472).

Notemos, por fin, que las serranas van a Salamanca a vender "doce huevos, para duelos y quebrantos" (pág. 460), frase que aclara un famoso pasaje cervantino, según notó doña María Goyri de Menéndez Pidal. Cfr. Rodríguez Marín, *El Quijote,* ed. de 1928, vol. VII, pág. 99.

XIII.—Las sierras de Guadalupe.

Se cita esta comedia de Lope en el *Catálogo del Theatro Hespañol* de don Vicente García de la Huerta, y formaba parte del tomo 131 de Osuna, hoy perdido. Está suelta en el Museo Británico, y hay copia en la Biblioteca de Parma: de esta última hemos tomado el texto que reproducimos, según la transcripción hecha por el erudito italiano Restori para la Real Academia Española.

No hay ninguna alusión que permita rastrear la fecha. Es una comedia de enredo, muy embrollada en la acción: se basa en la confusión a que da lugar el hecho de enviar dos damas distintas cartas con letra de una sola, pues la otra no sabía escribir, a sus amantes, y el hecho de cambiarse mutuamente los nombres dos caballeros, fugitivos por lances

amorosos. Todos se reúnen en una finca de la sierra de Guadalupe, y cuesta gran trabajo desenredar tan enrevesada maraña.

La parte amorosa y de celos, dudas y sospechas, nada tiene de particular sobre las comedias de esta clase, aunque de vez en cuando se vea la mano de Lope en tal cual frase galante o figura poética de buen gusto: nótese el pasaje vivo y rápido de una riña nocturna entre caballeros (pág. 485), o la pintura de una poética reja donde se dan cita dos amantes (pág. 504). Pero lo mejor de la obra son los pasajes que se refieren a la vida campestre, y las escenas de villanos, criados y pastores. Es bellísima la descripción de la fértil tierra de Guadalupe (pág. 485) o de la vida apacible en el campo (pág. 487); y descuella un romancillo, donde dialogan un fugitivo caballero y la dueña de la casa de campo (pág. 488), así como la tranquila conversación basada en cantar la placidez de la vida campesina en un romance esmaltado de bellas imágenes (págs. 493-95).

También son pasajes de gracia y frescura, no exentos de picardía y malicia villanesca, los que sacan a escena a los criados de la casa de campo (pág. 486), donde se ve el amor a lo rústico, que termina en matrimonio obligado, no sin que haya que vencer la resistencia del padre de la moza con las súplicas de todos los señores (pág. 508).

XIV.—El silencio agradecido.

Sin indicación de autor, figura esta comedia en la *Parte XXXI de Diferentes autores,* Barcelona, 1638, de las llamadas *extravagantes* (1). Según La Barrera (2), "en un catálogo manuscrito de la colección de Gámez se atribuye a Lope, y lo mismo en el índice de Casal". Münch-Bellinghausen sospechó que fuese obra de Francisco Toribio Ximénez, quien recopiló las comedias, en la *Parte XXXI de Diferentes autores* (3). Los bibliógrafos, pues, han dudado de la atribución a Lope de esta comedia.

La atenta lectura de la obra, en el único texto conservado (4), que tiene alguna laguna, parece inclinar el ánimo a atribuírsela a Lope de Vega.

---

(1) *Parte treinta y una de las mejores comedias...* Recogidas por el doctor Francisco Toribio Ximénez. Y a la fin va la comedia de Santa Madona... y conquista de Barcelona. En Barcelona, Jaime Romeu, 1638, 4 hs. + 277 fols.

Es de las llamadas *Partes extravagantes,* que formaban 44 vols. y parece que seguía a las 25 partes de Lope.

(2) *Catálogo,* págs. 583 y 685.

(3) Rennert y Castro, *Vida,* pág. 519.

(4) Hemos utilizado fotocopia del ejemplar que guarda el Museo Británico, núm. 35.177 (7).

La acción es clara y bien desempeñada: Rosimunda, casada por poder con el Príncipe de Bretaña, enfermo de muerte, se prenda de Marcelo, gentilhombre de la copa de su esposo. Lucha en su alma el dolor con la pasión amorosa; a instigaciones de su deuda y secretaria Teodora, destierra a Marcelo, intenta darle muerte, y siempre se arrepiente de sus decisiones. Al fin se inclina a concederle sus favores, pero quiere probar hasta qué punto sabrá guardar su secreto. Y cuando se certifica de la lealtad de Marcelo, español, de la casa navarra de Beamonte y de Guevara, cede a su pasión en premio del *Silencio agradecido,* quien a su vez la prueba también, exigiéndola que le abrace en público, que le entregue el anillo del reino y que lo nombre por general en sus ejércitos. Marcelo vence a los enemigos de Rosimunda, y, muerto el Príncipe, llega a ser esposo de la Reina viuda, a la vez que tiene noticias de haber heredado el condado de Lerín, en Navarra.

El argumento es audaz y se presta al desarrollo de un buen carácter femenino, como lo es el de Rosimunda, que no desdice de los buenos tipos de mujer creados por el Fénix. También está pintado de mano maestra el personaje Marcelo, suma y cumbre de la caballerosidad y lealtad española, cuyas bellas cualidades se cantan con entusiasmo (página 518), hasta llegar a la afirmación de que en España nacen los hombres más valientes de Europa (pág. 535). Recuerda bastante este Marcelo al conde Henrique de la comedia editada en este mismo tomo, *Quien más no puede...*, entre otros varios tipos de Lope que pudieran citarse.

La riqueza y variedad de la versificación es otro argumento a favor de la atribución a Lope. Es suelta y fácil, como en las buenas obras del Fénix; abunda en redondillas, quintillas y décimas, viéndose más de un pasaje en verso suelto, y siendo de notar dos romances estupendos: uno, cuando Rosimunda cuenta la fábula de haber dado muerte al Delfín de Francia, para probar la fidelidad y secreto de Marcelo al mandarle enterrar la caja que parecía contener el cadáver (pág. 531); otro la invitación a la guerra (pág. 543). Y no falta el soneto, tan frecuente en todas las comedias de Lope, impecable de forma, dedicado a la ingratitud de la mujer mudable (pág. 538).

Otros pequeños detalles parecen confirmar la atribución lopesca: la alusión a los caballos del Sol (pág. 518), repetida hasta la saciedad en las obras indubitables del Fénix; la cita del imaginario lugar de Belflor (pág. 533) donde situa parte de la acción de su comedia *La Resistencia honrada o Condesa Matilde;* la canción que los músicos entonan mientras dos enamorados se arrullan en un jardín (pág. 543), escena apacible que contrasta con la guerra que viene amenazando, y que recuerda aquella otra de la misma *Condesa Matilde,* cuando la esposa enamorada se dedica a labrar la ropa de su marido, en tranquilo retiro,

y llegan sus servidores con el cuerpo inerte de su esposo, muerto en la batalla (1); la comparación de la espada con la lengua (pág. 531), feliz como tantas de Lope; la visita de Rosimunda a la cárcel, donde Lope se plagia a sí mismo (pág. 536), y en la cual se ve una alusión literaria, característica suya: un poeta se queja de que otro le hurta versos suyos, y el acusado se exculpa diciendo (pág. 537):

"Señora, este hombre es tan vano,
que hurtarle sus versos llama
decir cristal, oro, fama,
sol, margen, marfil, Silvano,
ámbar, pancaya, coral,
perlas, nácares, aromas,
que es poesía con redomas
y rétulo en cada cual.
A Vuestra Alteza suplico
que, pues es común la lengua,
no se me atribuya a mengua
lo que de la lengua aplico."

Ciertos recursos escénicos empleados en la obra revelan en su autor un avezado dramaturgo: así, por ejemplo, las repetidas alusiones a "lo del arca y el rosal", o sea al gran secreto que Marcelo ha de guardar, y que nadie ni nada, aun las mayores amenazas, la prisión, la muerte cercana, logran arrancarle (pág. 537); o las tres condiciones que el enamorado exige de la Princesa, antes de acceder a su pretensión, de gran efecto teatral al conseguirlas (pág. 541); o la desenvoltura y facilidad con que Rosimunda declara su pasión, bien a la criada (página 515), bien al propio Marcelo (pág. 545). No es de creer que pasajes tan bellos, tan teatrales como los citados, y muchos más, fueran debidos a la pluma de un autor oscuro y desconocido como el Francisco Toribio Ximénez, colector del tomo *XXXI de Diferentes autores*.

El tipo del gracioso Chacón, criado de Marcelo, es digno hermano de tantos otros salidos de la fantasía de Lope: sólo uno de ellos podría decir la maravillosa sátira de "lo que puede un papel" (pág. 526); a Lope se le ocurriría la regocijada escena de hacer cortar la lengua al criado, para que no pueda hablar lo que ha visto del amo, y que se olvida con las glorias de su obligada mudez para dar lugar a situaciones muy del gusto popular (págs. 545 y 549).

En resumen, pues, creemos obra de Lope esta comedia, y pensamos que fué escrita en el último tercio de su vida.

---

(1) Véase la pág. 223 de este mismo volumen.

XV.—El soldado amante.

Se conserva esta comedia en la *Parte XVII de Comedias de Lope,* impresa por vez primera en 1621 (1), y hemos seguido el texto de la edición de 1622, por la viuda de Fernando Correa, Madrid, anotando las variantes en aquella de 1621. Aunque impresa este año, con dedicatoria a doña Ana de Tapia, hija del famoso secretario Pedro de Tapia, la obra es más antigua, ya que figura en la lista de la primera edición del *Peregrino en su patria,* 1604; consta además, por una copia manuscrita de Parma, que la representó Osorio, autor antiguo y famoso, lo que permite situarla en la última década del siglo XVI; y el propio Lope, en *El Peregrino,* refiere que la representó Alcaraz, "único representante y de sutil ingenio", cómico que ya actuaba en 1596, y que dirigía una de las ocho compañías autorizadas en 1603.

Es comedia de enredo, basada en el equívoco fundamental a que se presta el hecho de andar un Príncipe disfrazado de jardinero, de forma que hace dudar a la Reina, de quien se enamora, de si es villano o es Príncipe. Son los personajes principales la Reina, belicosa y valiente, que ella misma dirige sus ejércitos y se precia de no sentir los efectos de amor; y un Príncipe, su enemigo, invasor de su tierra, cuyo ejército saquea las casas de la infeliz ciudad vecina, y que se enamora de la mujer pintada en un cuadro, que cierto soldado lleva del pillaje, y que resulta ser la propia Reina. La acción se desliza con cierta naturalidad, una vez convenido el auditorio en admitir la inverosímil situación de no conocer al Príncipe disfrazado de jardinero.

Hay que notar una escena admirable en el acto segundo: el diálogo vivo y rápido, típico de Lope, mantenido en un jardín, de noche, de modo que la oscuridad no permite distinguir más que los bultos informes, entre la Reina y el Príncipe, que se declara "el soldado amante". Interrumpido un momento, por apartarse el Príncipe huyendo, vuelve a oírse su voz, precisamente cuando los nobles del séquito de la Reina lo buscan, y sostiene la conversación contestando a la dama como si fuera su eco (págs. 572-574).

También demuestran gran soltura en el manejo de la técnica teatral las escenas militares después del regreso (pág. 559) y el motín de la soldadesca por no saber dónde se hallaba el Príncipe (pág. 580).

La versificación es variada, como de Lope, y merecen anotarse dos pasajes en versos sueltos esdrújulos, poco frecuentes en el Fénix (páginas 576, 582); el romance en que se anuncia la llegada de Clarinar-

---

(1) Véase la descripción bibliográfica de este volumen atrás, al tratar de la comedia *Quien más no puede...*, pág. XXIII.

te con su armada (pág. 557); un soneto precioso al poder del tiempo (pág. 571); unas octavas reales dedicadas a un retrato, que recuerdan la factura de muchos sonetos del mismo autor (pág. 561); la descripción del saqueo (pág. 566); el juego de palabras tomando como base las cartas de la baraja (pág. 565); los discreteos de la conversación entre el Príncipe y la Reina, que no lo conoce (pág. 578).

El afán de mostrar erudición mitológica es causa de la impropiedad de que ciertos personajes, como hortelanos y jardineros (pág. 566), anden a cada paso haciendo alusiones a asuntos de historia y mitología clásicas (no pueden faltar las repetidas citas de Faetonte, pág. 567). También es característico de Lope el pintar con excesiva desenvoltura algunos tipos de mujer, como el de la hija del jardinero (pág. 569).

Es curioso el pasaje donde se resumen las costumbres de los enamorados y se anota una especie de lista de obsequios que se hacían a las novias (pág. 570).

Falta en esta comedia el personaje del gracioso.

XVI.—La sortija del olvido.

Aparece mencionada en la lista de la segunda edición de *El Peregrino* (1618) con el título *La sortija del olvidado,* y se imprimió en la *Parte XII,* Madrid, 1619 (1), texto por el cual la reproducimos. Hay

(1) *Dozena parte de las Comedias de Lope de Vega Carpio. A Don Lorenzo de Cardenas Conde de la Puebla, quarto nieto de Don Alonso de Cardenas, Gran Maestre de Santiago. Año* (escudo del Mecenas: dos lobos pasantes, uno sobre el otro y orla con castillos y leones alternados) *1619. Con privilegio. En Madrid, por la Viuda de Alonso Martín. A costa de Alonso Pérez, mercader de libros.*

4.°; 4 hojas prels. y 280 fols.

Port. A la vuelta: "Tabla de las comedias que se contienen en esta dozena parte." Ello dirá, fol. 1; *La sortija del olvido,* fol. 25 v.; Los enemigos en casa, fol. 47; La cortesía de España, fol. 70; Al pasar del arroyo, fol. 95; Los hidalgos del aldea, fol. 118; El Marqués de Mantua, fol. 141; Las flores de don Juan y rico y pobre trocados, fol. 165; Lo que hay que fiar del mundo, fol. 188; La firmeza en la desdicha, fol. 213 v.; La desdichada Estefanía, fol. 240 v.; Fuente Ovejuna, fol. 262 v.

Hoja 2.ª: Fe de erratas (ninguna): Madrid, 14 de diciembre de 1618. Murcia de la Llana. Tassa (4 mrs. pliego: 71 pliegos = 284 mrs.): Madrid, 22 de diciembre de 1618.—*Vuelta*: Aprobación de Vicente Espinel: Madrid, 15 de agosto de 1618.—Suma del privilegio (por diez años, a Lope): San Lorenzo el Real, 6 de octubre de 1618.—*Hoja 3.ª*: Dedicatoria de Lope (elogios generales sin fecha).—*Vuelta*: Otra dedicatoria en verso de Lope: firma en ambas.—*Hoja 4.ª*: "El Teatro" (prólogo).

Esta tirada u otra exactamente igual se repitió en el mismo año sin más diferencia que suprimir en la portada el escudo del Conde de la Puebla por otro del impresor, con el Sagitario y la leyenda en torno de la figura: (*Salvbris sagitta a Deo missa.*"

Pueden verse ejemplares de las dos tiradas en la Biblioteca Nacional de Madrid, R. 13.863 y 14.105.

también una copia manuscrita en Parma. Debió de ser compuesta entre 1604 y 1618, fechas de las dos ediciones de *El Peregrino*.

Se basa esta comedia de costumbres cortesanas en el medio de que se valen una hermana del Rey y su amante para evitar que ella se case con quien el Rey determina, y es hacerle perder el sentido por medio de una sortija mágica. Cada vez que el Rey se pone la sortija, queda sin memoria y ordena cosas disparatadas, llegando a punto de querer dar muerte a su propia amada. Por feliz casualidad el gracioso bufón descubre el secreto de la sortija.

Sin ser de las mejores obras del Fénix, se lee con agrado, a pesar de que los caracteres están algo desdibujados, salvo el del gracioso Lirano, y el del ambicioso, sin ley y sin freno, Adriano, que sólo va a lograr su propósito.

Intercala dos bellos sonetos: uno en que pondera el interés del amor (pág. 591), y otro en que se enumeran las dificultades para guardar a una mujer doncella, si no es casándola (pág. 595). Una canción de celos (pág. 592), el uso de refranes muy bien aplicados (pág. 608), y cierto cuentecillo, en que el gracioso refiere su original medio para cazar leones con rodela y martillo (pág. 592), indican la afición de Lope a los elementos de carácter popular.

Son ingeniosas las comparaciones de la mujer a una fortaleza asediada (pág. 594), y la del Amor y la Fortuna (pág. 603). Gran fuerza lírica tienen las lamentaciones de Lisarda, recluída en el campo (página 599). Y aguda y fina sal muestra casi siempre el gracioso, el bufón Lirano; véase, por ejemplo, el pasaje en que refiere los encantos de las fregonas (pág. 600), las escenas en que le ofrece el Rey, y luego le niega, unos ducados mandados en albricias de cierta nueva (pág. 606), y el final del acto segundo (pág. 614), burlesca invocación a la musa, para escribir un soneto en el papel de la libranza, que ha quedado sin firmar.

XVII.—El sufrimiento de honor.

Figura esta comedia como de Lope en la *Parte XXXII de diferentes autores,* o *extravagantes* (1). El texto ha llegado con tales faltas y de tal forma estragado que hace dudar de la atribución al Fénix. La versificación sólo en pasajes muy escasos tiene la fluidez propia del poeta; hay muchos versos mal medidos; no escasean los ripios más

(1) Zaragoza: Diego Dormer, 1640. Hay ejemplar en el Museo Británico, 30.688 (15), de donde tomamos el texto reproducido. Ya nota Rennert que las supuestas ediciones sueltas del British Museum y de Ilchester no son más que trozos de este tomo de *Diferentes autores*.

burdos. Sólo emplea redondillas, alguna vez quintillas, una romance y otra verso suelto (cuya reconstrucción nos ofrece muchas dudas); el soneto (pág. 646) es francamente malo.

Por el asunto tampoco esta obra encaja dentro del temperamento de Lope, poco amigo de los desenlaces trágicos, que sólo se encuentran en unas cuantas obras de su extensísimo repertorio (1). Aquí se trata de una tragedia, a la que da lugar un adulterio: el marido ofendido, que mientras está en el cautiverio se ve suplantado por el amigo bajo cuya guarda dejó a la mujer, vuelve de la cautividad y vive desconocido, como criado medio loco, en su propia casa, y prepara tranquilamente la venganza: al amigo lo mata en una supuesta pendencia a que lo lleva; a la mujer la ahoga en escena, y tras larga súplica denegada. Y luego aparece en su verdadero ser, y como si nada supiera de lo ocurrido.

Hay pasajes que recuerdan otros semejantes de Lope: el juego de palabras a base de las cuerdas de la guitarra y de las notas musicales (pág. 637); el desenfadado diálogo, que refleja la vida libre de damas cortesanas y de galanes, con sus tintes rufianescos (pág. 633); la residencia que la mujer adúltera se toma a sí propia de sus acciones, como en un examen de conciencia (pág. 649), y, sobre todo, la escena en que los amigos del adúltero se dan cuenta de que está de verdad muerto (pág. 651).

La falta, además, del gracioso, haría que, de ser de Lope la comedia, hubiera que llevarla a la primera época de su producción dramática.

XVIII.—Tanto hagas cuanto pagues.

Cítala como de Lope el *Catálogo del Theatro Hespañol* de don Vicente García de la Huerta, y suelta se conserva en la Biblioteca Real de Munich. Gracias a la gentil amabilidad de nuestro buen amigo y compañero, el erudito hispanófilo doctor Hans Brein, bibliotecario de Munich, hemos podido utilizar una copia fotográfica de esta edición suelta (2), que hemos reproducido en la nuestra (A).

Pero en el tomo III de las *Comedias* de Moreto, según la reimpresión de Madrid, por Antonio de Zafra (1681) (3), y con el título de *La traición vengada,* aparece el mismo texto de la comedia que nos

(1) Cfr. Hurtado y Palencia, *Historia de la literatura española,* 2.ª ed. Madrid, 1925, pág. 646.

(2) También está suelta en el Museo Británico y en Parma, según Rennert, *Vida,* pág. 520.

(3) 4 hojas + 412 págs. en 4.º Parece reimpresión de la de Valencia, por Benito Macé, 1676, en 4.º, 485 págs. En las tres partes de la ed. de Macé, 1676 y 1703, no figura.

ocupa, lo cual ha ocasionado la duda acerca de su atribución. Por añadidura, corre suelta atribuída a Jacinto Cordero y con el título de *No hay plazo que no llegue ni deuda que no se pague,* según Rennert, quien añade (1) que Chorley se inclinaba a atribuírla a Lope; que Hartzenbusch la creía obra de Rojas Zorrilla, pero que Cotarelo no la incluye entre las de este autor, ni aun como apócrifa o dudosa; y que Schäffer (II, 169) la atribuye a Moreto, pero cree que bien puede ser refundición de una de igual título de Lope.

La solución de la duda está en un dato que el propio Rennert aduce, aunque sin sacar las debidas conclusiones. Dice que esta comedia fué representada por Tomás Fernández antes del 18 de noviembre de 1625 (2). Como Moreto nació el año 1618, mal puede ser obra suya. Lo que sí pudo hacer Moreto es apropiársela, andando el tiempo, como hizo, con *El satisfacer callando,* y arreglarla un poco para darla como suya, él o sus editores. Las variantes que hemos anotado (B) en nuestra edición son muy ligeras, y en algunos pocos pasajes se limitan a suprimir versos del texto antiguo.

Si, pues, el texto es de Lope, como parece, hay que convenir en que es una de las buenas obras dramáticas del Fénix. Tragedia podría llamarse, y tragedia de honor y celos, que no desdice de las mejores calderonianas. El extremo punto de honor se junta en un caballero con el amor hacia la mujer de su enemigo, preferido de la dama que lo toma por esposo, y vencido por las armas del marido. Durante seis años, que el marido huye de la justicia en Flandes, él sigue pretendiendo los favores de la dama, con pretexto de enamorar a su hermana, y acariciando la idea de venganza; y cuando el marido vuelve a Madrid quiere por todos los medios matarlo; convencido de que su honor está vengado con haber peleado, según opinión de los más expertos militares, quiere darse a sí propio la satisfacción que la gente no necesitaría, y con ocasión de una mascarada se disfraza y abofetea a su contrario. Este, loco por no conocer a su ofensor, a consulta con el famoso don Lope de Figueroa, sale a la mascarada y mata a una máscara cualquiera: resulta ser su propio enemigo.

Son personajes muy bien delineados el del marido don Diego, a quien todas las apariencias llevan a dudar de su esposa y que se convence de su inocencia cuando ella se niega altiva a darle satisfacciones de su conducta; el peligro del honor perdido atormenta el alma del noble caballero, que se atreve a desafiar al propio don Lope de Figueroa, bellísima escena que cierra el acto segundo. Movido más por la terquedad que por el honor, parece el atrabiliario don Félix capaz de

(1) *Vida,* pág. 520.
(2) Véase *Modern Language Review,* III, 54, y Restori, *Una collezione,* pág. 15.

hacer más de una cosa impropia de caballeros con tal de satisfacer su mezquina pasión de venganza. Noble y generoso se muestra don Lope de Figueroa, el glorioso militar que vuelve de Lepanto y que cuenta en extensa relación el discurso de la famosa batalla (pág. 659). Bellísima figura de mujer es Beatriz, que no habla cuando todas las apariencias la condenan, segura en su propia altivez de que una mujer principal no puede obrar nada malo contra su marido. Hasta los graciosos —hay dos criados en esta comedia con este papel— son mesurados en sus donaires, salvo algún pasaje no muy limpio y algo vinoso.

Notemos el interés de algunos pasajes, como el que da idea de las Vísperas solemnes de San Martín, el día de su fiesta (1), punto de reunión del Madrid elegante (pág. 656); la hermosa descripción psicológica de la mujer, con que termina el acto primero, y que Moreto la suprimió (pág. 667); la sentida lamentación de don Diego, cuando cree convencerse de la infidelidad de su esposa (pág. 667); la descripción del vuelo de un halcón (pág. 667); el diálogo entre don Lope de Figueroa y don Diego de Vargas, con que termina el acto segundo (pág. 675); la visión de la taberna y de las tretas de los taberneros, según el gracioso (pág. 679); la pintura de una mascarada en la corte (pág. 684).

XIX.—El testigo contra sí.

Figura esta comedia en la *Parte VI* de las de Lope, editada en 1615 y en 1616 (2); la reproducimos en esta segunda impresión, por ser más completa (A), anotando las variantes de la primera (B).

Mencionada en la segunda edición de *El Peregrino en su patria* (1618), parece que debió de ser escrita entre 1605 y 1606, pues hay en ella dos alusiones a la corte en Valladolid: una vez se dice que el Consejo Real está en esta ciudad (pág. 697) y otra vez un pretendiente va de la corte a la ciudad castellana dicha (pág. 710). Además se hace gran lisonja al Duque de Lerma, con ocasión de admirar su casa en Madrid (pág. 704). Si, pues, en 1604, que se publica *El Peregrino,* no la había escrito, y en 1606 la corte vuelve a Madrid, ha de situarse entre estos dos años la fecha de redacción de la comedia (3).

Por otra parte, se ve una alusión al *Quijote* (pág. 690): hablando de personas de gustos diferentes, que se han juntado, dice: "como San-

(1) Se alude a un cantor famoso llamado el Capón: véase los Papeles de Gobierno de la Sala de Alcaldes de Casa y Corte, año 1634, fol. 153.

(2) Véase la descripción bibliográfica de este volumen atrás, pág. XXXVI.

(3) Cfr. M. A. Buchanam, *Modern Language Notes,* 1909, pág. 203 (citado por Rennert).

cho y su rocín". Este dato permitirá fijar la fecha de la comedia después de enero de 1605.

La comedia es de enredo, y parece que quiere traslucir ciertos recuerdos autobiográficos en las andanzas del protagonista Lisardo, que huye de Madrid por no querer casarse con Estela, a quien supone en tratos con otro hombre, y que se ve perseguido judicialmente por el hermano de ella. Parecen pasajes paralelos con algunos de la huída de Fernando en *La Dorotea,* y creo que los biógrafos de Lope deben tenerlos presentes.

Como se trata de dos matrimonios entre hermanos, abundan los enredos, a base de suponer muerto a Lisardo. Este, por evitar el casamiento de Estela, de quien, a pesar de todo, sigue enamorado, urde tramas y más tramas con que dilata la ejecución; hasta que, movido por celos, declara como testigo contra sí propio en pleito puesto por un amante desdeñado de Estela.

Señalemos como aciertos en la factura de la obra el final del acto primero, rápida pelea entre los dos caballeros enemigos, en que cae mortalmente herido Lisardo, y el final del acto segundo, de gran efecto teatral, cuando al apasionado amor de Estela a Lisardo, a quien creía muerto, responde el galán con fría reserva.

Como detalles de interés pueden citarse los diálogos entre damas tapadas y galanes enamorados, por la calle de Francos, de Sevilla (página 689), de valor para el conocimiento de las costumbres; la escena carcelaria de Sevilla (pág. 692); la sátira de la Curia y de sus procedimientos dilatorios (pág. 707); la lista de comidas y platos exquisitos (pág. 713); la vida ordinaria de lacayos y criados, de las festivas escenas en que el mozo se finge amo y viceversa (pág. 706); la burlesca exhibición de joyas indianas, ofrecidas a una señora (página 711); los juramentos del falso Capitán, graciosa parodia de los caballerescos (pág. 721); la pelea de dos mujeres celosas (pág. 723); la descripción de la casa de una dama rica (pág. 696).

Hay una preciosa alusión al madrigal famoso de Cetina a unos ojos claros, serenos, habilísimamente intercalada (pág. 707). Destaca un hermoso soneto en que Estela canta la constancia de su amor (pág. 702); un romance, en que Lisardo cuenta el suceso de sus amores, donde puede sospecharse tinte autobiográfico (pág. 694). Y no falta algún pasaje de subido color, tan frecuentes en Lope (pág. 698).

XX.—El tirano castigado.

Figura en la lista de *El Peregrino en su patria,* primera edición de 1604 y segunda edición de 1618, y se imprimió en la *Parte IV de Co-*

ÍNDICE DEL TOMO IX

PÁGS.

PÚSOSEME EL SOL, SALIÓME LA LUNA

COMEDIA FAMOSA

DE

LOPE DE VEGA CARPIO (1)

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES:

Un Músico.
Lesbia, *dama.*
Natalio, *caballero.*
Fidelfo, *caballero.*
Zurdo, *gracioso.*
Teodora, *dama.*
Alcina, *villana.*
Emo *y* Lipio, *criados.*
Un Fraile *del Carmen descalzo.*
Un Abad.
[Clarindo, Ergasto, *villanos.*]
[Salucio, Anfriso, *villanos.*]
[La Virgen María.]
[Ángel.]
[Luna.]
[Sol.]

JORNADA PRIMERA

(Sale Lesbia, *dama, paseándose, y un* Músico *canta.)*

Músico. Tu honesto tálamo envidien,
casadilla venturosa,
las tórtolas en sus nidos
y en sus lechos las palomas.
Eternidades te enlacen
en los brazos que te adoran,
estimada como ajena,
gran ventura en mujer propia.
Esto Clarindo cantaba
A Natalio y a Teodora,
que elogios dulces merecen
almas que así se conforman.

Lesbia.

¡Donosos disparates y locuras!
No cantéis más.

Músico.

La paz de dos casados
te he referido aquí.

Lesbia.

¿Paz aseguras
en amor que arde en celos y cuidados?
Atomos de oro al sol cantar procuras,
conformidad en vientos encontrados,
arena al mar, estrellas a los cielos:
que es lo mismo cantar amor sin celos.

Músico.

Eso es querer negar la simpatía
y recíproco amor de las esencias,
que todo en pura unión se engendra y cría,
que estas son sus divinas excelencias:
la celeste y dulcísima armonía
que ve el tiempo mover inteligencias,
espíritu es de amor; que si él faltara,
su eterno movimiento se acabara.
En tal conformidad amor encierra
los más discordes elementos...

Lesbia.

Calla;
que amor todo es envidia, todo es guerra;
que sus efetos son viva batalla.

Músico.

Esos monstruos tal vez amor destierra
en Natalio y Teodora, y así se halla
ahora en dulce paz.

Lesbia.

¡Es imposible!

Músico.

¡Terrible estás!

(1) Tachado el nombre de Lope de Vega y sustituído por el de "Andrés de Claramonte", en letra del siglo xvii.
Impreso: Parte XXIX, Huesca, 1634. Ms.: 16986 de la Bib. Nac. de Madrid.

LESBIA.

Tú necio y insufrible (1).
¡Salte fuera! ¡Qué lógico ignorante!

(*Vase el* MÚSICO.)

Rabiando quedo. ¿Qué es aquesto, cielos,
que de estos en amor tal paz se cante
cuando rabiando (2) estoy de envidia y celos?
¡Oh, Natalio cruel! ¡Oh, falso amante!
¡Oh, bárbara ocasión de mis desvelos!
¡Tu paz perturbe amor; tu envidia crezca,
y Teodora te olvide y te aborrezca!
¡Que bien casados vivan, y que viva
muriendo yo de verlos bien casados!...
¡Mi loco amor mis celos aperciba,
demonios de su infierno desatados!
Ya mi venganza en su inquietud estriba:
¡Despierten los que viven descuidados!

(*Sale un* CRIADO.)

CRIADO.

Natalio viene a verte.

LESBIA.

¡Amor lo ordena!
Entre el fiero instrumento de mi pena.

NATALIO.

Parecerá extrañeza, Lesbia hermosa,
esta visita mía.

LESBIA.

Y tan extraña;
que pudiera, Natalio, estar quejosa
de ti, puesto que amor me desengaña.

NATALIO.

El puro rosicler de virgen rosa,
que en escogida púrpura se baña
no sale tan gentil.

LESBIA.

Esos favores
guarda a tu sol, que es vida de las flores.
¿Vienes deprisa?

NATALIO.

Nunca un buen casado
(dame licencia, Lesbia, que lo diga),
despacio puede estar, si enamorado
tiene cielo a quien ver y alma a quien siga;
que como es verdadero su cuidado
tanto una breve ausencia le fatiga.

LESBIA.

Dícenme que es un ángel tu Teodora.

NATALIO.

Es después de tu sol purpúrea aurora
de proporción gentil. Haz, Lesbia mía,
una forma bellísima en tu idea
de propio y justo amor, que aquesto cría
en ajena beldad imagen fea.
Su rostro es en dulcísima armonía
un milagro de amor, en quien se vea (1)
que tan divino y singular conceto
ser sólo pudo de tal causa efeto.
Es airosa, gentil, grave, dispuesta,
amorosa, discreta y recatada,
cuerda, apacible, sobre todo, honesta,
alta elección en la mujer casada.
En corta copia mi Teodora es ésta,
con pinceles del alma retratada,
mujer siendo elección del cielo justo
cortada a la medida de mi gusto.

LESBIA.

Quien le tuvo tan bueno razón era
que en tan dichosa prenda se empleara,
ya que el cielo no quiso que yo fuera
la que en su nombre de tu amor gozara.

NATALIO.

¡Adiós! ¿Qué le diré? Porque me espera.

LESBIA.

Que a verla iré por sólo ver su cara.

NATALIO.

Pues viéndola dirás que no hay marido
más bien ganado, ni más bien perdido.

(*Vase.*)

LESBIA.

Diré que no hay amante más ingrato
ni más cruel marido (¡ah, fieros celos!).
En tanto agravio de vengarme trato.
Dadme vuestros rigores y desvelos;
turbar quiero su paz (2), si amores trato,
y no dulce armonía de los cielos;
que en los casados confusión y guerra,
es el mayor castigo de la tierra.

(1) Ms.: "¡Insufrible estás!"
Tú necio y muy temible."
(2) Ms.: "muriendo".

(1) Ms.: "Porque se vea."
(2) Ms.: "La paz".

Yo haré que mueras, bárbaro Natalio,
celoso de Teodora, y ella sea (1)
otra lasciva diosa del Cidalio,
otra Rodope vil, otra Medea;
amor será en los dos monstruo tesalio
que yerbas busque y que conjuras vea;
campo será tu lecho de desvelos
porque sepas, cruel, lo que son celos.

(*Salen* FIDELFO *y* ZURDO, *gracioso.*)

ZURDO. Ya tiene Alcina el papel.
FIDELFO. ¿Qué importa, si los remedios
son en amor imposibles?
ZURDO. ¿Qué imposibles no vencieron
amor y necesidad,
ayudados del ingenio?
¿No es imposible mayor
hacer de un necio un discreto?
Pues ya se ha visto, con ser
cosa imposible, en un necio,
y más cuando es mal nacido,
poderoso y con dinero,
que suelta las necedades
armadas de atrevimiento.
Jerjes un monte allanó
en una tarde; Pompeyo
hizo al inundante Nilo
torcer su camino eterno;
Tifis leyes puso al mar
inexorable y soberbio.
FIDELFO. Comparados con Teodora
no son imposibles esos.
ZURDO. ¿No es Teodora una mujer?
FIDELFO. No, que es un ángel.
ZURDO. Cayendo.
será demonio también.
FIDELFO. Ya los demonios cayeron
y ella es ángel que está en gracia,
porque cuando considero
a Teodora bien casada
y honesta con tanto extremo,
si en presencia la enamoro,
en ausencia la respeto;
que en una mujer honrada
es el honor limpio espejo,
y viéndose amor en él,
como se juzga tan feo,
enmudece y tiembla, y yo
por esta causa enmudezco
y tiemblo también, turbado,
cuando en su rostro me veo,
porque en el cristal del rostro
se conocen los defetos.
ZURDO. Mira que está Lesbia aquí
y que nos ha estado oyendo.
FIDELFO. ¿Quién es esta Lesbia?
ZURDO. Es
el milagro de estos tiempos,
el monstruo de Alejandría,
la sirena de los puertos
y la mujer, finalmente,
de los hombres cautiverio:
que a su casa te he traído
a divertirte, y entiendo
que has de olvidar a Teodora.
FIDELFO. No podré, si todo aquello
que enamorare o mirare
no viniere a ser lo mesmo
que Teodora, porque en ella
amor mi remedio ha puesto.
ZURDO. Vesla allí con atención.
Repara en ella.
FIDELFO. No tengo
libertad para miralla.
ZURDO. Lesbia, este ilustre mancebo,
en quien la primera aurora
de su abril florido y tierno,
baña en mariposas de oro
los perfiles del cabello,
por lisonjas de tu fama
viene a ti a cobrar (1) el seso,
porque amor en hermosura
sus aforismos ha puesto.
Encántale en tus palabras;
fúrtale en tus ojos bellos,
para que vean los suyos
dulce paz y blando sueño.
LESBIA. Aunque apenas he entendido
así en mal formados ecos
las querellas lastimosas
de este ilustre caballero,
me pesa que así a mi casa
venga por remedio, viendo
que amor le libra en la causa
que produce estos efetos.
FIDELFO. Lesbia divina, si sabes
enajenar pensamientos
y envanecer voluntades,
libradas en embelecos,
dame remedio, señora;

(1) Ms.: "y a ella sea".

(1) Ms.: "buscar".

favoréceme, que muero
a manos de un imposible
y a rigores del infierno.
Si amor con amor se cura,
y con soberano imperio
tus ojos son dos tiranos
del amor, templa con ellos
mis amorosas locuras,
en cuyas cárceles preso
tendrá libertad el alma,
que muere en tales desprecios.

LESBIA. No podrás sanar de amor
si no olvidares primero,
que en amor el olvidar
es el más sano consejo.

FIDELFO. ¡Ay, Lesbia, ay, señora mía!
Eso es lo que yo pretendo;
que es el remedio olvidar
y olvidóseme el remedio.

ZURDO. Del soberano Aristarco
de Menfis hijo es Fidelfo,
que a Alejandría (1) le traen
amorosos desconciertos.
Amaba en Menfis a un monstruo...

FIDELFO. Di que amaba en ella a un cielo,
a un sol con rayos hermosos
de cristal y rayos negros,
que de las almas que abrasan
rayos de carbón se han hecho.
Casóse con un tirano
que por martirio aborrezco
y por amante dichoso,
pues gana lo que yo pierdo.
Día a día ha, Lesbia, un año
que la sirvo y la pretendo,
siendo con ella Alejandro,
siendo Midas, siendo Creso,
ya ejecutando imposibles,
ya rigores disponiendo,
ya temerosas ternezas,
ya músicas, ya paseos.
Como inexpugnable roca
que impelida de los vientos
trueca en átomos de vidrio
gigantes de espuma crespos,
valiente se ha resistido
a mis amorosos ruegos,
lágrimas, promesas, llantos
y locos ofrecimientos;
porque una mujer si da
en ser honrada es lo mesmo
que el sol que de cerca abrasa
y parece bien de lejos.

LESBIA. ¿Quién es?

FIDELFO. Teodora se llama.

LESBIA. ¿Qué dices?

FIDELFO. Que este desvelo
de mi loca fantasía
se llama así.

LESBIA. ¿Hay tal suceso?
Si este imposible te allano,
¿qué me darás?

FIDELFO. Pon a precio
de imposibles. Por servirte,
abrasado en sus sabeos
holocaustos, te daré
al pájaro que en naciendo
parece rosa con alma,
parece flor con aliento.

LESBIA. Como me des la palabra
de ser mío, te prometo
su ingratitud en tus manos,
su tiranía en tu pecho.

FIDELFO. Digo mil veces que soy
tuyo; ponme, Lesbia, un hierro
que publique esta verdad
y que afirme este concierto.

LESBIA. ¡Dame esa mano!

FIDELFO. Y el alma
con ella, si alguna tengo.

ZURDO. ¡Qué presto celos y agravios
se conciertan!

LESBIA. ¡Esto es hecho!
¿Olvidarásla?

FIDELFO. Gozada.

LESBIA. ¿Y ahora?

FIDELFO. No, que no puedo;
que es el remedio olvidar
y olvidóseme el remedio.

(*Vanse, y sale* TEODORA, *bizarra, y* ALCINA, *villana, con unas flores y entre ellas un billete escondido.*)

ALCINA. Estas hurté en el jardín (1),
aunque más viva se hallara
el azucena en tu cara
y en tus manos el jazmín.
Las maravillas, en fin,
de que quisiste pedillas
se han puesto tan amarillas

(1) Ms.: "que Alejandría".

(1) Ms.: "corté en el jardín".

que no medrarán jamás,
pues ven que donde tú estás
no importan las maravillas.

TEODORA. En la manga las pondré,

(*Métetlas en la manga.*)

para que en ella las vea
Natalio, y la abeja sea
cuando en mis brazos esté.
Las primicias de una fe
en ternísimos amores
piden frutos superiores,
y cuando con él estoy
el alma, Alcina, le doy,
que no gasto el tiempo en flores.
¿Quién no envidia mi ventura?
¿Hay suerte más venturosa
que ser de Natalio esposa,
y estar de su amor segura? (1)

ALCINA. Fidelfo turbar procura
tu paz.

TEODORA. Que olvides te pido
el nombre que has referido;
y esto, Alcina, no te asombre,
pues presumo aun con el nombre
que se ofende mi marido.

ALCINA. Esos escrúpulos son
para mi aldea; aunque allá
licencia tal vez se da
a alguna conversación.

TEODORA. La fama está en la opinión
y el honor está en la fama;
que la que buena se llama,
buena fama ha de tener,
porque a una honesta mujer
la imaginación la infama.
De la manga sacaré
las flores que tú me diste;
mas, ¿qué es esto, ¡ay de mí, triste!,
que dentro de ellas hallé?

ALCINA. Un papel, señora, fué
que corté por azucena.

TEODORA. Flor es de fragancia llena;
pero rasgalla es mejor;
que tan olorosa flor
para deshojada es buena.
¡Vete, villana, de aquí,
y en mi casa no estés más!

(1) Los dos versos últimos, según el Ms.; el impreso dice:
"que soy de Natalio esposa
y estoy de su amor segura."

¡Vete luego! ¿No te vas?

ALCINA. Mi señor viene; ¡ay de mí!

(*Sale* NATALIO.)

NATALIO. ¡Dulce prenda! ¿Vos así,
con Alcina descompuesta?
¿Qué novedad es aquesta?
¿Y quién rasgó este papel?

TEODORA. Yo, señor; y a Alcina en él (1)
así le doy la respuesta.
La cuenta en él me traía
de lo mal que me ha servido,
y por eso le he rompido,
porque engañarme quería;
y parecióme osadía
en la pretensión que vi,
que estando vos vivo así,
a quien siempre me remito,
que la cuenta por escrito,
señor, me la diese a mí.
Con ella hacerla podéis,
que yo a enojo me provoco,
aunque pienso que muy poco
o que nada le debéis.

NATALIO. Si de eso gusto tenéis
dalde lo que os ha pedido
por el papel.

ALCINA. Lo que pido,
no es milagro que lo hiciera
mi señora, si creyera
lo bien que yo la he servido.
A las reinas darse pueden
los papeles cuando son,
señor, de cuenta y razón,
sin que disgustadas queden.

TEODORA. Por tales cuentas suceden
en las cuentas mil errores,
que suele haber contadores
tan falsos y lisonjeros
que multiplicando ceros
hacen las cuentas mayores.

ALCINA. (A esta arrogante mujer,
enfadosa y presumida,
aunque me cueste la vida
por Fidelfo he de vencer.)

(*Vase* ALCINA.)

TEODORA. Los papeles recoger
puedes, y hacerlos sumar
a quien más sepa contar;

(1) Ms.: "y Alcina en él".

que yo, como aquí se ve,
sólo de esta suerte sé
partir y multiplicar.

NATALIO.

A un tiempo, mi Teodora,
tu ingenio y tu belleza me enamora.
Dame esas manos bellas,
que con rayos de dedos son estrellas.

TEODORA.

¿Quiéresme mucho?

NATALIO.

Fuera
corto mi amor, si aquí lo encareciera.
Tanto, en fin, vengo a amarte (1)
que quererlo decir será agraviarte.

TEODORA.

Y yo, esposo, te adoro
al paso que lo dudo y que lo ignoro;
que imposible es decillo
de la suerte, mi bien, que sé sentillo.

ZURDO.

(*Dentro.*) ¡Muera el villano, muera!

(*Sale* FIDELFO.)

FIDELFO.

¡Socorredme, por Dios!

NATALIO.

¿Qué es esto?

FIDELFO.

Ahí fuera
mucha gente me sigue:
que a un hombre solo multitud persigue.
Permitidme, señores,
que me pueda esconder de estos rigores.

ZURDO.

(*Dentro.*) Si se esconde en el cielo,
ha de morir.

FIDELFO.

¡Ay, Dios!

NATALIO.

Pierde el recelo,
que eso no corresponde
al valor natural. Aquí te esconde,
que voy a detenellos.

(*Vase.*)

(1) Ms.: "tanto vengo, en fin, a amarte".

TEODORA.

¡Dueño del alma, no riñáis con ellos!
¡Mirad que sois mi vida,
y que seréis riñendo mi homicida!

FIDELFO.

(Quiero lograr mi intento.
Dame, tirano amor, atrevimiento,
pues esta ocasión gana
hoy la industria (1) de Lesbia soberana.)
¡Teodora divina!
Premia mi afición,
que esta es invención
de amor peregrina.
Vencerte imagina
mi loco deseo.

TEODORA. ¿Qué es esto que veo?

FIDELFO. Tu Fidelfo soy,
que a tus pies estoy
y el favor no creo.
Dame aquesa mano
de cristal hermoso.

TEODORA. Llamaré a mi esposo.

FIDELFO. ¡Llamarle es en vano!
La ocasión que gano
lograr piensa amor.

TEODORA. ¡Amante traidor!
Si él se fué de aquí,
advierte que en mí
se quedó su honor,
Vete, que daré
voces que te mate.

FIDELFO. Sea en mí granate
si diamante fué
su espada; pondré
fin a mis porfías
y las ansias mías
así acabarán (2),
pues muriendo están
de amor tantos días.
Resuelto en morir
vengo a tu presencia,
que es en tal violencia
flaco el resistir.
Morir es vivir
sin tantos recelos,
que es mejor, ¡ay cielos!,
en tantos amores
morir de rigores

(1) Ms.: "y la industria".
(2) Ms.: "acabaré".

que morir de celos.
¡Natalio, aquí estoy!
El castigo es poco
matarme por loco,
pues amante soy.

TEODORA. Muriendo me voy,
que aunque es ilustrarse
oyendo enfrenarse,
no es prudencia mucha,
porque está el que escucha
cerca de ablandarse.

(*Vase* TEODORA.)

FIDELFO. ¡Oye! ¡Escucha! ¡Espera!
Si triunfas de mí,
dime, ¿por qué así
permites que muera?
¿Vió la Libia fiera
más cruel y airada?
Como estatua helada (1)
mi llanto desprecia:
ya esto es ser necia,
más que ser honrada.

(*Salen* NATALIO, ZURDO *y otros.*)

NATALIO. Ya estos hidalgos están,
caballero, apaciguados.

ZURDO. Con términos tan honrados,
¿qué resistencias pondrán?
Yo que soy el ofendido
la mano por vos le doy.

FIDELFO. Digo que su amigo soy,
puesto que haberme escondido
no fué temor, antes fué
generosa bizarría,
pues sólo hallar pretendía
la ocasión que se me fué
asida por los cabellos.

ZURDO. Si esa ocasión se perdió,
yo sabré buscarla.

FIDELFO. Y yo.

NATALIO. ¿Cuando venimos a hacellos (2)
amigos, vuelven a hacer
nueva pendencia?

FIDELFO. Señor,
disgustos que causa amor
apacibles suelen ser.
No os espantéis, que reñimos
por celos.

ZURDO. Y es tal, por Dios,
que aquí los tendrá de vos,
pues de los que aquí venimos
los tiene sin ocasión.

NATALIO. No me espanto; que los celos,
aunque engañan como cielos,
infiernos del alma son.

ZURDO. (¿Cómo te ha ido?

FIDELFO. Hame ido
muy mal.

ZURDO. ¿Oyóte?

FIDELFO. Algo oyó.

ZURDO. Pues, señor, si te escuchó,
tú serás correspondido.
Aleluya cantar quiero
al caso. Voime a vestir,
que con Lesbia he de venir
transformado en escudero.)

FIDELFO. Ya es hora que me despida.
¡Adiós!

NATALIO. ¡Adiós!

ZURDO. Ven, que es hora.

FIDELFO. ¡Amor! ¡Goce yo a Teodora
y luego pierda la vida!

(*Vanse todos y queda* NATALIO.)

NATALIO.

¡Cuán bienaventurado
puede llamarse el hombre que en paz vive,
contento y bien casado,
pues el premio mayor que se recibe
del brazo santo y justo,
después del cielo, es la mujer a gusto!
Yo solo venturoso
gozo mujer a gusto, honesta y bella,
y en tálamo amoroso
gozo de mi Teodora, hermosa estrella,
y ocupo en lazo estrecho
la mesa en paz y en dulce amor el lecho.

(*Sale* TEODORA.)

TEODORA.

¿Fuéronse?

NATALIO.

Sí, y amigos.

TEODORA.

Antes pienso que van en más pendencia
y son más enemigos.

NATALIO.

Disparates de amor les dan licencia.

(1) Ms.: "Como estás tú helada."
(2) Texto: "hezellos".

TEODORA.

Antes, si se la dieran,
disparates de amor, Natalio, fueran.

(*Sale* ALCINA.)

ALCINA.

Lesbia pide licencia
para besar tus pies.

TEODORA.

[Que] No te vea,
que temo su presencia.

NATALIO.

¡Que así mi grande amor premiado sea!
¡Fálteme el cielo!...

TEODORA.

¡Tente!

NATALIO.

Si otra mujer amare, eternamente...

TEODORA.

¡Amigo, esposo, aguarda!
¿Vas enojado?

NATALIO.

¿Yo contigo enojos?
Sólo amor me acobarda
cuando me aparto de tus bellos ojos.

TEODORA.

¿No crees que te adoro?

NATALIO.

Tu mucho amor y honestidad no ignoro.

(*Vase* NATALIO, *y sale* LESBIA *y* ZURDO, y FIDELFO, *de escudero.*)

LESBIA. Después, Teodora divina,
que miro tu gran belleza,
no culpo a los que la alaban
por mucho que la encarezcan.
Boca es del alba, sin duda,
la tuya, donde entre estrellas (1)
y celajes de rubíes
parece que el sol despierta.

TEODORA. Detente, Lesbia, que vienes
como hermosa lisonjera.

LESBIA. Hasta verte, Lesbia he sido,
mas ya de hoy más no soy Lesbia (2)
Dame licencia, Teodora,
que a mi posada me vuelva (1),
a llorar forzosos males
y a sentir forzosas penas.

TEODORA. ¿Yo te doy celos? ¿Yo soy
tan cruel, que haga que tengas
disgusto? Si abren mi casa,
el sol no me ha visto apenas;
si los tienes de mi esposo,
pasados disgustos deja.
Yo le adoro, y él me adora,
y es fuerza que te aborrezca;
sino es, Lesbia, que me engañe
que amor habla en muchas lenguas.

LESBIA. ¡Ay, Teodora! Otro es mi mal;
otra mi desdicha. ¡Afuera
os salid!

FIDELFO. [*Ap.*] ¡Circe hermosa!
A esta que es helada piedra,
transforma en mujer y un alma,
porque escuche y porque sienta.

LESBIA. Vete, que yo la pondré
tan tratable, afable y tierna
que la que ahora es diamante,
parezca en tus brazos cera.
Dale los polvos a Alcina (2),
para que luego los vierta
en su cama; que con ellos
yo haré que fuego se encienda
del infierno. Y vos jamás
os apartéis de su puerta.

(*Vanse los dos y* LESBIA *llora.*)

¡Ay de mí!

TEODORA. ¡No desperdicies
así a racimos las perlas!
Siéntate, Lesbia; no llores
y tus desdichas me cuenta.

LESBIA. Teodora, tu honestidad
perdone. ¡Dame licencia!
Yo, señora, soy mujer
no bizarra, ni discreta
como tú, que a intentos locos
sabes hacer resistencia.
Enamoréme de un hombre:
¡grande infamia, vil bajeza
en una honesta mujer
y en una casta doncella!
Resistíme generosa;

(1) Ms.: "entre perlas".
(2) Ms.: "mas ya de hoy no soy Lesbia".

(1) Ms.: "que yo a mi casa me vuelva".
(2) Ms.: "dale los polvos Alcina".

probé olvidar, mas no hay yerbas
contra finezas de amor
en Tesalia ni en Bohemia.
Declaréle mis cuidados
y en la noche muda y negra
le ofrecí mil ocasiones,
que como ingrato desprecia.
Viendo, pues, su repugnancia,
corrida ds sus respuestas,
un día le apreté tanto
que me dijo: ¿cómo intentas
imposibles, cuando el alma
está encarcelada y presa
en un fuerte de jazmines
de rosas y de azucenas?
Yo celosa y necia entonces,
que toda celosa es necia,
enlazándole (1) en los brazos,
le apreté con tal fiereza
que me dijo que eres tú (2)
por quien sin seso y paciencia
moría en ciegos temores,
penaba en locas ausencias
y que amar a otra mujer
en tan fuerte ocasión era
prender puñados de luz,
contar diluvios de arena.
Y como preñada nube,
que con llantos de centellas
aborta rayos de fuego
con quien la máquina tiembla,
se desasió de mis brazos,
a quien seguí descompuesta,
que una mujer es demonio
cuando los celos la aprietan,
y diciéndole otras veces
tu honestidad y prudencia
y cómo a tu esposo adoras,
respondió que de tus rejas (3)
ha de ser Isis egipcio
cuando tú Anaxarte seas.
Y así, Teodora divina,
vengo a pedirte resuelta
con lágrimas amorosas,
que de mí lástima tengas,
haciendo por mí una cosa,
sin que tú crédito pierdas,
pues a la espalda del sol

(1) Ms.: enlazándome".
(2) Ms.: "eras tú".
(3) Ms.: "de tus quejas".

no hay secreto que se sepa.
Tú has de enviar a llamar
a Fidelfo, cuando duerma
tu esposo y por el jardín
le has de dar secreta puerta,
que en la sombra de la noche
fiada, puedes tenerla
abierta, y yo desmintiendo
la voz con dulces ternezas,
engañándole en tu nombre
le gozaré, cuando él piensa
que está en sus brazos Teodora.
Y así de dos locos templas
los resueltos albedríos,
las voluntades resueltas.

TEODORA. Bien parece que estás loca,
pues semejantes bajezas
te has atrevido a decirme.
¡Vete de mi casa, fiera!

LESBIA. No me iré, mas de tus ojos
verás que me llevan muerta;
que este puñal dará fin
a mis temerosas penas.

TEODORA. ¡Tente, mujer, o demonio!

LESBIA. Pues que remedio me niegas
de todas suertes, ingrata,
deja que en morir le tenga,
ya que no le tengo en ti (1),
pues te ha faltado clemencia.

TEODORA. ¡Ay Dios!

LESBIA. ¿Qué dices?

TEODORA. Que haré
eso que me pides.

LESBIA. Deja
que en digno agradecimiento
bese la dichosa tierra
que están pisando tus pies.

TEODORA. Lesbia, si mi honor celebras,
no me le quites, por Dios.

LESBIA. ¿Qué honor pierdes, si en ausencia
del sol verse es imposible?,
y no viéndose la ofensa,
¿cómo puede ser agravio?

TEODORA. ¿Y si Natalio despierta?

LESBIA. Estos polvos verterás,
Teodora, en su cabecera,
que infundan sueño. Un papel
le escribe.

TEODORA. ¿Qué dices, Lesbia?
¿Yo, papel?

(1) Ms.: "Tenga en ti."

LESBIA. Sí, tú papel.
TEODORA. ¿De mi mano y de mi letra
a otro hombre? ¿Es justa cosa?
Para que Fidelfo venga,
basta enviarle a llamar (1).

(*Sale* ZURDO.)

ZURDO. Hachas hay. ¿Mandas que encienda?
TEODORA. No enciendan, porque en mi casa
la señora Lesbia queda
esta noche.
LESBIA. Haced que luego
todos a casa se vuelvan
y haced que entre luego Ostilo.
ZURDO. (En qué punto está tu empresa?
LESBIA. Ya la simple palomilla
cayó en la red y ya es muerta
la honestidad de Teodora.
ZURDO. ¿Ya murió? *Requiem eternam.*
LESBIA. Llama a Fidelfo.
ZURDO. Yo (2) voy
por las albricias.

(*Vase.*)

TEODORA. Cubierta
quiero que estés esta noche,
sin que Natalio te vea,
porque se logre mejor
tu intento.
LESBIA. Es traza discreta.

(*Sale* FIDELFO.)

FIDELFO. ¿Qué manda vuestra merced?
(¡Ay soberana belleza!)
LESBIA. Este es el que ha de llevar
el recado; porque crea
que es verdad, tú se le da.
TEODORA. Decid que sin que le vea
cielo y tierra, a media noche
Fidelfo a la puerta venga
del jardín, donde le aguardo.
FIDELFO. Dame en su nombre esa bella
mano, y haz cuenta que en mí
Fidelfo propio la besa.

(*Bésala.*)

TEODORA. ¡Levanta!
FIDELFO. ¡Ay, mano divina!
TEODORA. Cuando una mujer comienza
a ser liviana, a estos daños
abierta la puerta deja.
¿Ya consiento que me bese
la mano, el hombre que lleva
el recado, a quien el sol
tocaba con reverencia?
FIDELFO. (El alma te debo, ¡oh, noche,
de los engaños maestra!
Ofrecer pienso a tus aras
mis grillos y mis cadenas.)

(*Vase* FIDELFO.)

ALCINA. Mi señor viene.
TEODORA. Tú, Alcina,
a tu aposento la lleva.
Yo haré que nos acostemos
y que nos traigan la cena
a la cama.
LESBIA. Con los polvos
harás que luego se duerma.
TEODORA. Aunque la culpa es tan poca,
a verle voy con vergüenza;
mas no es mucho, que el pecado
es áspid de la conciencia.

(*Vase.*)

LESBIA. Ahora verás si en paz
vives.
ALCINA. Ya en la cama quedan
los polvos puestos.
LESBIA. Ya puedo
referirte aquel emblema
de Siques (1) y de Cupido
y Venus. Estame atenta,
porque a propósito viene.

ALCINA.

¿Qué hay que mujeres no emprendan?

LESBIA.

Venus alguna tarde, amor dormido
en los regazos de unas ninfas, flores
que de la dura ley de sus amores
plantas así se hubieron reducido,
y viendo la ocasión que ha pretendido,
quiso vengar rigores con rigores;
y quitándole el iris de colores
flechándole gentil, le dejó herido;
mas recordando el golpe alborotado
"¡Ay, que me ha muerto!" dijo el niño bello,
y previniendo el arco, no le ha hallado,

(1) Ms.: "basta envíale a llamar".
(2) Ms.: "Ya voy".

(1) Ms.: "Psiquis."

y Venus, muerta de placer de vello,
dijo: "Rapaz, no duerma descuidado
quien tantas muertes da y se alaba dello" (1).

ALCINA. Bien lo has traído.

LESBIA. Quien da
celos, no es razón que duerma.
Sientan los dos mis agravios
y mis desatinos sientan.

ALCINA. Del enemigo de casa
¿quién puede librarse?

LESBIA. Apriesa
va la noche con pies de oro,
pisando montes de estrellas.

ALCINA. Todo fuera honor el mundo
si en él criados no hubiera
ni terceras engañosas.

LESBIA. ¡Celos con celos se vengan!

(Vanse, y sale TEODORA, *con un candelero y vela.)*

TEODORA. Si lo mismo que el obrar
viene a ser el consentir
lo mismo es querer decir,
si se llega a ejecutar;
y así yo vengo a pecar,
si no obrando, consintiendo,
y tanto mal voy haciendo
consintiendo como obrando,
pues pecando y no pecando
a Dios y a mi esposo ofendo.
Al jardín quiero bajar
por esta falsa escalera.

(Dice dentro NATALIO.)

NATALIO. ¡No bajes! Detente. ¡Espera!

TEODORA. A Natalio siento hablar:
quiero volver y mirar,
si ha recordado o dormido.
Está soñando: esto ha sido;
bajar quiero; mas la puerta

(De arriba baje un Cristo a la puerta y luego sube.)

se ha cerrado estando abierta
con un cuadro que ha caído.
Quiero llegar y quitalle,
mas ¡ay de mí! Cristo está
crucificado y dirá
que vuelvo a crucificalle.
Quiero volverme y dejalle;
mas la lumbre se me ha muerto
y con la puerta no acierto.

(Sale LESBIA.)

LESBIA. ¡Teodora, mira que es hora!

TEODORA. ¿Quién es?

LESBIA. Lesbia soy, Teodora.

TEODORA. Ya cesó nuestro concierto.

LESBIA. Baja, que Fidelfo espera;
pues tienes en ansia igual
escalera principal,
deja la falsa escalera.

TEODORA. Antes lo más propio es
la falsa, pues voy a hacer
falsedades de mujer.
¡Oh, qué mal me persuades!,
pues para hacer falsedades
puerta falsa es menester.

(Sale FIDELFO.)

FIDELFO. Alcina me abrió la puerta
y amor aquí me ha traído.

TEODORA. Parece que oigo ruído.
Si es Natalio que despierta...

FIDELFO. Es, Teodora, un alma muerta
que en pena viene buscando
tu gloria.

TEODORA. ¡Ya estoy temblando!
¡Ven, Lesbia!

LESBIA. Ya voy tras ti.

TEODORA. No me dejes sola aquí,
Fidelfo, baja callando.

(Vanse TEODORA *y* FIDELFO.)

LESBIA. ¡Cayó en el saco la necia!
Lindamente me he vengado
de este puntual casado
que me ofende y me desprecia.
Mataráse, si es Lucrecia;
dará a las canas espumas
finos diamantes en sumas
y vivirán desde entonces
con su espíritu los bronces,
con su memoria las plumas.
Quiero ver cómo resiste
tan poderosa ocasión,
aunque en la resolución
de Fidelfo el bien consiste
y tal furia amor reviste
en la más cuerda mujer
que un demonio viene a ser

(1) Ms.: "no duermas descuidado,
que en tantas muertes da..."

tal vez, si un angel ha sido,
y al paso que amó al marido
le comienza aborrecer.

(*Entran* Teodora *y* Fidelfo.)

Teodora. ¡Déjame, monstruo enemigo!
Fidelfo. Después de haberte gozado
estoy más enamorado,
más te adoro y más te sigo.
¡Dame ese pecho amoroso! (1)
Teodora. ¡Vete con Dios! ¡Déjame!
Mira que voces daré
y recordará mi esposo.
Fidelfo. Toda la dificultad
está en el principio puesta;
ya te he visto descompuesta,
ya faltó tu honestidad,
ya me abrazaste y me diste
el alma, aunque envuelta (2) en llan-
Teodora. No me des, Fidelfo, espanto [to.
con el pecado que hiciste.
¡Vete con Dios! ¡Vete presto!
¡Vete!
Lesbia. ¿Qué es esto, Teodora?
Teodora. ¡Ah, bárbara engañadora,
que en tal peligro me has puesto!
¿En qué, cruel, te ofendí?
Y dime, ¿en qué te ha ofendido
un inocente marido
que está sin honra por ti?
Lesbia. Ofendísteme (3) en vivir
bien casados, cuando muero
de celos, y veros quiero
también a los dos morir;
y quiero que no se alabe
Natalio de venturoso,
sino que viva celoso;
que si amor vengarse sabe
esta es envidia de honrada,
y esto viene, en fin, a ser
venganza de una mujer
celosa y desesperada.
Teodora. ¡Bien has mostrado quién eres!
Lesbia. Sabrás que son, aunque llores,
los enemigos mayores
mujeres de las mujeres.
¡Ven, Fidelfo!
Fidelfo. ¿Cómo puedo?
Teodora. ¡Vete, por amor de mí!
Fidelfo. Voime, Teodora, aunque en ti
con nuevas ternezas quedo.

(*Vanse y queda* Teodora.)

Teodora. ¡Buena, honor, he quedado!
¡Infame y en pecado!
¡Burlado y ofendido
tan honrado marido
y en lenguas de la gente!
¡Láminas de mi afrenta eterna-
Todo es horror y enojos [mente!
donde vuelvo los ojos.
Si miro al cielo, el cielo
corre a su rostro el velo,
y si miro a la tierra
en ella mi pecado me da guerra;
mas el sol no ha de verme
que entre safiros duerme:
pues si está mi pecado
tan secreto y callado,
¿quién dél dará noticia
si ninguno lo vió?

(*Suena música, y va pasando de una parte a otra el Sol, y dice una voz.*)

Voz. ¡El Sol de justicia!
Yo soy el que al cielo
y a la tierra alumbra,
aunque así eclipsado
me tienen tus culpas.
Entre cinco mil
rayos que me ilustran,
cinco manifiestan
mi clemencia mucha.
Esta has irritado,
casada perjura,
burlando a tu esposo
y en sueño sepultas.
Nada de mis rayos
remoto se juzga,
porque están en ellos
todas las criaturas.
Tu pecado he visto,
aunque sombra buscas;
¡diligencia necia,
bárbara disculpa!
A escuras pecaste
y así es cosa justa
que mi sol se ponga
y te deje a escuras.

(*Cúbrese.*)

(1) Ms.: "vuelve ese rostro amoroso".
(2) Ms.: "vuelta".
(3) Ms.: "ofendistisme".

TEODORA. Púsoseme el Sol
que clemencia anuncia.
Grande es mi pecado,
pues en cruz se juzga.
Si es la cruz el blanco
donde se asegura
la misericordia
que el rigor perturba,
¿cómo en ella a mí
rigor me pronuncia
de ausencia de Dios
que no hay quien la sufra? (1)
Y pues Dios me deja,
siendo prenda suya,
¿dónde iré sin Dios
que viva segura?
Despojarme quiero
y salir desnuda,
sin llevar testigos
de mi desventura.

(Vase desnudando.)

Queden mis vestidos
y mi infamia cubran;
que si van conmigo
harán de mí burla.
Púsoseme el sol
y la noche obscura
para condenarme
con sombras me ofusca.
Voy desesperada...
mas, ¿qué luz divulgan
las sombras que al cielo
en montes sepultan?

(Pasa la Luna de la misma suerte que pasó el Sol, y dice otra voz.)

VOZ. Si se puso el Sol
ya sale la Luna,
para consolarte,
si consuelo buscas.
Yo, Teodora, soy,
aunque con luz suya,
la madre del Sol
que con plantas puras (2)
montes de luz piso,
que cielos dibujan.
No te desesperes
que paz te pronuncia
la esperanza vuestra,
la vida y dulzura.
Sígueme y confía
en mí, que segura
te pondré en los montes,
donde en tiernas lluvias
ríos de cristales
sean tus aguas turbias (1).
¡Sígueme!

(Va pasando.)

TEODORA. ¡Ay, señora!
¡Ay, luciente y pura
estrella del mar!
Deja, pues me alumbras
que diga contenta
cuando más confusa:
¡Púsoseme el Sol,
salióme la Luna,
ventura fué grande
ver la noche obscura!

JORNADA SEGUNDA

(Sale NATALIO *medio desnudo, con espada, broquel y linterna.)*

NATALIO.

¿Teodora levantada
de mi cama a deshora
sin sentillo? ¿Teodora
desnuda, y de mis brazos apartada,
y aquella parte helada
del lecho, que inviolable y casto ha sido?
¿La tortolilla simple sin el nido
a hurto de su esposo?
Mas si dejase, ¡ay Dios, de ser dichoso!...
Que el más cuerdo marido
cuidadoso y honrado,
puede ser, mientras duerme, desdichado:
que al hombre no disculpa aun en el sueño (2)
del defeto y descuido más pequeño.
Mas parece locura,
pudiendo ser engaño,
ser profeta del daño

---

(1) Ms.: "le sufra".
(2) Ms.: "pulcras".

(1) Ms.: "arroyos de cristales
si hoy son aguas turbias".

(2) Este verso, según el ms.: el impreso dice erróneamente: "que al hombre no disculpa desengaño..."

que mujer tan honesta me asegura.
¡Extraña desventura!
¡Que aun el honor no deja permitido (1)
a un honrado marido
discurrir en su agravio,
sino que recatado, cuerdo y sabio,
viéndolo por los ojos
ha de pensar que es sueño o son antojos,
y debe castigallo
en llegando no más de a imaginallo! (2)
¡Dura ley, caso atroz, bárbaro abuso!
¡Maldito sea el autor que tal ley puso!
Ya que mi sueño ha sido
tan profundo y pesado
y todo está callado
y en las perlas del alba el sol dormido,
recatado marido
quiero ser, y avisada centinela
del honor que sin causa me desvela,
y ver dónde a tal hora
desnuda, y sin mi lado, está Teodora:
si la buena resbala,
¿qué cuidado al honor dará la mala?
¡Mas, ¡ay!, que en un chapín he tropezado
villano precursor de mi cuidado!
Más adelante veo
su ropa sin decoro;
y entre los fluecos de oro,
más adelante el bárbaro manteo;
otro chapín está más adelante...
Suceso semejante,
¿quién ha visto jamás, ni quién ha sido
tan modesto marido,
que a la tierra no espante?
Allí el jubón diviso:
parece que la capa echarme quiso.
¡Desdichado de mí! ¡Si verdad fuera!...
Mas, ¿qué en tal confusión el alma espera?
Quiero entrar a saber y ver si topa
esta infamia en la fama, o en la ropa.

(*Lleva los vestidos, vase y salen* Emo *y* Lipio.)

EMO.

De aquí sin que nos vea
callando ver podremos
sus locuras y estremos.

LIPIO.

¿Quién hay que de mujer virtudes crea?

EMO.

¡Que tuviese alma fea
tan hermosa mujer!

LIPIO.

Salir, amigo,
la vi por el postigo
a la luz de la luna, que excedía
en claridad al día.
¿Y a quién llevó consigo?

LIPIO.

A nadie; que salieron
por el postigo, que primero abrieron
dos hombres, que llevaban
dos mujeres que vi que acompañaban,
y ella sola después, porque te asombre,
en hábito salió vestida de hombre.

(*Sale* Natalio, *con los vestidos.*)

EMO.

Ya viene.

NATALIO.

Del honor que se ha anegado
estos son los despojos que he sacado.
¡Villano sobre escrito,
y túnica vistosa
de la culebra hermosa,
que quiso desnudalla el apetito!
Testigos del delito
quiso dejarme en ellos,
¡oh, monstruos del honor! ¡Adornos bellos
del más fiero animal que al mundo admira
y plumas del pavón, en quien se mira
la más loca hermosura
que jamás pudo ver mortal criatura!
Vosotros, causa sois de tantos males,
si el hombre se redime en los sayales,
si es lince (1) el desengaño
que las paredes pasa,
no he dejado en mi casa
el lugar más oculto y más extraño.
Ajenos de mi daño
y en profundo letargo sepultados,
he visto los criados,
y en el jardín (2), abiertas
las cautelosas profanadas puertas,
causa desta ruína,
hallé a los hortelanos y no a Alcina.

(1) Ms.: "que aunque el honor no deje permitido".
(2) Ms.: "de imaginallo".

(1) Impreso: "lance".
(2) Ms.: "y de el jardín".

Mis desdichas son ciertas,
pues hablan los criados y las puertas (1).
Ya en el número entré de los maridos
desdichados, celosos y ofendidos.
Mas... ¿posible es que Teodora
conmigo ha sido cruel?
Mas del rasgado papel
veo el desengaño ahora.
¡Ah, honestidad burladora!
¡Ah, fementida azucena,
de rabia y tósigo llena
cuando al sol ámbar exhala!
Si Teodora ha sido mala,
no puede haber mujer buena.
¿Qué contiene este papel
que dejó con sangre escrito?
En la confusión imito
el gigante de Babel,
cuatro versos hay en él
y por firma "tu Teodora".
¿Tantas dudas? Vea ahora
el alma lo que concibe
y pues con su sangre escribe
no es posible que es traidora (2).
"*Púsoseme el Sol,*
salióme la Luna,
¿quién creyera, Natalio,
tan gran ventura?
Tu Teodora." Del papel
saco mayor confusión;
ya puedo con más razón
decirte lo que tú en él,
púsoseme el sol infiel (3)
y con luz más importuna
puesto, salióme la luna
en las mudanzas mujer,
pues que no pudo tener,
puesto el sol, firmeza alguna.
Quiero a mi gente llamar,
para encargarles mi afrenta;
que si al pueblo no se cuenta
no es tan preciso el pesar (4).
Disimular y callar
es el medio más discreto,
hasta tanto que en secreto
vea si esta ingratitud
de Teodora fué virtud
o ha sido poco respeto.
Aunque para mí ésta ha sido
soberana vocación,
porque tanta perfección
no puede haberse fingido;
mas dejar a su marido
una mujer en tal pena
es acción que la condena,
no es acto que a ley se iguala.
Si Teodora ha sido mala,
no puede haber mujer buena.

LIPIO.

Ya podemos llegar.

EMO.

Lipio, no digas
que la viste salir.

LIPIO.

Bien me aconsejas.

NATALIO.

Ya, amor, mis confianzas enemigas
hoy me condenan a perpetuas quejas.
¡Hola, gente, criados!

EMO.

No prosigas,
que pendientes están nuestras orejas
de tu voz. ¿Qué nos mandas?

NATALIO.

¡Enemigos,
todos de mis agravios sois testigos!
¡Dejadme! Mas, ¡volved!

EMO.

Señor, ¿qué tienes?

NATALIO.

¡Idos de mi presencia, desleales!

EMO.

Ya nos vamos.

NATALIO.

¡Aguarda!

EMO.

¿Qué previenes
para el rigor, que de tu acuerdo sales?

NATALIO.

¡Tiranos homicidas de mis bienes
y fieros instrumentos de mis males!
No me matéis, dejadme, y de mis ojos
me quitad estos bárbaros despojos.

(1) Este verso falta en el texto impreso.
(2) Ms.: "que traidora".
(3) Ms.: "son infiel".
(4) Ms.: "esperar".

EMO.

¿No nos llamaste tú?

NATALIO.

Pues ya os despido
y callando os encargo mis cuidados;
que los que en mis agravios se han dormido,
también en cometellos son culpados.
Mas si en su lado se durmió el marido,
¿por qué no han de dormirse los criados?
¡Ah, honor, joya del alma más preciosa!
¿Quién se confía de mujer hermosa?
Prevenidme caballos (1), porque quiero
los llanos penetrar, medir los montes;
buscadme el hipogrifo más ligero (2)
que imite al sol (3) con pasos de horizontes.
Buscando el seso, como Astolfo muero,
y vosotros seréis Belerofontes.
Mas, ¡ay!, que si el Pegaso mi mal siente
satírico ha de ser y maldiciente.

(*Vanse, y salen* ZURDO *y* ALCINA, *de camino.*)

ALCINA. Ya cerca de Recia estamos,
aldea donde nací.

ZURDO. Pues homenajes de ramos
nos hace esta selva aquí,
y tan fatigados vamos,
en la margen nos sentemos
deste arroyo, que el cristal
serpientes hacer le vemos.

ALCINA. Aquí con amor igual
las tórtolas imitemos,
pues de casa me salí
temiendo a Teodora y quiso
amor darme dueño en ti.

ZURDO. Supo el rapaz lo que hizo
y en Recia tendrás en mí
un esclavo.

ALCINA. Allí serás
como de mi hacienda poca,
dueño del alma, que es más.

ZURDO. Vengados de aquella loca,
sin entenderlo jamás
quedamos.

ALCINA. ¡Que se supiera
su liviandad por el mundo
por más venganza quisiera!

ZURDO. En agradarte me fundo
y quiero questa ribera
en sus márgenes la cuente (1),
quedando en ellas escrita.

ALCINA. Como en bronce eternamente.
Profanallo no permita
la margen desta corriente.

(*Hace que escribe en los árboles con la daga.*)

ZURDO. En varias partes he escrito:
"adúltera fué Teodora".

ALCINA. Publiquemos su delito
por Egipto.

ZURDO. Falta ahora,
si en la venganza te imito,
escribirlo en las cortezas
destos troncos con mi daga,
porque queden sus torpezas
eternas.

ALCINA. El tiempo estraga
expugnables fortalezas.

ZURDO. Ya escrito en los olmos queda.

ALCINA. Siéntate, mi bien, un poco.

ZURDO. Sí haré, Alcina, porque pueda
decir que por ti estoy loco
esta gigante alameda.

ALCINA. ¿Parézcote bien?

ZURDO. Aquí
de tu rostro he de pintarte
como parecen en mí
tus gracias.

ALCINA. Y yo escucharte.

ZURDO. ¿Diré de los ojos?

ALCINA. Sí.

ZURDO. ¿Y de la nariz?

ALCINA. No quiero
que más en eso prosigas.

ZURDO. Soy amante verdadero.

ALCINA. Sólo quiero que me digas,
puesto que saberlo espero,
y nunca me lo has contado,
tu nombre, que no lo sé.

ZURDO. Si lo hubieras preguntado
antes, como de mi fe,
las muestras te hubiera dado.
¿Cómo se llama el que está
manco en la mano derecha?

ALCINA. ¡Zurdo!

ZURDO. Con él diste ya.

ALCINA. ¿Zurdo te llaman? Sospecha
mala tu nombre me da,

(1) Ms.: "prevénganme caballos".
(2) Impreso: "el hipogrifo buscadme más ligero".
(3) Ms.: "a el Sol".

(1) Texto: "cuenten".

que un hombre tan entendido
se llame Zurdo.

ZURDO. En el nombre
sólo la zurdez ha sido;
que hay muchos, y no te asombre,
presumidos que han nacido
con almas zurdas.

ALCINA. En ti
el nombre es grosero y zurdo,
afrentoso para mí;
pues siendo esposa de un zurdo
dirán que también lo fuí;
¡que cuando te diga amores
te he de llamar, Zurdo mío!...
¿Quién vió desdichas mayores?

ZURDO. De tus disgustos me río;
zurdos hay grandes señores
en Armenia.

ALCINA. ¿Zurdos?

ZURDO. Sí.

ALCINA. Aun si Calvo te llamaras
no fuera tan malo en ti.

ZURDO. ¿Yo calvo? Que me encalvaras,
llamándome Calvo aquí,
Calvo acá, Calvo acullá.

ALCINA. ¿Y es mejor llamarte Zurdo?

ZURDO. Si que más oculto está
el defeto.

ALCINA. Aquí me aturdo,
¿defeto le llamas ya?

ZURDO. No estés, mi zurda, afligida;
que zurdos son cuantos ves
que viven en esta vida
con acciones al revés,
sin ver que hay razón perdida.
Zurdo es el loco marido
que vive por su mujer;
zurdo el necio presumido;
zurdo el que se quiere hacer,
sin méritos, bien nacido;
zurdo es el hombre adamado;
zurdo, el hombre mentiroso;
zurdo, el necio confiado;
zurdo, el mancebo brioso
que con vieja está casado;
zurdos de las ciencias son
los legos, y los bonetes
que no han abierto a Catón;
zurdos son los alcahuetes,
del honor y la opinión;
zurda es la casada vil
que el matrimonio carnero
le come con peregil;
y el cristiano caballero
que vive como gentil.

(Ella recostada se duerme.)

Zurdas son ya las mujeres,
los sastres y los poetas,
los cultos, si ejemplos quieres
de personas imperfetas,
Venus, Juno, Baco y Ceres...
Yo creo que duerme ya.
Levantarme con silencio
quiero; y, pues dormida está,
en despertando un Magencio
en mis engaños verá.
Gozada y burlada queda;
que la que engañó a Teodora
esto es bien que le suceda.
de los zurdos podrá ahora
quejarse en esta alameda.
Cerca de aquí está un convento
de Eliotas. Deste daño
en él redimirme intento,
haciendo un embuste extraño
y un notable fingimiento,
pues darles pienso a entender
que un gran caballero soy,
que eliota quiero ser.
Galardón de zurdo doy,
pues me dejo la mujer
a escuras, a quien dirán
con los demás condenados:
ite maledite...

(Vase y recuerda ella.)

ALCINA. ¿Están
los ejemplos acabados
o comenzándose van,
mi bien? Pero no está aquí...
si está en el arroyo... ¡No!
¡Esposo zurdo, ay de mí!
El me engañó y me burló;
fuí mujer y zurda fuí.
A voces quiero llamalle;
mas, ¿será bien que las dé,
llamando a un zurdo? Dejalle
quiero; que quien zurdo fué
con tal presencia y tal talle
no puede hacer cosa buena.
Dejarle quiero burlada,
pues de desengaños llena,

estar con Zurdo casada
fuera para mí más pena.
En mi aldea pienso hacer
penitencia de un pecado,
al humano parecer
tan zurdo y tan mal pensado;
mas pequé como mujer.
¿Qué más esperar podía
de un zurdo? ¡Mil rayos den
en toda la zurdería!
¡Las que a zurdos queréis bien
notad bien la historia mía!

(Vase, y sale TEODORA, *en hábito de hombre.)*

TEODORA. Cuando llega una mujer
a perder su honestidad
cualquiera ofensa o maldad
en su daño vendrá a hacer.
Yo, que apenas dejo ver
mi rostro al sol ni a la gente,
en traje tan indecente
de mí misma muestras doy.
Pero, ¿qué mucho, si estoy
tan mudada y diferente?
Intratables montes sigo,
huyendo de mi pecado,
como aquel que acobardado
escapa de su enemigo;
mas si le traigo conmigo (1),
¿cómo puedo dél aquí
apartarme huyendo así?
Que de monstruo tan terrible
apartarme es imposible,
si no me aparto de mí.
¡Válgame Dios! ¡Que turbara
mi quietud y mi sosiego
un monstruo y tan poco fuego
mi honestidad abrasara!...
¿Con qué ojos, con qué cara
miro al cielo sin ninguna
luz del sol, que en oportuna
acción ponerse le vi?
¿Y qué fuera, ¡ay Dios!, si allí
no me saliera la luna?
En los montes viviré
que no saben mi pecado;
mas nada al cielo hay callado.
¿Qué es esto que aquí se ve?
"Teodora adúltera fué",
dicen los árboles ya.
¡Válgame Dios! Que aun acá (1)
mi pecado no se ignora.
"Adúltera fué Teodora"
en la arena escrito está.
Huír de mí misma quiero,
que el mayor contrario soy
que tengo. Mirando estoy
el triunfo más verdadero.
Este es convento y espero
en él admitida (2) ser;
sin dejarme conocer,
con nuevo espíritu y nombre
hacer penitencia de hombre,
si pequé como mujer.
Así, Luna soberana,
pienso ver de vuestro Sol
el prometido arrebol
en apacible mañana;
que, si llorando se gana,
yo haré que tales estén
mis ojos, que lluvias den
al alma que se desagua,
pues dicen quel sol y el agua
parecen juntos muy bien.
¡Notable imposible emprendo!
Este es convento.

(Toca la campanilla, y sale un FRAILE *del Carmen descalzo.)*

MONJE. ¡Deo gracias!
TEODORA. Por siempre, padre bendito.
MONJE. ¿Quién a tales horas llama,
interrumpiendo (3) el silencio
que todos los padres guardan?
TEODORA. Un mísero, que a Belén
de Babilonia se escapa.
Vuestra reverencia diga
al padre Abad que le aguarda
un afligido mancebo.
MONJE. Será imposible que salga,
porque a estas horas, señor,
cerrar las puertas nos manda (4)
del convento.
TEODORA. ¿Pues por qué?
MONJE. Porque de los montes bajan
con la sombra de la noche
fieras que nos despedazan

(1) Ms.: "consigo".

(1) Ms.: "que acá".
(2) Los dos textos dicen "admirado"; parece que debe leerse "admitida", por el contexto.
(3) Impreso: "interrompiendo".
(4) Ms.: "mandan".

sin podernos resistir,
porque acá no usamos armas;
y así, antes que anochezca,
a la aldea más cercana
de aquí se vaya esta noche
y vuelva por la mañana.

TEODORA. Padre, no me iré de aquí
si no me oye dos palabras
el padre Abad.

MONJE. ¿Y las fieras?

TEODORA. Otras hay en mis entrañas
más terribles y crueles.
¡Padre, vaya! ¡Padre, vaya! (1)
¡Vaya, por amor de Dios!

MONJE. Temo enojarle.

TEODORA. Esto haga
por caridad.

MONJE. Ya voy.

(*Vase.*)

TEODORA. Diga
que aquí un pecador le aguarda,
que sube a Jerusalén
de los llanos de Samaria.
¡Las que virtuosas sois,
las que vivís bien casadas,
tomad escarmiento en mí
y mirad cómo se paga
la ofensa de un buen marido!

(*Salen el* ABAD *y el* MONJE.)

ABAD. ¡Deo gracias!

TEODORA. ¡Gloriosas canas!
¡Grave y divina presencia!
Padre, a su túnica parda
vengo a ampararme del mundo,
bestia de siete gargantas.
Soberana vocación
es la mía; Dios me llama;
a su cielo, padre, vengo.
Las puertas del cielo me abra;
servir a los padres quiero;
haga cuenta que en la casa
un can doméstico soy,
contento con las migajas
de las mesas del convento
con servir; que esto me basta.

ABAD. Levante, hermano, del suelo.

TEODORA. No haré, si no me levanta
vuestra caridad por hijo.

ABAD. Son negocios que se tratan
estos con mayor estudio
y con mayor vigilancia;
porque los preceptos son
de nuestro gran Patriarca
y sagrado padre Elías
muy rigurosos, por tantas
penitencias y peligros (1)
que los religiosos guardan.
Si de nuestra religión
institución soberana
no fuera, en nuestra clausura
esta noche le hospedara;
que es imposible que hombre
seglar, voto que se guarda,
de noche se quede en ella
por quien Egipto nos llama
los Eliotas muy fuertes.

TEODORA. ¡Padre nuestro, de sus plantas
no me he de apartar. Perdone!

ABAD. Suelte, hermano.

TEODORA. Que se vaya
no quiero.

ABAD. ¿Hay tal tentación?
¡Suelta la túnica, aparta!

TEODORA. ¿Tal crueldad usa conmigo?

ABAD. Cierre esa puerta. ¡Deo gracias!
Si es demonio... cierre, padre!

(*Vanse los padres.*)

TEODORA. Aquí me ha de dar el alba
desta suerte; aunque las fieras
desciendan de las montañas,
unas armadas de conchas
y otras de sangrientas garras.

(*Vase, y salen* LESBIA *y* FIDELFO.)

LESBIA.

¿Que al fin te vas?

FIDELFO.

Deseseperado y loco,
a buscarla por montes desiguales,
porque todo remedio, Lesbia, es poco
en tantas penas y tan grandes males.
A furias del infierno me provoco,

(1) El ms. dice:
"Otras traigo en mis entrañas,
y hallando otra fiera en mí
me volverá las espaldas;
y así no me tengo de ir.
Padre, vaya!..."

(1) Ms.: "preceptos".

si tales son las furias infernales;
mas si el infierno del amor se ha hecho,
mayores son las que infundió en mi pecho.
Nunca, Lesbia enemiga, me pusieras
a Teodora en las manos; nunca, ingrata,
tan fiero engaño por mi mal hicieras,
si es tan fuerte remedio el que me mata.

LESBIA.

¿Tal galardón me das?

FIDELFO.

¿Tal premio esperas?

LESBIA.

¿Finos diamantes son cándida plata?

FIDELFO.

Puesto que la traición se estrema, es esto
la paga de un traidor.

LESBIA.

¡Gentil respuesta!

FIDELFO.

Eres mala mujer, pues me has quitado
de ver la más honesta y la más buena,
que el placer que me diste fué soñado,
para darme después despierta pena.
Más la quisiera ver no siendo amado
que gozada, viviendo della ajena.

LESBIA.

¿Tan mala soy?

FIDELFO.

Ninguna a ti se iguala
y en ti verás cuál es la mujer mala.

(*Vase.*)

LESBIA. ¡Este medio ofrece siempre
amor por los beneficios!
Mas yo sola quise ver
logrado el intento mío.
A Natalio quise bien;
fuése enojado conmigo
a Menfis, de donde el fiero (1),
casado a mis ojos vino;
mas pues Teodora se fué,
ha de ser Natalio mío.
Estos sus criados son.

(*Salen* EMO *y* LIPIO.)

¿Qué hace Natalio?
EMO. El juicio ha perdido, y sin hablar,
suspenso a cuanto decimos,
se enternece.
LESBIA. ¿Y qué hace ahora?
EMO. Que vengamos a vestirlo
aguarda. ¿Quiéresle ver?
LESBIA. Después que se haya vestido
le quiero hablar.
EMO. Pues ya sale.
LESBIA. Si sale, yo me retiro.

(*Vase, y sale* NATALIO, *vistiéndose.*)

EMO. Señor, puesto que es el llanto
de las desdichas alivio,
no ha de ser tan riguroso
que acaba cuando es continuo.
Ponte el sombrero y la capa.
LIPIO. Ya le tenemos vestido;
ahora le divirtamos.
EMO. Bien dices, en este sitio,
señor, infinitas veces
me acuerdo de haberte visto
en los brazos de Teodora.
NATALIO. ¡No me matéis, enemigos!
que son contentos pasados
de la memoria martirios.
¡Dejadme solo, dejadme
dar voces!
EMO. Acabó en gritos
su silencio.
NATALIO. ¿Aquí os estáis?
¡Dejadme entre mis suspiros!
Dejadme, volved, cantad
los versos que hizo Clarindo
al papel que ayer me dieron.
LIPIO. Serás luego obedecido.
Ya, señor, los instrumentos
tenemos ya apercebidos (1),
Deja que a templarlos vamos (2).

(*Siéntase* NATALIO.)

NATALIO. Si el templar disgusto ha sido,
templad aquí, pues sabéis
que son mayores los míos.

(*Cantan.*)

"La religiosa casada,

(1) En el impreso este verso es: "a Menfis, donde fiero".

(1) Ms.: "tenemos apercebidos".
(2) Ms.: "vayan".

para vivir más segura
de las lisonjas del tiempo
santas soledades busca;
y pártese el alma amable
si hay en dos casados una
y así escribe con su sangre,
si es tanta la sangre suya:
Púsoseme el Sol,
salióme la Luna;
quién creyera, Natalio,
tan gran ventura."

NATALIO. ¡Quién pensara ver, Teodora,
sin ti noche tan obscura!

EMO. Señor, vuélvete a sentar
que hablas con el viento a escuras.

(*Sale* UNO, *con un papel.*)

UNO. ¿Sois Natalio?

NATALIO. Tal estoy
después que el alma perdí,
que apenas yo sabré aquí
decir si Natalio soy.

UNO. Si lo sois, hablar quisiera
con vos a solas.

NATALIO. ¿Hablar
conmigo?

UNO. Dennos lugar.

NATALIO. ¡Hola! ¡Salíos allá fuera!

(*Vanse los criados.*)

¿Qué queréis?

UNO. Este papel
traigo de Teodora bella.

NATALIO. ¿Cuándo estuviste con ella?

UNO. Abrildo y sabréislo dél.

NATALIO. Aquí hay un reglón no más
de su letra para mí.

UNO. ¿Cómo dice?

(*Vase.*)

NATALIO. Dice así:

[*Lee* NATALIO.]

"*Hoy Natalio me verás,*
tu Teodora." ¿Dónde está
no escribe, y saberlo quiero
de vos? Fuése... ¡Ah, caballero,
caballero... fuése ya!

EMO. Natalio llama.

(*Salen los criados.*)

NATALIO. Llamad
al hombre que aquí quedó.

EMO. No salió por aquí; no
le he visto.

NATALIO. ¡Voces le dad!

LIPIO. ¡Caballero! Son al viento.

NATALIO. ¡Aprestad presto los pies!
¡Corred!

EMO. Que un loco haga tres,
no es mucho, si no hace ciento.

(*Vanse los criados.*)

NATALIO. ¿Hay nueva más venturosa?
Aunque el papel toco y veo,
no lo creo, no lo creo,
que hoy a mi Teodora hermosa
he de ver. ¡Sin seso estoy!
"Hoy Natalio me verás",
me dice. No quiero más
sino verla y morir hoy.

(*Cante el* MÚSICO *dentro.*)

MÚSICO. "La hermosa casadilla
que a media noche se fué
de los brazos de su esposo
como liviana mujer..."

NATALIO. ¿Quién tales locuras canta?

(*Sale* LESBIA.)

LESBIA. Yo las canto.

NATALIO. Tú has de ser
la causa de mi mal siempre.

LESBIA. Sí, que está en tu mal mi bien.
Mi intento es que de este agravio
te vengues, si a Troya ves
dormir en pardas cenizas
por un agravio o desdén.
Ten valor, si eres marido;
ten honra, si quieres bien:
yo te adoro, ella te huye;
tu mal busca y yo tu bien.
Mira a quién debes, ingrato,
amar y corresponder.

NATALIO. ¿Yo he de agraviar a mi esposa?
¿Yo a mi Teodora ofender?
¿Yo enlazarme en otro cuello?
¡Rayos caigan sobre aquel
que me dividió del suyo!
¡Seguro jamás esté
en los campos, por do fuere!
¡Fieras le maten! ¡Amén!
O en el aire o en el agua,
ave airada, o voraz pez!

LESBIA. Pues ya, ingrato, que me apuras

te quiero dar a entender
quién es Teodora.

(*Aparece* TEODORA *en su traje.*)

TEODORA. Teodora
te dirá, esposo, quién es
algún día, y a esta fiera
por fiera la llevaré
a los montes.

LESBIA. ¡Muerta soy!

TEODORA. Ya, esposo, te viene a ver.

(*Vuelan, llevándola asida.*)

NATALIO. ¡Aguarda, esposa, señora!
¿Tan presto te escondes? Ven
a consolar a este triste,
si quieres que vivo esté.

(*Vase, y sale* ZURDO, *de fraile lego, y trae en el seno y mangas pan y queso, tocino y una bota.*)

ZURDO. Con nombre de caballero
en el Monasterio estoy,
donde me finjo que soy
un santo, siendo embustero;
porque les doy a entender
que no duermo, ni que como,
y de cuando en cuando tomo,
hartándome de beber;
y que me vean algunos
bobos (1), que piensan que son
éxtasis de la oración
o arrobos de los ayunos;
y el Santo Zurdo me dicen,
sin que éstos echen de ver
que un zurdo no puede ser
Santo, aunque le canonicen.

(*Va sacando y come y bebe.*)

Este es mi cilicio y son
aquestas mis disciplinas;
quiero a estas carnes malinas
con queso, pan y jamón
castigar, mientras están
en silencio los hermanos;
que azotes tan inhumanos
así a mis tripas se dan.
¡Así, jumento, es razón
que os trate, fray Zurdo! ¡Así
me lo pagaréis a mí
con azotes de jamón
y con cilicio de vino!

(1) Impreso: "que me vean algunos lobos..."

¿Aún estáis (1) rebelde y fiero?
Otro cili[ci]azo espero
echaros; que así imagino
domaros.

(*Salen los dos frailes.*)

MONJE. Padre, aquí está
azotándose el hermano.

ABAD. ¡Es un santo!

MONJE. Caso es llano
que luego se arrobará.

ZURDO. ¡Si me ha visto...! Esconder quiero
el cilicio y diciplina.

MONJE. Con qué modestia divina,
aunque turbado y severo,
escondió los instrumentos
de su martirio.

ABAD. ¡Es varón
ejemplar! Padre, no son
para todos los momentos
las penitencias.

ZURDO. Estragos
estos del demonio son,
y así en cualquier ocasión
me parecen bien los tragos.

ABAD. Padre, en virtud de obediencia
vaya a comer.

ZURDO. ¿Yo comer?
Bástame, padre, beber
la mina (2) de penitencia.

ABAD. No se azote más.

ZURDO. Hará
fray Zurdo lo que le manda;
mas si el cuerpo se desmanda
unos traguillos habrá,
que aún quedan en el cilicio.

(*Vase.*)

MONJE. Es un varón ejemplar.

ABAD. Hasta en esto quiere dar
de que es caballero indicio.
Al fin, padre, recebí
aquel moço que ha ocho días,
que con llantos y porfías
de rodillas puesto vi,
dese convento a la puerta,
sin temor, siempre aguardando
las fieras, en esto dando
señal de que ha sido cierta
y santa su vocación.

(1) Ms.: "Aunque estais".
(2) Ms.: "misa".

En nuestro convento ha entrado
y ahora he determinado
probarle en esta ocasión
tan peligrosa, como es
ésta de pedir el pan
por las eras, donde están
en escuadrón descortés
hombres y mujeres juntos,
a donde con pensamientos
se enflaquecen por momentos
y el pecar se hace por puntos.

(*Sale* TEODORA, *de fraile.*)

TEODORA. Deme vuestra caridad
a besar sus santos pies.
MONJE. En el rostro un ángel es.
ABAD. Si es del alma la humildad,
padre, ahora lo veremos.
¡Levante, hermano Teodoro!
TEODORA. Deme esas manos que adoro.
ABAD. Los brazos sí le daremos.
Tome, hermano, el jumentillo
aperciba, y a pedir
el pan que ha visto salir
de los rigores del trillo.
Imite como en la espiga
se profana su tesoro
y ellos con tanto decoro
salen de tanta fatiga
a darle vida y sustento;
así, hermano, debe hacer
el buen religioso, y ser
en obras y pensamiento
oro puro y trigo puro.
No tengo más que decir.
Mozo es y sale a pedir.
TEODORA. Con Dios, padre, voy seguro.
¡Benedicite!
ABAD. El Señor
le bendiga y haga un santo.
TEODORA. ¡Sólo puede hacer Dios tanto (1),
que soy muy gran pecador!

(*Vanse, y salen* ALCINA, CLORINDO (2) *y* ERGASTO, SALUCIO *y* ANFRISO, *villanos, y cante uno.*)

(*Canta.*)

"Cuando la segaderuela
con los segadores anda,
las espigas de oro
en sus manos blancas
parecen de plata."

(*Sale* LESBIA.)

LESBIA. Impensadamente aquí
entre estos montes me veo,
a donde conozco y creo
que a una (1) inocente ofendí.
Por los aires me ha traído,
Teodora, de los cabellos,
desvaneciéndose en ellos,
porque quise a su marido.
Descubríle mi maldad
y sin decirme do estoy (2),
ciega por los montes voy,
confusa en la soledad.
Sedienta vengo y cansada.
Este es el Nilo; en él quiero
mitigar la sed. Yo muero
justamente castigada.

(*Entrase.*)

CLARINDO. ¡Cosa extraña! Un cocodrilo
en el Nilo se tragó
una mujer que llegó
a beber.
SALUCIO. ¡Beba en el Nilo
un mal casado!
ALCINA. ¡Mujer
miserable y desdichada!
CLORINDO. Si hay tanta mujer sobrada
falta ninguna ha de hacer.
ALCINA. ¿Eso dices?
CLORINDO. Esto digo.
¿Qué más abundancia quieres
de necios y de mujeres?
ALCINA. Es de sí mismo enemigo
quien las quiere mal.
CLORINDO. ¡Malditas sean todas!
ALCINA. Tú lo seas y ellas no.
CLORINDO. Viejas y feas,
pues son, Alcina, infinitas.
¡Caigan con mi maldición
en un tormento cruel!
SALUCIO. Clorindo, ¿monje es aquél?
CLORINDO. Aquestos bigardos son
más dignos de estar así.

(1) Ms.: "Bien me puede hacer Dios santo."
(2) Texto: CLARINDO; pero siempre dice después CLORINDO.

(1) Ms.: "que una".
(2) Ms.: "Descubríle mi maldad,
y sin decir donde estoy."

SALUCIO. ¿Quieres que al Nilo le echemos?
CLORINDO. ¡Muera el bigardo!
SALUCIO. Cantemos
y vaya al Nilo de aquí.

(*Sale* TEODORA, *de fraile.*)

TEODORA. ¡Alabado sea el Señor!
CLORINDO. ¿Irá al cocodrilo?
SALUCIO. ¡Vaya!
ALCINA. No; que es huído el frailecillo.
Crueldad es darle sin causa
la muerte.
CLORINDO. ¿Ya eres piadosa?
ALCINA. ¿Pues cuándo yo he sido ingrata?
TEODORA. Porque es justa la obediencia,
hermanos, venir me manda
a pedir su caridad.
CLORINDO. Pues el padre nos la haga.
TEODORA. ¿En qué?
CLORINDO. En traernos del Nilo
este cantarillo de agua.
TEODORA. Sea muy enhorabuena.
ALCINA. ¡Con qué humildad, con qué gracia
dijo de sí el frailecillo!
Ya le voy rindiendo el alma.
TEODORA. Téngame allá el jumentillo.

(*Vase* TEODORA.)

ALCINA. ¡No vayas, detente, aguarda!
SALUCIO. Sin temor llega a la orilla
y bendiciendo las aguas,
por ellas el cocodrilo
sale a postrarse a sus plantas.
CLORINDO. ¡Bravo prodigio!
ALCINA. ¡Admirable!
SALUCIO. Sobre la escamosa espalda
se ha puesto el fraile de pies,
y con humildad le pasa
de esotra parte del río.
ALCINA. Santo parece, que en andas
por márgenes de cristal
le llevan.
CLORINDO. Ya en la otra banda
se encubre.
ALCINA. ¡Es santo varón!
SALUCIO. Cuando venga en vez de vaya
himnos dulces le cantemos
y gloriosas alabanzas.
CLORINDO. Por los religiosos Dios
en él vuelve.
SALUCIO. Son el arca
que abrasó los sacerdotes,
porque quisieron tocarla.
ALCINA. Ya vuelve, y vuelve con él
la mujer!
SALUCIO. ¡Grandeza extraña!
ALCINA. Ya estoy perdida por él,
que un fuego mortal me abrasa.

(*Salen* TEODORA *y* LESBIA.)

LESBIA. Dame a besar esos pies.
TEODORA. A Dios le debes las gracias
deste suceso, que a mí,
mujer, no me debes nada;
aunque de lo que me debes
es infinita la paga.
Dios para hacer penitencia
te ha traído a esta montaña.
Llora en ella tu desdicha,
pues a una honesta casada
adúltera hiciste ser
por una torpe venganza.
LESBIA. ¿Quién eres, varón divino,
que del infierno me sacas?
TEODORA. Un ofendido de ti
que de ti se desagravia
haciéndote bien.
LESBIA. Confieso
que soy la mujer más mala
del mundo, y prometo a Dios,
padre, de no hablar palabra
hasta que a Teodora vea
de su culpa perdonada,
penetrando de los montes
las más ocultas entrañas (1).

(*Vase.*)

TEODORA. ¡Vete con Dios! Y tú, horrenda
bestia, las entrañas rasga
y muere, porque no ofendas
a la gente.
ALCINA. ¿A quién no espantan
tan milagrosos sucesos?
CLORINDO. Envuelto en su sangre nada
el cocodrilo, cubriendo
el sol con lluvias de escamas.
TEODORA. Ya, hermanos, les traigo aquí
el agua.
CLORINDO. Denos sus plantas,
pues que vemos que así Dios
a los humildes levanta.

(1) Ms.: "montañas".

TEODORA. A Dios se ha de dar la gloria.
CLORINDO. Padre nuestro, aquesta parva
que así en mariposas de oro
a los cielos se levanta,
desde hoy es suya; al convento
la lleve toda.
TEODORA. La carga
de mi jumentillo sobra,
hermanos.
ALCINA. Pues cuando salga
por azucenas y rosas
el fragante sol mañana,
del monte más rubio y bello
que de mi cosecha se haga
la llevará; pues la noche,
vestida de nubes pardas,
sobre los hombros que fingen
gigantes que al mundo espantan,
viene. A cenar con nosotros
venga, y la mullida cama
sobre las crespas gavillas
le haremos. (Enamorada
y perdida estoy por él.)
TEODORA. A mí por rezar me falta
parte de mis devociones
y los que la regla guardan
del gran celador Elías,
sólo legumbres amargas
una vez al día comen;
y así, cenando, quebrara
el precepto. Yo haré aquí
después cama destas pajas.
CLORINDO. ¡Alto! Pues vamos nosotros
a cenar y acostar. Canta
tú, Alcina, y responderemos.
ALCINA. (En el sayal dejo el alma,
que es el frailecillo bello
como un oro; mas cobralla
pienso, cuando duerman todos;
porque en el alma más casta
la mujer es como aceite,
que, en llegando, deja mancha.)

(*Vase y queda* TEODORA.)

TEODORA. Lisonjas del sueño son
estas gavillas que guardan
granos de rubíes sangrientos
en conchas de limpio nácar.
¡Oh, noche negra! En tu manto
se confía mi esperanza
para que me ausente libre
de seguras acechanzas.

(*Sale* ALCINA.)

ALCINA. (Ya quedan todos durmiendo,
y loca y desatinada
vengo a emprender imposibles.
¡Bien veo que amor es rabia!
Sepultado está en silencio
el mundo y, mal dibujada,
la noche no ha descubierto
sus epiciclos de plata.
Imagen es esta noche
de aquella que vió engañada
Teodora en su casto honor;
que la noche es puerta falsa
de adulterios y traición,
que al pecho más noble infama.
Cerca estoy de dar con él.)
¡Deo gracias, padre!
TEODORA. ¿Quién llama?
ALCINA. Una mujer afligida.
TEODORA. ¡Válgame Dios!
ALCINA. ¿Qué? ¿Te espantas
de una mujer?
TEODORA. De una sierpe
llena de veneno y rabia,
de un rinoceronte indio
ni de un león me espantara;
mas me espanta una mujer (1)
resuelta y determinada,
porque es más fiera que monstruo,
sierpe, tigre y león de Albania.
ALCINA. ¿Eso dices?
TEODORA. Esto digo.
ALCINA. Entre mis brazos descansa,
pues no hay nadie que nos vea.
TEODORA. Aparta, enemiga, aparta,
que a estas horas salir puede
el sol y volver la espalda
al pecador que le ofende
y no habrá luna que salga.
ALCINA. ¿Tan buena ocasión desprecias?
¡Dame esas manos que abrasan,
siendo de nieve!
TEODORA. En las tuyas
te quiero dejar la capa;
que si es toro el apetito
en ella los golpes haga.

(*Deja la capa y vase.*)

ALCINA. ¡Espera, enemigo, espera!
¿Hay tal desprecio? ¿Hay tal rabia?

(1) El impreso: "y de una mujer me espanta".

Ya es odio mi loco amor
y mi deseo es venganza.
Dar voces quiero, diciendo
a la gente de mi casa
que este ingrato me engañó,
castigando su arrogancia;
que así mi delito encubro.
Y pues me siento preñada
del Zurdo, que me burló,
le doy crédito a mi fama.
¿Salucio, Anfriso, Clorindo!
¡Labradores! ¡Ah de casa! (1)

(*Salen todos.*)

CLORINDO. ¿Qué tienes? ¿De qué das voces?
ALCINA. ¡Ya es veneno en mí la infamia!
El fraile, el santo fingido,
el que aquí durmiendo estaba,
me engañó. Poniendo el fiero
las manos en mi garganta
y sus labios en mi boca,
mi honestidad limpia y casta
profanó, y ésta en señal
me dejó. Mirad si es causa
de dar voces.
CLORINDO. ¡Muera el fiero,
si en los abismos se escapa!
SALUCIO. ¿Hay tal maldad? ¿Quién tal obra
creyera de sus palabras?
CLORINDO. ¡Muera este santo fingido
que a las doncellas engaña!
ALCINA. (Aún más adelante pienso
pasar con esta venganza:
que una mujer es demonio,
si la desprecian y agravian.)

JORNADA TERCERA

(*Salen* ZURDO *y* TEODORA.)

TEODORA. Zurdo, no quieras hacer
como el hipócrita triste
del Evangelio; antes viste
tu espíritu de placer.
Unge tu cabeza cuando
ayunas, y así sería
bien que desa hipocresía
con que te vas condenando
te desnudes. Mira, hermano,
que a ti te engañas no más,
y, pues no ayunas jamás,
no, cual hipócrita vano,
des a la gente a entender
ser santo. Enmienda tu vida;
que tu santidad fingida
un infierno viene a ser
cubierta de cielo.
ZURDO. ¡Hermano
fray Eunuco o fray Capón!
Que estos sarandajas son
del mundo loco y liviano.
¿El a San Zurdo se atreve?
¿Hay tan gran profanidad?
¿Cómo así? En mi santidad
un fray Tiple su voz mueve?
Mas sin duda que es legión
de Satanases capados,
pues dicen que desbarbados
todos los demonios son.
¿Yo hipócrita? ¿Yo, que ayuno
todos los días y estoy
hasta que azotes me doy
sin apiadarme en ninguno?
¿Yo, que perpetuo cilicio
traigo sobre el corazón,
cuyas fieras cerdas son
tragos de mi sacrificio?
Ya me aburro y me confundo.
¿Sacrílega lengua en mí?
Vuelvan por su santo aquí
todos los zurdos del mundo.
¡Iesus, Iesus! Más valiera,
pues me ha dicho que es su hermana
Teodora, que de liviana
y fácil la reprendiera,
pues que sabemos que fué
adúltera.
TEODORA. (Siempre aquí
es mi culpa contra mí
y en el rostro se me ve;
que es limpio cristal, en quien
se mira patente y clara,
que en mirándome a la cara
se ve el delito más bien.)
Cese su injusta querella.
Yo confieso que mi hermana
fué, como dice, liviana;
mas tan trocada ha de vella (1)
de la culpa que la da,

(1) Ms.: "¡Ah de la casa!"

(1) El ms. está falto del principio de esta jornada hasta este verso.

que la que fué sin decoro
Teodora, sin ser Teodoro,
un nuevo Teodoro es ya.
Y ahora, para que vea
que es su santidad fingida,
saque toda esa comida
de las mangas, con que afea
nuestra santa religión.

(*Sácale rábanos, pan y queso, tocino y bota, con otras cosas de comer.*)

ZURDO. ¡Deogracias, que me profana!
TEODORA. ¡Con buenos azotes gana
el cielo! Mas la ración
de casa no es tan cumplida
como aquesta. ¿Qué le ha hecho
este cilicio en el pecho,
que es varón de ejemplar vida?
ZURDO. La sardina es apetito;
el rabanito y el queso
el mundo traen en peso;
el pan siempre fué bendito;
la aceituna siempre fué
discreta y apetitosa;
el jamón es santa cosa,
y lo demás que aquí ve,
Dios lo crió para el hombre;
el vino del cielo vino;
y, si esta vida es camino
de la eterna, no se asombre
que de bota me prevenga
para caminar por él (1).

(*Salen el* ABAD *y* MONJE.)

MONJE. Padre, Teodoro es aquél.
ABAD. ¡Camine! ¡No se detenga!
¡Deogracias! ¿Qué es esto?
ZURDO. Son
prevenciones de Teodoro,
que con tan poco decoro
profana la religión.
Esto en las mangas traía,
y como de un mes acá
espíritu Dios me da
de sagrada profecía,
sabiendo tan gran maldad,
vine a hacer esta experiencia.
Una grande penitencia
le dé su paternidad;
aunque yo con el cilicio
mis carnes apretaré
por él, y azotes haré
mi digno y piadoso oficio,
hasta que peinadas canas
publiquen sus perfecciones,
porque todos los capones
son calabazas romanas.
ABAD. ¡Oh varón perfeto y santo!
¡Sólo él descubrir pudiera
tal engaño, tal quimera!
¡Lleven de aquí monstruo tanto
que mirallo desatina!
ZURDO. ¡Que en las mangas le cupiera
tal pan y tal rabanera!
Mas enfermo de la orina
el padre debe de ser.
¿Esta es agua? ¿Hay desatino
mayor? Vino es. ¿Y que vino
se atreva un monje a beber
fuera de su refectorio? (1)
¡Gran pecado, gran pecado!
¡Este que bebí engañado,
pagaré en el purgatorio
con mis lágrimas!

(*Llévalo todo y vase.*)

ABAD. ¿Es esta
su vida contemplativa
y aquella humildad altiva
y compostura modesta
que en todas las ocasiones
de casa finge Teodoro?
Teodoro, ¡qué mal el oro
dió muestra en sus perfecciones
de la virtud! Como un mes
en tierra lo que le echaren
de las sobras que dejaren
los padres; a quien después
darán una disciplina
cada día.
TEODORA. Yo confieso
mi pecado; y al proceso,
padre, que Dios me fulmina
de la penitencia estoy
contento y agradecido;
por el regalo le pido
los pies; confieso que soy
el más malo de la tierra.
ABAD. ¡Levante!

(1) Ms.: "con él."

(1) Ms.: "refitorio."

(*Sale* ZURDO.)

ZURDO. En cobro dejé
la legumbre que llevé.

(*Sale* ALCINA *con un niño envuelto en la capa blanca de* TEODORA *y los villanos.*)

ALCINA. ¡Castíguese así al que yerra!
ZURDO. (¡Esta es Alcina, y aquí
se descubre mi maraña!)
ALCINA. ¡Monstruo soy desta montaña!
ZURDO. Mas quiero esconderme así.
ALCINA. ¿Adónde está el padre Abad?
ABAD. Yo soy.
ZURDO. No la crea nada,
porque viene endemoniada.
ALCINA. Oiga, padre, la maldad
más grande que ha sucedido
en religiosos jamás.
ZURDO. (Zurdo, en tentación estás,
si Alcina te ha conocido.)
ALCINA. Yo soy, padre Abad,
la que en estos montes
fuí (1) entre las zagalas
fiera de los hombres;
mas esta virtud
y estas perfecciones
sacrílego pudo
profanar un monje.
Llegó, padre, al fin,
cuando eran los montes
océanos de oro
en mares conformes;
aunque profanados
de las corvas hoces,
quisiera que fueran
diluvios entonces.
Zagales me siguen
en coros acordes,
suspendiendo el aire
sus canoras voces.
Mis ojuelos negros
parecían soles,
dando a vidrios causa
de sus deshonores.
Cuando al mar bajaba
con plantas veloces
el sol, alumbrando
nuestros horizontes,
haciamos bailes,
juegos y invenciones,
hasta que el cansancio
nos daba sin orden,
cama en las gavillas,
silencio en las trojes.
Así descuidada,
durmiendo una noche,
estaba yo, padre,
libre de traiciones,
cuando mi sosiego
y paz interrompe (1)
una voz confusa
con halagos torpes.
Recordé alterada
y quise dar voces;
mas a la garganta
las manos me pone;
quise defenderme,
valerosa y noble,
mas son muy valientes
las resoluciones.
Fuíme retirando
a un pradillo, a donde
redimirme pienso
de mis deshonores.
Mas como las yerbas
el llanto recogen
y del alba estaban
mojadas entonces,
resbalé y caí
y del fiero golpe
me hice un cardenal
tan grande y disforme
que a los nueve meses
parí este chicote.
Conózcale el padre;
aunque nada importe
que él no le conozca,
si a Dios no conoce.
Envuelto le trae
su blanco capote,
porque de una vez
sus dos prendas cobre,
y porque el delito
ninguno le ignore,
sepan todos que es
éste que se encoge,
éste regular,
éste que con nombre
de santo fingido
hace estas traiciones.

(1) Ms.: "soy."

(1) Ms.: "interrumpe."

El padre le críe;
que yo, sola y pobre,
haré que mis ojos
mares se transformen.
¡Lisonjera causa
para mis errores!
Mas si ellos la dieron
ellos se la lloren,
y ellos dellos mismos
la venganza tomen.

(*Da el niño a* TEODORA.)

ABAD. Mujer, ¿es esto verdad?
CLORINDO. Nosotros testigos fuimos
del caso, porque anduvimos
después que tan gran maldad
cometió, y llorando hallamos
a Alcina con su capote.
TEODORA. El mundo las faltas note
como en otras las miramos
de una mujer, cuando es mala;
mas vengan persecuciones,
que Dios en las aflicciones
me engrandece y me regala.
ZURDO. ¡Vuelvo en mí! Lo que hice yo
le echa al pobre desbarbado...
¡Ah, mujeres!
ABAD. ¿Que un pecado
tan inorme cometió?
¿Qué dice desto?
TEODORA. Que soy
quien cometió por Alcina,
quitando al Sol la cortina,
las culpas por quien estoy
de aquesta suerte llorando,
por no ver dél luz ninguna,
aunque me salió la Luna
que es la que me está alumbrando.
Y tú, maldita mujer,
por quien en esta ocasión
la prueba de Salomón
prudente quisiera hacer,
¿cómo es posible que así
arrojes al que formaste
en tus entrañas? ¿Hallaste
fiera que se iguale a ti?
¿Hay fiera tan inhumana
que niegue lo que parió?
¿Qué Medea te engendró?
¿Qué Hipermestra torpe y vana?
Saturno debes de ser,
¡monstruo de naturaleza!;
mas eres en la fiereza
mujer, y mala mujer.
¿Qué infierno, di, te ha engendrado?
¿No bastaba en tal pesar
quererme hacer pecar,
sino echarme tu pecado?
ALCINA. ¿Pues qué quería? ¿Que yo
el hijuelo le criara
y que mi caudal gastara?
¡Malos años! Pues pecó,
sepa el mundo su pecado;
que aun el niño está corrido
sólo por haber nacido
de un padre tan desalmado.
¡Vamos, serranos, de aquí!
TEODORA. ¡Monstruo de aquestas montañas!
¿La prenda de tus entrañas
te puedes dejar así?
ALCINA. Su padre le amparará,
que aunque es malo, al fin es padre.
TEODORA. Como es ángel, mejor madre
dirás que el cielo le da.
Yo le ampararé, cruel,
por ti.
ALCINA. Quien hizo el cohombro
es bien que le lleve al hombro,
que bien parece con él.
SALUCIO. ¡Esa limosna cogió,
padres, el monje en las parvas;
no es eunuco, aunque sin barbas!
ALCINA. ¡Por mi mal lo supe yo!

(*Vanse* ALCINA *y villanos.*)

ABAD. ¡Que tan inorme maldad
cometiese un religioso!
Que salga luego es forzoso
de nuestra comunidad,
y no diga que de Elías
es hijo monje tan malo.
TEODORA. Perder tan alto regalo
lloraré noches y días.
ABAD. La capa blanca y capilla
y escapulario le quiten;

(*Quítanselo.*)

que estas prendas no permiten
alma que el vicio amancilla.
Baje del Carmen a Ebrón
el que en las maldades crece;
que ser hijo no merece
de tan santa religión.

(*Vase.*)

MONJE. ¿Que era su virtud fingida?
¿Que era su apariencia engaños,
hipócrita de los años,
y la penitente vida?
¿Quién pensara igual maldad?
¿Pero qué más clara prueba,
pues el testimonio lleva
de su poca santidad?
No hay disculpa que le cuadre:
mire que tan malo ha sido,
que aun el niño está corrido
de tener tan torpe padre.
La tierra de promisión
pierda el que al becerro ofrece;
que ser hijo no merece
de tan santa religión.

(Vase.)

ZURDO. No me reprehenda ahora
el padre, calvo de cara;
¿mas qué mucho que imitara
así a su hermana Teodora?
Vaya el fingido capón,
que gallo al mundo parece;
que ser hijo no merece
de tan santa religión.

(Vase, y queda TEODORA *con el niño.)*

TEODORA.

¡A ti, Señor, clamé de los profundos!
Escucha la voz mía,
pues eres en dos mundos
dueño del día eterno, y breve día,
donde el Sol que me asombra,
dilatado a tus pies sirve de alfombra.
No te llamo por mí, que mi pecado,
soberano Dios mío,
de Sión me ha sacado
a llorar en las lágrimas del río
mi cautiverio triste,
que un pecador en Babilonia asiste.
Por este ángel te llamo, que he querido,
si esa voz me socorre,
ser como el retraído
que, asaltado y cerrado en una torre,
con un niño pretende
aplacar la justicia que le ofende.
¡Inocente criatura,
desamparada del calor materno,
que en aquesta espesura
os halláis sin amparo y sin gobierno!
¿Qué puedo hacer de vos, si mis delitos
miro en la tierra y en el cielo escritos?
¿Dónde irán mis gemidos?

(Con música aparece Nuestra Señora.)

MARÍA.

A mí, que soy la Madre de afligidos.
De mí te acuerda en este desconsuelo,
cuando a Herodes (1) huía
con el autor del cielo,
amorosa mitad del alma mía,
llevándole en pañales
por montes desiguales
afligida y cansada.

TEODORA.

¿Quién, Señora, se vió tan consolada?
MARÍA. Dame el niño y llega el pecho,
para que le infunda el mío
el soberano rocío
con que quede satisfecho.
Mi hijo podrás llamalle
como tuyo, pues desde hoy
leche, Teodora, te doy,
para que puedas crialle.
TEODORA. ¿Qué más el niño desea,
si vos tal favor le dais,
para que hecho Dios se vea? (2)
Y si vos le alimentáis,
¿quién hay que tal dicha crea?
¡Válgame Dios, qué favor!
¡Qué regalo! ¡Qué ventura!
¡Qué extrañas muestras de amor,
que merezca la criatura
el sustento del Criador!
MARÍA. Queda en paz, amiga mía.
TEODORA. ¿A la mayor pecadora
tal favor?
MARÍA. El niño cría:
entre estos montes, Teodora,
ha de hacerte compañía.
TEODORA. En mi destierro confuso
será el ángel que me valga.
MARÍA. Así el cielo lo dispuso,
hasta que la Luna salga,
con el Sol que se te puso.

(Cúbrese todo con música y sale huyendo LESBIA, *vestida de pieles, y* NATALIO *tras ella, y ella se vaya.)*

NATALIO. ¡Aguarda, monstruo espantable,
que es tu resistencia poca

(1) Ms.: "de Herodes".
(2) Ms.: "le vea".

a la furia de mis brazos!
Pero vete, esfinge hermosa,
que entre escamas y entre pieles
el acento humano formas
para engañar en el Nilo
a los míseros que gozas.
Vete.

(*Salen* EMO *y* LIPIO.)

EMO. ¿Mataste la fiera?
NATALIO. Era una esfinge engañosa
y ha sido milagro, amigos,
escaparme de sus roscas.
LIPIO. No puede ser; que esa es sierpe
que viste escamas y conchas
y no pieles, y ésta el rostro
de rubia melena adorna
y va de pieles vestida.
NATALIO. ¿Dónde se escondió?
EMO. Esas rocas
tan fatigadas de encinas
la encubrieron. Ya es forzosa
causa el dejarla, y un rato
puedes hurtarte a la sombra (1)
desos álamos gigantes
al sol.

(*Vanse los criados.*)

NATALIO. No hallo gusto en cosa;
todo es eterno disgusto,
todo es eterna discordia.
En la soledad descanso
solamente, y pues ahora
me han dejado mis criados,
quiero ocupar la memoria
con mis locos pensamientos
y mis esperanzas locas.
¡Ay, prenda del alma mía!
¡Ay, simple paloma hermosa!
¿Es posible que dos años
de tu Natalio te escondas?
¿Dos años solo me dejas?
¿Que en dos años no conozcas
el nido donde estuviste
en conformidad dichosa?
Pero pues de él no te acuerdas,
sin duda en otro reposas.
Mas no puede ser; que fuiste
entre apacibles lisonjas
ave de cándidas plumas

(1) Ms.: "puedes sentarte a la sombra".

que en las márgenes retoza
deste arroyo limpio y claro,
y en amistad tan forzosa
envidia de amor tirano
nos dividió desta forma.
¿Pero qué es esto que veo?

(*Lee.*)

"*Adúltera fué Teodora*",
dice esta verde corteza
y lo mismo dice esotra.
¡Válgame Dios! ¡Muerto soy!
Muy pública es mi deshonra,
pues con almas vegetables (1)
hasta los troncos me informan.
¡Ah, casada fementida,
no ya paloma amorosa!
¡Cuerva ingrata, sí, vestida
del color de mis congojas (2)!
¿De qué agravios, mano ingrata,
te vengas de aquesta forma?
Que son venganzas cobardes
las que a la espalda se toman.
Escribieras en mi pecho
y no en las cortezas toscas
destos árboles, que así
el desdichado me nombran.
No ha de quedar en la selva
tronco, a quien fuego no ponga (3),
rama que no despedace
y mi venganza conozca.
¡Caed, bárbaros testigos
de mi afrenta!

(*Derriba ramas y dice dentro* FIDELFO.)

FIDELFO. ¡Mirad, hola!
¿Quién con espadas y voces
nuestro silencio alborota?
UNO. Ladrones serán sin duda.
NATALIO. Pues estoy de aquesta forma,
llamar quiero a mis criados,
que poco una espada corta
contra tantos enemigos;
y quiero que reconozcan
en los troncos mis desdichas,
aunque ellos no las ignoran.
¡Malhaya amor, si él ha sido
ocasión de mi deshonra!

(1) Ms.: "vegetales."
(2) Ms.: "deshonras."
(3) Textos: "pongan".

(*Vase, y sale* Fidelfo *y* Uno.)

(*Dentro.*)

Uno. Un hombre es que acuchillando
va los árboles.

Fidelfo. ¡Qué loca
acción! Hombre, di, ¿qué haces?

(*Dice dentro* Natalio.)

Natalio. Castigo a los que me enojan.

(*Dentro.*)

Uno. Entróse, no perdonando
los árboles que destroza,
por lo intrincado del valle.

Fidelfo. Pues es la distancia poca,
seguilde.

(*Dentro.*)

Uno. Y será, señor,
imitándole en las obras.

(*Vanse, y queda* Fidelfo.)

Fidelfo.

¡Dichosas soledades,
lisonjeros alivios de mis penas!
En vosotras descanso solamente;
vosotras con purísimas verdades
para agravios de amor sois las más buenas;
que en vosotras más bien el alma siente.
¡Oh! ¡Quién eternamente
os gozara en mental filosofía!
Que es necia del amor la compañía.
A Menfis voy forzado
de un padre que me lleva a verme muerto.
¡Desdichado de mí que amor me tiene
a fieras de imposibles condenados,
cuando es el modo del remedio incierto! (1)
¡Oh, dichoso quien viene
para que el alma pene!
¿Dónde de mi dolor puedo quejarme
sin que un necio pretenda consolarme?
Mas ¡cielos! ¿Quién ha puesto
en este tronco el nombre de Teodora
con tan vil epiteto en su pureza?
Amor sería trágico y funesto (1);
que la virtud con lengua vil desdora
ejecutando el gusto (2) y la torpeza.
¡Ay, divina belleza!
Arbol, te he de enlazar, pues como Apolo,
busco mujer y encuentro un árbol solo.
Hoy amante aborrecido
mi triunfo te pienso hacer;
que árbol Teodora ha de haber
como árbol Dafnes ha habido.
Mas gente viene. Si son
mis criados... Esconderme
quiero dellos, por poderme
ganar en esta ocasión.

(*Apártase y sale* Teodora.)

Teodor. Mirándoos, limpio cristal,
tan claro y tan transparente
veo el ejemplo presente
de mi bien y de mi mal.
Vuestro curso es natural,
pero tal el mío ha sido
que accidentes (3) ha tenido
de una absoluta potencia,
pues tomó tanta licencia
para mi honor ofendido.
Letras, ¿qué es lo que queréis,
cuando muerta me dejáis?
Mucho en mi daño apretáis;
después que muerta me véis
mi pecado me ponéis
donde yo le pueda ver;
sin duda debéis de ser
las letras de Baltasar,
pues que me queréis matar
cuando yo os llegue a leer.
Lloren mis ojos mi culpa
y así alcanzará perdón,
que una firme contrición
será en mis males disculpa;
pero si el llorar no culpa
y así he de tener descargo,
si ha sido tan grave el cargo,
¿quién pudiera en mis enojos
dar el alma por los ojos
a fruto que es tan amargo?
Salgan del mar de mi pecho
en rotas y abiertas venas

---

(1) Ms.: "de un padre que me lleva a ver mi [muerte,
¡qué desdichada suerte!
Desdichado de mí que amor me riñe
es esta en que me veo lastimado
de fiera de imposibles condenado
cuando es el modo del remedio incierto
sin duda que estoy muerto,
ah, dichoso quien viene."

(1) Ms.: "amor ser ni trágico y funesto".
(2) Ms.: "es cuando el gusto".
(3) Textos: "accidente".

lágrimas que lloran penas
vertidas en mi provecho.
Quede mi Dios satisfecho;
mas si de fruto no fueron
lágrimas que no pudieron
tanta dureza ablandar
yo las volveré a la mar,
pues que de la mar salieron.

(*Aparece un* ANGEL *en un árbol.*)

ANGEL. ¡Teodora!
TEODORA. ¡Ay Dios! ¿Quién me llama?
ANGEL. Yo soy; mira al monte ahora.

(*Lee.*)

TEODORA. "*Justa y santa fué Teodora.*"
También el monte me infama,
que inmensas mis culpas fueron.
ANGEL. Dios te justifica en él.
TEODORA. ¿Quién le ha movido?
ANGEL. Con él
lágrimas, ¿qué no pudieron?
TEODORA. ¡Ay, venturoso llorar!
¿Qué bronce no habéis vencido?
ANGEL. Tus lágrimas han podido
tanta dureza ablandar.
Dios, sin que escusa te valga,
que vuelvas manda al convento.
TEODORA. ¿Recibiránme?
ANGEL. Al momento,
porque en él el Sol te salga.

(*Cúbrese el Angel con música.*)

FIDELFO. ¿Es sueño o es ilusión
de mi loca fantasía?
Sin duda el cielo me envía
tan venturosa ocasión.
TEODORA. ¿Hay más soberana impresa?
¡Oh, venturosa Teodora!
Vamos al convento ahora.
FIDELFO. ¿Cómo, si te tengo presa?
TEODORA. ¡Ay de mí! ¿Quién eres, hombre?
FIDELFO. Fidelfo soy, ¡desdichado!
TEODORA. ¿La imagen de mi pecado
quieres que otra vez me asombre?
¡Déjame! Mira que soy
ya de Dios y que El me guarda.
FIDELFO. Nunca el amor acobarda
cuando tan resuelto estoy.
TEODORA. Furor del infierno es ese.
FIDELFO. Del infierno es mi pesar
y a Menfis te he de llevar,
Teodora, aunque al mundo pese.
TEODORA. Teme a Dios.
FIDELFO. Demonio soy.
TEODORA. ¿Eso dices?
FIDELFO. Esto digo.

(*Aparece un* ANGEL *con una espada y dale con ella a* FIDELFO.)

ANGEL. Teodora, no hay enemigo
valiente donde yo estoy.
FIDELFO. ¡Yo soy muerto!

(*Cae en el suelo.*)

ANGEL. Ya el gigante
te postré. ¡Ven!
TEODORA. Israel (1)
el triunfo alabe y por él
himnos y versos te cante.
ANGEL. Llevarte quiero a la puerta
del convento, y a tal hora
la he de hallar con el aurora
en campos de plata abierta (2).
TEODORA. ¡Paraninfo soberano!
mi gloria es obedecerte.
Mas ¿cómo he de ir?
ANGEL. Desta suerte:
dame, Teodora, la mano,

(*Vuelan las dos y salen los criados de* NATALIO.)

LIPIO. Por la intrincada espesura
no podremos dar con él.
Emo, ¿no es Fidelfo aquél
que al monstruo alcanzar procura
arrastrando?
EMO. Este es sin duda,
que el monstruo le dió la muerte
y le sigue desta suerte
que ves.
LIPIO Uno al monstruo acuda.
EMO. Y otro a su remedio.
LIPIO. Yo
sigo a la fiera.

(*Vase.*)

EMO. ¿Qué es esto?

(*Hable* FIDELFO *por señas.*)

mi señor, que así te ha puesto?
¿No puedes hablarme? ¿No?
¿Estás herido? ¿No sabes

(1) Ms.: "Ismael."
(2) Ms.: "cuando amanezca la aurora
la hallará Teodora abierta
en campos de plata abierta."

quién te derribó en el suelo?
¿Del cielo? ¿Cayó del cielo
algún rayo? ¿Antes que acabes
quieres llegar a un convento
que está muy cerca de aquí?
¿Sí? Pues susténtate en mí.
¿Qué temes mirando al viento?
¿Ves alguna cosa? ¿No?
Sin duda que alguna hiena
de las que pare en su arena (1)
el Nilo, le enmudeció;
que hombre no las ve jamás
que la habla no pierda así.
Ninguno viene tras ti;
no vuelvas el rostro atrás.
Hora ha pasado por él,
sin duda; aunque amor, si dura,
suele volverse locura
y éstos son efectos dél.

(Llévale y cantan dentro y salen los frailes.)
(Cantan.)

¡Venerables padres,
pues piadosos sois,
abrilde las puertas
al santo varón!

ABAD. Voces soberanas,
que en acorde voz
suspende en los aires
vuestra admiración:
¿Quién es este justo
para honrarle yo?

(Cantan.)

El primero que entre
por las puertas hoy.

ABAD. ¡Padres!

MONJE. ¡Padre nuestro!

ABAD. Ay, mis padres; son (2)
las voces del cielo.

MONJE. Tras su admiración
salí de mi celda.

ZURDO. Y yo en el rigor
de mis diciplinas
dejé la oración
tras ellas suspenso.

ABAD. Pues ya sale el Sol,
voy a abrir las puertas.
Entre este Hilarión,
este Onofre o Pablo.

MONJE. Pues le envía Dios
tal será su vida
y su perfección.

ABAD. Avise a los padres.

MONJE. Todos al rumor
celeste salieron
a los claustros.

ZURDO. Voy,
padre, a abrir las puertas (1).

ABAD. Vaya, que es razón
que un santo a otro santo
reciba.

ZURDO. Yo soy,
padre, el brazo zurdo
de la religión,
y siéndolo es fuerza
ser gran pecador.

(Vase.)

ABAD. ¡Grande es la virtud
y la perfección
deste santo lego!

MONJE. Admirado estoy
de su santidad.

ABAD. Nuestra religión
no ha visto en sus claustros
templanza mayor.

MONJE. La porción de un día
en él es porción
de un mes.

ABAD. Sus ayunos
me ponen temor.

(Sale ZURDO.)

ZURDO. Pienso que las voces
fueron ilusión.

ABAD. ¿Cómo?

ZURDO. Fué el primero
que, abriendo, llegó
el monje que infama
nuestra profesión,
el que a las doncellas
las quita el honor
y el inobediente.

ABAD. ¿Quién?

ZURDO. (¡Perdido soy!
¡Triste! ¡A casa vuelve! (2)
Estas señas son

(1) Ms.: "sin duda alguna sirena
de las que para en su arena."
(2) "Ay, mis padres, oyó".

(1) Ms.: "padre, abrir las puertas."
(2) Ms.: "si éste a casa vuelve".

las de fray Teodoro.)
ABAD. ¿Qué dice?
ZURDO. Que entró
y ante sus pies llega
con poco temor
de Dios y del mundo.
ABAD. ¿Hay disolución
que a aquesta se iguale? (1)

(*Sale* TEODORA.)

ZURDO. Padre, yo me voy.
TEODORA. Padre, a vuestros pies
el pródigo vuelve
tan rico que apenas
podréis conocerle.
Desde que dejó
vuestro santo albergue
sus ojos han sido
dos diluvios siempre.
Sólo, padre, os pido
la cama en que duermen
los perros, que ser
pretende su huésped,
como de sus sobras
migajas le diesen,
que es plato de Dios
y es Omnipotente.
Si este nombre de hijo,
padre, os enternece,
aunque ingrato y malo
hijo es el que viene.
Admitidle en casa
para que os celebre,
perdonando grato,
pues que humilde vuelve.
Y si no por mí,
vuestro nieto es ese,
que dejo a las puertas;
que no quiero que entre
hasta que yo alcance
perdón y mercedes.
¡Por aquese ángel,
por ese inocente!
ABAD. Al hijo por su inocencia
admitille es caso justo;
pero un padre tan injusto
será admitillo indecencia.
Entre el niño; él salga luego
de nuestra limpia clausura,
que está con él mal segura,
porque el sucio es como el fuego.
TEODORA. ¡Señor, rogadle por mí!
ABAD. ¡Salga luego!
TEODORA. ¡Padre mío!
ZURDO. ¿Hay tan grande desvarío?
TEODORA. No me he de apartar de aquí.
ZURDO. ¡Qué hipocresía fingida!
TEODORA. ¡Padre, enternecelde vos!
MONJE. Ahora, por amor de Dios,
que a este hermano no despida:
que me enternezco infinito;
su humildad me ha enternecido.
ABAD. ¿Qué impulso al alma ha venido?
Ahora, padre, yo le admito;
mas ha de ser en la huerta
en una celdilla pobre
que está allí.
TEODORA. Básteme y sobre.
ABAD. Y siempre ha de estar abierta.
Y al servicio ha de acudir
de un hidalgo, que un criado
trajo (1) mudo y maltratado.
El niño conmigo ha de ir.
TEODORA. Hijo de obediencia he sido:
yo voy.
ABAD. Vaya y obedezca,
y al ángel se lo agradezca,
que por padrino ha traído.

(*Vanse y queda* ZURDO.)

ZURDO. Perdido soy, si éste queda (2)
en el convento este día:
¿no valga la zurdería
para que arrojarle pueda
dél otra vez? Un papel
para Alcina he de notar,
y se le he de hacer firmar,
engañándole con él.
Saldrá el capón ignorante
de casa desta manera:
sólo un zurdo dar pudiera
en engaño semejante.

(*Vase y salen* NATALIO *y criados.*)

EMO. Estos los álamos (3) son,
láminas de tu cuidado.
LIPIO. Gracias a Dios que has hallado
las hermanas de Faetón.

(1) Ms.: "que aquesta se iguale".

(1) Ms.: "trujo".
(2) Ms.: "si esta queda".
(3) Ms.: "árbores".

EMO. Todo el día y más, ¡ya rabio! (1),
nos haces, señor, correr.
NATALIO. Pues muy poco es menester
para alcanzar un agravio.
No sé cómo se ha escondido
este tonto. En lo que veis
mis desventuras veréis
donde, a pesar del olvido,
quiere Dios que sean eternas
en las cortezas escritas.
LIPIO. ¿Por qué verlas solicitas?
Contra razón (2) te gobiernas;
si luego te ha de pesar,
no las busques, que el honor
no tiene tanto valor
cuando se llega a apurar (3).
Quisiera vello y no vello
y no sé cómo escusallo,
que es forzoso imaginallo
y será fuerza el creello;
mas es imposible ahora
dejarlo de ver.
EMO. Allí
está el monte y dice así:
"*Santa y justa fué Teodora.*"
NATALIO. ¡Pluguiera a Dios que lo fuera!
Mas "*adúltera*" dirá.
EMO. Lo que he dicho escrito está,
y esto es cosa verdadera.
NATALIO. "*Santa y justa fué Teodora.*"
EMO. Así dice.
NATALIO. Aunque lo veo,
no lo creo, no lo creo.
EMO. Acércate más ahora.
NATALIO. "*Santa y justa fué Teodora*";
que mi vista se engañó.
EMO. Ya el desengaño llegó
a sacarte desa duda.
¿Estás contento?
NATALIO. Otro soy,
como aquel que halló afligido
el honor que había perdido.
¡Letras, mil gracias os doy!
¡Ay, santa y divina esposa!
¿Quién supiera dónde estás?

(*Dice una voz dentro.*)

VOZ. La luz sigue y la verás.

(1) Ms.: "todo el día y poco sabio".
(2) Ms.: "con otra razón".
(3) Ms.: "llega apurar".

LIPIO. Una estrella luminosa
dice que vayas tras ella
y con luciente arrebol.
NATALIO. Voy, que si Teodora es sol,
su paje ha de ser estrella.

(*Vanse y salen los frailes.*)

ZURDO. Cerrada la puerta está.
ABAD. Llegad sin hacer ruido.
MONJE. Pienso que nos ha sentido.
ABAD. No importa; ¿qué hace?
ZURDO. Estará
como otras veces, comiendo.
ABAD. Pues id cubiertos así.

(*Dice dentro* TEODORA.)

TEODORA. Padre soberano, aquí
mi paciencia os encomiendo.
ZURDO. Retírense por si sale;
que yo aquí me he de esconder,
donde le veré comer.
ABAD. ¿Hay sol que a la luz iguale
que yo aquí me he de esconder,
MONJE. Suspenso y confuso estoy.
ZURDO. Mis engaños se ven hoy (1).
ABAD. Sin duda es cielo la tierra.

(*Tírase una cortina y aparece* TEODORA *de rodillas y arriba el* SOL *y la* LUNA, *sonando música.*)

LUNA. Ya el Sol que te dejó a escuras
sale de clemencia lleno.
SOL. Si riguroso me puse,
glorioso al tálamo vengo.
Sube a sus brazos, amiga,
porque aunque estaban abiertos,
como venían clavados
no pudo darte con ellos
tiernos brazos, como ahora,
el Sol de justicia lleno.

(*Va subiendo* TEODORA.)

El Sol y la Luna a honrarte,
esposa, salen a un tiempo.
TEODORA. Pues si los dos juntos salen,
gloriosa decirles puedo:
"*sin ponerse el sol*
salióme la luna
porque no pudiera
ver la noche oscura."

(*Está arriba entre el* SOL *y la* LUNA.)

(1) Impreso: "se ve hoy".

LUNA. Sube, sube a recebir
de tus trabajos el premio.
TEODORA. Entre la Luna y el Sol
pequeña estrella parezco;
aunque me ilumino tanto
bañada en los rayos vuestros.
¡Hijas de Jerusalén,
cantad en divinos versos
la gala al esposo mío!
Ved que en su tálamo muero.
SOL. ¡Abrázame!
TEODORA. En vuestras manos
el espíritu encomiendo.

(*Muere de rodillas.*)

ABAD. ¡Ay, míseros de nosotros,
que hicimos solos desprecios
del santo, del varón justo!
ZURDO. ¡Pobre Zurdo! ¿En qué te has pues-[to?
ABAD. Avergonzado y corrido
estoy.
MONJE. A verlo lleguemos.
ABAD. En el aire está.
ZURDO. Hoy, San Zurdo,
se descubre tu embeleco.

(*Salen los Villanos.*)

FLORINDO. ¿Qué es lo que intentas, Alcina?

(*Vase.*)

ALCINA. Ahora sabréis mi intento (1).
Padre Abad, este papel,
habitando en los desiertos,
Teodoro conmigo hizo (2),
después de mil juramentos,
y así vengo a que le mande (3)
cumplillo.

(*Lee.*)

ABAD. Dice: "*Confieso
llanamente ser esposo
de Alcina, mi esposa, atento
de que le di la palabra.*"
Este es diabólico enredo.
ALCINA. Suya es la firma.
ZURDO. ¡Es verdad!
ALCINA. ¿Dónde está?
ABAD. Mírale muerto
entre la Luna y el Sol.

(1) Ms.: "su intento."
(2) Ms.: "Teodora a Alcina le hizo."
(3) Ms.: "Y así pide que le mande."

ALCINA. ¡Válgame Dios!
ABAD. El que vemos
es él; no pudo ser malo (1)
el que tuvo fin tan bueno.

(*Sale* NATALIO *y sus criados.*)

EMO. Aquí se escondió la luz
y aquí ha de estar.
NATALIO. ¡Ya la veo!
¡Ay, santa y casta mujer!
Cuando he merecido veros,
muerta os hallo. ¡Ay, mi Teodora!
ABAD. ¿Qué prodigios son aquéstos?
¿Que es mujer?
NATALIO. Y esposa mía.
ABAD. ¿Pues cómo, enemiga, has hecho
un desacierto tan grande?
ALCINA. Amor fué causa de hacello,
que por tirana venganza,
le quise infamar diciendo
que era suyo el niño.
ABAD. ¡Oh, mala mujer!
MONJE. ¡Oh, ingrata!
ALCINA. Mis yerros confieso y digo
fué padre del niño (2)...
ZURDO. ¡Aquí entro
yo!
ALCINA. Un traidor, que se llama
Zurdo.
ABAD. ¿Zurdo?
ZURDO. Yo confieso (3)
mi maldad. Yo, padre, soy
aquel alevoso izquierdo
que así infamaba a Teodora.

(*Salen* FIDELFO *y criados.*)

FIDELFO. ¿Quién me levanta del lecho
donde mudo y muerto estaba?
MONJE. Padre, el mudo caballero
es éste.
FIDELFO. Teodora es ésta.
Dios quiso tener suspensos
mis labios, porque callara

(1) Ms.: "no puede ser malo".
(2) Impreso: "que fué padre del niño".
(3) Ms.:
"MONJE. Oh, ingrata!
Estos son, padre, sus yerros,
porque fué padre del niño
a quien se lanzó.
ALCINA. Un traidor que se llama Zurdo.
ZURDO. Yo confieso."

tan milagroso suceso.
¡Ay, casta y santa mujer!
Mientras viviere prometo
hacer penitencia.

(*Salen* LIPIO *y* LESBIA.)

LIPIO. Ya
al monstruo preso traemos,
y es Lesbia, aunque hablar no quiere.

FIDELFO. Tú, Lesbia, este bien le has hecho
a Teodora, pues por ti
goza los empíreos reinos.

LESBIA. Ahora sí, daré voces
llorando mi desconcierto,
pues que veo, mujer santa,
que estás gozando del cielo.

LUNA. Hasta entregarla a su esposo
con ella asistido habemos.
¡Natalio, a Teodora abraza!

NATALIO. Seré en este monasterio (1)
mármol de su sepultura.

FIDELFO. Y yo pienso hacer lo mesmo.

ZURDO. Y yo, en mudas soledades (2),
de ser Zurdo me arrepiento.

NATALIO. ¡Desdichado venturoso
soy!

ABAD. A la iglesia llevemos
el cuerpo.

NATALIO. Dejad que diga,
pues ya sin alma me veo:
"*Púsoseme el Sol,
salióme la luna;
mía es la desgracia,
suya es la ventura.*"

FIN

(1) Ms.: "monesterio".
(2) Ms.: "muchas soledades".

QUERER MAS Y SUFRIR MENOS

COMEDIA FAMOSA[1]

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES:

Don Diego de Castro.
Don Juan de Ribera.
Doña Leonor.
Doña Ana, *su prima.*
Jacinta.
Lope, *criado.*
Don Luis, *padre de* doña Ana.
César.

JORNADA PRIMERA

(*Salen* don Diego *y* don Juan.)

D. Diego. Hable, don Juan, el acero,
supuesto que vos calláis;
que de ese silencio infiero
que a pelear me sacáis,
y satisfaceros quiero.
Ya no estamos en lugar,
don Juan, de gastar razones,
y así podréis excusar
el pedir satisfacciones,
cuando no las pienso dar.
He conocido el intento.

D. Juan. Sí, don Diego, a eso venís;
pero decir lo que siento
quiero, si cortés me oís.

D. Diego. Ya os escucho.

D. Juan. Estad atento.
Ya sabéis que en cierta calle,
(no es menester que os la nombre,
que yo sé que la podréis
conocer por mis informes,
y es bien pasarla en silencio,
por los troncos que nos oyen,
que escuchan mudos a veces
lo que publican (2) a voces),
sirvo a una dama, don Diego.
Claro está que quien esconde
aun el nombre de la calle,
el suyo es bien que perdone.
Ayer pasando por ella...
(perdonad si descompone
el rostro mi sentimiento,
la cólera mis acciones,
que la que guardan mis venas
caliente púrpura noble,
por dar socorro a la vida
al corazón se recoge,
y siente tanto mi honor
que su alimento le roben,
que viste el rostro de luto,
robándole sus colores).
Pasaba ayer, como os digo,
acompañado de un hombre,
noble por su nacimiento,
y por sus términos noble.
¿Quién pensara, quién temiera
entre aquestas condiciones
villana correspondencia,
trato fementido y doble?
En fin, pasaba con vos,
porque abreviemos razones,
mi enemigo desde allí,
mi más amigo hasta entonces.
Parámonos en la calle;
y en uno de sus balcones,
el más dichoso, pues fué
eclíptica de dos soles,
salió la dama que os digo...
(A buen seguro que os sobre

(1) Parte XXIX, Huesca, 1634.
(2) Texto: "publían".

noticia ya de la dama
y de la calle.) Quitóse
del balcón a breves lances,
porque la acción no se note,
correspondiendo primero
corteses adoraciones.
Dejó caer un listón
al entrarse, porque cobre
el alma nuevos cuidados,
o por descuido cayóse.
En fin, salió de su mano.
hermosa región adonde
quiere el hado que animado
copos de nieve se formen,
y va midiendo por puntos
la distancia que interpone
el tiempo a su precipicio,
lisonjeras dilaciones,
a cuya erudita forma
los efectos corresponden
de cometa, que a mi pecho
dirige sus impresiones.
Vos os hallasteis más cerca,
o porque el viento retoce
con el listón, disponiendo
que a vuestro lado se arroje,
o por ser ventura mía,
que la que tiene este nombre
para apartarse de mí
no ha menester ocasiones.
Vos le tomasteis, don Diego;
yo cauto, confuso, inmóvil,
que de vuestra cortesía
fiara empeños mayores,
quise pedirle, y la lengua,
sin dar lugar a que forme
articulados acentos,
cedió a la vergüenza, helóse.
¡Oh, qué bien vuestra malicia,
reparó en mis suspensiones!
Pero fuisteis mudo mármol,
como me visteis de bronce.
Y no contento con eso,
adulterando favores
hechos a mí, le habéis puesto
en el puño del estoque.
Esta es mi queja, don Diego;
este el agravio que pone
espuelas a mi venganza,
y estas vuestras sinrazones.

D. DIEGO. Señor don Juan de Ribera:
vos habláis como enojado,
y advertid que lo conozco,
pues os he sufrido tanto,
que, ¡vive Dios!, que me anima
corazón tan alentado,
que a no ser amigo vuestro
os hiciera más pedazos
que hay piedras en este suelo.
Sí, ¡por Dios! Pero volvamos
a vuestra satisfacción;
que pues me habéis hecho el cargo
de palabra, quiero ser
tan retórico, que hablando
os deje muy satisfecho,
os envie despicado,
y yo lo quede también;
aunque estuviera excusado,
para reñir con la lengua,
haberme sacado al campo.
Por esa calle que vos
decís que nos paseamos
juntos los dos, y es así,
hartas veces he pasado
solo por ella; y ¡por Dios!
que esa dama me ha mirado
y la he mirado también;
y aun ayer a vuestro lado
quizá me miraba a mí,
que si formábamos ambos
objeto a su vista hermosa,
bien pude ser yo mirado
con más favorable aspecto,
si ya no por confiado
os prometéis el favor,
y os asignáis el agravio.

D. JUAN. ¡Si ha dos años que la sirvo,
y por ventura premiado!

D. DIEGO. Mientes (*Aparte*), villano. Mirad,
don Juan, que lo habéis soñado,
porque sirviéndola vos,
¿cómo pudiera ignorarlo
yo, que de noche y de día
de vuestro lado no falto?
Que cuando yo lo supiera
te ahogara entre mis brazos (*Ap.*).
¡Os sirviera como amigo,
y excusara el disgustaros!

D. JUAN. (*Aparte*). Aunque ofende la opinión
de Leonor con este engaño,
poco importa, pues así
a don Diego disuado,
y prosiguiendo mi amor,
dándole después la mano

de esposo, su honor defiendo
y su opinión satisfago.—
Don Diego, mucho me debe.

D. DIEGO. Y a mí más, pues su recato
me hace escuchar vilezas (*Aparte.*)
y no castigar agravios.
¿Mucho os debe?

D. JUAN. Sí, por Dios.

D. DIEGO. Pues ya me voy enfadando,
y ¡vive Dios!, que sospecho (*Ap.*)
que se te va concertando
que todo cuanto te debe
te pague yo de contado.
¡Prudencia, amor! Don Juan, eso
es hablar; vamos al caso.
Bien sabéis, señor don Juan,
que siempre os he respetado
como a mi deudo y amigo,
como a mi mayor hermano,
y con tanta cortesía,
que ni vos podéis quejaros,
ni sospecho que hallaréis
testigos de lo contrario.
En la calle, en vuestra casa,
en el templo y en el campo,
dándoos el lado mejor;
que hay enfadosos que han dado
en decir que hay distinción
entre amigos en el lado,
negándole [a] la amistad
jurisdicción de igualarlos.
Yo en todas las ocasiones,
don Juan, lo he hecho, aceptando
para con todos el gusto,
para con vos el cuidado,
sin que hayan faltado en mí
la cortesía, que en cuanto
tiene lugar, os prometo
que tiene mucho de agrado.
Esto es en cuanto a tenerla
de mi parte, que en llegando
a conocer que mi amigo
quiere ser el respetado,
el preferido, el señor,
y adondequiera que estamos,
excusando ser cortés,
se atreve desvergonzado,
¡vive Dios!, que en mi opinión
tiene tanto de villano
el que lo sufre encogido
como esotro en ser sobrado.
Esto digo porque vos,
estando juntos, y estando
en presencia de esa dama,
queréis ser el mayorazgo
de su favor, si lo fué,
que yo no me persuado
a que cayese el listón
impelido del cuidado.
Pero no niego por eso,
don Juan, que es justo estimarlo;
que basta ser prenda suya
y haber estado en sus manos.
Mas si yo sé, y es así,
que vos no la habéis hablado
en público ni en secreto,
ni aun os debe su recato
un lícito galanteo,
¿no veis, don Juan, que llamaros
galán suyo no es razón,
y que son intentos vanos?
¿Qué recaudos la habéis hecho?
¿Qué tercera o qué criado
os trae y lleva papeles?
¿Qué música ha profanado
el silencio en las tinieblas?
¿A cuál reja de su cuarto
la hablasteis alguna noche?
¿Qué favores, qué retrato
suyo guardáis en el pecho?
¿O cuántas veces, hurtando
al tiempo un breve descuido,
la habéis besado la mano?
Pues si nada de esto ha sido,
¿como vos la amáis, premiando
obligaciones de idea,
no podré yo haberla amado?
Y supuesto que el listón
solicitaba, ultrajado
del viento, el piadoso asilo
del más diligente brazo,
¿no veis que fuera rigor
de quien se mira adorado
llegara a besar la tierra,
o querrán que divulgando
mi descuido, lo escribiera,
formando letras y rasgos
que eternizaran mi afrenta
en el elemento vago?
¡Pluguiera al cielo, don Juan,
que yo no me hubiera hallado
donde le viera caer,
o que yo tan apartado
hubiera andado de vos,

que pudiérades tomarlo,
como no lo viera yo,
y gozarle muchos años!
Pero ya yo le tomé;
ya le han visto; ya le traigo
en el puño del estoque,
de donde no he de quitarlo,
ni aun burlando, porque yo
soy tan torpe en estos casos,
que nudos que dió el honor
no acertaré a desatarlos.

D. JUAN. Pues, don Diego, ¡vive el cielo!
que he de ver si sois tan bravo
como os pinta vuestra lengua.

(*Sacan las espadas.*)

D. DIEGO. Pesaráme maltrataros;
pero mal podré ofenderos,
que sois un león.

D. JUAN. Un rayo
obra con menos presteza
que ese acero en ese brazo.
Teneos, don Diego; no más,
que os estoy aficionado.
¡Válgame el cielo! ¡Caí!

(*Cae* DON JUAN.)

D. DIEGO. Pues, amigo, levantaos,
que yo no os quiero ofender.

D. JUAN. Dejad que paguen mis brazos
a vuestra amistad tributo.

D. DIEGO. Herido estáis en la mano.

D. JUAN. No es nada.

D. DIEGO. ¡Viven los cielos,
que quisiera estar pasado
antes que veros herido!

D. JUAN. ¡Jesús, don Diego! Entre hermanos
hay disgustos. ¡Ya pasó!
Guárdeos el cielo mil años,
que esto es una niñería.

D. DIEGO. Y yo en todo desdichado.
Venid, don Juan, donde os curen,
para que sanemos ambos.

D. JUAN. (Yo sanaré cuando halle
ocasión para mataros.)

(*Vanse.*)

(*Salen* LEONOR *y* ANA.)

LEONOR. No ha de poder tu porfía
disuadir tu pensamiento.

ANA. Gobierne el entendimiento;
no reine amor, prima mía.
Mira que es ciega locura
que a una imprudente pasión
se sujete la razón
y se rinda la hermosura.
Amar para divertirse,
sin otro algún interés,
aun eso parece que es
cosa que puede sufrirse.
Pero en llegando a pasión,
traen tanto riesgo consigo,
que es mirar a un enemigo
y entregarse a su pasión.
Si estás tan enamorada,
vete a la mano, Leonor.

LEONOR. ¿Quién te ha dicho que el amor
tiene fuerza reservada?
Al menos conmigo es
violentamente tirano,
y queriendo ir a la mano,
me ha de hacer ir a los pies.
Mas como a la mano fuera
de don Diego, bien sé yo
que ni él dijera que no
ni me lo contradijera.

ANA. ¡Jesús, que perdida estás!

LEONOR. Sólo digo lo que siento.

ANA. ¿Pues no ha de haber sufrimiento?

LEONOR. ¿Qué quieres? No puedo más.

ANA. Olvídale.

LEONOR. Bien, por cierto;
de ti me quiero reír.

ANA. ¡Celos! No hay sino morir,
que es predicar en desierto.

LEONOR. Tus consejos agradezco,
doña Ana, como es razón;
mas no son de mi opinión,
y así no los obedezco.
Mas fuera ingrato desdén
no dejarlos de estimar;
que tú no has de desear
cosa que no me esté bien.
¿No es lícito que yo ame?

ANA. Conforme fuere el amor.

LEONOR. Dime, que aspire a mi honor:
¡bien fuera que amor infame
cupiera en una mujer
de mis partes!

ANA. ¿Eso dices,
Leonor? No te escandalices;
¿puede ser?

LEONOR. No puede ser.
En mujeres principales

no cabe mancha, ni puede,
porque su valor excede
y vence pasiones tales.
Podrás a la más honrada
ver procurada; es afrenta,
pero mancha a quien lo intenta;
la honra no pierde nada.
Que cuando ese intento tome
quien procuró deslucilla,
es color de cochinilla,
y las manchas se las come.

ANA. ¿Y qué disculpa tendrá
la que estima y favorece
hombre que no la merece?

LEONOR. Desdicha grande será.

ANA. Y locura. Por aquí (*Aparte.*)
me guían amor y celos.

LEONOR. Castigo es de que los cielos
quisieron librarme a mí.

ANA. ¿Quién hay que a ti te merezca?
Así templaré su fuego. (*Aparte.*)

LEONOR. ¿Y quién merece a don Diego?

ANA. Déjame que te encarezca
su valor, su proceder,
su gala y su bizarría.

LEONOR. Pues oye, por vida mía,
que hay muy bien que encarecer,
y que no haciéndolo así,
hemos de reñir las dos.

ANA. ¡Malos celos te dé Dios, (*Aparte.*)
como me los da a mí!
Yo, prima, tu gusto sigo.
Digo que alabarle es justo;
pero, ¡Jesús, qué mal gusto!
Mucho has perdido conmigo.
¡Qué envidia tengo, Leonor!
¡De celos estoy perdida!

LEONOR. Prima, prima, por tu vida,
que no le tengas amor.
¿Has visto qué necio es?,
¿qué mal talle?, ¿qué mal brío?,
¿qué desgraciado?, ¿qué frío?
Muy largos tiene los pies.
¿Pues el rostro? Es un salvaje,
y aun a Sevilla ha venido
fama de que es mal nacido.

ANA. No le hago yo tanto ultraje.
Tan de veras lo encarece
tu amor, que me haces hablar.

LEONOR. ¿Pues puédole yo alabar
como don Diego merece?
¿Quién tiene su bizarría?
Fuera de toda pasión,
¿la gala, la discreción,
no están en él a porfía?
¿Quién hay que en valor le iguale?
¿De qué voluntad no es dueño?
¿Y quién de cualquier empeño
tan airosamente sale?
En lucimiento, en festejo,
¿ves tú quien puede igualallo?
¿Quién hace mal a un caballo
con tan airoso despejo?
Su nobleza, ya la ves;
Castro le llama la fama,
y no sólo se lo llama,
sino que en todo lo es.
Porque, prima, en mi opinión,
la nobleza procurada,
tanto y más que la heredada,
es digna de estimación.
Y vemos con mil varones
la nobleza deslucida,
si el que nació noble olvida
todas sus obligaciones.

ANA. ¿Pues ahora no dijiste
que no se mancha el honor,
por ser de fino color?

LEONOR. ¡Oh, qué bien que lo entendiste!
Mancha que echó el interés
en lo que afear presume,
esa el honor lo consume,
y aun él queda tal después
que la malicia destierra,
que más hermoso parece:
lo mismo al sol le acontece
con vapores de la tierra.
Pero si es raza o polilla
que nace en el mismo paño,
queda la señal del daño,
sin que honor pueda encubrilla.
Sólo queda por consuelo
si descubrió buena hilaza;
pero lo que es en la raza,
no vuelve a nacer el pelo.
Pero a escribirle un papel
voy, si licencia me das,
y perdona.

ANA. En mí tendrás
quien haga gustosa y fiel
oficio de secretario,
con tu gusto y tu licencia.

LEONOR. Aunque su ingenio y prudencia
fueran lo más necesario

para obligar y vencer,
como yo te lo confieso,
considera que no es eso,
prima, lo que he menester.
Que otros papeles ha visto
toscos, y en viendo este bueno,
conocerá que es ajeno
y dirá que le conquisto
con fuerza y pluma prestada.

ANA. Bien es que así me concluyas.

LEONOR. Aunque en envidiar las tuyas,
quedara yo disculpada.

ANA. ¿Donaire?

LEONOR. No, por mi vida.

ANA. Basta la burla, Leonor.

LEONOR. Yo voy muriendo de amor.

(*Vase.*)

ANA. De celos quedo perdida.
Ama mi prima, y yo muero
por el mismo que ella estima;
ama a don Diego mi prima,
yo a don Diego adoro y quiero.
¿Qué remedio me asegura
este temor a mi trato?
Ha sido el honor ingrato,
y dicha que es tan segura.
Pero Leonor no presuma
que sola se ha apasionado,
que yo también he fiado
mi atrevimiento a mi pluma:
y aunque es engañar, en suma,
y en mi honor, aun por escrito,
la liviandad es delito,
ardides son en rigor,
con quien batallas de amor
la victoria solicito.
No puede mi honor culpar
de todo punto el amor,
que no ha de querer mi honor
que yo me deje ultrajar;
los celos me han de ayudar,
y los cielos, que los cielos
no ignoran los desconsuelos
que me causa su rigor.
Quizá serán del honor
antídoto honor y celos.
¿Pero no es Lope, el criado
de don Diego? ¡Bien venido,
Lope amigo! ¡Gran contento
me has dado!

(*Sale* LOPE.)

LOPE. ¿Yo, en qué?

ANA. En venir.

LOPE. ¿En qué te puedo servir?

ANA. ¿Llamóte mi pensamiento?

LOPE. Si acaso estabas pensando
en que se pasa la hora
de manducar, sí, señora;
porque yo vengo buscando
a mi amo con cuidado.

ANA. ¿Cuidado, Lope? ¿Y cuál es?

LOPE. ¿Es poco, si son las tres,
y no se ha desayunado?
Mal haya el fiero inventor
que en este mundo introdujo
el cenar siempre a lo brujo
y comer a lo señor.
Las tripas tenía de roble,
y de metal tresdoblado.

ANA. Dices bien.

LOPE. ¿Quién ha quedado
por cenar tarde más noble?
¿No es disparate, no es yerro
andarse hechos picazas
por las calles y las plazas
con el estómago en cerro?
¿Hay criatura más perfeta
que el sol? ¿Hay ojos, hay cara
más resplandeciente y clara,
aunque lo juzgue un poeta,
que a los ojos de su dama
les da las luces a pares,
y los rayos a millares,
y rutilantes los llama?
Pues él se sube, cual vemos,
al más alto mirador,
con todo su resplandor,
a vernos cuando comemos.
Y partiendo su jornada,
a mediodía les da,
caminando como va,
a sus caballos cebada.
Mas cansado de aguardar
a estos necios, y enfadado,
se va sin comer bocado
a las Indias a cenar.

ANA. Muy bien alabas así
a tu amo.

LOPE Soy su criado.

ANA. ¿Y tú, dónde lo has dejado?

LOPE. En la calle lo perdí,

que con don Juan le dejé,
y tampoco hallo a don Juan.

ANA. Ya, Lope, en casa estarán,
y puede ser que te esté
aguardando. ¡Vete luego!
Y de suerte que le lea
adonde nadie le vea,
que le des éste te ruego.
Haz, Lope, como discreto,
que es cosa muy importante;
y acuérdete este diamante
el cuidado y el secreto.

LOPE. Dente los cielos, amén,
ventura, contento y vida;
¿cómo has de ser mal servida,
si sabes mandar tan bien?

ANA. Lo que te suplico más
es el secreto.

LOPE. ¿Eso dudas?
Si asi los diamantes mudas,
¿a quién no enmudecerás?
¿Diré que tú me lo has dado?

ANA. ¡Calla! ¡Sí!—Prima, ¿tan presto?

(*Sale* LEONOR.)

LEONOR. Mientras más cuidado he puesto
luce más mal el cuidado.
Léele; pero bien sé
que no te ha de contentar.
¿Lope?

LOPE. Bien puedes mandar.

LEONOR. Como sola te dejé,
anduve breve, que estaba
con cuidado; no escribiera
tan aprisa, si supiera
que Lope te acompañaba.
¿Dónde queda tu señor?

LOPE. ¿No le has visto?

LEONOR. ¿Dónde está?

LOPE. En algún cabo estará.

LEONOR. Donaire tienes y humor.

LOPE. Amor sí tengo en las piernas
y por Dios que lo gastara,
si por moneda pasara,
en bodegas y tabernas.

LEONOR. Si pasara, como dices,
poco te hubiera quedado.

LOPE. En viendo aquél acabado,
gastara de las narices.

ANA. ¡Ah, infame! (*Aparte.*)

(ANA, *leyendo, mira a* LEONOR.)

LEONOR. ¿No aciertas, Ana?

ANA. ¡A ver! ¿Cómo dice aquí?

LEONOR. Muestra. "Que el alma te di..."
Claro está.

ANA. ¡Que eres liviana! (*Ap.*)

(*Leyendo.*)

LEONOR. ..."y aguardo que la recibas".
¿Eso no aciertas? Turbada
estás.

ANA. Prima, no me agrada
que tan resuelta le escribas.

LEONOR. ¡Cómo esos límites pasa
la pluma!

ANA. ¡Rabio de celos! (*Aparte.*)
En vano publico hielo
si se me quema la casa.

LEONOR. ¿Está bueno?

ANA. Está extremado
y muy discreto.

LEONOR. Eso no.

ANA. Aquello borrara yo,
que es favor muy declarado.

LEONOR. Prima, el hablar por escrito
tiene toda esa licencia;
decírselo en su presencia
fuera más grave delito.
Porque de hablar a escribir
una palabra liviana,
si no lo sabes, doña Ana,
mucho es lo que va a decir.
Cuanto hablamos, el sentido,
oyéndolo, lo apercibe;
pero aquello que se escribe
no sabe de ello el oído.
Y aunque nos puede acusar
la vista que está presente,
es sentido más prudente
y sabe disimular.

ANA. Antes, prima, lo que hablamos
sólo dura mientras suena;
y lo que la pluma ordena,
en parte lo eternizamos.
Y es bien que el que escribe ad- [vierta,
antes que escriba su culpa;
porque cualquiera disculpa
cierra, en firmando, la puerta.

LEONOR. Es el oído fiscal;
es tribunal la razón;
en hablando una pasión,
se sabe en el tribunal.
Al instante pide vara
la vergüenza a los señores,

y ejecuta en los colores,
sacándolos a la cara.
Y es menor culpa la escrita
para que el Fiscal no acuse,
y la vergüenza le excuse
o la pena se remita.
Lope, ¿ya has dado en callar?
¿Qué dices? ¿Qué te parece
de estas cosas?

LOPE. Me enmudece,
señora, el veros hablar.

LEONOR. ¿Así habladoras nos llamas?

LOPE. Sólo deseo saber
si el grado de Bachiller
se suele dar a las damas.

ANA. ¿Qué dices?

LOPE. Hablo de veras.

LEONOR. ¿Estás loco? ¿Las mujeres,
cómo han de ser bachilleres?

LOPE. No, mas serán bachilleras.
Si estudia en algarabía
mil concetos una dama,
toda la noche en la cama
la estudia para otro día.
Y si se ofrece visita
o alguna conversación,
arguye de oposición,
y suelta la taravita.
Sin que en toda la cuadrilla,
de casa o fuera de casa,
pueda hacer nadie una basa (1),
porque es ella la malilla.
¿A ésta estarále muy mal
el grado que yo le di?

LEONOR. Como el de bufón a ti,
tan friático y sin sal,
que hablas siempre mil desgracias,
como esa que has dicho ahora.

LOPE. ¿Pues parécete, señora,
que está la sal para gracias?
Decir verdad es pecado,
y de mucha gravedad,
y es en parte necedad,
porque queda desairado
quien en decirla se encarga;
porque es tan mala comida,
que está sin sal desabrida,
y, en teniendo sal, amarga.

LEONOR. Dices bien, que para ti
lo bufón no tiene miel.

(1) *Sic*, por "baza".

Vete, y dale este papel,
Lope, a tu señor, y di
que a lo que en él le suplico,
(que es que mañana me vea),
no falte.

LOPE. Que lo desea
mi dueño, te certifico.

ANA. Y el mío.

LOPE. No está olvidado.

ANA. Porque puede ser que importe.

LOPE. Aunque va pagado el porte,
yo le daré con cuidado.

(*Vanse.*)

(*Salen* DON LUIS, *padre de* DOÑA ANA, *y* CÉSAR, *de camino.*)

DON LUIS.
Bien deseado, César, habéis sido.

CÉSAR.
Tanto, señor, me honráis, que, así lo siento,
con más priesa quisiera haber venido.

DON LUIS.
Nueva os quisiera dar de más contento.

CÉSAR.
¿Qué hay de nuevo, señor?

DON LUIS.
Hame pedido
doña Ana que dilate el casamiento.

CÉSAR.
¿Dilaciones ahora?

DON LUIS.
Ten paciencia.

CÉSAR.
Antes me volveré, con tu licencia.

DON LUIS.
Vete en buen hora, César, si te agrada;
pero, si quieres, háblala primero;
quizá de tu tardanza está enfadada

CÉSAR.
Daño mayor de su mudanza infiero.

DON LUIS.
No hay mujer que no quiera ser rogada;
persuádela tú.

CÉSAR.
De celos muero:

tendrásla ya casada.

DON LUIS.

¡Vive el cielo,
que ofende a mi valor tanto recelo!
¿Así faltan los hombres de mis prendas
a las palabras que una vez han dado?
Que nací con valor quiero que entiendas,
y que me precio más de ser honrado.
Promesas, ambiciones y haciendas
no me pudieran, César, ver trocado;
que el hombre que es honrado y nació noble
no puede sujetarse a trato doble.
No está casada, no, como sospecha
en vano tu temor; que antes doña Ana
segura vive de amorosa flecha;
la calle olvida, y aun a la ventana;
que de la honestidad tanto a la estrecha
prudente ley su condición allana,
que ignoran su memoria y su deseo
las encendidas teas de Himeneo.
Y no pienses que es esto despedirte;
que quien ha tanto tiempo que te espera,
amor te tiene y gusta de servirte;
que a saber lo contrario, lo dijera;
mas yo te estimo, y puedes persuadirte,
que aquesto basta para que ella quiera
que se sujete en todo a mi albedrío,
que es gusto suyo obedecer el mío.
Mas no será razón que se violente
su voluntad; ¿qué importa la tardanza?
Si la esperanza se animaba ausente,
mayor será presente la esperanza;
dejémonos llevar de su corriente,
que el sufrimiento cuanto quiere alcanza,
y, cuanto es de mi parte, está seguro
que tu gusto deseo y le procuro.

CÉSAR.

No os espantéis, señor, que así me aflija
ni condenéis mi justo sentimiento,
si cansado de ausencia tan prolija,
me esperaba más áspero tormento;
yo me intenté casar con vuestra hija;
acetastis los dos mi casamiento;
con que me embarqué yo, sin que se entienda,
a cobrar en las Indias mi hacienda.
Velas al viento di, no reparando
en la dificultad ni en la distancia,
que mal pudiera reparar amando.
Surqué espumas expuesto a su inconstancia;
ni me ofendió el concierto, aunque aspirando
fué menos al amor que a la ganancia,
porque como de amor estaba loco,
darla quisiera (a) un mundo, (1) y fuera poco.
Trabajos ni peligros, al tornarme,
no los sentí, y así no te los cuento,
que como fuese en orden acercarme,
me recreaba el más furioso viento.
Sin duda la fortuna dió en guardarme,
adivinando mi mayor tormento,
que a estar cierta en España mi ventura,
la onda fuera menor mi sepultura.
Cincuenta y seis mil pesos traigo en barras,
sin cien marcos de plata bien labrados,
dos zarcillos de perlas, por bizarras
estimadas en mucho, no apreciados.
No de menos estima son las arras:
en tejos de oro cuatro mil ducados,
y una cadena de diamantes bella,
que al Zodíaco emula en tanta estrella.
Paños y sedas traigo, de la Aurora
hurtos que en forma hermosa, si diversa,
teje el Indio sutil, borda y colora,
mejor que el Tirio, Babilonio y Persa.
Dueño fueras de todo, ella señora,
si no me fuera la fortuna adversa,
y de una voluntad y amor constantes
más que oro, aljófar, perlas y diamantes.

D. LUIS. Dame los brazos y advierte,
César, en mi regocijo,
que te quiero como a hijo
y que sintiera el perderte.
Cien mil ducados y más (*Aparte.*)
vale lo que ha referido.

CÉSAR. Al menos, agradecido
y obligado me hallarás.
Con tu gusto y tu licencia
veré a doña Ana, señor;
quizá hallará en su amor
el mío correspondencia.

D. LUIS. Yo agradezco por doña Ana
el mucho honor que la das;
mas hoy, César, no podrás
verla; verásla mañana.
¿Es largo el plazo?

CÉSAR. No es
para quien de amor ignora,
pero para mí una hora
es un siglo.

D. LUIS. Temple, pues,
la esperanza esa pasión,

(1) Parece que debe suprimirse "a" y quedar: "darla quisiera un mundo".

que es razón que se aperciba
y con gusto te reciba.

CÉSAR. Obedecerte es razón.
Quédate adiós, que a pedir
voy al sol que a media noche
en el Oriente su coche
haga la sombras huír.

(*Vase.*)

D. LUIS. Yo de tu hacienda y caudal
voy al momento a informarla.
¡Qué bien hice en no casarla!
¡Ah, buen corazón leal!
¡No es nada; cien mil ducados!
¡Mas qué hará de no querer!
Carroza y coche ha de haber
y más de treinta criados.
No habrá cosa que no mande,
y aun no me tendrá contento;
¡bueno es eso!; es casamiento
para una hija de un Grande.

(*Vase.*)

(*Salen* DON DIEGO *y* LOPE.)

LOPE. ¿Qué? ¿En eso vino a parar
el andar tan aturdido?

D. DIEGO. Sí, Lope.

LOPE. ¿Y qué? ¿Está herido?

D. DIEGO. Claro está que lo ha de estar.
¡Si soy desgraciado yo!

LOPE. ¡Vive Dios, que eres cruel!
¿No es más desgraciado él,
que está herido y tú no?
A una mujer y a un barbado
les dió cierta enfermedad,
y de harta gravedad,
pues que los puso en cuidado.
Siempre que el dotor venía,
cada cual le preguntaba
por el otro, y que ya estaba
algo mejor le decía.
En fin, ella se murió,
y el tal señor dió en decir:
"Ella se quiso morir,
que más malo estaba yo."
Aplico: Al que de una mano
pienso que manco le dejas,
está alegre, y tú te quejas,
que escapaste bueno y sano.
Yo, al menos, siempre quisiera,
si va a decir la verdad,
quejarme por amistad,
y que al otro le doliera.
Del mal el menos, señor.

D. DIEGO. Aquí no viene el refrán.

LOPE. Tenga la herida don Juan,
y nosotros el dolor.

D. DIEGO. Mayor daño me prevengo
de haber a don Juan herido.

LOPE. ¿Cómo?

D. DIEGO. ¡Muy bien he cumplido
con la obligación que tengo!
Pues, como sabes, dejé
por mis pleitos a Castilla,
y apenas pisé a Sevilla,
cuando en su casa hallé
más regalo que pudiera
en la propria que nací.
¿Qué podrá decir de mí
don Alonso de Ribera?

LOPE. ¿Pues sabe que tú le heriste
su padre?

D. DIEGO. No lo sabrá,
ni don Juan se lo dirá,
que en eso el valor consiste.
¿Pero no he de estar corrido,
si a su amistad y buen trato
he correspondido ingrato
y soy desagradecido?
¿Qué tengo yo que perder?
¡Vive Dios, que he de ausentarme
de Sevilla y embarcarme!

LOPE. Ya te holgaras de poder!
¿Pero cómo no me dices
de los papeles? Por Dios,
que vienen de dos en dos,
como frailes o perdices.
¡Dos papeles en un día
de dos damas! ¿Qué tenemos?
¿Hay éxtasis? ¿Hay extremos?

D. DIEGO. No basta ser cosa mía.
¿Cómo me puede faltar,
si de la fortuna es gusto,
en mis contentos disgusto,
y en mis empeños azar?
Leonor me escribe aparentes
lisonjas, fingiendo engaños,
y doña Ana desengaños
conocidos y evidentes.
Lo que me dice doña Ana
verás en este papel:
¡Vive Dios, que fué por él
el listón por la ventana!
Léelo tú, que podrás;

que yo ni puedo ni leo.
Ya me ves que soy el reo;
tú el secretario serás.
Notifica la sentencia,
pues me condenan los cielos
al remo vil de unos celos,
o al destierro de una ausencia.

(LOPE *lee el papel.*)

LOPE.

"No me mueve pasión, si deja de serlo, la lástima de ver tantas finezas burladas. Doña Leonor quiere bien a don Juan, mi primo, como lo dirá el tiempo y su cuidado. Y sea mi premio de este aviso el secreto. Adiós.—DOÑA ANA."

D. DIEGO. ¿Quieres más, Lope?
LOPE. Ni aun tanto;
pero aunque lo leo aquí,
yo no lo creo.
D. DIEGO. Yo sí,
que es mujer, y no me espanto.
LOPE. Yo confieso que es mujer;
mas tiene doña Leonor
tanta prudencia y valor,
que no lo puedo creer.
¡Vive Dios, que en el recato
con que doña Ana me dió
este recado, vi yo
los dobleces de su trato.
¡Que me maten, si no creo
que es invención de doña Ana!
D. DIEGO. Esa es malicia villana,
cuando el desengaño veo:
¿qué la pudiera obligar,
sino el sentir mi desprecio?
LOPE. La envidia.
D. DIEGO. ¿Estás loco, necio?
¿Qué tengo yo que envidiar?
Ni hay razón para que arguya
que es de doña Ana invención.
LOPE. ¿Y no puede ser pasión?
D. DIEGO. No es sino malicia tuya.
Ya dirás que es el amor
quien le dita lo que escribe,
sin reparar en que vive
como esclava de su honor.
Que tiene tal compostura
doña Ana y es tan esquiva,
que su recato cautiva
no menos que su hermosura.
Porque la que siendo hermosa
apenas se deja ver,
su recato viene a ser
las espinas de la rosa;
y la hermosura, el aseo
comprado con interés
del cuidado, néctar es,
y dulce ambrosía al deseo.
LOPE. Dices bien, mas de agua mansa
me libre el cielo.
D. DIEGO. Y a mí
de tu malicia y de ti.
LOPE. Pues, señor, ¿a quien no cansa
una dama enjerta en duende,
sin dejarse ver ni hablar?
¿Qué busca sino engañar
quien esconde lo que vende?
Yo me he de casar en Francia,
¡vive Dios!
D. DIEGO. Serás discreto.
LOPE. Así ve un hombre, en efeto,
su pérdida o su ganancia.
Habla, visita, entretiene,
danza con ella solaz,
dale a su salvo la paz
y ve lo que le conviene.
Que todo lo demás es
casarse a Dios y a ventura;
no tiene cosa segura
quien no casa a lo francés.
Andará un don estafermo
toda la noche y el día
anhelando celosía
por una dama del yermo;
y si detrás ve algún bulto,
dice, entre tierno y turbado,
más de un requiebro rezado,
medio hereje y medio culto;
y tanto se desatina,
que alguna vez enamora,
pensando que es la señora
la moza de la cocina.
La dama por quien suspira,
por inventarle su antojo,
enseña apenas un ojo,
que él llama sol, y es mentira.
Que al pobre que brujulea,
si la piensa más hermosa
su deseo que una diosa,
en mirando, es necia y fea.
Yo no quiero enamorar
a quien con recato y miedo

por favor me enseñe un dedo:
si me tengo de casar,
a Francia, ¡viven los cielos!
De lo demás no me trates.

D. DIEGO. Mátame con disparates,
cuando me abraso de celos.
Vamos, celos, a inquirir
en nuestro daño testigos;
porque quien tiene enemigos,
no le conviene dormir.

(*Vanse, y sale* DOÑA ANA.)

ANA. No puedo negarte, amor,
que tienes dominio en mí,
mas no porque me perdí
quieras tratarme peor.
Esto pasa de rigor,
y será bien que te pares,
primero que te declares,
en que me es forzoso hacer,
para hacerte a ti un placer,
a mi honor muchos pesares.
Voluntad, ¿adónde vas
precipitando a tu dueño?
Siguiéndote me despeño;
pues no caminemos más.
¡Honor, volvamos atrás!
Oigamos a la razón,
que es amor una pasión:
pues poderosa ha de ser
una pasión a vencer
el valor y la opinión.
Pasión es fuerza que influye
con soberano poder;
¿cómo me puedo oponer
a la inclemencia que incluye?
Tal vez el enfermo huye
la purga que le provoca
luego que el labio la toca:
mas como sanar procura,
se anima, y el vaso apura
sin quitarle de la boca.
Yo así, que enferma y doliente
de achaque de amor me siento,
me arrojo al atrevimiento
y mi honor no lo consiente;
mas temo que el accidente
ha de aumentar la dolencia.
Honor, no hay sino paciencia,
determinarse y vivir,
o dejémonos morir,
si os parece más prudencia.
Mas ya estoy determinada,
y lo más que puedo hacer,
aunque mucho prometer,
es proceder recatada.
Será píldora dorada,
que ocultando su intención
con aparente invención,
para confitar el gusto,
le dará a mi amor un susto
cuando haga operación.
¿Jacinta?

(*Sale* JACINTA.)

JACINTA. ¿Señora mía?
ANA. Toma un manto.
JACINTA. ¿Luego?
ANA. Luego.
Búscame, amiga, a don Diego;
ya sabes cuánto te fía
mi amor. Dile que te envía
doña Leonor.
JACINTA. Ya conoce
tu amor mi pecho.
ANA. Así goce
el tuyo lo que desea.
JACINTA. Dilo presto.
ANA. Que la vea
por el jardín a las doce.
JACINTA. Señora, a servirte voy.

(*Vase.*)

ANA. En su casa le hallarás,
mi Jacinta; tú verás
las albricias que te doy.
Leonor, tu enemiga soy,
aunque es la guerra que sigo
con el amor, no contigo.
Prima, tu Troya se abrasa,
que tienes dentro de casa
a tu mayor enemigo.

JORNADA SEGUNDA

(*Sale* DOÑA ANA.)

ANA. ¡Loca esperanza, que el vuelo
del pensamiento igualáis!
Mirad bien cómo voláis,
que os acercáis mucho al cielo;
que os precipite recelo,
si no el fuego que os espera
en la mitad de la esfera,

vuestra propria pesadumbre,
que no es bien a tanta cumbre
volar con alas de cera.
Honor, no fuera mejor
quien a don Diego llamara
y mi amor le declarara,
puesto que le tengo amor,
y no ofender a Leonor,
ocasionando a don Diego
celos que aviven su fuego,
y con fingido ademán
trae engañado a don Juan
sin juicio y sin sosiego.
A don Diego persuadí
que su Leonor le entretiene
y el amor que ella le tiene
me tenga don Diego a mí:
a don Juan a entender di,
por un recado fingido,
que de Leonor es querido,
y que le atormentan celos
a él, por necios desvelos
y [a] mí, celos y olvido.

(*Sale* LEONOR.)

LEONOR. ¡Siempre has de estar retirada
en tu cuarto! ¡Qué tristeza!
Con razón naturaleza
estará de ti agraviada.
Que aunque lugar de virtud
tiene la quietud, tal vez
hermosura y altivez
arguyen ingratitud.
Ese modo de negarse
para con otras se queda;
¿qué pasión hay que no pueda
conmigo comunicarse?
Tu prima soy, y tu amiga,
que es parentesco mayor.
¡Habla!

ANA. Mi pena, Leonor,
imposible es que la diga.
Perdona, que yo quisiera
que fuera comunicable;
mas no quiere amor que hable,
sino que callando muera.
Y si esta pena, este daño
callando he de remediar,
déjame, prima, llorar,
que así mi esperanza engaño.

LEONOR. Ahora que habías de estar
con más gusto y más placer,
tristeza das a entender,
vislumbres de algún pesar.
Cuando César ha venido
tan rico, y tu padre trata
de que compre con su plata
título de tu marido,
te extrañas y te retiras.
Dime, prima, la ocasión;
descanse tu corazón
conmigo.

ANA. ¡Ay, Leonor!

LEONOR. ¿Suspiras?
¿Luego sin ti lo ha tratado?

ANA. De mi padre son codicias.

(*Sale* JACINTA.)

JACINTA. Si puedo pedirte albricias,
en casa entra el desposado.

ANA. ¡Qué enfado!

JACINTA. Y don Juan con él,
tu primo.

ANA. Albricias te diera
porque hicieses que se fuera.

LEONOR. No estés, Ana, tan cruel.

ANA. ¿Qué cruel? Yo no le quiero
ver ni oír.

LEONOR. Esa sería
muy linda descortesía:
advierte que es caballero
César, y que ha sido gusto
de tu padre, en fin...

ANA. No es
gusto lo que es interés,
antes es rigor injusto.
Diles que no estoy en casa,
y no creas (1) si lo dices.
¡Ay, amores infelices! (*Aparte.*)

JACINTA. Ya no es tiempo, porque pasa
el corredor, y podrán
haberte oído.

ANA. Yo soy
desdichada.

LEONOR. Yo me voy.

(*Vase.*)

ANA. ¿Con que me viene don Juan?
¿Oyes, Jacinta? ¿A don Diego
no hablaste ayer?

JACINTA. No le hallé.

ANA. Pues presto despacharé.
Acuérdame que has de ir luego.

(1) *Sic;* ¿será "yerras"?

(*Salen* DON JUAN *y* CÉSAR.)

D. JUAN. Aunque bastante ocasión,
para que yo os visitara,
prima, ver tan buena cara
y admirar tal discreción,
no os quiero lisonjear,
porque se está respondido
que a don César he venido
a servir y acompañar.
Pero cuando de los dos
una misma unión espero,
sirviéndole considero
que os sirvo también a vos.
Mas este cuidado ha sido...

ANA. Yo perdonara el cuidado. (*Aparte.*)

D. JUAN. Muy mío, y quedo premiado
con que tengáis tal marido.
Y no quiero encareceros
de nuevo lo que os estimo,
pues lo sabéis.

ANA. Ya sé, primo,
cuánto debo agradeceros
el acordaros de mí,
que en vos es vieja costumbre,
para darme pesadumbre. (*Aparte.*)
Pésame veros así
con banda, si hay ocasión;
¿o es gala?

D. JUAN. No, prima mía.

ANA. ¿Pues qué, primo?

D. JUAN. Una sangría.
Llegad, César!

ANA. ¡Qué afición!

CÉSAR. Vos seáis muy bien hallada.

ANA. Dices bien, porque en mi vida (*Ap.*)
me he hallado más perdida.
Y vos bien venido.

D. JUAN. En nada
os puedo ser de provecho;
y así voyme al corredor,
porque tengo con Leonor
cierto negocio.

ANA: (Esto es hecho.
¡Basta, que se han conjurado!
Mas ¿qué importa? Yo he de hacer
que mude de parecer
con sólo mi desagrado).

CÉSAR. Aunque debo agradecer
a don Juan esta ventura,
pues el ver vuestra hermosura
es lo más que puede ser,
de mis pretensiones creo,
según la priesa me dan,
que a no traerme don Juan,
me trujera mi deseo.
Que esa hermosura ha tenido
imperio y dominio en mí;
porque si a las Indias fuí
por vos, por vos he venido.
Y si fuera menester
de nuevo otra embarcación,
no le falta a mi afición
ánimo para volver.
Y creed que lo que siento,
si con vos verdades valen,
es que mis partes no igualen
a vuestro merecimiento.
Pero del modo que soy,
sólo pide mi humildad
que miréis la voluntad
con que a vuestros pies estoy.

ANA. ¡Señor César! Aunque yo
tuviera mi pensamiento
puesto en otro casamiento
y os dijera a vos de no,
estuviera agradecida
a la merced que me hacéis;
pues cuando nada debéis,
me ofrecéis hacienda y vida.
Y creedme que estimara
poderos corresponder;
mas, señor, no puede ser.

CÉSAR. Pues, señora, ¿en qué repara
vuestra hermosura cortés,
cuando estoy perdido y ciego?

ANA. En que le tengo a don Diego (*Ap.*)
amor, y a vos interés.
Cuando a mi madre perdí,
ya os lo habrá dicho mi padre,
por la salud de mi madre
cierta promesa ofrecí
al cielo, y hasta que esté
cumplida, señor, no puedo
casarme.

CÉSAR. Sin vida quedo.
¿Lloráis?

ANA. Como me acordé
de mi madre, el sentimiento,
como justo, fué forzoso.
Don Diego ha de ser mi esposo,
o no quiero casamiento. (*Aparte.*)

CÉSAR. No desperdiciéis las perlas
con que el amor adornáis;

que mientras vos las lloráis,
llora el amor por cogerlas.
Si ya no habéis pretendido
que confiese, y con razón,
que mejores Indias son
éstas que en las que he vivido.

ANA. ¡Ay, don Diego! ¡Ay, suerte mía! (*Aparte.*)

CÉSAR. Gran pasión os aconseja.

ANA. Perdonad, que no me deja
lugar a la cortesía.

CÉSAR. No fué vano mi recelo. (*Ap.*)
Afligiros no es razón;
en más dichosa ocasión
os veré. ¡Guárdeos el cielo!

(*Vase.*)

ANA. Con César quieren casarme,
cuando por don Diego muero;
casarme con quien no quiero
no será sino matarme.
Mi padre ha de perdonarme,
que esta vez con su licencia
le he de negar la obediencia,
si me declarare honor,
por hereje de tu amor,
a llevar la penitencia.

(*Sale* LEONOR.)

LEONOR. ¡Breve visita!

ANA. Antes fué
muy larga.

LEONOR. Tú le has mostrado
poco gusto y poco agrado:
¿qué tienes, Ana?

ANA. No sé.

LEONOR. ¿No se me puede dar cuenta
a mí?

ANA. No, prima.

LEONOR. ¿Hay tal cosa?
Confusa estoy y celosa,
este es agravio y afrenta.
Amor tiene, y se recata.
Cielos, no en vano temí; (*Aparte.*)
pues se recata de mí,
sin duda mi afrenta trata.
Enigmas son tus palabras
para mí; yo no te entiendo.

ANA. ¿Qué te importa?

LEONOR. Ya me ofendo.

ANA. Con cera un diamante labras.

LEONOR. ¡Ojalá fueras diamante,
y imitaras su dureza,
rebelde a toda flaqueza, (1)
y en todo valor constante!
Pero aunque me persuades
qoe eres diamante, imagino
que nô ha menester el tino
valerse de oscuridades.

ANA. Prima, no nací obligada
a darte cuenta de todo.
Déjame ser de este modo;
préciate tú de alentada.

LEONOR. Tampoco yo lo nací,
y a ser tan amiga llego,
que jamás hablo a don Diego
que no te dé cuenta a ti.
Y pésame que te enfades.

ANA. ¿Yo estoy enfadada?

LEONOR. Pues,
¿qué es eso?
Lo cierto es
que aquí no hay escuridades.

LEONOR. ¡Jesús!, que yo no lo dije
por tanto.

ANA. Yo sí lo siento,
que por lo menos tu intento
de tu razón se colige.
Y suele tanto agraviar
una palabra pesada,
como una flecha tirada
con intención de matar.

(*Vase.*)

LEONOR. Enojada va doña Ana.
Tiene razón; mal anduve,
que poco saben los celos
aunque de cuerdos presumen,
y no siendo averiguados,
hace mal quien los descubre,
que es ocasión muchas veces
para que el amor se mude.
Dudoso tendrá el acierto
quien por presunciones juzgue;
quien se arguye con pasión,
fácilmente se concluye.
Engañáronme sospechas;
mal anduve, mal anduve
en dar crédito a los celos,
que a la razón la deslucen.
Antojo de larga vista
son, que cuando se descubre

(1) Texto: "a toda la queja".

contra el aire que lo turba,
contra el sol que lo confunde,
la vista que lo perdona,
el mismo objeto que huye,
contra la misma distancia
que lo niega y desminuye,
él lo acerca y lo declara,
lo acrecienta y lo reduce
a forma, sin que en el aire
lo pidan las lentitudes (1).
Y el objeto que a la vista
ser bulto apenas presume,
que pareció en embrión
presidio opuesto a las nubes,
ya se conoce castillo,
sin que contar dificulten
las almenas que le cercan
y los soldados que bullen.
Así los celos villanos,
cuando un átomo descubren
de recelo en sus sospechas,
de malicia en sus vislumbres,
mirando por el antojo
de su pasión, que las luces
del sentido y la razón
por breve cañón conduce,
contra el honor que lo guarde,
contra el tiempo que lo encubre,
contra el valor que lo cele,
contra la fe que lo dude,
contra la misma verdad,
que no en rojas certidumbres
desate mil dentidades, (*sic*)
que las malicias ofusquen.
Esta pasión, este antojo,
estos celos, este embuste
no hay acción que no condenen,
no hay mirado que no culpen,
no hay retiro que no entrañen,
no hay paso que no mormuren,
no hay cuidado que no celen,
no hay suspiro que no acusen.
Hasta que ya el desengaño
aparta el antojo, y huyen
los miedos a su distancia,
como el castillo a su cumbre.
No es posible que sean ciertas
las presunciones que tuve;
que amar y disimular
no hay mujer en quien se junten.

¡Que se recate doña Ana!
¡Que se retire y se excuse
de mí, sin darme a entender
quién causa sus pesadumbres!
Bien puede ser que lo cause
su natural, o que dude
de la fe que le prometo,
temiendo, quizá, que juzgue
liviandad su galanteo,
y, acreditando costumbres,
querrá disponer a solas
el secreto que me encubre;
aunque esto fuera agraviar
la amistad que le propuse,
la obligación que me corre
y la sangre que nos cubre.
Mas si su padre y don César,
para que ya se divulgue
el casamiento tratado,
aguarda que le pronuncie,
y si no puede doña Ana
ver a don César, y huye
la voluntad de su padre,
que quiere que se apresure
el casamiento, llevado
de la codicia, costumbre
tan natural en los viejos.
(que no hay quien lo disimule;
y aunque en disgusto después
el casamiento redunde,
les hace cerrar los ojos,
quien con oro se los unge),
esta es, Ana, la ocasión,
para que contigo luche
y las rosas de tu cara
menudo aljófar inunden.

(*Sale* JACINTA.)

JACINTA. Don Diego te quiere hablar.
LEONOR. ¿Don Diego a mí?
JACINTA. Sí, señora.
LEONOR. ¿Qué puede querer ahora?
JACINTA. En casa le vide entrar,
y al punto bajé a saber
qué quiere, con diligencia,
y dice que, si licencia
le das, que te quiere ver.
LEONOR. Entre. ¡Novedad extraña!
¿Qué será? ¡Jesús, qué susto!
¿Viene solo?
JACINTA. Y con disgusto,
si el juicio no me engaña.

(1) Texto: "dentitudes".

LEONOR. Entre, pues. Seguro estáis:
¿de qué teméis, corazón?
Sosegad, que no hay razón
para que así le temáis.

(*Sale* DON DIEGO.)

D. DIEGO. Bien sé, Leonor, que dirás,
viendo que a verte he venido,
sin aguardar a la noche,
sin reparar en vecinos,
sin asegurar tu fama,
sin respetar a tu tío,
sin temer tu deshonor
sin darte primero aviso,
que soy libre, temerario,
loco, inconstante, atrevido;
que no reparo en quién eres,
que tu deshonor estimo,
que busco tu perdición,
que ciego me precipito,
y que intento desagravios
sin calificar delitos.
LEONOR. ¡Don Diego, mi bien! ¡Jacinta,
mira no venga mi tío!
Habla bajo, ¡no des voces!
¡Riñe, ríñeme quedito!
D. DIEGO. Ya sé, ingrata, que estarás
muy enojada conmigo;
no hay que fingirme finezas,
no hay que mentirme cariños.
LEONOR. ¿Enojada yo? ¿Por qué,
mi señor?
D. DIEGO. Porque está herido
quien ha dos años, Leonor,
que enamorado y perdido,
y por ventura premiado,
te ha adorado y te ha servido.
LEONOR. Si es premio la voluntad,
a la que tú me has tenido
bastante premio le he dado,
pues mil finezas has visto,
si ya no quieres negarlas,
tan contra mi honor, que han sido
más allá de galanteo,
y muy cerca de delitos.
Herido dices que estás,
mas debe de haberte herido
amor con arpón de plomo,
pues ya, tirano y altivo,
ni das crédito a desvelos,
ni estimación a suspiros,
cuando yo, que te idolatro,
ni te ofendo ni te olvido.
Y de esta herida confieso
que razón hubiera sido
que yo estuviera quejosa;
mas pueden tanto conmigo
tus ojos, que en un instante
agravios de muchos siglos
pagan, y por un mirado
mil pesares te remito.
D. DIEGO. Más me ofenden tus lisonjas,
más tus favores fingidos
me alborotan y me agravian:
ya te he dicho, ya te he dicho
que en vano mientes finezas
cuando mis agravios miro;
que ni cortés las escucho,
ni piadoso las admito.
Que en celos averiguados
y en agravios conocidos,
quien enfermó por los ojos
no sana por el oído.
LEONOR. ¿Celos pides, celos tienes?
D. DIEGO. ¡Celos tengo, celos pido!
LEONOR. ¿De quién, don Diego?
D. DIEGO De quien
premiado y favorecido,
para pedirme un listón
me sacó, siendo mi amigo,
al campo, donde me hallé,
ni enojado ni corrido.
Que en tu lealtad confiado
y en tu amistad indeciso,
faltó el brío al corazón
y el crédito a los sentidos.
Y aunque debiera enojarme
y correrme a un tiempo mismo,
el enojo y la vergüenza
me cogieron de improviso.
¿No has visto un toro en el coso,
que acosado y combatido
del que le burla con tretas,
del que le irrita con silbos,
del que le ofende con hierro,
del que le ultraja con gritos,
del que roto y destrozado
entre sus golpes se ha visto
en los brazos de la muerte,
y apenas restituído
a la vida y al aliento,
busca segundo peligro?
¿Que oye el silbo y se embravece,
siente el golpe y da bramidos,

mira la burla y se ciega,
y con el puño partido
peina la tierra y da al viento
globos de polvos, que vistos
desde fuera, juzgará
quien los niegue torbellinos,
o que es humo de su fuego,
o que es de su fuego aviso?
¿Y parado, haciendo alarde
de su enojo y de su brío,
se está sin mover un paso
entre sus agravios mismos,
que parece que los llama
uno a uno al desafío,
o que no acierta a salir
ni apartarse de aquel sitio,
porque sus mismos agravios
le sirven de laberinto?
Pues así me hallé, Leonor,
acosado y combatido
de una impensada sospecha,
de una traición de un amigo,
de una fineza burlada,
de un agravio conocido,
de un amor mal satisfecho,
de muchos claros indicios,
de una lealtad sospechosa,
de un asombro, de un prodigio
de falsedad, de un engaño
y de un valor ofendido.
Porque cuando vi a don Juan,
el color todo perdido,
la vista toda turbada,
la voz publicando bríos,
¡con qué rabia te lo cuento!,
¡con qué pena te lo digo!,
¡con mil nudos que embarazan
las palabras que organizo!
Porque ha sido de la lengua
el corazón ofendido,
parece que a las palabras
les quiere cortar el hilo.
Muy bien hiciste en amarle;
cuerda tu elección ha sido;
sólo culpo tu traición,
sólo el engaño abomino.
En fin, ¿es don Juan tu amante?
Verdad es; él me lo ha dicho,
mis dudas lo han sospechado,
mis evidencias lo han visto.
Ya no lo puedes negar,
comprobado está el delito,
testigos sobran al cargo,
y al descargo no hay testigos.
¡Lástima tuvo de mí
quien me avisó por escrito!
¡Tan público es ya mi agravio!
Si piensas que sólo han sido
sospechas, no son sospechas;
indicios, no son indicios;
celos son averiguados,
agravios son conocidos.
Todos saben mi deshonra;
claro está que yo habré sido
el postrero que lo sabe.

LEONOR. Basta, basta, que harto has dicho.

(*Sale* JACINTA.)

JACINTA. Señora, señora.
LEONOR. ¿Qué hay?
JACINTA. Al corredor ha salido
doña Ana.
LEONOR. No entrará acá,
que está enojada conmigo.
JACINTA. Ya se va.
LEONOR. Pues salte tú,
porque estés con el aviso,
y ponte con tu labor
en ese corredorcillo,
de manera que sentada
estés mirando el postigo.
(No es bien mostrarme enojada
cuando tan ciego le miro,
que ni advierte (1) lo que habla,
ni mira que habla conmigo.)
¡Basta, mi bien! ¡Bueno está,
mis ojos!; que aunque imagino
que son fingidos tus celos,
aun fingidos no permito
que los mire nuestro amor,
porque son el basilisco
que le inficiona y le mata;
y sabes tan bien fingirlos,
que parece que es verdad,
y que todo lo que has dicho
ha pasado por los dos;
pero yo no lo he sabido.
D. DIEGO. No son fingidos, Leonor;
yo no engaño, yo no finjo;
de lo que he visto me quejo;
lo que me han dicho te digo.
No inhabilites mis celos

(1) Texto: "advierto".

con la fuerza de tu hechizo,
ni te libres del descanso,
tapándote los oídos.

LEONOR. Ya es vileza el sufrimiento, (*Ap.*)
ya el callar es desatino,
y es confesando la culpa
acreditar los indicios.
Voyme, por no responderle;
temo que vuelva mi tío.
¡Adiós!

D. DIEGO. ¿Te vas?

LEONOR. Sí, don Diego.

D. DIEGO. ¡Tente, aguarda! Si el juicio
pretendes, Leonor, quitarme,
presto le verás perdido.

LEONOR. Don Diego, tú te le quitas.

D. DIEGO. ¡Pues no bastaba ofendido,
sino también despreciado!
¡Ah, Leonor, mentira ha sido
tu amor, sueño mi esperanza!
¡Ya está visto, ya está visto!
Cuando lágrimas me anegan,
cuando me ahogan suspiros,
cuando me cercan agravios
y cuando apenas respiro,
combatido y acosado,
violentado y oprimido
de la pasión que me ciega,
del enojo a que me rindo,
sin satisfacer mis quejas,
sin disculpar tu albeldrío,
sin asegurar mis miedos,
sin declarar tus desinios,
te vas, Leonor, y me dejas
helado; mas no me admiro,
que viendo que sufro tanto,
por mármol me habrás tenido.

LEONOR. No te está mal que me vaya;
yo sé que en irme te obligo.
Déjame y no me detengas.

D. DIEGO. ¡Leonor, Leonor! Lo que ha sido
grosería, no lo hagas
fineza, que es desatino.
Salgamos ya de una vez
de tan ciego laberinto.
No me propongas enimas,
que cuando más las descifro,
a mi vida y a mi honra
amenazan más peligros.
¡Acaba! ¡Mátame! Haz
lo que quisieres, o dilo;
que por vida de los dos,
que sin hacerlo o decirlo,
no has de salir, y ¡por vida
de don Juan!, mira que he dicho
mucho, y que estás obligada,
en fe de amante, a cumplirlo.

LEONOR. (¡Qué cansado está don Diego,
qué grosero y qué prolijo, (*Ap.*)
que ni yo quiero a don Juan
ni en mi vida le he querido!
Ni sé qué celos son éstos,
porque si don Juan ha sido
mi amante, ni yo lo sé,
ni a mí don Juan me lo ha dicho.
Corrida y confusa estoy;
¿qué he de hacer? Pues si permito
contra mi proprio decoro
agravios tan conocidos,
mi proprio decoro ofendo,
y entre miedos y suspiros
la reputación se traga
y el valor queda corrido.
Ni me estimará después
quien ha de ser mi marido,
si escrupuliza mi honor
y yo no le escrupulizo.
Y cuando no haya de serlo,
por lo menos, si con bríos
me ve defenderle ahora,
conocerá que le estimo.
Y le está a mi honor más bien
un enojo que un cariño,
una amenaza que un ruego,
un desprecio que un peligro,
un rigor que una sospecha,
un castigo que un aviso
y que una satisfación,
un ceño, un fiero, un retiro.
Pues disimulen ahora
el amor y los sentidos;
que he de hacer que de estos celos
me venguen los celos mismos.)
¡Esto ha de ser! Vos, señor
don Diego, estáis persuadido
a unos celos, y no hay celos;
a un agravio, y no lo ha sido.
Poco cuerdo habéis andado;
poco amante, poco fino.
No es disculpa estar celoso;
no la quiero, no la admito.
Si porque habéis visto en mí
que a quereros bien me inclino,
y que atropellando riesgos

imposibles facilito;
si confiado en algunas
finezas que en mí habéis visto,
os juzgáis idolatrado
y os imagináis temido;
si olvidado de quien soy,
o acaso poco advertido
en el honor que profeso,
en los empeños que rijo,
desvanecéis presunciones,
lleváis errado el camino
de obligar y de agradar;
que desaires nunca han sido
a la voluntad sobornos,
antes traen siempre consigo
un desagrado que obliga
a desprecios y a castigo.
Las mujeres principales,
y que como yo han nacido
con tantas obligaciones,
no engañamos, no fingimos.
Si os han parecido mal
desaires que en mí habéis visto,
gracias a Dios que tenéis
lugar para arrepentiros.
Antes, en cuanto es de parte
de mi agrado, os certifico
que para ese fin, don Diego,
estáis muy en los principios.
Y advertid, señor don Diego,
para que mudéis de estilo,
que hasta ahora sola yo
soy dueño de mi albedrío.
Y creed que habéis estado
aquesta vez tan prolijo,
que me pesara, por Dios,
de teneros por marido.

D. DIEGO. ¿Hay más pesares? ¿Hay más
disgusto? ¿Hay más abismos?
de azares y de cuidados?
Parece que de sus quicios
se desliza todo el cielo
y sobre mí se ha caído,
o que gusta la fortuna
de verme a sus pies rendido.
¿Estas eran las finezas?
¡Ah, Leonor! ¿A esto han venido
los favores que me has hecho,
las ternezas que me has dicho?
¿Quien tiene amor siente tanto
que la celen? ¿Quien ha sido
tuyo, pierde en un instante
lo que ganó en tantos siglos?
Tirana, que te levantas
contra la fe que publico:
si era tu intención matarme,
matárasme en los principios.
¿Para qué has alimentado
la vida, el gusto, el alivio,
si ha de venir a parar
todo junto en el martirio?
Esposa...

LEONOR. No soy tu esposa.

D. DIEGO. ¡Dueño ingrato, dueño mío!
Vuelva yo a verme en tu gracia.—

LEONOR. ¿Yo tu dueño?

D. DIEGO. ¿No lo he sido?

LEONOR. Ya es otro tiempo.

D. DIEGO. ¿Por qué,
si en fe de ser tuyo vivo?
¿Y tu palabra?

LEONOR. ¿Y mi agravio?

D. DIEGO. ¿Y tu amor?

LEONOR. Está ofendido.

D. DIEGO. (Quisiera desenojarla (*Aparte.*)
con este agrado fingido,
que puede no tener parte
en la culpa que me han dicho;
que después es fácil cosa,
si mis celos averiguo,
no verla en mi vida más).—
Mira que es mucho castigo,
porque te adoro, matarme.
¡Ay, mi bien!

LEONOR. ¡Qué desatino!
¡Déjame, por Dios, don Diego!
(Lástima es verle afligido. (*Ap.*)
Estoy por darle a entender,
así al descuido, que finjo
este enojo que he mostrado,
y que en mi pecho está vivo
su amor. Mas no, que es perderme,
y mi intento no consigo.
Pene y lamente mi enojo,
mientras yo le solemnizo;
que así su amor ocasiono,
su atrevimiento castigo,
sus escarmientos prevengo
y sus respetos aviso.)
¿Queréis hacerme un placer?

D. DIEGO. ¿Puedo?

LEONOR. Sí, don Diego, en iros;
que es tarde, y podrá venir
algún criado, o mi tío.

Y no le puede estar bien,
ya lo véis, al honor mío
ni al vuestro, que aquí nos hallen.
Mirad que es grande el peligro.
Noble sois y cuerdo sois,
y yo mujer. Harto he dicho.

D. DIEGO. ¿Estáis ya desenojada?

LEONOR. Ningún enojo he tenido.

D. DIEGO. ¿Puedo llamarme tu esclavo?

LEONOR. Mi señor.

D. DIEGO. ¿Y tu marido?

LEONOR. ¿Ahora salís con eso?
Sed más cortés, os suplico,
y no os faltéis avisado,
pues os sobráis entendido.

D. DIEGO. Deja que bese una mano.

LEONOR. ¡Qué atrevimiento!

D. DIEGO. Atrevido
soy, Leonor, porque te adoro.

LEONOR. Esto es querer que mi tío
entienda que...

D. DIEGO. Ya la hubiera
besado, y me hubiera ido.

LEONOR. Pues no he de darla.

D. DIEGO. ¿Por qué?

LEONOR. Porque...

D. DIEGO. No lo pienses, dilo.

LEONOR. Porque no tengo licencia,
si a don Juan no se la pido.

D. DIEGO. No me atormentes, Leonor,
repitiendo mis delitos;
del amor nacen los celos.

LEONOR. Y de la ofensa el olvido.

D. DIEGO. Perdón merecen mis culpas,
pues que estoy arrepentido.
Basta, que en verte enojada
me pierdo y atemorizo.
Que aun a mayores ofensas
fuera bastante castigo
un amago de tu enojo.

LEONOR. Hasta ahora, sólo has visto
el amago.

D. DIEGO. ¿Luego piensas
enojarte más? Yo rindo
toda mi vida a tu enojo.

LEONOR. Yo el rendimiento desisto.

D. DIEGO. ¿Que, en fin, podrás olvidarme?

LEONOR. Haz cuenta que ya he podido.

D. DIEGO. ¿Olvidarme?

LEONOR. Sí, olvidarte.

D. DIEGO. Eres mujer, no me admiro.
Y tu amor no ha sido amor,
entretenimiento ha sido.

LEONOR. ¡Bien se ha visto!

D. DIEGO. Y bien se ve,
pues porque te comunico
un escrúpulo, un recelo,
una queja, unos indicios,
tú te enojas, yo te halago;
tú riñes, yo te acaricio;
tú te alborotas, yo callo;
tú me ultrajas, yo me río;
puesto que fuera vileza
en un hombre bien nacido
pasar por alto sospechas
y escucharlo y no sentirlo,
fuera infamia en el honor,
y en el amor sambenito;
y que una satisfación
deshace agravios creídos.
Pues si yo me satisfago,
y yo reporto tus bríos,
yo soy quien te quiere más,
y tú quien no me ha querido.

LEONOR. Más te he querido que a mí.

D. DIEGO. ¿Más que a ti? Pues ¿qué se hizo
tu amor?

LEONOR. Helóse, y quedó
como piedra endurecido.
¿Viste un arroyo de plata,
que elevado y suspendido
del murmúreo de su aljófar,
del concento de su vidrio,
capillas formando a coros,
en cuyo ronco sonido,
los músicos son guijuelas,
los maestros pardos riscos,
ministriles son las aves,
que alternando villancicos,
cantan la gala a las flores,
mientras el arroyo mismo
plata les ofrece y perlas,
tan liberal y tan rico,
que son en ellas adornos
los que en él son desperdicios,
y que a vista de la aurora
llegó el cierzo helado y frío,
y embargándole el cristal,
le hizo prisión de sí mismo,
y transformando el arroyo
su ser en otro distinto,
lo que fué risas es hielo,
lo que fué perlas, granizo?
Pues de esa suerte mi amor

blando, manso, cortés, limpio,
todo era risas y flores,
todo favores y alivios;
pero el frío de un desaire,
la sinrazón de un delito
y el rigor de una sospecha
mal fundada en sus principios,
convirtió el amor en odio,
la obligación en desvío,
las finezas en desprecio,
y en escarmientos y avisos
lo licencioso y lo fácil;
que olvidar es el castigo
más prudente en el amor,
cuando no es agradecido.

D. DIEGO. En efeto, ¿fué tu amor
pequeño arroyo?

LEONOR. Fué un río
tan caudaloso y tan claro,
que nunca el amor ha visto
querer más.

D. DIEGO. Y sufrir menos.

LEONOR. Harto, don Diego, he sufrido.

D. DIEGO. En fin, me vuelvo, Leonor,
despreciado y ofendido
de tu amor.

LEONOR. Mirad que es tarde.

D. DIEGO. Bien veo, Leonor, que incito
tu enojo estándome aquí;
pero no me determino
a dejarte; que tus ojos,
aunque enojados, son grillos
que me aprisionan el alma
y me tienen impedido.
Ya te dejo, ya me voy;
mas sabe que muerto o vivo,
quejoso o desengañado,
despreciado o admitido,
he de ser tuyo, a pesar
del mundo, cuando a impedirlo
se me oponga, y a pesar
de los desengaños míos,
y he de procurar de nuevo,
aunque intente desatinos,
que tu amor y mi esperanza
vuelvan a su ser antiguo.

(*Vase.*)

LEONOR. ¡Triste va, cuidado lleva!
Mis demasías han sido
sinrazones. ¡Ya me pesa!
Estoy por llamarle a gritos.
¡Oh, qué sobrada y que necia
he andado! ¡Ya me lastimo,
si no ha de volver a verme!
¿Si ha de mirar vengativo
otros ojos? ¿Si, agraviado,
aborrecerá los míos?
¿O si será tan constante,
o tan firme como dijo?
Rabio, muero, peno, temo,
arrepiento, desconfío,
pierdo la vida, reviento,
lloro, padezco, suspiro
desdenes y sinrazones.
¿Quién ha visto, quién ha visto
querer más y sufrir menos,
siendo el amor tan sufrido?

JORNADA TERCERA

(*Salen* DON JUAN *y* CÉSAR.)

CÉSAR.

Esto es, don Juan amigo, lo que siento,
más que la dilación del casamiento.
Y aunque Ana es vuestra prima,
tanto el alma os estima,
que os hablo de esta suerte.
Más se siente un desprecio que la muerte.

DON JUAN.

¿Pues qué dice doña Ana?

CÉSAR.

Ya sabéis que los dos esta mañana
entramos, pues que vos me acompañastis
hasta el estrado mismo, y me dejastis:
tan cortés anduvistis
con ella, y a Leonor entretuvistis.
En todo estuve y todo lo agradezco
como amigo, y ofrezco
seros siempre un Acates.

DON JUAN.

Cercenemos
prosa, y no nos tratemos,
si os preciáis de mi amigo verdadero,
con tantos cumplimientos. Como quiero
tanto a Leonor, aunque ella me aborrece,
y sé que favorece
a mi competidor, quise, animado,
viendo ocasión de hablarla en mi cuidado,
acompañar a César, que a mi prima
para su esposa estima;

pero salió mi diligencia vana,
pues por las sinrazones de doña Ana
quedó, abreviando César la visita,
mi esperanza marchita.
En fin, César, amigo...

CÉSAR.

En fin, no quiere
casarse.

DON JUAN.

Así lo dice.

CÉSAR.

Bien se infiere
que si amor me tuviera,
con gusto y con amor me recibiera.
Mas, ¿qué gusto y qué boda me apercibe
quien cuando me recibe
teme, llora, suspira y se entristece?

DON JUAN.

Pues, en fin, ¿qué os parece?

CÉSAR.

Que mi recelo es cierto;
y es posible que a vos se os ha encubierto
en tanto tiempo como yo he faltado,
que es don Diego de Castro su cuidado.

DON JUAN.

¡Don Diego!

CÉSAR.

Sí, don Juan.

DON JUAN.

(A Dios pluguiera
que verdadera tu sospecha fuera,
pues casada doña Ana con don Diego,
ella tuviera honor y yo sosiego;
mis celos menos susto;
Leonor menos rigor y yo más gusto.)
Mas, ¿cómo lo supistis?

CÉSAR.

Al cuidado
no hay secreto ni caso reservado.
Tres días ha que vine y no he salido
en público hasta hoy, porque he querido
examinar su trato;
con prudencia y recato,
centinela dos noches de su casa,
he acechado a quien pasa,
sin perdonar ruido mis desvelos,
que son Argos los celos.

DON JUAN.

(Y aun por eso mi prima me pedía
que pasase su calle cada día,
como nuestra amistad la aseguraba,
que jamás de su lado me apartaba.)

CÉSAR.

Estuve antes de anoche, como digo;
y en fin, veo que llegan al postigo
dos hombres que, embozados,
ocupan del postigo los dos lados.

DON JUAN.

¿Entraron?

CÉSAR.

No, don Juan; pero estuvieron
hablando en una reja, hasta que dieron
las tres de la mañana;
fuéronse, en fin, hablando de doña Ana.
Pude acercarme, que iba disfrazado,
y conocí muy bien que era el criado
de don Diego el que hacía
espaldas; ved el otro quién sería.
Y no entendáis que la sospecha es vana,
porque hoy a un criado de doña Ana
vi en la calle con él y que le hablaba,
que quizá otra visita concertaba.

DON JUAN.

Corrido estoy de oíros y admirado.

CÉSAR.

Hoy de nuevo también se ha confirmado,
porque en su misma puerta y en su calle
acabé de topalle;
pasaba yo cuando de allá salía,
y hablarle fué forzosa cortesía.

DON JUAN.

¿Que, en fin, de allá salió? (¡Mas qué tal fuera
que don Diego saliera
de verse con Leonor, cuando empeñado
estoy de declararme mi cuidado!
¡Mas qué vanos recelos!
Busco al amor y encuentro con los celos.)
¡Don César!

CÉSAR.

¿Qué decís?

DON JUAN.

Que con cuidado
me tiene, amigo, cuanto (1) os he escuchado:

(1) Texto: "quando".

creedme que deseo
veros con todo gusto.

CÉSAR.

Bien lo creo.
Mas, ¿por qué lo decís?

DON JUAN.

Si entendería (*Ap.*)
don Diego, que el listón que le pedía
se le pedí por prenda de doña Ana,
que también ocupaba la ventana
con Leonor? No lo dudo.

CÉSAR.

¿En qué pensáis, don Juan?

DON JUAN.

Digo que pudo,
con esa aprenhensión y esos antojos,
entraros el engaño por los ojos.

CÉSAR.

¿Dejan de ser indicios?

DON JUAN.

¿Quién lo niega?
Mas si de indicios no pasó, no llega
a ser verdad, ni debe ser tenido
por cierto lo que pudo ser fingido;
que a lo representado
bástale ser espuela del cuidado,
verdugo de la idea,
sin que creído enteramente sea;
que aun en lo que asistimos
hay engaño tal vez. El trueno oímos,
el relámpago vemos,
y el rayo no cayó donde entendemos;
que en los arduos empeños
acrecientan el mal los más pequeños
átomos y los bultos más distantes
representan gigantes.

CÉSAR.

¡El juicio me quita!

DON JUAN.

Pues hoy hemos de hacer otra visita.

CÉSAR.

Si es gusto vuestro, hágase al momento.
Pero, ¿a quién?

DON JUAN.

A mi prima.

CÉSAR.

¿Con qué intento
cuando estoy, como veis, desesperado?

DON JUAN.

Quiero ver al descuido su cuidado.
Juntos hemos de entrar; no estéis extraño.
Veamos el amor o el desengaño.
A mí me importa, amigo; yo os lo ruego.

CÉSAR.

Pues si a vos os importa, vamos luego.
(Sabrá doña Ana que penando muero.)

DON JUAN.

(Sabrá Leonor que por sus ojos muero.)

(*Vanse, y salen* LEONOR *y* ANA.)

LEONOR. Cuidadosa me dejaste (1)
como enojada te fuiste;
pero ni razón tuviste,
ni sé por qué te enojaste;
porque te quiero de suerte,
que me ofendes en pensar
que yo pudiese hablar
palabra con que ofenderte.
Antes quien te ofende a ti,
a mí me ofende en mis ojos.

ANA. Hasta verte, los enojos
pudieron durar en mí;
porque en llegando a mirarme
en el cristal de tu cara,
aunque enojada llegara,
es fuerza desengañarme.
Que si no lo hiciera así
mirándome en tal cristal,
fuera parecerme mal
mi propria imagen a mí.

LEONOR. Ya, después de agradecidas,
de tus lisonjas me quejo;
que compararme al espejo (2)
es decir que son fingidas
mis acciones, pues en él
lo son.

ANA. Eso contradigo,
porque antes es el amigo
más verdadero y fiel;
que aunque es con todos cortés
y a todos nos lisonjea,
no hace hermosa a la que es fea,

(1) Texto: "me ha dejado".
(2) Texto: "el espejo".

ni finge lo que no es.
Y si serena el semblante
del que airado en él se mira,
es que reporta su ira,
mirando su semejante.
Lo mismo me sucedió
ahora contigo, y fué,
al punto que te miré,
vide en tu cara otra yo.
Y en viéndole, es clara cosa
que me desenojaría,
si como espejo, por mía,
y si tuya, por hermosa.

LEONOR. ¡Basta! Que estáis lisonjera.
Quiero darte mil abrazos,
porque respondan los brazos
a lo que yo no pudiera.

ANA. Tanto hay, que lo haré en ti,
que corta, Leonor, he andado.

LEONOR. Aprieta, que el desposado
no tendrá celos de mí.

ANA. ¡Ay, prima, no me le nombres,
por Dios!...

LEONOR. Luego no le quieres.

ANA. ¡Que se casen las mujeres
siendo tan malos los hombres!

LEONOR. ¿Qué? ¿Tan mal te pareció?

ANA. ¡Tan mal! Parecióme tal,
que no pudo ser más mal.
¿No le hablaste?

LEONOR. Como entró
don Juan, que le acompañaba,
y quizá por dar lugar,
solos os quiso dejar,
y se fué donde yo estaba
ocupada en mi labor,
y yo a la sala no entré,
solamente le hablé
al pasar el corredor.

ANA. ¿Y qué te pareció?

LEONOR. ¿A mí?
Así, así me pareció.

(*Entra* DON LUIS.)

D. LUIS. Doña Ana, ¿estás sola?

ANA. No,
señor, mi prima está aquí.

LEONOR. Si sola la has menester,
haz cuenta que ya lo está.

(*Vase.*)

D. LUIS. ¿Vino el desposado ya?

ANA. ¿Quién?

D. LUIS. César. Quisiera saber
tu gusto y tu pensamiento
y tratar lo que convenga
porque deseo que tenga
efeto este casamiento.
Que a ti te estará muy bien,
bien te lo dice mi gusto,
pues tus aumentos es justo
que tanto gusto me den.
Que yo vengo en ello es llano,
pues aumentas mi nobleza
si empleando tu belleza
le das de esposa la mano.
Y más cuando es el caudal
tan valiente de su parte,
que pudiera disculparte
cuando no fuera tu igual.
Es la nobleza un joya
tal, que no tiene valor,
pero viene a ser mayor
si la riqueza la apoya,
porque sin ella, abatida
y despreciada estará;
que entre la pobreza está
la nobleza deslucida.
Yo soy pobre, ya se sabe;
César, rico y caballero;
su linaje, aunque extranjero,
tan calificado y grave,
que hallarás que en esta parte
tanta nobleza le sobre,
que aunque César fuera pobre
te estuviera bien casarte.
Y así, hija, yo que soy
tu padre, y tu bien procuro,
en siendo, que le aseguro
si tal marido te doy...
¿Lloras? ¿Por qué no respondes?
¿Quieres que el alma se aflija?
¿Qué dices?

ANA. Que soy tu hija.

D. LUIS. Mal a mi amor correspondes.
¿No se ha de tomar estado?
¿No es ya tiempo? ¿No es razón?
¿Si me falta sujeción,
en buena razón de estado
que te cases, pues en ti
mis esperanzas libró
el cielo? ¿No te pidió
César? ¿No dimos el sí?
¿No se embarcó? ¿No ha traído

más riqueza que esperaba?
Sentías que se tardaba,
y lloras ya que ha venido.
¿Qué es lo que te desagrada?
Tu padre soy, no lo ignoras.
¡Habla claro! ¿Por qué lloras?

ANA. Porque nací desdichada.

D. LUIS. ¿Desdicha es que te pretenda
ennoblecer y casar
con quien puede levantar
mi linaje con su hacienda?
Más desdicha viene a ser,
hija, en el tiempo presente
que seas desobediente;
porque en llegando a perder
el respeto y el temor
a quien honrarte procura,
ha de ser muy gran ventura
que no pare en deshonor.
¿En qué reparas?

ANA. En nada.

D. LUIS. ¿Qué es lo que temes?

ANA. ¿Qué temo?
Vivir condenada al remo.

D. LUIS. ¿Qué remo?

ANA. De mal casada.

D. LUIS. Pues, ¿por qué?

ANA. No hagas examen
más estrecho, cuando ves
que este casamiento es
contra todo mi dictamen.
Perdona, que esto no es
obedecer; mas no es justo
que compre yo mi disgusto
a precio de tu interés.
Antes fuera desvarío
y poca capacidad
rendirse la voluntad
a excusas del albedrío.
Tomar estado es razón,
y es buena razón de estado,
pero regido y guiado
por la propia inclinación.
Mas yo no estoy inclinada,
y así tus rigores siento,
porque ni casarme intento
ni sé si seré casada.
Y no tienes que decirme
en aqueste caso más,
porque mandarlo podrás,
mas no podrás persuadirme.

D. LUIS. ¿Hay resolución tan loca?
¡Vive Dios, que has de casarte,
villana, o que he de matarte!
A cólera me provoca.
¿El respeto pierde así
una mozuela atrevida
a quien le dió ser y vida?
¡Loco voy, no voy en mí!

(*Vase.*)

(*Salen* DON DIEGO *y* LOPE.)

D. DIEGO. Digo que soy desgraciado.

LOPE. Aunque tú dichoso fueras,
te pegara yo desdicha.

D. DIEGO. ¿Pues la desdicha se pega?

LOPE. Sí, señor. ¿Ahora lo sabes?

D. DIEGO. Calla, loco.

LOPE. ¿Luego niegas
lo que todo el mundo sabe
y nos dice la experiencia?
Mas que si yo me embarcara,
aunque no hubiera tormenta
en el mundo, que se armaba
al punto una polvareda,
con que a la vista del puerto
el navío se hundiera,
y cuantos iban en él
por mi ocasión perecieran.
Hombre hay que, si cuando sale
de su casa, ve o encuentra
un zurdo o calvo, se vuelve,
teniendo por regla cierta
que aquel día no le puede
suceder cosa a derechas.
Mil ejemplos hallarás.
¿Cuántas veces el que juega
tiene azar con quien le mira?
¿De un caballo no se cuenta
que cuantos eran sus amos
llevaban en la cabeza?
¿Pues qué es esto sino darnos
a entender que es cosa cierta
que tienen peste los astros
y sarna las influencias?

D. DIEGO. ¡Que siempre has de estar de humor!
Dejémonos de quimeras,
y a lo que me importa vamos.

LOPE. Vamos muy enhorabuena.
Mas, ¿dónde está lo que importa?

D. DIEGO. Está en que tú con prudencia...
¡Pero tente, Lope, aguarda!
¿Qué es aquéllo?

LOPE. Que a la puerta

de Leonor...
D. DIEGO. ¡Hay tal desdicha!
LOPE. ...dos caballeros se apean.
D. DIEGO. ¿Quién son?
LOPE. ¡Lindo preguntar!
Están de aquí media legua,
¿y quieres que les conozca?
¿Soy lince?
D. DIEGO. Pues, Lope, vuela,
y así al descuido procura
saber quién son; no te vuelvas
sin saberlo, y si pudieres,
con quién hablan y a qué entran.
LOPE. ¡Como quien no dice nada!
Sin duda, señor, que piensas
que el caballero del Febo
soy, o Belianís de Grecia,
pues a tales aventuras
me envías. ¿No consideras
que yo no estoy encantado,
ni esta celada, y si llega
un revés, me ha de hacer
águila de dos cabezas?
Temo mucho un cintarazo.
¿Dónde te hallaré?
D. DIEGO. A la vuelta
desta calle.
LOPE. Pues adiós.
Verás con cuánta destreza
llego, miro, escucho, atisbo
hecho mosca, y te doy cuenta.

(*Vanse, y salen* LEONOR, ANA, DON JUAN *y* CÉSAR.)

ANA. ¡Tal porfía!
D. JUAN. No es porfía,
sino amor, prima y señora.
No os parezca demasía
que os haga quien os adora
dos visitas en un día.
Templar puede mi tormento
vuestra memoria, es verdad;
mas quiere amor mal contento
que asista la voluntad
y goce el entendimiento.
Y a vos, hermosa Leonor,
por amparo y protectora
de esta vida y de este amor
os nombra el alma...
LEONOR. No ignora
mi prima vuestro valor;
que bien conoce mi prima
cuánto con serviros gana.
CÉSAR. Mucho ese valor me anima:
en fin, ¿sois ángel?
D. JUAN. Doña Ana,
como todos, os estima.
CÉSAR. ¿Es eso así?
ANA. Yo os estimo
por noble, rico y galán.
CÉSAR. Con ser muy vuestro me animo.
ANA. Y por venir con don Juan,
amigo vuestro y mi primo.
CÉSAR. Mucho a don Juan agradezco
que haya venido conmigo,
pues cuando el alma os ofrezco,
merezco por ser su amigo
lo que por mí no merezco.
D. JUAN. No tiene descanso un hora.
LEONOR. Si ama, disculpado está.
D. JUAN. ¿Es disculpa?
LEONOR. ¿Quién lo ignora?
D. JUAN. Luego también lo estará
quien esos ojos adora.
LEONOR. Nadie os la gana en cortés.
Si es favor, yo os lo agradezco,
mas si es lisonja...
D. JUAN. No es,
sino amor firme, que ofrezco
con el alma a vuestros pies.
ANA. A mi padre respondí
lo que de él sabréis.
CÉSAR. Sí haré;
¿mas no será bien que a mí,
porque consolado esté,
me deis vida con un sí?

(*Salen* LOPE, *y* JACINTA *teniéndole.*)

LOPE. En efeto le he de hablar,
porque me importa.
JACINTA. Entra, pues,
que bien puedes porfíar
con un necio.
ANA. ¡Hola! ¿Quién es?
LOPE. No es nadie; yo, que a buscar
vengo a mi amo.
D. JUAN. ¿Pues suele
estar aquí?
LOPE. No, señor.
CÉSAR. ¿No queréis que me recele
desto, don Juan?
D. JUAN. Es error
pensar eso.
LOPE. (Esto me huele
a chichones.) Como están

dos caballos...
CÉSAR. ¡Lindo achaque!
LOPE. ...allá fuera en el zaguán...
(¡Dios de esta prisión me saque!)
LEONOR. *Ap.*) (Mucho siento que a don Juan
viese Lope hablar conmigo.)
ANA. (*Ap.*) (Huélgome que entrase acá.
porque será buen testigo,
y a don Diego contará
lo que yo a César le digo.
Que aunque no ignora mi intento
don Diego, más le aseguro
con este desabrimiento,
porque verá que procuro
divertir el casamiento.
Y en la primera ocasión
a don Diego determino
declararle mi pasión.)
CÉSAR. ¡Don Juan!
D. JUAN. ¡Amigo!
CÉSAR. Este vino
a darme más confusión.
D. JUAN. Pues disimular importa,
don César.
LOPE. (Temo una zurra;
ya tratan de darme torta.)
LEONOR. ¡Qué pena!
LOPE. (Hoy me despanzurra
don Juan.)
LEONOR. Muda estoy y absorta.
CÉSAR. En fin, ¿qué me respondéis?
ANA. Ya os he dicho que a mi padre
respondí; de él lo sabréis.

(*Vase.*)

CÉSAR. Señor don Juan, bien podéis
despediros de Leonor;
y vamos, que yo lo quedo
de doña Ana y de su amor.
LOPE. (Yo me arrugo, y con más miedo
que vergüenza...)

(*Vase.*)

LEONOR. Yo, señor,
a mi prima he procurado
persuadir, y sabe el cielo
que siento tu desagrado.
CÉSAR. No hay en esto más consuelo
que quedar desengañado;
yo lo voy, y agradecido
de vos.
LEONOR. Siempre desearé
serviros.

(*Vase.*)

D. JUAN. Yo voy perdido
de amor; después os veré.
Adiós, mi dueño querido.

(*Vase.*)

(*Salen* DON DIEGO *y* LOPE, *de noche.*)

D. DIEGO. En fin, ¿hablaba Leonor
con don Juan?
LOPE. Como lo cuento,
y Ana, su prima, con César.
D. DIEGO. Eso no hace a mis celos;
eso otro sí.
LOPE. ¡Brava noche!
D. DIEGO. Buena es para el galanteo.
LOPE. Mejor es para la cama.
D. DIEGO. No me parece que siento
ruído, Lope, en el cuarto
de Leonor, y mirar quiero
si me aguarda en el jardín;
que aunque hoy se enojó, no creo
que pueda guardar enojos
quien tiene amor verdadero.
No te apartes de este sitio.

(*Sale* DOÑA ANA *a la ventana y* DON DIEGO *va hacia el otro lado.*)

ANA. ¡Lo que ocasiona el silencio!
¡Con cuánta seguridad,
si viniese ahora don Diego,
pudiera hablarle y abrirle!
¡Tráigale amor! Sólo temo
que pueda haberse olvidado
del aviso que le dieron
mío, en nombre de Leonor.
LOPE. En tardándose, me tiendo,
y duermo como un atún
hasta el día.
ANA. Gente siento:
si es don Diego, él llegará.
D. DIEGO. Vive Dios, que anduve cuerdo
en venir; Leonor está
aguardándome.
ANA. A buen tiempo
salí: ¿es don Diego?
D. DIEGO. ¡Qué dicha!
Sí, yo soy, querido dueño.
ANA. (Por mi prima me ha tenido. (*Ap*).
Amor, no perdamos tiempo;
yo le he de abrir.)

D. DIEGO. ¿He tardado
mucho?
ANA. Si a responderos
la paciencia de mi amor,
los años fueran pequeños
minutos; mas si responden
mi esperanza y mis deseos,
las horas son largos siglos.
D. DIEGO. Aunque burléis, lo agradezco;
que lisonjas de esos labios
son dulzuras, cuando menos.
ANA. (Amor ampare mi causa.)
Ya bajo a abrir, porque tengo
muchas cosas que deciros.

(*Vase.*)

D. DIEGO. ¿Es ésta verdad o sueño?
¿No me dijo esta mañana
mil pesares, mil desprecios?
Bien dicen que amor es niño:
fácil llora y calla presto.

(*Sale* ANA, *como que abre la puerta.*)

ANA. ¡Entrad!
D. DIEGO. ¡Señora doña Ana!
(¿Hay tal cosa? ¿Cómo es esto?)
ANA. ¿Qué aguardáis? (*Ap.*)
D. DIEGO. Voy a avisar
al criado. ¡Hay tal suceso!
¡Vive Dios, que estoy por irme!
LOPE. ¿Quién va?
D. DIEGO. ¡Ay, que vengo muerto!
LOPE. Pide a voces confesión.
D. DIEGO. ¡Calla, loco! Yo confieso
que soy el más desdichado
del mundo.
LOPE Pues yo te absuelvo, (1)
y vámonos a acostar,
en penitencia. ¿Fué incierto
el concierto?
D. DIEGO. ¡Muy peor!
Doña Ana está allí, y no puedo
dejar de hablarla.
LOPE. ¿Y Leonor?
D. DIEGO. No sé, Lope; no lo entiendo.
No te apartes de aquí un punto,
y si abrieren, di que quedo
a la vuelta de la calle
con un amigo.
LOPE. Ya entiendo.
¿Y te avisaré?
D. DIEGO. Sí, Lope.
ANA. (¡Qué temeridad emprendo!
Pero el amor me disculpa.)
¿Venís ya, señor?
D. DIEGO. Ya vengo.
ANA. ¿Queda avisado el criado?
D. DIEGO. Ya lo está.—Temblando entro.

(*Vanse.*)

LOPE. ¡Vive Dios, que esta embustera
ha de armar algún enredo,
por donde mi amo olvide
a Leonor. Este sereno
me hace mal a los ojos,
y parece que los tengo
llenos de tierra; mas ya
se me ofrece un buen remedio.
El sereno es un socorro
de lo alto, y es muy cierto
que a lo que halle más cerca
lo cogerá más de lleno;
luego el que estuviere en pie
fuerza es que esté más dispuesto
a recibir la influencia:
pues ahora bien; yo me tiendo.
Que puesto que está la tierra
más distante que el celebro,
mejor será recibir
dos varas de daño menos.

(*Sale* LEONOR *a la ventana.*)

LEONOR. De mis propias sinrazones
nace mi desasosiego;
¡con tanto rigor castiga
amor a quien le hace fieros!
Don Diego estará enojado,
¿quién lo duda? Bien merezco
que no venga ni me hable;
que quien con tan poco acuerdo
usó desprecios, es justo
que experimente desprecios.
Yo sola tengo la culpa.
LOPE. ¡Hola! Parece que abrieron
la ventana, o lo he soñado:
¡sueñecito, no burlemos!
LEONOR. Gente siento, ¡ay, Dios! ¡Si fuese
don Diego el que miro!
LOPE. ¡Ciertos
son los toros! Leonor es.
¡Vive Cristo, yo me llego!
¡Ce, ce!
LEONOR. ¿Es don Diego?

(1) Texto: "asuelvo".

LOPE. ¿Pues quién
ha de ser, sino don Diego?

LEONOR. ¡Lope, seas bien venido!
¿Cómo no llega tu dueño?
Estará muy enojado
conmigo.

LOPE. ¿Pues no tenemos
razón?

LEONOR. Sí, Lope; mas ya
a satisfacerle vengo.
Bien puede llegar.

LOPE. No puede.

LEONOR. ¿Por qué no?

LOPE. Porque le dejo
a la vuelta de esta calle
con un cierto caballero
hablando, y hasta que yo
le dé aviso, ten por cierto
que no vendrá.

LEONOR. ¿Tanto importa
lo que habla?

LOPE. Es un mozuelo
que puede enfadar al diablo,
y está contándole cuentos
toda esta noche. Yo voy
a darle aviso.

(*Vase.*)

LEONOR. Aquí espero.
Mucho don Diego me obliga,
pues olvidando y sufriendo
mis enojos, da a entender
la fineza de su pecho.
Cuerda elección hizo el alma;
con justa razón le quiero.
¡Oh! Lo que obliga el valor!

(*Sale* DON JUAN.)

D. JUAN. Sólo el escándalo temo.
Que aunque con seguridad
rondar esta casa puedo,
por pariente de doña Ana,
mi prima, esta vez más vengo
por amante de Leonor.

LEONOR. ¿Sois vos?

D. JUAN. Yo soy. (Los requiebros (*Ap.*)
de hoy han obrado; ya estaba
aguardándome.)

LEONOR. Acá dentro
hablaremos más seguros,
si queréis entrar.

D. JUAN. Sí quiero.
(¡Hay dicha como la mía!
Por encogido y por necio
no ha sido mía Leonor
hasta ahora.)

(*Asómase* LEONOR *a la puerta.*)

LEONOR. ¡Entrad!

D. JUAN. Ya entro.

(*Sale* DOÑA ANA *y* DON DIEGO.)

ANA. Esta es violencia de amor;
que no la juzguéis, os ruego,
facilidad.

D. DIEGO. Yo os estimo
ese amor y le agradezco.
Pero, ¿cómo, si a Leonor...

ANA. ¡Mi padre, mi padre! ¡Tiemblo!
Muerta soy, perdida soy:
por quien soy, por lo que os quiero,
os pido que os escondáis.
Yo volveré a veros luego.
¡Presto! En este camarín;
cerrad vos por allá dentro.
¡Válgame vuestro valor!
¡Mirad mi peligro!

D. DIEGO. ¡Cielos!
¿Es encanto? Ya me escondo.
¿Volveréis presto?

(*Vase.*)

ANA. Al momento.

(*Sale* DON LUIS *con una luz.*)

D. LUIS. Las proprias obligaciones,
los cuidados, los recelos,
son enemigos forzosos
y quitan al hombre el sueño.
Cuidado es tener familia,
tener hijas no es el menos.
Ana, ¿qué hacéis aquí a solas?
¿No es hora de recogeros?

ANA. Sí, señor.

D. LUIS. Venid conmigo;
tomad esa luz. ¡Qué presto

(*Dale la vela, y al tomarla, como turbada, la deja caer.*)

se os cayó!

ANA. ¡Soy desdichada!

D. LUIS. No lo tengáis por agüero.
Mas, al menos reparad,
anticipando escarmientos,
qué presto se queda a oscuras

quien anda con poco tiento.

(*Vanse.*)

(*Sale* LEONOR, *defendiéndose de* DON JUAN.)

LEONOR. ¿Hay tan gran descortesía?
Esto es fuerza.

D. JUAN. Habrá de serlo,
pues vos queréis que lo sea.

LEONOR. Primero, ¡viven los cielos!,

(*Sácale* LEONOR *la espada a* DON JUAN.)

ese pecho y esa vida
romperá este mismo acero,
que tal consienta; que soy
mujer principal, y tengo,
demás de tener honor,
valor para defenderlo.

D. JUAN. Pues, Leonor, ¿tú no me abriste?

LEONOR. Es engaño manifiesto,
y traición; yo abrí la puerta
para don Diego, que es dueño
de mi vida y de mi honor.

D. JUAN. Pues, señora, ya estoy dentro.
No des lugar a violencias,
admite corteses ruegos;
solos estamos los dos.

LEONOR. Poco importa que lo estemos.

D. DIEGO. Leonor es ésta, y don Juan
el que la agravia. Reviento
por salir.

D. JUAN. ¡Mi bien, Leonor!

LEONOR. Don Juan, don Juan, ya os advierto
que os tengáis, que he de mataros.

D. JUAN. ¡Cruel estás!

LEONOR. ¡Vos grosero!

D. DIEGO. ¡Con qué valor se defiende!

D. JUAN. Más me matan tus desprecios.

LEONOR. ¿No os vais?

D. JUAN. Estáis enfadosa.
En fin, mi bien, ¿dais en eso?
Pues veamos cómo viene
don Diego a favoreceros
y a libraros de mis brazos.

(*Sale* DON DIEGO.)

D. DIEGO. Yo sé que lo hará don Diego,
y que no la ofenderá
el mundo.

LEONOR. ¡Esposo!

D. DIEGO. Bien veo
tu resistencia, Leonor.
Pero a vos...

D. JUAN. No alborotemos
la casa, si sois servido.
Don Diego, el amor es ciego.
Yo quise bien a Leonor,
es verdad; mas tan secreto
ha sido mi amor en mí;
aun no ha habido atrevimiento
para decirlo a ella misma,
ni yo he creído, os prometo,
que pasase vuestro amor
de un lícito galanteo.

D. DIEGO. ¿Pues cómo entrasteis aquí?

LEONOR. Porque yo le abrí, entendiendo
que érades vos, como estaba
el criado en el terrero
y dijo que iba a avisaros.
Pero a vos, ¿quién os ha puesto
en el camarín?

D. DIEGO. Después
prometo satisfaceros.

D. JUAN. Don Diego, mi vida pongo
a vuestros pies. Sabe el cielo
que mi ánimo no ha sido
de agraviaros y ofenderos,
sino de ser de Leonor
dueño y esposo, creyendo
su gusto con libertad,
y su libertad sin dueño.
Mas ya que sé que lo sois,
el parabién del empleo
os doy, y prometo ser
vuestro amigo muy de nuevo.
Y para que conozcáis,
que estos no son cumplimientos,
esta noche habéis de darle
la mano, que yo os prometo
negociarlo con mi tío.

D. DIEGO. Tanto, don Juan, lo deseo,
que podréis luego mandarme
y llamarme esclavo vuestro.

D. JUAN. Yo lo soy, y vuestro amigo.
No os vais de aquí, que ya vuelvo,
y habéis de ver esta noche
las novedades que emprendo.

LEONOR. Ahora, don Juan, tomad
vuestra espada, que ya tengo
quien me ampare.

D. JUAN. Vos sabéis
ofender y defenderos.

(*Vase.*)

LEONOR. ¿No me dirás cómo estabas
escondido?

D. DIEGO. No lo entiendo.
Doña Ana me abrió, diciendo
que tú, mi bien, me aguardabas;
pero viendo que tardabas
quise, ofendido, volverme;
venía su padre, y verme
pudiera.
LEONOR. Si no te vió,
ventura fué.
D. DIEGO. En fin, entró,
y fué forzoso esconderme.
LEONOR. Mi dicha fué que estuvieras
escondido donde vieses
mi valor, porque salieses
de dudas y de quimeras.
D. DIEGO. ¿Y cómo te defendieras
si yo no me hallara aquí?
LEONOR. ¿Luego no hay valor en mí?
D. DIEGO. ¡Quizá el valor se cansara!
LEONOR. Le matara o me matara,
antes que ofenderte a ti.

(*Salen* DON LUIS, DOÑA ANA *y* DON JUAN.)

D. JUAN. Entrad, señor don Luis.
ANA. Yo soy perdida.
D. LUIS. ¿Qué es esto?
D. JUAN. Esto es que Leonor está
concertada de secreto
con don Diego.
D. LUIS. ¿Así se pierde
el decoro y el respeto
a esta casa? ¡Vive Dios!...
D. JUAN. Señor don Luis, teneos.
Ahora es tiempo de mostrar
la prndencia y el buen seso;
no deis lugar a pasiones;
esto no tiene remedio.
Leonor está bien casada;
don Diego es gran caballero.
D. LUIS. Bien está. Pero, Leonor,
¿no fuera bien que primero
se trataran estas cosas?
LEONOR. Señor, mi culpa confieso.
D. DIEGO. Mucho siento disgustaros.
D. LUIS. Yo os perdono, y agradezco
a Leonor que sus errores
tuviesen tan buen acierto.
D. JUAN. Y porque salga mi tío
de cuidado tan molesto,
ya que César determina
volverse a las Indias, quiero
dar a mi prima la mano
con su gusto. ¿Ana?
ANA. Yo la aceto,
si mi padre da licencia.
D. LUIS. Ya sabéis que ese concierto
ha días que se trató,
y vos, por otros intentos,
le alterastis.
D. JUAN. Es así;
mas ya se pasó ese tiempo.
ANA. Yo gano mucho en serviros.
D. JUAN. Yo estoy loco de contento.
Y porque a nuestra amistad
demos nudo más estrecho,
quiero ser vuestro padrino.

(*Dan golpes dentro, y sale* JACINTA.)

JACINTA. Las puertas están hundiendo
a golpes.
D. DIEGO. Si es Lope, abridle,
que ha sido fiel compañero.

(*Salen* JACINTA, *y* LOPE.)

LOPE. Vive Dios, que cuando vi
el alboroto y estruendo,
y las voces, quise dar
con las puertas en el suelo,
que entendí que te mataban;
¿en efecto, no estás muerto?
D. DIEGO. No, Lope, sino casado.
LOPE. Pues haz cuenta que es lo mesmo,
y será cuenta muy cierta.
¡Bueno es dejarme al sereno
y entrarse a casar!
D. DIEGO. ¿Qué quieres?
LOPE. Venturoso yo que llego
tarde al casar.
LEONOR. No tan tarde,
que Jacinta...
LOPE. ¿En fin, no puedo
escaparme?
D. DIEGO. No es posible.
LOPE. ¿No? Pues paciencia, y apelo
para el capuz.
JACINTA. ¡Malos años!
D. LUIS. Venid, porque concertemos
estas bodas.
D. DIEGO. Esto ha sido
Querer más y sufrir menos.
Las faltas disimulad
de este amante atrevimiento
de aquel que desea serviros,
que esto le basta por premio.

FIN.

COMEDIA FAMOSA (1)

DE

QUIEN BIEN AMA TARDE OLVIDA

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES:

LUDOVICO, *Conde de Nola.*
ALBERTO, *Príncipe de Capua.*
ALMIRANTE, *viejo.*
El REY.
El PRÍNCIPE DE SALERNO.
ALIARDE, *moro.*
Un PATRÓN.
Un PORTERO.
ELVIRA.
AURORA, *dama.*
TECLA, *criada.*
BORDÓN, *criado.*

ACTO PRIMERO

(*Salen* LUDOVICO, *Conde de Nola;* ALBERTO, *Príncipe de Capua, y* BORDÓN, *su criado.*)

ALBERTO. Ya es razón que me digáis,
Conde, lo que me queréis;
que tan confuso miráis,
tan turbado respondéis
y tan sin aliento habláis,
que a no ser tan fiel amigo
como sois, imaginara
que queréis reñir conmigo.

LUDOVICO. Si el alma tal intentara,
fuera mi muerte el castigo,
pues la vida que poseo
sólo, Príncipe, la estimo
porque en serviros la empleo.

ALBERTO. Cuando yo más os animo (2),
salís con nuevo rodeo.
Dejad ese cumplimiento,
Conde Ludovico, aparte;
decid vuestro pensamiento,
dadme en vuestra pena parte,
declaradme vuestro intento.
Abrid con seguridad
vuestro pecho, confiado
en nuestra grande amistad.

LUDOVICO. Pues que me habéis animado,
príncipe Alberto, escuchad.
Entre amorosos engaños,
dentro en mi pecho nacidos,
y engañando desengaños
vivo, presos los sentidos
entre la flor de mis años.
Y es (1) mi amorosa pasión
tal, que robando la vida
suspende mi corazón,
pues con el alma rendida
y con inmensa afición
adoro a Elvira, y en ella
contemplo una tigre airada,
si bien una imagen bella,
que a su deidad consagrada
tiene la mayor estrella.
Razón la di de mi amor,
y mi afición despreciando,
prueba el alma su rigor
cuando está sacrificando
víctimas a su favor.
Y sé yo que, a mi despecho,
este fiero cocodrilo
dueño del alma os ha hecho,
dando a mis ojos un Nilo,
como un volcán (2) a mi pecho.
Sois amado de quien soy
en extremo aborrecido,
y cuando al alma le doy,

(1) A: Parte XXII, Zaragoza, 1630; B. ms. 15702 de la Biblioteca Nacional de Madrid.
(2) A: "Cuando a lo propio me animo".

(1) B: "Es".
(2) B: "cuando un volcán".

sepulta en eterno (1) olvido
lo que padeciendo estoy.
Vos, Príncipe, me habéis dado
razón de vuestro cuidado,
y de que estimáis a Aurora,
que al proprio sol enamora,
en su hermosa luz bañado (2).
Y pues paga vuestro amor,
y es prima Aurora del Rey,
mostrad a Elvira rigor,
cumplid de amistad la ley,
y despreciad su favor.
Desengañad a mi Elvira,
Príncipe amigo, y el alma
que adorándola suspira
trocará (3) en viento la calma
y en dulce vida la ira.
Y a vuestra grande amistad,
honrada con laurel (4) sacro,
en prueba de esta verdad
erigiré (5) un simulacro,
émulo a la eternidad.

ALBERTO. Digo que tenéis razón,
y es justo que os dé cuidado
tan mal fundada afición;
demás (6) que he desengañado
a Elvira en otra ocasión.
Pero yo os juro por Dios
que si volvemos los dos
a hablar otra vez aquí,
que ella me aborrezca a mí
y que os quiera bien a vos.
Porque desengaño tal,
y tan resuelto desdén,
no le verá el mundo igual.

LUDOVICO. Ya tengo (7) cierto mi bien.

BORDÓN. Y yo más cierto tu mal.

ALBERTO. ¿Mi mal? ¿Pues por qué razón?

BORDÓN. Por un consejo o conseja
que tengo en cierta instrución,
que me dió una astuta vieja,
a quien tuve yo afición.
No le desprecies por ser
de vieja, y no de hombre grave,
este sutil (1) parecer,
que una destas viejas sabe
más que el propio Lucifer.

ALBERTO. Dilo.

BORDÓN. Empezaré el papel
que encomendé a la memoria,
hasta que tope con él.

LUDOVICO. Di, pues.

BORDÓN. Vayan con la historia,
que así dice el arancel:
No sigas al que va huyendo,
ni des la muerte al rendido,
ni te canses pretendiendo,
ni imagines que hay olvido
en quien estás ofendiendo;
ni confíes en tus pies,
ni en el más tranzado arnés
si a sacar la espada vas;
ni pidas celos jamás,
ni a noble honrado los des,
ni en amorosa conquista
digas lo que el pecho labra,
ni desmientas a tu vista,
ni des crédito a palabra
de astrólogo ni alquinista (2);
ni pleitees con jüez,
des del rey la libertad,
que es dar cuatro mil por mil;
ni fíes en amistad
de escribano o alguacil,
ni por una incierta gloria
desprecies lo necesario,
ni uses mal de la victoria,
ni mientas muy de ordinario
si te falta la memoria,
ni pleitees con juez,
ni te alabes de homicidio (3),
ni contrates con doblez,
ni te hagas cuervo de Ovidio
si te alcanza la vejez,
ni pierdas buena ocasión
en venganza o afición,
ni a mujer secreto fíes,
ni si apostares porfíes,
ni fuerces tu inclinación,
ni creas la que te llora,
ni quieras vidas saber,
ni envidies al que atesora,

(1) B: "estremo".
(2) B: "al mismo sol enamora
en su hermosura dañado".
(3) B: "trocaré".
(4) B: "del laurel".
(5) B: "eligiré".
(6) B: "y más".
(7) B: "Yo tengo."

(1) A: "es de sutil".
(2) A: "o elquimista".
(3) B: "homicida".

ni desprecies la mujer
que sabes tú que te adora.

LUDOVICO. ¡Ay, Bordón, que al alma mía,
mata de Elvira el rigor!

BORDÓN. Porfíe vue señoría (1),
que la victoria de amor
sólo estriba en la porfía.
Y así como la salud
al físico está sujeta,
al morir la juventud,
a la pobreza el poeta,
a la invidia la virtud,
los sucesos a los hados,
el más leal a un traidor,
a los años los estados,
a una vil lengua el honor,
la justicia a los letrados,
a suerte la valentía,
a pesares la alegría,
y al sabio cualquier planeta,
así el amor se sujeta
a una constante porfía.

LUDOVICO. Grande filósofo es
vuestro español.

ALBERTO. Es leal,
como entendido.

BORDÓN. Los pies
te beso por merced tal;
yo, señor, soy cordobés,
y madre que leche dió
a Séneca y a Lucano,
a sus pechos me crió.

LUDOVICO. ¿Que eres, Bordón, castellano?

BORDÓN. (2) Y andaluz.

ALBERTO. Préciole yo
mucho, Conde, por discreto,
y porque es hombre de humor,
y hace burlas, os prometo,
sutiles, y en el valor
es valiente, y es secreto.

LUDOVICO. Notable es el español.

BORDÓN. Aquí Aurora, mi señora,
viene.

ALBERTO. Tú de su arrebol
has sido el lucero ahora,
si no aurora de su sol.
Idos con Dios, Conde amigo,
y vedme en otra ocasión;
que viene el norte a quien sigo,
y el secreto y la afición
nunca admitieron testigo.
¡Adiós, adiós!

LUDOVICO. El os dé
dicha, como para mí
la deseo.

ALBERTO. Cumpliré,
Conde, lo que os ofrecí;
a Elvira claro hablaré.
Por vida de Aurora os juro
que la desengañe tanto,
que estéis de su amor seguro.

LUDOVICO. Tal dicha os dé el cielo santo
como para mí procuro.

(*Vase, y salen* AURORA, *dama, y* TECLA, *criada suya.*) (1)

TECLA. Aquí está el príncipe Alberto.

AURORA. Pues a buena ocasión salgo.

TECLA. Y está con él el hidalgo
español; mi bien es cierto.

ALBERTO. Ausente de tu hermosura
sin luz estuve hasta ahora,
porque faltando la Aurora
todo ha de ser noche obscura.
Con la Aurora está la rosa
de olor y hermosura llena,
y con ella la azucena
más cándida y más hermosa.
Con ella afrenta el clavel
al rubí más encendido;
con ella sube atrevido
el pámpano en el laurel.
Con ella como a su centro
corre el arroyuelo al mar,
y con ella del azahar
sale el olor al encuentro (2).
Y el alma de quien ausente
estaba de vos ahora,
por imitar al Aurora
ríe y llora juntamente.
Y retratando a porfía
mi alma su amanecer,
riendo está de placer
y llorando de alegría.

AURORA. Notable encarecimiento
de los efetos de amor.

ALBERTO. Quilatado su valor

(1) A: "V. señoría".
(2) B: Sigue hablando Ludovico.

(1) B: ("*Vase, y salen* TECLA *y* AURORA.")
(2) A: "corre olor sutil de encuentro".

excede al entendimiento.
Que es mi amor apreciativo,
cuanto tierno, y deste modo
de la afición él es todo.

(*Dice aparte.*) (1)

AURORA. Justamente por ti vivo.
¡Qué discreto! ¡Qué galán!
Eres, por ser milagroso,
del amor centro dichoso,
del corazón piedra imán.

ALBERTO. Besarte quiero los pies
por tal merced y favor.

AURORA. ¡Príncipe Alberto, señor!

ALBERTO. Suplícote me lo des.

AURORA. Presto el cielo soberano,
premiando tu amor y fe,
te dará, Alberto, no el pie,
sino de Aurora la mano.

ALBERTO. Hermosa Aurora, mi amor
que al veloz tiempo importuna,
de la inconstante fortuna
teme el mudable rigor.
Porque bienes dilatados
a quien desdichas alcanza,
disminuyen la esperanza
y acrecientan los cuidados.

AURORA. Está mi amor más seguro
que excelsa roca en la tierra,
que árbol frondoso en la sierra,
que verde yedra en el muro.
Y es mi amor tan sin segundo,
que más me alegra y ufana
ser princesa capuana
que reina de todo el mundo.
Olvida, Alberto, recelos,
pues el alma te ofrecí.

ALBERTO. ¿Que tanto bien merecí,
justos y piadosos cielos?
¡Dichoso mil veces yo!

BORDÓN. Y yo dos mil desdichado,
que aun a mirarme no ha alzado
los ojos.

TECLA. ¿No lo ve?

BORDÓN. No,
que no es posible que vea
quien tal ingratitud ve.

TECLA. Pues si apenas quién es sé,
ni sé para qué se emplea
en quererme, ¿no hago bien?

(1) Falta esta acotación en B.

BORDÓN. Para matrimonio santo,
Tecla, te adoro, y me espanto
que me trates con desdén.
Que aunque sirvo poco ha (1)
al Príncipe, mi señor,
me tiene notable amor.

TECLA. El pelo lo dice ya.
Dime cómo es tu apellido.

BORDÓN. Bordón.

TECLA. No tengo afición (2),
porque nombre de Bordón
no es bueno para marido.

BORDÓN. ¿Pues por qué razón es malo?

TECLA. Porque es negocio importuno
tu nombre, pues todo es uno
el ser Bordón y el ser palo.

BORDÓN. También para la vejez
es importante el bordón.

TECLA. ¿Cierto tiénesme afición?

BORDÓN. Yo me enamoro esta vez.
Oye aparte, y te diré
lo que te adoro y te quiero.

ALBERTO. Verás, señora, primero
a un hombre noble sin fe;
verás la nieve abrasar,
el fuego al agua ofender (3),
sujeto el mayor poder,
tierno el monte (4), seco el mar,
sin luces el firmamento,
los elementos sin guerra;
verás ligera la tierra,
y verás pesado el viento,
sin pena al que el mar divide,
al tiempo volver atrás,
y al sol obscuro verás,
primero que yo te olvide.

AURORA. Primero verás, señor...

BORDÓN. Dile que a Su Majestad,
y dirás mayor verdad,
que el Rey viene.

ALBERTO. ¡Qué rigor!

AURORA. ¡Mi primo! Príncipe, adiós.
Ven, Tecla.

(*Vanse* AURORA *y* TECLA.) (5)

ALBERTO. Adiós, mi señora.

(1) B: "por acá".
(2) B: "Tenme mi afición."
(3) A: "el fuego helando ofender".
(4) B: "tierno el yerro".
(5) B: ("*Vanse las dos.*")

Ya se ha anublado mi aurora.
BORDÓN. Y aun la aurora de los dos.
ALBERTO. ¿Dónde está Su Majestad?
Haste engañado, Bordón.
Perdí una buena ocasión
sólo por tu necedad.
¿Y el Rey?
BORDÓN. V. Excelencia (1) espere,
que no es Enrique Tercero
rey en manos de fullero,
que le saca cuando quiere.
ALBERTO. El Rey es; tiéneme loco
de mi amor el dulce centro.
BORDÓN. Sin duda que es rey de encuentro,
según viene poco a poco.

(*Sale acompañamiento; el* ALMIRANTE, *viejo, y el* REY.) (2)

REY. Al Príncipe buscad luego;
decid que tengo que hablalle.
ALMIR. Vuestra Alteza puede honralle,
que aquí está Alberto.
ALBERTO. Yo llego.
Deme Vuestra Majestad
su mano.
REY. Príncipe, primo,
aquesa humildad estimo.
¡Levantaos del suelo; alzad!
Almirante, salíos fuera.
ALMIR. Vamos, caballeros.
BORDÓN. Vamos.

(*Vanse todos; quedan el* REY *y* ALBERTO.) (3)

ALBERTO. Vete, Bordón.
REY. Pues ya estamos
solos, el alma quisiera
descubrirte, y enseñarte,
príncipe Alberto, mi pecho.
ALBERTO. Sobrada merced me has hecho,
empezando a declararte.
REY. No es mucho (4), que vales tanto
por discreto consejero,
que de ti mi bien espero.
ALBERTO. De tanta merced me espanto.
REY. Pretendo fiar de ti
un consejo y un secreto.
ALBERTO. A tu gusto estoy sujeto.
REY. Pues escucha atento.
ALBERTO. Di.
REY. Príncipe de Capua, en quien
mis esperanzas he puesto,
por ser tú sólo entre todos
el amparo de mi reino,
escucha a tu Rey y mira
como noble, como cuerdo,
lo dulce del corazón
y lo abrasado del pecho.
Por asegurar mi estado
sobre montes de deseos,
a una deidad celestial
consagro mis pensamientos.
Y siendo fuerza elegir
esposa, quiero primero,
que me des, Príncipe amigo,
como tan sabio, consejo:
que bien sabes tú y el mundo,
que ha visto tantos sucesos,
que no está firme un estado
si le faltan herederos.
ALBERTO. (El Rey trata de casarse, (*Ap.*)
y que me ha de elegir creo
por Embajador a España.
¡Yo soy dichoso en extremo!)
Diga Vuestra Majestad
su gusto; que yo le ofrezco,
por hacerle, de perder
cuanto valgo y cuanto puedo.
Si la Infanta de Castilla
pretende, y permite el cielo
que yo sea embajador,
honrar a Nápoles pienso.
REY. De más cerca el sol me abrasa,
que este Palacio soberbio
es su Eclíptica, y en él
adoro sus rayos bellos. (*Aparte.*)
ALBERTO. ¿En el Palacio? (El temor
me ha puesto como de hielo.)
Perdone tu Majestad
porque a preguntar me atrevo
quién es a quien tanta dicha
le han concedido los cielos.
REY. Es un ángel, es un sol;
pero ¿por qué me detengo?
Aurora es mi bien, amigo.
ALBERTO. ¿Quién, señor?
REY. Aurora, Alberto.
¿No te parece que el alma

---

(1) B: "vueselencia".
(2) B: ("*Salen el* REY, *el* ALMIRANTE, *viejo, y acompañamiento.*")
(3) B: ("*Vase el* ALMIRANTE *y demás.*")
(4) A: "no es mucha".

en hermoso cielo tengo?
ALBERTO. (¿Hay hombre más desdichado? (1)
Subí gallardo y soberbio
al cielo de los favores,
y caigo (2) humilde y deshecho.)
REY. ¿No me respondes? (3)
ALBERTO. Señor,
que me declares espero
tu pensamiento.
REY. Bien dices;
a eso voy; escucha atento.
Es mi prima, y ella hereda
a Nápoles si yo muero
sin hijos, y si es mi esposa
pierdo mil vanos recelos.
Demás que por su hermosura
merece el mayor imperio
de cuantos hoy en el orbe
registra la luz de Febo.
Por mi amor y su belleza
juntar, Príncipe, pretendo
el oro de mi corona
al oro de su cabello.
Dime lo que te parece.
ALBERTO. (Fortuna ingrata, ¿qué es esto?
¿Qué mudanza tan veloz (*Aparte.*)
en mis venturas has hecho?
El Rey a su prima adora
cuando en el alma la tengo;
él, amante, la procura
cuando amando la pretendo.
El la quiere, yo la sirvo;
él la estima, yo la precio;
él la ama, yo la adoro;
él penando, yo muriendo.
Y en tan infelice estado
tengo de darle consejo.
¿Hay confusión más extraña?)
REY. ¿Qué imaginas?
ALBERTO. Señor, temo
lo que un filósofo dijo.
REY. ¿Qué dijo?
ALBERTO. Que nunca el cuerdo
aconsejase en amor,
amistad, o casamiento:
en amor, porque no admite
clara luz el rapaz ciego;
en amistad, porque hay pocos
amigos del alma buenos;
y en casarse, porque consta
de dos ánimos diversos,
y es casi imposible cosa
ser iguales en ingenio,
en calidad y en amor;
y en faltando en algo desto,
dudo la paz del casado,
si bien sé por mil ejemplos
que no llegan a los reyes
estos penosos sucesos,
que son dioses en la tierra (1),
y como al que está en el cielo
se han de obedecer callando,
sin andarles inquiriendo
las cosas, sino juzgar
las causas por los efetos,
que son dioses, como digo,
y, siéndolo, te prometo...
(Turbado estoy.)
REY. No prosigas.
¿De qué te turbas, Alberto?
¿Qué dudas? ¿Qué te acobarda?
ALBERTO. Dame, señor, algún tiempo,
y te podré responder (2).
REY. No, amigo, no es tiempo deso.
Si llevando una embajada
Pompilio Octavio del pueblo
romano a Antíoco (3), rey,
le dijo grave y severo:
"Yo veré lo que pedís",
y entonces el noble viejo,
con un báculo de caña
hizo un círculo en el suelo,
diciendo: "No has de salir,
Rey invicto, deste cerco,
que primero no respondas
a lo que tengo propuesto),
mejor podré yo a un vasallo
obligarle a que al momento (4)
me diga aquí lo que pasa.
No ya consejo pretendo,
sino saber solamente
con qué ocasión, con qué intento
te turbas, cuando te trato
de Aurora, en quien tengo puestos
los ojos.

(1) B: "tan desdichado".
(2) B: "ya caigo".
(3) B: "respondéis".

(1) A: "dioses de la tierra".
(2) B: "te podré aconsejar".
(3) B: "Antonino".
(4) B: obligaros al momento".

ALBERTO. Señor, escucha.
REY. Di lo que te mando luego (1),
so pena de mi desgracia.
ALBERTO. (¿Hay más extraño suceso?) (*Ap.*)
Bien sabes que el mundo todo,
desde el punto de su centro (2)
hasta el cielo, da el amor
como tributario feudo,
que por eso le llamaron
el alma del universo (3),
y bien sabes que las fieras (4),
árboles, montes y vientos,
aves, peces y animales
aman todos.
REY. Bien entiendo
este amor.
ALBERTO. Pues si lo entiendes,
no te admire que suspenso
y turbado te responda.
REY. ¿Pues tienes amor?
ALBERTO. Sí tengo.
REY. ¿A quién, Príncipe?
ALBERTO. ¡Señor!
REY. Dí, no te turbes; di presto (5)
a quien amas.
ALBERTO. Las estrellas
que Aurora tiene en su cielo
en mí influyeron amor;
mas no, desdicha influyeron.
REY. ¿Así que a mi prima adoras?
(En un abismo estoy puesto
de confusión. ¿Qué he de hacer?
Intento un heroico hecho.
Quiero imitar a Alejandro;
mi Aurora le daré a Alberto,
como Alejandro a Campaspe.) (6)
¿Príncipe?
ALBERTO. ¿Señor?
REY. (¿Qué intento? (*Ap.*)
Si yo muero por mi prima (7),
¿he de ofrecella? Primero
quiero saber en qué punto
están sus nobles deseos,
y si es amor muy fundado,
casarlos es lo más cierto;
y si ha poco que la sirve,
que mude de pensamiento.)
¿Adviertes?
ALBERTO. ¿Señor?
REY. Escucha;
dime verdad, que te ofrezco
honrarte si me la dices.
Por tu vida, ¿ha mucho tiempo
que a mi prima sirves? Dilo,
y si ofrece a tu amor premio.
ALBERTO. (¿Qué le diré, cielo santo?) (*Ap.*)
No, señor; que no me atrevo
a declararla (1) mi amor.
REY. ¿Luego no sabe tu pecho?
ALBERTO. No lo sabe.
REY. Pues humilla
tus soberbios pensamientos;
al cielo de su hermosura,
no suban ya tus deseos,
que esto te manda mi gusto
y esto le importa a mi reino.
No trates de Aurora más,
borra su imagen del pecho,
saca su amor de tu alma
en público y en secreto.
Y sobre todo te encargo
que esté en perpetuo silencio
lo que he pasado contigo,
pues sólo es testigo el cielo.
Y si acaso con los ojos,
que es, Príncipe, lo más cierto,
le has (2) declarado tu amor
con amorosos afectos,
no la des razón ahora
de la causa ni los medios
por que dejas de servilla,
que esto importa y esto quiero.
ALBERTO. Harélo así.
REY. ¿Por mi vida?
ALBERTO. Por tu vida lo prometo.
REY. Pues a mi cuenta estará
de hoy más tu acrecentamiento.
Y pues de Túnez el Rey
rompió las paces soberbio,
y a Tarundante, su hermano (3),
general contra mí ha hecho,
yo a ti, Príncipe, te hago

(1) A: "di que te mando luego".
(2) B: "punto que fué centro".
(3) Estos dos últimos versos faltan en B.
(4) A: "bien sabes, Rey, que las fieras".
(5) A: "dilo presto"; B: "dime presto".
(6) A: "mi prima le daré a Alberto
como el otro dió a Campaspe".
(7) A: "mi prima que tanto adoro".

(1) B: "declaralle".
(2) B: "la has".
(3) B: "y ya Amurates, su hermano".

mi general. Parte luego
con las cuarenta galeras,
que hoy han entrado en el puerto.
De Isela toma diez naves;
con ellas antes que el cielo
ilustre otra vez el sol,
sulca (1) el salado elemento,
busca al moro y la batalla
le da al punto.

ALBERTO. Tus pies beso
por tal merced.

REY. Y otra vez
vuelvo a encargarte el secreto.
(Con la ausencia olvidará
su empezado amor.)

ALBERTO. Los cielos
te den mil siglos de vida,
como le importa a tu reino.

(*Vase el* REY.)

Tan desdichado nací,
que en la más alta ocasión
que intentó mi pretensión,
cuando ella (2) subió, caí.
Puesto en el cielo me vi;
seguro en él pensé estar;
pero ya vengo a alcanzar
que no está sin mal el bien,
ni está el amor sin desdén,
ni el contento sin pesar.
La suerte el Rey me ganó;
yo quedé con el tormento;
él en menos de un momento
deseó, llegó y venció.
¡En feliz hora nació;
gran dicha el cielo le ha dado!
Mas yo soy tan desdichado,
y en tal mal punto nacido,
que en un momento he perdido
lo que en un siglo he ganado.
Mas no puedo yo decir
a Aurora que el Rey mandó
que la olvidase; no, no (3).
¿Pues qué puedo hacer? Morir.
Quiero un papel escribir,
y, con una enigma, en él
significar mi amor fiel;
pues al Rey palabra he dado

(1) B: "surca".
(2) A: "allá".
(3) B: "que la olvidase, si, no".

de no decir mi cuidado,
cifre mi pena un papel.
Quédate adiós, prenda amada;
que entre olas ciento a ciento,
el turquesado elemento
me hará sepultura honrada.
Y plegue a Dios (1) que la armada
de quien general me ha hecho
el Rey, aunque a mi despecho,
de Boreas la fiera boca
la embista a una parda roca
tan firme como mi pecho.

(*Vase y sale* LUDOVICO.)

LUDOVICO. De aquí el Príncipe ha salido
al tiempo que Elvira hermosa
entraba. Dichoso he sido
si admite la fe amorosa
con que tanto la he servido.
Ya la habla. El cielo quiso
que mis pensamientos fuesen
a dar a mi amigo aviso.
Pílades y Orestes cesen;
cesen Eurialo (2) y Niso,
pues no vió el sol en su esfera (3),
amistad tan verdadera
como la de Alberto y mía,
desde que preside el día
en signífera (4) carrera.
Ya se despiden. El cielo
me dé sentencia en favor,
porque temiendo, recelo
que al incendio de mi amor
cubrirá el desdén de hielo.
Y si mi Elvira querida
se muda, y enternecida
le da a mi amor esperanza,
al templo de la mudanza
ofrecer pienso mi vida.

(*Sale* ELVIRA.)

ELVIRA. (El consejo que me ha dado,
por ser de enemigo, quiero
elegir por acertado;
por quien me aborrece muero,
y quien me ama está olvidado.
Pues es cuanto noble rico

(1) B: "y ruego a Dios".
(2) B: "Urialo".
(3) A: "pues nació el sol".
(4) B: "en inífera".

el gran conde Ludovico,
quiero trocar mi rigor
en favorecido amor.
Aquí está.)

LUDOVICO. Mi mal publico.
Quiero llegar, y recelo
su desdén.

ELVIRA. Sin duda alguna
que le ha vuelto el temor hielo.

LUDOVICO. (¡Favoréceme, fortuna!
¡Dame ayuda, santo cielo!)
¿Cómo está Vueseñoria
de salud y de desdenes?

ELVIRA. ¡Oh, Conde!, la salud mía
al alma da parabienes
de que estima una porfía.

LUDOVICO. ¿Cuándo, Elvira, tu rigor
mi afición ha de vencer?
Ya merece algún favor
de mi porfía el poder
y de mi pecho el amor.
¿Cuándo el bronce o el diamante
podrá de tu corazón
ablandar el mío amante,
que en desdén, no en afición,
eres, señora, constante?

ELVIRA. Conde, yo, para probar
si era vuestro amor fingido,
fingí querer, fingí amar
a Alberto. (La excusa ha sido
como de mujer.)

LUDOVICO. Besar
lo que pisas es razón.

ELVIRA. Ya vuestro amor ha mostrado
una constante afición,
y de hoy más será pagado.

LUDOVICO. Glorias tus desdenes son.
Y así como al navegante (1)
el puerto le da consuelo,
así al venturoso amante (2)
le da vida ver su cielo
con arco de paz triunfante.
Ya me promete mil glorias
el iris (3) de tu hermosura,
y entre amorosas memorias
mil hazañas me asegura
y me ofrece mil vitorias.

ELVIRA. A mi padre el Almirante

(1) A: "el navegante".
(2) B: "el verdadero amante".
(3) B: "el pie".

obligad, y nuestro amor
será dichoso.

LUDOVICO. (El amante (*Ap.*)
que solicita un favor
le alcanza cuando es constante.)

ELVIRA. Adiós, señor.

LUDOVICO. Ya mi vida
es tuya.

ELVIRA. Voy obligada.

LUDOVICO. Yo premiado.

ELVIRA. Yo rendida;
que es mejor amar amada
que amar siendo aborrecida.

(*Vase.*)

LUDOVICO. ¿Hay hombre tan venturoso,
feliz tan afortunado? (1)
No crió el cielo piadoso
hombre menos desdichado,
ni vió amante más dichoso (2).
Voy a buscar a mi amigo,
y contaréle esta gloria,
pues del rigor fué testigo.

(*Sale* BORDÓN.)

BORDÓN. El cielo nos dé vitoria
de tanto moro enemigo.

LUDOVICO. ¡Oh, Bordón, a buscar voy
al Príncipe!

BORDÓN. ¡El parabién! (3)

LUDOVICO. ¿De qué? Que ignorante estoy
de la causa de su bien.

BORDÓN. Contra el moro parte hoy;
el Rey general le ha hecho,
según me han dicho, que yo
no le he visto aún (4).

LUDOVICO. Sospecho
que a su pesar le nombró,
que tiene a Aurora en el pecho,
y su ausencia sentirá.

BORDÓN. Así lo creo, señor.

LUDOVICO. ¿Dónde el Príncipe estará?

BORDÓN. En el Palacio.

LUDOVICO. Su amor
y ausencia pena me da.
Voy a verle (5).

(*Vase* LUDOVICO.)

(1) A: "tan feliz, tan acertado".
(2) B: "tan dichoso".
(3) A: "Es parabién."
(4) B: "aun hoy".
(5) B: "velle".

BORDÓN. Dios te guarde.
Gran contento me ha causado
ir contra el moro cobarde;
cuando salga el sol dorado
he de ilustrar el alarde,
y en la presente ocasión
un amarillo listón
me dará Tecla, sin duda.
Mas ella viene; su ayuda
me dé un caballo frisón (1).

(*Sale* TECLA.)

TECLA. (Aquí el español está.)
BORDÓN. (Quiero hacer que no la vi) (2).
TECLA. ¡Ah, Bordón!
BORDÓN. ¿Dices a mí?
TECLA. A ti digo, claro está.
BORDÓN. No muy claro, no muy claro.
TECLA. ¿Cómo? ¿De qué es la mudanza?
BORDÓN. Un soldado mucho alcanza;
soy de la milicia el faro.
No quiero tratar de glorias
del amor; ya habéis sabido (3)
que vitorias de Cupido
troqué en marciales vitorias.
El mar, galeras y guerra
son mi dama, amor y galas;
ya mis requiebros son balas,
que al agua el fuego destierra.
La Corte no he de ver más;
la guerra pienso seguir,
y allí no os podré servir.
TECLA. ¿Resuelto, Bordón, estás?
Y también resuelta estoy
de no mirarte en mi vida,
que nunca estuve perdida
por ti.
BORDÓN. Creyéndolo voy,
que eres ingrata, señora,
pues cuando (4) picarte quiero
y lagrimitas espero (5),
me sales (6) con eso ahora.
¡Para quien ponga su fe
en ti! ¿Yo me estoy burlando,
y tú verdades hablando?

(1) B: "un amante frisón".
(2) A: "no la veo".
(3) B: "del amor; si habéis sabido".
(4) B: "y cuando".
(5) B: "lagrimoncitas espero".
(6) B: "y sales".

TECLA. Que también yo me burlé.
Toca esos huesos, ingrato.
BORDÓN. Carne quiero, huesos no,
que nunca fuí perro yo.
TECLA. Toca, digo.
BORDÓN. De eso trato,
y de morirme de celos.
TECLA. ¿Celos tú? ¿De quién, Bordón?
BORDÓN. Celos en mi corazón
han derramado los cielos.
Pues en esta breve ausencia
aquel músico extremado,
que lo es del Rey, me ha causado
celos.
TECLA. Pues, Bordón, paciencia.
BORDÓN. Dél tu valor se resista
mientras soy del mar delfín;
mas temo que sois, en fin,
tú Tecla y él organista.
TECLA. Yo seré más que una roca
constante.
BORDÓN. Pues, Tecla mía,
mi amor de tu fe confía,
pon tu zapato en mi boca.
Dame un abrazo.

(*Abrázanse.*) (1).

TECLA. Dos son.
BORDÓN. Cuando tu brazo me enlaza,
me pareces calabaza
pendiente deste bordón.
TECLA. ¿Pues a la guerra se va,
y no me pide un favor?
BORDÓN. Dame un listón de color,
y mi mano te dará
por cada palmo diez moros.
TECLA. ¿Hay español fanfarrón?
BORDÓN. ¿No ves que tray mi nación
con las espadas los oros? (2)
TECLA. Toma, y de mí no te olvides.
BORDÓN. Dame, que eterna estarás
en mi memoria.
TECLA. Serás,
mi bien, español Alcides.
BORDÓN. Un bajá pienso vencer
y a tus pies le he de rendir.
TECLA. Fácil eres en decir.
BORDÓN. Como lo eres tú en hacer.

(1) Falta en B esta acotación.
(2) A: "No ves que hace mi nación
con las espadas los moros?"

Traeréte a tu presencia
una galera y su carga,
como tus promesas larga,
y ancha como tu conciencia;
una sarta de corales,
de perlas tres celemines,
los diamantes que imagines,
marfil que a tu frente (1) iguales;
almaizares (2), almalafas,
albengalas, alcandoras,
veinte moros, treinta moras (3),
telas, granas, sinabafas (4),
un gimio y un avestruz,
trompas, flautas (5), añafiles,
ollas, sartenes, candiles,
higos, pasas, alcuzcuz (6);
un perro, un gato, un compás,
un tordo, un mono, un rocín,
una ballena, un delfín
"y trescientas cosas más".

TECLA. Tanto ofreces, que no fío
de ofrecimientos tan buenos.

BORDÓN. Y eso será lo de menos.

TECLA. Pero de tu amor confío
que te acordarás de mí;
y adiós, que me espera Aurora.

(*Vase.*)

BORDÓN. Adiós, Tecla, mi señora.
En felice hora nací.
Ya parece que me veo
al borde de una galera,
pues que con (7) la espada fiera
mata moros mi deseo.

(*Sale* ALBERTO.)

ALBERTO. ¿Qué me importa, cielo ingrato,
parabienes, norabuenas,
cuando trato de mis penas,
cuando de mis males trato? (8)

BORDÓN. Este es mi señor.

ALBERTO. ¿Que Alberto
no ha de gozar de su Aurora,
que ha seis años que la adora,
y ella le quiere? Estoy muerto.

BORDÓN. El contento le ha sacado
casi de sí, ¡vive Dios!
Yo llego. Hoy somos los dos
tú dichoso y yo (1) premiado.
Mi premio está en la esperanza
del despacho (2) desta guerra;
tú dicha, señor, se encierra
en la amorosa privanza.
Banda bordada ha de haber,
que cruzada (3) por tu pecho,
muestre el favor que te ha hecho
la que ha de ser tu mujer.
Perlas habrá, que cogerlas
podrá quien las atesora,
que son las que llora Aurora,
no lágrimas, sino perlas.
Y por ellas tu jornada
será feliz, y tu vida;
tu ausencia será sentida,
y tu partida llorada.
Será...

ALBERTO. ¿Qué ha de ser, si ya
no hay Aurora, ni hay amor?
Todo será en mí dolor,
y todo pena será.

BORDÓN. ¿Cómo?

ALBERTO. No preguntes nada;
sólo hay, Bordón, en mí mengua;
que en el pecho ni en la lengua
esculpida y pronunciada
puede estar Aurora más.
Mira si hay harto dolor.

BORDÓN. ¿Pues cómo es esto, señor?

ALBERTO. Calla, que prolijo estás.

BORDÓN. Y tú necio, que has dejado
a Elvira, que te adoraba,
por la que dudosa estaba.
¡Bien el amor te ha pagado!
Y tiene muy justa queja,
pues que voluntario fué,
que sin qué ni para qué
a Elvira y Aurora deja (4).
En todas hallas (5) mil motas;
justo será te sujetes,

(1) B: "que tu frente iguale".
(2) A: "almaizales".
(3) B: "treinta moros, veinte moras".
(4) Tela parecida a la holanda, según el *Diccionario* de la R. Academia. En B: "çinadafas".
(5) B: "flautas, trompas".
(6) A: "alcacuz".
(7) A: "pues con".
(8) Falta en B este verso.

(1) B: "yo".
(2) A: "despojo".
(3) B: "enrizada".
(4) B: "a Aurora y a Elvira deja".
(5) B: "halla".

pues que descartas dos sietes,
a que te entren cuatro sotas.
¡Loco está, válame Dios! (1)

ALBERTO. Yo parto a morir. Ciudad,
en quien dejo la metad
del alma, guardadla vos (2),
hasta tanto que las nuevas
de mi muerte a sus oídos
lleguen, que estarán rendidos
del Rey a amorosas pruebas.
Y tú, Rey, que esta jornada
me encargas para mi muerte,
sucédate desta suerte:
piérdase toda la armada;
y plegue a Dios (3) que las olas
aneguen, por tus cautelas,
desde las soberbias velas
hasta humildes banderolas;
y sean las pardas rocas
deste mar que tiranizas,
pira excelsa a mis cenizas (4),
como a mi cuerpo sus focas;
y entre mis nobles intentos,
combatidos destos mares,
den al través mis pesares,
y al traste mis pensamientos.

(*Sale* AURORA.) (5)

AURORA. ¡Detente, señor!

ALBERTO. Ya mide
el mal mi infelice suerte.

AURORA. El alma lágrimas vierte,
el pecho llamas despide.
La nueva de mi desdicha,
de mi muerte la sentencia,
que votaron en mi ausencia,
me fué en mi presencia dicha.
Ya sé mi mal; ya la fama
dice que te vas, señor,
a sepultar de mi amor
entre las olas la llama.
¿Por qué razón, dime, Alberto
te partes a esta jornada?
Tú ensangrentarás la espada
del dolor que ya me ha muerto.
¿No estaba aquí el Almirante?
¿El Conde de Nola es viejo? (1)
El uno es Numa en consejo,
el otro en fuerzas Atlante.
Sólo tú, por darme pena,
este cargo has admitido.

ALBERTO. Nunca el mal es prevenido;
mayor la suerte le ordena
del que imaginas, señora.

AURORA. Bien veo que al poderoso
obedecelle es forzoso;
pero lo que el alma llora
es el peligro a que vas
expuesto, Príncipe mío.

ALBERTO. (Haced lágrimas, un río;
llorad mis desdichas más.
¡Que no he de poder siquiera
decir lo que me han mandado:
que dé al olvido el cuidado,
y en suma, que no la quiera!
No puedo, que lo ofrecí
a mi Rey. ¡Ah, cielo ingrato!
Sacad del alma el retrato,
que con el tiempo esculpí.)

AURORA. Señor, ¿de qué tan suspenso
estás, ya mirando al suelo,
y ya quejándote al cielo?

ALBERTO. Nada tengo, en nada pienso.
Vete, Bordón.

BORDÓN. El criado
como novicio ha de ser,
y callando obedecer
cuando está el amo alterado.

(*Vase.*)

AURORA. Ya estás solo; dime ahora
quién te turba y te suspende,
quién mi firme amor ofende,
quién le alborota.

ALBERTO. ¡Ay, Aurora!

AURORA. Dime luego lo que es esto;
deja tan dudosas pruebas,
que si son malas las nuevas,
aunque tarde, llegan presto.
Advierte que está mi vida,
en ocasión tan forzosa,
fieramente temerosa,
tristemente suspendida.
Y cuando estoy esperando,
mi desventura temiendo,
el alma tengo muriendo,

---

(1) Falta este verso en B.
(2) B: "guardalda vos".
(3) B: "y ruego a Dios".
(4) Falta en B este verso.
(5) B: ("*Vase a entrar y sale* AURORA *al encuentro.*")

(1) B: "el viejo".

los ojos tengo llorando.
¡Príncipe, mi bien, Alberto!
Preguntando (1) temerosa,
es la respuesta (2) dudosa,
sin duda que el mal es cierto.

ALBERTO. (Ya no puedo resistir.)
Yo soy, señora (3), aquel hombre
que puse mis tiernos ojos
en tus dos hermosos soles;
yo soy el que ha tantos años
que merecí tus favores,
adorando tu belleza,
reverenciando tu nombre;
yo soy el que por tu causa
en un torneo una noche
pasmé el mundo con destreza,
empresa, galas y mote;
yo soy el que en una justa
vencí a trece vencedores,
y puse a tus pies (4) los premios,
porque tus plantas los honren;
yo soy a quien tú mil veces
ofreciste en tus balcones
a mis esperanzas premios,
como a mis galas colores;
yo soy el que no ha dos horas
que tuve por flaco el monte
comparado a mi firmeza,
mira si te quise entonces;
yo, Aurora, en fin, soy Alberto,
a quien hoy los cielos ponen
por blanco de sus saetas,
por escudo de sus golpes.
Ya no es posible quererte;
la fortuna lo dispone
de suerte, que mi cabeza
funesto ciprés adorne.
Y quizá pondrá en tus sienes
cercos de oro que coronen
tus altos merecimientos,
dignos de eternos blasones.
No puedo decirte más;
suplícote me perdones,
que lo que es la alma (5) en el cuerpo
es la palabra en los hombres.
Dila de no declararte
tan extrañas confusiones,
que cubren con nubes pardas
del alma los arreboles;
y pues el cielo ha querido
que nuestro amor se malogre,
advierte, señora mía,
puesto que mi fe conoces:
Primero verás trocados
en tiernas plantas los robles,
las aguas en vivo fuego,
en blanda cera los montes,
los riscos en animales,
en altas peñas los hombres,
en humilde tierra el cielo
y el sol en obscura noche,
que veas mi amor mudado;
pues todo el mundo conoce
que amor como piedra imán,
sigue escondido su norte.

AURORA. ¡Espera, señor, escucha,
que esas confusas razones
de mí tan mal entendidas,
cuanto dichas de ti a voces,
suspendiendo mis sentidos
amorosamente ponen
duros grillos en mis pies,
en mis manos blando azogue.
Dime: ¿cómo puede ser
que nuestro amor tan conforme,
sacras estrellas le tuerzan,
ni humanos medios le borren?
Seis primaveras ha dado,
mayo sus pintadas flores,
a los mansos (1) arroyuelos
con que sus orillas borden,
y seis veces doró el sol (2)
las imágenes disformes
que en los celestes zafiros
nuestros sucesos disponen;
y todo este tiempo ha sido
engazados (3) eslabones,
a quien prometió Himeneo (4)
eternizar nuestros nombres.
¿Pues cómo en tan breve espacio
tan bien (5) fundados amores
casi a la vista del puerto

(1) B: "y juntando".
(2) B: "esta respuesta".
(3) B: "señor".
(4) A: "tres pies".
(5) B: "es alma".

(1) B: "a los blancos".
(2) B: "y seis luces de oro el sol".
(3) Entretejidos.
(4) B: "Emineo".
(5) A: "también".

dan en las peñas feroces?
Declárame aquesta enigma,
así contento te goces,
mientras el mar a los ríos (1)
líquidas perlas arroje (2).

ALBERTO. Lo que preguntas, señora,
es justa razón que ignores,
pues puso por medio el cielo
palabra y obligaciones.
Sólo diré que cayó
mi amor, porque al mundo asombre
del cielo de tu hermosura,
a imitación de Faetonte.
Y pues no puedes ser mía,
yo parto veloz adonde
me sirvan de sepoltura
las olas del mar salobre.
Y antes que el sol con su luz
a nuestro hemisferio torne,
y ponga perfiles de oro
por término al horizonte,
sabrás, sin falta, la causa
por quien el cielo dispone
que dividamos un alma
que estuvo en dos corazones.

AURORA. Pues si el cielo, si la tierra,
si el poder de humanos dioses,
que son los reyes, te obligan
a gobernar escuadrones,
y te fuerzan a que olvides
mi amor, y en el mar te ponen
porque tu inocente muerte
imite a Belerofonte,
advierte que antes que olvide
tus infelices amores,
verán tractables los riscos,
hechos jardines los bosques,
sin clara luz las estrellas,
sin niebla escura la noche (3),
sin tierna materia (4) el vidrio,
y sin dura forma el bronce.

ALBERTO. Pues aunque no he de gozarte,
en mí vivirá tu nombre.

AURORA. Y en mí el infinito amor
que en obligación me pone.

ALBERTO. (1) No hará el tiempo en mi mudanza.

AURORA. Ni en mí la fortuna golpe.

ALBERTO. Ni que en mi pecho te olvide.

AURORA. Ni que en mi alma te borre.

ACTO SEGUNDO

(*Salen el* CONDE LUDOVICO *y el* ALMIRANTE.) (2)

LUDOVICO.

Honrásteme, señor, de tal manera,
en darme por mujer a Elvira hermosa,
que darte en pago el corazón quisiera;
pero tiénele ya mi dulce esposa,
y ansí el poderlo dar es imposible,
aunque es esta ocasión más que forzosa.

ALMIRANTE.

Que os pago aquese amor es infalible
con daros por mujer (3) a Elvira bella,
pues es del alma parte indivisible.
La mitad de la vida os doy con ella;
mas puesta, Ludovico, en vuestros brazos,
antes será ganalla que perdella (4).

LUDOVICO.

Ya muero por gozar de sus abrazos,
y que mi cuello ciñan sus cabellos
con rubias trenzas y dorados lazos.

ALMIRANTE.

Alberto, vuestro amigo, os verá en ellos,
que ya viene triunfando (5) de los moros.

LUDOVICO.

Sus valientes soldados son aquellos.

ALMIRANTE.

Serán innumerables los tesoros,
que le ha de dar el Rey.

LUDOVICO.

A verle sale (6).

ALMIRANTE.

Ya se escuchan los pífanos sonoros.

---

(1) A: "riscos".
(2) B: "arroja".
(3) B: interlineado y de otra mano y tinta: "sin blanca nieve los montes".
(4) B: "sin blanca materia".

(1) En B sigue hablando Alberto hasta el fin.
(2) B: ("*Salen el* ALMIRANTE *y el* CONDE LUDOVICO".)
(3) B: "por esposa".
(4) A: "ganarla que perderla".
(5) B: "triunfante".
(6) B: "a velle sale".

(*Sale el* REY, *y acompañamiento.*)

REY.

No hay soldado que al Príncipe se iguale.
Quiero ver el alarde vitorioso,
y es justo que en honrarle me señale.

ALMIRANTE.

Ya de nuestro contrato venturoso (1)
es razón darle al Rey.

LUDOVICO.

Mi casamiento,
su licencia y favor le harán (2) dichoso.

REY.

De las cajas la voz repite el viento.

(*Salen en alarde los que pudieren, y* BORDÓN *y* ALBERTO.) (3)

ALBERTO. Rey de Nápoles invicto,
a quien el cielo nos guarde
los años que verá Febo
el rubio bellón del Aries (4).
A obedecerte salí
con tus fuertes capitanes,
en busca de las galeras
de tu contrario Amurates (5),
y con cincuenta bajeles
partí, señor, como sabes,
alzando las blancas velas
y las áncoras tenaces.
Y apenas el claro Apolo
con sus rayos celestiales
coronó catorce veces
las verdes hojas a Dafne,
cuando la noche mostró
de su escuridad señales,
y entre las lóbregas nubes
ostentó rojos celajes,
a este tiempo descubrimos
con bien concertado alarde
sesenta enemigas velas
con mil lunas tremolantes.
Todas juntas las entenas
de los árboles se baten (6),
viendo que la noche estorba
el esperado combate;
y por no mostrar flaqueza,
con luces incontratables (*sic*)
aseguraban la huída
los encendidos fanales.
Y cuando la blanca aurora
sobre mil olas atlantes (1)
vestía nevadas perlas,
para que Tetis ensarte,
al son de sonoras trompas
las dos armadas navales,
si hermosamente parecen,
animosamente parten.
A los caballos del mar
arriman los acicates,
dando en la veloz carrera
espuma en lugar de sangre.
Ya las focas (2) y delfines,
con los demás animales
que el gran Neptuno sustenta,
a ver la batalla salen,
pareciendo desde lejos,
entre espumosos cristales,
cancros (3) del mar las galeras
y tiburones las naves.
Juntáronse por los bordes
los bajeles al instante,
y los cristianos valientes
con los morillos cobardes.
Busqué al general soberbio,
y él a recibirme sale;
chocaron los espolones,
causando temor a Marte.
Llevéle la palamenta
de un lado, cuando arrogante
al estanterol salía
cercado de sus bajaes (4).
Verde turbante traía,
y sobre él, como en (5) engaste,
una hermosa media luna
formaban veinte diamantes.
Opuse mis blancas plumas
a lo verde del turbante;
mi humildad, a su soberbia;
mi bandera, a su estandarte;

(1) B: "contento vitorioso".
(2) B: "le hará".
(3) B: ("*Sale* ALBERTO *y alarde de los que pudieren.*")
(4) B: "belón de Marte".
(5) B: "Amarates".
(6) B: abaten".

(1) B: "colas adlantes".
(2) B: "los focos".
(3) B: "con ecos".
(4) A: "seis bajaes".
(5) B: "un engaste".

mi cruz, a su media luna;
mi fuerte acero, a su ante;
mi peto, a su jacerina,
como mi estoque, a su alfanje.
Quiso invocar a Mahoma,
pero de su nombre infame
se quedó la mitad dentro,
y entró mi espada a buscalle.
En fin, las tablas midió
con su cuerpo Tarudante (1),
cuando el alma vió confusa
los palacios infernales.
Tus soldados a este tiempo,
por una y por otra parte,
moros matan, piernas quiebran,
cuellos siegan, brazos parten.
No hizo más daño, señor,
pestilencia en los mortales,
ni Júpiter más estrago
en los soberbios gigantes.
Vieras las hinchadas olas
del siempre salado estanque
cuajadas de cuerpos muertos
y llenas de tafetanes.
Aquí amarillas marlotas,
allí verdes capellares,
a una parte rojas plumas,
a otra, pajizos turbantes.
Vieras huír las galeras
y las tuyas dando alcance,
cuyos remos parecían
plumas de nadantes aves.
Solas tres de tus contrarios
pudieron de mí escaparse,
dándoles favor el viento,
porque las nuevas llevasen.
Tus soldados vuelven ricos
de cequíes y balajes (2),
trayéndote una galera
con joyas inestimables.
Y, en fin, tus vasallos dieron
noble historia a tus Anales,
a ti honor, al mundo miedo,
a Dios gloria y al mar sangre.

REY. Alzad, Príncipe, del suelo,
pues hoy os aclama el mundo
como a Alejandro segundo,
planeta del quinto cielo.
Duque de Espoleto, alzad.

(1) A: "Turadante".
(2) A: "uzequies y palajes".

ALBERTO. Beso tus pies, gran señor.
LUDOVICO. ¡Grande merced! (1).
ALMIR. ¡Gran favor!
ALBERTO. Hónrame tu Majestad.
BORDÓN. Es barro (2) lo que le ha dado.
Esto alcanza el que es valiente.
LUDOVICO. La vitoria eternamente
gocéis con el nuevo estado.
ALBERTO. Dadme, Conde, vuestros brazos.
LUDOVICO. Ellos y el alma prevengo.
ALBERTO. Más que la vida que tengo
estimo vuestros abrazos.
ALMIR. Mil años gocéis la gloria
que esta vitoria os ofrece (3).
ALBERTO. Mucho a las vuestras (4) parece.
LUDOVICO. Ella fué una gran vitoria.
ALBERTO. Más es vuestra que no mía,
porque cuando peleaba,
en vuestro valor pensaba,
y así los moros vencía.
BORDÓN. Pues yo sin pensar en él,
con la carne que cortaba
de los moros que mataba
hice una nave pastel.
ALMIR. Ya la Reina, mi señora,
sale a dalde el parabién (5).
BORDÓN. ¿Quién es nuestra Reina?
ALBERTO. ¿Quién
lo puede ser sino Aurora?
LUDOVICO. Triste está.
ALBERTO. (¿Casada, cielos,
es mi esposa?)

(*Sale* ELVIRA, TECLA *y* AURORA, *y siéntase al lado del* REY.) (6)

REY. ¿Dulce esposa?
AURORA. ¿Señor?
REY. Sin vos no reposa
el alma.
ALBERTO. (Muero de celos.)
ELVIRA. Si ha dado Su Majestad
en mi amado casamiento
su noble consentimiento,
y su Real voluntad (7).

(1) A: "¡Gran merced!"
(2) B: "Ya es barro."
(3) B: "que tal vitoria merece".
(4) B: "los vuestros".
(5) B: "sale a dalde el parabién".
(6) B: ("*Sale* AURORA *y* TECLA *y* ELVIRA, AURORA *se sienta al lado del* REY.")
(7) B: "voluntad real".

ALBERTO. Tu Majestad, gran señor,
los años de su deseo
goce tan dichoso empleo,
dando al reino sucesor.
REY. Sois muy leal. (¡ Quién pudiera
verle el corazón ahora!) (*Ap.*)
ALBERTO. Vivas con mi Rey, señora,
cuando esté el sol en su esfera,
y tus estados sujetos (1)
te ofrezcan mil regocijos,
y de tus hermosos hijos
veas generosos nietos.
BORDÓN. Muy mal contenta la deja
mi amo en esta ocasión,
pues no querrá sucesión,
si por ella ha de ser vieja.
AURORA. (Pena en verle me ha causado.)
REY. Viene Alberto vitorioso,
y es en armas muy dichoso.
ALBERTO. (Como en amor desdichado.)
BORDÓN. Ya está Tecla como Aurora
en gravedad y mudanza,
porque la criada danza
al son que hace la señora.
REY. En premio de su valor
casar es bien que prevenga
al Príncipe, y porque tenga
en quien emplear su amor;
que aficiones juveniles
el casamiento asegura,
y un amor a otro amor cura,
como la lanza de Aquiles.
Príncipe, ya a vuestro estado
y a todo mi reino es justo
que deis con casaros gusto.
ALBERTO. (¿Hay hombre más desdichado?)
BORDÓN. ¿Cuando vienes vencedor
el Rey tal premio te ofrece?
Que te castiga parece
en vez de honrarte, señor.
Si quedara el enemigo
vencedor de nuestra gente,
el casarte solamente
fuera bastante castigo.
ALBERTO. (El cielo mi muerte ordena.)
REY. Elvira, dadle (2) la mano
al Príncipe.
LUDOVICO. ¡Ah, Rey tirano!
ALBERTO. (¿Hay tal desdicha?)
LUDOVICO. (¿Hay tal pena?)
ELVIRA. ¿Qué haré, triste?
ALMIR. (¿Quién ha visto
suceso tan desdichado?
Cuando la palabra he dado,
la casa el Rey.)
LUDOVICO. (Mal resisto
la fuerza de mi dolor.)
ALMIR. (Diréle que está casada;
mas su condición airada
pone a mi razón temor.)
AURORA. (Ahora llego a padecer
lo que Alberto ha padecido.)
ELVIRA. (¿Diré que tengo marido?)
ALBERTO. (¿Diré que tengo mujer?)
ELVIRA. (Mas no, que es cruel el Rey.)
ALBERTO. (No, que sus fuerzas le ayudan.)
REY. Entrambos suspensos dudan.
¿Cómo? ¿No es mi gusto ley?
¿Qué dudáis, Príncipe, ahora?
LUDOVICO. (¡Ah, Rey, en todo inhumano!)
REY. Dad a Elvira vuestra mano.
ELVIRA. (¡Ay, Ludovico!)
ALBERTO. (¡Ay, Aurora!)
Gano infinito.

(*Danse las manos.*)

LUDOICO. (Los celos
me acaban.)
ELVIRA. (¡Soy desdichada!)
AURORA. (¿No es bueno que estoy casada
y tengo de Elvira celos?)
REY. (Mucho han dudado, y muy mal
el Príncipe ha procedido;
el castigo prevenido
será a la merced igual.)
Almirante, pues he dado
marido a Elvira, el contento
prevenid y el casamiento.
ALMIR. Mucho tu Alteza me ha honrado.
REY. Háganse las bodas luego.
(Hasta que estén desposados
me cercarán mil cuidados.)
ALBERTO. (¡De nieve soy!)
LUDOVICO. (¡Soy de fuego!)
ALBERTO. El remedio será cierto
si con brevedad le aplico,
que muere ya Ludovico.
LUDOVICO. ¿Que mi contrario es Alberto?
REY. Vamos, prima.
AURORA. (Voy pensando
lo que el Príncipe sintió

(1) A: "y tus estados quietos".
(2) B: "dalde".

cuando casada me vió.)
ALBERTO. (Muriendo voy.)
LUDOVICO. (Voy penando.)
REY. (Ya puedo de hoy más temer
del Príncipe la osadía.)
LUDOVICO. (¡Mal haya el hombre que fía
en amigo ni en mujer!)
ELVIRA. El Conde queda mortal.
BORDÓN. Tecla, escucha a quien te ama.
TECLA. Ya soy de la Reina dama;
habladme con memorial.

(*Vanse todos, y queda* LUDOVICO *y* BORDÓN.)

BORDÓN. ¿Quién vió mayor gravedad,
ni quién vió desdén mayor?
LUDOVICO. Ya es patente deshonor
fundado en falsa amistad
lo que Alberto contra mí
hizo en mi prenda querida;
que yo perdiera la vida
antes de ofenderle (1) así.
Este es Bordón, su criado.
Bordón, al Príncipe llama.
BORDÓN. Mal corresponde tu fama
si a la de Alberto has culpado,
porque no es burla decir
un Rey: Aqueste es mi gusto.
LUDOVICO. Obedecerle (2) fué justo;
pero por él puedes ir,
y decirle que le espero.
BORDÓN. También el servirte es ley.
Por Dios, que nos lleva el Rey
a todos al retortero.

(*Vase.*)

LUDOVICO.

¿Que sea mi enemigo
el que he tenido por mayor amigo?
¿Que mi adorada prenda
Alberto goce y mi amistad ofenda?
¿Cómo, cielos ingratos,
sufrís injustamente tales tratos?
¿Y tú, siempre importuno,
con tridente feroz, sacro Neptuno,
pues bonanzas revocas,
no dieras las galeras a las rocas,
pues tan diversas veces
mojan tus olas los celestes ejes? (3)

(1) B: "ofendelle".
(2) B: "obedecelle".
(3) A: "los celestes peces".

¡Oh, mar! (1) ¿Cómo no diste
con tu furia la armada (2) a roca triste,
y a espumosos cristales
en vez de su coral, señas navales;
y la anegada gente,
a duras peñas lastimosamente?
¿No arrojaras galeras
hechas pedazos mil a las riberas,
y entre arena dorada
dieras a Alberto sepultura honrada,
y no gozara ahora
mi hermosa Elvira a falta de su Aurora?

(*Salen* BORDÓN *y* ALBERTO.)

BORDÓN. Pienso que de ti quejoso
está el conde Ludovico.
ALBERTO. Sin duda estará celoso;
pero ya remedio aplico,
con que vuelva a ser dichoso.
LUDOVICO. ¿Cómo, Príncipe...?
ALBERTO. Advertid,
Ludovico, lo que os digo.
LUDOVICO. Primero, Alberto, me oíd,
pues de mi amistad testigo
siempre habéis sido.
ALBERTO. Decid.
LUDOVICO. Mucho me ofende y me admira
lo que hoy habéis aceptado.
Sabéis que el alma suspira
por Elvira, y habéis dado
la mano de esposo a Elvira.
Si os di razón de mi amor
y me ofrecisteis (3) no amalla,
no podéis, sin ser traidor,
príncipe Alberto, gozalla,
y hacello es quitar mi honor.
Advertid que estoy casado (4)
con Elvira de secreto,
y aunque el Rey os ha obligado,
es Rey, cruel en efeto,
y vos amigo culpado.
Y tomar venganza quiero
puesto en la mano el acero;
y así, para hacello, os digo
que fuisteis un falso amigo
y que en el campo os espero.
ALBERTO. Primero me habéis de oír,

(1) B: "amor".
(2) B: "con furia alegre armada".
(3) B: "ofrecistes".
(4) B: "soy casado".

antes que salga a campaña.

LUDOVICO. Mal os podéis eximir
de una tan infame hazaña,
sin matar o sin morir.

ALBERTO. No me da, Conde, cuidado
veros tan determinado,
que no es buen amigo os digo
el que no sufre a su amigo
cuando le mira enojado.
Quiero sufriros y daros
de vuestro engaño razón
sin reñiros ni culparos,
que sois hombre con pasión,
y pudisteis (1) engañaros.
Primero que di la mano
dudé, y enojóse el Rey,
y si no la diera, es llano
que haciendo su gusto ley
fuera del vuestro tirano.
El sí con cautela he dado,
viendo a mi Rey enojado,
y ha sido acertado medio,
pues queda, Conde, remedio
mientras no estoy desposado.
Y en fin, no es este lugar
donde con secreto puedo
lo que intento declarar.

LUDOVICO. Corrido, Príncipe, quedo.

ALBERTO. Amor os puede excusar.
Venid ahora conmigo.

LUDOVICO. Está mi remedio cierto.

ALBERTO. De mi amistad sois testigo.

LUDOVICO. Mal hice en dudar de Alberto,
porque es un perfecto amigo.

(*Vanse.*)

BORDÓN. Lleno estoy de confusión
viendo inquietud tan notoria.
¡Oh, mal haya la vitoria
que a todo ha dado ocasión!
Si el Conde pena ha sentido,
muy mal lo habrá remediado,
pues mi amo está casado;
mas los dos de aquí se han ido,
y Tecla viene; en verdad
que es esta (2) buena ocasión.

(*Sale* TECLA.)

TECLA. Aquí está solo Bordón;
quiero fingir gravedad.
¡Hola, doña Juana! ¿Sola
me dejáis, doña María?
¡Hola, oíd, doña Mencía!
¡Hola! ¿A quién digo hola, hola?
¡Qué descuidadas criadas! (1)
¡Hola! ¿No salís ahora?

BORDÓN. No pueden salir, señora,
que están todas oleadas.
Mas yo que de entre olas (2) vengo,
Tecla, a servirte he venido.

TECLA. Villano descomedido (3),
vuestro castigo prevengo.

BORDÓN. ¿Pues de qué estáis enojada?

TECLA. ¿Tecla a secas me llamáis?

BORDÓN. Si en el mar os arrojáis,
seréis, Tecla, remojada.
Pero las burlas dejemos;
dame, señora, la mano.

TECLA. ¿A doña Tecla, villano?

BORDÓN. ¿Doña? ¡Qué lindos extremos!

TECLA. Sin duda sois mal nacido.

BORDÓN. Ya yo me voy enojando.

TECLA. ¡Qué Durandarte durando!

BORDÓN. ¡Qué don el vuestro fruncido!
Será al menos vuestro don
primogénito de Italia.

TECLA. ¡Callad, gato, y no de Algalia!

BORDÓN. ¡Callad, dama de algodón!

TECLA. ¡Callad, necio!

BORDÓN. ¡Callad, fea!

TECLA. ¡Bodegón!

BORDÓN. ¡Pieza de arnés!

TECLA. ¡Bordón de rabel francés!

BORDÓN. ¡Tecla de órgano de aldea!

TECLA. A fe que me hacéis reír;
no puedo disimular.

BORDÓN. Pues vaya fuera el pesar,
la gravedad y el fingir.
¡Toca!

TECLA. ¡Toco!

BORDÓN. Por tu vida,
que antes que te dé razón
de nuestra navegación
que me la des tú cumplida (4)
de las mudanzas (5) de Aurora,

---

(1) A: "podisteis".
(2) B: "esto".

(1) B: "qué cuidadosos criados".
(2) B: "que entre olas".
(3) B: "desconocido".
(4) B: "muy cumplida".
(5) B: "de la mudanza".

que, en fin, todas sois mujeres.
TECLA. (1) Obligóla el Rey, ¿qué quieres?,
pero día y noche llora.
Deja los duelos ajenos,
y dime cómo te ha ido.
BORDÓN. Al moro dejé (2) vencido,
y a todos de envidia llenos.
Un moro (3) que yo embestía
saltó al mar como un delfín,
y como era perro, al fin,
perro de agua parecía.
Iba corriendo ligero,
y yo volando tras él,
más ligero que un lebrel,
más que un Rodamonte fiero.
TECLA. ¿Pues por el mar vas corriendo?
Sin duda que goza el mundo
de otro catalán Raimundo.
BORDÓN. Tu mucha ignorancia entiendo.
TECLA. No eres en mentir cursado.
BORDÓN. ¿Esto que te cuento extrañas?
En ver el mar mis hazañas,
Tecla, le vieras helado (4).
TECLA. ¿Helado? Es cosa increíble.
BORDÓN. Helóse de verme allí
con los moros que vencí,
aunque parece imposible.
Y pues tu ignorancia es mucha,
de otro caso fuí testigo
en España, y ya le digo;
atentamente me escucha.
Un galán a cierta dama
de un balcón a otro balcón
publicaba (5) su afición,
y el amor (6) su ardiente llama.
La noche era tenebrosa,
y aunque razones decían
él y ella, no se oían.
¿Entiendes la cosicosa? (7)
Pues es que en invierno era,
y así como el uno hablaba,
toda la razón se helaba,
quedando en el aire entera.
Dieron en el daño luego,
y el galán, por remedialle,
mandó encender en la calle
con mucha leña gran fuego.
Ya las palabras que estaban
de hielo en la calle fría,
el fuego las derretía
y a sus oídos llegaban.
Si esto en España ha pasado,
¿por qué no pudo quedar
de verme a mí pelear
el soberbio mar helado?
TECLA. Digo, español, que me admira.
BORDÓN. La menor duda no admite.
TECLA. Mas, ¿qué quieres? ¿Que acredite
aquésta la otra mentira?
BORDÓN. Tú eres, en fin, el abismo
donde la duda se ve.
TECLA. En fin, tu mentira fué
aforrada de lo mismo.
BORDÓN. Oye, Tecla: los señores
no valen a sus criados,
ni a los pobres los letrados,
ni al humilde los favores,
ni a la virtud el poder,
ni al que pide vale dar,
ni al deber vale el pagar,
ni premios al pretender,
ni al honrado la opinión,
ni vale al galán la dama,
ni al hombre heroico la fama,
ni al que es pobre la razón,
ni a los que entran los que salen,
ni la fortuna al valiente;
las mentiras solamente
unas a otras se valen.
TECLA. Con todo, es gran villanía
ser un hombre mentiroso.
BORDÓN. Ya es en el mundo forzoso;
todos mienten, Tecla mía.
Porque en nuestra inclinación
tal vez mienten las estrellas,
y mienten muchas doncellas
cuando dicen que lo son.
También mienten viejos canos
que se tiñen (1) a porfía,

(1) B:
"TECLA. Que, en fin, todas lás mujeres
se mudan; mas mi señora,
como es sola sol y aurora,
forzóla el Rey. No te alteres
de sus cansados extremos,
y dime cómo te ha ido."
(2) B: "dejo".
(3) A: "A un moro."
(4) A: "le vieras, Tecla, helado".
(5) B: "declaraba su".
(6) B: "ya elando su".
(7) A: "entiendes que es cosy cosa".

(1) B: "tienes".

y con mudas (1) y lejía
mienten cabellos y manos.
Mienten mil dientes postizos,
tal vez miente un talle bueno,
miente el día más sereno,
miente quien refiere (2) hechizos.
Mienten rosadas mejillas
con invenciones modernas
y también mienten las piernas
con fingidas pantorrillas (3).
El galán miente a la dama,
la falsa destreza miente,
y los sastres solamente
son los que tienen la fama.

TECLA. Hoy estás murmurador.
BORDÓN. Pues no soy, por Dios, arroyo (4).
TECLA. Tú vas a dar en el hoyo
de maldiciente hablador.
Sé en el murmurar avaro.
BORDÓN. ¿Yo murmuro? (5)
TECLA. Y sin medida.
BORDÓN. No he hablado en toda mi vida
ni más alto ni más claro.
TECLA. Deja equívocos ahora,
y vamos, que el Conde viene.
BORDÓN. Muy lindo gatazo tiene,
pues se casó la que adora.

(*Vanse y salen* LUDOVICO *y* ELVIRA.)

LUDOVICO. Tanto debo a su amistad,
que encarecello no puedo.
ELVIRA. No he visto mayor lealtad.
LUDOVICO. Corto en el serville (6) quedo,
si largo en la voluntad.
ELVIRA. Por él he sido dichosa,
y así me deja obligada.
LUDOVICO. Hizo a mi fe venturosa,
pues por él, Elvira amada,
gozo vuestra mano hermosa.
Y como vos en belleza,
es en amistad milagro
el Príncipe.
ELVIRA. A su nobleza
mi buena dicha consagro.
LUDOVICO. Como yo a vos mi firmeza,

(1) A: "mudar".
(2) B: "creyere".
(3) Faltan en A los cuatro últimos versos.
(4) A: "airoso".
(5) En B, siempre "mormurar".
(6) A: "en serville".

que ya las quejas olvido
del haber dado la mano,
pues tan venturoso he sido.
ELVIRA. En ser vuestra esposa gano.
LUDOVICO. Y yo en ser vuestro marido.
Pues los cielos soberanos
me dejan el alma loca,
y los sentidos ufanos
con el coral de una boca
y la nieve de unas manos.
La plata guarda decoro
a esa frente, a quien adoro
con amorosos suspiros;
a los ojos, los zafiros;
a los cabellos, el oro (1);
vuestras mejillas la rosa
dejan siempre vergonzosa,
y por venturoso astro
es el cuello de alabastro,
del cielo coluna hermosa.
ELVIRA. Ya está bien encarecido.
LUDOVICO. Corto, señora, he quedado.
ELVIRA. Perdida estoy.
LUDOVICO. Yo vencido.
ELVIRA. Yo confusa.
LUDOVICO. Yo turbado.
ELVIRA. Yo sujeta.
LUDOVICO. Yo rendido.
Dadme una mano.
ELVIRA. Y con ella
el alma.
LUDOVICO. Mi dicha asombre.

(*Sale* AURORA.)

AURORA. ¿Qué miro?
LUDOVICO. ¡Ay, Elvira bella!
AURORA. Ni influye el cielo a otro hombre
con más infelice estrella.
¿Que sea tan desdichado
Alberto, es posible, cielo?
¿Para qué le habéis criado,
para milagro del suelo,
tan galán y tan honrado,
si ahora le está afrentando
la mujer que el Rey le dió,
cuando su honor aumentando
los moros vence, y sé yo
quien le estuviera adorando?
¡Ah, vil mujer, mal resisto

(1) Falta este verso en A.

al enojo que me has dado!
LUDOVICO. El propio cielo conquisto.
AURORA. ¿Y tú eres amigo honrado?
LUDOVICO. ¡La reina! ¿Si nos ha visto? (1)
Disimula.
ELVIRA. ¡Suerte, Aurora!
AURORA. ¡Oh, Conde! ¿Elvira?
ELVIRA. ¿Señora?
AURORA. Ya le ha salido a la cara
la vergüenza, y ella ahora
su propria traición declara.
Pues el Rey os ha casado,
y a mí me toca el deciros
cómo en tan dichoso estado,
Elvira, habéis de regiros.
ELVIRA. Estimo tanto cuidado.
AURORA. Primeramente ha de ser
obediente la mujer,
contentando a su marido,
tener su gusto rendido
y sujeto a su poder.
Estarle siempre adorando,
y a lo que guste (2) atendiendo,
pasiones viejas dejando,
sus proprios gustos venciendo,
sus apetitos domando.
Y la que hace de otra suerte
da muestras de mal nacida,
y cuando menos lo advierte,
a su libertada vida
le sucede infame muerte.
ELVIRA. (Por mí lo ha dicho, que ignora,
Conde, que no estoy casada.)
LUDOVICO. (Acertado será agora
dejarla desengañada.)
Advierte, Reina y señora:
cuando el Rey casar mandó
a Elvira, tenía yo
mi casamiento tratado,
y ya el (3) Almirante hablado,
que con gusto lo aceptó.
Venimos a dar razón
y a pedir licencia al Rey,
y fué en la propia ocasión
que haciendo su gusto ley
dió muerte a mi pretensión (4).

(1) B: "ansí nos ha visto".
(2) B: "a lo que es justo".
(3) B: "y al".
(4) B: "su pretensión".

Mandó casarla (1), y muriendo,
Alberto estuvo dudando,
pero dió el sí, consintiendo,
el poder del Rey mirando
y su condición temiendo.
Yo confuso imaginé
que todo mi bien perdí;
de su amistad me quejé,
por infelice me di
y por muerto me juzgué.
Pero Alberto, que sabía
de mi afición la porfía,
a Elvira y al Almirante,
con ley de amistad constante
les volvió su noche en día
Diciendo: "Porque confirme
el mundo amistad tan firme,
no imagino desposarme,
y antes pretendo matarme
que al casamiento rendirme.
Diré al Rey que voy trazando
para mi boda mil fiestas;
diré que voy concertando
galas y cosas como éstas,
con que lo iré (2) dilatando.
Y después podrá fingir
Elvira una enfermedad,
que al Rey pueda divertir."
Mira si tal amistad
debo en mármol escribir.
Y finalmente ha dejado
al Almirante obligado,
a Elvira a sus pies rendida,
a la mayor fe vencida
y a mí a sus plantas postrado.
Y esta la ocasión ha sido
de que, gallardo y ufano,
te pareciese atrevido
dando a mi Elvira la mano,
que soy, en fin, su marido.
AURORA. En fin, es como de Alberto
tal amistad.
ELVIRA. Tal hazaña
fué de mi gloria concierto.
LUDOVICO. Mi nave, en tormenta extraña,
redujo a seguro puerto.
AURORA. Quiera el cielo que os suceda
a medida del deseo,

(1) B: "casalle".
(2) B: "y ansí lo iré".

pues lo más dudoso queda (1).

LUDOVICO. Ya es a mis plantas trofeo
de la fortuna la rueda.

ELVIRA. Sólo importará el secreto
para tan dichoso efeto.

AURORA. Quedaos, y como en espejo
tomad de Alberto consejo,
que es en extremo discreto.

(*Vase* AURORA *y sale* BORDÓN.)

LUDOVICO. Vamos, mi bien.

ELVIRA. Vamos, Conde (2).

BORDÓN. ¿Qué es lo que has visto, español?

ELVIRA. Mi fe a tu amor corresponde.

LUDOVICO. Señora, hasta el mismo sol
de tu hermosura se esconde.

(*Vanse asidos de las manos.*) (3)

BORDÓN. Cornucopia (4) lleva Alberto.
¿Quién ha visto tal desdicha?
Ojos, ¿lo que veis es cierto?
¿Qué importa la marcial dicha,
si a tu honor Elvira ha muerto?
Yo quiero hacerle saber
cómo es falsa su mujer;
pues aquí ahora le espero,
y en manos está el pandero
que le sabrá bien tañar.

(*Sale* ALBERTO.)

ALBERTO. Su Majestad me ha llamado;
¿qué querrá en tal ocasión?

BORDÓN. Príncipe, para escucharme
detén el paso veloz.

ALBERTO. El Rey me llama; después
podrás hablarme, Bordón.

BORDÓN. Primero que el propio Rey (5)
son las cosas del honor.

ALBERTO. ¿De honor tratas?

BORDÓN. De honor trato.

ALBERTO. ¿Y del mío?

BORDÓN. Sí, señor;
del tuyo, que a tu grandeza
hoy la afrenta se atrevió.

ALBERTO. Habla paso (6), que tal caso
que le oigan temiendo estoy
los cuadros y las paredes.

BORDÓN. Escucha con atención.
Bien sabes, Príncipe invicto,
mi secreto y mi valor
y la lealtad con que sirvo,
que basta ser español.

ALBERTO. Dime presto mi desdicha,
sácame de confusión.

BORDÓN. En duda están mis palabras
y temblando está mi voz.
A tu esposa he visto ahora
con el Conde, y ellos dos
tu honor ofenden; el cielo
que lo viese permitió.

ALBERTO. Calla, loco; vete, necio,
que esa es vana presunción.
(Como ignora mi suceso (1),
mi deshonra imaginó.)

BORDÓN ¿Cuando espero que colérico,
y con semblante feroz,
con tu brazo y con tu espada
ofendas al mismo sol,
me dices que soy un necio?
Eso y más merezco yo
por servirte a ti (2).

ALBERTO. ¿Qué dices?

BORDÓN. Que eres un siervo de Dios.
Digo que hizo grande yerro
el que con mujer casó
que tuvo amor a otro hombre.

ALBERTO. Es muy justo aquel amor,
y tú muy poco entendido.

BORDÓN. Si para vengar tu honor
eres el signo del toro,
yo he de ser el de león.
¿Pero un hombre que es tan noble
no sintió su deshonor?
Misterio hay aquí escondido,
y como soy español,
vive Dios, que soy un asno.
Humilde pido perdón
de mi ignorancia.

ALBERTO. Levanta.

BORDÓN. Muy mal astrólogo soy.

ALBERTO. (Poco se recata el Conde,
pues como aquéste le vió
pudiera verle persona
que fuera mi perdición.

(1) En B, acotación: "*Vase.*"
(2) B: ("*Vansé y sale* BORDÓN.")
(3) B: "vanse".
(4) B: "cornicopia".
(5) B: "el mesmo Rey".
(6) B: "habla bajo".

(1) B: "mis sucesos".
(2) B: "así".

Menester es avisalle;
¿pero cuándo tuvo amor
cordura ni entendimiento?
Detente, imaginación,
que vas a dar en el cielo,
que al infierno te arrojó,
donde padecen tormento
el alma y el corazón.)
Tristes memorias me matan.

BORDÓN. ¿Que te da pena, señor?

ALBERTO. Que mi amor de tantos años,
Bordón, tan mal se logró;
que murió ya mi esperanza
y acabó mi pretensión,
y en el olvido mi Aurora
mis memorias enterró.
¿¡Cómo es posible?

BORDÓN. Su Tecla
razón ahora me dió
de que se casó forzada,
y de que el Rey la obligó.
Y dice que de sus ojos
el cristalino licor
humedece noche y día
cama y estrados.

ALBERTO. ¿Quién vió
desdicha igual a la mía,
ni a quién el cielo crió
con tal cuidado en el alma,
que hace inmenso mi dolor?
¿Que llora te dijo? ¡Ay, triste!
Rayos sus lágrimas son
que mi corazón abrasan
como a mi pecho su sol (1).
Pero al fin está casada
con mi Rey, y a mi afición (2)
pone espuelas mi deseo
cuando enfreno (3) mi valor,
porque es Enrique mi Rey,
y noble vasallo soy.

BORDÓN. El Rey viene; disimula
tu pena.

ALBERTO. Muriendo estoy.

(*Sale acompañamiento,* LUDOVICO, *el* ALMIRANTE *y el* REY.) (4)

REY. ¿Que así me pierde el decoro

(1) A: "como al etiope el sol".
(2) B: "y mi afición".
(3) B: "freno".
(4) ("*Salen* LUDOVICO, *el* ALMIRANTE *y el* REY, *leyendo una carta.*")

Amurates? Si ya ha sido
de mis galeras vencido,
¿qué busca en mi tierra el moro?
Sus vasallos ha juntado
segunda vez, y animoso
en nuestro (1) puerto famoso
de Regio ha desembarcado.
Todo su reino en campaña
el moro cobarde tiene,
y contra Nápoles viene.

ALMIR. Ya es su atrevimiento hazaña.

REY. Colérico e inhumano,
pone a la tierra temor,
juzgándose vencedor,
dando venganza a su hermano.

ALBERTO. A mí me toca esta guerra,
si das licencia a mi gloria.

REY. Si el mar os dió la vitoria,
os la negará la tierra.
Yo proprio quiero salir;
sepa el mundo que mandar
supe y sabré pelear.

ALMIR. No lo querrá consentir
tu reino.

REY. Aqueste es mi gusto,
y vos, Príncipe, entretanto
dad al matrimonio santo
cumplimiento.

ALBERTO. Será injusto
estar mi Rey peleando,
y yo casándome aquí;
y si a Tarudante di
la muerte, el mar humillando,
y Amurates bravo y fuerte
viene su hermano a vengar,
por fuerza le he de buscar,
pues soy quien le di la muerte.
Demás que si he de casarme,
es bien salir a vencelle,
pues con matalle o prendelle
mejor podré asegurarme.
Y muy ordinariamente
acostumbran las batallas,
cuando Reyes van a dallas,
suceder infelizmente.
Y así en tu favor arguyo:
más fama tu nombre tiene
si a un Rey que contra ti viene
le vence un vasallo tuyo (2).

(1) A: "a nuestro".
(2) B: "suyo".

REY. No, Príncipe, que la gloria
para mí la quiero yo;
que mucha arrogancia os dió
esta pasada vitoria.
Y yo tengo por tan buena (1)
la que me habéis ofrecido.
LUDOVICO. De su privanza ha caído
mi amigo.
ALBERTO. Mi muerte ordena
el Rey.
REY. Y si con fiereza
viene a vengar a su hermano,
entonces fuisteis (2) mi mano,
y yo fuí vuestra cabeza,
y en ella ha de ejecutar
el golpe de su venganza.
Y si tanta suerte alcanza
vuestra braveza en el mar,
y en ello os mostráis valiente,
no digáis que las batallas
cuando reyes van a dallas
suceden infelizmente,
que es mostrar vuestro deseo.
ALBERTO. Mire Vuestra Majestad...
REY. ¡Bueno está!
ALBERTO. ¿Señor?
REY. Callad,
que ya vuestro pecho veo.
ALMIR. Advierte que un Rey, señor,
porque le estorbó la gloria
del triunfo de una vitoria
un vasallo con valor,
una estatua levantó
a su nombre, de tal modo,
que con esto el reino todo (3)
al Rey alabanza dió.
Y Luis Onceno, rey
de Francia, a un embajador
alabó de gran valor (4)
porque de una y otra ley
decía lo que sentía,
sin encubrir las verdades.
Y así mal te persuades
si te parece osadía
de Alberto lo que con celo
de buen vasallo te ha dicho.
BORDÓN. Gran mal hay.

(1) A. "y os honra por mano ajena".
(2) B: "fuistes".
(3) B: "el pueblo todo".
(4) B: "daba joyas de valor".

REY. Lo sobredicho
se ha de cumplir, ¡vive el cielo!
Sin duda que está quejoso
porque le mandé casar.
ALBERTO. No tengo ya que esperar;
mi mal es más que forzoso.
REY. Por tener a los soldados
de su parte, me impedía
la salida, y bien confía
que le están aficionados.
Pero yo remediaré
su soberbia y ambición.
Conde, en aquesta ocasión
que me sirváis gustaré.
Venid vos y el Almirante
a mostrar vuestro valor.
LUDOVICO. Hónrasme mucho, señor.
REY. (Y a este Príncipe arrogante,
yo le quitaré la vida
en volviendo de la guerra.)
ALMIR. (Quien bien aconseja, yerra.)
LUDOVICO. (Su privanza va perdida.)
ALMIR. Yo temo que ha de costalle (1)
el seguir su parecer
que el moro puede vencer (2).
REY. En volviendo, haré matalle.

(*Vanse, y quedan* BORDÓN, LUDOVICO *y* ALBERTO.)

BORDÓN. Ya es (3) necedad confiar
en su privanza mi amo,
que a este Rey, sota le llamo,
pues siempre nos trae azar.
ALBERTO. ¡Muero, Conde!
LUDOVICO. En tales hechos
se ven, y entre inconvenientes,
los corazones valientes
y los generosos pechos.
ALBERTO. Mil desventuras aguardo.
LUDOVICO. Que las venzáis es razón
con invicto corazón
y con ánimo gallardo.
ALBERTO. A Francia quiero partirme,
o a España quiero embarcarme.
LUDOVICO. Mirad...
ALBERTO. No hay que aconsejarme,
que advertir, ni que decirme:
ya estoy resuelto; ya estoy

(1) B: "ha de pesalle".
(2) A: "que el amor puede vencer".
(3) A: "Y es".

a morir determinado;
acabe el mar mi cuidado,
pues tan infelice soy.

BORDÓN. Elvira viene.

LUDOVICO. Permite
mi gloria el cielo.

ALBERTO. Tú vete,
hasta que el mar se aquiete (1).

BORDÓN. (2) Jugar quiero al escondite.

(*Vase* BORDÓN, *y sale* ELVIRA.)

ELVIRA. Mi padre me ha dicho ahora
que el Rey te manda partir.

LUDOVICO. Di que me manda morir,
y dirás mejor, señora.

ELVIRA. ¿A quién mi pena no admira?

LUDOVICO. ¿Cómo permiten los cielos
tal mal, tantos desconsuelos?

ELVIRA. ¡Ay, Ludovico!

LUDOVICO. ¡Ay, Elvira!
Sólo un consuelo me queda,
pues queda Alberto contigo,
que es mi alma.

ELVIRA. Tal amigo
vuestras desdichas hereda.

ALBERTO. Yo no me puedo quedar,
pues entre soberbias olas,
las riberas españolas
pienso que me han de acabar.
Partirme quiero, aunque dejo
el alma cautiva aquí.

LUDOVICO. Pensadlo (3) bien.

ALBERTO. ¡Ay de mí!
No admite mi mal consejo.

ELVIRA. Pues una y otra partida
me parte a mí el corazón.

LUDOVICO. ¿Que de un Rey la sinrazón
tan firme amistad divida?

ELVIRA. ¿Hay tan rigurosa ley?

ALBERTO. Ruego al cielo que ese moro
vengue en ti lo que aquí lloro (4).
Tente, lengua, que es mi Rey.
Y por justa cuenta hallo
que aunque sea mi homicida
el Rey, es suya mi vida,
que en fin, soy leal vasallo.

ELVIRA. Esta ausencia voy temiendo.

(1) A: "se quiete".
(2) Falta en A la indicación de persona que habla.
(3) B: "pensaldo".
(4) Falta en B este verso.

LUDOVICO. Mi muerte está amenazando.

ELVIRA. Vamos; quedaré llorando.

LUDOVICO. Vamos; partiré muriendo.

(*Vanse* LUDOVICO, *y* ELVIRA.)

ALBERTO. Adiós, muros invencibles
de mi dulce patria amada,
por quien emprendió mi espada
infinitos imposibles.
Quédate en paz, Rey cruel;
gana al moro la vitoria,
dando a tu casa más gloria,
dando a tus sienes laurel.
Queda adiós, prenda querida,
de la hermosura milagro,
a cuya deidad consagro
pecho, alma, cuerpo y vida.
Y si del mar el contraste
diere a mi memoria olvido,
acuérdate de que he sido,
Aurora, el que tú adoraste.

(*Diciendo la última copla, va saliendo* AURORA, *y dice*:) (1)

AURORA. Detente, que el Almirante
tu desdicha me ha contado,
y cómo el Rey, enojado,
mostró tu Luna menguante.
En el alma lo he sentido,
no tengo que encarecerte;
pero advierte (2)
que cuando el Rey te ha ofendido,
a mí me ha dado la muerte.
El Rey te aborrece, Alberto,
sólo porque me has amado,
y pues por mi te ha humillado,
que he de levantarte es cierto.
Cobra, Príncipe, esperanza;
pierde el temor y el recelo,
que en el suelo (3)
ha puesto el tiempo mudanza,
como justicia en el cielo.

ALBERTO. Señora, en pena tan grave
tu presencia ser intenta
San Telmo de mi tormenta
y rémora (4) de mi nave.
Dime cómo me consuelas

(1) B: ("*Va saliendo* AURORA, *y dice.*")
(2) B: "pero, mi Príncipe, advierte".
(3) B: "pues has visto que en el suelo".
(4) A: "remera".

tú que la muerte me diste,
tú, tú fuiste
la que llena de cautelas
estas palabras dijiste:
"Está mi amor más seguro
que excelsa roca en la tierra,
que árbol frondoso en la sierra,
que verde yedra en el muro."
¡Ah, que roca, árbol y yedra
se secó, y se marchitó (1),
se ablandó,
que escribió en cera y no en piedra
quien de una mujer fió.
Al fin del Rey obligada,
de sus palabras vencida,
a su corona rendida,
y a ser Reina aficionada.
"Quisiste de ti apartarme
obligándome a partirme
porque afirmé
que tú quisiste matarme
cuando yo quise morirme." (2)
Pero yo fío en los cielos
que harán por mí la venganza
de la pasada mudanza
y de los presentes celos.
Mas por no verla me voy
del mar a la agua ligera.

AURORA. Oye, espera,
y ya que muriendo estoy,
lo que digo considera.
Confieso que me he rendido
al Rey y que me ha obligado;
pero mira ya mi estado,
mi nobleza y mi marido.
Mas sólo quiero rogarte,
por nuestra afición pasada,
¡ay, desdichada! (3),
que dejes el embarcarte
hasta ver esta jornada (4).

ALBERTO. Harélo, aunque dé la vida
a tu obediencia, señora.

AURORA. ¡Ay, Alberto!

ALBERTO. ¡Ay, triste Aurora,
casada y arrepentida!

AURORA. Mi pecho al Rey se ha humillado
y a su voluntad rendido,
y ha podido
despreciar al adorado,
y darse al aborrecido.
Y así no quiero más verte,
ni en mi presencia mirarte;
ya bien puedes embarcarte,
aunque me pesa el perderte.
Vete, y como caballero
mi pecho estima, señor;
que es valor
aborrecer lo que quiero

---

(1) A: "Se secó, se marchitó".

(2) Este pasaje así en B. A dice:
"obligándome a partirme
quisiste de ti apartarme
por matarme,
cuando yo quise morirme."

(3) B: "ay, Aurora desdichada".

(4) Desde aquí el manuscrito de B varía sustancialmente en la forma siguiente:

"ALBERTO. Perdona, que es imposible
el poderme detener.

AURORA. ¿Conmigo estás tan terrible?

ALBERTO. Quiero embarcado perder
la vida.

AURORA. Más apacible
conmigo solías estar.
Alberto, detente un poco.

ALBERTO. ¿Qué tengo ya que esperar?
Suéltame, que no estoy loco
y al Rey he de respetar.
Más quiero perder mi vida
que ofender al Rey.

AURORA. Detén
sólo por hoy tu partida.
Mira que te quiero bien:
"Quien bien ama, tarde olvida."

ALBERTO. ¡Ay, bellísima señora!
Ya conozco el amor fuerte
que en tu noble pecho mora;
pero dame muerte el verte
en brazos del que te adora,
y ansí parto. Que homicida
sea de mi vida el mar.
Tú causas mi despedida,
mas no te podré olvidar:
"Quien bien ama, tarde olvida."

(*Vase* AURORA *y sale* BORDÓN.)

BORDÓN. De ver que embarcarte quieres
pierde Aurora la paciencia.

ALBERTO. Bordón, mi dolor no alteres;
que es piedra toque la ausencia
del amor en las mujeres.
Ven, que esta ausencia es fingida.

BORDÓN. Ya he vuelto a resucitar
de mi amor, Tecla querida.
Segura puedes estar
que quien ama, tarde olvida.

FIN DE LA SEGUNDA JORNADA

CASTILLO.

sólo por guardar mi honor.
ALBERTO. No hay palabras que decirte;
en mi estarás estimada
para quererte olvidada
y eterna para servirte.
Procurarás olvidarme;
yo haré lo propio contigo,
si te obligo;
de tu bien manda avisarme.
AURORA. Lo propio, señor, te digo.
ALBERTO. ¡Ay, Aurora! ¿Quién creyera?
AURORA. ¡Ay, Alberto! ¿Quién pensara?
ALBERTO. Que yo de ti me olvidara.
AURORA. Y que yo sin ti viviera.
ALBERTO. Penando estoy.
AURORA. Yo llorando.
ALBERTO. Yo mi desdicha sintiendo.
AURORA. Yo sufriendo.
ALBERTO. Yo parto, Aurora, acabando.
AURORA. Yo quedo, Alberto, muriendo.

ACTO TERCERO (1)

(*Sale* ALBERTO *solo.*) (2)

ALBERTO.

Soberbio mar, ahora
fío otra vez mi vida
de tus olas y frágiles cristales;
tu arena el alma adora,
pues siempre agradecida
fueron vitorias de tu amor señales.
Tres armadas navales
pusieron en mi frente,
si de oro no corona,
de laurel, que pregona
mi nombre desde Oriente (3) hasta Poniente.
Y así vuelvo rendido
de obligación, cuando favor te pido.
Tus riscos de agua humilla,
porque pueda mi nave
tocar veloz riberas españolas;
ofrece a sesga quilla
lo que a volante ave
concede el viento en sus regiones solas;
humilla (4) hinchadas olas
majestuosamente,
dando a cerúleas focas
albergue entre las rocas,
causando paces el feroz (1) tridente,
y daráte, ¡oh, Neptuno!,
segunda Ninfa de celosa Juno.
Y tú, Patria querida,
de mí siempre estimada,
goza mil años mi adorada prenda,
y a tus plantas rendida
veas la fiera armada,
sin que humano poder tu muro ofenda;
vitorias mil emprenda
tu Rey con lauro y gloria,
a cuyos pies los moros
cervices y tesoros
rendidos den, y triunfos a su historia,
y a mí entre tanta pena,
túmulo erija la nación ajena.

(*Sale un* MARINERO.) (2)

PATRÓN.

¿Cuándo Vuestra Excelencia
querrá (3) embarcarse?

ALBERTO.

Luego,
que no tardará mucho mi criado.
Tened, Patrón, paciencia,
pues la tiene mi fuego.

PATRÓN.

Todo está, gran señor, aparejado (4).

(*Sale* BORDÓN.) (5)

ALBERTO.

Bordón viene alterado;
¿qué le habrá sucedido?

BORDÓN.

Señor, en tantos males,
dan los nobles señales
de su heroico valor, nunca vencido.

ALBERTO.

Dime tu sentimiento;
no me suspendas más.

---

(1) B: "Jornada tercera."
(2) B: ("*Sale* ALBERTO *y* BORDÓN.")
(3) B: "de oriente".
(4) B: "allana".

(1) B: "al feroz".
(2) B: "*patrón*".
(3) B: "quiere".
(4) B: "Todo está aparejado."
(5) B: "Fabio", y así lo sigue llamando en toda la escena.

Bordón.

Escucha atento.

Salió nuestro rey Enrique,
tan bravo como infeliz,
contra el moro al mismo tiempo
que el alba quiso reír.
Tomé lugar en el muro,
donde atentamente vi
el ejército lucido
vistosamente salir.
De allí vi cómo animoso,
con esfuerzo varonil,
daba a los aires mil truenos
cuando fuego al serpentín.
Los alféreces gallardos
retrataban al abril
con los varios tafetanes
que al aire (1) suelen herir.
Los soldados animosos,
aunque partían sin ti,
en braveza eran leones,
en número treinta mil.
En los petos y en las golas
vieras los rayos lucir
del sol, como cuando al campo
cubren de vario matiz
y los briosos (2) caballos,
que con arrogante ardid
lo que hay de la cincha (3) al suelo
quieren bizarros medir (4).
En un alazán brioso
a tu amigo conocí,
al gran (5) conde Ludovico,
que es de Italia nuevo Cid.
No vió más galán soldado
el que veloz y sutil
ilustra los doce signos
en el campo de zafir.
Y el Almirante, aunque viejo,
vuelto a la edad juvenil,
promete con sangre mora,
volver clavel el jazmín (6).
¿Pero para qué te canso?
Todo el ejército vi
salir triunfante a vencer,
cuando salía a morir.
Bajé del muro a servirte,
y al momento apercibí
todo cuanto me mandaste
para podernos partir.
Y cuando el sol en el cielo
era del mundo zafir (1),
y yo tus cofres cargaba (2)
para traerlos aquí,
oigo lastimosas quejas
por la ciudad discurrir,
y preguntando la causa,
lo que pudo ser temí.
Dicen que el Rey es vencido,
y que queda el moro vil
tiñendo las blancas flores
con su sangre carmesí.
A este tiempo los soldados
que vi parecer jardín,
vi entrar huyendo confusos,
y la desgracia creí.
La braveza vi trocada
en flaqueza femenil,
las cajas en roncas voces
y en triste (3) llanto el clarín.
Ea, Alberto generoso,
ya puedes apercibir,
para librar a tu Patria,
el valor que miro en ti.
Deja las soberbias olas
de zafiros y marfil,
y de ver surcando mares
el contrapuesto nadir (4)
Mira de tu noble sangre
el encendido rubí;
vuelve por tu patria, a quien
el moro ha de destruír.
Sólo te ofrezco, señor,
que daré a mi vida fin,
muriendo a tu noble lado,
que hidalgo español nací (5).

Alberto.

Bordón, ¿mi Rey es muerto?
¿Su ejército vencido
huyendo va del moro infamemente?

(1) A: "el aire".
(2) B: "furiosos".
(3) B: "concha".
(4) A: "midir".
(5) B: "el gran".
(6) A: "volver el clavel jazmín".

(1) A: "era en el mundo cenit".
(2) B: "y tres baúles cargaba".
(3) B: "entre este".
(4) A: "cenid".
(5) B: "pues en tu casa nací".

¿No soy el propio (1) Alberto,
que bravo y atrevido,
de Tarudante sujeté la frente?
Moro, espera, detente,
que aún no tengo (2) esperanza
de ver seguro el cielo;
no hay lugar en el suelo
que te esconda, morillo, de mi lanza.
Mira que parto airado;
vuelve huyendo veloz al mar salado.
Patrón, partir no puedo;
dad al viento las velas,
que a mí me está llamando el fiero moro.

PATRÓN.

Beso tus pies.

(*Vase.*)

ALBERTO.

Yo quedo
desatando pihuelas (3)
de agravios, porque a Nápoles adoro.
Justo es guardar decoro
a la Patria querida,
que en su defensa espero
rendir al duro acero,
si no mi firme amor, mi frágil vida.
Ya parto; moro, espera,
que furia soy contra tu gente fiera.

(*Vanse, y salen* LUDOVICO, *el* ALMIRANTE *y el* PRÍNCIPE DE SALERNO.) (4)

ALMIRANTE.

Ya no es tiempo, señores, de hacer llantos,
cuando al moro miráis bravo y pujante
amenazar hasta los cielos santos (5),
con voz blasfema y ánimo arrogante.
Ya pisa estrellas entre azules mantos
Enrique, vuestro Rey, y no es bastante
para volvelle a dar su amada vida,
sangre del alma, en agua convertida.
Defender es razón la Patria amada,
vengando a nuestro Rey.

PRÍNCIPE. (6)

¡Ah, triste Enrique!
su tierna flor, tan sin razón cortada,
llore tu reino, y la venganza aplique.

LUDOVICO.

De la tórrida zona hasta la helada
erija templos, mil aras dedique.
¡Ah, muerte triste! ¡Ah, venganza fiera!
El que baña de luz la quinta esfera.

ALMIRANTE.

Si de Alberto tomaras el consejo,
infausto Rey, no viera mal logrado
tu reino todo el cristalino espejo,
que en tanta mocedad mira quebrado.

LUDOVICO.

De la fortuna con razón me quejo,
pues queda el reino sin tan gran soldado
como el príncipe Alberto.

(*Salen* BORDÓN *y el* PRÍNCIPE ALBERTO.)

ALBERTO.

No, no queda,
que cerca está quien defenderlo pueda.

ALMIRANTE.

¡Oh, generoso Príncipe!

PRÍNCIPE.

¡Oh, valiente,
siempre temor del bárbaro arrogante!

LUDOVICO.

Hoy de ti necesita nuestra gente.

ALMIRANTE.

Hoy has de ser de aqueste reino (1) Atlante.
Si vencedor Cipión, Numa prudente
te aclame el mundo (2) cuando ya triunfante
ciñas tus sienes de laureles sacros,
levantando a tu nombre simulacros.

ALBERTO.

¿Dónde está tal valor y tal prudencia?
No tengo que ofrecer sino la vida.

ALMIRANTE.

A todos da valor Vuestra Excelencia.

ALBERTO.

¡Patria, que estás de un bárbaro oprimida!
Perdona, madre, la intentada ausencia,

(1) B: "el mismo".
(2) A: "aunque tengo".
(3) Texto: "piguelas".
(4) B: ("*Vase y salen algunos caballeros,* LUDOVICO *y el* ALMIRANTE.")
(5) B: "cielos altos".
(6) En B habla el mismo ALMIRANTE.

(1) B: "de nuestro Rey".
(2) B: "el pueblo".

pues vuelvo con el alma arrepentida
a morir o vencer determinado.

PRÍNCIPE.

La Reina viene (1).

ALBERTO.

El sol está eclipsado.

(*Sale la* REINA AURORA, *vestida de viuda.*) (2)

AURORA.

¿El Príncipe está aquí? ¿No habéis partido
a España aún?

ALBERTO.

El cielo soberano
guió las tristes nuevas a mi oído,
y supe la vitoria del tirano;
entendí que tu ejército vencido,
muerto mi Rey, quedaba el moro ufano;
y del marino dios las aguas santas
de plata dieron grillos a mis plantas.
Y así volví, como leal vasallo,
a tiempo que los bárbaros feroces
cerca de tu ciudad, señora, hallo
dando a la tierra miedo, al cielo (3) voces.
Para poder entrar piqué el caballo,
a quien el viento dió plumas veloces;
tan cerca vienen ya, que nuestros muros,
aunque fuertes estén, no están seguros (4).

AURORA.

No admite dilación nuestra defensa.
Ocupad todos ya vuestros lugares,
y de mi pecho oíd la pena inmensa,
que ablanda montes y suspende mares.
De mi Enrique advertid la infausta ofensa,
y aunque visteis su muerte y mis pesares,
oídla ahora, que en mi lengua escrita,
a llanto mueve y a venganza incita.
Primeramente su dichoso abuelo
reduzga cada cual a su memoria,
que puso en paz (5) al que pisamos suelo,
dando fama a su nombre, al mundo gloria.
Al padre de mi Enrique quiso el cielo
en todas sus empresas dar vitoria,
y al sucesor de los que debéis tanto
ha muerto un moro, dando al reino espanto.

(1) B: "la Reina sale".
(2) B: ("*Sale* AURORA, *de viuda.*")
(3) B. "al viento".
(4) B: "están".
(5) B: "puso paz".

Si los ojos ponéis en su persona,
acordaos que fué Marte y fué Narciso,
y de la fría a la abrasada zona,
obró su mano cuanto el alma quiso.
Pincel valiente no pintó corona,
ni grabó fiel buril en mármol liso
tal majestad, a quien rindió decoro
el mar en perlas y la tierra en oro.
Contempladle en lo verde de sus años,
a un overo galán (1) picar brioso,
y haciendo frente (2) a bárbaros extraños,
acometer valiente y animoso;
y cuando, sin temer marciales daños,
va más feroz (3) y menos venturoso
pasar (4) su frente una enemiga lanza,
¿no os mueve lo que digo a la venganza?
Consideradle (5) herido, juntamente
medir su cuerpo triste el suelo duro (6)
y pisado del bárbaro insolente,
dejar mi claro sol su reino escuro.
Dispóngase a vengarle el que es valiente,
que a sus sienes mil lauros aseguro,
y a su nombre la fama ofrece templo;
pero mirad si os moverá un ejemplo.
Por dar satisfación del fin (7) violento
del noble Julio César, un romano
entró al Senado y les mostró sangriento
el vestido del César por su mano;
y todos juntos con gallardo intento,
desde el mozo valiente al viejo anciano,
ofrecieron vengándole sus vidas,
que tanto puede ver de un Rey heridas.
No en toga (8) imperial sangre vertida
os muestro, no, sino al gallardo Enrique:
miradle libre de la humana vida,

(*Descubre el* REY *herido y muerto.*)

a cuya fama el mundo altar dedique:
ya os pide por la boca de la herida
que todo el reino su poder publique,
para vengar su muerte desdichada.
Dejad el llanto y empuñad la espada.
¿Tiernas lágrimas vierten vuestros ojos

(1) B: "y le verá galán".
(2) B: "fuente".
(3) B: "vemos feroz".
(4) B: "pisar".
(5) B: "consideralde".
(6) B: Interlineado y de otra mano: "hecho al pecho real su fuerte muro".
(7) A: "al fin".
(8) B: "toca".

cuando abrasadas llamas dan los míos?
¿Cuando fuego derraman mis enojos,
pretenden apagallo vuestros ríos?
¿Campos están con vuestra sangre rojos
y la terneza ha de humillar los bríos?
Mezclad siquiera entre dolores tantos
las fieras armas con los tiernos llantos (1).

¿Ahora es tiempo de mostrar flaqueza,
cuando al moro miráis vibrar (2) la lanza?
Descubrid la animosa fortaleza,
la tímida encubrid desconfianza;
esa tierna piedad (3) volved fiereza,
esa vil compasión tornad venganza (4).
Los fríos pechos con mi voz enciendo:
partíd a vencer y quedaré muriendo.

ALMIRANTE.

Mal Vuestra Alteza lo que ha visto entiende,
que el agua triste que en los ojos mira
las fraguas de los pechos nos enciende,
y cada cual a la venganza aspira.

ALBERTO.

Mi espada sola con valor pretende
vencer al moro que a tu reino admira.

PRÍNCIPE.

Sólo te ofrezco yo mi barba cana.

LUDOVICO.

Y yo el luciente acero volver grana.

PRÍNCIPE. (5)

¡Gran valor de mujer!

ALMIRANTE.

Si Enrique muerto
es suyo el reino, defender su estado
es acción natural.

AURORA.

¡Príncipe Alberto,
pues prudencia y valor habéis mostrado,
y sois tan valeroso cuanto experto,
con parecer de los que aquí he juntado,
mi general seréis.

ALMIRANTE.

Vitorias tantas

(1) A: "fieros llantos".
(2) A: "bibar"; B: "bribar".
(3) A: "tierna edad".
(4) B: "a su vil compasión tomad venganza".
(5) En B, sigue LUDOVICO.

premias con gran razón.

ALBERTO.

Beso tus plantas.

(Dice de adentro ALIARDE, *moro.)* (1)

ALIARDE.

He de entrar aunque el orbe me lo impida.

PORTERO.

Imposible será.

ALIARDE.

¡Quita, cristiano!

(Sale ALIARDE.)

AURORA.

¿Qué alboroto es aquél?

ALIARDE.

Es mi venida,
que azote soy del cielo soberano.

ALMIRANTE.

¡Qué arrogante rapaz!

BORDÓN.

No vi en mi vida
otro cachorro parecer alano
sino aqueste (2) gozquejo.

ALIARDE.

Dame asiento,
o tomarélo yo.

ALBERTO.

¿Que tal consiento?

AURORA.

Siéntate, moro, y dime a lo que vienes,
de tu vana arrogancia haciendo alarde,
que aunque cercada la ciudad me tienes,
verás el fuego que en mi pecho arde.

ALIARDE.

Yo, Reina, soy quien no temió desdenes
de fortuna; que, en fin, soy Aliarde,
hijo del Rey de Túnez.

BORDÓN.

Ya hablas mucho.

ALIARDE.

A lo que vengo advierte.

(1) B: ("*Sale* ALIARDE, *moro, y dice dentro.*")
(2) B: "si no es este".

AURORA.

Ya te escucho.

ALIARDE. ¡Reina de la gran ciudad,
a quien la hermosa sirena
dió nombre, cuando en el mar
precipitó su belleza!
Cuando Carlos, vuestro Rey,
hermano del que en la esfera
celeste reverenciáis
por santo pisando estrellas,
venció a nuestras medias lunas
con pujanza y con soberbia,
que así lo ordenó Mahoma,
nuestro adorado profeta,
entonces hizo a mi agüelo (1)
que rindiese (2) a vuestra tierra,
si afrentosamente parias (3),
infamemente obediencia.
Murió mi agüelo (4), y mi padre
andando en civiles guerras,
pagó el tributo hasta tanto
que en paz su reino gobierna.
Parecióle infame hazaña
pagarlo más, y así intenta,
negándole, dar al mar
sus vencedoras galeras.
A Tarudante, mi tío,
nombrando general dellas,
mandó que de vuestro reino
destruyese las riberas.
Pero nuestro gran Mahoma,
aquel que el cielo y la tierra
compiten sobre su cuerpo,
y así está en el aire en Meca,
ordenó que Tarudante,
perdiendo su armada, muera
a manos del general (5),
que gobernaba la vuestra.
Un Príncipe dicen que es
con más poder que prudencia,
con menos valor que suerte,
y con más dicha que fuerzas.
Pero séase quien fuere,
si él en la batalla fiera
se hallara como su Rey,
sus venturas fenecieran.

(1) B: "abuelo".
(2) B: "viniese".
(3) B: "y afrentosamente hacía".
(4) B: "abuelo".
(5) A: "de un general".

Quedó cerrado entre holandas,
pisando alfombras y telas (1)
sin salir a la campaña.
Pluguiera a Alá que saliera;
mas no me parto tan presto,
que primero su cabeza
en la punta de mi lanza
ha de aumentar mis empresas.
Pero dejando esto aparte,
a lo que he venido, Reina,
es a decirte que mires
rendidas todas tus fuerzas;
tu ciudad tienes cercada,
pocos soldados en ella,
y con los moros que traigo
hay diez para cada almena.
Verás tu tierra robada,
y la gente que gobiernas,
a la vista de tus ojos,
lastimosamente presa;
verás servir a mis moros
de despojos tus riquezas,
los tiernos niños sin vida
y sin honor las doncellas;
las canas de tus ancianos
de sangre y lágrimas llenas,
tus matronas despreciadas,
profanadas tus iglesias,
tus capitanes vencidos,
y toda tu gente muerta,
aumentar (2) al mar el agua
con la sangre de sus venas.
Vuelve, vuelve sobre ti;
postra, postra tus banderas
a las plantas de mi padre,
que hallarás clemencia en ellas.
Yo te ofrezco, si lo haces,
que entre mis mujeres bellas
seas la más estimada
en mi estado y en mi mesa.
Las conchas del mar cerradas
te rendirán blancas perlas;
los montes, plata bruñida;
oro luciente sus venas;
Ceilán, preciosos diamantes;
las Indias, costosas perlas;
aljófar, Constantinopla;
Tiro, grana (3); Milán, telas.

(1) B: "alfombras inglesas".
(2) B: "y aumentar".
(3) B: "granas".

Todo el orbe será tuyo,
que a mi poca edad respetan
el Artico y el Antártico,
y cuando peleo tiemblan.
Y si, mal aconsejada,
tienes en poco mis fuerzas,
teme, teme tu desdicha;
llora, llora tu tragedia,
que a mis plantas he de ver
de tus grandes las cabezas,
y tus altos chapiteles
he de medir con la tierra.
Mira lo que te está bien,
y dame presto respuesta,
que soy mozo (1), y enojado
haré temblar las estrellas.

AURORA. Tus razones arrogantes,
moro, me tienen suspensa,
que atención di a tus palabras,
como oídos a tu lengua;
pero yo en breves razones
te pienso dar la respuesta;
atentamente me escucha,
y humillarás tu soberbia.
Aliarde, si has vencido,
como tú dices, mis fuerzas,
yo haré que las dejes libres,
o pierdas la vida en ellas.
Si tengo pocos soldados
que defiendan mis almenas,
para vencer a los tuyos
bastantes son mis doncellas.
Las canas de mis ancianos,
de sangre y lágrimas llenas,
son, moro, las barbacanas
que mi consejo sustentan.
El despreciar mis matronas
y profanar mis iglesias,
castigue el cielo con rayos,
pues contra el cielo es la ofensa.
A las plantas de tu padre
quieres que pida clemencia;
primero a sus pies pondré
ignominiosas cadenas.
El oro, perlas y plata,
con las granas y las telas,
guarda para tu rescate,
y aún será poca riqueza.
Si mis altos chapiteles
has de medir con la tierra,
mi razón ha de esconder
en los abismos tus tiendas.
Y advierte que están muy altas
de mis grandes (1) las cabezas,
y rapaces como tú
aun a sus plantas no llegan.
Mira lo que te está bien
y no me vuelvas respuesta,
que soy mujer, y enojada
haré temblar las estrellas.

ALBERTO. A lo que contra mí ha dicho,
si me concedes licencia,
responderé.

AURORA. Yo la doy.

ALMIR. Responde, y tu valor muestra.

ALBERTO. Yo soy, soberbio Aliarde,
el Príncipe a quien tu lengua
infamemente amenaza
y vanamente desprecia.
Yo a tu tío di la muerte,
y es esta la espada mesma
que para salir la vida
le abrió en su pecho una puerta,
y hará en el tuyo a su tiempo
tantas, que tu padre vea
que lisonjera la fama
tu nombre en vano celebra,
y a sus pies he de ponerte,
porque las canas que peina
sobre tu cuerpo derrame,
esparciendo al aire quejas.
Y a no ser embajador,
yo te ofrezco que midieras,
Aliarde, la distancia
que hay desta sala a tus tiendas.
Salte de la ciudad luego,
y vete de mi presencia,
porque matar a un rapaz
poco mis glorias aumenta.

ALIARDE. Cristiano, tus amenazas
ni me perturban ni alteran;
en la campaña te aguardo.

ALBERTO. En la campaña me espera.

ALIARDE. Y tú, Reina mal lograda,
presto verás tu belleza
vencida de mi poder
y a mi voluntad sujeta.

AURORA. Habla menos y obra más,

(1) B: "moro".

(1) B: "en mis grandes".

que tu arrogante fiereza
han de humillar mis soldados
antes que a tus naves vuelvas.

ALIARDE. Apercebid vuestros cuellos
a cimitarras sangrientas,
que a daros batalla parto.

AURORA. ¡Teme, moro!

ALIARDE. ¡Tiembla, Reina!

(*Vase.*)

ALMIR. ¡Aceros tiene el morillo!

PRÍNCIPE. ¡Bravo salió en su caballo! (1)

BORDÓN. El viento puede alcanzallo.
Por Dios, que vuela el morcillo.

AURORA. Ordenad lo necesario
a la defensa forzosa,
que es la ocasión peligrosa
y poderoso el contrario.

ALBERTO. Del Príncipe de Salerno
es la presencia importante;
salga con el Almirante,
haciendo su nombre eterno,
y animen a los soldados
mientras mis armas prevengo.
Ve, Bordón, por ellas.

BORDÓN. Vengo,
y voy con los pies alados.

(*Vase.*)

PRÍNCIPE. Vamos, Almirante.

ALMIR. El cielo
nos dé vitoria.

LUDOVICO. Yo voy
a armarme.

(*Vanse y quedan solos* AURORA *y* ALBERTO.)

ALBERTO. (Dichoso soy;
mas la mudanza recelo.
Solo todos me han dejado.
¿Podré mostrarme atrevido?
El color tengo perdido,
el pecho tengo alterado.)

AURORA. (El Príncipe quiere hablarme.)

ALBERTO. (Yo llego; válgame amor.)
Señora, de tu valor
humilde quiero fiarme.
Solos estamos aquí;
claro puedo hablarte ahora (2);
bien sabes, hermosa Aurora,
lo que te adoré y serví.
Bien sabes que te perdí
cuando el Rey, aficionado,
en ti puso su cuidado,
y porque mi amor alabes,
que me embarcaba bien sabes,
amante y desconfiado.
Cuando te dejé penando,
partí, señora, muriendo,
a los aires encendiendo
y a las peñas ablandando.
Las olas acrecentando
del mar pensaba no verte;
a mi desdichada suerte
tuve por desconocida,
y despreciando la vida
llamé mil veces la muerte.
Mas ya vuelvo a descubrirte
mi valor para obligarte,
que mi espada ha de librarte
y mi pecho ha de servirte.
El alma vuelvo a rendirte;
torna a conocer ahora
mi fe constante, señora,
que en mi pecho tu amor reina;
mas ¡ay!, que hablo con la Reina (1),
y pensé hablar con Aurora.
Perdona, señora mía,
pues me confieso atrevido,
humilde y reconocido;
veo que a Aurora quería,
pero ya eres sol del día
y tienes en tu cabeza
oro que te da grandeza,
cuyo poder obedezco,
pues vasallo no merezco
tu reino ni tu belleza (2).

AURORA. Levanta del suelo, Alberto,
y advierte que no es bastante
para mostrarte arrogante
el gozar un reino incierto;
mas cuando lágrimas vierto
por el difunto marido,
y ves mi reino (3) oprimido,
¿tratas, Príncipe, de amores?
Vence a moros vencedores,
no galán, sino atrevido.
Mi general te he nombrado;

(1) Este verso falta en A.
(2) A: "hablar".

(1) B: "pero contémplote reina", de otra mano.
(2) A: "ni tu corona".
(3) B: "y de mi reino".

parte a defender mi tierra,
más valeroso en la guerra
y menos enamorado.
Muéstrate feroz soldado;
los pensamientos levanta,
que tu flaqueza me encanta
el alma que atenta mira,
como tu afición me admira
y tu terneza me espanta.
Cuando el moro está cercando
tu patria bravo y valiente,
y tan afrentosamente
mi corona amenazando,
¿estás de amores tratando
y rendido al niño ciego?
Parte al campo, parte luego,
muda en acero las galas,
vuelve suspiros en balas,
trueca ternezas en fuego.

ALBERTO. ¿Tal me dices cuando intento
vender al moro mi vida?
Dime que tu fe rompida
será de amor escarmiento.
Tus palabras llevó el viento,
tus promesas la fortuna;
pero yo seré coluna,
y diré que la mujer,
cuando se ve con poder,
se muda más que la luna.
¡Ay, Aurora!, ¿quién dijera
que tu afición se mudara?
¿Quién en tu pecho dudara?
¿Quién en tu amor no creyera?
Mas quien en mujer espera
pone en el aire su asiento,
en el mar su pensamiento,
en muerto Rey su privanza,
en la espuma su esperanza
y su ventura en el viento.
Pero ya me parto al moro
para morir o matalle.

AURORA. (Mal hice; quiero animalle,
pues le estimo y pues le adoro.)
Príncipe, el real decoro
es bien que encubra el amor.
Mostrad en todo valor,
que en vos mi esperanza tengo,
y mil glorias os prevengo
como volváis vencedor.
Que el amoroso cuidado
de nuestra afición primera
el alma le considera,
aun viéndole mal logrado (1).
Pero mirad con cuidado
que fuí siempre agradecida,
que fué mía vuestra vida,
y que os amé mucho es cierto.

ALBERTO. ¿Y me has olvidado?

AURORA. Alberto,
quien bien ama, tarde olvida.

(*Vase.*)

ALBERTO. ¿Hay tal bien? ¿Hay tal ventura?
¿Hay tal gloria? ¿Hay tal contento?
Con esto mi pensamiento
mil vitorias me asegura.
¿Quién tanto bien me ha causado?
El moro que ha muerto al Rey;
¿y será (2) matalle ley,
pues él la vida me ha dado?
¡Oh, quién pudiera, Amurates,
dejar tu gente vencida,
y concederte la vida
entre los fieros combates!

(*Sale* BORDÓN.) (3)

BORDÓN. Aquí las armas están.

ALBERTO. Quita, Bordón, no las quiero;
que mis dichas, no el acero,
la vitoria me darán.
Amigo, ya soy dichoso;
Bordón, gozaré mi cielo;
Bordón, ningún mal recelo;
Bordón, ya soy venturoso;
Bordón, toma aqueste anillo;
Bordón, gloria es mi afición.

BORDÓN. ¡Bueno está, que de Bordón
me has hecho tu bordoncillo!

ALBERTO. Todo mi mal feneció;
Bordón, mi dicha ha llegado.

BORDÓN. Ya está bien bordoneado,
¡cuerpo de quien me parió!

ALBERTO. De los hechos soberanos
del macedonio Filipo,
tan solamente anticipo
temer a los espartanos;
porque entre muchos soldados
unos valientes traían,
que a los contrarios vencían,

(1) B: "aunque le ve mal logrado".
(2) B: "no será".
(3) B: ("*Entra* BORDÓN.")

y eran los enamorados.
A ésos Filipo temía (1),
y así, moros vencedores,
temed, temed los rigores
deste pecho (2) que amor guía.
Rendidme, fieros paganos,
vuestras grandiosas proezas;
a mis pies vuestras cabezas,
vuestro valor a mis manos.
Que os he de quitar la vida
por mi hermoso serafín,
que me amó mucho, y en fin,
quien bien ama, tarde olvida.

(*Vase.*)

BORDÓN. ¡Jesús! ¿Qué le ha sucedido,
que tan contento le hallé,
y con tal gusto se fué?
Su afición la causa ha sido.
De los amantes la vida
en sí la pelota encierra,
pues en un palmo de tierra
está ganada o perdida.
Ya se embarcaba muriendo,
ya está sus dichas cantando;
antes le dejé llorando,
y hállole ahora (3) riendo.
Y es su afición tan sutil,
que en el variar (4) se emplea,
porque es como taracea,
ya ébano, ya marfil.

(*Sale* TECLA.)

TECLA. ¿Cuándo ha de llegar el día,
que viva sin sobresaltos?
BORDÓN Si el corazón te da saltos,
es de gusto, Tecla mía.
No temas aquesta guerra.
TECLA. Con gran causa temo yo,
que como allá el mar se heló,
podrá ablandarse la tierra.
Siempre en ausencias porfías,
dando pena a mi afición.
BORDÓN. En siendo un hombre Bordón,
todo ha de ser romerías.
TECLA. Pero ya me maravillo
de lo que miro en tu dedo.
BORDÓN. Hánmele dado.
TECLA. No puedo
creer que tienes anillo,
porque el dar ya no está vivo.
BORDÓN. Ya sé por qué lo has dudado;
los señores han quitado
al declinar el dativo.
Y así te habrá parecido
que es al uso desigual.
TECLA. El Príncipe es liberal,
como rico y bien nacido.
BORDÓN. Es un muy gran caballero.
TECLA. Cierto que tengo temor,
que no te maten, señor.
BORDÓN. Ese temor ya es agüero.
TECLA. Como yo te quiero bien,
temo...
BORDÓN. No temas ahora,
aunque el prevenir la hora
será prudencia también.
Que los que van a la guerra
su vida tienen jugada
a una bala o a una espada,
y así quien confía, yerra.
Y por lo que puede ser,
por si me hacen de corona,
de mis bienes y persona
testamento quiero hacer.
TECLA. Harás muy rebién, Bordón,
pues el morir no se excusa.
BORDÓN. Aunque el prestar no se usa,
préstame un rato atención;
que quien moneda no acuña,
poco tiene que mandar,
y así yo empiezo a ordenar
mi testamento en la uña.
Yo mando primeramente
en mi muerte repentina,
mi corazón a un gallina
y mi destreza a un valiente.
Mando a un ladrón mis cautelas,
mi vida al que está penando,
y a una mujer vieja mando
todos mis dientes y muelas.
Mando mis ojos honestos
a los poco recatados;
mi estómago, a los letrados,
pues siempre van indigestos.
Mi anillo, que no acreditas,
mando al médico mejor,
pues miramos al peor

---

(1) B: "y este Filipo tenía".
(2) B: "desta mano".
(3) B: "hállole agora".
(4) B: "bacear".

con anillo y sin visitas.
Mando mi ingenio sutil
a un amante casquivano,
mi conciencia a un escribano,
mi lealtad a un alguacil.
A un esgrimidor mis tretas,
mi sombrero a un descortés,
mis venas mando y mis pies
a los hermanos poetas.
A un ginovés mi tesoro,
mi sutileza a un fullero,
mi palabra a un caballero,
mi espada al cuerpo de un moro.
Mi voz a una melindrosa,
mi paciencia al que pleitea,
mi desventura a una fea,
mi buena suerte a una hermosa.
Mi copete a la ocasión,
mi memoria a un recitante,
mi nariz a un elefante,
y a ti, Tecla, este Bordón.

TECLA. Tu nombre en todo trabaja.

BORDÓN. Por eso tanto le precio,
que es mi nombre como necio,
que en cualquier parte se encaja.
Pero por la vida o muerte,
quiero quedemos casados.
Dame la mano.

TECLA. Extremados
son tus gustos.

BORDÓN. Grande suerte.
Ya eres mi mujer; yo quiero
ordenar, Tecla, y perdona,
lo que harás de tu persona
si me matan o me muero.
No te cases; viuda queda,
que la viuda está sabido
que en muriéndose el marido
todos los gustos hereda.
Exequias (1) a mi afición,
porque a tu gusto (2) aproveche,
haz con un capón de leche.

TECLA. No como bien el capón.

BORDÓN. Para viuda (3) es sabroso;
no tiene su gusto igual;
que un capón es sustancial
y no nada peligroso.
Demás que a una viuda bella
le quedan en la posada
el respeto de casada
y el melindre de doncella.
Ya tocan a acometer.
Tecla, adiós, dame tus brazos.

TECLA. ¡Ay, qué penosos abrazos!

BORDÓN. Mira que eres mi mujer.
Y si no me fuere bien
en la batalla este día,
dirás por el alma mía:
Requiescat in pace Amen (1).

(*Vanse; salen* AURORA *y* ELVIRA.) (2)

AURORA.

Ya, Elvira, los acentos
de la batalla dan voz a los vientos;
ya lastimosamente
a morir o vencer salió mi gente;
ya en varios horizontes
dan sangre a llanos y temor a montes;
hoy mi reino y mi vida
están, dudoso él, ella perdida.
Dad, cielos soberanos,
fuego a los pechos, fuerzas a las manos.
Volved, prendas sagradas,
montes los brazos, rayos las espadas.
Defended, cielo santo,
al que siempre del bárbaro fué espanto,
pues el Príncipe amante
es de mi reino generoso Atlante.
Guardad, guardad su vida
por la Patria mil veces ofrecida.
Cuando está peleando,
estoy sufriendo yo y estoy penando (3).
¿No es mejor que a mi gente
infunda corazón y ánimo aumente
con mi presencia fiera,
y que si Alberto muere también muera?
Salir quiero a campaña;
será de mi valor heroica hazaña.
Denme un caballo luego,
que contra el moro imitaré (4) al griego,
aumentando mi gloria.

(*Dicen dentro*:)

¡Por Nápoles está ya la vitoria!

(1) B: "obsequias en".
(2) B: "porque tu gusto".
(4) B: "Para una viuda."

(1) B: "*requiem eternam amen*".
(2) B: ("*Vanse, y salen acuchillándose un rato, haciendo la guerra, entrando y saliendo, y sale* AURORA *y* ELVIRA.")
(3) B: "estoy llorando".
(4) B: "imitirá".

¡Vitoria!

ELVIRA.

¡Tente! ¡Espera!
¿No oyes la voz que el corazón altera?
¡Nápoles ha vencido!

AURORA.

¡Dichosa soy, si desdichada he sido!

(*Tocan dentro, y dicen:*)

¡Alberto viva! ¡Viva!

AURORA.

¡Su nombre en mármol la fortuna escriba!
Todo mi desconsuelo
en dulces nuevas ha trocado el cielo,
mis penas en contentos,
mi guerra en paz, en gloria mis tormentos.
Tan solamente queda
que ser esposa de mi Alberto pueda.

(*Sale el* ALMIRANTE.)

ALMIRANTE.

¿Cómo tan descuidada,
señora, estás, cuando tu gente airada
baña con la vitoria?
Al Príncipe de Capua da la gloria,
y tu reino le ofrece,
que el cetro en las mujeres aborrece.
Ya todos rey le aclaman,
y defensor de Nápoles le llaman.

(*Dicen de adentro todos:*) (1)

DENTRO.

¡Nuestro Rey viva! ¡Viva!

ALBERTO.

Señores, esta gloria es excesiva.
Aquí está nuestra Reina.

DENTRO.

El que sabe vencer es el que reina.

(*Sale el* PRÍNCIPE DE SALERNO.)

PRÍNCIPE.

Ya todo va perdido.
Reina, el que es vencedor, queda vencido;
tu infame pueblo mira.

AURORA.

¿Eso os altera así y eso os admira?

(1) B: "todos".

Oíd lo que he pensado,
bastante a remediar vuestro cuidado.

(*Habla la* REINA *de secreto con el* PRÍNCIPE DE SALERNO *y el* ALMIRANTE.) (1)

ELVIRA.

Grande confusión veo,
impidiendo a mis glorias el deseo;
que un pueblo conmovido
caballo desbocado siempre ha sido,
que rigurosamente
sin freno corre, atropellando gente.

ALMIRANTE.

Es admirable medio.

AURORA.

Partid luego.

PRÍNCIPE.

Será eficaz remedio.

AURORA.

Sosegad mis vasallos.

ALMIRANTE.

Bien pienso que podemos aplacallos.

PRÍNCIPE.

¡Qué prudencia, Almirante!

ALMIRANTE.

A todo el mundo su valor espante.

(*Vanse los dos.*) (2)

¿Cómo es posible ahora
atajar este daño, gran señora?

AURORA.

Lo que aquí ha sucedido,
hermosa Elvira, mi remedio ha sido,
pues quedará mi estado
con Rey, y tendré yo lo deseado (3).

(1) B: ("*Habla la* PRINCESA, *el* ALMIRANTE, *el* PRÍNCIPE *al oído.*")

(2) Falta en B esta acotación.

(3) El ms. de B, desde aquí varía por completo, y dice:

con rey, y tendré lo deseado.
¿Adónde está Ludovico?

(*Sale* LUDOVICO.)

LUDOVICO. Aquí estoy, señora mía,
a quien suplico que premies
quien con tanta bizarría
ha defendido tu reino.

AURORA. Serle quiero agradecida

ELVIRA.

De todo tu contento
es tu virtud, señora, el fundamento;
demás que serán mías
tus dichas, tus contentos y alegrías.

LUDOVICO. Fuera de que tal valor
y virtudes le acreditan
el Príncipe, y es mi amigo
vida de mi propia vida.
ALMIR. Todos a su esfuerzo deben
obligaciones divinas,
que agradecer es virtud
las mercedes recebidas.
ELVIRA. Es digno del laurel sacro.
ALBERTO. Si vos, bellísima Elvira,
acreditáis mi valor,
¿quién habrá quien me compita?
A todos daré mis brazos
con amorosas caricias,
dando a Dios por todo gloria,
que tantos bienes me envía.
AURORA. Primero serán los míos,
que es bien que de ellos reciba
tal favor quien con los suyos
reinos cobra y vidas libra.
ALBERTO. ¿Tanto favor, bella Aurora?
Yo entendí que me tenías
condenado a eterno olvido.
AURORA. "Quien bien ama, tarde olvida."
Y pues, como veis, vasallos,
su valor y sangre altiva,
para gobernar y honraros
y defender vuestras vidas,
si me concedéis licencia
que por esposo lo elija,
lo haré.
ALMIR. Escogiste, señora,
lo que todos te suplican.
AURORA. La mano de esposa os doy,
y la suya de rodillas
besad, vasallos leales.
TODOS. ¡Mil años Alberto viva!

Añadido en otra hoja después del fin:

ALBERTO. Si dais licencia, señora,
pues Elvira ha tantos días
que injustamente encarece
deste bien por mis desdichas,
se casará con el Conde,
cuyo amor y fe divina
en bronce eterno los hombres
con pluma inmortal escriban.
AURORA. Por ser vuestro gusto, Alberto,
le tengo yo, y en un día
celebrar su boda quiero
con honra igual a la mía.
Por ahora en vuestro cuarto
os estaréis unos días
en tanto que al rey difunto
hago las honras debidas;
despacharéis como Rey,
que galas, boda, alegrías,
no ha de haber hasta que cumpla
con mi rey.
LUDOVICO. ¡Mujer divina!

(*Sale* BORDÓN *y* TECLA.)

BORDÓN. ¡Huélgome del buen suceso!
Ya tendrán fin mis desdichas.
¡Oh, cómo ensancha el ser rey!
Señora, pues eternizas
famas inmortales de hombres,
pon en mi humildad la vista
y hazme algo de no nada,
que algo seré si me miras.
AURORA. Alza, Bordón, que pues eres
español, quiero que rijas
con el título de alcaide
cuatro villas.
BORDÓN. ¡Por tu vida,
dadme, reina furibunda
las manos de mantequilla;
daré mil besos en ellas.
AURORA. ¡Alza!
BORDÓN. También te suplica
mi amor que me des a Tecla.
AURORA. ¿Aún tienes memorias vivas
de su amor?
BORDÓN. Reina y señora,
"Quien bien ama, tarde olvida."
AURORA. Si ella quiere, dello gusto.
TECLA El verle honrado me obliga
a darle mano de esposa.
BORDÓN. ¡Toca, mi alcaidesa linda!
ALMIR. Marche a descansar la gente,
dando fin con que se diga
entre amantes verdaderos:
"Quien bien ama, tarde olvida."

(*Sale* TECLA.)

TECLA.

En alarde triunfante
tu gente llega.

AURORA.

Llegará arrogante.

(*Salen todos los que puedan, como en alarde.*)

ALBERTO. ¡Alta y soberana Reina!
Tus gentes nunca vencidas
mientras fuí tu capitán,
hoy tu memoria eternizan.
De los moros que en campaña,
bravo Amurates traía,
no quedan ya doce vivos,
que esto pudo tu justicia.

FIN.

La Virgen fué concebida sin pecado original.

Del arrogante Aliarde
esta es la cabeza misma,
y la vida de mi Rey
costó de un reino las vidas.
Tus soldados con pasión
quieren que mi frente ciña
el oro de tu corona
sin mirar que es injusticia.
Pero primero verás
mi noble sangre vertida
que tu corona en mis sienes,
que a esto la nobleza obliga.
Yo a tus plantas la rindiera
cuando fuera propia mía,
porque los nobles, señora,
que bien aman, tarde olvidan.

ALMIR. Vuestra Majestad ahora
su intento a su pueblo diga,
porque quede en paz el reino.

AURORA. Quiero ser agradecida.
Si alterados mis vasallos
quieren que varón los rija,
y a la sangre de sus reyes
la fidelidad olvidan,
es muy grande sinrazón;
y pues el Príncipe imita
sus claros antecesores
en consejo y en milicia,
y no admite como noble
la majestad ofrecida,
quiero yo mandar mi reino;
si hay quien me lo contradiga,
hable en mi presencia luego.
"¡Viva, viva el Rey!", repita.
¿Todos calláis? Pues ahora
que me veo obedecida
le doy la mano de esposa,
porque todo el mundo diga
que la mujer principal
que bien ama, tarde olvida.

ALBERTO. A tanto amor y merced
es razón que el alma rinda
perpetuo agradecimiento.

LUDOVICO. Goces mil años tu dicha.

AURORA. Dadle, conde Ludovico,
de esposo la mano a Elvira.

LUDOVICO. Beso tus reales pies.

ELVIRA. En ellos pongo mi vida.

BORDÓN. Y a mí, señora, que traigo
esta honrada cabecita
de aquel rapaz arrogante,
¿no me darás con que viva?

AURORA. Pide a tu gusto, Bordón.

BORDÓN. Sólo, señora, querría
de renta cien mil ducados,
y ser de Tecla organista.

AURORA. Lo último te concedo.

ALBERTO. Y dando fin se confirma
que verdad dijo el que dijo:
"Quien bien ama, tarde olvida."

FIN DE LA FAMOSA COMEDIA DE "QUIEN BIEN AMA TARDE OLVIDA".

QUIEN MAS NO PUEDE...

COMEDIA DE ESTE AÑO DE 1616 (1)

COMEDIA FAMOSA DE LOPE DE VEGA CARPIO

DEDICADA A

DOÑA ANA MARÍA MARGARITA ROIG, MARQUESA DE VILLAÇOR

Cuando me atreví a dirigir a su señoría Ilustrísima de mi señora doña Francisca Salvador la primera comedia desta décimaséptima parte, quedé disculpado para este atrevimiento, y no me quedó, a mi parecer, alguno que pudiese intentar que lo pareciese, a quien de su generoso valor y gran entendimiento tiene noticia. Hay dos maneras de ofrecer los frutos del ingenio: la una, para servir a quien se envían, con celebrar su nombre; y la otra para honrar con él lo mismo que se ofrece. Esta última le toca a esta comedia, por la grandeza de V. Señoría y la humildad del ofrecimiento; mas por lo menos tiene los deseos mi voluntad, como padrinos de mi ignorancia, que no hay atrevimiento que no abonen, ni corto ofrecimiento que no disculpen. Escriben las antiguas fábulas que la culebra presentó al principio de la primavera una rosa a Júpiter; cuyas purpúreas hojas aún no habían perdido los aljófares, que llamaron los poetas lágrimas del alba, y que teniéndose por servido de su buen ánimo, pues faltándole manos para mayores cosas, se valió del deseo, le dió la ciencia de que los egipcios la hicieron símbolo, y así dije en mi *Angélica*:

Seréis Júpiter vos que por la rosa
a la culebra dió ciencia famosa.

Astuta la llamó Aristóteles; pero las divinas leyes la alaban de prudente. La elocuencia, en fin, significada por el caduseo (*sic*) de Mercurio, recibida de la mano de quien también pudiera dármela, y la heredó con tan alta imitación de sus Ilustrísimos padres, haciendo verdad la fábula, ¿dónde mejor pudiera emplearse que en alabanzas de tan generoso sujeto? Pero si mi incapacidad no deja a mis ojos recebir tanta luz, V. Señoría reciba esta sola rosa de las espinas de mi mal cultivado ingenio, en tanto que a mayores cosas me da lugar el tiempo, con protestación de ofrecer el de mi vida a su servicio, y de su Ilustrísima casa. Guarde Dios a V. Señoría muchos años, para que la vaya continuando en el lustre y grandeza con que la hereda.

Capellán de V. S.
LOPE DE VEGA CARPIO.

FIGURAS DE LA COMEDIA (1)

REY RAMIRO.	REY ORDOÑO.
El Conde HENRIQUE (2).	NUÑO LAYNEZ.
NUÑO, *su criado.*	DOÑA BLANCA.
DON BELTRÁN.	DON IÑIGO.
DOÑA ELVIRA, *infanta.*	DON ARIAS.
LUCINDA, *criada.*	LISIS, RISELO *y* MENANDRO, *villanos.*
CELIO.	
[BERMÚDEZ, *villano.*]	DOÑA ESTELA.

REPRESENTOLA PEDRO CEBRIAN

(1) A: Parte XVII, Madrid, 1621.
B: Parte XVII, Madrid, 1622.
C: Ms. autógrafo de Lope en la biblioteca de míster John Murray, de Londres.
La fecha la indica el manuscrito autógrafo. En éste falta la dedicatoria que luego figura en los impresos.

(1) En C, al fol. 1 vto., consta, sin indicación alguna, este reparto:

RISELO	Vicente.
LISIS	Quadrado.
MENANDRO	Lorenzo.
CELIO	Vicente.
DON IÑIGO	Quadrado.
DON SANCHO	Mateo.
LAYNEZ	Jordán.
DON ARIAS	Jerónimo.
DON BELTRÁN	Escorigüela.
LUCINDA	Señora Catalina.
DOÑA ESTELA	Señora Gerónima.

Al final del fol. 18 del primer acto consta el siguiente reparto:

PERSONAS DEL PRIMERO ACTO

RAMIRO, *rey de Navarra*	Zancado.
DON BELTRÁN, *criado suyo*	Bernardino.
EL CONDE HENRIQUE	Cristóbal.
NUÑO, *criado del* CONDE	Ossorio.
DOÑA ELVIRA, *infanta*	Ana.
LUCINDA, *doncella suya*	Francisca.
ORDOÑO, *rey de León*	P.º Cebrián.
LAYNEZ, *criado del* REY	Cuevas.
IÑIGO, *criado del* CONDE	El que baila, Alonso.
DOÑA BLANCA, *hermana del* CONDE	Maritardia.

(2) B: "Enriquez". C: siempre "Henrique".

ACTO PRIMERO

[*Autógrafo, fol. 1.*]

REY (1) RAMIRO DE NAVARRA, *el* CONDE HENRIQUE, NUÑO, *escudero* (2), *y* DON BELTRÁN, *criado del* REY.)

HENRIQ. ¿Qué mayor atrevimiento?
RAMIRO. Siempre fué atrevido amor.
Bravamente su rigor (3)
arrastra el entendimiento.
HENRIQ. Ya de aconsejarte dejo.
RAMIRO. Menandro discretamente
dijo que amor solamente
era incapaz de consejo;
y tuvo mucha razón,
siendo ejemplo el desatino
con que hice este camino.
HENRIQ. Por eso dijo (4) Platón
que daba amor confianza
para todo atrevimiento.
RAMIRO. Fundé mil torres de viento
en una flaca esperanza.

[*Autógrafo, fol. 1 v.*]

BELTRÁN. Vapor Apuleyo llama
al principio del amor,
cuya costumbre, señor,
vuelve en incendio su llama.
Extrañas desdichas son,
que siendo igual a quien quieres (5),
pues Rey de Navarra eres,
y ella Infanta de León,
y entrambos libres, no pueda
este amor hallar lugar,
con que se pueda templar.
RAMIRO. No hay mal que a mi mal exceda.
La enemistad que tenemos
el Rey de León y yo
esta desdicha causó.
HENRIQ. Bien pudiera en dos extremos
ser medio Elvira, y traer
como paloma la paz.
RAMIRO. Está Ordoño pertinaz;
pero, ¿cómo puede hacer
más venganza, Conde, en mí,
que con tener tan hermosa
hermana, que está invidiosa
naturaleza de sí?
Allá el Petrarca decía
que cuando a Laura formó
rasgó el papel, porque vió
que a sí mismo se vencía.

[*Autógrafo, fol. 2.*]

De Navarra vine a vella,
presumiendo hallar templanza
en vella; ¡ay, vana esperanza;
matóme el vella tan bella.
Conozco que estoy aquí
con peligro (1) de prisión
con muerte, mas la razón
ya no tiene imperio en mí.
BEL. (2) Pues, señor, advierte y mira
que en hombres de tu valor
es la obligación mayor.
Conquista seguro a Elvira (3),
que bien pienso que podrás
desde tu tierra...
RAMIRO. ¿Yo?
BELTRÁN. Sí.
RAMIRO. ¿Cómo, Beltrán?
BELTRÁN. ¡Oye!
RAMIRO. Di
morir (4) y acertarás.
BELTRÁN. Si le diesen a entender
a Elvira que tú la quieres,
y que a tantos la prefieres
para tu esposa y mujer,
claro está que con más gusto
ser Reina en Navarra (5) intente,
que al Rey, su hermano, obediente,
ayudando a su disgusto.
Con esto y tus (6) cartas creo
que, ofreciéndose ocasión,

[*Autógrafo, fol. 2 v.*]

salga Elvira de León,
y tú cumplas tu deseo.
RAMIRO. Sospecho que dices bien;
que si el nombre de marido
a tantas engaño ha sido,
aunque remedio también,

---

(1) A y B: ("*Sale el* REY.")
(2) A y B: "Su criado."
(3) A y B: "furor".
(4) A y B: "dice".
(5) A: "quien eres".

(1) A y B: "A peligro."
(2) C: "Henr.", por confusión, a juzgar por el contexto.
(3) A y B: "con que está segura Elvira".
(4) B: "a morir".
(5) A: "reina de Navarra".
(6) B: "sus".

donde se añade el reinar (1)
podrá, don Beltrán, vencer
la más prudente mujer.

BELTRÁN. Si das a ejemplos lugar,
mira al robador Teseo,
con la gallarda Ariana,
y con Elena greciana
el bello pastor Ideo;
con mil engaños sutiles,
Artemisa y Telamón (2);
mira a Medea y Jasón,
mira a Briseyda y Aquiles.
Opinión hay que Rodrigo
a la Caba prometió
casarse: no lo cumplió,
de que nació su castigo.
Sepa Elvira que ha de ser
reina y tu mujer, que creo
que anticipe tu deseo (3).

RAMIRO. Tomemos el parecer
del Conde.

HENRIQ. El Conde, señor,

[*Autógrafo, fol. 3.*]

sólo le tiene en tu gusto.

RAMIRO. En fin, es santo y es justo.

HENRIQ. No hay cosa injusta (4) en amor.

RAMIRO. Pues, Conde, tú has de quedar (5)
en León, que de ti fío
el gusto y remedio mío.

HENRIQ. ¿Por dónde tengo de entrar
al Rey, siendo tu vasallo?

RAMIRO. Decir que un agravio te hice,
porque no se (6) escandalice,
y que a merced de un caballo
pudiste salir, Henrique,
de Navarra huyendo.

HENRIQ. Bien.

RAMIRO. Porque [a] ampararte también
piadoso Ordoño se aplique,
dirás que servirle quieres;
pues si en su servicio estás,
claro está que hablar podrás
la Infanta cuando quisieres.
Darásla a entender mi amor,

(1) A y B: "el deseo de reinar".
(2) A y B: "Telemón".
(3) A y B: "su deseo".
(4) A y B: "no hay cosa justa".
(5) A y B: "pues donde tú has de quedar".
(6) B: "ce".

mi celo, mi pensamiento,
el bien de su casamiento
tan igual a su valor,
y que no es razón que sea
la enemistad de su hermano
ocasión que salga en vano
lo que mi reino desea,

[*Autógrafo, fol. 3 v.*]

y al suyo le está también,
que es la paz que al fin (1) se hará.

HENRIQ. Servirte aliento me da,
aunque mil muertes me den.
Escribe, porque ella crea
lo que dices, que yo haré
que el Rey crédito me de
luego que a sus pies me vea.

RAMIRO. ¿Tienes algún escudero
de quien fiarte?

HENRIQ. Aquí está.
¡Nuño, llega!

NUÑO. A Nuño da
los pies.

RAMIRO. Abrazarte quiero.
¿De dónde eres?

NUÑO. De Tudela.

RAMIRO. ¿Casado?

NUÑO. Discreto soy.

RAMIRO. No lo entiendo.

NUÑO. Solo estoy,
y ando de mezcla a cautela.
Llevar mi honor cada día
por dondequiera conmigo
alabo, estimo y bendigo;
que un astrólogo decía
que cuando suele el varón
prevalecer, sale al padre
el hijo, y si no, a la madre;
y si la constelación
del cielo más fuerza tiene,
imita su diferencia:

[*Autógrafo, fol. 4.*]

que si a tener influencia
sobre los caballos viene (2):
caballo parece el hombre,
y si jumento, jumento,
que en rostro y entendimiento
sólo en diferente el nombre (3),

(1) B: "en fin".
(2) A y B: "vienes".
(3) A: "hombre".

¿No has visto un hombre que tiene
el talle a una rana igual?
Pues la impresión celestial
a dalle esta forma viene.
Y así yo, con el recelo
que un signo me ponga ansí (1),
huyo de que influya en mí (2)
el Capricornio del cielo.

RAMIRO. Yo he conocido tu humor (3),
tu sutileza y ingenio,
y esa manera de genio (4)
es propia a engaños de amor (5).
Al que (6) se ha de hacer a Elvira
ha de ayudar (7) tu secreto.

NUÑO. Fidelidad te prometo.

RAMIRO. Nuño, lo que importa mira.

NUÑO. Seré un perro, un elefante,
que no hay más que encarecer.

RAMIRO. Bien te puedes prometer
satisfación semejante.

[*Autógrafo, fol. 4 v.*]

¿Qué calidad?

NUÑO. Pobre y rota.

RAMIRO. ¿Qué padres?

NUÑO. Brujulearon
ser caballeros, y hallaron (8)
una temeraria sota.

RAMIRO. ¿Cómo sota?

NUÑO. La pobreza,
de mil linajes azar (9).

RAMIRO. Vasallos te pienso dar
con título de nobleza.

NUÑO. ¡Válgame Dios!

RAMIRO. Y aún es poco.

NUÑO. Notable cosa sería
ver a Nuño señoría,
cosa que me vuelva loco (10).

RAMIRO. Conde, yo quiero partirme;
escribidme cómo entráis
en lo que tratar pensáis (1);
que si gusta de admitirme,
ordenaré que a la raya
quinientos hombres estén;
iré con ellos también
cuando importare que vaya.
Mas primero será bien
daros cartas de mi mano.

HENRIQ. Sin ellas tengo por llano
que harto crédito me den;
porque no hay mujer, señor,
de tan prudente sosiego
que no dé crédito luego
a casamientos (2) y amor.

[*Autógrafo, fol. 5.*]

RAMIRO. Venid a verme partir.

(*Vase el* REY.) (3)

HENRIQ. ¡Nuño!

NUÑO. ¡Señor!

HENRIQ. Esto es hecho.

NUÑO. ¡Hazaña heroica! Sospecho
que se nos (4) ha de lucir.
Mas si título me veo,
cosa que Dios puede hacer,
una casa he de poner
que exceda al mismo deseo.
Cien pajes, treinta lacayos,
caballos cuarenta pares,
nacarados, verdemares,
rojos, celestes y bayos.
Lo que es caza, mil rocines,
perros de Irlanda, polacos,
alanos, sabuesos, bracos,
gozques, galgos y mastines.
Por lo que es volatería,
buitres, lechuzas, torzuelos,
cernícalos y mochuelos;
siete gansos, y una harpía;
leones en el zaguán
de linda casta africana;
tigre, si no fuere hircana
no piense comer mi pan.
Con esto pienso tener
un serrallo de fregonas.

---

(1) A y B: "de un signo me pongo ansí".
(2) A: "huigo de instruya en mi"; B: "huigo de que influya en mi".
(3) A y B: "ya conozco tu primor".
(4) A y B: "manera de premio".
(5) A y B: "es propia en cosas de amor".
(6) A y B: "el que".
(7) A y B: "acudir".
(8) A y B: "ser caballos y sacaron".
(9) A y B: "de mi linaje sacar".
(10) A: "vuelve loco".

(1) A y B: "escribidme cómo os va,
en lo que tratado está".
(2) A y B: "casamiento".
(3) Falta en C esta acotación.
(4) A y B: "que así nos".

HENRIQ. ¿Desvarías? (1)
NUÑO. Bien, abonas
la calidad del placer.

[*Autógrafo, fol. 5 v.*]

Vamos, que es tener en poco
un bien jamás merecido,
cuando al que (2) le ha recibido
no le mata o vuelve loco.

*(*Entren la* INFANTA (3) DOÑA ELVIRA, *y* LUCINDA, *criada suya.*)

LUCINDA. ¿Qué te parece, señora,
de aqueste nuevo ejercicio?
ELVIRA. Que da la nobleza indicio
del gran valor que atesora.
Como trata el Rey mi hermano
de emprender aquesta guerra,
no hay hidalgo en Corte, en sierra,
humilde y tosco villano,
adonde no resplandezcan
las armas.
LUCINDA. ¡Notable ha estado
la plaza!
ELVIRA. ¡Bien la han honrado! (4)
No hay laurel que no merezcan.
Bizarro salió el Guzmán;
bravo caballo y jaez;
llevóse el premio esta vez
de gentilhombre y galán.
No fué Mendo de Quiñones
menos galán, de encarnado.
LUCINDA. Bien a don Sancho de Prado
le estaban tantos blasones.
ELVIRA. Tiene, en fin, sangre real.

[*Autógrafo, fol. 6.*]

LUCINDA. Nuño Láinez ya es viejo.
ELVIRA. Bueno está para el consejo;
don Bustos no tiene igual.
Gallardo Suero Manrique (5).
LUCINDA. Salió de blanco y morado.
ELVIRA. Ese (6) dicen que ha igualado
la fama del conde Henrique.
LUCINDA. ¿Quién es Henrique?
ELVIRA. Un navarro
con quien en toda ocasión
presume comparación
el más gallardo y bizarro.
LUCINDA. ¿Hasle visto?
ELVIRA. Yo, jamás;
pero es notable su fama:
en fin, el galán le llama (1).
LUCINDA. ¿No más de galán?
ELVIRA. No más.
LUCINDA. Mejor dijera el discreto.
ELVIRA. También lo debe de ser,
porque bien pueden caber
dos gracias en un sujeto.
LUCINDA. El alma es notable cosa.
ELVIRA. Sí, mas si es desaseada,
todo cuanto dice enfada,
pues una mujer hermosa
medianamente entendida,
más agrada que una fea
discreta.
LUCINDA. Cuando lo sea,
si sabe, será admitida (2).

[*Autógrafo, fol. 6 v.*]

ELVIRA. Ayer el Rey, mi señor,
dijo, y es cosa muy clara,
que quien tiene buena cara
lleva cartas de favor.
El conde Henrique es galán,
que así la fama le llama;
se llama ansí, que esta fama
a los caballeros dan.
Porque nunca oí decir
el Conde, el Duque, el Marqués
es gran letrado.
LUCINDA. Así es.
ELVIRA. Pues lo que suele lucir
en señores, es la gala,
la valentía y el dar.
LUCINDA. El dar se suele olvidar.

(REY ORDOÑO (3) y NUÑO LAYNEZ.)

ORDOÑO. Ninguno a don Sancho iguala.
LAYNEZ. Yo pienso que Vuestra Alteza
quiere hacerle general.

(1) A y B: "Desvaríos".
(2) A y B: "el que".
(3) A y B: ("*Vanse y sale la* INFANTA"), etc.
Marcamos con asterisco los fragmentos que parecen haber sido escritos en una sola sentada, a juzgar por las señales del ms. autógrafo.
(4) A y B: "que bien la plaza han honrado", y sigue hablando Lucinda.
(5) A y B: "Gallardo fué don Manrique".
(6) B: "Este".

(1) A y B: "se llama".
(2) A y B: "si sabe ser admitida".
(3) A y B: ("*Sale el* REY...")

ELVIRA. ¿Quién, señor, no tiene igual?
ORDOÑO. ¡Oh, Elvira! Tu gentileza.
ELVIRA. Galán vienes de mirar
tantos galanes.
ORDOÑO. No creo
que tiene mayor deseo.

(CELIO, *criado.*) (1)

CELIO. Aquí acaba de llegar
un caballero bizarro
que quiere besar tus pies.
ORDOÑO. ¿Y no te ha dicho quién es?
CELIO. Sólo dice que es navarro.
ORDOÑO. ¿Navarro a mí?
LAYNEZ. ¿Si ha sabido
Ramiro que mueves gente

[*Autógrafo, fol. 7.*]

contra él?
ORDOÑO. ¿Pues qué hay que intente?
LAYNEZ. Desafiarte, atrevido.
ORDOÑO. No es hombre de ese valor.
Di que entre.
CELIO. Voy.
ELVIRA. ¿Que es Ramiro
tan cobarde?
ORDOÑO. Yo le miro (2)
con este enojo y rigor.

(*El Conde* HENRIQUE *y* NUÑO.) (3)

CELIO. Licencia tenéis (4) de entrar.
HENRIQ. Déme los pies Vuestra Alteza.
ORDOÑO. ¿Quién sois y a qué habéis venido?
Que es cosa nueva en mi tierra
que vasallo de Ramiro
donde vos estáis se vea.
¿Es suya aquesta embajada?
¿Sabe la gente de guerra
que estoy armando en León?
HENRIQ. Ni es suya, ni yo la diera;
de paz vengo, y de mi parte
aquella grandeza vuestra
me ampare contra Ramiro.
ORDOÑO. Vuestra gallarda presencia
merece todo favor,
cuando otra cosa no hubiera.

(1) A y B: "*Sale* CELIO *solo.*"
(2) A y B: "Ya le miro".
(3) A y B: "*Sale el conde* HENRIQUE *y* NUÑO, *criado, de camino.*"
(4) A y B: "tienes".

HENRIQ. ¿Puedo hablar?
ORDOÑO. Sola está aquí
mi hermana.
HENRIQ. A vuestra grandeza
pide perdón mi ignorancia,
aunque sol que está en su fuerza (1)
si bien extiende sus rayos,
su rostro a los ojos niega.

[*Autógrafo, fol. 7 v.*]

ELVIRA. Vuestro valor, caballero,
en ninguna cosa yerra
sino en pedirme perdón.
HENRIQ. Dichoso soy en que tenga
tal testigo mi desdicha,
y también para que sea
buen tercero con el Rey
en mi amparo Vuestra Alteza.
ELVIRA. ¡Gallardo talle!
LUCINDA. ¡Famoso!
HENRIQ. A la piedad que profesan
los reyes pido, señor,
para mi historia licencia.
Yo me llamo el conde Henrique.
Pienso que este nombre llega
a más apartados reinos (2).
ORDOÑO. Y de suerte que le tiemblan
en el Africa los moros,
si los de España le precian.
LUCIN. (3) Agora me dad los brazos.
¿Que este es Henrique?
ELVIRA. ¿Pudiera
ser otro con este talle?
LUCINDA. No fué esta vez lisonjera
la fama.
HENRIQ. Proseguiré,
señor, con licencia vuestra.
ORDOÑO. Con mucho gusto os escucho.
HENRIQ. Ya después que en las fronteras
de los moros de Aragón

[*Autógrafo, fol. 8.*]

dieron mis hazañas muestra
del heredado valor,
antes que la primavera
de mi edad sobre mis labios
pintase su roja selva (4);

(1) A y B: "aunque el sol que está en su esfera".
(2) A y B: "a los apartados reinos".
(3) Impreso, por error. "NU".
(4) A y B: "sus flores pusiera apenas".

después que en los Pirineos
los lirios de las banderas
blancas pudieran (1) crecer,
con la sangre de mis venas,
y después que en las orillas
del Ebro, a su costa della (2),
saqué a Ramiro en mis brazos,
con mil heridas y flechas,
que eran tantas que los dos,
él conmigo, yo con ellas,
él la fruta parecía
y yo el espín que la lleva,
para pagarme intentaba,
interponiendo sus fuerzas,
que diese una hermana mía
a un hombre de bajas prendas;
ella más que el sol hermosa (3),
y, si no fuera soberbia,
tan antigua como el sol
en nacimiento y limpieza (4).
Resistióse con mi amparo;
que si no se resistiera,
perdiendo mi madre honor
diera a otro padre sospecha (5).

[*Autógrafo, fol. 8 v.*]

Enojóse mucho el Rey,
que amaba a Rosardo Bela (6),
y el poderoso que ama
es como el sol en su esfera,
que hasta su corona de oro
alza de la humilde tierra
con su actividad divina
los vapores que calienta;
aunque es verdad que a los rayos
parecen cuando los deja,
en el caer y el ruído (7),
que al fin son cosas violentas.
Llamóme Ramiro un día.
Temí, y el pecho a cautela
armé de un peto, aunque al Rey
no busca el noble defensas;
mas como puede el poder
atropellar la inocencia,
poner en duda la vida

(1) A y B: "pudieron".
(2) A y B: "dellas".
(3) A y B: "más que el cielo hermosa".
(4) A y B: "nobleza".
(5) A y B: "diera otro padre sospechas".
(6) A y B: "a Rosarda bella".
(7) A y B: "a caer con el ruído".

es lealtad, pero muy necia.
Entré y díjome: "Si yo
puedo honrar a quien yo quiera,
¿qué tiene, Conde, Rosardo (1),
en que igualaros no pueda?
"¿Por qué no le dais a Blanca?"
Respondí: "Porque lo sea;
que si se mancha, no es justo
volverla de blanca en negra." (2)
"Rosardo es mejor que vos",

[*Autógrafo, fol. 9.*]

dijo el Rey. Yo, sin prudencia,
dije: "No será en mi sangre,
sino en la que tengo vuestra."
Mal respondí; pero en fin,
tal vez la humildad se ciega
con la fuerza del agravio,
y como siempre la lengua
está sobre agua, resbala,
porque a estar en parte seca
no tuviéramos disculpa
de muchas necias respuestas (3).
Alzó la mano Ramiro,
opuse mi brazo a ella;
pero alcanzóme a los ojos
porque no viese mi afrenta:
que es tal la de un bofetón,
que quiso naturaleza
que no viesen las mejillas,
porque no pudiesen verla.
Yo entonces, desatinado,
saco (4) la espada. No creas
que para el Rey la saqué,
que, en efecto, traición fuera,
sino que, como poniendo
fuego a la pólvora presta
vemos que por otra parte
sale la bala ligera,
así cuando puso el Rey
la mano en mi rostro vuela

[*Autógrafo, fol. 9 v.*]

por la vaina de la espada (5)
la cuchilla, de honor llena.
"Prendelde", dijo; y Rosardo

(1) A y B: "que tiene el conde Rosardo".
(2) A y B: "volvella de blanca negra".
(3) A y B: "No tuviera más disculpa
de algunas palabras necias."
(4) A y B: "saqué".
(5) A y B: "mi espada".

furioso a prenderme llega,
pero con una estocada
dejé vengada mi afrenta.
El poder produce efetos
como causa, y pues a ella
no hay llegar, basta que un hombre
mate lo que está más cerca.
Cómo salí de palacio
y de Pamplona, pudiera,
aunque era sola una espada,
dar a mil plumas materia.
Yo vengo, famoso Ordoño,
a ampararme a tu grandeza.
Aguila goda naciste;
corona de oro y de perlas
ciñe (1) tus invictas sienes,
desde Pelayo y Fruela
por rey de León y Asturias.
En tu servicio me emplea,
ampárame con tus alas,
y verás de qué manera
corta una espada ofendida
y un agraviado se venga.

ORDOÑO. Conde, aunque escuchar debía
vuestra historia con pesar,
por lo que es ventura mía,

[*Autógrafo, fol. 10.*]

es imposible negar
que he recibido alegría.
Discreto sois; bien sabéis
que un rey no puede agraviaros;
si a Rosardo muerto habéis,
que es el que pudo enojaros (2),
¿qué satisfacción queréis?
Ello fué por mi ventura,
y así tendréis esta tierra,
casa y voluntad segura.

HENRIQ. Serviros en esta guerra
es lo que el Conde procura.
Y si tengo algún valor
mostraré al mundo, señor,
contra el enemigo vuestro.

ORDOÑO. Solos deseos (3) le muestro
para ponerle (4) temor.
Cuando mi león armado
salga, Henrique, en campo de oro,
llevaros pienso a mi lado.

HENRIQ. No iguala el mayor tesoro
a la lealtad de un criado.
¡Mil veces me dad los pies!

ORDOÑO. Con los brazos os recibo
por mi vasallo.

HENRIQ. Interés
de premio tan excesivo,
honra de mi afrenta es.
Mi desdicha fué mi dicha,
y agravio ha sido mi honor.

ORDOÑO. Vamos, que la historia dicha,

[*Autógrafo, fol. 10 v.*]

pues solicita mi amor,
no ha de llamarse desdicha.
De que fué para mi bien
voy seguro.

HENRIQ. Y yo de quien
nació de sangre real.

*(*Con reverencias se van el* REY, INFANTA *y criados; queda el* CONDE *con* NUÑO.) (1)

NUÑO. ¡Vive Dios, que has hecho mal!

HENRIQ. Y yo lo pienso también.

NUÑO. ¿Esto no güele a traición?

HENRIQ. No, que lo manda mi Rey,
y es forzosa obligación.
Su gusto es ley; de la ley
es el alma la razón.
Yo cumplo con lo que debo.

NUÑO. No me atreveré a jurallo.

HENRIQ. Alguna sospecha llevo.

NUÑO. Que al mal se obligue el vasallo,
Conde, es aforismo nuevo.

HENRIQ. Nuño, por bien o por mal,
cumplir del Rey es mejor
el gusto; que, en duda igual,
si en León fuere traidor,
seré en Navarra leal (2).
Quédate a ver por aquí
lo que se dice de mí.

(*Váyase.*) (3)

[*Autógrafo, fol. 11.*]

NUÑO. Mientras no saben tu engaño,
a Ramiro vendrá el daño.

(1) A y B: "ciñen".
(2) A y B: "que es lo que pudo enojaros".
(3) A y B: "sólo deseos".
(4) A y B: "ponelle".

(1) A y B: "*Vanse todos, que el* CONDE *y* NUÑO *solos.*"
(2) A y B: "en Navarra soy leal".
(3) A y B: "*Vase.*"

(*Entren* Elvira *y* Lucinda.)

Elvira. ¿Es este el hidalgo?
Lucinda. Sí.
¡Ah, gentil hombre!
Nuño. ¿Yo fuera
el dichoso...?
Lucinda. ¿Sois criado
del Conde?
Nuño. Y que ser pudiera
por antiguo jubilado (1),
si el servir premio tuviera.
Lucinda. Mi señora os quiere hablar.
Nuño. Los pies le voy a besar.
Elvira. ¡Levantaos! La mano os doy.
Lucinda. Humor tienes (2).
Nuño. Sano estoy;
bien me puedo pasear.
Mas, por Dios, que es bendición
la condición de los Reyes,
que dar la mano es razón,
porque por ella las leyes
cobardes y necias son.
Mienten cuantos cortesanos (3)
no buscan términos llanos,
en obligación ninguna,
pues sin besar mano alguna
a todos besan las manos.
Es mentir, no es saludar,
pues nadie el besar la impide (4);
mas pienso que por no dar,
aunque el otro (5) se la pide,
no dan la mano a besar.
Aquí sí que besa y toca
tal mano mi boca vil,

[*Autógrafo, fol. 11 v.*]

pues, en efeto, mi boca
engustó vuestro marfil,
que es marfil cristal de roca.
Elvira. Alegre sois.
Nuño. Si soñara
que estaba en el paraíso,
claro está que me alegrara,
o como enfermo Narciso,
de una fuente pura y clara,
que su ardiente fantasía
le retrata en su cristal.
Elvira. Hablar a el Conde (1) querría,
porque desventura (2) igual
enternecerme porfía.
Nuño. Con haber aquí llegado
su desdicha se acabó.
Elvira. ¿Es casado?
Nuño. No es casado.
Elvira. ¿Pues por qué no se casó?
Nuño. Nunca se lo he preguntado.
Pero si en uso estuviera (3)
que una ropería hubiera
de mujeres a escoger,
ninguno en buscar mujer
cobarde ni esquivo fuera.
Cuál a la tienda llegara (4)
y una flaca se probara;
cuál una gorda, una chica;
cuál se vistiera una rica,
y una pobre tripulara.
¡Oh! Lo que fuera de ver
vestirse tanta mujer:

[*Autógrafo, fol. 12.*]

morenas, blancas, trigeñas,
pedir doncellas y aun dueñas (5)
hombres de poco poder.
Mas ley santa y natural
que se vista sola una,
o le venga bien o mal,
hace que en probar fortuna
se tiemple (6) el más liberal.
Elvira. ¿Querrá casarse en León?
Nuño. Ya será forzosa ley,
pues con aquesta ocasión
queda en servicio del Rey,
y si hay en quién, ya es razón (7).
Elvira. El Rey me manda enviar
por su hermana.
Nuño. El español
distrito puede envidiar
a Estela y Blanca, y vos, Sol,
tendréis signos en que andar.
Elvira. Por el Conde su hermosura

(1) A y B: "por antiguo más premiado".
(2) A y B: "tenéis".
(3) A y B: "castellanos".
(4) B: "impida".
(5) A y B: "al otro".

(1) A y B: "del Conde".
(2) A y B: "de ventura".
(3) A y B: "si en esto estuviera".
(4) A y B: "Cuál una fea llevara".
(5) A y B: "morenas, blancas y negras, cuñados, hijos y suegras".
(6) B: "temple".
(7) A y B: "con quien, es razón".

se conoce.
NUÑO. Blanca es blanca,
que excede a la nieve pura,
y ser con ella tan franca
naturaleza procura,
que siendo monte de nieve
a nacer en él se atreve
el rosal de sus mejillas;
que hacer tales maravillas
a tal blancura se debe.

[*Autógrafo, fol. 12 v.*]

Estela es mujer tan bella,
que una letra, sola una,
le ha faltado para estrella;
pero nació para luna,
y hiciera mal en tenella.
ELVIRA. Por Blanca quiero enviar.
NUÑO. Bien será, porque en su casa
alguna es fuerza quedar.
ELVIR. (1) Si el Conde en León se casa,
mucho pienso al Conde honrar.
NUÑO. Casalde de vuestra mano.
ELVIRA. Pensaré quién le merezca.
NUÑO. A no ser caso tan llano,
aunque a vos no lo parezca,
respeto de vuestro hermano,
que habéis, señora, de ser
del Rey de Navarra esposa
y aquestas paces hacer,
yo sé una mano dichosa
que os pudiera merecer.
ELVIRA. ¿Adónde está?
NUÑO. Yo sé dónde.
ELVIRA. ¿Quién, por mi vida?
NUÑO. ¿No oís?
El consonante responde.
ELVIRA. ¿El Conde?
NUÑO. Vos lo decís.
ELVIRA. Quien casare con el Conde,
bien puede dejar de ser
del rey Ramiro mujer (2).
NUÑO. Diréle tanto favor.
ELVIRA. Dile que tiene valor
que le puede merecer.

(*Váyase.*) (3)

[*Autógrafo, fol. 13.*]

NUÑO. Las dos líneas españolas
cerque tu corona bella (1).

(*A la criada.*) (2)

¡Oiga sarcé dos parolas!
LUCINDA. Diga.
NUÑO. Yo tengo con ella
cuatro secretos a solas.
LUCINDA. Si son cosas de tu dueño,
perderé esta noche el sueño.
NUÑO. ¿Qué ventana?
LUCINDA. Un lienzo habrá.
NUÑO. ¿Grande?
LUCINDA. Pequeño será.
NUÑO. No le pongáis muy pequeño.
¿Qué hora?
LUCINDA. Ven a las dos.
NUÑO. ¿Señas?
LUCINDA. Dilas.
NUÑO. Cualque tos.
LUCINDA. ¿Tu nombre?
NUÑO. Nuño, y tu esclavo.
¿Y el tuyo?
LUCINDA. Lucinda.
NUÑO. ¡Bravo!
LUCINDA. Voyme.
NUÑO. Vete.
LUCINDA. ¡Adiós!
NUÑO. ¡Adiós!

*(*Váyanse y entren* BLANCA (3), *y el* REY RAMIRO.)

RAMIRO. Esto habemos concertado,
y queda Henrique en León.
BLANCA. Amor es todo invención.
RAMIRO. No hay en el mundo cuidado
que mate como el de amor.
BLANCA. Hasta agora no lo sé.
RAMIRO. Pues yo, Blanca, te diré
las señas de su rigor.
Es amor un accidente
sobre lo más natural,
porque amar lo que es igual
se sigue naturalmente.
Es una pena agradable

[*Autógrafo, fol. 13 v.*]

y es un gustoso dolor,
un apacible rigor
y un veneno saludable.
Es una dulce pasión,

(1) En A y B, Elvira habla en el verso siguiente.
(2) A y B: "del rey navarro mujer".
(3) A y B: "*vase*".

(1) A y B: "cerquen tu corona bellas".
(2) Falta esta acotación en A y B.
(3) A y B: "*Vanse y sale*".

de los sentidos empleo,
donde es tirano el deseo
y es esclava la razón.
Es un campo de batalla
que no puede resistirse,
pues viendo el alma rendirse
el entendimiento calla.
Es un insaciable exceso (1),
hidrópico de hermosura,
y una engañada locura,
que piensa que tiene seso.
Es una varia inquietud
en la mayor gravedad (2),
y una grave enfermedad,
con aparente salud.
Es un desvanecimiento
de la dulce fantasía,
de la esperanza porfía
y engaño del sufrimiento.
Es un perezoso modo
de no mudar voluntad,
y una loca ceguedad
que piensa que lo ve todo.
Es un ser que no es en sí,
y de otro recibe acción,
y es una imaginación
que se sustenta de sí.
Es un desmayo que es fuerza (3)

[*Autógrafo, fol. 14.*]

y es una flaqueza fuerte,
es fuerte como la muerte,
y es una muerte sin fuerza.

BLANCA. ¿Eso es amor?

RAMIRO. Esto es,
pintado en cifra, el amor.

BLANCA. ¿No hay en el alma valor?
¿No son sus (4) potencias tres?
¿No tiene el cuerpo sentidos?
¿No ven otras cosas bellas?

RAMIRO. ¿Qué podrán, vencidas ellas? (5)
¿Qué podrán, ellos dormidos?
¿No has oído que solía (6)
mudar Circe en piedra un hombre?,
pues a amor daba este nombre
la antigua filosofía.

(1) A y B: "es un excesivo exceso".
(2) A y B: "de la mayor gravedad".
(3) A y B: "que fuerza".
(4) A y B: "tus".
(5) A y B: "¿Qué podrán, vencidos dellas?"
(6) A y B: "sabía".

Tal estoy, Blanca, sin mí
por Elvira, y tal estoy,
que no parezco quien soy
ni creo que soy quien fuí.

BLANCA. ¡Lástima os tengo, señor!

RAMIRO. Tenla a cualquiera que ama.

BLANCA. ¿Luego puedo a cierta dama
tenerla mucho mayor?

RAMIRO. ¿Por qué?

BLANCA. Porque os quiere bien.

RAMIRO. ¡Blanca, Blanca, desengaña
esa mujer!

BLANCA. ¡Cosa extraña,
y desdichada también!
¿Pero qué se os da que os quiera?

RAMIRO. Ser quien sabes; que en saber
que no la puedo querer
me pesa de que me quiera.

[*Autógrafo, fol. 14 v.*]

(DON IÑIGO, *criado del* CONDE.) (1)

IÑIGO.

¡Oh, qué poco caminan los caballos
cuando alcanzan sus alas los deseos!
V[uestra] Alteza me dé sus pies.

RAMIRO.

Don Iñigo,
dónde bueno tan presto?

IÑIGO.

A darte parte (2)
de cómo queda el Conde con Ordoño.

RAMIRO.

¿El Conde con el Rey?

IÑIGO.

Con tal afecto (3),
con voz tan viva y con acciones tales
representó tu agravio, que halló crédito
en el alma del Rey y de la Corte.
Todos le quieren bien, y el Rey le fía
sus mayores secretos, y la Infanta
le favorece ya por cosa tuya;
el Rey trata de guerras y de ejército;
el odio contra ti crece y su agravio (4);

(1) A y B: ("*Sale* DON IÑIGO"), etc.
(2) A y B:
"¿dónde tan presto?
IÑIGO. A darte parte vengo."
(3) A y B: "efeto".
(4) A y B: "y dicen contra ti crece su agravio".

por Blanca vengo yo, que doña Elvira
la pide al Conde (1), y esto es ya forzoso,
para mayores fuerzas del engaño.

RAMIRO.

No hay hombre como el Conde. ¡Caso extraño!
Venció su diligencia mi esperanza;
quien tiene ingenio un imposible alcanza.

IÑIGO.

Blanca, a León has de ir.

BLANCA.

¿Yo? ¿Cómo puedo?

RAMIRO.

Mandándotelo yo y gustando el Conde.

BLANCA.

Tú mismo a lo que mandas te responde.

RAMIRO.

Pues yo respondo que camines luego.
Haz, Blanca hermosa, aquesto que te ruego;
la vida de tu Rey (2) dice que partas.
Tú ven, Iñigo amigo, por las cartas,

[*Autógrafo, fol. 15.*]

que Blanca hará mi gusto.

BLANCA.

Haré tu gusto.

RAMIRO.

Lo más injusto en la obediencia es justo.

(BLANCA, *sola.*) (3)

BLANCA.

En vano os levantastes, pensamiento,
guiado (4) de mi dulce fantasía,
pues en la cera de tan vil porfía
plumas fingió mi loco atrevimiento.

Ninguno edificó sin fundamento
que tuviese más dicha que la mía,
pues la vana esperanza que tenía
cayó del sol, y la detuvo el viento.

Amaba al Rey, y de mi amor me espanto;
tiene otro gusto el Rey; amor, ¡paciencia!
Tratad de ausencia y suspended el llanto.

Ausencia es la más justa diligencia,
si se puede esperar, amando tanto,
un grande olvido de una breve ausencia (1).

(*Entre el* CONDE, *y* NUÑO.) (2)

NUÑO. En todo siento peligro.
HENRIQ. Pues ¿qué haré si amor me tiene (3),
y el amor del Rey le digo?
En vez de corresponderle,
¿no ves que podría ser
que la Infanta me tuviese
por ingrato, y que al engaño
le diésemos fin tan breve?
Para llevarla a Navarra
es forzoso y conveniente (4)
no hablar del amor del Rey,
porque si Elvira lo entiende,
no ha de salir de León.
NUÑO. ¡Desdicha notable!
HENRIQ. ¡Fuerte!

[*Autógrafo, fol. 15 v.*]

¿Tú no dices que te dice (5)
Lucinda sus accidentes
desde la noche del lienzo?
NUÑO. Conde, la Infanta te quiere.
¿Qué sirve andar por las ramas?
Por Dios, que estuvo presente
a cuanto los dos hablamos,
siendo el lienzo el alcagüete.
Suelen los que representan,
que no saben los papeles,
tener detrás del anjeo,
como los órganos, fuelles;
Lucinda representaba
la comedia diferente
del amor que doña Elvira
al Conde navarro tiene (6);
como el papel ignoraba,
no osaba favorecerte;
mas la Infanta que leía
toda la historia presente,
detrás del lienzo apuntaba
por lo escrito, cuantas veces
Lucinda erraba el papel.
HENRIQ. ¡Que de engaños que se ofrecen

---

(1) A y B: "el Conde".
(2) A y B: "la orden de tu Rey".
(3) A y B: "*Vanse* IÑIGO *y el* REY *y queda* BLANCA."
(4) A y B: "criado".

(1) A y B: "una grande ausencia".
(2) A y B: ("*Vase. Sale el* CONDE NUÑO.")
(3) A y B: ¿"Qué haremos, si amor me tiene?"
(4) C: "y conviniente".
(5) A y B: "le dice".
(6) A y B: "al Conde en Navarra tiene".

de un engaño, a quien le trata!
NUÑO. Cumple tú con lo que debes,
que es decir que el Rey la adora
y ser su esposo promete.
Entienda (1) que ha de ser Reina,
y venga lo que viniere.
HENRIQ. ¡Bien dices (2) mi obligación!

[*Autógrafo, fol. 16.*]

Es lo que él mandó; mas tenme
por más desdichado, Nuño,
de lo que a ti te parece.
NUÑO. ¿Por qué, señor?
HENRIQ. Pues que ya
tomaste de los que suelen
representar el ejemplo,
seguirle quiero.
NUÑO. ¿Qué sientes? (3)
HENRIQ. ¿No has visto el galán que llega
por el amigo o pariente
a la dama en la comedia,
y en viéndola se enloquece?
Pues de hablar la Infanta, Nuño,
eso mismo me sucede (4).
¡Perdido estoy!
NUÑO. Buenas noches.
HENRIQ. Malas las espero siempre.
NUÑO. Ahora bien, ¿qué harás?
HENRIQ. Sufrir,
poniendo montes de nieve
sobre el fuego que me abrasa;
porque, Nuño, aunque me viese
en la rueda de Ixión
dar vueltas eternamente,
y de Sísifo el peñasco
llevar sobre el hombro débil,
o asido de las cadenas
del que hurtó la luz celeste,
que aquel (5) águila voraz
de mi sangre se sustente,
o a los pozos infernales (6)
llevar el agua del Lethe,
o tener siempre a la boca
los cristales transparentes,

[*Autógrafo, fol. 16 v.*]

y pendientes las manzanas
de las ramas siempre verdes,
que por Tántalo de amor
divinamente me viene,
que quitase al Rey su gusto
ni mi lealtad ofendiese (1).
NUÑO. ¡Tristes horas se te esperan!
HENRIQ. No las quiero más alegres
que cumplir mi obligación,
y haga amor lo que quisiere.

(DOÑA ELVIRA *y* LUCINDA.) (2)

ELVIRA. ¡Henrique!
HENRIQ. ¡Señora mía!
ELVIRA. ¿Qué hay de Blanca?
HENRIQ. Que ya viene
a serviros, y me ha escrito
que los pies por ella os bese.
ELVIRA. Deseo su compañía.
HENRIQ. Hacéis vos tantas mercedes (3),
que con palabras, señora,
no pueden encarecerse;
pero pues da la ocasión (4)
los cabellos de la frente,
aquí aparte os retirad.
ELVIRA. (¡Ay, Dios, si mi dicha fuese (*Ap.*)
tan grande que me pagases,
Conde, el amor que me debes!) (5)

(*Hablan aparte* ELVIRA *y* HENRIQUE.) (6)

HENRIQUE.

Hermosa Elvira, si me dais palabra
de guardarme un secreto (7), pues primero
de vos le quiero que los labios abra (8),
sabréis la obligación de un caballero,
y sabréis la ventura que os espera,
y la que yo también por vos espero (9).

---

(1) A y B: "entiende".
(2) A y B:
"Bien cumplí mi obligación
lo que le mandó; mas tenme."
(3) A y B:
"Porque, señor?
HENRIQUE. No has visto al galán que lleva
a ver amigo o pariente
la dama de la comedia..."
(4) A y B: "se me ofrece".
(5) A y B: "aquella".
(6) A y B: "y las olas infernales".

(1) A y B: "ni mi lealtad le ofendiese".
(2) A y B: ("*Sale* DOÑA ELVIRA"), etc.
(3) A y B: "Haréisme tantas mercedes."
(4) A y B: "mas pues me da la ocasión".
(5) A y B: "el grande amor que me debes".
(6) Falta esta acotación en C.
(7) A y B: "de guardarme secreto".
(8) A y B: "mis labios abra".
(9) A y B:
"Que si cumplir con su lealtad espera,
no menos que de vos remedio espero."

ELVIRA.

[*Autógrafo, fol. 17.*]

(Enrique está turbado; la primera
señal de amor; que pague me prometo
el que pluguiera a Dios que le debiera.)
Conde, yo juro de guardar secreto,
por la vida del Rey y por la mía.

HENRIQUE.

El tiempo mismo esté a los dos sujeto (1).
Ramiro os vió, señora, el claro día
de las fiestas que hizo vuestro hermano (2)
a los dichosos años que cumplía;
que disfrazado, aunque guardado en vano,
amor le halló, le hirió, le dió la muerte,
con cinco flechas de esa hermosa mano.
No fué de ausencia la defensa fuerte;
allá pensó morir y volvió a veros,
y tuvo en veros venturosa suerte,
viendo tan imposible el mereceros,
por el odio cruel de Ordoño airado,
y temiendo en pediros ofenderos,
trató que me fingiese yo agraviado,
y que sirviendo al Rey, señora, os diga
que para serlo suya os ha buscado.
Si un rey, un reino y tanta fe os obliga,
porque yo os llevaré secretamente
hasta Navarra, aunque él y el mundo os siga.
De aqueste casamiento claramente (3)
nacerá de los príncipes cristianos
la paz, que el cielo un siglo y mil aumente;
envidiarán los bravos castellanos

[*Autógrafo, fol. 17 v.*]

la paz de los navarros y leoneses,
y juntos temblarán sus fuertes manos;
tendréis la vecindad de los franceses
para vuestro favor, y finalmente...

ELVIRA.

Finalmente, era bien que enmudecieseis.
¿Tú me dices a mí tan libremente
que quiera bien otro hombre? (4) ¿Tú villano,
amándote yo a ti tan tiernamente?
Primero que el navarro, el castellano (1),
el portugués, ni cuantos tienen vida
lleguen a sólo imaginar mi mano,
se verá de los quicios desasida
adonde estriba el arco de diamante,
la cúpula de estrellas guarnecida;
primero juntos uno y otro Atlante,
y el tiempo más veloz que el pensamiento
verá de su reloj roto el volante,
que otro humano mortal merecimiento
le tenga de llegar adonde Henrique,
puesto que ingrato (2) a mi amoroso intento.

HENRIQUE.

Señora, permitidme que os suplique... (3)

ELVIRA.

¡Déjame, necio!

HENRIQUE.

¡Oídme, oíd, señora (4),
si no queréis que todo se publique (5).

ELVIRA.

¿Qué me puedes decir?

HENRIQUE.

Cuando yo agora
a deciros llegué tal desatino,
fué con temor del alma que os adora;
parecióme que fué mejor camino

[*Autógrafo, fol. 18.*]

para saber de vos esa firmeza,
por hallarme de vos, mi bien, indigno (6);
mas ya que sé que puedo a mi tristeza
dar tan alegre fin, vos sois mi esposa.

ELVIRA.

Esa corona quiero en mi cabeza (7).
Iré a Navarra, iré por la arenosa
Libia, y adonde el sol no es conocido
estamparé su nieve rigurosa (8),
porque el Olimpo, aquel jamás vencido
de la región del aire, es fácil senda

---

(1) A y B: "pues teniendo de vos tan buen conceto".
(2) A y B:
"Ramiro es vuestro desde el claro día
de las justas que hizo vuestro hermano."
(3) A y B: "y que sirviendo al Rey, daros intente
parte de amor tan bien imaginado,
pues deste casamiento claramente".
(4) A y B: "bien a otro hombre".

(1) A y B: "acordándote yo tan tiernamente?
Primero que en Navarra el castellano".
(2) A y B: "pues que es ingrato".
(3) A y B: "permitid que yo os suplique".
(4) A y B: "Oíd, oíd, señora."
(5) A y B: "todo lo publique".
(6) A y B: "de vos, señora, indigno".
(7) A y B: "Esa corona quiere mi cabeza."
(8) A y B: "Su arena rigurosa."

para un amor que no consiente olvido;
que más quiero con vos que el sol me ofenda
en una aldea, en un lugar desierto,
que el reino que del mar al mar se extienda (1).

HENRIQUE.

¿Que conmigo vendréis?

ELVIRA.

Estad muy cierto;
luego, Conde, que vos me deis aviso.

HENRIQUE.

¿Qué puedo yo perder mil veces muerto?

ELVIRA.

Adiós, esposo, adiós.

HENRIQUE.

¡Cuán de improviso (2)

(*Váyanse las dos.*) (3)

viene cualquiera mal!

NUÑO.

Pues, ¿qué tenemos?

HENRIQUE.

De mi desdicha el término preciso.

NUÑO.

¿Qué dice Elvira, pues?

HENRIQUE.

Tantos extremos
en nombrándole al Rey. ¿No viste? (4)

NUÑO.

Vilos.

HENRIQUE.

Mas la industria, que ciega Polifemos,
me enseñó que, trocando los estilos,
dijese que era yo quien la adoraba (5);
que también en Navarra nacen Nilos.
Ella, que ser mi esposa deseaba,
gustosa concertó nuestra partida,

[*Autógrafo, fol. 18 v.*]

que en avisarla yo se dilataba;
burlada, en fin, mas no de ser querida,
irá a Navarra, adonde el Rey la goce,
y adonde pierda yo también la vida.

NUÑO.

Amor que la esperanza desconoce,
¿cómo puede durar?

HENRIQUE.

El amor mío
por inmortal sin ella se conoce (1).

NUÑO.

¡Algún remedio habrá!

HENRIQUE.

¡Morir confío!

FIN DEL PRIMERO ACTO DE "QUIEN MÁS NO PUEDE..." (2)

SEGUNDO ACTO

DE "QUIEN MÁS NO PUEDE..." (3).

[*Autógrafo, fol. 1.*]

(DOÑA BLANCA *de camino y* DON IÑIGO *y criados.*) (4)

IÑIGO. De las quejas con razón
no es exceso el sentimiento (5).

BLANCA. ¿Es (6) este el recibimiento

---

(1) A y B: "que no que de mi amor el Rey se encienda".

(2) A y B: "¡Qué de improviso."

(3) A y B: "*Vase* ELVIRA."

(4) A y B:

NUÑO. ¿Qué dice Elvira?
HENR. Ha hecho mil extremos
en nombrándole el Rey. ¿Vístelos?

(5) A y B: "quien lo ordenaba".

(1) A y B: "por inmortal se estima y se conoce".

(2) "Esta comedia es muy buena, mas no para estos tiempos; para los pasados sí, porque tiene muchas endechas y muchas cosas que no dejarán pasar en estos tiempos. El cuento es bueno para volverle a escribir en versos a la moda. Y por ser verdad lo firmé de mi mano y letra en París a 19 del mes de Abril del año del Señor de 1669. = CRISTÓBAL GÓRRIZ."

(3) En C, trae este reparto:

PERSONAS DEL 2.º ACTO

DOÑA BLANCA.	REY RAMIRO.
DON IÑIGO.	DON BELTRÁN.
CELIO. (Antonio.)	DON ARIAS. (Antonio.)
LAYNEZ.	LISIS. (Francisca o Ana Núñez.)
REY ORDOÑO.	
DON SANCHO. (Cuevas.)	RISELO. (Cuevas o Bernardino.)
LUCINDA.	
EL CONDE HENRIQUE.	MENANDRO. (El que baila, que no sé el nombre.)
DOÑA ELVIRA.	
NUÑO.	

(4) A y B: "*Sale* DOÑA BLANCA *y* DON IÑIGO, *de camino, y acompañamiento.*"

(5) A y B: "nos exceptó el sentimiento".

(7) A y B: "Este es."

que me esperaba en León?
El Rey hallará disculpa
como señor soberano,
pero no el Conde, mi hermano,
que al Conde el amor le culpa.

IÑIGO. Y la justa obligación.

BLANCA. Y la Infanta que ha enviado
por mí, ¡qué bien ha mostrado
en honrarme su afición!

IÑIGO. De todos quejarte puedes
con razón.

BLANCA. Quien llega ansí,
¿qué puede esperar aquí (1)
sino agravios por mercedes?

IÑIGO. Corrido estoy.

BLANCA. Yo de suerte,
que volverme determino.

IÑIGO. El Rey viene de camino;
que está disculpado advierte.

(*El* REY ORDOÑO, *vestido de caza;* DON SANCHO, *caballero, y* LAYNEZ.) (2)

ORDOÑO.

[*Autógrafo, fol. 1 v.*]

¿Sin avisar, y con tan poca gente?

SANCHO.

Así dicen que viene doña Blanca.

BLANCA.

Ya está, señor, a vuestros pies.

ORDOÑO.

Señora
¿tan grande agravio?

BLANCA.

Por salir huyendo
del cuidado y poder del rey Ramiro,
en las manos me puse del secreto.

ORDOÑO.

Que estoy corrido os juro, aunque os prometo (3)
que lo estoy mucho más de vuestro hermano;
que yo ha que falto de León tres días,
codicioso de dar la muerte a un oso,
cuya grandeza fué destas montañas (4)
temor y admiración.

BLANCA.

De Vuestra Alteza
no formo queja yo, que no era justo (1);
del Conde sí, pues no me ha visto el Conde.

ORDOÑO.

¡Hola! Llamad al Conde; que no creo
que sepa el Conde cómo habéis venido.

BLANCA.

Yo pensé que me hubiera recibido
a la raya (2) del reino de Navarra.

ORDOÑO.

¡Qué hermosa!

LAYNEZ.

¡Qué gallarda! (3)

SANCHO.

¡Qué bizarra!

ORDOÑO.

¡Digna es de un Rey! (4)

LAYNEZ.

Al Conde se parece.

ORDOÑO.

¡Por Dios, don Sancho (5), que es hermosa dama!

IÑIGO.

El Rey habla de ti.

ORDOÑO.

No sé quien llama
bien de naturaleza (6) la hermosura,
pues en ésta parece don del cielo.

SANCHO.

Los del alma, señor, llaman sus bienes,
que la hermosura al cuerpo pertenece.

ORDOÑO.

Sí; pero en ella el cuerpo alma parece,

[*Autógrafo, fol. 2.*]

pues si se viera el alma, no pudiera
tener más hermosura, y en los cuerpos

---

(1) A y B: "esperar de ti".
(2) A y B: "*Sale el* REY ORDOÑO, *de camino, y* DON SANCHO *y* LAYNEZ."
(3) A y B: "os juro y os prometo".
(4) A y B: "fué en estas montañas".

(1) A y B: "quejas yo, porque no es justo".
(2) A y B: "en la raya".
(3) A y B: "¡Qué hermosura!—LAY. ¡Gallarda!"
(4) A y B: "de un reino".
(5) A y B: "¡Por Dios, Sancho."
(6) A y B: "a la".

que son tan cristalinos, la hermosura
del alma resplandece, como vemos
una luz en un vidrio.

SANCHO.

Vuestra Alteza
se ha dejado llevar de su belleza.

(CELIO, *criado.*) (1)

CELIO.

El Conde no parece, ni le han visto
en palacio después que te partiste.

(*Vase.*) (2)

ORDOÑO.

No debe de estar bueno. Bien merece (3),
Blanca, que le disculpes. Vayan luego,
y díganle a mi hermana que tenemos
la más hermosa güéspeda del mundo,
pues que del mundo puede ser señora.

BLANCA.

Puesto que lo encarezca Vuestra Alteza,
el camino agradezco solamente,
pues cuantos nacen son del mundo güéspedes.

ORDOÑO.

Sí, pero dije yo la más hermosa.

BLANCA.

Mejor, señor, para mi hermana Estela
viniera este favor.

ORDOÑO.

Dudo que sea
tan bella como vos, y gran ventura
será traerla para honrar mi casa
de dos soles, dos lunas, dos estrellas;
que si en el cielo suele haber dos soles,
digo que vuestros ojos lo parecen,
cuando le sigue alguna nube espléndida,
en cuyo espejo él mismo le retrata;

[*Autógrafo, fol. 2 v.*]

así con vos y Estela sucediera,
que vos el sol y ella el retrato fuera.

(LUCINDA *y* CELIO.) (4)

CELIO.

Turbado de las nuevas que me han dado,
no me atrevo a decir lo que me dicen,
pero aquí traigo quien por mí lo diga.

ORDOÑO.

¿Cómo, Celio, turbado tú, y por lengua
de lo que te enmudece, lo que sabes?
Una criada de la Infanta...

CELIO.

El caso
suspende todo humano atrevimiento (1).

ORDOÑO.

¿Qué es aquésto, Lucinda?

LUCINDA.

Habrá dos días
que entrando Emilia (2) a despertar la Infanta.

ORDOÑO.

¡Presto! (3), que aumentas las desdichas mías.

LUCINDA.

Corriendo la cortina...

ORDOÑO.

¿Qué te espanta?

LUCINDA.

Cual suele hallar, señor, las plumas frías
quien del nido esperaba copia tanta,
cuando los pajarillos alzan vuelo,
así la cama halló.

ORDOÑO.

¿Qué escucho? ¡Ay, cielo!

LUCINDA.

Buscó todas las partes que eran dignas
de su grandeza y no la halló.

ORDOÑO.

¿Qué dices?

LUCINDA.

Miró otra vez la cama y las cortinas,
hasta alfombras, estrados y tapices (4).

---

(1) A y B: "*Sale* CELIO, *criado.*"
(2) En C falta esta acotación.
(3) A y B: "Bien parece."
(4) A y B: "*Sale* LUCINDA *y* CELIO, *criados.*"

(1) A y B:
"ORDOÑO. Celio turbado y tú con lengua agora
di lo que te enmudece y lo que sabes.
CELIO. Una criada de la Infanta acaso...
ORDOÑO. ¿Qué es aquesto, Lucinda?"
(2) A y B: "Elvira".
(3) A y B: "puesto que".
(4) Estos dos versos últimos están tachados en el manuscrito C.

ORDOÑO.

¿Y agora dónde está?

LUCINDA.

Pues, ¿no imaginas
uno de dos sucesos infelices?

ORDOÑO.

¿Cómo, Lucinda?

LUCINDA.

Que es robada o muerta.

ORDOÑO.

Para robarla, ¿dónde hallaron puerta? (1)

SANCHO.

¿Eso dices, señor?

ORDOÑO.

¡Mi honor socorre!

SANCHO.

Acrisio, que le tuvo por tesoro,

[*Autógrafo, fol. 3.*]

cerró a su hija en una excelsa (2) torre,
que Júpiter violó con lluvias (3) de oro.
El oro no hay escrito que no borre (4),
edad a que (5) no venza su decoro,
puerta que no entre, porque de una suerte
tiene licencia el oro que la muerte.

ORDOÑO.

Si ha sido amor, ¿qué puerta halló (6) cerra-
[da?

SANCHO.

Espíritu llamar al amor puedes (7),
a quien cerrar la puerta importa nada,
que es forma que penetra las paredes.

ORDOÑO.

¿Era del Conde doña Elvira amada?
¡Habla! ¡Que muda para siempre quedes
en esa suspensión!

LUCINDA.

Señor, el Conde
la amaba.

ORDOÑO.

¿Y ella a él también? ¡Responde!

LUCINDA.

También, señor.

ORDOÑO.

Pues ¡alto! El Conde falta,
él la lleva a Navarra. ¡Oh, infame Henri-
¿Esta fué tu lealtad? [que! (1)

BLANCA.

Señor, no es justo
que con información que no es bastante
des crédito tan presto a tus antojos.

ORDOÑO.

Es como haberlo visto por los ojos.
¿A un Rey? ¿A mí, traidor? ¿Al amor mío,
al cielo, al juramento al ser tu amparo?
¿A tantos agraviaste? ¡Vive el cielo,
que ha de teñir tu infame sangre el suelo! (2)

LAYNEZ.

Ir a Navarra el Conde es imposible
por la ofensa del Rey.

ORDOÑO.

Así lo entiendo.

[*Autógrafo, fol. 3 v.*]

El va a Castilla. Parte, Sancho, al punto
con ducientos soldados, que discurran
por varias partes el camino todo,
y si no pareciere, al rey Alfonso
dirás que no le admita ni reciba,
o romperé las amistades luego,
y entraré por su tierra a sangre y fuego.

---

(1) En A y B sólo habla ORD. en estos dos versos.
(2) A y B: "escura".
(3) A y B: "llaves".
(4) A y B: "lo borre".
(5) A y B: "larga edad que".
(6) A y B: "halla".
(7) A y B: "Espíritu es amor, decirlo puedes." Y falta además indicación de los personajes que hablan.

(1) Este pasaje lo traen así A y B:

"...para siempre quedes.
LUCINDA. Señor, él la adoraba.
ORDOÑO. ¿Y ella al Conde?
LUCINDA. Yo pienso que también.
ORDOÑO. También responde.
Pues ¡alto! El Conde falta, el Conde es ido.
El la llevó a Navarra. ¡Oh, infame Enri-
[que"!

(2) A y B:

"¿A el Rey? ¿A mí, traidor; a el honor mío,
al cielo, al juramento a ser tu amparo?
¿A mí tantos agravios? ¡Vive el cielo,
que ha de teñir tu sangre infame el suelo!"

SANCHO.

Tú verás, gran señor, mi diligencia.

(Vase.) (1)

ORDOÑO.

Vos, Blanca, y vuestra gente, perdonadme,
estaréis en prisión, seréis resguardo (2)
del robo de la Infanta, hermana mía,
y agradeced a la hermosura vuestra
no dar de mis enojos otra muestra;
que, ¡vive Dios!, que otro menor (3) sagrado
no os defendiera de mi pecho airado.

BLANCA.

Señor, pues yo nací para desdichas,
y no es aquesta la primera dellas,
no me quiero quejar de mis estrellas.
Rey sois; yo soy mujer; vos sois piadoso,
y yo inocente: haced el gusto vuestro.

ORDOÑO.

Bien pudo el Conde proceder conmigo,
como mi voluntad le merecía (4);
porque si bueno a bueno me pidiera
mi hermana, con el reino se la diera.

BLANCA.

Yerros fueron de amor.

ORDOÑO.

Pues ángel eres,
y yo quien, siendo Rey, padece injuria (5),
detén la espada al golpe de mi furia.

[*Autógrafo, fol. 4.*]

*(*El CONDE HENRIQUE, *la* INFANTA, DOÑA ELVIRA *y* NUÑO, *en hábito de villanos, y ella con una banda.*) (6)

ELVIRA. Mayor mal pudiera ser.
HENRIQ. Yo pensé que tu caída
hoy me costara la vida.
NUÑO. ¿No has visto, Conde, caer
una estrella (1) por el cielo?
Pues así me pareció.
ELVIRA. Fué cometa que encendió
mi amor y murió en tu hielo (2).
HENRIQ. De tibio amante me infamas;
pero no tienes razón.
ELVIRA. ¿Pues no es aquesta ocasión
para saber si me amas?
HENRIQ. Por ir fuera de camino
se ha faltado a tu regalo (3).
ELVIRA. Con los del amor no igualo
cuantos sin él imagino.
HENRIQ. Bien fuera que te sangraras;
pero fuera conocida,
y aventuraras mi vida,
y perderme aventuraras.
ELVIRA. No me quieres entender.
NUÑO. No hablemos de ir a poblado,
que de no haberte sangrado
menos se puede perder.

[*Autógrafo, fol. 4 v.*]

Fuera de sola sangría
en un campo en tal lugar
no se pudiera alegrar.
ELVIRA. ¿Pues quién te pide alegría?
¿Debo yo de pretender
que por cosas semejantes
me dé el Conde oro y diamantes? (4)
NUÑO. No los habrás menester;
pero está en uso entre reyes
y señores que aquel día
se celebre la sangría (5)
con oro.
ELVIRA. ¡Qué extrañas leyes! (6)
NUÑO. En Bártulo, ni en Jasón,
no sé que se pueda hallar
ley de alegrar sangre y dar
joyas.
HENRIQ. Antes es razón (7).
NUÑO. Si la sangre de aquel día,

(1) Falta la acotación en C.
(2) A y B:
"gente, aunque inocentes,
estaréis en prisión por el resguardo".
(3) A y B: "mejor".
(4) A y B: "lo merecía".
(5) A y B: "y yo que, siendo Rey, padezco injuria".
(6) A y B: "*Vanse y sale el* CONDE *y* DOÑA ELVIRA *y* NUÑO, *en hábito de villanos, y* ELVIRA *con una banda.*"

(1) A y B: "astilla".
(2) A y B: "en tu cielo".
(3) A y B: "te ha faltado tu regalo".
(4) A y B: "oro o diamantes".
(5) A y B: "su sangría".
(6) Falta en B la palabra "leyes".
(7) A y B:
"ley de alegrar el sangrar
con joyas.
ENRIQUE. Tienes razón."
Y sigue hablando Enrique, en lugar de Nuño.

que es quien la salud altera,
es la mala, ya está fuera (1),
no ha menester alegría.
Pues si la que queda es buena,
la buena alegre se está;
mas si el que las joyas da
es fuerza quedar con pena,
este llamo yo el sangrado,
pues la bolsa se sangró,

[*Autógrafo, fol. 5.*]

que no al que por mala dió
la sangre que le han sacado (2).

ELVIRA. El sangrarme y alegrarme,
como Nuño dice aquí,
no me han dado causa a mí,
Henrique, para quejarme.
Salí de León contigo,
mas no salí de León,
pues en aquesta ocasión
le traigo en rigor conmigo (3).
No envidio mayor tesoro
que las mismas prendas mías,
que no están mis alegrías
en los diamantes y el oro.
Ni el caer pena me dió,
que de más alto caí,
dejando de ser quien fuí,
cuando tu amor me engañó.
Pues más estimo contigo
este vil traje villano
que el reino del Rey mi hermano
y el navarro su enemigo.
Siento, y con mucha razón (4),
que una mano no me has dado,
ni aun una palabra hablado (5)
con señales de afición.
Siempre del camino oí
que es tercero de amistades;
pero en ti de enemistades,

[*Autógrafo, fol. 5 v.*]

pues que te apartas de mí.
Y con ver (6) que nada intentas,
aunque te soy desigual,
si te he parecido mal,
puede ser (1) que te arrepientas.
No te quiero arrepentido,
si ya tus ojos lo están,
que quien es tibio galán,
¿qué será después marido?
Cuando estos valles pintados
de varias y hermosas flores
están provocando amores
a los peñascos helados;
cuando en amorosos lazos (2)
los pajarillos traviesos
con los picos piden besos
y con las alas abrazos,
y porque los solemnicen
los aires tanto se encienden,
que parece que se entienden
los requiebros que se dicen;
cuando las aguas, de amores
libres, porque son heladas,
en espejos transformadas
hacen Narcisos las flores;
tú sólo, más insensible
que valles, aves y fuentes (3),
no ves, ni piensas, ni sientes
un bien de amor tan posible.

[*Autógrafo, fol. 6.*]

¿Qué montes te dan enojos?
¿Qué mares has de pasar?
¿Entre unos brazos hay mar,
y montes entre unos ojos?
¿Aguardas que yo te hable?
¿Quieres que te ruegue yo?

HENRIQ. ¡No, Elvira; señora, no!

ELVIRA. ¡Suspiró! ¡Cosa (4) notable!
¿Hásete acaso acordado
alguna promesa? ¿Has hecho
algún voto? Mas sospecho
que debes de ser casado (5).
Si es ansí, ¿qué habrá (6) perdido?
Déjame en aqueste monte;
cerca está Navarra. Ponte

(1) A y B: "y está fuera".
(2) A y B:
"que la bolsa le sangró,
que no al que por mal le dió
su sangre, que le ha faltado."
(3) A y B: "te traigo, Henrique, conmigo".
(4) A y B: "siento con mucha razón".
(5) A y B: "ni una palabra has hablado".
(6) A y B: "Y por ver."

(1) A y B: "podrá ser".
(2) A y B: "brazos".
(3) A y B: "que aves, valles y fuentes".
(4) A y B: "caso".
(5) A y B: "que alguna promesa has hecho,
o algún voto? Mas sospecho
que debes de estar casado".
(6) A y B: "habrás".

en salvo.
HENRIQ. ¡Pierdo el sentido!
ELVIRA. En traje villano estoy;
aquí quiero ser villana.
HENRIQ. ¡Oh, lealtad! ¡Fuerza inhumana!
Alma de diamante soy.
ELVIRA. ¿Cómo es eso de lealtad?
¡Habla, Conde, habla conmigo!
HENRIQ. Nuño, señora, es testigo
de que mi amor es verdad;
desde el día que te vi
te adoro; que mi recato (1)
no es tibieza o ser ingrato
a lo que has hecho por mí,

[*Autógrafo, fol. 6 v.*]

sino que aqueste respeto
nace de ser mi señora,
y no mi mujer, que agora
ya se descubre (2) el secreto.
Ramiro es mi Rey, y en ti
tiene puesto el pensamiento (3);
él hizo este fingimiento,
y yo el instrumento fuí.
No pensé yo que te amara;
pero, ¿cuál hombre te viera
que de ti se defendiera
y con libertad quedara?
Y más amado de ti
con el extremo que veo:
la privación y el deseo
han hecho una Troya en mí.
Todo me abraso y consumo,
cuanto (4) me voy acercando;
mi vida se va acabando,
pero en morir me resumo.
¡Qué fortuna desigual!
¡Qué desdichados amores!
¡que otros mueran por traidores
y yo muera por leal!
ELVIRA. ¿Cómo, Henrique? ¿Cómo es eso?
¿Al Rey me llevas tú a mí?
¿Al Rey voy?
HENRIQ. Señora, sí.
ELVIRA. Pienso que has perdido el seso.
Si el nombre de tu mujer
me ha sacado de León,

(1) A y B: "que el tener yo este recato".
(2) A y B: "ya te descubro".
(3) A y B: "tiene puesto el pie a mi intento".
(4) A y B: "cuando".

[*Autógrafo, fol. 7.*]

que basta a ser posesión (1),
aunque no ha llegado a ser,
¿tú mismo llevarme intentas
al Rey? ¿Y tienes honor?
¿Y más confesando amor,
con que dos veces te afrentas?
¡Vuelve en ti, Henrique; estás lo-
¡Pídeme perdón! [co!
HENRIQ. Señora,
yo debo tener agora
mi vida y honor en poco
respeto de mi lealtad;
ni soy (2) yo vuestro marido,
pues digo que lo he fingido.
ELVIRA. ¿Y tu amor?
HENRIQ. Ese (3) es verdad;
pero en resistir soy palma.
ELVIRA. Pues créeme que el amor
es el verdadero honor,
porque es afrentar el alma.
Cuando esta noche te vi
salir de aquesta cabaña,
que nos dió en esta (4) montaña
casa a mí, lugar (5) a ti,
y me acordé de la historia
de Angélica y de Medoro,
que me guardabas decoro
dije a mi necia memoria,
bien que temiendo en secreto (6)
algunas dificultades,
pues nunca en las soledades
se guarda tanto respeto.

[*Autógrafo, fol. 7 v.*]

Mas pues ya te has declarado,
también me declaro yo:
quien su mujer me llamó
a mi honor (7) está obligado.
Bien puedes, Conde, matarme,
pero no saldré de aquí (8);

(1) A y B:
"Si en nombre de tu mujer
me has sacado de León,
que basta ser posesión."
(2) A y B: "no soy".
(3) A y B: "Eso."
(4) A y B: "dió aquesta".
(5) A y B: "y lugar".
(6) A y B: "bien que teniendo el secreto".
(7) A y B: "a su honor".
(8) A y B: "pero no salir de aquí".

que no siendo para ti
no hay que tratar de llevarme.

(*Entrese.*) (1)

HENRIQ. ¡Señora, señora!
NUÑO. Fuése.
HENRIQ. Nuño, ¿qué haré? (2)
NUÑO. ¡Qué sé yo!
Pero pues ya sucedió
tal a mí me sucediese:
quererla y ser su marido.
HENRIQ. ¿Y el Rey?
NUÑO. Decirle el suceso.
Entra; que llora en exceso,
y con razón lo ha sentido.
Mira que la culpa fuiste (3)
de que te amase con nombre
de ser tu mujer (4).
HENRIQ. Soy hombre,
y nadie amando resiste.
NUÑO. Pues, ¿qué fuerza te ha de hacer?
HENRIQ. ¡Ah, Nuño! Que tú no sabes
qué pueden quejas suaves
y lágrimas de mujer.
NUÑO. El que por ellas se mueve
no piensa en que (5) es su costum-
que lloran sin pesadumbre, [bre,
como cuando el cielo llueve;
y aun él permite, a su ruego,

[*Autógrafo, fol. 8.*]

lloren tanto y sin enojos,
que tienen fuego en los ojos,
y el agua templa aquel fuego.
HENRIQ. Lágrimas hay sin tristeza.
NUÑO. Son la caña de pescar
con que viven en el mar
de nuestra humana flaqueza,
las que a perdernos incitan
y agraviados nos aplacan,
las que las bolsas nos sacan (6),
las que el dinero nos quitan.
Mas ni en nacer ni en llorar
son las mujeres iguales,
porque lágrimas reales
no nacen para engañar.
Cuando yo era tierno amante
cierta ninfa me engañó,
y una noche que lloró
se fué con un estudiante.
¿Entiendes esto? Ya es ido.
¡Señor! ¡Ah, señor! ¿Adónde
te fuiste? Durmióse el Conde,
ninguno le haga ruido (1).
¡Ah, señor!
HENRIQ. ¿Quién está aquí?
NUÑO. Nuño soy; ¿no me conoces?

[*Autógrafo, fol. 8 v.*]

HENRIQ. ¿Sabes quién da aquellas voces?
NUÑO. La Infanta.
HENRIQ. ¡Triste de mí!
NUÑO. Ve, por Dios, a consolalla.
HENRIQ. Temo, Nuño.
NUÑO. Pues, ¿qué haremos?
HENRIQ. Tú templarás sus extremos
con hablalla y con rogalla,
y yo entre tanto entraré
en Navarra, y lo que pasa
diré al Rey.
NUÑO. ¿En esta casa
quieres que seguro esté?
HENRIQ. Sí estarás; que deste monte
se cubre, y no hay aspereza
mayor por naturaleza
en todo aqueste horizonte.
Mi vuelta será muy breve.
¡Nuño amigo, adiós, adiós!
NUÑO. ¿Que nos dejas a los dos
en dos (2) gigantes de nieve?
Mas si pregunta por ti,
¿qué le diré?
HENRIQ. Que a buscar
fuí más secreto lugar (3),
y que acaso me perdí,
y cómo si estoy perdido... (4)
NUÑO. Ella ha dado en que es mujer
del Conde.

---

(1) A' y B: "*Vase.*"
(2) A y B: "Qué haré, Nuño."
(3) A y B: "Mira que culpado fuiste."
(4) A y B: "de tu mujer".
(5) A y B: "no piensa que".
(6) A y B:
"de nuestra humana flaqueza;
las que el amor acompañan,
las que a perdernos incitan,
las que el dinero nos quitan,
las que mejor nos engañan...
Mas ni en nacer", etc.

(1) A y B: "nadie le haga ruido".
(2) A y B: "con dos".
(3) A y B: "fuimos secreto lugar".
(4) A y B: "y cómo que estoy perdido".

HENRIQ. No puede ser,
porque es el Rey su marido.

[*Autógrafo, fol. 9.*]

*(*Entre el* REY (1) RAMIRO, DON BELTRÁN *y* DON ARIAS.)

BELTRÁN. ¡Notable fuerza de amor!
RAMIRO. Que simbolizan es cierto
el ser potencias posibles
amor y el entendimiento;
que respeto de las cosas,
inteligibles, las vemos
en potencia, pues ninguna
al principio entiende, siendo
blanca tabla en que después
escribe lo que entendemos,
cuando de potencia al acto
se va él mismo reduciendo.
BELTRÁN. Será un cierto padecer
nuestro entender, según eso.
RAMIRO. Lo mismo sucede a amor;
así va amor recibiendo (2)
las semejanzas, Beltrán,
de las cosas que sabemos.
ARIAS. ¡Extraña filosofía
es la de amor!
RAMIRO. Yo sospecho
que en su lógica, don Arias (3),
hay silogismos tan buenos,
y tales contraditorias,
que aquel soberano ingenio
de Aristóteles se hallara
en sus laberintos ciego.
BELTRÁN. ¡Notable es la fantasía

[*Autógrafo, fol. 9 v.*]

para amor! (4)
RAMIRO. Fué justo acuerdo
del cielo que la tuviesen (5)
los animales perfetos.
Sin el sentido común
la imaginación tenemos,
que conserva las especies
de lo que los ojos vieron.
Pero a veces que en Elvira,
Beltrán, imagino y pienso,
la imaginación maldigo,
la fantasía aborrezco;
que aunque me deleita (1) ver
eso mismo que no veo,
no sufro bien que me mate
tan cerca, estando tan lejos.
BELTRÁN. ¿Qué escribe el Conde?
RAMIRO. Que van
perdidos mis pensamientos,
porque parece imposible
la empresa de mi deseo;
pero mientras más espira
la esperanza, más aumento
recibe este necio amor
que a mis imposibles tengo (2).
BELTRÁN. No es necio, ni es imposible,
pues antes es digno efeto
de tu (3) entendimiento ilustre,
de tu (4) heroico nacimiento;
en las personas reales
no ha de ser amor plebeyo,

[*Autógrafo, fol. 10.*]

sino raro y peregrino
laberinto, encantamiento,
y como el amor de Psiques
que a escuras durmió gran tiempo
con el niño amor, su esposo.
RAMIRO. No lo refiere Apuleyo
con mejor aplicación (5).
Que valiera más que un reino
este diamante quisiera.
BELTRÁN. Los pies mil veces te beso.

(*El* CONDE HENRIQUE.) (6)

HENRIQ. No llega con otra salva
quien no viene muy contento.
Aquí tienes, gran señor (7),
al Conde.
RAMIRO. ¡Válgame el cielo!
¿Qué hay de mis sucesos, Conde?
HENRIQ. Ni bueno ni mal suceso.

(1) A y B: "*Vanse, y sale el* REY."
(2) A: "así va a morir recibiendo".
(3) A y B: "que en mis amores, don Arias".
(4) A y B: "del amor".
(5) A y B: "lo tuviesen".

(1) A y B: "dilata".
(2) A y B: "que mil imposibles tengo".
(3) A y B: "de un".
(4) A y B: "de un".
(5) A y B: "con mayor explicación".
(6) A y B: "*Dásele y sale el* CONDE HENRIQUE."
(7) A y B:
"No llego con otra salva,
pues no llego muy contento.
Aquí tenéis, gran señor."

Por no perdidos (1), no malo;
por no ganados (2), no bueno.
Dije a la Infanta tu amor;
castigó mi atrevimiento
con esconderse unos días;
parecióme mejor medio
decirla que la engañaba
por saber su pensamiento,
y que si la mereciera (3),
la hiciera (4) mi esposa, y dueño
de mi estado.

RAMIRO. ¡Mal hiciste!

HENRIQ. Pues no fué posible menos
para poderla engañar.

[*Autógrafo, fol. 10 v.*]

RAMIRO. ¿Pues llegó el engaño a efeto? (5)

HENRIQ. En hábito labrador
junto a Navarra la tengo (6).

RAMIRO. ¿Pues por qué no la trajiste?

HENRIQ. Porque en viendo descubierto
el engaño, ha hecho cosas
de notable sentimiento;
hasta saber si tú gustas
de quererla, no me atrevo.

RAMIRO. Mal medio tomaste, Conde;
pero, en efeto (7), ya es hecho.
Más tienes de gentilhombre,
Henrique, que de discreto;
más te quisiera en el campo
de veras, o en un torneo
de burlas, que en mis amores,
mis gustos o mis consejos.
Si tú presente y galán
le decías: "Yo os pretendo" (8)
a una mujer, ¿no está claro
que había de querer luego
lo presente y no lo ausente?
Pues lo que promete el cielo
mil veces no lo estimamos
no más de porque está lejos.

HENRIQ. Señor, porque vi tu amor
tan determinado y ciego,
quise de cualquiera suerte
darte gusto.

RAMIRO. ¡Mal has hecho!

[*Autógrafo, fol. 11.*]

¿Mujer que te quiere traes
para hacer mi casamiento?
Más tienes de gentilhombre,
Henrique, que de discreto.

HENRIQ. Señor, ¿qué importa el engaño,
pues que yo la reverencio
como a mi Reina y señora?
¿Cuántos casamientos vemos
en el mundo por engaños,
y donde no vale el ruego
valerse de las industrias?
Pues sé yo muy bien que en viendo
esa presencia real,
ese generoso pecho,
te ha de amar como es razón.

RAMIRO. ¿Y será muy buen acuerdo (1)
que un hombre como yo soy,
para dar reina a mi reino,
a que se olvide de ti
esté esperando muy necio?
Más tienes de gentilhombre,
Henrique, que de discreto.
Vete, Henrique, a ese lugar,
donde la dejas, haciendo
diligencias (2) de traerla,
que yo no quiero ni puedo.
Y, venido a esta ciudad,
lo que importa trataremos.

[*Autógrafo, fol. 11 v.*]

HENRIQ. ¡Esto medra quien bien sirve:
erré; castigóme el cielo!

(*Váyase.*) (3)

BELTRÁN.

Señor, mucho me pesa que dejases (4)
ir aqueste (5) traidor sin gran castigo,
y que tu claro ingenio perturbases
con el dolor.

RAMIRO.

¿Pues qué hay, Beltrán amigo?

BELTRÁN.

Este, sin reparar que a Elvira amases,

(1) A y B: "perdido".
(2) A y B: "ganado".
(3) A y B: "merecía".
(4) A y B: "la haría".
(5) A y B: "pues lleva el engaño efeto?"
(6) A y B: "la dejo".
(7) A y B: "mas, en efeto".
(8) A y B: "Yo os prometo."

(1) A y B: "¿Y será acertado acuerdo."
(2) A y B: "diligencia".
(3) A y B: "*Vase* HENRIQUE."
(4) A y B: "que le dejes".
(5) A y B: "aquesse".

le dijo amores y la trae consigo,
donde, ya en posesión de su deseo,
quiso probar el tuyo.

RAMIRO.

Ansí lo creo (1).

BELTRÁN.

Él vino sólo a ver tu sentimiento,
y porque se la dieses te ha contado
que no quiso admitir tu casamiento,
y que en esas montañas se ha quedado,
para que tú con este descontento (2)
desistas del intento comenzado,
y él la lleve a su tierra, y dé a su casa
sangre real.

RAMIRO.

La indignación me abrasa.
¿No podrán alcanzarle?

BELTRÁN.

Es imposible
saber por dónde va, ni es acertado,
pues en esa montaña inacesible
deja la Infanta.

RAMIRO.

El Conde me ha engañado.

BELTRÁN.

Ni la (3) traerá a Navarra.

RAMIRO.

¡Qué terrible
suceso y confusión!

BELTRÁN.

Tengo pensado
que la lleve (4) a Castilla.

RAMIRO.

¿Qué venganza
le queda de un traidor a mi esperanza?

BELTRÁN.

[*Autógrafo, fol. 12.*]

Quitarle sus estados, y a su hermana (5).

(1) A y B truncan el pasaje así:
"con el dolor.
RAM. Así lo creo y digo.
BELTR. El vino a sólo ver tu sentimiento."
(2) A y B: "para que con aqueste descontento".
(3) A y B: "No la."
(4) A y B: ""lleva".
(5) A y B: "quitale sus estados a su hermana".

ARIAS.

Ese (1), Beltrán, no es término de noble,
porque si el Conde erró, y es cosa llana,
no fué por ser traidor, ni es trato doble (2).
La sangre de Aragón y de Viana
es más firme en lealtad que palma y roble;
yo lo sustentaré (3).

RAMIRO.

¡Callad, villano!

ARIAS.

Yo soy, señor, del Conde primo hermano (4).

RAMIRO.

Salid al punto luego (5) de la sala,
y agradeced que os queda la cabeza.

ARIAS.

El Conde es noble y al mejor iguala,
y ahora está enojado Vuestra Alteza.

(*Váyase.*)

BELTRÁN.

Don Arias, atrevido, me señala;
mas respondió tu voz, cuya grandeza
fuerza a callar.

RAMIRO.

Esos estados luego
al Conde le quitad o poned fuego (6).
Su hermana Estela a vuestra casa vaya
y allí esté presa.

BELTRÁN.

Vos veréis muy presto
cómo no pasa Henrique de la raya,
y que a su casamiento va dispuesto.

RAMIRO.

¡Que tal maldad entre los nobles haya!
Henrique mi remedio ha descompuesto.
Perdí la paz, el gusto, el reino, a Elvira.
¡Flechas de amor se vuelven rayos de ira!

*(*Váyanse y entren* LISIS, *villana;* RISELO, *su padre,* MENANDRO, *villano y* NUÑO, *y* DOÑA ELVIRA.) (7)

(1) A y B: "Eso."
(2) A y B: "ni trato doble".
(3) A y B: "y lo sustentaré".
(4) A y B: "Yo soy del conde Enrique primo hermano."
(5) A y B: "Salid en hora mala."
(6) A y B: "y poned fuego".
(7) A y B: ("*Vanse.—Sale* LISIS, RISELO, *su padre,* MENANDRO, *villanos,* DOÑA ELVIRA y NUÑO.")

[*Autógrafo, fol. 12 v.*]

LISIS. Será notable crueldad
el dejarnos desta suerte.
ELVIRA. Yo solicito mi muerte;
sin honra estoy. ¡Perdonad!
NUÑO. Si vuelves a la ciudad,
tenla por cosa segura.
ELVIRA. Pues esto mismo procura
mi pecho en vuestros engaños.
RISELO. Ten lástima de tus años.
NUÑO. Y de tu rara hermosura.
ELVIRA. Henrique me deja a mí,
y desta suerte se va.
NUÑO. Advierte que cerca está,
y que luego (1) viene aquí.
LISIS. Si no la tienes de ti,
ten lástima del dolor
que a todos deja tu amor.
RISELO. ¿Qué te falta en este monte,
en cuyo hermoso horizonte
sirve de sol tu valor?
Mira que en tan pocos días
estos pastores te adoran,
y que por tu ausencia lloran
sus valles y praderías;
aquí fuentecillas frías (2)
te ofrecen puro coral
en márgenes (3) de cristal

[*Autógrafo, fol. 13.*]

de los claveles que bañan,
y las aves te acompañan
como al aurora oriental.
La vid al olmo abrazada,
que fué de Hércules trofeo,
y desde el laurel febeo
hasta la adelfa encarnada (4),
cuando pasas descuidada (5)
a tus blancos pies se humillan;
las aves se maravillan,
y aunque tus desdichas lloran,
agradables te enamoran (6)
y lisonjeras te chillan.
Estas sierpes (7) de cristal
que estos arroyos rodean
vivir por (1) verte desean,
que no por hacerte mal;
con música natural
parece que te detienen;
mientras tus amores vienen,
hasta los aires templados
con silbos enamorados
te regalan y entretienen.
¿Por qué te ofendes a ti
y de tu dueño te alejas?
LISIS. ¡Deja, señora, tus quejas!
¡Detente! ¡Siéntate aquí!

[*Autógrafo, fol. 13 v.*]

MENAN. ¿Qué te excusas? Hazlo ansí;
ansí goces de tu esposo.
NUÑO. Señora, este campo hermoso
te provoca (2) un verde asiento.
LISIS. ¡Pastores, contad un cuento!
¡Canta (3), Menandro famoso!
MENAN. Va de historias.
NUÑO. Ya imaginan
divertirte.
ELVIRA. No podrán.
MENAN. Hará (4) un año este San Juan
que unos pies me desatinan.
Yo de veros ignorante (5),
que nunca los escribí,
este soneto pedí
a cierto mozo estudiante:

Belisa, por tus pies andan perdidos
más poetas que bancos, aunque hay tantos,
que tus paños lavando entre unos cantos
escureció su nieve a los tendidos.
Virgilio no los tiene tan medidos;
las musas hacen con la invidia espantos;
pues no (6) hay picos de rosca en Todos Santos
como sus dedos blancos y bruñidos.

[*Autógrafo, fol. 14.*]

Andar en puntos nunca lo recelas,
que no llegan a cuatro tus pies bellos,
ni por calzar con pena te desvelas.
Que es tanta la belleza que hay en ellos,

(1) A y B: "presto".
(2) A y B: "y que fuentecillas frías".
(3) A y B: "de márgenes".
(4) A y B: "la rosa encarnada".
(5) A y B: "desvelada".
(6) A y B: "y con suspiros te adoran,
que envidiosas te enamoran".
(7) A y B: "fuentes".

(1) A y B: "crecer por".
(2) A y B: "te procura".
(3) A y B: "vaya".
(4) A y B: "Habrá."
(5) A y B: "ignorantes".
(6) A: "mas no".

que pueden ser zarcillos sus chinelas
con higas de cristal pendientes dellos.

NUÑO. ¡Bendiga Dios el poeta
que tal soneto escribió!
MENAN. ¿No te agrada mucho?
NUÑO. No;
que herejes hay desta seta.
¡Pobres mujeres, en fin!
¿Todas han de ser coral (1),
ébano, marfil, cristal,
rosa, clavel y jazmín?
Yo vi un poeta denantes,
destos cerrados de poros,
que a unos montes hizo moros
y a unas nubes sus turbantes.
Ello está todo perdido
por hablar en jerigonza.
¡Pardiez! Más vale una onza
de castellano entendido,
que cuantas cecas y mecas
las musas pueden andar (2).
MENAN. Bien te sabe el murmurar;
algo en malicioso pecas.

[*Autógrafo, fol. 14 v.*]

En fin, el papel le di;
preguntóme si era yo
el que el papel escribió.
NUÑO. ¿Y dijístele (3) que sí?
MENAN. ¿Piensas que soy como algunos
que venden obras ajenas?
NUÑO. ¿En qué pararon tus penas (4),
que amantes (5) son importunos?
MENAN. En que le dije (6) a desprecio
quien el papel escribió,
y en que (7) dél se enamoró,
y me dejó (8) para necio.
NUÑO. Ahora bien, decir querría
una historia yo también;
mas temo que no me den
lugar las líneas del día.
LISIS. Dile hasta donde lleguemos.
NUÑO. Huyo de ser enfadoso.
RISELO. No enfada un cuento gracioso (1).
NUÑO. ¿Tendréis paciencia?
LISIS. Sí haremos.
NUÑO. En la ciudad de Vitoria
quise una dama; prendóse
de otro; dejóme y casóse,
y aquí se acaba la historia.
LISIS. ¿No es más larga?
NUÑO. No era más (2).

[*Autógrafo, fol. 15.*]

MENAN. Pues tú mismo te responde.
NUÑO. ¡Ay, señora, el Conde!
ELVIRA. ¿El Conde?
RISELO. (3) Agora despierta estás.

(*El* CONDE HENRIQUE.) (4)

HENRIQUE.

Si alguna vez, Infanta, mis tristezas
pudieron competir con las pasadas,
agora se ha (5) de ver en las firmezas,
que están para matarme (6) conjuradas.
Pensé que de Alejandro las grandezas
no estaban en los Reyes acabadas,
mas aunque Apeles con Ramiro he sido,
su fama despreció el amor vencido.
Pensé yo que del Betis al Hidaspes (7)
fuera famoso el Rey; pero celoso
(no todos saben dar bellas Campaspes) (8)
que te llevase me mandó furioso (9);
rompió la fama pórfidos y jaspes
prevenida de un ínclito coloso (10).
El quedó despechado (11) y yo sin vida;
tú mal burlada, pero bien querida.
La sentencia salió que yo muriese,
y que el Rey, doña Elvira, te gozase (12);
que te llevase yo porque él te viese,
y te perdiese yo porque él te amase.

---

(1) A y B:
"Hombres, mujeres, en fin,
todos han de ser coral."
(2) A y B: "pueden hallar".
(3) A y B: "¿Y le dijiste."
(4) A y B: "las penas".
(5) A y B: "amores".
(6) A y B: "diese".
(7) A y B: "y que".
(8) A y B: "y dejóme".

(1) A y B: "Tendréisme por enfadoso.
RIS. No enfada el tiempo un gracioso."
(2) A y B: "¿Pues no es más larga?
NUÑ. No es más."
(3) B: "RAM."
(4) A y B: ("*Sale el* CONDE HENRIQUE.")
(5) A y B: "se han".
(6) A y B: "para mi muerte".
(7) A y B: "a el Ydaspe".
(8) A y B: "Campaspe".
(9) A y B: "mandó dudoso".
(10) A y B: "de un caso lastimoso".
(11) A y B: "El queda despicado."
(12) A y B: "y que el Rey de Navarra te gozase".

Vamos, primero que mi vida cese,
y mi lealtad de lo posible pase;
pues en esta postrera diligencia

[*Autógrafo, fol. 15 v.*]

apura su valor (1) mi resistencia.

ELVIRA.

Henrique, yo te dije habrá tres días (2)
que yo era (3) tu mujer, y que era en vano,
aunque dejarme aquí y allí podías (4),
querer llevarme a otro hombre de tu mano.
¿Por qué tratas tan mal las prendas mías?
¿Por qué eres tan ingrato y inhumano (5)
conmigo, con mi honor y con el cielo,
a quien de tu rigor (6) injusto apelo?
Esto dije, esto digo y esto siento,
y deste intento no podrán mudarme
si me viese en el toro de Agrigento (7)
y Dionisio viniera a atormentarme.
No infames mi primero pensamiento (8),
ni pagues tanto amor con despreciarme;
tuya soy y seré, que viva o muera.

(*Vase.*) (9)

HENRIQUE.

¡Detente! ¡Escucha! ¡Mira! ¡Advierte! ¡Espera!
Id, pastores, tras ella. ¡Ve, Riselo,
persuádela tú con esas canas!
¡Lisis, dile que vaya!

LISIS.

Yo recelo
que nuestras diligencias serán vanas.

HENRIQUE.

¡Corre, Menandro, así te guarde el cielo!

NUÑO.

Los montes de Castilla, Henrique, allanas;
en un pequeño vidrio el mar recoges,
y en red sutil el vago viento coges.

(1) A y B: "ampara tu valor".
(2) A y B: "Ya yo te dije aquí que habrá tres días."
(3) A y B: "que era yo".
(4) A y B: "podrías".
(5) A y B: "e inhumano".
(6) A y B: "aquí de tu rigor".
(7) A y B: "en el potro del tormento".
(8) A y B: "movimiento".
(9) Falta la acotación en C.

HENRIQUE.

Pues, Nuño, ¿qué haré yo de su hermosura,
triste, rendido, loco, enamorado?

[*Autógrafo, fol. 16.*]

¿Casaréme con ella, por ventura,
y perderé mi honor, vida (1) y estado?
¿Qué haré?, que muero en tanta desventura,
que soy todo imposibles.

NUÑO.

Que casado
con la Infanta, a Castilla el paso vuelvas
y al último remedio te resuelvas (2).
Porque si una mujer dice que quiere
echarse, Conde, de un tejado abajo,
no hay hombre cuerdo que (3) vencerla espere,
sino rogar a Dios por el más bajo.
Esto de nones bravamente adquiere;
persuadirlas es bárbaro trabajo,
de ciento y dos que pongan a tormento (4),
por no decir verdad niegan las ciento (5).
Una que echó en un pozo su marido (6)
con los dedos formaba las tijeras,
dando a entender que muerta había vencido.

HENRIQUE.

El muerto seré yo (7).

NUÑO.

¡Vamos! ¿Qué esperas?

(DON ARIAS.) (8)

ARIAS.

Yo pienso que las señas que he traído,
si no me engaño (9), salen verdaderas.
¿Es el Conde?

HENRIQUE.

¿Quién es?

ARIAS.

Don Arias.

(1) A y B: "mi vida, honor".
(2) A y B:
"con la Infanta te vuelvas a Castilla.
ENR. Que tu consejo me espanta y maravilla.
NUÑO. Porque si una mujer..."
(3) A y B: "Necio es el hombre que."
(4) A y B: "al tormento".
(5) A y B: "negarán ciento".
(6) A y B: "una se echó en un pozo, a su marido".
(7) A y B: "Es él, muerto soy."
(8) A y B: "*Sale* DON ARIAS."
(9) A y B: "engañan".

HENRIQUE.

¡Primo!

ARIAS.

Más que al vivir (1) haberte hallado estimo.
Del palacio de Ramiro,
Henrique, saliste apenas,
dejando al Rey enojado
de tu error (2), no de tu ofensa,
cuando uno destos que (3) al lado
de los príncipes no dejan,

[*Autógrafo, fol. 16 v.*]

con envidia o con lisonjas
que haya lealtad que lo sea,
dijo que fuiste traidor,
y que trayendo a la Reina
en la raya de Navarra,
te desposaste con ella.
Creyólo el Rey, que en los grandes
es propia naturaleza,
de dos mil informaciones,
dar crédito a la primera.
Mandó seguirte; era tarde;
y aquel traidor (4) le aconseja
que tus estados te quite
y prenda a tu hermana Estela.
Ellos (5) quedan confiscados,
y ella, aunque inocente, presa.

HENRIQ. ¿Qué es esta fortuna mía?
Pienso que agora comienzas.
Bien dijo un sabio, don Arias,
que el primer mal no se tema,
sino los que ha de traer.
Mas ¿quién es la infame lengua
deste testimonio autora?

ARIAS. Esto no es justo que sepas.
que el honrado amigo, Conde,
castiga al que habló en ausencia,
pero no dice quién es,
como algunos que se precian (6),
sin volver por el amigo,

[*Autógrafo, fol. 17.*]

de sólo contar la ofensa.
Dime dónde (7) está la Infanta,
y procuremos traerla,
porque conste tu lealtad.

HENRIQ. Un loco imposible intentas;
que muerta podrás llevarla,
pero no de otra manera.

ARIAS. ¿Está en aquesta cabaña?

HENRIQ. Pues ¿qué es lo que quieres?

ARIAS. Verla
y persuadirla.

HENRIQ. Es en vano.

ARIAS. ¿Qué se pierde en probar?

HENRIQ. Prueba;

(*Entrese* DON ARIAS.) (1).

que yo entretanto daré
principio a mi muerte fiera
¡Nuño!

NUÑO. ¡Señor!

HENRIQ. Dile a Elvira
que ya su venganza es cierta;
que dos hermanas que tengo
quedan de dos Reyes presas,
mis estados confiscados,
y yo sin honra y sin ella;
que me han dado por traidor,
y ella sabe mi inocencia;
que perdí mi Rey, mi patria,
mi casa, mi honor, mi hacienda,
y pues que sola la vida,
que ya es lo menos, me queda,
yo me voy por esos montes
con ánimo de perderla,
porque yo no puedo más
hacer por mí ni por ella,
por mi Rey, por mi lealtad,

[*Autógrafo, fol. 17 v.*]

por mi amor, por mi firmeza (2);
porque, en fin, quien más no puede...

NUÑO. ¿Qué dices?

HENRIQ. Morir se deja.

NUÑO. Así el proverbio lo dice,
pero hayle de dos maneras:
una entre la gente grave
que la primera se cuenta,
en que, a quien no puede más (3),
que se muera le aconseja;
otra es término vulgar,

(1) A y B: "el vivir".
(2) A y B: "de tu honor".
(3) A y B: "de los que".
(4) A y B: "ya que el traidor".
(5) A y B: "Estos."
(6) A y B: "como alguno que se precia".
(7) A y B: "adónde".

(1) A y B: "*Vase.*"
(2) C: "por firmeza".
(3) A y B: "ésta por más gravedad".

que dice que cuando llega
un hombre a no poder más,
que con su mujer se acuesta.
Y pues la Infanta está aquí,
escoge la mejor (1) dellas,
que la elección de los hombres
es acto de gran prudencia (2),
y diga el Rey enojado,
en Navarra o en Sansueña:
"Ese hombre no pudo (3) más,
pues con su mujer se acuesta."

HENRIQ. ¿Nuño, este es tiempo de burlas? (4)

NUÑO. Yo, señor, hablo de veras.
Si es la Infanta tu mujer,
y estás casado con ella,
¿por qué dejarte morir?
Es cosa que no se cuenta (5)

[*Autógrafo, fol. 18.*]

de ningún hombre cristiano,
ni tan fácil te parezca,
que, ¡vive Dios!, que en dos días
que andes en aquestas tierras,
desees comer bellotas,
y por vivir comas hierbas.
¿No sabes la fabulilla
que aquel filósofo cuenta?

HENRIQ. ¡Déjame, Nuño!

NUÑO. Un caduco
viejo, con años ochenta,
traía leña de un monte,
Conde, a la ciudad de Atenas.
Como era tanto el trabajo,
rogaba a la muerte fiera
que le llevase, diciendo:
"¡Ven, muerte! Muerte, ¿no llegas?"
Oyóle la muerte un día,
y con la armadura seca
se puso al viejo delante,
habló en los huesos sin lengua:
"Dime qué quieres", le dijo;
y el viejo, temblando en verla:
"Que me ayudes a cargar,
le dijo, aquel haz de leña" (6).
Sabrosa cosa es vivir,
aunque trabajos excedan.
Ven a comer, acostarte (1),
pues tienes mujer y mesa,

[*Autógrafo, fol. 18 v.*]

Conde, que quien más no puede,
si es loco, morir se deja,
y si es cuerdo, está muy llano
que con su mujer se acuesta.

HENRIQ. Si un Alcaide está cercado,
Nuño, las llaves no entrega;
antes se deja morir,
como el ejemplo lo enseña
de aquel niño de Numancia;
un blanco (2) armiño se entrega
en manos del cazador,
por no manchar (3) su limpieza;
un hombre honrado no vuelve
las espaldas en la guerra (4),
porque, en fin, "quien más no puede,
si es noble, morir se deja".

NUÑO. Un colérico decía
que cartas y barbas hechas
comprara de buena gana,
y vidas decir pudiera,
por haber una no más,
y no venderse en la tienda (5).
Perdona, que es necedad.

HENRIQ. ¿Qué más vida que perderla?
Adiós, Elvira; adiós, Arias.

(*Vase.*) (6)

NUÑO. ¡De aquesta vez se despeña!
¡Bien hayan algunos hombres
que tienen mujeres feas,
y que por no poder más
con sus vecinas se acuestan!

FIN DEL SEGUNDO ACTO DE "QUIEN MÁS NO PUEDE..."

---

(1) A y B: "lo mejor".
(2) Faltan los dos versos últimos en A y B.
(3) A y B: "puede".
(4) A y B: "¿Es este tiempo de burlas?"
(5) A y B: "¿Por qué dejarse morir?
Vive Dios, que no se cuenta."
(6) A y B: "este hacecillo de leña".

(1) A y B: "o a acostarte".
(2) A y B: "y un blanco".
(3) A y B: "por no perder".
(4) A y B: "a la guerra".
(5) A y B: "en la sierra".
(6) Falta la acotación en C.

TERCERO ACTO

DE "QUIEN MÁS NO PUEDE..." (1)

[*Autógrafo, fol. 13.*]

(BLANCA, *y* ORDOÑO, *y* DON SANCHO.) (2)

BLANCA. Yo te he dicho la verdad.
ORDOÑO. ¿Que Ramiro fué el autor,
por tener a Elvira amor,
de su injusta deslealtad?
BLANCA. El Rey dió la traza, y yo
de todo he sido testigo;
sospecho que ser tú amigo
más que el amor te engañó.
ORDOÑO. Antes mi enemigo fiero,
pues quiriendo hacerme Tiro
me quita (3) el honor, Ramiro,
de que la venganza espero.
BLANCA. Mi hermano el Conde tenía
obligación, pues es ley
de obedecer (4) a su Rey.
ORDOÑO. No en casos (5) de alevosía.
BLANCA. Quien sirve no considera
más que de su dueño el gusto,
o sea justo o injusto,
de cosas del cielo afuera.

[*Autógrafo, fol. 1 v.*]

ORDOÑO. Si contra el cielo se va
en lo que se ofende al cielo,
por ninguna ley del suelo
disculpado el Conde está.
¿Sancho?
SANCHO. ¿Señor?
ORDOÑO. Esa gente
hoy ha de marchar.
SANCHO. A punto
está el ejército junto.
ORDOÑO. Bien es que vengar (6) intente
mi honor.
SANCHO. Vuestra Alteza crea
que con justicia y razón
ha de alcanzar su león
la venganza (1) que desea,
y que el dorado que está
lleno de claras estrellas,
no ha de dar más lúz con ellas
que el de sus banderas da.
El ánimo y bizarría
con que tus soldados van,
muestra bien el capitán
que los disciplina y guía.
Hoy tu montaña fiel
honra el valor español;
las armas vuelven al sol
más luz que reciben dél.
Las lanzas parecen selvas,
las plumas, verdes jardines (2),

[*Autógrafo, fol. 2.*]

y que dicen los clarines
que alegre y vengado vuelvas.
ORDOÑO. Blanca, el amor que te tengo (3)
tanto a tu hermano disculpa,
que a darle toda la culpa (4)
a su Rey injusto vengo.
Palabra te doy de ser
piadoso con él, por ti.
BLANCA. Señor, pues me honras ansí (5),
una merced me has de hacer.
ORDOÑO. Pide, Blanca, lo que fuere
de tu gusto.
BLANCA. ¡Gran señor!

(*Híncase de rodillas.*) (6)

Confiada (7) en tu valor,
no hay bien que de ti no espere.
ORDOÑO. Alzate, Blanca, del suelo.
BLANCA. Contigo me has de llevar,
si quieres, señor, honrar
mi sangre y mi justo celo (8).
ORDOÑO. ¿Eso a quién está mejor?
Ansí porque en esta ausencia (9)

---

(1) Según C': "Personas que hablan en el tercero acto:

BLANCA.	DON ARIAS.
DON SANCHO.	DON BELTRÁN.
REY ORDOÑO.	NUÑO.
CONDE HENRIQUE.	LAYNEZ.
REY RAMIRO.	MENANDRO.
ESTELA. (Francisca.)	LISIS, *villanos.*"
DOÑA ELVIRA.	

(2) A y B: ("*Salen* BLANCA, ORDOÑO *y* SANCHO.")
(3) A y B: "quitó".
(4) A y B: "ley
obedecer".
(5) A y B: "cosas".
(6) A y B: "venganza".

(1) A y B: "vitoria".
(2) A y B: "bellos jardines".
(3) A: "que tengo".
(4) A: "que le dió toda la culpa".
(5) A y B: "Puesto que me honras ansí."
(6) Falta la acotación en C.
(7) A y B: "confiado".
(8) A y B: "mi sangre, mi justo celo".
(9) A y B: "aunque por aquesta ausencia".

me faltará la paciencia
y me sobrará el amor.
Como por llevar conmigo
un soldado, si tú vas,
que con sus ojos no más
podrá vencer mi enemigo (1).

BLANCA. ¡Dios te guarde!
ORDOÑO. Marchen luego
y defiéndase Navarra,
pues siendo Palas bizarra,
llevas de Venus el fuego.

[*Autógrafo, fol. 2 v.*]

*(*Vanse. Entre el* CONDE *y* NUÑO; *él descompuesto,* NUÑO *tiniéndole*: MENANDRO *con un plato de bizcochos y* LISIS *con un vidro.*) (2)

HENRIQ. ¿No queréis dejarme?
NUÑO. ¡Tente un poco! ¡Espera!
Mira que te acabas.
HENRIQ. Pues eso desea
el alma, a quien cansa
vida tan molesta.
NUÑO. ¡Conde y señor mío! (3)
Razón es que adviertas
que pierdes el alma.
LISIS. Señor, ¿por qué intentas
lo que las naciones
bárbaras no hicieran?
Come, que no quita
que tus males sientas.
NUÑO. Sí, señor, por Dios;
que a un hombre que llevan
a quitar la vida,
la noche antes cena;
al que (4) está expirando
con el pisto (5) prueban
darle algún aliento.
HENRIQ. ¡Batalla de fieras,
demonios vestidos,
fementidas lenguas,
viva mi lealtad,
y mi vida muera!
Que quien más no puede,
morir se deja.
NUÑO. ¡La tema en que ha dado!
MENAN. ¡Es notable tema!
LISIS. Desta vez se muere.
NUÑO. ¡Qué cosa tan necia!
Muestra esos bizcochos.
Conde, ¿qué aprovecha
quitarte la vida?
Toma, come, prueba,
y sorbe un traguito (1),
que es por excelencia.
HENRIQ. ¿Quiéresme (2) dejar?
¡Vive Dios, que sean
tus carnes sustento,
y que coma dellas!

(*Agárralo.*) (3)

NUÑO. ¡Ay, que me ha mordido!
¡Ay, que me desuella!
¡Deténle, Menandro!
MENAN. ¡Señor, no le muerdas,
que es Nuño, señor!
HENRIQ. ¡Aunque Elvira sea!
Beberé su sangre
si otra vez me ruega.

[*Autógrafo, fol. 3.*]

¡Viva mi lealtad,
y mi vida muera;
que quien más no puede,
morir se deja!
NUÑO. Comer tienes, pues.
¡Oh, qué linda flema!
¡Peor es llevarle
por bien! Coma, meta;
pruebe deste vino,
que vino a esta tierra,
desde Rivadavia,
por fruta gallega.
¡Ea!, ¿qué me mira?
HENRIQ. ¿Qué te miro? ¡Afuera,
que quiero quitarte
mil vidas que tengas!
Bárbaro, ¿no sabes
que por obediencia
hice aquel engaño
que tanto me cuesta?
¿No sabes que amando (4)

---

(1) A y B: "que con tus ojos no más
podré vencer tu enemigo".
(2) A y B: ("*Vanse. Sale el* CONDE *descompuesto, y viénele teniendo* MENANDRO, *con un plato de bizcochos y* LISIS *con un vidrio y vino, y* NUÑO.") En C escribió "Julio" y luego puso "Nuño".
(3) A y B: "¡Come, señor mío!"
(4) A y B: "el que".
(5) A y B: "con el pecho".

(1) A y B: "y bebe este trago". C, "tragito".
(2) A y B: "queréisme".
(3) Falta la acotación en C.
(4) A y B: "que amaba".

a la Infanta bella,
y, siendo querido,
fué tal mi firmeza,
que estas altas rocas,
admiradas della,
me llaman diamante,
y a sus jaspes (1) cera?
Pues ¿cómo me dices
que coma, que beba,
que viva, que hable,
que calle y que duerma? (2)
¡Viva mi lealtad
y mi vida muera;
que quien más no puede,
morir se deja!

NUÑO. Señor, razón tienes;
nadie te la niega;
que mueras es justo.
¡Muere, date priesa!
Pero si es tan larga
la jornada, alienta,
y come un bocado.
¡Come ya! No seas
como un caballero
que dió en esa (3) tema,
y de no comer
juró, si no fuera
que Adán lo mandase;
entonces ordena
que de Adán se vista
con barba y pellejas
un criado suyo,
que por la flaqueza
de una mujer suya
era de Cervera.

[*Autógrafo, fol. 3 b.*]

Este cornucopia
se asomó una siesta,
vestido de Adán,
por una alta reja,
y dijo al enfermo:
"Come, don Esteban,
que Adán te lo manda."
Alzó la cabeza
el enfermo y dijo:
"Mientes, Juan de Vergas,
porque el padre Adán
nunca fué corneta."

HENRIQ. ¡Ay, mal empleadas
locas obediencias,
servicios sin dicha,
que al dueño destierran!
¡Falsas esperanzas
que el viento las lleva,
porque aran el mar
y el arena (1) siembran!
Vida aborrecida,
digamos endechas,
pues los cisnes cantan
poco antes que mueran.
¡Adiós, dulce Elvira,
adiós, verde selva,
arroyuelos mansos,
verdes alamedas,
peñas de Navarra
que en esta frontera
parecéis gigantes
vestidos de yedra,
riscos que pintados
de piel de culebra,
fuera tenéis aves,
dentro tenéis fieras.
Yo muero sin culpa,
por traidor me entrega
Ramiro a la muerte.
¡Injusta sentencia!
¡Viva mi lealtad,
y mi vida muera;
que quien más no puede,
morir se deja!

(DON ARIAS *y* DOÑA ELVIRA.) (2)

ELVIRA. Ya te quiero obedecer.
ARIAS. Yo sé que cuando le veas
si es que su vida deseas,
pues eso llaman querer,
te ha de lastimar el pecho.
ELVIRA. ¿No es éste?
ARIAS. El mismo.
ELVIRA. ¡Ay de mí!
¡Conde!
HENRIQ. ¿Es doña Elvira?
ELVIRA. Sí.
HENRIQ. Que ya estoy muerto sospecho.
ELVIRA. ¿Por qué te quitas la vida?

(1) A y B: "y sus jaspes".
(2) En A y B la conjunción "*y*" entre cada proposición.
(3) A y B: "esta".

(1) A y B: "y la arena".
(2) A y B: "*Salen* DON", etc.

HENRIQ. Porque viva mi lealtad.
ELVIRA. ¿Qué? ¿Resuelves tu crueldad
a ser tu propio (1) homicida?

[*Autógrafo, fol. 4.*]

HENRIQ. Eso no puedo excusallo.
ELVIRA. ¿Y si voy contigo al Rey?
HENRIQ. Cumpliré entonces la ley
de bueno y leal vasallo.
ELVIRA. Pues vamos juntos los dos.
HENRIQ. Echarme a tus plantas quiero.
ELVIRA. ¿Pero has de comer primero? (2)
HENRIQ. Engaño es éste, ¡por Dios!
Con don Arias lo has trazado.
ARIAS. Conde, el amor te engañó,
que lo que he trazado yo
es tu honor, vida y estado.
Ya la Infanta quiere ser,
viendo que te das (3) la muerte,
del Rey.
HENRIQ. Pues si es desa suerte,
¡hola! ¡Dadme de comer!
NUÑO. ¡Vive Dios, que estoy ahora
por no dárselo!
ELVIRA. ¡Llegad!
¡Come!
HENRIQ. ¿Qué? ¿Tienes piedad
de mis desdichas, señora?
ELVIRA. Porque no pierdas la vida
quiero entregarme a un tirano.
¡Come!
HENRIQ. Por ser de tu mano,
y es tu mano mi homicida.
NUÑO. ¿Mas que no deja ninguno?
Pues éste me zampo yo.
HENRIQ. Beber querría.
NUÑO. Eso no,
porque si hay veneno alguno,

[*Autógrafo, fol. 4 v.*]

quiero hacer salva primero.
LISIS. Enredos no han (4) de faltar.
NUÑO. (5) Ello está como ha de estar.
MENAN. Pasólo de cuero a cuero.

(1) A y B: "tu mismo".
(2) A y B:
"echarme quiero a tus pies.
ELV. ¿Pero has de comer después?"
(3) A y B: "te dan".
(4) A y B: "entre dos".
(5) En A y B falta la indicación de persona que habla.

ARIAS. Agora podemos ir
donde el Rey sepa que has sido
leal.
HENRIQ. Por eso he querido
morir, que es menos morir.
ARIAS. Vamos, pues.
ELVIRA. Bien sé que yo
tendré veneno en Ramiro.
NUÑO. Comió, en fin; mas ¿qué me admiro,
si mujer se lo mandó?
Que mejor alcanzarán
que coma un alma sujeta
que Juan de Vergas corneta,
vestido de padre Adán.

*(*Váyanse, y entren* RAMIRO *y* ESTELA, *hermana tercera del* CONDE.) (1)

ESTELA. Si es venganza, no es razón
tomarla de una mujer,
que no puede ser tener
en dos partes afición.
RAMIRO. Antes, Estela, que yo
te viese (2), adoraba a Elvira;
tú juzga, tú propia mira (3)
qué pago Elvira me dió.
La deslealtad de tu hermano,
porque te puse en prisión,

[*Autógrafo, fol. 5.*]

y tu belleza, en razón
pusieron mi amor tirano.
Libróse mi voluntad
en tus ojos.
ESTELA. La libranza
debe de ser tu venganza.
RAMIRO. Amor es, que no es crueldad.
ESTELA. Vuestra alteza no es posible
que mi calidad ignore,
pues, ¿qué premio habrá que dore
desdicha tan invencible
como admitir sus deseos?
RAMIRO. Si amor tuviera razón,
no fueran, como lo son,
tantos sus (4) locos deseos.
Menos fueran los que van
en sus triunfos con cadenas,
y las historias que llenas

(1) A y B: "*Vanse y salen* RAMIRO *y* ESTELA, *hermana del* CONDE."
(2) A y B: "te viera".
(3) A y B: "ahora tú propia mira".
(4) A y B: "tanto sus".

de sus tragedias están.
Por eso le pintan (1) ciego,
niño y desnudo.

ESTELA.

Yo soy
sangre vuestra; cierta estoy
que daréis paso (2) a mi ruego:
las tierras habéis (3) quitado
al Conde; Blanca, por vos,
vive en León, y las dos,
perdido algún alto estado.
No permitáis que se diga
que en mujeres os vengáis,
pues defender profesáis (4)

[*Autógrafo, fol. 5 v.*]

a lo que su honor obliga.

(DON ARIAS *entre.*) (5)

ARIAS.

Vuestra Alteza me dé sus pies.

RAMIRO.

Don Arias,
¿de dónde bueno?

ARIAS.

De buscar al Conde,
discurriendo ese monte en partes varias,
no porque piensen que de vos se esconde (6),
que han sido tantas cosas necesarias,
que la dificultad misma responde.
La Reina trae; cumple (7), bien nacido,
lo que os debe y os tiene prometido.

(*El* CONDE *y la* INFANTA *y* NUÑO.) (8)

HENRIQUE.

A pesar de traidores, que os han dado
tales consejos contra mi inocencia,
a vuestros pies me humillo, confiado
en que revocaréis tan cruel sentencia,
y aunque traigo el padrino disfrazado,
será más poderosa su presencia
que todos los contrarios que he tenido.

ELVIRA.

Nunca, señor, el Conde os ha ofendido.

RAMIRO.

¿Pues es aquesta bella labradora
la Infanta de León?

ELVIRA.

¡Cuán justamente (1)
me desconoce Vuestra Alteza agora!

RAMIRO.

Este traje es de vos muy diferente.

ELVIRA.

Por la lealtad del Conde, que os adora,
y por su vida, me tenéis presente,
estimad este noble caballero,
que os ha servido hasta morir.

HENRIQUE.

¡Yo muero!
¿Cuál hombre vino a tan cruel estado?

RAMIRO.

No merecen del Conde los errores,

[*Autógrafo, fol. 6.*]

aunque haya sido tan leal criado (2),
darle perdón, que al fin (3) os dijo amores;
que si por engañaros fué culpado,
los daños que resultan son mayores.

ELVIRA.

¿Luego el traerme a vos, señor, no abona (4)
el valor y lealtad de su persona?

RAMIRO.

Eso es sin duda; pero no deshace
de lo que digo el grave atrevimiento,
pues a mi calidad no satisface (5),
ni al honor de tan alto casamiento.

HENRIQUE.

De mala información mi culpa nace,
y en mi desdicha tiene (6) el fundamento;
pero si os ofendí por daros gusto,
que me quitéis la vida será justo.

---

(1) A y B: "lo pintan".
(2) A y B: "pago".
(3) A y B: "las tierras que habéis".
(4) A y B: "pues de vengar profesáis".
(5) A y B: ("*Sale* DON ARIAS.")
(6) A: "asconde".
(7) A y B: "la Reina tras él, cumple".
(8) A y B: ("*Salen el* CONDE *y la* INFANTA *y* NUÑO, *acompañamiento,* BERMÚDEZ, *villano.*")

(1) A y B: "¡Qué injustamente."
(2) A y B: "tan leal y honrado".
(3) A y B: "que en fin".
(4) A y B: "señor, me abona".
(5) A y B: "ni a la lealtad debida satisface".
(6) A y B: "tuvo".

RAMIRO.

Conde, yo estoy de vos muy ofendido,
y a no mirar a vuestra hermana Estela,
y al padrino que, en fin, habéis traído,
pagárades aquí tanta cautela.

ESTELA.

Mirad, señor, que el Conde os ha servido.

HENRIQUE (1).

Una cosa a lo menos me consuela:
que pudo errar, señor, mi atrevimiento,
mas no mi voluntad y honrado intento.

RAMIRO.

Conde, en el cielo pasan esas leyes,
porque penetra Dios las intenciones,
que servicios errados con los reyes (2)
difícilmente dan satisfaciones.

HENRIQUE.

¡Pluguiera a Dios que con humildes bueyes
o con herrados toscos azadones
rompiera yo la tierra, y no viniera
a ver palacios ni a vivir (3) su esfera!

[*Autógrafo, fol. 6 v.*]

(DON BELTRÁN.) (4)

BELTRÁN.

¡Bien descuidado estás! Bien me parece
que la conversación pase adelante,
cuando el Rey de León tan cerca ofrece,
vengativo, furioso y arrogante,
un campo que a los ojos resplandece
del sol, vuelto en espejo de diamante,
y en tal orden caballos y peones,
como si en tabla de ajedrez los pones.
Ondeando las bélicas banderas,
trepan el aire los leones de oro,
que al aire vagabundo (5) haciendo esferas,
muestran valor (6) y militar decoro;
ya pasan de Navarra las fronteras,
que respetaba de Aragón el moro:
y aun dicen que a quitarte la corona,

(1) A y B: "ELV."
(2) A y B: "en los reyes".
(3) A y B: "y a vivir".
(4) A y B: "*Sale* DON BELTRÁN."
(5) A y B: "vagamundo".
(6) A y B: "muestran amor".

jura de no parar hasta (1) Pamplona.
¡Soldados! ¿El leonés?

BELTRÁN.

Y tan bizarros,
que dicen por ganar con ellas (2) famas
que han de llevar [a] Asturias los navarros (3),
atados con las ligas de sus damas,
y cargar los bagajes y los carros (4),
de niños y mujeres.

HENRIQUE.

¿Por qué infamas,
Beltrán, nuestra nación? ¿No ves, no entiendes
que el navarro valor, cobarde, ofendes?
¿Ya se te han olvidado las conquistas
celebradas de reyes y monarcas,

[*Autógrafo, fol. 7.*]

del valor de sus Iñigos (5) y Aristas,
y el de sus nobles y ínclitos Abarcas?
Esos leones y banderas vistas,
que a tu helado temor parecen (6) Parcas,
si el Rey me da las suyas, a sus ojos
traeré dentro de un hora por despojos (7).
Y a ti, que hablaste (8) mal de mis lealtades,
te desafío y reto, mientras salgo
a defender sus villas y ciudades,
que yo por treinta lisonjeros valgo.

RAMIRO.

¿Que lleguen a este punto tus maldades?

BELTRÁN.

¿Quieres dejarme responder?

HENRIQUE.

¿Qué hidalgo
dijera lo que tú del honor mío?
Por villano te reto y desafío.

RAMIRO.

Pues delante de mí muestras la (9) espada,
descíñetela luego.

(1) A y B: "de no volver hasta".
(2) A y B: "con ellos".
(3) A y B: "las navarras".
(4) A y B: "y cargados también marciales carros".
(5) A y B: "Zúñigas".
(6) A y B: "a tu poco valor parecen".
(7) A y B: "dentro de un día los despojos".
(8) A y B: "y porque hablaste".
(9) C: "muestra".

HENRIQUE.

A mi Rey debo
rendirla.

RAMIRO.

¡Ah de la guarda! (1).

HENRIQUE.

Tan honrada,
nadie la ciñe en cuanto mira Febo.
Bien puedes estimarla, si te agrada;
no es el valor de sus aceros nuevo,
que no va tan doncella como alguna,
que tiene por pretina la Fortuna.

BELTRÁN.

Con tu licencia, aceto el desafío
para esta tarde.

HENRIQUE.

¡Bien, Beltrán cobarde!
porque será tan tarde, que yo fío
que le venga muy bien para esta tarde.

RAMIRO.

No lo dirás por el castigo mío,
pues nó es razón que a dilatarlo aguarde.

[*Autógrafo, fol. 7 v.*]

¡Hola! Llevalde al rey Ordoño preso,
si la paz de la guerra estriba en eso.
Decilde cómo queda aquí su hermana,
con el honor debido a su persona.

HENRIQUE.

¡Bien pagas mis trabajos! ¡Bien humana (2)
piedad tantos servicios galardona!
Pues no puede haber fuerza tan tirana (3),
que mi lealtad les quite la corona,
¡mal haya, amén, quien hizo que aquel día (4)
no me matase, como yo quería!
Halló Licinio soga, halló veneno
Bruto, puñal Otón, hierro Adriano,
fuego Asdrubal y un río airado Epheno (5);
Dido el acero del cruel Troyano,
áspid Cleopatra halló, cordel Labieno (6),
armas Catón, sangrías Floriano.
Pues, siendo ansí, su ejemplo me aconseja,
que "quien no puede más, morir se deja".
¡Mal hayan los servicios que te he hecho,
mal hayan los trabajos que he pasado (1),
poniendo al moro aragonés el pecho,
cuatro veces rendidó y despojado!
En mi caballo te saqué, a despecho
de un escuadrón de bárbaros armado;
pero ¿por qué de ti mi amor se queja?,
que "quien no puede más, morir se deja".
No quiero yo de ti mayor venganza,

[*Autógrafo, fol. 8.*]

que verme muerto a mí, cuyo famoso
nombre pudiera darte confianza
de volver desta guerra victorioso;
quien no estima la vida y muerte alcanza,
no es desdichado; luego soy dichoso.
Elvira, adiós. De nadie tengo queja,
que "quien no puede más, morir se deja".

(*Llévanle.*)

ESTELA.

¿En quién cupiera la crueldad que has hecho?

RAMIRO.

Estela, no es crueldad, sino justicia.

ESTELA.

Mi hermano te ha servido, y por tu gusto
trujo la (2) Infanta que en tu casa tienes.

RAMIRO.

Si la trujo (3) de allá como marido,
¿parécete que estoy tan bien servido? (4).

ELVIRA.

El nombre sólo tiene el conde Henrique,
que a ti, ni a mí, tirano, nos ofende;
y cuando el Conde mi marido fuera,
mejor que tú merece aqueste título.
Y él merece la muerte, pues guardando
lealtad tan necia, se ofreció a la muerte,
ven, Estela, conmigo, que en la tierra (5)
adonde ya los hombres son mujeres,
nos volveremos las mujeres hombres.

RAMIRO.

Detente, que no es bien que ansí me nombres,

(1) A y B: "guarda, aguarda".
(2) A y B: "¡Bien la humana!"
(3) A y B: "Pues que no puede hacer fuerza tirana."
(4) A y B: "quien hizo, aqueste día".
(5) A y B: "y airado dios Liceno".
(6) A y B: "Sabino."

(1) A y B: "y los trabajos que por ti he pasado"
(2) A y B: "trajo a la".
(3) A y B: "trajo".
(4) A y B: "estoy muy bien servido".
(5) A y B: "en la sierra".

o pensaré que el traje da licencia.

ELVIRA.

Este rústico traje de villana

[*Autógrafo, fol. 8 v.*]

lo traigo yo por ti.

RAMIRO.

Detente y mira (1)
cuán mal parecerá que yo no (2) te honre,
y sirva en mi ciudad, puesto que hermana
de mi enemigo.

ELVIRA.

¿Qué honra hacerme puedes,
tratando al Conde así?

(*Váyase* DOÑA ELVIRA.) (3)

RAMIRO.

Mirad, hidalgos,
si vuelve por el Conde. ¡Sed testigos
de la traición de Henrique!

ESTELA.

¿Pues no quieres
que vuelvan por un hombre las mujeres
que tanto ha padecido por honrado?
¿Adónde has visto tú que haya llegado
a dejarse morir por no ofenderte
un hombre a quien ingrato das la muerte?

(*Váyase* ESTELA.) (4)

RAMIRO.

Id con ellas, don Arias, que no es justo
que salgan de mi casa deste modo.

ARIAS.

Como has gustado de regirte en todo
por don Beltrán, un hombre que te engaña
con lisonjas tan llenas de tu daño,
hasta en las cosas de honra estás confuso.
¿Es buena estimación la que hoy has hecho
de una hermana de un rey?

RAMIRO.

¡Volvéisme loco!

BELTRÁN.

¡Don Arias!

ARIAS.

¿Qué me quieres?

BELTRÁN.

¡Poco a poco!

ARIAS.

Mira que el Conde te ha desafiado;
y que supuesto que al Rey le llevan preso,
yo voy en él (1), y el Conde en mí ha quedado;

[*Autógrafo, fol. 9.*]

su sangre tengo y (2) su valor profeso.
Sal esta tarde, que hallarás armado
al Conde en ese campo.

RAMIRO.

¿Hay tal exceso?
¡Prendelde!

ARIAS.

No querrán (3).

(*Vase.*)

RAMIRO.

¿Beltrán, por dicha
me ha venido por ti tanta desdicha?

BELTRÁN.

Cúlpame (4) agora a mí, que te he servido
con el amor que todo el mundo sabe.

RAMIRO.

Pues ¿qué he de hacer, confuso y oprimido,
más que en la fiera tempestad la nave?

BELTRÁN.

Mover partido al Rey.

RAMIRO.

¿Pues qué partido?

BELTRÁN.

Que el casamiento de la Infanta acabe
estas guerras en paz.

RAMIRO.

¿Y será justo,
Beltrán, casarme yo con tal disgusto? (5)

---

(1) A y B: "por ti lo traigo. R. Tente y mira, Elvira".
(2) A y B: "parecerá de que no".
(3) A y B: ("*Vase.*")
(4) A y B: ("*Vase.*")

(1) A y B: "yo quedo en él".
(2) A y B: "Su sangre soy y".
(3) En C, tachado desde "Hay" hasta "querrán"; pero hace falta para la rima.
(4) A y B: "Cúlpasme."
(5) A y B: "casarme yo, Beltrán, contra mi gusto."

BELTRÁN.

Si se deja morir quien más no puede,
menos harás casándote.

RAMIRO.

Sospecho
que es menos mal, y que al morir excede.
Quiero decir (1), casado a mi despecho.

BELTRÁN.

Señor, el remediar lo que sucede
es de hombres de valor.

RAMIRO.

Doilo por hecho;
al Rey escribiré que nos juntemos,
donde, sin armas, de la paz tratemos;
mas dime, ¿quién irá con la embajada?

BELTRÁN.

El Condestable, u otro caballero,
que yo esta tarde he de sacar la espada.

RAMIRO.

Ser tu padrino, si salieres, quiero.

BELTRÁN.

[*Autógrafo, fol. 9 v.*]

Concierta aquestas vistas, pues te agrada (2),
la paz y el casamiento.

RAMIRO.

Así lo espero,
pero tengo el quedar por cosa llana
en paz con él y en guerra con su hermana.

*(REY ORDOÑO, SANCHO *y soldados.*) (3)

ORDOÑO. Todo el enojo perdiera
de que me faltase Blanca (4)
en esta ocasión, don Sancho.
SANCHO. Señor, no pienso que falta,
sino que en bizarro traje,
y en soldado transformada (5)
dicen que hoy quiso salir
por esos montes a caza.
ORDOÑO. ¡Que Blanca no agradeciese
mi amor! Pero mi venganza
será cierta, si lo es
que Ramiro de Navarra
a Henrique preso me envía.
SANCHO. Ya llegan, señor, las guardas.

(*El* CONDE, *preso, y soldados.*) (1)

HENRIQ. Aquí, generoso Ordoño,
en estas manos atadas
te traigo un reino vencido,
pues mi defensa le falta.
Haz cuenta que sus castillos,
villas, ciudades, murallas,

[*Autógrafo, fol. 10.*]

torres y campos (2) te envía
el que hoy me rinde a tus armas.
No es arrogancia, leonés,
aunque parezca arrogancia;
otro Sergio soy, aquel (3)
que, después de heridas tantas,
venció más altas vitorias
que tiene lenguas la fama;
y a Çipión el Africano
miras, que si aquél ensalzan,
porque su padre libró,
a mí por librar mi patria;
otro Curio soy (4) que puedo
sacar a Pirro de Italia,
porque si libre estuviera
te sacara de Navarra;
el romano, que atrevido
se echó a caballo en las llamas,
yo soy, pues dándole el mío,
saqué al Rey (5) de la batalla;
yo soy Licinio (6), el que tuvo
por inauditas hazañas,
más coronas que cabellos,
pues aun la envidia me alaba (7);
yo aquél leal Zinegiro (8),

---

(1) A y B: "Quiero morir."
(2) A y B: "Concierta con aquéstos, pues te aguardo."
(3) A y B: ("*Vanse: salen* ORDOÑO"), etc.
(4) A y B:
"de que me faltara Blanca
en esta ocasión.
SANCHO. No falta,
sino que".
(5) A y B: "en soldado transformado".

(1) A y B: ("*Sale el* CONDE, *atadas las manos, y* NUÑO *y criados.*")
(2) A y B: "campo".
(3) A y B: "soy, que aquel".
(4) A y B: "otro Aquiles soy".
(5) A y B: "saqué el Rey".
(6) A y B: "Hiziano."
(7) A y B: "me amaba". Los diez y seis versos anteriores están tachados en C.
(8) A y B: "yo soy Alcino sincero".

que, las dos manos cortadas,
pudo con los dientes solos

[*Autógrafo, fol. 10 v.*]

tener la nave contraria (1),
pues atadas, que es lo mismo
que cortadas, mi honor basta
a detener mi fortuna
con los dientes de mi fama.
Mas no digo bien, que soy,
rendido a miseria tanta,
Casio, aquel tres veces Cónsul,
y la cabeza cortada;
Claudio, el que venció Anibal,
que por envidia le matan;
Mitrídates, Rey de Ponto,
después de vencida el Asia;
Pompeyo, aquel vitorioso
de España, Armenia y Albania,
muerto en Egipto y vencido (2)
en los campos de Farsalia;
y otro Belisario soy (3),
a quien Justiniano manda
sacar los ojos, después
de tan ilustres hazañas,
pues como él pidió limosna
a la gente que pasaba,
quitándome mis Estados,
la (4) pedirán mis hermanas.
Estas te encomiendo, Rey;
vuelve por Estela y Blanca,
por las lágrimas siquiera

[*Autógrafo, fol. 11.*]

que ves bañando mi cara;
que llorar un hombre fuerte
las mismas piedras (5) ablanda,
cuanto más a los que saben
que es la fortuna tan varia,
pues preguntando a Chilón (6),
sabio que Atenas alaba,
que hace Júpiter agora (7),
respondió el sabio: "Levanta
las cosas que están humildes,
y baja las que están altas."

ORDOÑO. A compasión me has movido
y aun a lágrimas; que tanta
es la fuerza del valor
y de la piedad humana.
Desatalde aquellas manos,
porque no han de estar atadas
manos que dan vida a un rey
y libertad a su patria.
Desatalde, porque vean,
los que esta tragedia aguardan,
que manos que ató (1) la invidia
hoy la virtud (2) las desata.
Toda tu historia (3) he sabido,

[*Autógrafo, fol. 11 v.*]

y de tu lealtad la causa,
la ingratitud de Ramiro
y el desprecio de la Infanta.
Dalde, don Sancho, el bastón
de general, con que vaya
a tomar de un hombre ingrato (4)
por propia mano venganza.
Guíe mi gente el mejor
hombre que ha ceñido espada,
pues es tal, que vida y honra
en los enemigos halla.

HENRIQ. Agradezco, invicto Rey,
las dos rodillas postradas
a la imagen de Alejandro,
tal merced, piedad tan rara;
porque aunque Ramiro sea
de condición tan ingrata,
no ha de decirse en el mundo
que tomé contra él las armas.
El que tiene este bastón
es hombre que solo basta
para más valientes campos
que César puso en Tesalia.

SANCHO. Bésoos las manos, Henrique;
pero mejor se empleaba (5)

[*Autógrafo, fol. 11 bis.*]

en vuestras hazañas.

ORDOÑO. Conde;
cuando un vasallo se agravia

(1) A y B: "con rabia".
(2) A y B: "Egipto, vencido."
(3) A y B: "Belisardo soy."
(4) A y B: "le".
(5) A y B: "peñas".
(6) A y B: "Solón."
(7) A y B: "que Atenas amaba,
qué hará Júpiter ahora".

(1) C, por error: "que atado".
(2) A y B: "la verdad".
(3) A y B: "la historia".
(4) A y B: "a tomar de su enemigo".
(5) A y B: "Bésoos las manos, señor,
pero mejor se empleara."

y se desnaturaliza,
va a servir donde le pagan.
Haz esto, y sírveme a mí.

HENRIQ. Señor, ¿para qué te cansas?
Mi valor no se deshace,
que es carácter en el alma;
antes, pues me das licencia,
te suplico que me hagas
merced de dejarme ir
a buscar mis dos hermanas,
que temo alguna desdicha
de las que la guerra causa.

ORDOÑO. Ve, Conde, en buen hora y vuelve,
que tú tendrás en mi casa
el lugar que antes tenías,
y en Asturias y en montañas
más tierras que el Rey te quita,
y así desde hoy te llama
Conde de Valencia, villa
junto a León, a quien baña
Ezla (1), celebrado río.

HENRIQ. Con la boca las estampas
de tus pies haré mayores.

ORDOÑO. Parte, Conde, y busca a Blanca.

NUÑO. ¿Podréte yo hablar agora
dos minutos de palabra? (2)

[*Autógrafo, fol. 11 bis, v.*]

HENRIQ. ¡Ay, Nuño, vente conmigo!

NUÑO. En tus desdichas no habla
mi lengua, sino mi llanto.

HENRIQ. Pues habla, que ya se acaban (3).

(*Váyanse los dos.* LAYNEZ *entre.*) (4)

LAYNEZ. A un navarro caballero
tomé, señor, esta carta,
que no le dejé llegar,
porque he visto mil desgracias
en la guerra, por tener
del contrario confianza.

ORDOÑO. Bien hicistes; verla quiero.

SANCHO. Presumo, señor, que trata
de paz.

ORDOÑO. No me pesaría,
si ha de ser la paz mi hermana.

SANCHO. En fin, Laynez, el Rey
la fuerza que trujo ablanda (1).

LAYNEZ. Si Ramiro tiene a Elvira,
ya no puede haber venganza,
y será prudencia justa
trocar en bodas las armas.

SANCHO. Vos habláis con el acuerdo
que merecen vuestras canas,
pero los mozos, Laynez,
quisieran (2) verse en campaña.

LAYNEZ. Callad, que también los mozos
huelgan de (3) fiestas y galas,
más que de romper paveses.

[*Autógrafo, fol. 12.*]

ORDOÑO. Lo mismo dice la carta.
El tiene, en efeto, a Elvira.
Si es ya su mujer mi hermana,
a las paces nos juntemos.
¡Hola! A la ribera marcha
deste caudaloso río.

SANCHO. ¿Finalmente, ya no tratas
de venganza?

ORDOÑO. En estas cosas
la mayor (4) es no tomarla.

*(BLANCA, *en hábito de soldado, con espada y daga.*) (5)

BLANCA. Malas nuevas he tenido,
si no es que miente la fama,
de que Ramiro disfama
a quien tan bien le ha servido.
Cuando a ser agradecido
estaba tan obligado,
este galardón le ha dado
que siempre halló mayor dicha
una lisonja bien dicha
que un corazón declarado.

Yo, puesto que el afición (6)
del Rey de León me inclina,
temiendo a lo que camina
la mucha conversación,
dejo su fuerte escuadrón
y voy mi sangre buscando,

(1) A y B: "Esla".
(2) A y B: "palabras".
(3) A y B:
"NUÑO. En tus desdichas no baste
mi lengua, sólo mi llanto,
sin hablar, las acompaña."
(4) A y B: ("*Vanse los dos y sale* LAYNEZ *con una carta.*")

(1) A y B: "la fuerza que trajo a Blanca".
(2) C: "quisiera".
(3) A y B: "gustan de".
(4) A y B: "la mejor".
(5) A y B: ("*Vanse. Sale* BLANCA"), etc.
(6) A y B: "Yo pienso que la afición."

[*Autógrafo, fol. 12 v.*]

que el mayor valor, amando,
es huír, porque el honor (1)
le defendemos mejor
huyendo que no esperanlo.
Con esta (2) transformación
ganó fama soberana
la Varona castellana
en los campos de Aragón.
Si Ordoño, rey de León,
tratare (3), en mi amor verdad,
mirará mi calidad,
y si no, sabrá mejor
que hay manos en el honor
para atar la voluntad.

(*Entran* ESTELA *y* DOÑA ELVIRA, *en hábito de soldados, con sus dagas y espadas.*) (4)

ESTELA. Pienso que no vamos bien.
ELVIRA. ¿Cuándo solas, y mujeres
lo fueron?
ESTELA. En fin, ¿le quieres?
ELVIRA. Y él me quiere a mí también.
ESTELA. Luego, aunque el Rey te quisiese,
¿no piensas dejar al Conde?
ELVIRA. Amor por mí te responde.
BLANCA. ¿Cosa que esta gente fuese
del ejército navarro?
ESTELA. Ten ánimo, hermosa Elvira,

[*Autógrafo, fol. 13.*]

que allí se acerca y nos mira
cierto soldado bizarro.
BLANCA. Oigo decir, que el reñir
está en el acometer,
que pone el dar que temer
en contingencia de huír (5).
Si le pongo a mi enemigo
miedo con ver mi valor,
¿qué podrá hacer con temor?
¿Quién va? ¡Ah, soldados! ¿Qué [digo?
ESTELA. ¿Quién lo pregunta?
BLANCA. Por Dios,
que no me han tenido miedo.
¿Quién va?, les digo.
ESTELA. ¡Hable quedo!
BLANCA. Quedo dijo, y vienen dos;
ya tomara por partido
el no haberles dicho nada;
mas quiero sacar la espada.
ESTELA. Consejo, Elvira, te pido,
porque si aquéste no huye,
las dos habemos de huír.
BLANCA. ¿Pasan o quieren reñir?
ESTELA. Bueno, la paz se concluye,
pues éste nos da a escoger;
¿de dónde es, señor soldado? (1).
BLANCA. De Navarra.
ESTELA. ¡Bien llegado!
La espada puede poner
en su negra galería,

[*Autógrafo, fol. 13 v.*]

y abrazarnos a los dos.
BLANCA. ¿Son navarros?
ESTELA. Sí, por Dios.
BLANCA. ¿Es Estela? (2).
ESTELA. ¡Blanca mía!
BLANCA. ¿Qué es esto?
ESTELA. Lo mismo digo.
BLANCA. ¿Quién es aqueste soldado?
ESTELA. Un amigo que ha jurado
ser siempre del Conde amigo.
BLANCA. Pues déjamele abrazar.
ELVIRA. La Infanta soy, Blanca hermosa.
BLANCA. Y el retrato de la diosa
a quien daba Roma altar
con el nombre de constancia.
ELVIRA. Ya que nos juntó en fortuna
tan triste, si hay buena alguna,
el cielo, en tanta distancia,
tratemos de dar la vida
al Conde.
ESTELA. ¿Cómo será?
Porque presumo que ya
tu hermano fué su homicida.
ELVIRA. No lo creas, pues aquí
los Reyes se han de juntar.

(NUÑO *entre.*)

NUÑO. Por aquí le pienso hallar.

---

(1) A y B: "que el mayor amor amando
es vía, porque el honor".
(2) A y B: "En esta."
(3) A y B: "Ordoño, rey de León,
tratará."
(4) A y B: ("*Salen* ESTELA *y* DOÑA ELVIRA, *en hábito de soldados.*")
(5) A y B: "Oigo decir que el temor
está en el acometer,
que pudo el Duque poner
en contingencia su honor."

(1) A y B: "¿de dónde, seor soldado".
(2) A y B: "Estela"!

BLANCA. Nuño es éste.
ESTELA. ¿Nuño?
BLANCA. Sí.
ESTELA. ¡Deténgase, caballero,
y dese luego a prisión!
NUÑO. Soldados navarros son;
preso o muerto soy; ¿qué espero?

[*Autógrafo, fol. 14.*]

BLANCA. ¿Huyes, gallina? ¡Detente! (1).
NUÑO. No es huír tener que hacer,
ni me puedo detener,
así Dios su vida aumente.
Miren que voy muy de prisa.
BLANCA. ¿Vive el Conde, o muerto es?
NUÑO. Vive, porque el Rey leonés (2)
tiene la misma divisa.
ESTELA. ¿Cómo?
NUÑO. Dicen que el león
perdona siempre al rendido,
y él muestra bien que lo ha sido,
pues en aquesta ocasión
le hizo Conde de Valencia,
y quiso su general (3);
pero él con valor real,
hizo a todo (4) resistencia,
y esto es lo que hay;
y pues para más no es,
del campo y septiembre a tres...
BLANCA. ¡Tenle!
ESTELA. ¡Sacúdele!
NUÑO. ¡Ay! (5)
BLANCA. ¡Suelta la espada!
NUÑO. A ninguno
la diera.
ESTELA. ¡Suelte! (6)
NUÑO. Sí haré.
Grullo (7) me vuelvo.
ESTELA. ¿Por qué?
NUÑO. Porque son tres para uno.
ESTELA. ¿No nos conoces, gallina?
NUÑO. ¿Quién?
BLANCA. Blanca.
ELVIRA. Elvira.
ESTELA. Estela.
NUÑO. ¡Bueno! ¡Oh, qué linda novela!
ESTELA. Algún enredo imagina.
NUÑO. Pues si no las conociera,
¿no ven que a las tres matara?
Conocílas en la cara,
y conociera cualquiera (1),
porque tal desbarbamiento (2)
que pudieran afilar,
como piedras de amolar,
desde un cuchillo hasta ciento,
no fuera fisionomía (3)
de varones.
ESTELA. ¡Linda traza!
ELVIRA. Famosamente disfraza.
NUÑO. ¿El qué?
ELVIRA. La gallinería.
Ahora bien, ¿a quién buscabas?

(*Cajas.*)

NUÑO. A don Arias.
ESTELA. Cajas suenan.
ELVIRA. No te apartes de nosotras (4).
NUÑO. Pienso que los Reyes llegan.

(*Cajas, y alarde de navarros, por una parte, muy galanes, y el* REY RAMIRO, *y por la otra, los leoneses,* SANCHO *y el* REY ORDOÑO.) (5)

RAMIRO. Por principio destas paces
y para fin destas guerras
a tu Alteza doy los brazos.
ORDOÑO. Yo los doy a Vuestra Alteza.

[*Autógrafo, fol. 15.*]

RAMIRO. Por donde tuviera (6) fin,
nuestra plática comienza,
y así lo más está dicho,
con que gustéis de que sea
reina de Navarra Elvira.
ORDOÑO. Elvira, Ramiro, venga,
pues ha de traer la oliva

---

(1) A y B: "¿¡Oh, vil gallina, detente!"
(2) En C está roto el papel por el final en los seis versos siguientes.
(3) A y B: "y eligió su general".
(4) A y B: "todos".
(5) A y B:
"BLANCA. Tente.
ESTELA. ¡Sacúdele!
NUÑO. ¡Ay, ay, ay!"
(6) A y B: "Suelta."
(7) A y B: "grillo".

(1) A y B: "y conociera a cualquiera".
(2) Roto en C en los seis versos siguientes.
(3) A y B: "filosomía".
(4) A y B: "nosotros".
(5) A y B: ("*Sale caja y alarde de soldados navarros por una parte, muy galanes, y el* REY RAMIRO; *y por la otra los* SEÑORES DON SANCHO *y* ORDOÑO, *rey, y acompañamiento.*")
(6) A y B: "tuviere".

de las (1) tempestades nuestras,
arco (2) celestial de paz.

(Tocan cajas.)

RAMIRO. ¿Más cajas?
ORDOÑO. ¿Qué gente es esta?

(Don BELTRÁN.) (3)

BELTRÁN. En presencia de dos reyes,
uno Alejandro, otro César,
de Cipión y de Anibal,
del griego Aquiles y Eneas,
un caballero navarro
a sustentar campo llega
al conde Henrique de Luna,
que ya llamáis (4) de Valencia.
Aquí me ha desafiado,
y aquí verán las estrellas
cómo agora el sol (5), que estoy
sólo esperando que venga.

(Don ARIAS.) (6)

ARIAS. Sí vendrá, Beltrán. ¡Aguarda!
Yo soy don Henrique. ¡Espera!

[*Autógrafo, fol. 15 v.*]

(El CONDE *entre.)* (7)

HENRIQ. No soy sino yo, don Arias;
que quiso el cielo que tenga
vida, y que cobre mi honor.
BELTRÁN. ¿Dos venís desa manera,
o sabéis que solo basto?
HENRIQ. No hay aquí, Beltrán, quien venga,
sino sólo el conde Henrique.
RAMIRO. Rey, cuando paz se concierta,
no comencemos por armas.
ORDOÑO. Ramiro, Henrique se queja
con razón; déle Beltrán (8)
satisfación con que pueda
cobrar su honor, y hagan paces.
RAMIRO. Beltrán, o salva o condena
lo que dijiste del Conde.

(1) A y B: "pues ella ha de ser la oliva
destas".
(2) A y B: "y arco".
(3) A y B: ("*Sale* DON BELTRÁN.")
(4) A y B: "llamas".
(5) A y B: "como parto el sol".
(6) A y B: ("*Sale* DON ARIAS.")
(7) A y B: ("*Sale el* CONDE DON HERIQUE.")
(8) A y B: "dale a Beltrán".

BELTRÁN. ¡Mal hacen (1) los que mal piensan!
Digo que dije que Henrique
trujo la Infanta a una sierra
de Navarra con traición,
y que es justo, pues ya es Reina,
y se ha visto la verdad,
que al Rey, al Conde y a ella
pida (2) perdón de rodillas.
HENRIQ. ¿Conoces, Rey, mi inocencia?

[*Autógrafo, fol. 16.*]

RAMIRO. Sí, Henrique, y te doy mis brazos;
pero una (3) sospecha queda.
HENRIQ. ¿Cómo?
RAMIRO. No parece Elvira.
HENRIQ. ¿Tú no quedaste con ella?
RAMIRO. Fuése, y sin duda (4) a buscarte.
NUÑO. Si yo hiciese que parezca,
¿qué me darán?
HENRIQ. Nuño amigo,
seis mil ducados de renta.
NUÑO. ¿Seis mil? Bueno, acepto tres,
porque esto de las promesas
es como tela quemada,
que se va en humo la seda.

(Estén (5) *las tres con tres bandas en los rostros, y* NUÑO *quite el rebozo a* ELVIRA.)

NUÑO. Esta es la Infanta.
RAMIRO. ¡Señora!
ORDOÑO. ¡Hermana!
ELVIRA. Ya que me fuerza
la suerte a ser vuestra esposa (6),
digo, señor, que soy vuestra.
RAMIRO. ¿Fuerza decís? (7) Eso no;
pero porque la inocencia
del Conde tenga su premio (8)
le suplico al Rey que sea
servido que sea mujer (9)

(1) A y B: "Mal hayan."
(2) A y B: "pido".
(3) A y B: "mas una".
(4) A y B: "Fuése, sin duda."
(5) A y B: "Están."
(6) A y B:
"RAMIRO. Señora.
ORDOÑO. ¡Es mi hermana!
Ya que es fuerza
Ramiro, a ser vuestra esposa."
(7) A y B: "dijiste".
(8) A y B: "pero porque su inocencia
del Conde se pruebe bien".
(9) A y B: "servido sea su mujer".

de Henrique, y que él (1) la merez-
[ca.

[*Autógrafo, fol. 16 v.*]

ORDOÑO. ¿Dáissela vos?
RAMIRO. Por pagarle
con tal joya tantas (2) deudas.
ORDOÑO. Pues, ¡alto!, dense las manos.
Y pues que ya el Conde llega
a ser mi cuñado, es bien
que Blanca, su hermana, sea
mi esposa y Reina en León.
SANCHO. Señor, no hay quien della sepa.
NUÑO. Sí hay; mas, ¿qué me han de
[dar? (3).
ORDOÑO. Diez mil ducados de renta.
NUÑO. ¡Muchas rentas vienen juntas!
Parece fin de comedia.

(*Quítale el rebozo a* BLANCA.) (4)

NUÑO. ¿Es esta (5) Blanca?
ORDOÑO. Ella es.
BLANCA. Y dichosa en que me quiera
tan gran señor por esclava.
RAMIRO. ¡Ah, si (6) supieras de Estela,
Nuño, qué reina a Navarra
tan a mi gusto le dieras!

(1) A y B: "y él".
(2) A y B: "tales".
(3) A y B: "¿qué me darán?"
(4) A y B: ("*Descubre a* BLANCA.")
(5) A y B: "¿No es ésta?"
(6) A y B: "¡Oh, sí!"

NUÑO. ¿Qué me darán?
RAMIRO. ¡Nuño, pide!
NUÑO. Armas no más, y nobleza,
tres coronas sobre plata,
pues os he dado tres reinas.

[*Autógrafo, fol. 17.*]

RAMIRO. Que me place, y cuatro villas.
NUÑO. Vive Dios, que si tuviera
las cosas que así (1) me han dado
que fuera un Midas de hacienda.
Ahora bien, voy al retablo:
RAMIRO. Salga Estela.

(*Desembócela.*) (2)

ESTELA. Soy Estela,
para serviros, señor.
RAMIRO. Aquesta es la Reina vuestra:
vasallos, besad sus manos (3).
HENRIQ. Aquí la comedia cesa
llamada *Quien más no puede,*
que si acaso no os contenta,
quien más no puede serviros (4),
paciencia, morir se deja.

"Dne. vos et A."
"Loado sea el S.^mo^ Sacramento.
En Madrid a primero de setiembre de 1616.

LOPE DE VEGA CARPIO."

(1) A y B: "aquí".
(2) A y B: ("*Descubre a* ESTELA.")
(3) A y B: "besad los pies".
(4) A y B: "señores".

QUIEN TODO LO QUIERE...

COMEDIA FAMOSA (1)

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

PERSONAS (2):

Don Juan.
Don Fernando.
Don Pedro.
Fabio.
Fabricio.
Bernal, *gracioso.*
Doña Ana.
Otavia.
Julia.
Leonardo.
Ginés (3).
[Celia].

ACTO PRIMERO

(*Salen* don Fernando *y* don Juan, *y* Bernal, *gracioso.*)

D. Fern. Vos no queréis darme a mí
parte de vuestra tristeza,
y yo a vos con más fineza,
don Juan, os la doy ansí.
Traté casar a mi hermana
fuera de Madrid, con quien
estaba a los dos tan bien,
que, sin arrogancia vana,
no hay hombre más bien nacido
ni más rico en igualdad
de mi hacienda y calidad;
y al partir, que hoy ha partido,
le prendieron porque ha dado
palabra a cierta mujer,
que aunque niega, puede ser
que en su honor esté culpado.
Veis aquí, pues, la ocasión
de mi tristeza, que os muestra,
cuando negáis de la vuestra
a mi amistad la razón,
la causa de mis enojos,
y que la tendré bastante
para que de aquí adelante,
aunque viese en vuestros ojos
escrito cualquier pesar,
no me atreveré a enfadaros.

D. Juan. Por querer desengañaros
también os quise escuchar.
Bien sabéis la diferencia
que hay de la melancolía
a la tristeza; la mía
tiene esa misma licencia.
Que como es enfermedad,
que nace de algún humor,
manda en mí con más rigor,
que mi propia voluntad.
¿Veis aquí cómo no estoy
en lo que decís culpado?
Del casamiento tratado
mil parabienes os (1) doy.
Que no será la prisión
tan fuerte como pensáis,
si en los engaños miráis,
que tan ordinarios son.

---

(1) A, Parte XXII, Madrid, 1635. B, Ms. número 16.798. de la Biblioteca Nacional de Madrid.

(2) El ms. núm. 16.798 tiene el siguiente reparto:

"Don Juan.	Pedro M.
Don Fernando.	Rueda.
Don Pedro.	León.
Sisberto.	
Bernal.	Osorio.
Octavia.	Vicenta.
Julia.	Catalina.
Inés.	Antonia.
D.ª Ana.	Jacinta.

Falta Leonardo.
Fabio.
Sisberto.
D. Pedro."

(3) Texto: "Inés", pero en la comedia, "Ginés".

(1) A: "hoy".

Si fué alguna voluntad,
sin culpa es justo que sea.

D. FERN. Lo que serviros desea
mi fe, mi amor y amistad,
habéis, don Juan, conocido.
¡Dios os guarde!

D. JUAN. ¿De esa suerte
os vais?

D. FERN. Quien mi enojo advierte
y me desprecia ofendido,
¿qué es lo que quiere de mí?

D. JUAN. ¡Oídme!

D. FERN. ¡Dejadme!

(*Vase.*)

D. JUAN. ¡El cielo
me falte!

BERNAL. Fuése y recelo
que labró de jaspe en ti
el alma, con que gobiernas
esa dura condición
y rebelde corazón
a tantas palabras tiernas.

D. JUAN. ¿Qué le tengo de decir
de mis tristezas, Bernal,
si no hay causa?

BERNAL. ¿Hay cosa igual?
Mas, ¿que quieres encubrir
lo que es más claro que el día?

D. JUAN. A Fernando dije yo
la verdad.

BERNAL. La verdad, no.

D. JUAN. ¿Luego no es melancolía?

BERNAL. Tu misma difinición
te contradice, pues tienes
causa de que a estarlo vienes,
y entonces tristezas son.

D. JUAN. Pintó un sabio a los criados
con dos alas en los pies,
y sin lengua.

BERNAL. Justo es
ser ligeros y callados.
Pero otro sabio pintó
los amos con cuatro manos,
y sin ojos.

D. JUAN. ¡Cuentos vanos!

BERNAL. Antes muy bien lo pensó.
Muchas manos obligados
para dar han de tener;
ojos no, para no ver
las faltas de los criados.

(*Sale* DOÑA ANA *y* CELIA.)

ANA. ¡Señor don Juan!

D. JUAN. ¿Quién es?

ANA. Yo,
que a todo lo que ha tratado
mi hermano con vos he estado
atenta y triste, y me dió
mayor pena que él llevó (1).

D. JUAN. Señora, mi voluntad
no ha ofendido su amistad;
que aunque dicen que el discreto
se conoce en el secreto,
fuera en mi amor deslealtad.

ANA. Esta vez habéis de ser
necio por mí, pues le han dado
este nombre al que ha fiado
su secreto de mujer.
Lo que no alcanzó a saber
aquí Fernando de vos
me habéis de decir.

D. JUAN. ¡Por Dios,
que es resolución notable!

ANA. ¡Hablad! ¿Qué dudáis?

D. JUAN. ¿Que hable?

ANA. Sepamos lo que es los dos;
que puesto que soy mujer,
sabré serviros mejor
que mi hermano.

D. JUAN. Ese es rigor.

ANA. No hay rigor; esto ha de ser.

BERNAL. Bien te puedes atrever;
que tanta resolución
no ha sido sin ocasión.

D. JUAN. Pues, señora, estad atenta;
que quien lo que vos intenta
debe de tener razón.

Tiene Madrid, ya corte de hermosura,
como de Reyes, una dama hermosa,
por quien las voluntades más seguras
amor condena a cárcel rigurosa;
sale una luz de sus estrellas puras,
norte de un cielo, que de nieve y rosa
formó su autor, que abrasa a quien la mira,
por quien de mil amores flechas tira.

Todas las gracias, por estar en ella,
parece que le dan atropelladas,
cual vemos de una fuente clara y bella
surtir al aire por las encontradas;
mas cuanto de su luz, su ingenio y della

(1) A: "que llevó".

del tuyo pueden ser consideradas,
destruye con terribles condiciones,
fundada en arrogantes opiniones.
Hablarte en coches, galas y criadas,
servirse a lo divino de rodillas,
sentarse en una calle de almohadas,
eterno verdugado y lechuguillas,
las paredes en ámbar engastadas,
huír el aire de sufrir pastillas
a los campos, por verse entre las flores,
que olores naturales son mejores,
es contar a la mar menuda arena,
ni menos ver la gran bachillería
con que abona los versos, y condena
la música, destreza y valentía:
con esto crece mi amorosa pena,
siendo imposible a la pobreza mía
acudir a sus cosas; que la adoro,
y la quisiera dar montañas de oro.
Anoche dió en loar cierto vestido
que vió a una dama, y yo con mil colores
no le ofrecí, porque en nobleza he sido
dichoso, no en dineros ni en amores.
Con estos pensamientos no he dormido,
Juanelo de artificios de mayores
ruedas de mi confuso entendimiento:
tal es de mi tristeza el fundamento.

ANA. Mucha honra me habéis hecho
en haberme confiado
la causa deste cuidado.
D. JUAN. Si os abriera todo el pecho
no viérades más en él
que por esta relación.
ANA. Ya me corre obligación,
no sólo de ser fiel
en guardaros el secreto,
mas de ayudaros a todo.
D. JUAN. ¿Pues vos a mí? ¿De qué modo?
ANA. Por cierto extraño sujeto
para un hombre como vos.
D. JUAN. Amé, sin saber que amaba.
ANA. La hermosura os disculpaba.
D. JUAN. Esa es notable, por Dios.
ANA. No sé yo por qué rodeo
os pudiera preguntar
si es materia de casar,
o algún amoroso empleo.
D. JUAN. Ya me lo habéis preguntado,
y creed que en la verdad
de su limpia honestidad
aún la envidia no ha tocado.
Mas con gustos tan injustos
como hay en esta mujer,
casado podría tener
más pesadumbres que gustos.
Porque casada una destas
que en dama bizarra toca,
mata a un marido por loca,
como otras por deshonestas.
Y aunque hay mil que a sus maridos
nunca intentan ofender,
es gran desdicha tener
la deshonra en los vestidos.
ANA. Vos habláis como discreto.
Comprad, don Juan, esa gala,
y perdonad, que no iguala
a la intención el efeto.
Bien valen estos diamantes
quinientos escudos.
D. JUAN. Fuera
locura, que yo quisiera
tomar prendas semejantes
para lo que ya sabéis.
ANA. ¿No sois, don Juan, caballero?
D. JUAN. Sí.
ANA. Pues prestároslos quiero,
que vos me los volveréis.
D. JUAN. Con condición que en teniendo
el dinero, os le traeré
con ganancia.
ANA. Eso no sé,
que es oficio que no entiendo,
aunque en Madrid tan usado.
Id con Dios; no me halle aquí
don Fernando.
D. JUAN. Siempre fuí
dichoso en ser desdichado.
BERNAL. ¿Qué es esto?
D. JUAN. ¿Pues sélo yo?
BERNAL. ¿No fuera mejor querer
esta divina mujer?
D. JUAN. No, Bernal.
BERNAL. Pues, ¿por qué no?
D. JUAN. Porque la tiene casada
Fernando, y yo soy su amigo.
BERNAL. Ya no hay amigos.
D. JUAN. Yo sigo
la ley de amistad honrada,
aunque pierda mi remedio.
Soy pobre; hacer no es razón
a su hermano esta traición.
BERNAL. Si hay mujeres de por medio,

puesto que a tus pensamientos
con verdad me persuades,
yo he visto pocas lealtades
y muchos atrevimientos.

(*Vanse.*)

CELIA. Triste estás.
ANA. Estoy sin mí.
CELIA. Dél no te puedes quejar.
ANA. Y haré bien por dar lugar
para quejarme de mí.
CELIA. Si no sabe que le quieres,
no tiene culpa.
ANA. Es verdad:
amor es enfermedad
y locura en las mujeres.
¡Qué mal hace la mujer
que de sus ojos se fía,
de un día tras otro día,
y de un ver tras otro ver!
CELIA. ¿Pues cómo no te ha querido
don Juan, estando obligado?
ANA. Porque estaba enamorado,
y es hombre, y hombre entendido.
Y yo digo que en mujer
el trato enamora y mata;
que lo que mucho se trata,
mucho se viene a querer.
CELIA. Casaráste, y tu marido
será el remedio mejor
para quitarte el amor.

(*Sale* DON FERNANDO.)

D. FERN. Vengo enojado y corrido.
ANA. ¿Es don Fernando?
D. FERN. Yo soy.
ANA. ¿De qué tan triste?
D. FERN. De ver
que ya tenga otra mujer (1)
el marido que te doy.
ANA. ¿Perdió el pleito?
D. FERN. No; mas creo
que si es noble la que pide,
para mucho tiempo impide
tu remedio y mi deseo.
ANA. ¿No hay remedio para mí
fuera de ese caballero?
D. FERN. Fué lo que traté primero,
y lo mejor para ti.

(1) B: "tiene", de letra y tinta diferente del resto del manuscrito.

ANA. Caballeros hay honrados;
Madrid está llena (1) dellos.
D. FERN. ¿Tengo de andarme tras ellos
con tu dote y mis cuidados,
informándome de quién
no juega ni tiene amor?
ANA. ¿Y casaréme mejor
sin saber con quién también,
que puede salir después
un majadero cansado?
¿Piensas que tomar estado
comprar tus caballos es,
que si uno no es a tu gusto
engañas a otro con él?
¿Podré deshacerme dél
si es caballo a mi disgusto?
D. FERN. Pluguiera a Dios que se usara
que como suele tener
mil coches para vender
puerta de Guadalajara,
con dos cédulas que entiende
el lector más ignorante,
una atrás, otra adelante,
que dicen: "Este se vende",
que a la mujer que en su casa
ya puede ser de provecho
la pusieran en el pecho
y en la espalda: "Esta se casa."
ANA. Ahora sí que al marido
das oficio de tirar,
si la carga del casar
en coche la has convertido.
D. FERN. No digo mal, pues ya tiene
tantos coches como casas
Madrid; mas pues no te casas,
ni tu desposado viene,
aplícate a un monasterio.
ANA. ¿Seglar o monja?
D. FERN. Seglar,
que aún no me atrevo a pensar
que tenga en tu gusto imperio.
ANA. Encomendarélo a Dios.
D. FERN. ¿Burlas conmigo? ¿A qué efeto?
ANA. No burlas; que eres discreto,
y un alma somos los dos.

(*Vanse, y salen* OTAVIA, *dama;* DON PEDRO, LEONARDO *y* FABIO, *caballeros.*)

OTAVIA. Es muy gallardo el soneto.
D. PEDRO. Si para vos se escribiera;

(1) B: "lleno".

y fuera mucho mejor
si vuestra rara belleza
le hubiera dado el sujeto.

OTAVIA. Ya confieso que me pesa
de haberos dado ocasión
para darme celos.

LEONARDO. Llevan
los versos un grande estilo,
extranjero a nuestra lengua;
juzgue quien sabe.

D. PEDRO. Está bien.
¿Qué os pareció la tragedia?

OTAVIA. Aquel Píramo a mi gusto
pudiera mover las piedras;
¡qué amorosos pensamientos!
¡Qué canciones! ¡Qué excelencias
de ornamentos de palabras!

FABIO. ¿Quién hay que ahora se atreva
a escribirlas en España?

OTAVIA. Muchos, Fabio, con su pena (1);
mas yo sé muy bien que todos
dar en el blanco desean.

D. PEDRO. En eso a todas las artes
se aventajan los poetas:
si muere un enfermo, nunca
con el médico le entierran;
si pierde el pleito el letrado,
el dueño pierde la hacienda (2).
¿Qué labrador ha buscado
al astrólogo que yerra,
aunque por los almanaques
sembrase dos mil hanegas?
¿Qué cosmógrafo castigan
porque diga que la Persia
cae doce leguas de Flandes
y diez y nueve de Illescas?
Pero un poeta que escribe
comedias, tanto desea
agradar a quien las oye,
que es lástima y aun vergüenza
no perdonalle si al blanco
tal vez no acierta la flecha.

OTAVIA. Dice don Pedro muy bien.

D. PEDRO. Cuando las comedias vengan
de año a año como flota,
pese a tal darles carena.
Pero a quien da cada día
partos del ingenio...

OTAVIA. Espera,
que tampoco a esos ni a esotros
les vamos a sacar prendas.
No pongáis límite al gusto,
que ya en la corte se huelgan
más con las comedias malas
que con las que salen buenas.
En las malas hablan todos,
silban, gritan, y aun las dueñas
con su poquito de llave
se meten a ser discretas.
Pero esta conversación
no lo parece.

FABIO. Pues venga
el soneto.

OTAVIA. Ni el soneto;
porque ya don Pedro piensa
que es de materia celosa.

LEONARDO. ¿Qué quieres que te entretenga?

OTAVIA. El que dijere mejor
una cosa, a que parezcan
los celos, que no esté dicha,
tiene esta cinta por prenda.

LEONARDO. Yo digo que son los celos
arte de amar.

OTAVIA. Eso prueba.

LEONARDO. Porque lo que enseña amor
en dos mil años lo enseña,
y los celos en un hora.

OTAVIA. ¡Buena aplicación!

LEONARDO. Es nueva.

FABIO. Yo digo que son un rayo
que con violencia penetra,
pues abrasa el corazón
sin lastimar la corteza.

OTAVIA. ¿Cómo?

FABIO. Veréis un celoso
picado de la sospecha,
que por de fuera se ríe
y por de dentro se quema.

OTAVIA. Dices bien. Don Pedro diga.

D. PEDRO. Don Pedro callar quisiera,
que sólo de hablar en celos
desmaya el alma y la lengua.
Yo digo que celos son
una fábula o emblema
de aquel ciego que llevaba
el manco y tullido a cuestas.
El ciego es amor...

---

(1) Así en B. En A sólo habla Otavia.
(2) B Añade estos dos versos, de otra mano y tinta:
"Si el juez castiga al reo
de ningún modo le pesa."

OTAVIA. ¡Qué bien!
D. PEDRO. A cuestas los celos lleva
porque los sufre, y los celos
el camino a amor enseñan.
OTAVIA. Tuya es la cinta.
LEONARDO. ¡Perdimos!

(*Sale* GINÉS, *vejete.*) (1)

GINÉS. Vuesarcé oiga unas nuevas.
OTAVIA. ¿Cómo?
GINÉS. Hizo amor un milagro
OTAVIA. Es dios: el milagro cuenta.
GINÉS. Don Juan...
OTAVIA. ¿Qué don Juan? ¡Decid!
GINÉS. ¿Ya vuesarcé no se acuerda
de aquel pobre caballero
que el otro día en la iglesia
le bebió dos dedos de agua
a la pila, porque en ella
metió vuesarced un dedo,
y sauced dijo: "Pudiera
en una taza del Prado
hacerse mayor fineza?"
OTAVIA. Sí, sí, don Juan; aquel pobre
que nuestra calle pasea,
y ha venido acá dos noches
con su poquito de felpa,
zapatos blancos, valona
de Flandes, pajizas medias,
y por ligas dos antojos
de caballo en dos rosetas.
GINÉS. El mismo.
OTAVIA. Cuenta el milagro,
GINÉS. Una famosa cadena
envía, y para un vestido
diez y seis varas de tela
con excelentes recados.
OTAVIA. ¿Aquél? Mirad bien las señas;
si se ha hallado algún tesoro...
GINÉS. En este lugar pasean
muchos sin ser de la llave
que tienen llave maestra.
OTAVIA. Miedo me ponéis. Decid
que entre, que en su gentileza
se ve bien que es hombre noble.
GINÉS. Ya la ablanda la manteca.

(*Sale* BERNAL.)

BERNAL. Don Juan, mi señor, señora...
GINÉS. No tiene el mozo mal arte.
BERNAL. Me mandó que de su parte
venga a besaros agora
las uñas de pies y manos.
GINÉS. ¿Es mi señora, por dicha,
cernícalo?
OTAVIA. ¡Qué desdicha
esta destos cortesanos!
BERNAL. ¿Cuál es humildad mayor,
besar todo un pie o no más
de una uña?
OTAVIA. Tú sabrás,
amigo, lo que es mejor.
BERNAL. Besadas las uñas, pues.
GINÉS ¿Otra vez?
OTAVIA. Dejalde ya.
BERNAL. Que por humildad está
siempre a vuestros pies.
GINÉS. ¿Más pies?
BERNAL. Dice que os oyó alabar
cierta tela y la compró,
que por ventura la halló
acabada de llegar
en cas de su mercader.
GINÉS ¿Mercader tiene?
BERNAL. ¿No son
de todos?
GINÉS ¡Buena razón!
BERNAL. ¿Pues qué mejor puede ser?
¿El Rey no es mi Rey?
GINÉS. ¡Muy bien!
BERNAL. Pues así como yo quiera
un mercader, sea cualquiera,
es mi mercader también.
Y a vuesa merced suplico
que se vaya el escudero,
que es un poco palabrero
y me da enfado su pico.
Allí fuera está un criado
con la tela, y para hechura
del vestido.
GINÉS. ¡Qué locura!
BERNAL. Señora, yo estoy turbado;
váyase o iréme yo.
GINÉS. Yo me iré.
BERNAL. Aquesta cadena...
GINÉS. ¿Es fina?
BERNAL. ¿Volvió? Y tan buena
que en veinticuatro tocó.

---

(1) Lo mismo en B, aunque en el reparto lo llama INÉS, y reparte el papel a una mujer. Pero enmiendas posteriores han tratado de arreglar en el ms. de B este papel para criada. Como son enmiendas de letra del siglo XVIII, no las tenemos en cuenta.

GINÉS. ¿De Córdoba a Sevilla?
BERNAL. ¡Del diablo!
GINÉS. Muestre el olor.
Bien, a fe.
OTAVIA. ¿Vuestro señor
es de aquí, o es de Castilla?
BERNAL. Es Montañés y Acevedo.
GINÉS. Muy rico debe de ser.
BERNAL. Largo tiene de comer;
esto aseguraros puedo.
OTAVIA. ¿Cómo?
BERNAL. No puede alcanzallo.
OTAVIA. ¿Eso es largo?
BERNAL. ¿Pues qué más?
OTAVIA. Ahora bien; allá dirás
lo que agradecida callo.
Entrega la tela, pues,
que yo tomo la cadena.

(*Vase* BERNAL.)

Pues bien, ¿de qué es tanta pena?
D. PEDRO. ¿De qué? ¿Pues tú no lo ves?
OTAVIA. Esta cadena me envía
un necio de mis amantes;
tómala tú para guantes
si te enfada por no mía.
D. PEDRO. ¡Déjame!
OTAVIA. ¡Póntela aquí,
porque lleves ahorcados
mis celos.
D. PEDRO. De mis cuidados

(*Pónesela.*)

piensas olvidarme ansí?
Yo te la quiero feriar
por otra de cien diamantes.
OTAVIA. ¡Buen cambio!
D. PEDRO. Nunca te espantes
de ver a un celoso dar.
Vamos, señores, de aquí.
LEONARDO. ¿No vais con gusto?
D. PEDRO. Sí estoy.

(*Vanse, y salen* BERNAL *y* GINÉS.)

BERNAL. Sin la cadena me voy.
GINÉS. De eso ¿qué se me da a mí?
BERNAL. ¡Mandáis algo?
GINÉS. ¡Dios os guarde!
BERNAL. ¡Extremada sequedad!
GINÉS. Adonde no hay voluntad
no hay término que se guarde.
Mi ama ha puesto los ojos
en don Pedro.
BERNAL. ¿Y no es mejor
mi amo?
GINÉS. No es por amor,
que no la mueven antojos,
sino por su gran riqueza;
que le querría pescar
por marido.
BERNAL. ¿Y puede hallar
tal ingenio, tal nobleza?
GINÉS Hermano, todo eso es viento,
fundado en hombre tan pobre,
por más gracia que le sobre,
nobleza y entendimiento.
Quiere Otavia coche y dueñas,
escuderos y criadas.
BERNAL. Locuras son, aunque honradas,
y que muestran por las señas
que aquella rara hermosura
rige un alma desigual.
GINÉS. Ella es mujer principal
y esta vanidad procura.
Y yo, que nací también
de nobles padres, Bernal,
siempre aborrezco hacer mal
y siempre intento hacer bien.
Por aquesto os desengaño,
para que al señor don Juan
digáis que estas cosas van
en aumento de su daño.
Que no gaste lo que puede
en vos y en sí, que le tengo
lástima.
BERNAL. ¡A buen puerto vengo
para que pagado quede
mi dueño de tanto amor!
GINÉS. Yo os he dicho la verdad.
BERNAL. Viniera aquesta piedad
dos horas antes mejor;
pero, dados los regalos,
dicen cortesanos viejos
que es como darle consejos
a quien han dado de palos.
¿No le podríais pedir
siquiera aquella cadena?
GINÉS. Ya sirve a prisión ajena.
BERNAL. ¿Qué es lo que queréis decir?
GINÉS. Que a don Pedro se la dió,
y que al cuello se la puso.
BERNAL. De oiros estoy confuso.

GINÉS. Adiós, que hago falta yo.

(*Vase.*)

BERNAL. ¡Que esto intente! ¡Que esto si-
Salir quiero desta casa, [ga!
y saber... Pero allí pasa;
bien será que se lo diga.
¡Ah, señor, señor!

(*Sale* DON JUAN.)

D. JUAN. Ya espero
tus voces. ¿Qué haces aquí?
¿Diste aquello?
BERNAL. Señor, sí.
D. JUAN. ¿Y qué dijo?
BERNAL. Al escudero
remitió tu memorial.
D. JUAN. ¿Qué dices?
BERNAL. Y él me ha contado
que todo lo que le has dado
lo has empleado muy mal.
D. JUAN. ¿Por qué?
BERNAL. Porque esta mujer
a un cierto don Pedro adora,
de quien quiere serlo ahora,
y con tal mal proceder,
que tu cadena le dió
y la lleva al cuello puesta.
D. JUAN. ¿Dasme veneno, o respuesta?
BERNAL. Esto el viejo me contó;
y dice que de piedad
de imaginar tu pobreza.
Ya le dije tu nobleza,
tu sangre y tu calidad;
mas su desvanecimiento,
coches, dueñas y criadas,
no mira en almas honradas
ni estima tu entendimiento.
D. JUAN. ¿Quejaréme aquí de mí?
Sí, pues la culpa he tenido,
que habiéndola conocido,
el alma, Bernal, la di.
¿Que traten a un hombre ansí
locuras de quien ayer,
si no me mostró querer,
no me mostró despreciar?
Mas, ¿qué se puede esperar
de una mujer tan mujer?
No me pesa del empleo
destas joyas, que al fin son
dinero, aunque en ocasión
que como sabes me veo,
despreciar mi buen deseo
siento, y que dé mi cadena
si por pobre me condena.
Dore el alma a sus cuidados,
que es darme celos dorados
nueva manera de pena.
Pobre soy, señora Otavia;
pero soy tan bien nacido,
que bastaba mi apellido,
si como hermosa sois sabia:
vuestro término se agravia
dando lo que os dan así;
pero yo la causa fuí.
Castigo del cielo fué,
pues a un serafín quité
lo que a un demonio le di.
BERNAL. ¡Quedo, señor! Vive Dios,
que es don Pedro el que pasea.
D. JUAN. De vista le conocía.
BERNAL. ¿Qué quieres hacer?
D. JUAN. Que sepa
que soy don Juan de Acevedo.

(*Salen* DON PEDRO *y* LEONARDO.)

D. PEDRO. Pienso que casarse intenta,
y aunque es mujer principal,
su vanidad y soberbia
me desagradan, Leonardo.
D. JUAN. V[uesa merced dé licencia
que le diga dos palabras.
D. PEDRO. Aquí, Leonardo, me espera.
D. JUAN. ¿Conóceme?
D. PEDRO. Sí, de vista.
D. JUAN. ¿No sabe quién soy?
D. PEDRO. Quisiera,
porque estimo a quien conozco.
D. JUAN. Puesto que ignorancia sea,
informarle [he] de mis partes,
pues no le va nada en ellas.
Soy un caballero honrado,
es la montaña mi tierra,
vine a pleitos a la Corte,
vi cierta dama una fiesta
en la Merced, que me hizo
más de la que yo quisiera.
Oíle alabar un día
la novedad de una tela;
enviésela galán,
y necio decir pudiera;
y porque para la hechura
a persona de sus prendas

no era bien darle dineros,
compré esa misma cadena.
Supe que a v[uesa] merced
se la dió, no sé si crea
que fué liviandad de entrambos;
pero porque no lo sea
v[uesa] merced me la dé.

D. PEDRO. Excusadas estuvieran
algunas destas palabras,
no usadas en esta tierra,
donde también hay hidalgos.
Pero porque no parezca
que no habemos aprendido
con qué término se deba
responder a quien lo es tanto
los que nos preciamos della,
la cadena volveré
a quien me dió la cadena,
que a v[uesa] merced no es justo,
y pidiéndosela a ella
la tendrá v[uesa] merced.

D. JUAN. No quiero que se la vuelva
cuando me la puede dar,
y yo tan presto tenerla.

D. PEDRO. ¿Luego quitármela tengo?

D. JUAN. Digo yo que será fuerza.

D. PEDRO. Al espejo de su rostro
me la puse; está bien puesta,
y sin él no acertaré.

D. JUAN. Pues para que espejo tenga,
mírese en aquesta espada.

D. PEDRO. ¿Para qué, si tengo aquesta?

BERNAL. ¡Oh, perros! ¿A mi señor?

LEONARDO. ¡Animo, don Pedro, y mueran!

D. JUAN. ¡Menos palabras, villanos!

(*Retíralos.*)

D. PEDRO. ¡Ay!

BERNAL. ¿De eso poco se queja?

D. JUAN. ¡Quedo, Bernal, que sospecho
que ha menester la cadena
para curarse la herida!

BERNAL. Cayó; la gente se llega.

D. JUAN. Echa por aquí, Bernal,
que por Otavia me pesa.

BERNAL. ¿No has reñido con razón?

D. JUAN. Sí.

BERNAL. Pues camina y no temas.

(*Vanse, y salen* CELIA *y* DOÑA ANA.)

ANA.

Mi mal por puntos crece

CELIA.

Jamás he visto amor sin esperanza.

ANA.

Alguna luz ofrece
esperar de los males la mudanza,
que nadie desconfía
sin esperar algún dichoso día.
Puesta la soga al cuello
sustenta la esperanza al condenado,
y erizado el cabello
mira si tiene algún amigo al lado,
si se quiebra, o se enreda,
o pasa el Rey, donde mirarle pueda.
Así yo estoy agora
pensando que podrá morirse Otavia,
a quien don Juan adora,
o que no la querrá si ella le agravia:
que nadie fué tan loco,
que si padece mucho espere poco.

(*Salen* DON JUAN *y* BERNAL.)

DON JUAN.

Pregunta si está en casa.

BERNAL.

Doña Ana nos ha visto.

DON JUAN.

Pues entremos,
y sepa lo que pasa,
que así con el peligro cumpliremos.

ANA.

Señor don Juan, ¿qué es esto?
¿Cómo tan alterado y descompuesto?

DON JUAN.

Llegué, señora mía,
después de dar aquel presente a Otavia,
como quien presumía
que era vanagloriosa, pero sabia,
y hallo que mi presente
en otro amor me trata como ausente.
Llego a don Pedro, un mozo
destos a quien ilustra la riqueza,
que con aplauso y gozo
triunfaba de mi amor y mi pobreza.
Habléle, respondióme,
sacó la espada, heríle y conocióme.
Es fuerza que me ausente.
Señora, esto decid a don Fernando.

ANA.

Mi hermano está presente.

(*Sale* DON FERNANDO.)

DON FERNANDO.

Por todo este lugar os voy buscando.

DON JUAN.

¿Sabéis lo que ha pasado?

DON FERNANDO.

Todo, como pasó, me lo han contado.
No excusáis ausentaros
por deudas, por justicia, aunque no puedo
dejar de confesaros
que está bien hecho y que contento quedo,
porque sepan los hombres
que no están las riquezas en los nombres.
Vos no tendréis dineros;
voy a sacarlos.

DON JUAN.

No sé qué os responda.

ANA.

Yo sé qué responderos,
pues es mejor que aquí don Juan se esconda.

DON FERNANDO.

De ninguna manera;
que mejor se negocia desde afuera.

DON JUAN.

En Nápoles la bella
vive un Regente, de mi padre hermano;
si voy, Fernando a ella,
como a sobrino me dará la mano;
y es rico; de manera
que ha de favorecerme aunque no quiera.

DON FERNANDO.

El gran Duque de Osuna
rige aquel Reino agora; si el de Uceda
os diese carta alguna,
no tiene el mundo quien honraros pueda
como este generoso
Príncipe, en tierra y mar siempre dichoso.

DON JUAN.

¿Tenéis con Su Excelencia
del de Uceda, Fernando, quien le obligue?

DON FERNANDO.

Y asiste a su presencia
y dondequiera le acompaña y sigue.
A la carta me ofrezco.

DON JUAN.

Pues no quiero más bien si la merezco.

DON FERNANDO.

Ven, hermana, y contemos
este dinero.

ANA.

¡Que aún no puedo hablalle! (1)

(*Vase.*)

DON JUAN.

Seguros estaremos.

BERNAL.

Haz que cierren las puertas de la calle.

DON FERNANDO.

Todo estará cerrado;
no hay cosa que te pueda dar cuidado.

(*Vase.*)

D. JUAN. ¡Extraños sucesos míos!
Mas ¿por cuál hombre pasaron
que no fuera yo? ¿Qué haré
confuso en desdichas tantas?

BERNAL. Paréceme que de aquí
se fué llorando doña Ana.

D. JUAN. Yo la vi llorando perlas
de la manera que el alba
asoma los tiernos ojos
por las celestes ventanas,
ensartando puro aljófar
en las azules pestañas,
con que se abren los pimpollos
de las azucenas blancas,
de las rojas maravillas
y de las rosas de nácar.
¡Ay, Dios! ¿Si mi ausencia siento?

BERNAL. No dudes cosa tan clara;
mas no quieres entender,
porque sabes que no pagas.

D. JUAN. No puedo, Bernal, no puedo,
que tengo cautiva el alma;
tanto más a Otavia quiero
cuanto más sé que me agravia.
Porque como amor es niño,
donde le castigan ama;
que aunque quiere a quien le besa,
más quiere a quien mal le trata.

---

(1) Texto: "hablarle".

(*Sale* CELIA *con una bolsa y caja.*)

CELIA. Don Fernando, mi señor,
vuestro amigo, que esto basta,
me dió esta bolsa de escudos
y mi señora esta caja,
sin que él la viese, en que van
sus joyas.
D. JUAN. ¿Cómo?
CELIA. Estimaldas,
que es lo mejor de su dote,
y que me dijo turbada,
con temor de don Fernando:
"Celia, di que no se parta
sin que yo le vuelva a ver."
D. JUAN. Celia, la congoja es tanta
del peligro en que me veo,
que aun la respuesta me ataja.
Los dineros de Fernando
tomo a cambio de dos almas;
no las joyas, que no es justo,
de mi señora doña Ana.
Y di que las que tomé
tendrán su debida paga,
si Dios quisiere, algún día,
y que condición hidalga
nunca, sin pagar la una,
tomó dos cosas prestadas.
¡Vete con Dios, Celia, y di
que fuera loca arrogancia
verla un hombre que a otra adora!
CELIA. Pues, ¿qué importa si ella os ama?
D. JUAN. ¡Celia, no más! Que Fernando
de no la querer es causa;
El la casa con su igual,
es mi amigo y es su hermana.
CELIA. A esto vine; perdonadme.

(*Vase.*)

D. JUAN. Tan dichosa el cielo os haga
como yo soy desdichado.
BERNAL. ¿Por qué dejaste [la] caja?
D. JUAN. Porque soy, Bernal, quien soy;
que de una mujer honrada
una obligación tras otra
podrán engañarme el alma.
¡Vamos a Italia, Bernal!
BERNAL. ¿En fin, nos vamos a Italia?
D. JUAN. ¡Adiós, España querida!
BERNAL. ¡Adiós, fregonas de España!

SEGUNDA JORNADA (1)

(*Salen* DON JUAN *y* BERNAL, *de camino.*)

D. JUAN. Belleza Nápoles tiene.
BERNAL. No hay duda, sino que admira
a quien la contempla y mira,
señor, si con gusto viene.
Pero si verdad te digo,
aquel Madrid...
D. JUAN. ¡Calla, loco!
Déjame olvidar un poco
del mal que traigo conmigo.
BERNAL. ¿Ni la tierra ni la mar
te olviden desta mujer?
D. JUAN. Lo que yo no puedo hacer
no lo quieras tú intentar.
BERNAL. Allá un poeta español
dijo que el mejor vencer
al amor era querer,
y esto es más claro que el sol.
Porque si el que quiso quiere
no querer, vencer podrá;
pero ¿cómo olvidará
mientras más amor adquiere?
D. JUAN. No quiero en Otavia yo
la condición desigual,
que fuera quererla mal,
pues tanto mal me causó.
Quiero la gracia y belleza
y entendimiento divino.
BERNAL. Otavia es un desatino.
D. JUAN. ¿De quién?
BERNAL. De naturaleza.
D. JUAN. Bien dices, Bernal; yo quiero
que me enseñes a olvidar.
BERNAL. Pues yo te quiero enseñar.
D. JUAN. Comienza, pues.
BERNAL. Lo primero
has de pensar que es muy fea.
D. JUAN. ¿Pues podré mentirme a mí,
que tan hermosa la vi?
BERNAL. Piensa que es, aunque no sea.
D. JUAN. Pienso que es fea.
BERNAL. También
que es sucia, que es desigual,
y que a ti te quiere mal
y a otros muchos quiere bien;
que es loca y desvanecida
por coches, dueñas, criados,

(1) El texto así, aunque antes dijo "Acto primero".

versos, músicas, estrados
y ser de todos querida;
que la tela nos pescó
cantando como sirena;
que a don Pedro la cadena
injustamente le dió;
que de España nos ha echado.

D. JUAN. Ya es ese mucho pensar,
y si tengo de olvidar
no he de pensar lo pasado.
Mal me aconsejas. ¿Qué haré,
cielo, en esta tierra extraña
dejando el alma en España?

BERNAL. ¡Qué necio estás!

D. JUAN. Ya lo sé.

BERNAL. Cuando todo ha sucedido
de la manera que ves,
¿es justo que triste estés?

D. JUAN. Hallo amor y busco olvido.

BERNAL. Vienes a Nápoles bella
libre de necios cuidados,
y hallas con cien mil ducados
un tío que vive en ella;
tienes su mesa y su casa
y una prima como un oro,
que con tal honra y decoro
mil almas de amor abrasa;
besaste al Duque los pies
con las cartas que traías,
dando indicios en dos días
de lo que has de hacer después,
¿y estás triste?

D. JUAN. ¿Qué he de hacer?

BERNAL. Fabricio es éste.

D. JUAN. ¡Ay, amor!

(*Sale* FABRICIO.)

FABRICIO. El Regente, mi señor,
que agora viene de ver
al Virrey, con mucho gusto
te quiere hablar.

D. JUAN. ¡Plega Dios
que sea para los dos
buena nueva!

(*Vase* DON JUAN.)

FABRICIO. ¿Qué disgusto
tiene don Juan? ¿No le agrada
Nápoles, Bernal?

BERNAL. Sí hiciera,
si con libertad viniera;
mas deja el alma empeñada.

FABRICIO. Efetos son de su edad.
Tan triste está, que el Regente
ya lo conoce, y lo siente.
Pero tiene esta ciudad
tales entretenimientos,
que olvidará presto a España.

BERNAL. Son una guerra en campaña
don Juan y sus pensamientos.

FABRICIO. Así vine yo de allá;
ya yo no tengo memoria
de España, ni de mi historia.

BERNAL. Agora, Fabricio, está
su corte la más lucida
del mundo, y aquel lugar,
el mejor para pasar
alegremente la vida.

FABRICIO. Mientras viene tu señor,
dime de Madrid.

BERNAL. Quisiera
que sus pinceles me diera
el más célebre pintor.

La conveniencia que en Madrid se advierte,
para que sea Corte al Rey de España,
creciendo van sus fábricas de suerte
y de cualquiera duda desengaña.
No le importa a Madrid ser plaza fuerte;
no le cercan almenas, ni le baña
soberbio mar, que sólo un río pequeño
es de los bosques apacible dueño.
Las casas que se labran ya son tantas,
que en tanta multitud están vacías;
erigen templos religiones santas,
y todo de limosnas y obras pías.
Bellos jardines con diversas plantas
suelen amanecer todos los días.
De suerte que a Madrid dirá cualquiera
que se vino a vivir la Primavera.
Decirte de las fuentes que fabrica
Madrid en tantas calles, mi rudeza
condena su artificio, porque implica
contradición, y hablar de su belleza.
En esta, pues, ya máquina tan rica
vive Felipo, pues, vive la Alteza
de Sus Altezas, y una prenda vive
que a dar a don Juan muerte se apercibe.

FABIO. Basta, que has hecho, Bernal,
milagros en mi memoria,
resucitando la historia
de su fábrica real.
Mas tu señor viene aquí;

después te hablaré despacio.

(*Vase, y sale* DON JUAN.)

D. JUAN. Vamos, Bernal, a Palacio.
BERNAL. ¿Hay nuevas de gusto?
D. JUAN. Sí.
BERNAL. ¿Cómo?
D. JUAN. Díceme el Regente
que me da una compañía
el Duque, y el mismo día
puedo conducir la gente,
porque la manda embarcar.
BERNAL. Dame, Capitán, los pies.
D. JUAN. Yo te pienso honrar después,
si Dios nos vuelve del mar.
BERNAL. Sirve al Virrey, que en el mundo
nadie honra más los soldados.
D. JUAN. Hoy sepulto mis cuidados,
Bernal, en el mar profundo.
¡No más Otavia!
BERNAL. ¿Si habrá
muerto don Pedro?
D. JUAN. No sé;
desgracia forzosa fué;
España se acabó ya.
Sola una carta deseo
de don Fernando Manuel.
BERNAL. La vida tienes por él.
D. JUAN. ¡Qué rico, qué hermoso empleo
fuera, Bernal, en su hermana!
Mas quiere la lealtad
que se debe a la amistad
que no imagine en doña Ana.
BERNAL. Pues a fe que se lo debes.
D. JUAN. No seré ingrato, si puedo,
a ley de noble Acevedo.
BERNAL. ¡Con qué palabras tan breves
te obligó cuando partiste!
D. JUAN. Dejemos, Bernal, pasiones
y hablemos de galeones,
en quien ya mi honor consiste.
Sirvamos al Rey, que el mar
agora es nuestro Madrid.
BERNAL. Yo pelearé como un Cid;
eso todo es comenzar,
que no me turban turbantes
de turcos, ¡viven los cielos!
D. JUAN. Pues a mí unos turcos celos
son a turbarme bastantes.
Ven a palacio, Bernal;
besaré al Virrey la mano.
BERNAL. ¡De todo el mar Oceano
llegues a ser general!

(*Vanse, y salen* DON FERNANDO *y* DOÑA ANA.)

D. FERN. Hoy he visto muy galán
a don Pedro.
ANA. ¡Cosa extraña!
Bien estuviera en España,
y no en Italia don Juan.
D. FERN. Si lo hubiera adivinado
no le dejara partir.
ANA. Ya este caso, con vivir
don Pedro, está remediado.
D. FERN. Eso es por lo que toca
a la justicia y parientes;
pero no a los accidentes
del amor que le provoca;
porque quiere tanto a Otavia
como esta carta refiere,
con saber que no le quiere.
ANA. Mucho su valor agravia;
que don Juan es caballero
de tales partes, que diera
causa de amarle a quien fuera
mujer.
D. FERN. Remediarlo espero
si me cuesta hacienda y vida.
ANA. ¿Qué remedio puede haber
para dejar de querer
quien despreciado no olvida?
D. FERN. Sólo con entretener
de don Pedro el casamiento
viendo el desvanecimiento
desta gallarda mujer;
porque ella no tiene amor
a nadie, a lo que sospecho.
ANA. Muy necio discurso has hecho.
D. FERN. ¿Qué dices?
ANA. ¿Pues no es mejor
que se case y que la olvide,
si es fuerza, en siendo casada?
Pues vuelto desta jornada
toda su esperanza impide.
D. FERN. Doña Ana, no es amistad
de un amigo bien nacido,
estando don Juan perdido,
forzalle la voluntad.
El servicio que yo puedo
hacer por él es hacer
que halle libre esta mujer
y que la sirva sin miedo,

y escucha el modo en que quiero
que nos ayudes.

ANA. ¿Yo? ¿En qué?

D. FERN. Don Pedro ha poco que fué,
como sabes, caballero,
porque en aqueste lugar,
ricos de hacienda en sus tratos,
hay caballeros beatos
que están por canonizar.
Otavia, desvanecida,
mira sólo a la riqueza;
pero riqueza y nobleza
será mejor admitida.
Yo tengo seis mil ducados
de renta, con ser Manuel,
que puedo mejores que él
tener algunos criados.
Quiero fingir que la quiero
y que pretendo casarme;
presumo que ha de estimarme,
más rico y más caballero,
por lo que es desvanecida;
con esto le entretendré
hasta que don Juan esté
donde el casamiento impida.
Y así tengo prevenido
que vayas a visitar
hoy a Otavia, y a tratar
mi casamiento fingido.

ANA. ¿Yo?

D. FERN. Tú, pues.

ANA. ¿Estás en ti?

D. FERN. Hermana, esto es amistad.
¿Qué pierde tu calidad
en hacer esto por mí?
Pues venido aquí don Juan,
fingiré que estoy celoso
de un hombre tan valeroso
tan discreto y tan galán;
y retirado a mi casa
la empresa le dejaré.

ANA. Aún responderte no sé.

D. FERN. Doña Ana, don Juan se abrasa
de amores desta mujer.
¡Haz esto, por vida mía!
¡Toma el coche!

ANA. No querría,
Fernando, echarte a perder,
si no lo acierto a fingir
como tu cuidado espera.

D. FERN. Eres la mujer primera
que tiene miedo al mentir.
Ve, y si me vieres pasar,
llámame.

ANA. Yo voy.

D. FERN. Advierte
que lo encamines de suerte
que Otavia me pueda amar.

ANA. Creo que te ha parecido
bien, y que a don Juan y a mí
nos quieres burlar así,
y hacer verdad lo fingido.

D. FERN. Tú sabes mejor que yo
si quiero a don Juan.

ANA. Sí harás;
pero yo le quiero más.

D. FERN. ¿Qué dices?

ANA. Que temo un no,
si quiere a don Pedro bien.

D. FERN. Yo conozco sus mudanzas;
dale tú mis esperanzas,
que ella me querrá también.

(*Vanse, y salen* OTAVIA *y* DON PEDRO.)

OTAVIA. Mil parabienes os doy.

D. PEDRO. ¿Qué mayores que teneros
por espejo, cuando salgo,
señora, a la luz del cielo?
Vengo a besaros las manos
del favor que me habéis hecho
con papeles y regalos.

OTAVIA. Corrida estoy en extremo
de que no pude serviros;
pero no lo está el deseo.

D. PEDRO. De don Juan, ¿qué habéis sabido?

OTAVIA. Nunca ausentes os den celos;
demás que bien sabéis vos
que siempre estuvo más lejos
de mis ojos que está agora.

D. PEDRO. El es noble caballero,
y me pesa que esté ausente,
pues tuve de mi suceso
la culpa yo.

OTAVIA. Con razón
por noble os estimo y quiero:
sentaos, que aún estáis sin fuerzas.

D. PEDRO. Fuerzas, mi señora, tengo,
que os tengo en el alma a vos.

OTAVIA. Cuanto decís os merezco,
y no puedo encarecer
lo que me huelgo de veros.

D. PEDRO. ¿Qué haré, ya que de mi mal

no tuve más sentimiento
que imaginar que os perdía?

OTAVIA. Galán venis y discreto.
Con la falta de la sangre
estará el entendimiento,
por lo débil, más sutil.

D. PEDRO. No hablemos, señora, en esto,
porque es hablar en don Juan.

OTAVIA. Ya os he dicho que estéis cierto,
no de que no le he querido,
mas de que ya le aborrezco.

(*Sale* GINÉS.)

GINÉS. De un coche he visto apear
a una dama.

OTAVIA. ¿En casa?

GINÉS. Pienso
que ha entrado.

D. PEDRO. Mejor visita,
Otavia, dejaros quiero.
Dadme licencia.

OTAVIA. Por Dios,
que convalecéis, don Pedro,
de todo lo que imagino.

D. PEDRO. ¿Yo?

OTAVIA. Sí, pues os vais tan presto,
que los celos de don Juan
no han sido buenos terceros
de mi amor en vuestro mal.

D. PEDRO. ¿Cuándo son buenos los celos?

(*Salen* DOÑA ANA *y* CELIA, *con mantos.*)

ANA. Juzgaréis a novedad,
señora, el venir a veros.

OTAVIA. Sólo de vista os conozco.

ANA. Vecinas fuimos un tiempo.

OTAVIA. Ya sé quién sois, y los brazos
os pido.

ANA. Tenedme, os ruego,
por muy vuestra servidora.

OTAVIA. Tomad, mi señora, asiento.

ANA. Querría en secreto hablaros.

OTAVIA. Perdonad, señor don Pedro.

ANA. ¿Es don Pedro, cierto herido,
Otavia, este caballero?

OTAVIA. El mismo es.

ANA. Pues no os vais,
que antes de hallaros me huelgo,
señor, en esta ocasión;
de vuestra salud me alegro
y os doy muchos parabienes.

D. PEDRO. Cuando sólo para veros
hubiera convalecido,
agradeciera a los cielos
más que ya para vivir
la vida y salud que tengo.

ANA. Por el nombre os conocía,
y sin encarecimiento,
tenía desta ocasión
deseos por un deseo.

OTAVIA. Basta, señora doña Ana,
que os decis los dos requiebros;
¡ea, yo seré testigo!

D. PEDRO. Dicen muchos, y lo creo,
que los que luego se aman
cuando se ven tienen hecho
infinitos años antes
con las estrellas concierto.
Esto digo por mi parte,
que aún no os he visto y ya os quiero.

ANA. Responda Otavia por mí.

OTAVIA. Lo que yo responder puedo
es que no pase adelante
este amor o cumplimiento,
porque me digáis la causa
que os trujo, aunque la agradezco,
a hacerme tanta merced.

ANA. A serviros, por lo menos.
Ya sabéis que don Fernando
Manuel, mi hermano, es mancebo.

OTAVIA. Ya sé que no se ha casado.

ANA. A tratar su casamiento
vengo con vos.

OTAVIA. ¿Pues conozco
el venturoso sujeto,
por dicha, yo? ¿Es deuda mía?

ANA. Y sin encarecimiento,
la cosa que más queréis.

OTAVIA. ¿Cómo?

ANA. Vos misma.

OTAVIA. ¡Teneos!
Que el señor don Pedro tiene
ese mismo pensamiento.

D. PEDRO. Por mí, señora, no importa,
que la que presente veo
me pone mayor codicia.

OTAVIA. ¡Qué presto vengáis los celos!

D. PEDRO. No, por Dios, sino que miro
en esta dama el empleo
mayor que pueden tener
mis honrados pensamientos.

ANA. Todas estas son venganzas.

OTAVIA. Yo por tales las entiendo.
D. PEDRO. Y yo entiendo que es verdad
lo que digo y lo que siento.
ANA. Mi hermano pasa, llamalde;
mas aunque lo es, os prometo
que no le quisiera yo
si estuviera en vuestro pecho,
porque si bien no es tan rico,
que tiene esta noche ciertos
seis mil ducados de renta,
son bienes libres, no pienso
que hay tan mala condición.
OTAVIA. ¿Pues qué tiene?
ANA. Es muy soberbio,
desapacible, enfadoso,
con su poquito de necio.
OTAVIA. ¡Qué buena casamentera!
ANA. Con sus faltas os le vendo.
¿Pues qué diréis, si por dicha
viene de perder? No creo
que hay áspid como su lengua.
OTAVIA. En mi vida vi tan nuevo
modo de casar.
D. PEDRO. Será
por falso encarecimiento.
ANA. En materia de mujeres
de haber visto no me acuerdo
una que le quiera bien,
de tantas como hay.
OTAVIA. Confieso
que ni venis a casalle,

(*Levántase.*)

ni parece hermano vuestro.
¡Oíd, aparte!
ANA. ¡Decid!
OTAVIA. Responded, que ya le quiero
con las faltas que decís;
que dellas, doña Ana, entiendo
que aunque venís a tratalle,
no os agrada el casamiento.
Si es soberbio, yo le haré
humilde con blandos ruegos;
si es necio, más vale así
que bachiller de concetos;
que hay en la corte unos hombres
que, por hablar a lo nuevo,
mudan la sustancia en paja
y lo castellano en griego;
si juega, yo le tendré
con tanto entretenimiento,
que se le olvide el jugar.
ANA. De vuestro gusto lo creo;
¿pero esto de las mujeres?
OTAVIA. Tenga yo el honor que debo
a quien soy, mi coche y galas,
que allá nos entenderemos (1).
ANA. Con esa respuesta voy.
OTAVIA. Que veáis mi casa quiero
y me llevéis un regalo.

(*Vanse.*)

ANA. Id delante, que ya entro.
¿Queréis que os diga dos cosas,
señor don Pedro?
D. PEDRO. Si fueran
las que yo pienso, tuvieran
precio de almas generosas.
ANA. Lo primero es ser hermosas
las partes de Otavia, y tales,
que las juzgo celestiales.
La segunda, que os prometo
que no he visto en un sujeto
mudanzas tan desiguales.
D. PEDRO. Pues ¿qué responde?
ANA. Que aceta
el casamiento.
D. PEDRO. Dejad
que al sol de vuestra beldad
ricas albricias prometa.
Otavia ha sido discreta
en querer a vuestro hermano,
y yo dichoso, pues gano
adonde ella me perdió
la esperanza que me dió
de merecer vuestra mano.
Después que me hirió por ella
un caballero que vos
no conoceréis, por Dios,
que he dado en aborrecella.
No vuela la ardiente estrella
del aire por la región
con más leve presunción
que el final principio alcanza,
que el amor y la mudanza
en su fácil condición.
Aunque pensar que ha de haber
quien merezca más que hablar,
es contar la arena al mar
y el aire en redes coger.
Tal modo de entretener

(1) A: "entretendremos".

no se ha visto, ni más dura
condición en tal blandura;
mas fué del cielo invención,
pues cura su condición
cuantos mata su hermosura.
¿Si por vuestro me queréis...?

ANA. ¡Tened, no paséis de ahí,
que no tengo cosa en mí
porque adelante paséis!
Mas si obligarme tenéis
por esperanza, servid
a Otavia; pero advertid
que es con tanta honestidad,
que no tengo voluntad,
ni pensamiento en Madrid.
Prometo agradecimiento
al amor que me mostráis,
y esto basta, si estorbáis
de mi hermano el casamiento;
no por el merecimiento
de Otavia, mas por mi gusto,
que el casamiento es muy justo;
mas basta a un hombre discreto
decir que en este secreto
cifro todo mi disgusto.

(*Vase.*)

DON PEDRO.

Un sabio llamó ley a la hermosura,
por mostrar que obediencia se le debe;
así la voluntad engaña y mueve
aquella de las almas lumbre pura.
Si reverencia tu valor procura,
¿qué más ejemplo que tu gloria pruebe,
pues a huír, no a resistir, se atreve
el que abrasarse de tu sol procura?
Yo te despreciaré, si te he querido,
cruel Otavia, pues tu amor traslado
donde no me veré favorecido;
porque más quiero ser, desengañado,
de una firme mujer aborrecido,
que de una libre condición amado.

(*Vase.*)

(*Toquen cajas; salen* DON JUAN *y* BERNAL, *de soldados, y otros.*)

D. JUAN. Breve ha sido la jornada,
pero alegre y venturosa.

BERNAL. La mar ha estado gloriosa,
toda de plata enlosada.
El viento, como si fuera
ya con las velas casado,
pacífico y enseñado
a oír su arrogancia fiera.

D. JUAN. No falta quien escribió,
cansado de navegar,
Bernal, que era libre el mar,
porque nunca se casó.

BERNAL. Pues Bernal no se ha turbado
de turbantes, ¡vive Dios!,
que ha teñido a más de dos
las tocas de colorado.
¡Qué bravos hombrazos son
los turcos! ¡Quién viera aquí
los cortesanos que vi
con tanta murmuración!
Tornéme loco de ver
gobernar desde la corte
guerras del sur y del norte
entre una y otra mujer.

D. JUAN. Bernal, hombres hay ahora
como en los tiempos pasados;
el no ser tan bien premiados
algo su valor desdora.
Pero no se puede más;
ya he comenzado a servir,
y la guerra he de seguir
sin volver un paso atrás.
Que de aqueste buen suceso
he quedado tan picado,
que España se me ha olvidado,
y aun Otavia, te confieso.
Ya de la escuela de amor
paso arrepentido en parte
a la palestra de Marte;
requiebros trueco a furor.
Allá fuí tenido en poco
y aquí me veo estimado.

(*Entre* FABIO.)

FABIO. Hoy me dicen que ha llegado,
y estoy de contento loco.
Entre aquesta soldadesca (1),
que agora sale del mar,
será bueno preguntar;
que con victoria tan fresca
todas vienen como al sol
suelen las aves al alba
hacer a Nápoles salva.

D. JUAN. ¿Es aquel hombre español?

(1) Texto: "soldadezca".

BERNAL. Español y forastero:
él te mira y reconoce.

D. JUAN. Parece que me conoce
y yo conocerle quiero.
¿No es éste Fabio, el que entraba
en casa de Otavia?

BERNAL. El es.

FABIO. ¡Don Juan!

D. JUAN. ¡Fabio!

FABIO. En esos pies.

D. JUAN. ¡Brazos hay! ¡Detente, acaba!

FABIO. Apenas de España llego,
cuando pregunto por ti.

D. JUAN. ¿Y qué te han dicho de mí?

FABIO. Tu valor, responden luego,
y esta victoria del mar
contra turcos y enemigos
de España.

D. JUAN. ¿Y nuestros amigos?

FABIO. Hay mucho que te contar.

D. JUAN. ¿Vivió don Pedro?

FABIO. Vivió.

D. JUAN. ¿Luego ya estará casado?

FABIO. ¿Casado?

D. JUAN. ¿Quién lo ha estorbado,
si en la posesión quedó?

FABIO. Esto sólo no quisiera
decirte.

D. JUAN. Ya no podrás
excusarlo, pues que más
en la privación me altera.

FABIO. Tu don Fernando Manuel
está medio concertado
con Otavia, o ya casado.

D. JUAN. ¿Qué dices?

FABIO. Que lo sé dél,
de Otavia, y de sus parientes,
y de su casa.

D. JUAN. Bernal,
¿pasas por esto?

BERNAL. ¿Es tal
la amistad de los ausentes?
¿Pero qué es esto? Ya está
mi amo con estas nuevas
suspenso. ¿De qué te elevas?
¿Resucita Otavia ya?
¿Vuelven los celos a hacer
mayor la imagen de amor?
¿Qué tienes? ¡Habla, señor!

D. JUAN. ¿Puede ser? No puede ser.
¿Fernando, el mayor amigo,
con Otavia? No hay verdad
en el mundo.

BERNAL. Ni amistad
en la Corte firme, digo.

D. JUAN. ¿Don Fernando con Otavia?
Mal hice en rogarle yo
que la viese; ¡bien la vió!
¿Que tanta amistad se agravia?
¿Que tanta verdad se ofende?
¿Que tanto amor se desprecia?

BERNAL. No hay, señor, cosa más necia
(perdóneme quien me entiende)
que fiar mujer ninguna
del amigo más leal;
que nuestro mal natural
más incita y importuna
adonde hay más privación.

D. JUAN. ¡Qué presto pagué la gloria
desta famosa victoria!
¿Hay tal maldad? ¿Tal traición?
¡Qué poco que dura el bien
en un hombre desdichado!

BERNAL. ¿No puede haberse engañado
Fabio?

D. JUAN. Bien dices también.

BERNAL. ¿No sabes tú que en la corte
no es menester más de echar
alguna nueva a volar
destas que vienen sin porte?
Por Dios, que muestres valor;
que ya a la casa has llegado
de tu tío, y a un soldado
infaman penas de amor.
Muestra, señor, alegría;
honra tu sangre, pues vienes
victorioso.

D. JUAN. Razón tienes;
forzar el alma querría.
Pasen, señores soldados,
en orden. ¡Toca, atambor!
Celos bastardos de amor,
¿qué me queréis tan airados?
¡Qué bien conmigo os halláis,
aunque yo tan mal me hallé,
pues en España os dejé
y en Italia me buscáis!

(*Toquen y sale* FABRICIO.)

FABRICIO. Detén, capitán valiente,
aunque victorioso pasas,
la música militar

de los pífanos y cajas.
De las armas, de las plumas (1)
muda las colores varias
en negro luto, que viste
de lágrimas esta casa.
Murió tu gallarda prima,
murió la vida que daba
vida a tu tío.

D. JUAN. ¡Ay, Fabricio!
¿Murió la divina Juana?

FABRICIO. Pasó, en fin, a mejor vida,
y fué la tristeza tanta
de su padre, que en tres días
siguió sus tiernas pisadas:
también murió.

BERNAL. ¡Qué tres nuevas!
Agora digo que hagas
mil sentimientos, que es cosa
que a un mármol rompiera el alma.

D. JUAN. Ya, ¿qué puedo pretender
sin este amparo en Italia,
muerto mi tío? Mejor
será que me vuelva a España.
Marcha a palacio; no entremos
en casa tan desdichada.

FABRICIO. No lo es mucho para vos,
porque ya su dueño os llama;
y pues de dos malas nuevas
os truje tan tristes cartas,
dadme albricias de otras dos.

D. JUAN. ¿Albricias en penas tantas?

FABRICIO. Diez mil ducados de renta
os deja el Regente, y pasan
de diez mil, a lo que pienso.

BERNAL. ¡Qué temeraria desgracia!

D. JUAN. Fabricio, si bien los hombres
debemos sentir con alma
las muertes de nuestros deudos,
también es justo dar gracias
del bien que nos hace el cielo.

BERNAL. ¿Y cómo, señor? Levanta
los ojos, y di muy tierno:
"¿Qué gracias o qué alabanzas
os dará este pecador?"
Vive el cielo, que me baila
el contento, y que los ojos
se me salen de la cara.
¿Diez mil? No sé cómo puedo
sufrirlo.

FABRICIO. ¿Si acaso aguardas
más nuevas tras estas nuevas?
El Virrey de honrarte trata
de un hábito de Santiago;
ya está la carta en España,
y se espera la respuesta.

D. JUAN. Fabricio, tanto te alargas,
que aunque te pienso pagár
has de hacer corta la paga.
Dos mil ducados te mando.

BERNAL. Y a Bernal, señor, ¿qué mandas?

D. JUAN. No mando de lo que es tuyo.

BERNAL. Con linda gracia te escapas.
Si es mío yo te lo vuelvo:
dame agora.

D. JUAN. Cuando vayas
a España, con mil escudos
quiero que salgas de Italia.
Doy ciento a cada soldado,
y doy cincuenta a la caja.

BERNAL. Todos te besan los pies.

D. JUAN. Fabio, aquella nueva extraña
no quiero que pague el porte.

FABIO. Si tu pena imaginara,
no hubiera sido tan necio.

D. JUAN. Toca, y a palacio marcha
a besar la mano al Duque.

BERNAL. Con los diez mil no hay Otavia.

D. JUAN. Hay diez mil penas con ella,
y más cuando vuelva a España.

TERCERA JORNADA

(*Salen* DON JUAN *y* BERNAL, *de camino, con hábito.*)

D. JUAN. Por engañar quien me engaña
voy, a lo que ves, dispuesto.

BERNAL. ¡Quién pensara que tan presto
diéramos la vuelta a España!

D. JUAN. ¡Ah, España! ¡Cuán de otra suerte
pensé yo volver a ti!

BERNAL. ¡Dulce España, para mí
no hay mayor gloria que verte!

D. JUAN. Haz que no pase criado,
Bernal, de aqueste lugar.

BERNAL. ¿Luego no piensas entrar
en Madrid acompañado?

D. JUAN. En traje pobre pretendo,
sólo contigo, saber
cómo me puede ofender
quien ya con pensarlo ofendo.

---

(1) B: "de las armas y las plumas".

Todo me pienso mudar
hasta quedar satisfecho,
que aun el hábito del pecho
no quiero a Madrid llevar.
Así disfrazado iré
fingiendo que pobre estoy.

BERNAL. Ya lo saben desde hoy,
que a todos se lo avisé.

D. JUAN. Nadie quiero que lo entienda.

BERNAL. El fingirte pobre ahora
algo tu valor desdora.

D. JUAN. ¿Qué puede haber que me ofenda,
si en queriendo declararme
nadie lo puede estorbar?

BERNAL. Siento el volverme a quitar
con lo que has querido honrarme;
que aquel gusto de llegar
de camino bien tratado
y bizarro, el que ha faltado
muchos días del lugar,
con su poquito de oro,
su cadenita y sus plumas,
señor mío, no presumas
que es de pequeño decoro.
No hay hombre en toda una casa,
no hay fregona, no hay mujer
que no se huelgue de ver
y de saber lo que pasa.
Mas si llega con pobreza,
todas las verás huír,
o salir a recibir
con mucho enfado y tristeza.
¿Por qué piensas que en llamando
algún pobre cuando pasa,
los perros de aquella casa
le están mordiendo y ladrando?
Porque el traje les incita
en que le ven, presumiendo
que lo que viene pidiendo
de su sustento los quita.
Cuando llega un hombre honrado
de camino, pobre y roto,
causa este mismo alboroto,
y no hay fregona o criado
que no piense que ha venido
a quitarles el sustento.

D. JUAN. Donde hay amor hay contento,
bien vestido o mal vestido.
Por lo menos probaremos
quién nos le tiene y quién no.
Si ya la gente llegó,
esto ordena, y caminemos
sin que entiendan mi partida.

BERNAL. Si pobre me vuelvo a ver
pensaré que no he de ser
otra vez rico en mi vida.

D. JUAN. ¡Hola!

CRIADO. ¡Señor!

D. JUAN. Advertid
lo que os dijere Bernal.

BERNAL. ¡Quién entrara, pesiatal,
echando juncia en Madrid!

(*Vanse, y salen* OTAVIA *y* DON FERNANDO.)

OTAVIA. Cansada estoy, don Fernando,
de ver vuestras dilaciones.

D. FERN. Señora, mis pretensiones
mi gusto van dilatando.

OTAVIA. Si me dijérades (1) cuando
tratasteis el casamiento
la dilación de este intento,
no os diera tanto lugar;
que de la opinión vulgar
temiera el atrevimiento.
No me dijo vuestra hermana
sin causa la condición
que tenéis.

D. FERN. Mi dilación
tiene causa justa y llana.

OTAVIA. Traerme de hoy a mañana
no es hecho de caballero.

D. FERN. Si desengañaros quiero,
señora, ¿qué me daréis?

OTAVIA. ¿Desengaños proponéis
cuando remedios espero?
Pierdo a don Pedro por vos,
y agora salís, ingrato,
a usar conmigo este trato?

D. FERN. Hanme dicho que los dos
habláis secreto, y por Dios,
que por mi honor me retiro.

OTAVIA. ¿Yo le hablo ni le miro
desde que entrastes aquí?

D. FERN. Con este azar para mí,
loco de celos suspiro.
Dejadme informar mejor;
por dicha me han engañado.

OTAVIA. Hombre que antes de casado
entra con ese temor,
ni ha tenido honor, ni amor,

(1) A: "dexárades".

ni es bueno para marido.
Vos debéis de haber fingido
este engaño con intento
de estorbar mi casamiento.

D. FERN. Yo he dicho lo que he sentido;
y así podréis disponer,
Otavia, de vuestro gusto,
que al alma veréis al justo,
pero no para mujer.
No podéis queja tener
que una mano os he tocado,
ni aun vuestros ojos mirado
menos que con gran decoro.
Así de un amigo adoro
la ausencia que habéis causado.
Sin esto, he tenido miedo
de que se queje don Juan,
que siendo vuestro galán,
temer sus aceros puedo.
Libre quedáis, y yo quedo
obligado a vuestro honor
para ser su defensor.
Ni quedáis vos ofendida,
que yo sé que en vuestra vida
tuvistes a nadie amor.

OTAVIA. ¿Hay tal crueldad? ¿Tal hazaña,
tan vil, en un caballero?
¿Qué pretendo ya? ¿Qué espero,
si me ofende y desengaña?
Resolución tan extraña
más es que resolución
desvergüenza con traición.
Pero, ¿por qué me desvelo,
si veo que quiere el cielo
castigar mi presunción?

(*Sale* GINÉS.)

GINÉS. De un hombre soy estafeta,
que apenas su nombre sé,
vestido de no sé qué,
que debió de ser bayeta.
Su poquito de criado
trae el tal, menos o más,
que a estar el amo detrás
no se lo hubiera llamado.
Que vienen tales los dos,
que fuera el mozo bastante,
como viniera delante,
a ser el amo, por Dios.
A vuesancé quiere hablar.

OTAVIA. Limosna debe de ser,
y querráme entretener;
es uso deste lugar,
donde andan mil deste modo,
que cuentan sus nacimientos,
y después de dos mil cuentos
viene a resolverse todo
en que limosna les den,
cansando para pedir
lo que pudieran decir
luego que pobres los ven.
Pues estoy muy propia ahora
para que un pobre me cuente
que fué de Adán descendiente.

GINÉS. ¿Despediréle, señora,
si ahora tan triste os veis?

OTAVIA. Abrilde, que si es tan pobre
podrá ser que mi honor cobre.

GINÉS. ¿Qué honor?

OTAVIA. Después lo sabréis.

(*Sale* DON JUAN, *vestido de bayeta vieja, y* BERNAL, *peor.*)

DON JUAN.

Puesto que de atrevido sea culpado
quien siempre fué de vos aborrecido,
merezca vuestros pies por desdichado
cuando de vuestra dicha causa ha sido.
Don Juan soy. ¿Qué miráis?

OTAVIA.

¿Cómo has entrado
en mi casa, don Juan, tan atrevido?

DON JUAN.

La amistad me obligó de vuestro esposo,
aunque menos amigo que dichoso.

OTAVIA.

¿Esposo yo? ¿Dónde has, don Juan, estado
que te han dicho mi falso casamiento?

DON JUAN.

En Italia, señora, fuí soldado,
con poca dicha y mucho atrevimiento.
Sabed que don Fernando me ha contado
lo que he temido, de que os doy contento
el parabién.

OTAVIA.

Hoy es, don Juan, el día
que me desengañó su alevosía.

DON JUAN.

¿Luego no estáis casada?

OTAVIA.

He presumido
que fué desde el principio fingimiento,
pues sólo don Fernando ha pretendido
estorbar de don Pedro el casamiento.

DON JUAN.

(¡Cielos! Si don Fernando no ha tenido [*Ap.*]
contra mi amor tan falso pensamiento,
¿de qué me quejo yo?)

OTAVIA.

¿Qué estás dudando?

DON JUAN.

Lo que pudo mover a don Fernando.

OTAVIA.

¿Tú conócesle bien?

DON JUAN.

Poco, señora;
pero, en fin, le conozco.

OTAVIA.

Pobre vienes.

DON JUAN.

Otros mayores bienes atesora
el alma, porque son secretos bienes;
para verte no más los dejo ahora.
Pobre estoy.

OTAVIA.

Si tú quieres, aquí tienes,
don Juan, dos ricas joyas de diamantes,
que son para ocasiones semejantes.
Mátame un hombre, pues soldado eres.

DON JUAN.

Por interés no matan los soldados.

OTAVIA.

¿Qué no harán por vengarse las mujeres?

DON JUAN.

¿Y los hombres también necesitados?
Yo soy noble y soy pobre; si tú quieres,
presto te sacaré de esos cuidados
sólo con ser mi esposa, aunque me mandes
que le vaya a matar desde aquí a Flandes.

OTAVIA.

Don Juan, yo he conocido tu nobleza,
pero tengo un humor desvanecido,
que aborrecer me obliga la pobreza,
ni es para este lugar pobre marido,
porque para dolerte la cabeza,
parécesme discreto y bien nacido,
y yo con toda la arrogancia mía
profeso honor con alta valentía.
Si quieres los diamantes que te ofrezco,
mátame a don Fernando, que quererte
tan pobre como estás, no lo apetezco.

DON JUAN.

¡Gran mal es la pobreza!

OTAVIA.

Es triste suerte.

DON JUAN.

¿Por pobre, Otavia, en fin, no te merezco?
Tienes razón, y de mi traje advierte
que no me ha visto amigo que me hable.

OTAVIA.

Tal vienes, que es disculpa razonable.

DON JUAN.

Pasa de largo el que otra vez solía
hablarme lisonjero, imaginando
que mi necesidad le obligaría.

OTAVIA.

Yo estoy a los que culpas disculpando.
¡Vete con Dios!

DON JUAN.

Permite, Otavia mía,
que vuelva a verte.

OTAVIA.

¡Vuelve!

DON JUAN.

Dime cuándo.

OTAVIA.

Sea de noche, porque no te vean
entrar tan pobre algunos que pasean.

(*Vase.*)

BERNAL.

¿Qué te parece?

DON JUAN.

¿Qué ha de parecerme?

BERNAL.

Mira qué es la pobreza.

DON JUAN.

¡Ejemplo extraño!
Mas cuando fuera en mí tan verdadera,

con este buen suceso la sufriera.

BERNAL.

¿Pues cuál es buen suceso?

DON JUAN.

Haber fingido
don Fernando casarse con Otavia,
por quitar a don Pedro el casamiento.
Vamos a verle, que el recebimiento
dirá si su amistad es verdadera.

BERNAL.

Temo, señor, que ni aun hablarte quiera,
viendo lo que hacen tus amigos todos,
pues todos pasan de diversos modos
sin quererte mirar, y el que te habla
está temiendo que le pidas algo.
Mas ¿qué me dices de la bella Otavia?

DON JUAN.

Cuando allí me apartó, darme quería
dos joyas, porque diese a don Fernando
la muerte; ¡ansí se atreve a la pobreza
la venganza!

BERNAL.

Sin duda está corrida.

DON JUAN.

Desengañóme, al fin, de no quererme.

BERNAL.

Donde no hay interés, el amor duerme.

DON JUAN.

No me parece ya tan bella Otavia.

BERNAL.

Es como tienes ya tanto dinero.

DON JUAN.

Dices verdad.

BERNAL.

¡Sí, a fe de caballero!

(*Vanse, y salen* DON FERNANDO *y* DOÑA ANA.)

D. FERN. Ya queda desengañada.
ANA. No habiéndola de querer,
no era bien hecho tener
a una mujer engañada.
D. FERN. El no haberme respondido
jamás don Juan de Acevedo,
doña Ana, me ha puesto miedo.
ANA. Notable descuido ha sido.
D. FERN. Descuido no puede ser;
mayor desgracia imagino,
pues con el Marqués no vino,
que llegó a Madrid ayer
con algunos capitanes
y soldados de valor,
que aumenta más mi temor.
Todos pasean galanes,
pero don Juan no parece.
ANA. ¿Temes que es muerto?
D. FERN. ¿Y no es justo?
ANA. No anticipes el disgusto
que el temor al alma ofrece.
D. FERN. Si contra los dos navíos
de Argel viniendo se halló,
ten por cierto que murió.
ANA. ¡Tened paciencia, ojos míos;
tiempo os queda, si es verdad,
para llorar y sentir!

(*Sale* CELIA.)

CELIA. ¿Cómo te podré decir
tal nueva y tal novedad?
Don Juan está aquí, señor.
D. FERN. ¿Qué dices?

(*Salen* DON JUAN *y* BERNAL.)

D. JUAN. Dame tus brazos.
D. FERN. ¿Es don Juan? Con mil abrazos
prendas de un eterno amor.
ANA. Dádmelos también a mí.
D. JUAN. Y con mil almas a vos.
D. FERN. ¿Qué traje es éste?
D. JUAN. Por Dios,
que de vergüenza me vi
determinado a no veros.
BERNAL. Dalde los pies a Bernal.
D. FERN. ¡Válate Dios!
BERNAL. Vengo tal,
que no me llego a ofenderos.
ANA. Bernal, ¿qué es esto?
BERNAL. La guerra;
porque veáis lo que pasa
el que sale de su casa,
sus amigos y su tierra.
D. FERN. ¿Soldado y lloras, Bernal?
BERNAL. No lloro, que lo fingí,
que aunque venimos ansí
debajo el sayal hay al.
CELIA. ¿Y cómo?
BERNAL. Pues no muy cómo.
CELIA. Si come, ¿cómo será?

BERNAL. También Bernal comerá,
y después se sabrá cómo.

D. FERN. Pensé que en estos navíos
de Argel, que embistió el Marqués,
eras muerto.

D. JUAN. Y que me des
para los sucesos míos
atención te pido.

D. FERN. Di.

D. JUAN. Los de Italia no diré,
por no cansarte.

D. FERN. Estaré
como un mármol.

D. JUAN. Pasó así.
Llegamos a Barcelona
con las galeras de Italia
para socorrer a Ibiza,
que así al Marqués se lo manda
el Católico Filipo;
y estando medio aprestadas
con salvas de artillería,
vuela por el mar la fama
que dos navíos de Argel
pierden el respeto a España.
Parte en su busca el Marqués,
y habiéndoles dado caza,
bogando treinta y dos millas
las turcas naves alcanza.
Con toda la artillería
les hizo una ilustre salva,
y ellos, no menos corteses,
la suya al Marqués disparan.
Vístese de humo el viento,
y las tronadoras balas
hacen que el mar imagine
que es tempestad en bonanza.
Pero viendo el poco efecto,
y que si de aquella calma
refrescaba el viento, el turco
volvería las espaldas,
las galeras pone en orden,
y desta suerte les habla:
"¡Generosos españoles!
Bien sé que la empresa es varia,
que en dos tan altos navíos
es desigual la ventaja,
no siendo vosotros mismos
los que hacéis tales hazañas,
que las fáciles no son
materia de vuestras armas.
Embistamos valerosos,
que la fiera capitana
de Argel es ésta; tomemos
deste cosario venganza."
Esto diciendo, la chusma
anima, y hiriendo el agua
a las puertas de las naves
llaman las pintadas palas.
Tras la capitana embiste
con la *Patrona* gallarda
don Gabriel de Chaves, honra
de su apellido y su patria.
Y don Francisco Mejía,
con la galera *Santa Ana,*
sangre del Bazán ilustre
y del Marqués de la Guardia.
Luego el capitán Jorquera
la galera *Santa Bárbara*
llena de rayos y truenos,
no como suele abogada;
y dándoles fuertemente
tiros y mosquetes, carga
de los valientes navíos
recibieron otra tanta.
Los turcos, desesperados,
de manera peleaban
que parece que ponían
en duda nuestra esperanza;
mas por la mura de proa,
que halló desembarazada,
de tal manera la embiste
la galera capitana,
que pudo subir la gente,
y a españolas cuchilladas
rindió la soberbia turca,
que era la mejor del Asia.
Querer pintar al Marqués
con la rodela embrazada,
la espada bañada en sangre
y en honra ilustre la cara,
es querer con pincel tosco
pintar la estrella bizarra,
que tiene por rayos plumas
y por resplandor las armas.
Hallamos setenta muertos,
que los cautivos no pasan
de sesenta, aunque Leventes,
que así los valientes llaman.
Fueron a embestir el otro,
y la pólvora faltaba,
aunque el Duque de Alcalá
hizo cuanto pudo en darla.

Con viento fresco el navío,
hecho pedazos, se escapa,
pero a pocos pasos pierde
de salvarse la esperanza;
porque haciendo un remolino,
rotas las velas y jarcias,
se fué a pique y vió la arena
desde la quilla a la gavia.
Sangrienta fué la victoria;
pero ser victoria basta
quitándole un monstruo a Argel,
terror de Italia y de España.

D. FERN. Huelgo de haberos oído
y mucho más de que estéis;
don Juan, adonde seréis
de aquesta casa servido.
¿Venís pobre?

D. JUAN. En tanto extremo,
que los que me han visto ya
huyen de mí.

D. FERN. ¡Bien está!

D. JUAN. Salir por las calles temo.

D. FERN. Yo tengo seis mil ducados;
los tres serán para vos.

D. JUAN. ¡Mil años os guarde Dios;
no es justo daros cuidados!
Yo me vuelvo a la montaña;
no he querido más de veros.

D. FERN. Nunca pensé mereceros
una ofensa tan extraña.
¡Hola! Llama al sastre luego.
Saquen dos o tres vestidos
a don Juan.

D. JUAN. (No son fingidos
los abrazos donde llego.)

D. FERN. Apercebid luego un cuarto.
Cuélguese de lo mejor
de mi casa.

BERNAL. Y yo, señor,
que vengo como el lagarto
de San Ginés, ¿no tendré
cualque ropilla y calzón?

D. FERN. Bernal, en esta ocasión
padre de entrambos seré:
hágante luego librea.

BERNAL. ¡Vivas más, pues es tan justo,
que mujer propia a disgusto,
y tanta tu vida sea,
que te vuelvan a nacer
dos o tres veces los dientes!

D. FERN. Entre tantos accidentes,
don Juan, me admiro de ver
que no me hayáis preguntado
por don Pedro y por Otavia.

D. JUAN. No fuera pregunta sabia
después de haberos hallado.
De don Pedro ya sabía
que de la herida sanó,
que Fabio me lo contó
cuando de Italia venía.
De Otavia no hay que saber;
que tengo miedo advertid
de una mujer de Madrid,
aunque principal mujer.
Casada estará.

D. FERN. No está,
que yo sé quién lo estorbó,
si es que en aquesto os sirvió.

D. JUAN. ¿Que puedo quererla ya?

D. FERN. ¿Cómo no? Poneos galán,
y pretended, que aquí estoy.

D. JUAN. Con vuestra licencia voy,
que unos hidalgos están
esperando en la posada,
sólo a despedirme dellos;
que haber venido con ellos
es correspondencia honrada.

D. FERN. Id en buen hora y volved.

D. JUAN. (Qué bien mi engaño se entabla.)

(Vase.)

BERNAL. ¿Vuesa merced no me habla?

CELIA. ¿Qué manda vuesa merced?

BERNAL. Estoy roto, estoy perdido,
y para amor desigual.

CELIA. Más vale roto Bernal
que el hombre más bien vestido.
En esta casa no reina
el interés.

BERNAL. ¡Sea bendito
el venturoso distrito
donde el amor vive y reina!

(Vase.)

D. FERN. Id, hermana, a aderezar
adonde don Juan esté.

ANA. Alabo que se le dé
en nuestra casa lugar;
pero casarle, ¿a qué efecto?
¿Quieres que si sale mal
te ponga la culpa?

D. FERN. Es tal

este mi amoroso afecto,
que sólo por darle gusto
no habrá cosa que no intente.
Voy a sacar diligente
sus vestidos.

ANA. Eso es justo,
pero no casar a un hombre
cuando él está descuidado.

D. FERN. Mal sabes de amigo honrado
a cuánto se extiende el nombre.

(Vase.)

ANA. Celia, ¿qué dices de mí?

CELIA. Que viene a buena ocasión
don Juan.

ANA. Para más pasión,
pues no viene para mí.

CELIA. Declara tu pensamiento;
sabe ser mujer, enreda,
para que todo suceda
prósperamente a tu intento.
Dile a don Juan la razón
que tienes de estar quejosa,
pues ya, señora, no hay cosa
que estorbe tu pretensión.
Porque este que te pasea,
este don Pedro, está loco;
aunque estime a Otavia en poco,
ya sé que a Otavia desea.

ANA. Celia, yo me determino
a declararme con él,
que no ha de ser tan cruel
la fuerza de mi destino.
Diréle mi voluntad,
que un hombre dentro en mi casa
mucho hará si no traspasa
las leyes del amistad.

(Vanse, y salen DON PEDRO *y* OTAVIA.)

DON PEDRO.

Estoy maravillado
que me llames a mí. ¿Yo papel tuyo?

OTAVIA.

Dícenme que has tratado
casarte con doña Ana, de que arguyo
que nunca me has tenido
aquel amor a mi lealtad debido.

DON PEDRO.

¿Tú lealtad? ¿Estás loca?
¿Lealtad sabes tener, ni amor, Otavia?

OTAVIA.

Si el desprecio provoca
a la más cuerda, más leal y sabia,
bien lo dirá mi ruego,
pues a quererte despreciada llego.

DON PEDRO.

¿No estabas ya casada
con don Fernando?

OTAVIA.

Así pensé que fuera;
pero fuí desdichada
para la dicha que por ti me espera,
pues hoy quieren los cielos
que me deje Fernando por tus celos.
Si tú con las plumitas
y la capa con oro rebozado
mi marido me quitas,
¿a qué deuda me quedas obligado?

DON PEDRO.

Otro galán sería;
que yo quiero otra dama, Otavia mía.

OTAVIA.

¿Qué dices? Que no creo
que sabes quien soy yo.

DON PEDRO.

Mas tú no sabes
lo que adoro y deseo,
y lo que pueden unos ojos graves:
que los que a todos miran
a los que obligan más menos admiran.

(Vase.)

OTAVIA.

Quien por la sombra la verdad desprecia,
y a la espuma del mar la mano ofrece;
quien por mirar al sol se desvanece
y entre galanes quiere ser Lucrecia;
quien la ambición y la arrogancia precia,
sabiendo que la luna mengua y crece,
mayor castigo con razón merece,
pues quiso loca y la dejaron necia.
Yo desprecié de lo que hoy contenta
a quien agora a mí me ha despreciado,
porque del bien perdido me arrepienta.
Que en la mujer para tomar estado
también es la mejor la primer venta,
si no ha de hallar después lo que ha dejado.

(*Sale* GINÉS.)

GINÉS. Señora, ¿con qué palabras
podré decirte un suceso
tan extraño?

OTAVIA. ¿Qué hay? Decid.

GINÉS. Aquel don Juan de Acevedo
sin duda es encantador:
¿no le has visto a lo escudero
dando conceptos al alma
y rota bayeta al cuerpo?
Pues a la puerta ha llegado
con un hábito en los pechos,
dos lacayos, ocho pajes,
un overo, cabos negros.
Probar quiso a vuesancé,
porque dice que un su deudo
le dejó diez mil de renta
por más forzoso heredero;
y aun un título en Italia,
y que servicios que ha hecho
al Rey y al Duque de Osuna
le han dado el lagarto en premio.
¿Subirá?

OTAVIA. ¿Qué me decís?

GINÉS. Que lo he visto y no lo creo.

OTAVIA. Suba presto.

GINÉS. El viene ya.

(*Entren* DON JUAN, *muy galán, con hábito de Santiago, y* BERNAL, *galán, con plumas y cadenas.*)

D. JUAN. Así engaña el pensamiento
de quien ama firme ausente,
donde no está satisfecho;
así se prueba el amor
donde hay agradecimiento.
¡Tales son los desengaños!

OTAVIA. Pues, señor don Juan, ¿qué es esto?

D. JUAN. ¿No os dije yo muchas veces
de mi noble nacimiento
todas estas esperanzas?

OTAVIA. Que me arrepiento confieso
de no haberos estimado.
¡Qué lindo sois, qué bien hecho!
El no reparar en vos
fué causa de no quereros,
aunque, si os digo verdad,
más fueron malos consejos;
que yo siempre os he querido
para mi señor y dueño,
pero por veros tan pobre
se detuvo mi deseo.
¡Qué bien os está la cruz!

D. JUAN. Por el crédito que pierdo,
después que me vi tan roto,
me puse aqueste remiendo.

OTAVIA. ¡Jesús, qué galán estáis!
¿Quién es ese caballero
que viene con vos? No sé
dónde le he visto.

BERNAL. Aquí dentro;
don Bernal Hernández soy,
y aunque sin hábito vengo,
basta que a mi padre oí
jurar por el de San Pedro.

OTAVIA. ¡Válate Dios, por Bernal!
¡Dame los brazos!

BERNAL. Bien puedo,
que ya no os podré manchar
como es el vestido nuevo.

GINÉS. ¡Qué galán venís, Bernal!
¿Tenéis ya muchos dineros?

BERNAL. No faltan, gracias a Dios.

GINÉS. ¿Y queréis prestarme dellos?

BERNAL. ¡Setentón, no me da gusto!

OTAVIA. ¡Ay, mi don Juan de los cielos!
¡Quién te tuviera obligado!
¡Quién de su amor satisfecho!
¡Quién dado todas sus joyas!
¡Quién su casa en tiempo adverso!
Ya, ¿quién duda que el estado
te ha mudado el pensamiento?
Ya no me tendrás amor.

D. JUAN. Porque veas el que tengo,
y que el amor cuando es firme,
no sabe vengarse, hoy quiero
que nos casemos los dos.

OTAVIA. ¿Qué dices, don Juan?

D. JUAN. Que vengo
incitado de mi amor
y olvidado de mis celos.
Mas con una condición,
que de otra suerte no puedo.

OTAVIA. No hay imposible en el mundo
que lo pueda ser, si vengo
a merecer ser tu esclava.

D. JUAN. Sabiendo que era mi deudo
hoy don Fernando Manuel
di lugar a su deseo
y me aposenté en su casa:
por mis celos, y por esto
quiero desposarme allí.
Ponte gallarda y tratemos

en su casa aquesta noche,
Otavia, nuestros conciertos.

OTAVIA. Eso me viene tan bien,
que me parto desde luego.

D. JUAN. Lleva tus deudos.

OTAVIA. Sí haré.

D. JUAN. Pues parte y guárdete el cielo.

OTAVIA. Voy al punto. ¡Adiós, mi bien!

(Vase.)

BERNAL. Pues, señor, ¿qué dices desto?

D. JUAN. Que aquesta es la diferencia,
como lo muestra mi ejemplo
de tener o no tener.
Sígueme, que voy dispuesto
a intentar dos desatinos.

BERNAL. ¿De qué suerte?

D. JUAN. Estame atento
y sabrás por el camino
qué es honra en hombre discreto.

(Vanse.)

(Salen DON FERNANDO *y su hermana* DOÑA ANA.*)*

DON FERNANDO.

Esto me cuentan muchos que lo han visto.

ANA.

¿Don Juan tan rico? No me satisfago
sin verlo con mis ojos. Mal resisto
por diligencias que con ellos hago.

DON FERNANDO.

Si es hombre de algún crédito Doristo,
él dice que el lagarto de Santiago
le cruza el pecho, y que galán pasea
con pajes y lacayos de librea.

ANA.

¿En qué calle le vió?

DON FERNANDO.

Por la de Otavia.

ANA.

Ya me pesa de verle en este estado.

DON FERNANDO.

Porque siendo mujer tan noble y sabia,
que le parece bien he sospechado.

ANA.

Mucho don Juan su pensamiento agravia,
con presunción de caballero honrado.

DON FERNANDO.

¡Qué poca inclinación a Otavia muestras!

ANA.

No se conforman las estrellas nuestras.

(Salen DON JUAN *y* BERNAL.*)*

D. JUAN. Aquí está.

BERNAL. Llego contento.

D. JUAN. Dadme, Fernando, los brazos.

D. FERN. ¿Es don Juan?

D. JUAN. Con nuevos lazos
de amor y agradecimiento.

D. FERN. En parte el miraros siento
en estado, aunque os ofenda,
que nuestra amistad defienda,
pues no siendo pobre ya,
perdida la causa está
de serviros con mi hacienda.
Yo perdí grande ocasión
de mostrar mi voluntad:
si fué probar mi amistad,
no me deis satisfacción.
Pero estas quejas no son
parte a negaros que os den
mis brazos el parabién,
si bien mi amistad es tal,
que me ha sucedido mal
por veros en tanto bien.

D. JUAN. Don Fernando, están mis cosas
en el estado que veis,
y la causa que tenéis
de esas quejas amorosas.
No son pruebas sospechosas
las que de vuestra verdad
pudo tener mi amistad
en tantas obligaciones,
sino fuertes ocasiones
de mi necia voluntad.
Cuando en Italia me vi
rico, dije suspirando:
Si fuera pobre Fernando,
¡qué amigo tuviera en mí!
Luego a serviros partí,
y partir entre los dos
la hacienda que quiso Dios
darme, porque no tuviera
intento, si no viniera
para gozarlo con vos.
Y así la vuestra y la mía
una son, y con razón,

pues tengo satisfacción
del amor que os merecía.
En pobre traje venía
sólo a inquirir, sólo a ver,
y he venido a conocer
que en el mundo y su opinión
ya no hay más estimación
que tener o no tener.

ANA. Bien os habéis disculpado
con mi hermano, no conmigo.

D. JUAN. Dadme, señora, el castigo
de todo el yerro pasado.

(*Sale* CELIA.)

CELIA. De un coche se han apeado
Otavia y dos caballeros.

ANA. ¿Pues Otavia viene a veros?

D. JUAN. Tened paciencia, por Dios,
porque tenemos los dos
que tratar sin ofenderos.

(*Salen todos, y* OTAVIA, *muy bizarra.*)

OTAVIA. Ya nos están esperando.

D. PEDRO. Pues te casas y me dejas,
ruégale, Otavia, a don Juan
que con Fernando interceda
para que me dé a su hermana.

OTAVIA. Yo lo haré cuando me vea
dueño de su voluntad.
¿Qué suspensión es aquesta?

LEONARDO. No salen a recibirte.

OTAVIA. ¿Cómo? ¿Doña Ana suspensa?
¿Triste don Juan? ¿Don Fernando
puesta la vista en la tierra?
¿Bernal mirando las nubes
y melancólica Celia?
¿Qué es esto, señor don Juan?

D. JUAN. Muy enhorabuena vengan,
señores, a ser testigos.

OTAVIA. Eso sí, que estaba muerta.

D. PEDRO. Don Juan, no son las heridas
de las honradas pendencias
para más que mientras duran;
vuestra venida me alegra,
y más vuestro casamiento.
Dadme los brazos.

D. JUAN. Quisiera
tener mil almas que daros
por tan honrada nobleza,
que dais envidia a la mía,
pues hoy la vence la vuestra.
Y con tan buenos testigos,
sabed, que doña Ana bella
es mi mujer, si Fernando
permite que yo le deba
esta amistad entre tantas,
porque Otavia, si se acuerda,
no ha estimado mi persona,
y viene a estimar mi hacienda.

D. FERN. Yo por mi parte, don Juan,
os la doy.

OTAVIA. ¿Qué traza es esta
de engañar tan bajamente
a una mujer de mis prendas?

ANA. ¡Quedo, Otavia! Que las mías
sólo es justo que merezcan
las de don Juan.

OTAVIA. Pues, Fernando,
¿así en tu casa me dejas?
Cúmpleme tú la palabra.

D. FERN. Mejor don Pedro pudiera,
que primero te la dió.

D. PEDRO. ¿Cómo queréis que yo pueda
serlo entre tantos maridos
y que todos vivos quedan?

D. FERN. Quien todo lo quiere, Otavia,
bien es que todo lo pierda.

OTAVIA. ¡Sois hombres!

D. FERN. Tú respondiste
cuerdamente: eres discreta.

GINÉS. Bernal, ¿casaisos también,
hoy que a mi ama la dejan?

BERNAL. Mas pensé que eran badanas:
¿no veis que es mi esposa Celia?

OTAVIA. ¡Qué castigo a mi locura!

D. JUAN. Aquí acaba la comedia
escrita para serviros.
Perdonad las faltas nuestras.

FIN

COMEDIA FAMOSA

DE LA

RESISTENCIA HONRADA Y CONDESA MATILDE

DE

LOPE DE VEGA CARPIO (1)

MADAMA FLORIS.	CLARINO (2).	ROSELA.
ENRIQUE.	MATILDE, *condesa.*	[LAUJINO.]
RUPERTO.	BORBÓN, *almirante.*	[VALGRIS.]
CLARINO.	DON DIONÍS.	[SEVERINO.]
LUIS, *rey de Francia.*	DON TIBALTE.	[VIEJO.]
CONDE GESUALDO.	VALDOVINO.	[SOLDADO.]
ARDENIO (3).	*Dos* EMBAJADORES.	[DUQUE.]

JORNADA PRIMERA

(*Sale* MADAMA FLORIS *y* RUPERTO, *rompiendo un papel.*)

RUPERTO. ¡No la rasgues!
FLORIS. Ya está hecho,
y, ¡vive Dios!, qne quisiera
que el papel que has visto fuera...
RUPERTO. ¡Tente!
FLORIS. Del príncipe el pecho,
RUPERTO. (4) ¡Oh, qué celosa locura!
Déjame, pues juntaré
los pedazos.
FLORIS. ¿Para qué?
RUPERTO. Para darle sepultura.
FLORIS. No los juntes, que es hacer
su culpa más conocida;
que una necedad rompida,
juntarla es volverla a hacer.
Deja un poco al aire holgarse;
pues ya está el papel rompido,
será reino dividido
y no podrá conservarse.
RUPERTO. ¿Qué te dijo?
FLORIS. Que venía
la Condesa de Belflor,
cuya hermosura y valor
fama en el mundo tenía
de más rara y milagrosa,
aquí a casarse a París,
cuya boda en San Dionís
había de ser famosa;
que le diese las colores
que se había de vestir,
porque quería salir
muy galán de mis favores;
y que de las que le diese
un vestido me enviaría,
para que yo el mismo día
de sus colores saliese.
¡Lindo, a fe, gran cortesano!
¿La dama de más primor,
la Condesa de Belflor,
de su letra y en mi mano?
¿Y luego querer salir
a su boda, muy galán?
RUPERTO. Cosas enojo te dan
que harán a un muerto reír.
FLORIS. Bien se ve que muerto estás,
porque los necios lo son;
que un cuerdo, en esta ocasión,
no se reirá (1) jamás.
RUPERTO. Argumentos persuades
con muy contrarios efetos,

(1) A: Parte II, Madrid, 1610.—B: Parte II, Barcelona, 1611.
(2) A: "Ardiuio".
(3) A: "Caurino".
(4) Falta en A la indicación de la persona que habla.

(1) *Sic.* ¿sería "riyera"?

porque es muy de los discretos
reirse de necedades.
Porque como un mal pintor
no ríe de su pintura,
porque como es propia hechura,
la tiene aquel propio amor,
así un necio no se ríe
de la necedad que hace,
que si es hijo el que le nace,
quiere también que se críe.

FLORIS. No estoy para argumentar.
¡Déjame aquí, majadero!

RUPERTO. Responde.

FLORIS. Tampoco quiero.
Di lo que has visto pasar.

RUPERTO. Mataráme, ¡vive Dios!,
si esa respuesta le llevo.

FLORIS. Pues venga otro paje nuevo
y terná que matar dos.

RUPERTO. ¡Brava estás de pensamientos!
Vóime, y aún será forzoso;
que concertar a un celoso
es juntar los elementos.

FLORIS.

Aunque conozco la bajeza mía,
Delfín de Francia, y tu grandeza veo,
y es tanta la distancia, que no creo
que hay más de donde nace al fin del día.
Amor, si mi humildad y cortesía
de manera despeña mi deseo,
que ni alma tengo, ni corazón poseo (*sic*),
pues sólo vive en mí mi fantasía,
quien sabe que es celoso pensamiento,
disculparáme que parezca ingrata (1);
quien no, mis males llamará fingidos.
Celos son el primero movimiento,
que como aquél los celos arrebata,
así aquéste se lleva los sentidos.

(*Entra* ENRIQUE.) (2)

ENRIQUE. Es tu término de suerte,
que sin poder remediallo,
dejo a tu puerta el caballo
y de día vengo a verte.
¿Quién duda que ya estarán
satisfechas tus locuras?

FLORIS. ¿Pues no, si salir procuras
a estas fiestas galán?
Sal, pues, que yo en eso fundo
el enojo de mi empresa,
que en verdad que la Condesa
es la más bella del mundo.
¿Pues a mí papel ansí?
¿A mí tanta libertad?
Yo me iré de la ciudad,
vete a las fiestas sin mí.
Yo tengo culpa, en efeto,
que en gozando una mujer,
allí le viene a perder (1)
el hombre todo el respeto.
Mas luego mi fe te empeño,
que es como ropa traída,
que a dos días de vestida,
nunca más la dobla el dueño.
Vaya luego Vuestra Alteza
y vístase muy galán,
pues tal ocasión le dan
las prendas de esa belleza.
Que yo allá en mi pobre granja
pienso estarme estos dos días
y hacer de unas viñas mías
abrir aliende una zanja.
Seré en tanto, en mi dehesa,
villana con un gañán (2),
que es Vuestra Alteza galán
de la señora Condesa.
Que allá podrá, en mis terrones,
escribirme con cualquiera,
que calza saco y que cuera,
que plumas y que botones.
Y con esto, Vuestra Alteza
vea si manda otra cosa.

ENRIQUE. ¡Qué pensión tan rigurosa
del censo de la belleza!
Vuelve, ingrata, que a no estar
tan satisfecha de mí,
ni me trataras así,
ni amor te diera lugar.
Como me has visto en la liga
vaste despacio a cogerme;
que sabes que has de tenerme
seguro, si amor me liga.
¿Agora, Floris, te vas
a tu granja con tu hacienda?
Luego en tener esta prenda,
no va más, ni importa más.
Ahora tratas de vella,

(1) B: "Disculparme que no parezca ingrata".
(2) Falta en A esta acotación.

(1) A: "allí se viene a perder".
(2) A: "galán".

porque trato de la Corte;
no hay cosa que el amor corte
que celos sepa cosella.
Si son ciertos, no lo sé;
pero son tan ciertos tiros,
que me cuestan mil sospiros
hasta empeñarte la fe.
¿Yo bodas, mi bien, sin ti?
¿Yo escribí por ofenderte?

FLORIS. ¿Luego escribir de esa suerte,
no es hacer burla de mí?

ENRIQUE. Si mi padre deudo tiene
con el Conde, y en su casa,
por honrarle más, le casa,
y esta noche el Conde viene,
¿qué ofensa te puede hacer
en pedirte una color,
para servirte mejor?

FLORIS. No lo quieres entender.
Eso de que la Condesa
es la más bella del mundo,
es en que mi enojo fundo.

ENRIQUE. De haberlo escrito me pesa.

FLORIS. Si no quiere un oficial
que digan que otro es mejor,
un platero, un escultor,
o algún arte liberal;
si cuando lee el papel,
se corre el más vil poeta,
que alguien diga y se entremeta
que otro escribe mejor que él;
bien sabes que la atropella
el que dice a una mujer
que acaba entonces de ver
la mujer más linda y bella.
Estoy con los perros bien,
que en extremo son celosos,
si sus dueños amorosos
lo están en otros también.
Yo soy temeraria en esto;
quien me ha de querer a mí,
aun no ha de quererse a sí,
porque aún tengo celos desto.
Y aquesta es resolución;
Vuestra Alteza se ha de ír
de París y no asistir
a verse en otra ocasión,
o yo me iré donde apenas
tengan nuevas de mi nombre.

ENRIQUE. ¡Desventurado del hombre
que os está oyendo, sirenas!
Si en esto resuelta estás,
luego de París saldré,
aunque mi padre yo sé
que no me ha de hablar jamás.
Y porque entiendas que entiendo
qué es amor y qué es disgusto,
no volveré sin tu gusto,
pues con mi gusto te ofendo.
Parte, Ruperto, y al punto
haz que me tenga Clarino
aderezo de camino
y lo necesario junto;
que a los bosques partiré.

RUPERTO. ¿Que no ves las fiestas?

ENRIQUE. No.

FLORIS. Agora conozco yo
que es verdadera tu fe.

ENRIQUE. ¿Hay más en qué te servir?
¡Habla!, que lo haré también.

FLORIS. No, mis dulces ojos, ven,
que quiero verte partir.

(*Vanse, y sale el* REY LUIS, *y el* ALMIRANTE *y dos* EMBAJADORES *ingleses.*)

EMBAJADOR. (1)

En esto el Rey se cansa; yo he venido
desde allá disculpado con el cargo
porque el embajador nunca lo ha sido.

LUIS.

No me pone Eduardo justo cargo,
ni procura la paz de nuestra tierra,
que es su disgusto y nuestro cuento largo.

EMBAJADOR.

Si no te agrada, rómpase la guerra,
pues que ya de la tuya y tu corona
la paz por tantos años se destierra.

LUIS.

Yo estimaba su gracia y su persona;
pero también, milor, es cosa fuerte
que quiera el Rey quedarse con Bayona.
Que me la vuelva, Embajador, advierte;
donde no, Ingalaterra, no lo dudes,
verá otra vez a César.

EMBAJADOR 2.º

Verná a verte.
Mas cuando de propósito no dudes,
serás, como fué César, resistido,

(1) Texto: "REY LUIS".

si no es que con mayor ventura acudes.
Eduardo, mi rey, está ofendido;
Bayona, con presidio y bien guardada;
y yo, señor, mi comisión cumplido.

LUIS.

Parte, que por la cruz de aquesta espada,
que yo cobre a Bayona antes que venga
por enero otra vez la escarcha helada.
Que aunque esta barba tanta nieve tenga,
tengo de fuego el corazón bizarro.

EMBAJADOR. 1.º

¡El cielo te prospere y te mantenga!

LUIS.

¿Qué te parece del inglés desgarro,
buen mosieur de Borbón? (1).

ALMIRANTE.

¡Que esto dijera
de su Bayona el español navarro!
La sangre ¡por tu vida! se me altera
cuando veo que en Francia los ingleses
blasonan del arnés de esta manera.

LUIS.

Junta de acero tus lúcidos arneses,
Borbón, en tanto que el inglés (2) blasona,
y pon en campo armado mis franceses,
que yo sabré si es suya o no Bayona.
Y esto, apenas las bodas sean pasadas,
cuando pueden saber que se pregona.

ALMIRANTE.

Dejando aquí las armas enojadas,
¿qué honras piensas prevenir al Conde,
que están las nuevas sangres alteradas?

LUIS.

Lo que con ser mi deudo corresponde
y las que hiciera, si al Delfín casara:
esto a los mozos título responde.
Y tú, porque yo estoy cansado, ampara
al Conde, con salir en nombre mío
a recebille, y este amor declara.
Que por cierta locura y desvarío
no hablo a Enrique agora, que me cansa
verle tan arrogante de su brío.

ALMIRANTE.

Déjame el cargo; olvídate y descansa,
que yo pondré en ejecución tu gusto.

(1) B: "*Barbón*".
(2) A: "ingleses".

LUIS.

Querría ver si en mi desgracia amansa,
que aunque es mi luz, Borbón, me da disgusto.

(*Salen el* CONDE GESUALDO, *con galas de camino,* DON DIONÍS, DON TIBALTE, VALDOVINO*; por otra parte la* CONDESA MATILDE.)

GESUALDO. Sea Vuestra Señoría
mil veces enhorabuena,
bien venida en este día,
que es, como fin de mi pena,
principio de mi alegría.
MATILDE. Otras tantas lo seáis vos,
y si juntarnos los dos
tanta norabuena tiene,
¿quién duda que es porque viene
de la voluntad de Dios?
GESUALDO. Sin El no hay cosa en la tierra
que pueda tener valor,
quien piensa que acierta, yerra;
así tiene paz amor,
porque de otra suerte es guerra.
No quisiera aquí dejaros;
pero quieren abrazaros
mis primos, y también veros
todos estos caballeros
que vienen a acompañaros.

(*Abrázanla.*)

¡Lleguen Vuestras Señorías!
¿Hay hombre más venturoso?
¡Oh, bien esperados días,
fin alegre, fin dichoso
de las esperanzas mías!
Bien puede un hombre tener
de renta un millón o dos,
por herencia o por saber:
pero la buena mujer
viene de mano de Dios.
Así me ha venido a mí,
para mi gloria, Matilde,
de que siempre indigno fuí;
discreta, hermosa y humilde,
que estas gracias tiene en sí.
DIONÍS. Yo, mi señora, estoy bueno,
y que pues vos lo venís,
estoy de mil bienes lleno.
GESUALDO. Es mi primo don Dionís,
de lisonjas siempre ajeno.
Créale vuestra señoría
cuanto diga en su alabanza,
que es mi sangre.

MATILDE. Y hoy en día,
por lo que de vos alcanza,
le doy lugar en la mía.
A los demás caballeros
vos podréis satisfacer.
TIBALTE. Y vos podréis responder
que vos sola podéis ser
quien puede satisfaceros.
VALDOV. Yo digo que si dichoso
hay algún hombre en el suelo,
es el Conde vuestro esposo.
GESUALDO. Tenéis razón, porque el cielo
me ha dado un bien prodigioso.
TIBALTE. El Almirante está aquí.

(*Entra el* ALMIRANTE.)

ALMIR. ¿Piensan vuestras señorías
hacer su entrada sin mí?
GESUALDO. ¿Tantas honras?
ALMIR. Eran mías,
y así a buscarlas salí.
Y, fuera de ser mi gusto,
me manda el Rey en su nombre
visitaros; que el disgusto
de la edad, que acaba al hombre,
le impide lo que es tan justo.
Dice que él aquí viniera
si con salud se sintiera;
mas por mí os pide perdón.
GESUALDO. Señor mosiur de Borbón,
¿vos me habláis de esa manera?
Su hechura soy; tú mereces,
Matilde, por justa ley
los favores que hoy me ofreces.
MATILDE. Yo beso los pies del rey
y vuestras manos mil veces.
GESUALDO. Dádselas al Almirante,
y pasemos adelante.
ALMIR. Yo las tomo y las adoro.
¿Qué os parece?
DIONÍS. Que en tal oro
se engasta bien tal diamante.

(*Entra* ENRIQUE, RUPERTO *y* CLARINO.)

ENRIQUE. Quita, ¡pese a mi linaje!,
esas espuelas, Clarino.
RUPERTO. ¿Qué? ¿Se volvió del camino?
ENRIQUE. ¿Es Ruperto? Llama un paje.
RUPERTO. Bien bastaremos los dos,
si has llegado de secreto;
mas di, señor, ¿a qué efeto
te vuelves?
ENRIQUE. ¡Bueno, por Dios!
Entendí, Ruperto amigo,
que aquel mandarme partir
era un celoso fingir
para burlarse conmigo.
Y que al pasar por sus rejas
algún ángel semejante
se me pusiera delante,
a la espada de sus quejas,
que me mandara volver
de esta mi grande obediencia;
pero supo su paciencia
más que mi posta correr.
Dejóme y salí, en efeto,
de París; pero a la noche
apenas su negro coche
sacó el silencio quieto,
apenas vi sus caballos
vertiendo espumas de olvido,
con perezoso ruído
al torpe sueño sacallos,
apenas luna miré,
apenas estrellas vi,
cuando a la tienda volví
y en palacio puse el pie.
Parte y mira si han llegado
los novios.
RUPERTO. Bien, a fe mía,
por discreto te tenía;
pero aquí lo has confirmado.
Mas guárdate, no lo entienda
madama Floris.
ENRIQUE. No hará;
que recogida estará,
como sabes, en su hacienda.
RUPERTO. Yo voy.
ENRIQUE. Tú, Clarino, en tanto,
dame una capa y sombrero.
CLARINO. ¿De gala?
ENRIQUE. Oro y plumas quiero.
¡Oh, noche! ¡Oh, silencio santo!
¡Bueno es que deje de ver
la fiesta, aunque sea embozado!
que no he de estar tan atado
al gusto de una mujer.

Salte el cordero en el sembrado verde
que le veda el pastor; lo que le priva
el médico al enfermo, porque viva,
eso apetece, aunque la vida pierde.
Al animal atado el perro muerde;

la presa el agua con furor derriba;
rompe la condición del padre esquiva
el hijo, aunque el castigo se le acuerde.
Desobedece a veces el vasallo
al señor, si le aprieta; y los recelos
más de ordinario a las mujeres ciegan;
deshace el freno el rígido caballo;
amor la privación, y así los celos
suelen ir a buscar lo que les niegas.

(*Sale* CLARINO, *con capa y sombrero.*)

CLARINO. Aquí tienes el sombrero
y capa.

ENRIQUE. Muéstrala, pues
desigual voy de los pies;
mas disfrazarme no quiero.
Que es tarde, y para disfraz
lo desigual es mejor.
¡Ah, celos, guerra de amor!
¡Oh, amor, de los celos paz!

(*Sale* RUPERTO *solo.*)

RUPERTO. Llega, si por dicha quieres
ver la del cielo en la tierra,
serenísimo Delfín,
del gran palacio a las puertas.
Verás que en aqueste punto
Madama Matilde llega
con el conde Iesualdo,
honra de la Lis francesa.
El como un sol, que entre todos
sus rayos morados muestra,
y ella como blanca luna
en la noche más serena.
La confusión de los coches
apenas mirarlos dejan,
y la nobleza de Francia,
que todos vienen con ella.
Galán, mosiur de Borbón,
la sube por la escalera
de la blanca mano asida,
que otra tanta nieve aprieta.
Conocí a Tibalte Adonis,
a Roger de la Rochela,
a su primo don Dionís,
que iba a su mano derecha.
A la lumbre de las hachas
se escondieron las estrellas,
o porque vieron los ojos
de la divina Condesa.
La noche parece día;
unos salen, otros entran,
unos preguntan por él,
otros preguntan por ella;
cuál dice que se empleara
mucho mejor en su Alteza,
que siendo Delfín, el vulgo
quiere igualarte con ella.
Yo te digo que si el cielo
y la gran naturaleza,
que es su instrumento divino
y de sus obras maestra,
han hecho en mortaja de ángel
alguna mortal belleza,
es la condesa Matilde.

ENRIQUE. ¡Válame Dios! ¿Que es tan bella?

RUPERTO. ¡Oh, Enrico, honor y esperanza
del mundo! Hablando de veras,
Floris es cosa de burlas.

ENRIQUE. ¡Oh, maldiga Dios tu lengua!
¿Qué tiene el cielo criado,
fuera de él mismo, que sea
para comparar con Floris?

RUPERTO. Si es tan bella, obedecella,
y volvamos a los bosques
hasta que a Belflor se vuelva
el Conde con su mujer.

ENRIQUE. Primero veré la fiesta.
Ve adelante, que el amor
no recibe en esto ofensa.

RUPERTO. ¿Pues qué es aquesto que haces?

ENRIQUE. Furia de mi sangre nueva.

(*Vanse.*)

(*Salen el* REY LUIS, *la* CONDESA MATILDE, *el* CONDE GESUALDO, *el* ALMIRANTE BORBÓN, TIBALTE, DIONÍS, VALDOVINO.)

LUIS. Tomad vos esta almohada
y el Conde tome esta silla.

MATILDE. Tu favor me maravilla,
por tu hechura soy honrada.

GESUALDO. Vuestra Majestad me mande
estar en pie.

LUIS. Ya es forzoso,
que con las leyes de esposo
se juntan las de ser grande.
Aquí hablaremos los tres.

MATILDE. A mí me estará mejor
recebir este favor,
pues me siento a vuestros pies.
Mas menos humilde soy
que los pies en que lo fundo,

pues tiene debajo el mundo,
diré que sobre él estoy.

LUIS. Estaréis con más razón,
como del mundo corona,
porque la honesta matrona
es corona del varón;
y estad segura de mí,
que rindiera a vuestra frente
la mía, si todo Oriente,
si el mundo encerrara en mí.

MATILDE. El se os rinda como Francia.

LUIS. ¿Qué es, Conde, lo que escucháis?

GESUALDO. Que los requiebros me hurtáis
por escuchar mi inocencia (*sic*).
Que un gran señor como vos
fuera más galán padrino
con ese ingenio divino
que os dió por milagro Dios.
Mas es a razón igual,
y en cortesía también,
oír a quien habla bien
que hablar a quien oiga mal.

LUIS. Los viejos de esto servimos;
somos galanes de lengua
con que doramos la mengua
que de la edad recebimos.
Los mozos, los cortesanos
a veces hablan de ocio,
mas remiten su negocio
a la práctica de manos.

ALMIR. No será mala la fiesta,
que es a la usanza de España.

DIONÍS. Si de luces se acompaña
bien va de galas compuesta.
Dadme a mí lo blanco y verde,
por vida del rey.

ALMIR. Tomaldo,
aunque el conde Gesualdo
nunca esas colores pierde.

DIONÍS. Verde ya es cosa sabida
cuán mal al Conde le alcanza,
que es baldía la esperanza
en quien la tiene cumplida;
Pues blanco, por castidad,
es en boda impertinente.

ALMIR. Como el Conde se contente
esas colores tomad.

TIBALTE. Yo con sólo naranjado
y plata estaré contento,
porque traigo un pensamiento
corrido y desesperado.
Si ésta me dejan, yo voy
con diez a la encamisada.

VALDOV. Con mi color encarnada
y azul satisfecho estoy.

DIONÍS. ¿Tan cruel celo tenéis?

VALDOV. Rabio de puro pesar
de querer averiguar
a cuál quieren entre seis.

DIONÍS. ¿De eso perdéis el sentido?
Dejad tan locos cuidados,
que donde hay tantos llamados
vos seréis el escogido.

(*Entra* ENRIQUE, *embozado.*)

ENRIQUE. Con algún atrevimiento
hasta la sala me entré,
bien que en virtud de la fe
de mi honrado nacimiento.
¡Buena está, por Dios, la sala!
Hoy todo el oro se apura;
bien parece la hermosura,
notablemente la gala;
pero he sido desdichado,
que el Rey de hablar no cesa;
me ha encubierto la Condesa
del modo que está sentado.
¡Oh, si dejasen de hablar!
¡Oh, si ya se despidiesen!,
¡Oh, si el Conde le pidiese
licencia para cenar!
¡Es imposible! En rigor
pasarán seis horas grandes,
que en un viejo no hay más Flandes
que hablar de bodas y amor.
Alaban esta mujer,
y yo, por la privación,
más que por otra razón,
la vengo esta noche a ver.
El lugar que Floris vive,
confieso, que en verle quito;
solamente al apetito.
le doy lo que le prohibe.
Desde aquí podré mirar,
sin ser notado, mejor:
quien sabe lo que es amor
comiénceme a disculpar.

(*Entra* FLORIS *en hábito de paje, con espada, rebozada.*)

FLORIS. No le parezca mi intento,
en materia de querer,
para celos de mujer

peregrino atrevimiento.
Esto, en fin, intento yo,
que por ser maravillosas
se suelen contar las cosas,
que siendo fáciles, no.
Quise cenar, no podía;
quise escribir, no escribí;
quise hacer labor y vi
que en ella me suspendía.
Abrí mi reja, miré,
vi el negro silencio roto
con las hachas y alboroto;
entristecíme y cerré;
quíseme acostar, no pude;
desnudéme, y la ocasión
hizo una mujer varón,
para que nadie lo dude;
avisóme la sospecha;
seguíla, trújome aquí;
¿si este es el Príncipe? Sí.
¡Ser paje cómo aprovecha! (1)
Cielo en verano nublado,
nube con aire de fiera,
arco entre el cielo y la tierra,
pólvora con fuego echado,
cometa en aire encendido,
letras hechas en arena,
noche en octubre serena,
hebrero del sol vestido,
tranquila mar de Levante,
que los de tierra aseguran:
lo mismo son, y esto duran
las palabras del amante.
¿Quién va allá?

ENRIQUE. ¿Quién sois o cómo?

FLORIS. ¿Eso a mí me preguntáis?
¿Yo que de ver que aquí estáis
esta pesadumbre tomo?

ENRIQUE. ¿Vos conmigo? ¿Pues por qué?
¿Conocéisme?

FLORIS. Sí, por Dios.

ENRIQUE. ¿Vos, de qué?

FLORIS. De que sois vos
quien da palabras sin fe.

ENRIQUE. Por otro me habéis tenido;
id en buen hora, galán.

FLORIS. Buenas sé yo que serán
las que habéis aquí tenido.
Mas los nobles caballeros,
¿cómo tan grande bajeza
contra su misma nobleza
y sus honrados aceros,
cuando la palabra dada
no cumplen?

ENRIQUE. Yo he conocido
que engañado habéis venido,
y haréisme tentar la espada;
si por otro me tuvistes
excusad de darme enojos.

FLORIS. Que yo he visto aquesos ojos
más alegres y más tristes.

ENRIQUE. Si algún caballero o dama
desea saber quién soy,
yo os lo diré, mi fe os doy,
que no soy hombre de fama.
Decidle que un escudero
se entró rebozado así
a pedir limosna aquí.

FLORIS. ¡Qué bien!

ENRIQUE. ¡Ya sois majadero!

FLORIS. ¿Y había de dar acaso
la limosna la Condesa?

ENRIQUE. Cesa de hablar. necio, cesa!

FLORIS. ¿Cómo que cese? ¡Hablad paso!

ENRIQUE. ¡Oh, pesar del mal nacido,
que a tal fuerza mi valor!

LUIS. ¿Qué es eso?

FLORIS. Huír es mejor.

ALMIR. ¿Qué es lo que has hecho, atrevido?

TIBALTE. Metió mano.

LUIS. ¿Mano aquí?
¡Matalde!

ENRIQUE. El Príncipe soy.

LUIS. ¡Muera, mejor!

ENRIQUE. Aquí estoy.

LUIS. ¡Traidor!, ¿delante de mí?
¿Qué es lo que quisiste hacer?

ENRIQUE. Embozado quise estar,
vínome un hombre a matar;
procuréme defender.

LUIS. ¡Eso es embuste y malicia!
Da la espada al Almirante.

ENRIQUE. A mi amigo semejante
es razón, honra y justicia.

ALMIR. Para guardalla la tomo,
y por tal prenda la beso.

LUIS. Tomalda como de preso,
¿agora salvas al tomo?
¡Vaya a una torre!

ENRIQUE. Yo iré.

(1) A: "ser paje poco aprovecha".

LUIS. Llevalde luego, Almirante.
Vaya la guarda delante.
ENRIQUE. Perdón te pido, si erré.

(*Vanse el* ALMIRANTE *y* ENRIQUE.)

LUIS. ¡Oh, qué gentil humildad!
MATILDE. Pésame de haber yo sido
causa de haber recibido
enojo tu Majestad.
LUIS. ¿No veis, Condesa, no veis?
Este loco es el culpado;
él sólo la causa ha dado
del alboroto que veis.
Id en buena hora esta noche,
y perdonad, que vais sola.
TIBALTE. Coche de los novios, ¡hola!
Coche de los Condes, ¡coche!
GESUALDO. ¿Cuándo Vuestra Majestad
quiere que sea la misa?
LUIS. Pues no es negocio de prisa,
a las nueve os levantad.

LUIS.

¡Furiosa guerra del entendimiento!
Gran pensión de su gusto es su cuidado;
es un hijo atrevido a un padre honrado;
mayor es su pesar que su contento.
Como va la barquilla con el viento,
así camina el padre atribulado,
cuando de la razón va desviado
y no sale a su propio pensamiento.
Prueba el águila al sol sus hijos nuevos
y si miran de Oriente el claro templo
ampara el nido en que los ha tenido.
¡Oh, vida desigual de los mancebos!
Mas, pues nos dan las aves este ejemplo,
yo he de probarle o le echaré del nido.

(*Sale el* ALMIRANTE.)

ALMIR. Ya queda preso en la torre.
LUIS. ¿Qué habrá hecho de locuras
pintando sus desventuras (1),
y que nadie le socorre?
ALMIR. No es esto hacer buen oficio
por lo que al Delfín me toca;
pero no ha abierto la boca
ni dado de enojo indicio.
LUIS. Salir quiere por humilde,
¿sabéis vos la ocasión?
ALMIR. Contrarios dice que son.
Y ahora salió Matilde,
y con tantos embozados,
y alguno de ellos sería.
LUIS. Vos y yo, ¡por vida mía!,
habemos de ir disfrazados:
lo uno, a gozar la fiesta;
lo otro, a ver quién serán
los que rebozados van.
ALMIR. ¡Gran salud y bien dispuesta!
Entra, y daránte sombrero,
capa y espada.
LUIS. Este amor
de hijo me da valor
cuando ya caduco y muero.

(*Vanse y sale* FLORIS.)

FLORIS. ¿A quién sino sólo a mí
tal desgracia sucediera?
¿Y que no me conociera
cuando más señas le di?
Púsole el Rey en prisión,
y por aquí le he seguido,
laso y fuera de sentido,
de cólera y compasión.
¡Ay, mi bien, que preso estás,
que he dado causa a tu daño!
Bien dicen que de un engaño
vienen resultando más.
¿Pero cómo te disculpo,
amante desobediente?
Tu prisión es justamente,
y justamente te culpo.
Amor, que tu cielo vió
la traición que me hiciste,
y así el daño que tuviste
trazó, quiso y permitió;
miró la fe de los dos;
castigóte a toda ley,
porque no se prende un rey
sin gran voluntad de Dios.
Esta es la torre en que está;
¡buenas estaciones ando!,
mas vame un ciego guiando,
¿qué otra luz darme podrá?
¿Qué haré, que por verle muero?
Quiero una piedra tirar
a esta reja, y ver si hablar
puedo a un paje o escudero.
¡Cosa que aquí no la halle!
¡Ah, caso jamás pensado!
¿Pues cómo que a un desdichado

(1) A: "sus dos venturas".

falten piedras en la calle?
Pero con palabras locas
quíselas para tirar,
que a ser para tropezar
no se me ofrecieran pocas.
Halléla, tiré, acerté;
parece que dice así:
que vine, que vi y vencí.

PAJE. ¿Quién es, amigo?

FLORIS. ¡Ce, ce!
Decid al Delfín, amigo,
que meter no me han dejado,
de Floris dar un recado.

PAJE. Esperad, que ya lo digo.

FLORIS. ¡Ah, lo que sabe el honor!
¡Verse una mujer así!
¡Ah, noche, lo que hay en ti,
con tu manto (1) encubridor!

PAJE. ¿Qué sabes?

FLORIS. Volved allá
y decid que aquí se asome,
para que el recado tome.

PAJE. Si es ella misma, vendrá [asombre,

FLORIS. ¿Hay tal gusto? Aunque esto
¡oh, cuánta es la descreencia
de hacer esta diligencia
una mujer por un hombre!
¡Que forme el hombre disgusto
de hacer venir y volver!
¡Que agora he echado de ver
que este andar aumenta el gusto!

(*Sale el* PRÍNCIPE ENRIQUE.)

ENRIQUE. Si oigo tu voz, saldré,
aunque no vea tu luz.

FLORIS. ¿Miedo tienes a arcabuz?
Todo está falto de fe.

ENRIQUE. Los cielos me son testigos
que te hablo con vergüenza;
habla, afréntame, comienza
o trae tú los enemigos;
que como el ave al reclamo,
a tu dulce voz caeré (2).

FLORIS. Ya tus humildades sé,
tu bajo término infamo.
¿Ese es el bosque y la ausencia?
¡Oh, qué cortesano amante!
¡Oh, qué firme! ¡Oh, qué constante
de lo que jura en presencia!
¿De qué sirve que nos cuenten
los Píramos fabulosos,
habiendo acá mil famosos
que sus vitorias afrenten?
Juró Leandro pasar
a Hero el estrecho fiero,
y aquel francés caballero (1)
muchos años no hablar;
rey hubo que prometió
a la que hablaba tanto,
dar la cabeza de un Santo,
y la dió, porque juró.
Tú sí que les excediste,
que hoy saliste y hoy lloraste,
y no volver me juraste
sin mi gusto, y hoy volviste.

(*Fisgando.*)

"Si en eso resuelta estás,
"luego de París saldré,
"aunque mi padre yo sé
"que no me ha de hablar jamás.
"Y porque entiendas que entiendo
"qué es amor y qué es disgusto,
"no volveré sin tu gusto,
"pues con mi gusto te ofendo.
"Parte, Ruperto, y al punto
"haz que me tenga Clarino
"aderezo de camino
"y lo necesario junto."
A Vuestra Alteza le ruego
me diga si era el pedir
aderezo para ir
o para volverse luego.

ENRIQUE. ¡Oh, qué temeraria estás!
Ya apuras mucho el delito.

FLORIS. Téngole en el alma escrito;
espera, que aún falta más.
Diga cómo está en prisión.

ENRIQUE. Ahora bien, yo te he dejado,
sin haberme disculpado,
hablar, por ver tu pasión.

FLORIS. ¿Luego hay disculpa?

ENRIQUE. ¿Pues no?
Sabe que esta tarde fuí
a los bosques.

FLORIS. Ya te vi,
que eso te mandaba yo.

ENRIQUE. Andando en traje villano

(1) A: "mano".
(2) Texto: "cairé".
(1) A: "de aquel francés caballero".

con el arcabuz al hombro,
dos guardas, con grande asombro,
con otros dos a la mano,
me llegaron a prender,
y sin éstos, otros doce
y tantos, que así te goce,
no me pude defender.
Que puesto que les decía
que era el Príncipe, apuntaban,
y el fuego al grano aplicaban,
jurándome que mentía.
Vinieron a dar aviso
al Rey; supo que era yo
y a esta torre me mandó
me trujesen de improviso.
Que estima en tanto su caza,
que con este ejemplo quiere
que nadie perdón espere
y a los demás amenaza.
Así vine a mi pesar,
así tu gusto rompí,
porque yo ofenderte a ti,
antes me deje matar.
Antes con gusto excesivo
pedí mi muerte y enojos,
por no ofender esos ojos
que son la vida que vivo.
Así estoy preso, mi bien,
por villano y por la caza.

FLORIS. No ha sido mala la traza
y la disculpa también.
Pues, perro, si yo fuí aquel
que a la sala entró a buscarte
y que quiso ocasión darte
a que riñeses con él...
Si dije que conocía
tus ojos y te pedí
la palabra, ¿cómo a mí
me enseñan esa osadía?
¿No me viste con vestido
de hombre?

ENRIQUE. Y dime, señora,
¿estás de esa suerte agora?

FLORIS. Así a buscarte he venido.

ENRIQUE. ¿Pues cómo te podré ver
(pesar del Rey y su nombre)
una vez en forma de hombre,
de cuantas te vi mujer?
¿Que tú entraste y que te hablé?
¿Que tú me hablaste y tú fuiste
la que la ocasión me diste,
y que la espada saqué?
No ha de pasar sin que sea
celebrada, ¡vive Dios!,
la paz luego entre los dos.

FLORIS. Eso de paz, no lo crea.
Que yo no he de entrar allá,
ni sus guardas me han de ver.

ENRIQUE. Pues licencia he de tener,
que Borbón se partió ya.
Espera, que ya deciendo
y daré de puñaladas
a las guardas.

FLORIS. ¡Ya me agradas!

(*Quítase de la ventana* ENRIQUE.)

Ven, que perdonarte entiendo.
Mas, ¡ay de mí!, que airado
él no siendo obedecido
y tras lo que ha sucedido
será el delito doblado.
¿En qué me traes, amor?
Celos, ¿en qué me traéis?
¿Qué os ha hecho o qué tenéis
la Condesa de Belflor?
¿Qué tiene aquesta mujer?
¿Sabe de mercedes parte?

ENRIQUE. Eso quiero preguntarte;
eso deseo saber.
Mas, abrázame primero.

FLORIS. Con bajar te has disculpado.

ENRIQUE. ¡Bizarro traje!, ¡extremado!,
darte cien abrazos quiero.

FLORIS. Perdonará Vuestra Alteza
aquí los noventa y nueve.

ENRIQUE. Quien paga mal lo que debe,
aun en dar muestra pereza.
Por tu vida, que estás bella;
¿qué amazona se te iguala?
que en brío, hermosura y gala
puedes competir con ella.

FLORIS. Grandes, con hachas y ruido
vienen.

ENRIQUE. ¿Dónde me iré, pues?

FLORIS. Bueno, la Condesa es;
a mirarla habrá salido.
¡Huye!

ENRIQUE. No puedo, que están
cuatro guardas donde estoy,
a mirarme, si me voy,
y luego voces darán.
Vendrán mil hombres tras mí

y sabrá el caso mi padre.
FLORIS. Pues algo ha de haber que cuadre,
que no has de quedar aquí.
ENRIQUE. Floris, a fe de quien soy,
de estar cerrados los ojos,
para no te dar enojos,
si con verla te los doy.
Mas, por mi fe, que no puedo
quitarme de aquí; ¿no basta
esta palabra?
FLORIS. No gasta
ya tus palabras ni miedo;
del que le rompe una vez
nadie se debe fiar,
que lo volverá a quebrar.
ENRIQUE. ¿Tan lejos está el juez
de mi vida?
FLORIS. ¡Que no cesa
mi pena!
ENRIQUE. ¿Pues en qué estás?
FLORIS. No, no, que los abrirás
en llegando la Condesa.
ENRIQUE. Pues átame un lienzo en ellos.
FLORIS. Que me place, que ya llega.
ENRIQUE. ¡Qué gentil gallina ciega!
¿Mas qué Cupido sin ellos?

(*Entran la* CONDESA MATILDE, *el* CONDE GESUALDO, DON DIONÍS, TIBALTE, VALDOVINO; *el* REY, *detrás; el* ALMIRANTE, RUPERTO, *con una linterna en la mano, y* CLARINO, *con hacha.*)

LUIS.

¿Posible es, Almirante, que ahora llegan?

ALMIRANTE.

Llevaron a doña Alda a su posada,
hízoles apear y detuviéronse.
Gente hay aquí.

FLORIS.

Huír conviene, ¡ah, cielos!

(*Vase.*)

LUIS.

¡Muestra esa luz!

RUPERTO.

Un hombre con un paño,
que parece que juega sobre apuesta.

ALMIRANTE.

Otro se huyó de aquí.

LUIS.

Pues, Borbón, síguele.

ALMIRANTE.

Yo voy tras él.

LUIS.

¡Cielos! ¿Qué es esto?

ENRIQUE.

¿Sois alguaciles? ¿Sois la ronda acaso?
Pasa adelante, porque soy el Príncipe.

LUIS.

Villano, loco, bárbaro, atrevido,
si no lo confesaras con la boca,
creerlo de mí mismo no pudiera,
ni fuera de la torre, ni en los tuyos.
Un lienzo atado; ¿qué haces de esta suerte?

ENRIQUE.

Más debieras culpar tus demasías,
que de mi muerte habrán de ser la causa,
y si quieres saber cuál es más cuerdo,
mira que en forma de justicia vienes,
perdiendo de tu ser con invenciones,
a buscar los rincones de palacio.

LUIS.

¿El Rey no es la justicia?

ENRIQUE.

Hay diferencia
del Rey a la justicia y sus ministros.
Justicia es el Consejo de los reyes,
sonlo sus Capitanes generales,
sus varas, sus alcaldes y otros muchos;
mas no ha de ser el Rey ninguno de éstos,
mayormente en los casos más humildes.

LUIS.

¿Si yo vengo a buscar tus enemigos? (1).

ENRIQUE.

Harto bien los buscaste, si prendiéndome,
me deja el Almirante a buen recaudo,
y llegando a la puerta de esta torre,
me cogen entre seis y me derriban,
y con aqueste lienzo están mis ojos;
que a no llegar del Conde aquellas hachas,
me hubieran muerto.

LUIS.

Válganme los cielos!

(1) Texto: "sus enemigos".

ALMIRANTE.

Si son así los enemigos tuyos,
no hay mucho que temer.

LUIS.

¿De qué manera?

ALMIRANTE.

Esta dama escondida hallé en el muro,
vestida de hombre, con espada y daga.

LUIS.

¡Ah, traidor! ¿Tus enredos son aquéstos?
¿Contigo estaba?

ENRIQUE.

¿Cómo que conmigo?
Ni en mi vida la vi.

RUPERTO.

Floris es ésta,
¿no la conoces?

ENRIQUE.

¿Yo?, de ningún modo.

LUIS.

¿Quién sois vos?

FLORIS.

Una dama de esta Corte.

LUIS.

¿Qué calidad?

FLORIS.

Primero saber quiero
la tuya, que si el hombre, al dar la espada,
se informa si es hidalgo a quien la rinde,
la mujer, al decir quién es, se debe
informar de quién es el que lo pide.

LUIS.

Yo soy el Rey.

FLORIS.

No puedo ser más noble,
yo soy del Conde de Abspurg su noble hija;
que no se casó el Conde, como sabes.

LUIS.

¿Pues una mujer noble así se viste?

FLORIS.

Amor, ¿qué no podrá?

LUIS.

¿Tanto amor puede?

FLORIS.

Olvídate, señor, de aquesas canas
y trae a la memoria el bozo negro;
verás qué puede amor.

LUIS.

¿Amas al Príncipe?

FLORIS.

No le conozco.

LUIS.

¿Pues a quién buscabas?

FLORIS.

Dama he sido del conde Gesualdo,
y viéndole casar aquesta noche
salí llorando a verle en este traje.

LUIS.

Id al Conde, Borbón, y si por dicha
no estuviere acostado con su esposa,
decid que aquí se llegue con una hacha.

RUPERTO.

Clarino, este negocio va perdido.

ALMIRANTE.

Yo voy.

ENRIQUE.

Mejor, señor, nacido hubieras
para ministro de justicia humilde,
que para el ser de la justicia misma.
Deja esa dama, que esas son quimeras,
pues cuando hubiera sido cosa mía
no era ser desleal a tu corona (1),
ni tan desobediente a tus preceptos (2).

LUIS.

¿Cómo que no era ser desobediente?

ENRIQUE.

Cuantos nacieron tienen mocedades.

LUIS.

Cuantos nacieron de quién nacen miran.

ENRIQUE.

Ninguno nace viejo cuando nace.

LUIS.

Con sus obligaciones nacen todos.

ENRIQUE.

Y para dar al tiempo lo que es suyo.

(1) A: "su corona".
(2) A: "sus preceptos".

LUIS.

Quien tiene mal principio, mal fin tiene.

ENRIQUE.

Nerón tuvo también buenos principios.

LUIS.

Así vendré yo a ser como fué Francia.

ENRIQUE.

No soy tirano yo, que soy tu hechura.

(*Entre el* ALMIRANTE.)

ALMIRANTE.

Gesualdo está aquí.

ENRIQUE.

Yo sé que el Conde
dirá lo que es verdad.

LUIS.

Conde Gesualdo,
¿es tuya aquesta dama y la has tratado
hasta que te casaste con Matilde?

GESUALDO.

Pienso, señor, que no la vi en mi vida.

ENRIQUE.

Conde, decid verdad, no neguéis, Conde;
si lo dejáis agora de vergüenza,
mirad que piensa el Rey que es cosa mía.

GESUALDO.

Si eso es así diré verdad en todo:
señor, si las flaquezas de los mozos
hasta el efeto de tomar estado
perdón merecen, yo traté esta dama;
pero ella sabe que a Matilde adoro,
y que desde que trato el casamiento
no he entrado por las puertas de su casa.

LUIS.

Conde, los hombres nobles, los que obliga
la sangre paternal, la virtud propia,
ya que una vez yerran y pretenden
que la disculpa de los verdes años
para el error pasado tenga fuerza
deben mirar que no valdrá adelante,
pues desde que el mancebo toma estado
ya no corre por leyes de mancebo.
Matilde es bella, es cuerda, es virtuosa;
ya es tiempo que a estas cosas deis de mano,
lo que espero de vuestro entendimiento.

GESUALDO.

Yo hago en vuestras manos, señor ínclito,
pleito homenaje de, en mi vida toda,
no volver a tratar con esta dama.

LUIS.

Pues alto cuanto se trate de esta suerte;
que esta dama en prisión esté unos días,
y el Príncipe a la guerra parta luego,
por mi persona, donde esté a la orden
de mosiur de Borbón.

RUPERTO.

¡Perdidos somos!

LUIS.

Id en buen hora, Conde, y a Matilde
decid que me perdone esta tardanza.

GESUALDO.

Guárdete el cielo.

LUIS.

Mete en esa torre,
Ruperto, aquesta dama.

FLORIS.

A ti mismo,
señor, apelo de este agravio.

LUIS.

Calla,
que quiero hacer que el Conde te remedie.

ENRIQUE.

¡Ay, Floris, ten paciencia!

FLORIS.

Y tú, memoria,
que ésta, por ti, no es cárcel, sino gloria.

(*Vanse.*)

SEGUNDA JORNADA

(*Salen* DON DIONÍS *y* VALDOVINO.)

DIONÍS.

¿Que el Rey murió, en efeto, Valdovino? (1).

VALDOVINO.

En esta breve ausencia que habéis hecho
veréis la vuelta que el cruel destino
ha dado a Francia, con feroz despecho.

(1) A: "Valdoino."

Rodrigo, que a menor imperio vino,
porque de Enrique la gobierna el pecho,
ni que muriendo el rey Luis, no queda
su mismo brazo que regirla pueda.
Pero como en la muerte de los reyes
se sigue en todo general mudanza
y en tanto variar tiene con leyes,
y queda el bien con menos confianza;
desde el villano que gobierna bueyes
hasta el que pone sobre el ristre lanza,
están pensando entre esperanza y miedo
a qué se inclina aquel feroz denuedo.
Múdanse los oficios, y comienza
la privanza y la envidia larga historia,
no porque al Rey ningún efeto venza,
que cierto es digno de su misma gloria,
cubre al mancebo una real vergüenza
que admira a quien le mira, y la memoria
que tiene de pagar los beneficios
de su pecho y clemencia ha dado indicios.
Vino luego del cerco de Bayona,
donde París le recibió contenta,
alzando por su vida y su persona
el estandarte en una plaza atenta;
diéronle el cetro, llaves y corona,
y apenas lo ha tomado cuando intenta
volver a la conquista comenzada,
y contra Ingalaterra alzar la espada.

DIONÍS.

¡Viva mil años el famoso Enrique,
tan natural retrato de su abuelo,
para que las vitorias amplifique,
que se han ganado con la lis del cielo!

VALDOVINO.

¡Que tal valor agora signifique,
en todos pone general consuelo,
que puesto que los reyes son espejo,
mejor se ven los rostros en el viejo.

DIONÍS.

No haber llegado, ya volverse, es cosa
que promete gallardas esperanzas.

VALDOVINO.

Ya le parece mal la vida ociosa,
sólo trata de espadas y de lanzas;
tampoco en el bien público reposa
por sosegar desdenes y mudanzas
que el claro sol le halló vestido un día.

DIONÍS.

¡Qué gloriosa ha de ser su monarquía!

VALDOVINO.

El Rey sale.

DIONÍS.

Yo estaba de camino
para Belflor; mirad si mandáis algo.

(*Sale el* REY, ALMIRANTE *y* TIBALTE.)

VALDOVINO.

Encomendadme al Conde.

REY.

Es desatino,
que no presumo lo que puedo y valgo;
ir, Borbón, en persona determino.
Mañana de París marchando salgo,
que habiendo dado en el gobierno traza,
es justo resistir al que amenaza.

ALMIRANTE.

Cuando tan experimentado y viejo (*sic*)
el que reina, señor, cuanto más mozo,
el que es leal le debe dar consejo,
desde las canas hasta el rubio bozo:
de encarecer tu pensamiento dejo,
sabe Dios lo que de él me alegro y gozo;
que nunca la lisonja halló en mi pecho
la puerta de la casa del provecho.
Y así digo que alguno te dijera
que tu persona en esto se quietara,
que en el puesto que estoy mandar quisiera,
sin que otro superior se lo estorbara,
que bastara que un hombre, cual yo, fuera,
y que el Rey en su casa gobernara;
pero yo, que tu bien y el común miro,
no a mi provecho, que al de Francia aspiro.
Pues dejas quien asiste a tu gobierno,
parte, famoso Enrique, tú en persona,
a destruír al enemigo interno,
que en nuestro deshonor tiene a Bayona.
Tranza el arnés y pon el brazo tierno
a la túnica fuerte de Belona:
que el Rey en el ejército parece
lo que el sol en el cielo resplandece.
Yo sacaré, no menos que esta tarde,
de franceses lucidos borgoñones
tu gente al campo, en dilatado alarde,
tremolando banderas y pendones,
alma pondrá, señor, al más cobarde
ver que entre sus lucidos escuadrones
vaya con su bastón el César nuevo,
tierno Alejandro y Scipión mancebo.

REY.

Pariente, si cual vos los hombres fueran,
que están junto a los reyes noche y día,
y que así las verdades les dijeran,
¡qué pocos yerros en el reino habría!
No pienso que más ágiles se alteran,
al son de la trompeta y chirimía,
con los armados dueños los bridones,
que yo con vuestras fáciles razones.

Veré el alarde, y no habrá visto Delio
del Pirineo el blanco extremo helado
cuando yo, como Emilio, el monte Celio
pase estas sierras con mi campo armado;
oiré misa, y al último Evangelio
el pergamino romperán templado
las cajas a marchar (1), por más que viva
en sangre juvenil Venus lasciva.

(*Entra* RUPERTO.)

RUPERTO. Darte quieren memoriales
tres o cuatro pobres.
REY. Vengan;
de ningún modo detengan,
Ruperto, personas tales.
VIEJO. Retrato del gran Luis,
y esperanza de que a tanto
has de llegar como el Santo.
¡Ten piedad!
REY. ¿Qué me pedís?
VIEJO. De ese pleito, el fin, no más.
REY. ¡Id con Dios!
VIEJO. ¡Dios te prospere!
SOLDADO. No hay otro bien en que espere,
si hoy, como dicen, te vas.
REY. ¿Arcabuzazo te han dado
en Bayona?
SOLDADO. Sí, señor.
REY. ¿Mancebo estás?
SOLDADO. No en valor.
REY. Dénle aquí el sueldo doblado.

(*Sale* FLORIS *en hábito de peregrina, con toca de plata en el rostro.*)

FLORIS. Suplico a tu Majestad
lea este papel.
REY. Sí haré.
ALMIR. No es mala la moza, a fe.
TIBALTE. ¡Qué peregrina beldad!
VALDOV. ¡Ah, señora peregrina!
FLORIS. ¡Ah, señores cortesanos!
VALDOV. ¡Podemos tocar las manos,
que vendréis medio divina?
FLORIS. No soy Rosario tocado
en reliquias, por su vida.
REY. ¡Qué peregrina escogida!
ALMIR. ¿Qué hay del papel?
REY. Extremado.
ALMIR. ¿Cómo?
REY. Escucha, que es notable.
Veamos si tú lo entiendes.
ALMIR. En esto tu ingenio ofendes,
que es, sin lisonja, admirable.

(*Lee.*)

REY. *"La peregrina de uno dice que habiéndolo sido en todas sus estaciones y estados, de dos años a esta parte, agora que le ha mudado su dueño, vive olvidada y desconocida: suplica a Vuestra Majestad le haga limosna de sí mismo, que en ello recebirá lo que solía ser suyo."*
ALMIR. ¿Hay más discreto papel?
REY. ¿Cúya sois que así os maltrata?
ALMIR. Quítese el velo de plata;
dirálo el rostro por él.
FLORIS. Hablad y tened la mano;
que descubrir sin querer
la más humilde mujer
no es término cortesano.
Y los que andamos perdidos
en la peregrinación
traemos este bordón
para perros y atrevidos.
ALMIR. Todo lo soy, que en leal
vuestro perro quiero ser,
y atrevido, sólo en ver
ese rostro celestial.
FLORIS. Dejad que hable el Rey, que ya
tiene edad para sin ayo.
REY. De aquesos ojos un rayo
dentro del alma me da;
no sé qué he sentido en ellos;
mas decidme, sol divino,
¿quién ha sido el peregrino
que vos llamáis dueño de ellos?
Que como ya con ninguno
guarda lealtad amor loco,
en ese tiempo no es poco (1)

(1) A: "marchas".

(1) B: "en ese tiempo no poco".

ser peregrina de uno.
Y no entiendo que es, por Dios,
hombre principal y honrado,
pues porque mudó de estado,
mudó de lealtad con vos.
Hay en esto mil engaños;
mas si agravio no lo impide,
crueldad es que un hombre olvide
obligación de dos años.

FLORIS. Yo he sido tan peregrina
de uno solo, que jamás
quise ni menos ni más,
cosa más ni menos digna.
Y dejando otra malicia
podréis, señor, entender
que la debe de tener,
pues vengo a pedir justicia.
El hombre es muy poderoso,
y por experiencia sé
que en lo que es palabra y fe
es en extremo dudoso.
Dejóme y fuése, y, por Dios,
que heredado está ya tal,
que es menester memorial
como para hablar con vos.
Que es a vos tan semejante,
en cuanto os ha sucedido,
que su retrato habéis sido.

REY. ¡Bueno es aqueste, Almirante!
Con todo esto me contento,
que digáis que puedo yo
dar ese hombre.

FLORIS. ¿Pues no?

REY. Pues, ¡alto!, yo soy contento;
que no ha de quebrar por mí.

FLORIS. Aquí, para entre los dos,
muy bien podréis, señor, vos
daros a vos.

REY. ¿Cómo así?
Extrañas sois las mujeres;
¡válame Dios (1), ciego estoy!,
o eres Floris o no soy
el Rey de Francia.

FLORIS. Sí, eres.

(*Descúbrese.*)

REY. ¡Floris!

FLORIS. ¡Olvidado mío!

REY. ¿Pues así me has agraviado?

FLORIS. Que muda el mudar estado
el imperio y señorío.

REY. Esa ley no comprehende
mi amor.

FLORIS. Sí ha comprehendido
el testimonio tu olvido
de que mi lealtad se ofende.
Dejásteme presa allí.

REY. Dejé contigo mi gente.

FLORIS. Presto se olvida un ausente.

REY. No fué esa ley para mí;
y si agora no estuviera
de partida, como estoy,
vieras, a fe de quien soy,
cómo te amara y sirviera.

FLORIS. ¿Pues cómo de ayer venido
hoy te vas?

REY. Así me importa;
pero la jornada es corta.

FLORIS. No es corta a quien me olvidó (1).
Mas, pues a la guerra vas
y acompañarte podré,
llévame; como yo iré,
llevarás un paje más.

REY. ¿Que irás ansí?

FLORIS. Sí, señor.

REY. Pues, ¡alto!, sáquente galas.

FLORIS. Hoy trueco flechas en balas,
y por Marte, al niño amor.
Tú verás mi bizarría,
otro Héctor quiero ser;
vamos, que para vencer
bastan tus ojos, luz mía.
Seré un Héctor si me armas.

ALMIR. Tener silencio procura.

REY. Camina, que tu hermosura
más vencerá que mis armas.

(*Salen el* CONDE *y* DON DIONÍS.)

CONDE.

Admirado me deja,
primo, la relación del nuevo Enrique.

DON DIONÍS.

Tan de veras se aleja
de cuanto indicios tiernos signifique,
que hasta la blanca cama,
por ser regalo, pienso que desama.
Ayer, con grave traza,
en la insigne París, por triunfo, arcos,

(1) B: "váleme Dios".

(1) Debe faltar algún verso.

más rica que la plaza
de la ciudad famosa de San Marcos,
entró lleno de galas
del palacio de Carlos a las salas;
y hoy, ceñida la espada,
y sobre el cuello la acerada gola,
entre su gente armada,
escucha el arcabuz y la pistola,
y haciendo de ella alarde,
dice que ya para marchar es tarde.
En un bridón de Frisa,
armado el fuerte pecho, fraje y anca
con la antigua divisa,
sobre las armas, de la banda blanca,
aplicando la espuela,
saca la lanza de la cuja y vuela.
Admíranse los hombres;
da amor al propio y al extraño miedo;
dále al vulgo mil nombres:
cuál le llama Luis y cuál Gofredo;
cuál, viendo gloria tanta,
dicen que ha de ganar la Casa Santa.
Borbón, el Almirante,
va por su General y otros mosiures:
el de Brava, el de Anglante,
de Bocaguisa, Ruiseñor y Plures
le van acompañando,
de quien ya Ingalaterra está temblando.

CONDE.

¡Oh, famosa señora!
¡Oh, Matilde, mi bien, esposa cara!
Agora es tiempo, agora,
puesto que pierdo de mirar la cara
más bella de la tierra,
que licencia me des para la guerra.
Bien sé que es fuerte caso
que tan recién casada sola os deje,
y que el obscuro ocaso
de aquesta ausencia de rigor me aleje
cuando apenas la frente
habéis visto del sol por el Oriente.
Pero si toda Francia,
si todos sus valientes caballeros,
con debida arrogancia,
ofrecen, relumbrando los aceros,
a su Rey las espadas,
¿por qué estarán las nuestras envainadas?
Ha de marchar Godofre,
Angelberto y Honofre,
que todos son casados y aman todos,
¿y yo en Belflor metido,
como conejo tímido escondido?
¿Han de llevar de plumas
coronados los fuertes morriones,
y como el mar espumas,
ver sus bravatas, furias y blasones,
y yo en esta ribera
con un pardo gabán y una montera?
¿Ha de regir un freno
del caballo español, cuando le argenta
de blanca espuma lleno,
de furia, que la cincha le revienta,
y yo en aquestos prados,
ver que roban la yerba sus ganados?
¿Han de tirar la bala
al pecho inglés detrás de la trinchea (1),
acometiendo en ala
a matar al contrario en la pelea,
y yo la flecha al gamo,
cogiendo la perdiz con el reclamo?
¿Faltará quien murmure?
Pues si no lo pensáis, mi bien, pensaldo,
mientras la empresa dure,
y que digan que el conde Gesualdo,
muy cobarde, reposa
entre los brazos de su amada esposa.
Y plega a Dios no diga
que está haciendo labor con sus criadas,
cuando a su Rey le obliga
la furia de las bárbaras espadas;
que no hay hombre tan bueno,
de quien la envidia guarde su veneno.
¡Ay, honra!

MATILDE.

¡Paso, paso!
No os aflijáis, mi bien. ¿Qué enojo es ese?
Salga mi lengua al paso
y ese discurso belicoso cese;
que para ser tan sabio
hacéis a mi valor notable agravio.
¿Qué lágrimas, amigo,
habéis visto en mis ojos, que estas suelen
ser del alma testigo,
que más afirma lo que en ellas duelen
de ausencia los tormentos,
para hablarme con tantos sentimientos?
¿Qué armas escondidas
tengo desde que supe la jornada
o qué espadas rompidas?
¿Qué puerta de la casa bien cerrada?

---

(1) B: "trinchera".

¿Qué caballo mi mano
de las camas del freno tiene en mano?
¿Cuál noche en vuestros brazos,
bañándoos con mil lágrimas la cara,
con estrechos abrazos
pedí que la partida se quedara
por esta vez, jurando
dejaros otra y no quedar llorando?
¿Qué indicios os he dado
de algún mal parto en la partida vuestra?
¿Qué terceros he echado?
¿En qué cena o comida he dado muestra,
con llorosa presencia,
de que si os vais me moriré de ausencia?
Partid, Conde, en buen hora,
y ¡ojalá que tuviera aquí dos hijos!,
que en la ocasión de agora
teniendo edad, con nuevos regocijos,
al Rey también los diera,
y yo, si fuera justo, también fuera.
No soy de las mujeres,
que si os armo con estos dedos tiernos
que ponen alfileres
en mis tocas, hebillas pone y pernos,
en vuestras armas, Conde;
que esto a quien soy, y no a llorar, responde.
Aquel espejo grande,
en que me toco, para armar es bueno,
¿queréis que traerle mande
mientras pedís las armas? Porque el freno
puesto terná el caballo.
Id, que del Rey sois deudo y sois vasallo.

CONDE.

¿Por qué celebra el mundo
Semíramis, Cenobias y Camilas,
y con valor profundo,
Matilde, las deshaces y aniquilas,
y en tu valor se advierte
que fué posible hallarse mujer fuerte?
Primo Dionís, ¿qué siente
ese pecho de ver esta matrona,
esta serena frente
digna del verde lauro que corona
las sienes imperiales,
Aquiles, Darios, Pirros y Aníbales?

DON DIONÍS.

Estoy, Conde, de suerte
que a no la conocer, que lo fingía (1)
temiera; pero advierte
del divino valor con que porfía
a que tome la espada.

CONDE.

Dame esos brazos, ¡ah, Matilde amada!,
y pues me das licencia,
a que con tanta honra en este caso
no falte mi presencia,
importa que a París alargue el paso,
pues ya su rey se parte.
Dame y toma del alma media parte;
que en lo demás que toca
a tu casa bien saben tu gobierno,
y en tu valor mi boca
no dice cosa, por el cielo eterno.

MATILDE.

Ahora bien; no lo digas,
que mucho más callar con él me obligas.
Vamos, porque es ya tarde.

CONDE.

Quede contigo el ángel de tu guarda.

MATILDE.

El mismo a ti te guarde.

DON DIONÍS.

¡Oh, qué mujer tenéis, primo!

CONDE.

¡Gallarda,
pero parto con celos.

MATILDE.

Que así se vaya y que me deje, ¡ah, cielos!

(*Caja, bandera, gente;* FLORIS, *con un escudo de paje;* ALMIRANTE, *con bastón; el* REY, *con gola.*)

REY. ¡Bizarro, por vida mía!
¡Gallarda gente, Borbón!
ALMIR. Francia estos árboles cría.
REY. Y yo espero en su sazón
coger su fruto algún día.
ALMIR. Todo lo que ves se alista.
REY. Alegra el alma y la vista
ver su número en exceso
y en señal de buen suceso
de la presente conquista.
ALMIR. Ellos la llevan igual,
como son de buena ley.
REY. De llevar tal general.
ALMIR. Más de servir hoy al Rey.
REY. Quien ama no sirve mal.
ALMIR. Alejandro así vencía,
porque era en extremo amado

(1) A: "que la fingía".

de la gente que traía.
REY. Amor de rey al soldado
bizarros aceros cría.
ALMIR. Todos me juran a fe
de francés, y por la vida
no volver atrás el pie.
REY. ¡Qué linda gente!
ALMIR. Escogida.
REY. Primo, esperad, bajaré.
ALMIR. Bien puedes, pues desde arriba
no has visto el paje que sigo.
REY. ¡Así gallardo, así viva!
Por este paje lo digo.
FLORIS. ¿Su calidad?
ALMIR. ¿Qué es?
FLORIS. Me derriba.
ALMIR. ¿Por qué?
FLORIS. Porque desde alto
era muy a plomo el salto.
ALMIR. Hoy andas gallardo en todo.
FLORIS. Cumplo, señor, de este modo
mil cosas de que estoy falto.
ALMIR. Basta el valor que se encierra
en ti.
FLORIS. Quien dice que no
para ir a la guerra, yerra;
que los que son como yo
no suelen dar para guerra.
¡El Rey!
REY. ¡Oh, Borbón amigo!
ALMIR. Tu esclavo soy.
REY. ¡Oh, famosos
franceses! Dios me es testigo
que los más dificultosos
hechos emprender me obligo!
¡Oh, Valdovino y Tibalte,
de esta joya rico esmalte!
¡Oh, Clarino!, ¡oh, buen Ruperto!,
para el buen suceso, es cierto,
¿qué puede haber que me falte?
(¡Oh), Floris!
FLORIS. ¡Acabara yo
para mañana de verme!
REY. Siempre el cuidado te vió,
porque nunca el alma duerme,
que siempre el alma veló.
Estáis muy galán soldado.
FLORIS. Razonable estoy de todo.
REY. Bravas galas has sacado.
FLORIS. ¿No ves qué bien me acomodo
a las armas que me han dado?
REY. Ese es gran peso, así vivas;
que con armas defensivas
nunca yo te pensé ver,
que las solías tener
por todo extremo ofensivas.
FLORIS. No sé si ofendo o defiendo;
sé que te vengo a servir.
REY. Y yo, que pagarte entiendo.

(*Sale el* CONDE *y* DIONÍS.)

CONDE. Bizarra cosa es oír
de las cajas el estruendo.
DIONÍS. Con tal gana las oís,
con qué bizarro valor
quieren salir de París.
CONDE. Aquí tienes, gran señor,
al Conde y a don Dionís.
REY. ¡Jesús, Conde, sea en buenhora!
¿Cómo queda la Condesa?
CONDE. Vuestra humilde servidora
rogando a Dios que esta empresa
venza el Rey y Francia agora.
REY. ¿A qué venís por acá,
que ya yo estoy de partida?
Mas buen despacho tendrá.
CONDE. Vengo a ofreceros la vida,
que es la que mi sangre os da.
REY. Dejad, Conde, cumplimientos;
conozco vuestro favor.
CONDE. En mis palabras e intentos
no hay cumplimientos, señor,
sino honrados pensamientos.
Yo vengo con voz expresa
de servir en esta empresa.
REY. Créolo; ya lo sabía;
mas no habéis, por vida mía,
de dejar a la Condesa.
CONDE. Señor, Vuestra Majestad,
no podía esta vez tener
el freno a mi voluntad.
REY. Borbón, ¿aquesto ha de ser?
CONDE. Como es la verdad verdad.
ALMIR. Pues Gesualdo ha venido,
¿quién duda que habrá tenido,
para emprender la jornada,
con su mujer y su espada
resolución y ruído?
No hay replicarle, que es hombre
del valor que ya tú sabes.
CONDE. Poco te ofrezco en mi nombre;
pero entre personas graves
quiero que Dionís se nombre.

Puedes hacerle merced,
que a servirte también viene.

REY. Que lo he estimado, creed.
Y a la gente que se ordene;
el campo en orden poned.
No hay sino marchar, ¡adiós,
París, que volver a vos
Dios lo puede hacer!

ALMIR. Sí hará.

REY. ¡Floris!

FLORIS. ¡Señor!

REY. ¿Quién dirá
que a guerra vamos los dos?

(Vanse y sale la CONDESA *y* ROSELA.*)*

ROSELA. ¿A quién no dará espanto,
pues es cosa nunca oída,
verte alegre a la partida
y después deshecha en llanto?
Deja de bañar el lienzo,
que parece que le lavas.

MATILDE. ¡Ay, Rosela, que no acabas
de ver que a llorar comienzo!
El no llorar, cuando ya
partió el Conde, mi señor,
era del alma un dolor
que la sangre me le da.
Pero este llanto de agora,
cuando ya no está en presencia,
a los ojos de su ausencia
dásele el alma que adora.
Y como si es detenida
más furiosa el alma vuela,
así mi llanto, Rosela,
sale con mayor corrida.
Y como donde hay dolor
y en el abrir hay pereza,
acude naturaleza
con mayor sobra de humor;
así yo, que he detenido
la furia de ver su ausencia,
rompo con mayor violencia
por el lugar resistido.
¡Ay, Gesualdo! ¡Ay, mi bien!
De cuatro días casado,
¿posible es que habéis mostrado
conmigo tanto desdén?
Tan cansado estáis de mí,
sin duda claro se ve,
que no es guerra a la que fué,
sino la que yo le di.
¡Cuánta diferencia alcanza
desde el amor al desdén,
y de poseer el bien
a tenelle en esperanza!
¿Qué presto no se la damos,
mudanza en sus pareceres?
¿Qué tenemos las mujeres
que así a los hombres cansamos?
Sin duda alguna que siento
que el hombre en esta ocasión
cobra alguna imperfección
de nuestro conocimiento;
y como entonces mostramos
nosotras el amor junto,
puede ser que en aquel punto
otra perfeción (1) cobramos.
Tan bien se aprueba y conforma
con esto, que la mujer
suele al hombre parecer
cual la materia a la forma.
No sé si en esa flaqueza,
de amar y no ser amadas
nos ha dejado agraviadas,
sin razón, naturaleza.

ROSELA. Señora, si desvaneces
tu entendimiento en quimeras,
mezclando burlas a veras
del bien o mal que padeces,
vendrás a perder el seso,
que es principio de locura
cuando una persona apura
lo imposible de un suceso.
Que el cielo del Conde sabe
que no fué falta de amor
sino gran fuerza de honor,
en una ocasión tan grave.
Tú también culpa tuviste,
que es, proponiéndote el caso,
ni le detuviste (2) el paso
ni mostraste el rostro triste.
La guerra es breve y segura,
Enrique en persona va;
presto el Conde volverá
a gozar de tu hermosura.

MATILDE. Plega a Dios, que sabe bien
cuánto su peligro siento;
que es muy bravo el pensamiento,
y amigo de honor también.
Temo (3) una bala, una flecha,

(1) B: "perfición".
(2) A y B: "si le detuviste el paso".
(3) A: "tomo".

una desgracia y azar.
ROSELA. Siempre el temer y el amar
vive en una casa estrecha.
Mas quiera Dios, mi señora,
que vuelva a su patrio suelo
con salud.
MATILDE. A la del cielo
lo encomienda de hora en hora.

(*Entra* LAUJINO.)

LAUJINO. Todo el fuerte está cerrado,
sin que quede puerta en él,
en el patio, ni el vergel.
MATILDE. Mucho contento me has dado.
LAUJINO. Las llaves son éstas.
MATILDE. Muestra;
que yo las quiero guardar.
ROSELA. ¿Que ya no hay salir ni entrar?
¿Qué vida ha de ser la nuestra?
MATILDE. ¿Mandaste decir las misas
por el Conde, mi señor?
LAUJINO. Hago yo con mucho amor
las cosas que tú me avisas;
y más tocando a salud
y vida del Conde agora;
que le he criado, señora,
y conozco su virtud.
ROSELA. Llorad vos también un poco,
que eso habemos menester.
LAUJINO. Hasta el cielo ha de llover
de tristeza.
ROSELA. ¡Callad, loco!

(*Entra* ARDENIO.)

ARDENIO. ¡Dame albricias!
MATILDE. ¿Yo? ¿De qué?
ARDENIO. Quebrando queda el aldaba
del fuerte...
MATILDE. ¡Prosigue! Acaba;
que estoy entre miedo y fe.
ARDENIO. El Conde, mi señor.
MATILDE. ¡Bueno!
Tome esas llaves cualquiera;
y a fe que a abrirle saliera;
pero esta humildad condeno,
no entienda flaqueza en mí.
LAUJINO. Voy volando.
ARDENIO. Yo también.
MATILDE. ¡Jesús, que el Conde, mi bien,
Rosela amiga, está aquí!
¡Oh, buen Rey, discreto y sabio!
No le ha consentido ir.
ROSELA. Si verdad se ha de decir,
hiciérate mucho agravio.
Siempre, señora, pensé
que el Rey no consentiría
que fuese.
MATILDE. ¡Ay, Rosela mía,
que estoy entre miedo y fe!

(*Entra el* CONDE GESUALDO.)

CONDE. Cuando tus antepasados
ganaron este castillo
o por puerta, o por portillo,
o a escala vista arrojados,
no es posible que costó
a nadie tanta paciencia
de sufrir tu resistencia,
como agora tuve yo;
que deseaba tus brazos,
tanto, que me maravillo
que mi fuego a este castillo
no le volase en pedazos.
Ya combatirle quería,
ya le asestaba los tiros
el alma de mis suspiros
que envuelta en ellos salía,
ya mis soldados deseos
querían en su conquista,
combatille a escala vista
para ganar más trofeos.
MATILDE. ¡Qué gallarda entrada hacéis!,
¡qué estudiada la trujistes!;
¡Jesús, que bravo salistes!,
¡Jesús, qué tierno volvéis!
Si esos no son nuevos modos,
¿cómo venís de esa guerra?
Hasta en vuestra propia tierra
nos la queréis dar a todos.
¿Queda Bayona ganada?
¿Qué me traéis del despojo?
CONDE. ¡Basta!, que os ha dado enojo
ser tan breve la jornada.
Pues sabed, señora mía,
que el campo marcha y que voy
con él, a fe de quien soy,
que el volver no es cobardía.
El Rey, un poco apartado
del ejército, esta noche
viene aquí cerca en un coche
a ser vuestro convidado
..................................(1)
y a ver esta fortaleza.

(1) Falta un verso.

MATILDE. ¡Jesús!, ¿en tanta pobreza?
Pena por tus ojos vino;
mas si no se ha de excusar,
en lo que importa repara,
que el huésped jura en la cara
si puede o no puede entrar.
Yo voy a hacer prevenir
el aposento.

CONDE. Camina,
¡qué condición peregrina!
¡Qué extraño hacer y decir!
Caminad, Laujino (1), vos,
y avisad toda esa gente.

LAUJINO. ¡Qué cosa es un Rey pariente!
¡Extraño favor, por Dios!

(*Salen el* REY, FLORIS, TIBALTE, DON DIONÍS, VALDOVINO *y* ALMIRANTE.)

REY.

No vi en mi vida tan gallardo fuerte,
que foso, barbacana, puente y muro
una joya, señor, parece de oro.

DIONÍS.

Aquí está el Conde.

CONDE.

Si esta fuerza fuera
el mundo todo, la rindiera el dueño
a vuestros pies invictos.

REY.

¡Alzaos, Conde!

ALMIRANTE.

La Condesa a besar vuestros pies sale.

MATILDE.

Seais, señor, mil veces bienvenido
a honrar nuestra humildad con tu grandeza.

REY.

Matilde, la humildad siempre está honrada
de sangre, de valor y de hermosura.
Traigan sillas aquí; tráigannos sillas,
que no quiero que estéis en almohada,
sino cerca e igual de mi persona.

CONDE.

Ya están sillas aquí.

REY.

¡Sentaos, Condesa!
(¡Borbón!

(1) Texto: "Laurino".

ALMIRANTE.

¡Señor!

REY.

Notable mujer.

ALMIRANTE.

Brava.
¿Nunca tu Majestad visto la había?

REY.

Nunca, por Dios.

ALMIRANTE.

Pues es de Francia el fénix.

REY.

Poneos a las espaldas de esta silla,
¡válgame Dios, qué hermosura!

ALMIRANTE.

¡Grande!)

REY.

Floris, salte allá fuera.

FLORIS.

Ya te entiendo.
¡Oh, cómo el alma nunca miente! ¡Oh, cielos!
¡Y cómo se cumplió lo que temía!

REY.

(¡Tibalte! (1).

TIBALTE.

¡Señor!

REY.

Id y haced de suerte,
que aunque quiera no entre aqueste paje.

TIBALTE.

Harélo así.)

REY.

Gallardo es el castillo,
madama, en mi fe.

MATILDE.

El y sus dueños
han estado y están para serviros.

REY.

Sentaos, Condesa, (¡ay, primo, que me pierdo!)

ALMIRANTE.

(¡Jesús!, ¿qué dices?

REY.

Lo que oyes.

(1) A: "Tibal".

ALMIRANTE.

Mira
que es el Conde tu huésped y tu sangre.

REY.

¿Para qué tiene el Conde, si es mi huésped,
en su casa, Almirante, basilisco?)
¿Belflor, madama, dónde cae?

MATILDE.

Un tiro
de piedra puede estar de este castillo;
no le vió, por ser tarde, Vuestra Alteza,
que ya el sol declinaba cuando vino,
y aunque fuera de día era imposible,
porque le cubren todo huertas y árboles.

REY.

¿Tiene gran vecindad?

MATILDE.

Poca y lucida.

REY.

(Borbón, este negocio va perdido.
No quieras más de que me esfuerzo y bajo
los ojos a la tierra, como César,
cuando a Cleopatra visitó en Egipto,
y me los arrebata y vuelve al cielo
de los suyos, de suerte, que me tiembla
la sangre en cuantas venas tengo.

ALMIRANTE.

¡Oh, cielos,
cuánto fuera mejor no haber venido!)

REY.

¿Hay caza en este bosque?

MATILDE.

Anda espantada
de aquestos labradores convecinos.

REY.

¿No hay penas?

MATILDE.

Graves.

REY.

¿Mas qué sirven penas,
si la caza es sabrosa y si se alcanza?
¿Cuánto hay de aquí a París?

MATILDE.

Habrá tres leguas.

CONDE.

¿Quiere cenar Su Majestad?

REY.

¡Oh, Conde!,
¿no sabéis que es de San Dionís la víspera?
Hoy hago colación.

CONDE.

Matilde, tráiganla.

REY.

No os levantéis y oíd, que por mi vida,
que si se sirve más que una conserva,
de entrarme [he] en mi aposento y no tomarla.

MATILDE.

Tráiganla sola si de aquesto gustas.

CONDE.

Es Enrique, Matilde, un santo.

MATILDE.

Créolo.

CONDE.

¡Qué ejemplo, caballeros, en rey mozo!

REY.

(Esto es fuego, Borbón.

ALMIRANTE.

Señor, si el daño
ha llegado a este punto, no te aflijas;
pretende, sirve, pide.

REY.

Dios te guarde.

ALMIRANTE.

Bien sé que lo contrario fuera justo,
y que es, señor, mal hecho lo que intentas,
siendo tu sangre el Conde y hoy su huésped;
mas en amar no hay ley que se parezca
a la necesidad de no guardalla.)

(La mesa con servicio y conserva.)

CONDE.

Ya está aquí la conserva, que nos tratas
como a pobres.

REY.

Pues, ¡alto!, aquí me siento.

CONDE.

¡Qué llaneza tan grande!

REY.

Vos, señora,
no os levantéis; estaos así sentada.

MATILDE.

Yo pensé que cenabas, y aunque juntos
llegaron el aviso y tu persona,
caza te diera el monte y pesca el río,
y cuando les faltara la engendrara
la voluntad del Conde y mi deseo.

REY.

Dejaré de cenar por escucharte.

FLORIS.

(Y yo cenaré lágrimas y celos.)

REY.

¿Quién ha dejado entrar aquí este paje?

ALMIRANTE.

Salte, Floro, allá fuera.

FLORIS.

Poco importa,
que ya lo estoy de mí.

ALMIRANTE.

Calla, ignorante.

REY.

Sentaos aquí, Condesa, por mi vida;
llegalde aquella silla, caballeros.

MATILDE.

Aquí estoy bien.

REY.

Llegad junto a la mesa.

DIONÍS.

(No me contentan, primo, los favores.

CONDE.

Esto es bondad del Rey.

DIONÍS.

El Rey es mozo,
Matilde hermosa.

CONDE.

Sí, pero es Matilde.)

REY.

Por mi vida, Condesa, que reciba
este favor de vos; cenad conmigo,
que juro que estas verdes ensaladas
muestran bien el buen gusto de su dueño.

MATILDE.

Señor, yo nunca ceno sin el Conde.

REY.

Cene el Conde también.

ALMIRANTE.

(¡Bueno va esto!)

CONDE.

Yo he de cenar con estos caballeros.

REY.

Pues dad licencia a la Condesa.

CONDE.

Es tanta la merced, gran señor, que de rodillas
puede cenar con vos.

REY.

Sentaos, Condesa.
Denme a beber.

ALMIRANTE.

Id, Conde, por el agua.

CONDE.

Yo voy, pues lo mandáis.

REY.

(¡Qué bien hiciste!)
Señora, muchos días han pasado
que deseaba ver vuestra hermosura;
¡cuán por mi mal la vi!

MATILDE.

Estas hierbas cría
esta tierra, señor.

ALMIRANTE.

(La razón trueca.)

REY.

Y como es cierto que estas hierbas cría,
y a fe que no son poco ponzoñosas.

DIONÍS.

(¡Conde!

CONDE.

¿Qué quieres?

DIONÍS.

Oye, por tu vida;
este negocio está ya declarado.
Yo he visto al Rey perdido, y por sin duda
tengo que por gozar de la Condesa
te han de matar.

CONDE.
¿Qué dices, primo?
DIONÍS.
Digo
que está el Rey tan turbado, que no hay ciego
que no vea que el Rey tu esposa adora;
créeme y dale en esa copa...
CONDE.
¿Cómo?
DIONÍS.
La contrahierba de tu honra y muerte;
tu sangre soy; en lo que digo advierte.
CONDE. Yo tengo buena mujer,
cuando el Rey intente tal;
yo tengo sangre leal
donde la debo tener.
Esta que mi pecho cría,
hará, como estando en mí,
que esa, que ha faltado en ti,
no pienso que es sangre mía.
Retírate y no me hables.
DIONÍS. Creo que anduve atrevido;
amigo fuí, pero han sido
mis experiencias notables.
REY. ¡Qué buen agua!
MATILDE. Aquí en el muro
la vierte una hermosa fuente.
REY. ¿Bebéis vino?
MATILDE. Esta corriente
me lo ofrece fresco y puro.
REY. ¿Que en eso me parecéis?
Dadle a beber.
ALMIR. Ya está aquí.
MATILDE. ¡Jesús, Borbón!, ¿vos a mí?
REY. Tomaldo, no os levantéis,
tomaldo (1).
MATILDE. Pues de rodillas.
REY. Bebed.
MATILDE. Creed que me pesa.
REY. Desviad de aquí la mesa.
ALMIR. (Hoy se han de ver maravillas.)
REY. Idos todos a cenar,
que yo aquí me entretendré (2)
con Matilde.
DIONÍS. ¡Bueno, a fe!
ALMIR. ¡Ea, pues, no hay que aguardar!
¡Alto, a cenar, caballeros!
CONDE. Yo aquí me quiero esconder
para ver si puedo ver
algo con mis celos fieros.
REY. Matilde, como las leyes
de amor funden en disculpa,
se esfuerza y es menor culpa
admitir el de los reyes.
Y como a la guera voy,
tan aprisa como ves,
que en la furia soy francés
y en el agravio rey soy,
no puedo, haciendo el oficio
de galán y cortesano,
dar a los ojos la mano,
para dar del alma indicio.
No puedo con grandes fiestas,
ni con papeles, mostrar
que en un hora de mirar
el alma y vida me cuestas.
Yo me voy, y tan resuelta
el alma para servirte,
que una mano he de pedirte
en prendas hasta la vuelta.
¡Dámela, por vida mía!
MATILDE. ¿Es posible que tal soy?
¿Qué ocasión, señor, te doy
para tan gran osadía?
¿Y es posible que si he sido
por mí misma desdichada,
no merezco ser honrada
en virtud de mi marido?
Si es aquesto entretener
una mujer, norabuena.
CONDE. (¿Tiene el infierno más pena
como esto que vengo a ver?)
REY. No, Matilde, no va en ti,
ni en mí, ni en el Conde: amor
tiene culpa de ese error.
MATILDE. ¿Tú enamorado de mí?
¿Pues cómo?
REY. Porque miré.
MATILDE. ¿Qué miraste?
REY. Tu hermosura.
CONDE. (Eso no, que si eso dura,
la vida perder podré.)
¿Quiere Vuestra Majestad
descansar?
REY. ¿Habéis cenado?
CONDE. Sí, señor.
REY. No estoy cansado,
sino es de la voluntad.
ALMIR. Bravos regalos ha habido.
¿Cómo no cenastes, Conde?

(1) B: "tomadlo", las dos veces.
(2) B: "entreterné".

CONDE. Tuve que hacer.
REY. (Mal se esconde
amor.) (¡Ah!) ¿Cómo?
CONDE. (1) ¡Estoy perdido!
ALMIR. ¿Quiérese luego acostar
tu Majestad?
REY. No querría.
ALMIR. Pues juguemos hasta el día.
VALDOV. Dados hay.
REY. Mostrad.
ALMIR. ¿Azar?
REY. Ese es el que eché, Borbón.
Paradme todos.
CONDE. No juego.
(¡Oh, primo, que estuve ciego
a la luz de tu razón!
DIONÍS. Pues qué, ¿hay algo?
CONDE. Con mis ojos
pedirle una mano vi.
DIONÍS. Cuanto a su honor me atreví,
no fueron vanos antojos.
No hay peligro en la Condesa,
porque es una firme torre;
sólo el de tu vida corre,
de que en extremo me pesa.)
REY. Más, a diez.
ALMIR. Estos escudos.
REY. Topo.
CONDE. (¿Pues qué me aconsejas?
DIONÍS. Que des a los cielos quejas,
que no descansan los mudos.
CONDE. ¡Y quiéranme remediar!)
REY. No he visto suerte tan buena.
Más, a ocho.
ALMIR. Esta cadena.
REY. Digo.
ALMIR. Que no, no hay azar.
¡Gallarda suerte, por Dios!
No sé en qué soy desdichado.
REY. Una cadena he ganado;
Condesa, ponéosla vos.
MATILDE. Beso a Vuestra Majestad
los pies.
REY. Mayor es la mía.
DIONÍS. (Mira, Conde, si porfía.)
REY. ¡Ah, Conde!
CONDE. ¡Señor!
REY. Tomad.
CONDE. (¿Barato?)

(1) Texto: "REY".

REY. (¿Pues no, Borbón?
Hoy aquí he de volver
a gozar esta mujer.
ALMIR. ¿Pues cómo o con qué ocasión?
REY. Vos diréis que enfermo estoy,
y luego yo y Valdovino (1)
nos pondremos en camino.)
Condesa, a acostar me voy,
que tengo de madrugar.
ALMIR. ¡Alto de aquí, caballeros!
MATILDE. Pues no he de volver a veros,
la mano os quiero besar.
REY. No tratéis de eso, Condesa.
CONDE. Pues, señora, ¿cómo ha ido?
MATILDE. Gran merced he recebido.
CONDE. ¡Gentil cadena; bien pesa!
MATILDE. Más pesa que vos pensáis.
CONDE. El peso no importa nada,
porque no hay cosa pesada,
si vos con vos la pesáis.
Ni me puede dar pesar
cosa tan segura en vos,
barato nos dió a los dos,
que caro me ha de costar.
MATILDE. ¿Qué dices?
CONDE. Que os acostéis,
si sois servida.
MATILDE. En buen hora.
CONDE. Y aunque madrugue, señora,
no quiero que os levantéis.
MATILDE. No me levantan a mí
los pensamientos dormidos,
reyes idos y venidos;
sólo vos reináis aquí.
Y en aquesto se resuelva
quien sabe lo que yo soy.
CONDE. ¡Ah, cielo santo! Yo voy
donde plega a Dios que vuelva.

(VALGRIS, DUQUE, *caja y gente y* SEVERINO.)

SEVERINO.

Digo que el campo a toda prisa marcha,
que ni la helada escarcha
ni la fuerza de Febo
os hará perdonar el rey mancebo.
Por eso mira bien cómo das traza
de resistir la furia,
porque para tu injuria te amenaza.
Dícese que, muriendo Luis famoso,
su padre belicoso,

(1) Texto: "Valduyno".

con un discurso largo,
de acabar esta guerra le dió cargo.
Y que él tiene jurado, sobre un ara,
de tomar a Bayona,
si Aquiles en persona la repara.

VALGRIS.

¿Esos aceros, duque Severino,
y ese valor divino
muestra el mancebo Enrique?

SEVERINO.

No hay hombre en Francia que por él no aplique
el diestro puño al de la fuerte espada,
que en siendo el rey soldado,
ningún honrado la tendrá envainada.

VALGRIS.

Sea el que fuere Enrique, o fuerte o flaco,
no es esto que yo saco
fuerzas de la flaqueza;
sino reconocer la fortaleza
de vuestros invencibles corazones,
que sujetarle esperan,
y no vencieran tigres ni leones.
Venga el francés soberbio y arrogante,
armado de diamante,
con blanca pluma y bandas,
la valona de puntas y de randas
suelta sobre la gola, que no creo
que entrará tan gallardo
donde le aguardo con mayor deseo.
Ya su lirio conoce nuestra rosa,
que no es de vergonzosa
el estar colorada,
sino de sangre de francés manchada.
Ni temo su furor, ni edad envidio,
que la ciudad le aguarda,
con buena guarda y con gentil presidio.
Repárense los fosos y trincheas,
y donde acaso veas
alguna parte flaca,
repara el muro y el temor aplaca.

SEVERINO.

¿Tienes sustento?

VALGRIS.

Para muchos días.

SEVERINO.

Pues recoged la gente,
alzad el puente y prevenid espías.

(*Sale la* CONDESA *y* ROSELA.)

MATILDE. Y sospecho yo de mí,
que es cosa contra mi honor.
ROSELA. Celos son hijos de amor.
MATILDE. Eso es ya viejo.
ROSELA. ¡Ay de mí!
Pero no debéis culpar,
que quien quiere bien los tenga,
pues no hay cosa que convenga
como temer con amar.
Alguna ocasión tenéis
los dos, pues al despediros
todo ha sido unos suspiros
con que habláis y enmudecéis.
Toda la noche os oí
que el Rey estuvo en la fuerza,
y harto a obligaros se esfuerza,
mas está fuera de sí.
¿Por qué tú, pues que los cielos
de tan gran ingenio dotan
cuando ves que le alborotan
no le sosiegas (1) los celos?
¿Qué tiene el Conde? ¿Qué ha sido
la causa de este pesar?
Bien puedes conmigo hablar,
que nací junto al olvido.
MATILDE. ¡Ay, amiga, quién dijera
que el Rey...
ROSELA. No me digas más.
¿Sabe algo el Conde?
MATILDE. Jamás
le di ocasión, ni pudiera.
Dios sabe que al Conde adoro,
que es mi señor, que es mi bien,
y que es mi honra también
en mí un precioso tesoro.
Y él lo debe de saber,
que no está de mí celoso,
pero de un rey poderoso,
¿cuál hombre no ha de temer?
Porque mi lealtad sabida,
tan segura le deshonra,
no terná miedo a su honra,
pero ternále (2) a su vida.

(*Entra* ARDENIO.)

ARDENIO. Por Dios, que esta vez, señora,
me has de dar albricias grandes.

(1) B: "sosiegue".
(2) A: "Ternála".

MATILDE. ¿De qué?
ARDENIO. Cuando me las mandes.
MATILDE. ¡Habla!
ARDENIO. El Conde llega ahora.
MATILDE. ¿El Conde? ¡Jesús! ¿Qué es esto?
ROSELA. Las piedras en esto caen;
celos le llevan y traen.
MATILDE. Toma esa llave; abre presto.
¿Hay celos más temerarios?
ROSELA. Con ninguno guarda ley.
MATILDE. Verná a ver si está aquí el Rey
escondido en los almarios.
¿Cómo verná?
ROSELA. Por la posta.

(*Entra el* REY *y* VALDOVINO.) (1)

REY. ¿Y es mucho, mi bien, por vos?
MATILDE. ¡Conde...! Mas, ¡válame Dios!
VALDOV. Que le tuviera de costa
el darle vueseñoría
un abrazo, o dos, o tres.
MATILDE. ¿Quién es?
VALDOV. ¡El Rey!
MATILDE. ¿El Rey es?
Debe de ser fantasía.
Aguárdese un poco aquí
y entrará en este aposento.
REY. ¿A qué ira?
VALDOV. No sé su intento.
REY. ¡Vergüenza tengo de mí!
Mal hemos hecho en dejallo...
¡Oh, amor villano y grosero!
Era en ausencia parlero
y agora en presencia (2) callo.
Venía determinado
que luego, en llegando a vella,
había de usar con ella
bizarría y desenfado;
y apenas su rostro vi
cuando del cabello al pie
temblé, ¡a fe de rey!, temblé,
y más que a un rayo temí.
No se ha visto al condenado
así delante el juez,
ni el medroso alguna vez
con truenos en despoblado,
como yo viendo a Matilde,
¡oh, inexpugnable mujer!
VALDOV. Pensemos lo que has de hacer,
que estás, para rey, humilde.
Si no te quisiere abrir
rompamos el aposento.
MATILDE. ¡Ah, caballeros!
REY. Ya siento
su voz.
MATILDE. Procúrenme oír.
En las casas de los nobles
nadie con engaños se entra,
y más los reyes, que el rey
hace llana su defensa.
El que ese nombre ha tomado
en otra parte lo sea,
que el Rey, mi señor, yo sé
que agora queda en la guerra.
Ni él dijera que era el Conde,
sino el Rey, cuando el Rey fuera,
porque era entrar en mi casa
entrar en su misma tierra.
El famoso y fuerte Enrique,
entre cajas y trompetas,
marcha agora con su campo
contra el rey de Ingalaterra.
Glorioso va de sí mismo,
y por sus blancas banderas
mil lises de oro sembradas
con mil blasones y letras.
¡Mirad cómo puede ser
que a engañar mujeres venga
quien va a ganar a Bayona
contra la soberbia inglesa!
Va a su lado mi marido,
que al mío (1) gozar pudiera
blanca cama y mis regalos,
que por su deuda fué deuda.
¿Y había de darle en pago
esa deshonra y afrenta,
y más siendo de su sangre?
Dios me guarde que tal crea.
Salga luego del castillo,
salga presto, salga fuera,
y en disparando una bala,
les tirarán una pieza.
REY. ¡Extraña mujer, Valduino!
Me ha de matar.
VALDOV. ¡Huye!
REY. Estémonos en Belflor,
aquesta pequeña aldea.
Desde allí quiero escribirla,

(1) Texto: "Valduyno".
(2) Texto: "ausencia".

(1) Texto: "el mío".

y a toda Francia ofrecerla,
y si no matar al Conde.
VALDOV. Sí, señor; ¡el Conde muera!

JORNADA TERCERA

(*Salen el* ALMIRANTE *y* TIBALTE.)

ALMIR. El Rey se tarda.
TIBALTE. En extremo.
ALMIR. Alguna sospecha tomo.
TIBALTE. ¿Cosa que se entienda?
ALMIR. ¿Cómo?
TIBALTE. Al Conde (1) y sus deudos temo.
ALMIR. Pues tanto se ha detenido,
señal es que ha negociado.
TIBALTE. Y pues el tiempo ha ganado (2),
no habrá la ocasión perdido.
ALMIR. Del Rey me espanto, que entró
en el gobierno tan bien (3),
que prometieron gran bien
las esperanzas que dió.
TIBALTE. No por eso se han perdido,
que sólo se han estragado.
ALMIR. Cuando yo le vi obstinado,
dejéle correr corrido;
que adonde se determina
un hombre con tal despejo,
sería darle consejo
dar al mundo medicina.
TIBALTE. En fin, que aquesta tardanza
¿es que la goza en secreto?
ALMIR. No creyera que este efeto
alcanzara su esperanza.
Por un diamante tenía
a Matilde.
TIBALTE Si el diamante
se labra, la más constante
se rinde, si le porfía.
ALMIR. Está el buen Conde sirviendo,
sin desnudarse las armas,
a doscientos hombres de armas
como un Aquiles rigiendo;
y una mujer, que, en efeto,
el mundo lo quiso así
poner nuestra honra en sí,
gozando al Rey en secreto.

(1) Texto: "Alcayde".
(2) Texto: "y que el tiempo no ha ganado".
(3) Texto: "también".

¿Esto es lo que el Conde precia?
TIBALTE. Que se parece, imagino,
a la historia de Tarquino,
pero ella en nada a Lucrecia.
ALMIR. Así de la guerra fué,
mas no tan bien negoció.

(*Entra el* CONDE *y* DON DIONÍS.)

TIBALTE. ¡El Conde!
ALLMIR. ¿De quién se habló,
que luego allí no se ve?
CONDE. ¿Hase levantado el Rey?
TIBALTE. ¡Oh, señor Conde, no ha estado
bueno, que anda resfriado.
Es muy sujeto a la ley
del fiero Marte, de suerte
que a las del cielo la iguala.
ALMIR. Es valor, es honra, es gala
ser tan sujeto y tan fuerte.
CONDE. Yo tengo cierta ocasión,
que gustaré que la entienda,
y entraré a hablarle en la tienda,
si dais licencia, Borbón.
ALMIR. Tened, Conde, el paso atrás,
que no se entra a hablarle así.
CONDE. ¡Cómo, Borbón! Pues a mí
no se me negó jamás.
ALMIR. Ni fuera justa razón.
El Rey reposa, dejaldo;
que bien sabéis, Gesualdo,
que no es agora ocasión.
Levantarse ha esta tarde
el Rey, y hablarle podéis.
CONDE. Suplícoos que vos entréis.
Entrad, ¡así Dios os guarde!
Y si acaso está despierto,
decidle que estoy aquí.
ALMIR. Yo sé que duerme, y así
lo tengo por desconcierto.
Id, señor, enhorabuena,
que yo os enviaré a llamar.
CONDE. No hay aquí más que esperar,
primo. Mi mujer no es buena.
DIONÍS. ¿Qué sospechas?
CONDE. Que en Belflor
está el Rey con la Condesa.
DIONÍS. Sospecha infalible es esa.
¡Muera el Rey! ¡Venga tu honor!
CONDE. No me espanta el Rey injusto,
que es hombre, al fin, aunque es Rey,
y en su poca edad no hay ley

que valga más que su gusto.
Mas de mi fiera mujer,
que tuve por tan humilde...;
pero era mujer Matilde,
harto la disculpa el ser.
Pero ¡cielos!, si me engaño,
¿qué fuerza en mí se resiste?,
que este pensamiento triste
es el autor de mi daño.
¿Mas cómo puedo engañarme,
Dionís, si el Rey está ausente,
que en decir que duerme, miente
Borbón, que es por desvelarme?
¡Vive Dios, que no está Enrique
debajo de aquella tienda,
sino con mi propia prenda,
donde mi persona aplique!

DIONÍS. ¡Ah, infame Rey! (1)
¡Pese al Rey y a ti también!

CONDE. Pésame de querer bien,
por quien tal deshonra paso.
Mujer que de su marido
se despide secamente,
que a mil peligros ausente
está en la gloria ofrecido;
mujer que le da licencia
y una lágrima no llora,
es falsa, es fiera, es traidora,
es adúltera en ausencia.
Venga el Rey, que ¡vive Dios!,
que verná en hora tan mala,
que has de tirarle una bala,
y yo, con la tuya, dos.
Y luego con estos dientes
matar la que está en sus brazos
y enviarla hecha pedazos
a sus infames parientes.
Y esto era de importancia,
si Francia engañada estuvo,
porque vea qué fruto tuvo
el claro ejemplo de Francia.

DIONÍS. Retírate, que la furia
da voces con la pasión,
y eso es llamar a Borbón
por testigo de tu injuria.
No te entienda, aunque más prive,
que será mayor deshonra,
porque el que vive sin honra,
mientras no lo entiende, vive.
Pero si sabe que sabes
que estás sin ella, ese día
la pierdes.

CONDE. ¡Ay, honra mía,
que di a una mujer tus llaves!

ALMIR. Estas voces y esta rabia
no me agradan en el Conde,
que al que es honrado se esconde
mal que su mujer le agravia.
¡Ah, mancebo rey de Francia!

TIBALTE. Siempre en esas más y menos;
que yo juro que mil buenos
viven con harta ignorancia.

(*Sale* RUPERTO *y luego el* REY.)

RUPERTO. (1) Oíd, señor Almirante,
al oído.

ALMIR. ¡Oh, buen Ruperto!

TIBALTE. (¿Pajes del Rey?)

ALMIR. ¿Cierto?

RUPERTO. Cierto,
y no hay ninguno delante.

ALMIR. Tibalte, toda la gente
de la tienda retirad.

TIBALTE. Harélo.

RUPERTO. ¡Señor, llegad!

REY. En buen hora estéis, pariente.

ALMIR. ¡Oh, mi Rey y mi señor!
¿Cómo os ha ido?

REY. Muy mal.

ALMIR. Aquí llegó el Conde, y tal,
que va llorando su honor.
Y que como entró en la tienda,
de vuestra ausencia he pensado
que ya se la habéis quitado.

REY. Pues es razón que se entienda.
Dadme una ropa y traed
aguamanos, y entretanto
fingiré que me levanto.

RUPERTO. Aquí está ropa.

REY. Poned.
Y trae paño y agua, y llama
al Conde.

RUPERTO. Yo voy.

ALMIR. Aquí
tienes fuente y agua.

REY. Así,
di que salgo de la cama,
y a fe, que si en el infierno
las hay como la he tenido,

(1) Falta la indicación de persona que habla.

(1) Falta una palabra.

que es justamente temido,
Borbón, su tormento eterno.

ALMIR. ¿No la has gozado?

REY. ¿Qué es eso?

ALMIR. ¿Mandóse negar?

REY. Bien creo
que sabes de mi deseo
que te dijera el suceso.
No es mujer.

ALMIR. ¿Pues qué?

REY. ¡Serpiente!

(*Entra el* CONDE *y* DON DIONÍS.)

ALMIR. ¿No habló?

REY. Quísome matar.

ALMIR. ¿Pues qué hiciste?

REY. Porfiar.

ALMIR. ¡El Conde!

REY. Llega esa fuente.

CONDE. Déme los pies Vuestra Alteza.

REY. Eso no, entre amigos llanos.

CONDE. Pues desocupad las manos.

REY. Cubrid, Conde, la cabeza.

CONDE. El Almirante me dijo
que andáis desasosegado.

REY. Creo que estoy resfriado;
aunque no es mal, es prolijo.

ALMIR. Aunque dicho se lo hubiera,
no le respondiera así.

CONDE. Las armas lo harán.

REY. No fuí
tan tierno cuando lo era.
Y más ahora robusto,
¿pero qué es lo que queréis?

CONDE. Vestíos y lo sabréis,
que creo os ha de dar gusto.
Primo, ¿qué os parece de esto?

DIONÍS. Que fué ilusión del demonio, (*Ap.*)
y que un falso testimonio,
Conde, se levanta presto.

CONDE. (¡Jesús, lo que he blasfemado (*Ap.*)
de aquel ángel de mi esposa!

DIONÍS. Es, ¡vive Dios!, valerosa;
de ofenderla me ha pesado.)

CONDE. ¿Que aquí estaba el Rey?

DIONÍS. ¿Pues no?
Infaliblemente veo
que se levanta.

CONDE. Eso creo.

DIONÍS. ¿Qué penitencia haré yo,
que, por Dios, que estoy corrido
de hacer a Matilde injuria?
Pero, perdona, que es furia
la sangre en honor perdido.

CONDE. Dionís, el perdón acorta;
deja salva y humildad,
que ello no sea verdad,
es lo que agora importa.
El Rey está ya vestido
y con botas, que es señal
que ha de salir al real
o al asalto prevenido.
¿Puédote hablar?

REY. Bien podéis.

CONDE. (1) Cierto inglés, hombre seguro,
por cierta parte del muro
rompió ocho codos o seis.
Dice que quiere llevarme,
cuando tú el asalto des.

REY. ¿Entrará un caballo?

CONDE. Pues.

REY. Hablalde y volved a hablarme.

CONDE. Voy.

REY. ¡Almirante!

ALMIR. ¡Señor!

REY. Mirad qué os quiero decir:
hoy el Conde ha de morir.

ALMIR. ¿El Conde? ¡Es fiero rigor!

REY. Borbón, cuando el Rey ya tiene
un caso determinado,
que le replique el criado
no es cosa que le conviene.

ALMIR. Si el que está cerca del Rey
no le va a la mano a la ira,
al mismo trata mentira
y a Dios no guarda su ley.

REY. ¡Predicadme, por mi vida!...

ALMIR. No es cosa que suelo hacer,
¿pero por una mujer,
ayer vista y hoy querida,
quitar la vida a un pariente
como el Conde?...

REY. ¡Pese al hombre,
al parentesco y al nombre!
¿Esto mi furor consiente?

ALMIR. Señor, gozar la mujer
ya lo había consentido;
pero matar al marido
no es cosa que puedo hacer.

REY. ¿No mató David a Urías?

(1) Falta indicación de persona.

¿Soy yo más santo, Borbón?

ALMIR. ¿Y ternás tú devoción
para llorar tantos días?
Si en eso tus manos dan (1),
no te faltará un Natán.

REY. Ahora bien, el campo mueve,
que hoy quiero dar un asalto.

ALMIR. Allí seré yo el primero.

REY. No faltará un caballero.

ALMIR. Yo en estos asaltos falto.

REY. ¡Valdovino!

VALDOV. ¡Gran señor!

REY. Oye bien.

VALDOV. Beso tus pies.

ALMIR. Ese sí, que es magancés,
que es bueno para traidor.

(*Vanse y sale* VALGRIS, *y* SEVERINO *y soldados.*)

VALGRIS.

No es tan bravo el león como le pintan,
menos bravo el francés se nos presenta.

SEVERINO.

Siempre todas las cosas se despintan (2),
que la fama vulgar parlando aumenta.

VALGRIS.

Parece que al ejército le quintan (3),
si no es que acaso el encubrille intenta,
y de mi parecer, nobles ingleses,
salgamos de tropel a los franceses.
Ellos están, cual veis, desordenados;
démosles un rocío, y no del cielo,
que por el campo están desalojados,
las armas esparcidas por el suelo;
bisoños son los más de los soldados,
y ya en la barba no se muestra pelo,
y apenas oirán nuestros mosquetes
cuando irán más ligeros que jinetes.
Servirá de espantar al enemigo
y acobardalle para todo encuentro,
fuera de darle ahora este castigo,
viendo las gentes que tenemos dentro,
milor (4), tu parecer apruebo y sigo;
ya me parece que los rompo y entro.
Pues, ¡alto!, ¡al arma!, ¡Ingalaterra viva!

TODOS.

¡Viva!

(1) Falta un verso.
(2) Texto: "se le pintan".
(3) Texto: "quitan".
(4) A: "mitor". B: "miro".

VALGRIS.

¡Abre esa puerta presto o la derriba!

(*Salga el* ALMIRANTE *con espada desenvainada, y* TIBALTE *y* DIONÍS.)

ALMIRANTE.

¿Hay tal atrevimiento? ¿Hay furia tanta?
Ponte a caballo. ¡Al arma! ¡Sube, corre!
¿Adónde vais, soldados? ¿Qué os espanta?

TIBALTE.

Como enjambre han salido de esta torre.
Ya está a caballo el Rey, y ya levanta
la espada y el ejército socorre.

DIONÍS.

¡Acudid, gran señor!

ALMIRANTE.

Dionís, ¿qué es eso?

DIONÍS.

Que el Rey no escapará de muerto o preso.

ALMIRANTE.

¿Cómo?

DIONÍS.

Que en medio (de) un escuadrón de ingleses,
que con pistolas a caballo en tropa,
acudieron a ochenta o cien franceses,
entra furioso y rompe lo que topa,
atruena, y los cañones milaneses,
y desde el muro arrojan pez y estopa;
tal aquí se retira y tal se acerca,
hay peligro en el campo y en la cerca.
El conde Gesualdo lo ha seguido
y a libralle se entró por la batalla.

ALMIRANTE.

¡Ah, buen Conde leal, que vas perdido!
Pero vamos a ver cómo se halla.

DIONÍS.

Leal el Conde, por extremo ha sido,
que aunque le agravia el Rey, su ofensa calla;
mas hace bien, que causa poca pena
si el hombre es bueno y la mujer es buena.

(*Saca una carta de la faltriquera.*)

Denantes vino al campo un mensajero
de Matilde, con ésta para el Conde;
no se la quiero dar, abrirla quiero;
veremos si la ha escrito o qué responde.

(*Lee.*)

"*¡Conde! Si sois honrado caballero,*

aunque la guerra a serlo corresponde,
venios a vuestra casa, que os importa,
que no estoy buena, y honra y vida es corta."
El Rey, sin duda, por aquesta carta
se ve que en su propósito porfía.

CONDE.

¡Subid presto, señor! ¡Aparta, aparta!

REY.

Yo me acordaré, Conde, de este día.

DIONÍS.

¡Humíllesete Grecia, Roma, Esparta,
famoso Conde! ¡Extraña valentía!
Al Rey saca del campo en su caballo
y él viene a pie. ¡Qué amigo! ¡Qué vasallo!

(*El* REY *con un pedazo de lanza.*)

Ya se apea en la tienda.

REY.

Conde amigo,
notable obligación me queda.

CONDE.

Creo
que sois, señor, de mi lealtad testigo,
que sólo agradecéis mi buen deseo:
Dionís, llega una silla.

REY.

El enemigo
halló en nuestro descuido su trofeo,
aunque no lo ha comprado muy barato.
Buen Conde, no seré con vos ingrato,
que ya el caballo muerto, allí, sin duda,
el fiero inglés me hiciera mil pedazos
si no llegara vuestra fuerte ayuda.

CONDE.

Dadme, señor, los pies.

REY.

Tomad los brazos.

(*Entran el* ALMIRANTE, VALDOVINO *y* TIBALTE.)

ALMIRANTE.

Huyó la gente de valor desnuda
a puras cuchilladas y picazos.

REY.

¡Oh, Almirante!

ALMIRANTE.

¡Oh, señor!

REY.

¿Qué hay?

ALMIRANTE.

No hay persona
que esté fuera del muro de Bayona.

REY.

Espantarnos quisieron.

ALMIRANTE.

Sus espías
les avisaron del descuido nuestro.

REY.

¡Cuán cerca estuve de acabar mis días!

ALMIRANTE.

(Es el Conde, señor, pariente vuestro.

REY.

Hoy pretendo que cesen mis porfías;
no muera el Conde.

ALMIRANTE.

Al de Maganza diestro,
le da ese aviso.

REY.

Escucha, Valdovino,
que ya no muera el Conde determino.

VALDOVINO.

No muera el Conde, pues que no te agrada.)

REY.

¡Borbón!

ALMIRANTE.

¡Señor!

REY.

Aquesta gente inglesa
ha gastado en aquesta rociada
pólvora y munición.

ALMIRANTE.

Verdad es esa.

REY.

Ha entrado rota, herida y maltratada;
agora que descansa es alta empresa
dar un asalto a la ciudad.

ALMIRANTE.

¡Qué acuerdo
de capitán tan valeroso y cuerdo!
Cuando la gente inglesa está cansada,

y a la ciudad herida se retira,
la nuestra en orden y a caballo armada
cómo se escapa blasfemando, mira.
No salgas de la tienda, si te agrada,
que estás cansado y lo pasado admira,
y tentar el discreto no debría
la fortuna dos veces en un día.
Yo haré la arremetida, y de manera
que de ella tengas presto buenas nuevas.

REY.

¿Y si del pelear el son me altera?

ALMIRANTE.

Imagina que has hecho heroicas pruebas.

REY.

Parte, Borbón, y en la canalla fiera
haz lo que a Patria y Rey y a ti te debas.

ALMIRANTE.

Tú verás si te sirvo.

REY.

(Corresponde
a ti mismo, Borbón, guardar el Conde.)
¡Ea, franceses fuertes, que es el día
de mostrar el valor de aquesos pechos!

CONDE.

Seguro puedes ir de parte mía
contra sus armas, fuerzas y pertrechos.

VALDOVINO.

Hoy verás la francesa gallardía.

DIONÍS.

A morir o vencer vamos derechos.

TIBALTE.

El cielo nos prometa la vitoria.

ALMIRANTE.

Si nos la da, darémosle la gloria.

(*Vanse.*)

REY. ¡Casos pasan, por mi vida,
sucedidos de tal suerte!
¡Ay, dura, hermosa homicida,
que parece que la muerte
está de verme aborrida!
Advierte que tu marido,
más que tú, piadoso ha sido,
pues que la vida me ha dado,
y tú me has muerto y dejado
en las manos del olvido.
Dióme su propio caballo
y del peligro sacó,
sin otras cosas que callo,
en que a mí mismo mostró
la lealtad de buen vasallo,
en que se ha visto que estriba
solamente que el Rey viva;
y tú sola en que el Rey muera,
que sólo el ver que te quiera
te obliga a ser vengativa.
¡Ay de mí!, ¿qué estoy diciendo?
Porque si el Conde es leal,
soy yo, pues que yo le ofendo,
el que le ha pagado mal.
¡Oh, amor, que me estás haciendo
decir locuras, que luego
conozco que estoy tan ciego,
para que alabarte puedas
que voy atado a las ruedas
de los triunfos de tu fuego!

(*Dentro.*)

¡Viva Enrique! ¡Francia, Francia!
REY. Ya suena la fiera guerra,
de ira, sangre y arrogancia.
¡Cuánto fuera de importancia
mi persona en esta tierra!

(*Dentro.*)

¡Viva, viva Ingalaterra!
REY. Ya no lo puedo sufrir.
¡Vive Dios, que he de morir
o que he de ganar la tierra!

(*Entrase y sale el* CONDE *con flechas en el pecho, y* DIONÍS.)

DIONÍS. ¡Animaos, primo, por Dios!
CONDE. Ya me animo, primo amado.
DIONÍS. Si no he muerto a vuestro lado
hoy moriremos los dos.
Que yo volveré y haré
en los ingleses venganza (1).
CONDE. ¡Qué vana es nuestra esperanza
y qué cierta en Dios la fe!
¡Qué fuerte y qué sin sospecha
los nuestros acometí,
y qué humilde que volví
derribado de esta flecha!
DIONÍS. Sentaos, Conde, en esta silla.
CONDE. ¡Ay, primo, ya he descansado

(1) A: "vergüenza".

en haberme confesado!
DIONÍS. ¿A quién no causa mancilla?

(*Sale el* REY, ALMIRANTE *y* VALDOVINO *con espadas desnudas.*)

REY. ¿El Conde es muerto? ¿Qué di-
¿El Conde muerto? [ces? (1)
ALMIR. Hoy expira.
Vuelve y muriendo le mira
en brazos de don Dionís.
REY. ¡Jesús, Conde, Dios os guarde!
CONDE. ¡Oh, mi Rey, ya moriré
contento, que os vi y hablé!
¡Ven, muerte; ya llegas tarde!
Antes de ahora te juro
que en el alma me pesara.
REY. ¡Nunca el asalto intentara!,
¡nunca me acercara al muro!,
¡nunca cobrara a Bayona!,
¡nunca con Ingalaterra
hubiera rompido guerra!,
¡nunca viniera en persona!,
¡nunca os dejara venir
del lado de la Condesa!
CONDE. Mirad, señor, que me pesa
de eso más que de morir.
En mí perdéis un soldado
leal, os prometo a Dios,
y que, aunque muero por vos,
quisiera que a vuestro lado.
REY. Quiero apartarme de aquí.
ALMIR. El Rey se limpia los ojos.
CONDE. Dile que tales enojos
son muy indignos de mí.
¡Ay, Matilde! Mete, primo,
la mano en la faltriquera
derecha, que es tesorera
de un bien que en el alma estimo.
Y dámele por un rato.
DIONÍS. Será bien que hable con él;
aquí tienes un papel.
CONDE. Dentro de él hay un retrato.
DIONÍS. Dices bien.
CONDE. ¡Ay, gloria mía!
¡Ay, mi Matilde! ¡Ay, mi esposa!
DIONÍS. Mira que no es justa cosa
para el trance de este día.
CONDE. ¡Y que no tengo de verte!
REY. ¿Qué es lo que besa, Borbón?

(1) Acaso el verso fuera: "¿Muerto el Conde? ¿Qué decís?"

ALMIR. Santa de su devoción,
como en la vida la muerte.
REY. No entiendo qué puede ser.
ALMIR. De su mujer un retrato.
DIONÍS. ¡Ea, Conde, basta un rato.
CONDE. ¿Pues, primo, no es mi mujer?
DIONÍS. Aunque sea, no conviene
que más que a Dios adoréis.
CONDE. Suplícoos me la dejéis.
REY. ¡Oh, qué larga vida tiene.
Luego que muera, Almirante,
el retrato le tomad;
tenga yo de su beldad
otro rostro semejante.
Tenga yo de aquella fiera,
con quien descansar ausente,
otro retrato presente.
Tomadle luego que muera.
Ya muero por él.
ALMIR. Señor,
no te fatigues así.
DIONÍS. Conde, haced esto por mí,
volved por vuestro valor.
Deja el retrato, por Dios,
y tomad el de la cruz,
que el Príncipe de la luz
tuvo por cama por vos.
CONDE. Tomad, primo, enhorabuena,
que ofenderle no pensé;
mas llamadme al Rey.
DIONÍS. Sí haré.
Oiga lo que el Conde ordena;
señor, Vuestra Majestad.
REY. ¿Qué es, Conde, lo que queréis?
CONDE. Buen Enrique, ya sabéis
mi sangre, amor y lealtad.
Como a deudo solamente
os encargo mi mujer,
si se quiere recoger,
ayudadla honestamente;
si se quisiere casar,
sin vuestro (1) gusto no sea,
que yo os hago mi albacea
y a vos la quiero fiar.
En lo demás de mi hacienda,
toda se la doy, sacando
dos cosas que a vos os mando,
fuera de mi amada prenda:
la una es aquel caballo

(1) B: falta "vuestro".

en que esta tarde os libré,
porque os acordéis que fué
su dueño vuestro vasallo;
la otra es un buen azor
que en Belflor os le darán.

REY. Ojos que esto viendo están
no digan que hay más dolor.
Yo os juro de mirar tanto
por la Condesa, pariente,
como estando vos presente.

CONDE. Dejad, mi buen Rey, el llanto.

REY. Lo demás de las dos prendas
estimo en lo que es razón.

DIONÍS. Primo, en aquesta ocasión,
¿qué es lo que a mí me encomiendas?

CONDE. Que sirvas al Rey, no más,
y porque llega la hora...

REY. No he de alegrarme jamás.

CONDE.

Cruz soberana, donde el Verbo humano
estuvo por mis culpas crucifijo,
donde entre las palabras que le dijo
a su Padre divino y soberano,
fué pedirle perdón del más tirano,
y en darles penas, áspero y prolijo,
con cuya santa absolución bendijo
al que clavó su pie, costado y mano.
Para que más se entienda que perdono
mis enemigos esta triste historia
en mi postrero tránsito refiero.
Cruz de mis deudas, verdadero abono,
pues sois llave de cruz, abrid la gloria,
que es de la alma (1) centro verdadero.

ALMIR. Hoy muere.

DIONÍS. ¡Conde! ¡Jesú!
¡Gesualdo!

ALMIR. ¡Oh, expiró!

REY. ¿Quién tiene el retrato?

DIONÍS. Yo.

REY. No es bien que le tengas tú.
Yo que he de tener el vivo,
de quien ya soy albacea,
es bien que aqueste posea.

DIONÍS. Yo le doy.

REY. Yo le recibo.
Ponedle en el inventario
y hacedme a mí (2) cargo de él.

DIONÍS. No hay tanto valor en él,
ni es contigo necesario.

REY. Quede el marqués Diatristán
por general en Bayona,
que a Belflor voy en persona (1)
a honrar tan buen capitán.
Vengan conmigo Borbón,
don Dionís y Valduino
y don Tibalte.

ALMIR. El fué di(g)no
de tan alta estimación.
Díganle luego al Marqués
el cargo con que aquí queda,
y porque llevarse pueda
el cuerpo ayudad los tres.

DIONÍS. ¡Oh, trágica y triste empresa!

REY. ¡Qué buen amigo he perdido!

ALMIR. (¿Tú te vas?

REY. Todo es fingido,
que a gozar voy la Condesa.)

(*Sale la* CONDESA MATILDE *y* ROSELA *y* LAUJINO, *su tío.*)

MATILDE. ¿Traéis vos vuestra labor?

LAUJINO. Aquí tu almohadilla tienes.

MATILDE. ¡Qué ociosa, Rosela, vienes!

ROSELA. Tengo desde hoy un dolor
que me parte las dos sienes.

MATILDE. Por mi fe, que has de velar,
porque habemos de acabar
los anchos de esta camisa.

ROSELA. ¿Para qué con tanta prisa?
¿Vuélveste agora a casar?

MATILDE. Vendrá el Conde, mi señor,
y fuera de que el marido
es con esta bien servido,
conócese en la labor
que el tiempo no se ha perdido.
Y la guerra nadie duda
que a los más nobles desnuda,
¿qué sé yo como vendrá?
Siéntate y prisa te da,
y de propósito muda.

ROSELA. Ya, señora, ya comienzo
esta vainilla; ya empieza
a dolerme la cabeza.

LAUJINO. No me ha dado sólo un lienzo,
y cortó ayer media pieza;
pues coserme no hay remedio.

ROSELA. ¡Callad!

LAUJINO. Si no me remedio

(1) A: "del alma".
(2) B: "haced a mí".

(1) "que a Belflor en persona".

y fuera la ropa envío
no hay pensar que soy su tío,
aunque la abriese por medio.

ROSELA. ¿Delante de mi señora,
sin saber lo que conviene
y la tristeza que tiene,
habláis así?

LAUJINO. ¡Mira agora!
Pues con esto se entretiene.

MATILDE. Déjale, Rosela, hablar,
que así me suele quitar
muchas veces la tristeza.

LAUJINO. Luego duele la cabeza
en comenzando a labrar.
Pues aunque de mí se burla,
un remedio quiero dalle.

ROSELA. Díle, señora, que calle,
que crece mucho la burla.

MATILDE. ¡Bueno es el doctor y talle!
Déjale diga.

LAUJINO. Ha de ser
cuando quiera amanecer
dos gargarismos no más,
y dar dos pasos atrás.

MATILDE. Mudanza debe de ser.

LAUJINO. Luego puesta de rodillas,
revuelta con dos plumillas
de las alas de Cupido,
dos onzas de agua de olvido
y leche de las Cabrillas.
Bébalo y coma un confite
hecho de átomos del sol,
con el humo del crisol
en que el oro se derrite,
y ande un poco en caracol.
Y si no se le quitare,
que se queje del consejo.

ROSELA. Frialdades, en fin, de viejo,
¡plegue a Dios que en esto pare!

MATILDE. ¡Ay! ¿Qué ha sonado?

ROSELA. Un espejo.

MATILDE. Idlo a ver.

LAUJINO. Iré volando.

MATILDE. ¡Triste yo!

LAUJINO. No se cayó.

MATILDE. ¿Pues colgado se quebró?

LAUJINO. Así lo hallé.

MATILDE. ¿Cómo o cuándo
sin tocarle se rompió?
¡Jesús, y qué mal agüero!
Hoy, cuando el alba rompía,
soñé que a mi puerta había
un sangriento caballero
que me hablaba y no podía.
Háblame, que me entristezco.

LAUJINO. Yo, ¡pardiez!, como me abrocho
con buen vino y buen bizcocho,
muy sin enfado amanezco.
Sueño que soy rey o papa
que a caballo con gualdrapa
me voy ribera del río;
que como y bebo y es mío
cuanto hay pintado en un mapa.

MATILDE. ¡Jesús! Otra vez, Rosela,
¿qué armas suenan allí?

ROSELA. Agora yo las oí.

LAUJINO. Y yo.

MATILDE. ¿A quién no desvela?
¿Cerraste?

LAUJINO. Señora, sí.

MATILDE. ¿Quién está fuera en la sala?

LAUJINO. Ardenio.

MATILDE. Llámale acá.

LAUJINO. ¿Ardenio?

MATILDE. ¿Duerme?

LAUJINO. Una bala
aun no le despertará,
ni la voz del maestresala.
¿Ardenio?

ARDENIO. ¿Quién llama?

LAUJINO. Entrad.

MATILDE. Ardenio, ¿has hecho ruído?

(*Entra* ARDENIO.)

ARDENIO. Antes, señora, he dormido.

MATILDE. ¿Nadie ha entrado?

ARDENIO. No en verdad.

MATILDE. Extraño prodigio ha sido,
pero escuchad, que ya suena:
¿Cómo ruído a tal hora?

ROSELA. ¡Ay! El Conde es, mi señora,
vuelto en sombra y alma en pena.

(*Entra el* CONDE, *armado, y en el rostro una toca negra y un pedazo de lanza en la mano.*)

MATILDE. ¡Válgame nuestra señora!

ARDENIO. ¡Jesús!

LAUJINO. Mil veces le nombra.

ARDENIO. ¿Qué es esto que nos asombra?

ROSELA. El Conde es.

LAUJINO. ¿El Conde?

ROSELA. Cierto.

LAUJINO. ¡Ay, santo cielo, si es muerto,

que nos viene a ver con sombra!
¿La Condesa?

ROSELA. ¿No la ves?
Está desmayada.

LAUJINO. Llama
algún médico de fama

ARDENIO. ¿Iré a París?

LAUJINO. Parte, pues.

ROSELA. Llevarla quiero a la cama.

LAUJINO. ¡Ah, señora!

ROSELA. No hay hablar.

LAUJINO. La gente voy a llamar
del castillo; que soy muerto.

ROSELA. Que lo es el Conde es cierto,
o que acaba de expirar.

(Métenla en brazos; salen FLORIS *y* RUPERTO.)

FLORIS. ¿Esta carta, en fin, te ha dado?

RUPERTO. Floris, esta orden tengo,
y de parte del Rey vengo
sólo a darte ese recado.
El fué, cual ves, con el Conde
a Belflor.

FLORIS. Es muy piadoso,
y, como Rey, generoso,
a sus deudos corresponde.
A Gesualdo debía
esta honra que le hace;
bien finge, que de amor nace
lo que es fina alevosía.
Dícenme que es su albacea,
y que queda en su poder
esta gallarda mujer,
moza, viuda y en aldea.

RUPERTO. No tomes de eso molestia.

FLORIS. Perdone (1) el muerto, Ruperto,
que, en verdad, a no ser muerto
dijera que era una bestia.
¡Qué bien se ha trazado el robo!
El fué bien aconsejado,
hermosamente ha entregado
la oveja al hambriento lobo.
¿Quién duda que el alcahuete
de Borbón anduvo aquí?

RUPERTO. No hables, Floris, así;
lee primero el billete.

FLORIS. ¿Qué puede escribir?

RUPERTO. No sé.

FLORIS. Oye, ¿hay cosa semejante?
La firma dice "Almirante".

RUPERTO. Es que por su mano fué.

(Lee.)

"El Rey me mandó, partiéndose, que te escribiese, que le conviene, por atajar murmuraciones, que no le hables; por esto dice que escojas casarte con Clarino, criado de su cámara, o meterte en un monesterio."

FLORIS. ¡Oh, qué linda necedad!

RUPERTO. Pues, en verdad que Clarino
era de tus prendas di(g)no.

FLORIS. ¡Ah, paje de majestad!
Afuera, que no son cosas
para poderse sufrir.
Hoy, Ruperto, has de morir.

RUPERTO. Detén tus manos hermosas.

FLORIS. ¿Cómo detente? (1)

RUPERTO. ¿Estás loca?

FLORIS. ¡Perro alcahuete, aquí mueres!
Escoge qué muerte quieres:
¿cuchillo, cordel o toca?

RUPERTO. ¿Hásme hallado en adulterio?

FLORIS. ¡Basta! Tú lo has de pagar.

RUPERTO. Pues déjame confesar,
que aquí cerca hay monesterio (2).

FLORIS. Iráste y no volverás.
¿Piensas ese engaño hacerme?

RUPERTO. Por mi fe, de detenerme
cuanto confiese, no más.

FLORIS. No habrá fraile que te absuelva.

RUPERTO. ¿Por qué? ¿Soy yo renegado?

FLORIS. Porque estás descomulgado.

RUPERTO. Pues no bastará que vuelva.

FLORIS. Descomulgado no es nada.

RUPERTO. Por eso en irme prosigo,
porque si hablas conmigo
estarás descomulgada.
Mas no sé cómo incurrí
en esta descomunión.

FLORIS. Sí, porque hurtaste un cordón
a la Condesa.

RUPERTO. Es así.
Pero, por mi fe, que al cura
de la parroquia lo he dado,
y ya se le ha vuelto. Aspado
he de morir si esto dura.

FLORIS. ¿Hay más claro desconcierto,

(1) B: "Perdóneme".

(1) Texto: "¿cómo tente?"
(2) B: "que aquí cerca hay un monesterio".

que siendo el Rey mi galán
se haya vuelto sacristán
y vaya a enterrar un muerto?
  Ven acá, Ruperto, di,
¿estaba ordenado el rey?

RUPERTO. ¿Pues no?

FLORIS. ¿Luego en Francia es ley
que se ordene el Rey así?

RUPERTO. Digo que dices razones
que un niño no las dijera.
¿Sin órdenes no pudiera
curar de los lamparones?

FLORIS Tienes razón.

RUPERTO. ¡Dolor fiero!

FLORIS. Yo también quiero curar.
¡Muestra!

RUPERTO. ¿Quieres comenzar
en mí como mal barbero?

FLORIS. Aguarda.

RUPERTO. No tengo nada,
por Dios.

FLORIS. Un bulto hay aquí.

RUPERTO. ¿No ves que es la nuez?

FLORIS. ¡Ah! ¿Sí?

RUPERTO. Floris, suelta, si te agrada.

FLORIS. ¿Cómo? ¡Mataréte a coces!

RUPERTO. Creo que huír es mejor.

FLORIS. Yo te seguiré, traidor,
dando por los campos voces.

(Vanse y entra el CONDE, *armado, en hombros de* TIBALTE; VALDOVINO, DIONÍS, ALMIRANTE *y el* REY *detrás.)*

REY. ¿Y sabe ya la Condesa
todo el suceso?

ALMIR. Ya sabe
el fin de esta triste empresa.

REY. ¿Llora? (1)

ALMIR. Es en extremo grave;
pero en el alma le pesa.

REY. Pienso que es piedra tan dura,
que en aquesta desventura
no la obligaré a llorar.
El cuerpo podréis llevar
a su antigua sepultura;

(Meten al CONDE.)

que me dicen que este fuerte
tiene la iglesia en que está.
No baje; de aquesta suerte
vea el cuerpo, que será
renovar su triste muerte.
  Ponedle en el medio de ella,
en tanto que le enterramos.

ALMIR. Ya sale.

REY. Muero por vella;
hoy su fuerza conquistamos,
que ya no hay alcaide de ella.

(Sale la CONDESA *de luto.)*

MATILDE. Si mis sentidos ajenos,
gran señor, mirando vas,
y mis ojos de agua llenos,
advierte que siento más
en tanto que hablaré menos.
  Más merece de amor palma,
a quien el dolor en calma (1)
a más razón corresponde,
muerto mi señor el Conde,
que fué de este cuerpo el alma.
  Aguardábale, triunfando
entrar por aqueste fuerte,
no en hombros, muerto, sonando
roncas cajas de mi muerte
y su bandera arrastrando.
  Aguardábale en mis brazos,
esperando sus abrazos,
no pasado de una flecha,
a tiempo que no aprovecha
ser leona en sus pedazos.
  Mas ya que este sacrificio
me le ha quitado del suelo,
para quitarme el juicio,
sólo me queda un consuelo:
que haya muerto en tu servicio.
  Pero no me satisfizo
la flecha que la deshizo (2)
su vida. ¡Pluguiera a Dios
que nos matara a los dos,
como la de amor lo hizo!

REY. Condesa, ¡es tan justo llanto!
Yo no os puedo aconsejar
que dejéis de llorar tanto,
y porque se sabe cuánto
descansa el alma en llorar.
  Vos perdiste vuestro esposo
galán, discreto y hermoso;
yo perdí el mayor amigo,

(1) A: "Flora".

(1) Texto: "en alma".
(2) A: "la cruel flecha que hizo".

pero tras de aquesto os digo
que es el consuelo forzoso.
Llegadnos sillas aquí,
que tengo que hablar con vos
de lo que él me dijo a mí.
Borbón, quedaos aquí vos.
¡Sentaos!

MATILDE. Yo estoy bien así.

REY. No hay que replicar en eso.

(*Siéntase.*)

Condesa, el triste suceso
del Conde, vuestro marido,
no es para ser referido,
que es para quitar el seso.
Sólo quiero que advirtáis
que me hizo su albacea,
y que en mi poder estáis.

MATILDE. Y aun es razón que así sea,
que vos me honráis y amparáis.

REY. Díjome que si queréis
recogeros os ayude,
cosa que hacer no debéis;
que no hay en que agora estéis
triste, que el tiempo no mude.
Si os quisiéredes casar,
dijo que fuese a mi gusto,
y esto os quiero aconsejar,
porque parece más justo
y en esto os puedo amparar.

MATILDE. Señor, ¿cuando a mi marido
me traéis muerto y sangriento
me tratáis de casamiento?

REY. No, Condesa; aquesto ha sido
deciros su testamento.
Sólo os pido, porque aquí
muy triste os ha de poner
ver al Conde muerto así,
y porque os he de tener
conmigo y cerca de mí,
que en habiéndolo enterrado,
a mi palacio os vengáis,
que conmigo (1) y a mi lado
más segura en todo estáis,
y yo con menos cuidado;
que esto de ser albacea,
quieren las leyes que sea
con gran cuidado y amor.

MATILDE. No permitas, gran señor,
que así en la corte me vea.
Tras eso, no sois casado;
yo soy viuda y vos soltero;
¿qué dirán a vuestro lado?

REY. Que por lo que al Conde quiero
os guardo con gran cuidado.
Y creed que no serán
las niñas de aquestos ojos
más miradas.

MATILDE. Mal podrán
las mías estos enojos
llorar bien si con vos van.
Mirad, señor, que no es justo.

REY. Yo soy albacea y rey;
no me deis ese disgusto,
que fuera de aquesto es ley;
lo habéis de hacer por mi gusto.
Y ¿qué os cansáis? Que os adoro,
y con aqueste retrato
he venido, como un moro,
si no es ser al cielo ingrato
no estimar tan gran tesoro.
¡Ea, aquí no hay ya marido!

(*Levántase.*)

MATILDE. ¿Con esa resolución?...

ALMIR. ¡Ah, señor!

REY. ¡Calla, Borbón,
que soy rey y estoy perdido!

MATILDE. Señor, si como Daciano,
a un martillo con la mano
mi cuerpo y vida pusieses,
no hayas miedo que tuvieses
lo que pretendes en vano.
Y eso, Enrique, no es amor,
pues, ayer muerto mi esposo,
me hablas con tal rigor;
¡qué premio tan generoso
querer quitarle el honor!

ALMIR. Señor, advierte que sea
tu amor de hombre racional,
que es esto cosa muy fea.

REY. ¿Llevarla es hacerlo mal,
si soy, Borbón, su albacea?

MATILDE. Si tú das en ser furioso,
yo también lo soy, y digo
que tu poder ni castigo
me apartarán de mi esposo.

REY. ¡Mi mala suerte maldigo!
Pues un remedio ha de haber:
yo te quiero por mujer.

MATILDE. Tampoco, que es muy temprano.

(1) B: "comigo".

ALMIR. Ese es negocio inhumano;
reina de Francia has de ser.
MATILDE. Como el Rey me espere un año,
y en él no me haga daño,
eso mi fe le promete.
REY. Condesa, esperaré siete,
y otros siete si hay engaño.
Digo, mi bien, que seré
en el tierno amor Jacob,
un David en Betsabé,
una paciencia de Job.
ALMIR. Y un rey de Francia en la fe.
¿Qué aguardas de tu ventura?
MATILDE. ¡Basta! Lo hecho está hecho.
REY. Jura y no seas perjura.
MATILDE. ¡Por el amor que en mi pecho
tengo al Conde!
REY. ¡Infame, jura!
¡Oh, pese al Conde!
MATILDE. Señor,
tampoco has de decir mal
del Conde.
REY. ¡Qué extraño amor!
¿Fué más de un noble leal?
MATILDE. Tuvo un divino valor.
¿Esto sufro, airados cielos?
¡Oh, amor, todo eres locura!
ALMIR. Deja ya de llorar duelos.
REY. ¿Que hasta en una sepultura
hable amor en que da celos?

(*Entra* FLORÍS, *loca, y* RUPERTO.)

RUPERTO. No entres, que esa porfía
pasa de locura ya.
FLORIS. Todos estamos acá,
a la fe, señora tía.
No os están mal, por mi fe,
las hopalandas de luto.
MATILDE. ¿Qué es esto?
FLORIS. Si es verde el fruto,
¿qué importa que negro esté?
REY. Ruperto, ¿es Floris?
RUPERTO. La propia,
que tu papel le ha quitado
el seso.
MATILDE. En tanto cuidado,
locos, Rey, es cosa impropia.
No entre aquesa gente aquí
o dame licencia.
REY. El loco
se irá.
FLORIS. No, vengo a estar poco,
que hay mucha desdicha en mí.
¿Sois vos Matilde?
MATILDE. Yo soy.
FLORIS. ¡Cuánto mal me habéis costado!
REY. Mejor estuviera atado.
FLORIS. ¡Harto del alma lo estoy!
MATILDE. Lleven este hombre de aquí.
FLORIS. No soy hombre, soy mujer,
y que lo pensaba ser
del Rey, que ya reina en ti.
MATILDE. ¡Jesús, qué extraño portento!
REY. Llevadla de aquí, Borbón.
FLORIS. Ya con la buena ocasión
trataréis del casamiento.
¡Ea, ya os podéis casar,
si están hechos los conciertos!
Porque quien entierra muertos
también puede desposar.
Ninguna cosa se esconde,
que todo es público a Dios;
él sabe que entre los dos
le distes la muerte al Conde.
¡Ea, no os podéis casar!
Clandestino es este trato;
apelo de vos, ingrato,
apelar y repelar.
REY. ¡Asilde!
FLORIS. ¡Apelo al Sofí,
al gran Turco y al Soldán!
RUPERTO. Muy bien la despacharán.
ALMIR. ¡Ea, Floris, vuelve en ti!
Ya este amor es acabado.
El Rey te dará remedio.
FLORIS. No estando vos de por medio,
señor alcahuete honrado.
Idos y dejadme aquí,
que ya os conozco, ladrón;
para el Rey fuistes Borbón,
pero borrón para mí.
REY. ¡Hola, llevadla o matadla! (*sic*)
¿Veis la pena que recibo?
FLORIS. Matadme, que por Dios vivo,
que será mayor piedad.
REY. ¡Ea, llevadla!
FLORIS. Ya voy
adonde la vida acabe.
ALMIR. ¡Extraño amor!
MATILDE. ¡Caso grave!
¡Confusa en extremo estoy!
REY. No tengáis, señora, pena,

que siempre aquesta mujer
fué loca.

MATILDE. Mi amor y ser
afrenta, culpa y condena.
Si ésta, perdiéndote vivo,
ha dado en tal desconcierto,
yo, que pierdo al Conde muerto,
¿cómo me consuelo y vivo?

[REY.] En ésta es más justa ley,
que perdiendo un rey, agora
no halle un conde, y vos, señora,
perdáis conde y halléis rey.
Yo la haré curar, y os juro
de darle honrado remedio,
si amor lo consiente, en medio
de celos, un mal tan duro.

MATILDE. Creceréis mi obligación,
que es, en efeto, mujer.

(Entra CLARINO *con cartas.)*

DIONÍS. El muestra en su gran placer
cuán buenas las nuevas son.

CLARINO. Dame albricias.

REY. [¡Oh, Clarino],
las nuevas te las darán.
¿Son del marqués Diatristán?

CLARINO. Del mismo.

REY. Ya lo adivino.

(Carta.)

"En partiendo tu persona
de este campo y su jornada,
cuatro asaltos di a Bayona,
injustamente usurpada
del inglés a tu corona.
A partido se me dan
y con sus armas se van.
Esta tarde entrar espero.
De este tu campo, y de enero
siete. El Marqués Diatristán."

REY. Mil ducados te den luego,
Clarino.

CLARINO. ¡El cielo te guarde!

REY. ¿Que la entraba aquella tarde?

CLARINO. O si no a sangre y a fuego.

REY. ¡Bizarra nueva!

ALMIR. El Marqués
es un gallardo soldado,
puesto que envidia (1) me ha dado.

REY. Besad, mosiures, los pies
a Matilde, porque es ya
la Reina vuestra señora.

DIONÍS. Esa es mejor nueva ahora.
Gran reina, los pies nos da.

REY. Y porque en su casamiento
siempre han sido justas leyes
hacer mercedes los reyes,
de hacéroslas soy contento.
Hago Duque de Calés
a don Dionís, y de Andino
hago Conde a Valdovino;
Tibalte, de Orlán marqués.
Doile a mi primo Borbón
a Marsella y Mompeller,
y a vos mi reino y mi ser,
soberana perfección.
Reina de Francia os he hecho,
y esto no lo agradezcáis,
sino a saber que moráis
en la mitad de mi pecho.

MATILDE. El año, señor, cumplido
la merced recibiré;
que entretanto cumpliré
las honras de mi marido.

REY. Seréis de mí acompañada.

MATILDE. Honráis un vasallo honrado.

REY. Vamos.

ALMIR. Aquí da, senado,
fin *La resistencia honrada.*

FINIS

(1) B: "invidia".

EL SASTRE DEL CAMPILLO

COMEDIA FAMOSA

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

REPRESENTÓLA MANUEL VALLEJO

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES:

DON MARTÍN DE LARA.
REY ALFONSO, *niño*.
NUÑO ALMEGIR.
RODRIGO.
El REY DE LEÓN.
FERNÁN RUIZ DE CASTRO.
ÉLVIRA, *villana*.
BLANCA.
SOLDADOS.
Un PORQUERO.
Un ALCALDE.
Un VENTERO.
Una SOBRINA *del* VENTERO.
FORTÚN.
[*Tres* VILLANOS.]
[GIL POLO].

ACTO PRIMERO

(*Sale* DON MANRIQUE DE LARA, *huyendo con el* REY *niño en los brazos, y armado, y botas y espuelas, y no hace más de pasar por el tablado al son de cajas.*)

MANRIQ. ¡Muera yo, como os libréis,
Alfonso, rey de Castilla!

(*Vase.*)

(*Salen tras él* NUÑO ALMEGIR, *y* RODRIGO *teniéndole.*)

RODRIGO. Será hallarle maravilla.
NUÑO. ¿Qué dices?
RODRIGO. Que no os canséis,
que don Manrique de Lara,
mi señor, tomó el camino
del bosque.
NUÑO. Yo determino
buscalle.
RODRIGO. Prueba es bien clara,
Nuño Almegir, que seguís
la voz del Rey de León;
que particular pasión,
que es la que aquí descubrís,
contra mi señor, no fuera
bastante a seguirle agora,
cuando ya Castilla llora
la desventura que espera,
si el niño Rey —¡nunca el cielo
lo permita!— entra en poder
de su tío.
NUÑO. Yo he de ver
si acaso le encubre el suelo,
y le tengo de buscar.
Manrique se cubre en vano.
RODRIGO. Vos sois noble y castellano.
¿Queréisle acaso entregar
al Rey de León?
NUÑO. Ya llega
el Rey.
RODRIGO. Que vuestra lealtad
la ofenda una enemistad!
¡Tanto la venganza os ciega!
¿Y no hay un rayo traidor
que os quite el mal pensamiento?

(*Sale el* REY DE LEÓN *y* FERNÁN RUIZ DE CASTRO, *y acompañamiento.*)

FERNÁN. Señor, burló vuestro intento.
Con causa estáis ofendido;
sólo el de Lara quebró
la fe y palabra que os dimos;
daros al Rey pretendimos
en Soria; el Reino llegó,
como sabéis, a entregalle;
sólo os engañó Manrique.
Tan grande hazaña publique (*Ap.*)
el mundo que debe honralle.

Sin (1) esta ocasión yo fuera
monarca gentil, le alzara
sacras efigies.

REY. ¡Que Lara,
el castellano, no quiera
mi amistad! Pues, ¿qué pretende
incitando mi rigor?
¿Quiere acaso ser tutor
del Rey, que ansí le defiende?
Por conocelle y honralle
su amistad solicitaba
cuando el engaño trazaba;
la vida habrá de costalle
su feroz atrevimiento,
y de mí no está segura
Castilla.

FERNÁN. En vuestra cordura
libra Castilla su aumento,
porque siendo el niño Rey
sobrino vuestro está llano
que el imperio castellano
tendrá en vos, por justa ley,
amparo y defensa honrosa.

REY. Fernán Ruiz de Castro, el hecho
me deja mal satisfecho,
y con alma sospechosa;
de que vuestro parecer
distes en la alevosía,
quebrastes la pleitesía,
claro se deja entender;
porque vive entre los dos
amistad, que ha de llegar
a deudo, ¿querréisle dar
vuestra hija?

FERNÁN. ¡Vive Dios,
que la pasión os engaña,
señor, en pensar de mí,
que la palabra que os di,
pudiera hallarse en España
hidalgo que os la cumpliera
más bien. Manrique es mi amigo
y por sus prendas me obligo,
como ya Castilla espera,
por contratos que hemos hecho,
darle a mi hija, es verdad;
pero si fué deslealtad
la suya, estad satisfecho,
Fernando, rey de León,
que a Lara os he de entregar,
porque es justo aventurar
la vida por la opinión.
Y pleito homenaje os hago,
de mi verdad satisfecho,
por la cruz que honra mi pecho
del Apóstol Santiago,
que del maestre primero
que tuvo esta religión,
fuí a recibir en León,
que, si en la empresa no muero,
de hacer que en vuestro poder
quede Manrique sujeto.
Un imposible prometo,
por no dejarme ofender
de una sospechosa afrenta (*Ap.*)
contra mi honor.

REY. Yo lo entiendo
así, pero más pretendo
de quien ofenderme intenta.
Para poderle obligar
a que parezca Manrique,
si es caballero, publique
desafío singular
un rey de armas. La estacada
dirá, si fuere vencido,
la culpa que ha cometido,
y la verá castigada
el mundo, con escarmiento
de Castilla.

FERNÁN. ¿Y quién, señor,
tendrá tan alto valor
y bizarro atrevimiento
que cuerpo a cuerpo se atreva
con Manrique a pelear?

REY. Quien sabe a su patria honrar,
quien tantos trofeos lleva
de los moros andaluces,
cubriendo el bárbaro suelo
de más cabezas, que al cielo
adornan flamantes luces;
quien con armas de Castilla
al rey de Córdoba, ufano
en sus victorias, que en vano
daba la vuelta a Sevilla,
le venció con el mayor
estrago que ha visto España,
tinta en sangre la campaña,
que aun pone agora temor
el lugar de Sietevados,
donde fué la lid sangrienta;
quien los blasones sustenta

(1) (*Sic.*) "¿Si en esta."

con los bizarros soldados
de Avila, pues ellos solos
tantas victorias les dieron,
que dilatar merecieron
su nombre en entrambos polos;
Fernán Ruiz de Castro, a quien
Italia rinde laureles,
que en buriles y pinceles
pudiera ocupar más bien
que entre hazañas españolas
memorias suyas, la fama
que en los que a su templo llama,
desde las esferas olas,
al indio mar.

FERNÁN. ¿Qué decís,
señor?

REY. Que yo de mi parte,
Castro, castellano Marte
os señalo.

FERNÁN. ¿No advertís
que ya estas canas no son
para que en palenque aguarde
hazaña honrosa, y que tarde
vuelve a cobrar la opinión
quien la ve una vez perdida?

REY. Los hechos que a la memoria
os truje, ¿no os dan la gloria,
Castro, de la edad florida?
Con la nieve de esas canas
ganáis victorias recientes,
trofeos tenéis presentes,
y son diligencias vanas
las excusas que ponéis.
Con Manrique habéis de entrar
en campo, y me habéis de dar
su cabeza, si queréis
que no abrase a sangre y fuego
los lugares más seguros
de Castilla.

FERNÁN. No en sus muros
encerrados, como el griego,
los temerosos troyanos
su tragedia aguardarán;
que a recibiros saldrán
al campo los castellanos.
Y a no pensar que venís
para ser padre y tutor
del niño rey, ni el temor
de los fuegos que decís
que mi patria han de abrasar,
cuando a las puertas os vieran,
sus corazones rindieran
para dejar de guardar
su Rey, para osar morir
entre abrasadores fuegos;
porque los ejemplos griegos
ni los que puede fingir
la fama, no es arrogancia,
temblarán cuando se vea
que es la más humilde aldea
otra segunda Numancia.

REY. ¡Soberbio estáis! (Si el amor
de su hija no templara (*Ap.*)
mi enojo, aquí le mandara
degollar.) Vuestro valor
conozco, y esto ha de ser.

FERNÁN. ¿Y qué ha de ser?

REY. Que por mí
retéis (1) a Lara.

FERNÁN. Eso sí,
mas no permitáis poner
los pendones del León
sobre muros castellanos
que hay en las almenas, manos,
y en las piedras, corazón.
Mandaré fijar carteles
por Castilla, y retaré
a Manrique.

REY. Y yo os haré
mercedes.

FERNÁN. Serán crueles,
si proceden de vitoria,
tan en daño general
de Castilla.

REY. (Si es igual
mi fortuna, nueva gloria
espero en dichas de amor.
A Blanca, prenda dichosa
de Fernán Ruiz, alba hermosa,
con castellano esplendor,
pude ver. Ganó trofeos;
de una libre majestad
animó la voluntad
y despertó los deseos.
A Manrique la ofreció
por esposa, y a mi suerte,
a los dos traza la muerte.
Amor tu poder venció;
pues si éstos en la estacada
mueren, que son las colunas

---

(1) Texto: "resteis".

de Castilla, mis fortunas
verá mi frente bañadas
del castellano laurel,
y con fuerza o con amor
seré de Blanca señor,
aunque en opinión cruel.)
¿Adónde me he de alojar
esta noche?

FERNÁN. En el Campillo,
señor.

REY. Pues sois el caudillo
castellano, haced guardar
las órdenes que les deis;
que a vuestra prudencia fío
el mayor cuidado mío.

FERNÁN. Y vos servido seréis,
no con el fausto y grandeza
que se os debe, porque yo
con el orden que llegó
de esperar a Vuestra Alteza
en Soria, a paso ligero
con mi casa caminé;
a recebiros llegué
al Campillo, donde espero
que mi casa habéis de honrar.

REY. En ella estaré con gusto,
y agradezco, como es justo,
el cuidado. (¿Qué lugar,
de cuantos la fama escribe,
por ilustre y generoso,
será más noble y dichoso
que éste donde Blanca vive?
Con mano piadosa y franca
compiten poder y amor,
ser de Castilla señor
y verme en brazos de Blanca.)

(Vase.)

FERNÁN. ¿Con qué imposible pretendo
templar la furia, leonés,
siendo mi propio interés
lo mismo con que me ofendo?
Si reto a Manrique, estoy
libre de la pleitesía;
mas con nueva afrenta mía
ingrato a mi Patria soy.
¿Qué he de hacer, cielos airados?
Haced en trance tan fuerte
última línea a la muerte
de tan opuestos cuidados.

NUÑO. Tengo cierta diferencia
con Manrique, y si se encubre
donde tinieblas descubre
el Indio por su influencia,
donde el Norte helado arroja
rayos de hielo y de nieve,
o donde las aguas bebe
Libia al mar ardiente roja,
le he de buscar por serviros,
aunque la vida aventure;
que es razón que se asegure
vuestro honor.

FERNÁN. Quiero advertiros
que a Manrique el castellano
busco. Si hacer me queréis
favor, buscalde, y seréis
mi amigo, pero villano.

(Vase.)

NUÑO. Reprendió mi atrevimiento
con esto que me ha advertido,
porque un hombre bien nacido
el ser traidor es portento.
No pienso pasar de aquí,
ni dar traza de buscalle,
que aunque viniera a encontralle,
huyera dél y de mí.

(Sale DON MANRIQUE con un mal vestido pardo, y su broquel, y tijeras de sastre, montera y polainas.)

MANRIQ. Parece que el mismo cielo
para encubrirme se muda,
y su manto se desnuda,
porque me sirva de velo.
Si cuando quiere matar
a un rey prodigios envía,
cuando le guarda y le cría
prodigios ha de enseñar.
Y así como guardo aquí
vida de un rey mal segura,
por imitar su ventura
hace prodigios en mí.

RODRIGO. Si me toman juramento,
y no es menester tomalle,
digo que es la cara y talle
de mi señor. Con mi intento
he de salir preguntando
a aquel villano si es él.

NUÑO. ¿Dónde vas?

RODRIGO. Ya sois cruel,
por lo que estáis enfadando
al mundo. Quiero saber

de aquel villano si ha visto
a mi señor.
MANRIQ. Mal resisto,
cielos, el gusto de ver
mi criado.
RODRIGO. La que ciño
me ha de abrir camino llano.
¿Vistes, buen hombre, un gitano
que lleva hurtado un niño?
MANRIQ. ¡Rodrigo!
RODRIGO. ¡Cuerpo de Cristo,
disimula!
MANRIQ. ¿Es Nuño aquél?
RODRIGO. Y tu enemigo cruel.
MANRIQ. Hablaréle, pues me ha visto.
RODRIGO. ¿Quieres descubrirte?
MANRIQ. Sí.
RODRIGO. ¡Ah, muy gentil Galalón!
MANRIQ. Vanos tus recelos son.
RODRIGO. A buscarte viene aquí
para venderte.
MANRIQ. ¿No ves
que el que es noble es imposible
ser traidor?
RODRIGO. ¡Y que es posible
que en esa locura des!
MANRIQ. ¡Desvía!
RODRIGO. Allá darás rayo.
MANRIQ. No cabe en él trato doble.
RODRIGO. Pues dime, ¿no puede un noble
hacer de su capa un sayo?
Judas, ¿no llegó a vender
al mismo que le crió?
MANRIQ. ¿Y era Judas noble?
RODRIGO. No;
pero bien lo pudo ser.
¿Luego porque sea bermejo
ha de ser luego judío?
Yo tuve bermejo un tío
y salió cristiano viejo.
MANRIQ. ¡Nuño!
NUÑO. ¡Manrique!
RODRIGO. Los dos
disputan de cortesía.
MANRIQ. (1) ¿Por qué os disfrazáis?
RODRIGO. Sabía
que le andáis buscando vos.
MANRIQ. ¡Quita, necio! La fortuna
me trae de suerte, que quiero

(1) Parece que debe hablar NUÑO.

saber si sois caballero.
RODRIGO. Desde que andaba en la cuna
tiene opinión de jinete.
NUÑO. ¿Por qué esa salva me hacéis?
MANRIQ. Por la queja que tenéis
de mí, que agravios promete
en vuestra imaginación.
Si me venís a buscar
ocasión hay de tomar
honrada satisfacción.
Si yo os llego a reformar
en la guerra, por soldado
reformado, y a mi lado
pudiera Alejandro estar.
Mis discursos satisfice
cuando os dejé reformado,
y honras os hice, soldado,
más que capitán os hice.
Si demás desto, en el pecho
os queda alguna rencilla (1),
por hidalgo de Castilla,
de que ya estoy satisfecho,
pues la soledad convida
a vuestra satisfacción,
no perdáis esta ocasión.
NUÑO. Aún no aborrezco la vida,
Manrique, para arrojarme
a perdella en vuestras manos.
Son vuestros recelos vanos,
cuando os busco para honrarme.
Una vida y una espada
puedo ofreceros, señor:
déjelas vuestro valor,
una rica y otra honrada,
que, por vida de mi Rey,
de morir [he] a vuestro lado.
MANRIQ. El que la vida ha jurado
del Rey, por cristiana ley
debe morir por guardalla.
NUÑO. Y espero dichosos plazos,
Manrique.
MANRIQ. ¡Dadme esos brazos,
donde la virtud se halla!
Tan constante asombro fuera
y prodigio que criara
ciudad que reyes ampara,
quien por su Rey no muriera.
Por vos, don Nuño, ha de ser
nuestra patria y nombre eterno.
Nuestro Rey, infante tierno,

(1) Texto: "rensilla".

teme el soberbio poder
con asechanzas mortales
del Rey de León, su tío;
del cielo y de vos lo fío;
vasallos somos leales
de un Rey, en cuya inocencia
vive abreviada la vida.
Alta empresa nos convida;
denos favor su presencia
para osar morir guardando
su inocente vida.

NUÑO. El modo
para imitaros en todo,
Manrique, estoy deseando.

MANRIQ. Oí prodigios iguales
al peligro en que nos vemos.

RODRIGO. Relacionaza tenemos;
pues doblemos los puntales.

MANRIQ. El bravo Rey de León,
sabe Dios sus pensamientos,
con celo de la quietud,
con voz del común provecho,
como sabéis, ha venido
a Castilla, pretendiendo
ser tutor del mismo Rey,
alegando el parentesco.
Quiere llevarle a León.
¡Bien estuviera el cordero
en su poder! ¡Oh, ambiciones,
quién bastara a conoceros!
Con escuadrones armados
entró en Castilla, pidiendo
con fuerza lo que era gracia.
Recibiéronle los pueblos
con grande amor, engañados
de la quietud y sosiego
que esperan gozar, sin ver
que ponen su patria a riesgo
mañana. ¡Qué breve plazo
para tan tristes sucesos!
Castilla había de entregar
al Rey, con el juramento
de fe inviolable, a su tío,
que armado, como resuelto,
iba caminando a Soria,
donde el infeliz decreto
la ejecución esperaba;
mas como suelen los cielos
burlar esperanzas locas
con humanos instrumentos,
cuando ya los ricos hombres
de Castilla, los Consejos,
las Ordenes militares,
los nobles ayuntamientos
desterraban a su Rey,
ofrecí a la muerte el pecho
por librarle. ¡Digna hazaña
de justo agradecimiento!
Hoy entraba en el Campillo,
que es ese lugar soberbio,
siguiéndole el de León,
más por guardallo que vello,
cuando a la margen de un puente
que sólo puede el invierno
autorizar un arroyo,
pasando, al verla, soberbio,
para esta hazaña inmortal,
armado como resuelto,
cogí a mi Rey en los brazos,
hecho Atlante de aquel cielo,
y en un bridón andaluz,
que la obediencia del freno
aun estorballe no pudo
las injurias que hizo al viento,
saqué al Rey de aquel peligro,
buscando lo más secreto
deste bosque, en cuya margen
por sus laberintos bellos
dejé el pegaso español;
y encomendando a los cielos
la vida que defendía,
penetré los verdes senos
de enlazados olmos, cuando
escuché turbados ecos
de una voz que se quejaba
en los últimos acentos.
Por mi Rey temí el peligro;
pero el niño, conociendo
mis dudas, "lleguemos", dijo:
soberano es el aliento
de los reyes, que en su infancia
les tiene respeto el miedo!
A breves pasos hallamos
el original sangriento
de la voz: un hombre estaba
vistiendo el oculto suelo
de púrpura, en copia tanta,
que pudiera ser el cuerpo
bajel en golfos de sangre,
donde se anegaba el mesmo.
No queda el simple villano
que pisa el áspid, cubierto

de grama y flores, tan mudo,
tan turbado, tan suspenso,
como yo, viendo el peligro
mayor que escuchan los cielos;
revuelto en su misma sangre
vi un villano que fué espejo
donde pude ver mi imagen,
donde vi mi rostro impreso,
que aunque la naturaleza
se deleita con ejemplos
de semejanzas tan vivas,
y para adorno más bello
copia, tal vez, y no inventa,
temí el trágico portento,
sin darle licencia al alma
para autorizar agüeros.
Vencido de la piedad
llegué al villano, que, envuelto
en sangre y bascas, pedía
de sus culpas venia al cielo.
Preguntéle la ocasión
de su muerte, y, despidiendo
con alternados desmayos
el alma entre cada acento,
me dijo que unos villanos
del Campillo le salieron
a matar, siendo la causa
envidia y rabiosos celos,
porque trataba casarse
con una mujer, que el cielo
dió partes, siendo villana,
para mayores deseos;
que era sastre en el Campillo
y que, a pesar de los deudos
de Elvira, los dos se hablaban
con recíprocos afectos.
Sacáronle en fe de amigos
a este bosque, ¡infame hecho!;
pero muy propio en villanos,
y antes que le diesen tiempo
para llamarlos traidores,
le atravesaron el pecho
con tres mortales heridas;
si bien, furioso y resuelto
de que el morir y vengarse
fuese en un instante mesmo,
cerró con los homicidas,
que ya, vencidos del miedo
de su delito, trataban
de retirarse huyendo.
Vengó su muerte en los dos
tan fácilmente, que al suelo
dieron en presencia suya,
armas, voces, sangre y cuerpos.
Retiróse desangrado
a morir, mas encubierto
donde confesarse a Dios
era el último remedio.
Dijo, y expiró en mis brazos.
Mirad qué extraño suceso,
y más extraño, pues fué
su fiera muerte instrumento
cno que alenté mi venganza.
Pues viendo con tanto extremo
mi semejanza en su rostro,
quise que el villano muerto
me prestase sus delitos.
Pues conocido por ellos,
es fuerza que habían de ser
los que me buscasen menos,
con la villana justicia
del Campillo, defendiendo
mi vida de los peligros
del Rey de León, que, ciego
de su ambición, es forzoso
que en el uno y otro reino
me buscase por Manrique.
Con este dichoso acuerdo
tomé su mismo vestido;
y porque, hallándole muerto,
se divulgase en Castilla
que los leoneses soberbios
me habían quitado la vida,
le puse el dorado peto,
transformándole de suerte
en mi imagen, que yo mesmo
mirándole me engañaba.
Y, pues, ha querido el cielo,
Nuño Almegir, que lleguéis
a remediar tan a tiempo
a Castilla y vuestro Rey;
seréis el dichoso templo
de su ilustre vida, en tanto
que yo, disfrazado, puedo
del enemigo común
reconocer los intentos.
San Esteban de Gormaz (1),
cuyos capiteles vemos
que dan nobleza a sus muros
con vanaglorias de eternos,

(1) Texto: "Gormas".

será su templo y sagrado (1);
que los cristales revueltos
de ese despeñado río
se muestran menos soberbios
donde hace punta el bosque,
dilatando y descubriendo
en limpio vado su arena.
Y ansí, despreciando el riesgo,
pasaréis en mi caballo
al Rey, por quien os ofrezco
ricas mercedes, don Nuño,
e inmortales privilegios.

(Saca al REY *niño en los braços, que está entre ramas.)*

Señor Rey, esta mudanza
de amparo, bien sabe el cielo
que es por libraros la vida,
por conservaros el reino.
A un hidalgo de Castilla,
niño Alfonso, os encomiendo:
bien sé que os dará lealtades
porque vos le deis esfuerzos.
Que si os lleva un castellano,
y vos le miráis, es cierto
que iréis despidiendo rayos
a los enemigos pechos.
Nuño, besalde la mano
al Rey que juráis por dueño;
sin ceremonias reales,
porque no las pide el tiempo.
Recebilde en vuestros brazos,
que en ellos estriba el premio
de la virtud y el valor.
Y con prisa y con silencio
acometamos al río.
Justos y piadosos cielos,
no permitáis que el leonés
venga a ser injusto dueño
de Castilla, de quien tiemblan
los más rebeldes imperios
de Europa; y si permitís
que a mi Rey llegue a ofenderlo
el ambicioso Fernando,
permitid que pueda vello
el castellano Manrique,
que yo os hago juramento
por vuestras sagradas luces,
de hacer viles menosprecios
de mi vida en su defensa,
y hacer rojos monumentos
estos campos donde el sol,
el mundo, la fama, el tiempo,
la admiración, la memoria,
la envidia, el valor y el miedo
en las futuras edades
honren en prosas y en versos;
las hazañas deste brazo
y la lealtad deste pecho.

NUÑO. Pues con tan buenas liciones
¿quién ha de temer el riesgo,
guardando a su Rey la vida?

MANRIQ. Claro señor, yo os prometo
que antes que abra las puertas
San Esteban, de ofreceros
mi vida y persona, Alfonso.

NUÑO. Niño Rey, si os pone el cielo
en peligro, habéis de ver
quién es el que toma el peso
de vuestra vida en sus hombros.

MANRIQ. Don Nuño, ¡priesa y silencio!

(Vanse todos y quede RODRIGO.*)*

RODRIGO. ¿No parecen tropelías?
Pues ya yo me iba durmiendo,
que lo que desvela a todos
suele a mí causarme sueño.
¡Brava lealtad, grande amor
de su Rey! Que en todo el cuento
no se acordase de Blanca,
siendo el ídolo más bello
que su entendimiento adora,
y cuando ya los conciertos
de su boda abrevian plazos
para ejecutar deseos.
Pero con tantos peligros
de su vida, donde el suegro
es su mayor enemigo,
¿cómo ha de tener efeto
el verse Manrique y Blanca?
Pero mi sutil ingenio
es el azogue que junta
estos metales diversos.
En el Campillo está Blanca;
avisaréla el suceso
de Manrique, porque puedan
verse con mejor consejo,
y tratar de sus haciendas;
y nos dará por lo menos
para acertar a huír
joyas de que hacer dineros:
que esto de arrojarse un hombre

(1) Texto: "sangrado".

por países de venteros
sin blanca, es de San Antonio,
que halla despensa en los cuervos.

(*Sale* MANRIQUE *solo.*)

MANRIQ. Como nadie busca a Nuño
logrará el dichoso efeto
mi industria.

RODRIGO. Voila a llamar.

MANRIQ. ¿Dónde vas?

RODRIGO. Aquí me llego.

MANRIQ. ¿A qué?

RODRIGO. ¡Donosa pregunta!
A desocupar el cuerpo,
y que aquel pradico verde
pierda el olor de cantueso,
dándole a entender que soy
hombre, y que tengo excremento;
que están muy faltos (1) los pra- [dos
de los que deja el invierno
bañados de ámbar y almiscle,
como si hay prados coletos
y como si a los pastores,
cuyo ordinario sustento
es la leche, no les diese
sobre el pradico más fresco
cámaras a cada paso.

MANRIQ. No te detengas.

RODRIGO. Ya vuelvo.

(*Vase.*)

MANRIQ. Todo el esfuerzo y valor
de mi pecho he menester
contra el injusto poder,
contra el tirano rigor
del monstruo que me persigue,
pues cuando más me defiende,
en mi propio ser me ofende,
y transformado me sigue;
pero ya conozco aquí,
Fortuna, que haciendo estás
ensayos en los demás
para ejecutar en mí;
que esta dilación ligera
de agravios que me apercibes,
por descanso los recibes
para acometer más fiera.

(*Salen dos* VILLANOS *con espadas y broqueles, y acometen a* MANRIQUE.)

VILL. 1.º Primos, aquí está el villano.

(1) Texto: "falsos".

VILL. 2.º ¡Muera, pues!

MANRIQ. Ya descansó
Fortuna, y acometió
con rigor más inhumano.

(*Meten mano.*)

VILL. 1.º ¡Vive Dios, que has de pagar
las dos vidas que has quitado
con la tuya!

(*Sale* GIL POLO *con espada y broquel y pónese al lado de* MANRIQUE.)

GIL. A mi cuñado
nadie se atreva a llegar.

VILL. 2.º El Alcalde lo mandó.

MANRIQ. Ya no fuerais menester,
cuñado.

VILL. 1.º Dejaos prender,
Juan Prieto, que aquí estoy yo.

MANRIQ. Hecho pedazos primero.

VILL. 2.º El sastre es un Satanás.

GIL. El prendelle es por demás,
aunque venga el mundo entero.

VILL. 1.º Pues, Gil Polo, si ha matado
a dos hombres del lugar,
¿por qué no le han de ahorcar?

GIL. Porque ha de ser mi cuñado:
mi hermana le quiere bien,
y aun más adelante...

VILL. 2.º ¿Es barro
lo que le dió Juan Chaparro?

GIL. ¿Qué la dió?

VILL. 2.º Miraldo bien.

GIL. Esas son bellaquerías
del barbero, y juro a Dios
que se han de casar los dos.

VILL. 1.º ¡Ah, Gil Polo!, no en mis días,
que le he de ver pernear.

VILL. 2.º Asaeteado ha de ser,
¡par Dios!

MANRIQ. Llegadme a prender.

VILL. 1.º Juntaremos el lugar;
veremos a ver si os vale
el cuñado rabitieso.

GIL. Pues bien sabéis vos si empieço.

VILL. 1.º No hay Locifer que le iguale.
Vámonos a hacer tocar
las campanas.

VILL. 2.º Desta hecha
veremos si os aprovecha
ser el sastre del lugar.

(*Vanse los dos.*)

MANRIQ. Cuando juzgo menos fieros
los villanos enemigos
los hallo mudos testigos
de mi muerte. ¡Oh, lisonjeros
alivios de falsas glorias!
¡Qué presto os habéis cansado!

GIL. ¿Agora os turbáis, cuñado?
Si os afligen las memorias
de mi hermana Elvira, aquí
vendrá para irse con vos.

MANRIQ. ¿Es de veras?

GIL. Sí, par Dios.

MANRIQ. (Esto me faltaba a mí.)

GIL. Como salistes huyendo,
salió también desalada
tras vos; allí está parada
junto al río.

MANRIQ. Estoy temiendo
que la justicia no llegue.

GIL. Pues no tardará mi hermana
porque tiene buena gana
de irse con vos, aunque niegue
la patria en que se ha criado;
y al fin, mejor es sacalla
de donde han de mormuralla.
Oficio tenéis honrado
con que ganar de comer,
como dejéis de mentir;
pero quiéroos advertir
que si llegáis a tener
hijos, que son mis sobrinos,
y que les habéis de dar
estudio.

MANRIQ. Denos lugar
el cielo. (¿Por qué caminos
tan intrincados y obscuros
se despeña mi opinión?
¡Ciegos laberintos son
cerrados y mal seguros.
¿Qué he de hacer, cielos piado-[sos?)

GIL. Ya tenéis aquí mi hermana.

MANRIQ. (Con pensión (1) de una villana
serán peligros forzosos
en los que he de tropezar;
llevarla es perder la vida,
dejarla sola y perdida,
cuando ella espera gozar
el justo dueño que adora,
es contra toda piedad.)

(1) Texto: "Compensión".

(Sale ELVIRA, villana.)

ELVIRA. Juan mío, esta soledad
conoce bien quien te llora
por muerto, aunque mis venturas
te dan por casos extraños
la vida.

MANRIQ. (¡Qué desengaños
de que no hay glorias seguras!)

ELVIRA. Dame los brazos, bien mío;
deja de estar menos cuerdo.

MANRIQ. (Memorias del bien que pierdo
cuando firmezas la envío,
no os venguéis de Blanca ausente
en mi triste corazón.)
Tuyos estos brazos son,
Elvira; que la inclemente
fortuna no es poderosa
para quitarme el amor.

GIL. Aunque pierda la labor
de las parvas, es forzosa
la diligencia. Esperad,
que no está un cuarto de legua
aparejada mi yegua
tordilla, pues en verdad
que muerto por ella andaba
el cura.

MANRIQ. ¿Vale un cortijo?

GIL. En más la estimo que un hijo.
Por mayo me la feriaba
a dos berracos, y al buey
pinto. Es un torbellino
caminando.

MANRIQ. Peregrino
es el villano.

GIL. Ni al Rey
se la diera como a vos.
Elvira, cuando camines,
ásete (1) bien a las clines.

ELVIRA. Voy a las ancas.

GIL. Par Dios,
que es verdad.

(Vase.)

ELVIRA. Mientras mi hermano
trae la yegua nos sentemos
junto al bosque.

MANRIQ. (¡Con qué extremos
se burla el amor villano
de la fe sencilla y pura

(1) Texto: "hazete".

de una mujer desdichada!)

ELVIRA. Más mi destierro me agrada
que la vida más segura.
En tu dulce compañía,
mi Juan, las penas mayores
las juzgo tempranas flores,
pompa desta selva fría..
No hay bien, ni regalo igual
al verte; que el bien mayor
viene a ser copia en rigor
que le da tu original.
Tuya es mi vida, y tan tuya,
que, ofendida en mi tormento,
le dan tus ojos aliento
para que en tus brazos huya.

MANRIQ. ¡Cuándo te podré pagar
tantas finezas, mi Elvira!

(*Salen* BLANCA *y* RODRIGO.)

BLANCA. Y por extraño me admira.

RODRIGO. En este mismo lugar
le dejé. Válgame el santo
del montante, que te vuelvas
te ruego.

BLANCA. ¿Por qué, Rodrigo?

RODRIGO. Está ocupada la tienda
y no hay adonde sentarnos.

BLANCA. ¡Cielos! ¿No es mujer aquella?
Rodrigo, ¿quién puede ser?

RODRIGO. Debe de ser la maesa.

BLANCA. Heredó con el disfraz
de villano las ofensas
de mi honor. ¡Oh, falso amante,
oh, prado; oh, fuentes; oh, selvas,
yo os haré sentir mis males,
porque entre tantas ofensas
os diga el alma mía...!

RODRIGO. ¡Malhaya la mujer que en sastres [fía!

MANRIQ. (¡Cielos!, mi muerte descubro.
Blanca me ha visto, y sin ella
es imposible que viva.
¡Cielos!, ¿quién pudo traella,
para vengarse, engañada?)
Elvira, gente se acerca,
y si me ven es forzoso
que me maten o me prendan.
Vete a esperar a tu hermano;
que en trayéndome la yegua
saldré del bosque.

ELVIRA. Los cielos
te guarden y te defiendan.

(*Vase.*)

BLANCA. Dirás que no eres villano.

RODRIGO. Par Dios, que si agora niegas;
mas, ¿qué puede hacer un sastre?

MANRIQ. ¡Pues tú también me condenas?

BLANCA. Porque eches de ver que siempre
tiene la razón gran fuerza.
¿A mis ojos este agravio,
villano Manrique?

MANRIQ. Espera,
señora.

BLANCA. Venganza pido
a los cielos y a la tierra,
de un traidor que me ha ofendido
en el alma.

MANRIQ. ¡Que no quieras
escuchar disculpas mías!

BLANCA. Cuando en el poder te veas
del Rey de León, entonces,
dando venganza a mis penas
con tu muerte daré oídos
a tu falsa voz.

RODRIGO. ¡Ciruelas!
¡Mujer y celosa! ¡Avispas!

MANRIQ. ¿Qué muerte habrá que yo sienta
como el perderte, mi bien?
Pero advierte...

BLANCA. No hay que advierta,
¡villano en alma y vestido!
¿A mis ojos esta afrenta
y habías de quedar con vida?

MANRIQ. Digo, que es justo que muera,
mas no a las manos del Rey,
a tus bellas manos sea,
Blanca mía; que si llego
a poder del Rey, es fuerza,
que ha de saber donde está
el niño Alfonso, y entregas
a tu señor natural
a quien quitarle desea
el reino. Pues eres noble,
tantas desdichas te duelan
como a Castilla amenazan,
si me descubres.

BLANCA. ¿Qué piensas?
¿Que a mi venganza le importa
que desdichas encarezcas?

(*Aparte.*)

La mayor hazaña emprendo,
que en españolas y griegas
tragedias, ha visto el mundo:

¡Leoneses, en esta selva
se encubre vuestro enemigo!

MANRIQ. Mira que el alma despeñas
en la traición más cruel
que ha visto el mundo, y que afren-
el gran blasón de los Castros, [tas
que porque jamás pudieran
descubrirme ni obligarme
a entregar al Rey ordena
el cielo el suceso extraño
de un villano.

RODRIGO. Larga cuenta
le he dado por el camino.

MANRIQ. Pues para que me parezca
como en el nombre en el traje
hasta la dorada espuela
le puse; esta selva mide
armado y muerto. No ofendas
a los cielos que me amparan,
y darme vida desean,
para librar a mi Rey.

BLANCA. A una mujer ya resuelta
en la venganza que busca,
poco sirven y aprovechan
ruegos humildes. El mundo
ha de ocupar pluma y lengua,
con esta hazaña. ¡Ah, leoneses!,
si la ambición os despierta,
¿qué aguardáis? Verás, villano,
cómo mis celos se vengan.

RODRIGO. Tijeretas dice, y es
porque ve que él trae tijeras.

(*Sale el* REY, FERNÁN RUIZ *y soldados.*)

REY. ¿Qué es esto, Blanca? ¿En el cam-
dando voces descompuestas? [po
Sepa yo la causa luego.

BLANCA. ¡Fernando!

MANRIQ. ¡Ah, furiosa hembra!
Florinda, Cava, en España,
viva de hoy más con vergüenza,
y olvido de tus crueldades,
pues tú la has vencido en ellas.

BLANCA. ¡Fernando, rey de León,
que de la sangre te precias
del noble rey Recaredo,
y al dichoso Alfonso heredas!
Si presumes de piadoso,
si de cristiano te precias,
¿cómo crueldades permites?
¿Cómo permites ofensas?
A don Manrique de Lara,
columna de la nobleza
de Castilla, a quien el mundo
por sus hazañas celebra,
por su valor acredita
y por su virtud respeta;
a quien mi padre obligado
por tan conocidas prendas,
me prometió por esposa,
le han muerto con manos fieras
tus atrevidos soldados,
porque tus órdenes llevan.
¿De qué tirano Dionisio
tan fiera crueldad se cuenta?
Este bosque en sangre tinto,
porque son fuentes sus venas,
mi difunto esposo esconde (1),
quizá porque no parezca
a la luz del sol mi agravio,
y tu crueldad no se entienda.

FERNÁN. ¿Hubo desdicha mayor?
¿Qué dices, Blanca?

BLANCA. Que lleva
sangriento fruto este bosque,
y yo lágrimas y penas.

MANRIQ. (¿Hubo en romanas matronas
tan valerosa cautela
para librar a su Patria?
Lo que le has dado te deba
para pagarte en memorias
que las juzgue el tiempo eternas.
¡Oh, milagro de lealtad!
¡Oh, prodigio de belleza!)

REY. (Para pretender a Blanca (*Ap.*)
son las más dichosas nuevas
que pudo esperar mi amor.)
Si de su muerte me pesa,
mi sentimiento lo diga
y la venganza que espera
hacer mi rigor; y en tanto,
a la usanza de la guerra,
por general castellano
arrastrando las banderas
y destempladas las cajas,
hagan, con pompa funesta,
como a mi persona misma,
a Manrique las obsequias.

(*Vase.*)

FERNÁN. Perdió Castilla su amparo,

(1) Texto: "esconden".

pues si esperanza le queda
en mis hombros, el dolor
hará que presto la pierda.

(*Vase.*)

MANRIQ. Deja que a tus pies me arroje.
BLANCA. Detente, para que adviertas
que no estoy vengada yo,
que la piadosa clemencia
que viste, fué con mi Patria;
y porque juzgué a bajeza
que otras manos te mataran,
que es infame quien se venga
con brazo ajeno.
MANRIQ. Pues dame
la muerte agora.
BLANCA. ¿Quién era
la villana?
RODRIGO. ¡Allí la duele!
MANRIQ. Engañada en la apariencia
entendió que yo...
BLANCA. No quiero
satisfación; ya me pesa
de habértelo preguntado.
MANRIQ. Mira que es bien que lo sepas,
para que el rigor olvides.
BLANCA. No quiero saberlo.
MANRIQ. Entiendan
estas plantas mi verdad.
BLANCA. Eso sí; díselo a ellas.
MANRIQ. Plantas deste verde bosque,
decidle a Blanca que crea...
BLANCA. No quiero que me lo diga.
RODRIGO. Pero de oíllo te huelgas.
BLANCA. Villano, la vida gozas,
pero no me la agradezcas
porque en hallando ocasión,
has de ver que menosprecias
una tigre, que le roban
los hijos; una sirena,
que para matar encanta
entre mortajas de peñas.
MANRIQ. ¿Qué? ¿Te vas?
BLANCA. ¿Pues qué querías?
MANRIQ. Pedirte que no te fueras
hasta matarme.
BLANCA. Ese gusto
no quiero yo que le tengas,
si es que la muerte te agrada,
hasta saber que te pesa
de morir.
MANRIQ. Pues vete en paz.
BLANCA. Y a la villana grosera
yo la haré que me conozca.
MANRIQ. ¿No te vas?
BLANCA. ¿Es mucha priesa
la que tienes? ¡Ah, Rodrigo,
dale, sin que yo lo vea,
estas joyas a Manrique.
RODRIGO. Cayó el pecador (*sic*) de perlas;
le daré yo los diamantes.
BLANCA. Voime, y no esperes clemencia
de mi rigor.
MANRIQ. ¿Pues qué, Blanca?
BLANCA. Venganzas solas.
MANRIQ. ¡Pluguiera
al cielo, y fuera mi vida
el dichoso aumento dellas!
BLANCA. ¿Sientes mi ausencia?
MANRIQ. Es mi muerte.
BLANCA. Pues voime, porque lo sientas.
MANRIQ. (¡Oh, quién sus manos besara!)
BLANCA. (¡Quién abrazarle pudiera!)

ACTO SEGUNDO

(*Salen* DON MANRIQUE *y* RODRIGO.)

MANRIQUE.

Rodrigo, buena ventura.

RODRIGO.

No la tenga jamás quien la sustenta.

MANRIQUE.

¿Por qué?

RODRIGO.

Porque el ventero
es de los Reyes Magos despensero.

MANRIQUE.

Declárate, Rodrigo.

RODRIGO.

Es mágico el ventero, yo lo digo.
No hay animal, es cosa peregrina,
que no mude su forma en la cocina;
y, como si tuvieran
almas que asegurar cuando se mueran,
se mudan de tal suerte,
que se mejoran todos en la muerte.
Porque el pollino que la muerte espera,
es, en llegando al asador, ternera;
pues el podenco, pajas,

después que a ese monte se ha hecho rajas,
salteador de conejos,
tomando a la vejez nuevos consejos,
el ventero bendito
le hace las obsequias de cabrito.
Mas ¿qué no hará un hebreo?

MANRIQUE.

¿Qué dices?

RODRIGO.

Que es judío.

MANRIQUE.

No lo creo.

RODRIGO.

Yo sí, pues siendo cabra
la que da a todos sin hablar palabra,
se pone el tal ventero
a celebrar la fiesta del cordero.
Después de una ensalada
me pusieron un plato de lebrada
habrá seis noches, miento,
cuando fué el día que hizo mucho viento,
que yo perdí el camino
y llegando a la puente del molino,
sin importar mis voces,
me dieron seis gitanos dos mil coces.

MANRIQUE.

¡Qué bien sabes de cuenta!

RODRIGO.

Pues ese mismo día en esta venta,
a mí y a un camarada
nos dió el bendito huésped la gatada:
sacó la olla potente
con los ventosos nabos y el caliente
ajo (¡qué linda pieza,
pues nunca ha escarmentado en su cabeza!)
berengenas baratas,
con casi el apellido de zocatas;
el tocino y repollo,
que se podía comer al pie del rollo:
y cuatro o seis pimientos
que en el picar jugaban a los cientos.

MANRIQUE.

Tu relación me agrada.

RODRIGO.

Esta es la discreción de mi lebrada,
que tanto me desvela.

MANRIQUE.

¿Pues no comiste bien?

RODRIGO.

A tentejuela;
mas picóse el ventero,
sin qué, ni para qué; de donde infiero
que aquella liebre, hecha ya a otras mañas,
me está maullando agora en las entrañas.
Cayóseme en el suelo
una posta de carne, y con desvelo
natural y ordinario,
dije de presto: ¡Zape! El temerario
ventero, a quien admira
su prevención, me dijo envuelto en ira:
"En mi casa no hay gato,
y ¡voto a Dios!, que es liebre la del plato."
Concebí fullería,
y díjele al ventero chirimía:
"Gato mal puede habello,
si acabamos nosotros de comello."

MANRIQUE.

De humor gracioso vienes,
y confieso, Rodrigo, que entretienes
tan nuevas penas mías.

RODRIGO.

¿Pues siempre has de gastar melancolías?
¿Ya no está el Rey seguro
en el castillo de Gormaz? (1)

MANRIQUE.

El muro
su defensa previene;
pero es muy poca guarda la que tiene.

RODRIGO.

Guardaránle los cielos.

MANRIQUE.

Con mortales congojas y desvelos
me sigue la fortuna,
tan fiera, tan cruel, tan importuna,
que forman sus mudanzas
peligros de las mismas esperanzas.

RODRIGO.

Ansí te desvaneces,
sin comer, ni dormir; tú mismo ofreces
la vida.

MANRIQUE.

Vete un poco.

(1) Texto: "Gormas."

Quizá podré dormir, si duerme un loco,
que sin alma y sin seso
vive en fortunas tan opuestas preso.
Pero mira, Rodrigo,
que nadie ha de saber que vas conmigo,
que me encontraste acaso.

RODRIGO.

Paréceme muy bien; por todo paso;
muy conformes estamos.
¿Mas quién ha de pagar lo que comamos?

MANRIQUE.

Eso está por mi cuenta.

RODRIGO.

Pues ya piso con ánimo la venta.

(*Vase* RODRIGO *y échase a dormir* MANRIQUE *y salen* SOLDADOS LEONESES, *los que pudieren, y un* PORQUERO.)

PORQUERO.

Si no prometen nada
no lo quiero decir.

MANRIQUE.

¿Qué gente armada
es esta? ¿Son leoneses?
Bien lo muestra la enseña en los paveses,
El traje me asegura,
demás que la llorada muerte dura
del Manrique fingido
toda seguridad me ha prometido.

SOLDADO 1.º

¿Quién será poderoso a que se explique?

PORQUERO.

Ya sé que buscan todos a Manrique,
el bravo castellano.

MANRIQUE.

¡Cielos! ¿Qué escucho?

SOLDADO 2.º

Loco está el villano.

SOLDADO 1.º

Si ya Manrique es muerto,
¿quién le había de buscar?

PORQUERO.

Hagan concierto
conmigo, y ¿qué le digo
adónde está Manrique?

MANRIQUE.

¡Cielo, amigo,
qué desdicha tan nueva!
Será imposible que el valor le deba
defensas a mi espada;
que hay una escuadra por mi daño armada.
¿Cómo es posible, bárbaro villano,
que seas traidor naciendo castellano?

SOLDADO 2.º

Es quimera imposible.

PORQUERO.

Pues, escuchen, verán cómo es posible.
Han de saber primero
que soy, hablando con perdón, porquero.
Mis cochinos llevaba
al bosque del Campillo, y yo, que estaba
vareando bellota,
he aquí que mi ganado se alborota,
y luego un hombre herido
llegó, dando traspiés a lo escondido
del bosque; cayó al punto,
que poco le faltó para difunto.
Y en esto un hombre armado,
con un sayo de hierro muy dorado,
llegó al hombre que digo
con un niño en los brazos. ¿Van conmigo?

SOLDADO 1.º

Prosigue.

MANRIQUE.

(¡Oh soberano
cielo!, pues permitiste que un villano
verme entonces pudiera,
sin duda quieres que a sus manos muera.)

PORQUERO.

Al fin con el cuidado pude muy bien oíllo (1),
era el difunto el sastre del Campillo;
porque antes que muriera
se lo dijo al armado, y cual si fuera
salteador atrevido,
al pobre sastre le quitó el vestido.
Pero dejóle armado
de las conchas de hierro, y con cuidado
cogió al garrido infante,
y sacóle del bosque; y al instante
llegó a abrazar a un hombre,
a quien llamaban Nuño (no se asombre
nadie, y guarden secreto).

(1) *Sic.*

El hombre, pues, mirando con respeto
al otro le decía:
"Don Manrique de Lara, hazaña es mía
librar al Rey"; y luego
Nuño cogió el chicote, y como un fuego
se metió por el río,
en un caballo que, si fuera mío,
sin que mi amo lo viera,
vendiera los cochinos y me fuera.
¿Podrán creer agora
que está Manrique vivo?

SOLDADO 2.º

Y que mejora
tu aviso nuestra suerte; mas, ¿dónde está?

PORQUERO.

No hay más. A un hombre fuerte,
de quien cuentan los moros y no acaban,
prendelle ansí pensaban.
Aseguren las puertas.

SOLDADO 1.º

Dices muy bien.

SOLDADO 2.º

Tendrás albricias ciertas.

SOLDADO 1.º

Diez hombres no sobramos,
Fortún.

SOLDADO 2.º

Para prendelle no bastamos,
para matarle, sí; pero no es justo
quitarle al Rey de su prisión el gusto.
Demás que, si viniese a nuestras manos,
nos han de dar su Rey los castellanos
y el nuestro entonces, viéndose ofendido,
se vengará en Manrique.

SOLDADO 1.º

Hoy ha venido
a cazar a estos bosques.

SOLDADO 2.º

Dicha fuera,
que por nosotros la prisión se hiciera.

MANRIQUE.

(Mejor diréis mi muerte;
que desdicha en mi defensa advierte
si aquí me acometéis.)

(*Salen los villanos y el* ALCALDE *y el* VENTERO.)

VENTERO.

A la justicia
negarle la verdad fuera malicia,
y que a delito pasa:
el sastre del Campillo está en mi casa.
Demás que no me obligo
a ser su encubridor, porque es amigo.
¿Debo más que entregallo?

ALCALDE.

¿Pues cómo hemos de hacer para agarrallo?

VENTERO.

Venle allí reposando.

MANRIQUE.

(Impensadas desdichas, ¿hasta cuándo
tendréis tan adquirida
jurisdicción en mi cansada vida?
¿Qué aguardo que no escojo
medio el más fuerte, y a morir me arrojo
mientras mi ya confusa injusta muerte,
mi fingido sosiego les advierte?

SOLDADO 2.º

La puerta está cerrada.

PORQUERO.

Pues vele: allí está echado, camarada.

SOLDADO 1.º

No hay ventura que a la nuestra iguale (1);
la industria en el peligro a veces vale
más que el valor.

SOLDADO 2.º

Pidamos
favor a estos villanos.

PORQUERO.

¡Par Dios, vamos!

MANRIQUE.

Un bizarro corazón
en tan bravas acechanzas,
deje la cobarde industria
y válgase de las armas,
mientras no llega la muerte.

VENTERO.

Aquí es menester la maña

---

(1) Texto: "nuestra se iguale".

más que las fuerzas. ¿Qué hay, huésped?
¿No comeremos?

MANRIQUE.

Ya pasa
de hora; pongan la mesa.

VENTERO.

¡Sobrina!

SOBRINA.

(Dentro.)

¡Tío!

VENTERO.

Comamos.

SOBRINA.

Sosiegue el buche.

VENTERO.

¡Ah, respondona!

SOBRINA.

Si acaban
de echar agora las berzas.

(Sale RODRIGO.)

RODRIGO. ¡Tiene razón la muchacha!
(Soldados, y la justicia,
y mi amo sobre ascuas,
y yo en ayunas, ¡jeringa!)
VENTERO. Mira que tienes en casa
a mi grande amigo, el sastre
del Campillo.
RODRIGO. Las entrañas
le estoy paseando al huésped.

(Sale la SOBRINA.)

SOBRINA. Tío, no le cuente nada
del gasto, porque me corte
el sayuelo.
VENTERO. ¡Eso te mata!
¡Trae de comer, bachillera!
SOLD. 1.º Esto conviene al servicio
del Rey.
ALCALDE. ¡Donosa demanda!
Par diez, que viene borracho
quien los indirgó esta vara;
sepan que nunca se bulle
jamás a humo de pajas.
Su prendimiento me toca,
soldados, que aquella cara
es cara de sastre.
PORQUERO. Alcalde,
con miramiento a las barbas
que me están oyendo, miente,
y a que es Manrique de Lara
le apostaré yo un cochino
contra un hijo suyo.
SOLD. 2.º Extraña
confusión (1).
VENTERO. Yo daré la mejor traza
para conocer quién es;
y luego lleve la carga
cuya fuere: a esta muchacha
la compré ayer en la feria,
que me la dieron barata,
una poca de rajuela,
muy buena, que es de las Navas.
RODRIGO. ¿La de Tolosa, o la otra?
MANRIQ. ¿Pues qué es menester?
VENTERO. Que rabia
porque le hagan un sayuelo.
Yo había de ir a vuestra casa,
y por estas pesadumbres
que habéis tenido, aguardaba
a que me girase el tiempo;
pues ya venistes, cortalda.
RODRIGO. ¡Las narices!
VENTERO. El sayuelo,
porque ella a ratos en casa
le podrá coser de espacio.
MANRIQ. Yo lo haré; traigan la raja.
SOBRINA. Y yo bailaré a sus bodas,
Juan Prieto.

(Vase.)

RODRIGO. La confianza
con que dice el buen señor
en compendiosas palabras,
"traigan la raja", y traída,
¿qué has de hacer?
MANRIQ. ¡Rodrigo, calla!
VENTERO. Fácil está el desengaño:
si le corta, cosa es clara
que es Juan Prieto; y si no sabe,
será Manrique de Lara.
ALCALDE. El barbero del Campillo
no dijera más bravata;
resurrección se ha tomado.
SOLD. 1.º Ella es admirable traza.

(Sale la SOBRINA *con la raja.)*

SOBRINA. Aquí está, lo que le ruego

(1) *Sic.* (Faltan palabras.)

es que salga muy plegada
la pretina; y los braones
quiero que lleven pestañas,
con sus vivos.

RODRIGO. ¿Y difuntos?

MANRIQ. Está muy bien. ¿Es de la ancha?

SOBRINA. Sí.

MANRIQ. Pues en nombre de Dios.

RODRIGO. Mira que no es esa raja
la que has de tomar.

MANRIQ. ¿Pues cuál?

RODRIGO. La de una encina.

VENTERO. ¿No falta
más que tomar la medida?

MANRIQ. Cosas de poca importancia:
yo sin medida las corto.

RODRIGO. Al huésped podían tomalla
con la raja susodicha.

(Trazando y cortando.)

MANRIQ. Mira, bellísima Blanca,
en qué peligros me ha puesto
tu amor; que sólo aguardaba
las sombras que sobre el mundo
confusamente desata
la noche, para ir a verte,
para quitarte del alma
las viles sospechas tuyas.
¡Ah, malhaya la villana
que te dió ocasión de celos!
¿Yo he de permitir mudanza
en la fe con que te adoro?
Vieras primero bañadas
estas rústicas paredes
de mi sangre; y si es venganza
la que tus celos desean
presto habrán de ejecutalla
tantos ministros crueles,
como ya mi muerte aguardan.
Estos, aunque son villanos,
vienen con la ilustre marca:
de la justicia a mi Rey,
contemplo en aquella vara
del villano Alcalde, y pienso
que mil veces me dejara
quitar la vida primero
que le tocase a la capa.

SOBRINA. ¿Qué aguarda? ¿Para un sayuelo
se está dos horas?

RODRIGO. Hermana,
¿no ha de tantear primero
lo que ha de hacer? Dios te valga,
porque santos que hayan sido
sastres, es cosa excusada
pensar que yo he de topallos.

VENTERO. Mas, ¿que echa a perder la raja?

RODRIGO. Demonios somos los sastres:
cortando está una gualdrapa
para un mico.

VENTERO. No es Juan Prieto,
porque ha dado muy bellacas
muestras de sastre.

SOLD. 2.º Es Manrique,
¡vive Dios! ¿Están tomadas
todas las puertas?

SOLD. 1.º Y en todas
puestos soldados de guarda.

MANRIQ. Ya llegó el último plazo:
valor y industria me valgan.
Señores soldados, oigan:
(Notable hazaña emprendo.) *(Ap.)*
Adviertan que yo (1)
soy don Manrique de Lara,
si por soldados leoneses
tenéis valor, y las gracias
y premios de mi prisión
queréis ganar, con palabras,
o con obras reducid
a estos hombres que se vayan,
pues no soy el que ellos buscan;
que luego, solo y sin armas,
para que estéis más seguros,
os cumpliré la palabra
de ir preso a los pies del Rey.

SOLD. 1.º Sólo pudiera esta hazaña
ser vuestra, claro Manrique;
ansí estorbaréis las llamas
abrasadoras que encienden
la ambición y la privanza.
Con el debido respeto
iremos haciendo guarda,
Manrique, a vuestra persona;
que el Rey a breve distancia
le hemos de hallar, que ha salido
hoy a divertirse a caza.
Corte ha hecho del Campillo,
si ya no es su plaza de armas,
que allí ha de estar hasta tanto
que con sus designios salga.
Lo que toca a los villanos

(1) (Faltan palabras.)

no verán nuestras espadas
desnudas, cuando visiten
esa vecina campaña
huyendo.

MANRIQ. Quizá los ruegos
bastarán.

SOLD. 2.º ¿Y si no bastan?

MANRIQ. Disculpa tendréis entonces.

SOLD. 2.º Para tratar esta causa,
Alcalde, con más acuerdo
será menester que salga
vuestra gente de la venta,
y vos.

ALCALDE. De muy buena gana;
pero adviértanlo primero,
que porque yo no pensara
que era el sastre, echó a perder
el sayo.

SOBRINA. ¡Y que mala pascua
tenga, y sea la primera!

VENTERO. Si no le ahorcáis mañana,
sea quien fuere, no sois hombre.

ALCALDE. ¡Par Dios, que ya tengo en agua
los lazos escorridizos.

SOBRINA. Pague primero la raja,
tío.

VENTERO ¿No basta ahorcarle?
Si yo lo viera, bastara.

(Vanse todos y quedan MANRIQUE *y* RODRIGO.)

MANRIQ. Esto es hecho, agora el cielo,
si mi vida no le cansa,
con nuevo aliento divino
supla las fuerzas humanas.

RODRIGO. En esto paró la fiesta.
¡Pardiez, que se han vuelto cabras
los señores caperuzas!
Mi amo tienta la espada
y previene el broquelillo:

(Ruido de espadas dentro.)

aquí tendemos la raspa.
¡Vive Dios!, que se demuda
y cuando él pone la cara
de color de peregil,
cierto está el arroz en casa.
Quiero, por si lloviznare (1),
subirme a aquella ventana.

MANRIQ. ¿Dónde vas?

RODRIGO. A darte cuenta
de lo que en el bosque pasa.

MANRIQ. Ya te entiendo.

RODRIGO. Harto más bien
me entiendo yo.

(Salen los SOLDADOS, *con rodelas y espadas.)*

SOLD. 1.º La campaña
midieron como unas liebres.

SOLD. 2.º ¡Vamos, Manrique de Lara!

MANRIQ. ¿Qué es vamos? ¿Y qué es Manri-
[que?
Juan Prieto soy de la Mancha,
y sastre.

SOLD. 1.º ¿No eres Manrique?

MANRIQ. ¿Qué Manrique, ni qué haza?
Quise tomar ese nombre
por saber que me buscaba
el Alcalde de mi pueblo;
y por no dalles venganza
en la horca a mis contrarios
me he valido de la traza
que han visto; que a la justicia
debe siempre respetalla
el que fuere hombre de bien.
Ya se fué, y ellos se vayan;
que ya me parecen pocos
como los villanos faltan;
que con ese intento quise
dividillos, y esto basta
para soldados que tienen
buen entendimiento.

SOLD. 1.º ¿Engañas
gente simple por ventura?
Cumple mejor la palabra
que me diste, si no quieres
obligarme.

MANRIQ. Muchas gastan
para la prisa que tengo.
Desocupen la posada,
sin voces, o, ¡vive Cristo!,
que han de saltar por las bardas
de la venta, si me enojo.

(Asómase arriba RODRIGO.)

RODRIGO. Miren que tiene mal alma;
váyanse y créanme.

SOLD. 2.º En vano,
si todo el valor de España
se juntara en tu defensa,
te ha de librar de las armas

(1) Texto: "llovisnare".

de León, o seas villano
o Manrique.

MANRIQ. A cuchilladas
sabréis que soy en desdichas,
si os diere gusto el contallas,
para vosotros Juan Prieto,
y Manrique para Blanca.

(*Dales muchas cuchilladas, y retíranse los* SOLDADOS.)

SOLD. 2.º No hay acosado león
más feroz en las montañas
de Masilia.

SOLD. 1.º Al bosque, amigos,
que es rayo que se desata.

RODRIGO. ¡Qué lindas manos de sastre!
Las hechuras no le pagan.
Yo he hecho lo que Santelmo
que después que la borrasca
se aparece, y es un santo.

(*Sale el* REY *y* FERNÁN RUIZ.)

REY. ¿Qué voces y estruendo de armas
suena en el bosque?

FERNÁN. Yo voy,
señor, a saber la causa.

(*Vase.*)

RODRIGO. Plaza de podencos llevan
los soldaditos; ahulagas
les puso el miedo en la cola.
Bajemos a dar las gracias
a Dios por este suceso
y porque lleven mañana
al templo un sastre de cera;
aunque bien pudieran darla,
entre todos, que bien saben,
disfrazando la demanda,
pedir para candelilla
dos veces en una casa.

(*Vase y sale* DON MANRIQUE, *alborotado.*)

MANRIQ. En mayor peligro estoy;
¡cielos!, mi muerte es la caza
que busca el Rey; ya me ha visto;
mas puede alentarse el alma
porque el Rey no me conoce.

REY. ¿Qué hombre es éste, con la espada
desnuda y en mi presencia?
¿Busca ejemplo a la desgracia
del muerto Sancho en Zamora?
Si en villano se disfraza
otro segundo Vellido,
pagaráme la asechanza (1)
con la vida.

MANRIQ. (Mientras dudo,
pongo a riesgo mi esperanza.
Los cielos vayan conmigo.)
Fernando, cuyas hazañas
el mundo que ya...

REY. Sosiega.

MANRIQ. ¡Oh, Majestad soberana
la de un Rey! Más que el peligro
me turba el velle la cara.
Señor, yo soy un villano
de ese pueblo; mis desgracias
llaman a voces la muerte
que espero: di a una villana
palabra de ser su esposo,
y como solicitaban
otros villanos del pueblo,
aunque en mi agravio, la causa,
queriendo también Elvira
(que ansí la moza se llama),
sacáronme al campo ayer,
porque a sus traidoras armas
diese la inocente vida;
pero yo, que la guardaba
por ser Elvira su dueño,
saqué, gran señor, la espada,
supliendo con el peligro
la nobleza que me falta.
Maté a dos y retirando
los demás di a la campaña
veloces pies. La justicia
con los villanos trabaja
más en quitarme la vida
que en sus rústicas labranzas.
Y así con miedo y amor
vengo donde vive el alma,
porque es Elvira su centro;
que un hombre tal vez se ampara
del mismo lugar, adonde
cometió el delito y halla
en el peligro remedio.
Y cierta tengo la gracia,
pues he merecido veros:
ansí vuestras esperanzas
de ver en vuestro poder
a Alfonso las veais logradas,
señor, como yo deseo.

(1) Texto: "acechança".

REY. El justo perdón que aguardas
merece tu honesto amor;
libre estás.
MANRIQ. Cante la fama
vuestros hechos.
REY. Tus delitos
perdono, para que vayas
a ver tu esposa.
MANRIQ. ¿Y si vuelven
los villanos?
REY. Bien guardada
está con esta señal
tu vida.

(*Vase y dale un anillo.*)

MANRIQ. Celosa Blanca,
tú eres la buscada Elvira,
a ti van encaminadas
mis esperanzas dichosas,
que tú eres de quien hablaba
el Rey, disfrazando el nombre
con metáfora villana,
porque eres el centro mío
donde mis penas descansan.

(*Sale* FERNÁN RUIZ.)

FERNÁN. ¿Si ha dado la vuelta el Rey?
MANRIQ. Ninguna dicha les falta
a mis venturas, señor.
FERNÁN. ¿Quién es?
MANRIQ. Aún no acabas
de conocer a Manrique,
que la peregrina traza
del villano muerto ha sido
el seguro que me guarda.
FERNÁN. ¡Más os valiera no verme!
¿Tanto ya mi vida os cansa,
Manrique, que ansí queréis
quitármela en la estacada?
MANRIQ. ¿Qué decís?
FERNÁN. Digo que al Rey,
por librarme de la infamia
que impuso de alevosía,
le di segura palabra,
haciendo pleito homenaje
a la castellana usanza
de darle vuestra persona
o llamaros a batalla
cuerpo a cuerpo en el palenque;
que, por librar nuestra patria
de las armas de León,
hice al Rey la temeraria
promesa de entrar en campo
con vos, y en esta batalla
he de morir o entregaros.
MANRIQ. ¿Cuando el niño Rey se ampara
de nuestro valor, y está...?
FERNÁN. No me digais dónde; basta
saber que vos le guardáis
porque yo, cuando me agravian
las leyes del homenaje,
no soy hombre de importancia
para guardalle la vida.
Y ansí, si queréis guardalla,
quitádmela a mi primero,
que por la imagen sagrada
del Salvador de los hombres
de ofrecer a vuestras plantas
mi cabeza en el palenque
para que podáis cortarla,
por hombre inútil, por hombre
cuya vitoriosa espada
la oprime una pleitesía
para no amparar su patria.
MANRIQ. ¿Yo en campo con vos, señor?
Pues si en la mayor infamia
de cobarde y de alevoso
cayera, no viera España
tan injusto atrevimiento.
FERNÁN. Pues tratad de iros a Francia,
porque aquí no estáis seguro
de mí.
MANRIQ. Yo haré que me valgan
los disfraces para andar
seguro.
FERNÁN. Andá enhoramala,
y encubrid vuestros designios,
no los fiéis de quien trata
de prenderos y entregaros.
MANRIQ. Cuando ese trance llegara,
sois quien sois.
FERNÁN. No os fiéis deso,
ni engañéis vuestra esperanza
fiado en lo que os estimo,
que he de cumplir mi palabra,
¡vive Dios!
MANRIQ. Pues, ¡juro a Dios!,
que vos ni el mundo no bastan
a prenderme.
FERNÁN. Pues guardaos.
MANRIQ. Conmigo llevo la guarda.
FERNÁN. Tengo espías.

MANRIQ. Tengo amigos.
FERNÁN. Yo tengo valor.
MANRIQ. Yo espada.
FERNÁN. Soy quien España conoce.
MANRIQ. A mí [me] conoce España.
FERNÁN. Para buscaros soy Castro.
MANRIQ. Para guardarme soy Lara.

(*Vanse, y sale* RODRIGO.)

RODRIGO. ¿Puede haber mayor locura?
Mi amo está endemoniado.
¿Que ande un hombre aperreado
por no dar una criatura?
Por no parecerme yo
a un sastre una hora no más,
entregara a Barrabás
la madre que me parió.
Blanca es ésta. ¡Qué afligida
viene la pobre señora!

(*Sale* BLANCA.)

BLANCA. ¿Rodrigo?
RODRIGO. ¿Estarás agora
contenta?
BLANCA. Pierdo la vida.
Ya, Rodrigo, no hay más bien,
ni puedo tener reposo
en ausencia de mi esposo.
RODRIGO. ¿Pues para qué fué el desdén?
La villana viene allí.
BLANCA. Y ¡que la abrase mal fuego!
Yo me voy; volveré luego.
No quiero que me halle aquí,
pues ya quedan malogradas
mis esperanzas.
RODRIGO. Ya viene.
BLANCA. Yo la temo.
RODRIGO. Talle trae
de andar contigo a puñadas.

(*Sale* ELVIRA.)

ELVIRA. ¡Señora!, si ayer perdí
el respeto a tu persona,
mis ignorancias perdona,
porque no te conocí.
Tú sola en Castilla puedes
remediar mi vida agora;
que, al fin, naciste, señora,
sólo para hacer mercedes.
BLANCA. Mucho siento tu pasión
y que rogaré por ti
en cuanto pueda.
ELVIRA. ¡Ay de mí!
que no cabe el corazón
en mi pecho! ¡Que a tan duras
penas rendirse es forzoso!
Cuando esperaba mi esposo
sombra de la noche oscura,
para que, seguro amor,
pudiese (1) tejer mis brazos
a su cuello amantes lazos,
fué la desdicha mayor.
BLANCA. (Aunque estoy rabiando en celos,
ya me ha movido a piedad.)
ELVIRA. Cobró fuerzas la crueldad
en los villanos desvelos.
Esperóle la justicia
al paso, encubierta y muda,
siendo en la canalla ruda
más que gobierno, malicia.
Y cuando, como otras veces,
mi esposo se defendía,
y el brazo y la espada hacía
de su justa causa jueces,
en una acequia que lava
esos sagrados laureles
cayó, y en manos crueles
de quien su mano esperaba.
Tantos villanos cargaron
sobre él, que si un monte fuera
su pesadumbre rindiera.
Al fin las manos le ataron,
y le traen preso al lugar
que a todos da compasión;
que es el Alcalde un Nerón,
y jura que le ha de ahorcar.
RODRIGO. El Rey viene.
ELVIRA. ¡Habla al Rey!
Darás la vida a mi esposo,
porque un delito amoroso
le disculpa toda ley.
BLANCA. Digo que haré por su vida
como si la mía fuera.
ELVIRA. El premio del cielo espera
y de un alma agradecida.
BLANCA. Entretanto aquí te queda;
que hablar a mi padre quiero.
¡Aguarda!
ELVIRA. La muerte espero,
si no hay quien libralle pueda.

(1) ¿Pudiesen?

(*Vanse, y sale el* REY, FERNÁN RUIZ *y* SOLDADOS.)

REY. ¡Vive Dios, que he de abrasar
a Castilla si no quiere
entregarme al Rey!

(*Dentro.*)

VILLANO. Hoy muere
el valentón del lugar.
REY. Castro, ¿qué es eso? Mirad.
RODRIGO. ¡Ay de mí! Este es mi señor.
FERNÁN. ¿Hubo desdicha mayor?
ALCALDE. ¡Qué reacio estáis! ¡Andad!
FERNÁN. (¡Malhaya la pleitesía!
¡Ah, juramento cruel!)
¡Aguardad!
ALCALDE. Tirad con él,
que se nos acaba el día,
y ha de pernear primero
que se ponga el sol.
FERNÁN. El Rey
os llama.
ALCALDE. Cumpra la ley,
si ha de ser Rey justiciero.
FERNÁN. (Al Rey le quiero entregar
por cumplir el juramento;
que después me dará aliento
el cielo para guardar
su vida.)
MANRIQ. ¿Pues dónde llego
para que espere favor
de la fortuna envidiosa?
Si Castro dice quién soy...
¡Ejemplo a desdichas doy!
REY. ¿Qué hombre es ése?
ALCALDE. La rabiosa
pestilencia del lugar.
REY. ¿Este no es aquel villano
del bosque?
ALCALDE. No tengo a mano
palabras con qué explicar
las insolencias que ha hecho.
FERNÁN. Este es Manrique, señor,
que el vestido y el temor
le disfrazan.
ALCALDE. El derecho
de la justicia os suplico
que guardéis.
REY. ¡Castro, mirad!
FERNÁN. Esta es, señor, la verdad.
REY. Quedaréis privado y rico
en mi privanza y valor;
yo os alzo el pleito homenaje.
MANRIQ. (Cielos!, ¿hubo en el linaje
de agravios otro mayor?
Castro me vende.)
REY. Advertid
que no le habéis conocido.
ALCALDE. ¡Par Dios, que es Rey muy sofrido!
VILLANO. Sus maldades le decid.
ALCALDE. ¿Qué hay que decir? ¿En la cara
no se le ha echado ver?
Josticia tengo de her
o arrebócese la vara.
REY. Confuso estoy. Si éste fuera
don Manrique, no me hablara
en el bosque, no contara
sus delitos, no pidiera
perdón para asegurar
su vida de los villanos,
temiendo caer en sus manos.
Castro se pudo engañar.

(*Sale* ELVIRA.)

ELVIRA. Pues habéis hecho al Campillo
corte vuestra, no malogre
vuestro favor mis desdichas.
Templad, señor, los rigores
de esos villanos; mirad
con piadosa vista a un hombre
que ha de ser mi esposo, y temo
que a vuestros ojos le ahorquen;
piedad y clemencia os pido.
REY. Levanta. ¿Cómo es tu nombre?
ELVIRA. Es Elvira.
REY. ¡Vive Dios!,
que es el villano del bosque.
Castro, engañaros pudistes.
¿Puede haber más confusiones?
Llamad a Blanca.
RODRIGO. Yo voy
por ella.

(*Vase.*)

REY. Haré que se informe
el alma de la verdad,
con la cautela que esconde
mi vengativo furor.
En estos breves renglones,
un soldado castellano
me dice que viene el orden
de ganar a San Esteban.
Leeldos.

FERNÁN. (¡Jamás se logre
la traición del vil soldado!)
REY. ¡Oh, si viese mis leones
San Esteban de Gormaz (1)
en sus murallas y torres!
MANRIQ. (¿Qué dijo de San Esteban
el Rey? Porque como esconden
al niño Alfonso sus muros,
tiemblo en oyendo su nombre.)

(FERNÁN *lee*:)

FERNÁN. *"Si vuestra Alteza envía cien hombres a San Esteban, le entregaré la fuerza, dándome por nombre el capitán que viniere, León, tres veces. El puente del río rompieron los castellanos, y será fuerza pasar el vado que se descubre a la punta que hace un valle, enfrente de unos sauces, que yo desde el muro les haré señas con hachas de fuego, y ganada la fuerza será cierto entregarse a Vuestra Alteza el niño Rey y sujetar a Castilla, advirtiendo que si ésta fuera traición sacara poco fruto de matalle cien hombres con engaño. Que Dios a Vuestra Alteza...*
Fortún Ximeno."

MANRIQ. ¿Hubo traición semejante?
Rastrillo (2), puente y cien hombres
pude escuchar; ¿qué será?
REY. Vuestro valor os escoge,
Castro, para esta facción;
vos habéis de ir en mi nombre
a ganar aquella fuerza.
(Si es traición, Castilla llore
la muerte de su caudillo,
pues es fuerza que se arroje
a matarle, y yo no pierdo
ningún capitán.)
FERNÁN. No apoyes,
señor, en tan viejos años
hecho tan grande.
REY. La noche
y la obediencia os espera,
que el mundo, Castro, os conoce.

(1) Texto: "Gormas.
(2) Texto: "rastillo".

(*Sale* BLANCA *y* RODRIGO.)

BLANUCA. ¿Señor, qué mandas?
REY. Ya he visto
que a tus honestos favores
los merece, Blanca hermosa,
quien de mi rigor se esconde;
Manrique sólo merece
tus brazos, y es bien se logre
tu amor con mi desengaño,
y que por ti le perdone
cualquier delito, demás,
que siendo Manrique un hombre
a quien encargó mi hermano
su hijo juzgo a desorden.
Mucho el desengaño puede
por tan ciegas ambiciones,
turbar la paz de Castilla
y ansí vuelvo mis leones
a su centro, y me retiro;
y porque Manrique goce
el fruto de mi venida
y me tenga obligaciones
tan conocidas, pretendo
que contigo se despose
en mi presencia. ¡Manrique,
llega! ¿Y tú que respondes,
Blanca?
MANRIQ. Su inocencia engaña.
¿Hubo cautelas mayores
en la ambición, ni en los celos?
BLANCA. (¿Pues tan grandes prevenciones
de Castilla, tantos gastos
como ya el mundo conoce,
tantas pruebas de mi amor
se desvanecen y rompen
tan fácilmente? ¡Eso no!
Este es lazo que me pone
para matar a Manrique.)
Señor, en vuestras razones
pudierais tomar ejemplo,
y, pues, decís que a los nobles
de Castilla los honráis,
no merece disfavores
vuestros, mi padre, señor,
con tan viles intenciones
de casarme desta suerte
con un villano tan torpe.
Y si esto acaso es venganza
de que no le corresponde
mi amor a tu Alteza, piense
que le llamarán los hombres

Rey injusto; y yo, entretanto
que el alma los lazos rompe
del cuerpo, en que vive asida,
daré lágrimas y voces
como furiosa leona,
sobre el túmulo que asconde
mi difunto esposo.
RODRIGO. ¡Bien!
REY. Castro, si son ilusiones
vuestras, poco fruto esperan.
RODRIGO. ¡Ah, gran mujer! Escapóse.
REY. Ven acá; ¿cómo te llamas?
MANRIQ. ¿Yo? Juan Prieto.
REY. ¿En ese bosque
no me hablaste?
MANRIQ. Sí, señor,
y me hiciste mil favores.
REY. ¿Que es señal para que vivas
seguro?
MANRIQ. No la conocen:
esta sortija me diste.
REY. Vete en paz, y a que me enoje
no deis vosotros lugar.
Casalde luego, y en dote
doy a Elvira mil ducados.
ELVIRA. El reino mil años goces.
ALCALDE. Todos iremos contentos,
como su merced perdone.
ELVIRA. Juan mío, ¿que estás ya libre
para que tus brazos goce?
MANRIQ. Mía es la ventura, Elvira.
BLANCA. ¡Ay, cielos! ¿Son ilusiones?
¿Casarse quiere Manrique
con la villana?
REY. La noche,
Castro, se viene acercando.

(*Vase.*)

FERNÁN. Ya sé mis obligaciones,
¡Manrique, esta hazaña es vuestra!

(*Vase.*)

MANRIQ. ¡Vamos, mi bien, no malogre
el tiempo las dichas mías.
ELVIRA. Vamos, mi Juan.
BLANCA. ¿Qué haces, hombre?
¿Dónde vas?
MANRIQ. Voy a casarme.
BLANCA. ¿Es de veras?
MANRIQ. Esta noche
será.
BLANCA. ¿Con quién?
MANRIQ. Con Elvira.
BLANCA. ¿Por qué?
MANRIQ. Porque me conoce
y me estima.
BLANCA. ¿Más que yo?
MANRIQ. ¿Pues quién sois vos?
BLANCA. ¡Ah, rigores
de mi estrella! ¿No lo sabes?
MANRIQ. No, por Dios.
BLANCA. ¿Pues qué dispones
de mi vida?
MANRIQ. ¿Qué sé yo?
BLANCA. ¿Luego no hay obligaciones
en ti?
MANRIQ. Las que tengo guardo.
BLANCA. Dime, ¿cuáles son?
MANRIQ. Que adore
a Elvira.
BLANCA. ¿Sabes quién eres?
MANRIQ. Quien soy publica a voces (*sic*)
mis dichas.
RODRIGO. Tu padre vuelve.
BLANCA. ¡Detente, y dime tu nombre!
MANRIQ. Juan, el sastre del Campillo.
BLANCA. ¡Con esa verdad te logres!

ACTO TERCERO

(*Sale* MANRIQUE *embozado y con una carta en la mano.*)

MANRIQUE.

¿Soldado castellano,
y traidor a su Rey? Fuera más llano
al sol de luz vestido,
de su eclíptica ardiente desasido,
en fulminados montes
romper esferas y abrasar faetontes
y en giros desiguales
volver urnas de fuego estos cristales.
¡Ah, traidor! Nunca el cielo,
barriendo sombras del nocturno velo,
llame a la blanca aurora,
que su tardanza entre claveles llora,
primero que en mis brazos
imites tu papel hecho pedazos!
¡Cielos!, éste es el río
donde verá la noche el valor mío.
A cien hombres conduce
un capitán leonés, pues si produce
esta selva confusa

más monstruos que la sangre de Medusa,
sólo con mi valor y fuerzas solas
les haré monumentos de las olas,
mostrando en vez de espumas
rotos arneses y mojadas plumas.

(*Sale* Fernán Ruiz *y* Soldados *con silencio.*)

Fernán.

¡Tinieblas vencedoras
del sol medroso, dilatad las horas,
porque la muerte mía
con romano valor la ignore el día!
¿Dónde estará Manrique,
para que al muro la traición publique
del castellano fiero?
¡Tan grande hazaña de su brazo espero!
¡Qué sagaz, qué prudente
anduvo el de León, que la presente
cautelosa facción sólo la fía
de un castellano Castro! Bien sabía
que era echarme prisiones,
hacerme capitán de sus leones;
pues cuando él mi valor pregona,
no le puedo ofender por mi persona.

Manrique.

Tropa de gente llega.
¿Si es la enemiga, que arrogante y ciega
viene a buscar el vado?...
Pero el cristal helado
hará en lo más profundo
mi fama eterna, con su muerte, al mundo.
Con cautela valiente
los he de conducir al inclemente
raudal, que, aunque yo muera,
no ha de tocar ninguno a la ribera.
¡Ah, pastor! ¡Ah, buen hombre!
¡Decidme, si buscáis piadoso nombre,
si está el vado aquí junto!
Yo mismo me respondo y me pregunto.

Soldado 1.º

Un hombre busca el vado.

Manrique.

Eso quiero saber. ¿Hacia este lado?
¿A la mano derecha?
¿Pues habré de seguir la senda estrecha?
No se divisa el suelo;
pero yo acertaré. ¡Págueoslo el cielo!

Soldado 1.º

Ya el hombre se ha informado.

Fernán.

Porque yo venga a ser tan desdichado,
no basta que a la guía
la despidiese la cautela mía;
que por ser castellana
me quiso obedecer de buena gana.
¡Llamad el hombre, ah, cielos!
Cerrad el paso a los corrientes hielos,
no como en el Jordán los vidrios puros
formen lucientes muros,
para que pase el capitán hebreo,
porque imitar deseo
al obstinado (1) Faraón, que anega
su hueste bruta y ciega
en falsas ondas, sin que el daño estorbe
del mar bermejo, que los traga y sorbe.

Soldado 1.º

Ya el villano está aquí.

Fernán.

Bueno sería
informarme, soldados, no sea espía.
Escúchame a esta parte.

Soldado 1.º

Aunque el de Castro es castellano Marte
tan animoso y diestro,
contra su Rey no hizo bien el nuestro,
en dalle esta jornada.
¿Faltaba capitán, de cuya espada
ha de temblar Castilla?

Soldado 1.º

A todos su opinión nos maravilla,
pero sólo nos toca
seguir sus pasos y callar la boca.

Fernán.

¿Quién eres?

Manrique.

Un villano
de los campos de Burgos.

Fernán.

Está llano,
pues informado vienes,
que a esotro margen el pasar previenes.

Manrique.

Eso es lo que pretendo.

---

(1) Texto: "abstinado".

(¡Bárbara hazaña, si famosa emprendo!)
¿Eres el capitán de aquesta gente?

FERNÁN.

A mi obediencia está.

MANRIQUE.

Roto está el puente;
si has de pasar el río
de mí te has de fiar.

FERNÁN.

De ti me fío
para el hecho más fiero
que admiró la crueldad con rojo acero.
¿Ves esta gente mía?
La has de anegar en la corriente fría.
Tu riesgo no te espante,
que yo también contigo he de ir delante
para que tengas esperanzas solas
de escaparte nadando de las olas;
porque, si amedrentado
del peligro que ves, muestras el vado
y se escapa esta gente,
ha de medir tu frente
las peinadas arenas,
mostrando el alma en desangradas venas.

MANRIQUE.

(¿Hubo mayor portento?
El me ha estado copiando el pensamiento.
¿Este es leonés caudillo?
Bien puede el tiempo en bronces escribillo.
Aunque su riesgo solicito ufano
y en este cristal cano
los he de sepultar, ¡viven los cielos!,
que me da tu valor nobles desvelos;
a piedad me ha movido
tan generoso aliento al pecho asido.
¿Entre espumas de nieve
he de llevar a un hombre que se atreve
a la muerte feroz que solicita?)
Si es venganza cruel la que acredita
tu valor, con la muerte
destos soldados mi obediencia advierte;
dame esa mano.

FERNÁN.

¡Toma!

MANRIQUE.

Verás que sé quitar la fama a Roma,
pues los verán las ondas homicidas
bebiendo espumas y escupiendo vidas.

FERNÁN.

¡Oh, bravo castellano!,
no te dé el mundo nombre de villano.
Vengarme quiero; pues de ti me fío.

MANRIQUE.

¡A la playa, soldados!

FERNÁN.

¡Marcha al río!

(*Vanse y sale arriba* FORTÚN *con un hacho de fuego, y paséase.*)

FORTÚN.

Pues ayuda la noche
a mi intención su apresurado coche,
hacer quiero la seña,
que en mi cautela mi valor enseña,
con un hacho de fuego,
astucia, al fin, del cauteloso griego.
El bosque y río ocupan los soldados,
más que de aceros de valor armados.
Salga Castilla del peligro fiero,
con que levanta su valiente acero
el leonés, y verá que le he servido,
pues por mí sus designios ha vencido;
y en mi pecho publique
que excedo en el valor a don Manrique
pues que mi Patria exenta
queda de la sangrienta
batalla, que le espera
y en fortuna tan fiera,
aunque mi lealtad niego,
no turbe el niño Rey nuestro sosiego:
mejor gobernará, por voto mío,
que no un niño, su tío.
Esto importa a Castilla, que mil veces
buscan los cielos de sus causas jueces;
y, sabiendo que yo la causa he sido,
es fuerza que se muestre agradecido;
y mi traición ha de quedar oculta,
que es secreto, que vivo se sepulta
en el pecho del Rey. Aquesto es hecho:
el fuego y la ambición me abrasa el pecho,
salga esta noche yo con esta hazaña
y deme nombre de traidor España.

(*Hace señas con el hacho de fuego y salen mojados y con espadas y rodelas* DON MANRIQUE *y* FERNÁN-RUIZ.)

FERNÁN.

¡Los cielos sean conmigo!

MANRIQUE.

Halló en mis brazos venturoso abrigo;
la vida tuve a riesgo por libralle.

FERNÁN.

¿Que este valor se halle
con un villano? ¡Cuando yo pedía
la muerte al cielo en la corriente fría!
Hombre, ¿quién te ha obligado
a piedad tan cruel? Tú le has quitado
a Castro el castellano
el blasón de leal.

MANRIQUE.

¡Oh, soberano
cielo! ¡Prodigios crías
y los alientas con piedades mías!
¿Por qué camino extraño
reparé de Castilla el mayor daño?
¿Pues haberos librado
tenéis a mal, cuando quedáis vengado
de vuestros enemigos?
¡Quedaos a Dios!

(*Escóndese a un lado.*)

FERNÁN.

Ya son mudos testigos
de las muertes crueles
las playas coronadas de laureles.
Mas porque no se entienda
que fuí la causa, y que su Rey pretenda
por crimen de traición culpar mi pecho,
he de abonar el hecho
con los que reservó la muerte fiera.
¡Soldados, ya está cerca la ribera!
¡Mostrad esfuerzo y brío!
¡De quien sabe vencer no triunfe el río!

(*Vase.*)

MANRIQUE.

El traidor mide el muro.
¡Qué ufano y qué seguro
su traición ejecuta! Pero en vano
el valor castellano
a empeñarse llegara,
si salir la dejara
con tan bárbaro intento:
sombras me da la noche, y calma el viento.
Darle quiero la seña
que a tan fiero delito le despeña:
"¡León!, ¡León!, ¡León!"

FORTÚN.

Ya es cierta mi ventura;
la seña que me ha dado me asegura.
¿Sois capitán valiente
del escuadrón leonés?

MANRIQUE.

En la corriente
del engañoso río
perdí, Fortún, aunque a despecho mío,
parte de los soldados.

FORTÚN.

Treinta que lleguen de ese esfuerzo armados
bastan para la hazaña en que me empeño;
que está la gente sepultada en sueño.

MANRIQUE.

Pues alzad el rastrillo (1) de la puerta.

FORTÚN.

Ya la tenéis abierta,
y bajo a recebiros.

MANRIQUE.

También quiero advertiros
que vienen mis soldados
del peligro cruel desanimados;
porque los que escaparon de la muerte
llegan ya de tal suerte
que han menester aliento.
Si hay ocasión de armígero instrumento,
que su temor destierra,
una caja de guerra
bajad para animallos.

FORTÚN.

La valerosa empresa ha de alentallos:
mas voy a obedeceros.

MANRIQUE.

(Hoy pagarás tus pensamientos fieros.)

(*Sale* FERNÁN RUIZ *y los* SOLDADOS *mojados y con rodelas y espadas desnudas.*)

FERNÁN.

¡Ea, soldados fuertes,
no os turben ya las desdichadas muertes
de tantos compañeros,
que a los que me seguís he de ofreceros
la gloria merecida.

---

(1) Texto: "rastillo".

SOLDADO 2.º

Poco es por nuestro Rey perder la vida.
Ya tienes cerca el muro,
bien descuidado, pero mal seguro.

FERNÁN.

(Oposición contraria
descubro en esta empresa temeraria.
Si aquí falto al oficio
de capitán, si doy algún indicio
de cobarde temor, y no me arrojo,
provoco al Rey a vengativo enojo:
pues si guardo sus órdenes crueles,
en bronces, tablas, lienzos y papeles,
porque el mundo se asombre,
la fama ha de escribir mi infame nombre.
Traidor me han de llamar, ¡oh, patria mía!,
¡oh, niño Alfonso!, tu favor me envía.
Guárdate de tan bárbaros desvelos,
y yo te he de guardar, ¡viven los cielos!
Pierda la vida, y el honor guardado;
pero no la lealtad que te he jurado.)

(*Sale* FORTÚN *a la puerta con la caja.*)

FORTÚN.

Aquí tenéis la caja.

MANRIQUE.

(Ella ha de ser quien corte la mortaja
a los contrarios fieros,
que para ti no faltarán aceros
del puñal más honrado
que vió el valor. ¡Ah, Castro! Ya te he dado,
porque te envidie España,
el blasón inmortal de aquesta hazaña.)
Voy a llamar mi gente.

FORTÚN.

El cielo os guíe.

MANRIQUE.

¡Capitán valiente!
Ya te abrieron la puerta.

FERNÁN.

Pues ya tenemos la vitoria cierta:
quiero llegar primero
para informarme en lo que hacer espero.
Dime, traidor, villano:
¿Qué suelo castellano
te dió la primer cuna?
¿Siguió tu padre la morisca luna?
Qué no es posible menos,
que también en Castilla hay sarracenos.
Pueblos tiene Almanzor, donde pudiste
seguir su ley, pues que traidor naciste.
¿Qué hacienda, ni qué estado
tienes que aventurar, viviendo honrado?
Porque por ley divina y obligación humana,
convida a un hombre la piedad cristiana
a defender su Rey; ni ¿qué hombre hubiera,
aunque en el monte Ródope naciera
entre peñascos brutos,
que rompiera las leyes y estatutos,
con que naturaleza
nos obliga a guardar nuestra cabeza?
Pero tú pagarás la infame hazaña
sin que lo entienda España,
ni sepa el vulgo vano
que pudo ser traidor un castellano.
Silencio honroso en tu castigo adquieres,
cuando a mis manos mueres;
porque el cristiano honor tu pecho abierto,
le pierdes vivo, y te le guardo muerto.

(*Dale con la daga y cae dentro.*)

MANRIQUE.

¡No ha menester consejo,
quien es crisol y espejo
del valor y lealtad! ¡Hazaña es suya!

FERNÁN.

No viva quien destruya
la lealtad española,
porque la ha de guardar mi espada sola.

(*Pónese a la puerta.*)

MANRIQUE.

El Marte castellano
guarda la puerta con valor cristiano.
Mas porque no le ofenda
el soberbio leonés, ni que se entienda
que suyo el hecho ha sido,
que no le han de borrar tiempo ni olvido,
me ha de valer la máquina que emprendo
con que mi industria y su opinión defiendo.
¡Soldados! Bien podemos
llegar, que he visto extremos
que los llamo imposibles,
no para vuestros brazos invencibles.

SOLDADO I.º

Castro famoso, advierte
que burlamos el brazo de la muerte:
no hay temor que nos venza.

MANRIQUE.

¿A quién, bravos leoneses, no avergüenza
el vernos engañados?
Los intentos del Rey dejó burlados
el castellano fiero;
mas daros paso, a su pesar, espero.

SOLDADO 2.º

Con valor peregrino
harán nuestras espadas el camino.

MANRIQUE.

Si eres Fortún Ximeno
tu dilación condeno:
mira que viene el día.

FERNÁN.

Fortún Ximeno soy, la sangre mía
no vive de traiciones,
antes para domar vuestros leones
escribí a vuestro Rey con el engaño
peregrino y extraño,
pues un soldado mío
os esperó en el río,
y fingiendo querer pasar el vado,
a su cristal turbado
se arrojó, porque os diera
la muerte el río.

MANRIQUE.

¡Qué traición tan fiera!

SOLDADO 1.º

Señor, acometamos,
aunque las vidas al entrar perdamos.

MANRIQUE.

Pues si somos sentidos
quedaremos perdidos.
¿Quién más que yo quisiera
veros ya dentro? ¿pues a quién espera,
fementido soldado,
tu bárbara traición, que estás armado,
guardando el paso con tan loco brío?

FERNÁN.

Al soldado del río,
y cerraré en viniendo.

MANRIQUE.

Pues quitarte pretendo
la fama que deseas,
cuando la guarda del infierno seas.

(*Abrázale y quítale de la puerta, y entran los* SOLDADOS.)

¡Entrad, soldados míos!

FERNÁN.

¡Cielos!, ¿adónde están mis fuertes bríos?
¿Un hombre puede tanto?

SOLDADO 1.º

Dará el valor de Castro al mundo espanto.

SOLDADO 2.º

Ricos premios espere
del Rey Fernando.

FERNÁN.

Mi esperanza muere;
que entraron los soldados.

MANRIQUE.

¡Ellos están, por Dios, bien despachados!

(*Toca la caja arrebato.*)

FERNÁN.

¿Qué mágicas encuentro?
¿Cómo los vende quien los mete dentro?
Ya han cerrado la puerta.
¡Airados cielos! Mi desdicha es cierta;
porque furioso y ciego
pensará el de León que los entrego
a quien ha de matallos.
¿Por dónde podré entrar para amparallos?
Aunque pierda la vida
buscaré en la muralla defendida
la más fácil entrada.

(*Vase, y sale al muro* NUÑO.)

NUÑO.

Perdidos somos, y la fuerza entrada.

MANRIQUE.

¡Ah del muro!

NUÑO.

¿Quién es?

MANRIQUE.

¡Oh, Nuño amigo,
no hay que tener temor al enemigo.

NUÑO.

¿Es Manrique?

MANRIQUE.

Yo soy.

NUÑO.

A sombra vuestra
crece el valor, la confianza nuestra;
si hay enemigos voy acometellos.

MANRIQUE.

Pocos leoneses son; dad cuenta dellos.
¿Está alerta la gente?

NUÑO.

Animosa y valiente
discurre por las calles y los muros.

MANRIQUE.

¿Todos estáis seguros?
¿Alfonso, mi señor, está muy bueno?

NUÑO.

Seguro vive y de esperanzas lleno,
porque el Reino le envía,
y aquí han de estar al despertar el día,
que Marte ha de enviallos,
diez mil infantes y tres mil caballos,
todos a vuestras órdenes sujetos,
que sois su general.

MANRIQUE.

Rompa secretos
la voladora fama,
que a libertad mi Rey me anima y llama,
Nuño, a sus coroneles,
en tiempo tan revuelto a su Rey fieles.
Decid, de parte mía,
que marche sin parar la infantería.

NUÑO.

¿Y adónde, gran caudillo
del castellano Rey?

MANRIQUE.

¡Nuño, al Campillo!
¡Y, adiós!

NUÑO.

¡El cielo os guarde!
¿Quién con tal capitán será cobarde?

(*Vase y sale* FERNÁN RUIZ, *con rodela y espada.*)

FERNÁN.

¡Imposible es la entrada!
Mas dejaré mi cólera vengada
en el hombre cruel, que de la puerta
pudo quitarme. ¡Tu valor despierta,
que te he de hacer pedazos,
aunque tengas dos montes en los brazos!

MANRIQUE.

¡Vive Dios, que me importa,
mientras no se reporta
defenderme del viejo!

FERNÁN.

Costoso me ha salido ya el consejo:
no vi pulso más fuerte;
cada golpe parece que da muerte,
pues se defiende y acomete fiero.
¡Hombre!, ¿quién eres?

MANRIQUE.

Obligarte espero
con mayor cortesía.

FERNÁN.

Tu nombre agora la desdicha mía,
saber quién es quisiera.

MANRIQUE.

El sastre soy.

FERNÁN.

¡Ah, buen Manrique! ¡Espera!

(*Vanse y sale* BLANCA *y* RODRIGO.)

RODRIGO. ¿Dónde vienes? ¿Estás loca?
¿Estando tu padre ausente
das que decir a esta gente?
Mucho el amor te provoca.
Este jardinillo es
del alcalde del lugar.
A Elvira quiere casar,
que le va por interés;
porque como la amistad
con el sastre a deudo pasa,
hace la boda en su casa.

BLANCA. ¿Hay tan notable maldad?
Pues di: Manrique, ¿qué intenta?

RODRIGO. Gozar tus brazos merece.
Desde anoche no parece;
por causa tuya se ausenta.
No tengas, Blanca, temor
que ha de ofender tu deseo.

BLANCA. ¡Mi amor hizo buen empleo!

RODRIGO. Paso, que siento rumor
entre los árboles. ¡Cielos!
¡El Rey es!

BLANCA. A verme viene.

RODRIGO. Ocasión dichosa tiene.

BLANCA. Pues yo le he de dar desvelos.

RODRIGO. Pues ya nos puede escuchar,
si hablamos.

BLANCA. Eso pretendo.
Respóndeme.
RODRIGO. No te entiendo:
pero sabréte ayudar.

(*Sale el* REY *de entre unos ramos.*)

REY. Como elicie (1) o girasol,
que va entre amantes congojas
encaminando sus hojas
a la vuelta que da el sol,
vengo siguiendo los bellos
rayos desta blanca aurora,
que me ciega y enamora
la luz que descubro en ellos.
¡Oh, nunca viera a Castilla,
jamás sus puertos pasara,
ni nuestra edad celebrara
tan hermosa maravilla
del pincel de Dios! ¡Ah, leyes
de amor, que el mundo igualáis!
Decid: ¿por qué no guardáis
justo respeto a los reyes?
Mas si enmendara el amor
sus costumbres imperfetas,
fueran sus leyes discretas
y cuerdo el legislador.
Sin que Blanca pueda verme,
quiero gozar su luz pura;
que, aun siendo Rey, su hermosura
me turba para atreverme.
BLANCA. ¿Reparaste en aquel hombre
tan parecido a mi bien?
Porque tormentos me den
y porque el alma se asombre,
que parece, aunque villano,
que es retrato de mi esposo,
pues no he de tener reposo
hasta que le dé la mano.
¿No has visto al villano preso?
RODRIGO. Si quieres que yo me explique
es un borrón de Manrique,
y es porque está mal impreso.
Si el sastre villano fuera
maese de campo, y no sastre,
no creyera su desastre;
que era Manrique dijera.
Fáltale el alma bizarra
que tus labios encarecen;
que en lo demás se parecen,
como un huevo a una guitarra.
BLANCA. Tú me has de echar (1).
RODRIGO. ¿Pues el Rey nos oye?
BLANCA. Sí.
RODRIGO. Digo que en mi vida vi
tan extraño parecer
de sastre, retrato y fiel;
tanto que, en la pena mía,
lo que el muerto me debía
quiero pedírselo a él.
BLANCA. ¿Qué haré con tantos desvelos
como el alma llora y siente?
Si viene, celos presente;
si ausente, mis desconsuelos.
REY. ¿Hay tan gran fuerza de amor
que porque al muerto Manrique
se le parezca (2), publique
lo que ha de ofender su honor?
¿Y que el ciego dios tirano,
tenga tan grande poder,
que venga agora a tener
celos un rey de un villano?
BLANCA. ¡Qué bien, Rodrigo, fingiste!
El Rey está satisfecho.
RODRIGO. Muy bien el papel has hecho.
¿Cuántos ensayos le diste?

(*Salen los* VILLANOS, ALCALDE, VENTERO, ELVIRA *y* SOBRINA, *de boda.*)

ALCALDE. Si no viene el desposado,
¿para qué es tanto roído?
¡Voto al sol!, que es un bellaco,
y el alcalde del Campillo
tiene la culpa en llamar
a tan honrados vecinos,
para que nos deje en blanco.
En sabiendo un hombre oficio,
luego le toma el dïablo
y piensa que son cochinos
los parientes de la novia.
VENTERO. Alcalde, vos sois su tío;
¿mirad por quién lo decís?
ALCALDE. Sí, yo lo soy, ya está dicho.
ELVIRA. ¿Cómo ha de venir mi esposo
viendo tantos enemigos
como a matarle salistes?

(1) Parece leerse en el texto "elicie"; sospecho que será "helicie", palabra relacionada con la raíz "helios"; no figura en el *Diccionario de la Real Academia.*

(1) *Sic.* Falta algo para la rima.
(2) Texto: "paresca".

Que aunque su fama acredito
con su valor, por no veros
se irá a los remotos Indios.
Por no culparte me ofendo,
cielos, que haya dado indicios
de su poco amor, pues paga
con tan loca ausencia el mío.

SOBRINA. Prima, ¿no es hombre? ¡Pues, basta!
Que del que más bien decimos,
es un traidor y se burla
de amores encarecidos.
¡Fuego en el mejor de todos!

VENTERO. Sobrina, cerrad el pico,
y no seáis tan bachillera;
que por los santos benditos
que enseñan el orinal,
que eche la albarda al pollino
y que os despache a la venta.
Que si Juan Prieto no quiso
cortaros bien el sayuelo,
porque estaba de camino,
no hemos de perder los otros
por él, para maldecillos.

(*Sale* MANRIQUE *de villano, con capa y cuello de boda.*)

MANRIQ. Como la piedra a su centro
vuelvo a Blanca. Aquí he sabido
que está. Mucho amor me debe,
pues vuelvo al peligro mismo
de la villana, que espera
mis brazos, buscando arbitrios
para asegurarme más.
O yo perdí los sentidos
o está junto a Blanca el Rey.

REY. ¿Por qué, dichoso prodigio
de hermosura, me desdeñas?
Mira que tu sombra sigo,
como celestial resulta
de las luces que conquisto.
Dame un favor porque viva.

BLANCA. Los que tengo no son míos.

REY. ¿De quién?

BLANCA. De Manrique muerto.

REY. ¿Y de algún villano vivo?

MANRIQ. (Blanca responde a Fernando,
¿quién duda que agradecido?
su amor. Pues, ¡viven los cielos!,
que ha de ver desprecios míos,
aunque el gusto se aventure.
De haberme tardado, pido,
señores, perdón a todos.

RODRIGO. El sastre viene divino.

ALCALDE. En fin, quien viene no tarda,
dice el adagio. Cubríos
y sentaos junto a la novia;
que ya vendrá mi sobrino
Gil Polo, que por hermano
de la novia anda perdido,
buscando mil zarandajas.

BLANCA. ¡Cielos! ¿Rodrigo, Rodrigo?

RODRIGO. ¡Ea, rodriguear apriesa!
¿Qué hay que decir? Ya lo he visto.

ELVIRA. (¡Qué inquietos tiene los ojos!;
pero son de basilisco
los de Blanca. Estas sospechas
engendró mi desvarío,
desde que los vi en el bosque;
mas es loco desatino
pensar que tan gran señora,
con pensamientos altivos,
los ha de humillar a un hombre,
que por ser mi igual es mío;
¿mas cómo se miran tanto?)

BLANCA. (Venga del cielo castigo
sobre un hombre tan cruel.)

REY. Cuanto la escuché, acredito.
Con los ojos favorece
al villano, ¿estás conmigo?
¿Y tan divertida, Blanca?

MANRIQ. ¡Que mi nacimiento mismo,
que mi nobleza y mi estado,
cuando mis desprecios miro,
han de estorbar mi venganza!
Diera a mis celos alivio,
si la dejara burlada.

RODRIGO. Aquí entra el hacer mi oficio.
¿Quieres hablar a Manrique?

BLANCA. La vida me importa.

RODRIGO. ¡Lindo!
Ya hemos perdigado al uno.
Pues si se cae de sus quicios
el cielo, no has de mudarte
de aquí, porque solicito
con un embuste tu bien.
¿Y tú, sastre vizcaíno,
porque cortas en bascuenzo,
quieres que este mismo sitio
sea el teatro dichoso
donde represente al vivo
vuestro amor quejas y agravios?

MANRIQ. Si yo la hablara...

RODRIGO. ¡Quedito!,

y no te bullas de aquí,
si llueve en vez de granizo
albardas para esta gente.

(*Vase.*)

ALCALDE. Ya tarda nuestro sobrino.

(*Dentro.*)

RODRIGO. ¡Oh, perro! ¿A lo zaino vienes?
¡Confesión, que me han herido!
¡Presto, que estoy boqueando!

ALCALDE. En mi casa es más delito. [bre!
¡Acodid, que han muerto a un hom-

(*Vase.*)

ELVIRA. ¿En mis bodas este aviso?
Plega a Dios que por bien sea.

(*Vanse todos.*)

REY. Fingiendo que me retiro
a informarme del suceso,
he de advertir, escondido,
si Blanca le da favores.

(*Escóndese.*)

RODRIGO. ¡Ea, ilustres palominos,
bien os podéis arrullar!

BLANCA. ¿A qué viniste?

MANRIQ. He venido
a verte hablar con el Rey.

BLANCA. Yo al desengaño que he visto.

MANRIQ. ¿Qué desengaño?

BLANCA. ¿No vienes
a casarte?

MANRIQ. Sí.

RODRIGO. Bien dijo.

BLANCA. ¿Con quién ha de ser?

MANRIQ. Contigo.

BLANCA. ¿Conmigo?

MANRIQ. ¿No te merezco?

RODRIGO. No presentemos servicios,
que hay poco tiempo de audiencia.

BLANCA. Jura que por mí has venido,
si quieres que yo te crea.

RODRIGO. Vino, juro a Jesucristo,
en ánima de mi parte.

MANRIQ. Sólo tus ojos divinos
son imanes de mi alma;
sólo tu favor conquisto
a prueba de mis verdades,
y a fuerza de mis suspiros.

BLANCA. Y sólo tú mereciste
mi amor, porque sólo aspiro
al blasón de ser tu esposa.

RODRIGO. Ea, cruzar los bracitos
y volverse al pueblo.

MANRIQ. El cielo
alargue tu vida a siglos
porque goce el bien de verte.

REY. ¡La misma verdad resisto!

ELVIRA. Desmintiendo están mis ojos
el temor.

RODRIGO. ¡Qué desvarío!
¡Apartad con el dïablo!

REY. Buscando estoy el castigo
que este delito merece.

(*Salen.*)

ELVIRA. Si tuvieras el dominio
del mundo, te despreciara.

RODRIGO. Perdióse en la cuba el vino.

ALCALDE. Esta es pendencia al revés,
que se ha escapado el herido.

(*Salen todos.*)

ELVIRA. ¡Invicto Rey de León,
a quien por años prolijos
conserve la vida el cielo!
Si los desengaños míos
bastan para defenderme
de un villano fementido,
de un traidor con alma ingrata,
de quien puedes ser tú mismo
testigo fiel en mi abono,
por tu valor te suplico
que la merced que me hiciste,
dada para el dote mío,
se aplique a mejor estado.
A un convento determino
sacrificar mis deseos,
pues en las glorias del siglo
descubro invencibles penas,
hallo mortales peligros.

REY. Dichoso acuerdo has tomado
de donde nace el castigo
de la mujer que te ofende
con otro mayor delito.
Por parecerse a Manrique,
le das tus brazos lascivos
al villano que enamoras:
pues hoy verás que me rijo
por tu propia liviandad,

y que me vengo en lo mismo
que pienso que te doy gusto:
el villano del Campillo
ha de ser esposo tuyo,
si bien los efetos libro
en la empresa de tu padre,
y hasta saberla desisto
de mi celosa venganza.

BLANCA. Quien piensa tener dominio
en las almas es tirano.
Tú no has de juzgar delitos
que no corren por tu cuenta.

(*Sale* FERNÁN RUIZ.)

FERNÁN. Señor, a pedir castigos
vengo, por desgracias tuyas,
que no por descuidos míos.
Perdí tu gente en la empresa.

REY. ¿Pues cómo volviste vivo?
Si fueras leonés, dejaras
el muro en tu sangre tinto.
Bien se ve que fué cautela,
y que diste al muro aviso
para matar mis soldados.
Pero a buen tiempo has venido
para el castigo que pides,
pues lo han de contar los siglos.
Por el mayor en la honra
castigarte determino
primero: Blanca cruel,
rinde los soberbios bríos
al yugo de este villano,
que pues con amor lascivo
su cuello enlazaste, puedes
dalle mano de marido.
Dale la mano.

BLANCA. Señor,
no permitas...

REY. Yo permito
tu ya merecida afrenta.

FERNÁN. No cabe en el pecho mío
de placer el alma.

BLANCA. Toma
la mano, que por destino
de mi estrella mereciste.

MANRIQ. Por ser de un ángel la estimo:
tuyo soy.

ELVIRA. A que buen tiempo
vienen desengaños míos.

REY Jamás he tenido gusto
mayor.

MANRIQ. Si premiáis servicios,
también Manrique os ofrece
la vida para serviros.

REY. ¿Qué dices?

MANRIQ. Que soy Manrique,
a quien de cualquier delito
diste perdón en el bosque;
porque el disfraz me ha valido
del sastre que hallé difunto.

ELVIRA. ¡Qué bien, sin saberlo, elijo
lo que el cielo me aconseja!

REY. En todo engañado he sido.
Pagarán Castros y Laras
con inmortales castigos
los agravios que me han hecho.
Cerque mi guarda el Campillo;
tomen cuatro compañías
sus calles, que estos delitos
en cabezas castellanas
piden brazos vengativos.

FERNÁN. Fuera de vuestra persona,
que, por ser quien sois, limito
mi valor para ofenderos,
no hay a quien el pecho mío
pueda temer en el mundo,
y más cuando el riesgo miro
de la muerte, en que me pone
la lealtad del Rey que sirvo.
¡Manrique, la muerte llama
con más honroso peligro,
pues muriendo entre soldados
mejoramos de enemigos;
y quien a morir se arroja
al turbio cristal de un río,
muera entre bravos leoneses!

MANRIQ. Aunque leoneses los pinto,
por sus pechos inmortales
han de ver cómo eternizo
entra las suyas mi muerte.

(*Sale* SOLDADO 2.º)

SOLD. 2.º ¡Señor, excusa el peligro
de tu persona marchando!
Cubren los campos vecinos
las banderas castellanas;
diez mil infantes se han visto
que trae por escolta y guarda
tres mil caballos.

RODRIGO. ¡Dormíos!

REY. A tan numerosa gente,
a tan bravos enemigos

no hay que esperar. De la empresa
y de mi intento desisto,
y vuestra amistad procuro.

FERNÁN. Castilla viene a serviros,
no a ofenderos.

REY. Yo me parto
contento y agradecido
del favor que me ofrecéis.
Goce el reino mi sobrino,
pues tiene tales vasallos.

MANRIQ. Donde con humilde estilo
y con tan incultos versos
quiso el poeta escribiros
la hazaña en que se eterniza
nuestro *Sastre del Campillo.*

FIN DE LA FAMOSA COMEDIA DEL "SASTRE DEL CAMPILLO"



EL SATISFACER CALLANDO Y PRINCESA DE LOS MONTES

COMEDIA FAMOSA (1)

DE

LOPE FELIX DE VEGA CARPIO

HÁBLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES:

CARLOS.	AURORA.	*La* PRINCESA.
FADRIQUE.	NICOLÍN, *gracioso.*	NEREIDA.
MARQUÉS.	*El* DUQUE DE MONTALTO.	*Un* CAPITÁN.

JORNADA PRIMERA

(*Tocan atabalillos y salen* CARLOS *y* FADRIQUE *y* AURORA, *y el* MARQUÉS, *y acompañamiento.*)

MARQUÉS. Justamente celebrado (2)
es tan general contento.

AURORA. En lo visto al pensamiento
suspende lo imaginado.
Con razón llaman la bella
a Nápoles.

FADRIQUE. Con razón
hoy en tu buena opinión
consiste su buena estrella (3).

CARLOS. Pues tú lo eres, sería
pequeña hazaña el vencer
compitiendo.

AURORA. Agradecer
lisonjas es cortesía.

MARQUÉS. Esta silla Vuestra Alteza
ocupe, pues le ha tocado
el dar la que (4) tiene al lado
y coronar la cabeza
de Carlos o de Fadrique (5),
sin que fuerza ni razón
de ninguno a su elección
se contraponga o replique.
Ya Vuestra Alteza ha mirado
bien la causa que ha tenido
esta extrañeza.

AURORA. Y ha sido
apurada en mi cuidado.
Mas porque ninguno esté
en duda, en público quiero
que me la escuchen primero
y así verán que la sé.
Guillermo, el último rey
de Nápoles, que en el cielo
goza glorias al compás
que en la tierra dejó ejemplos,
de su esposa, hija del Duque
de Lorena, le nacieron
dos hijos, los dos de un parto;
en cuyo trance, teniendo
o con malicia cuidado,
o descuido con extremo (1),
o porque luchando entonces
nacieron los dos a un tiempo,
no echaron de ver cuál era,
para que fuese heredero,
el que primero nacía.
¡Infelice nacimiento!
En esta duda criados,
con ser tan hermanos, fueron
en las condiciones varios
y en los gustos contrapuestos.
Fadrique en naturaleza

(1) A: Parte VI de comedias escogidas. Zaragoza, Herederos de Pedro Lanaja, 1653. B: Parte XXXVII de *Colección de comedias escogidas.*
(2) A: "celebrando".
(3) B: "hoy con su buena opinión
compite su buena estrella".
(4) B: "lo que".
(5) A: "de Carlos y de Fadrique".

(1) A: "y descuido en extremo".

áspero, tiene en su pecho
para añadir a su espada
tanto brío como acero;
y así, a la guerra inclinado,
la ejercita tan soberbio,
que en su corazón altivo
el mundo le viene estrecho.
Y Carlos, diversamente,
tan divino entendimiento
tiene, que sabe juntar
lo apacible y lo severo;
y así de razón de Estado
sabe tanto, que al gobierno
del mundo pudiera dar
pacíficos documentos.
Su padre, ya de su edad
viendo los años postreros,
repartir quiso en sus hijos
este apetecible peso
del cetro y de la corona,
y a cada uno en su ingenio,
según las inclinaciones,
le acomodó los empleos.
Dióle a Carlos de la paz
el nunca torcido cetro,
y a Fadrique de la guerra
le fió el rígido acero (1).
Viéndose en aquel estado (2)
el napolitano reino,
aunque en lo presente altivo,
en lo por venir incierto,
pidió al Rey que para cuando
cobrase en su vida el censo (3)
la que a nadie no perdona,
les señalase heredero.
El entonces, como vió,
aunque en estilo diverso,
para ser rey en cualquiera
de los dos igual sujeto,

(1) A: "el regido acero".
(2) El pasaje anterior está suprimido en B, que dice solamente:
"o descuido con extremo;
no conocieron cuál era
para que fuese heredero
el que primero nacía,
su felice nacimiento,
o porque luchando entonces,
nacieron los dos a un tiempo:
no echaron de ver cuál era
el legítimo heredero.
Viéndose en aquel estado..."
(3) A: "cobrase su vida el censo".

y por no querer, amando
igualmente a cualquier dellos,
dejar al uno quejoso,
dejando al otro contento,
con el discurso previno (1)
y ordenó en su testamento
un modo de disponer
tan extraño como cuerdo (2).
Y fué que, después que fuese,
él a gozar de los cielos,
a Francia fuesen por mí,
que tengo igual parentesco
con los dos, por haber sido
de los tres común abuelo
el de Lorena, y con quien
yo hiciese mi casamiento,
a ese diesen la corona
de Nápoles, donde vengo
para hacer esta elección,
que a todos tiene suspensos.
Esto he visto en sus papeles (3).
¿No es esto, Marqués?

MARQUÉS. Lo mesmo
aunque mejor en tu boca
perficionado y dispuesto.

FADRIQUE. Carlos, aunque entre los dos
no hay mayoría, bien puedo
hablar yo.

CARLOS. El señor más cortés
nunca ha sido valer menos;
y así, aunque vean que yo
el primer lugar te dejo,
no tendré para el segundo
menores merecimientos.

FADRIQUE.

Supuesto que es verdad que en ocasiones
de lograr pretensiones
con justas esperanzas
tienen lugar las propias alabanzas,
por darte en mi favor valientes bríos
te quiero referir méritos míos.
Yo en dos lustros y más, que a mis cuidados
fían estos estados

(1) B acorta el pasaje:
"Cobrase en su vida el censo
lo que a nadie no perdona,
le señalase heredero;
con el discurso previno"...
(2) B: "un modo de proceder
tan honrado como cuerdo".
(3) A: "en tus papeles".

su opinión, y esta tierra
da a mis hombros el peso de la guerra,
mostré siempre en mi mano levantada
al sol hermoso vencedora espada.
Hice con su dichosa fortaleza (1)
a Nápoles cabeza
de Italia, pues sin bríos (2).
atenta siempre a los alientos míos,
tiene en sus potentados el acero
sólo el lugar que permitilles quiero (3).
Eché della en diversas ocasiones
extranjeras naciones;
contra el turco arrogante
defendí las fronteras de Levante,
y los puertos que abrigan sus riberas
abrasé como rayo en mis galeras.
Di con esto a la fama eterna sumas
de lenguas y de plumas,
porque ligera asombre
y admire liberal, dando en mi nombre
a España emulación, envidia a Galia,
espanto al mundo y opinión a Italia.
¿En quién, pues, empleando tu persona,
pondrás (4) esta corona
mejor que en estas sienes,
viendo que en mí para adornalla tienes
en fundada opinión valor entero
y en mano fuerte (5) acreditado acero?
Haz en mí esta elección, logra esta suerte
y para hacella advierte
que el que no levantada
muestre en la mano vencedora espada,
tiene, sin fortaleza,
corona mal segura en la cabeza (6).

CARLOS.

Yo, señora, en diez años que he tenido
a un gobierno ha sido
este reino, y fundado
dichosamente en mi razón de estado (7),
no he visto que le diesen las mudanzas
del tiempo sino ejemplos y alabanzas.
Un caballo que en pelo espuma roja
desenfrenado arroja,
son armas y blasones (1)
de Nápoles, por libre en ocasiones;
y yo que las resisto (2) y las condeno,
a este feroz caballo puse freno;
di espada a la justicia, dile peso;
contrapuse al exceso
de rigores, piedades,
contra mentiras esforcé verdades,
dando en sus diferencias, advertido,
al menos poderoso atento oído.
Tras esto, para en cosas superiores,
a cuidados mayores
apliqué los desvelos,
prevenciones fiando a los recelos
de papeles, espías y asechanzas
.... (3)
Por el mundo esparcí correspondencias
con cuyas advertencias
la diligencia mía,
desde la paz que al mundo prometía (4),
tantos avisos en la guerra daba,
que yo vencía, aunque otro peleaba.
Que un rey en su ciudad, desde su asiento,
a puro entendimiento,
ser Dios puede en la tierra,
pues para ejecuciones de la guerra
bien ordenada, nunca le ha faltado
a un rey bien entendido un gran soldado (5).
¿En quién, pues, ese asiento soberano
puede emplear tu mano
como en mí, aunque corrido
te diga que renombre he merecido
de gran gobernador, de gran prudente?
Culpa (6) a la fama, si la fama miente.
Haz en mí esta elección, logra esta suerte,
y para hacella advierte
que en un rey sin cabeza
mal tendrá la corona fortaleza,
habiendo menester en tu persona

(1) A: "que con dichosa fortaleza".
(2) A: "son bríos".
(3) B: "Sólo el valor que permitirle quiero." Y suprime los versos que siguen, hasta:
"en quien, pues, empleando tu persona".
(4) A: "podrás".
(5) A: "en mano propria".
(6) Faltan en B los seis versos anteriores.
(7) A: "Yo, señora, en dos años que he tenido
este reino, fundado
dichosamente en su razón de estado."

(1) A: "Un caballo veloz, que espuma arroja,
son armas y blasones."
(2) A: "asisto".
(3) Falta un verso en A. En B el pasaje se abrevia: desde "puse freno" suprime hasta "Por el mundo esparcí correspondencias".
(4) Falta este verso en B.
(5) Los seis versos anteriores faltan en B.
(6) B: "Culga."

más cabeza que manos la corona (1).

FADRIQUE.

¿Y yo, aunque tenga la valiente espada
en la guerra afilada,
en la paz he perdido
la acción de ser (2) prudente y entendido?

AURORA.

Antes para [la] bélica porfía
ingeniosa ha de ser la valentía.

CARLOS.

¿Y yo, aunque tenga entendimiento vivo (3)
en la paz, discursivo
en la guerra, he dejado
la acción de ser valiente y ser soldado?

AURORA.

Antes para la paz más vivamente
le alienta al entendido el ser valiente (4).

FADRIQUE.

Si yo...

CARLOS.

Si yo...

AURORA.

¿No obliga a más efeto
el mujeril respeto?

FADRIQUE.

Ya yo sufro.

CARLOS.

Ya callo (5),
y espero ya de tu sentencia el fallo,
en quien mi dicha infiero.

FADRIQUE.

Yo con razón a mi favor la espero.

AURORA.

Para emplear el cetro y la corona
en cualquiera persona
de los dos imagino,
aunque es vario el discurso (1) y el camino
tan igual ser, que con dichosa calma
tiene suspensa la elección del alma.
Y así, pues vengo a ver en hombres tales
sujetos tan iguales,
libres mis pensamientos,
dejo de graduar merecimientos (2),
y al que más se inclinare el gusto mío
quiero hacerle señor de mi albedrío.
Este es Carlos, a quien, puesto a mi lado,
dejaré coronado.
Llegue.

FADRIQUE.

(¿Soy bronce o hielo?)

CARLOS.

Será lo mismo que llegar al cielo.

FADRIQUE.

Eso fuera si yo lo consintiera,
teniendo espada al lado. ¡Tente! ¡Espera!
¡Napolitanos fuertes! No consiento
en el vil testamento
que hizo mi padre, y contrapongo, en suma,
el peso de mi espada al de la pluma
que le escribió, pues contra injustos labios
ella da reinos y deshace (3) agravios.
¿A quién no hay que complique y que no asom- [bre
que el mérito de un hombre
a la elección sujeto
esté de una mujer? En cuyo efeto
se echa de ver, demás de ser injusto,
que tiene vil y afeminado gusto (4).
Las armas han de darme la corona,
pues mi elección abona
mi valor, satisfecho
de que tengo en el brazo y en el pecho (5),
para no recelar el mismo Marte,
a la gente de guerra de mi parte.

CARLOS.

Fadrique, en sinrazones te has fundado;
si la fe que has jurado
bajamente has rompido,
¿merecerá ser rey un fementido?
¿Y el quebrantar (6), con serlo, la obediencia

---

(1) Los seis versos anteriores faltan en B.
(2) B: "la acción, al ser".
(3) B: "entendimiento altivo".
(4) En B este pareado está cambiado con el anterior:

"Antes, para bélica porfía
ingeniosa ha de ser la valentía."

Y faltan los versos hasta que Aurora vuelve a hablar:

"Para emplear el cetro y la corona."

(5) A: "Ya yo callo."

(1) B: "el impulso".
(2) A: "agradecer merecimientos".
(3) B: "y dél hace".
(4) Los seis versos anteriores faltan en B.
(5) B: "en la mano y en el pecho".
(6) A: "Y el que quebranta."

de un padre, es valerosa diligencia?
Pero para que veas, finalmente,
que sobre el ser prudente,
cuando el ser fuerte importa
se esfuerza con valor mi espada corta,
contra tu agravio yo seré el primero
que dé la mano al vengativo acero.
¡Nápoles, Carlos viva!

(*Meten mano.*) (1)

TODOS.

¡Viva!

AURORA.

¡Teneos! ¡Ay, suerte esquiva!

FADRIQUE.

¡Nápoles!

AURORA.

¡Tente! ¡Espera!

MARQUÉS.

¡Viva Fadrique!

TODOS.

¡Viva!

FADRIQUE.

¡Y Carlos muera!

AURORA.

Marqués, parte a obligarlos
y que muera (2) Fadrique y viva Carlos.

(*Entranse acuchillando y sale el* DUQUE *vestido de pieles o de villano, con barbas.*) (3)

DUQUE. Incultas esperanzas,
que por valles y cumbres
lleváis mis pesadumbres
y alentáis mis tristezas:
cuando en todas (4) contemplo
de mi vida un retrato y un ejemplo,
pues os parezco tanto,
sabed del alma mía
que antes con alegría,
como agora con llanto,
dichoso amante he sido,
y un hombre soy en fiera convertido.
Esta es la cárcel dura
y éste el tirano hierro
que fué mísero encierro (1)
de la misma hermosura,
pues ya, aunque el sol la dora,
sombra de lo que fué parece ahora (2).
¡Ah, cielo soberano!
Si apenas los despojos
alcanzo con los ojos
que alcancé con las manos,
¿cómo entre brasas frías
he podido vivir tan largos días?

(*Canta la* PRINCESA *en lo alto.*) (3)

CANTA. ¡Presentes memorias
de bienes pasados,
dejadme, pues lloro,
aunque veis que canto!
Mas no me dejéis,
pues sabéis que cuando
llorando os despido
con música os llamo.

DUQUE. Todo en llanto me convierto.
¡Ay, dueño de mi cuidado!
Con dulzura me has cantado
y con terneza me has muerto.
Otro cisne ser espero
favorecido de ti,
pues que tú cantas por mí
y yo por entrambos muero.
Cantando me das lugar
seguro para esta seña,
que es hacer que desa peña
caigan pedazos al mar.
¡Qué seguramente voy
siempre a rompella, pues cuando
la dejo tierna llorando
es cuando golpes la doy!

(*Da con el bastón el* DUQUE *y sale la* PRINCESA *en lo alto.*)

PRINCESA. ¡Qué despierto está el oído
del que espera con cuidado!

DUQUE. ¡Sol para mí de eclipsado
ahora recién nacido!

PRINCESA. Dueño mío, en poca suerte
perdona tardos empleos (4).

---

(1) Falta esta acotación en A.
(2) B: "a que muera".
(3) B: ("*Vanse. Sale el* DUQUE *vestido de pieles.*")
(4) B: "en todo".

(1) B: "que fué fúnebre entierro".
(2) B: "pues ya la vista incierta
de quien viva lo ve, parece muerta".
(3) Este pasaje, desde que canta la PRINCESA, falta en B, que sólo trae la acotación: ("*Sale la* PRINCESA *en la torre.*")
(4) B: "tantos empleos".

¿Cómo estás?

DUQUE. Con mil deseos
de merecer una muerte.

PRINCESA. ¿Qué dices? ¿Apenas llegas
cuando saetas me arrojas,
en tus quejas me congojas
y en tus lágrimas me ciegas?
Esposo, pues con fe firme
ves que te pago el amarme,
si vienes a consolarme,
¿por qué tratas de afligirme? (1)

DUQUE. Señora, quien tiene loca
el alma y llena de enojos,
¿qué puede echar por los ojos?
¿qué puede echar por la boca?
Si apenas llego a la gloria
de verte, cuando al instante
paso el discurso adelante
y vuelvo atrás la memoria;
si me acuerdo que a tus bellas
luces, levantando el suelo
estuve tan en tu cielo
que pude alcanzarte estrellas,
y ahora estoy tal, que en vano
puedo en las alas del viento
levantar el pensamiento
donde levanté la mano (2),
¿qué he de hacer? Pues no piado- [so
y firme amor te tuviera (3)
si estando así no estuviera
de mi fortuna quejoso.
Y tú, en esto rigurosa,
por lo que a mi pena asida,
te esperaba agradecida,
te veo que estás quejosa.

PRINCESA. No estoy, pero a estarlo, siento,
según tu pesar me aqueja,
que la causa de mi queja
fuera en tu agradecimiento;
pues porque agradezco tanto
lo que padeces por mí,
quisiera ocupar en ti
siempre quejas, siempre llanto;
quisiera que confiaras
del tiempo, que aunque contrario
de los dos, quizá por vario
hará estas tinieblas claras;
y también quisiera ahora,
pues te adoro, hacer en mí
lo que tú no hiciste en ti (1),
que es consolarte.

DUQUE. ¡Ay, señora!
Mira si soy desdichado,
pues cuando en mi pecho estás,
los consuelos que me das
me dejan desconsolado.
Que entre dos amantes llenos
de pasión que los desvela,
señora, quien más consuela
da indicios de querer menos.

PRINCESA. Engáñaste, que el fingir
consuelo y disimular
la pena por consolar,
no es dejarla de sentir,
y más en quien con pasiones
tan grandes pasa desvelos
de tan largos desconsuelos
y tan prolijas prisiones.
Muda de estilo, por Dios (2),
y dime, si no te pesa,
qué hace aquella montañesa,
común prenda de los dos.

DUQUE. Es un milagroso empleo
del cielo, por quien le admiro (3).

PRINCESA. Aunque en el alma la miro,
días ha que no la veo (4).

DUQUE. Como della no he fiado
ese secreto cobarde
tantos años, logras tarde
tu deseo y tu cuidado.

(Dentro NICOLÍN, *gracioso, villano.)*

NICOLÍN. ¡Hola, oao, hola!

PRINCESA. ¡Ay de mí!
¿A quién responden los ecos?
Escóndete por los huecos
de esa peña (5).

---

(1) Falta en B esta última redondilla.
(2) Faltan igualmente en B las tres redondillas anteriores.
(3) B: "¿qué he de hacer?, pues no amoroso ni firme amor te tuviera".

(1) A: "en mí".
(2) B abrevia este pasaje así:
"De mi fortuna quejoso.
PRINCESA. Antes agradezco tanto
lo que padeces por mí,
que excusar quisiera en ti
siempre quejas, siempre llanto.
Muda de estilo, por Dios..."
(3) B: "la admiro".
(4) A: "le veo".
(5) A: "Escóndete entre los huecos de esas peñas."

DUQUE. Harélo así.

(*Escóndese el* DUQUE (1) *y sale* NICOLÍN.)

NICOLÍN. ¡Hola! ¡Aho! ¡Oye! ¡Espera!
No he de parar hasta ver
si es la Eco esa mujer (2);
es hermosa, aunque es parlera.
¡Hola! Por aquí responde.
¡Hola! Y también por aquí.
¡Voto al sol, que estó sin mí
de oilla sin saber dónde!
Cuando llego por buscalla
a las quiebras destas rocas,
que pienso que son las bocas
por donde responde, calla.
¡Hola! ¡Ela! Y cuando estoy
apartado, sin ver dónde (3),
¡hola! o ¡ela!, (4) me responde
a cuantas voces le doy.
¡Hola! ¡Hola!

(*Sale* NEREIDA *por un monte* (5), *vestida de pieles, con arco y flechas.*)

NEREIDA. ¿Quién da voces?...
NICOLÍN. ¿Si es ella?
NEREIDA. ...tan atrevidas,
de los ecos repetidas
y por los vientos veloces?
NICOLÍN. ¡Ay, Jesús y qué feroz
baja! No son de un linaje
lo rústico de su traje
ni lo (6) brando de su voz.
Huír quiero, mas no puedo.
NEREIDA. ¡Oye! ¡Espera!
NICOLÍN. ¡He de morir!
NEREIDA. No temas.
NICOLÍN. Pues para huír (7)
me impide mi propio miedo.
NEREIDA. ¿Qué te obligó a la locura
de las voces? ¡Oye! ¡Espera,
y mira que no soy fiera!
NICOLÍN. En esta misma hermosura
tus ojos ánimo dan,
como espanto tu vestido.
Pardiobre, que en ti comprido
he visto ahora un refrán:
"Debajo de buena capa
hay"..., ya me entiendes.
NEREIDA. ¿Quién eres?
NICOLÍN. Un hombre que a las mujeres
se incrina; que no se escapa
desta tierna incrinación
ni aun la misma rustiqueza
porque con tosca corteza
cubre humano corazón.
Fuí casado, y tras perder
un demonio en carne humana,
digo no les tengo gana
y siempre apetezco mujer (*sic*).
Salí, pues, tras una yegua (1)
desde la cabaña mía,
y dando voces habría
andado más de una legua,
cuando llegué entre esas rocas
tan altas como feroces.
Oí remedar mis voces
a los huecos de sus bocas.
Acordéme que oí un día
a quien lo debe saber (2)
que era el Eco una mujer
que en las cuevas se escondía.
Dióme deseo de vella.
DUQUE. ¡Graciosa simplicidad!
NICOLÍN. Y si va a decir verdad,
para casarme con ella.
Porque no es para perderse
una ocasión de tener
por esposa una mujer
tan amiga de esconderse,
y que a estar sola se aplica
y solícita en oyendo
que la llaman, respondiendo,
si repite, no replica (3).
Y que al gordo o al delgado
¡hola, ela! siempre ha sido
tan cuerda que ha respondido
al tono que la han llamado.
Y que al oído consejo
no da, ni pide, ni apura
secretos, antes procura

(1) B: ("*Escóndese y sale.*")
(2) B: "si ésta es Eco, esta mujer".
(3) A: "apartado, saber dónde".
(4) B: "ola, ola".
(5) B: "*por el monte*".
(6) B: "y lo".
(7) B: "Pues, para oír."

(1) B abrevia el pasaje suprimiendo versos, y dice:
"Eres la misma hermosura.
Hoy salí tras de una yegua."
(2) A: "a quien debe de saber".
(3) Falta en B esta redondilla.

que le hablen desde lejos.
Y que en su respuesta es
tan claro el no como el sí,
y, al fin, de la que perdí
una mujer al revés (1).
Con este cebo hasta aquí,
entre locuras feroces,
llegué ronco de las voces
y de los silbos que di;
pero viendo que bajabas
temí mis postreras horas;
mas ya tanto me enamoras
como entonces me espantabas (2).
Si, por dicha, la escondida
Eco eres tú (3), que, apiadada
de mí, quieres ser casada
conmigo, tuyâ es mi vida
y mi mano.

NEREIDA. Quieta estoy (4).
No soy yo esa imaginada
mujer; mas por si te agrada
el ser mío, oye quién soy.
Yo soy, aunque soy mujer,
de todas tan diferente,
que puedo atrevidamente
serlo y dejarlo de ser.
Hija soy destas montañas,
y con mi misma (5) fiereza
conservo la fortaleza
que saqué de sus entrañas.
Por estos montes cazando,
al mismo viento excediendo,
alcanzo un gamo corriendo
y mato un ave volando.
En la cumbre y en los llanos,
por crueles y ligeras,
soy espanto de las fieras;
y a mis plantas y a mis manos (6),
después de hacer un bastón
pedazos, que un robre (7) es,
mato un oso a puntapiés
y a puñadas un león.
Y si algún risco, al pasar,
inconvenientes me enseña,
a coces rompo una peña
y doy con ella en el mar.
A los humanos que miro,
las veces que no me escondo,
si me hablan, les respondo,
y si me siguen, les tiro.
Porque [a] cada vil sospecha (1),
que es en mí furia forzosa,
de una palabra amorosa
respondo con una flecha (2).
Esto soy. Si así te gano
la voluntad y doy brío
para ser esposo mío,
no tiembles, dame la mano.
¿No me quieres?

NICOLÍN. Pardiez, no.
Bella eres; mas tener
quiero, aunque sea mujer,
que pueda menos que yo.
No quiero esposa valiente;
que si la que antes sonaba (3),
siendo cobarde, no daba
pesadumbres en la frente,
tú, ¿qué hicieras? ¡Guarda, fiera!

NEREIDA. Ya por tu donaire estoy
bien contigo.

NICOLÍN. Tuyo soy,
y ser tu sombra quisiera.
¿Mas no ves un jabalí (4)
que corre (5) furiosamente?

NEREIDA. Para ver si soy valiente
y ligera, ven tras mí.

NICOLÍN. Sí haré, que no soy cobarde
tan del todo.

(Vanse los dos. Salen el DUQUE y la PRINCESA.) (6)

PRINCESA. ¡Ay, prenda mía!

DUQUE. ¿Notaste la gallardía
de tu hija?

PRINCESA. ¡Dios la guarde!
Que me deja con temor,
viendo el peligro en que va.

DUQUE. Ninguno le temo ya,
pues la escapé del mayor,

---

(1) Igualmente faltan en B las dos redondillas anteriores.
(2) También falta en B esta redondilla.
(3) B: "Eco eres, que."
(4) A: "Quita, estoy."
(5) B: "con su misma".
(6) Falta en B esta redondilla.
(7) B: "roble".

(1) A: "Porque cada vil sospcha."
(2) Faltan en B las dos redondillas anteriores.
(3) B: "pues si la que antes gozaba".
(4) A: "levali".
(5) A: "cerré".
(6) B: ("*Vanse.*")

cuando de tan tierna edad
la truje en los brazos míos,
lleno de piadosos bríos
y de virtuosa piedad,
huyendo de la extrañeza
de tu padre, a estas montañas,
que me dieron sus entrañas,
criándola en su aspereza.

(Ruido dentro de espadas.) (1)

Mas oye: ¿qué puede ser,
entre esas peñas tajadas,
rumor de voces y espadas?

PRINCESA. Todo para mí es temer (2).

DUQUE. ¡Ay de mí! Y es a la espalda
de este risco, en que (3) volando
vi a nuestra hija. Rodando
baja un hombre hasta su falda;
que le persiguen (4) sospecho.
Socorreréle.

PRINCESA. ¡Oye! ¡Tente!

DUQUE. La piedad no lo consiente,
que es generosa en mi pecho (5).

PRINCESA. Y yo entre pena y piedad
sin corazón he quedado,
pues los dos me habéis llevado
cada uno su mitad.
¡Ay, hija mía! ¡Ay, mi esposo!
¡Qué me costáis de temores!

(Sale el DUQUE, *con* CARLOS *herido.)*

DUQUE. ¿Estás herido?

CARLOS. Rigores
son del tiempo.

DUQUE. Es riguroso.

PRINCESA. Voime muerta de cuidado
por no ser vista.

(Vase.)

DUQUE. ¿No enseña
ser grande herida?

CARLOS. Es pequeña,
porque yo (6) soy desdichado
y no permite mi suerte
que tras mi sangre perdida
pierda de una vez la vida
por darme más de una muerte.

DUQUE. No es en ti honrosa querella
esa. Anímate a esperalla
si viene, y no a desafialla,
que aún es peor que temella.
Y dime, si puede ser (1),
quién eres, para esperar
que a lo menos con callar
te pueda favorecer (2).

CARLOS. Pues tus valientes consuelos
y tu aspecto, aunque...
.... (3)
y tu calidad desdicen,
antes de saber quién eres
quién soy me atrevo a decirte,
porque pienso que una estrella
nos influye y nos persigue.
Dos hijos tuvo Guillermo (4),
de Nápoles rey insigne:
el uno soy yo, a quien llaman
Carlos, y el otro Fadrique (5).
Nacimos los dos de un parto
en un punto, y fué posible,
no sé cómo (6), el haber sido
él dichoso y yo infelice;
pues habiendo de nombrar
en Nápoles, donde asiste,
uno de los dos por rey,
Aurora, que así se dice
un ángel a quien tocó
este cargo, al elegirme
a mí por rey y su esposo (7)
mi hermano lo contradice;
yo lo apruebo, y en un punto
desnudando aceros libres,
queda (8) en Nápoles la tierra
brotando guerras civiles.
Perdiéronse muchas vidas,
y por los aires sutiles

---

(1) Faltan en B las dos redondillas anteriores y la acotación.
(2) B: "temor".
(3) B: "en quien".
(4) A: "la persiguen".
(5) B añade la acotación ("*Vase*").
(6) B: "por yo soy".

(1) B suprime las dos redondillas anteriores, y sigue: "Y dime, si puede ser."
(2) A: "te podré satisfacer".
(3) Ilegible el texto.
(4) B suprime los versos anteriores del romance y empieza por "Tuvo dos hijos Guillermo."
(5) B: "Yo soy el uno, a quien llaman
Carlos, y al otro Fadrique."
(6) B: "No se conoció."
(7) A: "a mí por su rey y esposo".
(8) B: "entre rigores terribles
quedó..."

subieron muchas querellas
a los celestes confines,
y vertióse tanta sangre,
que arroyos que la dividen
pienso que del mar salado
las blancas espumas tiñen (1).
Peleé yo cuanto pude,
todo cuanto pude hice,
pero mi hermano, que tiene
o fortuna más felice
o más pláticos soldados,
tuvo el acero más firme (2),
y yo al cerrar de la noche,
viéndome vencido (3), vime
con tan pocos al valerme
y tantos al perseguirme,
que con hasta diez no más,
que me acompañaban, quise,
aunque vi alteradas ondas
entre huracanes terribles,
en un bergantín pequeño (4)
surqué los mares y diles,
si no de César la suerte,
la providencia (5) de Ulises.
Pasé el golfo de Salerno,
que cuando enojado gime
contrarios mares levanta
y varios vientos resiste
a la garganta el peligro (6):
y sin que pudiese asirme
a las playas calabresas
por Palinuro (7) infelices.
llegué al Faro, cuando estaban
quizá para no admitirme,
por encontrar sus corrientes
bramando Scila y Caribdis.
Pasé, en fin, a pesar suyo;
pero ya tan insufribles,
rompiendo encontrados mares,
contrarios vientos compiten,
que sin timón que le baste
ni pilotos que lo guíen,
ni quebrantado bajel

(1) Faltan en B los ocho versos anteriores.
(2) B: "o más prácticos soldados,
tuvo la espada más firme".
(3) B: "viéndome cercado".
(4) Faltan en B los tres versos anteriores, y el siguiente dice: "Surqué los mares, y dile."
(5) B: "prudencia".
(6) Faltan en B los cuatro versos anteriores.
(7) Así en B; en A, ilegible.

estos peñascos embiste,
donde, milagrosamente,
tomamos tierra tan firme;
y mi gente arrepentida (1)
ya de valerme y seguirme,
por parecelles que tuve
culpa en sus naufragios tristes,
o porque el estado pobre
es de suyo aborrecible,
leíles el corazón (2),
receléme y encogíme,
y ellos, viéndolo, atrevidos,
que han de prenderme me dicen
para llevarme a mi hermano,
pues su remedio consiste
en tan villanas traiciones
y en diligencias tan viles;
y sin esperar respuesta
me acometen; yo, que quise
más el morir animoso
que acobardado rendirme,
con sólo dos, que leales
murieron por asistirme,
me defendí; mas sin ellos
hubiera sido imposible,
y si un ángel entre pieles (3)
no llegara (conocíle
en que los largos cabellos
tendía (4) a los aires libres),
éste en traje de mujer,
y un villano que le sigue (5),
con el arco (6) y con la honda
flechas y cantos despiden
con tal brío, que aun ahora
imagino que persiguen
a mis cobardes contrarios,
que huyendo se les resisten.
Yo que entonces más cansado
y menos ligero, quise

(1) B abrevia el pasaje en esta forma:
"bramando Scila y Caribdis.
Al fin peligrosamente
pisamos la tierra firme,
yo, y mi gente arrepentida".
(2) A: "leíles el corazón"; B: "leíles los corazones".
(3) A: "entre pies"; B: "si un ángel entre unas pieles".
(4) A: "tendría".
(5) B: "ésta, y un tosco villano
que valeroso la sigue".
(6) B: "ardo".

seguillos agradecido
y detenellos humilde,
en la falda de aquel monte
tropecé (1), y cayendo vine
al lugar donde me hallaste;
donde si ahora me dices
cómo supiste de mí (2),
qué desdichas me persiguen,
qué manos me favorecen,
no dudaré que me alivien
los trabajos que me ofenden
y las penas que me afligen.

DUQUE. Después de ofrecerte el pecho
y de besarte la mano,
en buena correspondencia
te debo, príncipe Carlos (3),
fiar los secretos míos (4).
El Duque soy de Montalto,
Marqués de Orense y señor
de tan importante estado
que si del Rey de Sicilia
no fuera leal vasallo,
como le huyo (5) en los montes
me le opusiera en los campos.
En el tiempo más florido
de mis juveniles años
admitió mis pensamientos
y agradeció mis cuidados
la Princesa (6) de Sicilia;
si adoré sus ojos claros,
a cuya luz descubría
de su hermosura milagros,
siendo dellos admitido,
siendo dellos adorado,
dígalo la misma causa,
pues sus efectos llegaron (7)
a darme secretamente
de esposa (8) palabra y mano;
que nunca en cinco años breves
me dió los gustos avaros (9).
Pero como la fortuna,
para mudar los estados,
se vale de envidias viles
y mueve traidores labios,
súpolo su padre el Rey,
tan ciegamente indignado,
que a no tener de su enojo
quien me avisara el agravio
que formaba en su opinión,
en mi cabeza vengado
hubiera con vil cuchillo
o con riguroso brazo.
Pero salí de su corte (1)
con el (2) peligro, fiando
a las tinieblas la vida
y a los temores el paso,
y dejando a la Princesa
con la certeza del daño,
desesperado el remedio
y temeroso el cuidado,
y por el camino a trechos
enviándole a pedazos
el corazón en suspiros
y el sentimiento en agravios (3).
Supe, después de tener
entre amigos y vasallos
menos cobarde el peligro
y más inquieto el trabajo,
que el Rey en su hermosa hija
su sangre no derramando,
porque piadosos consejos
sus rigores limitaron,
esta fortaleza, a quien
ves fundada entre peñascos
que baten mares soberbios
y defienden montes altos,
le dió por cárcel injusta
en un ángel soberano,
que en vez de pisar estrellas

(1) B: "contrarios.
Yo que agradecido quise
seguirlos, en aquel risco
tropecé..."
(2) B: "después de saber de mí".
(3) B: "famoso Carlos".
(4) A: "fiarte secretos míos".
(5) B: "huuo".
(6) A: "la primera".
(7) B: "la princesa de Sicilia,
cuyos efectos llegaron".
(8) A: "esposo".
(9) Faltan en B los dos versos anteriores.

(1) B altera el pasaje:
"Pero como la fortuna
para mudar los estados
se vale de evidencias viles, (*sic*)
supo al cabo de ocho años
decirlo a su padre el rey,
tan ciegamente indignado
que a no tener de su enojo
quien me avisara el agravio
que formaba de mi amor,
ya en mí le hubiera vengado.
Pero salí de tu corte."
(2) B: "en el".
(3) En B faltan los ocho versos anteriores.

apenas entran los rayos (1)
del sol a verse en sus ojos.
Yo entonces, como a los pasos
que amor apresura ardiendo
nunca caminos faltaron,
vine a vivir a estas cuevas,
y aunque en tiempo dilatado
pude disponer el vella
tras aquel hierro villano,
pues le impide (2) y no perdona
el suyo de amor dorado.
Por esta reja la veo;
mas es tan incierto el plazo,
que entre mil siglos de penas
una esperanza dilato (3).
Y esto ha veinte años, señor,
sin que su padre, aun pensando
que estoy muerto, haya querido
admitilla y perdonarnos.
Juzga ahora quién merece
nombre de más desdichado
entre los dos, mientras yo
de vergüenza oprimo el llanto.

CARLOS. Dudosamente lo advierto,
pero tomarte la mano
quiero, y dártela de que,
pues nos parecemos tanto
en la desdicha, el primero (4)
que contraste al tiempo (5) vario
valdrá al otro.

DUQUE. Esa palabra
doy y tomo. ¿Desmayado
parece que estás y no
puede esta herida causarlo?

CARLOS. En este lado estaré
mal herido, porque ha rato
que siento la sangre fría.

DUQUE. Hasta el suelo está bañado.
¡Anímate!

CARLOS. Aunque me animo...

DUQUE. Y siéntate.

CARLOS. Me desmayo.

DUQUE. A buscar algún remedio
iré y volveré volando.

(*Vase.*)

CARLOS. Mientras yo con una muerte
tantas desdichas acabo.
¡Ay, fortuna! ¡Cuánto siento
lo que he sido y lo que soy! (1)
De verme morir estoy,
aunque afligido, contento;
pues si el contrapuesto asiento
siempre en ti se ha de temer,
menor daño viene a ser,
por salir quien ha subido
de cuidado haber caído,
que estar temiendo el caer.
¡Valedme, cielos!

(*Salen* NEREIDA *y* NICOLÍN.)

NICOLÍN. A osadas.

NEREIDA. Bien castigados se fueron.

NICOLÍN. Calabazas parecieron
en sus cascos mis pedradas.
Más valen piedras que espadas.

CARLOS. ¡Ay, Dios!

NICOLÍN. Escucha: ¿qué oí?

CARLOS. ¡Ay, Dios!

NEREIDA. ¿Son suspiros?

NICOLÍN. Sí.

NEREIDA. Ve llegando. ¿Qué será?

NICOLÍN. ¿Si es la Eco, que estará
enamorada de mí?

NEREIDA. ¿No es el mancebo (2) gallardo
a quien valimos? El es.

NICOLÍN. ¿A la muerte no le ves?

NEREIDA. Ten valor.

CARLOS. ¿No me acobardo (3).
No la temo, aunque la aguardo.
¿Quién eres?

NEREIDA. Quien a vengalla
te ayudó.

CARLOS. Por alentalla
y obligarme a no temella
pienso que vienes a vella.

NEREIDA. No vengo sino a lloralla (4),
y será la vez primera
que he visto en mis ojos llanto.

CARLOS. No quiero deberte tanto,
porque pagarte quisiera.

NEREIDA. ¿Dónde estás herido? Espera,

---

(1) B: "le dió por cárcel injusta
donde apenas entran rayos".
(2) B: "la impide".
(3) Faltan en B los cuatro versos anteriores.
(4) B: "en las dichas, que el primero".
(5) B: "el tiempo".

(1) B: "en lo que soy".
(2) B: "¿No es mancebo."
(3) Según B. En A: "¿Que es la muerte, no la ves?", y falta el verso siguiente.
(4) A: "vengalla".

que ya a prevenir el modo
de valerte me acomodo.
¡Ay, triste en mi soledad! (1)
¿Esto es amor o piedad?
Mas pienso que es uno todo.
¿Pero qué haré?

CARLOS. ¿De qué tratas?

NEREIDA. ¿Qué haré entre asperezas tales? (2)

CARLOS. Cuando piadosa me vales,
¿por qué afligida me matas?

NEREIDA. Son estas peñas ingratas,
pues no dan yerbas con que
te cure yo.

NICOLÍN. Pues hallé
mi yegua, tú en ella irás
a mi cabaña.

NEREIDA. ¿Podrás
animarte? (3)

CARLOS. Sí podré.

NEREIDA. ¿Qué haré, tiempos inhumanos,
si el primer hombre que veo
medido con mi deseo
no le curáis en mis manos? (4)
¿Vas bien?

CARLOS. En tus soberanos
ojos mi esfuerzo asegura
tu valor y tu hermosura.

NICOLÍN. ¡Cúrele ella!

NEREIDA. ¡Alienta el brío!

NICOLÍN. Que del mancebo yo fío
que le pague (5) si le cura.

JORNADA SEGUNDA

(*Salen el* MARQUÉS *y* AURORA.)

AURORA. ¿Y murió Carlos?

MARQUÉS. Yo espero
que el cielo mejor lo hará;
mas la relación que da
de su estado un marinero,
cuyo veloz bergantín
lo redimió (6) de la mano
vencedora de su hermano,
nos pronostica su fin.

AURORA. ¿Cómo? ¡Ay de mí!

MARQUÉS. De los mismos
con quien iba acompañado
fué herido, y precipitado
de un peñasco en los abismos,
donde la mucha espesura
hurtó su cuerpo a los ojos
para dar a sus despojos
su defensa o sepultura (1).

AURORA. ¡Ay, Carlos, prenda querida!
¡Ay, dueño de mi albedrío!
Si en ti pierdo un bien tan mío,
¿para qué quiero la vida?
¡Ah, Fadrique! ¡Ah, fementido,
ocasión de ofensas tales!
¡Plega a Dios...!

MARQUÉS. Así te vales
de tu prudencia, que ha sido
de Nápoles claro espejo.
Mal previene (2) tu valor
disimulos al honor
y silencios al consejo.

AURORA. ¿Enfrenar pueden los labios
o encubrir los pensamientos
quien humanos pensamientos
presta amor tales agravios?

MARQUÉS. Sí podrás, con acordarte (3)
que es obligatorio y cierto
que si Carlos fuese muerto
con Fadrique has de casarte.
Y por esta causa, es bien
entretener su cuidado,
ni con favor declarado,
ni con resuelto desdén.
Pues él se muestra, señora,
tan rendido a tu hermosura,
(que ya parece locura),
y tu pensamiento adora (4).
Que aunque pudiera tirano
aplicarse a la corona,
por no perder tu persona
la pretende de tu mano.
Y pues en esto se advierte
su fineza, agradecer
se la debes, hasta ver

(1) B: "en mi libertad".
(2) B: "esperanzas tales".
(3) B: "ayudarme".
(4) A: "no le curasen mis manos".
(5) B: "la pague".
(6) A: "medimió".

(1) Faltan en B las dos redondillas anteriores.
(2) A: "previne".
(3) B abrevia el pasaje:
"...para qué quiero la vida?
MOR. Consuélete el acordarte."
(4) Faltan en B las dos redondillas anteriores.

si es cierta en Carlos la muerte.
Que si es vivo, no lo dudes
que en Nápoles le verás
coronado, con no más
que él parezca y tú le ayudes (1).

AURORA. Pues ya que me das, Marqués,
consejo, dame favor.

MARQUÉS. Siempre alenté mi valor
con mi obediencia (2) a tus pies.

AURORA. Tú mismo, con carta mía,
que busques a Carlos quiero,
llevándote el marinero (3)
que dió la nueva por guía.

MARQUÉS. Escribe, que yo apercibo
al momento mi partida.

AURORA. De ti he fiado la vida.

MARQUÉS. De sólo servirte vivo.

(*Vase el* MARQUÉS, *y sale* FADRIQUE.) (4)

FADRIQUE.

Aurora soberana,
con más razón divina, siendo humana,
que la purpúrea celestial aurora,
del bello sol triunfante precursora,
cuando por [los] balcones orientales
esparce el viento perlas y corales (5);
pues soy tu amante firme,
no muestres tu poder en afligirme,
que nunca hazaña ha sido
emplear la venganza en un rendido.

AURORA.

¿Qué finezas has hecho
para obligar mi amor, mover mi pecho,
Fadrique? ¿Fueron, fueron por ventura
romper mi fe segura,
malograr mis intentos,
dando a tu confianza atrevimientos?
¿Y cuando el reino, envuelto en alegría,
mi tálamo dichoso prevenía
con tu infelice hermano,
al darle yo la respetada mano,
con tan injusta guerra
echalle de mi pecho y de su tierra?
¿Con esto tu amor firme
quiso obligarme y pretendió rendirme?

(1) También falta la redondilla anterior en B.
(2) B: "con tu obediencia".
(3) B: "al marinero".
(4) B: ("*Vase. Sale* FADRIQUE.")
(5) B suprime los cuatro versos anteriores.

FADRIQUE.

Sí, dulce dueño mío,
pues cuando la elección del albedrío
dejó tan sin remedio mi esperanza,
¿en qué pude poner mi confianza
sino en mi espada, procurando hacella
contigo más piadosa que mi estrella?

AURORA.

No, engañoso Fadrique;
no intentes, no, que a tu aflicción aplique
de tu ambición el declarado efeto;
amor del cetro fué, no de mi mano;
él quizá con tu acero
vertió su sangre y desterró su hermano.

FADRIQUE.

Si quieres ver en mi verdad prudente
que es ese engaño, mira si vencido
Carlos, he pretendido (1),
supuesto que pudiera fácilmente,
de Nápoles ponerme la corona;
luego no aspiro más que a tu persona.

AURORA.

Esta es razón de estado conocida,
pues como ya no tienes quien te impida (2),
por no quedar con nombre de tirano,
quieres legitimarte (3) de mi mano.

FADRIQUE.

Por no premiarlas, niegas mis verdades;
pero un medio (4) me queda
con que tu obstinación negar no pueda
mis finezas, señora, a tus (5) crueldades.

AURORA.

¿Cuál es?

FADRIQUE.

Porque me des tu hermosa mano,
el primero seré que la corona
en la cabeza ponga de mi hermano;
pues reinos tiene el mundo, y en la zona (6)

(1) B abrevia el pasaje suprimiendo los versos entre éstos:
"emplear la venganza en un rendido.
Y si ver quieres mi verdad patente,
advierte si, vencido
Carlos"...
(2) B: "pues si no hay quien te impida".
(3) A: "legimitarme".
(4) A: "un remedio".
(5) A: "o tus".
(6) B: "y en razones".

más apartada harán mis escuadrones
que me apelliden rey otras naciones;
mas otra como tú, divina Aurora,
a quien el alma adora (1),
ni el mundo puede dalla,
ni poderes humanos conquistalla.

AURORA.

Con eso (2), aunque me tienes ofendida,
causa me das a estar agradecida.
Mira qué dices.

FADRIQUE.

Muchas veces digo (3)
que mil vidas daré por la belleza
que en ti adorada con el alma sigo.

AURORA.

Pues pon esta esperanza en tu firmeza (4),
que podrá ser, Fadrique, que algún día
te pida esta (5) palabra.

FADRIQUE.

Tú la fía
por mí, pues ya soy tuyo, y dame ahora
tus pies.

AURORA.

Adiós, Fadrique.

FADRIQUE.

Adiós, Aurora.
Alcance yo con voluntad (6) forzada (*Ap.*)
desta suerte su mano deseada,
que después con la fuerza (7) de mi mano
el reino quitarésele a mi hermano.

(*Vase.*)

AURORA.

Si vive Carlos, desta suerte espero
hacerle rey primero,
y después, con Fadrique cautelosa,
seré (8) de Carlos regalada esposa.

(*Vase.*)

(*Sale el* DUQUE *y* NEREIDA.) (1)

DUQUE. Nereida, ¿no echas de ver
que hacen, tras ser novedades,
tus rústicas libertades
liviano tu proceder?
¿Ya los dos, ya los tres días
es posible estar ausente
de mis ojos?

NEREIDA. Mansamente
oye las disculpas mías.
Padre, a la caza inclinado (2)
el gusto, ya por estrella,
o ya por costumbre en ella,
tanto divierto el cuidado,
y tras las fieras de suerte
me lleva mi poco acuerdo,
que entre estos bosques me pierdo
y tardo en volver a verte.
Pero ya en mi enmienda fío
el merecer tu perdón,
que diferente ocasión (*Ap.*)
me detiene, ¡ay, Carlos mío!

DUQUE. Un perdón y mil perdones
que mi terneza ha de hablar,
Nereida, el verte enmendar
tan rústicas condiciones.
Pero hija, ¿nunca hallaste,
ni vivo ni muerto viste,
entre bosques que corriste,
ni entre cuevas que habitaste
aquel mancebo gallardo
que tú valiste, y dejé
yo herido?

NEREIDA. (Tan bien le hallé
que en mis entrañas le guardo.)

DUQUE. ¿Qué dices?

NEREIDA. Que aunque di bríos
a los desvelos, hallar
no le pude.

DUQUE. No hay que dudar (3);
muerto está.

NEREIDA. (De amores míos.)

DUQUE. ¡Qué desdicha!

---

(1) A: "...harán mis escuadrones
a quien tan justamente el alma diera".
(2) B: "esto".
(3) "Mira que dices. FADR. Digo."
(4) B: "Pues pon en tu esperanza esta firmeza."
(5) B: "esa".
(6) B: "yo su voluntad".
(7) "las fuerzas".
(8) B: "ser".

(1) En B falta la acotación.
(2) A: "inclinada".
(3) B:
"DUQUE. ¿Qué dices?
NER. Por más que vueltas
di a los desiertos, hallar
no le pude.
DUQUE. No hay dudar."

NEREIDA. (¡Qué ventura!)
DUQUE. ¡Qué valor tan malogrado!
NEREIDA. Fieras y aves le habrán dado
en sus bocas sepultura.
DUQUE. Cuando desmayar le vi,
mal herido, aunque volé
para buscarle con qué (1)
curarle, tarde volví.
pues ya ni vivo ni muerto
le hallé entre las peñas duras,
donde ciertas desventuras
me prometen fin incierto,
que es donde empleo el rigor
de mi ordinario cuidado.
¡Hija mía!
NEREIDA. ¡Padre amado!
DUQUE. Ten cordura (2).
NEREIDA. Tengo amor
y tan en el alma toca
la gloria de que me acuerda,
que el proceder como cuerda
pienso que fuera ser loca (3).
(¡Ay, Carlos, tan tuya soy,
que hecho brasas el deseo,
los ratos que no te veo
fuera de mi centro estoy!)

(*Sale* NICOLÍN.)

NICOLÍN. ¿Acá estamos todos? ¿No
me oye? ¿Está divertida?
NEREIDA. ¿Y Carlos?
NICOLÍN. Busca su vida
en ti, y ayúdole yo.
¿Por dó vas, que con los pies
ligeros, de cuando en cuando
desapareces?
NEREIDA. Cazando
voy que comamos los tres.
NICOLÍN. Come (4) tú y él para dar
a los cuerpos más color,
porque a mí me está mejor
que el comer el ayunar.
Que si hay (5) sólo en mi cabaña
la madre de mi mujer
y los dos, ¿yo qué me he de hacer
con ella? ¡Desdicha extraña!
Cuando asestando los tiros
de enamorados intentos,
os estáis prestando alientos
para tragar los suspiros,
a escuras y desvelado,
¿qué haré yo con el sonido
de dos sordos al oído,
y con una suegra al lado?
Pardiez, si abstinencia mucha
no usara, que ya tuviera
lo que pienso que quisiera
quien a mi lado os escucha,
aunque no tiene en su boca
sino un ermitaño diente
porque es ciego el accidente
de una calentura loca.
NEREIDA. Calla; ¿qué dices?
NICOLÍN. Quisiera
hablar, pero viene ya (1)
tu Carlos. ¡Qué bien le está
el gabán y la montera!
NEREIDA. ¡Con qué apacibles enojos
viene a verse satisfecho
en el cristal de mi pecho,
por las niñas de mis ojos!

(*Sale* CARLOS.) (2)

CARLOS. Mi Nereida, pues estoy
sin ti como el cielo santo
sin luz clara, ¿por qué tanto
estás (3) sin mí?
NICOLÍN. Yo me voy (4),
pues me alboroto, y me alegra
tanto su amor, que si es
que más los miro, después
corre peligro mi suegra.

CARLOS.

Yo, mi Nereida, cuando no te veo,
entre esas soledades afligido,
ciegamente abrasándome el deseo
estoy como en los aires suspendido;
pues como apenas mis venturas creo

---

(1) B: "por ir a buscar con que".
(2) A: "Tener cordura."
(3) Falta en B la redondilla anterior.
(4) B: "Comed."
(5) B: "Pues si hay."

(1) B abrevia el pasaje así:
"...¡Desdicha extraña!
NER. Calla, loco!
NIC. Yo quixera
habrar, pero viene ya..."
(2) B suprime la redondilla anterior, y en la acotación añade: ("*Sale* CARLOS *con gabán.*")
(3) B: "estáis".
(4) A: "Ya me voy."

por ser tales, en ti pienso que han sido,
cuando en su ausencia (1) el alma las emplea,
hijas del sueño, sombra de la idea.
Y así desvanecido entre favores
que me lleva[n] a partes diferentes,
marchitando lo fresco de las flores
y enturbiando lo claro de las fuentes,
a los rayos del sol pido favores
para ver desagravios diferentes,
hasta que menos ciega mi esperanza
en mi cuidado culpa tu tardanza (2).

NEREIDA. Yo, Carlos, cuando te dejo,
deshaciendo amantes lazos,
el ser prisión de tus brazos
y de tus ojos espejo,
y de tu vista me alejo
con apacible pesar,
y porque le quiero dar
vigilante al porvenir,
sin lo que cansa el seguir
lo que promete el cazar;
y también tal vez empleo
la ausencia que en mí has culpado
por darte con el cuidado
viveza para el deseo;
que el bien en cualquier empleo
se renueva y se remoza,
cuando cobrado alboroza,
imitando al campo verde,
que si a ratos no se pierde,
cansadamente se goza.
Demás desto, aunque con llanto,
el ausentarme me toca,
cuando, al volver, de tu boca
sé que tú lo sientes tanto,
como el cielo me levanto;
y así, enseñada a tener
estas glorias con volver
a obligarte y merecerte,
por sólo volver a verte
trueco el dejarte de ver (3).

CARLOS. ¡Bien del alma!
DENTRO. ¡Iza, iza!
CARLOS. De un esquife...
DENTRO. ¡Leva, remo!
CARLOS. Desembarcan.
NEREIDA. Un extremo (1)
temo en la fortuna mía:
lo que te importa me advierte.
¿Quieres retirarte?
CARLOS. Espera,
que amigos son.
NEREIDA. Más quisiera
que vinieran a ofenderte
que a valerte, pues sospecho
no quieran (2), rompiendo lazos,
sacarte de entre mis brazos.
CARLOS. ¿Cómo, si estoy en tu pecho?
NEREIDA. Pues no les hables, por no
desesperar mi esperanza.
CARLOS. Esa es poca confianza
en lo que te adoro yo (3).
NEREIDA. ¿Pues qué haré cuando me fías (4),
el ver si me lisonjeas?
CARLOS. Escóndete donde veas,
Nereida, finezas mías.
NEREIDA. Harélo, y veré después
si el corazón me ha mentido.

(*Escóndese y sale el* MARQUÉS *y gente.*)

CARLOS. Grande causa habrá tenido
la venida del Marqués (5).
MARQUÉS. ¿Si es él?
CARLOS. Sí, Marqués, yo soy.
MARQUÉS. Señor, ¿que estás vivo? El suelo
que pisas beso, y al cielo
mil bendiciones le doy.
CARLOS. Abrázame; tu venida

---

(1) A: "cuando tu ausencia".
(2) La octava real anterior falta en A.
(3) B refunde así este pasaje:

Yo, mi Carlos, cuando dejo,
deshaciendo amantes lazos,
de ser presa de tus brazos
y de tus ojos espejo,
es porque le quiero dar,
vigilante al prevenir,
sin lo que cansa el seguir,
lo que promete el cazar.
Demás desto, aunque con llanto,
el ausentarme me toca,
cuando, al volver, de tu boca
sé que tú lo sientes tanto,
tal gloria siento al volver
a obligarte y merecerte,
que quise dejar de verte
por sólo volverte a ver."

(1) B: "Con estremo."
(2) B: "que querrán".
(3) B suprime la redondilla anterior.
(4) B: "¿Qué haré yo, cuando me fías."
(5) La acotación está en B dividida: "*escóndese*", después de "mentido". "*Sale el Marqués*", después de la "venida del Marqués."

a esta parte fué extrañeza.
MARQUÉS. ¿Es dichoso Vuestra Alteza?
NEREIDA. (¡Ay de mí! ¡Yo soy perdida!,
pues siendo Carlos señor
tan alto, cierto ha de ser
que en él habré de perder,
ya que no el alma, el honor;
pues ya en lo que miro siento
que fué desleal amigo
disimulando conmigc
su principal nacimiento.)
CARLOS. Mucho la debo.
MARQUÉS. Es Aurora,
como la que el sol envía
por precursora del día,
de tu dicha precursora (1);
adora tu sombra.
NEREIDA. (¡Ay, cielos!,
ya no faltan sobre daños
de acusadores engaños,
sino abrasadores celos) (2).
CARLOS. (¡Ay, Nereida! ¡Ay, mi hermoso
cielo del alma adorado!)
MARQUÉS. ¿Pues no respondes? Turbado
parece que estás, dudoso.
Si dice en ese papel
quien te influye como estrella
que ya de su mano bella
te está esperando el laurel,
pues con tan grande cuidado
te le previno en tu ausencia
que con sola tu presencia
podrá volverte tu estado (3),
¿En qué reparas? Disponte.
NEREIDA. ¡Ay de mí!
MARQUÉS. ¿Qué hay que te impida?
CARLOS. ¡Ay, mi bien! Debo la vida
a las hierbas deste monte.
Déboles a estas montañas,
con sensibles corazones,
darme por habitaciones
no menos que en sus entrañas (4).
Esto, Marqués...
NEREIDA. (¡Muerta soy!)
MARQUÉS. Háblame claro.
CARLOS. No puedo,
porque a mí me tengo miedo.

(1) B: "de tus dichas precursora".
(2) A: "sino abrasados recelos".
(3) B suprime las dos redondillas anteriores.
(4) Esta redondilla también falta en B.

MARQUÉS. ¡Señor!
CARLOS. Y pues tal estoy,
déjame un poco, Marqués,
mientras yo...
MARQUÉS. Tu gusto sigo.
CARLOS. Mientras consulto conmigo
mi pena, y vuelve después.
MARQUÉS. ¡Señor!
CARLOS. Ve, que ya le doy
priesa al alma.
MARQUÉS. Peor que muerto (1)
hallo a Carlos, pues es cierto
que está loco, y yo lo estoy.
NEREIDA. ¡Ay de mí; en tal desventura,
con qué vergüenza me veo!
CARLOS. Con dos contrarios peleo,
mas ya vence esta hermosura,
porque las perlas que llora
son balas que me dispara.
¡Mi gloria! ¡Mi prenda cara!
NEREIDA. ¡Ay, Carlos! ¡Carlos!
CARLOS. Señora,
¿por qué, después de mirarme
entre ternezas y enojos,
al suelo bajas los ojos
y lloras para matarme?
NEREIDA. Porque tu grandeza admiro,
y mi bajeza me advierte
que de vista he de perderte
cuando tan alto te miro.
Y quiero más, obligada
de estar menos congojosa,
retirarme vergonzosa
que morir desengañada (2).
Pero tú desta crueldad
me librarás (3), a ser hombre
de quien yo, como tu nombre (4),
supiera tu calidad.
Pues mi loco devaneo
a tan superior esfera
ni aun con la vista subiera,
cuanto y más con el deseo;
porque si tan alto ser
pudiera en ti prevenir,
no me atreviera a subir
temerosa de caer.
Mas tu cauteloso engaño

(1) B: "Porque muerto."
(2) B suprime esta redondilla.
(3) B: "excusarás".
(4) A: "como en tu nombre".

fué cruel para que viese
que yo en un punto cayese
en la cuenta y en el daño,
y para que tu caída
de ti en mí con más rigor
me dejara sin honor,
cuando yo te di la vida (1).

CARLOS. ¡Nereida!

NEREIDA. Déjame.

CARLOS. Extraña,
con poca razón estás;
quien es tuyo, siendo más
que pensaste, no te engaña;
quien te adora no te injuria,
ni quien te asiste te deja;
¿por qué sin causa en la queja
le das efeto a la furia?
¿Por qué culpas el dejarte
antes de haberte dejado?

NEREIDA. Porque he visto que has dudado
en el irte o el quedarte.
Y el que con medroso labio
de los favores y duda
las ofensas, ya en la duda
deja lugar al agravio.

CARLOS. Nereida, yo te confieso
que en mí tan agradecido
como enamorado ha sido
esa duda; poco es eso;
pero de las esperanzas
haciendo dos corazones,
de mis dos obligaciones
hice iguales dos balanzas.
Puse en la una la corona
que obligaba mi cabeza,
y en la otra la belleza
que adoraba en tu persona.
Y así, como no las vía,
aunque las imaginaba,
cualquiera dellas pesaba,
pero ninguna caía.
Mas como entonces llegó
tu luz a mis ojos pura,
pesó tanto tu hermosura,
que su balanza cayó.

NEREIDA. ¡Ay, Carlos!, bien castigada
estoy ya del haber sido
ligera, pues he venido
a merecer por pesada.

(1) Las tres estrofas anteriores faltan en B.

En fin, Carlos, tan ligeras
tus firmezas me declaras,
que para que me estimaras
fué menester que me vieras,
con que he podido saber
de tu trato, a mi pesar,
que volverás a dudar
en dejándome de ver.
Y que si entonces, por vella
empleada en tu persona
te mostrasen la corona,
me dejarías por ella (1).

CARLOS. ¡Mira, mi bien! (2)

NEREIDA. Pues si añades
a tus tratos asperezas,
ve a gozar de tus altezas
y deja estas humildades (3).
Vete a ser rey, y mejora
de gusto, si no de fe,
en otro amante; ve, ve,
a ser el sol desa Aurora,
y deja que en la caverna
más oscura y escondida
sea yo tu luz perdida,
para ser tu noche eterna (4).

CARLOS. Eres mi cielo adorado (5),
y yo, pues arrepentido
estoy de haberte ofendido,
merezca (6) el ser perdonado,
enmendando mi locura
con despreciar la corona
de un reino por tu persona,
de un mundo por tu hermosura.
Entre grandezas que adore
haya Alejandro segundo (7),
que sea (8) señor del mundo
y por muchos mundos llore.
Y yo entre tiernos despojos
vea, alegre y satisfecho (9),
las finezas de tu pecho
y las luces de tus ojos;
pues regalos y consuelos,
que hacer pudieran profundos

(1) Faltan las diez redondillas anteriores en B.
(2) A: "Mira bien."
(3) B: "y deja mis humildades".
(4) Falta en B esta redondilla.
(5) B: "Tú eres mi cielo adorado."
(6) B: "merezco".
(7) A: "¡Ay, Alejandro segundo!"
(8) A: "seas".
(9) A: "ver alegre, satisfecho".

en el aire muchos mundos,
y en la tierra muchos cielos,
no igualaran al estado
que da en dos amantes justo
recíproco amor disgusto,
y fe segura el cuidado (1).

NEREIDA. ¿Podré fiarme de ti,
cuando conmigo has tenido
el crédito tan perdido?

CARLOS. Sí, que tienen para mí
mucho imán tus ojos bellos;
y si temes (2) que los lazos
he de romper de tus brazos,
átame con tus cabellos.

NEREIDA. Cadenas de obligaciones
son más fuertes; dellas fío.

(*Dentro el* DUQUE.)

DUQUE. ¡Ah, Nereida!

NEREIDA. ¡Ay, padre mío!

DUQUE. ¡Ah, Nereida!

NEREIDA. ¡En qué me pones!

DUQUE. ¡Nereida!

NEREIDA. El me ha menester,
pues tanto me llama, mucho.

CARLOS. Tu nombre en el aire escucho:
si es verdad, ¿qué puede ser?

NEREIDA. (¡Oh, amor de padre! (3). ¿A qué [obligas?)

CARLOS. ¿Qué dices?

NEREIDA. Yo lo veré
por los aires volveré;
no me sigas, no me sigas (4).

(*Vase.*)

CARLOS. ¿Qué es esto? ¿Sueño? ¿Estoy [loco?
¿Nereida así me ha dejado,
que advierto con el cuidado
y que con el alma toco?
Tras decirme, ¡infeliz hombre!,
que criada en esta tierra
era hija desta sierra,
oigo en los aires su nombre.
Me deja y se va siguiendo
la voz que la va llamando;
quise seguilla volando,
pero dejóme muriendo.
Mas ya para ver por dónde
guía los pasos, me enseña
aquella cumbre una peña...

(*Sube a lo alto y sale* NICOLÍN.)

NICOLÍN. A quien la llama responde
Nereida; ¿hay tal? Por aquí
corría. ¡Notable exceso!

CARLOS. Ligereza he dado al peso
de mi sospecha, ¡ay de mí!

(*Sale el* DUQUE.)

DUQUE. Que este cuidado me aflija
no es mucho.

NEREIDA. ¡Ah, señor, ¿no esperas?

DUQUE. Como si ahora nacieras
te pongo en mis brazos, hija.

CARLOS. ¿Qué estoy mirando? Yo debo
de estar sin mí.

NICOLÍN. ¿Hay cosa igual?

CARLOS. Estoy loco.

NICOLÍN. (1) Pesia tal,
dos yemas tiene este huevo.

DUQUE. Como vi llegar galeras,
y gente vi en tierra, anduve
sin mí, porque miedo tuve
que tú entre sus manos dieras.

NEREID. (2) ¿Qué habrá que yo no te deba?

DUQUE. Gritos te di como loco;
ven subiendo poco a poco
a la boca de mi cueva,
y escúchame.

NEREIDA. Ya te escucho
y sigo, aunque es tal mi estrella,
que me matarás, si en ella,
padre, me detienes mucho.

CARLOS. ¡Bien, por Dios! (3)

DUQUE. ¡Ay, mi ángel bello!
¿Quién de mis ojos te aparta?

(*Vanse.*)

NICOLÍN. Aquí cerraron la carta,
y acullá pondrán el sello.

CARLOS. ¿Qué he visto? ¿Tan ciego y mudo
me desvanezco en mis daños,
que acredito los engaños
y las evidencias dudo?
¡Oh, quién pudiera volar

---

(1) Faltan en B las dos redondillas anteriores.
(2) A: "y si temen".
(3) B: "¡Oh, amado padre!"
(4) A:
"CARLOS. ¿Qué dices?
NEREIDA. Yo volveré
por los aires; no sigas."

(1) A: "NER."
(2) A: "NIC."
(3) A: "NIC. ¡Por Dios!"

para matar y morir! (1)

NICOLÍN. Por aquí podrán subir,
pero no podrán bajar,
pues van subiendo trepando
por las peñas (2).

CARLOS. ¿Es posible?

(*Baja.*) (3)

NICOLÍN. Y el bajar es imposible,
si no es que bajan rodando.

CARLOS. ¿Dónde voy? ¿Dónde me llevan
mis pasos tan ciegamente,
que entre los rayos del sol
como entre nubes se pierden?
¿Adónde vi mis desdichas
tan extrañas, tan crueles,
tan grandes, que mis cuidados
con ser míos no las creen?
Pero, ¿qué es esto? ¿Qué voces
en el pecho me defienden,
que muchas veces los ojos
en lo que acreditan mienten?
Loco estoy; ¡valedme, cielos! (4)

NICOLÍN. Agora los vi meterse
en una cueva tan alta,
que si la boca le vuelven (5),
hacia el cielo, ella y la luna
no dudaré que se besen.

CARLOS. ¿Puede ser?

NICOLÍN. ¡Señor!

CARLOS. Escucha:
¿viste a Nereida?

NICOLÍN. Y de suerte
la vi...

CARLOS. No me digas más.
Calla, calla; vete, vete:
"que ofensas declaradas
ofenden más oídas que miradas."
¡Ah, traidora! ¡Espera, espera!
¡Ah, liviana! ¡Vuelve, vuelve!
Cuando dejaba el ser Rey
por no dejarte y por verme
en tus brazos y en tus ojos
no menos que eternamente,
he visto en tus ojos libres
y en tu corazón aleve (1)
tan grande traición, tan grande,
que habiendo sido evidente,
las ilusiones me engañan
y las dudas se me atreven.
¿Por dónde, por dónde fué?
Mataréla y mataréme;
pero dejalla es mejor.

NICOLÍN. Piensa primero, si puedes.

CARLOS. ¿No he de poder ofendido?
Mas bien has dicho, pues suele (2)
haber agravios que atraen
al mismo peso que ofenden,
mas no en hombres como yo,
que luz, ¿astro? (3) y honor tiene.

(*Sale el* MARQUÉS.)

MARQUÉS. Señor, a tus voces vengo.

CARLOS. Marqués, a buen tiempo vienes.
Lleva, llévame contigo.
Vamos, vamos; y si vieres
que el hechizo destos montes
como loco me detiene,
llévame atado, Marqués,
pues aunque el alma reviente
en mi pecho, he de partirme,
para que en ellos se queden
escondidos mis agravios
y olvidados mis deleites.
¡Ah, Nereida fementida,
queda en paz!

MARQUÉS. Señor, ¿qué tienes? (4)

CARLOS. Adiós, adiós.

(*Arriba, en lo alto,* NEREIDA.)

NEREIDA. Estas voces,
¿qué desdichas me prometen? (5)
Carlos, Carlos, ¿dónde vas?
¡Espera! (6)

---

(1) A: "¡Oh, quién tuviera valor
para matarme o morir!"
(2) B: "por las montañas".
(3) Falta en B la acotación.
(4) B refunde el pasaje así:
"como entre nubes se pierden?
Es verdad que me ha ofendido
un ángel, un cielo breve;
entre montes hay engaños
donde sin vergüenza pueden
desnudarse las verdades
que huyen de los padres.
Loco estoy: ¡valedme, cielos!"
(5) B: "la boca se vuelve".

(1) A: "y tu corazón aleve".
(2) B: "suelen".
(3) Muy dudosa la lectura en A.
(4) A: "queda en paz.
Adiós, adiós".
(5) B: "deseosas me prometen".
(6) B: "¿dónde vas? CAR. Tú misma..."

CARLOS. Tú misma puedes,
pues sin alma me dejaste,
escucharte (1) y responderte.
¡Ah, cruel!

NEREIDA. ¡Ah, Carlos mío!
Espera, satisfaréte
desa culpa que me pones.

CARLOS. No quiero que me avergüences.
¡Calla, calla!

NEREIDA. ¡Espera, espera!

CARLOS. Pues cuando historias revuelven (2)
públicas satisfacciones,
sabidos agravios crecen.
"que ofensas declaradas,
ofenden más oídas que miradas".

NEREIDA. Pues espera, y al oído
te lo diré.

CARLOS. ¿Que consiente (3)
esto mi paciencia? ¡Ah, falsa!
Quédate para quien eres.

NEREIDA. Tuya soy. ¡Espera, espera!
¡Espera, o arrojaréme!

CARLOS. No hagas tal, aunque ofendido
estoy. ¡Detente, detente,
pues nunca agravios de amor
piden ofensas de muerte!
La tuya me abrasa el alma;
quísete bien (4).

NEREIDA. Y me quieres,
pues cuando arrojarme quiero
con tus voces me detienes.
Pero fingiste ofendido
para dar con esto afeites (5)
al partirte y al dejarme.
¡Esto es, ¡traidor! ¡Vete, vete
a ese reino que te espera
y a esa Aurora que amanece
para ser tuya, y a mí,
pues me dejas, no me afrentes!

CARLOS. ¿Eso dices? Ya no falta
sino que de mí te quejes,
siendo el ofendido yo.
¡Que tus embelecos lleguen
a este extremo!

NEREIDA. Pues escucha,
escucha, Carlos, y advierte (1)
que si no me das palabra
de esperarme, hasta que llegue
adonde estás por la espalda
desta montaña, que tiene
más seguido, más seguro
camino, aunque menos breve,
me arrojaré desde aquí,
donde en mi sangre inocente
veas las disculpas mías.
¿Qué dices? ¿Arrojaréme?

CARLOS. Que te espero.

NEREIDA. Voy volando.

(*Vase.*)

CARLOS. ¿Qué haré, cielos? Tanto pueden,
entre celos que me abrasan,
ternezas que me detienen.

MARQUÉS. Señor, tu valor vencido
miro lastimosamente.

NICOLÍN. Quizá aquel hombre sería
algún alma o algún duende,
y aunque la abrazo, no importa (2).

CARLOS. Ya te he dicho que me lleves
atado, Marqués. ¡Ay, cielos! (3)
En este villano pueden
más mis menguas referidas
que en mis ojos evidentes,
"que ofensas declaradas,
ofenden más oídas que miradas" (4).

(*Vanse ambos.*)

NICOLÍN. Pardiez, que aunque yo no fuera
tan tonto, que entontecerme (5)
bastara lo que hacer veo
a este virotero aleve.
A una olla le comparo (6),
adonde mezclados meten
gallina, carnero, vaca,
pies de puerco y otras veinte
zarandajas; así amor
mezcla brocados con pieles,

(1) B: "escusarme".
(2) B: "revuelves".
(3) A: "consienta".
(4) B abrevia así:
"estoy de ti. Tente, tente,
que tu muerte ver no quiero.
Quísete bien".
(5) B: "por dar honestos afeites".

(1) B: "siendo el ofendido yo.
NER. Pues, Carlos, Carlos, advierte".
(2) B: "ya que el abrazo ni importa".
(3) B: "hoy, cielos".
(4) A: "que ofensas, etc."
(5) B: "que a entontecerme".
(6) Desde aquí hasta que dicen dentro "Iza, iza", falta en B.

el faisán con la sardina,
y con el carbón la nieve.
Y bien mirado, ¿por qué
entremetido revuelve
tan desiguales guisados
y caldos tan diferentes?
Por una cosa que está...
Pero otro lo considere;
que yo, por no aborrecella,
la tocaré solamente.

DENTRO. ¡Iza, iza! ¡Boga, boga!

NICOLÍN. Otro torbellino vuelve.

(*Sale* NEREIDA.)

NEREIDA. ¡Ay, cuitada! ¡Carlos, Carlos!
Ya en el esquife se mete,
con la salva que le hacen;
ya las galeras previenen
mi desdicha (1). ¡Carlos, Carlos!

(*Dentro* CARLOS.) (2)

CARLOS. ¿Qué me quieres? ¿Qué me quieres?

NEREIDA. Que me escuches; que me des
siquiera un espacio breve,
Carlos, Carlos, en que puedas (3)
matarme o satisfacerte.
¿No me diste la palabra
de esperarme?

CARLOS. Tanto pueden
traiciones tuyas.

NEREIDA. ¡Las sombras
de tus celos mienten, mienten!
Mira que te engañas, Carlos.
¡Espera, espera, y daréte
satisfacción!

CARLOS. No es posible,
pues ya contra ti revuelven
hasta los vientos mis voces.

NEREIDA. ¡Ah, traidor! Haré que lleguen
mis saetas a tu pecho.
Mas ya las velas que tiendes
hacen de plomo mis ansias
y de plumas tus bajeles.
Mas seguiréte nadando,
que pues padezco inocente
y tiene brazos Neptuno,
no dudaré que me lleven.
Mas no harán, pues a sus ondas
por mí rigurosamente
haciendo montes de espumas,
esos leños no detienen,
que el alma y honor me llevan;
antes, del todo crueles,
viendo mis quejas en sangre,
les das tus aguas en leche.
¿Qué haré, pues?

NICOLÍN. Tener paciencia (1).

NEREIDA. ¡Quita! Que tú me aconsejes
falta no más.

NICOLÍN. ¡Ay de mí!
¿Quién entre locos me mete?

NEREIDA. Espera.

NICOLÍN. No quiero (2).

NEREIDA. Amigo,
sácame piadosamente
a Carlos del pecho, o deja
que por los aires me lleven
estas furias que me incitan,
estas penas que me vencen (3).
Montes, a quien di firmezas;
campos, a quien di laureles;
peñas, a quien hice bocas;
fieras, a quien puse leyes,
oíd todos, sabed todos,
para que yo me avergüence,
que una ingratitud me agravia
y una mudanza me ofende.
Sabed que me abrasan celos,
quien de mis ojos ausente
siendo sol puesto en mis brazos,
en otra Aurora amanece.
¡Qué pena, qué rabia, cielos!
¿No soy yo quien tantas veces
con tigres y con leones
teñí las manos crueles? (4)

---

(1) A: "mis desdichas".
(2) Falta en B la acotación.
(3) A: "pueda".

(1) B abrevia este pasaje así:
"de tus celos mienten, mienten.
Espera, espera, enemigo.
Mas las velas que tiendes
hacen de plomo mis ansias
y de pluma tus bajeles.
¿Qué he de hacer?
NIC. Tener paciencia."
(2) A: "No chero."
(3) A: "vienen".
(4) B abrevia así el pasaje:
estas penas que me vencen.
¡Qué pena que a bramidos!
¿No soy yo quien tantas veces
con tigres y con leones
tendí las manos crueles?"

¿Pues qué espero? De mi pecho
a pedazos sacaréle,
dejando con roja sangre
teñida la blanca nieve.
¡Ven!

NICOLÍN. Ya voy; mas ¿dónde vas?

NEREIDA. A que los mares, si sienten (1)
mi fuego, me den lugar
a que los pase o los seque.
¡Ingrato amante! Mujer
soy ofendida. Prevente,
que has de pagarme en venganza
lo que en deshonor me debes.

(*Vanse, y salen* AURORA *y* FADRIQUE.)

AURORA. ¿No es ya voluntad forzada
la mía?

FADRIQUE. Ni yo he podido,
por mostrarme más rendido,
tenerte (2) más obligada.
Castillos, fuerzas, poderes
deste reino, prenda amada,
puse en tu nombre, y mi espada
pondré en tus manos (3), si quieres.

AURORA. Mi obligado corazón
me dice, en lo que dispone,
que acierta mucho quien pone
la fuerza en la obligación.
Y así, porque en esta tierra,
donde hay varias opiniones,
se excusen las ocasiones
que amenazan con la guerra,
y porque veas que yo,
en la forma que tú a mí,
te quiero sólo por ti
y por la corona no,
en la cabeza a tu hermano,
apenas se la pondré,
¡plega a Dios!, cuando te dé
a ti la vida y la mano.

FADRIQUE. Y yo si en tu cielo hermoso
me llego a ver, habré sido,
cuanto más favorecido,
más que mi hermano dichoso (4).

(1) B: "A que los mares se si sienten."
(2) A: "tenerme".
(3) B: "en tu mano".
(4) En lugar de esta redondilla última, B pone estas dos:

"Véale yo coronado (*aparte*)
una vez, que, aunque engañosa
venga a ser, seré su esposa,
y tú quedarás burlado.
FAD. Apenas de su persona
seré dueño, aunque de infiel
me den nombre, cuando a él
le quitaré la corona.

(*Sale un* CAPITÁN.) (1)

CAPITÁN. El Marqués en dos galeras
que cortan aguas saladas,
en los remos reforzadas
y en los bajeles ligeras (2),
ha llegado, y con él viene
Carlos, cuya novedad
de Nápoles la ciudad
confusa y alegre tiene.
Todos los señores de ella
le reciben, y le aclama (3),
todo el pueblo.

AURORA. (¿Quién no ama
a Carlos?)

FADRIQUE. (Mala es mi estrella,
pues en sus semblantes veo
tantas muestras de alegría;
pero pues mi espada es mía,
yo lograré mi deseo.) (4)

CAPITÁN. Ya va entrando, prevenido
de las paces y el concierto
con su hermano.

FADRIQUE. (Yo soy muerto (5)
de ver que engañado he sido,
pues su alborozo en su cara
tan varios colores muda.) (6)

AURORA. ¡Ay, Carlos mío! Sin duda
yo muriera si él tardara.

(*Salen* CARLOS, *el* MARQUÉS *y acompañamiento.*) (7)

CARLOS. (El disimular agora
será en mi trato extrañeza.)

AURORA. Venga con bien Vuestra Alteza,

CARLOS. Dadme (8) la mano, señora.

AURORA. Dete el cielo poderoso
lo que para ti le pido (9).

FADRIQUE. Seas, hermano, bien venido,

(1) B: ("*Sale el* CAPITÁN *primero.*")
(2) A: "y en los celajes ligeras".
(3) A: "le reciben y te aclaman". Aunque falte el pasaje en B, se corrige fácilmente.
(4) Las dos redondillas anteriores faltan en B.
(5) A: "de las paces y el contento.
FAD. ¿Qué haré de vos? Yo soy muerto."
(6) A: "mira".
(7) B no pone "*acompañamiento*".
(8) B: "Dame."
(9) A: "les pido".

pues vienes a ser dichoso.
CARLOS. Tú has querido que viniese
a serlo con tanto brío.
AURORA. (¿El ser rey, no siendo mío,
es dicha?)
FADRIQUE. (Si no lo fuese...
bien dices.)
AURORA. (No tengas miedo.)
FADRIQUE. (¡Ay, que me engañas!)
CARLOS. (¡Oh, amor
injusto!)
MARQUÉS. Mira, señor,
que disimules.
CARLOS. No puedo (1).
AURORA. Ya que el tiempo con dos haces,
dueño de la humana vida,
con aplauso nos convida
y nos pronostica paces,
deciros quiero...

(Dentro un CAPITÁN.) (2)

CAPITÁN. ¡Apartad!
No ofendáis rostro tan bello.
FADRIQUE. ¿Son espadas?
CARLOS. ¿Qué es aquello?
AURORA. Marqués, mirarlo (3); llegad (4).

(Sale un CAPITÁN.) (5)

CAPITÁN. En una barquilla hecha
de pocas tablas, que al dar
surcos arando (6) en el mar
parece en el viento flechas,
llegó una mujer, señores,
monstruo (7) de naturaleza,
porque con tosca belleza
da lisonjeros temores.
Y como dando al través
con tal furia desembarca,
que lo veloz de la barca
parece que dió a sus pies (8).
Llegó a palacio. El lugar,
todo tras ella indeciso,
y entre la guarda, que quiso
dificultalle el entrar,
de suerte esgrimió un bastón,
que fueron, sin duda alguna,
como golpes de fortuna
los suyos.
CARLOS. Pesados son.
CAPITÁN. Hiriéronla (1) en la cabeza.
Yo que vi...
CARLOS. (¡Desdicha es mía!)
CAPITÁN. ...que con la sangre crecía
en su rostro la belleza,
quise, piadoso, amparalla.
Mas ya entra, que no ha sido
posible el haber podido
detenella y sosegalla (2).

(Sale NEREIDA, *herida en la frente.)* (3)

NEREIDA. Gran Fadrique; bella Aurora,
y los demás, que suspensa
tenéis en mí la esperanza
admirándoos la extrañeza:
sabed que el príncipe Carlos,
cuando del mar la violencia
de sus levantadas olas
llegaba a las nubes densas,
y el viento en favor del agua
daba asaltos a la tierra,
con su perdido bajel
dió al través en unas peñas,
donde yo le hallé, obligado (4)
a la imposible defensa
de diez traidoras espadas,
y con piadosa nobleza,
no tan sólo le ayudé,
pero después que mis flechas
gasté en sus contrarios viles,
imité su ligereza,
y los seguí, desgajando
medio roble, con que entera
le pude dar la venganza (5)
de tan desleal ofensa.
Busquéle después y halléle

(1) Faltan en B las dos redondillas anteriores.
(2) La acotación no está en B.
(3) B: "miradlo".
(4) A: "llegaos".
(5) En B: ("*Sale el* CAPITÁN *primero.*")
(6) B: "surcos de arado".
(7) B: "monstro".
(8) Falta en B esta redondilla.

(1) B: "Hiriéronle."
(2) A: "detenerla y sosegarla".
(3) B: "*herida, con un bastón*".
(4) B abrevia así:
"...príncipe Carlos
de entre las olas soberbias
en un perdido bajel
dió al través en unas peñas,
donde yo le hallé, arrojado".
(5) B: "...su ligereza,
y le pude dar venganza".

tan mal herido, que apenas
daba aliento a los suspiros
para articular las quejas.
Llevéle sobre mis brazos,
donde con ansiosas penas (1)
le dejé, y con tierno llanto
busqué por el monte hierbas,
bajé del cielo piedad
para curalle con ellas (2).
Dos veces le di la vida;
pluguiera a Dios (3) se la diera
sin darle también el alma,
porque la lástima engendra
piedad; la piedad inclina,
manda el gusto, el amor ciega,
la soledad da ocasión
y la ocasión tiene fuerza.
Subí yo las breves gradas
desta apacible escalera;
¡quién pensara que rodando
bajara después por ella!
En fin, pudo tanto en mí
—sabe Dios con qué vergüenza (4)
lo digo—, que apasionada
me dispuse a ser ligera.
Quise a Carlos; adoréle,
en cuya correspondencia
pude fiar confianza,
para no tener afrentas.
Testigo (5) de nuestras almas
fué el cielo y aquellas selvas
que nos miraban sin ojos
y nos hablaban sin lenguas,
y aquellos montes, en quien
con ocasión más atenta,
como las paredes oyen,
pudieran oír las piedras.
¡Qué de veces para oírnos
en el aire y en la tierra,
se suspendían las aves
y se paraban las fieras!
Todo en los dos se alegraba,
porque daban glorias nuestras
un abril a cada planta
y una vida en cada hierba.
Cada fuente era un espejo,
donde nuestros ojos vieran,
como en dos cuerpos un alma,
en un cuerpo dos cabezas.
Y al dividirnos, haciendo
que algunos ratos de ausencia,
para ser falta (1) del guto,
diesen lugar a la pena.
¡Qué de quejas miró el sol
y qué alumbró de sospechas
hasta ver que eran las voces
de los gustos mensajeras!
Seguíanles los abrazos (2),
y a pesar de las tinieblas,
en nuestro dichoso albergue
nunca fué la noche negra.
Así en dos pechos vivía
sola (3) un alma, cuando llega
el Marqués, y entonces Carlos,
que vanidades alienta
y atropella obligaciones,
las mías perdió. Y si fuera
que se fundara en razón
el desechar mi belleza
por acudir a su estado,
ya que no le consintiera
el dejarme mansamente,
al menos no tan sangrienta
me dejara la desdicha
y me obligara la queja.
Mas porque quiso el traidor,
corrido de la vergüenza,
dorar sus ingratitudes
a costa de mis afrentas,
me levanta testimonios,
finge agravios (4), firma quejas,
con que me dejó (5) burlada,
¡así me dejara muerta,
pluviera (6) a Dios! Pues, ¿por qué
es cosa justa que tenga,
Nápoles, cetro en la mano
y corona en la cabeza

(1) B: "donde con ansiosa pena".
(2) B suprime estos dos versos últimos.
(3) A: "pluviera Dios". B: "plugiera a Dios".
(4) B abrevia:
"sin darle también el alma.
Sabe Dios con qué vergüenza".
(5) B: "Testigos."

(1) A: "falsa".
(2) B suprime parte de este pasaje:
"y nos hablaban sin lenguas.
Seguíanlas los abrazos".
(3) B: "solo".
(4) B: "Sin ser agravios."
(5) B: "deja".
(6) B: "pluguiera".

quien falsas verdades dice,
quien viles tratos intenta,
quien desmiente a sus palabras,
quien desdice sus promesas,
quien ingratitudes hace,
quien obligaciones ciega (1),
y a quien yo llamo traidor?
Y en esa (2) campaña puesta
defenderé más (3) espadas
que doy al cielo querellas,
que no merece ser Rey.
Y si Nápoles emplea
en sus sienes la corona,
yo sola, pedazos hecha,
la esparciré por el viento (4).
Y tú, Aurora, si dispuesta
por su amor le das la mano,
antes, antes que le veas
en tus brazos, de tus ojos,
de tu pecho, de tu idea,
como víbora pisada,
como leona sangrienta,
te le sacaré a pedazos,
que con la razón, la ofensa (5)
tiene invencible el valor
y poderosa la fuerza.

FADRIQUE. ¡Gran valor!

CARLOS. ¡Gran desventura!

AURORA. Esperad, que la respuesta
quiero dar por todos yo,
ya con el alma en la lengua.
Y pues veis, pues miráis todos (6)
con tan segura evidencia
el ejemplo que me obliga
y el enojo que me ciega;
pues cuando en Nápoles yo,
con desveladas cautelas,
disponía voluntades,
inventaba estratagemas (7);
cuando a Fadrique (8), estimando
tan con el alma mis prendas,
engañaba agradecida
y despreciaba soberbia,
por sólo ponelle a Carlos
la corona en la cabeza
de mi mano, para darle
después el alma con ella (1),
en un monte me ofendía,
con mudanza tan ligera,
adorando una mujer
tan salvaje, aunque tan bella.
¿Qué puedo esperar? Y así,
no es mucho que me resuelva
en no querer dar la mano,
y confiar la firmeza
a Carlos, porque mudanzas
con ingratitudes mezcla (2);
ni a Fadrique, porque implican (3)
nuestras dos naturalezas,
y por ser hombre, que basta
para que, ofendida, tenga
escarmiento de quejosa
y temores de discreta (4),
proponiendo desde aquí
que en este reino suceda,
no ya el que quisiere yo,
sino el que la suerte quiera (5).
Remítanse a sus espadas (6),
enarbolen sus banderas,
den voces a sus amigos,
hierva la sangre en sus venas,
háganse pedazos todos,
y ojalá que hacer pudiera
de las dos partes del mundo
dos batallas contrapuestas,
para que ni un solo hombre (7)
quedara, aunque feneciera
la generación del mundo,
en quien tan mal la conserva.

MARQUÉS. ¡Señora!

AURORA. ¡Marqués, Marqués!
Mi resolución es ésta.

MARQUÉS. Este reino ha de perderse.

---

(1) B suprime los cuatro versos anteriores.
(2) B: "Y en esta."
(3) B: "a más".
(4) Faltan en B los cuatro versos anteriores.
(5) B abrevia así:
"antes, antes que le veas,
te le mataré a tus ojos,
que la razón y la ofensa".
(6) A: "Y pues veis y miráis todos."
(7) Faltan en B los cuatro versos anteriores.
(8) A: "Cuando Fadrique."

(1) Faltan en B los dos versos anteriores.
(2) B abrevia:
"no es mucho que me resuelva
en no dar la mano a Carlos
porque de ingrato se precia".
(3) A: "y a Fadrique, porque implica".
(4) Faltan en B los cuatro versos anteriores.
(5) B: "sino el que la fortuna quiera".
(6) B: "espadadas".
(7) B: "para que ni aun solo hombre".

FADRIQUE. Pues, Carlos, ¡viva quien venza!
¡Guerra, guerra! ¡Al arma toca!
CARLOS. ¡Toca al arma! ¡Guerra, guerra!
Contrastaré mi desdicha.
FADRIQUE. Emplearé mi fortaleza.
AURORA. Viviré desesperada.
NEREIDA. Y yo moriré contenta (1).

JORNADA TERCERA

(*Salen el* DUQUE *y la* PRINCESA.) (2)

PRINCESA. ¡Quién en un estado tal
temiera pena importuna!
DUQUE. Pocas veces la fortuna
es del todo liberal,
pues casi siempre mostró,
cuando más pródiga está,
que da a pensión lo que da
o quita de lo que dió.
Así en nosotros ha sido,
pues antes de habernos dado
empleo tan deseado
y estado tan merecido,
nos quitó una prenda amada,
donde perdimos los dos
la mitad de un alma (3).
PRINCESA. ¡Ay, Dios,
qué hija tan desdichada!
¿Y qué? ¿No ha sido posible,
buscándola, saber della?
DUQUE. No ha sido, porque en su estrella
fué la inclinación terrible.
Yo anduve, cuando advertí
su pérdida, de afligido,
por buscarla tan perdido,
por hallarla tan sin mí,
que las selvas, las montañas
atentas a mis pasiones
me abrieron sus corazones,
me mostraron sus entrañas.
No la hallé, y después de estar
donde en tus ojos me veo,
a quien la busque granjeo
con prometer y obligar;
pero es vana diligencia (4).

(1) B añade: "*Vanse.*"
(2) B añade: "*ya como Reyes*".
(3) B: "de una alma".
(4) B suprime la redondilla anterior, y este verso lo trae así:
"mas fué vana diligencia".

PRINCESA. Del todo morir me siento;
pues si en mí este sentimiento
es grande con tu presencia,
¿qué será de mi cuidado,
si es que el ausentarte agora
no se excusa? (1)
DUQUE. No, señora,
pues Cerdeña está en estado
que es cierto el verse perdida
si le falta mi persona.
PRINCESA. ¡Qué pesada es la corona,
que hace infelice la vida!

(*Dentro* NICOLÍN.)

NICOLÍN. A los Reyes he de hablar.
OTRO. No le deis.
NICOLÍN. Dejadme.
OTRO. Tente,
que es mentecato.
NICOLÍN. Y valiente.
Teneos, y dejadme entrar.
DUQUE. Qué es eso?
CRIADO. Quiere un villano,
por lo simple y malicioso,
entrar, y al estar furioso
remite el ser cortesano.
DUQUE. Déjenle entrar.
CRIADO. Es rara,
por graciosa, su simpleza.

(*Sale* NICOLÍN.)

NICOLÍN. No me quedara cabeza
en pie, ¡par Dios!, si no entrara.
DUQUE. Ya te conozco. ¡Ay de mí!
¡Saltos me da el corazón!
NICOLÍN Dónde están los Reyes? ¿Son
ellos?
CRIADO. Sí, llega.
NICOLÍN. ¿Sí?
Yo imaginara que no.
Ellos son; mucho me espanto;
¿pues por qué los guardan tanto
si son hombres como yo?
¿Y por qué, mal informados (2),
no llegan a sus oídos
los como yo mal vestidos,
aunque sean muy honrados?
Aunque entre arados nacido,
.... (3)

(1) B: "escura".
(2) A: "informado".
(3) Falta un verso.

¿no soy yo tan su vasallo
como el que nació vestido?
¿No es en mí tan colorada
la sangre que les ofrezco?
¿Pues por qué yo no merezco,
ya que no acogida, entrada
tan buena como el que más,
siendo la intención tan buena?

DUQUE. Dices bien; ven norabuena,
que buen ejemplo nos das.
Di: ¿quién eres?

NICOLÍN. Yo, señor, (1)
advirtiendo cuando araba
que la tierra me pagaba
escasamente el sudor,
y viéndome alborozado
de las cajas y el bullicio (2),
quise mudar de ejercicio
para mejorar de estado.
Y así, resuelto de estar
debajo la labrandera,
fuí a pedille (3) que me diera
recado de pelear.
Trujéronle; yo le tomo (4),
uno que en otro sentado,
tanto cuanto más pesado
más ligero escupe el promo;
y poniéndome en postura,
abriendo un ojo, otro ciego (5),
le pegué a la cola huego (6),
y dióme con la herradura,
¡pardiós!, tan grande patada,
que del trueno me aturdí (7);
y después cuando me vi (8)
sin molledo y sin quijada,
del mosquito u del moscón (9)
brasfemando, prometía
que mejor pelearía
con la onda y el bastón.
Dijeron los soldaderos
no ser uso desta tierra
haber hombres en la guerra
paleadores (1) ni pedreros.
Yo entonces, como un león,
advirtiendo que de mí
se reían, vine aquí
a empuñar dispensación (2)
para poder pelear
con onda o palo, u del Papa,
si es que del Rey se me escapa,
no se me puede escapar (3).
Démela él por su vida.

DUQUE. Sí daré; ¿mas tú...?

NICOLÍN. Es honrado.

DUQUE. ¿No estuviste enamorado
de una mujer escondida?

NICOLÍN. ¿De la Eco?

DUQUE. ¿De la Eco?

NICOLÍN. Sí, mas cansóme su trato
y ya otras mujeres trato;
perdóneme Dios si peco.
¿Pero quién le dió a saber
eso? Mas no estoy en mí,
o en otro (4) traje le vi
abrazando otra mujer.

DUQUE. Oye.

NICOLÍN. Perdone su Alteza.

DUQUE. Llégate, llégate más.
Di, ¿por ventura, sabrás
tú de aquella montañesa,
que por la Eco tuviste
cuando del monte bajaba?

NICOLÍN. ¿La que su mercé abrazaba,
que yo le vi? (5)

DUQUE. Pues lo viste,
della (6) sabrás, porque el día
postrero que la abracé
me dejó.

NICOLÍN. ¡Y cómo que sé!,
pues por helle compañía
me perdí.

DUQUE. ¿Cómo?

NICOLÍN. Es historia

---

(1) B suprime el pasaje, enlazando así:

"Teneos y dejadme entrar.
(*Sale* NICOLÍN, *de soldado.*)
DUQ. Di, ¿qué quieres?
NIC. Yo, señor."

(2) B: "bollicio".
(3) A: "fuí, apellidé".
(4) B: "Trajéronme, y yo le tomo."
(5) B: "un ojo abierto, otro ciego".
(6) B: "luego".
(7) "atordí".
(8) B: "yo luego, cuando no vi".
(9) B: "o el moscón".

(1) A: "peleadores".
(2) B: "a alcanzar dispensación".
(3) B suprime la redondilla anterior.
(4) B: "en otro".
(5) B: "lo vi".
(6) B: "dellas".

muy larga.
PRINCESA. ¡Notable mengua!
NICOLÍN. Y no la daré a la lengua,
como la di a la memoria.
Mas ella y yo...
DUQUE. ¡Pena extraña!
NICOLÍN. Hallamos herido un hombre
que Carlos tiene (1) por nombre:
curámosle en mi cabaña,
y enamoróse de Carlos
tanto que yo no podía
ni denoche ni de día
desasirlos ni apartarlos;
y trás de otras (2) cosas mil
que no sé decir después,
andando a caza los tres (3),
fué el demonio (4) tan sotil,
que porque la vió abrazada
él desde lejos contigo,
dejando de ser su amigo
se fué, y la dejó burlada.
Ella, hecha un barrabás,
me hizo ir con ella; fuí (5);
mas pues ella viene allí,
ella dirá lo demás (6).

(*Salen* NEREIDA *y un* CAPITÁN.) (7)

NEREIDA. ¡Válgame el cielo! ¿He soñado?
CAPITÁN. En las señas pude ver
que era esta la mujer
que mandas con tal cuidado
buscar, y trájela ahora,
que siguiéndola venía
mucha gente.
PRINCESA. ¡Ay, hija mía,
tan desdichada!
DUQUE. Señora,
disimulad; no se sienta
desdicha en ella tan loca,
hasta saber de su boca
con más secreto su afrenta.
NEREIDA. (¿No es éste mi padre? Temo
que soñé, o con modo extraño
es en mis ojos engaño,
o en naturaleza extremo.)
DUQUE. ¿Quién eres...
NEREIDA. (¡Gran semejanza!)
DUQUE. ...tú, que das a tosco traje
una hermosura salvaje,
que da curiosa esperanza?
NEREIDA. (Que es mi padre hace que crea
hasta su voz. ¿Qué he de hacer?
Mas si es Rey, ¿cómo ha de ser
cierto que mi padre sea?)

Yo soy una mujer que en una sierra
me produjo la tierra,
dando con el rocío
del cielo paz al nacimiento mío.
Y así habiéndome dado,
como al monte y al prado,
ser desigual (1), con desigual ventura
vestí la rustiqueza de hermosura.
Desta suerte nacida y desdichada (2),
fuí de un hombre burlada,
y aborrecí sus nombres,
y viendo en mí valor de muchos hombres,
tantos hombres y más matar quisiera
que da rayos de luz la cuarta esfera.
Licencia, pues, Su Alteza me conceda
de que ya que no pueda,
hasta estar enseñada,
vestir el peto y esgrimir la espada,
pueda con fuerza doble
flechar el arco y revolver el roble.
Verá si en las mujeres, porque ha sido
no empezado el valor, está escondido.

DUQUE.

Daréte esta licencia; pero quiero (3)
examinar primero
tus partes (4): salíos fuera.

(*Vanse.*) (5)

(1) B: "tenía".
(2) B: "tras otras".
(3) B: "andando en esto los tres".
(4) B: "dimonio".
(5) B: "huí".
(6) B: "pregúntele lo demás".
(7) B: ("*Sale el* CAPITÁN *segundo y* NEREYDA.")

(1) A: "soy desigual".
(2) B: "De esta suerte he nacido desdichada."
(3) B resume así el pasaje:
"...cuarta esfera.
Y queriendo lograr esta ventura
sin que fuese locura
en el modo aparente,
sabiendo que juntabas tanta gente
para tan gran jornada,
vine determinada
a servirte con plaza de soldado,
y esto tus capitanes me han negado.
DUQ. Daréte esa licencia; pero quiero."
(4) B: "tu valor".
(5) En A falta la acotación.

NICOLÍN.

(¡Buena es la moza!)

NEREIDA.

El corazón se altera; amenaza el respeto;
causa tiene ese efeto;
¿pero mi padre Rey? Es imposible.

DUQUE.

¿Qué miras?

NEREIDA.

Muerta soy.

DUQUE.

Todo es posible.
¡Nereida!

NEREIDA.

¡Ay, padre!

DUQUE.

¿Quién creyera
de ti el ser tan ligera? (1)

NEREIDA.

He sido desdichada.
Sé tú piadosa.

PRINCESA.

Y tanto, que abrazada
te guardo, ¡ay, prenda mía!,
que en la ciega porfía
de amor, si no se mira con terneza,
parece la desdicha ligereza.

NEREIDA. Señor, del príncipe Carlos
engañada y ofendida,
como los celos y afrentas
tanto abrasan, tanto obligan,
guiada de aquel pastor,
que mis desdichas sabía,
salí de entre aquellos montes,
y en la primera barquilla
de pescadores que hallé,
mis pasiones, mis porfías
pudieron tanto, ayudadas
de amenazas y caricias,
que me embarcaron en ella;
y tal, que apenas podía
juzgar si era tabla o pluma
llevada o favorecida
de los vientos por las aguas.
Dió conmigo en la marina
de Nápoles, y fué a tiempo
que pude sola aquel día,
revolviéndola, dejalla,
entre dos bandos divisa,
vomitando sangre y fuego;
pero escapé, perseguida,
no sé si del mismo Carlos
o de Aurora, que quería,
celosa de sus amores,
ser cuchillo de mi vida.
Libréme de su crueldad,
en mi barca, a quien tenían
mis leales (1) marineros
reforzada y prevenida (2),
y el viento en popa, llegué
a las costas de Sicilia,
con la ofensa que lloraba (3)
y la intención que tenía,
cuando me puse a tus pies.
Ahora, pues es mi dicha
tal que tú me has engendrado,
esos poderes aplica,
esos mares alborota
y esos leños encamina
donde Carlos satisfaga
con venganza o con desdicha (4)
la palabra que me debe
y la honra (5) que me quita.

DUQUE. Verá Nápoles mi agravio.

PRINCESA. Hasta mi persona misma
autorizará esta guerra.

(*Sale un* CAPITÁN.) (6)

CAPITÁN. Señor, el ver con la prisa
con que una embajada llega
de Nápoles, nos obliga
a no dilatar tu aviso.

DUQUE. Entre luego; ser podría
de Carlos esta embajada.

NEREIDA. (Nueva esperanza me anima.

(*Sale el* MARQUÉS.)

Este es el mismo Marqués

---

(1) A: "¿Pero quién creyera
de ti esta ligereza?"
B: "¿Pero quién creyera
de ti el ser tan ligera?"

(1) A: "sus leales".
(2) B: "reprimida".
(3) A: "que llevaba".
(4) B: "donde en Carlos satisfaga
con venganzas o con dichas".
(5) B: "o la honra".
(6) B: ("*Sale el* CAPITÁN *segundo.*")

que dió causa a mi desdicha,
sacándole de mis brazos.) (1)

MARQUÉS. Deme la mano y reciba
esta carta Vuestra Alteza.

DUQUE. Vuestra persona acredita:
Marqués, a vos se remite.

MARQUÉS. El Príncipe que la envía,
que es Carlos, ha sido siempre
tan inconstante en la dicha
que, dejando la campaña,
él y su gente vencida
por su hermano, a la ciudad
de Nápoles se retira.
Fadrique la cerca (2); Aurora,
que sus palacios habita,
pudiendo mediar entre ellos,
en su obstinación porfía;
y se hubiera vuelto a Francia,
a no verse detenida
por los señores, que tratan
de obligalla y persuadilla (3).
Y Carlos, viéndose ahora
entre valor y mancilla,
medroso de sus desgracias
y sabidor de tus dichas,
pues por la muerte del Rey,
que está en el cielo, en Sicilia
os dan a ti y a tu esposa
la corona, y acreditan
vuestro casamiento, dando
libertad a la justicia,
me envió para acordarte
que entre unos montes un día
tú y él os disteis palabra (4)
de valeros con las vidas
el uno al otro, si el tiempo
con mudanzas exquisitas
trujese (5) las ocasiones
contrastando las desdichas.

DUQUE. ¡Basta, Marqués! Ya os entiendo.

(1) Faltan en B los cuatro versos anteriores.
(2) B: "le cerca".
(3) Faltan en A los cuatro versos anteriores.
(4) B resume:
"y Carlos, viéndose ahora
sabidor de vuestras dichas,
pues por la muerte del Rey
heredastes a Sicilia,
me envió para acordaros
que entre unos montes un día
os distes los dos palabra."
(5) B: "trajese".

y gusto de que averigüe (1)
Carlos así, que ser debe
una palabra cumplida,
aunque entre montes se dé (2):
partiré a cumplir la mía,
donde después será justo
que otra palabra le pida,
que dió entre montes también.

MARQUÉS. (Aquésta es la mujer misma
que vi con Carlos. No sé
qué espere destas enigmas.)

DUQUE. Tú te veras satisfecha.

PRINCESA. Yo seré tu espada, hija (3).

DUQUE. Esas naves y galeras
que estaban apercibidas
para diversa ocasión,
por instantes impelidas
de los vientos por las aguas
serán aves que los sigan.

NEREIDA. Y más si en (4) mi nombre llevan
plumas de esperanzas mías.

(*Vanse.*)

(*Sale* AURORA.) (5)

AURORA. Los instrumentos de guerra
me animan.

CAPITÁN. Ya esta ciudad (6)
se pierde, y de tu crueldad
se queja el cielo a la tierra.
Pues cuando ves asaltalla
Fadrique, y por defendella
ves a Carlos puesto en ella,
hecho un lienzo de muralla,
pudiendo hacer que mejore
de fortuna, con que apenas
te haya visto en sus almenas
Fadrique, cuando te adore (7),
pues no quieres, más piadosa (8)
con este reino, escoger
para ser su reina, el ser (9)
de uno de los dos esposa.
¡Mira bien!

(1) B: "averigua".
(2) A: "aunque entre montes sea debe".
(3) Faltan en B los dos versos anteriores.
(4) A: "Y más en."
(5) B: ("*Salen* AURORA *y el* CAPITÁN *primero.*")
(6) A: "Y esta ciudad."
(7) A: "le adore". B suprime las dos redondillas anteriores.
(8) A: "no quieres sino piadosa".
(9) B: "su reina, el ser".

AURORA. En vano estás
cansándome con cansarte:
en este reino más parte
tenga el que pudiera más (1).
El que venciere ha de ser
de Nápoles heredero,
porque yo ni al uno quiero,
ni al otro quiero querer (2).

CAPITÁN. Hasta tu palacio llegan
ya las armas. ¡Mira, mira,
que tu valor se retira
porque tus ojos se ciegan!
Mira el estruendo y el modo
con que todo se aventura.

AURORA. Pues yo sé que estoy segura,
lo demás piérdase todo (3).

CAPITÁN. Eres mujer obstinada.

(*Vase.*) (4)

FADRIQUE. ¡Ríndete!

AURORA. Estoy ofendida.

(*Salen* FADRIQUE *y su gente, retirando a* CARLOS.)

CARLOS. Antes perderé la vida.

AURORA. ¡Fadrique, detén la espada!

FADRIQUE. Déjame, pues siempre aspiras,
siempre a ser, señora, vienes (5)
rémora que me detienes,
basilisco que me miras.
¿A quién defiendes? ¿Qué rabias
son para mí, qué saetas,
pues con amor me sujetas
cuando con celos me agravias? (6)
¿Qué me quieres? Cosa es recia
que favorezcas, señora,
contra quien tu sombra adora,
a quien tus soles desprecia.
Y, pues, es así, acabemos
de hacer con vario cuidado,
yo extremos de enamorado,
y tú de cruel extremos.
Toma; y por ver en la vida
de los dos suerte trocada,
a mi vencedora espada
pon en sus manos vencida.
Pon después en su cabeza
de Nápoles la corona,
y dale de tu persona
el alma de tu belleza.
Y entonces, con furia exenta,
al monte más intrincado
me iré yo desesperado
y tú quedarás contenta (1).

AURORA. Gran Fadrique, si has pensado
que yo detuve tu acero
porque no lo estimo, y quiero
a Carlos, haste engañado.
Porque en él han descompuesto
mi razón sus sinrazones,
y en ti las obligaciones
son cadenas que me has puesto.
Y así, aunque su amor en mí
no acabara todo el ser,
le dejara de querer
por no disgustarte a ti.
Que el procurar que no fueras
con tu hermano tan cruel,
fué por excusar que en él
sangre de los tres vertieras (2).
Déjale piadosamente
preso, y porque esté seguro (3)
pon a este palacio un muro
de mi guarda y de tu gente (4),
para que así no te impida
la corona que deseas
de rey justo, sin que seas
riguroso fratricida.
Y si ves que a tu quietud
yo mi esperanza no aplique,
deja en mí entonces, Fadrique,
culpada la ingratitud.

FADRIQUE. Tanto alientas (5) mi esperanza,
que dejo en ti confiado
a Carlos aprisionado
en sola tu confianza.
Y después, para obligarte,
en tu nombre me pondré
la corona.

AURORA. Y yo seré,

---

(1) Falta en B la redondilla anterior.
(2) B: "puedo querer".
(3) Las dos redondillas anteriores faltan en B.
(4) En lugar de esta acotación, B trae: ("*Cajas. Salen peleando* FADRIQUE *y* CARLOS, *y gente de ambas partes.*")
(5) A: "Aurora, siempre a ser vienes."
(6) Falta en B esta redondilla.

(1) También B suprime las cuatro redondillas precedentes.
(2) Las dos redondillas anteriores faltan en B.
(3) A: "y porque estés más seguro".
(4) A: "de mi gente".
(5) B: "alienta".

si no tuya, de tu parte.

(*Sale un* Capitán.) (1)

Capitán. Señor, una gruesa armada (2)
llegando a Nápoles va,
que, aunque por tu causa está
rendida y no saqueada (3),
se alborota si no vienes.

Fadrique. Justo será que lo impida.
Contigo dejo la vida.

(*Vase.*)

Aurora. Muy obligada me tienes.

Carlos. La inconstancia de mi estrella
en tal estado me halla,
que, a poder consideralla,
acabará de tenella (4);
pero tiéneme incapaz,
señora.

Aurora. Callando apura
tu ordinaria desventura
en la guerra y en la paz (5).

Carlos. Parecerte agradecido
me dejas.

Aurora. No es menester,
que yo no he querido ser
por ti lo que ves que he sido,
sino por ver mi opinión
honrada.

Carlos. Y de mí, ¿qué ordenas?

Aurora. Ser hierro de tus cadenas
y alcaide de tu prisión
por Fadrique.

Carlos. Y que yo al suelo
humilde los ojos baje.

Aurora. Venga tu dama salvaje
a favorecerte.

Carlos. ¡Ay, cielo!

(*Sale* Nicolín, *de soldado, ridículo.*)

Nicolín. ¡Pardiez, gran soldado soy,
pues entre bulla y bullicio,
como bruja por resquicio (6)
me he metido (1) donde estoy.

Carlos. ¿Nicolín?

Nicolín. Más abultado
tengo el nombre y fanfarrón,
pues me llamo Nicolón
desde que ha que so soldado (2)

Carlos. ¿Oye? (3) Di: ¿sabrásme dar
cuenta de Nereida?

Nicolín. No
muy buena.

Carlos. ¿Cómo?

Nicolín. Voló
hacia abajo y dió en el mar.

Carlos. ¿Qué dices?

Nicolín. Haste turbado,
pues viéndote así vencido,
sientes su desdicha.

Carlos. He sido
muchas veces desdichado (4).
¿Cómo fué?

Nicolín. ¿Cómo? Subióme (5)
a las puntas de estas peñas (6)
que dan al mar, y las greñas
despedazándose (7), habróme
y me dijo (8): "Nicolín
(que yo entonces aún no era
Nicolón), pues mi postrera
hora es ésta, en viendo el fin,
vete a Carlos y le di
que el hombre que me abrazó
era mi padre, y que yo
en mi vida le ofendí."
Y en diciendo, ¡cosa brava!,
esto, ¡adiós!, se echó a rodar
por la peña y vi que al mar
hecha pedazos llegaba.

Carlos. ¡Ay de mí! ¿Y cómo sabía
la queja que me obligó?

Nicolín. Porque se lo dije yo,
que lo vi.

Carlos. ¡Desdicha es mía!
Con sangre quiero llorar (9)

---

(1) B: ("*Sale el* Capitán *primero.*")
(2) A: "grande armada".
(3) A: "rendida, mas no saqueada".
(4) Faltan en A los dos versos anteriores.
(5) B: "en la guerra, y queda en paz. (*Vase.*)" Y suprime lo que sigue, hasta la acotación de: ("*Sale* Nicolín, *de soldado.*")
(6) A: "pues entre villas bullicio
como brujo por esquicio".

(1) B: "me he zampado".
(2) B: "que soy soldado".
(3) A: "Oyes."
(4) Falta en B la redondilla anterior.
(5) B: "¿Cómo fué? Nic. Escucha: Subióme."
(6) B: "unas peñas".
(7) A: "despezándose".
(8) B: "y dijome".
(9) B suprime las dos redondillas anteriores, y este verso lo trae así:
"Con mi sangre he de llorar."

tan gran dolor, tan gran daño.
NICOLÍN. (Qué valido está el engaño,
pues yo he sabido engañar.)
¡Mamola!
CARLOS. ¡Ay, mi bien, culpado
sin razon! ¡Desdicha extraña!
Qué fácilmente se engaña
un hombre, si es desdichado.
¿Qué es esto?
NICOLÍN. Brava grandeza
viene.
CARLOS. A dejarme corrido.
NICOLÍN. Si desconoce el vestido,
se engañará (1) en la cabeza.

(Sale AURORA *por una puerta y* FADRIQUE *por otra, y* NEREIDA *vestida de gala, con bastón.)* (2)

AURORA. Que a la Princesa reciba
de Sicilia me ha ordenado
Fadrique.
NEREIDA. Al velle he quedado
piadosa, y no vengativa.
¡Ay, Carlos!
NICOLÍN. Del modo y suerte
que me mandaste probé
a Carlos.
NEREIDA. Calla.
NICOLÍN. Sí haré.
Mucho lloraba tu muerte (3).

FADRIQUE.

(Desde que ha que la vi, cuantos discursos
propongo, me desmienten (4) lo visible.)

AURORA.

(¿No es el de la Princesa el rostro mismo
de la dama salvaje? ¡Extraña cosa!)
Deme la mano Vuestra Alteza.

NEREIDA.

Deme
Vuestra Alteza la suya.

NICOLÍN.

¡Alza los ojos!

CARLOS.

Si esto sabe imitar naturaleza,
su ciencia admiro y sus milagros veo (1).

NEREIDA.

¿No llega a verme Carlos?

CARLOS.

Un vencido
con poca libertad, mucha vergüenza (2),
está encogido; pero ya obligado
llega [a] tus pies.

NICOLÍN.

Pondréme yo a los tuyos (3).

FADRIQUE.

Los reyes de Sicilia con su armada (4),
dando seguro a Nápoles llegaron.
A la Princesa recibí en el puerto,
que para asegurarme la enviaron (5)
de que entraría tan de paz en Nápoles
que la pusiesen entre mí y mi hermano,
dejándonos a entrambos satisfechos,
donde, para que esté en tales rehenes
como el sol en los brazos del aurora,
esté en los tuyos la Princesa.

AURORA.

En ellos
miraré como el sol sus ojos bellos.

NEREIDA.

Y yo a tu sombra, aunque tu sombra fuera,
diera más luces que la cuarta esfera.
Mas, con vuestra licencia, a solas quiero
dar a Carlos agora una embajada
que de mis padres traigo.

AURORA.

Ven, Fadrique.

FADRIQUE.

Tu gusto ha de ser ley.

---

(1) A: "le engañará".
(2) B: ("*Queda* CARLOS, *los ojos bajos, y salen por una parte* AURORA *y por otra parte* FADRIQUE, *y* NEREIDA *de gala, con espada y bastón.*")
(3) A: "piadosa y no vengativa.
NIC. del modo y suerte que mandas
le probé a Carlos.
NER. Calla.
NIC. Mucho lloraba tu muerte".
(4) A: "me divierten".

(1) B: "CAR. ¡Jesús!
NIC. Mira si es barro tanta alteza."
(2) B suprime este verso.
(3) B: "Llega a tus pies.
CARL. ¡Ay, Dios! ¿Qué siento?
NER. Levanta.
pues me dice que es ella hasta el aliento."
(4) B: "o en su armada".
(5) B: "la enviaban".

AURORA.

¿No has conocido
que es la mujer salvaje la Princesa?

FADRIQUE.

Quísela conocer; mas no es posible,
si entre montes nació, ser la heredera
de Sicilia.

AURORA.

Si adviertes que sus padres
han estado entre montes tantos años,
no lo tendrás por imposible.

FADRIQUE.

Es mucha
tu razón.

AURORA.

Pues, Fadrique, ven y escucha (1).

NEREIDA. Oye, Carlos, mi embajada.
¡Alza los ojos!

CARLOS. No sé
si levantarlos podré,
que es mi desdicha pesada
y está en ellos apoyada.
(¿No es este su rostro hermoso?)

NEREIDA. ¿Parece que vergonzoso
estás? (2)

CARLOS. Tan infeliz soy,
que como sin alma estoy,
entre corrido y dudoso.

Dudoso estoy, pues estar
sin creerme a mí, y corrido (3)
de que ante tus pies caído
no me puedo levantar.

NEREIDA. Quien se ve en bajo lugar
viendo tan alta la mano
que pide con pecho humano,
no osa mirar, por temer
que lo humilde ha de perder
de vista a lo soberano (1).

CARLOS. Esas razones que veo,
en tu boca te escuché
otra vez, en cuya fe
estos imposibles creo.
¿Tú eres Nereida?

NEREIDA. El deseo
debe de engañarte ahora.
Si la princesa Leonora
soy, ¿qué dices?

CARLOS. Que perdones
en mis ciegas confusiones
engaños míos, señora.

NEREIDA. Pero a permitir (2) mi estrella
que fuera Nereida, di,
¿qué pretendieras en mí?

CARLOS. Lo que pretendía con ella,
que fué esforzar la querella
de su ligera mudanza,
y con resuelta esperanza
dejalla, y con cuerdo labio,
aunque es de fuego el agravio,
dar al viento la venganza.

Porque yo no la dejé
por humilde y por villana (3),
sino porque fué liviana (4)
y porque traidora fué.
Y así de mi pecho sé
que en estado superior
culpara más su valor,
pues cuando en más calidad (5),
fuera mayor su maldad,
me hiciera agravio mayor.

NEREIDA. ¿Y por qué diste en tenella
por mudable, por traidora?

CARLOS. Porque lo vi.

NEREIDA. Y como ahora
dudaste en si yo era ella (6),
¿no pudo entonces, al vella,
en tu vista haber engaño?

CARLOS. Nunca a mí me miente el daño,
y hubo en él otro testigo.

---

(1) B resume este pasaje así:

"...satisfecho
Y así, señora, a la Princesa traigo,
como ves, a palacio.

AUR. Soy dichosa
en que tengamos prenda tan hermosa.

NER. Yo, con vuestra licencia, a solas quiero
dar a Carlos una embajada
que de su padre traigo.

AUR. Ven, Fadrique.

FADR. Tu gusto ha de ser ley.
No hay que replicar.

(*Vanse.*)

Oye, Carlos, mi embajada."

(2) A: "está".
(3) A: "a mí corrido".

(1) A: "de vista o lo soberano".
(2) B: "a pretender".
(3) A: "por humilde, por villana".
(4) A: "fué tirana".
(5) A: "pues cuanta más calidad".
(6) A: "dudaste si yo era ella".

NEREIDA. ¿Y ese por ella contigo
no alumbró tu desengaño?
CARLOS. Quiso, mas es por demás,
pues como verdad incierta
fué el decirme que era muerta,
pudo sello lo demás (1).
NEREIDA. ¡Ay, Carlos, terrible estás!
CARLOS. ¡Nereida! Ya no dudando
estoy, sino en ti mirando
un milagro.
NEREIDA. Y otro espero.
CARLOS. Calla ahora.
NEREIDA. (2) Y después quiero
satisfacerte callando.

(*Salen* FADRIQUE *y* AURORA.)

FADRIQUE. ¿Es tener celos, Aurora?
AURORA. Es, Fadrique, hacerme agravios
el pensar eso de mí;
pero es bien prender a Carlos,
porque no es bien tratar bien
a quien tiene tan mal trato (3).
FADRIQUE. Haré lo que tú me ordenas.
AURORA. Vengaréme de un villano
que con tan poco respeto
trajo a mis ojos mi daño (4).
FADRIQUE. Perdóneme Vuestra Alteza,
y tú, Carlos, cierra el labio
y ven preso.
CARLOS. Ya lo estoy.
FADRIQUE. Con menos brío has de estarlo
en una torre.
NEREIDA. Fadrique (5),
nunca descorteses tratos
entre pechos bien nacidos
son sufridos ni logrados.
Asistiendo a Carlos yo,
estando conmigo Carlos,
siendo el prenderle a mis ojos
sacármele de los brazos,
es descortesía, es mengua,
es locura y es agravio (6);
y mentirá quien me niegue
esta verdad, si yo salgo,
mirándola como el sol,
a defenderla en el campo.
FADRIQUE. Tú, Princesa, eres mujer
en quien nunca desacatos
con deshonor ofendieron
ni con vergüenza (1) obligaron.
NEREIDA. ¿Qué importa que mujer sea
si por muchos hombres valgo,
y depongo los respetos,
y renuncio los recatos
que como a mujer me debes? (2)
AURORA. Calla, Fadrique, que es mengua
que tu opinión y tu brazo
con una (3) mujer admitan
un contrapuesto tan flaco.
Sin que tenga otra mujer
el suelo napolitano,
napolitana o francesa,
que se oponga al brío hinchado
desta siciliana, yo,
aunque en franceses (4) palacios
ni las armas me instruyeron (5)
ni los montes me criaron,
sangre tengo y tengo brío
para ejercer por milagros (6)
el valor y la destreza
con el corazón y el brazo,
y salir al campo, donde (7)
pienso dejar castigado
un pecho tan montañés,
tan soberbio desacato.
NEREIDA. Ese desafío aceto
con tal que salga a tu lado
Fadrique, y conmigo sola
podáis pelear entrambos.
CARLOS. Contra Fadrique y Aurora
probara (8) también la mano
yendo a tu lado, Princesa;
mas son injustos los hados
y estoy preso.
FADRIQUE. Para eso
te daré con pecho franco (9)
la libertad y la espada.

---

(1) B: "lo habrá sido lo demás".
(2) En A sigue hablando CARLOS.
(3) Faltan en A estos dos versos anteriores.
(4) Tampoco trae A los versos últimos.
(5) Los dos versos anteriores faltan en B.
(6) B: "es locura, es agravio".

(1) B: "venganza".
(2) Faltan en A los tres versos anteriores.
(3) A: "en una".
(4) A: "en francés".
(5) A: "infundieron".
(6) A: "milagro".
(7) B: "saldré a la campaña, donde".
(8) B: "probaré".
(9) A: "con peso franco".

CARLOS. Yo lo aceto.
FADRIQUE. Y yo lo hago (1).
CARLOS. Pues ya el campo (2) nos espera.
FADRIQUE. Vamos luego.
CARLOS. Vamos.
FADRIQUE. Vamos.
CARLOS. Verás tu hermano quién es.
FADRIQUE. Probarás quién es tu hermano.
AURORA. ¡Siciliana!
NEREIDA. ¡Francesa!
AURORA. En la estacada...
NEREIDA. En el campo...
AURORA. Tú verás si tengo (3) bríos.
NEREIDA. Tú verás si tengo manos.

(*Sale un* CAPITÁN.) (4)

CAPITÁN. Ya los Reyes de Sicilia,
temerosos y avisados
como por los mismos vientos,
entran en vuestro palacio
y a vuestra presencia llegan.
FADRIQUE. ¡Mal haya tan corto plazo!
NEREIDA. ¡Mal haya tan veloz tiempo!
AURORA. Forzoso será esperallos.
CARLOS. Tiempo nos queda después.
FADRIQUE. Con ese acuerdo quedamos.

(*Sale el* DUQUE *y la* PRINCESA, *y el* MARQUÉS *y acompañamiento y* NICOLÍN.)

NEREIDA. Al mejor tiempo del mundo
Vuestras Altezas llegaron.
AURORA. Sean mil veces bien venidos.
FADRIQUE. Para hacer siglos los años.
PRINCESA. Grandes son estas mercedes.

(1) A: "Yo lo aceto. FAD. Yo lo hago."
(2) A: "Pues el campo."
(3) B: "tenga".
(4) B: ("*Al entrarse sale el* CAPIÁN *primero.*")

DUQUE. Después de estimallas tanto
y abrazar a Carlos, quiero
dar a mi hija un abrazo;
porque como he sido y soy
padre que la quiere (1) tanto,
cada vez que vuelvo a vella
vuelvo a ponella en mis brazos.
NICOLÍN. ¿Ve lo que le dije yo?
CARLOS. Y mis venturas alabo;
que pues me vi con el Duque
entre los mismos peñascos
donde Nereida vivía,
y es su padre, con su abrazo
callando me ha satisfecho.
¡Qué dichoso desengaño!
DUQUE. ¡Fadrique, Carlos, Aurora!
Fácilmente aseguraros
pienso, porque si ha de ser,
para verse Rey jurado,
uno de los dos esposo
de Aurora, yo sé que en vano
puede Carlos pretendello;
y así, Fadrique, la mano
es justo darle y ser rey,
pues también sé que esperando
le está a Carlos otro reino.
PRINCESA. No lo impidas.
AURORA. Pues es claro
que callan, obedecer (2)
será lo más acertado.
FADRIQUE. Tuyo soy, y el más dichoso (3).
Y yo con darle la mano,
que te debo, daré fin
al *satisfacer callando.*

FIN

(1) B: "quiero".
(2) A: "que callando se obedece".
(3) A: "Y yo el hombre más dichoso."

COMEDIA FAMOSA

DEL

SECRETARIO DE SÍ MISMO

DE

LOPE DE VEGA CARPIO [1]

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES:

FEDERICO, *Duque de Milán.*
RODULFO, *Duque de Mantua.*
OTAVIA *y* CELIA, *damas.*
PRÍNCIPE DE VISINIANO.
CAMILO.
FABRICIO.
CASANDRA, *muger de* UBERTO.
UBERTO.
GONZALO, *lacayo.*
CESARINO, *hijo de* UBERTO.
JULIA, *criada.*
FEDUARDO.
FABIO COLONA.
VALERIO, *declarante.*
BELARDO, LUCINDA *y* CLORIDANO, *jardineros.*
CAPITÁN ORACIO.
Tres SOLDADOS *y un* TAMBOR.
[CAPITÁN].
[ESCRIBANO].

ACTO PRIMERO

(*Salen* FEDERICO, *Duque de Milán, y* RODULFO, *Duque de Mantua,* OTAVIA *y* CELIA, CAMILO *y* FABRICIO.)

FEDERICO. ¿Qué mandáis para Milán?
OTAVIA. Que allá os acordéis de mí.
FEDERICO. Diréis que cuantos se van
prometen hacerlo así (2).
cuando obligados están;
pero que faltan después
a su palabra.
OTAVIA. Eso es
adonde falta valor.
FEDERICO. ¡Qué gracia! ¡Muero de amor!
Voime en fin; dadme esos pies.
OTAVIA. Mas las manos me dad vos
para besallas.
FEDERICO. ¡Qué agravio!
RODULFO. ¡Qué tiernos estáis los dos!
FEDERICO. ¡Bella dama!
OTAVIA. ¡Viejo sabio!
FEDERICO. Otavia, adiós.
OTAVIA. Duque, adiós.
Vuélvase vueseñoría.
RODULFO. Yo os tengo de acompañar.
OTAVIA. Eso obligarme sería
a volveros a pagar
en la misma cortesía.

(*Vanse las damas.*)

RODULFO. ¿Qué os ha parecido Otavia,
mi hija?
FEDERICO. Tan bella y sabia,
Duque de Mantua, que creo,
que aunque alabarla deseo,
el que la alaba la agravia.
De suerte me ha parecido,
que a ser libre y ser mancebo
os la pidiera.
RODULFO. No ha sido
vuestro pensamiento nuevo,
si fué en mi pecho nacido.
Que teniendoos tanto amor,
por todo extremo me holgara,
fuera de vuestro valor
que el deudo le confirmara,
para que fuera mayor.
FEDERICO. Si vos, Duque, me tenéis
el que os tengo en lugar mío,
otro yo tener podéis.
RODULFO. ¿Otro vos?
FEDERICO. Tal, que confío
que como a mí le estiméis.

(1) A: Parte VI, Madrid, 1616; B: Parte VI, Madrid, 1615.
(2) B: "ansi".

Yo tengo un hijo.
RODULFO. ¿Vos?
FEDERICO. Sí,
antes de mi casamiento.
RODULFO. ¿Eso encubristes de mí?
FEDERICO. Guardar su vida es mi intento
y puedo (1) guardarla ansí;
que como nunca he tenido
sucesión de la Duquesa,
que la matase he temido,
porque en extremo le pesa
de haber tan esteril sido.
Críase junto a Milán;
pero ni él sabe quién es,
ni los que con él están.
RODULFO. Bien habéis hecho.
FEDERICO. Después
todos juntos lo sabrán.
Holgaréme de casalle
con Otavia.
RODULFO. Y yo de dalle
marido, que es otro vos.
FEDERICO. Concertémonos los dos,
y podré a Mantua envialle,
donde podrá estar seguro
hasta que herede a Milán.
RODULFO. Yo os hago homenaje, y juro
de dársela.
CAMILO. (¿En qué estarán?)
FABRICIO. (Entender algo procuro.)
FEDERICO. ¿No es mejor que vos y yo
lo firmemos?
RODULFO. Soy contento.
FABRICIO. (¿No lo has entendido? (2)
CAMILO. No.
FABRICIO. De Otavia.
CAMILO. ¿Qué?
FABRICIO. Casamiento.
CAMILO. ¿Con quién?
FABRICIO. Eso me faltó.
CAMILO. Oye más cerca.
FABRICIO. No puedo.)
RODULFO. Seguro de todo quedo,
pero vámoslo a firmar (3).
FABRICIO. Vamos.
CAMILO. No hay más que escuchar,
si en casarse estriba el miedo.

(*Vanse los Duques.*)

(1) B: "pienso".
(2) B: "sentido".
(3) B: "pero vamos a firmar".

FABRICIO. Que no entendimos con quién.
CAMILO. Al partirse en esto han dado.
FABRICIO. ¡Que juntos seis días estén
sin que desto hayan tratado
y que agora en esto den! (1)

(*Sale el* PRÍNCIPE DE VISINIANO.)

PRÍNCIPE.

Bien puede este jardín, Otavia ausente,
sacrificar aromas a los cielos,
la mosqueta (2) vencer los blancos hielos
de aquella sierra que relumbra enfrente,
salir en verdes hojas diligente
el blanco azar, y en encarnados velos
coronarse el clavel, y de los celos (3)
la violeta imitar el acidente (4).
Mas cuando salga Otavia, la mosqueta
se irá a su frente, y los claveles rojos
a sus labios que vencen sus colores.
El azar a sus dientes, la violeta
a sus ojos. Mas, ¡ay, hermosos ojos! (5)
¡Quién fuera el dueño de tan bellas flores!

CAMILO. ¡Príncipe!
PRÍNCIPE. ¡Camilo amigo!
¡Fabricio! ¿Partió a Milán
el Duque?
CAMILO. Di tu enemigo.
PRÍNCIPE. ¿Cómo?
CAMILO. Concertando están...,
¿mas para qué te lo digo?
Presto lo sabrás.
PRÍNCIPE. ¡Detente!
¿Qué conciertan?
CAMILO. Dar a Otavia
marido.
PRÍNCIPE. ¿Soy yo?
FABRICIO. ¿No siente
que siempre fortuna agravia
al más digno pretendiente?
CAMILO. El lo sentía.
PRÍNCIPE. ¡Ay de mí,
que no soy yo!
FABRICIO. Que no, sí:
que sí, respondo que no.
PRÍNCIPE. ¿A quién el Duque la dió?

(1) En B falta esta quintilla entera.
(2) B: "las mosquetas".
(3) B: "cielos".
(4) B: "occidente".
(5) B: "ay, dulces despojos".

FABRICIO. ¡Quedo! Otavia viene aquí.
CAMILO. Sólo queremos dejarte (1).
FABRICIO. Bien dices, que a solas puedes
de tus agravios quejarte,
o ya a lastimarte quedes,
o ya quedes a vengarte.
Que amor en la soledad
mejor dice lo que siente.

(*Vanse.*)

(*Salen* OTAVIA *y* CELIA.)

OTAVIA. ¿Ya es público en la ciudad?
CELIA. Ya se dice libremente,
si esto, Otavia, es libertad.
OTAVIA. ¿Quién es el que está suspenso
el brazo sobre la espada?
CELIA. Si es quien parece, y yo pienso,
de una gloria imaginada
estará pagando el censo.
OTAVIA. ¿Es aquél napolitano?
CELIA. El que por título tiene
Príncipe de Visiniano,
que sólo a servirte viene,
aunque ya te sirve en vano (2),
Y sin duda que estuvieras
muy bien empleada en él.
OTAVIA. En tu engaño perseveras,
y celosa, Celia, dél
vas inventando quimeras.
Te aseguro que en mi vida
supe, Celia, qué es amor.
CELIA. ¿Yo celosa? Estoy corrida
que hayas pensado ese error.
OTAVIA. Soy, como deuda, atrevida.
Perdona, prima, y hablemos
al Príncipe, que he de ser
tercera tuya.
CELIA. No haremos,
que su virtud puede hacer
un medio a tales extremos.
El te quiere y no le estimas;
yo le estimo, y no me quiere;
¿con qué esperanza me animas?
¿Qué quieres, prima, que espere,
que en su pensamiento imprimas?
Déjale estar.
OTAVIA. Eso no.
¡Príncipe!

(1) B: "Solos queremos dejarte."
(2) B: "aunque ya lo intenta en vano".

PRÍNCIPE. ¿Quién me llamó?
OTAVIA. Yo os llamo.
PRÍNCIPE. Si ese, yo os llamo,
fuera, señora, yo os amo,
respondiera el alma al yo;
pero ya el contento trueco
y la esperanza en azar,
su abril en noviembre seco,
porque hay de llamar a amar
lo que de la voz al eco.
OTAVIA. ¿Dormíades?
PRÍNCIPE. No dormía,
antes el alma está en vela,
que anda tal mi fantasía,
que la esperanza que vuela
sirve de perdida espía.
Si es la voluntad ciudad
donde reina la razón,
sus muros, señora, entrad,
porque quiere mi pasión
que reine mi voluntad.
¿Mas cómo la estimaréis
cuando se dice que os dan,
que ya Otavia, lo sabéis (1),
un castillo de Milán,
que muchos años gocéis?
OTAVIA. Verdad es, que el Duque ha estado
con mi padre, y que ha tratado
mi casamiento en secreto;
que es padre y puede, en efeto,
y es dueño y está obligado;
mas no sé que pueda ser
del Duque mujer, si tiene
ahora el Duque mujer.
PRÍNCIPE. Pues él a tratallo viene,
dueño debéis de tener.
Y sea, Otavia el que fuere,
cualquiera mi amor agravia,
pues no me queda que espere.
OTAVIA. No sé, por vida de Otavia,
pero sé que Celia os quiere.
Pagalda tan grande amor;
que amar, Príncipe, a quien ama
es deuda y es propio honor;
porque amar a quien desama
siempre fué notable error.
No digo yo que os desamo,
pero que no os agradezco
ese amor que injusto llamo;

(1) B: "porque vos lo merecéis".

que, en efeto, no merezco
ser amada, pues no os amo.
Pero, en fin, si en cortesía
puedo pedir que ese amor
troquéis en Celia este día,
la obligación del favor
quedará por cuenta mía.
¿Qué respondéis?

PRÍNCIPE. Que tuviera
por menos mal el que paso,
que no ver que la primera
causa por quien yo me abraso,
venga a servir de tercera.
Si vuestra prima os anima
a ser tercera, ¿qué acento
hará el alma que os estima,
siendo mi amor instrumento,
y vos tercera por prima?
¡No más! Hoy es bien que pier-
memoria, la confianza, [das,
si de algún favor te acuerdas,
que mal puede mi esperanza
cantar en tan falsas cuerdas.
Cuando cantaban a tres
mis potencias, fué pensando
que eras la prima, y después
que te fuiste destemplando
suenan tan mal como ves.
Cinco órdenes de sentidos
oyendo, viendo, tocando,
vi de tal manera unidos
su armonía regalando
tus ojos y tus oídos,
que pensé que el instrumento
no invidiara aquella Lira
que está en el celeste asiento;
mas tu falsedad que admira
hizo disonar mi intento;
y pues de tu boca oí
que a otra quiera, porque a ti
amor apenas te toca,
yo haré un sello de tu boca
que imprima ese intento en mí.
Que pues hasta aquí fué cera,
bien se imprimirá cualquiera;
pero no harás que se imprima
el vano amor de la prima,
a quien sirves de tercera.

(*Vase.*)

OTAVIA. El se fué.

CELIA. Ya que de ti
ese desengaño oí,
el suyo conquistaré;
que aquél no podrá mi fe
trocar porfiando en sí (1).
¡Ven! Notarásme un papel;
que quiero escribirle en él
lo que del alma me debe.

OTAVIA. El rogar y el amar mueve,
y, en fin, no hay hombre cruel
que rogando no se ablande,
por remontado que ande.

CELIA. Yo sé que, aunque le replique,
hará lo que le suplique
y lo que el amor le mande.

(*Vanse. Sale* CASANDRA *y* FEDUARDO.)

FEDUAR. No te canses.

CASANDRA. Yo descanso.

FEDUAR. ¿Qué me quieres?

CASANDRA. Que me quieras.

FEDUAR. ¿Son veras o burlas?

CASANDRA. Veras.

FEDUAR. De entrambas cosas me canso.
Las burlas, porque no son
para cosas de amor buenas;
las veras, porque están llenas
de infamia de mi opinión.
Es mi padre tu marido;
tú estás en lugar de madre;
¿cómo quieres que mi padre
pueda ser de ti ofendido?
Y considerar debieras
que, siendo noble como eres,
nunca las nobles mujeres
hacen esas burlas veras.

CASANDRA. Cuando una noble mujer,
Feduardo, hace un error,
siempre suele ser de amor,
que otro error no puede ser.
Y éste en la que fué primera
que amó, y por amar erró,
para todas alcanzó,
que perdonarse debiera.
Fuera de que tú no estás
libre de la culpa mía.

FEDUAR. ¿Cómo que no? ¿Pues podía
otro resistirte más?

(1) B: "que a quién no podrá mi fe
trocar porfiando en ti".

CASANDRA. ¿Las leyes que obedecemos
no son justas?
FEDUAR. Son del Rey
o del César.
CASANDRA. Una ley
dice, que todos sabemos,
que quien es causa del daño
el mismo daño comete:
tú causas que me inquiete,
¿luego es tu culpa?
FEDUAR. Es engaño;
y ahora acabo de ver
que os dió la naturaleza
espantosa sutileza.
CASANDRA. Amo, ruego (1) y soy mujer.
FEDUAR. Casandra, a las santas leyes
los justos sentidos truecas:
si tú en desearme pecas,
¿qué culpa tienen los reyes?
Que ellos no dicen por mí
que soy la causa del daño,
antes, pues te desengaño,
está todo el daño en ti.
Un desatinado amor
condición de hereje tiene,
y por eso huír conviene,
no se me pegue su error.
Bien es justo que te deje
con este amor o locura,
porque en trocar la escritura
tiene condición de hereje.
CASANDRA. ¡Oye! Ya que no agradezcas
mi amor, mi disculpa escucha.
FEDUAR. ¿Luego tu culpa no es mucha,
aunque disculpa me ofrezcas?
CASANDRA. Yo casé moza con viejo.
FEDUAR. Nadie te pudo forzar.
CASANDRA. No entendí en su casa hallar
sino sólo aquel espejo.
Hallé tres: tu padre Uberto,
tú y Cesarino, tu hermano.
Miréme en Uberto en vano,
aunque era mi espejo cierto,
que me hizo como él,
miréme en tu hermano, y vi
que no confirmaba en mí,
ni hallaba mi gusto en él;
miréme en ti, y en mi vida
me vi tan propria. Pues di,
¿por qué, si me veo en ti,
sufres tan mal que te pida
que en ti permitas mirarme (1),
y que esa luna de enojos
temple el cristal de los ojos
que pudieron retratarme?
¿Sabes, mi bien, qué imagino? (2)
Que a estas niñas de sus velos
les doy con mirarme celos
en su espejo cristalino.
Y como está cada cual
en una esfera tan bella,
teme que la saquen della
mis ojos, si le hacen mal;
y no es mucho que este enojo
les cause mi pretensión,
porque, como niñas son,
recela morir de ojo.
¡Llégate acá; no te esquives!
FEDUAR. ¡Casandra, mira que soy
tu hijo.
CASANDRA. Por eso estoy
triste, que de ti me prives.
Bien puede una madre hacer
a su hijo estos amores.
FEDUAR. Yo los hiciera mayores,
si justos pudieran ser.
Mas si ofender a un amigo
es tan gran deslealtad,
a un padre, ¿habrá igual maldad (3),
ni más digna de castigo?
¿Quién en el mundo lo ha hecho?
CASANDRA. ¿Quién? Un hijo de un rey santo.
FEDUAR. ¿Que por tu mal sepas tanto?
¿Qué furia te mueve el pecho?
Si Absalón hizo esa ofensa
a su padre, el árbol mira,
donde colgado suspira.
CASANDRA. Que eres más gallardo piensa.
FEDUAR. Mi padre viene.
CASANDRA. ¡Ay de mí!
¡Tanto mal en tanto bien!
Voime, y a morir también,
pues voy a vivir sin ti.

(*Vase* CASANDRA.)

FEDUARDO.

El cielo estuvo sobre Atlante fijo;

---

(1) B: "como ruego".

(1) B: "que en ti quedé por mirarme".
(2) Las tres redondillas siguientes faltan en B.
(3) B: "a su padre habrá igualdad".

alzar un toro, de Milón se cuenta;
salir en un delfín de una tormenta
pudo Anfión, y sobre el Aries, Frijo;
Eleno sabio a Troya el fin predijo;
Erostrato inventó fama y afrenta;
ganar el mundo el Macedonio intenta;
llegar, ver y vencer el César dijo.
Igualar las grandezas de Trajano
será posible a un hombre cuando llega
a heroico ingenio y valerosa mano;
mas despreciar una mujer que ruega
es más divino que valor humano:
que quien niega a mujer, ser hombre niega (1).

(*Sale* UBERTO.)

UBERTO.

¿Qué haces solo?

FEDUARDO.

Estaba imaginando
en que los hombres, aunque estudien siempre,
no saben lo que andando el mundo saben:
danos ejemplo la pequeña araña;
teje, y anda, y caminando estudia.

UBERTO.

¿Pues cómo imaginaste esas quimeras?

FEDUARDO.

Por ver que aquí me tienes encerrado
en los años que ya no lo permiten,
porque para estudiar letras humanas
no sé yo qué me quede que no sepa.
Yo sé Filosofía y Matemática;
sé la lengua francesa y la española;
en la latina muchos encarecen
mi verso y prosa; pues lo que es historias,
¿qué me preguntarás que no te diga?
Algo he leído las divinas letras;
sólo me queda ver alguna parte,
si no del mundo, de la madre Italia;
déjame, por lo menos, ver a Roma,
que es lástima que siempre en Milán viva,
sin salir una legua de sus muros.

UBERTO.

¿Tienes algún disgusto? ¿Qué has habido
con tu madrastra?

FEDUARDO.

¿Yo con mi señora
disgusto? Eso es engaño, que te juro
por Dios y por tu vida, que me quiere
más que si fuera de su misma sangre
y más que a ti mil veces.

UBERTO.

¿Pues qué gusto
te lleva a Roma?

FEDUARDO.

Ver su insigne corte,
la sagrada presencia del Pontífice,
la de tantos ilustres cardenales,
embajadores, caballeros nobles,
naciones, lenguas, tratos, libros, armas,
sólo para saber, o por lo menos,
para gozar lo que he leído en prática,
que el ejercicio afina la teórica (1).
Hijo te queda aquí, y hijo discreto;
y yo te doy palabra, padre mío,
de volver a Milán dentro de un año.

UBERTO.

Tu demanda es tan justa que me obliga
a que te dé licencia. Yo me parto
a ver al Duque, mi señor, que hoy llega,
y quiero recebirle como es justo,
que, como sabes, soy hechura suya.
¿Quién llevarás contigo?

FEDUARDO.

Irá Gonzalo,
el lacayo español, que es hombre de hecho,
y para los peligros importante.

UBERTO.

Mi bendición te alcance.

FEDUARDO.

Dadme, padre,
esa mano a besar.

UBERTO.

No la alargara,
sino para entregarte aquesta bolsa
en que llevar dineros, aunque pocos;
pero escribe en llegando, que en cualquiera
banco haré que te den dos mil escudos.

---

(1) Este soneto falta en B.

(1) B resume el pasaje así:
"... legua de sus muros.
UB. ¿Pues qué te lleva a Roma?
FED. Ver su corte,
la sagrada presencia del Pontífice.
Hijo te queda aquí..., etc."

FEDUARDO.
¡Guarde el cielo tu vida!

UBERTO.
¡Dios te guarde!

(*Vanse, y salen* GONZALO *y* JULIA.)

GONZALO. Quitaréla cuanto encierra
la cenefa de la cara;
haréla el rostro más listas
que jergueta o tiritaña.
Y por vida de, no más,
que tengo enojo; ¡esto basta!

JULIA. ¿No sabe lo que ha de hacer,
mi señor limpiagualdrapas?
Volverme el lienzo y dejar
para el otro las bravatas,
que es hombre.

GONZALO. ¡Quedo! ¿Que es hombre?
Todos los (1) que tienen barbas,
¿no son hombres, Julia o Julio?
Que hay barbas de muchas castas:
barbas tiene una cebolla,
un nabo, un gallo, una cabra,
y una mano de carnero
tiene barbas mal peladas;
barbas tiene una cometa,
y mujeres hay barbadas,
que de lejos se saludan;
y un sabañón tiene barbas.
Pero no son hombres estos,
porque sólo hombres sé llaman
los españoles qúe tienen
las barbas dentro del alma.

JULIA. ¡Oh, españoles fanfarrones,
todos voces y palabras!
Nidos sois de la soberbia,
allí le nacen las alas.
Si se perdiera, en vosotros
se hallaría la arrogancia:
¡quién os ve venir perdidos
a la grandeza de Italia!
Un alpargate de cuerda,
una espadilla sin vaina,
y en medrando, en cuatro días,
una cuera y unas calzas.
Decir que sois don Mendoza,
don Toledo y don Guevara.

GONZALO. Eso diráse por otros;
que si pobre fuí en España,
más pobre en Italia soy.

(*Ha estado divertido*) (1).

FEDUAR. Bien está así mi jornada.
Esta es la traza mejor.

GONZALO. ¡Quedo! ¡Mi señor estaba
divertido aquí!

JULIA. ¡Ay de mí!

FEDUAR. ¿Gonzalo?

GONZALO. ¡Señor!

FEDUAR. Desata
aquel español overo
en que suelo andar a caza,
y ponle el mismo aderezo
de monte; que hay gran jornada.

GONZALO. ¿Dónde vas?

FEDUAR. A Roma voy.

GONZALO. ¿A Roma? ¿Y quién te acompaña?

FEDUAR. Tú vas, Gonzalo, conmigo,
que mi señor te lo manda.
Ensilla, mientras me calzo.
¡Adiós, Milán; adiós, patria!
¡Adiós, padre; adiós, hermano!
¡Adiós, infame madrastra!
Que eres mujer y soy hombre;
y aunque tengo confianza
de mi virtud y nobleza,
temo tus lágrimas falsas.
Huír de amor es vencer;
no seas Fedra, Casandra;
yo Hipólito; el padre mío
Theseo y el mar tus ansias.

(*Vase.*)

JULIA. ¿En fin, a Roma te vas?

GONZALO. Sí, Julia.

JULIA. ¡Extraña desgracia!

GONZALO. ¿Lloras?

JULIA. Sí, que una partida
descubre el amor del alma.

GONZALO. ¿Amor me tienes?

JULIA. Me muero.

GONZALO. ¿Cuando me voy, Julia ingrata?

JULIA. ¿Qué me has de traer de Roma?

GONZALO. Muchas cosas.

JULIA. Dime cuántas.

GONZALO. Unas cuantas con tu amor,
pues ausencia las remata,
y unas gracias y perdones
de las traiciones pasadas.

---

(1) A: "les".

(1) (*distraído*).

JULIA. No quiero que eso me digas.
GONZALO. ¿Pues qué quieres?
JULIA. Que me traigas
muchas cosas que hay allá,
muchos regalos y galas.
GONZALO. Las agujas de Trajano
para que cuellos me hagas;
seis cardenales de azotes;
azúcar, piedra de estatuas;
los sonetos de Pasquín,
y de Marforio (1) las gracias;
los gansos del Capitolio,
y de Santángel la guarda;
garbanzos de Cicerón
y de la mula del Papa
dos coces para las sienes;
de Virgilio la canasta;
las lenguas de sus naciones
y de sus coches las lanzas;
las mentiras de sus nuevas,
y los portes de sus cartas (2)
Pero en pago desto, Julia,
tenme en tu memoria, y guarda
la castidad que me debes
siendo, mas no haciendo casta.
JULIA. Tú verás, pues vas a Roma,
que entre sus mármoles hallas (3)
a Julia junto a Lucrecia
por firme y por desdichada.
¡Vete, mi bien!
GONZALO. Dame prenda.
JULIA. Toma este listón de nácar.
Tú ¿qué me das?
GONZALO. Este lienzo
lleno de lágrimas pardas.
JULIA. ¡Qué mal teñido salió!
GONZALO. ¡Jabónale!
JULIA. El llanto basta.
GONZALO. ¡Adiós, oro de Milán!
JULIA. ¡Adiós, Romana gualdrapa!

(*Vanse, y salen* FEDERICO *y* UBERTO.)

FEDERICO. Salid fuera todos.
UBERTO. Dame
otra vez tus pies, señor.
FEDERICO. Mis brazos con justo amor,
que es razón que así le llame.
UBERTO. ¿Qué miras?
FEDERICO. Miro si aquí
viene con vos Feduardo.
UBERTO. No, señor.
FEDERICO. Pues verle aguardo.
UBERTO. No está en Milán.
FEDERICO. ¿Cómo así?
UBERTO. Fuése a Roma.
FEDERICO. ¿Pues por qué?
UBERTO. Porque licencia pidió
para verla, y pensé yo
que en el dársela acerté.
FEDERICO. ¡Ay de mí, que habéis errado!
UBERTO. ¿Errado?
FEDERICO. Sí.
UBERTO. ¿Pues quién es?
FEDERICO. Mi hijo.
UBERTO. Señor, ¿no ves
que sin culpa me has culpado?
Niño me le diste aquí,
mas sin decirme quién era.
FEDERICO. Pensé yo que lo entendiera
quien tanto siente de mí.
Uberto, al hombre discreto
basta, si tiene valor,
darle un secreto el señor,
sin que le diga el secreto.
Gran enojo me habéis dado.
UBERTO. Si nunca jamás le vías,
¿cómo, señor, pretendías,
que le entendiese cifrado?
Cuando el señor da un papel
a un vasallo (1) a guardar,
no sólo abrirle ha de osar,
para ver lo que hay en él,
pero apenas atreverse
a jurar que es papel blanco,
FEDERICO. Cuando el señor es tan franco,
sin leerle ha de entenderse.
UBERTO. Diez años ha que no ves
a Feduardo, ¿cuál hombre
de tu hijo diera nombre,
a quién?
FEDERICO. Pues mi hijo es.
Y pienso que ha de heredarme,
porque parir la Duquesa,
es una imposible empresa.
UBERTO. Ya no quiero disculparme.

(1) B: "y de los portes las cartas".
(2) B: "entre sus amores halla".
(3) Texto: "Morfodio", pero debe ser "Morforio", alusión a la estatua antigua que había en la plaza de Pasquino de Roma.

(1) B: criado".

Pero no te cause pena;
no irá seis leguas de aquí.

FEDERICO. A la Duquesa temí,
de envidia (1) y de celos llena,
y por eso no he querido
ver mi hijo en tantos años;
mas ya que sus desengaños
a este punto me has traído,
quiera o no quiera, en Milán
Feduardo ha de vivir;
como a mí le han de servir.
¿Es entendido? ¿Es galán?

UBERTO. Señor, agora me acuerdo
de tu juvenil edad;
retrata esa majestad,
es galán, prudente y cuerdo.

FEDERICO. Pues sabed que le he casado
con la más bella mujer
que ha visto Italia.

UBERTO. Ha de ser
gloria y honor de tu estado.
¿Podré saber dónde?

FEDERICO. Sí,
que tu lealtad no la agravia
mi amor. ¿Nunca oíste a Otavia
decir?

UBERTO. Su alabanza oí (2)
en mil libros y canciones
de los poetas modernos;
tendrá dos grandes gobiernos;
en alto lugar la pones.
Será, Uberto, Feduardo
Duque de Mantua y Milán.
Traedle aquí (3).

UBERTO. Luego irán
tras él Fineo y Ricardo.

FEDERICO. No sino tú mismo, y mira
que te aguardo, al hacer salva,
mañana en mi Corte al alba.

UBERTO. (¿Quién en esta edad se mira
de los sucesos pasados
de un Primislao, de un Galerio,
de un Dario, que en tanto imperio
fueron por industria honrados?
Pues ya me ha pasado a mí
por el pensamiento un hecho
digno del valor del pecho
del linaje en que nací.
Por reinar a ningún hombre
se dió nombre de traidor.)

CESARINO. ¿No fuera razón, señor,
siquiera por sólo el nombre,
que partiéndose mi hermano,
supiera que se partía?

UBERTO. Deje vuestra señoría
ese estilo humilde y llano,
y abra los ojos a ver
otro mundo y otro estado
para que Dios le ha criado.

CESARINO. ¡Cielos!, ¿qué puede esto ser?
Señor, levantaos del suelo.
Padre, ¿qué es esto? ¿Qué hacéis?

UBERTO. Dejar el nombre podéis
por el que os ha dado el cielo.
Que ya no soy vuestro padre.

CESARINO. ¡Ay, señor, no digáis tal!

UBERTO. Hijo fuistes natural
del Duque, aunque no de madre,
el que manda que os lo diga,
porque en Mantua os ha casado.

CESARINO. ¿Burláisos, padre?

UBERTO. Hoy he dado
fin a la honrosa fatiga
de criaros en mi casa.
Venid, besaréis sus pies.

CESARINO. ¿Esto es sueño? Sueño es;
no es posible que esto pasa.
Padre y señor, ¿qué decís?
¿Habéis el seso perdido?

UBERTO. Príncipe, verdad ha sido
la que de mi boca oís;
que no es sueño, ni defeto
de mi seso; en eso estoy.

CESARINO. ¿Que hijo del Duque soy?

UBERTO. Hoy se descifra el secreto.
Vos os llamáis Feduardo;
que Feduardo el ausente
es mi hijo solamente.

CESARINO. ¿Qué me detengo? ¿A qué aguardo?
Cubríos, Uberto.

UBERTO. ¡Bien!
Ved qué grave se pasea.
¿Qué humilde habrá que lo sea
en viéndose en tanto bien?
Pues por Dios que el otro es (*Ap.*)
hijo del Duque, y él mío;
mas deste cambio confío

(1) B: "invidia".
(2) B: "...Otavia?
UB. Sus alabanzas oí..."
(3) B: "Traelde aquí."

un excesivo (1) interés.
Que mi hijo será, en fin,
Duque de Mantua y Milán.
Poneos, señor, galán.
¿Cómo va en Francia el Delfín?
Y vamos donde os aguarda.

CESARINO. Llamad guarda.

UBERTO. No conviene.
Ved la soberbia que tiene (2);
ya el necio pide la guarda.

CESARINO. Venid, Uberto, a mi lado,
yo os debo todo este honor.

UBERTO. Bien me lo debéis, señor,
que, en efeto, os he criado.
Mirá que al Duque digáis,
que íbades a Roma vos,
que yo se lo dije.

CESARINO. ¡Adiós,
casa humilde!

UBERTO. Y que advirtáis
que no os llamáis Cesarino.

CESARINO. Ya sé que soy Feduardo.

UBERTO. Vos sois, Príncipe gallardo,
de la hermosa Otavia digno.
Con ella en Mantua casáis.

CESARINO. ¿Que es tan hermosa?

UBERTO. Es un cielo.

CESARINO. Que la merezco recelo.
¿Cómo gente no llamáis? (3)
Tráiganme joyas de precio;
denme presto de vestir.

UBERTO. (Ya me empiezo a arrepentir,
que es muy soberbio este necio.)

(*Vanse, y salen* FEDUARDO *y* GONZALO, *de camino.*)

GONZALO. ¡Notables grandezas son!

FEDUAR. No es mucho que mayor sea,
que la que tuve en idea,
digo, en mi imaginación.
No sé cuál camino tome;
un labrador tosco imito.

GONZALO. Busquemos aquel librito
De mirabilibus Romae,
que él nos servirá de guía.

FEDUAR. ¡Qué edificios! ¡Qué grandezas!
¡Qué mármoles! ¡Qué bellezas!
¡Qué imperio! ¡Qué monarquía!

(1) B: "exclusivo".
(2) B: "la observancia que tiene".
(3) B: "no la amáis".

Con razón tan gran ciudad (1)
cabeza del mundo fué,
y hoy silla de nuestra fe.
¡Qué asiento! ¡Qué majestad!

GONZALO. ¡Qué hambre! ¡Qué dilación!
¡Qué camino! ¡Qué hosterías!

FEDUAR. ¿Qué es eso?

GONZALO. Grandezas mías,
que siempre flaquezas son.

FEDUAR. ¡Oh, barca ilustre de Pedro,
pescador de almas dichoso!
¡Oh, monte Líbano hermoso,
ceñido de palma y cedro!
Tú en siete montes fundada,
¡oh, ciudad santa y divina!,
eres Roma peregrina,
en Jerusalén sagrada.
Iglesia al fin militante,
hasta que llegue aquel día
que tenga la Monarquía
la Jerusalén triunfante.

GONZALO. Entre discurso y discurso
¿no es hora que se aperciba
cualque cosa manjativa? (2)

FEDUAR. Siempre corres por tu curso;
¿no tendrás seso una vez?
¿No verás adónde estás?

GONZALO. No puedo ya sufrir más
los golpes del almirez.
Aquí en Roma hay una gente
entre muchos bajos tratos
que pregonan para gatos
tripas en voz insolente.
Y apenas por la ciudad
escuchan estos reclamos,
cuando maullando a sus manos
atruenan la vecindad.
Yo, pues, que en las casas sien-
los relojes del comer, [to (3)
que almireces suelen ser,
a su voz pido sustento.
Deja, por Dios, Feduardo
de ver grandezas de Roma,
mientras busco dónde coma.

FEDUAR. ¡Oh, qué español tan gallardo!
¿Quién entra en esta ciudad,
que no dé al alma primero
el sustento que hoy espero,

(1) Texto: "cuydado".
(2) A. "mañativa".
(3) B: "en las mías siento".

mirando su majestad?
Come el alma por los ojos
de la grandeza que mira.
GONZALO. Tu vano ingenio me admira;
¿qué miras?
FEDUAR. Estos despojos
de la romana grandeza,
baños, termas y teatros,
colosos, anfiteatros,
reliquias de aquella alteza.
Lo que en César he leído,
en Salustio, en Cicerón,
en Livio, que historias son
de lo que este imperio ha sido,
traigo a la memoria ahora.
¡Oh, quién a Virgilio viera,
y mil abrazos le diera!
Tanto mi ingenio le adora.
GONZALO. ¡Oh, quién viera un asador
con dos piernas de carnero
entre seis panes y un cuero!
FEDUAR. ¿Pareciérante mejor?
GONZALO. Mas pensé que eran badanas.
FEDUAR. Con qué ingenio soberano
dijo: *arma virumque cano...*
GONZALO. Deja esas quimeras vanas,
¡pesar de Roma y de mí!
FEDUAR. Pues aquel gran Cicerón,
¿no es divino?
GONZALO. Cosas son
de gran gusto para ti.
Mas para mí no hay regalo
como el tomo de un jamón.
FEDUAR. ¿Posible es que Cicerón
se condenase, Gonzalo?
GONZALO. ¿Ahora piensas en eso?
FEDUAR. ¿Pues no es lástima?
GONZALO. ¿De qué?
FEDUAR. De ver que un hombre que fué
quien tuvo este imperio en peso,
quien escribió las *Costumbres*,
la *Virtud*, el *Amistad*,
pierda aquella claridad
de las inmortales lumbres.
GONZALO. ¡Lleve el diablo a Cicerón,
a Virgilio y a Lucano!
Comamos, que rabio.
FEDUAR. ¡Oh, hermano,
que has nombrado un gran varón!
Lucano fué aquel sobrino
de Séneca; entrambos son
de España, y así es razón
que honres su ingenio divino.
GONZALO. Mas que fueran de Turquía.
FEDUAR. Matólos Nerón tirano.
GONZALO. Hizo muy bien.
FEDUAR. ¿A Lucano?
GONZALO. A Lucano y a Lucía.
No te falta ya, por Dios,
sino contarme su muerte.
FEDUAR. ¿Qué cédula es ésta? Advierte,
y lee para los dos.
GONZALO. Yo apostaré que se alquila
por aposento vacío
mi estómago, señor mío.
FEDUAR. Calla, y el ingenio afila.

(*Lee la cédula.*)

"*En estas casas del señor Fabio Colona se ha hallado un mármol, cuya figura no se sabe qué es, por tan antigua: al que la declarara le darán doscientos escudos.*"

GONZALO. En esto quisiera yo
que tu ingenio se empleara.
FEDUAR. Que sale gente repara;
alguno le declaró.

(*Sale* FABIO COLONA *con acompañamiento, con una figura de mármol con tres letras en la basa, y un sol en la mano derecha, unas alas en la izquierda, y* VALERIO, *declarante.*)

FABIO.

Sin duda que es lo que Valerio dice,
y así es razón que el lauro, premio y honra
le demos, pues, en fin, ninguno ha dado
tal interpretación a la figura.

UNO.

Justo es que le honres.

FABIO.

Vespasiano
traiga el laurel y el dinero.

Aquí está todo.

(*En una fuente traen una corona de laurel y una bolsa.*)

FABIO.

Toma, Valerio insigne, esta guirnalda
de laurel vencedor, divinas hojas,
sangre otro tiempo de la ingrata Daphne,
tan digna de tus sienes virtuosas.

VALERIO.

¡Oh, gran Fabio Colona, a quien ahora
fuera el que celebró la sangre ilustre
de aquel troyano de quien tú la tienes
para gloria de Italia, y por columna
de la sede apostólica romana,
para dejar al mundo en dulces Eglogas,
otro Cornelio Galo celebrado!

FEDUARDO.

Aunque parezca a un hombre forastero
licencia hablar en ocasiones tales,
generoso Colona, que por Plinto
tienes desta ciudad los siete montes,
y en vez de chapitel una sirena,
te suplico me dejes ver el mármol,
y sepa yo lo que Valerio ha dicho.

FABIO.

Mancebo, en tu presencia y en tu lengua
se conoce tu sangre, ingenio y méritos:
tarde has venido, pero no es muy tarde,
que si mejor el mármol interpretas,
aún no se ha ido el que tiene el lauro,
y de la suya pasará a tu frente.

VALERIO.

Aquí estoy yo, mancebo generoso,
que como venzas, de mi propia mano
tendrás el premio que gozó la mía.

FEDUARDO.

¿Quién dices que es aqueste blanco mármol?

VALERIO.

¿Sabes que soy Valerio, celebrado
en toda Italia, por mi prosa y verso?

FEDUARDO.

Huelgo de conocerte.

VALERIO.

¿Has estudiado?

FEDUARDO.

Letras humanas estudié con gusto
de saber las historias de los hombres,
y las naturalezas de las cosas.

VALERIO.

Yo digo que es aqueste mármol Venus,
diosa inmortal, que es la que Tulio llama
hija del cielo y del hermoso día;
el ala que en la mano ves, la enseña
madre de amor, que ansí la llama Ovidio;
el sol de la derecha nos declara
el odio grande que con él tenía,
porque la descubrió con Marte a solas,
que en la casa de Marte, con las furias
la pone Teodoncio; estas prisiones
que a los pies la acompañan, muestran claro
que las pone el deleite a los mortales.
Tal la pinta la misma Astrología,
si Albumasar y a Guido y otros lees (1).
No es ésta la que engendra el amor casto
que dicen los filósofos, y entiende
de aquellos tres amores Aristóteles,
útil, honesto, deleitable, y pienso
que es lo que llama la escritura Astarte
allá en el cuarto libro de los Reyes,
que adoró Salomón cuando fué idólatra.
Muchas dijera más de las que he dicho;
mas basta confirmarlo con las letras.

FEDUARDO.

¿Qué letras tiene?

VALERIO.

V. D. I., que dicen:
Venus Diosa Inmortal.

FEDUARDO.

Todo es engaño.

VALERIO.

¿Engaño? ¿De qué suerte?

FEDUARDO.

Estadme atento
mientras que la verdad del mármol toco.

UNO.

O aqueste es grande ingenio, o está loco (2).

FEDUAR. Este mármol, Fabio ilustre,
es la verdad soberana,
de quien, por no ser prolijo,
no digo sus alabanzas.
Las alas de aquesta mano
nos muestran que se levanta
al cielo porque la oprime
la tierra en prisiones varias:
que no hay cosa que los hombres
opriman con fuerza tanta
como la verdad divina
con tantas mentiras falsas:

(1) B: "si Albusamar, Aguido y otros tales".
(2) B: "es grande ingenio, está loco".

la historia con las lisonjas,
la poesía con las fábulas,
los pequeños con el miedo,
los grandes con la arrogancia.
Y estas son estas prisiones,
y aquéllas, Fabio, las alas,
que no porque son de amor
en su mano las pintaran.
El sol que está en la derecha
muestra que ha de ser tan clara
como los rayos del sol
la verdad ilustre y santa;
porque si ésta Venus fuera,
que al claro sol por su infamia
aborrece, le tuviera,
no las manos, en las plantas.
Y así Aristóteles dice
que la verdad declarada (1)
consiste para que sea
cierta, segura y sin falta
en la igualdad de las cosas
que se conforman y igualan
con el ingenio de aquel
que las entiende y alcanza,
bien se ve que esto convino
con lo que ahora se trata,
y que veis lo que entendéis,
pues las letras lo declaran:
V. D. I., Veritas Dei
Imago; la verdad santa
es Dios, porque es su atributo,
su imagen y semejanza.
Sol, alas y virgen presa,
hasta que el tiempo la saca.

FABIO. Dame esos brazos, mancebo,
que sér la verdad es llana,
y mentira quien la niega.

TODOS. ¡Vítor, vítor!

VALERIO. ¡Cosa extraña!

FABIO. Muestra ese lauro, Valerio.

FEDUAR. Eso no, que a mí me agravias.
Valerio le ha merecido;
su estudio, gran señor, pagas.
Ni el dinero ni el laurel
le has de quitar.

FABIO. Bien declara
tu grande humildad tu ciencia,
porque es del cielo palabra.

VALERIO. No es razón que yo le tenga,
pues tú, mancebo, le ganas.

FEDUAR. Deja, Valerio, el laurel,

FABIO. ¡No te le quites, aguarda,
que laurel y premio habrá
para premiar tantas gracias.
¿De dónde eres?

FEDUAR. De Milán.

FABIO. ¿Tu linaje?

FEDUAR. Sangre honrada.
De los Ariobistos soy;
mi padre fué la privanza
del gran Duque Federico.

FABIO. ¿Dónde vas?

FEDUAR. A ver a Italia.

FABIO. ¿Cómo te llamas?

FEDUAR. Feduardo.

FABIO. ¿Conoces mi nombre?

FEDUAR. Basta
saber que es Fabio Colona.

FABIO. ¿Quieres quedarte en mi casa?

FEDUAR. Hácesme mucha merced.

FABIO. Mi secretario te llama;
gobernador soy de Roma.

FEDUAR. Eres coluna romana.

FABIO. Vamos. Veráte mi padre,
y haré que te den de plata
lo mismo que el mármol pesa.

FEDUAR. Tu mismo nombre te alaba.

UNO. ¡Bravo ingenio!

OTRO. ¡Peregrino!

VALERIO. ¡Qué envidia me abrasa el alma!

UNO. ¡El milanés, vítor!

TODOS. ¡Vítor!

GONZALO. ¡Válate Dios por estatua!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO

(*Salen el* DUQUE DE MANTUA *y* FABRICIO.)

FABRICIO. (1) Darte quiero el parabién
del casamiento de Otavia.

RODULFO. La elección ha sido sabia,
y la dilación también.
Ventura tuve, Fabricio,
en este dichoso empleo.

FABRICIO. Ha sido común deseo,
y el cielo a todos propicio.

RODULFO. Ya Federico ha llevado

(1) B: "que quien la verdad declara".

(1) A: Falta indicación de la persona que habla.

a Feduardo a Milán.
FABIO. Dícenme que es muy galán,
y más que galán, letrado.
RODULFO. Di cortesano también,
que en las cartas de su mano
muestra que es gran cortesano,
y hombre de letras también.
FABIO. Dejarás en tus estados,
si es letrado, un gran gobierno.
RODULFO. Hacen un imperio eterno
los príncipes enseñados.
Yo, como sé que es tan sabio,
quiero que lo sea Otavia,
porque, siendo menos sabia,
después no se llame a agravio
y para aquesto he buscado
en toda Italia un varón
que tenga justa opinión
de cortesano y letrado.
FABIO. ¿Hasle hallado?
RODULFO. En Roma hallé
un hombre del mismo nombre
de mi yerno; en fin, un hombre
como yo le imaginé.
Hízole Fabio Colona
por su virtud secretario,
pero fuéme necesario
interponer la persona
de Su Santidad a efeto
de que por algunos días
me le diese.
FABRICIO. Bien confías
de un cortesano discreto
y letrado el noble oficio
de maestro de tal dama.
RODULFO. Fué en Roma grande su fama.
FABRICIO. ¿Cómo viene a tu servicio?
RODULFO. Con nombre de Secretario,
como Fabio le tenía.
FABRICIO. ¿Y vendrá?
RODULFO. Este mismo día,
aunque el tiempo le es contrario.
Este fué el que declaró
aquel mármol no entendido,
por quien laureado ha sido.

(*Sale* CAMILO.)

CAMILO. El secretario llegó.
RODULFO. Entre, y bien venido sea.

(*Salen* FEDUARDO *y* GONZALO, *de librea.*)

FEDUAR. El que serviros desea,
y tanto bien mereció
de los cielos soberanos,
pues tal merced suya es,
hoy, gran Duque, a vuestros pies
pide que le deis las manos.
RODULFO. Con los brazos os recibo
como prenda que deseo,
porque en vuestro rostro veo
lo que ya en mi amor escribo.
¿Cómo venís?
FEDUAR. Como quien
viene a serviros, señor.
RODULFO. ¡Buen talle!
FABRICIO. Muestra valor.
RODULFO. Luego aposento le den.
CAMILO. Ya está, señor, prevenido
cerca del cuarto de Otavia.
RODULFO. Honrar persona tan sabia
es a las letras debido.
FABRICIO. Así Alejandro lo hacía
y Aristóteles honraba,
César a Virgilio amaba,
Roma aplauso igual le hacía.
RODULFO. Llamad a Otavia. Hoy le muestro
con el favor el placer,
y es justo que venga a ver
el discípulo al maestro.
FEDUAR. ¡Gonzalo!
GONZALO. ¡Señor!
FEDUAR. Aquí
conviene que tengas seso.
GONZALO. Todo un Catón tengo impreso
después que el palacio vi.
No hayas temor que me atreva
a deslizar el humor.
FEDUAR. Eso, Gonzalo, es mejor,
aunque en tu humor cosa nueva.
Que tiempo hay de reír
y tiempo hay de callar (1).
GONZALO. Como yo te vea medrar,
bien me esforzaré a sufrir.
¡Ah, señor! ¡Cómo es gran cosa
salir de su tierra un hombre!
FEDUAR. Para ganar fama y nombre
cuando hay estrella dichosa,
nadie es perfecto en su tierra;
que son palabras de Dios.
GONZALO. Bien se dirá por los dos,

(1) B: "que tiempo habrá de reír
y tiempo habrá de llorar".

si envidia no te hace guerra.
Yo era en España un hidalgo
pobre; vine a Italia bella
y de tu lacayo en ella
a ser caballero salgo;
que la merced que me has hecho
me alienta a una grande hazaña.

FEDUAR. ¿Tú eras hidalgo en España?
¿Tú eras cosa de provecho?

GONZALO. ¡Oh, qué lindo, vive Dios!
Que tuve oficio de salva
en casa del Duque de Alba
y íbamos juntos los dos.

FEDUAR. ¿De Alba el Duque español?

GONZALO. ¿El Alba, al salir del día,
no es quien va adelante y guía
los caballitos del sol?
Pues Alba era yo, que en fin
iba del Duque delante.

FEDUAR. ¿Hay lacayo semejante?

GONZALO. No le des nombre tan ruín.

FEDUAR. Calla, que otra Alba ha salido,
a quien pudiera hacer salva
el Alba del Duque de Alba,
y aún el Sol.

(*Salen* OTAVIA *y* CELIA.)

OTAVIA. ¡Seáis bien venido!

FEDUAR. Aquí, señora, tenéis
vuestro humilde secretario.

OTAVIA. Mirá que no es necesario
que tan humilde os mostréis;
que quien ha de ser maestro,
como igual se ha de mostrar.

FEDUAR. Si esto sabéis enseñar,
yo soy discípulo vuestro.

OTAVIA. Los segundos padres son
los maestros.

FEDUAR. Es verdad.

OTAVIA. Luego con una igualdad
les debo veneración.

FEDUAR. Quien eso puede entender,
¿a quién envía a llamar?
Que mal os podrá enseñar
quien de vos puede aprender.

OTAVIA. ¿De dónde sois?

FEDUAR. De Milán.

OTAVIA. ¿Eso más?

FEDUAR. Soy muy dichoso.

OTAVIA. Sois donde nació mi esposo,
y mis esperanzas van.

FEDUAR. Ya he sabido que tenéis
estado, y pues vuestro soy,
parabién, señora, os doy;
muchos años le gocéis.

OTAVIA. ¿Conocistes vos allá
al hijo del Duque?

FEDUAR. No:
que allá nunca se entendió
lo que ya se sabe acá.

OTAVIA. ¿Cómo os llamáis?

FEDUAR. Feduardo.

OTAVIA. Hasta el nombre de mi esposo
tenéis.

FEDUAR. ¿Que soy tan dichoso?

GONZALO. ¿Qué me detengo? ¿Qué aguardo?
Vuestra Excelencia me dé
sus pies.

FEDUAR. ¡Quita allá, grosero!

OTAVIA. ¿Quién sois?

GONZALO. Soy un caballero;
dadme a besar todo un pie.

FEDUAR. Señora, es Gonzalo un hombre
que me sirve y tiene humor.

OTAVIA. Yo le haré merced.

GONZALO. Señor,
dadme, si es justo, mi nombre.
Di que soy entretenido
acerca de la persona
de tu caballo.

FEDUAR. Perdona
su ignorancia.

GONZALO. Perdón pido.

FEDUAR. (¿No te dije que callaras?

GONZALO. ¿Qué necio has visto callar?

FEDUAR. ¿Aquí te atreves a hablar,
y con quien es no reparas?

GONZALO. Si habían de conocerme
de aquí a dos días, señor,
¿que sea luego no es mejor?)

OTAVIA. Gonzalo, venid a verme.

GONZALO. Vendré a verte, y a que veas
esta hechura de tu mano.

OTAVIA. ¿Sois español?

GONZALO. Soy cristiano.

OTAVIA. Quiero que esa carta leas,
secretario, y que me escribas
un borrador (1), que es mi esposo
muy discreto y estudioso,
y que también te apercibas

---

(1) B: "una carta".

para la primer lición,
en descansando.

FEDUAR. Yo haré
unas muestras de mi fe
para vuestra discreción.

RODULFO. Hija, bien dices; que es bien
que descanse del camino
lo que Alejandro imagino
que os viene a los dos también.
Lo que él dijo decir quiero,
dándole una arca de oro:
sólo puede este tesoro
guardar los versos de Homero.
Arca de oro es Feduardo,
Otavia libro famoso,
y yo Alejandro dichoso,
que en tal engaste la guardo.
Venid conmigo, que quiero
de mi mano aposentaros.

FEDUAR. ¿Quién puede, señor, pagaros,
si vos no lo hacéis primero?
Pero podré responder
a merced tan singular,
que si arca puedo imitar,
la del diluvio ha de ser:
que entre tempestades tantas
de mi peregrinación,
vine a estos montes, que son
adonde tú me levantas.
Y en mí, pues, para que viva
el sol de tu cielo asoma,
será Otavia la paloma
que va por la verde oliva.

RODULFO. ¡Qué bien dicho!

FABRICIO. Con extremo.

RODULFO. Vamos.

FEDUAR. Vuestra hechura soy.

CELIA. ¿Qué dices?

OTAVIA. Contenta estoy (1).
Amo, deseo y no temo.

(*Vanse y quedan solas las damas.*)

CELIA. Vuelve a enseñarme el retrato
que tu esposo te envió.

OTAVIA. Fué libro que me enseñó
de amor las cosas que trato.
Que tengo principios ya.

CELIA. ¡Qué poco engaño te hiciera,
si tu Feduardo fuera
como el que de aquí se va!

OTAVIA. Parece que me has mirado
el alma por el cristal
del pecho. ¡Ay!, si fuera igual,
¡qué bien hubiera acertado!

CELIA. Sí será, no pongas duda;
que bien la pintura enseña,
que no es su gracia pequeña,
pues habla estando tan muda.

OTAVIA. Celia, yo me contentara,
aunque bien pintado está,
que el Feduardo de allá
al que hemos visto imitara.
No quisiera más ventura
de que en esta ocasión tal,
este fuera original
desta engañosa pintura.
¿Piensas tú que será ansí?

(*Sale el* PRÍNCIPE.)

PRÍNCIPE. No tengo a poco favor
que me des lugar, amor,
para quejarme de ti.
En fin, Otavia...

OTAVIA. Prosigue.

PRÍNCIPE. ¿Qué más que decir, en fin,
quien ve de un amor el fin,
pues no hay amor que te obligue?
Con decir "en fin" mostré
que comenzó tu rigor,
cuando tuvo fin mi amor,
y mi esperanza en tu fe.
Con decir fin, he mostrado
que mi pretensión le tuvo (1),
y el pensamiento que estuvo (2)
de tu esperanza colgado.
Con decir fin, di a entender
que el de mi vida llegó (3),
porque la pensaba yo
larga en tu servivio ver.
Con decir fin (4), no hay pasar
adelante, porque, en fin,
en llegar cualquiera al fin
no queda más que contar.
Fin dice siempre el que acaba
alguna cosa que emprende,
porque este fin comprehende

(1) B: "¿Qué dices?
OT. Que no me voy."

(1) B: "que dél mi vida le tuvo".
(2) Texto: "y el pensamiento que tuvo".
(3) B: "acabó".
(4) B: "En decir fin."

que acaba lo que trataba.
OTAVIA. Príncipe, nadie se queja
que no tenga algún quejoso:
ansí en el mundo es forzoso;
siempre en ese fin nos deja.
Si vos os quejáis de mí,
aquí se queja de vos
mi prima, y yo de los dos,
que de mí os quejáis ansí.
Pues yo, que obediencia debo
al padre por quien he sido,
ni a vos ni a Celia he ofendido.
PRÍNCIPE. Pues quejaréme de nuevo
de Celia, del cielo y vos,
de vuestro padre y de mí:
de Celia, pues quiere así
a quien se pierde por vos;
del cielo, porque os ha dado
a quien menos os merece;
del Duque, porque os ofrece
a un hombre de humilde estado;
de mí, porque os quiero ajena;
de vos, por que me matáis;
y de todos, pues os vais
a ser de mi Grecia Elena.
Mas querrá el cielo algún día
que se vengue Agamenón
del robo y de la traición
que habéis hecho al alma mía.
CELIA. Porque no os quejáis de mí,
os quiero satisfacer.
OTAVIA. Yo irme he, por no ofender
a quien jamás ofendí.
PRÍNCIPE. Vuelve, que aunque más me ofen-
tanto el bien al mal igualas, [das
que más que ofendes regalas.
OTAVIA. Ni aun verme es bien que pretendas.

(*Vase.*)

CELIA. Déjala, y escucha.
PRÍNCIPE. ¿A quién?
CELIA. A quien te estima.
PRÍNCIPE. El ejemplo,
Celia hermosa, que contemplo
deste adorado desdén,
a suplicarte me obliga
que me dejes por ahora (1).
CELIA. ¡Oye!
PRÍNCIPE. Déjame, señora.
¿Qué más quieres que te diga?

(1) B: "de que me dejes ahora".

Pues si me quisieras bien,
esta tigre me ablandaras,
la rogaras, la obligaras
a que templara el desdén.
CELIA. No soy mujer, aunque precio
ser mujer que te he querido,
que si merecí tu olvido,
mereceré tu (1) desprecio.
No soy menos que quien amas,
si menos te he parecido,
aunque, pues tan loca he sido,
juntamente me desamas.
Y de mis locos intentos,
en dejarme y en querella,
mas debo culpar mi estrella,
que no mis merecimientos.

(*Vase* CELIA.)

PRÍNCIPE. Comoquiera que me dejes,
recibo merced de ti.

(*Salen* FEDUARDO *y* GONZALO.)

FEDUAR. ¿No es hermosa?
GONZALO. Señor, sí;
pero es menester que alejes
el pensamiento de dar
en esa contemplación,
que hallada la perfección,
se sigue al momento amar;
al amor sigue el deseo,
y el deseo al imposible
es un infierno terrible.
FEDUAR. Muy filósofo te veo.
¿Dónde, Gonzalo, has leído,
que te has hecho gran letrado?
GONZALO. Solo el temor me ha enseñado,
que de tu amor ha nacido.
Otavia es bella, señor,
tú has de estar siempre con ella;
pues una cosa tan bella,
¿qué dudas que engendre amor?
Aquí quiero ahora ver
tu alabado entendimiento.
FEDUAR. Mira, Gonzalo, yo siento
que soy hombre, y que es mujer.
Pero cuando aquel Poeta
al sabio Ulises pintaba,
que entre Sirenas pasaba,
dijo una cosa discreta.

(1) B: "mi".

Y es que se tapó el oído
con cera, y el cuerpo ató
a un árbol; y esto creo yo
que tiene aqueste sentido.
Cuando un hombre humilde asiste
adonde hay desigualdad,
con cera de su humildad
sus pensamientos resiste.
Cuando cantar y encantar
aquesta sirena quiera,
será mi humildad la cera,
con que me pueda escapar.
¡Quedo! El Príncipe está aquí.

GONZALO. Ya te ha visto.
PRÍNCIPE. ¡Oh, Feduardo!
FEDUAR. Aquí, Príncipe, gallardo,
tenéis un esclavo en mí.
PRÍNCIPE. Pluguiera a Dios se trocara
la suerte, y tu esclavo fuera.
FEDUAR. ¿Qué tenéis?
PRÍNCIPE. Amo una fiera,
que tiene de ángel la cara.
No fué aquel monstruo que finge
Tebas, de más perfeción
y mas fiero (1) corazón,
que aquesta dorada esfinge.
Pues la enseñas a saber,
pues que a hacerlo te provocan (2)
cosas que a los hombres tocan,
enséñala a ser mujer;
a que tenga amor la enseña,
y a que se duela de mí;
y si la movieres, di
que enterneciste una peña.

(*Vase el* PRÍNCIPE.)

GONZALO. ¡Mosca lleva!
FEDUAR. Está perdido.
GONZALO. Toma ejemplo.
FEDUAR. Así lo haré.

(*Sale* OTAVIA.)

OTAVIA. ¿Fuése Arnaldo?
FEDUAR. Ya se fué.
OTAVIA. ¿Has, maestro, respondido? (3)
FEDUAR. Aquí ahora lo verás.
OTAVIA. Quedemos solos los dos.
FEDUAR. Vete.

(1) B: "fino".
(2) B: "Pues a hacerlo te provocan."
(3) B: "¿Hasme a esto respondido?"

GONZALO. (Voyme, y plega a Dios...)
FEDUAR. (¡Quedo! No me digas más.)
OTAVIA. Lee el papel.
FEDUAR. Así escribo;
no sé si te ha de agradar.

(*Lee el papel.*)

"*No puedo significar,*
mi bien, el bien que recibo..."

OTAVIA. Quita el "mi bien" (1).
FEDUAR. ¿Pues por qué?
OTAVIA. No es honesto.
FEDUAR. Es ya tu esposo.
OTAVIA. Di "Feduardo".
FEDUAR. Es forzoso
que algún favor se le dé,
porque pide tus regalos.
OTAVIA. Con marido, por lo menos,
son entre (2) los brazos buenos,
pero para escritos, malos.
FEDUAR. (¡Qué extraño hablar de mujer!
El alma me está temblando;
el maestro está enseñando...
¡Ay! No me enseñe a querer.)
OTAVIA. Di adelante.
FEDUAR. "Cuantas veces
me escribís, y así os suplico..."
OTAVIA. Prosigue, que no replico,
que pensamiento me ofreces.
FEDUAR. Que de hacerlo no os canséis.
OTAVIA. (Ni yo me canso de verte,
secretario de mi muerte.)
FEDUAR. "Pues en efeto sabéis
lo que en esto me obligáis"...
OTAVIA. Quita luego el "en efeto",
"pues, sabéis", es más discreto.
FEDUAR. Señora, bien enmendáis,
pero tiene gracia y mucha,
de acompañar la razón.
OTAVIA. Sí, pero es una dicción
que advierte a quien mal escucha
y no es justo que mi esposo,
si hablo, me escuche mal.
FEDUAR. (¡Ay, ingenio celestial!
Perderme será forzoso.)
"Los deseos que tenía
de veros, no los templó
el retrato; antes me dió
mucho más el mismo día"...

(1) A: "quita el "bien".
(2) B: "para".

Pero aquí con tu licencia,
señora, quiero parar.

OTAVIA. Mas, ¿qué quieres preguntar?
(¡Si tiene buena presencia!)

FEDUAR. ¿Que pudieras decir más,
si fueras mi entendimiento,
que saber mi pensamiento,
es señal que en él estás?

OTAVIA. ¿En tu pensamiento estoy?

FEDUAR. ¿Pues no estás si le adivinas?

OTAVIA. Si lo que es justo imaginas,
¿que mucho si al blanco doy?

FEDUAR. ¿Qúe es justo?

OTAVIA. Ser natural
el deseo del saber.

FEDUAR. Deseo el retrato ver
de un dichoso original.

OTAVIA. ¿Es dichoso el que es mi esposo?

FEDUAR. Eso pregúntalo al cielo,
que cubrió de humano velo
espíritu tan hermoso.

OTAVIA. ¿Parécete que soy tal,
que agradaré a quien escribo?

FEDUAR. Si a la merced que recibo
quieres la respuesta igual,
atreveréme a decir
cosa que te espante oílla.

OTAVIA. Si te atreves a decilla,
maestro, osaréla oír.

FEDUAR. Yo he visto algunas ciudades
de Italia, y sus hermosuras
mas lo que suelen pinturas (1),
diferencia de verdades,
lo que va de las estrellas
al sol, de la noche al día,
lo mismo, señora mía,
sois vos diferente dellas.
Y creed, en prueba desto,
que en mi vida vi mujer
que me pudiese mover
a querella o tarde o presto (2);
que aunque esto mal dicho sea,
de alguna me resistí,
que la vi llorar por mí,
sin ser necia ni ser fea;
con ver mi intención honesta
me rogó y me quiso tanto,
que la cuesto un mar de llanto,
y ella esta ausencia me cuesta.
Pero vos la vez primera
hicistes al corazón
aquella breve impresión
que suele el sello en la cera.
De suerte que si por mí
el aumento juzgo ahora,
luego que os mire, señora,
quedará fuera de sí.
No os alteréis, que deciros
que el alma en veros tembló,
y que el corazón salió
por los ojos en suspiros,
no es ofender el valor
de que el cielo os asegura,
mas pintar una hermosura
con las pinturas de amor.
Las que al rostro os han salido,
a la vergüenza volved,
que el hacerme vos merced
la culpa, Otavia, ha tenido.

OTAVIA. ¿Es posible que en un hombre
que ha nacido humildemente,
que aunque eres de noble gente
no tienen tus padres nombre,
tal pensamiento ha cabido?

FEDUAR. ¿Tú no ves que el pensamiento
es del alma un movimiento,
a sus potencias asido,
y que el alma no es de acá,
que tiene por patria el cielo?
Pero de mi honesto celo
sin causa os enojo ya;
que si quiere tu hermosura
saber los efetos que hace,
para ver si satisface
el esposo que procura,
y yo te digo por mí
que en viéndote ha de quererte,
no es causa para ofenderte.

OTAVIA. Bien dices; créolo ansí.

FEDUAR. ¿Mandas que lea el papel?

OTAVIA. No, sino que no le leas.

FEDUAR. Pues, ¿qué me mandas?

OTAVIA. Que veas
el dueño de Otavia y dél.
Toma este naipe.

FEDUAR. De mano,
que ganar el mundo puedo.

OTAVIA. ¿Qué miras?

FEDUAR. Suspenso quedo.

(1) B: "de Italia y su hermosura
y lo que suelen pintura".

(2) B: "Tan de presto."

OTAVIA. ¿Cómo ansí?
FEDUAR. Tengo un hermano
a quien mucho se parece.
OTAVIA. ¿Hermano?
FEDUAR. Sí, mi señora;
como si le viera ahora,
éste a mis ojos le ofrece.
¡Dichoso tú, que naciste
para tan alta ventura!
OTAVIA. ¿Tiénela ya muy segura?
FEDUAR. Sí, Otavia, si el sí le diste.
OTAVIA. Dame tú que una persona
que yo he visto le igualara,
que no sólo le dejara,
mas del mundo la corona.
FEDUAR. Sin duda debe de ser
aqueste napolitano
Príncipe de Visiniano,
a quien debes de querer.
Y si es así, bien podrías (1)
de un secretario fiarte.
OTAVIA. No sé cómo acierte a hablarte.
FEDUAR. ¿Qué temes?
OTAVIA. Desdichas mías.
FEDUAR. ¿No te parezco yo fiel?
OTAVIA. Antes me pareces tal,
que a ser el Duque tu igual,
que bien me empleara en él!

(*Vase.*)

FEDUARDO.

¡Señora!... Fuése, y de vergüenza llena,
como suele tal vez purpúrea rosa (2)
deshojarse entre cándida azucena.
¿Qué pensaré de aquesto? Otavia hermosa
dice que son de amor estos efetos,
y hazañas de su mano poderosa;
pero, ¡ay, lengua!, no más, que en los dis-[cretos
parece mal la injusta confianza.
Amor es Dios; del cielo son secretos (3).
¿Más cuál humilde tanto bien alcanza,
que sepa gobernarse? ¿O cuándo mira
que vuela a tanta gloria su esperanza?
¿Dijo que le agradaba o es mentira?
¿Dijo que en mí bien empleada fuera?
Cuando ama el gusto la razón delira.
Tu humildad, Feduardo, considera;

(1) Texto: "podrás".
(2) B: púrpura o rosa".
(3) B: "los secretos".

que, si como señora quiso honrarte,
no es bien pensar que cual mujer te quiera.
No pidas para sólo despeñarte
el carro de oro al sol que ya el abismo
del mar sus ondas abre a sepultarte.
No puede haber más ciego barbarismo
que llamándose el Duque de mi nombre
imagine que soy el Duque mismo (1).

(*Salen el* DUQUE, RODULFO *y* FABRICIO.)

FABRICIO.

¿Qué le piensas responder?

RODULFO.

Que nombre
el día en que su entrada se aperciba.

FABRICIO.

¿Dicen que es Feduardo gentilhombre?

RODULFO.

Sus retratos lo muestran.

FABRICIO.

Cuando escriba
que ya quiere partir, es bien que intentes
que Mantua con mil fiestas le reciba.

RODULFO.

Ya se previenen fiestas diferentes.

FABRICIO.

Aquí está el secretario.

RODULFO.

¡Oh, Feduardo!,
¿cómo va de escribirse los ausentes?

FEDUARDO.

El de Milán, señor, es tan gallardo
que nos hace estudiar cualquier respuesta.

RODULFO.

La desta carta de tu mano aguardo;
responde, y di que la ciudad se apresta
para alegrar con fiestas su venida.

FEDUARDO.

Yo voy. (Amor, ¿qué desventura es ésta?
Si ya está Feduardo de partida,
¿qué intento yo con este mismo nombre,
pues voy camino de perder la vida?
Pero aunque más el breve fin me asombre

(1) Faltan en B los cinco tercetos anteriores.

no puedo ya dejar el pensamiento;
que antes que pueda detenerle un hombre
suspenderá del cielo el movimiento.)

(*Vase.*)

RODULFO.

En efeto, Fabricio, ¿te parece
que le acompañe Arnaldo?

FABRICIO.

Es rico el Príncipe,
y deseoso de agradarte en todo;
podrá salir lucido con sus deudos,
y honrar en el camino al desposado.

RODULFO.

El se ofrece, y me huelgo que se ofrezca,
para decirle, como el Duque escribo,
que espero en todo el mes a Feduardo (1).

(*Sale el* PRÍNCIPE.)

¡Arnaldo!

PRÍNCIPE.

¡Excelso Duque!

RODULFO.

Yo querría
daros cuenta del fin de mi esperanza,
y vos me habéis salido al pensamiento.
Ya el Duque de Milán, Arnaldo, escribe
que espera que le avise el desposado,
para venir a efetuar las bodas.

PRÍNCIPE.

¿Y qué respondéis?

RODULFO.

Que ya le aguardo;
sólo, Príncipe, quiero suplicaros,
en mi nombre salgáis a recebille,
porque con esto nos honréis a entrambos.

PRÍNCIPE.

Diferente propósito me trujo
a que vuestra excelencia me mandase (2)
algo de su servicio; porque quiero
partirme, con licencia suya, a Nápoles;
y así le ruego qué me excuse en esto.

RODULFO.

¿Partiros de mi casa y con tan breve
resolución, en tiempo semejante?
Agravio hacéis al grande amor que os tengo.

(1) Estos dos últimos versos faltan en B.
(2) B: "mandara".

PRÍNCIPE.

Si amor vuestra excelencia me tuviera,
no gozara de Otavia Feduardo,
que soy su igual, y su marido fuera;
pero pues ya ninguna cosa aguardo
en vuestra corte, Duque generoso,
de dar la vuelta a Visiniano tardo.
Gozad del yerno vos y ella el esposo (1),
tan mal considerado, que sospecho
que arrepentiros ha de ser forzoso.

RODULFO.

Nadie puede decir que lo que he hecho
considerado sin prudencia ha sido,
si no está lleno de su envidia el pecho.
Yo he dado a Otavia tan igual marido
que ninguno del mundo le igualara,
y es imposible verme arrepentido.

(*Vase* RODULFO.)

FABRICIO.

¿Así decís a un Príncipe en la cara,
que ha errado en lo que ya tan hecho tiene?

PRÍNCIPE.

¡Ay, mi Fabricio! En mi dolor repara.

FABRICIO.

¿Cuando a un yerno recebir previene,
y a vos en esta corte el más gallardo,
porque le acompañéis, cuando ya viene,
os da cuenta que espera a Feduardo,
de Feduardo decís mal?

PRÍNCIPE.

Fabricio,
¿por qué ha de preferirme un vil bastardo?

FABRICIO.

Callad, que estáis, Arnaldo, sin juicio.
¿Un hijo natural, un heredero
de Milán no es su igual?

PRÍNCIPE.

Si he dado indicio
de que estoy loco, porque a Otavia quiero,
o porque pierdo a Otavia, ¿quién me culpa?

FABRICIO.

Feduardo es un grande caballero.
Venid, daréis al Duque por disculpa
esa pasión de amor, y el recebille.

(1) B: "Gozad del hierro y ella del esposo."

PRÍNCIPE.

Cielo, si tengo amor no tengo culpa.
Dile, Fabricio, que yo iré a serville;
dile que me señale la partida.

FABRICIO.

Yo pienso a que os perdone reducille,
con que vais a Milán.

PRÍNCIPE.

Si tengo vida.

(*Vanse, y salen* UBERTO *y* CASANDRA.)

CASANDRA. En tu vida me has de ver,
Uberto, alegre la cara.
UBERTO. ¿Qué es lo que quieres saber?
CASANDRA. Este secreto.
UBERTO. Repara,
Casandra, en que eres mujer.
CASANDRA. ¿Ninguna guarda secreto?
UBERTO. Puede ser, pero en efeto,
yo sé que el que le fió,
si hasta allí se lo llamó,
desde allí no fué discreto.
CASANDRA. Si las muchas que han callado
secretos a sus maridos,
y las vidas les han dado
te contase...
UBERTO. A mis oídos
pocas, Casandra, han llegado.
CASANDRA. Pues el mundo estuvo atento
a alguna que en un tormento
con los dientes se cortó
la lengua.
UBERTO. De otra sé yo
que muda habló por acento,
que encargándole un secreto
que había visto, por contalle,
siendo muda, habló en efeto.
CASANDRA. Pues bien será que yo calle
y que tú seas discreto;
advierte (1) que a ti te engañas,
que aun hay prenda en mis entrañas
que pagará mis antojos (2).
UBERTO. Enjuga los bellos ojos,
que en un mar de perlas bañas;
suspende el llanto, aunque creo
que con lágrimas fingidas;
pero ¡basta!, pues las veo,
para que ésta y muchas vidas
le sacrifique al deseo.
CASANDRA. ¿Harásme aqueste placer?
Mil imposibles allanas,
(¡Ah, lágrimas de mujer!
Cuando caéis sobre canas,
¡qué efeto soléis hacer!
Adoro aquel rostro bello,
indigno de merecello
por la distancia que trata
de aquestas canas de plata
y el oro de su cabello (1).)
UBERTO. Oye, Casandra.
CASANDRA. En efeto,
¿me dirás este secreto?
UBERTO. Sí, puesto que es necedad;
que quien ama en esta edad,
¿cómo puede ser discreto?
Cesarino es hijo mío,
y el del Duque, Feduardo.
CASANDRA. ¿Pues no ha sido desvarío
lo que intentas?
UBERTO. No, que aguardo
lo que de mi industria fío,
que es verle presto señor
de Milán y Mantua.
CASANDRA. Ha sido
más ingenio que valor.
UBERTO. ¿Qué imperio no habrá tenido
algún tirano, o traidor?
CASANDRA. El que fuere conquistado.
Mas dime: ¿adónde has echado
al legítimo heredero?
UBERTO. Ahora nuevas espero.
CASANDRA. ¿Muerto le has?
UBERTO. Ni aun lo he pensado,
ni tengo yo para qué,
pues ni él ni el Duque han sabido
lo que sabes y yo sé.
CASANDRA. (¡Ay, Feduardo querido!,
¿dónde o cómo te hallaré?)
UBERTO. ¿Qué dices?
CASANDRA. Que has hecho bien
en ensalzar tu linaje,
de honra y hacienda también.
Plega a Dios que no se abaje
adonde la muerte os den.
¿Sabe quién es Cesarino?
UBERTO. Que es hijo del Duque entiende.

(1) A: "Y vete, que a ti te engañas."
(2) B: "enojos".

(1) Esta quintilla falta en B.

CASANDRA. (¡Ay, mi bien! ¿Por qué camino
diré que el honor te vende
éste, de la vida indigno?)
UBERTO. ¡Ven, mi bien! Y pues ya sabes
que cuanto quieres he hecho,
vuelve esos ojos suaves
al alma que de su pecho
ahora te dió las llaves (1).
CASANDRA (Yo podré poco, traidor,
o haré que te den la muerte.)
UBERTO. (Descubrirlo ha sido error;
pero ¿quién habrá que acierte,
si tiene canas y amor?)

(Vanse, y salen FEDUARDO *y* GONZALO, *con recado de escribir, un bufete y dos sillas.)*

GONZALO. ¿Estabas loco?
FEDUAR. No sé (2).
Mi estrella lo quiere así.
GONZALO. ¿Y Otavia te quiere a ti?
FEDUAR. ¡Ay, triste!, la causa fué.
Cuantas veces yo le escribo
a su Feduardo ausente,
siento que mis ansias siente (3),
siento que en sus ojos vivo.
Los ojos de mí no aparta;
todo, Gonzalo, es mirarme,
y suspirando, obligarme
a errar mil veces la carta.
Con esto tan necio estoy
que escribo mil disparates.
GONZALO. ¿Pues que has de hacer?
FEDUAR. No lo trates.
GONZALO. ¡Qué buen astrólogo soy!
¿No te dije que había
de vencer esta mujer?
FEDUAR. Ya es hecho. ¿Qué puedo hacer?
¡Desdichada suerte mía!
GONZALO. La cera de la humildad
con que a Ulises imitabas;
el árbol en que te atabas,
¿paró en esta libertad?
¿Cómo abriste los oídos
a la voz de la Sirena?
FEDUAR. Engañóme.
GONZALO. Luego ordena
tu ausencia, o somos perdidos.

(1) Esta quintilla falta en B.
(2) B: "¿Estás loco?
FED. No lo sé."
(3) B: "más ansia siente".

FEDUAR. Calla, que presto vendrá
su esposo, y su ausencia luego
pondrá templanza a este fuego.
GONZALO. ¿Sabes lo que pienso ya?
FEDUAR. ¿Qué piensas?
GONZALO. Que no entendiste
el mármol Romano. Advierte,
y te diré de qué suerte
le entiendo.
FEDUAR. Di.
GONZALO. Escucha.
FEDUAR. ¡Ay, triste!
GONZALO. A Otavia significó
el mármol, no por ser dura,
mas imposible hermosura,
blanca, pues su blanco erró
tu pensamiento, en querella;
aquel sol significaba
el rayo con que abrasaba
tu alma, en llegando a vella;
las alas, que se te iba
por alto, sin alcanzalla,
pues su esposo ha de gozalla;
los grillos, que está cautiva,
pues en efeto es casada:
y las letras V. D. I.
"vanidad de ingenio".
FEDUAR. Aquí
viene ya mi prenda amada.
Muestra la cartera (1) y vete.
GONZALO. Mira lo que haces.
FEDUAR. Ya es tarde.

(Sale OTAVIA.)

OTAVIA. Dile al correo que aguarde,
y tú llega ese bufete.
Salíos todos afuera.
Saca el papel.
FEDUAR. Aquí está.
OTAVIA. Escribe.
FEDUAR. Comienzo ya.
OTAVIA. Pues di de aquesta manera:
"Mi estrella me fuerza".
FEDUAR. "Fuerza."
OTAVIA. "Aunque es injusto".
FEDUAR. "Es injusto."
OTAVIA. "A seguir mi gusto."
FEDUAR. Gusto."
OTAVIA. "Y tu amor me esfuerza."

(1) B: "ese recado".

FEDUAR. "Esfuerza."
OTAVIA. "A quererte tanto."
FEDUAR. "Tanto."
OTAVIA. "Que si mi igual fueras."
FEDUAR. "Fueras."
OTAVIA. "Hoy me tuvieras."
FEDUAR. "Tuvieras."
OTAVIA. "Porque vieras cuanto."
FEDUAR. "Cuanto."
OTAVIA. "Casada en tus brazos."
FEDUAR. "Brazos."
OTAVIA. "Esta noche puedo."
FEDUAR. "Puedo."
OTAVIA. "Hablarte sin miedo."
FEDUAR. "Miedo."
OTAVIA. "Que en los cortos plazos."
FEDUAR. "Plazos."
OTAVIA. "Que me da esta ausencia."
FEDUAR. "Ausencia."
OTAVIA. "Quiero hablarte en fin."
FEDUAR. "En fin."
OTAVIA. "Ven por el jardín."
FEDUAR. "Jardín."
OTAVIA. "Que no hay paciencia."
FEDUAR. "Paciencia."
OTAVIA. "Ni amor cobarde."
FEDUAR. "Cobarde."
OTAVIA. "Hablaremos los dos."
FEDUAR. "Dos."
OTAVIA. "Y quédate adiós."
FEDUAR. "Adiós."
OTAVIA. "Que te me guarde."
FEDUAR. "Me guarde."
¿A quién escribes así?
OTAVIA. Espera y te lo diré.
FEDUAR. ¿Quién tan venturoso fué,
que esto merece de ti?
OTAVIA. Cerralde y dadle, y adiós (1).
FEDUAR. ¿A quién? Que saberlo aguardo.
OTAVIA. ¿Cómo a quién? A Feduardo.
FEDUAR. ¿Quién es Feduardo?
OTAVIA. Vos.

(*Vase.*)

FEDUAR. Fuése Otavia vergonzosa
y conmigo declarada,
que a mujer determinada
no hay cosa dificultosa.
Que le cierre y que le dé;
si para mí le escribí,

(1) B: "Cerradla y dadla."

no es mucho dármele a mí
abierto, pues que se fué.
"Tomad, señor Feduardo,
que Otavia os da este papel."
"¿A ver lo que dice en él?"
"Esto, si escucháis." "Ya aguardo."

(*Lee.*)

"Mi estrella me fuerza,
"aunque es injusto,
"a seguir mi gusto,
"y tu amor me esfuerza
"a quererte tanto,
"que si mi igual fueras,
"hoy me tuvieras,
"porque vieras cuanto,
"casada en tus brazos.
"Esta noche puedo
"hablarte sin miedo,
"que en los cortos plazos
"que me da esta ausencia,
"quiso hablarte, en fin;
"ven por el jardín,
"que no hay paciencia,
"ni amor cobarde.
"Hablemos los dos,
"y quédate adiós,
"que te me guarde."
—Todo el papel he leído.
"Vos, Secretario, diréis
a Otavia cuánto me veis
a su amor agradecido.
Decilda cómo la adoro" (1).
—"Yo lo haré." —"Y que dando fin
el día, me iré al jardín
a hablar, si hablando enamora
las paredes y las yedras,
que de mi amor obligadas,
ellas están abrazadas,
y enternecidas las piedras."
—"Yo lo diré dese modo,
pero dar es necesario
albricias al Secretario,
que es el que lo ordena todo."—
"—Bien dice; advertencia sabia:
Secretario, yo os prometo
de daros, si llega a efeto..."
"—¿A quién?" "—A la misma Ota-
[via."

(1) B: "que yo la adoro".

(*Vase. Salen* LUCINDA, BELARDO *y* CLORIDANO, *jardineros.*)

BELARDO. En alzando de dolor,
vengo, Lucinda, pensando,
que celebrarte cantando
es indicio de mi amor.

LUCINDA. Ya están de aqueste jardín
todas las flores atentas;
Belardo, a ver qué las cuentas.

BELARDO. Ya sabe el blanco jazmín
que no se iguala a tu frente,
la rosa a tu boca hermosa,
ni a tu cabello la rosa
que siempre mira al Oriente;
el azucena a tu mano,
ni a tus ojos la violeta;
¿pues qué olorosa mosqueta
a tu aliento?

LUCINDA. Cloridano,
dile que gasta el jardín,
que al Duque su hacienda cuesta.

CLORID. Pequeña alabanza es ésta;
déjale que llegue al fin.

BELARDO. ¿Qué fin le puedo yo dar,
si no le tiene mi amor?
Que cantéis será mejor,
y que ella quiera bailar.

(*Cantan y bailan.*)

Como si sus manos
pidieran limas,
toronjil de limones
coge la niña (1),
de sus manos bellas
el amor tira
cada cinco flechas
a quien las mira.
Y si hubiera dioses,
como es mentira,
sirvieran de néctar
y de ambrosía;
pues para con ellas,
siendo tan lindas,
toronjil de limones
coge la niña.

(*Ruido dentro.*)

BELARDO.

¡Parad! ¿Qué grita es ésta? ¿Qué ruído?

CLORIDANO.

¿No es dentro del jardín?

LUCINDA.

Ansí parece.

BELARDO.

Un hombre viene aquí.

(*Sale* FEDUARDO *huyendo.*)

FEDUARDO.

¡Válgame el cielo,
qué desdichado he sido! ¡Pies, valedme!
Que no es cordura deshonrar a Otavia,
pensando que es valor perder la vida.

(*Sale* CAMILO *y guardas.*)

CAMILO.

¿Quién está aquí?

BELARDO.

Nosotros.

CAMILO.

¿Habéis visto
un hombre que corrió por estos árboles?

BELARDO.

Esa acequia atraviesa en este punto (1).

CAMILO.

¡Seguidle, pues!

LUCINDA.

¿Qué es esto?

BELARDO.

Estoy difunto.

(*Salen el* DUQUE, OTAVIA *y* FABRICIO.)

RODULFO.

Di, ¿quién es el traidor?

OTAVIA.

Yo sola estaba.

RODULFO.

El que me trujo aquesta infame nueva
vió que estabas hablando con un hombre,
sentada al tronco de este verde sauce.

FABRICIO.

Aquí también están los jardineros.

(1) Desde aquí falta en B el resto de la canción.

(1) "Ese hacia aquí atravesó en aqueste punto."

RODULFO.

¿Pasó por aquí un hombre?

LUCINDA.

En este punto
con la espada en la mano, y tras él iba
tu guarda.

RODULFO.

¿Cómo niegas? Entraos dentro.

BELARDO.

Ya nos vamos.

LUCINDA.

¿Qué es ésto?

BELARDO.

A lo que entiendo,
Otavia, viendo al novio tan vecino,
quiso que hallase fácil el camino.

(*Vanse los jardineros y sale* CAMILO.)

CAMILO.

El hombre no parece, y pues es cierto,
que ha de ser hombre principal, no importa
que ahora se te vaya de las manos.

RODULFO.

¿Quién es el hombre, mal nacida hija,
víbora de la sangre que te he dado?

OTAVIA.

(¡Triste de mí! Si digo el secretario,
mi honor destruyo: remediarlo quiero (1)
culpando alguno de los que me sirven.

RODULFO.

¿No hablas?

OTAVIA.

Sí, señor.

RODULFO.

¿Quién era?

OTAVIA.

El Príncipe.

RODULFO.

¿Quién? ¿El de Visiniano?

OTAVIA.

Ese me hablaba.

RODULFO.

Id, Camilo, a mirar (2) si está en su casa.

(1) B: "Y mi remedio espero."
(2) B: "y mirad".

CAMILO.

Yo voy.

RODULFO.

Llevad (1) la guarda por si importa.

(*Vase.*)

¡Qué buena cuenta has dado, loca Otavia,
de tu honra y la mía, pues ahora
los dos seremos fábula en Italia!
¿Qué dirán en Milán? ¿Qué dirá el Duque?
¿Qué dirá Feduardo? ¿Para esto
hice venir de Roma a Feduardo?
¿Estas costumbres te enseñó?

OTAVIA.

No creo,
que hablar honestamente Arnaldo ha sido
cosa que así merece ser culpada.
Tú, con menos consejo que debieras,
has querido, cegándote de cólera,
publicar lo que no era de importancia.

RODULFO.

Calla, enemiga, esa traidora lengua

(*Sale* CAMILO *y guarda, y el* PRÍNCIPE.)

CAMILO. Apenas deste jardín
salí, señor, con la guarda,
cuando enfrente del terrero,
que mira a sus torres altas,
hallé a Arnaldo tan seguro,
que en diciéndole: "¿Quién pasa?",
me dijo: "El Príncipe soy."
Llegué y halléle sin armas,
porque sólo, como ves,
trae ceñida la espada
con esa capa de noche.

RODULFO. ¡Disimulación extraña!
Quería dar a entender
que salía de su casa
a pasear el terrero.

CAMILO. Díjele que le llamabas,
y sin alterarse un punto
vino a ver lo que le mandas.

PRÍNCIPE. ¿Pues yo por qué he de alterarme,
y más cuando tú me llamas?

RODULFO. Traidor Arnaldo, sabiendo
que tengo a Otavia casada,
¿para qué la solicitas?
¿Por qué mi casa quebrantas?
¿Cómo entraste en mi jardín,

(1) B: "Voy: Ro. Y llevad."

y a solas con ella estabas?
¿Qué respondes?

PRÍNCIPE. Que no entiendo
si tú entiendes con quién hablas.
¿Yo solicito tu hija?
¿Yo he quebrantado tu casa?
¿Y yo la hablé en tu jardín?

RODULFO. ¿Qué es esto? ¡Responde, Otavia!

OTAVIA. Digo, señor...

RODULFO. ¿Qué?

OTAVIA. Que es él
con quien esta noche hablaba.

RODULFO. Pues, cobarde, di: ¿es deshonra
el hablar con una dama?

PRÍNCIPE. ¿Yo hablé contigo, señora?

OTAVIA. (Dios sabe si lo negara;
mas no tengo otro remedio.)

PRÍNCIPE. Pues que tú lo dices, basta;
mas pluguiera a Dios que fuera
verdad, y que me costara
la cabeza.

RODULFO. Ya no importa
que de remedios te valgas;
llevalde a una torre vos.
Y tú, ocasión de mi infamia,
retírate a tu aposento.

PRÍNCIPE. Señores, no he dado causa
para que me prenda el Duque;
pero pues lo dice Otavia,
digo que yo hablé con ella.

(*Llévanle preso.*)

OTAVIA. (¡Ay, secretario del alma! (1)

ACTO TERCERO

(*Sale* CESARINO, *galán, de camino, y el* CAPITÁN ORACIO *con él, y gente de acompañamiento.*)

CESARINO.

¿Qué es esto, Oracio amigo?

ORACIO.

No lo entiendo.

CESARINO.

¿Desta manera el Duque me recibe?

ORACIO.

No acabo de creer lo que estoy viendo.

CESARINO.

¿Estas fiestas y brazos me apercibe?
Las grandezas que estaba previniendo,
y que en las cartas últimas me escribe,
¿son esta soledad y esta tristeza?

ORACIO.

Los súbditos imitan su cabeza.

CESARINO.

A diez leguas de Mantua imaginaba
que hubiera caballeros, galas, fiestas,
y que el camino llano lleno estaba
de fingidos jardines y florestas;
y no sólo el camino que pasaba,
pero ni las murallas veo compuestas.

ORACIO.

¿Qué murallas? La puerta apenas tiene
un hombre solo; ni aun a verte viene.

CESARINO.

¿Qué calles son aquestas? ¿Qué ventanas?
¿Son aquestos los arcos y inscripciones?
¿Las damas generosas mantuanas,
que estrellaban las rejas y balcones?
¿Los vestidos y galas cortesanas?
¿Las músicas, las danzas (1) y invenciones?
¿Epithalamios, o emineos diversos,
en doctas prosas y sonorosos versos?
Pues, ¿qué es aquesto? Hasta el palacio llego,
¿y aún no sale un portero a recebirme?
¿Si es muerta Otavia?

ORACIO.

Pienso que estoy ciego;
¿qué propósito tiene el mundo firme?

CESARINO.

¡El Duque sale!

ORACIO.

¿Quejaráste luego?

CESARINO.

Antes pienso fingir y persuadirme
que no supo Rodulfo que venía.

ORACIO.

Eso es negar que hay luz (2) a mediodía.

---

(1) B: "¡Ay, secretario de mi alma!"

(1) B: "ficciones".
(2) B: "sol".

(*Sale* RODULFO, *Duque de Mantua, y* FEBRICIO, CAMILO *y gente.*)

RODULFO.

Vuestra Excelencia bien venido sea.

CESARINO.

Y sea Vuestra Alteza bien hallado.

RODULFO.

¿Cómo ha venido?

CESARINO.

A su servicio vengo.

RODULFO.

¿Tiene salud?

CESARINO.

Señor, para serviros,
y antes que os pague en preguntar la vuestra
dadme licencia en que os pregunte, cómo
está mi esposa Otavia. ¿No responde?

ORACIO.

¡Grande tristeza muestra!

CESARINO.

¿Qué es aquesto?

ORACIO.

Pregúntale (1) la causa.

CESARINO.

En el semblante,
y en las acciones, y el silencio he visto
que soy de otra manera recebido,
que me dijo mi padre, y estas cartas
vuestras; y de mi esposa, aún no merezco
que me digáis si es viva o muerta Otavia.
¿Caballeros, Otavia es muerta o viva?

RODULFO.

Viva es Otavia, aunque en su honor es muerta.

CESARINO.

¿Muerta Otavia en su honor?

RODULFO.

Si entrando
en la ciudad no viste en sus vecinos,
plazas, calles, ventanas, la tristeza,
el luto y el dolor de la desdicha,
ahora lo sabrás de mis palabras:
Otavia, que te amaba y te escribía,
Otavia, que era luz de aquesos ojos,
y que yo para ti guardaba a Otavia,
puso los ojos, para afrenta mía,
en un hombre, aunque igual a su persona,
contrario de mi gusto y del concierto
que hicimos yo y tu padre Federico;
casóse de secreto, y finalmente
los hallé en un jardín.

CESARINO.

Agora creo
que sola en la virtud propia consiste
la nobleza del hombre verdadera,
porque ni la riqueza, ni la sangre,
ni los estados pueden darla. Dime:
¿piensas que soy, o lo será mi padre,
tan rudo que te crea esa disculpa?
Tú has dado esposo a Otavia, arrepentido
del concierto que hiciste con el Duque,
pues dices que es igual a su persona.

RODULFO.

Ya temí tus palabras, Feduardo,
antes de verte; mas para que veas
que es cierta mi desdicha, y lo que aguardo
de las que son para el honor tan feas,
el hombre que te he dicho tan gallardo,
no porque tú de menos prendas seas,
niega que ha sido el que con ella estaba,
supuesto que confiesa que la amaba.
De suerte que no aceta el casamiento,
y a que le tenga preso me ha obligado.

CESARINO.

¡Extraño fué, por Dios, tu pensamiento!
¡Costosa industria, Duque, has fabricado!
Habráte parecido, si tu intento,
consejo de hombres viles han mudado,
que no soy digno de gozar tu hija,
ni de que a Mantua sus estados rija.
Dirás que un hijo natural no es justo
que herede tu nobleza. Bien has hecho;
y para remediar este disgusto
fingió este engaño tu mudable pecho.
¿A qué Rey, a qué César siempre augusto,
puesto que le viniera el mundo estrecho,
no sobra para yerno Feduardo,
no digo natural, sino bastardo?
¿No basta que es mi padre Federico?
¿Yo no heredo a Milán? ¿No fué mi madre
hija del noble conde Ludovico?
¿Que no tiene mejor sangre mi padre?
Estas afrentas...

(1) B: "Pregunta qué es."

RODULFO.

¡Oye, te suplico...!

CESARINO.

¿Qué puede haber que a tu disculpa cuadre?
Estas afrentas, otra vez te digo,
tendrán del Duque, y aun de mí, castigo.
Soy natural y soy mejor que alguno (1).

RODULFO.

¡Hijo, infórmate bien!

CESARINO.

Fuiste liviano
en romper la palabra, que ninguno
que es noble quiebra.

RODULFO.

Voces das (2) en vano.

CESARINO.

Después de ser con cartas importuno,
escritas de la tuya y de su mano,
¿casas tu hija, y cuando yo he venido
dices que tienes preso a su marido?
¡Oh, qué graciosa ley de caballero!
¡Oh, qué término, digno de quien eres!
Pero escribir a Federico quiero,
que venga a castigar estas mujeres.

FABRICIO.

Eso no, Feduardo. ¡Espera!

CESARINO.

Espero;
¿quién eres?

FABRICIO.

Soy tu igual.

CESARINO.

Pues di qué quieres.

FABRICIO.

Si allá mujeres sois, acá muy hombres;
que no quiero sufrir que así los nombres.

CESARINO.

Lo que hace el Duque digo que es mal hecho.

FABRICIO.

¡Mientes!

CESARINO.

Toma ese guante.

FABRICIO.

Eres bastardo.

ORACIO.

Habláis en vuestra casa.

FABRICIO.

El cielo es techo
y el campo casa.

ORACIO.

Ven.

(*Vanse los dos.*)

FABRICIO.

Allá te aguardo.

RODULFO.

Déjalos ir, Fabricio. Ensancha el pecho.
Muy loco es para yerno Feduardo.

FABRICIO.

Yo le castigaré.

RODULFO.

Detente, digo,
y venga el Duque a darnos el castigo.
¡Amenazas crueles! Llamad luego
al secretario.

CAMILO.

Desde aquella noche,
señor no ha parecido el Secretario,
y para no causarte pesadumbre
no te hemos dicho que, entre sus papeles,
de Otavia se han hallado algunos.

RODULFO.

¡Cielos! ¡Mayor rigor es éste! ¿Qué me dices?

CAMILO.

Lo que todos sospechan, y que el Príncipe
está libre, y que niega justamente.

RODULFO.

¿Luego fué el agresor deste delito?
Llamadme a Otavia.

FABRICIO.

Nadie te ha querido

(*Vase* CAMILO.)

decir esta sospecha; mas sin duda
el Secretario fué de Otavia amado.

RODULFO.

¡Oh, cuánto puede un grande entendimiento!

---

(1) Falta este verso en B.
(2) A: "dan".

FABRICIO.

Homero lo mostró pintado a Ulises,
que con él se libró de tantas cosas
como se le ofrecieron en veinte años.

RODULFO.

Id, Fabricio, y echad un bando en Mantua,
que al que me diere al Secretario preso
le daré veinte mil ducados de oro.

FABRICIO.

Yo voy.

RODULFO.

¿Hay desventura semejante?

(*Vase, y sale* CAMILO *con* OTAVIA.)

CAMILO.

A Otavia tienes, gran señor, delante.

RODULFO. ¿Era maestro de amor
el milanés que te di,
que aprendiste, Otavia, ansí
licencia de hacer favor?
¿Era secretario aquél
de tu flaqueza y deshonra,
que el secreto de tu honra,
todo lo pusiste en é?
¿Aprendiste esas liciones
de aquel filósofo ciego?
¿No hablas?

OTAVIA. Que a oírte llego (1),
señor, tan libres razones.
Con él estuve, es verdad;
mas sólo hablando con él
tan castamente, que dél
aprendiera honestidad.
Neguélo, como te vi
hablar mal en mi opinión.

RODULFO. Sacadme de la prisión
a Arnaldo, y traedlo aquí:

(*Va* CAMILO *por él.*)

¡Vete de mis ojos, fiera!

OTAVIA. Tu edad, que debiera ser
un espejo para ver
lo que en otro se viera,
tan ciego, señor, te tiene,
que no ves que cuanto intentas
es darme, sin culpa, afrenta.

RODULFO. ¿Qué amor mi brazo detiene
que no la pasó aquel pecho
para que vierta este día
la sangre que tiene mía?

OTAVIA. Muy como mancebo has hecho.

RODULFO. ¿No me la quitáis de aquí?

OTAVIA. Tu término desconozco.

RODULFO. Y yo por mi mal conozco
que engendré una fiera en ti.

(*Vase* OTAVIA. *Entra el* PRÍNCIPE *y* CAMILO.)

PRÍNCIPE. Que estás mejor informado,
señor, me ha dicho Camilo.

RODULFO. Perdona, Arnaldo, el estilo
con que tu honor he tentado.

PRÍNCIPE. Disculpa tiene el honor
de cualquier ira que tenga.

RODULFO. Cuando sus agravios venga (1),
ni hay respetos, ni hay amor.
Desengañado estoy ya
de la culpa que te he puesto,
porque quien la tiene en esto,
huyendo, Príncipe, va.
¡Pluguiera a Dios que tú fueras,
y no el hombre vil que ha sido!

PRÍNCIPE. Dícenme que ya ha venido
Feduardo, o que hoy le esperas.

RODULFO. Vino, y contéle el suceso,
aunque culpándote a ti.

PRÍNCIPE. ¿Qué le dijiste de mí?

RODULFO. Que estabas, Arnaldo, preso.
Respondióme, que era engaño,
y que por ser natural
me valí de industria igual
para remediar el daño.
Fabricio le desmintió;
dejó un guante; en campo espera;
amenazóme, y pudiera
también castigarle yo.
Pero dice que vendrá
el Duque a tomar venganza;
gran parte, Arnaldo, te alcanza;
mi honor en tu brazo está;
cierta tenemos la guerra:
tú has de ser mi General,
que este infame natural
lo quiere ser de mi tierra.
Forma un campo, y por la palma
del triunfo al de Mantua venga.

PRÍNCIPE. Ese guante haré que tenga

(1) A: "que a oír llego".

(1) A: "tengo y vengo".

mano que le sirva de alma,
si quisiere de hombre a hombre,
y si no de campo a campo.

RODULFO. Su furia en el alma estampo,
desde hoy infamo su nombre,
que hablarle con humildad
le dió pensamientos vanos;
que entonces es de villanos
hablar con más libertad.

PRÍNCIPE. Déjame sacar la gente,
que tú verás el estrago,
que en esas soberbias hago.

RODULFO. ¡Oh, quién, Arnaldo valiente
(según su amor le provoca)
tuviera una Otavia honrada,
que dar por prenda a tu espada!

PRÍNCIPE. Toca al arma.

RODULFO. Al arma toca.

(*Vanse. Sale* FEDUARDO *y* GONZALO.)

FEDUAR. En fin, Gonzalo, volvemos
a la patria.

GONZALO. Es centro, en fin.

FEDUAR. ¡Ay mi adorado jardín!

GONZALO. Deja esos locos extremos,
y agradece al generoso
cielo, que libró tu vida.

FEDUAR. ¿No fuera mejor perdida
por aquel sujeto hermoso?

GONZALO. No por cierto, que no hay cosa
más necia que aventurar
la vida, si ha de quedar
la virtud sin fama honrosa.

FEDUAR. ¿No era muy honrosa fama
por dama de tal valor?

GONZALO. Bien estás vivo, señor;
la vida es notable dama.

FEDUAR. No pensaba yo, Milán,
verte tan presto.

GONZALO. Ya vemos
la casa antigua.

FEDUAR. Llamenos.
¡Qué seguros estarán!

(*Llaman.*)

GONZALO. ¡Ah de casa! (1)

(JULIA *en lo alto.*)

JULIA. ¿Quién nos quiebra
la puerta tan de mañana?

(1) B: "¡Ah de la casa!"

GONZALO. Los romanos, Julia hermana.

JULIA. ¡Jesús!

GONZALO. ¡Cómo lo celebra!

JULIA. ¿Eres tú, Gonzalo mío?

GONZALO. Yo soy, Julia, y mi señor.

JULIA. A decirlo voy.

GONZALO. ¡Qué amor!
¡Qué cara! ¡Qué talle y brío!
Una como ésta era buena
para tus melancolías,
que no esotras fantasías
de aquella endiosada Elena.
¿Salió el Sol por el Oriente
como ella en aquel balcón?

(*Sale* UBERTO.)

UBERTO. ¿Quién dices, Julia, que son?

FEDUAR. Los brazos de un hombre ausente.
Dame, padre de mi vida,
ese pecho en que emplealLos.

UBERTO. ¡Hijo!

FEDUAR. Que quiere pagallos
el dolor de la partida.

UBERTO. Ya no te juzgaba vivo.

FEDUAR. El corazón te decía
el peligro que tenía.

UBERTO. (¡Qué pena en verle recibo!
¡Qué turbación que me ha dado!
¿Cómo le echaré de aquí?)

GONZALO. ¿No hablas a Gonzalo?

UBERTO. Sí.

FEDUAR. Es un honrado criado.

UBERTO. Merece satisfacción
del servicio que te ha hecho.
(Todo se me abrasa el pecho.)
¿Di, Feduardo, es razón
no escribir a un padre un hombre
en tanto tiempo?

FEDUAR. Señor,
no ha sido falta de amor,
ni el tuyo ingrato me nombre.
Sino que hasta ver mi estado,
o declinar, o subir,
no te pensaba escribir.
Ya, en efeto, ha declinado,
para mi mal de tal suerte,
que el escribir fué volver.

UBERTO. (El remedio que ha de haber (*Ap.*)
es hacerle dar la muerte.)
¿Dónde has estado?

FEDUAR. Señor!
nunca de Roma salí.
GONZALO. (¿Qué dices?
FEDUAR. ¡Importa así!)
UBERTO. Gran ciudad.
FEDUAR. Es la mejor
que cubre del cielo el manto
desde el ocaso a Calisto.
UBERTO. Grandes cosas habrás visto
en aquel imperio santo.
FEDUAR. Mi señora, ¿cómo está?
UBERTO. Buena. (Por mi muerte vino.)
FEDUAR. ¿Y mi hermano Cesarino?
UBERTO. Hay muchas mudanzas ya.
FEDUAR. ¿Cómo, señor?
UBERTO. No es tu hermano
Cesarino.
FEDUAR. ¿Cómo no?
UBERTO. Como el Duque me lo dió
en traje tosco y villano,
porque le criase ansí,
yo tu nombre (1) te quité,
Cesarino le llamé,
y el suyo te puse a ti.
Que es hijo de Federico,
y se llama Feduardo,
que ver heredar aguardo,
no sólo estado tan rico,
pero el de Mantua también,
que es ido a casarse allá.
FEDUAR. ¿Qué dices?
UBERTO. Que en Mantua está
¿Pésate de tanto bien?
FEDUAR. Pésame de que no sea
mi hermano.
UBERTO. Tienes razón.
FEDUAR. En su trato y discreción
muy bien tanto bien se emplea.
UBERTO. Hijo, yo voy a saber
del Duque, si habrá llegado;
que soy ya muy su privado.
Tú a Casandra podrás ver.
Y descansa del camino
(la vida le he de quitar).
FEDUAR. ¿Cómo podré descansar?
UBERTO. (Para mis desdichas vino;
mas quitándole la vida,
queda seguro mi engaño.)
FEDUAR. ¿Hay suceso más extraño?
¡Ay, dulce Otavia querida!
¿Mi hermano os ha de gozar?
Digo el que serlo pensé.
GONZALO. ¿Que Cesarino se fué
con la de Mantua a casar?
¿Y que no es tu hermano?
FEDUAR. No,
que él no es eco deste hermano
y que ya la goza es llano.
¡Ay, Dios, si a Mantua llegó!
¡Válgame, Gonzalo, el cielo,
qué quimeras tan extrañas!
GONZALO. Pues, ¿qué sientes?
FEDUAR. Las entrañas
me abrasa envidioso celo.
No siento invidia del bien
que por tal padre le han dado,
que, en virtuoso y honrado,
le iguala Uberto también.
No tengo yo que invidiar
mejor padre del que tengo,
lo que en él a invidiar vengo,
es que a Otavia ha de gozar.
GONZALO. Mi señora viene aquí.

(*Salen* CASANDRA *y* JULIA.)

CASANDRA. ¡Feduardo!
FEDUAR. ¡Madre mía!
JULIA. ¡Gonzalo!
GONZALO. ¡Julia!
CASANDRA. Este día,
mis ojos, en que te vi,
único lo será en (mis) años;
celebraré su memoria.
FEDUAR. Verte de mi pena es gloria;
tú eres bien de tantos daños...

(*Hablan.*)

JULIA. ¿Cómo por Roma te ha ido?
GONZALO. Muy romo vengo.
JULIA. ¿Has topado
con Pasquín?
GONZALO. No me ha dejado
narices.
JULIA. ¿Qué me has traído?
GONZALO. Una maleta de cosas.
que te han de maravillar,
y que las han de invidiar,
Julia, más de dos hermosas.
JULIA. Entremos a verlas.
GONZALO. Vamos.
¿Podréte abrazar?

(1) B: "y otro nombre".

JULIA. ¿Pues no?
¿Quién llegó, que no abrazó?
GONZALO. ¿Y de ausencia, cómo estamos?
¿Qué pesos falsos me has hecho?
JULIA. ¿Yo? ¡Plega a Dios...!
GONZALO. Bueno está,
mi Julia; no pliegues ya.
FEDUAR. ¿Qué dices?
CASANDRA. Lo que sospecho.

(*Vanse los criados.*)

¿Fuéronse ya los criados?
FEDUAR. Sí, bien podemos hablar.
CASANDRA. Este hombre te ha de matar.
FEDUAR. ¡Oh, caso jamás pensado!
Dime, Casandra, ¿por qué?
¿En qué a mi padre ofendí?
CASANDRA. No es tu padre.
FEDUAR. ¿Cómo ansí?
CASANDRA. El Duque tu padre fué,
porque cuando el duque vino
de Mantua, lo declaró
a Uberto que te crió,
y él dió por ti a Cesarino.
FEDUAR. ¿Que Cesarino es de Uberto?
¡Valgame el cielo!
CASANDRA. Esto pasa:
que te ha criado en su casa
con este nombre encubierto;
y agora, viendo el estado
a que te levanta Dios,
os ha trocado a los dos,
y a Federico engañado.
Codicioso de poner
en su sangre este blasón,
pues encubrir su traición,
con tu muerte (1) habrá de ser.
Mira, amores, por tu vida,
que tu vida me obligó
a que te dijese yo
que quiere ser tu homicida
este bárbaro cruel.
FEDUAR. ¿Cómo sabes que yo he sido
hijo del Duque?
CASANDRA. He sabido
todas estas cosas dél;
que no hay hombre tan discreto,
si de amor ha dado muestras,
que a dos lagrimillas nuestras,
niegue el más grave secreto.
FEDUAR. ¡Triste de mí que nací
para verme en tanto mal!
CASANDRA. Tú eres hijo natural
del Duque.
FEDUAR. Tarde lo fuí.
Que si ha tomado de Otavia
Cesarino posesión,
ni quiero vida.
CASANDRA. En traición
tan grave el Duque se agravia.
FEDUAR. Casandra, ¿qué me ha valido
saber que del Duque soy,
cuando en tal estado estoy,
que no puedo ser creído?
¿Por dónde daré a entender
que ser su hijo es verdad?
CASANDRA. De Uberto la autoridad,
de más efeto ha de ser,
Mas quiérote aconsejar,
mi bien, por lo que te quiero;
que de mujer, y primero,
mucho suele aprovechar.
La verdad, que es oprimida,
vence al tiempo, y con vitoria
sale a recebir la gloria
de su virtud merecida.
Calla, hasta que esta verdad
triunfe del tiempo enemigo,
que basta aqueste testigo
para darte calidad.
FEDUAR. ¿Que calle?
CASANDRA. Sí, y que te guardes (1)
deste, hasta que llegue un día...

(*Suenan cajas dentro y sale* UBERTO.)

UBERTO. ¿No escuchas, Casandra mía,
las cajas destos alardes?
¿No sabes lo que ha pasado
en Mantua con Cesarino?
¿No sabes cómo ya vino
nueva de que le han negado
a Otavia el Duque traidor,
porque ha fingido que Otavia
con un secretario agravia
su mal estimado honor?
¿No sabes cómo se parte
el Duque a Mantua con gente?
¿No sabes que soy teniente
de su bastón y estandarte?

(1) B: "nombre".

(1) B: "y que guardes".

¿No sabes cómo me vengo
hoy a despedir de ti?

CASANDRA. Sé que sin dicha nací,
pues a verte ausente vengo.
Sé que no tendré más vida;
sé que sin tus brazos quedo.

UBERTO. Hijo, sólo decir puedo,
que me parto en tu venida.
Aunque, a buen tiempo has venido,
pues quedas para servir
a Casandra.

FEDUAR. Antes he de ir
contigo. Perdón la pido,
y como a madre licencia.

UBERTO. De ninguna suerte puedes
ir conmigo, y que te quedes
es bien, mientras hago ausencia.

FEDUAR. ¿Quién te ha dado esos consejos?
¿Entre qué bárbaros pasa
quedar los mozos en casa
y ir a la guerra los viejos?

UBERTO. Hijo, cuando yo pudiera
excusar esta jornada,
la vuestra por esta espada,
como era razón sirviera;
mas siendo forzoso ir,
no tenéis que replicar.

FEDUAR. ¿En casa me he de quedar?

UBERTO. Sí; que la habéis de regir.
¡Casandra!

CASANDRA. ¡Señor!

UBERTO. Advierte.

(*Hablan los dos aparte.*)

(No salga aquéste de aquí,
y, si me estimas a mí,
procura darle la muerte.
¡Sácame de aquesta pena!

CASANDRA. Fía de lo que te adoro.

UBERTO. No tiene el mundo tesoro
como una mujer que es buena.)
Hijo, a Casandra he rogado
que te dé cuanto quisieres;
su hijo y su dueño eres.
Dios te ponga en alto estado.
(Mas para que caigas dél.)
Ahora bien, dadme esos brazos.

FEDUAR. Presto pagas los abrazos.

CASANDRA. ¡Ay, desventura cruel!

FEDUAR. De venir, yo te los di,
y ya que te vas los doy.

UBERTO. Adiós.

FEDUAR. A tu lado voy.

UBERTO. No, que has de quedarte aquí.

(*Vase.*)

CASANDRA. El se fué.

FEDUAR. Vaya el villano,
donde el primer arcabuz
le prive de aquesta luz.

CASANDRA. En fin, que tu falso hermano
no goza a Otavia.

FEDUAR. Así es.

CASANDRA. ¿Quién es este Secretario?

FEDUAR. ¡Ay, Casandra, el tiempo vario
te dirá quién es después.
Amor, que es profundo abismo,
le hizo, como él no ve,
tan ciego, que él mismo fué
secretario de sí mismo.
A sí mismo se escribía,
su secreto le fiaba,
porque él entonces pensaba
que otro Feduardo había.
Mas esto sabrás después;
¿qué te dijo con secreto?

CASANDRA. Que te matase.

FEDUAR. ¿A qué efeto?

CASANDRA. A efeto deste interés
y asegurar tanto engaño (1):
que tu muerte es el camino.

FEDUAR. ¿Sabe quién es Cesarino?

CASANDRA. ¡Ese es caso más extraño!
Que también vive engañado,
y al Duque por padre tiene.

FEDUAR. Casandra, a mí me conviene
ser desta guerra soldado.
Alistarme quiero en ella,
mudando el nombre y guardarme
deste infame, hasta vengarme.

CASANDRA. Llévame, mi vida, a ella,
porque sirva de testigo
con el Duque.

FEDUAR. ¿Podrá ser
encubrirse una mujer?

CASANDRA. Yo iré como hombre contigo.
Que pues para ti lo fuí
como amigo, y no mujer,
quiero a tu lado perder
la vida que te ofrecí.

---

(1) B: "daño".

FEDUAR. Bien dices. Toma un vestido,
y tú y yo, y este criado,
de quien la vida he fiado,
que es español, y lo ha sido,
nos podemos alistar.
CASANDRA. A tu lado he de morir;
pero ¿quiéresme decir
si te he sabido obligar?
¿Qué es aquello del Abismo
de amor?
FEDUAR. ¡Celos!
CASANDRA. ¡Soy mujer!
FEDUAR. Conviéneme ahora ser
Secretario de mí mismo.

(Vanse. Sale un CAPITÁN *y otro que alista, y gente de acompañamiento, y ponen un bufete con recado de escribir.)*

CAPITÁN. Llegad esa mesa.
ESCRIB. Quiero
escribir estos soldados.
1.º ¿Hay juego?
TAMBOR. Aquí hay caja y dados.

(Pónense a jugar los SOLDADOS *y el* TAMBOR.*)*

2.º Yo tomo el dado primero.
CAPITÁN. No queda mozo en Milán
que no vaya a esta jornada.
ESCRIB. La injuria obliga a la espada.

(Sale un SOLDADO *roto.)*

3.º ¿Quién es aquí el capitán?
CAPITÁN. Yo soy.
3.º Alistarme quiero.
CAPITÁN. ¿El nombre?
1.º Esta suerte paro;
que perdiese aquel reparo.
¿Qué tiene aqueste dinero?
3.º Yo me llamo.
2.º ¡Azar!
1.º ¡Perdí!
CAPITÁN. Acabad, pues.
3.º Rodamonte.
CAPITÁN. ¿Por qué?
3.º Porque rodé un monte,
en cuyo extremo nací.
CAPITÁN. Si las obras igualáis
al nombre, Mantua es ganada.
3.º Mal conocéis esta espada.
ESCRIB. Escrito soldado estáis.
3.º Pues con su licencia voy
a echar una suerte allí.

SOLD. 1.º ¿Que no hay un diez para mí?
Al diablo los huesos doy.
2.º Más.
1.º Digo.
3.º ¡Yo topo aquí!
2.º Topé como ha de topar,
pues allí tiene lugar,
y no topé sobre mí.
3.º Yo puedo topar, si quiero.
2.º Con un poste, y con el diablo.
2.º ¡Hable más quedo!
3.º ¿Yo hablo
con él? Que él no es caballero,
sino él.
TAMBOR. ¿Que a uno salís?
1.º Haz de las suertes que sueles.
3.º El no sabe que tres eles (1)
son menudos de un mentís.
Pues meta mano el gallina.
CAPITÁN. Soldados, ¿dónde estoy yo?
2.º Este pazguato llegó,
rodilla de la cocina
del Duque, y quiso parar
por mis hombros.
3.º Yo soy...
CAPITÁN. ¡Quedo!
¡Por vida del Duque!
2.º ¿Puédo
hablar?
3.º ¿Y yo puedo hablar?

(Empuñan las espadas.)

CAPITÁN. No haya más: bueno está ansí;
¿aquí empuñan las espadas?

(Salen FEDUARDO, GONZALO *y* CASANDRA, *en hábito de hombre, con daga y espada.)*

CASANDRA. ¿Voy bien?
FEDUAR. Digo que me agradas.
GONZALO. ¿El Capitán está aquí?
FEDUAR. V[uestra] merced nos aliste.
CAPITÁN. Buenos dos mozos.
GONZALO. ¿Y yo
no soy nadie?
CAPITÁN. ¿Por qué no?
FEDUAR. Calla ya; tu humor resiste.
ESCRIB. ¿Cómo os llamáis?
FEDUAR. Felisardo.
ESCRIB. ¿De dónde sois?
FEDUAR. De Cremona.

(1) B: "él sabe que aquestos eles".

CAPITÁN. El tiene gentil persona.
GONZALO. Sí, señor; soy muy gallardo.
CAPITÁN. No digo a vos.
GONZALO. Pues, ¿a quién?
CAPITÁN. A este soldado.
ESCRIB. ¿Qué nombre
tiene aquese gentil hombre,
que viene con vos también?
CASANDRA. Yo me llamo Doroteo.
CAPITÁN. ¡Qué buen talle!
ESCRIB. ¡Gentil brío!
GONZALO. ¿Que tan buen talle es el mío?
"Todos lo dicen y yo me lo veo."
CAPITÁN. No digo a vos.
GONZALO. ¿Pues a quién?
CAPITÁN. A aqueste galán soldado.
ESCRIB. ¿Qué nombre?
GONZALO. No lo he pensado.
ESCRIB. ¿Eso tenéis más también?
¿Cómo queréis que os aliste?
GONZALO. Ponga que Alpiste me llamo.
ESCRIB. ¿Es pájaro vuestro amo?
GONZALO. Sí, señor, y soy su alpiste.
ESCRIB. ¿De qué nación?
GONZALO. Española.
ESCRIB. ¿Qué lugar?
GONZALO. Córdoba.
ESCRIB. ¡Bueno!
GONZALO. Bravas bestias hay de freno:
asnos hay también, mamola.
CAPITÁN. ¡Plaza! Su excelencia sale.
Dejad el juego.
1.º ¿Esto más?

(*Salen el* DUQUE FEDERICO, UBERTO *y gente.*)

FEDERICO. Esto, Uberto, le dirás,
y que el plazo no señale;
que no quiero desafío
en que su vida aventure,
y estime que le asegure
por bien deste estado y mío.
Ve delante, y juntamente
le di con la brevedad
que salgo de la ciudad:
vos haced marchar la gente.
CASANDRA. (Aqueste es tu padre.
FEDUAR. Uberto
me ha visto y repara en mí.
UBERTO. Feduardo viene aquí.)
CASANDRA. ¡Yo soy muerta!
FEDUAR. (¡Y yo soy muerto!)
UBERTO. ¡Ah, soldado!
FEDUAR. ¿Qué me mandas?
UBERTO. Oye aparte.
FEDUAR Ya te escucho.

(*Aparte los dos.*)

UBERTO. Aunque te agradezco mucho
ver que entre las armas andas,
mejor, Feduardo, fuera
que con Casandra quedaras.
FEDUAR. No es justo que me dejaras
donde a una mujer sirviera,
hecho como ella, mujer,
cuando tú a la guerra vas.
(Yo quiero engañarle, mas
con la verdad ha de ser.)
Fuera de que hay una cosa
en que tú me has de ayudar.
UBERTO. ¿Cómo?
FEDUAR. A Mantua he de heredar,
y Otavia ha de ser mi esposa.
UBERTO. ¿Qué dices?
FEDUAR. Que fuí, señor,
el secretario que estaba
con el Duque, y que ella amaba,
y con tu ayuda y favor,
pues mi hermano tiene estado,
yo tendré a Mantua.
UBERTO. ¿Que has sido
el secretario atrevido
que estas guerras ha causado?
FEDUAR. Sí, señor.
UBERTO. (¿Si lo diré
al Duque?... Pero es error;
no descubra su valor,
mejor es que en nombre esté
de mi hijo, y que, casado
con Otavia, a Mantua herede,
para que en su estado quede
del que le quito, pagado,
y será de aquesta suerte
más llano el bien que procuro,
pues mi conciencia aseguro
y libro de dalle muerte.)
Ve, Feduardo, a la guerra,
que bien parece ese brío
de un hombre que es hijo mío.
FEDUAR. Tal sangre este pecho encierra.
UBERTO. Sólo me parece bien
que aquí vayas disfrazado.
FEDUAR. Señor, el nombre he mudado.

UBERTO. Has acertado también,
porque nadie sepa aquí
que tú el secretario fuiste.
FEDERICO. Uberto, ¿no te partiste?
UBERTO. A aquel soldado le di
para Casandra un recado.
FEDERICO. ¿Qué soldado?
FEDUAR. Yo, señor.
FEDERICO. ¡Buen mozo!
UBERTO. Tiene valor.
FEDERICO. De su buen talle me agrado.
Denle, Uberto, una jineta;
sírvame de capitán.
UBERTO. (¡Qué mal mis negocios van!
Cualquiera sombra me inquieta.
La sangre se ha confrontado,
que son al fin verdaderas
las almas; son bachilleras,
ya deben de haberse hablado.)
Vámonos de aquí, señor.
FEDERICO. ¡Qué gentil mozo!
FEDUAR. Tu hechura
soy.
FEDERICO. Dios te dé ventura,
como muestras el valor.

(Vanse todos. Asómase arriba OTAVIA *y* CELIA *a una ventana.)*

CELIA. Desde esta ventana puedes
mirar, Otavia, el alarde.
OTAVIA. Celia, de lo justo excedes.
CELIA. Sospecho, así Dios te guarde,
que alegre de verle quedes;
porque al Príncipe verás
dejando la fama atrás
de Alejandro y de Trajano,
que excede, como el Troyano,
los hombros de los demás.
OTAVIA. Celia, a quien no tiene gusto,
el alegría entristece;
sólo le alegra el disgusto,
el mal justo le parece,
y el bien le parece injusto.
Tú, que tienes a quien ver,
baja a esas rejas a hacer
ventana franca a tu amante,
que a darme muerte es bastante
cualquiera ajeno placer.
CELIA. Aunque te entristezca, llega;
verás al fuerte escuadrón
que las banderas despliega,
cubrir de un clarín al son
la verde yerba a la vega.
Ven, que vienen tremolando
los tafetanes, y dando,
como la mar con espumas,
mil visos las blancas plumas,
tus libres ojos llamando.
OTAVIA. Déjame, Celia, que muero
ausente de Feduardo,
que volver a ver no espero.
CELIA. Mira el Príncipe gallardo,
que más que a mis ojos quiero.

(Sale un alarde de soldados con bandera y caja, y a la postre FABRICIO, *el* PRÍNCIPE *con bastón, y el* DUQUE RODULFO.)

FABRICIO. Otavia está en el balcón,
pero mirando a traición.
RODULFO. No mirará de otra suerte
quien a traición dió la muerte
a su fama y opinión.
PRÍNCIPE. Bella está, ¡por Dios, Otavia,
aunque esta infamia la agravia;
saber menos fuera bueno,
porque yo siempre condeno
que la mujer pique en sabia.
De parecer he mudado,
y mi amor en Celia he puesto,
que aborrecida ha guardado
en su pensamiento honesto
la fe de que se ha privado.

(Sale CAMILO.)

CAMILO. El campo que Mantua mira
y por donde el Mincio corre,
el Duque haciendo, de ira,
de Babilonia otra torre,
rayos de soberbia tira.
Con su hijo se ha juntado,
y a poner cerco se apresta.
RODULFO. El Duque viene engañado.
CAMILO. ¿Esta es la amistad propuesta?
Que la palabra has quebrado
viene diciendo a su gente.
RODULFO. Antes que batalla intente,
vuelve, y di que hablarle quiero
de paz, y que verle espero
sobre esa famosa puente.
Que venga con gente igual.
CAMILO. Yo parto.
RODULFO. El amor pasado
(Vase.)

me obliga.

PRÍNCIPE. Si de hacer tal
ha de quedar más airado,
pienso que lo piensas mal.

RODULFO. Los romanos que en su tierra
una guerra proponían,
si quien los sigue no yerra,
su protestación hacían
antes de empezar la guerra.
Yo, imitándolos, daré
al duque satisfación;
después lo que debo haré.
Marche, Arnaldo, el escuadrón.

(Vanse marchando los soldados.)

CELIA. Ya el Duque, Otavia, se fué.

OTAVIA. Vaya, que de su partida,
Celia, ningún bien aguardo;
sólo es bien que el cielo pida
la vida de Feduardo,
o que me quite la vida.

CELIA. ¿Piensas tú que le han de hablar?

OTAVIA. Sí harán, para darme enojos.

CELIA. La mar le sabrá guardar.

OTAVIA. ¿Si le guardarán mis ojos,
que se han convertido en mar?

(Vanse y sale gente de guerra, el DUQUE FEDERICO, UBERTO, FEDUARDO, CASANDRA, *de soldado; un* CAPITÁN, CESARINO *y* GONZALO, *todos por su orden.)*

CESARINO.

No hice por tu gusto el desafío,
ni ellos salieron a pedirme el guante.

FEDERICO.

Quiero que aguardes el castigo mío.

FEDUARDO.

¿En qué piensa parar este arrogante?

CASANDRA.

No es mucho que le dé su engaño el brío.

FEDUARDO.

A Uberto quiero hablar; no estés delante.

CASANDRA.

¿Qué le quieres decir?

FEDUARDO.

Cierto secreto.

CASANDRA.

¿Sabrélo yo?

FEDUARDO.

Después que tenga efeto.
¡Uberto!

UBERTO.

¿Qué me quieres?

FEDUARDO.

Hoy querría
de Otavia conocer el pensamiento.
Dame licencia que la suerte mía
consiste en verla y en saber su intento.

UBERTO.

Mejor será mi propia compañía,
a cuya sombra, amparo y fingimiento
podrás hablarla, y verla.

FEDUARDO.

Si tú vienes
conoceré el amor que a los dos tienes.

UBERTO.

Disfrazado podrás venir conmigo,
y yo diré que llevo una embajada
del duque Federico a tu enemigo (1),
con qué tendrás en su palacio entrada

FEDUARDO.

Eres padre, señor; eres amigo,
que es más que padre. Adiós, Casandra amada.
¡Gonzalo, ven conmigo!

GONZALO.

¿Dónde vamos?

FEDUARDO.

Donde la fe de una mujer veamos.

(Vase FEDUARDO, UBERTO *y* GONZALO.*)*

CASANDRA.

Vuelve, mi bien, que sospechosa quedo
deste fiero enemigo de tu vida.

CESARINO.

Ya que casarme, gran señor, no puedo
con Otavia, a su honor tan atrevida,
si al enemigo en la batalla excedo,
hazme, señor, de la ciudad vencida;
yo estaré en Mantua y tú en Milán, en tanto
que dispone otra cosa el cielo santo.

FEDERICO.

Animoso parece el pensamiento,

(1) B: "duque Federico, su enemigo".

así le acepte la fortuna varia;
y pues no puede hacerse el casamiento,
yo te doy la ciudad, si no es contraria.

(*Sale* CAMILO.)

CAMILO.

¡Gran Federico, gloria y ornamento
de Italia! Siendo cosa necesaria,
para romper la guerra juntamente
saber la causa al tiempo que se intente,
Rodulfo, mi señor, dice que quiere
sobre el puente mayor que el Mincio baña,
de paz hablarte, y si tu gusto fuere.

FEDERICO.

Es de su pecho generosa hazaña.
Dirásle, caballero, que me espere.
¿Qué gente de su campo le acompaña?

CAMILO.

Su hija, y desarmada alguna gente,
que junto a la ciudad defiende el puente.

FEDERICO.

Pues dile que ya voy.

CAMILO.

Esto querría.

FEDERICO.

Si fué verdad que Otavia le deshonra...

CESARINO.

Temo que injusta fué la queja mía;
que no me había de dar mujer sin honra.

FEDERICO.

Hablarle será bien en cortesía.

CESARINO.

Sin duda que fué cierta su deshonra.

FEDERICO.

Marche la gente, porque esté a la mira.

CESARINO.

Toca a marchar.

FEDERICO.

Perdiendo voy la ira.

(*Vanse todos. Sale* RODULFO, OTAVIA, CELIA *y el* PRÍNCIPE.)

OTAVIA. ¿Para probar tu opinión
quieres que pierda la mía?
RODULFO. ¿No te parece razón?
PRÍNCIPE. Ya, Celia, ha llegado el día
en que te tengo afición.
Y conociendo tu fe,
y la deslealtad de Otavia,
aborrecí lo que amé.
CESARINO. Vuelve amor por quien le (1) agravia,
como en tu ejemplo se ve.
OTAVIA. ¿Qué quieres probar conmigo?
RODULFO. Que mi palabra he guardado,
dada y jurada a un amigo.

(*Sale* FABRICIO.)

FABRICIO. De Federico ha llegado
un embajador conmigo.
RODULFO. Entre, y sepamos qué quiere.

(*Salen* UBERTO *y* FEDUARDO *detrás, disfrazado con una capa con oro y sombrero con plumas, y* GONZALO *con él.*)

UBERTO. Tu vida el cielo prospere.
RODULFO. ¿Qué quiere el Duque?
UBERTO. No vengo
por él.
RODULFO. ¿Pues por quién?
UBERTO. Yo tengo
que hablarte. Nadie se altere.
FEDUAR. ¡Cielos, mi Otavia está aquí!
RODULFO. ¿Es a solas?
UBERTO. Señor, sí.
FEDUAR. ¡Ay, mi Otavia!
OTAVIA. ¿Quién me nombra?
FEDUAR. ¡Feduardo!
OTAVIA. ¡Ay, cielo! ¿Es sombra?
FEDUAR. Sombra soy de aquel que fuí.
OTAVIA. Bien mío, ¿cómo has venido?
FEDUAR. Señora, por sólo verte
me ha hecho amor atrevido.
UBERTO. Para que le des la muerte,
adonde ves le he traído;
no es codicia del dinero,
que soy rico y no lo quiero.
RODULFO. ¿Que es éste aquel Secretario?
UBERTO. El irme yo es necesario:
habla, que afuera te espero.

(*Vase.*)

PRÍNCIPE. Breve la embajada ha sido.
¿Es aviso que has tenido?
RODULFO. Y tan bueno que ha de ser
paz de mi estado, y poner
toda mi gente en olvido.

(1) T: "quien la".

¡Prendedme aqueste villano!
PRÍNCIPE. ¡Date preso!
FEDUAR. ¡Fuí vendido!
GONZALO. ¡Ah, Uberto! ¡Ah, cruel tirano!
RODULFO. ¿A mis ojos te has venido?
FEDUAR. Vi mi señuelo en tu mano.
FABRICIO. ¡El Secretario! Por Dios,
¿Quién te trujo?
FEDUAR. El no lo ser (1),
porque en sabiéndolo dos
no puede secreto haber,
pues esto me trujo a vos.
RODULFO. ¿Quién es este?
GONZALO. Su criado
soy; Gonzalillo, señor.
RODULFO. Hoy el cielo me ha vengado.
GONZALO. Un padre ha sido traidor
a un hijo.
CASANDRA. El Duque ha llegado.

(*Salen el* DUQUE FEDERICO, CESARINO, CASANDRA *y algunos criados.*)

FEDERICO. De paz vengo como ordenas.
RODULFO. Yo también; tiempo ha venido
que has de ver que me condenas
sin culpa.
OTAVIA. ¡Ay, mi bien perdido!
CASANDRA. ¡No tengo sangre en las venas!
¿Estás preso?
FEDUAR. Preso estoy.
CASANDRA. ¿Pues quién te ha vendido?
FEDUAR. Uberto.
GONZALO. Yo también, Casandra, estoy
preso, y cerca de ser muerto.
CASANDRA. No harás, mientras viva soy.
RODULFO. ¡Noble Duque de Milán,
un tiempo el mayor amigo
que tuve! ¡Príncipes nobles,
que venis con Federico!
La palabra que di al Duque,
por mi parte la he cumplido,
si falto por la de Otavia,
era mujer, pudo y quiso.
Si intentas aquestas guerras
porque desprecié a tu hijo,
el secretario es aquel
que eligió por su marido.
Si Feduardo la quiere,
no diga que se la quito,
pues le doy juntos y presos
los que la culpa han tenido.
FEDERICO. ¡Esperad, Duque, por Dios!
Mancebo, ¿dónde te he visto?
FEDUAR. Tu capitán soy, señor.
FEDERICO. Pues ¿quién aquí te ha traído?
FEDUAR. Uberto por un engaño,
porque de Uberto soy hijo.
CESARINO. Es verdad, hijo es de Uberto,
por hermano le he tenido.
FEDERICO. ¿Dónde está Uberto?
GONZALO. Aquí viene.

(*Sale* UBERTO.)

FEDERICO. ¿Cómo a tu hijo has vendido,
y le trujiste a la muerte?
UBERTO. ¿Yo, señor?
FEDERICO. Tú, pues.
RODULFO. Tú mismo.
FEDUAR. Yo que me fiaba dél,
por ver a Otavia he venido
a mi muerte, gran señor:
un padre vende a su hijo.
FEDERICO. ¡Vive el cielo, que hay engaño!
CASANDRA. Licencia, señores, pido
para decir la verdad
y causa que le ha movido.
RODULFO. ¿Quién eres?
CASANDRA. Su mujer soy,
pero no son hijos míos
los que ves; otra que tuvo
parió aquél, que es Casarino;
que este ilustre caballero
que dicen que te ha ofendido,
con nombre de Secretario
es quien lo fué de sí mismo.
Este, Duque, es Feduardo.
FEDERICO. Y éste ¿quién es?
CASANDRA. Cesarino.
FEDERICO. ¿Es esto verdad?
UBERTO. Señor,
no perdón, la muerte pido.
¡Hijo!
FEDUAR. ¡Mi padre y señor!
OTAVIA. ¡Esposo amado!
FEDUAR. ¡Amor mío!
RODULFO. ¡Yerno, hijo!
FEDUAR. ¡Padre y suegro!
PRÍNCIPE. ¡Celia mía!
CELIA. ¡Amado primo!
FEDUAR. Truéquese la guerra en paz.
RODULFO. Otavia, muy buen marido

(1) B: "el noble ser".

supiste escoger.
OTAVIA. Señor,
fué el alma quien me lo dijo.
FEDERICO. Fué Cesarino culpado.
CESARINO. Señor, inocente he sido,
mas cuando culpado fuera
deste notable delito,
perderte por padre a ti,
¿no fué bastante castigo?
RODULFO. ¡Bien dice; castiga a Uberto.
FEDERICO. A Feduardo remito
destos el castigo y premio.
FEDUAR. Oye, heroico padre mío:
porque Uberto me crió,
debo ser agradecido.
De Milán destierro a Uberto
con su hacienda y con su hijo:
¿Casandra, irás con él?
CASANDRA. No.
FEDUAR. Pues quédate en el oficio
de camarera de Otavia.
OTAVIA. Por amiga la recibo.
FEDUAR. ¿Al Príncipe, qué daremos?
PRÍNCIPE. Solamente a Celia os pido.
RODULFO. Tuya es.
CELIA. Yo soy su esposa.
GONZALO. ¿Ya no es nadie Gonzalillo?
FEDUAR. Mi capitán de la guarda.
UBERTO. ¡Qué pago tan merecido!
FEDUAR. Aquí da fin Feduardo,
Secretario de sí mismo.

FIN DE LA COMEDIA DEL SECRETARIO DE SI MISMO

LA SELVA CONFUSA

COMEDIA FAMOSA (1)

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

REPRESENTÓLA MANUEL VALLEJO

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES (2)

FELIPE.	MARCIAL, *criado*.	OTAVIO.
CARLOS.	CELIA.	JACINTA.
LEONELO.	FLORA.	OTÓN.
FADRIQUE.	DUQUE DE MANTUA.	

ACTO PRIMERO

(*Salen* FELIPE, CARLOS, LEONELO *y* FADRIQUE, *de caza.*)

FELIPE.

Retírese la gente
a la florida margen desa fuente,
y pasemos la siesta
en el eterno abril desta floresta.

FADRIQUE.

Aquí, que de esmeraldas
ofrecen estas sombras
colgaduras al monte, al valle alfombras,
puedes sentarte, en tanto que amenaza
el sol con saña ardiente.

FELIPE.

Noble ejercicio es éste de la caza.

CARLOS.

Hace robusto a un príncipe y valiente,
y al caballo brioso
le impone de una suerte,
diestró, galán, y airoso,
firme en la silla, en los estribos fuerte;
las fuerzas cría y el temor destierra,
y es, en efeto, imagen de la guerra.
Mas, ¿qué venís hablando,
todo hoy los tres a solas mormurando? (1)

---

(1) A: Parte XXVII, Barcelona, 1633. B: Parte XXIV, Zaragoza, 1633, con el título de *Selvas y bosques de amor*. C: Ms. autógrafo de Calderón, edición de Northup, en "Revue Hispanique", 1909, XXI, 168-338.

(2) Véase el principio de *Selvas y bosques de amor*, según el texto impreso en la parte XXIV:

"Comedia famosa de *Selvas y bosques de amor*, de Lope de Vega Carpio. Las personas que hablan en ella: Fadrique, Felipo, Carlos, Leonelo, El Duque de Mantua, Otón, Otavio, El Duque de Milán. Marcial, Flora, Jacinta, Celia."

(1) La comedia de Calderón principia de esta suerte:

"FILIPO. Pasemos los rigores de la siesta
en el eterno abril de la floresta.
FADRIQUE. Aquí que de esmeraldas
componen estas sombras
colgaduras al monte, al valle alfombras,
siendo en tantos colores
gigante de zafir, pira de flores,
pues, bello Adlante, hasta los cielos sube
a convertirse ufano,
sino en pardo dosel, en verde nube;
templemos los ardores del verano
en tanto que amenaza
el sol con saña ardiente.
FILIPO. ¡Noble ejercicio es éste de la caza!
CARLOS. Hace robusto a un príncipe y valiente,
y el caballo brioso
le impone de una suerte
ágil, galán y airoso;
firme en la silla, en los estribos fuerte;
las fuerzas cría y el temor destierra.
FILIPO. Es, en efeto, imagen de la guerra,

LEONELO.

Ya es tiempo.

FELIPE.

¿Es tiempo, Conde?

CARLOS.

Sí; ¿qué esperas?

FADRIQUE.

¿Para qué es tiempo ya?

FELIPE.

Para que mueras.

FADRIQUE. Hermano, Carlos, Leonelo (1),
¿qué tirana furia es ésta?
¿Pues para mí las espadas?
¿Qué injusta cólera os ciega?
¿Qué envidioso me persigue,
para que desta manera
toméis venganzas (2), no siendo
vuestro agravio mi inocencia?
¿En qué os ofende mi vida?
¿Qué injusta pasión os fuerza? (3)

FELIPE. Pues has de morir, escucha,
para que la causa (4) sepas.
Hijos del duque Fabricio,
que los estados gobierna (5)
de Milán, somos, y es bien
que nuestra distancia adviertas.
Un mismo padre nos dió
un ser mismo, aunque en diversas
madres, con tanta distancia
como va de mala a buena.
No es mucho que siendo hermanos,
yo noble y tú infame seas,
pues no es mucho que una causa
tan varios efetos tenga (6).
Hijo natural del Duque
eres, que en una francesa

---

que es ver de un fuerte espín el erizado
cuello, cuando derechas
de las púas que vibra forma flechas
siendo en batalla esquiva
de su misma defensa aljaba viva;
y cuando más cercado
en el monte se mira
de los hambrientos perros acosado,
la presteza con que a uno y a otro tira,
reparo haciendo del subtil colmillo
cuyo marfil de Adonis fué cuchillo,
y cuando más cobarde se retira.
Que es de ver un lebrel que fatigado
más veloz se provoca,
rendido y no cansado,
haciéndose mordaza de la boca,
pues la lengua se muerde
cuando las presas en el viento pierde
y al fin que, perseguido,
repararse pretende,
aunque seguro mal, bien defendido,
matizando las flores
con la sangre y espuma de colores,
pues por bocas y heridas de una suerte
derrama copos y corales vierte.

FADRIQUE. ¿A quién no le divierte
su lucha imaginada?
¿A quién no da alegría?
Pero a mí más me agrada
en el aire veloz la cetrería.
¿Qué iguala al ver la garza que altanera
al cielo se levanta
siendo en conquista tanta
término fijo de una y otra esfera?
Que entre el fuego y el viento
corre, sin alterar el movimiento,
cuando del aire en la región suprema
bate las alas que en el fuego quema,
y cuando más soberbia se remonta
haciendo de su pluma al aire esmalte.
¿Qué es ver un generoso girifalte
nuevamente a la luz restituído
conducirse atrevido
a la garza y hacer en su porfía
noble campaña la estación vacía
cuando en admiración, grandeza suma,
abrasada la pluma
los dos con vuelo ciego
rayos de pluma son, aves de fuego,
hasta que al suelo bajan
abatiendo a la tierra el vuelo altivo
dos rayos, uno muerto y otro vivo?
¿Y qué es ver de los vientos superiores
abatida la esfera
viendo en ella volar la primavera,
pues aves que la pueblan de colores
flores de pluma son, aves de flores,
llenándole confuso
de alcotanes varios,
de sacres, gerifaltes y neblíes?
¿Mas qué venís hablando
todo hoy los tres a solas murmurando?

(1) B y C: "Leonelo"; A: "Leonido".
(2) B: "venganza".
(3) B y C: "¿Qué injusto traidor os fuerza?"
(4) B: "las causas"; C: "la cosa".
(5) B: "gobiernan".
(6) C añade:
"Si a los rayos del sol ponen
blándo barro y dura cera,
verás éste endurecerse,
verás ablandarse ésta.
¿Qué mucho, pues, que en los dos
imprima una causa mesma
en barro humilde tu infamia
y en la cera mi nobleza?"

dama te tuvo mi padre,
sin ser casado con ella.
Muy noble dicen que fué;
mas ¿qué importa que lo sea,
si infames facilidades (1)
disculpa mal la cabeza,
antes la condena más (2);
que la mancha más afea
que en un paño más humilde
en una muy rica tela?
Después de tenerte a ti,
casó con Julia, marquesa
de Ferrara, madre mía,
noble por él y por ella (3).
El vulgo, siempre inconstante,
que novedades desea,
ha dado en quererte tanto
que es en tu alabanza lenguas,
y no por grandezas tuyas,
como porque alguna estrella
te ayuda, porque algo bueno
en tu nacimiento tengas.
Si haces mal a algún caballo
te aplauden (4) de tal manera,
que aun hacer mal haces bien (5).
Si sales a la carrera,
tú solo eres a sus ojos
airoso y galán en ella.
En máscaras y disfraces (6)
siempre es la mejor tu empresa;
en las justas (7) y torneos
tu divisa es la más bella;
en los festines, tus galas;
en la corte, tus libreas;
Admitido de las damas,
y aún se que alguna deseas,
sabiendo que tengo puestos

(1) B y C: "si facilidad infame".
(2) B y C: "la descubre más".
(3) C añade:

"Murió, en fin, y nuestro padre
quiere que a la corte vengas
mudando el rústico ser
que te dió una pobre aldea.
Juntos nos hemos criado
y con la misma grandeza,
llamándote yo mi hermano
como si en todo lo fueras."

(4) C: "aplaude".
(5) B y C: "que el hàcer mal haces bien".
(6) B y C: "En máscaras disfrazadas."
(7) B: "tú las justas".

los ojos en su belleza.
Esa sortija en que yo
estoy esculpido, muestra
mis celos y mis desdichas;
yo la dí a Jacinta bella (1).
De todo aquesto ha nacido
en mí envidia, en ti soberbia;
¿un soberbio, un envidioso (2),
adónde quieres que quepan?
Estrecho es Milán, y el mundo
es estrecho, y así es fuerza
que el uno de los dos falte (3)
y éste quiero que tú seas.
Nuestro padre está muy viejo,
y esperar su muerte engendra
en mí un temor que han de hacerte
de Milán su Duque.

FADRIQUE. ¡Cesa!
Deja de hablar en mi agravio (4),
y permítele a mi lengua
nobles disculpas, si acaso
la misma voz no las niega (5).
Hermanos somos, y yo
concedo la diferencia:
pero el caballo castizo
hechura es de quien le engendra.
No disculpo yo a mi madre,
que una liviana flaqueza
tan aborrecible es
que hasta un hijo la condena (6).
Pero si, como tú dices,
fué tan noble, mal conciertan
nobleza y facilidad;
no es posible que ansí sea,
que si es la unión de dos almas
matrimonio en la conciencia,
sólo saben él y el cielo
si fué casado con ella.

(1) B y C añaden:

"Y a tanto extremo has llegado
que la fama novelera
el gallardo milanés
te llama por excelencia.
De aqueste aplauso ha nacido."

(2) A: "un soberbio y un envidioso".
(3) A: "de los dos sea".
(4) B y C: "el Duque de Milán.
FAD. Cesa,
cesa de hablar en mi agravio."
(5) B y C: "no se niega".
(6) B: "que aun un hijo le condena"; C: "que aun un hijo la condena".

Mas viniendo a averiguar
tu mal nacida sospecha,
que engendrada de un temor
es cobardía por fuerza,
¿qué ambiciones viste en mí
de adquirir infame hacienda?
¿Qué Príncipes conjurados
tengo para mi defensa?
¿Con quién traté de tu agravio,
o qué razones soberbias
has oído en tu desprecio? (1)
¿Qué armas previne en tu ofensa?
Todos mis delitos son
ser bienquisto: ¿quién creyera (2)
que porque me quieran (3) todos
un hermano me aborrezca?
Pero hoy el mundo y tú mismo (4)
mis desdichas considera,
pues de los merecimientos
hago agravios, formo ofensa (5).
Como hermano te he querido,
y si hoy el Duque muriera,
hoy jurara yo el primero
en tus manos la obediencia.
Esto he dicho por dejar
tu presunción satisfecha,
y por volver por mi honor,
mi lealtad y mi inocencia (6),
mas no para que presumas
que es el temor que me fuerza
a darte satisfaciones,
porque no es razón que tema
a traidores declarados (7):
antes de agora pudiera,
pues que de cualquier fiara
mil vidas si mil tuviera.

(1) Los tres versos últimos faltan en B.
(2) A, en lugar de estos tres versos últimos, sólo trae: "ser bienquisto. ¿Quién creyera...?"
(3) B: "quieren".
(4) B: "hoy el mundo y tú mismo".
(5) A: "firmo ofensas".
(6) B: "mi lealtad e inocencia".
(7) Los cuatro versos siguientes faltan en B. En C dice:

"traidores tan declarados (*)
antes de agora pudiera,
pues de cualquiera fiara
mil vidas, si mil tuviera.
Mirad de quién. ¡Oh, felice
mil veces aquel que llega."

(*) "destarados" leyó erróneamente Northup.

¿Para aquesto fué la caza?
¡Venturoso aquel que llega (1)
a conocer su enemigo!
Mas la natural defensa
me obliga a que de los tres
como pueda (2) me defienda.
Tres sois, y para traidores
sois muy pocos.

CARLOS. ¡Muera!

FELIPE. ¡Espera!
¿Qué mayor testigo quieres
de tu arrogancia y soberbia,
pues solo y en este monte
de tres defenderte piensas?
Pero porque mi intención
declaradamente veas
que no es matarte, mas sólo
asegurar mi sospecha,
la vida que no te quito
te doy; no quiero que mueras,
sino que dentro de un día
dejes de Milán la tierra.
Pasa a otros reinos, adonde
tan grande ventura tengas,
que vengas a ser señor
por tus armas y tus letras,
que yo te doy mi palabra (3)
de darte ayuda en las guerras,
darte crédito en las paces,
y para todas mi hacienda.
Déjame en Milán seguro.

FADRIQUE. Mejor, Felipe (4), dijeras
"Parte seguro, que yo
lo iré, pues que tú lo quedas.
Mas, ¿quién ha visto que pida
seguridad tan incierta
el traidor al que es leal,
la malicia a la inocencia?
Yo me iré, no porque pienses
que ejecuto tu obediencia,
sino por huír de ti,
y plegue al cielo que pueda;
que de un traidor poderoso
mal se puede hallar defensa (5),
desde los brazos del sol
hasta el centro de la tierra.

(1) B: "¡Oh, feliz aquel que llega."
(2) C: "como puedo".
(3) B y C: "que mi palabra te doy".
(4) B: "Felipo"; C: "Filipo".
(5) B y C: "mal podré tener defensa".

Mas sólo el que es bien nacido
quiero que en los dos adviertas:
yo, que no busco venganzas (1);
tú, que traiciones intentas (2).
Un día me das de plazo;
no le quiero, porque sepas
que no he de vivir un día
volviendo atrás la cabeza.
Porque viviendo contigo
era ya, Felipe, fuerza (3)
vivir mirando tus manos,
morir guardando tu lengua (4).
Desde aquí me tengo de ir,
no cargado de riquezas,
que las del propio valor
son más estimadas prendas.
Y tanto, que este vestido
no he de llevar, porque veas
que aun el vestido no llevo
despedido (5) de tu tierra.
Sólo aquesta espada elijo
por mi amparo y mi defensa;
mas no yendo tú tras mí,
aun voy seguro sin ella.

(*Vase.*)

FELIPE ¡Gran valor muestra! (6)
CARLOS. No sé
si en dejarle vivo aciertas.
LEONELO. A un poderoso señor (7)
dale muerte y no le ofendas.
CARLOS. Como un loco va arrojando
los vestidos por las selvas.
LEONELO. Ansí dirá su traición.
FELIPE. ¡Ay, Carlos! ¡Bien me aconsejas!
¡Bien me aconsejas, Leonelo! (8)
Seguidme los dos, y muera.

(*Vanse, y sale* FADRIQUE *sin el vestido, con la espada desnuda.*) (1)

FADRIQUE. Porque, pasando adelante (2),
atrás mi valor no vuelva,
no busco mejor camino
que el de estas partidas peñas,
por cuyas cavadas grutas
el Po despeñado entra.

(*Salen los tres.*)

FELIPE. ¡Matadle!
FADRIQUE. ¿Ya te arrepientes?
¿Este instante aún no me dejas
de vida para quejarme?
FELIPE. Fadrique, tu muerte es cierta.
FADRIQUE. Aún me cerró la fortuna
camino por donde pueda
huír: si al río me arrojo,
¿no es desesperación ésta,
cuando tan cierto peligro
dejo por la contingencia?
Aunque el cuerpo al agua arrojo,
Jacinta, el alma te queda.
Dadme corriente sepulcro,
aguas, en las ondas vuestras;
no viva en la tierra yo,
y en vuestras espumas muera.

(*Vase.*)

LEONELO. ¡Qué gran valor ha mostrado! (3)
CARLOS. ¡Gran resolución es ésta! (4)
LEONELO. Ya desde aquellos peñascos
hasta el río se despeña.
CARLOS. Morirá del golpe.

---

(1) B: "que yo no busco venganzas".
(2) C añade:
"El que por sí mismo es noble
sólo este nombre merezca,
que no excede la heredada
a la adquirida nobleza."
(3) Así en B y C; en A: "era, en Felipe, ya fuerza".
(4) Así en B y C A: "morir mirando tu lengua".
(5) B, "adquerido"; C: "adquirido".
(6) Desde aquí hasta acabar la acotación siguiente, falta en B; C sustituye el último verso así:
"¡Adiós, Jacinta!
CAR. No sé."
(7) C: "Aun, poderoso señor", por error de lectura y puntuación de Northup.
(8) En lugar de este verso, C dice: "No es tarde para matarle."

(1) C: ("*Vanse. Sale* FADRIQUE.")
(2) Este pasaje lo resume B así:
"Porque, pasando adelante,
atrás mi valor no vuelva,
no busco mejor camino
que el de esta partida peña,
por cuya cavada gruta
el Po, despeñado entra:
y aunque el cuerpo al agua arrojo,
Jacinta, el alma te queda.
Dame, corriente, sepulcro,
fortuna, en las ondas vuestras;
no viva en la tierra yo,
y en vuestras espumas muera."
(3) A: "has mostrado".
(4) En lugar de los cuatro versos siguientes, B trae estos dos:
"Morirá de la caída;
de su desdicha me pesa."

FELIPE. Ya
de su desdicha me pesa.
¡Ay, Fadrique, yo te he muerto!
¿Qué habemos de hacer?

CARLOS. Que sea
nuestra mentira verdad,
y la necesidad fuerza.
Decir al Duque que yendo (1)
con una veloz carrera
en un caballo, cayó
desde aquestas mismas peñas.

FELIPE. La verdad, Carlos, es esa;
pues corriendo su fortuna,
hoy mi envidia le despeña.

(*Vanse, y sale* MARCIAL, *criado.*) (2)

MARCIAL. ¡Oh, desgraciado mancebo! (3)
¡Quién en sus brazos te diera
favor contra la fortuna
y contra las aguas fuerza!
Perdona si cuando vi
a tu pecho las opuestas
espadas, que dió la envidia,
no me atreví a tu defensa.
Sabe el cielo si mi pecho
escudo a sus golpes fuera;
mas a golpes de fortuna
no hiciera yo resistencia.
Desesperado, a las ondas
te arrojaste; yo siguiera
tus pasos; mas no son pasos
los que vas dando por ellas.
Este caudaloso río
divide diversas tierras:
éstas son del de Milán,
del Duque de Mantua aquéllas.
¡Oh, si los cielos piadosos
darte paso permitieran,
para que de esotra parte
vida a lo menos tuvieras! (4)
¿Qué he de hacer? ¿Diréle al Duque
esta traición? Pero cesa,
lengua, porque del hablar (1)
resultan mayores penas.

(*Vase, y salen* CELIA *y* FLORA, *de caza.*) (2)

CELIA. ¿No te divierte este prado,
que, matizado de flores,
en variedad de colores
es de los cielos traslado?
Di, ¿no te causa alegría? (3)

FLORA. Antes pesar; en su gusto
aumenta más mi disgusto.

CELIA. ¡Extraña melancolía!
Efetos son de quien ama;
sin duda que quieres bien.
[Dime, por tu vida, a quién.]

FLORA. Escúchame, pues la fama,

---

(1) B y C: "yendo"; A: "huyendo".

(2) B y C: ("*Vanse, y sale* MARCIAL, *criado de* FADRIQUE, *como que lo ha visto.*")

(3) B: "¡Oh, mancebo generoso." C añade:
"a cuya noble grandeza
aún es limitado acento
la fama, haciéndose lenguas".

(4) B y C añaden:
"¡Oh, si de los pescadores,
que en breves vasos navegan
este piélago, ayudado
milagrosamente fueras!"

(1) A: "lengua, que del hablar".

(2) B y C: "*vestidas de caza.*"

(3) B, en lugar de este pasaje, dice:
"es un hermoso dechado
del cielo, porque sus bellas
plantas forman deleitosas
un laberinto de rosas
como en el cielo de estrellas?
¿Aquesta boca, por donde,
dividiéndose a pedazos,
el Po, dilata sus brazos,
y en esas peñas se esconde,
no te causan alegría?
FLORA. Antes pensar en su gusto
aumenta más mi disgusto.
CELIA. ¡Extraña melancolía!
Desde la Corte veniste
a esta selva donde estás,
para divertirte, y más
parece que estás más triste.
Efetos son de quien ama;
sin duda que quieres bien.
Dime, por tu vida, a quién.
FLORA. Escúchame, pues la fama..."

En C el pasaje se amplía un poco más:

CELIA. "¿No te divierte este prado
que matizado de flores
en variedad de colores
es un hermoso dechado
del cielo, porque sus bellas
plantas forman deleitosas
un laberinto de rosas,
como en el cielo de estrellas?
¿No te alegran estas fuentes
dulces por lo lisonjeras,
suaves por lo parleras
y ingratas por sus corrientes?
¿No te da gusto este monte

Celia, que ocupa veloz
los ecos más escondidos,
tal vez tocó a mis oídos
con acentos de su voz;
porque por diversos modos,
de enfadosa (1) o lisonjera,
es la fama pregonera
espíritu que habla en todos.
A mis oídos llegó
el nombre de un caballero,
que decirte que le quiero
fuera hacerme ofensa yo.
Mas aunque (2) te lo dijera,
nada, Celia, aventurara,
pues lo que a mí me agraviara
a mí me lo agradeciera (3).

---

a quien el sol de sus lumbres
corona las altas cumbres
términos deste horizonte,
pues al descubrir su coche
y al venir la noche fría
es atalaya del día
y sepulcro de la noche?
¿Aquesta boca por donde
dividiéndose a pedazos
el Po dilata sus brazos
y en esas peñas se esconde,
no te causan alegría?
FLORA. Antes pensar en su gusto
aumenta más mi disgusto.
CELIA. ¡Extraña melancolía!
Desde la corte veniste
a esta selva donde estás
para divertirte, y más
parece que a estar más triste.
Poco, señora, te debo,
pues tanto de mí has guardado
este secreto cuidado,
y a preguntar no me atrevo
de qué procede el rigor
que te aflige. Y si no fuera
atrevimiento, dijera
Flora, que tienes amor;
que un continuo suspirar,
un abrasado sentir,
un siempre mudo decir
con un parlero callar,
efectos son de quien ama.
Sin duda que quieres bien;
dime, por tu vida, a quién.
FLORA. Escúchame, pues la fama...”

(1) B y C: “o enfadosa”.
(2) B y C: “Pero aunque.”
(3) C añade esta redondilla:
“Al fin su opinión es tal
que si no le quiero bien,
Celia, porque no sé a quién,
sé que no le quiero mal.”

Esto basta que te diga;
ni aun esto pensé decir (1).
CELIA. Sí; pero a tanto sentir,
¿qué causa, Flora, te obliga?
FLORA. ¡Qué mal mi disgusto ves!
CELIA. Saber lo demás espero.
FLORA. Sabrás que este caballero
don Fadrique Sforcia es,
que del Duque de Milán
es hijo; y de dos que tiene
al otro el estado viene,
y aquí mis penas están (2).
Darme estado (3) ha pretendido
mi padre, y de aquestos dos
el que yo aborrezco, ¡ay, Dios!,
me ofrece para marido.
Para cuyo triste efeto,
o para que muera yo,
Otón a Milán partió
con tal recato y secreto.
Dicen que es Filipo un hombre
cruel, soberbio y tirano,
y que, al contrario, es su hermano
de apacible fama y nombre (4).
Mira si causa he tenido,
Celia, para congojarme:
quiero a otro sin casarme
y aborrezco a mi marido.

(*Dentro* FADRIQUE.)

FADRIQUE. ¡Ay de mí!
FLORA. ¡Infelice suerte! (5)

---

(1) B y C: “y esto aun no pensé decir”.
(2) C añade:
“Porque aunque nombre le dan
de natural, se casó,
cuando su madre moría,
con ella el Duque, y tal día
legitimado quedó.
Esto a mí me importa poco;
mas porque mi suerte veas,
Celia mía, y porque creas
las desventuras que toco.”
(3) B: “esposo”.
(4) Esta redondilla falta en B.
(5) B: “infeliz suerte”. C cambia la escena de esta suerte:

(“*El* DUQUE DE MATUA, *dentro*.)

DUQUE. ¡Gran desdicha! ¡Infeliz suerte!
Socorrelde, pescadores,
a quien en tantos rigores
está bebiendo su muerte.
(*Sale alborotado.*)
FLORA. ¿Qué es esto?

Allí un hombre agonizando,
con el agua peleando
está bebiendo su muerte.
Y cuando a hablar se provoca,
apenas el labio mueve,
cuando por viento agua bebe,
que es mordaza de su boca.

CELIA. Ya de una ola arrojado
en la arena ha parecido,
de la espuma producido,
en las ondas engendrado.

FLORA. Y ya nadando en el suelo
parece que vuelve en sí.

CELIA. ¡Qué gran lástima!

(*Sale mojado.*)

FADRIQUE. ¡Ay de mí!

FLORA. ¡Qué pena!

FADRIQUE. ¡Válgame el cielo!

FLORA. Mil parabienes le doy

DUQUE. ¡Acudid volando
con las alas de los remos,
que en los últimos extremos
está un hombre agonizando!
Ayudadle, pues.

FLORA. ¿Qué es esto?
¿Qué tienes, señor?

DUQUE. ¡Ay, Flora!
Un hombre se ahogaba ahora,
y si no le acuden presto
morirá en las ondas.

(OTAVIO *sale.*)

OTAVIO. Ya
dos pescadores llegaron,
que helado el cuerpo sacaron;
y, aunque sin sentido está,
parece que agradecido
humilde sus plantas toca.

(*Sacan dos pescadores a* FADRIQUE *desnudo y como que sale* (*) *del agua y échanle en el suelo.*)

PESCADOR. Ponelde abajo la boca,
volverá lo que ha bebido.

PESC. 2.º Echalde en aqueste suelo.

FLORA. ¡Qué gran lástima, ay de mí!

DUQUE. Parece que vuelve en sí;
cubrilde.

(*Pónenle una capa.*)

FADRIQUE. ¡Válgame el cielo!

FLORA. Mil parabienes me doy
de su vida, porque hacía
mayor mi melancolía
su desdicha."

(*) Northup leyó: "como queja del agua".

de su vida, porque hacía
mayor mi melancolía
su desdicha.

FADRIQUE. ¿Dónde estoy?
¿Qué tierra es esta que veo,
o qué cielo es el que miro? (1)
Que pues ángeles admiro,
con justa causa lo creo (2).
¿Sois al que he de agradecer
la piedad de haberme dado
la vida y quien me ha sacado
aquí?

FLORA. Quien desea saber (3)
quién eres, y qué importuna
suerte infeliz te ha traído
al teatro donde has sido
tragedia de la fortuna (4)
o parto del Po.

FADRIQUE. Diré
mi infeliz suceso cuando
sepa a quien estoy hablando;
porque mientras no lo sé
a decirlo no me atrevo,
señora, porque no es bien
que hable sin saber a quién,
y el decoro que le debo.

FLORA. Duquesa de Mantua soy.
No te levantes. ¡Responde!

FADRIQUE. Bien dices, que no hay adónde
mientras que a tus pies estoy;
mas déjamelos besar.

FLORA. No has de levantarte. Di (5)
tu nombre y tu patria (6).

FADRIQUE. (Aquí
quien soy me importa callar.)

---

(1) C: "¿Qué cielo es este que miro?"

(2) C: "en justa causa lo creo".

(3) Así en B. En A: "la vida, a quien me ha sacado aquí." "FLOR. Y quien desea ver." En C: "la vida? ¿Quién me ha guiado aquí?" "FLOR. Quien desea saber."

(4) C, en lugar de estos dos versos, como sigue:

"exemplo de la Fortuna.
OTA. (Flora quedaba con él.)
DUQ. (Gran ventura fué que a nado
saliese.)
FLO. Pues has llegado
airoso, la suerte cruel
que aquí te trujo...
FAD. Diré..."

(5) B: "si es que esté bien merecí".

(6) C: "tu nombre sentado".

(*Salen el* DUQUE *y* OCTAVIO.)

OCTAVIO. Flora quedaba con él.
DUQUE. ¡Gran ventura fué que a nado
saliese!
FLORA. Pues has llegado,
oye su suerte cruel (1).
FADRIQUE. Milán, señora, es mi patria (2),
aunque en ella humilde y pobre;
mis bienes son mi fortuna
y el Desdichado mi nombre:
y tanto este nombre ha sido
a mis sucesos conforme,
que aunque pretendo callarle,
mi estado lo dice a voces.
Humildes padres me dieron
limpio origen, si no noble,
en cuyo amparo viví,
en tanto que de arreboles (3),
renovándose en su fuego
fénix de sus resplandores,
doce veces coronó
el sol a los signos doce.
Sin padre entonces quedé,
heredando (4) sólo entonces
un barco, pobre aun de remos (5),
de dichas y de favores.
Con éste mi padre andaba,
entre otros pescadores,
que labradores del agua
la labran cuando la rompen;
pues en mal formados surcos (6),
que dejan (si en ella corren)
sembrando sutiles redes
el fruto en ramas cogen (7).
Con él heredé el oficio;
¡mil veces infame el hombre
que a sí mismo se sujeta,
esclavo de lo que come!
Avecindado en el agua
viví (8) sus ondas veloces
de un leño conducidor,
alma de un robusto roble (1).
Hoy que más sereno el día
prometió gustos mayores,
fié al agua mis deseos,
al viento mis presunciones;
mas quien del viento se fía
con locas satisfacciones,
su misma facilidad,
no la de sus cursos llore (2).
Al tiempo (3), pues, que este río
en sí mismo se recoge (4),
dejando llena la arena
de conchas y caracoles,
un ignorado raudal (5)
me arrebató en sus disformes
corrientes, sin que los remos
resistieran sus rigores.
Dejéme llevar del curso,
trocado el esfuerzo en voces;
mas voces de un desdichado (6)
aun el viento no las oye.
Arroje al agua el vestido,
y de mis humildes dones
sólo reservé esta espada,
propia inclinación del hombre (7).
A discreción de las ondas
llegué a unos peñascos, donde
en breves pedazos vi
dividido (8) el barco pobre.
¡Oh, rigurosa fortuna!,
¿qué trofeos te propones?
¿Qué vitorias te prometes?
¿Qué alabanzas? ¿Qué blasones? (9)
En un rendido te vengas;
infame es tu acción, no noble.
Mas, ¡ay!, que humildes ruínas
ensayo (10) son de tus golpes.
Luchando con la corriente
quedé vivo barco entonces,
haciendo remos los brazos

(1) B: "oirás su suerte cruel".
(2) Desde la acotación anterior hasta este verso, falta en C, que lo ha puesto antes.
(3) Northup leyó: "en areboles", en C.
(4) B: "heredado".
(5) B: "un barco, aun pobre de remos".
(6) C: "sulcos".
(7) Los cuatro últimos versos faltan en B. En C, los dos últimos versos son:
"sembrando engañosas redes,
escamado el fruto cogen."
(8) B: "bebí".

(1) C: "robre".
(2) Los cuatro últimos versos faltan en B.
(3) B: "Y al tiempo".
(4) B y C: "segunda vez se recoge".
(5) A: "un indigno caudal".
(6) B y C: "del desdichado".
(7) B: "propia condición del noble".
(8) B: "dividiendo".
(9) B: "¿qué adjudicas? ¿Qué blasonas?" C: "¿Te adjudicas qué blasones?"
(10) B y C: "ensayos".

y los ojos dos faroles;
montes de agua era las ondas (1),
siendo ya mis miembros topes,
apenas falda de uno,
cuando cumbre de otro monte.
¡Cuántas veces, ya rendido,
dejé al agua las acciones (2),
y el deseo de vivir
me otorgó fuerzas mayores!
Nadando, pues, en veneno,
que bien merece este nombre
quien dió bebida a la muerte (3),
llegué a esta orilla (4), adonde
hallé en tu piedad asilo,
en tu nobleza favores,
amparo en tus nobles manos
y vida a tus plantas nobles (5).

FLORA. Con razón me ha enternecido (6)
tu relación lastimosa.
¡Oh, fortuna rigurosa,
que con un pobre lo has sido!
¿Piensas otra vez volver
a vivir la espuma fiera? (7)

FADRIQUE. No, señora, hasta que adquiera
más fuerzas y más poder.
Madre del hombre es la tierra,
huír el peligro conviene,
pues el que madre no tiene
en no asegurarse yerra,
porque, en fin (8), está violento
y sujeto a una traición.

FLORA. Pues, ¿quién los traidores son
en el río?

FADRIQUE. El agua y viento.

FLORA. ¿Traidores son?

FADRIQUE. ¿Qué mayores
que los míos, pues se pagan
de hacer mal, pues cuando halagan
hacen sus penas mayores? (1)
El día más claro es
el de mayor tempestad,
que llaman (2) con amistad
y se declaran después (3).

DUQUE. O tu término o tu estado
de suerte me ha enternecido,
que con piedad me ha movido
y con valor (4) me ha obligado.
Aquí entre el Po y el Rin ten- [go (5),
murados de agua y jazmines,
unos hermosos jardines,
donde a divertirme vengo.
Y si en tanto que destierra
tu pecho el temor que fragua,
cansado de labrar agua
quisieres labrar la tierra,
porque más seguro estés,
en este ameno lugar
te puedes ahora (6) quedar.

FADRIQUE. Dame, gran señor, tus pies;
que aquí esperaré que amanse,
a sombra de tu favor,
de mi desdicha el rigor (7).

(*Vanse.*)

DUQUE. Llevalde donde descanse.

CELIA. ¿En qué estás imaginando?
¿De qué estás tan divertida?
Ese sentimiento olvida.

FLORA. ¿No sabes que estoy pensando,

---

(1) B y C: "olas".
(2) C: "di a la muerte mis acciones".
(3) C: "quien dió, bebida, la muerte".
(4) B: "a nuestra orilla"; C: "a aquesta orilla".
(5) B y C: "en tus plantas nobles".
(6) B y C: "¿A quién no le ha enternecido."
(7) B: "a beber la pena fiera?"—En C se amplía el pasaje en esta forma:

"¡Oh, fortuna rigurosa,
que con un pobre lo has sido!
¡Un barquillo no perdonas!
Mas golpes ejecutados
en tan humildes estados
amagos son de coronas.

FADRIQUE. Antes pienso que asigura
su misma inconstancia ansı,
pues quebrando el golpe en mí,
la corona está segura.

DUQUE. ¿Piensas otra vez volver
a vivir la espuma fiera?"

(8) B y C: "al fin".

(1) B: "que los míos, pues le pagan
de hacer mal, y cuando lo hagan
son sus entrañas peores".
C: "que los míos, pues se pagan
de hacer mal, y cuando halagan
son sus entrañas peores".
(2) B: "llama".
(3) B y C: "para vengarse después".
(4) B: "con razón".
(5) B: "Porque el río Po lo tengo
murado de agua y jazmines,
con unos yermos jardines."
(6) A: "agora".
(7) B y C: "de la fortuna el rigor".

Celia, que no es este hombre,
como él dice, pescador,
sino hombre de más honor (1),
de más calidad y nombre?
En Fadrique hablando estaba
amor, que en mi pecho ha sido
antes muerto que nacido,
cuando la tormenta brava
puerto en esta orilla halló (2),
y este hombre desdichado
el retrato imaginado
de mi memoria borró.
Y a su presencia mudado (3),
mil veces me parecía
que era el mismo que tenía
en la idea imaginado (4);
y consultando el rigor
que en tan grande extremo ves,
o éste es Fadrique, o es (5)
a quien yo he tenido amor.

CELIA. ¿Eso dices? Pues es bien
que acredites tal sospecha.

FLORA. Sí, Celia, pues ya estoy hecha
a amar sin saber a quién.

CELIA. Tu grande melancolía
casi en locura ha parado.

FLORA. ¿Tú, Celia, no has reparado
su lenguaje y cortesía?
¿Tú no advertiste que cuando
helado y muerto salió,
lo primero preguntó
quién era al que estaba (6) hablando?,
resolviendo el modo en todo (7)
que al lenguaje le conviene,
pues el rústico no tiene
diferencias, que de un modo (8)
habla siempre.

CELIA. A tu argumento
está, Flora, respondido:
un bruto es agradecido;
y del agradecimiento
fué esta pregunta engendrada (1).

FLORA. Sí, mas (2) en tan gran tormenta
no hacer de otra cosa cuenta
sino de sólo la espada,
no es humilde inclinación
sino de pecho (3) brioso,
más noble y más generoso.

CELIA. ¡Oh, qué bárbara opinión! (4)
¿Qué mucho que se inclinase
a la espada, que es acción
propia del hombre?

FLORA. Razón
tienes en aqueso (5), pase;
mas la sortija del dedo
con un extremado engaste...

CELIA. ¡Qué despacio le miraste!
Ya responderte no puedo (6).

FLORA. ¡Y tan dulces las razones!
¡Las penas tan declaradas!
¡Las palabras tan cortadas! (7)
¡Tan medidas las acciones!
¡Aquel callando decir!
¡Aquel con valor llorar!
¡Tan a tiempo el suspirar,
disimulando (8) el sentir!
Quejarse (9) de la fortuna
ningún hombre humilde sabe,
porque en su pecho no cabe
sino una queja importuna,

---

(1) B: "valor".
(2) C: "puesto en esta orilla halló
de este hombre desdichado".
(3) B: "Y a su presencia he llegado." Northup leyó: "la su presencia", por "y a su presencia".
(4) B y C: "en la idea dibujado".
(5) B: "el mesmo Fadrique es"; C: "este es Fadrique, o es".
(6) B: "el que estaba".
(7) B y C: "y esto viendo el modo en todo".
(8) B: "diferencia.—CEL. A tu argumento".

(1) A: "fué esta respuesta engendrada". B: "fué esa pregunta excusada".
(2) B y C: "Sí, pero en."
(3) B: "despecho".
(4) B y C añaden estas dos redondillas:
"pues la inclinación no fué
de la sangre procedida,
que es negada o concedida
de la estrella. ¿No se ve
al más honroso ejercicio,
tal vez un pobre inclinado
como el más noble y honrado
tal vez entregado al vicio?"
(5) B y C: "aquesto".
(6) B y C añaden:
"Pero disculparlo puedo
con decir que la compró
por cosa menos pesada;
que quien siempre al agua nada
tales prendas procuró."
(7) A: "trocadas".
(8) Northup leyó en C: "vi simulando".
(9) A: "quejasse".

llorada rústicamente.

CELIA. Con el viento el mar se altera,
con causa brama una fiera,
que toda su pena siente;
el agua a una piedra ablanda (1).

FLORA. ¿No sabes lo que sospecho?

CELIA. ¿Qué?

FLORA. Para rústico pecho
muy delgada era la holanda.

(*Vanse, y salen* CARLOS, FELIPE *y* LEONELO.) (2)

FELIPE.

¿Y mi señor el Duque?

FABRICIO.

Cuando advierto (3)
tu turbación, no sé qué es lo que arguya
que ha sucedido; que del daño cierto
e incierto de la causa, estoy dudoso.
¡Habla; prosigue, pues!

FELIPE.

¡Fadrique es muerto,
por quitar de la duda el fin penoso!

FABRICIO.

¡Ay, Felipe! (1) ¿Tu lengua no callara?
Dejárasme dudar el riguroso
suceso que temí, pues no hallara (2)
más tirano rigor imaginado
ni dolor que más pena me causara.
¿Cómo murió Fadrique, el desdichado? (3)

FELIPE.

Un caballo corría, que violento
era en la tierra un hipocrifo alado (4)
y una águila sin plumas en el viento.
Aquéste, pues, Fadrique presumía
fatigar, apurándole el aliento,
y tan firme la espalda le oprimía,
que, discurriendo por la verde estancia,
medio caballo y hombre parecía.
La presunción, la bárbara arrogancia
al alta cumbre le subió, de donde
midió de su eminencia la distancia.
El Po en sus ondas fúnebres le esconde,
que aun el cuerpo no goza de la tierra;
y aquí el silencio a mi dolor responde.

FABRICIO.

¡Qué bien te dan el nombre de la guerra!
¡Oh, cuánto, caza, a su rigor convienes!
Mas porque veas lo que el mundo encierra,
cuando a darme esas tristes nuevas vienes,
tu pena he de pagarte con contento
y tus pésames hoy con parabienes.
El de Mantua me ofrece en casamiento
para ti su divina Flora. Ingrato,
¿respondes a su noble ofrecimiento?
A aquesto vino Otón con tal recato,
que sin verte hoy a Mantua se volvía.
Es Flora de beldad (5) vivo retrato,
donde verás sin sol lucir el día,
donde vive cifrada la hermosura;
con ella a amor Apolo desafía.
Al Duque le dirás la desventura
de Fadrique, que al alma me ha llegado,
y que el amor satisfacer procura
cuando estoy a sus honras obligado.

OTÓN.

Diréle tu desdicha y tu deseo;

---

(1) B y C: "el agua una piedra ablanda".

(2) C: ("*Vanse y sale el* DUQUE DE MILÁN, FABRICIO, OTÓN *y acompañamiento.*")

FABRICIO.

"Dirásle, Otón, al Duque cuánto estimo
esta elección que de Filipo ha hecho,
y que en el alma su memoria imprimo;
y porque quede en todo satisfecho,
que con la ejecución del casamiento
he de decir lo oculto de mi pecho.
No muestro en las palabras el contento
y Filipo en extremos le mostrara,
si de la caza el fin siempre sangriento
para acciones tan propias le dejara.
En ella ocioso se divierte ahora,
inadvertido de merced tan rara,
con Fadrique, su hermano, porque ignora
la ventura de bien tan soberano.
Mas en su nombre a la divina Flora.
¡oh, noble Otón, le besaréis la mano!

OTÓN.

Y ahora en el mío de besar la tuya,
pues en esta ocasión tanto honor gano,
esta unión quiera el cielo se concluya.

(*Salen* FILIPO, CARLOS *y* LEONELO.)"

(3) El pasaje que sigue, en tercetos, falta en A y está en B y C. En C dicen este primer verso:

"¡Ay, mi señor el Duque!"

(1) C: "Filipo."

(2) C: "pues que no hallara".

(3) C: "¿Cómo murió, Filipo, el desdichado?"

(4) B: "elado".

(5) B: "verdad".

y tanto tu tragedia me ha pesado,
que no menos dolor en mi alma creo.

FABRICIO.

¡Ay, hijo! Con razón al desdichado
de tu mismo valor fuiste trofeo.

(*Vase el* DUQUE *y* OTÓN.)

CARLOS. Paréceme que has sentido (1)
las nuevas del casamiento.
FELIPE. De Fadrique el fin violento
causa de mi pena ha sido.
CARLOS. Bien fingiste la caída
y el llanto a tu falsa fe.
FELIPE. La caída sí lo fué,
mas la pena no es fingida.
CARLOS. Si tu envidia pretendió
su muerte, ¿qué estás ansí?
FELIPE. Yo su ausencia pretendí (2),
Carlos, que su muerte no.
Nunca pensé yo que hiciera
tan grande temeridad,
sino que su voluntad
el temor obedeciera
y de Milán se ausentara.
Siempre fué nuestro concierto
tenerle ausente y no muerto,
porque después yo heredara,
y sin temor libremente
conmigo en Milán viviera (3),
donde alma y vida le diera.
CARLOS. Presto un traidor se arrepiente.
Mas volviendo a lo tratado,
señor, deste casamiento,
¿qué sientes de Flora?
FELIPE. Siento,
Carlos, un nuevo cuidado;
pero hiélame también
el llegar a imaginar
que me tengo de casar
sin ver primero con quién.
Fuerte cosa es que sin vella
a ser su esposo me obligo,
y sin consultar conmigo
que podré (4) vivir con ella.

La resolución ignoro (1),
y más cuando en mi deseo
turbados los ojos veo
de Jacinta, a quien adoro.

(*Sale* JACINTA *con un lienzo en los ojos, y* MARCIAL.) (2)

CARLOS. ¿Quién duda que por la muerte
de Fadrique será el llanto?
¿Tanto amor le tuvo?
FELIPE. Y tanto
veneno mi pecho vierte,
vuelto en fuego por los ojos,
como lágrimas los suyos.
CARLOS. Bien han mostrado los tuyos
que son celosos enojos.
Háblala.
FELIPE. No será bien
que pague en extremo igual
culpas de quien quiere mal,
llanto de quien quiso bien.

(*Vanse.*) (3)

JACINTA. Vuelve, Marcial, a decirme
las nuevas de pena llenas;
porque ya sólo con penas
has de poder divertirme.
¿Fadrique se despeñó? (4)
MARCIAL. Cuéntase de muchos modos,
y aunque ansí lo dicen todos (5),
diferente lo vi yo.
JACINTA. Pues, ¿cómo con tristes llantos,
cuando la nueva me diste,
desta suerte lo dijiste?
MARCIAL. Por no desmentir a tantos (6).

---

(1) Vuelve el texto, según A.
(2) B y C: "Su destierro pretendí."
(3) B y C: "porque después se acabara
mi temor, y libremente
conmigo a Milán viniera".
(4) B y C: "si podré".

(1) B y C: "mi resolución ignoro".
(2) C: "*con su pañuelo en los ojos*". B no tiene esta acotación.
(3) B: ("*Vanse los tres; salen* JACINTA, *con un pañuelo en los ojos, y* MARCIAL.") C: ("*Vanse los tres.*")
(4) B: "Vuelve, Marcial, a decirme:
¿Fadrique le despeñó?"
(5) B y C: "aunque así lo dicen todos".
(6) En B faltan los versos que siguen hasta el que dice: "El secreto te prometo." En C, este pasaje dice así:

"MARCIAL. Por no desmentir a tantos.
Un hombre, señora, había
con tal opinión y nombre
de que no era para hombre,
mas para mujer sería;
y bien claro lo mostró.

JACINTA. ¿Pues, Fadrique no cayó?
MARCIAL. Déjame, por Dios, señora,
si tú no quieres que agora
me muera de miedo yo.
JACINTA. El secreto te prometo.
MARCIAL. Es guardar en caso tal
joya en caja de cristal
guardar en mujer secreto.
Pero, ¿sabes lo que creo?
Que en dama (1) me he transformado,
pues una vez me han rogado
lo mismo que yo deseo.
Pues si quisieras tener
venganza de mi tardanza,
fuera la mayor venganza
el no quererlo saber.
Sabrás, pues, que las razones
deste suceso no oí,
porque solamente vi
desde lejos las acciones.
Yo, que siempre me anticipo,
fuí, donde desenvainadas
tenían las cuatro espadas (2),
Carlos, Leonelo y Felipo
y Fadrique; un poco anduve
solo, porque se quedaban
todos, y viendo que estaban
suspensos, también lo estuve.
Mucho hablaron, y después
Fadrique se desnudó,
y a las ondas se arrojó:
aquesta la verdad es.
Sus vestidos (1) por el río
luego los tres arrojaron,
y aquesta voz publicaron (2)
del caballo. Yo confío
que el cielo dará favor
a su inocencia en tan graves
desdichas. ¿Tú acaso sabes
si era él buen nadador? (3)
Que yo no le vi nadar
en mi vida, pues con eso
pudo, aunque extraño suceso,
de esotra parte pasar (4),
o por ventura ayudado
de algún pescador sería.
JACINTA. ¡Que tan grande tiranía
haya un Príncipe engendrado!
Marcial, ¿quién podrá sufrillo? (5)
Mi llanto y mi pena crece.
MARCIAL. Calla, que ya me parece
que revientas por decillo.
JACINTA. Pues yo, Fadrique, he de ir
a saber de ti y buscarte;
pasaré de esotra parte (6)
y tengo (7) de descubrir
si vivo o si muerto estás,
ya que en mi dicha se ha hallado (8)
el primero bien dudado.
¿Tú no me acompañarás,
para que pase adelante
mi intento?
MARCIAL. En cualquier rigor
yo buscaré a mi señor.
JACINTA. Y yo buscaré a mi amante.
MARCIAL. ¿Pero tú...?
JACINTA. Nada te oiré.

---

pues un día su mujer,
como suele suceder,
un hijo muerto parió,
y no haciendo de esto espantos
dijo, como agora puedo:
"Sin duda murió de miedo
de haber desmentido a tantos."
JACINTA. ¿Pues Fadrique no cayó?
MARCIAL. No me aprietes tanto ahora,
si tú no quieres, señora,
que muera de miedo yo.
JACINTA. ¿Cómo su desdicha fué?
¡Fíate, Marcial, de mí!
¿Corrió?
MARCIAL. No.
JACINTA. ¿No cayó?
MARCIAL. Sí.
JACINTA. ¿Y murió al fin?
MARCIAL. No lo sé.
JACINTA. Su infelice muerte dudas,
y cuando mi pensamiento
de tan crecido tormento
a la contingencia mudas,
callas tanto. Si no ha muerto,
¿por qué me quieres negar
este gusto de dudar?
Haz mi cierto llanto incierto:
el secreto te prometo."

(1) B y C: "mujer".
(2) B y C: "las tres espadas".

---

(1) B: "su vestido".
(2) A: "a cuenta vos publicaron".
(3) B y C: "si él era buen nadador".
(4) B y C: "llegar".
(5) B y C: "¿Quién podrá, Marcial, sufrillo?"
(6) B: "pasaré desa otra parte".
(7) B y C: "yo tengo".
(8) B: "Ya que en mi suerte he hallado"; C: "ha hallado".

MARCIAL. Ni yo quiero (1) decir nada
si estáis (2) ya determinada.

JACINTA. ¿Cómo más oculta iré
a este amoroso suceso?

MARCIAL. ¿Vestiráste de hombre?

JACINTA. No;
no me aplico al traje yo (3),
que es muy de comedias eso.

MARCIAL. Vístete de labradora (4);
que encubre mucho su traje,
mudando sólo el lenguaje.

JACINTA. Aquesta noche a deshora
saldré. ¡Ay, cielos, lo que intenta
con amor una mujer!

MARCIAL. Mas si pretendes saber
mi temor, estáme atenta.
Un cojo a comprar venía
pan a la plaza, y topó
a un tuerto, a quien preguntó
a cómo aquel pan valía.
Había hambre entonces cara,
y respondió con afán (5)
diciéndole: "Cada pan
cuesta un ojo de la cara." (6)
Díjole el cojo importuno:
"¿Cómo vais (7) tan afanado,
tuerto, si no habéis comprado
sino solamente uno?"
El tuerto dijo: "No sé;
pero, cojo mentecato,
no compraréis más barato
si no vais (8) con mejor pie."
Uno y otro se amohinó,
y andando los dos al morro,
al pacífico socorro
un corcovado llegó;
y habiéndose apaciguado
aquella pendencia brava,
se halló que cargado estaba
solamente el corcovado.
Aplico: Felipe es
cojo que anda sin sosiego,
y tú el tuerto, y aun el ciego,
pues tu peligro no ves.
Y yo soy en estas fiestas
medianero entre los dos.
¡Ay, Jacinta! ¡Plegue a Dios
no saque la carga a cuestas! (1)

JACINTA. Pues que yo tu amparo escojo,
seguro vas a mi lado.

MARCIAL. Si no me hace corcovado
algún tuerto o algún cojo (2).

(*Vanse, y sale* FADRIQUE, *de villano, con azada.*) (3)

FADRIQUE. Siempre inconstante fortuna
para el curso a un desdichado,
pues a tan humilde estado
no se vió bajar ninguna (4),
si su desdicha importuna (5)
para humillarme ha de ser,
¿qué tengo ya que temer?
Que si tu inconstante guerra
me ha batido (6) hasta la tierra,
¿adónde puedo caer? (7)
Regid, humildes deseos,
en el campo, no un bastón,
sino un rústico azadón,
que aquestos son mis empleos;
las flores son mis trofeos,
sus números mis rigores,
mis desdichas sus colores;
y ansí el azadón desvele,
que es bastón que regir suele
a un ejército de flores.

(*Sale* FLORA.) (8)

FLORA. Al azadón arrimado
se ha quedado divertido,
y el movimiento y sentido
tiene a la memoria atado.
Quiero hablarle. —¡Ah, desdichado!
¿Qué sentimiento penoso
te tiene (9) en el campo ocioso?

---

(1) B y C: "yo pienso".
(2) B y C: "estás".
(3) B: "aplico a ese traje yo".
(4) B y C: "Pues ponte de labradora."
(5) B y C: "y encareciendo su afán".
(6) A: "cuesta ojo de la cara".
(7) B: "vas".
(8) B y C: "pues no vais".

(1) B y C: "no saque el ajuar a cuestas".
(2) Esta última redondilla falta en B y C.
(3) B y C: ("*Vanse y sale* FADRIQUE *solo, en hábito de villano, con un azadón.*")
(4) B y C: "no se vió llegar ninguna". En la ed. de C, de Northup, se lee "ninguno", por errata.
(5) B y C: "si tu mudanza".
(6) C: "me ha abatido".
(7) B y C: "adónde podré caer".
(8) C: ("*Sale* FLORA, *sola.*")
(9) B: "detiene".

FADRIQUE. Al nombre no respondí,
que si en tu boca le oí,
serlo en ella es ser dichoso.
Gozando venturas tantas
mal este nombre me toca,
porque no lo es (1) quien la boca
pone donde tú las plantas;
si de oírme no te espantas,
oye lo que eres agora (2):
anunciando el sol, la Aurora;
Venus en la caza eres;
en aquellos campos, Ceres;
y en estos jardines, Flora.
Aquesta tierra no tiene
ya qué cultivar en ella,
si a verter su copia bella (3)
Flora entre sus flores viene;
el viento el curso detiene:
las aves, el movimiento;
las fuentes, el dulce asiento (4),
y el sol templa sus rigores,
que por diosa de las flores
todo está a tu voz atento.

FLORA. ¿Te va (5) en la tierra mejor
que en el agua?

FADRIQUE. No lo sé,
puesto que en la tierra hallé
otra tormenta mayor.

FLORA. ¿Tormenta?

FADRIQUE. Y con tal rigor,
que en mis lágrimas me anego,
aunque abrasado navego,
porque en olas de agua allí
me vi anegado, y aquí
lo estoy en ondas de fuego.
Allí me dieron desmayos
agua y viento contra mí,
y entre fuego y tierra aquí (6)
me anego bebiendo rayos.
¿Son de la fortuna ensayos,
o pruebas del sufrimiento? (7)
Sin duda vivo violento,
pues en cualquiera ocasión

(1) B y C: "que no lo es".
(2) B y C: "aora".
(3) A y C: "verte su copia bella".
(4) B y C: "las fuentes, el blando acento,
las aves, el movimiento".
(5) B y C: "¿Vate."
(6) B y C: "y entre tierra y fuego aquí".
(7) A: " pruebas del sufrimiento?"

siempre mis contrarios son
agua y tierra, fuego y viento.

FLORA. Tus razones he escuchado
y presumo que este traje
buscó prestado el lenguaje
o es el vestido prestado (1).
¿Dónde un pescador ha hallado
esos modos de decir,
de hablar y de discurrir,
que en tu entendimiento veo?

FADRIQUE. Pudo darlos el deseo,
con que te pienso servir.

FLORA. A creer lo que sospecho (2)
el alma se determina,
que aquese sayal es mina
del oro que está en su pecho (3).

FADRIQUE. ¡Quien dejara satisfecho,
bella Flora, este temor,
con tener tanto valor
como en tu sospecha está?
¿Pero quién, Flora, creerá
a un humilde pescador?

FLORA. Yo te creeré.

FADRIQUE. Si tú das
crédito a la humildad mía,
algún secreto algún día
del jardinero sabrás,
que más no te digo más (4).

FLORA. Tus razones considero,
y por entenderlas quiero
venir mil veces a oírte.

FADRIQUE. Y yo seré por servirte
desde hoy tu jardinero (5).

FLORA. ¿Qué sembrarás?

FADRIQUE. Una flor.

FLORA. ¿Cómo se llama?

FADRIQUE. Esperanza.

FLORA. ¿Crece mucho?

FADRIQUE. ¿Quién la alcanza?

FLORA. ¿Y qué fruto lleva?

FADRIQUE. Amor.

FLORA. ¿Quién la alentará?

FADRIQUE. Un favor.

FLORA. ¿Y la aumenta? (6)

(1) B: "si no el vestido prestado". C: "o él es vestido prestado".
(2) A: "¿Qué recelo? ¿Qué sospecho?"
(3) B y C: "en el pecho".
(4) C: "no te diré más".
(5) Desde aquí hasta el final de acto falta en C.
(6) B: "¿El la crece?"

FADRIQUE. En él estriba.
FLORA. ¿El la alienta? (1)
FADRIQUE. El la cultiva.
FLORA. ¿Quién la merece?
FADRIQUE. No sé.
FLORA. ¿Y quién la alcanza?
FADRIQUE. La fe.
FLORA. ¿Qué flor es?
FADRIQUE. La siempreviva.
¿No es buena?
FLORA. Tiene belleza.
FADRIQUE. ¿Y alégrate?
FLORA. Sólo oílla (2),
FADRIQUE. ¿Y otra no?
FLORA. La maravilla.
FADRIQUE. ¿Y qué flor es?
FLORA. La firmeza.
FADRIQUE. ¿Quién la tiene?
FLORA. Quien empieza.
FADRIQUE. ¿Cómo?
FLORA. Sirviendo con veras.
FADRIQUE. Yo las tendré.
FLORA. ¿Pues qué esperas?
FADRIQUE. Fe fiel.
FLORA. Yo firmeza altiva (3).
FADRIQUE. ¡Ay, si fueras siempreviva!
FLORA. ¡Ay, si maravilla fueras!

ACTO SEGUNDO

(*Salen* FLORA *y* CELIA.)

CELIA. ¡En notable extremo das!
¿En qué su nobleza ves? (4)
FLORA. En que acierto que lo es,
y yo no sé lo demás (5).
CELIA. ¿Un hombre no conocido
que muerto el agua arrojó
en estas arenas, dió (6)
tal hechizo a tu sentido? (7)

FLORA. ¡Ay, Celia! Que nunca ha sido (1)
tan fácil mi voluntad,
que dé con facilidad
aquí crédito al oído (2).
Las alabanzas oí
de ese Fadrique, y mi fe
por relación incliné
a quien en mi vida vi (3).
Y si mi confuso amor
a mi concepto conviene,
el Desdichado le tiene,
pues no le falta el valor.

CELIA.

¿Aquesa es tu locura?

(*Sale el* DUQUE DE MANTUA, OTÓN *y* OTAVIO.)

DUQUE.

Bien responde (4)
el de Milán, que estima mi deseo.

---

(1) B: "¿El la augmenta?"
(2) B: "oírla".
(3) B: "Fe firme. FLO. Yo fuera altiva."
(4) B: "tu nobleza ves".
(5) Así en B. En A: "yo no lo sé demás"; en C: "y yo no lo sé demás".
(6) B: "que muerto el agua ha arrojado
en esta arena, te ha dado".
(7) C añade las cuatro redondillas siguientes, de las cuales la segunda figura también en B:

"¿Qué trofeo te asigura
su calidad y nobleza?
¡Plegue a Dios que tu tristeza
no haya parado en locura!
Deja el loco pensamiento
y advierte que ya ha venido
Otón, y que te ha traído
nuevas de tu casamiento.
Deja ciegas ilusiones
de Fadrique, a quien no viste,
y de un hombre a quien oíste
dos no rústicas razones.
Pues de Fadrique ya estás,
con justa causa olvidada,
y luego desengañada
del pescador lo estarás."

(1) B y C: "Celia, Celia, nunca ha sido."
(2) B: "aquí crédito, allí oído"; C: "aquí crédito, allí olvido".
(3) C añade las siguientes redondillas:

"Imaginé que era un hombre
discreto, galán, valiente,
cortés, afable, prudente,
generoso y gentilhombre;
y como le imaginé,
desta manera le vi
en el pescador, y así
a su humildad me incline;
y si en mi concepto a él
o a Fadrique hice favor,
a éste como a pescador,
y como Príncipe a aquél,
si el casarme yo sentía
era porque en pena brava
a Fadrique me inclinaba
y a Filipo aborrecía."

(4) B y C: "En fin, responde."

OTÓN.

Noblemente a tu gusto corresponde,
agradecido a tan igual empleo (1).

DUQUE.

Flora mía, ¿aquí estás?

FLORA.

Señor, ¿adónde
puedo mejor, cuando a tus pies me veo?

DUQUE.

Parece que trujo el pensamiento,
llevada (2) de tu gusto y mi contento.
Ya estás casada, Flora, y es...

FLORA.

Detenga
tu lengua agora el pensamiento injusto,
que para que yo eterno gusto tenga,
basta saber que ha sido con tu gusto.

DUQUE.

¡Grande obediencia! Al punto se prevenga
común aplauso a mi grandeza justo (3).

OTÓN.

Con no menor el de Milán viniera (4),
si una tragedia no le detuviera.
Fué la mayor que el sol resplandeciente
vió, presidiendo en trono luminoso,
dende la cuna que le da el Oriente,
hasta el ocaso que es sepulcro honroso (5).

DUQUE.

¿Y qué fué?

OTÓN.

Que murió infelicemente (6)
Fadrique, hijo del Duque, que animoso
de un caballo feroz (7) domaba el brío,
y desde el monte le despeña al río.
Hecho pedazos en el agua encierra
su pecho desdichado, que procura
tiranizar los huesos a la tierra,
dándole en ondas frías sepultura (8).

(1) A: "tan grande empleo".
(2) B y C: "llamada".
(3) B: "a mi grandeza y gusto".
(4) B: "Con entender el de Milán viniera."
(5) B: "hasta el ocaso en el sepulcro undoso".
(6) B y C: "infelizmente".
(7) B y C: "veloz".
(8) B y C: "dándole en ondas fría sepultura".

DUQUE.

El gusto más cabal más pena encierra;
sigue el pesar (1) a la mayor ventura.
Vente conmigo, Otón, para que escriba
el pésame, que es bien que yo reciba.

(Vanse.) (2)

FLORA. Celia, ¿es verdad lo que he oído?
¿Es verdad lo que he escuchado?
¿Qué es lo que por mí ha pasado?
¿Qué es lo que me ha sucedido?
Estas nuevas me ha traído
Otón de mi daño incierto.
Dos penas en él advierto
cuando sus penas recibo,
pues trae mi tormento vivo (3)
y mi pensamiento muerto (4).

CELIA. Si das en tan gran extremo,
la imaginación o el llanto
podrán en tu pecho tanto
que tu vida o juicio temo.

FLORA. Celia, en un fuego me quemo
y en lo que pensando estoy:
yo misma la llama soy (5),
porque más mi daño advierta.

CELIA. A llamar quien te divierta
con música o juego (6) voy.

(Vase, y sale FADRIQUE.*)* (7)

FLORA. (Sólo mi tormento olvida,
noble Desdichado, el verte,
pues de Fadrique la muerte
hoy resucita en tu vida.
Quiero fingirme dormida,

(1) B: "si que el pesar".
(2) B: (*"Vanse el* DUQUE, OTÓN *y* OTAVIO.") C: (*"Vanse los tres, y quedan* CELIA *y* FLORA.")
(3) pues trae mi pesar vivo".
(4) C añade la siguiente décima:

"Y el uno y otro es tan fuerte
que no sé a los dos rendida
entre la muerte y la vida
cuál es la vida o la muerte.
Si en la de Fadrique advierte
mi amoroso pensamiento,
morir en su muerte intento
o llorando otro rigor,
porque no es muerte menor
un forzado casamiento."

(5) B y C: "yo misma la llama doy".
(6) B y C: "juegos".
(7) B: (*"Vase* CELIA *y sale* FADRIQUE, *sin verla a* FLORA.") C: (*"Vase* CELIA *y sale* FADRIQUE.")

por notar con atención
las palabras o la acción
que tienen tantos enojos,
pues que dormidos mis ojos (1)
linces vigilantes son) (2).

FADRIQUE. ¡Ay, Fadrique desdichado!
¿A qué término has venido
de un pobre sayal vestido,
de un rico sol abrasado?
¿Qué atrevimiento te ha dado
tan altivo pensamiento?
Pues aunque merecimiento
tienes, ¿quién creerá tu honor? (3)
Pero prueba del valor
fué siempre el atrevimiento.

Yo me quiero declarar
diciendo a Flora quién soy
y por qué causas estoy
en tan humilde lugar.
Mas, ¿quién a mí me ha de dar
crédito? Pero..., ¿qué veo?
¿O la finge mi deseo,
o Flora es, porque dormida (4),
es ya imagen de la vida
quien de la muerte es trofeo (5).

Un escultor que labró
una diosa en extremado
mármol, quedó enamorado
de lo que él perficionó.
A Júpiter le pidió
alma para la escultura (6)
y él se la dió, ¡gran ventura!,
y lo mismo imaginara
si al instante despertara
con alma tanta hermosura! (7)

¡Ay, Flora! Si tú supieras
quién soy, aunque te espantaras,
ni mi llanto despreciaras
ni de mi amor te ofendieras.
Fingir pretendo las veras.
Aquí me quiero ensayar
cómo tengo de llegar,
y haciendo cuenta que estoy
con Flora, decir quién soy,
pues no me puede escuchar.

"Flora, en viéndote rendí (1)
mi vida." Mal empezado;
que claro está que abrasado
estoy después que te vi (2).
Por fuerza mal voy ansí,
pues, aunque fuerza no fuera,
por voluntad te quisiera;
porque, a tener libertad,
hiciera la voluntad
lo que la fuerza no hiciera.

No te espantes, si te doy
admiración, que en tal traje
hable (3) con este lenguaje,
que, aunque en este estado estoy,
don Fadrique Esforcia soy,
que de un monte despeñado
llegué a tus plantas ahogado,
y no sé si río pasé,
puesto que en ellas me hallé
más que mojado abrasado (4).

¡Bienhaya el traidor hermano
que tanto mal me causó,
para que alcanzase yo
un favor tan soberano!

---

(1) B y C: "pues que, fingidos, mis ojos".
(2) B añade la acotación: ("*Fíngese dormida.*")
(3) A: "¿quién creyera tu honor?"
(4) B y C: "o Flora es, por quien dormida".
(5) C añade esta décima:

"¿Quién podrá igualarte ahora,
cuadro en hermosos colores,
si sobre tus bellas flores
dormida tienes a Flora?
¡Aves que duerme el aurora,
aumentad vuestro placer,
que si siempre suele ser
haciendo al día la salva,
cantad, que pues duerme el alba,
forzoso es amanecer!"

(6) B: "para su figura"; C: "para la pintura".
(7) Al margen de esta estrofa en el Ms. de C se indica "esta se dice", aunque va encerrada en rayas, como otras varias, que habían de suprimirse, sin duda.

(1) A: "Flora, en vida te rendí." C: "en vida te rendí".
(2) B: "puesto que te vi".
(3) A: "hablé".
(4) B: "más que abrasado, mojado". C añade esta décima:

"Tu incredulidad sospecho;
que como llegué desnudo...
pero que fuese no dudo,
porque tú vieras del pecho
el fuego en que está deshecho.
Desnudo, Flora, llegué,
y la causa desto fué
porque, huyendo de un rigor,
en las manos de un traidor
todo el vestido dejé."

Hoy más que he perdido gano (1),
que en la desdicha que vi
sólo a Jacinta perdí;
pero no me causa enojos (2)
después que en tus bellos ojos
dos claros jacintos vi.
Mi tragedia te he contado,
mi historia te he dicho aquí,
y en haberla dicho ansí
parece que he descansado,
pues con esto me he excusado
de que tú lo hayas sabido;
con esto el deseo he rompido,
y ya no te lo diré.

FLORA. Ya no tienes para qué;
todo, Fadrique, lo he oído;
y no me he maravillado,
que nada se adelantó (3)
tu honor para lo que yo
te tenía imaginado.

FADRIQUE. ¿Qué es, Flora, lo que has soñado?

FLORA. Que eres Fadrique.

FADRIQUE. ¿Ese es
tu sueño?

FLORA. Que aquí te ves
por un traidor perseguido (4).

FADRIQUE. ¡Notable tu sueño ha sido!

FLORA. ¡Y que en ese traje estés! (5)
Ya, Fadrique, lo he sabido
todo; todo lo he escuchado;
los oídos han velado,
si los ojos han dormido;
falso el disimulo ha sido (6).

FADRIQUE. Señora, lo que yo hablaba
de Fadrique era, y estaba
divertido en su castigo.

FLORA. No disimules conmigo.

FADRIQUE. (¿Quién vió confusión más bra- [va? (1)
Si aquí quien soy la concedo,
que se sabrá luego es llano
en Milán, y de mi hermano
vivir seguro no puedo.
Acobárdame este miedo;
pero a Flora no quisiera
que el negarme yo ofendiera.
Esto me detiene luego.
Mas nada concedo o niego (2)
con irme.)

(*Hace que se va.*) (3)

FLORA. ¡Fadrique, espera!

FADRIQUE. No soy Fadrique. ¡Ay de mí!

FLORA. Pues pescador.

FADRIQUE. ¿Soilo yo?

FLORA. ¿No eres pescador?

FADRIQUE. Sí y no.

FLORA. ¿Y eres Fadrique?

FADRIQUE. No y sí.

FLORA. ¡Pues, Desdichado, oye!

FADRIQUE. Ansí
el mejor nombre has hallado,
pues sigo lo que he deseado (4).

(*Vase* FADRIQUE.)

FLORA. ¡Advierte a tanto rigor,
desdichado pescador,
o Fadrique desdichado!

(*Sale* CELIA.)

CELIA. ¿De qué tantas voces das?

FLORA. Tú llegas, Celia, a ocasión
que de mi imaginación
hoy el efeto verás.
¿Cuántas veces te decía
que el fingido pescador
más calidad, más honor
y más nobleza tenía?
Pues, Celia, para que estés
de mi verdad satisfecha
y acredites mi sospecha,
don Fadrique Esforcia es.
¿Estás ya desengañada
de las voces que me cuesta

---

(1) B: "Hoy más que perdido gano."
(2) B y C: "pero ya no causa enojos".
(3) A: "que nadie se adelantó".
(4) B: "desdichado perseguido".
(5) C añade la décima siguiente:

"¿Pero el traje qué importaba
si el alma se descubría
y diamante parecía
que engastado en plomo estaba?
Quien ausente te adoraba
presente ha venido a verte;
quien creyó tu infeliz suerte
mira su dicha crecida;
y al fin te mira con vida
quien ha llorado tu muerte."

(6) B: "falso disimulo ha sido".

(1) Falta este verso en A.
(2) B: "concede amigo". A: "concedió niego".
(3) Esta acotación falta en A y en C.
(4) B: "pues soy lo que he deseado". C: "pues huyo lo que he deseado".

el que tú lo creas?

CELIA. (Esta
ya es locura declarada.
¿Quién ha de negarlo? ¿Quién
ha de ponerse en razón
con tal imaginación?)

FLORA. ¿Qué te parece?

CELIA. Muy bien (1).

FLORA. Como ves que ya es verdad
y que negarlo no puedes,
por fuerza me lo concedes.

CELIA. Pues su mucha calidad
¿cómo pudiera negarte?
Mil veces el alma vió
que éste era Fadrique.

FLORA. Y yo
mil veces quiero abrazarte.
Al Duque quiero decir
quién es; porque, claro está,
que encubierto se dirá
que por mí pudo venir.

CELIA. Dices bien, y se asegura
con decirlo tu temor (2).

FLORA. ¿Quién vió ventura mayor?

(*Vase.*)

CELIA. ¿Y quién vió mayor locura? (3)
Al Duque quiero avisar
de lo que le ha sucedido,
para que le halle advertido
cuando le llegare a hablar (1).
Mas, ¿qué gente es ésta?

(*Salen* FELIPE, CARLOS *y* LEONELO.) (2)

CARLOS. Ahora,
¿qué es lo que piensas hacer,
solo y disfrazado?

FELIPE. Ver,
sin que me conozca, a Flora (3);
saber si podré vivir
con ella; que la mujer (4)
le ha de confirmar el ver,
pero elegirla el oír (5).

LEONELO. Dicen que es Flora muy bella.

FELIPE. No es, Leonelo, la hermosura
lo que más gusto asegura,
sino la fuerza de estrella.
¿Qué importa que hermosa sea,
si vemos feas queridas
y hermosas aborrecidas?

CARLOS. ¿Es más dichosa la fea?

LEONELO. No lo será la que viene
aquí.

CARLOS. ¡Qué rara belleza!

FELIPE. Como la grande tristeza
de Flora aquí se entretiene,
aunque a su gusto no importe,
a este efeto se han mudado
estas selvas en poblado,
esta pobre aldea en corte.

---

(1) B: "Ya es locura declarada,
como siempre imaginó.
FLO. ¿Qué te parece?
CEL. Muy bien."

C trae el pasaje así:

"ya es locura declarada.
Como siempre imaginó
que era noble, y supo cierto
que ya Fadrique era muerto,
los dos hombres confundió
y hizo uno de los dos,
creyéndole a su cuidado
que es Fadrique el Desdichado.
¡Loca está! ¡Válgate Dios!
¿Quién ha de negarlo? ¿Quién
ha de ponerse en razón
con tal imaginación?
FLORA. ¿Qué te parece?
CELIA. Muy bien.
Y si yo se lo negaba
era porque te temía,
no porque no conocía
el valor que oculto estaba.
FLORA. Como ves que ya es verdad."

(2) B: "con aqueso tu temor".

(3) C añade estas dos redondillas:

"¿Hay lástima semejante?
¿En esta loca porfía
paró tu melancolía?
¿A quién habrá que no espante
y no le enternezca verte
con tanta hermosura loca?
¿Y a qué llanto no provoca
el mirarte desa suerte?"

(1) Esta redondilla falta en A. El tercer verso dice en B: "para que allí advertido".

(2) B añade: "*de camino*".

(3) A: sin que me conozca Flora".

(4) B y C: "que a la mujer".

(5) B añade:

"Ya que Jacinta a mi amor
tan mal ha correspondido,
poniendo a un tiempo en olvido
mis deseos y su honor."

Estrofa que está más adelante en C.

CARLOS. Háblala.
FELIPE. La libertad
del campo y de forastero
da licencia (1) a un caballero
para que a vuestra beldad
se atreva.
CELIA. ¿Qué pretendéis?
FELIPE. A hablar al Duque venía
desde la corte, y querría,
si desto no os ofendéis,
preguntaros dónde está.
CELIA. En esa apacible casa
del calor el rigor pasa,
y si queréis ir allá
yo os guiaré (2).
FELIPE. Si el arrebol
de vuestros ojos me guía,
siendo rayos la luz mía
iré al palacio del sol.
No os canséis, que yo sabré
ir solo; que no se ignora
el camino.
CARLOS. Si ésta es Flora,
¿qué te parece?
FELIPE. No sé.
CARLOS. ¿No es hermosa?
FELIPE. Hermosa es.
CARLOS. ¿Qué te ofende della?
FELIPE. Nada.
CARLOS. ¿Pues qué tiene?
FELIPE. No me agrada.
CARLOS. ¿Por qué?
FELIPE. Sabráslo después.
CELIA. (A este galán forastero (3),
que afición le voy cobrando,
quiero divertille hablando,
así entretenerle quiero (4),
por gozar un día de espacio
del campo la libertad,
sin la gran puntualidad
de la corte y el palacio.)
FELIPE. ¿La hermosa Flora no está
con él?

(1) B y C: "dan licencia".
(2) B: "seguidme".
(3) Las dos redondillas siguientes faltan en A.
(4) En C dice así:
"Este galán forastero
hace en mí un efecto hablando
que se va en el alma entrando.
Aquí entretenerlo quiero."

CELIA. ¿Pues buscáisla a ella?
FELIPE. Dicen que es Flora muy bella
y deseo verla.
CELIA. (Ya
para entretenerle aquí (1)
hallé ocasión.) No ignoréis,
que yo sé que conocéis
a Flora.
FELIPE. Nunca la vi.
CELIA. Yo sé que ya la habéis visto.
FELIPE. ¿Antes de ahora?
CELIA. Y después
de haber venido.
FELIPE. (¡Ella es!
¡Qué mal mi dolor resisto!)
Si sois sol (2) que al campo dora
viendo en vos la primavera,
excusado agravio fuera
preguntaros si sois Flora.
CELIA. ¿Pues soy tan hermosa yo
como vos la encarecéis?
FELIPE. No, por cierto, y la excedéis.
¿Sois Flora? ¡Decid que no!
CELIA. Fuera hacerme ofensa a mí
confesarlo, habiendo oído
lo que habéis encarecido.
FELIPE. ¿No lo sois? Decid que sí.
Quien hace la ofensa soy,
señora, en haber quedado
corto en lo que he imaginado.
¿Carlos?
CARLOS. Señor.
FELIPE. ¡Muerto estoy! (3)
CELIA. En obligación quedara,
si fuera Flora, a serviros.
FELIPE. Y yo me quedara a oíros
si tanto no me importara
la brevedad. Guárdeos Dios,
que no puedo esperar más.
CARLOS. ¡Qué extraño con ella estás!
CELIA. Y guárdeos el cielo a vos.
(¡Ay, gallardo forastero!
¿Qué es lo que el alma procura?
Mas de Flora la locura
al Duque avisarle quiero) (4).
(Vase.)

(1) B: "para entretenerla aquí".
(2) B: "luz".
(3) Las dos últimas redondillas faltan en B.
(4) Esta redondilla falta en B. En cambio C añade antes de ella esta otra:

CARLOS. Ya se ha ido Flora.
FELIPE. Y yo
a Milán me he de volver.
CARLOS. (1) Ella nos lo dió a entender,
pero no se declaró (2).
FELIPE. Pues tratemos ahora aquí
de lo que habemos de hacer.
LEONELO. Yo no sé cómo ha de ser.
CARLOS. Lo que me parece a mí
es, pues encubrirte esperas (3),
y esto será lo mejor,
que tú como embajador
de parte tuya vinieras.
FELIPE. Dices bien; así estaré
más seguro y disfrazado;
con esto, disimulado,
mejor del Duque sabré (4)
si es Flora.
CARLOS. Pues ansí sea.
FELIPE. ¿Quién vió sucesos mayores?
¿Quién son éstos?

(*Salen* JACINTA *y* MARCIAL, *de villanos.*) (1)

CARLOS. Labradores
de aquesta (2) pequeña aldea.
LEONELO. Déjalos, y empieza ahora
el engaño.
FELIPE. ¿Hay más rigor?
¡Quién de Jacinta el amor
pudiera pasar a Flora!

(*Vanse.*) (3)

MARCIAL. No hay hombre que diga dél;
sin duda el Po le sepulta
en sus ondas.
JACINTA. El le oculta,
cuanto avariento, cruel.
¿Qué es lo que habemos de hacer? (4)
MARCIAL. ¿No sabes qué estoy pensando?
JACINTA. ¿Qué?
MARCIAL. Que le vamos buscando
como un hombre a su mujer.
Este tal hombre tenía (5)
una mujer que, si hablaba (6),
contra todo porfiaba
y todo al revés lo hacía.
Ahogóse, sin tener
remedio, y los que se hallaron
presentes (7) le aconsejaron
que buscase a su mujer.
El el trabajo tomó,
que hallarla fuera el trabajo:
yendo el cuerpo río abajo (8),
río arriba le buscó (9).
Y si alguno condenaba
por inocencia (10), que es llano,
la malicia del villano,
esta respuesta le daba:
"No os dé aquesto pesadumbre,
que si es muerta, como viva,

"Por donde pensé entablar
se acabó la ficción mía.
¿Qué respeto o cortesía
le han suspendido el hablar?"

(1) En B el que habla es LEONELO.
(2) C añade:

"No te vayas, pues, sin vella.
LEONELO. Si te conocen...
FILIPO. Ya estoy
resuelto a decir quién soy,
y aun a casarme con ella,
ya que Jacinta a mi amor
tan mal ha correspondido,
poniendo a un tiempo en olvido
mis deseos y su honor.
¡Plubiera al cielo supiera
dónde se ha ido, Leonelo!
LEONELO. ¿Buscábasla?
FILIPO. Sabe el cielo
que vida y alma la diera,
que con celosa pasión
siempre, Leonelo, verás
que el amor viene a ser más.
CARLOS. Y menos la estimación.
FELIPO. Hablemos agora aquí."

(3) B: "pues que descubrirte esperas"; C: "es, pues descubrirte esperas".
(4) C añade:

"FEL. mejor del Duque sabré.
CARL. De donde saldrá el sí o no,
o a Milán te volverás
o el concierto efetuarás.
FEL. Y descubriréme yo,
entonces si es Flora,
si es Flora."

(1) B: "*vestidos de villanos*"; C: "*en hábito de villanos*".
(2) B: "aquesa".
(3) B: ("*Vanse los tres.*")
(4) B: "Marcial, ¿qué habemos de hacer."
(5) B y C: "Un hombre pobre tenía."
(6) B: "a una mujer que hablaba".
(7) B: "presente".
(8) B: "y yendo el cuerpo hacia abajo".
(9) B y C: "la buscó".
(10) A: "por mi inocencia".

habrá nadado hacia arriba,
por ir contra la costumbre." (1)
Así pienso que buscamos
a Fadrique, pues los dos,
cual ves debajo de Dios,
contra la corriente vamos.
Que en tal tiempo no se ha halla-
puedo jurar con verdad, [do,
con amor y con lealtad,
una dama y un criado.
Y tú misma considera,
si su nombre preguntamos,
el escándalo que damos;
y no menos risa fuera
que, vestidos desta suerte,
preguntáramos por él.

JACINTA. ¿Hay confusión más cruel?
En alguna traza advierte.

MARCIAL. Cuando la justicia quiere
saber quién es algún hombre,
le prende con otro nombre;
él entonces se prefiere
a decir su nombre mismo;
y esto podemos hacer
ahora, para tener
luz en tan obscuro abismo.
Preguntemos por un hombre
pobre, humilde y desdichado,
que convenga a nuestro estado,
y Antón o Gil (2) sea su nombre.
Y responderá cualquiera:
"Hombre de esas señas no,
porque uno que aquí aportó
destas y estas señas era." (3)
Veremos si vienen bien.

JACINTA. Tú lo dices (4); esto hagamos,
pues así con razón vamos
y más seguros también (5).

MARCIAL. Gente viene, disimula.

JACINTA. ¡Bestia! ¿Aquello habías de hacer?

MARCIAL. ¡Lleve el diablo la mujer!

JACINTA. ¡O lleve el diablo la mula! (6)

(1) B: "contra su costumbre".
(2) B: "Antón Osil."
(3) B: "destas señas, y estas era".
(4) B: "Tú lo digas."
(5) Los dos últimos versos faltan en B.
(6) C añade esta redondilla:
"MARCIAL. Yo so mula con empacho;
ya mi tonteda adivino,
pues en tan largo camino
no te he dicho si soy macho."

(*Salen el* DUQUE, OTÓN *y* OTAVIO.)

OTAVIO. ¡Gran desdicha fué!

DUQUE. De suerte
me ha enternecido Fadrique,
que no sé con qué publique
lo que he sentido su muerte.

OTAVIO. Tú tienes justa razón.

DUQUE. Que no sé si lo sintiera
más cuando Felipe fuera.

MARCIAL. Llega, que es buena ocasión.

JACINTA. Pues que yo sabré mejor,
déjame a mí pescudar (1).
¿Por quién he de preguntar?

MARCIAL. Por un hombre pescador (2).

JACINTA. ¿Sabrá decir su merce,
señor, si acaso ha llegado
a esta tierra un desdichado,
que otro nombre no le sé?
Mire: él era pescador,
y se ha perdido en el río.

DUQUE. ¿Y quién era?

JACINTA. Hermano mío (3).

MARCIAL. Y era mi amo, señor.
Yo también le voy buscando
con ella, porque cabales
me debía veinte y un reales (4).

OTAVIO. ¿Y por eso vais llorando?

MARCIAL. ¿Pues si no tengo remedios
para haberlos de cobrar,
y me tengo de quedar
yo sin cuarenta y dos medios?

OTAVIO. ¿Deso lloras? (5)

MARCIAL. ¿Hay quien lleve
con paciencia tan gran tiro?
pues si sus cuartillos miro (6),
ochenta y cuatro me debe.

JACINTA. Mire, señor... (7).

MARCIAL. ¿No son hartos

(1) B: "déjame a mí pescador".
(2) B y C: "Di que un pobre pescador."
(3) En B faltan versos y dice:
"que otro nombre no le sé.
DUQUE. ¿Qué era uno?
JAC. Hermano mío."
C dice: "DUQUE. ¿Qué era vuestro? JAC. Hermano mío."
(4) B: "veinte reales".
(5) B: JAC. Pescando andaba." C: "¿Deso lloráis?"
(6) B: "si los cuartillos miro". Northup leyó en C: "cuartillas".
(7) B: "No pareció." C: "¡Calla, bestia!"

los trabajos que yo os cuento?
Pues si los miráis, son ciento,
y sesenta y ocho cuartos.
Y como vos los tenéis,
no sentís mis llantos bravos (1).
JACINTA. ¡Calla!
MARCIAL. Eran sus ochavos
ducientos y treinta y seis (2).
Y éstos no los perdéis vos,
por eso no los sentís,
pues dos mil maravedís
son, y más setenta y dos (3).
Mis manos no son tan francas
que me hayan dado más rentas.
JACINTA. ¡Calla ya!
MARCIAL. Son novecientas (4)
y cuarenta y cuatro blancas.
JACINTA. ¡Deja! ¡Acaba esos cuidados!
MARCIAL. Pues si contáis mis tormentos,
hallaréis mil y docientos (5)
y ochenta y ocho cornados,
y en dos años no los gano.
JACINTA. ¿Sabrá su merced decir
si acaso acertó a venir
por esta tierra mi hermano? (6)
OTÓN. Señor, yo pienso, sin duda,
que a quien busca esta mujer
debe aquel hombre de ser...
JACINTA. (¡El cielo mi intento ayuda!) (*Ap.*)
OTÓN. ...que salió a este campo ahoga-
y lo confirma mejor [do (7);
el trato de pescador (8)
y el nombre de Desdichado (9).
DUQUE. Dices bien.—Aquí llegó,
labradora, perseguido,
sin aliento y sin vestido,
un hombre, a quien arrojó
ese río airado y fiero,
vengando en él su porfía,
y el que pescador vivía
aquí vive jardinero;
que libre ya del agravio,
en este oficio se emplea,
y me holgaré de que sea
el que tú buscas.—Otavio,
con ella le buscarás.
Idos, pues, con él los dos.
JACINTA. ¡Guárdete mil años Dios!
MARCIAL. ¡Y dos mil, señor, San Blas! (1)
Jacinta.
JACINTA. ¿Qué?
MARCIAL. ¿Has advertido,
por si acaso fuera él,
que la fortuna cruel
en pescador le ha fingido
y sirve de jardinero,
porque todo lo concedas
y a su lado vivir puedas?
JACINTA. Ya todo lo considero.
OTAVIO. ¿No venís?
JACINTA. ¿Hay confusiones
ni laberinto mayor?
Ovidio se ha vuelto amor
con tantas transformaciones.

(*Vanse y sale* CELIA.) (2)

CELIA. Pues que llego a hablarte, escucha;
oirás la mayor desdicha
que jamás ha sido dicha.
DUQUE. Ya conmigo un temor lucha,
que a sentimiento provoca.
Habla.
CELIA. Señor...
DUQUE. Dilo, pues;
no me hagas dudar. ¿Qué es?
CELIA. Flora, señor, está loca.
DUQUE. ¿Qué dices?
CELIA. Lo que has oído.
DUQUE. ¿Quién su locura causó?
CELIA. En este punto perdió
de todo punto el sentido,
porque vieras su belleza
rendida a un notable exceso,
después de muchos.

---

(1) B: "Bien se ve que no los ves
ni sienten mis llantos bravos."
(2) B: "ducientos y treinta y tres". A: "trescientos y treinta y seis".
(3) B: "pues si son maravedís
seiscientos sesenta y dos".
C: "pues cuatro cientos mais
son y más setenta y dos".
(4) A: "mil y trecientas".
(5) B: "mil y ochocientos". A: "montan dos mil y seiscientos".
(6) Esta redondilla falta en B.
(7) B: "que salió del Po a nado".
(8) A: "el traje de pescador".
(9) B: "y ser hombre desdichado".

(1) Desde aquí hasta la acotación falta en B.
(2) B: ("*Vanse* JACINTA, MARCIAL *y* OTAVIO, *y sale* CELIA, *y queda el* DUQUE *y* OTÓN.")

DUQUE. ¿Que en eso
ha parado su tristeza?
CELIA. Ella estaba enamorada
de Fadrique, eso es verdad,
o tuvo la voluntad
a su opinión (1) inclinada.
Como después se trató
casar con Felipe, fué
la causa mayor, porque
tan gran tristeza la dió.
Y cuando aquel pescador
sacaron a la ribera,
dió en decir entonces que era
hombre de fama y valor (2).
Hoy que supo que era muerto
Fadrique, y que luego vió
al Desdichado, afirmó
que era éste Fadrique, cierto (3).
Haciendo, ¡oh, caso importuno!,
una por más confusiones
las dos imaginaciones,
haciendo de los dos uno (4),
ha dado (5) en decir que es él
Fadrique, como lo hiciera
de otro cualquier que viera.
DUQUE. ¿Hay desdicha más cruel?
En este punto llegó
aquí una humilde mujer,
que su hermana debe ser,
y señas y nombre dió.
Y, por otra parte, Otón
a Fadrique muerto viera,
si el río no le escondiera.
OTÓN. ¡Notable imaginación!

(*Sale* FLORA.)

FLORA. Mucho me pesa de hallarte,
señor, con Celia a tu lado,
pues las nuevas te habrá dado
que yo sola quise darte.
Ya te habrá dicho que vienes
a un bien de que estás ajeno,
pues vivo en tu tierra y bueno
a Fadrique Esforcia tienes.

(1) A: "o su opinión".
(2) Las dos últimas redondillas faltan en A.
(3) B y C: "Fadrique y que al otro vió,
con mil voces afirmó
que era aquel Fadrique, cierto."
(4) Esta redondilla falta en A.
(5) A: "Ya ha dado."

DUQUE. (¿Quién vió lástima mayor?)
FLORA. Que es Fadrique afirmar quiero
el que ahora es jardinero
y el fingido pescador (1).
Dame albricias desta dicha,
que por el don que te ofrece
bien el alma las merece.
OTÓN. ¡Qué lástima!
DUQUE. ¡Qué desdicha! (2).
¿Qué habemos de hacer?
CELIA. No sé (3),
porque antes de agora dije
que no lo era, y contradije (4)
su pensamiento, tal fué
la cólera (5) que conmigo
tomó, que ya por mejor
tuve seguirla el humor.
DUQUE. Y ese mismo intento sigo.
Al pescador buscarás,
que a esto su salud me obliga,
y que disimule y siga
su pensamiento dirás.
Dirásle que diga que es
Fadrique.
CELIA. Yo lo haré ansí.

(*Vase.*) (6)

OTÓN. Mil veces sanar oí (7)
con esta industria que ves,
porque un loco se enfurece
negándole su locura.

(1) Esta redondilla falta en A y en C.
(2) C añade:
FLORA. "En traje está que le encubre;
mas como entre nubes vi
los rayos del sol, ansí
por el vestido descubre
él de el alma el resplandor,
que es Fadrique no lo ignora
el que es jardinero ahora
y antes era pescador.
Dame de tanta ventura
albricias y habla a Fadrique,
porque tus hechos publique.
OTÓN. (¡Qué lástima!
DUQUE. ¡Qué locura!)"
(3) B: "¿Qué de hacer, Celia? CEL. No sé."
(4) A: "porque antes de agora dice
que no lo era y contradice".
C: "Porque en denantes la dije."
(5) A: "la locura".
(6) B y C: "*Vase* CELIA."
(7) B: "señor, oí".

DUQUE. (¡Qué pena!)
OTÓN. (¡Qué desventura!)
FLORA. ¿Cómo, señor, no merece
respuesta la nueva mía?
DUQUE. Que oculto Fadrique estaba,
aunque lo disimulaba,
yo, Flora, bien lo sabía.
Pero no quise decir
su nombre, porque no fuera
bien que yo le descubriera
queriéndose él encubrir.
FLORA. ¿Pues no fué mucho que yo
de sólo que imaginara
que era noble adevinara
que era Fadrique?
DUQUE. ¿Pues no?
FLORA. El que yo dormía pensaba,
y la verdad muy desnuda
me dijo entonces.
DUQUE. (Sin duda,
Otón, que ella lo soñaba.) (1)
FLORA. El quiso un engaño hacerme;
pero, aunque lo parecía,
bien sé yo que no dormía.
OTÓN. (El que está loco no duerme;
pero al fin, como mortal,
se suspende. Esto sería
cuando pensó que dormía.)
DUQUE. ¿Quién vió desventura igual?
Ella está loca ¡Ya creo
mi desdicha!
FLORA. Deste río
salió ahogado, muerto y frío,
que parece que le veo
que como se despeñó...
DUQUE. (Mas, ¿cómo pasa tan presto
del uno al otro? ¿Qué es esto?
¿Quién mayor locura vió?
Apenas del uno hablaba
y, contándonos su historia,
se le vino a la memoria
que el otro se despeñaba,
y juntar los dos procura.)
¿Hay más pena? ¿Hay más rigor?
OTÓN. ¡Qué lástima!
DUQUE. ¡Qué dolor!
OTÓN. ¡Qué tristeza!
DUQUE. ¡Qué locura!

(*Sale* FADRIQUE.) (1)

FADRIQUE. (¡Qué confuso pensamiento (*Ap.*)
me da uno y otro camino,
que si el uno determino
el otro seguir intento!
Ya Flora me ha conocido,
y si aquí me ha descubierto
al Duque de Mantua es cierto
que mi secreto ha ofendido (2).
Pues si mi nombre le digo,
si ella (3) no le ha dicho ya,
descubierto, claro está,
que a desterrarme me obligo (4).
Pero, al fin, el menor daño
es huír y padecer (5)
su ausencia, que no ofender
al Duque con tal engaño.
En esto me determino.
El Duque es éste; yo quiero
llegar y decir quién soy,
que es, al fin, del mal el menos (6).
Señor, si no maravillan
por extraños los sucesos (7),
y muchos casi imposibles
han llegado a verdaderos;
si el mayor puede obligarte,
escúchame un rato atento.
DUQUE. (De Celia viene advertido.)
OTÓN. Y lo finge por extremo.
FADRIQUE. Sabrás, pues, que soy... (8)

---

(1) Desde aquí, hasta la acotación de "*Sale* FADRIQUE", falta en B, que, además, por errata, pone *Vase* FADRIQUE.

(1) Texto: ("*Vase* FADRIQUE.")
(2) C añade:
"Y así en confusión tan grave
le tengo al Duque engañado,
pues lo que le he callado
de ajena boca lo sabe."
(3) B: "y ella".
(4) C añade:
"Flora, donde no te vea;
porque no podré vivir
cerca a quien he de huír
y que mi muerte destierra."
(5) B: "es ver y padecer".
(6) B: "pues lo que es del mal el menos"; C: "puesto que es del mal el menos".
(7) B: "por notables los sucesos".
(8) C trae así este pasaje:
"DUQUE. Y lo finge por extremo.
FADRIQUE. Sabrás, pues, que esta corteza
un corazón tiene dentro,
que decir sin arrogancia

DUQUE. ¡Fadrique!
Espérate, que no quiero
que pienses que yo he dudado
el valor que en ti contemplo.

FADRIQUE. (Ya el Duque sabía mi nombre.
¿Qué mucho, si considero
que no hay en mujer valor
para callar un secreto?
Si yo quisiera callarle (1),
¿cómo pudiera? ¡Qué presto
lo supo!)

FLORA. Pues él lo afirma (2),
aquí verás que no miento.

DUQUE. Dame, Fadrique, tus brazos,
que a mayor ventura tengo
haberte en mi tierra hallado
que si me ofreciera el Reino
de Nápoles la corona (3).
¡Qué gran dicha!

FADRIQUE. Sabe el cielo
con la vergüenza, señor,
que a besar tus plantas llego;
pues en ellas...

DUQUE. ¿Eso haces?
Fadrique, álzate del suelo,
si no es que quieres también
mirarme a las tuyas puesto.

FADRIQUE. Si desta suerte, señor,
has de tratarme, no quiero
ser más de lo que antes era,
pues de ser Fadrique pierdo (1)
lo que de servirte gano.
Criado soy.

DUQUE. Aunque deso
te valgas, Fadrique, basta
el agravio que me has hecho
de haber callado tu nombre,
estando aquí tanto tiempo.

FADRIQUE. ¡Señor!

DUQUE. Yo te lo perdono (2).

FADRIQUE. ¿Quién vió más feliz suceso? (*Ap.*)
Ya el Duque sabe quién soy,
y no está ofendido desto (3).

DUQUE. Bésale a Flora la mano.

FADRIQUE. Mil veces la tierra beso
que para tus pies labré,
o que me labraron ellos
para mis manos, pues sólo
de pisarla, agradeciendo
el contento de tus plantas,
brotaba verdes renuevos,
excusándome el cuidado,
que más a tus pies les debo,
que al azadón, que es su noble (4),
aunque rústico instrumento.

FLORA. ¡Fadrique! Como del sol
se conocen los reflejos,
cuando al cristal de una fuente
baña los rubios cabellos,
y aunque entre silvestres ojos
no pierde el valor por eso,

---

el más generoso puedo.
FLORA. (Ya dice a voces quién es;
aún lo escucho y no lo creo,
pues con esto mi ventura
ni la adulo ni la temo.)
FADRIQUE. Invidias de la fortuna
a este estado me trujeron.
porque en este traje sea
de su variedad ejemplo.
Este rústico buriel,
que agora me cubre el pecho,
más al pecho me ajustara
si fuera bruñido acero;
aqueste azadón que rijo,
bastón fuera en algún tiempo
que en número, no de flores,
de hombres pusiera gobierno.
OTÓN. (¡Oh, qué bien se disimula!)
DUQUE. Con saber quién es, confieso
que me engaña.
OTÓN. Es la verdad.
FLORA. De aquí mi ventura espero.
FADRIQUE. Sabrás que yo soy..."

(1) B: "encubrirle".
(2) B: "Pues él lo dice."
(3) B y C: "su corona".

---

(1) B: "pienso".
(2) A: "estando aquí tanto tiempo;
pero yo te lo perdono".
C: amplifica el pasaje en esta forma:
"Sin hacerme otro mayor.
FADRIQUE. (Bien temí su sentimiento.)
Señor, yo callé quién era...
DUQUE. Yo lo perdono.
FADRIQUE. Temiendo
el crédito, porque apenas
de pescador le merezco.
DUQUE. Pero yo te lo perdono."
(3) B: "dello". C añade:
"OTÓN. (No sé cómo no te ríes
de verle.)
DUQUE. (Ya lo estoy viendo,
y no sé entre tanto llanto
cómo la risa detengo.)"
(4) A: "que al azadón le debía".

que de una manera alumbra
los edificios soberbios,
que a coronarse de nubes
suben estrechando el viento,
como las casas pajizas
donde él entra por los techos...

DUQUE. (¡Mira qué en juicio le habla!)

OTÓN. (Sosegaráse con esto,
viendo que la aprueban todos (1),
tan notable pensamiento.

FLORA. ...ansí por los ojos tú
descubres el sol del pecho,
porque hechos fuentes los vi
de tu resplandor espejos (2).
No te desprecies del traje,
que aunque fuera limpio acero
el sol que le ve no diera
mayor resplandor por eso.

FADRIQUE. ¡Oh, que bien sabes honrar
a quien te sirve poniendo
en nuevas obligaciones!
No haré del traje desprecio,
que al fin te serví con él (3).

OTÓN. (¿Qué dices?

DUQUE. Que está fingiendo (4)
y no sabré (5), Otón, cuál es
lo fingido o verdadero.)

FLORA. ¡Bien haya el veloz caballo
que te arrojó (6), pues no siendo
causa de tu muerte, ha sido
de nuestros gustos efeto,
cuando arrojándote el río
a aquesta orilla...

DUQUE. ¡Qué presto
vuelve a desvariar, Otón!

FADRIQUE. Lo del caballo no entiendo.

FLORA. ¿No te despeñó el caballo?

DUQUE. (El no está advertido desto,
y ella en viendo que lo niega (7)
vuelve a enfurecerse luego.)

FADRIQUE. ¿Caballo?

FLORA. Sí, cuando a caza
saliste.

FADRIQUE. O yo no me acuerdo,
o no me arrojó caballo
en mi vida.

DUQUE. (¡Bueno es esto!
Agora ha echado a perder
todo cuanto tenía hecho.
Hazle señas de que diga
que sí.

OTÓN. Ya las hago, y menos
me entiende.)

DUQUE. ¿Pues un caballo
no te despeñó?

FADRIQUE. Es enredo.
Verdad es que salí a caza (1),
y hallé en un monte desierto,
con máscaras de leales,
tres traidores encubiertos;
otorgáronme la vida
por el ausencia; y huyendo (2)

---

(1) B: "aprueba todos".
(2) B: "espejo".
(3) A: "te sirve con él".
(4) B: "Que lo estoy viendo."
(5) A: "y no sabe".
(6) C: "que se arrojó".
(7) C: "niegan".

(1) El pasaje siguiente lo trae así C:

"FADRIQUE. Es enredo.
DUQUE. Hazle señas.
FADRIQUE. No aprovecha.
FLORA. Pues, ¿cómo fué tu suceso?
FADRIQUE. Si quieres saberlo, escucha;
y tú, señor, está atento.
OTÓN. Sin duda quiere enmendarlo.
DUQUE. Y si no lo hace, ¿qué haremos?
FADRIQUE. Yo soy don Fadrique Sforcia,
del Duque el hijo primero,
como todos saben.
DUQUE. Ya
cómo tú lo eres sabemos.
FADRIQUE. Verdad es que salí a caza
y hallé en un monte desierto,
con máscaras de leales,
tres traidores encubiertos.
No quiero decir quién son,
mas basta decir que fueron
aun en la traición piadosos,
pues que la vida me dieron:
otorgáronme la vida
por el ausencia; huyendo
su traición más que mi muerte,
el noble partido aceto,
yo desnudo al río me arrojo
y hasta aquesta orilla llego,
donde hallé en tu estado vida
y en tus piedades consuelo.
Callé mi nombre, por verme
pobre, desnudo y enfermo,
aunque en el Desdichado
te dije el más verdadero,
esta es la verdad y no...
no me despeñé corriendo..."

(2) B: "por el ausencia; mas viendo
su traición y mi muerte".

su traición más que mi muerte,
el noble partido acepto;
desnudo al río me arrojo (1),
no me despeñó corriendo
caballo, que no llegara
tan desnudo, pues es cierto
que desnudo no corriese (2).

DUQUE. (El lo enmendó por extremo.

OTÓN. Advertir de que llegase (3)
desnudo, es un pensamiento
extremado.

DUQUE. El pescador
tiene lindo entendimiento.) (4)

FLORA. ¿Qué enemigos tienes?

FADRIQUE. Nobles,
y poderosos.

FLORA. ¿Qué fueron
las causas de perseguirte?

FADRIQUE. Sólo mis merecimientos.

FLORA. ¿Por merecimientos pierdes?

FADRIQUE. Sí, Flora, por ellos pierdo.

FLORA. ¿Pues qué pretendes ganar?

FADRIQUE. Sólo lo que no merezco.

FLORA. ¿Y cómo te va de aquel
amoroso pensamiento
de Jacinta?

FADRIQUE. ¿Qué Jacinta?,
que ya de nada me acuerdo (5).

OTÓN. (6) ¿No la ves qué entretenida
con él en razón se ha puesto?

DUQUE. Y con las veras que él
la va a todo respondiendo.

(*Salen* OTAVIO, JACINTA *y* MARCIAL.)

OTAVIO. ¿Es aquél el que buscáis?

JACINTA. El es Tirso.

MARCIAL. Yo lo apruebo.

JACINTA. ¡Pardiez, que le hemos hallado!
Guarde à su merced el cielo.
(Ay, Fadrique de mi vida!
¿Es posible que te veo?)

MARCIAL. Calla agora.

JACINTA. No podré,
que da voces el contento (1).

MARCIAL. Disimula aquí, Jacinta,
hasta que solo lo hallemos,
porque delante de tantos
no se alborote de vernos (2).

JACINTA. Si está en pescador fingido
y sirve de jardinero,
como nos lo muestra el traje
y nosotros lo sabemos,
cuánto mejor es llegar,
pues llegamos concediendo
lo mismo que él ha fingido,
y haciendo verdad su enredo,
antes, en esta ocasión,
le servimos de terceros
a su engaño.

MARCIAL. Dices bien.

JACINTA. Pues disimula, y lleguemos.
¡Hermano mío!

MARCIAL. ¡Amo mío! (3)
¿Es posible que te habemos
hallado?

JACINTA. Más de un año
que en tu busca, hermano, vengo.

FADRIQUE. (¿No es Marcial este que miro?
¿No es Jacinta esta que veo?
¡Cielos!)

JACINTA. ¿Pues de qué has quedado
tan embobado y suspenso?

DUQUE. (En aqueste punto, Otón,
se acabó todo el enredo:
que aquésta es su hermana, y ya
está todo descubierto.)

FLORA. ¿Qué loca mujer es ésta
que ansí le trata, sabiendo
ya todos quién es Fadrique?

---

(1) B: "y arrojéme al río desnudo".

(2) B y C: "no corría".

(3) B: "Enmendar el que llegase"; A': "Advertirle que llegase."

(4) C añade:

"OTÓN. (Respóndele.
DUQUE. No sé cómo,
que de su fingir sospecho,
y con razón, que es verdad
todo lo que está diciendo.)"

(5) Estos cuatro últimos versos sólo constan en B.

(6) En A sólo habla el Duque en estos cuatro versos.

(1) B: "Mal podré,
que se esconde mal el fuego."

(2) Los dos últimos versos faltan en A'.

(3) En B se desfigura este pasaje así:

"mejor nos será llegar.
MAR. Dices bien; mas disimula,
que importa.
JAC. Si haré. Lleguemos.
¡Hermano mío!
MAR. ¡Amo mío!"

DUQUE. Ya Flora a su tema ha vuelto.
FADRIQUE. (Si aquí descubro a Jacinta,
y digo quién es, hoy pierdo
a Flora, porque no es bien
empezar a darla celos;
si a Jacinta desconozco (1),
su mucha lealtad ofendo,
porque al fin me ha hallado vivo (2),
aunque me ha buscado muerto.
¿Qué he de hacer?)
JACINTA. No tenga empacho:
déme un abrazo.
FLORA. ¿Qué es esto?
DUQUE. ¿Cómo saldremos de aquí?
OTÓN. Esta confusión no entiendo (3).
FLORA. ¿Qué mujer es ésta?
FADRIQUE. Espera,
y sabráslo.
FLORA. ¡Dilo presto! (4)
FADRIQUE. (Entre obligación y amor
estoy dudando y temiendo;
mas venza la obligación,
porque es de cobardes pechos
rendirse al amor, y hacer
de obligaciones desprecio.)
Esta, señora, es Jacinta,
una dama que sabiendo
mi desdicha, me ha buscado,
que tanto a su amor le debo (5).
Este es un criado mío,
aunque lo juzguéis (6) grosero,
el más bueno, el más leal;
Marcial es su nombre mesmo.
Esto es la verdad.
DUQUE. ¡Qué bien
lo ha enmendado!
OTÓN. ¡Por extremo!
DUQUE. ¡Qué presto halló la mentira
a propósito!
OTÓN. ¡Qué presto!
El es lindo socarrón (7).

(1) Los cuatro versos últimos faltan en A.
(2) B: "me he hallado vivo".
(3) B: "Todo en confusión lo veo." C: "Todo confuso lo veo."
(4) C añade:
"OTÓN. (Sin duda quiere enmendarlo;
y si no lo hace, ¿qué haremos?)
(5) A: "la debo".
(6) B: "juzgáis".
(7) Northup leyó equivocadamente: "El es lirondo socorron."

(*Sale* CELIA.)

CELIA. (En todo el campo no puedo
hallar este pescador (1)
para decirle el concierto;
pero hablando con el Duque
está, y con Flora (2); yo creo
que otro se lo habrá avisado.)
FLORA. De rabia y de celos muero.

(*Sale* OTAVIO.) (3)

OTAVIO. Carlos, conde de la Flor,
a efectuar los conciertos
que hay entre Mantua y Milán
del tratado casamiento,
en este punto llegó
a estas selvas; que sabiendo
que aquí estabas, ha venido
con poco acompañamiento (4).
DUQUE. Salgamos a recibirlo.
Vamos, Flora.
FADRIQUE. Si yo puedo (5)
pedirte, señor, tras tantas,
aquesta merced te ruego:
que así me dejes vivir
disfrazado y encubierto
mientras mi avara fortuna
va mejorando los tiempos.
(Defensa al Conde traidor
en este traje prevengo.) (6)
Esta por mayor merced
te suplico.
DUQUE. Y yo la aceto.
Trae ese traje.
FADRIQUE. ¡Mil años
vivas!

(1) A: "hallar este pescador".
(2) B: "estoy con Flora; yo creo". A: "está con Flora; yo creo".
(3) Esta acotación falta en A.
(4) B: "a estas selvas ha venido
con poco acompañamiento."
(5) B:
"DUQUE. Aquí acabó nuestro engaño.
¿Qué habemos de hacer?
FADR. Si puedo."
(6) A: "en este traje que tengo".
B: "este Conde es el mayor
enemigo que yo tengo".
C: "defensa al Conde traidor
en este traje prevengo.
Este Conde es el mayor
enemigo que yo tengo".

DUQUE. Otón, ¿qué es aquesto?
Por no hacer que yo le trate
en público con respeto (1)
hace su enemigo al Conde.
OTÓN. El tiene sutil ingenio.
FADRIQUE. Como hasta aquí has de tratarme,
señor, como a jardinero.
DUQUE. Eso en público sí haré,
y como amigo en secreto (2).
CELIA. (¡Qué bien finge el picarón! (3)
FLORA. Es justo agradecimiento,
Fadrique, el que le debéis
a esa dama.
DUQUE. ¡Que tan ciego
tenga su discurso Flora,
tan falto el entendimiento,
que todo lo haya creído!
FADRIQUE. Aunque pienso agradecerlo,
una cosa es lo que digo
y otra cosa es lo que pienso (4).
JACINTA. ¿Marcial?
MARCIAL. ¿Qué quieres?
JACINTA. No sé.
FLORA. Muero de envidia y de celos.
DUQUE. ¿Cómo te sientes?
FLORA. Mejor,
porque un desengaño veo
que pudo darme la vida
o la muerte.
OTAVIO. Dice esto
porque ya a Fadrique ha visto.
DUQUE. ¿Dónde vas?
FADRIQUE. Voite sirviendo (5).

(1) B: "Otón, ¿qué dices desto?
Guardarse, y porque yo
no le trate con respeto."
C: "Otón, ¿qué dices desto?, y como A.
(2) B: "ansí en lo público haré."
(3) B: "Salgamos a recebirle."
(4) C añade en esta forma:
"y otra cosa es la que siento.
FLORA. Pagalda tan gran fineza,
pues en tal traje se ha puesto
por vos.
FADRIQUE. Yo lo pagaré,
que uno pago y otro debo.
FLORA. Agradecédselo mucho.
FADRIQUE. Mucho, Flora, lo agradezco."
(5) B abrevia así este pasaje:
"Muero de rabia y de celos.
Agradecédselo mucho.
DUQUE. ¿Dónde vas?
FAD. Voite sirviendo."

DUQUE. Quédese tu Alteza.
FADRIQUE. Yo
soy, señor, tu jardinero:
y si ansí me tratas, faltas
a la merced que me has hecho
de tratarme como a tal.
DUQUE. Ni la palabra te quiebro,
ni falto a lo prometido (1),
porque aquí todos sabemos
quién eres, porque presentes
estuvieron al concierto.
FADRIQUE. Beso mil veces tus pies.
DUQUE. Guárdete, Fadrique, el cielo,
que bien tu estado has fingido
y tanto, que agora pienso
que eres pescador, Fadrique.
FADRIQUE. El tiempo es mejor maestro,
y como enseñó a mandar
enseñó a servir el tiempo.
DUQUE. ¿No has de pasar de aquí?
FADRIQUE. Porque no me vean me quedo.
DUQUE. Y porque finges tan bien
de verte fingir me huelgo.
FADRIQUE. Pues si con esto te agrado
volveré a fingir de nuevo (2).
DUQUE. Pues mira que has de fingir.
FADRIQUE. A mí me está bien hacerlo (3).
OTÓN. ¡Qué sosegada está Flora!
Costoso ha sido el remedio,
porque de curar a un loco
enloquecen muchos cuerdos (4).

(*Vanse todos y quedan* JACINTA, MARCIAL *y* FADRIQUE.) (5)

FADRIQUE. Dame tus brazos, Jacinta,
mil veces (6).

(1) En la ed. de Northup, por errata sin duda, se añade aquí este verso:
"Y como amigo en secreto."
(2) Los seis versos últimos faltan en B.
(3) B: "hacello". C añade estos versos:
"CELIA. ¿Qué es, señora, lo que llevas?
FLORA. No sé, Celia, lo que llevo.
El alma, te respondiera,
si preguntaras qué dejo."
(4) B: "porque han de sanar a un loco.
con lo que hacen muchos cuerdos".
(5) B: "*vanse todos*".
(6) B: dame mil veces, Jacinta,
tus brazos."
C: "dame, Jacinta, tus brazos
mil veces."

JACINTA. Cuando con ellos (1)
pudiera hacerte pedazos
los diera, pues cuando vengo (2)
atropellando a mi honor,
obligación y respeto,
enamorado te hallo,
y tan rendido te veo,
que delante de mis ojos
de mí te han pedido celos;
por villana me han tenido;
villana he de ser, haciendo
de suerte que no te crean,
pues tan fácilmente puedo (3).
FADRIQUE. ¡Jacinta!
JACINTA. No soy Jacinta,
Cintia soy.

(*Vase* JACINTA.) (4)

FADRIQUE. Marcial, ¿qué es esto?
MARCIAL. Jacinta tiene razón,
porque ha sido muy mal hecho
hallarte desta manera
enamorado, viniendo
ella a buscarte.
FADRIQUE. ¡Marcial,
escúchame!
MARCIAL. No te entiendo.

(*Vase.*) (5)

No soy Marcial, sino Tirso;
ansí disfrazarme quiero (6):
el padre fray Tirso soy,
pues a predicarte vengo (7).

FADRIQUE. ¡Escucha, Jacinta o Cintia!
¡Tirso o Marcial, está atento,
que si muerto me buscáis
ya me habéis hallado muerto.

(*Vase.*)

ACTO TERCERO

(*Salen el* PRÍNCIPE FELIPE, CARLOS *y* LEONELO; *el* DUQUE OTÓN, OTAVIO, CELIA *y* FLORA.) (1)

FELIPE.

El Duque de Milán, agradecido
al deseo, Gonzaga, que has mostrado
de ver (2) con los conciertos convenido
al de Milán (3) a tu dichoso estado,
hubiera antes de ahora respondido
si no hubiera, a su gusto (4) dilatado
de Fadrique la muerte rigurosa.

DUQUE.

Tragedia ha sido a todos lastimosa.

FELIPE.

Esta me dió (5), de quien sabrás más cierto
lo que en este concierto se procura.

(*Dale una carta.*)

CARLOS.

(¿Qué te parece Flora?)

FELIPE.

(Estoy incierto

---

(1) A: "quedo con celos".
(2) A: "ingrato, pues cuando vengo". Northup lee, erróneamente, en C:

"¿cuándo con celos
pudiera hacerte pedazos,
ingrato? Pues cuando vengo..."

(3) Los seis versos últimos faltan en B. En cambio, C añade una cuarteta en esta forma:

"de mí te han pedido celos.
¿Que no pudiste sufrir
callar quién eras? ¡Tan presto
lo dijiste, por mostrar
con eso el merecimiento!"
Por villana me han tenido."

(4) "Citia". La acotación falta en A.
(5) Falta la acotación en A.
(6) C: "y si disfrazarme quiero".
(7) Los cuatro versos últimos faltan en B. C añade:

"Había en un día dos bodas
en un comarcano pueblo,
y un perro las supo, que era
de todas bodas el perro.
Vió que en su lugar tardaba
la comida, y presumiendo
que podía en la otra hallarle
y volver después a tiempo,
fué donde habían comido;
y con más hambre volviendo
a la de su pueblo, halló
que ya habían hecho lo mesmo.
Dos bodas tienes delante,
escoge lo que es más cierto,
no pierdas por codicioso
lo que por goloso el perro."

(*Vase.*)

(1) B: ("*Salen* FELIPE, CARLO, *etc.*")
(2) B: "haber".
(3) B: "el de Milán".
(4) B: "sus gustos; C: "su gusto".
(5) A: "Este medio."

si es Flora la que el Duque (1) me asegura,
que si en lo que la otra (2) dijo advierto,
es Flora la de menos hermosura.)

DUQUE.

Yo lo veré despacio; hablad ahora,
mientras que voy a responder con Flora.

(*Vanse el* DUQUE, OTÓN *y* OTAVIO.) (3)

FELIPE.

Si mi humilde deseo ha merecido,
por el honor que de serviros gano,
gloriosamente a aquesos pies (4) rendido,
admirar fuego y nieve en (5) una mano,
Flora, bella, la vuestra humilde os pido (6);
y si digno de bien tan soberano
me miro a vuestros pies, desde este suelo
pienso tocar el sol de vuestro cielo,
aunque quede en mi bárbara osadía
deshecho al fuego y a la nieve helado (7).

FLORA.

(Este casamentero, Celia mía,
las reverendas trae (8) de desposado.
Excusarme de hablar con él querría,
y un excelente disimulo he hallado.)

FELIPE.

¿Pues no me respondéis?

FLORA.

Hablad con Flora.

FELIPE.

¿Quién es Flora?

FLORA.

La Infanta, mi señora.

CELIA.

¡Señora!

FLORA.

No replique Vuestra Alteza,
que es bien que logre el alto pensamiento
de gozar de Milán, honra y grandeza.

CELIA.

Nunca tan grande fué mi atrevimiento.

FLORA.

¿Su fama, su hermosura, su belleza
no conocéis?

CELIA.

(Vengó mi fingimiento.)

FELIPE.

(Confuso estoy entre una y otra Flora;
mas es la noche una, otra el aurora.)
¿Carlos?

CARLOS.

¿Señor?

FELIPE.

Leonelo, ¿qué os parece
como el Duque de Mantua se ha vengado?
La que (1) no es Flora por mujer me ofrece,
ofendido de verme disfrazado.

CARLOS.

Un engaño, señor, otro merece (2).

LEONELO.

¡Discreto el Duque por extremo ha andado!

FELIPE.

Quien era vió; disimuló el estilo (3),
y, engañado, engañóme por el filo.

FLORA.

Hable tu Alteza.

CELIA.

¿Qué es lo que pretendes?
Ya sabes cómo siempre te he servido.
En dar crédito, Flora, a ti te ofendes,
a un pensamiento sin traición fingido.

FLORA.

(Engaña, Celia.) (4)

CELIA.

¿Yo?

FLORA.

¡Qué mal me entiendes!

---

(1) B: "al Duque".
(2) A: "lo que el otro".
(3) B: ("*Vase el* DUQUE *y* OTAVIO.")
(4) B: "a vuestros pies".
(5) "fuego envíe en".
(6) B: "¡Oh, Flora celestial, la vuestra os pido!"
(7) B: "helada".
(8) B: "reverendas trae".

---

(1) B: "Lo que."
(2) B y C: "Un engaño otro engaño se merece."
(3) B: "Quien era vuestro disimuló estilo."
(4) B:
"CEL. ¿Qué es lo que pretendes?
FLOR. Engañar, Celia."
En C disparatadamente puntuado por Northup.

CARLOS.

Si el Duque no se da por entendido
no lo estés tú tampoco de su engaño;
calla hasta uno y otro desengaño,
y prosigue.

FELIPE.

Eso hago, Flora bella.
¿De qué sirve encubrir los rayos rojos,
si de fuego (1) de amor una centella
átomo es de vuestros dulces ojos? (2)
La más pura, limpia y clara estrella (3)
sus luces os ofrece por despojos;
no los neguéis al que os está mirando (4).

(*Sale* OTÓN.)

OTÓN.

Su excelencia, señor, queda esperando.
Mas, ¿qué es esto? Felipe es el que veo;
o confusa mi ciega fantasía (5),
de la naturaleza varia creo
que sacó dos estampas en un día.

FELIPE.

Rendido voy a manos de un deseo:
si es Flora la fingida, será mía.

CARLOS.

Con más industria no disimularas,
señor, si con la misma Flora hablaras.

(*Vanse* FELIPE *y* CARLOS.) (1)

OTÓN.

El es; diréIo al Duque, y que ha venido
como su embajador disimulado.

(*Vase.*)

FLORA.

Celia, ¡que no me hayas entendido!

CELIA.

Bien un pequeño yerro has castigado;
mas si en pensarlo sólo te he ofendido...

FLORA.

¿Luego ya lo tuviste imaginado?

CELIA.

Por engaño.

FLORA.

¿Por qué no lo decías
agora?

CELIA.

Porque tú...

FLORA.

¿Qué desconfías?

CELIA.

...no te ofendieras más (2).

FLORA.

Si me entendiste,
lo que yo te mandaba, Celia, hicieras.

CELIA.

¿Vengaráste con esto? ¡Ay de mí triste!

FLORA.

Pues es fácil (3) fingir, ¿no lo fingieras?

CELIA.

¿Yo delante de ti?

FLORA.

Aquí consiste
mi gusto mayor, Celia; ¿no pudieras
dármele? Y porque entiendas mi alma ahora,
yo quiero que tú digas que eres Flora.

CELIA.

Pues dime, Flora: ¿qué consigues deso? (4)

---

(1) B: "si del fuego".
(2) B: "bellos ojos".
(3) B: "La más limpia, pura y clara estrella."
(4) B: "¿Por qué os negáis al que os está adorando?" C amplifica el pasaje en esta forma:

"Sus luces os ofrece por despojos,
¿por qué a otra luz la vuestra se reduce?
Que en presencia del sol ninguna luce;
Flora, ¿no respondéis?

FLORA.

Responded, Flora.

CELIA.

(¿Por qué ofenderme tu valor procura?)

FLORA.

¿No os ha dicho que es ella? ¿Quién lo ignora?
¿Su gracia, su donaire, su hermosura?

FILIPO.

Vuestra divina luz el alma adora:
¿por qué queréis que quede en noche oscura?
No los neguéis al que os está mirando.
¿Quien vuestro claro día está mirando?

(5) B: "o turbada mi misma fantasía".

(1) B añade "LEONELO"; C sólo dice "*Vanse.*"
(2) A: "no te ofendiera más".
(3) B: "Pues fácil."
(4) B y C: "Aun eso, bien. Más ¿qué consigues deso?"

FLORA.

Excusarme de hablar embajadores;
que me ofende el mirarlos te confieso,
y escuchar por terceros los amores.
Confieso que perdido tengo el seso
entre tantas desdichas y rigores.
Hazte tú Flora mientras lloro, ¡ay, cielos!,
fuerza de un padre (1) y de un amante celos.
Aquél mi libertad forzar pretende
tratando el casamiento que me infama;
éste mi pecho en fuego y rabia (2) enciende
viéndole hablar la labradora dama.
Uno me fuerza, Celia; otro me ofende,
y entre el rigor, entre la ardiente llama (3),
helado el cuerpo, el alma ya en los labios,
sufro rigores y padezco agravios.

CELIA. Ya se vuelve a su locura (4).

(*Sale* FADRIQUE, *solo.*) (5)

FADRIQUE. Si se permite a quien muere
decir, Flora, sus desdichas,
escúchame (6) atentamente;
no importa que Celia esté
a mis razones presente,
que antes quiero hacer testigos
de mis males o mis bienes (7).
Desnudo llegué a esta orilla,
no te espantes de que empiece
mi historia; breve seré,
si en penas puedo ser breve;
hallé en tus manos piedad,
acogísteme clemente,
y aquí contento viví,
viví en tu servicio alegre.
Afrentado el corazón
estaba que le cubriese
un tosco sayal, y el pecho
quiso romper impaciente
por los ojos y la lengua
reventó; disculpa tiene,
que el fuego, Flora, no es mucho,
si está encerrado, reviente.
Salió a la boca en palabras,
mas como son viento leve,
el viento al fuego mayor
en humo y cenizas vuelve.
Salió a los ojos (¿quién vió
líquido el fuego?) en ardientes
lágrimas, lenguas de agua
que hablar con más alma suelen.
La sangre, que aunque encubier- [ta, (1)
no es razón que se desprecie,
que es la nobleza un tesoro
que tiene su precio siempre,
es otra alma, tan alma,
que glorias sólo apetece:
ni la finge el que le falta,
ni la encubre el que la tiene.
No pude encubrirla yo
forzado, sino prudente,
y díjete al fin (2) quién era,
tú sabes si honestamente;
pues si el que despierto vive
muerto le juzgan si duerme,
muerta estabas, porque viva
no supiera yo atreverme.
¡Oh, inconstancia (3), siempre insta- [ble,
que aun dormidas las mujeres
no saben decir verdad,
pues hasta en el sueño mienten! (4)
Desengañada, dijiste
quién era al Duque (5), y prudente
me habló, sin que yo le viera
de mi silencio ofenderse.
Estando en esto, la nueva,
¡ay de mí!, llegó...

(1) B: "rigor de un padre".
(2) B: "en fuego y novia".
(3) B: "y entre el rigor entra la ardiente llama".
(4) A: "Ya vuelve a su locura."
(5) B: ("*Sale* FADRIQUE.") C: sin acotación.
(6) B: "escuchadme". A añade a este verso otro: "para que yo te las diga".
(7) C añade:

"Oye razones de un loco,
que suele ser cuerdo a veces;
que el mal, si quita el sentido,
el sentimiento le vuelve.
Con lengua torpe y voz muda
hablarte el alma pretende,
y aunque sienta cuanto dice,
no te dirá cuánto siente.
Desnudo llegué a esta orilla..."

(1) B abrevia el pasaje:

"Viví en tu servicio alegre.
La sangre que, aunque encubierta."

(2) B: "y te dije al fin".
(3) A: "inconstancias".
(4) B abrevia también así:

"Tú sabes si honestamente,
desengañada dijiste."

(5) B: "mi nombre al Duque".

FLORA. ¡Detente,
que yo diré quién llegó!
CELIA. Otro nuevo engaño es éste (1).
FADRIQUE. Déjame hablar.
FLORA. Hasta aquí
has dicho; deja que empiece
y diga yo quién llegó,
pues has dicho cuanto quieres.
Llegó una villana noble,
que hablando rústicamente
por hermano te abrazó.
FADRIQUE. ¡Escucha! ¡Espera!
FLORA. ¿Que espere?
¿Qué tengo ya que esperar?
FADRIQUE. La sentencia de mi muerte.
Ese embajador fingido
que a tratar tu boda viene
es Filipo, ese es mi hermano;
y si examinarlo quieres
míralo en esta sortija

(*Enseña la sortija.*)

esculpido, que previene
al cielo para mi bien
unas señas tan patentes.
Aquí verás del buril
lo más primo y excelente,
porque el más sutil pincel (2)
sin matices le desmiente.
Mírale, Celia, que él es.
CELIA. Engañada estuve siempre.
Ahora creo que es Filipo,
y aun que tú Fadrique eres.
FADRIQUE. Esta a Jacinta le dió
el Príncipe.
FLORA. ¿Que no tienes
vergüenza para nombrarla (3)
en mi presencia?
FADRIQUE. Si quiere
decir la lengua verdades (4)
no te espantes que las cuente,
porque solos desengaños
son los que el alma pretende.
FLORA. ¿No vino a buscarte?
FADRIQUE. Sí.
¿Díjela yo que viniese?

(1) B y C: "¿Qué enredo mayor es éste?"
(2) B: "porque el más veloz pincel".
(3) B: "nombrarle".
(4) A: "verdad".

¿Pues por qué te ha de ofender
una mujer que me quiere?
¿Quiérola yo? ¿Qué razones
la dije que te ofendiesen?
¡Pluguiera a Dios la quisiera!
Que tanto, Flora, me debes,
pues, cuando como te quiero,
a Jacinta la quisiere,
¿por tu desprecio dejara
sus amorosos placeres? (1)
Bien conoces mi razón;
mas como a Filipo adviertes,
con mi desprecio, el venir
disfrazado le agradeces.
Págale tan gran fineza.
FLORA. ¡Qué mal disculparte entiendes
echándome a mí la culpa
que solo, Fadrique, tienes!
Por ti ha venido Jacinta.
FADRIQUE. Y Filipo, ¿por quién viene?
FLORA. Págala el haberse puesto
por ti en tan humilde suerte.
FADRIQUE. Agradécele el venir
hecho embajador por verte.
Por ti ha venido.
FLORA. Es verdad.
¿Díjele yo que viniese?
Si un hombre me quiere a mí,
con poca razón te ofende.
¿Quiérole yo? ¿Qué favores
tiene míos? ¿Que dijese
que era Celia por no hablarle?
¿Que todo aquesto me debe? (2)
Todas las mujeres piensan
que son unas, neciamente,
pues las que de veras aman
por las que lo dicen pierden.
No he de ir a buscarte yo (3),
aunque por costumbre tienes

(1) B abrevia el pasaje así:
"Una mujer que me quiere.
Bien conoces mi razón."

(2) A: "debes". B abrevia el pasaje en esta forma:
"¿Díjele yo que viniese?
¿Pues por qué te ha de ofender
un hombre que a mí me quiere?
Todas las mujeres piensan..."

(3) B: "y las que de veras aman
por las que lo fingen pierden.
No he de irte a buscarte yo".

que tales mujeres te amen,
que te busquen las mujeres

(*Vase.*) (1)

FADRIQUE. ¡Aguárdate, Flora, espera!
¡Espera, Flora, detente!
¡Deténla, Celia!

CELIA. Ya es ida.

FADRIQUE. Dila que un instante espere.

CELIA. Diréle al Duque quién son
todos. Loca quise hacerte,
Flora; pero yo lo estuve
en reírme y no creerte (2).

(*Vase.*)

FADRIQUE.

Cuando de mi atrevido pensamiento,
Jacinta, los rigores imagino,
menos me atrevo y más me determino,
que sobra amor y falta atrevimiento.
Desconocido a tu beldad intento
tirano pago a tu valor divino,
y, animándole, apenas imagino
verdugo de mi infamia el sentimiento,
olvido ingrato, agradecido adoro (3),
aborrezco cobarde, amo atrevido,
llamo y huyo (4), quiero y no deseo,
canto mis penas y mis glorias lloro:
¿qué mucho muera o viva (5) arrepentido,
si he de perder la vida o el deseo? (6)

(*Sale el* DUQUE *y* OTAVIO, *solos.*)

DUQUE. No se efectuó el concierto,
que dice el Conde que tiene
para avisar a Milán
forzosos inconvenientes.

FADRIQUE. Dame tus pies.

DUQUE. ¿Aquí estás?

FADRIQUE. Y deseoso de verte (7)
para darte de las bodas
mil dichosos parabienes.

DUQUE. ¡Guárdete Dios! ¿Cómo va
del fingimiento?

FADRIQUE. No puede
irme mal en tu servicio.

DUQUE. ¿Y ya de Flora qué sientes?

FADRIQUE. Que Flora merece mucho,
pero Felipo merece (1)
la merced que tú le haces,
que es generoso y prudente.

DUQUE. No te pregunto qué es
ni quiero que me aconsejes.

FADRIQUE. Señor, hablar de Felipo
es honrarme a mí, que excede
a mi deseo; que él
a darte contento acierte (2),
y plega (3) al cielo, señor,
que te pague las mercedes
que he recebido en tu casa.

DUQUE. Pues, ¿cómo hablas desa suerte?

FADRIQUE. Bien me acuerdo yo que tú
me dijiste que fingiese;
pero como sólo Otavio,
que siempre estuvo presente,
nos oye, a hablarte así
pude, señor, atreverme.

DUQUE. ¡No nos oye otro, villano,
bárbaro, loco imprudente! (4)
¿A mí quieres engañarme?

FADRIQUE. ¿Quién engañarte pretende?

DUQUE. Si te dije que fingieras...

FADRIQUE. Yo te pedí que me hicieses
esa merced de tratarme
como a jardinero siempre
porque el Conde en este traje
ni me hablase ni me viese (5).
Eso es lo que ha fingido;
mas como nadie nos viese,
aquí hablé como a Fadrique (6).

DUQUE. (Otavio, otro loco es éste.)
¿Pues quién eres?

---

(1) B y C: ("*Vase* FLORA.")

(2) B no trae los cuatro versos últimos. A, en el cuarto de ellos: "rendirme", en lugar de "reírme".

(3) A: "acero".

(4) A: "llamo y juzgo".

(5) C: "viva o muera".

(6) Este soneto falta en B.

(7) B: "Y deseo de verte."

(1) B: "Y al fin, Flora, ¿qué sientes?
FAD. Que aun ella merece mucho,
Filipo, señor, merece."

(2) B: "a mi deseo, pues sé
a darte contento viene".

(3) B y C: "y plegue".

(4) B: "Nos oyó hablarte así,
pude, señor, atreverme.
DUQUE. Villano, bárbaro, loco,
necio, atrevido, imprudente."

(5) Los dos últimos versos solamente los trae B.

(6) B: "mas como nadie me viese,
aquí hablé con Fadrique".

FADRIQUE. ¿Tú no sabes
quién soy? Señor, ¡cuántas veces
oí mi nombre en tu boca
sólo para engrandecerme!
¡Qué bien cumples tu palabra!
¡Bien a encubrirme te ofreces!
¡Y qué bien por no tratarme
mal desconocerme quieres! (1)
Pero aquí solos estamos,
dime lo que te parece
de Felipo, que mi hermano
es muy galán.

DUQUE. (¿Cuánto puede,
Otavio, lo que en su abono
la imaginación aprende!
Sin duda que se ha creído
que era Fadrique.)

OTAVIO. (De verse
tan estimado, nació
un pensamiento tan fuerte.)

FADRIQUE. Pues, señor, ¿no me dirás
qué causa pudo moverte
a hablarle de aquesta suerte? (2)

DUQUE. ¡Ya no puedo sufrir más!
¡Hombre de ese río (3) venido
y dél al campo arrojado,
de sus ondas engendrado
y de sus fieras nacido!
¿Qué hechizo, encanto o veneno
a aquesta selva trujiste,
que después que a ella viniste
todo está de engaños lleno? (4)
Miserable y abatido
con uno y otro temor,
tan fingido (5) pescador
cuanto Fadrique fingido;
¿quiere matarme tu encanto? (6)

FADRIQUE. Si no entendiera que estás
fingiendo, no oyera más
ni hubiera sufrido tanto.
Pues porque se certifique
el mundo de mi valor,
sufro como pescador
lo que oí como Fadrique (1).
Si jardinero me vías (2)
y de serlo me sacaste,
¿por qué tanto me estimaste
si ya no me conocías?
Trátame como criado,
que aqueso pretendo yo,
en público, pero no
cuando estás tan retirado.
Fadrique aquí soy, y allí
seré humilde labrador.

OTAVIO. (El se lo creyó, señor.) (3)

DUQUE. (¡El está fuera de sí,
y aun yo y todo!)

OTAVIO. (Como vió
que todos se lo decían,
porque todos lo fingían
que era Fadrique creyó.)

(Salen JACINTA *y* MARCIAL.*)*

JACINTA. ¿Ayudarásme a mentir?

MARCIAL. A todo te ayudaré (4).

JACINTA. Pues ansí me vengaré.

MARCIAL. Por ti tengo de morir.

JACINTA. ¡Antón, vámonos, acaba,
a la aldea!

MARCIAL. Presto, vamos
desta tierra. ¿Qué aguardamos? (5)

FADRIQUE. (¡Esto sólo me faltaba!)

DUQUE. (¡A qué buen tiempo ha llegado
su hermana, que puede ser
que acordándole su ser
vuelva de lo que ha soñado!)

JACINTA. Mira que quedó (6) el pollino
sólo en casa, sin tener
qué comer ni qué beber.

MARCIAL. Ni mi prójimo el cochino.

FADRIQUE. ¡Jacinta!

---

(1) B: "más desconocerme quieres".
(2) B y C: "de aquella suerte".
(3) A: "del serrio".
(4) C añade esta redondilla; según la ed. de Northup:

"FAD. (Sin duda alguna nos ven.)
Bien así me satisfaces;
trátame mal, que bien haces.
Finge, que finges muy bien."

(5) A: "ya fingido".
(6) B omite tres versos:

"Miserable y abatido,
¿quiere matarme tu encanto?"

---

(1) Esta redondilla falta en B.
(2) B: "vayas".
(3) B: "El se lo creya, señor." A: "El solo creyó, señor."
(4) B: "y fácilmente podré".
(5) B y C: "Señor, vamos
desta tierra. ¿Qué esperamos?"
(6) A: "queda".

JACINTA. ¡Qué bueno es eso!
¿Jacinta yo? Cintia soy.
FADRIQUE. Confieso que loco estoy.
JACINTA. El tiene perdido el seso.
FADRIQUE. ¡Marcial!
MARCIAL. ¿Yo Marcial? ¿Hay tal?
De otra cara me imagina,
porque un hombre tan gallina,
¿cómo puede ser Marcial?
JACINTA. Aquesas locuras deja.
¿Tú, señor? ¿De cuándo acá?
¡Vámonos! ¡Acaba ya!
DUQUE. Bien Otavio le aconseja (1).
FADRIQUE. ¡A cólera me provoco!
¡Vive Dios que estoy sufriendo
y callando, porque entiendo
que han de decir que estoy loco!
JACINTA. Señor, déjele ir a casa,
que imaginando aventuras
en máquinas y locuras
lo más de la vida pasa.
Historias habrá leído (2)
de muchas caballerías,
y con locas fantasías
todas se las ha creído (3).
No le crea si le dice
que es un hombre de opinión,
porque su nombre es Antón;
DUQUE. ¡Que bien que lo contradice!
FADRIQUE. Jacinta, si piensas hoy
quitarme fingida el seso,
que estoy loco te confieso (4);
déjame, pues ya lo estoy.
¿Qué es lo que tu voz procura
hablando de aquesa suerte?
¿Buscas, Jacinta, mi muerte?
JACINTA. ¿Jacinta yo? ¡Qué locura! (5)
FADRIQUE. Marcial, ¿tú eres contra mí?
¿Esto en tus lealtades tengo?
MARCIAL. Señor, con quien vengo, vengo.
FADRIQUE. (¿No soy yo Fadrique?)
MARCIAL. (Sí).
FADRIQUE. Dilo a voces: ¿quién soy yo?,
ya que abonarme te ofreces.
¿Quién soy?
MARCIAL. Antón me pareces.
FADRIQUE. ¿Y no soy Fadrique?
MARCIAL. ¡No!
FADRIQUE. (Jacinta, si de mi llanto,
que tanto el amor agrada,
estás acaso obligada,
merezca yo favor tanto
que le digas quién soy yo
al Duque.)
JACINTA. (Fadrique eres.)
FADRIQUE. Pues ya confesarlo quieres,
¿no soy yo Fadrique?
JACINTA. No.
FADRIQUE. ¡Viven los cielos, villanos,
que porque se satisfaga
mi furor, a los dos haga
pedazos con estas manos!
OTAVIO. Más se enfurece de ver
que le niegan su locura.
DUQUE. Quiero hablarle con blandura,
y probar si puede ser
reducirle.
FADRIQUE. ¿Hay confusión
mayor que la que en mí lucha?
DUQUE. Oye.
FADRIQUE. ¿Qué quieres?
DUQUE. Escucha:
¿Cuanto mejor será, Antón,
que te vuelvas a tu tierra,
donde mejor estarás?
FADRIQUE. Ya no puedo sufrir más,
que un volcán mi pecho (1) encierra.
DUQUE. Deja esos discursos, llenos
de tan confuso vaivén.
JACINTA. Y dice, señor, muy bien.
MARCIAL. Haz lo que te ruegan buenos.
FADRIQUE. ¡Basta! Yo no soy Fadrique,
pues se juntan en mi mal (2)
Jacinta, el Duque y Marcial;
porque el rigor multiplique,
quieren que deje de ser
lo que soy; mi mal pretenden,
y pues engañarme entienden,
por Dios que no lo han de hacer.

(*Vase* FADRIQUE.)

DUQUE. Casi va desesperado.
¡No le dejéis! ¡Id tras él!

(1) En B faltan los tres últimos versos.
(2) C: "había leído".
(3) Esta redondilla falta en B.
(4) Northup leyó erróneamente: "que estoy loco confieso".
(5) B: "¿Yo tu muerte? ¡Qué locura!"

(1) B y C: "el pecho".
(2) B: "según tan en mi mal".

No vaya solo.

JACINTA. ¡Ah, cruel,
bien los celos me has pagado!

(*Vanse* JACINTA *y* MARCIAL.) (1)

DUQUE. ¿Quién vió confusión más fie-
En el alma me ha pesado [ra? (2)
de haberle (3) desengañado;
mejor concederle fuera
su locura; pero a mí
tan gran cólera (4) me dió
cómo hablándome llegó
en negocios, que no vi
la hora de despedille.

(1) C amplifica el pasaje en esta forma:

"DUQUE. ¡Por Dios!, que me ha enternecido
su furioso pensamiento.
OTAVIO. ¡Que tuviese el fingimiento
con tanto afecto creído!
DUQUE. Esta locura no es más
que creer una aprensión
que está en la imaginación.
OTAVIO. ¿Y ya de Flora qué harás?
DUQUE. Flora, como no le vea
ni le hablen dél, sosegada
está siempre y descansada.
¡Pero que una mujer crea
que esta villana que aquí
en este punto llegó
fuese una señora!
OTAVIO. Yo,
en la ocasión que lo vi
fácilmente lo creyera.
¿Quién vió confusión más fiera?
Haberle desengañado
mejor concederle fuera
su locura, pero así
tan gran cólera me dió
como hablando me llegó
en negocios que no vi
la hora de despedilla.

(*Sale* CELIA.)

CELIA. Pues ya estás hecho a sentir
lo que te quiero decir,
señor, no te maravilla:
lo que el alma aseguró
viene a deshacer ahora,
nunca fué la loca Flora,
porque siempre lo fuí yo,
y porque se certifique
la verdad de un desengaño
sin locura y sin engaño
el pescador es Fadrique."

(2) B: "¿Quién tal aprensión creyera?"
(3) B y C: "haberle".
(4) A: "gran locura".

(*Sale* CELIA.)

CELIA. Pues ya estás (1) hecho a sentir,
lo que te quiero decir,
señor, no te maraville.
Lo que el alma aseguró (2)
viene a deshacer ahora (3);
nunca fué la loca Flora,
porque siempre lo fuí yo.
Y porque se certifique (4)
la verdad de un desengaño,
sin locura y sin engaño,
el pescador es Fadrique.
Mira, señor, si tenía
razón Flora en porfíar,
y quisimos condenar
por locura su porfía (5).

DUQUE. Otavio, ¿qué dices desto?
¿Por quién esto habrá pasado?

OTAVIO. Flora su mal le ha pegado.

DUQUE. A creer estoy dispuesto
cuanto me dijeren ya,
o aquestas selvas umbrosas
tienen yerbas ponzoñosas (6).
Apenas aquí se va
Fadrique o el pescador,
que uno y otro dicen que es,
y viene Celia después
con que es él. ¿Hay tal dolor? (7)

CELIA. Esa rústica villana,
que lo es al parecer,
es una noble mujer,
no, como ella dice, hermana (8),
que a buscarlo vino ansí.

DUQUE. ¿Quién mayor lástima vió? (9)
Ella también lo creyó,
o todos burlan de mí.
Pues tú, Celia, que antes eras

(1) A: "está".
(2) A: "Lo que en el alma aseguro." B no trae este verso.
(3) B. "bien es deshacer ahora".
(4) B: "le certifique".
(5) Esta redondilla falta en A.
(6) C: "selvas ponzoñosas".
(7) B: "rigor".
(8) C añade esta redondilla:

"De Fadrique, si no dama
a quien Fadrique servía;
él mismo se lo decía
a Flora, y que ella le amaba."

(9) B: "mayor la estima vió".

quien a Flora aconsejaba
y quien deso se burlaba,
has creído tan de veras
su engaño, el intento muda;
no muestres facilidad.

CELIA. Esta es, señor, la verdad.

DUQUE. Tengo, Otavio, por sin duda
que este hombre o pescador,
o Príncipe o jardinero,
es el mayor hechicero
y mayor enredador
que se ha visto.

(*Sale* FLORA.)

FLORA. Siempre ha sido
Celia, señor, quien a ti
te trae las nuevas, y así
no dudo que habrá traído
estas que te vengo a dar,
que es aqueste embajador
Felipe mismo, señor (1).

CELIA. ¿Pues quién lo puede dudar,
cuando Fadrique, su hermano,
lo asegura?

DUQUE. (¡Vive Dios,
que ya están locas las dos!)

OTAVIO. (Que es mal que se pega es llano.)

DUQUE. Bien fácil fuera creer
que es, y yo se lo confieso,
éste Felipe, que eso
es cosa que puede ser.
Pero querer que yo crea
que es este hombre encubierto
Fadrique, que está ya muerto,
y que esta villana sea
dama, son cosas terribles;
y no me atrevo a creer
lo que ha de suceder (2),
por no creer imposibles.

FLORA. Señor, ¿de qué estás prolijo?

CELIA. Que de creerme no acabes!

DUQUE. Tú, Celia, ¿de qué lo sabes?

CELIA. De que Fadrique lo dijo.
¿No basta que él lo dijese?

DUQUE. (¡Qué lástima! Otavio, ya
más loca que Flora está.
Mejor es que lo confiese.

FLORA. ¿De qué dudas?

(*Sale* OTÓN.)

OTÓN. Yo quisiera
hablarte a solas.

DUQUE. Otón,
no llegarás a ocasión
en que más gusto tuviera.
¿Qué es lo que me quieres? Di.

OTÓN. Espero que tú prosigas,
que es bien que primero digas
lo que me quieras a mí;
y en servirte satisfecho,
ya de mí no has de saber
lo que quiero, hasta tener
lo que me mandares hecho.

DUQUE. Ya tú sabes que después
que llegó por maravilla (1)
un pescador a esta orilla,
la selva confusa es.
Hubo Fadrique fingido;
dama que se transformó;
también Celia lo creyó
y aun él mesmo lo ha creído;
porque aquí de tal manera
que era Fadrique afirmaba,
que yo mil veces dudaba,
yo mismo, si verdad era (2).
Esto te quiero advertir,
porque no he hallado medio (3)
mejor para su remedio:
has agora de decir,
para seguirlas su humor,
que cuando tú a Milán fuiste
en él a Felipe viste,
y que es este embajador;
que esta (4) es la tema en que han [dado.

OTÓN. ¿Y es mucha dificultad
que yo diga la verdad?
Si este que está disfrazado
es Felipe; yo le vi
en Milán, y por más señas

---

(1) B: "que es...
DUQ. ¿Hay enredo mayor?
FLOR. Filipo el embajador".

(2) B: "lo que no ha podido ser". C: "lo que puede suceder".

(1) C: "llegó por gran maravilla".

(2) A: "lo mismo si verdadera". C añade esta redondilla:

"Han dado ahora en una cosa
facil, mas para mentira
la fácil lo mismo admira
que la muy dificultosa."

(3) A: "porque no hallo otro remedio".

(4) C: "esa".

cómo cayó entre las peñas
Fadrique al mismo lo oí:
no te engañó, Flora, quien
te lo dijo.
FLORA. Pues su hermano
que ha de conocerle es llano.
DUQUE. (Finge, que finges muy bien.)
OTÓN. (¡Cómo fingir, vive Dios;
que es el mismo y que en Milán
le vi, señor!)
DUQUE. ¡Buenos van
los engaños!
OTÓN. ¿Y las dos
se han sosegado?
CELIA. Aun ahora
pienso que no lo creerás.
DUQUE. ¡Oh, qué bueno va! Di más (1).
OTÓN. Quien les dijo a Celia y Flora
que era Filipe decía
bien. Esto es desengañarte,
y cuando yo vine a hablarte
a decírtelo venía.
DUQUE. Flora, yo disimulaba
el enojo que me ha dado
con venir él disfrazado,
y porque resuelto estaba
hasta que él se descubriese
no darme por entendido,
que tú no lo estés te pido.
FLORA. Y es muy justo que te pese
del engaño.
DUQUE. (Dime, Otón:
¿qué es lo que decir querías?)
OTÓN. (¿Aún todavía porfías
lo que en aquesta ocasión,
señor, tú mismo has mandado?)
DUQUE. Ya tu palabra cumpliste
pues lo que te mandé hiciste.
OTÓN. (Esto es.)
DUQUE. (Ya estás cansado.)
OTÓN. (¿Quién vió enojo más cruel?)
DUQUE. (Mira, Otón, que hablas conmigo.)
OTÓN. (La verdad, señor, te digo.)
DUQUE. (¿Qué?)
OTÓN. (Que, vive Dios, que es él,)
DUQUE. (¡Qué necia fidelidad!)
OTAVIO. (Señor, pues ansí lo afirma
y enojado lo confirma,
sin duda que es la verdad.
DUQUE. ¿También tú, Otavio?
OTAVIO. Razón.
DUQUE. ¡Calla! ¡Todos contra mí!
En toda mi vida vi
selva de más confusión (1).

(*Vanse el* DUQUE, OTÓN *y* OTAVIO, *y salen* FELIPE, CARLOS *y* LEONELO.)

FELIPE.

¡Qué bien muestran las flores,
que a Flora deben sus matices, diosa (2)
Venus de sus amores,
más casta y más divina y más hermosa,
Minerva más discreta,
Palas más fuerte, Juno más perfeta!

---

(1) A: "Oh, qué bueno va demás."

(1) B abrevia este pasaje en la forma siguiente:

"de que Fadrique lo dijo.
DUQUE. ¡Buen testigo!
(*Sale* OTAVIO.)
OTÓN. Yo quisiera
hablarte a solas.
DUQUE. Otón,
no llegarás a ocasión,
en que más gusto tuviera.
¿Qué es lo que me quieres? Di.
OTÓN. Decirte, Duque y señor,
ques aqueste embajador
Filipo, en Milán le vi.
DUQUE. ¿También tú, Otón?
OTÓN. Es razón.
DUQUE. ¡Callad: todos contra mí!
¡En toda mi vida vi
selva de más confusión!"

(2) C amplifica el principio de esta escena así:

"No en vano ofrece el viento
fragancia en variedad de flores bellas,
a donde el pensamiento
loco se pierde divertido en ellas;
si Flora con instinto,
el artífice es del laberinto,
el sol desde su esfera
mil rayos de amorosa luz invia,
y cuando reberbera,
parece el campo un sol de argentería,
aunque teñido pierde
el rojo esmalte en la cenefa verde;
en hebras esparcidos
los dorados cabellos hermosea
en su verdor teñidos
cuando fragante el vaso de Amaltea
le ofrece por guirnalda
baños de luz en copia de esmeralda,
que bien muestran las flores."

B: "Que bien muestran las flores
que a Flora ven de sus matices diosa."

FLORA.

Poco Flora te debe,
aunque tantos favores oye Flora;
pues a ofender se atreve
lo que su nombre ensalza, ¿quién lo ignora?
Y mal el nombre (1) abona
quien presente no estima la persona.
Ya de mí habéis oído (2)
quién es Flora y que yo Celia me llamo.

FELIPE.

Culpa no, error ha sido.
Que ni a Celia desprecio (3) ni la infamo,
que la fama amorosa
me dijo Flora es la más hermosa (4).

CELIA.

No dudo que sería
verdad lo que la fama ha publicado;
pero es gran grosería
haberlo en mi presencia confirmado;
mas un hombre tan necio,
por decir un favor dirá un desprecio (5).

FELIPE.

Señora, no creía (6)
quién eres, y entendí que verdad era
lo que el Duque decía.

CELIA.

Quien engañado engaña, ¿por qué espera
sino mayor engaño?

(1) B: "el hombre".
(2) B: "Ya de mí habéis sabido." A': "Y de mí habéis oído."
(3) B: "que ni Aulia desprecio".
(4) B: "me dijo que Flora es la más hermosa".
(5) C amplifica el pasaje como sigue:

"Haberlo en mi presencia confirmado,
y tales caballeros,
con damas, suelen ser menos groseros.
Aprended cortesía
para venir a hablar entre las damas.
¡Bueno, por vida mía,
por cortesanos merecéis mil famas,
mas un hombre tan necio
por decir un favor dirá un desprecio;
úsase en vuestra tierra.

FLORA. Con justa causa Flora se ha enojado.
FILIPO. Quien engañado yerra
en el engaño la disculpa ha hallado.
Dijéronme que Flora...
CELIA. Yo no dije quién era antes de ahora.
FILIPO. Señora, no creía..."

(6) B: "Señora, no entendía."

FELIPE.

(Ya yo estoy descubierto.
¿Qué haré, Carlos?)

CARLOS.

(Señor, decir tu nombre
tengo por lo más cierto.)

FELIPE.

(¿Quién hay que de mis penas no se asombre?
Si me descubro ahora,
el Duque me ha de hacer casar con Flora (1).
Ya de quien soy he visto el desengaño.
Flora es a quien, ajeno (2),
aun con el pensamiento me he inclinado
de confusiones lleno.
Antes a Celia le daré mi estado,
que con Flora me case).

(*Salen el* DUQUE, OTÓN *y* OTAVIO.)

DUQUE.

(¿Que tal engaño entre los nobles pase?
Ya creo que es Felipo,
y de su fingimiento estoy quejoso,
y [a] hacerle me anticipo
otro engaño no menos injurioso;
vengaréme con esto.)

OTÓN.

(Ya sabes que a tu gusto estoy dispuesto.)

DUQUE.

(Diré que esta villana
rústica, vil, de tan humilde estado,
del pescador hermana,
se me quejó de que la había robado,
y que es como la pinta,
muy noble, y con el nombre de Jacinta.)

FLORA.

(Mira qué pensativo,
con tus razones, Celia, le has dejado.)

FELIPE.

(Sin mí, conmigo vivo) (3).

DUQUE.

(A ejecutarlo estoy determinado.)

(1) Los seis versos últimos no constan en B.
(2) B: "Y es Flora a quien ajeno."
(3) B: "Sin mí y conmigo vivo."

Felipe.

Besarte los pies deja (1).

Duque.

De vos, Embajador, tengo una queja.

Felipe.

Agora se declara.

Carlos.

Pues quéjate tú antes.

Duque.

¿Quién hiciera,
o quién lo imaginara,
que en pecho tan leal traición cupiera? (2)
¿Tal maldad, tal engaño,
sin propio bien y con ajeno daño? (3)

---

(1) Este pasaje lo amplifica C en esta forma:

"Otón. ¿Y qué consigues de esto?
Duque. Si él vino con intento de engañarme,
el mío verás presto,
y saco, por lo menos, el vengarme.
Otón. Ella es venganza extraña.
Duque. Que se engañe es muy justo quien lo enga-[ña.
Flora. (Mira qué pensativo
con tus razones, Celia, le has dejado.)
Filipo. (Sin mí y conmigo vivo.)
Duque. (A ejecutarlo estoy determinado.)
Bella Flora, hija mía,
de mis ojos la luz y la alegría.
Filipo. Mira cómo pretende
vengarse el Duque, pues que Flora llama
a Celia. Mal entiende
engañarme, si a Celia sólo ama
el alma que desea
ser suya o ya sea Flora o Celia sea.
Celia. ¿Qué hemos de hacer, señora,
pues como a Flora el Duque a ti te habla?
Flora. Responde como Flora,
yo callaré, que ansí mejor se entabla.
Celia. Deje a Flora, señor, vuestra excelencia
y mire que está el Conde en su presencia.
Duque. ¿Otón?
Otón. ¿Señor?
Duque. Sin duda
con el mal está Flora y me responde
Celia.
Otón. ¡Qué bien te ayuda!
Duque. Ahora empieza mi enojo con el Conde.
Filipo. Besar tus pies deja..."

(2) B: "que en pecho noble tal traición enfiera".

(3) C intercala aquí los versos siguientes:

"sin propio bien y con ajeno daño.
¿Y es hazaña más noble
el engañarme á mí a quien lo hiciera
decir con trato doble

Felipe.

Yo soy Felipe, cierto,
que como Embajador del padre mío
vine a aqueste concierto.

Duque.

Ya lo sé, y de tu nombre desconfío.
¡Una tan gran bajeza,
que escurece tu fama y tu nobleza!

Felipe.

Si mi nombres sabías,
¿por qué con tal engaño me tratabas?

Duque.

¿Aún en eso porfías?
Mas, ¿por qué tú a una dama la sacabas (1)
de su casa? ¿Es ufana

---

que Celia Flora, y Flora Celia era?
Duque. Con engaños pretendes
disculparte y con ellos te defiendes;
pues no podrás.
Filipo. ¿Qué engaño
puede haber, si ella misma lo confiesa?
Flora. (Ya llegó el desengaño.)
Celia. (Aquí nuestra invención y enredo cesa.)
¿Yo pretendí engañarte?
¿Cómo? ¿Por qué? ¿Con quién? ¿Dónde?
Filipo. A Celia me ofreciste [¿en qué parte?
cuando trataba Otón mi casamiento.
¿Por qué a Celia me diste?
Duque. ¿Yo a Celia? ¿Hay más confuso pensa-
Esta es mi hija y ésta Flora. [miento?
Filipo. De nuevo vuelves a engañarme ahora.
Duque. Habla, Flora, responde
cómo eres Flora y eres hija mía.
Flora. ¿Pues ya no sabe el Conde
quién soy?
Filipo. Sé que eres
Celia.
Duque. Y aún porfía.
Otón, ¿ya hay más locura?
Filipo. Tu error con lo que mata me asegura.
Yo soy Filipo cierto,
que como embajador del padre mío
vine a aqueste concierto.
Duque. Ya lo sé, y de tu nombre desconfío
una tan gran bajeza
que escurece tu fama y tu nobleza.
Filipo. Si mi nombre sabías,
¿por qué con tal engaño me tratabas?
Duque. ¿Aún, enojo, porfías?
¿Mas por qué tú a una dama la sacabas
de su casa? ¿Es ufana
acción traerla en traje de villana?"

(1) B: "si a casarte venías,
¿por qué a una dama noble la sacabas?"

acción traerla en traje de villana? (1)
Ella es hermosa dama,
principal, rica, noble y virtuosa,
y Jacinta se llama.

FELIPE.

¿Jacinta aquí conmigo? ¿Quién vió cosa
más cruel? ¿Más tirana?
¿Jacinta aquí, y en traje de villana?
Carlos, Carlos, Leonelo,
¿vistes si con nosotros ha venido
Jacinta a aqueste suelo?

CARLOS.

Si oculta de nosotros la has traído,
¿para qué lo preguntas?

FELIPE.

¿Quién en el mundo vió más penas juntas?
¿Yo a Jacinta, vestida
de villana, la tengo aquí conmigo?
No la vi ansí en mi vida;
el cielo sea juez, aquí testigo (2).

CARLOS.

¿Y el Duque adivinaba
quién era, y que Jacinta se llamaba? (3)

FELIPE.

Señor, aquesa dama,
es verdad que tan noble, caso extraño,
que Jacinta se llama;
que la quise es verdad; pero es engaño
decir que la he traído.
¡Mirad a lo que ya se ha persuadido! (1)

(*Sale* JACINTA.)

JACINTA. Si siempre ha hallado piedad (2)
quien en los nobles la busca;
yo vengo a decir verdades.
FELIPE. (Esta es Jacinta, sin duda.)
Jacinta mía, ¿qué tiempo,
qué miserable fortuna
tus cortesanos adornos
en rústicas ropas muda?
JACINTA. (Felipe es éste. ¡Ay de mí!
¿Qué haré? Mas ya me asegura
el engaño de Fadrique
que mejor me disimula) (3).
FELIPE. Si de tu rigor, Jacinta,
pretendes hallar disculpas
viniendo a buscarme ansí,
mi vida y alma son tuyas.
JACINTA. ¡Qué Jacinta, o qué no nada!
¡Arre allá!
FELIPE. ¿Qué? ¿A quien procura
tu vida, así le desprecias?
DUQUE. El se lo creyó, sin duda.
OTÓN. Aquí verás si es verdad,
señor, lo que te aseguran
Celia y Flora; esta es Jacinta.
DUQUE. ¿También das en sus locuras?
FELIPE. Jacinta, Jacinta eres;
no es tiempo de que te encubras,
y si tú al Duque lo has dicho,
¿para qué lo disimulas? (4)
CARLOS. Jacinta, ¿por qué te escondes?
LEONELO. Jacinta, ¿es bien que te encubras?
DUQUE. Todos lo confirman.
JACINTA. ¿Todos?

---

(1) C añade los siguientes versos:

"Ella se me ha quejado
diciéndome que tú Filipo eras
y que la has engañado.
FILIPO. Cuando con eso disculparte quieras
ha de ser sin provecho,
que yo estoy de mí mismo satisfecho.
DUQUE. Ella es hermosa dama..."

(2) C: "el cielo, siempre juez, aquí es testigo".

(3) Los seis versos últimos faltan en B. En cambio C añade lo siguiente:

"¡Oh, qué bien he vengado
el engaño que hacerme pretendía!
FLORA. Linda ocasión he hallado,
Celia, para seguir la invención mía.
CELIA. Apriétale tú ahora,
ni como Celia bien, ni como Flora.
FLORA. Pues viniendo a casarte
con Flora, ¿otra mujer traes a sus ojos?
CELIA. ¿En qué puedes fundarte,
trayendo a Flora, di, tantos enojos?
DUQUE. De Flora el pensamiento
ofendido o ayudado nuestro intento.
FILIPO. Señor, aquesa dama..."

(1) B: "En mayor confusión estoy metido!"

(2) B: "he hallado piedad". Los dos versos siguientes faltan en B.

(3) Los dos versos últimos faltan en B.

(4) C añade estos versos:

"El por ti me ha dado quejas
de que ingrato a tu hermosura,
te desprecio. Esta es mentira;
que tu rigor es la culpa.
Dile cómo no has venido
conmigo; que si me ayudas,
verán Celia, Flora, el Duque
mi intención sencilla y pura."

Pues todos el nombre mudan.
Yo soy Cintia: ¿qué me quieren?

FELIPE. ¿Qué es lo que, ingrata, procuras
callando tu mismo nombre?

DUQUE. ¿Quién vió selva más confusa? (1)

FLORA. Dama en villana fingida,
¿por qué aquestas selvas turbas,
llenándolas con engaños
de confusiones y dudas?
Si piensas que con aqueso
tu facilidad disculpas,
cuando por aquestos campos,
liviana a los hombres buscas,
engáñaste, que ya saben
quién eres tú.

JACINTA. Dama mustia (2),
no busco los hombres yo;
mas, ¿quién tendrá más disculpa?
¿quién los encubre en su casa,
o quien dicen que los busca?

(*Vase* JACINTA.)

FELIPE. ¡Aguarda, Jacinta, aguarda!
¡Escucha, Jacinta, escucha! (3)
Aunque te vistas de viento,
aunque te calces de pluma,
te seguiré, ingrata Dafne,
que entre la verde espesura
de aquesta selva te escondes
y entre sus matas te ocultas (1).
¡Síguela, Carlos! ¡Leonelo,
tenla! ¡Jacinta, no huyas!
¿Por qué, señor, me detienes?
¿Por qué mi intento perturbas?

(*Entranse los criados y tiene el* DUQUE *a* FELIPE.)

DUQUE. Aguarda, Felipe, oye:
yo quise hacerte esta burla
por la que tú me habías hecho
de callar tu nombre.

FELIPE. Excusa
el detenerme, que voy
ciego tras tanta hermosura (2).

(*Vase.*)

---

(1) Los ocho versos últimos faltan en B.
(2) C añade:

"JACINTA. Pues dama mustia,
vivo bote en quien se ponen
por defuera las unturas,
¿por qué se mete conmigo
con esa cara de luna,
en menguante si la lavan
y en creciente si la untan?
Miren el crespo copete
de trasplantada pelusa
que está allí como nacido.
La conciencia la disculpa,
pues el encubrir las calvas
diz que es temer las censuras,
porque ya a las calvinistas
concilios las descomulgan;
del Gran Turco diz que tienen
otras lo que les relumbra;
mas ella tiene del moro
Albayaldes la blancura."

(3) Desde aquí hasta la acotación "*Sale* MARCIAL", falta en B.

---

(1) C: "de aquestas selvas te escondes
y entre sus matas te ocultas".

(2) C vuelve a amplificar el pasaje en esta forma:

"FILIPO. Plegue al cielo que algún árbol
detenga la veloz fuga.

DUQUE. Que no es Jacinta.

FILIPO. Sí es,
o la natural pintura
en estampa duplicada
hizo dos formas en una.
¿Ella no te lo había dicho?

DUQUE. No había dicho.

FLORA. ¿Qué procuras
con decir que no es Jacinta?

OTAVIO. Todos, señor, lo asiguran.

CELIA. ¿Por qué, señor, se lo niegas?

DUQUE. ¿Otra?

OTÓN. Con eso le ayudas
a volver loco.

DUQUE. O lo están
todos o yo.

FLORA. Escucha, escucha,
Jacinta. ¡Arboles, poneos
delante! ¡Cortezas rudas,
cerralda el paso. ¡Servid
de estorbos, mirtos y juncias!
¿Cómo de áspides no silban
vuestras espinas agudas?
Resbilde de pomos, rosas
llamalda con hermosura.
Bella Dafne destos campos,
con el amor disimulas
los defectos de un amante
si te llama y no te alumbra.
Si dices que yo te truje
robada, mal asiguras
con tu fuga tu verdad,
mi delito con tu injuria.
Aguarda, Jacinta, espera,
que si las alas me ayudan
del fuego que está en el pecho

DUQUE. ¡Basta! El se lo creyó;
pegósele la locura.
¿Qué hechizos, cielos, son éstos?
CELIA. ¿Quédate ya alguna duda
de que es Jacinta?
FLORA. ¿Pues cuándo
el Duque tuvo ninguna?
OTÓN. ¿Quién no cree que ésta es Jacinta?
OTAVIO. ¿Quién niega verdad tan pura?
DUQUE. Tal estoy, que yo no sé
salir de esta enigma oscura.
Ellos me han de hacer creer (1),
según estoy ciego.

(*Sale* MARCIAL.)

MARCIAL. Acuda
vueselencia, si no quiere (2)
ver la mayor desventura.
Fadrique, con la porfía...
DUQUE. ¿Qué Fadrique?
FLORA. ¿Aqueso dudas?
CELIA. ¿A Fadrique desconoces?
DUQUE. ¡Aún me falta esta locura!
¡Villano, viven los cielos,
que si la verdad desnuda
no me dices de quién eres,
qué haces, qué quieres, qué bus-
[cas (3),
quién es Cintia y quién Antón,
que deste acero la punta
ha de ser llave del pecho
que estos engaños oculta!
MARCIAL. Cumplióse mi profecía.
Yo la diré, si me escuchas,
tan desnuda, que una Eva (4)
no haya andado tan desnuda;
más desnuda que un mentís,
de quien nada disimula;
más desnuda que un no quiero
que un avariento pronuncia;
más desnuda que mujer
de tahur, y más que una

---

rayo soy. Jacinta, escucha,
o con mis voces serán
cuanto al mismo cielo suban
los vientos poblada esfera
y estas las selvas confusas."

(1) C: "Ellos me lo harán creer."
(2) B: "acudan, pues, si no quieren".
(3) B: "qué haces aquí y qué buscas".
(4) A: "una alba".

dama, hija de familia (1);
mira si es desnudez suma.
DUQUE. ¡Dilo, acaba!
MARCIAL. Pues detenga
esa llave, que se excusa (2),
para un arca cuando guardas
no tiene la cerradura.
Este, que aquí es jardinero,
es Fadrique, esto es sin duda,
porque huyendo (3) de su hermano,
que matarle un día procura,
desnudo se arrojó al agua,
y tan felizmente (4) surca,
que a aquesta orilla salió.
Jacinta es la que le busca
como Cintia. Yo, Marcial,
aunque Tirso me presumas.
Esta es la verdad, señor,
tersa, clara, limpia y pura.
Y pues en un cuero está (5),
claro está que está desnuda.
Lo que yo vengo a decirte
es, señor, que al punto acudas
a Fadrique, porque está
loco.
FLORA. ¿Hay mayor desventura?
MARCIAL. Como Cintia le negó (6)
quién era con tanta furia,
y tú se lo confirmabas,
ha dado en esta locura
de decir que es pescador,
y que todos dél se burlan
si le dicen que es Fadrique.
CELIA. ¡Gran lástima!
FLORA. ¡Suerte injusta!

DUQUE.

Otón, ¿qué es lo que veo?
¡En este punto mi deshonra creo! (7)
Fadrique está fingido
en mi casa, y de Flora conocido,
y en la presencia mía
favores por instantes le decía.
Y la infame villana,

---

(1) B y C: "familias".
(2) B: "que me escucha".
(3) B: "viendo".
(4) A: "fácilmente".
(5) B: "Y pues en querer hay está."
(6) B: "DUQUE. Como Jacinta negó."
(7) B: "mis desdichas creo".

dama de aquel que la llamaba hermana,
me dice: "¿Aquesto pasa,
que los hombres encubre Flora en casa?"
Impórtale a mi honra
vengar, casando a Flora, esta deshonra.

CELIA.

¿Por qué te has enojado? (1)
Porque Fadrique en nada te ha engañado.
Luego su nombre dijo
y el de Jacinta a voces.

DUQUE.

¡Yo me aflijo
con causa, Celia fiera! (2)
Cuando tú le dijiste que fingiera,
¿por qué no me decías (3) quién era? Esto me [aflige.

CELIA.

Yo que fingiera nunca se lo dije,
Que cuando le buscaba,
él ya contigo descubierto estaba (4).

DUQUE.

¡Mía fué la locura!

OTÓN.

Remedia tu sospecha con cordura;
que al sabio más le agrada
el consejo, señor, que no la espada.

DUQUE.

¡Casarélo con Flora!

OTÓN.

Véngate luego, y disimula ahora.

(*Sale* FADRIQUE, *solo.*)

FADRIQUE.

Villano es bien me vea,
pues quieren todos que villano sea.
Mi venganza es razón que así publique:
Antón, villano soy, no quiero ser Fadrique (5).
Mas, ¿qué fortuna alcanza
a costa de su daño la venganza?

OTÓN.

Allí Fadrique está.

DUQUE.

Yo quiero hablarle
disimulando enojos,
si, lenguas de dolor (1), no hablan los ojos.
¡Fadrique!, que ya puedo
decir tu nombre sin temor ni miedo,
deseoso de verte.

FADRIQUE.

Pues, señor, ¿cómo me hablas desa suerte?
A un rústico villano,
que la espuma produjo en humor cano (2),
hablas desa manera?
Mi humildad, mi bajeza considera.

DUQUE.

Ya no es tiempo, Fadrique, de encubrirte;
que yo tomo a mi cargo
ayudarte y servirte,
y de Felipe ese disgusto largo
le tengo de acabar con amistades.

FADRIQUE.

A cosas imposibles persuades (3):
con tus honras me infamo.
¿Yo Fadrique, señor? Antón me llamo (4).

FLORA.

Pues, Fadrique, ¿qué es eso?

CELIA.

Sin duda que Fadrique perdió el seso.

FADRIQUE.

¿Tirso?

MARCIAL.

Deja, señor, esa porfía.
¿A Marcial no conoces? ¿Por qué quieres
encubrirte, señor?

FADRIQUE.

¿Tirso no eres?
¿En este punto ansí no te llamabas?

MARCIAL.

Era por el peligro en que tú estabas.
Mas ya que el Duque su rigor remedia,
di el nombre; acabaráse la comedia.

---

(1) B: "¿De qué te has enojado?" C: "¿Por qué te has alterado?"
(2) B: "con causa: ah, Celia; ah, fiera!"
(3) B y C: "decía".
(4) Estos dos versos últimos faltan en A.
(5) B: "Antón soy, pues no puedo ser Fadrique."

(1) B y C: "del dolor".
(2) B: "vano". C añade:
"a esta selva arrojado
y de marinas fieras engendrado".
(3) C: "me persuades".
(4) Desde aquí hasta la acotación primera, falta en B.

DUQUE.

Eso le aseguraba
cuando yo las verdades ignoraba,
y pudo la aprensión de mi porfía
tanto, que de sí mismo desconfía.

FLORA.

¡Qué grande desventura!

CELIA.

¡Qué lástima!

OTÓN.

¡Qué pena!

DUQUE.

¡Qué locura!

MARCIAL.

¡Ah, si ya se casaran,
porque tantos enredos se acabaran!

(*Salen* JACINTA, FELIPE, CARLOS *y* LEONELO.)

JACINTA.

¡Diré al Duque quién eres,
y que en su estado disfrazarte quieres! (1)

FELIPE.

Detén, Jacinta, la veloz carrera.

FADRIQUE.

¡Cintia, detente! ¡Aguarda! ¡Espera, espera!

MARCIAL.

A una tienen (2) los dos por dos mujeres.

FLORA.

¿Qué pretendes, Fadrique?

JACINTA.

Antón, ¿qué quieres?

FELIPE.

Celia, déjala ahora.

OTÓN.

¿Adónde vas tan arrogante, Flora?

FLORA.

¿Por qué el valor encubres
en palabras, si en obras se descubre?

CELIA.

Fadrique, ¿por qué niegas
quién eres, cuando a tanta gloria llegas?

(1) Este verso falta en B. En A: "disfrazado".
(2) B: "vienen".

DUQUE.

Fadrique, yo estoy ya desengañado.

JACINTA.

Fadrique, mis desvelos
invención son de amor, de furia y celos.
Señor, la burla baste (1).

FADRIQUE.

Señor, en este instante he despertado.
La merced que me hacías
engendró unas confusas fantasías
de que Fadrique era;
mas si el pecho su origen considera,
yo conozco que fuí Antón, un hombre
de bajo estado y con humilde nombre.

FELIPE.

¡Ay, cielo soberano! (2)
¿Qué veo? ¿No es Fadrique? ¡Hermano, hermano! (3)
Yo a tus plantas rendido
de mi tirano error perdón te pido.
Aquí tienes mi vida, que aunque ella eterna fuera,
hoy en albricias de la tuya diera.

FADRIQUE.

¿Pues para mí, Felipe, humildad tanta?

MARCIAL.

¡Gracias a Dios!

FADRIQUE.

Del suelo te levanta.

FELIPE.

Perdón te pido a aquesas plantas puesto.

MARCIAL.

¡Cásense ya, porque acabemos (4) presto!

FADRIQUE.

¡Dame, hermano, tus brazos!

FELIPE.

Ya de eterna amistad han de ser lazos.

(1) Los tres versos últimos sólo figura en C.
(2) En B falta el pasaje comprendido entre los versos:

"OT. ¿Adónde vas tan arrogante, Flora?
FEL. ¡Ay, cielo soberano!"

(3) B: "¿No es Fadrique el que ves? ¿No es mi hermano?"
(4) B: "alabemos".

DUQUE.

Fadrique, ¿puedo ya, sin que te asombre (1),
darte los brazos y decir tu nombre?

FADRIQUE.

Y por pagar, señor, lo que te debo,
para pedir a Flora no me atrevo.

FELIPE.

Y pues Fadrique tan dichoso ha sido,
a Celia por mujer, señor, te pido.

DUQUE.

Yo las doy a las dos.

MARCIAL.

¡Cásense presto!

FADRIQUE.

Humillado a tus pies.

FELIPE.

A tus pies puesto.
¿No es Celia?

FADRIQUE.

Flora es.

MARCIAL.

¿No están casados?
¡Aún no están los enredos acabados!

(1) A: "porque te asombre".

Aquesto ha merecido
el amor con que siempre te he seguido,
y para esperar esto
los peligros han sido en que me he puesto (1).

FADRIQUE.

Si yo a Flora he pedido
ha sido por mostrarme agradecido
con Flora y con mi hermano:
doile a Flora a Felipe, a ti la mano.

FELIPE.

Aunque me venza ahora,
mía será Jacinta, y tuya Flora.

DUQUE.

Mejor será, casados (2),
dividir en los dos los dos estados:
Felipe de Milán es heredero,
y si a Jacinta adora,
case con ella, y con Fadrique Flora,
que es la que a Mantua hereda.

MARCIAL.

Porque casados acabar se pueda
la confusión que en esta selva ha habido,
de cuyos yerros el perdón os pido (3).

(1) Los cuatro versos anteriores faltan en B.
(2) B: "Cuánto es mejor casados."
(3) En B el último verso lo dice Fadrique.

COMEDIA FAMOSA (1)

DEL

SEMBRAR EN BUENA TIERRA (2)

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES (3)

DON FÉLIX, *galán* (4).
DOÑA ANA, *dama*.
Su hermana.
FLORENCIO, *galán*.
GALINDO, *lacayo*.
DON ALONSO, *galán*.
LISARDO, *su amigo*.
CELIA, *dama*.
ELENA, *su criada*.
DOÑA PRUDENCIA, *dama*.
INÉS, *su criada*.
FELINO (5), PEDRO, ANTONIO, *criados*.
GONZALO, LISEO, FIDELIO, *criados*.
Un ALGUACIL.
Un ESCRIBANO.
OCTAVIO, *mercader*.

ACTO PRIMERO

(FLORENCIO (6), DON FÉLIX, GALINDO, *lacayo*.)

FLOREN. Por lo menos soy de quien
vuestra voluntad se fía.
FÉLIX. No puede un hombre sin guía
portarse en la corte bien.
FLOREN. Es luz en cosas de amor
el propio al que es forastero (7),
como suele al caballero (1)
prevenir el cazador.
Sólo quisiera que fuera
vuestra condición de modo
que lo quisiérades todo,
y el alma libre estuviera;
que parar en una parte
y asistir de noche y día,
lo llaman cuitadería,
estos que entienden del arte;
que fuera de lo que gana
en no estar jamás rendido,
es estimado y querido

[*Autógrafo, fol. 1 v.*]

de Inés, de Leonor, de Juana,
de Francisca y de Isabel,
si juntas las dice amores,
pues de saber sus favores,
todas tienen celos dél;
que viendo querido a un hombre
de tantas, pensar es justo
que es único (2) de su gusto.
FÉLIX. Líbreme Dios de tal nombre (3).
GALINDO. La verdad, Florencio, siente
que los que por vino van,

(1) A: Manuscrito autógrafo de British Museum, Egerton, 547; B: Parte X, Madrid, 1618.
(2) El ms. añade: "En Madrid, de 6 de Enero de 1616."
"Comedia deste año 1616."
(3) Damos el reparto según el impreso. El ms. de Lope da el reparto en cada acto. El del acto primero dice:

"PERSONAS DEL PRIMERO ACTO:

DON FÉLIX, Ortiz.	FABIO, Plaza.
FLORENCIO, Benito.	FELINO, Ramos.
DOÑA PRUDENCIA, Eugenia.	DON ALONSO, Valdivieso
GALINDO, *criado*, Sánchez.	LISARDO, Herrera.
INÉS,	LISEO, Escruela.
CELIA, Lucía.	FIDELIO, ¿Un viejo?"
ELENA,	

(4) En el original siempre "Felis".
(5) B: FILENO.
(6) B: ("*Salgan* FLORENCIO.")
(7) B: "extranjero".

(1) B: "el caballero".
(2) B: "un nido".
(3) B: "hombre".

nunca su dinero dan
adonde ven poca gente;
con la prisa (1), los mejores
se suelen adivinar,
por eso se ha de comprar
adonde hay más bebedores.
De que podrás entender,
si todas juntas las quieres,
que donde ve más mujeres
más quiere cualquier mujer.

FÉLIX. Pues yo saco un argumento
contra vuestra conclusión.

FLOREN. Será frívola objeción
y de ningún fundamento.

FÉLIX. ¿Cómo es el gusto mejor?
¿Con el amor o sin él?

FLOREN. Bien claro está que con él.

[*Autógrafo, fol. 2.*]

FÉLIX. Ya confesáis la mayor.
El amor que es repartido,
no es amor; luego menor
será el gusto sin amor,
pues va en partes dividido.

FLOREN. ¡Qué grosera sutileza!

FÉLIX. O conceder o negar.

FLOREN. Si por tanto variar
es bella naturaleza,
necio quien pierde ocasión
y quiere un gusto estantío,
donde come con hastío
siempre una misma afición.
Si te diesen cada día
una perdiz a comer,
que no hay más que encarecer
en lo que es volatería,
¿vendrías a desear
un poco de vaca?

FÉLIX. Sí;
pero el amor sabe allí
mil maneras de guisar.
Y por abreviar distancias
cree de ejemplos ajenos,
que es la perdiz lo de menos (2),
según son las circunstancias.
Turcos a esos hombres llama,
de tan varios pareceres;

[*Autógrafo, fol. 2 v.*]

que hombre de muchas mujeres
es un venado en la brama.

FLOREN. Todo aqueso se dirige
a un pensamiento moral:
que amor, cuando es natural,
por ninguna ley se rige.
Y yo tengo para mí
que nacen tus argumentos
de que ya tus pensamientos
tienen su centro.

FÉLIX. Es así.
Yo he venido a este lugar
desde Lima, ya lo sabes.

FLOREN. Plegue a Dios que en él te acabes
de limar y de enseñar.

GALINDO. De limar di, solamente,
que limas sordas de coro
le sabrán limar el oro
de las Indias de Occidente.

FÉLIX. Trújome la pretensión
de un hábito; el padre mío
sintió mi largo desvío
con paternal afición;
apriétame que me vuelva,
y jura no me enviar
dineros, y, aunque quedar
sin su favor me resuelva,
no pienso salir de aquí

[*Autógrafo, fol. 3.*]

sin llevar lo que deseo.

FLOREN. El hábito que yo veo
es naturaleza en ti.
Doña Prudencia es agora (1)
la cruz de tu pretensión.

FÉLIX. ¿Son éstas sus rejas?

FLOREN. Son.

FÉLIX. ¡Oh, cárcel que el alma adora!

GALINDO. Bien dijo cárcel, que aquí
está el amor por alcaide,
el desdén, por sotalcaide,
que siempre (2) al entrar le vi;
es la obligación grillero,
sus ojos el alguacil,
y con su vista sutil,
son los celos el portero;
es la sala la asistencia;
jueces, todo el lugar;
relator, el murmurar;
aunque esto pasa en ausencia,

(1) B: "priesa".
(2) B: "que la perdiz es lo menos".

(1) B: "aora".
(2) B: "y siempre".

escribano (1), la memoria;
procurador, el dinero;
que sin él no hay prisionero
que salga con la vitoria.

(Doña Prudencia y Inés.) (2)

PRUDEN. ¿Vino el coche?
INÉS. Gómez fué
a esperarle.
PRUDEN. ¡Qué cuidado! (3)
¿No hallastis (4) otro criado
que menos pesado esté?
FÉLIX. Si coche esperáis, señora,
el sol quisiera yo ser,

[*Autógrafo, fol. 3 v.*]

no por sólo amanecer
en vuestra (5) rosada aurora,
mas por prestaros el carro
más seguro que a Faetón.
PRUDEN. Basta; que en toda ocasión
venís, don Félix, bizarro.
Agradézcos (6) el deseo
de suplir la falta mía,
¡poética cortesía!
FÉLIX. Mil años ha que no os veo.
PRUDEN. ¡Qué buena estuviera yo,
si dijérades verdades!
FÉLIX. Yo cuento la voluntad
siempre por siglos.
PRUDEN. Yo no.
FÉLIX. Un instante, un hora es;
un hora, un día; y un día,
una semana, y porfía
amor que se cuenta un mes.
Un mes es mayor que un año,
y a este paso...
PRUDEN. No paséis
adelante, que daréis
en el mayor desengaño:
que dicen que es el mayor
la brevedad de la vida.
FÉLIX. No os tengáis por ofendida
de la cuenta de mi amor.
¿Adónde vais?

(1) B: "escrivinano".
(2) B: ("*Salgan* doña Prudencia y Inés.")
(3) B: "cuydodo".
(4) B: "hallastes".
(5) B: "vuestro".
(6) B: "agradézcoos".

PRUDEN. Ir quería (1)
al Prado.
FÉLIX. A serlo de flores,

[*Autógrafo, fol. 4.*]

Prudencia, cuánto mejores
en vos el cielo las cría.
PRUDEN. ¿Ya volvéis a ser poeta?
¡Qué cosa tan enfadosa,
clavel, jazmín, oro y rosa
para una mujer discreta!
A los tales se concede,
porque no tienen qué dar,
poder desa suerte hablar:
la pluma da lo (2) que puede.
Pero un caballero indiano...
GALINDO. Encajó la fullería.
FLOREN. ¿Eso te espanta?
GALINDO. Podría.
FLOREN. Eres necio.
GALINDO. ¿Cómo?
FLOREN. Es llano:
dos cosas no han de espantar
sin dar en bisoñería:
que el que juega cada día
tenga siempre que jugar;
y que sepa una mujer
cómo ha de sacar dinero.
GALINDO. ¿En qué fundas lo postrero?
FLOREN. En que no es mucho aprender
sola una cosa, pues ellas
no saben más de engañar,
y si dan en estudiar,
desde que nacen doncellas
hasta que mueren sin don,
esta ciencia o este vicio

[*Autógrafo, fol. 4 v.*]

y tienen tanto ejercicio,
¿sabránla con perfección?
GALINDO. ¡Oh, qué verdad! ¡Vive Dios,
que ha llegado nuestra edad
a ser ya gentilidad.
FLOREN. Oye, pues hablan los dos.
No ofendiendo la virtud
de tantas mujeres buenas,
en que están mil casas llenas,
que no es la menor salud,
digo, que ya las mujeres
no aman hijos ni maridos.
GALINDO. ¿Pues a quién?

(1) B: "querría".
(2) B: "de lo".

FLOREN. A sus vestidos.
GALINDO. Bien dices; discreto eres.
FLOREN. Antiguamente querían
su marido y hijos; ya (1)
sólo en sus galas está
el amor que los (2) tenían.
Han llegado ya los trajes
a ser destruición del mundo.
GALINDO. ¿El se acaba?
FLOREN. Yo me fundo
en ver tan varios linajes
de colores diferentes;
tan extrañas guarniciones,
que da risa a mil naciones
que llaman bárbaras gentes;
a los que en vestir gastamos
el oro que con sudor
gana el grande y el menor,

[*Autógrafo, fol. 5.*]

con que mil veces dejamos
a nuestros hijos perdidos
y hacemos dos mil bajezas.
GALINDO. Si ese capítulo empiezas,
pondránte con los pudridos (3).
Verdad es que oí contar
que los segovianos paños
que hasta en los reinos extraños
se solían estimar,
desafiarse querían
con estos perpetuanes,
porque ya no eran galanes
los que dellos no vestían;
y que estaba aniquilado
el paño negro o colores
que ya de nuestros mayores
fué tanto tiempo estimado.
FLOREN. ¿De qué se piensan vestir
de aquí a un año?
GALIN. ¡Yo qué sé!
FÉLIX. Digo que yo lo enviaré.
PRUDEN. Pues yo lo voy a escribir.
¡El cielo os guarde!

(*Váyase.*) (4)

FÉLIX. Si vos
por ángel de guarda estáis.
FLOREN. ¿Qué es lo que los dos tratáis?

(1) B: "su marido y hijos, y ya".
(2) B: "les".
(3) B: "podridos".
(4) En el ms. falta esta acotación.

FÉLIX. Florencio, amarnos los dos.
FLOREN. ¿Y camina a casamiento
este amor?
FÉLIX. Pues claro está.
FLOREN. La cruz negociaste ya.
FÉLIX. Si es pesada no la siento.

[*Autógrafo, fol. 5 v.*]

GALINDO. Cruz de Santiago será:
que es peregrino un casado
en flamenco transformado,
cuando con sus hijos va;
de Alcántara, porque (1) tiene
siempre una verde esperanza
de enviudar, cuando no alcanza
lo que a su estado conviene;
el que por dineros deja
de vivir a su placer
y tiene vieja mujer,
es Calatrava la vieja;
de Montesa, si hay sarao,
pues le vuelven montes luego;
y si hay celos, que son fuego,
es de Sant Antón el Tao;
y cuando por el dinero
es público socarrón,
no sé si diga Tusón (2),
pues tray (3) al pecho el carnero.

(INÉS *entre.*) (4)

INÉS. Aqueste papel me ha dado
mi señora.
FÉLIX. Responded,
que al bien de tanta merced
queda mi amor obligado,
y que le pongo obediente
sobre los ojos y boca.
INÉS. Por lo que a mi dueño toca,
ya sé que sois diligente,
¿pero qué diré de mí?

[*Autógrafo, fol. 6.*]

FÉLIX. Que os daré una gala, Inés.
INÉS. Vuestra esclava soy.
FÉLIX. Después
volverá Galindo aquí.

(*Vase.*) (5)

(1) B: "pues que".
(2) B: "el Tusón".
(3) B: trae".
(4) B: ("*Salga* INÉS.")
(5) Falta en A esta acotación, que en B está colocada dos versos después.

FLOREN. ¿Qué te escribe?
FÉLIX. Cierta lista
de un vestido de color.
FLOREN. ¡Notable cambio es amor!
GALINDO. Y aquí paga a letra vista.
FLOREN. ¿Qué dice, por Dios?
FÉLIX. De ti
me guardo.
FLOREN. ¿En eso reparas?
FÉLIX. Dice decisiete (1) varas.
GALINDO. ¿De alguaciles?
FÉLIX. De tabi,
trencillas y pasamanos
gran número.
FLOREN. ¿Si vendrán?
Mas las manos que tal dan,
de largas pasan de manos.
FÉLIX. Pues esto es cosa de risa,
para lo que es un manteo.
GALINDO. ¡Brava dama!
FÉLIX. Siempre veo
salir esta ninfa a misa
con nuevas galas, Florencio.
FLOREN. Es rica y bizarra dama.
FÉLIX. ¿El nombre?
FLOREN. Celia se llama.
Dejó su padre Emerencio,
habrá dos años o tres,
más de treinta mil ducados,
y en ella bien empleados,
pues, fuera de lo que ves,
es la misma discreción

(CELIA, *dama;* ELENA, *criada, y dos escuderos* [LISEO *y* FIDELIO.]) (2)

CELIA. ¡Gallarda estaba Finea!

[*Autógrafo, fol. 6 v.*]

ELENA. No piensa Fabio que es fea.
CELIA. Gentil maridaje son,
por lo diamante y rubí.
ELENA. Bien pintas sus dos colores.
FLOREN. Es de los dotes mejores,
Celia, que hay agora aquí.
FÉLIX. ¿Pues cómo no se ha casado?
FLOREN. Tiene cláusula esta hacienda,
en que a tan hermosa prenda
le da lugar señalado.
Por fuerza se ha de casar
con cierto deudo, o perder
la más parte, que ha de ser
de lo que se ha de fundar
una memoria famosa.
FÉLIX. Y ese deudo ¿dónde está,
que cuidado no le da
mujer tan rica y hermosa?
FLOREN. Pienso que en Flandes. Ya viene.
FÉLIX. Dios les haga bien casados;
que a mí en diversos cuidados
un dulce amor me entretiene.

(*Váyanse.*) (1)

ELENA. Mucho ha reparado en ti
este caballero indiano.
CELIA. Todos reparan en vano,
pues no hay que esperar de mí.
ELENA. Tiene agradable persona;
enfrente de casa vive.
CELIA. Pues a tu tierra lo escribe.

[*Autógrafo, fol. 7.*]

ELENA. ¿Esto te cansa? Perdona.
LISEO. ¿Habrá Elena reparado
en el gasto y la grandeza
deste mozo?
FIDELIO. Su riqueza
es toda (2) un gusto, fundado,
en parecer caballero.
Trátase (3) bien; son testigos
de su gasto (4) sus amigos,
que hay muchos donde hay dinero.
CELIA. Parece que os concertáis.
como si pudiera ser
que yo tuviera poder
de querer lo que alabáis;
quitáronme la elección,
y ha de ser fuerza casarme
con mi primo.

(DON ALONSO, *de camino,* LISARDO *y* FABIO.) (5)

ALONSO. Ni aun quitarme
las espuelas es razón.
LISARDO. Por las señas, ésta es

(1) B: "diez y siete".
(2) B: ("*Salgan* CELIA, *dama, y* ELENA, *y dos escuderos.*")

(1) B: añade ("DON FÉLIX, FLORENCIO *y* GALINDO.")
(2) B: "todo".
(3) B: "tratarse".
(4) B: "sus gastos".
(5) B: ("*Salgan de camino* DON ALONSO, LISARDO *y* FABIO.")

la casa.
ALONSO. Y quien entra en ella
debe de ser Celia bella.
LISARDO. No hay de qué suspenso estés.
Ella es, sin duda.
ALONSO. Ha diez años
que deste lugar salí;
con el alma os conocí,
si no hay en el alma engaños.
Y llego a vuestra presencia
de dos maneras turbado,
por novedad desposado

[*Autógrafo, fol. 7 v.*]

y extraño por tanta ausencia.
CELIA. ¿Es mi primo?
ALONSO. Soy, señora,
quien por mil obligaciones
os ama.
CELIA. Vuestras razones
ni os muestran amante agora,
ni cual decís desposado.
Mis brazos os quiero dar,
por no dudar de pensar
que habéis a Madrid llegado.
ALONSO. En tanto bien es forzoso
que se anegue, como en mar,
el alma.
CELIA. A tanto tardar,
bien debéis el amoroso
término con que llegáis.
Mal estamos deste modo.
Entrad, pues es vuestro todo
cuanto, llegando, miráis.
ALONSO. ¿Traeráse mi ropa aquí?
CELIA. No podré daros posada
hasta que esté desposada.
ALONSO. ¿Pues hay que temer de mí?
CELIA. De vos no, mas pienso yo
que a los dos nos está bien;
que aun hay que temer.
ALONSO. ¿De quién?
CELIA. No sé, pero suele un no
llegar más presto que un sí.
ALONSO. Entrad, y haré que mi gente
aquí cerca me aposente.

[*Autógrafo, fol. 8.*]

CELIA. Creed que lo estáis (1) en mí.

(1) B: "astays".

ALONSO. No hay más bien que desearme.

(*Entrese.*) (1)

LISARDO. ¡Bizarra dama, señor!
ALONSO. Aquí se acaba el temor
que he tenido de casarme.
Adonde nos apeamos
pueden la ropa traer.
FABIO. ¿Tan poco el tiempo ha de ser?
ALONSO. Pero esperad. Juntos vamos,
que quiero mudar de traje.
FABIO. ¿Qué mandas que se prevenga?
ALONSO. Haz, Fabio, que luego venga (2)
a saber la casa un paje.
¡Ay, Lisardo, que belleza!
LISARDO. Por cierto, con gran razón
tu dicha estimas.
ALONSO. No son
la sangre ni la riqueza
iguales a la (3) hermosura;
pero temo algún azar,
que hace punto en el pesar
la línea (4) de la ventura.

(PRUDENCIA *entre.*) (5)

PRUDEN. Dame, Inés, esos papeles.
INÉS. Bien te puedes alabar,
que tienes que despachar.
PRUDEN. Di las locuras que sueles;
y advierte que una mujer,
que de sí presume un poco,
güelga (6) de escuchar un loco,
INÉS. Sí, pero puedes hacer

[*Autógrafo, fol. 8 v.*]

de tantos un espital (7).
PRUDEN. ¿Qué quieres? Juego (8) y amor
han llegado a gran primor.
Este no comienza mal.

(*Lea.*)

"Envío a vuestra merced esa banda de oro por hacella de mi banda."

(1) B: ("*Entranse* CELIA *y* ELENA, *queden* DON ALONSO, LISARDO *y* FABIO.")
(2) "Señora, que luego venga."
(3) B: "con la".
(4) B: "raya".
(5) B. ("*Váyanse y salga* DOÑA PRUDENCIA *y* INÉS.")
(6) B: "gusta".
(7) B: "hospital".
(8) B: "fuego".

INÉS. Si comienza por envío,
¿cómo no ha de ser discreto?
PRUDEN. Que éstos lo son te prometo,
y de los demás me río.
Veamos éste.
INÉS. ¿Quién es?
PRUDEN. Pienso que es Riselo.
INÉS. Di.

(*Lea.*)

PRUDEN. "*Ayer hace un mes que os vi.*"
La fecha le falta al mes:
Este me debe de amar
por meses, y hase cumplido.
INÉS. ¿Rompes?
PRUDEN. No, que le he rompido (1).
Este puedes escuchar.

(*Lea.*)

"*Desde la cuna parece que nací con inclinación de quereros.*"

PRUDEN. No leo más, que cosas tales
no se merecen leer.
INÉS. ¿Por qué razón?
PRUDEN. Por no ver
este amador (2) con pañales.
¿No ves que desde la cuna
dice que me quiere bien?
¡Oh, cuántos hombres se ven,
de baja o alta fortuna,
que se burlan y hacen risa

[*Autógrafo, fol. 9.*]

de los que en público escriben,
y cuando ellos se aperciben,
sea de espacio u de prisa (3),
a escribir sólo un ringlón (4),
sale (5) con más necedades
que letras!
INÉS. Son calidades
de ignorancia y presunción.
PRUDEN. ¿Qué gente es ésa que enfrente
se apea de nuestra casa?
INÉS. Un don Alonso se pasa
a esa casa con la gente (6),
según me dijo un criado;
primo y aun novio de aquella
que sueles cansarte de ella.
PRUDEN. ¿Es este el primo soldado
que de Flandes esperaba?
INÉS. El mismo.
PRUDEN. ¿Que ya llegó?
INÉS. Ya llegó.
PRUDEN. Con razón yo
de esa (1) mujer me enfadaba.
Préciase de competir
conmigo y aun de hablar mal.
INÉS. ¿Mal?
PRUDEN. Muy mal.
INÉS. No digas tal,
que no puedo presumir
eso de su entendimiento.
PRUDEN. ¡Qué entendimiento, inorante! (2).
INÉS. ¿Quiéresla mal?
PRUDEN. No te espante,
que por todo extremo siento
verla en la iglesia tan vana,

[*Autógrafo, fol. 9 v.*]

con dos o tres amiguillas,
fisgar de mis lechuguillas,
cubrirse y reír sin gana.
Los puños que ayer llevé,
dijo que celos tenían.
INÉS. ¿Por lo azul le enfadarían
que en el almidón eché? (3).
PRUDEN. Pues, Inés, como pudiese,
yo le daría un pesar.
INÉS. Agora tienes lugar:
si este su novio te viese...
PRUDEN. ¿Podréle hablar?
INÉS. Yo me ofrezco
a traértele.
PRUDEN. Ha de ser
con disculpa.
INÉS. A no tener
causa, ¿qué premio merezco?
PRUDEN. Pues ¿qué dirás?
INÉ. Que has sabido
que se casa, y que le quieres
vender unas joyas (4).
PRUDEN. ¡Eres

---

(1) B: "¿Le rompes? PR. No; que le he rompido."
(2) B: "amante".
(3) B: "sea despacio, o sea de prisa".
(4) B: "renglón".
(5) B: "salen".
(6) B: "con su gente".

(1) B: "desta".
(2) B: "ignorante."
(3) B: "en el almidón lo eché".
(4) B: "una joya".

un águila!
INÉS. De tu nido.
PRUDEN. Parte.
INÉS. Voy.

(*Váyase y entren* DON FÉLIX, GALINDO *y* FLORENCIO.) (1)

FÉLIX. Si me he tardado,
perdona, Galindo, trae
lo que por aquel papel
me mandaste que comprase.

(FELINO, *criado.*) (2)

PRUDEN. ¿Fileno?
FILENO. ¡Señora!
PRUDEN. Toma
esos recados (3).
FÉLIX. Honraste,
señora, mi pensamiento (4)
con el gusto de mandarme;

[*Autógrafo, fol. 10.*]

pero no son estas cosas
las que quiero que me mandes.
Amante soy verdadero;
mándame comprar diamantes;
emplea mi voluntad
en lo mejor; no repares
en mis fuerzas (¿si te enojen? (5),
yo tengo fuerzas bastantes),
porque los rayos del sol
me parece cosa fácil
para ofrecerte, y la sola
Fénix que en Arabia nace.
PRUDEN. A lo menos, Félix mío,
que mío puedo (6) llamarte,
pues tan grande amor me tienes,
pues tanta merced me haces,
si diamantes es agora (7)
la prueba de los amantes,
un apretador me venden
que los tiene razonables.
¿Quiéresle ver?
FLOREN. Este sí
que es apretador, bastante
a dar el alma: una bolsa.
PRUDEN. Felino (1), esa caja trae.
GALINDO. Morirá de garrotillo,
porque no hay cosa que acabe
más presto al amor (2), que es niño,
que esto de apretar con dadme.
Ya la traen.
PRUDEN. Veisle aquí (3).

[*Autógrafo, fol. 10 v.*]

FÉLIX. Bueno y nuevo; ¿cuánto vale?
GALINDO. Yo no he visto apretador
que así parezca apretante (4).
¡Dios nos saque deste aprieto!
FLOREN. Temiendo estoy que los pague.
PRUDEN. Quinientos escudos piden.
FÉLIX. Toma, Florencio, estas llaves
y saca esta cantidad
de donde sabes.
FLOREN. ¿Qué haces?
FÉLIX. Esperarte con el oro.
FLOREN. Di mejor desesperarte.
FÉLIX. Esta tarde, ¿dónde iréis?
PRUDEN. No he de salir esta tarde.
FÉLIX. ¿Por qué?
PRUDEN. Por no tener coche;
y siento tanto el faltarme,
que aunque venda cuanto tengo,
no he de estar sin él el martes.
FÉLIX. No es difícil el tenerle (5).
GALINDO. Conforme fuere el comprarle,
que está la corte de coches
como el mar con varias naves.
Hay coches, urcas (6) flamencas,
coches, galeras reales,
coches, naves de alto borde,
coches, pequeños patajes (7),
coches, ingleses baúles,
coches, cófres alemanes,

[*Autógrafo, fol. 11.*]

perdidos ya los estribos
de correr por tantas partes.
Coche he visto de la muerte,

(1) B: ("*Váyase y salgan* DON FÉLIX, FLORENCIO *y* GALINDO.")
(2) B: ("*Salga* FILENO, *criado.*")
(3) B: "recaudos".
(4) B: "mis pensamientos".
(5) B: "si temiera".
(6) B: "pudo".
(7) B: "aotra".

(1) B: "Fileno."
(2) B: "el amor".
(3) B: "Ya le traen. PRUD. Vesla aquí."
(4) B: "apretarte".
(5) B: "tenerse".
(6) B: "hurcas".
(7) B: "pataches".

que le tiran, sin tirarle,
unos caballos de hueso (1)
con encerados por carne.
Otros hay tan comedidos,
que por no poder pararse,
colorados de vergüenza,
no hay cuesta donde no paren.
Hay caballos de ajedrez
con sarna, como estudiantes,
y caballos pretendientes,
que sola esperanza pacen.
Por uno destos se dijo:
"caballito, ¿cuánto vales?"
Porque tener hambre y coche,
no es coche, sino cochambre.

FÉLIX. Deja esos necios discursos:
hoy le compro.

PRUDEN. ¡Dios te guarde!

GALINDO. Que le guarde Dios, bien dices,
si le añades "de comprarle".
Pero en caso que se compre,
si a la calle Mayor sales,
hallarás a vender coches,
de quien dijo un hombre grave;
viendo delante y detrás
las dos cédulas que traen,

[*Autógrafo, fol. 11 v.*]

que como coches de venta
habían de ser leales
los amigos, pues lo mismo
dicen detrás que delante.

PRUDEN. Bien dices, que éste se vende
dice por entrambas partes.

(*Sale* INÉS.) (2)

INÉS. Sola te quisiera hallar.

PRUDEN. ¿Y qué hay de aquello que sabes?

INÉS. Que aquel hidalgo está aquí.

PRUDEN. Un rato puedes dejarme,
Félix, que está aquí el platero,
y no quiero que él ni nadie
presuma (3) que tú me compras
esta joya.

FÉLIX. Muy bien haces;
yo voy a buscar el coche.

PRUDEN. Y yo espero que me mandes
lo que fuere de tu gusto.

(1) A: "güeso".
(2) Falta esta acotación en A.
(3) B: "presumas".

FÉLIX. Sólo deseo obligarte.

(*Váyanse y entren* DON ALONSO *y* LISARDO.) (1)

LISARDO. Aquí presumo que está.

ALONSO. ¡Gentil talle!

LISARDO. Es una perla.

ALONSO. ¿Pues qué más joya que el verla? (2)

LISARDO. Llega, que te aguarda ya.

ALONSO. Dadme, señora las manos,
que si diamantes vendéis
en ellas los hallaréis
con engastes soberanos.
Díjome vuestra criada

[*Autógrafo, fol. 12.*]

que sabiendo a lo que vengo
y que ya mi boda tengo
prevenida y concertada,
queréis que unas joyas vea,
por si las quiero comprar,
gustando de acomodar
lo que mi provecho sea (3).
Siendo así (4), yo las veré;
aunque quien os ve, no creo
que tenga de otras deseo,
viendo lo que en vos se ve.
Yo vengo como soldado,
aunque ya colgué la espada,
porque de una paz casada
hice a la guerra sagrado;
pero no tan pobre vengo
que no las pueda comprar.

PRUDEN. Bien os puedo acomodar
en estas joyas que tengo.
Quiero deshacerme dellas
para cierta posesión
que compro, que otra ocasión
no me obliga a no tenellas;
porque en gusto y en hechura
son joyas aventajadas,
si ser del mío buscadas
lo que encarezco asegura.
Supe vuestro casamiento,

[*Autógrafo, fol. 12 v.*]

y ocasión me pareció
de feriároslas.

(1) B: ("*Váyanse* DON FÉLIX *y* GALINDO, *y salgan* DON ALONSO *y* LISARDO.")
(2) B: "que verla".
(3) B: "lo que en mi provecho sea".
(4) B: "si es así".

ALONSO. Si yo
tuviera merecimiento,
vuestra voluntad feriara,
a un alma (1), y por ella diera
todo lo que ella valiera.
PRUDEN. No compréis cosa tan cara.
Y para venir casado
muy tierno me parecéis,
si no es que en mí os enseñéis
para no llegar turbado.
¿Habéis visto a Celia ya?
ALONSO. Sí, señora, ya la vi.
PRUDEN. ¿Pues qué dejáis para mí
del alma que en ella está?
Pero como sois soldado
conquistarlo queréis todo.
ALONSO. Fuérzame, señora, el modo
con que me habéis obligado.
El alma ya vos sabéis
que tiene capacidad
de cualquiera infinidad,
y que en ella estar podéis,
aunque Celia viva en ella.
PRUDEN. ¡Alma tenéis descansada!
Mas yo soy tan recatada
que no me atrevo a ofendella.
si el amor y el señorío
no requieren compañía,

[*Autógrafo, fol. 13.*]

ni Celia querrá la mía
ni la suya el gusto mío.
Vos tenéis mujer hermosa,
no tenéis qué desear;
pero dejemos de hablar
en tan excusada cosa.
Y venid donde veréis
las joyas y este rincón,
de quien en toda ocasión
como dueño os serviréis.
ALONSO. Bésoos mil veces las manos
por tanta merced.
PRUDEN. Entrad.
ALONSO. Con acuerdo y voluntad
de los cielos soberanos.
Doña Prudencia os llamáis,
y es tanta vuestra prudencia,
que toda estudiada ciencia
afrentáis y aventajáis.
Sois una décima musa;
en vuestros labios destila (1)
la más célebre sibila
su gracia y su ciencia infusa (2).

(*Entrese.*) (3)

INÉS. Ya le va poniendo el cebo:
¿qué dice vuestra merced
destas cosas?
PRUDEN. Que en la red
caerá este pájaro nuevo.

(*Váyase.*) (4)

LISARDO. ¿Y de mí no dice nada?
INÉS. Que entre a ver una espetera;
diamantes (5) de Talavera,

[*Autógrafo, fol. 13 v.*]

con más lustre que una espada.
LISARDO. Entro, que si el fondo es tal
como la bellaquería,
daré por ella la mía
y juntaremos caudal;
pero no estará sin cuyo (6).
INÉS. Ni yo soy de condición
que antes de la aprobación
admita un requiebro suyo.
LISARDO. ¿Es Prudencia, su señora,
aventura o casamiento?
INÉS. Es un cierto encantamento
que quien más sabe le ignora.
Despejo, belleza, brío,
gala, limpieza, buen aire,
papeles, burlas, donaire,
y a un tiempo calor y frío,
encanta (7) su condición
sin haber firmeza en nada.
LISARDO. Es bella (8) para dejada.
INÉS. ¿Dejada?
LISARDO. ¿Pues no es razón?
INÉS. Sólo sé que si a picarse
de aqueste monstruo del suelo
llega una vez al anzuelo (9),
es imposible escaparse.

---

(1) B: "a una alma".

(1) B: "distila".
(2) B: "la ciencia infusa".
(3) B: ("*Váyase* DON ALONSO.")
(4) Falta en A esta acotación.
(5) B: "diamante".
(6) B: "cuya".
(7) B: "en canta".
(8) B: "buena".
(9) B: "el anzuelo".

(*Entranse, y salgan* DON FÉLIX *y* GALINDO.) (1)

FÉLIX.

Con carta de mi padre, ¿qué me falta?

GALINDO.

La gracia no está en ella: en el dinero.

[*Autógrafo, fol. 14.*]

FÉLIX.

Ese al amor divinamente esmalta.

GALINDO.

Es platero famoso.

FÉLIX.

Leerla quiero.

GALINDO.

El corazón de regocijo salta
al son del oro.

FÉLIX.

Estaba en lo postrero
lo que trujimos.

GALINDO.

No ha tenido hijo
tal padre.

FÉLIX.

Escucha, pues.

GALINDO.

¡Qué regocijo!

(*Lea.*) (2)

FÉLIX.

"Tu carta recibí con el contento
que se conoce del amor de un padre,
que no tengo otro bien ni otro alimento,
Félix, después que me faltó tu madre,
que vayan tus sucesos (3) en aumento;
para vivir no hay cosa que me cuadre
de mayor importancia. El cielo quiera
piadoso hacer que entre tus brazos muera.
Date prisa [a] acabar (4) tus pretensiones,
huye de los peligros cortesanos,
que ponen a los pies las ocasiones
para empeñar el alma con las manos;
tiempla (5) con los consejos tus pasiones,
y no hagas elección de mozos vanos;
busca amigos discretos y leales
de más edad que tú, no siendo iguales.
Sírvante para ejemplo mil sucesos
que se suelen seguir de acompañallos (1);
huye mujeres viles, huye excesos,
pues que con la virtud podrás templallos (2).
Sólo agora (3) te llevan tres mil pesos,
porque vayas con tiento en el gastallos (4),

[*Autógrafo, fol. 14 v.*]

y te mando, so pena de obediencia,
que gastes tus dineros con prudencia."
¿Hay hijo, ni le ha visto el mundo todo,
que sea, como yo, tan obediente?
No gastaré una blanca de otro modo
ni saldré de tu gusto eternamente;
yo, padre, con Prudencia me acomodo;
mira, señor, si te obedezco ausente;
con Prudencia he gastado mi dinero
y todo el que me envías gastar quiero.

¿Qué te parece, Galindo?

GALINDO. Que so pena de obediencia,
te manda que con prudencia
gastes tu dinero lindo.
Acabóse obedecer.
Lograrme, Galindo, quiero.

FÉLIX. ¡Qué bien gastado dinero (5),
pues con Prudencia ha de ser!

FÉLIX. ¿Es éste Florencio?

GALINDO. Sí.

(FLORENCIO.) (6)

FLOREN. Ya los quinientos ducados
quedan en oro contados;
a Prudencia se los di.

FÉLIX. Ganaste la indulgencia (*sic*)
del que ayuda a obedecer;
todo mi gasto ha de ser
solamente con Prudencia.
Así mi padre lo quiere;
carta y dinero me envía.

[*Autógrafo, fol. 15.*]

FLOREN. El con prudencia diría,
de quien la virtud se infiere;

---

(1) B: ("*Vanse y salgan* DON FÉLIX *y* GALINDO.")
(2) B: ("*Lea* DON FÉLIX.")
(3) B: "negocios".
(4) B: "date priesa a acabar".
(5) B: "Templa."

(1) B: "acompañarlos".
(2) B: "templarlos".
(3) B: "aora".
(4) B: "gastarlos".
(5) B: "gastado de dinero".
(6) B: ("*Sale* FLORENCIO.")

tú, por donde te está bien
el equívoco sentido,
el literal has querido,
porque es Prudencia también.

FÉLIX. ¿Pues en una carta quieres
buscar sentido moral?

FLOREN. Díjome que liberal,
al estilo que lo eres,
un coche quieres compralle (1).
¡Vive Dios, que no te entiendo!
¿Tú coche?

FÉLIX. Y me reprehendo
que el del sol no puedo dalle (2).

FLOREN. Ahora bien, pues ha de haber
caballos, Galindo sea
el uno, pues que desea,
Félix, echarte a perder.
Que el otro bien claro está
que has de ser tú.

FÉLIX. Como sea
cochero Amor...

GALINDO. ¿Que esto crea
Florencio?

FLOREN. Y lo he visto ya.
¿Qué es lo que su padre envía?

GALINDO. Tres mil pesos.

FLOREN. Tres mil sesos (3)
fuera mejor.

GALINDO. Pues por esos
ir al matadero un día.
Tres mil pesos pueden ser
para sustentar un año

[*Autógrafo, fol. 15 v.*]

un hombre noble; es engaño,
que aún no ha de poder comer.
Pues si los gasta en un día,
¿qué será dél?

FÉLIX. Mercaderes
me conocen.

FLOREN. Nunca esperes
en contingencias.

FÉLIX. Podría
decirte lo que le dijo
un ahorcado, en la escalera,
a un padre, que un hora entera
fué en darle voces prolijo:

"Padre, pues que yo no sudo,
no sude su reverencia."

FLOREN. ¡Alto, Gaspar con prudencia!
Ya no habla; ya soy mudo.

FÉLIX. Yo hago lo que me manda
mi padre; lograrme quiero.

GALINDO. Un cuento viejo y grosero
que ha dos mil años que anda,
me hace decir la ocasión,
porque es propio y semejante.
Tenía un hijo (1) estudiante
a tu traza y condición
un hidalgo en Salamanca,
y escribióle que comiese
lo más barato que hubiese
en aquella plaza franca.
Preguntaba qué valía
una vaca a sus criados,
y como "veinte ducados"
el comprador respondía,

[*Autógrafo, fol. 16.*]

replicaba: "¿Y dos perdices?"
"Cuatro reales." "Pues comer
perdices, y obedecer."

FÉLIX. ¡Notables vejeces dices!

FLOREN. No hay cosa vieja si es dicha
a propósito.

FÉLIX. ¡Paciencia!
Aquí vengo por el coche.

FLOREN. ¿Pues vende su coche Celia?

FÉLIX. Deshácese del que tiene
y compra una caja nueva
para casarse, que ya
su desposorio celebre,
porque ha venido su primo.

FLOREN. Llama, que la casa es ésta.

GALINDO. Ya salen a este patín.

FÉLIX. ¡Bella casa!

FLOREN. ¡Y cómo bella!
Pero mucho más el dueño.

(*Salgan* CELIA *y* ELENA.) (2)

FÉLIX. Perdonaréis si mi lengua
se turbare en vuestra vista.

CELIA. Yo lo estaré de la vuestra,
si no me habláis sin lisonja;

---

(1) B: "comprarle".
(2) B: "darle".
(3) B: "pesos".

(1) B: "viejo".
(2) El ms. A sólo dice: ("CELIA *y* INÉS.") Ha de ser ELENA, criada de CELIA, aunque en el curso del diálogo, por confusión, dice siempre INÉS.

quiero decir con llaneza.
FÉLIX. Admirábame la casa;
ya me parece pequeña.
CELIA. Edificios de Madrid
tras sí los ojos se llevan,
porque son como unas joyas
con tal labor y belleza,

[*Autógrafo, fol. 16 v.*]

que llama a los albañiles
una mi amiga discreta
plateros de yeso.
FÉLIX. Bien,
que labran por excelencia.
CELIA. ¿Qué se ofrece en que serviros?
FÉLIX. Después que es justo que venga
a daros el parabién,
que por muchos años sea,
vengo a compraros un coche,
que por otra caja nueva
me parece que dejáis.
CELIA. ¿Habéisle visto?
FÉLIX. Una fiesta
fuí en él con un deudo vuestro.
CELIA. Ya de veros se me acuerda.
FÉLIX. Soy un caballero indiano,
señora, que poso cerca
de vuestra casa.
CELIA. Conozco
vuestro valor y nobleza.
FLOREN. Los terceros siempre son
los que esto mejor conciertan.
Desvíaos aquí conmigo.
CELIA. Huélgome de que le quiera
don Félix: ¿es para él?
FLOREN. No, por Dios, porque pasea
en dos caballos que pueden
hacer justa competencia

[*Autógrafo, fol. 17.*]

con los del viento en el curso,
con los del sol en belleza;
quiérelos (1) para una dama
con quien matrimonio intenta,
que conocéis en el barrio.
CELIA. ¿Acaso es doña Prudencia?
FLOREN. Presto distes en el blanco.
CELIA. En linda red barredera
ha dado el pobre galán:
cierto que es bella y discreta;

(1) B: "quiérele".

pero es notable invención
la que su estilo profesa,
si bien os prometo a Dios
que no hay cosa que la ofenda
más que su mismo despejo.
FLOREN. Hartos pesares me cuesta.
CELIA. Es lástima que un mancebo
de tan generosas prendas
haya tropezado en Scila.
FLOREN. Famosamente le pescan
cuanto viene de las Indias,
pero es tanta la riqueza
de su padre que no importa.
ELENA. (1) ¡Tu primo!

(DON ALONSO *entre.*) (2)

ALONSO. ¿Qué gente es ésta?
ELENA. Los compradores de un coche.
ALONSO. Esto mejor se concierta
con los criados de casa.

[*Autógrafo, fol. 17 v.*]

GALINDO. Ya güele a novio esta queja.
FÉLIX. Pues los vuestros y los míos
se verán en la cochera
y tratarán del concierto.
Voime, con vuestra licencia.

(*Todos se van.*) (3)

CELIA. ¿A qué efeto aquestos celos?
¿Piensas que estás en la guerra
o en la corte?
ALONSO. Yo en mi casa
podré hacer costumbres nuevas.
CELIA. ¿No has llegado y deste modo
a tomar posesión entras?
No, don Alonso, no creo
que nuestras paces deseas;
menester has (4) coadjutor;
nombra un teniente que tenga
estilo para la corte,
en tanto que tú le aprendas.
ALONSO. Para lo que me conviene,
yo le tendré de manera
que se olviden los estilos.
CELIA. ¡Qué bizarra soldadesca!
Mas pacífica soy yo.

(1) En A *Inés,* como advertimos atrás; en B, sin acotación de persona.
(2) B: ("*Salgan* DON ALONSO *y* LISARDO.")
(3) B: ("*Váyanse* GALINDO *y* DON FÉLIX.")
(4) B: "es".

ALONSO. Perdona, que estas ofensas
nacen de mi grande amor.
CELIA. Así es justo que lo crea.

[*Autógrafo, fol. 18.*]

ALONSO. Con esto quiero dejarte.
LISARDO. Bien enfadada la dejas.
ALONSO. ¡Qué quieres! Que me ha quitado
parte del seso Prudencia.

(*Váyase.*) (1)

ELENA. ¡Buena estás!
CELIA. ¡Notable novio!
No hayas miedo tú que sea (2)
perfecta nuestra amistad;
los hombres, Inés, quisiera (3)
a la traza deste indiano:
blandura, palabras tiernas,
aquel semblante agradable
y aquella humildad compuesta.
Mucho don Alonso es éste.
ELENA. Y para mí cosa nueva
que alabes un hombre.
CELIA. Sí,
mas recíbaseme en cuenta
que desalabo a mi primo.
ELENA. Pues ya, señora, paciencia,
o perder la hacienda toda.
CELIA. Sin gusto no quiero hacienda,
que no importan testamentos,
si en gustos, que hay diferencias,
lo que conciertan dos padres
desconciertan las estrellas.

FIN DEL PRIMERO ACTO

SEGUNDO ACTO
DEL "SEMBRAR EN BUENA TIERRA" (4).

(*Salgan* GALINDO *y* FLORENCIO.)

FLOREN. Güélgome (5) que esté a su costa
desengañado.
GALINDO. Es verdad,
que a tanta necesidad
ha corrido por la posta.
FLOREN. Que tendrá consuelo espero,
si no consuelo, paciencia,
que ha gastado con Prudencia
lindamente su dinero:
y será bien que le cuadre
la disculpa que ha tenido,
si es cuanto mal le ha venido
obedeciendo a su padre.
GALINDO. Prudencia no le desecha,
que, en fin (1), es mujer de bien,
pero disfraza el desdén
como el veneno en la flecha (2).
Esperando cada día
que le viniese dinero,
vendió el pobre caballero,
Florencio, cuanto tenía.
Las Indias se han acabado;

[*Autógrafo, fol. 1 v.*]

ni aun carta habemos tenido (3).
FLOREN. Su historia se habrá sabido;
su padre estará enojado:
aunque es inhumanidad
no le querer socorrer,
para que pueda volver.
GALINDO. Si tanta necesidad
él le dijese a Prudencia,
pienso que le remediase,
mas por mayor que la pase,
no hay más de hacer resistencia (4).
FLOREN. Yo soy pobre, ya lo ves;
no puedo, Galindo, más.
GALINDO. Harto disculpado estás.
FLOREN. Yo le he dado en sólo un mes
hasta mis pobres cadenas,
y cuanto he podido hurtar
a mis padres.
GALINDO. El prestar
anda por su culpa en penas.
Que por dar en no volver
tiene el crédito perdido,
y quien no ha restituído,
purgatorio ha de tener.

---

(1) B: ("*Váyanse* LISARDO *y* DON ALONSO.")
(2) B: "no hayas miedo que tú veas".
(3) B: "Los hombres yo los quisiera." En el original intercala INÉS, por confusión.
(4) El ms. autógrafo da el siguiente reparto:

"PERSONAS DEL II ACTO:

GALINDO.	ELENA.
FLORENCIO.	DON ALONSO.
LISENO, Escruela.	CELIA.
OTAVIO, Ramírez.	DON FELIS.
Un ESCRIBANO, Ramos.	LISARDO.
Un ALGUACIL, Plaza.	DOÑA PRUDENCIA."

(5) B: "Huélgome."

(1) B: "que al fin".
(2) B: "Como el veneno en la flecha."
(3) B: "ni aun cartas hemos tenido".
(4) B: "no hay sino hacer resistencia".

FLOREN. Si yo estuviera heredado,
lo mismo me sucediera
que al que quiere en la ribera
sacar algún ahogado:

[*Autógrafo, fol. 2.*]

que asido Félix a mí,
nos perdiéramos los dos.

GALINDO. Bien dices.

FLOREN. ¡Pluguiera a Dios
que me sucediera ansí!
Dale este solo doblón,
que hoy a mi madre he pedido,
y dile que va metido
dentro dél mi corazón.
Di que no le diferencio
ni a su fineza desdice,
pues donde "Filipo (1) dice,
dice "el alma de Florencio".
Y que me venda le di (2),
cuando quisiese venderme,
que estoy corrido de verme
tan pobre, como él a mí;
que se declare a Prudencia,
pues es mujer principal.

GALINDO. Prudencia entiende su mal,
y le va dando licencia.
¿No has visto una clara fuente
correr con diversos caños,
y que por años o daños
le ha faltado la corriente?
¿Que cuantos a su frescura
llegaron, se apartan della,
y que donde fué tan bella
es todo cieno y basura?
Pues tal don Félix está.

[*Autógrafo, fol. 2 v.*]

FLOREN. Comparación extremada.

GALINDO. Pero ya no siente nada,
que sólo pena le da
este que ha de ser marido
de Celia.

FLOREN. Ya sé que ha estado
de Prudencia enamorado,
y por lo rico admitido.

GALINDO. ¿Que ha estado? Que agora (3)
pues por ella no se casa. [está,

FLOREN. ¿Y Celia, cómo lo pasa?

GALINDO. Al paso mismo se va,
porque no le quiere bien.

FLOREN. Más siento el verle celoso (1)
que pobre.

GALINDO. Y aun es forzoso
que él lo sienta más también.

FLOREN. Galindo, los miserables
amantes habían de ser,
si me quisieran (2) creer,
como oficios renunciables.
¿No has visto que un escribano
tiene sus renunciaciones
impresas?

GALINDO. De tus razones (3)
estoy al fin.

FLOREN. Pues es llano.
Cada sábado un amante
había de renunciar
su dama en otro lugar,
por no perder lo importante.

[*Autógrafo, fol. 3.*]

Quedara el oficio en pie,
que es la rica libertad.
Dile, en fin, mi voluntad.

GALINDO. Tu voluntad le diré.

FLOREN. ¿Anda bien puesto?

GALINDO. Es bajeza.
A bayeta, en fin, llegó,
bayeta, que llamo yo,
sagrado de la pobreza;
pero limpio y aseado
de cuello (4), sombrero y pies.

FLOREN. Eso (5) tengo que le des.

GALINDO. Eres caballero honrado.

(*Váyase* FLORENCIO. *Entre* DON FÉLIX.) (6)

Las lágrimas en los ojos
se va Florencio de aquí.

FÉLIX. Ya desde lejos le vi,
danle en ellos mis enojos.

GALINDO. Con notable sentimiento
me ha dado aqueste doblón,
y dentro su corazón.

---

(1) B: "Felipe."
(2) B: "que venda le di".
(3) B: "aora".

(1) B: "más siento verle celoso".
(2) B: "quisiesen".
(3) B: "de sus razones".
(4) B: "cuellos".
(5) B: "Esto."
(6) B: ("*Váyase* FLORENCIO *muy triste; quede* GALINDO, *y salga* DON FÉLIX *vestido de bayeta.*")

FÉLIX. Que es fuerza el trocarle (1) siento.
Porque corazón que trata
tal lealtad y en tal lugar,
no se había (2) de trocar
por ningún oro ni plata.
Beso el doblón, porque viene
con sencillo corazón;
en fin, Galindo, un doblón
lugar en mi boca tiene.

[*Autógrafo, fol. 3 v.*]

Yo me acuerdo que algún día
no le diera a un escudero,
de vergüenza.

GALINDO. Del dinero
un filósofo decía
que era como la salud:
cuando se tiene, arrojada;
y cuando falta, estimada.

FÉLIX. Yo estoy con grande inquietud,
que como ya a las criadas (3)
de Prudencia no les doy,
como en su desgracia estoy,
son conmigo malcriadas (4).
Ya dicen que está durmiendo,
ya que tiene ocupación,
ya las visitas que son
de alguno, que voy temiendo.
En fin, ya no hay para mí
la puerta que haber solía.

GALINDO. Es toda su infantería
soldadesca contra ti;
son lámparas de escalera
los criados del deleite,
que en faltándoles aceite
no alumbran a los de afuera (5).

FÉLIX. ¡Oh, qué bien pintaba un sabio
al (6) amor con una vara
de oro, y donde el oro para,
puesto en remate el agravio.

[*Autógrafo, fol. 4.*]

No dudes que donde amor
con esta vara no alcanza,
el agravio y la mudanza
entran con todo rigor.

¿A quién a pedir te atreves
sobre aqueste diamantillo
cien reales?

GALINDO. ¡Tiemblo en decillo! (1)

FÉLIX. ¿Qué ha de importar, cuando prue- [bes?

GALINDO. Este valdrá cuatro escudos.

FÉLIX. Y aun menos puede valer.

GALINDO. No habemos de perecer,
a lo menos, por ser mudos.
Celia, esta rica señora
que enfrente de la posada
vive...

FÉLIX. No le digas nada;
que este su pariente adora
a Prudencia, y no querría
que supiese cómo estoy.

GALINDO. Déjame negociar hoy.

FÉLIX.

No vayas, por vida mía.

(*Váyase* GALINDO.) (2)

Dura necesidad, madre afrentosa
de la vergüenza, y vil atrevimiento,
escuridad del claro entendimiento,
tal vez en los peligros ingeniosa;
inventora de máquinas famosa,
pensión del generoso nacimiento,
consejera del mal, argos del viento,
y a la mortal naturaleza odiosa;

[*Autógrafo, fol. 4 v.*]

vil salteador, que a los caminos sales,
los peregrinos matas o (3) detienes
y para derribar el honor vales;
sola una cosa provechosa tienes:
que el hombre que jamás probó los males,
es imposible conocer los bienes.

(DON ALONSO *y* LISARDO.) (4)

LISARDO. Si celos os desconciertan,
durarán las dilaciones (5).

ALONSO. Encontradas aficiones,
tarde o nunca se conciertan.

FÉLIX. Este es don Alonso, a quien (6)
sustituye (7) amor por mí.

---

(1) B: "fuerza trocarle".
(2) B: "ania".
(3) B: "que como ya los criados".
(4) B: "mal criados".
(5) B: "a los de fuera".
(6) B: "el".

(1) B: "decirlo".
(2) B: ("*Váyase* GALINDO, *quede* DON FÉLIX.")
(3) B: "robas y detienes".
(4) B: ("*Salgan* DON ALONSO *y* LISARDO.")
(5) B: "disensiones".
(6) B: "en quien".
(7) B: "sostituye".

Quiérome quitar de aquí,
quiero buscar mi desdén;
que por ventura en su ausencia
hallará el lugar pasado
el dinero que he gastado
con Prudencia y sin prudencia.

(*Váyase* DON FÉLIX.) (1)

ALONSO. Es, Lisardo, gran locura
concertar dos voluntades,
a quien con dificultades
el cielo impedir procura.
No quiero mal a mi prima,
agrádame su presencia,
mas no hay, donde está Prudencia,
prima que su amor imprima.
Yo no querría casarme
ni dejarme de casar,
y por eso miro el mar
y no me atrevo a embarcarme.

[*Autógrafo, fol.* 5.]

Pierdo veinte (2) mil ducados,
si le digo que no quiero,
y si me casase espero
tener veinte (3) mil cuidados.

LISARDO. ¿Pues qué pretendes hacer?

ALONSO. Aguardar que ella se canse,
que no hay cosa que no amanse
el tiempo.

LISARDO. No lo ha de hacer,
porque no ha de perder ella
lo que tú perder no quieres.

ALONSO. ¿No ves tú que a las mujeres
la edad más presto atropella,
y que el verse cada día
un día, Lisardo, más,
las hace volver atrás
de su loca fantasía?
Es el tiempo un capitán
que con ejércitos (4) de años
conquista nuestros engaños
con pies que callando (5) van.
No lleva trompeta o caja
porque no le vean venir,
hasta que llega el vivir
donde la muerte le ataja (1).
Y cuando a la que es más loca
asalta su brevedad
con la escala de la edad
las almenas (2) de la boca,
y le deja algún portillo,
imagina que el espejo
hace mudar del consejo.

[*Autógrafo, fol.* 5 *v.*]

LISARDO. Nunca yo me maravillo
de Cartago ni Sagunto,
y el romano Anfiteatro (3),
ni que en el mortal teatro
hable un príncipe difunto;
solamente una mujer,
que fué hermosa y se acabó,
es el espejo en que yo
suelo retratados ver
a Sagunto y a Cartago.

(CELIA *y* GALINDO.) (4)

CELIA. Mucho me güelgo (5) de verte.

GALINDO. Para honrarme desta suerte,
no tengo qué darte en pago.

CELIA. Ni le busques para mí,
como mi propia afición;
mas busca alguna invención,
que está don Alonso aquí.

ALONSO. ¿Qué es esto, señora mía?

GALINDO. Sabiendo que mi señora
las nobles artes adora
ciertos libros te traía,
que me dicen que ha estudiado
la Gramática latina.

ALONSO. Mucho a las letras se inclina.

CELIA. Fué de mi padre cuidado.
La Gramática estudié,
de la Retórica supe.

ALONSO. Güélgome (6) que esto la ocupe,
aunque yo tan poco sé,
que partí (7) muchacho a Flandes;

[*Autógrafo, fol.* 6.]

pero no ignoro el latín.

---

(1) Esta acotación falta en A.
(2) B: "quince".
(3) B: "quince".
(4) B: "ejército".
(5) B: "volando".

(1) Esta redondilla falta en B.
(2) B: "murallas".
(3) B: "ni del romano Anfiteatro".
(4) B: ("*Salgan* CELIA *y* GALINDO.")
(5) B: "huelgo".
(6) B: "Huélgome."
(7) B: "Pasé."

¿Qué libros traéis, en fin?
GALINDO. Señor, pequeños y grandes.
Tráigole de astrología
a Barrucio y a Chiflato,
y a Chilindro y (1) Berrugato.
De lo que es filosofía,
tráigole a Marco Jabón (2),
alquimista del Sophí (3).
ALONSO. Nunca tales libros vi.
GALINDO. Todos auténticos son,
y yo conozco estudiantes
que con libros de este modo
suspenden el vulgo todo.
ALONSO. El vulgo es rey de inorantes (4).
Quedad, mi Celia, con Dios,
que voy esta tarde al Prado.
CELIA. Con vos irá mi cuidado.
ALONSO. Yo quedo por él con vos.

(*Váyanse* DON ALONSO *y* LISARDO.) (5)

CELIA. ¿Qué te parece, Galindo?
¿No es gran don Alfonso aqueste?
GALINDO. Pienso, señora, que es éste,
según es de grande y lindo,
del rey don Alonso el bayle.
CELIA. Dime, Galindo: ¿hay rigor
en todo el mundo mayor
que el mío?
GALINDO. No dudes, haile:
el de don Félix, mi amo,
pasa del mayor extremo.
CELIA. Yo deseo (6) lo que temo

[*Autógrafo, fol. 6 v.*]

y temo lo que desamo.
GALINDO. Don Félix gastó su hacienda
con una ninfa encantada,
tan discreta (7) y tan honrada
que no hay Vargas que la entienda:
lo que es tomarle (8) una mano,
el más lindo (9), el más amigo,
"afuera, afuera, Rodrigo,
el soberbio castellano".

(1) B: "CHILINDO."
(2) B: "Marco Tabón."
(3) B: "Sofí."
(4) B: "ignorante".
(5) B añade: "quédense CELIA *y* GALINDO".
(6) B: "yo aborrezco".
(7) B: "gallarda".
(8) B: tocarle".
(9) B: "deudo".

Lo que es dinero contado
y estas telas recibid;
"norabuena vengáis, Cid,
Rodrigo, bien seáis llegado".
Es cosa que hasta el sentido
me quita, que haya en Prudencia
de entretener tanta ciencia,
que traiga un hombre perdido.
Ya viene el tierno papel,
ya las camisas de holanda,
ya el lienzo con tanta randa
o el nombre (1) bordado en él;
ya las alcorzas de boca,
ya las pastillas del fuego (2),
con que tiene (3) a un hombre ciego
y un alma (4) de amores loca.
Don Félix es la nobleza
misma. Bien le tiene dados...
CELIA. Di, a ver.
GALINDO. Doce mil ducados
sin pasar de la corteza.
CELIA. Cortezas hay donde escriben

[*Autógrafo, fol. 7.*]

los amantes cuanto quieren,
que si por los centros mueren
por los exteriores viven.
GALINDO. En mi vida, Celia, oí
tan ingeniosa respuesta.
CELIA. En fin, doce mil le cuesta,
¿y pide cien reales?
GALINDO. Sí.
CELIA. Yo aborrezco esa mujer,
por más de treinta razones,
mas llévale estos doblones
que me trujeron ayer.
Y déjame el diamantillo,
que por prenda de tu dueño
queda más que por empeño;
pero ésto no has de decillo.
GALINDO. ¡Plega (5) a Dios que vivas más
que una suegra desabrida!
CELIA. No me des tan larga vida,
ya que mala me la das.

(*Váyase* GALINDO.) (6)

(1) B: "y el nombre".
(2) B: "Pastillas de fuego."
(3) B: "trae".
(4) B: "y una alma".
(5) B: "plegue".
(6) B añade en la acotación: ("*quede* CELIA *y diga.*")

Diamante del amante más perdido,
y aunque perdido bien, mal empleado,
de más astuta Circe enamorado,
que dió veneno al corazón dormido.
Pequeño en cantidad habéis nacido,
mas de tan vivas luces adornado,
que parecéis al niño Amor pintado,
el fuego en las entrañas escondido.

[*Autógrafo, fol. 7 v.*]

Servid de pedernal, diamante duro,
que siendo acero nuestras dos estrellas,
yesca será mi corazón seguro;
que si es verdad que lo disponen ellas,
ya vuestra (1) viva luz es fuego puro,
y saltan en el alma las centellas.

(PRUDENCIA, *con manto,* INÉS *y* FLORENCIO.) (2)

FLOREN. Buen encuentro para acaso.
PRUDEN. ¿De suerte que, si no fuera
acaso, ya no te viera? (3)
FLOREN. Fué acaso, y hallarte (4) al paso.
PRUDEN. Es paso muy peligroso.
FLOREN. Este pedazo de calle
solía un hombre llamalle,
por su encuentro "el paso honroso".
Es mar la calle mayor,
y sus tiendas las sirenas
que llaman, de engaños llenas,
al galán que tiene amor.
Pasa acaso y topa aquí
en estas tiendas su dama;
él mira o ella le llama;
ofrece lo que hay allí:
el apretador curioso,
randas, cambray, medias, seda;
luego, si empeñado queda,
bien se llama "el paso honroso".
PRUDEN. Florencio, tu picardía,
dejando aparte tu talle,
en esta y en cualquier calle,

[*Autógrafo, fol. 8.*]

amarte (5) me obligaría.
Puede un gusto socarrón
llevarme el alma tras sí.

(1) B: "y a vuestra".
(2) B: ("*Váyanse y salgan en la caye Mayor* DOÑA PRUDENCIA, *y* INÉS *y* FLORENCIO.")
(3) B: "yo no te viera".
(4) B: "acaso el hallarte".
(5) B: "a amarte".

FLOREN. ¿Luego intentas lance en mí
sobre la misma lición?
No te diera en todo un año
el aire de un abanillo;
que intentes, me maravillo,
engañar al mismo engaño.
Si quieres medias, acaso,
por medio las tuyas corta (1);
y si raso azul te importa,
el cielo es azul y raso;
y si quieres terciopelo
tres veces me afeitaré,
y el tercio pelo daré,
que es lo más que yo me pelo.
Si quisieres guarnición,
la desta espada es de prueba;
si de pasamanos nueva,
pásalas por un balcón.
Si quieres apretador,
debe una deuda y verás
que no ha de apretarte más
el corrimiento mayor.
Si guantes de flores mil,
vete al jardín que quisieres;
y si primavera quieres,
sal de hebrero y vete a abril.
Si ligas, que cuestan tanto

[*Autógrafo, fol. 8 v.*]

que la bolsa se desliga,
lee el libro de la liga
de la guerra de Lepanto.
Si espejo, puedes mirarte
de una fuente en la quietud;
si tocas, toca un laúd
o déjame a mí tocarte;
pero pensar con tu ardid
sacarme nada, Prudencia,
es como hacer quintaesencia
de un pedernal de Madrid.
PRUDEN. ¿Que respondas dese modo?
¿Hay tan grande bellacón?
FLOREN. Ya sé yo tu condición (2),
que es de enamorarlo todo.
Y cuando tienes un hombre (3)
muy lleno de necedad,
ríeste de su verdad,
y apenas sabes su nombre;

(1) B: "las tuyas, por medio corta".
(2) B: "Ya yo sé tu condición."
(3) B: "tienes a un hombre".

diόte el cielo entendimiento
inclinado a idolatría;
demonio es la fantasía;
que le adoren en su intento.
Circe se retrata en ti,
porque a los que enamoraba
en bestias los trasformaba,
mas no lo dirás de mí.

PRUDEN. ¿Cuánto va que te enamoro?
FLOREN. ¿Cuánto va que no podrás,
si por los hechizos vas

[*Autógrafo, fol. 9.*]

hasta el mismo Atlante moro?
PRUDEN. Ahora bien, cómprame aquí
tan solamente una banda.
FLOREN. ¿La que de Tudescos anda
con el rey, es buena?
PRUDEN. Sí.
FLOREN. Pues esa misma te doy.
¡Mira qué lindas colores!
PRUDEN. ¿Tú gastas conmigo flores?
FLOREN. ¿Pues no, si Florencio soy?

(DON FÉLIX *y* GALINDO.) (1)

FÉLIX. Cincuenta doblones son
los de la bolsa, Galindo.
GALINDO. Solos cien reales pedí.
FÉLIX. El liberal beneficio,
siempre del límite (2) excede
al que viene (3) a recibirlo.
Tal de Alejandro se cuenta,
que a quien le pidió en Corinto
una merced muy pequeña,
le dió una ciudad y dijo,
porque el otro replicaba
que aquel don era excesivo:
"Yo te doy como Alejandro,
si tú pides como Tirso."
GALINDO. Más propia fué siempre al hombre,
como por ejemplos (4) vimos,
esta virtud liberal,
y de la mujer el vicio,
de la codicia avarienta,
y por eso tanto estimo

[*Autógrafo, fol. 9 v.*]

el ánimo generoso
de Celia.
FÉLIX. El haber nacido
los hombres para ganar
la hacienda con que servimos
a las mujeres, cuidando
del sustento y (1) del vestido,
del gobierno de la casa
y educación de los hijos,
las hace tan miserables (2).
GALINDO. Bien dices, que siempre he visto
con qué miseria se tratan
si falta el hombre.
FÉLIX. Es lo mismo
que la forma a la materia.
GALINDO. Luego, cercadas de niños,
comen en mesillas bajas
y otras cosas que no digo,
con que a sus solas se pasan.
FÉLIX. ¿Tomó, en fin (3), el diamantillo?
GALINDO. Dijo que por prenda tuya (4),
y yo soy mal adivino
si ella no te tiene amor.
FÉLIX. ¿A mí? ¿Por qué?
GALINDO. Porque quiso
el cielo.
FÉLIX. Sola una vez
los dos nos habemos visto.
GALINDO. ¡Ven acá! Si juegan dos,
que eternamente los vimos,
¿por qué más nos inclinamos
al uno que al otro?
FÉLIX. Escrito
dejaron ese secreto
largamente los antiguos,

[*Autógrafo, fol. 10.*]

llamándole simpatía,
que es un concierto divino
de las conformes estrellas.
GALINDO. ¿No puede haber sucedido
lo mismo de ti y de Celia?
¡Pluguiera a Dios que su primo
no estuviera de por medio!
FÉLIX. ¿No es Florencio aquél, Galindo?
GALINDO. Y Prudencia la que está
mirando los abanillos
de aquella tienda con él.

---

(1) B: ("*Salgan* GALINDO *y* DON FÉLIX.")
(2) B: "de límite".
(3) B: "al que llega".
(4) B: "exemplo".

(1) B: "del sustento del vestido".
(2) B: "las hace ser miserables".
(3) B: "al fin".
(4) B: "Tomóle por prenda tuya."

PRUDEN. Florencio, no seas prolijo,
que no me tengo de ir
sin que me des lo que pido.

FLOREN. Si yo soy bellaco y pobre
y ha tanto tiempo que vivo
entre estas tiendas, Prudencia,
¿qué pides? (1) ¿Tienes juicio?
¿Sabes tú cómo son? (2)

PRUDEN. ¿Cómo?

FLOREN. ¿No has visto en los frontispicios
u torres (3) de las iglesias
los tordos como racimos,
y en tocando las campanas,
espantarse del ruído
los nuevos, y que los viejos
se están quedos? Pues lo mismo
pasa en la calle Mayor,
donde verás que asistimos

[*Autógrafo, fol. 10 v.*]

los galanes socarrones
y los moscateles lindos;
las damas tocan aquí
las campanas de sus picos;
luego se alteran los nuevos
y sale el dulce chillido
de la plata, que a las tiendas
va dando vuelos (4) y brincos;
pero los tordos que al son
tienen hechos los oídos,
en la veleta se están
más firmes que el edificio.

PRUDEN. No han de valerte esta vez,
socarrón corporativo,
las parolas (5) de la corte.

FLOREN. ¿Pues tú te cortas conmigo
las uñas?

PRUDEN. Dame siquiera,
mira si mi amor es limpio,
sólo un rosario de cocos.

FLOREN. Aguárdame, te suplico,
ensartaré en una cuerda,
por servirte, cuatro o cinco
coches de damas muy feas
que vi en el Prado el domingo:
serán rosario (6) de cocos.

(1) B: "¿qué me pides?"
(2) B: "¿sabes cómo somos?"
(3) B: "o torres".
(4) B: "vuelcos".
(5) B: "los parolas".
(6) B: "rosarios".

PRUDEN. No me disgusta el arbitrio.

FLOREN. Con ellas (1) podrás hacerlos,
que todas (2) parecen micos.

[*Autógrafo, fol. 11.*]

GALINDO. ¡Llega! ¿De qué estás temblando?

FÉLIX. Mucho, Florencio, te envidio
la ocasión de ser galán.

FLOREN. Aquí tan poco lo he sido,
que aun no le he dado un rosario
ni unos guantes de polvillos (3).

PRUDEN. Donde vos estáis, don Félix,
de ningún galán me sirvo.

FÉLIX. ¡Dichoso el que aquí merece
ser de vos favorecido!
Entrad en aquesa tienda
y emplead deste bolsillo
cien escudos que hay en él;
y perdonadme os suplico,
que hasta que me vengan cartas
y algunos doblones indios
no pueda ser más galán.

PRUDEN. Porque veáis que os estimo,
aceto el ofrecimiento.
Venga Galindo conmigo,
porque vea lo que compro
y porque os vuelva el bolsillo

(*Váyase.*) (4)

INÉS. ¿Y a mí no ha de darme nada (5),
señor Galindo?

GALINDO. No siso
estos días, que hay vacante (6);
pero pues a dar me obligo,
camine y daréla al diablo.

INÉS. Está visasté mohíno.

[*Autógrafo, fol 11 v.*]

GALINDO. Yo me entiendo, aunque mi amo
no se entiende.

(*Váyase.*) (7)

FLOREN. ¿Hay desatino
como el que has hecho, don Félix?
¿Hoy apenas has comido,
y cien escudos arrojas

(1) B: "con ellos".
(2) B: "pues todas".
(3) B: "polvillo".
(4) B: ("*Vase.*")
(5) B: "¿Y él a mí no me da nada?"
(6) B: "banquete".
(7) En el ms. original falta esta acotación.

al mar de tus desvaríos? (1).
¿Cien escudos, cuando yo
con un doblón he partido
la vergüenza entre los dos,
de enviallo y recibillo? (2).
¿Adónde los has hallado?
¿No te afrentas de ti mismo,
y que una mujer te diga:
"Porque veáis que os estimo,
aceto el ofrecimiento.
Venga Galindo conmigo,
porque vea lo que compro
y porque os vuelva el bolsillo"?
¿Estás en ti?

FÉLIX. ¿Cuándo más?
¿Pues es, Florencio, delito
dar cien escudos a quien
he dado cuanto he tenido?
Ya de las Indias espero,
y que vienen imagino,
diez mil pesos ensayados,
que para volverme pido
a mi padre.

FLOREN. ¡Qué mal tienes
ensayados tus sentidos! (3)
Lástima, por Dios, te tengo,

[*Autógrafo, fol. 12.*]

y de ver estoy corrido,
que sin tocar una mano (4),
como Galindo me ha dicho,
las tuyas tan francas tengas.
Bien sé que a tu pecho altivo,
cien escudos son cien blancas;
pero en tiempos (5) que pedillos
cuesta tanto ¿es justo dallos?

FÉLIX. Conozco que voy perdido;
pero hame dado veneno
este dulce basilisco.

FLOREN. Todos los que amáis decís
luego que (6) os han dado hechizos,
porque con esta disculpa (7)
doráis yerros infinitos.
Desde la calle Mayor
hasta la tuya, he querido
hablarte con libertad.

FÉLIX. Yo estoy en un laberinto
donde los hilos se quiebran
porque, en efeto, son hilos.
Si hay espital de incurables
de amor, Florencio, yo asisto
a camas cinco, en que están
sin remedio mis sentidos.
Pruebo a olvidar y no puedo,
porque cuando más porfío,
en memorias de diamante
rompo remedios de vidro.

[*Autógrafo, fol. 12 v.*]

¿Qué haré?

FLOREN. Volverte a las Indias,
pues como obediente hijo
has gastado con Prudencia
tu dinero.

FÉLIX. Si mil siglos
vivo, no pienso volver.

(*Un* ALGUACIL *y un* ESCRIBANO, *y* OCTAVIO, *mercader.*) (1)

OTAVIO. Aquél es.

ALGUACIL. Del mismo estilo
que lo dice el mandamiento.
Le (2) veréis obedecido.

OTAVIO. Pues para que no me vea,
a esta esquina me retiro.

(*Váyase.*)

ALGUACIL.

Vuestra merced, señor don Félix, venga preso conmigo.

FÉLIX.

¿Yo? ¿Por qué?

ALGUACIL.

¿De Otavio
no se acuerda ya?

FÉLIX.

Término tenga,
si él no, la ejecución; que es grande agravio.

ALGUACIL.

Mientras que de fiador no se prevenga,

---

(1) B: "desatinos".
(2) B: "de enviarlo y recibirlo".
(3) B: "los sentidos".
(4) B: "que sin tocarle una mano".
(5) B: "tiempo".
(6) B: "siempre que".
(7) B: "estas disculpas".

(1) B: ("*Salgan* OCTAVIO, *mercader; un* ALGUACIL *y* ESCRIBANO.")
(2) B: "lo".

no hay que tratar (1).

FLORENCIO.

Vos sois prudente y sabio,
que don Félix no tiene aquí raíces,
ni aun ramas pienso yo.

FÉLIX.

Ni hojas (2).

FLORENCIO.

Bien dices.

ESCRIBANO (3).

Las hojas bastarán de la escritura.

FLORENCIO.

¿Queréisme por fiador?

ESCRIBANO (3).

Sois muy bastante;
pero en quien tiene padres ¿qué asegura?

FLORENCIO.

¡En buen día desdicha semejante!

FÉLIX.

Vamos; que en otra cárcel más escura
tengo el alma con grillos de diamante.

(*En alto*, CELIA.) (4)

CELIA.

¡Ah, caballero, escuche!

ALGUACIL.

¿Quién me llama?

ESCRIBANO.

Desde esas rejas una hermosa dama.

CELIA.

¿Por qué le llevan a don Félix preso?

ALGUACIL.

Por una deuda.

CELIA.

¿No es por otra cosa?

[*Autógrafo, fol. 13.*]

ALGUACIL.

Es de tres mil reales.

CELIA.

¡Gran suceso!
¿Así tratáis la sangre generosa?

ALGUACIL.

Que me pesa en los ojos os confieso.

CELIA.

Dejalde libre.

ALGUACIL.

Puesto, dama hermosa,
que os debo (1) obedecer, la parte aguarda.

CELIA.

Pues si lo pago yo, ¿qué os acobarda?

ALGUACIL.

¿Cuándo?

CELIA.

Luego.

ALGUACIL.

Yo entro.

FÉLIX.

¿Qué es aquesto?

(*Váyanse el* ALGUACIL *y* ESCRIBANO.) (2)

FLORENCIO.

Que Celia, como ves, quiere pagallos (3).
¡Piadosa acción!

FÉLIX.

No sé qué sienta desto (4).

FLORENCIO.

Yo sí, pues sé que te parece en dallos (5).

FÉLIX.

Conozco bien lo que te debo en esto.

FLORENCIO.

Aun bien, que no podrás sacrificallos (6)
a Prudencia, cual sueles.

FÉLIX.

Un secreto
quiero decirte.

---

(1) B: "no hay remedio".
(2) B: "FEL. Ni en ramas, pienso yo.—FL. Ni hojas. F. Bien dices."
(3) B: "ALGUACIL."
(4) ("*Salga* CELIA *a la ventana*.")

(1) B: "que os quiera".
(2) Falta esta acotación en A.
(3) B: "pagarlos".
(4) B: "FÉL. Piadosa acción; no sé qué sienta desto."
(5) B: "darlos".
(6) B: "sacrificarlos".

FLORENCIO.

No serás discreto.

FÉLIX.

Hoy le envié a pedir solos cien reales
sobre un diamante vil, y con Galindo
los cien escudos me envió cabales,
que al loco gusto de Prudencia rindo.

FLORENCIO.

¿Sabe que tú la quieres?

FÉLIX.

Con señales
de celos; no por ser galán y lindo,
a la traza de algunos marquesotes
más tiesos y emplumados que virotes;
mas porque muchas veces las mujeres
quieren bien a quien quiere (1) en otra parte.

FLORENCIO.

Envidia natural. ¡Dichoso eres!

(GALINDO.) (2)

GALINDO.

Las nuevas y el bolsillo vengo a darte.

FÉLIX.

¿Qué compró?

GALINDO.

Dos papeles de alfileres,
con que, por dicha, quieren hechizarte,

[*Autógrafo, fol. 13 v.*]

pues ya tendrán su corazón de cera (3).

FLORENCIO.

Harto más blando (4) el de don Félix fuera.

FÉLIX (5).

Ya llevan los ministros el dinero.

GALINDO.

¿Qué dinero, señor?

FÉLIX.

Tres mil reales
que Otavio me prestó, cobrador fiero.

GALINDO.

¿Y quién los paga?

FÉLIX.

Celia.

GALINDO.

¿Hay más señales
de una piadosa voluntad? ¿Qué espero
que no beso mil veces los umbrales
desta puerta (1) en que pone sus chapines?

FÉLIX.

¿Principios son de amor temer los fines? (2)

(*Entre* LISENO.) (3)

LISENO.

Ya me cuesta mil pasos el buscaros (4),
a esta calle otras tantas he venido (5).

FÉLIX.

Liseno amigo, en esos brazos caros
premio al amor, perdón al error pido.

LISENO.

Una carta de Lima vengo a daros.

FÉLIX.

¿Carta de Lima? Perderé el sentido.
¡Gran ventura, Galindo!

GALINDO.

Tal se estima,
que no es posible ya comer sin lima.

LISENO.

Tengo que hacer. Despacio abrid el pliego:
dos o tres cartas son.

FÉLIX.

Id en buen hora,

(*Vase.*) (6)

que a besaros las manos iré luego.
¿Qué dirás desta tú, Florencio, agora? (7)

FLORENCIO.

Que gastes loco y que te pierdas ciego;

---

(1) B: "estiman a quien quiere".
(2) "Sale Galindo."
(3) B: "con que por dicha quiere enhechizarte pues ya tendrá su corazón de cera".
(4) B: "blando".
(5) Falta en B la indicación de persona que habla.

(1) B: "tierra".
(2) B, sin indicar que es Félix el que habla, "principio".
(3) B: ("*Salga* LISENO *con unas cartas.*")
(4) B: "hallaros".
(5) B: "a esta calle mil veces he venido".
(6) Falta en A esta acotación.
(7) B: "¿Qué dices desto tú, Florencio, aora?"

mas que para pagar a esta señora
guardes siquiera cuatro mil reales.

FÉLIX.

Los diez mil pesos le daré cabales.

GALINDO.

Permíteme, señor, antes que leas,
besar aquesas cartas y, besadas,

[*Autógrafo, fol. 14.*]

los ojos encajar en sus obleas:
¡cómo güelen (1), por Dios, a mareadas.

FÉLIX.

Mejor güelen al oro que deseas.

GALINDO.

Salto, bailo, relincho, doy giradas,
floretas pido, y con las manos solas,
por no haber (2) piernas, hago cabriolas.

FÉLIX.

No hay firma de mi padre; aquí mi her-
me escribe. [mana (3)

FLORENCIO.

¿Pues dice? (4)

FÉLIX.

Desta suerte.

(*Lea.*) (5)

"Como sujeta nuestra vida humana,
nace, hermano don Félix, a la muerte,
nuestro padre murió."

GALINDO.

¡Malo!

FÉLIX.

¡Cuán vana (6)
fué mi esperanza!

FLORENCIO.

En polvo se convierte.

(*Lea.*) (7)

"Deja la pretensión, que tu presencia
importa mucho más, y ten prudencia."
¡Y cómo si la tengo en este pecho!
¡Pluguiera a Dios que no tuviera tanta!

FLORENCIO.

Félix, suspende el llanto sin provecho
y a la partida el ánimo levanta.
Dineros hallarás.

FÉLIX.

Antes sospecho.
que he de morir al levantar la planta.
¿Yo mar? ¿Yo Lima? ¿Pues qué mar y Lima
mayor que el que me anega y me lastima?
¡Mísero yo, que con haber perdido
tal padre (1), perderé también mi hacienda!

FLORENCIO.

¡Bravo veneno han dado a tu sentido!

FÉLIX.

Ansí me precipita amor sin rienda.

FLORENCIO.

¿Quieres que yo, de tu amistad vencido,

[*Autógrafo, fol. 14 v.*]

con tus poderes remediar pretenda
este suceso tuyo, y pase a Lima?

FÉLIX.

¿Hay tan grande lealtad?

FLORENCIO.

Amor me anima.

FÉLIX.

¿Que pasarás el mar? (2).

FLORENCIO.

Y treinta mares.

FÉLIX.

Pues yo te quiero dar amplios poderes,
para cobrar mi hacienda.

FLORENCIO.

No repares
en lo que he de dejar; mi amigo eres.

FÉLIX.

En oro has de traer cuanto cobrares

FLORENCIO.

En plata bastará, si darlo quieres,
pues ha de hacer más bulto y más ruído.

---

(1) B: "huelen".
(2) B: "hacer".
(3) B: "No hay carta de mi padre aquí, mi hermana."
(4) B: "¿Cómo dice?"
(5) B: ("*Lee* DON FÉLIX.")
(6) B: "vano".
(7) B: ("*Lee* DON FÉLIX.")

(1) B: "mis padres".
(2) B: "la mar".

FÉLIX.

¿Cuándo te partirás?

FLORENCIO.

Ya estoy partido.
Trátame bien, don Félix, en ausencia
esta mitad del alma que te he dado.

FÉLIX.

¿Con qué dinero irás?

FLORENCIO.

Pide a Prudencia
que te le dé, pues es razón, prestado.

FÉLIX.

A Celia es más seguro.

FLORENCIO.

La licencia
de mis padres me aflige.

FÉLIX.

A mí el cuidado
de perderte, Florencio de mis ojos.

FLORENCIO.

Y a mí el dejarte a padecer enojos.

FÉLIX.

En llegando a Sevilla, mi Florencio,
que me escribas muy largo te suplico.

FLORENCIO.

En partidas de amor habla el silencio,
mejor con él al alma significo (1).

DON FÉLIX.

¡A qué muerte tan larga me sentencio!

FLORENCIO.

En ocho meses vuelvo a hacerte rico.

DON FÉLIX.

¿Qué te apartó de mí?

FLORENCIO.

No me (2) detengas.

DON FÉLIX.

Pero es mejor, porque más presto vengas.

[*Autógrafo, fol. 15.*]

(*Entren* DON ALONSO, CELIA, LISARDO.) (3)

ALONSO. Digo que los vi salir,
y todo me lo han contado.
CELIA. Es verdad que lo he pagado.
ALONSO. ¿Pues cómo podré sufrir,
Celia, tan grande insolencia?
¿Tú pagas tres mil reales
por tu gusto? (1).
CELIA. A tiempo sales
con tan baja impertinencia,
que pienso que has de obligarme
a decirte mil locuras.
ALONSO. ¡Harto bien, prima, procuras,
discreta, desenojarme! (2)
CELIA. Gastas mi hacienda muy loco
con quien sabes, pues es parte
a que no quieras casarte
y que me tengas en poco;
¿y reparas en que yo
le dé a un pobre caballero
tres mil reales?
ALONSO. No quiero
que tú los des.
CELIA. ¿Por qué no?
ALONSO. Porque tú no has de mandar
en esta hacienda.
CELIA. ¿Pues quién?
ALONSO. Yo solamente.
CELIA. ¡Harto bien!
LISARDO. Si yo me atreviera a hablar,
procurara moderaros.
CELIA. No hay que moderar aquí;
porque a heridas contra mí,
no quiero ajenos reparos.

[*Autógrafo, fol. 15 v.*]

Si don Alonso camina
a casarse con Prudencia,
y por no pedir licencia
el matarme determina (3),
saque la espada, que ya
no podrá darme veneno.
ALONSO. ¡Vive Dios que estoy ajeno
de tal maldad!
LISARDO. Claro está.
Esto es enojo, señor.
ALONSO. Nunca hablara en el dinero.
CELIA. Ya sé que esperas.
ALONSO. ¿Qué espero?
CELIA. Que, viendo tanto rigor,

(1) B: "con él el alma significo".
(2) B: "te".
(3) B: ("*Váyanse todos y salgan* CELIA, ELENA, DON ALONSO *y* LISARDO.")

(1) B: "por un hombre".
(2) B: "desenojarte".
(3) B: "darme muerte determina".

pierda mi hacienda y te diga
que ya no quiero (1) casarme.

ALONSO. Mucho quieres obligarme.

CELIA. Antes mi amor no te obliga.

ALONSO. Pues hagamos una cosa.

CELIA. Si es dejarnos de casar,
no podemos acetar
ninguna más provechosa (2).

ALONSO. ¿Tanto, señora, te enfado?

CELIA. Eres muy soldado, primo,
y aunque soldados estimo,
te quisiera más quebrado.

ALONSO. No puedo ya ser entero,
pues me quieres dividir:
pero podremos partir
esta hacienda.

CELIA. ¿Quieres?

ALONSO. Quiero (3).

[*Autógrafo, fol. 16.*]

CELIA. (4) Pues sea con bendición
y hagamos una escritura,
con que yo quede segura
y tú, desta partición (5).

LISARDO. ¿Es posible que intentáis
tan extraño desatino?

ALONSO. Que nos importa imagino.

LISARDO. Mejor es que en paz viváis.
¿Qué le toca a cada uno?

ALONSO. Más de quince mil ducados.

LISARDO. Treinta mil tendréis casados (6).

CELIA. Penas, sin gusto ninguno.

ALONSO. Ahora bien, aquesto es hecho;
voy a buscar (7) un letrado.

CELIA. Nunca otro gusto me has dado.
esa prudente señora.
Y hágate muy buen provecho

ALONSO. ¿Pues tú pones falta en ella?

CELIA. Antes pretendo querella
y servilla desde agora (8);
llévale (9) esta sortija,
no la de aqueste diamante;
que aunque es pequeño (1), es gigan- [te.

ALONSO. No hay cosa que no rija,
Lisardo, por interés.
¿Barato también me das?
Quiero tomalle.

CELIA. Y podrás
besalla (2) por mí los pies.

[*Autógrafo, fol. 16 v.*]

ALONSO. A lo menos le diré
que a la sortija he jugado
y aqueste premio ganado.

CELIA. Si es sortija, escucha.

ALONSO. ¿Qué?

CELIA. Lleva letra.

ALONSO. ¿De qué modo?

CELIA. Suerte me dió libertad;
sortija es suerte.

ALONSO. Es verdad.

CELIA. Pues ésa lo puede todo.

(*Váyanse los dos. Entre* GALINDO.) (3)

GALINDO. Aguardando (4) a que se fuese,
mediante puerta, encubierto,
sospecho que me he comido.

CELIA. ¿Tapices comes?

GALINDO. Si tengo
tal hambre, ¿de qué te espantas?
Demás que fué dicha el serlo
de verduras, y comí
por donde estaba un conejo.

CELIA. ¿No te di ciertos doblones?

GALINDO. Con la prudencia se fueron,
que se gastan los demás,
que es muy prudente mi dueño.

CELIA. ¿Luego ya se los pescó?

GALINDO. Mayor mal, peor suceso
tenemos agora (5).

CELIA. ¿Cómo?

GALINDO. Cuando esperaba contento
don Félix con estas cartas,
no menos que diez mil pesos (6),
por pesos vienen pesares.

---

(1) B: "no puedo".
(2) B: "tan provechosa".
(3) *Alon.* ...esta hacienda. ¿Quieres?
Cel. Quiero."
(4) B: "ALONSO."
(5) B: "con que tú quedes segura
y yo, desta partición".
(6) B: "doblados".
(7) B: "llamar".
(8) B: "aora".
(9) B: "y llevarle".

(1) B: "que aunque pequeño".
(2) B: "besarle".
(3) B: ("*Vanse* DON ALONSO *y* LISARDO; *queden* CELIA *y* ELENA *y salga* GALINDO.")
(4) B: "Esperando."
(5) B: "aora".
(6) B: "Tres mil pesos."

[*Autógrafo, fol. 17.*]

CELIA. ¿Pesares?
GALINDO. Su padre es muerto.
CELIA. ¡Gran lástima!
GALINDO. No era mucha (1)
a tener acá el dinero.
CELIA. ¿Luego iráse tu señor?
GALINDO. Antes despacha a Florencio
con poderes para todo.
CELIA. Por las nuevas darte quiero (2)
un vestido.
GALINDO. Mejor fuera
que le dieras a mi dueño;
que yo comoquiera paso.
CELIA. ¿Pues no le tiene?
GALINDO. Está hecho
un túmulo de bayeta (3).
CELIA. Pues, como tengas silencio,
yo le enviaré que se vista.
GALINDO. Callaré como un discreto.
CELIA. Bien dices, que es hablar mucho
ejecutoria de necios.
GALINDO. Mas, ¿cómo ha de ir a las Indias (4)
Florencio, sin plus de argento?
CELIA. ¿No irá con seis mil reales?
GALINDO. Y aun con cinco, y aun con me-
[nos (5).
CELIA. Elena, dale a Galindo,
mientras el dinero cuento,
de merendar hasta el tope.

(*Váyase* CELIA.) (6)

GALINDO. Tope un ángel con tu cuerpo
y tu alma de aquí un siglo
tope con el mismo cielo,
y no topes en tu vida
hablador ni lisonjero,
ni hombre a quien le debas nada,
ni topes de noche a tiento (7)
con la espinilla en un cofre.
ELENA. Entra a merendar.
GALINDO. Ya entro,
que también tú para mí,
Elena, sin ser yo griego,

(1) B: "¡Grande mal!—GA. No era muy grande."
(2) "En albricias darte quiero."
(3) Estos dos versos faltan en B.
(4) B: "ha de ir a Indias".
(5) En B dice: "y aun con ciento y aun con menos"; en A parece leerse: "y con cito" o "y comito y aun con menos".
(6) B: ("*Vase.*")
(7) B: "de noche tiento".

eres un diamante al tope.
¿Qué me has de dar?
ELENA. Poco y bueno:
pernil, empanada (1)...
GALINDO. ¡Lindo!
ELENA. ...aceitunas, cardo y queso.
GALINDO. ¡Famoso! ¿Y lo colativo?
ELENA. De Esquivias.
GALINDO. ¡Andallo!
ELENA. ¡Entremos!
¿Pero cómo este tu amo
no tiene agradecimiento?
GALINDO. Calla, Elena, que jamás
perdió el fruto, a lo que pienso (2),
el que siembra en buena tierra.
ELENA. Sois hombres; ninguno creo.

L. D. et M. V. (3)

FIN DEL SEGUNDO ACTO

TERCERO ACTO

DEL "SEMBRAR EN BUENA TIERRA" (4).

(*Entren* DON FÉLIX *y* GALINDO.) (5).

FÉLIX. Con esta resolución,
a Prudencia vengo a hablar.
GALINDO. ¿Qué, en fin (6), te quieres casar?
FÉLIX. Celos u desdichas (7) son,
que ya no los diferencio:
tal mi sentimiento está.
GALINDO. ¿No aguardarás, pues que ya
no puede tardar Florencio,
a saber qué hacienda tienes?
FÉLIX. Qué se yo si ha de volver
con esta flota, o poner

(1) B: "empanadas".
(2) B: "entiendo".
(3) "Laus Deo et Mariae Virgini."
(4) Reparto de este acto:

"HABLAN EN EL 3.º ACTO:

GALINDO.	INÉS.
DON FÉLIX.	FLORENCIO.
DON ALONSO.	BENITO.
LISARDO.	PEDRO.
DOÑA PRUDENCIA.	GONZALO.
ELENA.	ANTONIO.
DOÑA ANA.	RISELO, *criados*."
CELIA.	

(5) B: ("*Salgan* GALINDO *y* DON FÉLIX.")
(6) B: "En fin."
(7) B: "celos o desdichas".

en contingencia mis bienes?
GALINDO. Yo sé que viene con ella
de cierta mujer honrada.
FÉLIX. Si son suertes, todo es nada;
no pongas crédito en ella,
que te darán el castigo
que merecen sus engaños...
GALINDO. Yo he visto los desengaños (1)
y sus enredos (2) maldigo.

[*Autógrafo, fol. 1 v.*]

¡Quien las ve poner las habas,
el pan, dinero y carbón...!
FÉLIX. Tretas (3) del demonio son,
a quien sirven como esclavas.
Mas dejando sus locuras,
y venga cuando viniere
Florencio, hoy el amor quiere
tender las alas seguras,
volando por el estado
del matrimonio.
GALINDO. Es esfera
donde descansa.

(PRUDENCIA *y* INÉS.) (4)

PRUDEN. Aquí espera.
INÉS. Ya vas el color quebrado.
PRUDEN. Quiere don Félix hablarme,
y pienso que es desafío.
FÉLIX. Nunca supo el amor mío,
Prudencia, más que matarme.
A quien yo desafiara
fuera a tu injusto desdén,
y matárame tan bien (5),
que mi amor no le matara.
Dos años que te he servido,
quieren hoy su galardón (6),
y volver por (7) la opinión
que en escucharme (8) has perdido.
Resuélvete a ser tan mía
como mi fe (9) te merece,

[*Autógrafo, fol. 2.*]

pues quien el alma te ofrece,

(1) B: "sus desengaños".
(2) B: "errores".
(3) B: "Trazas."
(4) B: ("DOÑA PRUDENCIA *y* INÉS *salgan.*")
(5) B: "también".
(6) B: "hoy quieren el galardón".
(7) B: "volviendo por".
(8) B: "en quererte yo".
(9) B: "como mi amor".

claro está, que se desvía
de todo humano interés.
PRUDEN. Don Félix, que yo ganara
tanto honor, cosa es tan clara
que menos el sol lo es:
Pero mi hacienda es muy poca,
y tú muy gran caballero,
tan liberal, que el dinero
no para en ti, si no toca.
Para tus obligaciones
y las de mi casa honrada,
toda mi hacendilla es nada,
si en otro estado la pones.
Está cierto que te estimo (1),
que te adoro y que te quiero;
pero aqueste caballero,
este don Alonso, primo
de Celia, a quien tú conoces,
desde que vino de Flandes,
con diligencias tan grandes
que a los dos nos cuestan voces,
intenta mi casamiento,
y la palabra le he dado,
y para tomar estado,
es menester fundamento.
Celia y él han dividido

[*Autógrafo, fol. 2 v.*]

treinta mil ducados ya;
pues con quince, claro está
que es bueno para marido (2).
Tú, Félix, para mi gusto
fueras cuanto puede ser;
pero yo no soy mujer
que he de hacer lo que no es justo.
Tú estás en grande pobreza (3),
mal puedo yo remediarte;
porque en lo que es (4) estimarte
por tu talle (5), tu nobleza
y entendimiento, a ninguna
daré en el mundo ventaja.
FÉLIX. Por ti he llegado (6) a tan baja,
vil y desigual fortuna;
por ti a perder de quien soy;
por ti, Prudencia, sin ella,

(1) B: "Imagina que te estimo."
(2) Falta en B esta redondilla.
(3) B: "con grande pobreza".
(4) B: "porque lo que es".
(5) B: "por tu sangre".
(6) B: "venido".

a estado que (1) me atropella
tu desprecio; pero doy
gracias a tu libertad;
que con este desengaño,
daré (2) remedio a mi daño
y fin a mi necedad.
Lo padecido por ti
está muy bien empleado,
más por haber (3) enseñado
a tomar ejemplo en mí (4),

[*Autógrafo, fol. 3.*]

que porque ha de dar vitoria
a tu ingenio y hermosura;
pues culparán mi locura
los que supieren mi historia.
Limpiamente he servido,
con gran respeto y cuidado;
ser por pobre desechado (5)
a muchos ha sucedido
hartos mejores que yo.
Goza dese caballero;
gran señor es el dinero;
dile: "Sí", y al amor: "No".
Que si esta noche llegara
de las Indias un amigo,
privando interés contigo,
él perdiera y yo ganara.

PRUDEN. Las haciendas, en la muerte,
padecen diminución;
las Indias muy lejos son (6).
Y cuando con buena suerte
venga Florencio de allá,
no te han de faltar a ti
casamientos.

FÉLIX. Es ansí.
En fin, tú lo quedas ya.

PRUDEN. Don Alonso, mi señor,
es dueño de aquesta casa.

[*Autógrafo, fol. 3 v.*]

FÉLIX. Ninguna desdicha pasa
como el desprecio, el amor.
Que si en los celos es necio,
en la ausencia desdichado
y en el olvido engañado,
todo lo tiene el desprecio.
Hoy, por el último día,
esta sortija te doy:
porque veas que no estoy
tan pobre como solía.
No quiero sacar de aquí
más que el alma.

PRUDEN. Ya no es justo
que la tome.

FÉLIX. Hazme este gusto.

PRUDEN. ¿Por qué razón?

FÉLIX. ¡Oye!

PRUDEN. Di.

FÉLIX. Cuando sacan un demonio
siempre le piden señal;
mi amor lo ha sido, y por tal,
deja aqueste testimonio (1).
¡Maldiga el cielo mis pies,
si aquí otra vez se pusieren,
y mis ojos si te vieren!

PRUDEN. No lo cumplirán (2) después.

FÉLIX. No, Prudencia; pues mi injuria
bien puede haberte enseñado
que no hay amor despreciado
que no se convierta en furia.

(*Váyase* DON FÉLIX.) (3)

[*Autógrafo, fol. 4.*]

INÉS. ¿Qué habéis tratado (4) los dos
que desta suerte se va?

PRUDEN. Lástima Félix me da,
que le quiero bien, por Dios,
y lo merece su estilo;
pero con tanta pobreza,
no hay talle (5), amor ni nobleza.

(DON ALONSO *y* LISARDO.) (6)

ALONSO. Esto responde Teófilo.

LISARDO. ¿Aquí está Prudencia?

PRUDEN. Aquí,
quien tanto te (7) estima, está.

ALONSO. No puedo, Prudencia, ya (8)
cumplir lo que prometí.

PRUDEN. ¿Qué dices? (9)

(1) B: "a tiempo que".
(2) B: "pondré".
(3) B: "haberme".
(4) B: "en ti".
(5) B: "despreciado".
(6) B: "muy lejos las Indias son".

(1) B: "pide aqueste testimonio".
(2) B: "cumplirá".
(3) B: ("*Váyanse* DON FÉLIX *y* GALINDO.")
(4) B: "hablado".
(5) B: "ni hay sangre".
(6) ("*Salgan* LISARDO *y* DON ALONSO.")
(7) B: "tanto os".
(8) B: "No tiene remedio ya."
(9) B: "¿De qué suerte?"

ALONSO. Habrá ocho meses
que una escritura juramos
yo y Celia, y determinamos (1)
por pendencias e intereses,
que partiendo nuestra hacienda,
cada uno se casase
donde quisiese, y buscase
más a su gusto su prenda.
Agora, no sé por dónde,
el testamento mirado
de quien lo tiene (2) en cuidado,
para ver si corresponde
la ejecución a lo escrito,
hallan que está defraudado
y que no le vió (3) el letrado,

[*Autógrafo, fol. 4 v.*]

a quien la culpa remito.
Y cierta ley explicaban
para declararlo todo
con otra ley, que, a su modo,
Severina la llamaban (4).
Su padre, a la tal, dejó
su hacienda; si se casase
con tal hombre, o si faltase (5),
que la perdiese. El murió,
y preguntado (6), Prudencia,
el jurisconsulto advierte
que no la pierde en su muerte,
y le adjudica (7) la herencia.
Pero este caso presente
es diferente, y ansí,
yo por ella, ella por mí,
la perdemos claramente.
Piden, pues, las obras pías
estos treinta mil ducados;
yo, siguiendo a los letrados,
dejo necias fantasías,
y me pretendo casar
para no perder mi hacienda,
pues cuando Celia no emprenda
lo mismo le han de quitar
la suya y dármela a mí:
porque dice el testador

(1) B: "y nos concertamos".
(2) B: ""le tiene".
(3) B: "lo vió".
(4) B: "llamaba".
(5) B: "con tal hombre y si él faltase".
(6) B: "y consutado".
(7) B: "adjudicar".

[*Autógrafo, fol. 5.*]

que se me dé de rigor (1)
si no faltare por mí.
PRUDEN. ¿Hay tan graciosa venida,
ni deshecho casamiento
con tan peregrino cuento?
ALONSO. Yo he de pasar mala vida;
¿pero qué tengo de hacer?
¿tengo de quedar perdido?
PRUDEN. ¿Cuando el ser tú mi marido
doy a todos a entender,
me vienes muy majadero
a decir que has de casarte
con Celia, porque la parte
no pierdas de su dinero? (2)
¿Y me cuentas que el letrado
trujo (3) la ley Severina,
que este caso determina
por lo contrario (4) mirado?
¿Y luego también me cuentas
lo que dijo el testador,
con que con todo rigor
a cumplillo te presentas?
¿Hay tal gracia? ¿Hay tal entra- [da?
¿Pues qué tengo yo que ver
con el testador, si ayer
contigo estaba casada
y hoy me vienes a decir
que tu interés determina
lo que la ley Severina

[*Autógrafo, fol. 5 v.*]

quiere enseñarte a mentir? (5)
A la fe que te agradó
Celia, que te puso el lazo (6)
con algún azul puñazo
que hasta los codos sacó.
Y arrepentido de mí
vuelves (7) a que amor te imprima
los treinta mil de la prima,
cuando yo pierdo por ti
un marido, un caballero,
que no puedes descalzalle
ni en la sangre ni en el talle (8).

(1) B: "que se me debe en rigor".
(2) B: "tu dinero".
(3) B: "trajo".
(4) B: "el contrario".
(5) B: "fingir".
(6) B: "al lazo".
(7) B: "vienes".
(8) B: "ni el talle".

Pues queda para grosero,
que no pienso, aunque a mi amor
tan mal galardón le das,
volverte a escuchar jamás
lo que dice el testador (1).

(*Váyase.*) (2)

LISARDO. Bravamente se ha enojado.

ALONSO. Eso yo me lo sabía;
pero sobre hacienda mía
no quiero pleito cansado.
Celia es hermosa y mi prima;
lo que el pleito ha de comer
comeré con mi mujer,
si, como pienso, me estima.
La información en derecho,
con mil leyes importuna,
se remita a la tribuna
y a un sacristán de buen pecho.

[*Autógrafo, fol. 6.*]

Vamos a verla.

LISARDO. Por Dios,
que andas cuerdo y muy honrado.

ALONSO. Del cielo estaba ordenado
que nos casemos los dos.

(CELIA y DON FÉLIX.) (3)

FÉLIX. Si venido, Celia, hubiera
Florencio, mi grande amigo,
hoy me casara contigo,
o la razón se atreviera;
que tantas obligaciones
y tan piadosos oficios,
tan notables beneficios
y en tan grandes ocasiones (4)
como vas sembrando en mí,
que no seré tierra ingrata;
amor con el alma trata,
que se te paguen ansí.

CELIA. ¿Yo para qué he menester
que Florencio haya venido,
ni sé si hacienda has tenido,
ni sé si la has de tener?
Hay ricos, cuya opinión
se acaba en la sepultura;
la hacienda en ti más segura
es tu talle y discreción.
Si yo en algo te he servido,
bien sabes que no he pensado
en las Indias que has dejado,
sino en estas que has traído.

[*Autógrafo, fol. 6 v.*]

Esta riqueza me agrada,
en ella mi gusto fundo,
porque no hay oro en el mundo
como un alma bien templada.
Tengo quince mil ducados,
y a ser todos treinta mil
a tus pies por cosa vil
los ofreciera arrojados (1).
Las que casan sin su gusto (2),
es no llegar a saber
a qué duele (3) amanecer
al lado de su disgusto.
Más precio yo ver al mío
darme el (4) sol los buenos días,
que cuantas mercaderías
pasan de Sevilla el río
y vuelve en oro la mar.

FÉLIX. Por no saber si soy pobre
o rico hasta que me sobre,
no me atrevo a declarar.

CELIA. Dime tú que en el anzuelo
de Prudencia estás asido,
con que nunca me has querido,
y no culpes tu (5) buen celo;
que aunque es tan poco mi dote,
bien pudiéramos pasar,
sin aguardar a que el mar
se sosiegue o se alborote (6).

[*Autógrafo, fol. 7.*]

¡Ay, don Félix, cómo tengo
gran lástima de tus años!

FÉLIX. ¿Piensas tú que con engaños
tu pensamiento entretengo?
Viven tus hermosos ojos,
que hoy no verla más juré.

CELIA. Deja mis ojos. Si fué
juramento por enojos,
nunca estaréis más seguros;

(1) B: "lo que dijo el testador".
(2) B: ("*Váyanse* DOÑA PRUDENCIA *y* INÉS; *queden* LISARDO *y* DON ALONSO.")
(3) B: ("*Váyanse y sale* DON FÉLIX, CELIA, ELENA *y* GALINDO.")
(4) B: "en tan buenas ocasiones".

(1) Falta en B esta redondilla.
(2) B: "La que no casa a su gusto."
(3) B: "lo que duele".
(4) B: "dar al".
(5) B: "mi".
(6) B: "se sosiegue o alborote".

pues la antigüedad decía
que Júpiter se reía
de los amantes perjuros.

FÉLIX. Terrible (1) estás.

CELIA. Antes tal
que no quieres entenderme,
o tu entendimiento duerme
o es mi desdicha mortal.

FÉLIX. ¿Luego tú das a entender
que te casarás conmigo?

CELIA. Tú no entiendes lo que digo,
porque eso debe de ser (2).

FÉLIX. Pues ves aquí dos mil manos.

CELIA. Una sola quiero yo.

FÉLIX. El alma las ofreció.

CELIA. Dejemos concetos (3) vanos,
pues te doy sola la mía (4),
y con ella un alma esclava;
que quien dos mil manos daba,
dos mil mujeres quería.

ELENA. Tu primo, señora, viene.

[*Autógrafo, fol. 7 v.*]

CELIA. Vete, Félix, por allí (5).

(*Váyase* DON FÉLIX. DON ALONSO.) (6)

ALONSO. Después (7) que informado fuí,
prima, que a los dos conviene,
para no perder la hacienda,
que ya piden obras pías,
dejar cansadas porfías (8),
tomé de mi error enmienda (9),
y determiné (10) casarme;
esto vengo a confirmar.

CELIA. ¿Que no te quieres cansar
de cansarte y de cansarme?
¿Qué dices?

ALONSO. Que los letrados
dicen que las obras pías
tienen justicia.

CELIA. Estos días
debéis de andar enojados;
allá pierdes y aquí cobras;
a lo menos tus porfías
no serán las obras pías,
sino las crueles obras.
¿Qué me quieres? ¿En mi casa
tu hacienda tienes? ¿Qué esperas?

ALONSO. Celia, deja las quimeras (1),
porque mi paciencia pasa,
y resuélvete a querer
ser mía o perder tu hacienda (2).

CELIA. ¿Qué hacienda habrá que pretenda
con pensión de tu mujer? (3)

ALONSO. No vengo yo muy contrito,

[*Autógrafo, fol. 8.*]

si va a decir la verdad,
mas mira que la mitad
me ha de tocar por lo escrito,
y que has de quedar perdida.

CELIA. Yo quedaré tan ganada
como mejor (4) empleada
y a mejor dueño ofrecida;
y digo que desde aquí
es tuya la hacienda toda;
tú la goza y acomoda
como cosa para ti.

LISARDO. ¡Señora, señora! Advierte
que es ya desesperación.

CELIA. ¿Sabes que los gustos son,
necio, la cosa más fuerte?
¿Pues qué me estás porfiando?

LISARDO. Vete en buen hora.

CELIA. Sí haré,
pues más buenas (5) las tendré
perdiendo que no ganando.

(*Vase.*) (6)

ALONSO. ¡Extraña cosa!

LISARDO. ¡Terrible!

ALONSO. ¿Hay tan fiero aborrecer?

LISARDO. Angel es esta mujer,
que dejar es imposible
lo que una vez aprehende.

ALONSO. Ella parle dese modo;

---

(1) B: "cansada".
(2) B: "Eso es lo mismo que digo
si lo quieres conocer."
(3) B: "conceptos".
(4) B: "Pues te doy aquí la mía."
(5) B: "aquí".
(6) B: ("*Váyanse* DON FÉLIX *y* GALINDO; *salgan* DON ALONSO *y* LISARDO.")
(7) B: "luego".
(8) B: "dejar necias fantasías".
(9) B: "la enmienda".
(10) B: "determino".

(1) B: "esas quimeras".
(2) B: "mi hacienda".
(3) B: "su mujer".
(4) B: "cuanto mejor".
(5) B: "mejores".
(6) B: ("*Váyanse* CELIA *y* ELENA; *queden* DON ALONSO *y* GALINDO.")

que yo cargaré con todo,
pues por su gusto lo vende.
Pienso que esta resistencia
emprende algún fin secreto.

[*Autógrafo, fol. 8 v.*]

ALONSO. ¿Qué importa, si surte efeto (1)
de treinta mil y Prudencia?

(*Salgan* (2) DON FÉLIX *y* GALINDO.)

FÉLIX. Ya, en efeto, estoy casado.
GALINDO. No era dote para ti,
según ayer entendí
de un mercader, hombre honrado.
FÉLIX. ¿Pues qué?, ¿dice que hay dinero?
GALINDO. Dice que es cosa de espanto.
FÉLIX. El crédito será tanto;
menos, en sustancia, espero;
pero yo te constituyo
juez de esta causa.
GALINDO. Y yo
digo que Dios no crió
oro en las Indias, no el tuyo,
para pagar lo que debes
a Celia; que si heredaras (3)
un mundo y se le postraras (4),
eran gratitudes breves.
FÉLIX. ¿Quieres, Galindo, creerme?
No sé qué trujo en los ojos (5),
o lo hicieron los enojos,
que sentí en ellos arderme.
GALINDO. ¿Luego ya la quieres bien?
FÉLIX. De obligado y de ofendido.
GALINDO. El amor se ha convertido
en la venganza tan bien (6),
que muchas veces, quien ama

[*Autógrafo, fol. 9.*]

muda sujeto, y no es necio
por vengarse de un desprecio
de quien la deja y desama (7).
¿Pero qué ruído es éste?
FÉLIX. Mulas, acémilas, cargas.
¿Qué es esto?

(1) B: "si es este efeto".
(2) B: ("*Váyanse y salgan* GALINDO *y* DON FÉLIX.")
(3) B: "y digo que si heredaras".
(4) B: "prestaras".
(5) B: "que he visto en sus ojos".
(6) B: "también".
(7) B: "de quien le ofende y desama".

(FLORENCIO *y tres criados,* PEDRO, GONZALO, ANTONIO.) (1)

FLOREN. Dame esos brazos (2).
FÉLIX. ¡Oh fin de mis esperanzas!
¿Es Florencio?
FLOREN. ¿No me ves?
FÉLIX. Deja que descanse el alma
en tus brazos, dulce amigo (3).
después de ausencia tan larga.
FLOREN. Bien lo ha menester la mía.
FÉLIX. ¿Cómo vienes?
FLOREN. Como baja (4)
el agua a la amada tierra,
y espera el sol la mañana.
¿Tú, cómo estás?
FLOREN. Como quien
camina escuras montañas (5),
noche de invierno y perdido.
GALINDO. Dejad que quepa entre tantas
lisonjas alguna mía (6).
FLOREN. ¡Galindo!
GALINDO. ¡Félix de España,
Patroclo de Aquiles griego,
Pílades que a Orestes ama,
Polinices de Eteocles (7),
Acates de Eneas!
FLOREN. ¡Basta!
GALINDO. ¡Polux de Castor!
FLOREN. No más.

[*Autógrafo, fol. 9 v.*]

GALINDO. Mereces más alabanzas
que todos aquestos juntos.
FLOREN. ¡Bravas historias ensartas!
GALINDO. Soy notable historiador,
direte cuarenta cargas
de nietos del rey Miturrio,
cuando vino de Bretaña.
FÉLIX. ¿Podréte yo preguntar
si has negociado?
FLOREN. ¿No hablan
esos criados por mí?
De tu padre son. ¿Qué aguardas?
ANTONIO. Danos a todos los pies.

(1) B: ("*Salga* FLORENCIO, *de camino,* ANTONIO, PEDRO *y* GONZALO, *criados.*")
(2) B: "los brazos".
(3) B: "caro amigo".
(4) B: "vaya".
(5) B: "ascuras, montaña".
(6) B: "alguna lisonja mía".
(7) B: "Polimides de Teocles."

PEDRO. (1) Agora la prueba es clara
de que en entrando en la corte,
se olvidan cuantos la tratan.
GONZALO. ¡Bien dices! Que del olvido
se vende pública el agua (2).
FÉLIX. Antonio, Pedro, Gonzalo,
¿cómo dejáis a mi hermana?
FLOREN. Eso (3) yo responderé.
Parecióme que mandabas
que te trujese (4) tu hacienda,
y como joya más cara,
no hay en ella para ti (5)
que mi señora, doña Ana,
también la truje (6) conmigo.
FÉLIX. ¿A mi hermana?
FLOREN. A esas criadas

[*Autógrafo, fol. 10.*]

decid la bajen (7) del coche.
FÉLIX. ¿Tantos bienes? ¿Dicha tanta?
FLOREN. Mayor la fué para mí,
que me ha enamorado el alma.

(DOÑA ANA, *de camino.*) (8)

ANA. ¿Puedo llegar a tus brazos? (9)
FELIX. Puedes, mi querida hermana.
ANA. El venir sin tu licencia,
una jornada tan larga,
me dió temor de tu enojo.
FÉLIX. Si vienes acompañada
del otro yo, ¿qué más honra?
¿Qué seguridad más clara?
Mas puesto que el alegría,
de veros con tal bonanza,
suspenda (10) el saber las cosas
que tengo tan deseadas,
no os excuséis de decirme
qué hay de hacienda;
mil deudas y obligaciones,
que me aguardan.
FLOREN. ¿Podrás, don Félix, pagarlas

(1) GONZALO, en B.
(2) Estos dos versos faltan en B.
(3) B: "a eso".
(4) B: "trajese".
(5) B: "para mí".
(6) B: traje".
(7) B: "mandad la bajen".
(8) B: ("*Salga de camino* DOÑA ANA, *hermana de* DON FÉLIX.")
(9) B: "sus brazos".
(10) B: "suspende".

con veinte seis (1) mil ducados?
FÉLIX. ¿Y cómo?
FLOREN. Pues más te alarga (2).
FÉLIX. ¿Llegarán a treinta mil?
FLOREN. Sí llegarán, pues que pasan.
FÉLIX. ¿Cuarenta?
FLOREN. Y más de cincuenta
FÉLIX. ¿Hay ventura tan extraña?

[*Autógrafo, fol. 10 v.*]

FLOREN. Tú tienes cien mil ducados.
FÉLIX. ¿Cien mil?
FLOREN. En oro y en plata.
GALINDO. ¡San Blas!
FÉLIX. ¿Qué dices, Galindo?
GALINDO. Que hoy mato cuatro mulatas
a puro bailar con ellas.
FLOREN. Y las mejores esclavas
de labores (3) y conservas
que a Portugal dieron fama.
FÉLIX. Huélgome que tanta sea
la hacienda, porque mi hermana
tenga el dote que merece.
Entra, señora, y descansa;
que mañana mudaremos
de servicio y de posada.
ANA. Ya sé que estabas muy pobre (4).
FÉLIX. Y muy rico de esperanzas,
que siempre en este camino
me ampara (5) un ángel de guarda.
Aunque me echase a tus pies,
y te diese cien mil almas,
no serán, Florencio mío,
de tu amor bastante paga.
FLOREN. Deja esas cosas y dime
cómo por acá lo pasas.
¿Qué hay de Prudencia y de Celia?
FÉLIX. Que ya Prudencia se casa

[*Autógrafo, fol. 11.*]

con don Alonso, y que Celia
será mi mujer.
FLOREN. ¿Y acabas
contigo de permitir
esa tan nueva mudanza?
FÉLIX. El sembrar en buena tierra
¿no es justo, pues no es ingrata

(1) B: "veinte y seis".
(2) B: "Se alarga."
(3) B: "de servicio y de conservas".
(4) B: ("*Váyase* DOÑA ANA.")
(5) B: "amparó".

que se luzga al dueño suyo? (1)
FLOREN. Cuando yo no te estimara
antes de agora (2), don Félix,
agora te diera el alma.
FÉLIX. Partieron las dos su hacienda,
que porque me estima y ama,
Celia pierde lo demás.
FLOREN. A tales deudas, tal paga.

(*Entre* ELENA.) (3)

ELENA. ¿Está aquí el señor don Félix?
¿Conoces esta criada?
FÉLIX. ¡Oh, Elena!
ELENA. Apenas te ibas,
cuando don Alonso entraba;
hale dicho a mi señora (4)
que si los dos no se casan
perderán toda la hacienda (5)
y que él, por su parte aguarda
ser su marido y cumplir
lo que el testamento manda.
Ella, como al fin te adora,
valiente y enamorada (6),
quince mil ducados pierde
y quince mil lauros gana.

[*Autógrafo, fol 11 v.*]

Dió licencia a la justicia,
y don Alonso señala
los ministros, que ejecutan
rigurosos la cobranza (7).
Toda su hacienda saquean (8),
no le han dejado en la plata
una copa, ni en el oro,
con qué cubrir la garganta.
Ella está sola y diciendo
que le pesa por tu causa,
que, en efeto, estás tan pobre;
mas que es tan bien empleada (9)
la hacienda, por ti perdida,
que es el perderla, ganarla (10).

(1) B: "el dueño mío".
(2) B: "aora".
(3) B: ("ELENA *salga sola.*")
(4) B: "y le ha dicho a mi señora".
(5) B: "perderá la hacienda toda".
(6) B: "determinada".
(7) B: "riguroso los ministros
que ejecuten la cobranza".
(8) B: "toda la casa saquean".
(9) B: "más que está bien empleada".
(10) B: "porque es perderla, ganarla".

Suplícate que la (1) veas.
FÉLIX. Pobre estaba, y a Dios gracias,
tengo, Elena, aquesta noche
cien mil ducados, que tanta
merced recibo (2) del cielo.
ELENA. ¿Qué me cuentas? (3)
FÉLIX. Lo que pasa.
FLOREN. Si no lo crees, Elena,
vuelve a mirar esas cajas:
doblones son de Sevilla,
que en tejos truje a su playa.
Su hermana viene conmigo,
con mil preciosas alhajas.
Y para que Celia crea (4)
si en buena tierra sembraba;

[*Autógrafo, fol. 12.*]

hoy seré su labrador
y llevarásle una sarta
de perlas, en vez de trigo,
poco menos que avellanas,
una cadena bien hecha,
de diamantes y esmeraldas (5),
dos gargantillas famosas
y dos pares de arracadas.
No has de decir que lo envía
Félix, sino yo, que tanta
obligación de su parte
sólo con almas se paga.
FÉLIX. Bien digo yo que eres yo.
FLOREN. Allegando van las cargas (6);
ven, Félix, a recibillas (7).
FÉLIX. Perder el seso me falta.
GALINDO. ¿Qué dice la griega Elena?

(*Váyanse los dos.*) (8)

ELENA. Que de suspensa y turbada
no he podido responderle (9).
GALINDO. No ha sembrado mal tu ama.
ELENA. Y tú, ¿no me has de pagar
tantas sobras (10) de empanadas,

(1) B: "le".
(2) B: "recibí".
(3) B: "dices".
(4) B: "vea".
(5) B: "cuatro cadenas preciosas
con diamantes y esmeraldas".
(6) B: "Ya van llegando las cargas."
(7) B: "recebirlas".
(8) B: ("*Váyanse* FLOR. *y* DON FÉLIX; *queden* GALINDO *y* ELENA.")
(9) B: "responderte".
(10) B: "tanta sobra".

tantos torreznos, Galindo,
tanto vino y zarandajas
con que te he dado la vida?

GALINDO. Deja que las cajas salgan,
que ¡vive Dios! que ha de haber
para faldellín de grana.

ELENA. ¿Grana?

GALINDO. ¿Pues la grana es barro?

[*Autógrafo, fol. 12 v.*]

ELENA. ¿En año, Galindo, que andan
pasamanos y tabíes
sobre carnes galicianas,
y las bordadas libreas
sirven de mantas frazadas
en pobres caballerizas
a lacayíferas (1) camas,
me das grana solamente?

GALINDO. ¿Pues qué canal de Bahama
he pasado con tormenta?
¿Qué Canaria con bonanza?
¿Es mío aqueste dinero?

ELENA. Galindo hermano, a quien ama
nunca le falta que dar.

GALINDO. ¿Dar pesadumbres (2) no basta?
Pero ven por estas joyas,
que si aquellas perlas sacan,
dos han de honrar tus orejas,
como dos grandes tinajas.
Pues si los diamantes veo,
te he de dar una diamanta,
que el Arco del Duque apenas
pueda en ladrillo engastarla.

ELENA. Todo lo creo de ti.

GALINDO. Pues dile, Elena, a tu ama
que quien siembra en buena tierra
no menos cosecha alcanza.

(PRUDENCIA *y* RISELO.) (3)

[*Autógrafo, fol. 13.*]

PRUDEN. ¿Qué dices? ¿Estás en ti?

RISELO. Siempre este crédito tengo
contigo.

PRUDEN. Yo a pensar vengo
que te has burlado de mí.

RISELO. Digo que las cargas vi,
los criados, los lacayos,
con más plumas que seis mayos,
colores, trenzas y fajas,
y sobre tercios y cajas,
mulatas y papagayos.

PRUDEN. ¿Papagayos?

RISELO. ¿Nunca has visto
las jaulas sobre las cargas?

PRUDEN. Mucho pienso que te alargas.
¡Qué mal el gusto resisto! (1)
Hoy unas Indias conquisto,
hoy es todo para mí,
hoy el Occidente fuí;
que si don Félix es mío,
cuanto a decírselo envío
dilato el tenerlo (2) aquí.
En fin, ¿Florencio ha traído
toda esa indiana riqueza?

RISELO. Y una dama, que en belleza
la mayor riqueza ha sido.

PRUDEN. ¿De dónde o cómo ha venido?

RISELO. Es de don Félix hermana,

[*Autógrafo, fol. 13 v.*]

que como por la mañana
sale el sol en cercos (3) de oro,
la sirve el rico tesoro
de nubes, de azul y grana.
Madrid no suele espantarse
si no es con grande ocasión,
y de tanta obstentación
yo vi la calle admirarse.
Al acabar de apearse,
pregunté qué le traían,
y uno de los (4) que venían
entre más nobles criados,
respondió: "Cien mil ducados."

PRUDEN. ¡Bien hayan los que porfían!
Esos tengo yo, Riselo,
añadidos a mi hacienda,
siendo don Félix mi prenda,
que ya lo permita el cielo.
Casaréme, ¿qué recelo?
¿Hay ventura semejante?
Acierta quien a su amante
entretiene con prudencia (5),
que sólo en la resistencia

---

(1) B: "lacayseras".
(2) B: "pesadumbre".
(3) B: ("*Váyanse y salgan* DOÑA PRUDENCIA *y* RISELO, *su criado.*")

(1) B: "que mal el gozo resiste".
(2) B: tenerle".
(3) B: "líneas".
(4) B: "y no de los que".
(5) B: "paciencia".

tiene el valor (1) el diamante.
Si yo no fuera quien soy
ya no tuviera deseo
don Félix de hacer empleo
[*Autógrafo, fol. 14.*]
en el alma que le doy.
¡Oh, qué cierta agora estoy
de la ventura que espero!
Ir a ver su hermana quiero
y darle la bienvenida.

RISELO. No serás mal acogida
deste ilustre caballero,
porque yo sé que te adora.

PRUDEN. ¿Y yo no lo sé también,
si en esta calle le ven
la escura (2) noche y la aurora,
cuando el sol los montes dora
y la luna los platea (3),
me sigue, busca y desea?
Ni quejoso ruiseñor (4),
ansí con ansias de amor
selvas y montes recrea (5).
¡Oh, qué ha de hacer si me ve!
¡Oh, lo que (6) me ha de estimar!
Florencio ha pasado el mar,
Florencio a las Indias fué;
pero cuando junto esté
el tesoro que ha traído,
sin mar, sin Indias, yo he sido
para don Félix tesoro,
que no hay como abrazos oro,
para amor después de olvido.
[*Autógrafo, fol. 14 v.*]
Un amante despreciado (7)
pierde el seso de alegría,
cuando ve que su porfía
llega al puerto deseado;
que amor es más estimado
si fué desagradecido;
que el verse favorecido
de quien fué tenido en poco (8)
enseña el gusto a ser loco,
y corre más detenido.

(DON ALONSO *y* LISARDO.) (1)

ALONSO. Con estas nuevas bien puedo
pedir albricias seguro.

PRUDEN. Siempre serviros procuro.

ALONSO. Decirlas quiero sin miedo;
ya por vuestro esclavo quedo,
ya puedo ser vuestro esposo;
que amor es tan industrioso,
que me enseñó sin mi daño (2)
el más dulce (3) desengaño
y el medio más provechoso.
Celia, por no se casar,
quiere su parte perder (4),
con que yo vengo (5) a tener
lo que (6) puedo desear.
Dime tal prisa (7) a cobrar,
que tengo en dinero y prendas
ya juntas (8) las dos haciendas,
que son treinta mil ducados:
[*Autógrafo, fol. 15.*]
buenos para dos casados,
como no alarguen las riendas.
¡Ea! ¿Qué podéis querer?
Esta es mi mano y mi pecho.

PRUDEN. Lo que conmigo habéis hecho
me enseña lo que he de hacer:
que si una noble mujer
lo que merece no alcanza,
pasa luego a la venganza,
y aunque era justo en los dos,
basta tomarla de vos
con hacer esta mudanza.
Cuando salistes de aquí
a buscar una mujer,
busqué un marido por ver
si me despicaba ansí (9).
Yo le hallé tal, que de mí
lástima hubiera tenido
a haberle (10) por vos perdido

(1) B: "halla valor".
(2) B: "obscura".
(3) B: "los Planetas".
(4) B: "ni celoso ruiseñor".
(5) B: "rodea".
(6) B: "o que me".
(7) B: "desdichado".
(8) B: "que amor fué más estimado
si fué desfavorecido
que el verse favorecido
un amante poco a poco".

(1) B: ("*Salgan* DON ALONSO *y* LISARDO.")
(2) B: "ansí a mi daño".
(3) B: "justo".
(4) B: "su hacienda perder".
(5) B: "venga".
(6) B: "cuanto".
(7) B: "priesa".
(8) B: "juntas ya".
(9) B: "despreciaba ansí".
(10) B: "haberle".

y en él tan bien empleada,
que os estoy más obligada
por no me haber conocido (1).
Yo me casé; ya perdistes
la ocasión que yo gané.

ALONSO. ¿Señora?

PRUDEN. Ya me casé.

ALONSO. ¿Tan presto?

[*Autógrafo, fol. 15 v.*]

PRUDEN. Más presto os fuistes,
y pues la culpa tuvistes,
y fué la vuestra el dinero,
por dinero también quiero
dejaros del mismo estilo;
que las heridas del filo
hacen sabroso el acero.

(*Váyase.*) (2)

ALONSO. ¿Qué es esto?

LISARDO. Yo no lo ignoro.

ALONSO. ¿Cómo?

LISARDO. La casa y la calle
deste indiano de buen talle (3)
ocupa un rico tesoro,
y la codicia del oro,
juntándose a tu desprecio (4),
hacen (5) que le tenga en precio.

ALONSO. No es la primera mujer;
puesto que yo vengo a ser (6)
por ella el último necio:
que cuando no me casé
fué por no perder mi hacienda.
Ya, en fin, del indiano es prenda.

LISARDO. En lo que dice se ve,
si bien no suele dar fe (7)
la lengua del corazón.

ALONSO. ¿Tantas las riquezas son?

LISARDO. Una hermana que ha traído,
la mayor riqueza ha sido.

ALONSO. ¿Por belleza o discreción?

[*Autógrafo, fol. 16.*]

LISARDO. Por cincuenta mil ducados
de dote.

ALONSO. Pues esa quiero (1),
de quien tanta dicha espero,
y dejar necios cuidados.

LISARDO. Esos son pasos honrados.

ALONSO. A don Félix quiero hablar:
¿mas cómo tengo de entrar? (2)

LISARDO. Vele a dar el parabién
del suceso (3).

ALONSO. Dices bien.

LISARDO. Ni hay (4) más bien que desear.

ALONSO. ¡Pues alto! Vámosle a ver.

LISARDO. Si en este lazo te veo
no hay que pedir al deseo,
qué esperar ni qué temer,
pues te vienen a traer
oro, hermosura y honor.

ALONSO. Ese viva y muera amor (5),
porque en esta competencia,
perder la misma Prudencia
es la prudencia mayor.

(DON FÉLIX, DOÑA ANA *y* FLORENCIO.) (6)

FÉLIX. Como no has visto a Madrid,
doña Ana, alabas tu tierra.

ANA. Como fué gigante en fama,
parece enano en presencia.

FLOREN. Mientras que no haya subido (7)
a aquella trillada cuesta
de los Olivos del Prado
y dado vuelta a la Tela;
mientras legiones de coches
no ha visto (8) trepar por ella,

[*Autógrafo, fol. 16 v.*]

mirándose unos a otros
con figuras tan diversas;
mientras a sus bellas damas (9),
con puños como rodelas,
desenvainar de sus ojos
espadas de tantas tretas;
mientras que los guantes de ámbar,
con quien la mano encubierta,

---

(1) B: "le haber conocido".
(2) B: ("*Váyase* DOÑA PRUDENCIA *y queden* DON ALONSO *y* LISARDO.")
(3) B: "hidalgo de buen talle".
(4) B: "a su despecio".
(5) B: "hace".
(6) B: "puesto que yo vengo a ser".
(7) B: "nos sabe dar fé".

(1) B: "pues esos quiero".
(2) B: "pero cómo podré entrar".
(3) B: "a su hermana.—LIS. Dices bien".
(4) B: "No hay."
(5) B: "esos quiero y muera amor".
(6) B: ("*Váyanse, y salgan* FLORENCIO, DON FÉLIX *y* DOÑA ANA.")
(7) B: "hayas subido".
(8) B: "has visto".
(9) B: "mientras que sus bellas damas".

por ventanas de soplillo
asoma rayos de estrellas;
mientras que no ve sus galas (1),
invenciones, diferencias
y monstruos (2) de novedades,
no es mucho que se entretenga (3)
en alabanzas de Lima.

FÉLIX. Madrid, de vidas y haciendas
es lima, y lima tan sorda,
que acaban (4) sin que la sientan.

ANA. ¿Cuándo iremos a ese Prado? (5)

FÉLIX. Paréceme que una fiesta,
donde verás qué salidas
le dan adorno y belleza;
otra iremos a Palacio,
que ya tiene descubierta
la cortina de la cara,

[*Autógrafo, fol. 17.*]

aunque la tiene imperfeta;
otra a la Casa del Campo,
bosques, jardines y güertas (6),
no olvidando a Manzanares
las jabonadas riberas,
que por la falta del río
descubren islas de arena.

(*Salga* GALINDO.) (7)

GALINDO. Doña Prudencia está aquí.

FÉLIX. ¿Qué Prudencia?

GALINDO. ¿Qué respuesta?

FLOREN. (8) ¿Parécete que en la corte,
señor, hay (9) muchas Prudencias?

GALINDO. Pocas o muchas, yo digo,
con tu licencia, que aquesta
fué la que...

FÉLIX. ¡Tente, borracho!

ANA. Entre; que deseo verla.

FÉLIX. ¿Haos dicho por el camino
Florencio mis ansias tiernas?

ANA. Las tiernas, no.

FÉLIX. ¿Pues qué dijo?

FLOREN. Las necias.

FÉLIX. Serán discretas

(1) B: "no ves sus galas".
(2) B: "monstros".
(3) B: "que te entretengas".
(4) B: "acaba".
(5) B: "iremos al Prado".
(6) B: "huertas".
(7) Falta en A esta acotación.
(8) En el ms. A falta indicación de persona.
(9) B: "hay. señor".

si la ves (1).

(*Entre* PRUDENCIA.) (2)

PRUDEN. La obligación
del señor don Félix fuerza
mi atrevimiento, y obliga
a daros la norabuena:
esos brazos me debéis.

ANA. Vos me la dais con traerla,
y ellos a pagar me obligan
con los réditos la deuda.

PRUDEN. También al señor Florencio

[*Autógrafo, fol. 17 v.*]

doy el parabién.

FLOREN. No fuera
parabién, no siendo vuestro (3).

GALINDO. Aquí, señor, está Celia.

FÉLIX. ¿Celia? Di que entre.

(CELIA *entre.*) (4)

CELIA. Pensé
ser en veros la primera,
y hanme ganado la mano.

ANA. Mil veces beso las vuestras.
Deseo me (5) habéis cumplido,
que os pagara, si pudiera
con daros todas las Indias.

CELIA. Ya me ha dado parte dellas (6)
Florencio, a quien doy mis brazos.

FLOREN. La voluntad los merezca;
que están las obras corridas,
de verme tan corto en ellas.

ANA. Si Florencio os dió presente,
yo os quiero dar dos cadenas,
que valen por el amor
una infinita riqueza,
y algunos verdes mayates
que rematan oro y perlas.

CELIA ¿Habránse engastado en vos?

ELENA. Señora, tu primo llega
a conocer a don Félix.

CELIA. ¿Pues qué importa que me vea?

(DON ALONSO *y* LISARDO.) (7)

ALONSO. Dando el parabién, don Félix,

(1) B: "si las ves".
(2) B: ("*Salga con manto* DOÑA PRUDENCIA.")
(3) B: "a no ser vuestro".
(4) B: ("*Salgan* CELIA *y* ELENA, *con mantos.*")
(5) B: "mi deseo".
(6) B: "parte en ellas".
(7) B: ("*Salgan* DON ALONSO *y* LISARDO.")

a vuestra dicha, que tenga

[*Autógrafo, fol. 18.*]

los sucesos que merece,
se da (1) a las dichosas prendas
que hoy os vienen de las Indias (2).

FÉLIX. Tomando puerto sus velas
en la merced que me hacéis,
seguras y honradas quedan.

ALONSO. A lo menos, si en mi casa,
la que hoy adorna la vuestra,
estuviera por su dueño,
dichosa mi sangre fuera.
Para cuando acomodéis
vuestras cosas, se reservan
estos deseos.

FÉLIX. Aumento
de honor a mi casa diera;
más fué a las Indias Florencio,
y trujo de allá mi hacienda,
y es bien pagarle el viaje,
y fuera de aquesta deuda,
el partir con los amigos,
fué siempre ley de nobleza;
cien mil ducados (3) se parten
desta suerte, que cincuenta
le tocan, porque mi hermana
la caja en que vayan sea.

FLOREN. Echaréme a vuestros pies.

FÉLIX. Eso fuera si os los diera
sin pensión de una mujer,
no lo agradezcáis con ella.

FLOREN. Dádmela sola y veréis

[*Autógrafo, fol. 18 v.*]

si la estimo.

GALINDO. ¡Calla y pesca!;
que duelos con pan son menos (4).

(1) B: "se da".
(2) B: "que os vienen hoy de las Indias".
(3) B: "escudos".
(4) B: "son buenos".

PRUDEN. ¿Podrá, don Félix, Prudencia,
ya que has casado a tu hermana,
suplicarte que merezca
lo que debes a mi amor?

FÉLIX. A quien pobre me desprecia,
no es justo quererla rico (1);
yo he dado la mano a Celia,
y agora se la confirmo
de su primo en la presencia.

ALONSO. Según eso, claro está,
que si Celia ha de ser vuestra
y de Florencio doña Ana,
me viene a querer (2) Prudencia,
y con treinta mil ducados
yo pienso aplacar su queja.

PRUDEN. La mano os doy con los brazos (3).

GALINDO. Y yo se los doy (4) a Elena,
porque no se queme Troya,
pues es Galicia su Grecia.

ELENA. Tuya soy.

FÉLIX. Aquí da fin
El sembrar en buena tierra,
que si da fruto a su autor,
dirá que la siembra (5) en buena.

"En Madrid a 6 de enero de 1616.

LOPE DE VEGA CARPIO.
(*Rubricado.*)

FIN DE LA COMEDIA DEL "SEMBRAR EN BUENA TIERRA" (6).

(1) B: "estimarla rico".
(2) B: "caber".
(3) B: "con el alma".
(4) B: "se la doy".
(5) B: "sembró".
(6) Según el impreso de B.

[Fol. 19.]

"Esta comedia, intitulada *Sembrar en buena tierra,* se podrá representar, reservando a la vista lo que fuera de la lectura se ofreciere, y lo mismo en los cantares y entremés.

En Madrid, a 12 de enero 1616.

TOMÁS GRACIÁN DANTISCO.
(*Rubricado.*)

LA SERRANA DE TORMES

COMEDIA ANTIGUA[1]

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

DEDICADA Á

DON ANTONIO DE CÓRDOVA CARDONA, Y ARAGÓN, CONDE DE CABRA

Las obligaciones a las mercedes, favores y beneficios que he recibido de la liberal mano del Duque, mi señor, padre de V. S., las virtudes que con divino natural habemos conocido sus criados en su educación y crianza, para ejemplo desta más libre edad que las pasadas, no me obligaban a tan humilde reconocimiento, mas a celebrar el nombre de V. S. en heroicos poemas que con dilatado estilo solicitaran aplauso a los dos Polos, si el ingenio hubiera acompañado mis deseos; mas como estoy seguro que éstos serán admitidos de V. S., como quien por todos los años que tiene los conoce, esforcé mi atrevimiento en esta confianza, y hallando *La serrana de Tormes*, comedia en que probé la pluma en el principio de mis estudios, la di a luz en su nombre, que como más necesitada de favor, pedía mayor Mecenas. Doy a V. S. serranos toscos, si bien fruto de ingenio que lo es tanto, cual suelen alegrar en las soledades arroyos puros y robles ásperos los ojos enseñados a los cultivados jardines de las Cortes, por ofrecer a V. S. con más verdad lo que la naturaleza cría, que lo que el Arte enseña, tan bien pintado del Sanazaro en el prólogo de su *Arcadia*. Dios guarde a V. S. para que le vea España imitador insigne de sus antecesores, que dieron a sus Reyes reinos.

Capellán de V. S.

LOPE DE VEGA CARPIO.

PERSONAS DE ESTA COMEDIA

ALEJANDRO, *estudiante*.
BERNARDO, *galán*.
GERALDO, *tío de* DIANA.
DIANA, *serrana*.
FLORICIO, *criado*.
ANTANDRO, *viejo*.
JULIA, *criada*.
LAURENCIO, *alférez*.
FELICIANO.
LEONARDO.
ROSINDO (2).
SOLDADOS.
SERALDO, *estudiante*.
VELARDO, *estudiante*.
GOMEZIO, *estudiante*.
MAURICIO, *estudiante*.
TARREÑO, *capigorrón*.
BATAVO, CHAMIZO, ELENCO, *pastores*.
NARCISA, *dama*.
LORENA, *carbonera*.
OROSELO, *estudiante*.
RISELO, *estudiante*.
[REPRESENTANTE.]
[BARTOLO, BRUNO *y* CUETO, *carboneros*.]

ACTO PRIMERO

(*Salen* ALEJANDRO, *estudiante*, *y* BERNARDO, *caballero*.)

ALEJANDR. ¿Fuera de la iglesia a mí?
¡Válame Dios!, ¿qué será?
BERNARDO. ¿Qué alterado venís ya?
ALEJANDR. ¿No estamos bien?
BERNARDO. ¿Dónde?
ALEJANDR. Aquí.
BERNARDO. Para lo que fuere hablar,
Alejandro, estamos bien.
ALEJANDR. ¿Hemos de reñir también?
BERNARDO. Vos lo podéis excusar.
ALEJANDR. ¿De qué manera?
BERNARDO. Escuchadme.
ALEJANDR. En hora buena advertidme
lo que queréis.
BERNARDO. Pues oídme,
y si hablo mal, perdonadme.
¿Amáis a Diana?
ALEJANDR. Sí;
eso no puedo negar.
BERNARDO. ¿Y ella a vos?
ALEJANDR. No puedo hablar
más que en lo que sé de mí.
BERNARDO. ¿Cuando a servirla venistes
supistes que yo la amaba?
ALEJANDR. Supe que no se acordaba

(1) A: Parte XVI, Madrid, 1621. B: Parte XVI, Madrid, 1622.

(2) En el reparto, OROSIDO; pero luego, en el texto, siempre ROSINDO.

si por ventura nacistes.
Supe también que era hermosa,
que a mi alma y sus despojos
se lo dijeron los ojos,
que la tuvieron por diosa.
Y con sólo saber esto
y algunos (1) que el alma calla,
luego me dispuse a amalla
con un pensamiento honesto.
Y supe que a su albedrío
le dió el cielo libertad,
que el daros su voluntad
ni era vuestro ni era mío.

BERNARDO. Y esto que el alma calló,
¿es, por ventura, saber
que os había de querer
la que rendida os miró?

ALEJANDR. Delicados puntos son.
No amé con más confianza
que estimar esta esperanza
por la mejor posesión.
Ya es eso mucho apurar.

BERNARDO. Si a mí me apura un desdén,
a la causa dél también
he de apurar y acabar.
Y así pido que me deis,
ved cuán libremente os trato,
dos papeles y un retrato
que de mi mano tenéis.
Que yo sé bien que la ingrata
que a mi perdición se anima
poco mi retrato estima,
después que en el alma os trata.
Y en mi justicia confío,
que tan llanamente os muestro:
yo no os quito lo que es vuestro,
sino sólo lo que es mío.
Hacedme aqueste placer
y quedaremos amigos.

ALEJANDR. Hago a los cielos testigos
que no están en mi poder.
A vos os han engañado,
que no me conoce apenas,
y mal da prendas ajenas
la que las propias no ha dado.
¿Y yo para qué quería
que ajeno papel me ocupe?,
que, gracias a Dios, bien supe
escribirlos algún día.
¿Pues vuestro retrato yo?
¿Tan hermoso os parecéis?

BERNARDO. ¿En fin, ¿que no le tenéis
ni mi enemigo os los dió?

ALEJANDR. ¿Yo retrato? ¡No es donoso!
Más le estimara tener
de la más fea mujer
que del hombre más hermoso.
¿Estaba yo por ventura
enamorado de vos?

BERNARDO. Cosarios somos los dos;
poca hacienda se aventura.
Y ese hablar tan atrevido
con tanta burla y desprecio,
es con término muy necio,
y en Toledo mal sufrido.
Pésame que no os saqué
del claustro; que yo os dijera
cómo se suele allá fuera
hablar conmigo.

ALEJANDR. No sé
cómo os responda. Corrido,
¿dónde queréis que os aguarde?
Que os tengo por más cobarde;
que el término necio ha sido.
¿Seréis hombre?

BERNARDO. ¡Paso! Bueno
que eso no se me dijera,
si en el hábito viniera
de mi profesión ajeno.
Que el ser hombre, ¡pesia tal!,
no lo impiden al deseo
la sotana y el manteo,
cuando está la espada igual.
Este mujeril embargo
del pecho que es bien nacido,
¿es más que un hombre vestido
con un vestido más largo?
El vestido no deshonra,
que es honra en tantos y mía,
que entre estas mantillas cría
muchos Hércules la honra.
Adonde Marte importuno
hace mayores alardes,
habrá soldados cobardes,
pero estudiantes, ninguno.
Todo cuanto arrastra aquí
es honra, fama y valor,
y estad cierto que es honor

(1) Así el texto; pero pudiera ser errata por "y algo más".

la facultad que aprendí.
BERNARDO. Yo me huelgo que mostréis
esos honrados aceros,
porque lleguéis hasta veros
donde sufrillos podéis;
que en ánimos semejantes
suele la fuerza engañar.
ALEJANDR. ¿Dónde me habéis de aguardar?
BERNARDO. Encima de San Cervantes,
porque fuera de Toledo
nos entendamos mejor.
ALEJANDR. Ya os digo que aprendo honor
y soy idiota del miedo.
Quitaréme la sotana
y descubriréme el pecho,
y estaréis bien satisfecho
si tengo en él a Diana.
Y vos veréis que seglar
con la espada me hizo Dios.
BERNARDO. ¡Adiós!
ALEJANDR. El vaya con vos.
BERNARDO. ¡Qué cólera!
ALEJANDR. ¡Qué pesar!

(*Vanse, y entran* DIANA, *dama, y* GERALDO (1), *su tío, con unos papeles.*)

GERARDO.

¿Son por ventura los ejemplos éstos,
sobrina ingrata, de tu muerto padre?
¿Son los dechados y consejos éstos,
Diana loca, de tu ausente madre?
¿Son éstos los propósitos honestos,
y aquel valor que de tus deudos cuadre
a la esperanza de tu honrado tío?
¿éste, el servicio y el regalo mío?
¿Es ésta aquella noble confianza
que hice de tu honrado entendimiento?
¿Es éste mi descuido, y la esperanza
fundada en tu devoto pensamiento?
¡Ay! Cómo el beneficio y la labranza
en tierra de mujer, es darla al viento!
Rinde buen fruto al labrador la oliva.
¡Triste de aquel que la mujer cultiva!
¿Tú eres la monja? ¿Tú la que pedías
tan espirituales oratorios?
¿Tú, la que hablarte apenas consentías
menos que en torno, red o locutorios?
¿Tú, la que como hipócrita fingías

(1) A: "Gerardo."

ayunos y silicios (1) tan notorios?
Mas silicios tan públicos, ¿quién duda
que eran sobre el jubón y no desnuda?
Decías que eras huérfana y quisieras,
pues no podías con tu igual casarte,
servir a Dios, donde mejor pudieras
con el divino Esposo regalarte:
huérfana sola de virtudes eras,
que no de padres, pues que vengo a hallarte,
todos estos testigos, que en mi mano
juez me han hecho y tu delito llano.

(*Hace que la quiere dar.*)

¿Cúyos son, enemiga, estos papeles?,
que, ¡vive Dios!...

DIANA.

¡Detente! ¿Qué es aquesto?
¿Cuándo ponerme tú las manos sueles?

GERARDO.

¿Cuándo las tuyas en tu infamia has puesto?
Hoy tu blandura las hará crueles,
y libre a mí tu pecho deshonesto;
que estos papeles son claro proceso
de mi deshonra y de tu poco seso.
¿A quién amas? ¿Quién es el que te escribe?

DIANA.

Paso, señor, que no me dan tormento;
si amor es caridad, no se prohibe
para servir a Dios en casamiento.

GERARDO.

¿Casar? No plega a Dios que yo te prive
de aquel estado que te da contento,
que si has de ser profana religiosa,
mejor serás casada virtuosa.
¿Quién te escribe y pretende?

DIANA.

Un estudiante.

GERARDO.

¿Quién lo dudaba? ¿Y qué profesa?

DIANA.

Leyes.

GERARDO.

¿Qué nacimiento?

DIANA.

A quien yo soy, bastante,
que no soy primogénita de reyes.

(1) (*Sic.*)

GERARDO.

Siendo tu gusto, llévalo adelante,
que un labrador que vaya tras los bueyes,
más para ser marido vale y honra,
que un Duque para ser galán sin honra.
¿Es de Toledo?

DIANA.

Sí, señor.

GERARDO.

¿Qué nombre?

DIANA.

Alejandro se llama, hijo de Antandro.

GERARDO.

Conózcole muy bien, y sé que es hombre
para igualar tus prendas Alejandro.
Escogiste mancebo gentilhombre,
y no menos furioso que Leandro.
¿Ha entrado en esta casa?

DIANA.

Mi delito
no se ha extendido a más que habelle escrito.

GERARDO.

¿Quieres que trate con su padre el caso?

DIANA.

Por ahora es mejor que así lo dejes,
que ni él me adora ni por él me abraso.

GERARDO.

Esto es porque después no te me quejes.
Entra en tu cuadra luego (1). Alarga el paso,
que del peligro yo te haré que alejes
ojos, cuidados, alma y fantasía.

DIANA.

¡Bien sale por cualquiera colosía!

(Vase DIANA; *queda* GERALDO *solo.)*

GERARDO.

El sol quiere cerrar, el viento coge,
al mar se entrega, ríndese al tirano,
pólvora guarda, víbora recoge,
deja por montes el camino llano,
al aire plumas y papel descoge,
confía del traidor, ruega al villano,
nobleza compra y falsa fama adquiere,
quien guarda la mujer, cuando ella quiere.

---

(1) A intercala acotación GER.

(Vase; entran ALEJANDRO *y* FLORICIO*; viene* ALEJANDRO *en cuerpo.)*

ALEJANDR. Ten de la manga, Floricio;
quitaréme la sotana.
FLORICIO. Como es luna tu Diana,
hate quitado el juicio.
¿Tú desafiado? Estoy
por hacer un gran desprecio.
ALEJANDR. No voy por Diana, necio.
FLORICIO. Pues, ¿por quién?
ALEJANDR. Por mi honra voy,
que es luna más importante,
pues ya el mundo no consiente
que deje de estar creciente,
aunque en el cielo menguante.

(Desnúdase la sotana. Dice FLORICIO.)

FLORICIO. Ya estás en sólo el jubón.
ALEJANDR. Tráeme la espada y el jaco.
FLORICIO. A fe que le tiene flaco
el que cubre el corazón.
ALEJANDR. Cierra, Floricio, la puerta,
no me vean si alguien pasa.
FLORICIO. No estando tu padre en casa,
bien puede quedarse abierta.

(Va FLORICIO *por la espada y jaco.)*

ALEJANDR. A haceros agravios vengo,
Diana, en esta ocasión,
pues me cubro el corazón,
donde tan al vivo os tengo.
¿Qué jaco ni qué defensa
he menester donde estáis,
pues con desdenes matáis
este que matarme piensa?
En fin, os llevo conmigo;
vos seréis la vencedora,
si tan rendida os adora
la espada de mi enemigo.
Y será vuestra la palma;
que cuando llegue tan fiera,
volveréis su acero en cera,
dándole el sol en el alma.

(Sale FLORICIO *con espada y jaco.)*

FLORICIO. Aqueste es el jaco, ¡toma!
ALEJANDR. ¡Qué buena malla, Floricio!
FLORICIO. Por Dios, con gentil silicio
Diana tus carnes doma.
Viste.

ALEJANDR. Bien parece un hombre
con cualquier arma.
FLORICIO. ¡Muy bien!
ALEJANDR. No hay gala que esté tan bien.
FLORICIO. Sin armas no hay gentilhombre.
¿Qué te has de poner encima?
ALEJANDR. Cuera de ante me pondré,
FLORICIO. ¡No llevarás frío, a fe!
ALEJANDR. Destos hombros me lastima.
FLORICIO. Tan cargado vas, señor,
de hierro como de miedo.
ALEJANDR. Si guardar el pecho puedo,
¿iré desnudo mejor?

(*Sale* ANTANDRO, *viejo, padre de* ALEJANDRO.)

ANTANDRO. ¿Para dónde, gentilhombre,
son las armas y la espada?
ALEJANDR. ¿No la dejarás cerrada?
ANTANDRO. No se espante, no se asombre.
Bien le viene la sotana;
para el invierno es muy buena,
que no hará lodos.
ALEJANDR. ¡Oh, pena,
como forzosa, inhumana!
¡Oh, sujeción paternal!
ANTANDRO. ¿Qué estás hablando entre ti?
ALEJANDR. De que me hables así,
de mí mismo digo mal.
ANTANDRO. ¿Dónde ibas?
ALEJANDR. ¿Yo, señor?
Cierto amigo la (1) vendía
y probármela quería.
ANTANDRO. ¡Buen Jasón! ¡Gentil doctor!
¿De qué tenías dinero?
ALEJANDR. Mi madre me lo prestaba,
porque entendió que compraba...
ANTANDRO. ¿Qué comprabas? ¡Habla, fiero!
A tu engaño dan alcance
esos turbados recelos.
ALEJANDR. Compraba unos tiraquelos
que se vendían de lance.
ANTANDRO. Como mientes, vas turbado.
¿Tu jaco? ¿Qué es esto, perro?
ALEJANDR. ¿Qué impide un poco de hierro
a los libros y al cuidado?
¿No has oído que la lanza
jamás embota la pluma?
ANTANDRO. Deshízose como espuma
en tu engaño mi esperanza.
ALEJANDR. ¿Tan mal parece, señor,
entre los libros colgada
una rodela y espada,
siendo todo un mismo honor?
Una yedra y un laurel,
y sobre un libro un almete
es símbolo que promete,
que las dos son hijas dél.
Si las letras quieren paz,
con la milicia se adquiere;
espada, libro requiere.
ANTANDRO. ¿Tú con un viejo, rapaz?
¿Sofisterías a mí?
¿Con fingidos argumentos
tus juveniles intentos
quieres hacer honra aquí?
ALEJANDR. Pues...
ANTANDRO. ¡Calla!
ALEJANDR. Mandas que calle,
y es la obediencia mi oficio.
ANTANDRO. Cierra la puerta, Floricio.
FLORICIO. ¿Cuál puerta?
ANTANDRO. La de la calle.

(*Dale una llave.*)

FLORICIO. ¿Llave me das?
ANTANDRO. Cierra, pues,
y vuélvete aquí la llave.
ALEJANDR. No es este caso tan grave
como tu condición es.
Que querer comprar un jaco
no es caso de inquisición.
ANTANDRO. ¡Mal haya mi condición,
si la vida no te saco!
Pero, ¿con quién has reñido?
¡Dilo todo! ¡Dilo luego!
Fué por amor, o por juego?
ALEJANDR. Ni juego ni amor ha sido.
Yo, ¿cuándo suelo jugar,
ni menos tratar de amor?
ANTANDRO. No me lo niegues, traidor,
que lo quiero remediar.
ALEJANDR. Digo, señor, que no es nada;
¿gustarías que mintiese?
ANTANDR. ¡Vive Dios que te atraviese,
si meto mano a mi espada!

(*Hace que empuña.*)

ALEJANDR. Si es una la sangre nuestra,
mátame, no importa nada.

(1) A: "le vendía".

(*Sale* Floricio.)

Floricio. Ya está la puerta cerrada.
Antandro. ¿Y la llave?
Floricio. ¡Toma!
Antandro. ¡Muestra!
Quédate, Floricio, aquí,
y él váyase a su aposento,
que yo te daré tormento.
Floricio. Pues, ¿por qué, señor, a mí?
Alejandr. (¿Hay desdicha que se iguale
a mi pena injusta y fiera?
¡Como que Bernardo espera,
y que Alejandro no sale!
¿Qué puede decir de mí,
después que en vano me aguarde,
sino que fué de cobarde?)
Antandro. ¿Todavía estás aquí?
¡Vaya a su aposento y calle!
Floricio. ¡En buenas manos me deja!
Alejandr. ¡Vive Dios!, que a estar sin reja,
que me arrojara a la calle.
Quiérome entrar a escribir
la razón porque no voy.

(*Vase. Queda* Floricio *y* Antandro.)

Antandro. Contigo a solas estoy,
la verdad me has de decir.
Floricio. Si va a decir la verdad,
contra todo gusto mío
iba a un cierto desafío,
y fuera de la ciudad.
Antandro. ¿Con quién?
Floricio. Con un caballero.
Antandro. ¿Cómo se llama?
Floricio. Bernardo.
Antandro. ¿Es hombre de hecho?
Floricio. Gallardo.
Antandro. ¿Qué es gallardo?
Floricio. Fuerte y fiero.
Antandro. ¿Por qué fué?
Floricio. Por amor fué.
Antandro. ¿De quién?
Floricio. De una cierta dama.
Antandro. ¿Quién es?
Floricio. Diana se llama.
Antandro. ¿Cúya hija?
Floricio. No lo sé.
Antandro. ¿Y dónde era el desafío
de los dos necios amantes?
Floricio. Encima de San Cervantes,
desotra parte del río.
Antandro. ¿Allí le aguarda?
Floricio. El decía
que allí junto le aguardaba.
Antandro. ¿Y para eso se armaba?
Floricio. Señor, sí.
Antandro. Muy bien hacía.
Haz que aquella yegua blanca
y el macho un esclavo ensille,
que quiero que se acuchille
no menos que en Salamanca.
Floricio. ¿Luego le quieres llevar?
Antandro. Luego al punto, porque es fuego
que si no se mata luego,
tarde se podrá matar.
No digas nada a su madre
mientras voy a prevenir
que luego pueda partir.

(*Vase; queda* Floricio.)

Floricio. Eres cuerdo, y al fin padre.
Notable desdicha ha sido,
aunque quizá por mejor,
que la vida y el honor
el miedo y duda han perdido.
Que, aunque no salir es culpa,
a quien disculpa no cuadre,
es tal la fuerza de un padre,
que le defiende y disculpa.

(*Sale* Alejandro *y dice como desesperado.*)

Alejandr. ¡Oh Floricio! ¿Dónde es ido
mi padre tan enojado,
que llave a la puerta ha echado?
Floricio. Todo tu bien has perdido.
A Salamanca a estudiar
te lleva dentro de un hora.
Alejandr. ¡Triste de mí!
Floricio. Pues agora
su yegua manda ensillar,
y la mula para ti,
y que te pongas espuelas
me dijo.
Alejandr. ¡Basta! Pondrélas
al mal del bien que perdí.
que no es mucho que el dolor,
y el ánimo apresurado
acaben vida y cuidado,
donde se acaba el honor.
¿Hay, dime, ventana en casa
que alguna reja no tenga?

FLORICIO. ¿Y qué dirá cuando venga,
y le diga lo que pasa?
ALEJANDR. ¿No me cuentas ya por muerto?
Disculparáste conmigo;
¡hazlo, por Dios! ¡Hazlo, amigo!
FLORICIO. Es locura y desconcierto;
que nos podremos matar,
y ser vistos de la gente,
que es mayor inconveniente.
ALEJANDR. ¿Qué al fin me quiere llevar?
FLORICIO. Ya no hay remedio.
ALEJANDR. ¿Qué haré?
FLORICIO. Escribir esto a tu dama.
ALEJANDR. ¿Y de mi honra y mi fama,
qué cuenta al mundo daré?
FLORICIO. Escribe por sí o por no
antes que tu padre venga
y a llevarte se prevenga.
ALEJANDR. El me engendró y me mató.

(*Vanse, sale solo* BERNARDO.)

BERNARDO. Honra, amor, celos y agravio
me traen a ver mi muerte,
pues no quiere de otra suerte
remediarme el tiempo sabio.
Rato ha que sois testigo,
castillo invencible y alto,
que a mi palabra no falto
y que espero a mi enemigo.
De la honra mil recelos,
de amor la esperanza vana,
el agravio de Diana
y de Alejandro los celos,
todos juntos, que pudiera
cualquiera sólo por sí,
me han hecho esperar aquí
vida alegre o muerte fiera.
Pero el ver que la tardanza
del contrario la defiende,
parece que al cielo ofende
la razón de mi venganza.
Pues, ¿qué es esto, cielo airado,
cuando eternamente he sido
de la razón ofendido
y a la maldad obligado?
Mas, ¿qué mucho que en razón
dejes, Diana, tu luna
defienda sin causa alguna
su lascivo Endimión?
¿Es posible que no viene
cumpliendo con su arrogancia,
el que tan poca distancia
del libro a la espada tiene?
Pero, ¿quién será este viejo
que viene derecho a mí?

(*Entre* ANTANDRO, *padre de* ALEJANDRO.)

ANTANDRO. Muy desarmado salí,
no he traído buen consejo,
que no viene a este lugar
descuidado mi enemigo.—
¡Ah, galán!
BERNARDO. ¿Habláis conmigo?
ANTANDRO. Y a vos os vengo a buscar.
BERNARDO. ¿Vos a mí? ¿Pues a qué efecto?
ANTANDRO. ¿No sois Bernardo?
BERNARDO. Sí soy.
(¿Yo no vine adonde estoy
por lo más solo y secreto?
¿Quién habrá dicho el suceso?
Pero si trata de paz,
yo pienso estar pertinaz
rogado, oprimido o preso.)
ANTANDR. Sacad, Bernardo, la espada,
que aquí está vuestro enemigo.

(*Mete mano.*)

BERNARDO. ¿Yo con vos?
ANTANDRO. Sí, vos conmigo;
¿no es como la vuestra honrada?
BERNARDO. Señor, si en mi vida os vi,
¿por qué he de reñir con vos,
si no es que ha de ser con dos?
ANTANDRO. Por el que falta salí;
no puede agora Alejandro
salir a tan justa empresa,
que está su persona presa,
pero por él viene Antandro.
No dudéis que nos matemos,
si queréis vengaros dél,
porque os juro que yo y él
la misma sangre tenemos.
Siempre a la causa se culpa
de cualquier efeto malo;
yo que a la causa me igualo
soy el actor de la culpa.
Por mí vive el que esperáis;
por eso matadme a mí
como quien la causa fuí
del agravio que vengáis.
Porque ninguno la arguya
de cobarde y abatida,

matad, Bernardo, esta vida
que dió principio a la suya.
  Yo le encerré con prisiones
de mi llave y obediencia,
satisfaciendo en ausencia
entrambas obligaciones.
  Como era mi sangre aquélla,
sabed que la recogí,
porque si se vierte aquí
quédase mi sangre en ella.
  ¿No ha de ser, aunque os provoco,
tanta vuestra cortesía?
Si habéis de verter la mía,
¿qué se os da que quede un poco?
  ¿Quién deja de hacer jamás
lo que el amor le aconseja?
Viértase esta sangre vieja
y dure la nueva más.
  Aquel que mata inclemente
por vengarse a su enemigo,
que hace un desconcierto digo,
porque el muerto ya no siente.
  Si vivo y muerto quedase
su castigo lloraría,
y muerto y vivo vería
el que mata al que matase.
  Y esto podéis hacer vos,
siendo, si yo muero aquí
y vive Alejandro allí,
haber rendido a los dos.
  Veráse en su padre muerto,
y vos en su padre a él,
y con salir yo por él
él cumplirá su concierto.
  Que, como digo, yo supe
la ocasión y la pendencia,
y es mejor que mi experiencia
aqueste lugar ocupe.
  Quiéroos tratar como hidalgo;
que por lo que airado os dijo,
aunque es honrado mi hijo,
como más honrado salgo.
  Ea, pues. ¿Qué estáis en duda?
Alzad esa mano airada,
que se me queja la espada
de que la tengo desnuda.
  ¿Qué miras?

BERNARDO. Estoy suspenso
de tal determinación,
y así, con justa razón,
a los dos rendirme pienso.
  A él, por hijo dichoso
de tal padre como vos,
y a vos porque os hizo Dios
tan discreto y animoso.
  Y esto lo puedo hacer bien
sin ofender a mi honor,
por agravio de un amor
y defensa de un desdén.
  Esa sangre recogida,
de quien dais tan buena muestra
mil años viva en la vuestra,
siendo los dos una vida.

(*Dásela.*)

  Esta, señor, es mi espada;
vos habéis muy bien reñido,
pues ya me tiene rendido
la vuestra, en piedad bañada.
  De vuestro hijo y de vos
soy amigo.

ANTANDRO. Será llano
concierto con esa mano,
pues ésta os doy por los dos.
  Que si la mano me dais,
la espada entregáis también.

BERNARDO. Negociado habéis más bien,
Antandro, que imagináis.
  A Diana, si tenía
a su amor algún derecho,
la despido de mi pecho,
y se la diera, a ser mía.
  El puede casar con ella
si no os da a vos pesadumbre,
aunque destos ojos lumbre
y desta Troya centella.
  Que este lazo de amistad
hoy mi casamiento ha sido.

ANTANDRO. Tarde la habéis ofrecido,
que hoy sale de la ciudad.

BERNARDO. ¿Cómo?

ANTANDRO. Ya está de camino
a Salamanca a estudiar,
que así se suele estorbar
un juvenil desatino.
  Vos podéis casar con ella,
y aunque con él ir querría,
se irá sólo, y este día
he de hablar sus tíos della.
  Quiero haceros buen tercero;
por eso, veníos conmigo,

que, en despachando a quien digo,
hablar a Geraldo quiero,
con quien en la mocedad
tuve amistad muy estrecha,
y la amistad aprovecha
con más fuerza en esta edad.

BERNARDO. Quiero besaros los pies,
no los retiréis de mí.

ANTANDRO. ¡Paso! No tratéis así
a quien ya tan vuestro es;
que yo os la daré, en efeto,
y no es pobre de valor,
que la virtud y el honor
son los dotes del discreto.

(*Vase, y sale* SERALDO (1) *y* DIANA.)

DIANA.

¿La ventana me clavas? ¿A qué efeto?

SERALDO.

Porque es ocasionada la ventana
para regalos de un amor secreto.

DIANA.

¿Que a escuras he de estar noche y mañana?

SERALDO.

¿A escuras? Es el sol muy inquieto
y muy galán a su querida hermana.
Eres Diana tú, y es su costumbre
dar a Diana de sus rayos lumbre.

DIANA.

¿Con fábulas me engañas?

SERALDO.

Halo sido
la esperanza que puse en tu memoria,
aunque tu seso con tu honor perdido
son, por mi daño, verdadera historia.

DIANA.

Bien me tienes por falta de sentido
si al limbo me reduces de tu gloria.

SERALDO.

¿Y no eres loca, si a ti misma ofendes
y con razones necias te defiendes?

DIANA.

Serélo ya, pues que cerrada quedo;

(1) Desde aquí llama SERALDO al tío de DIANA, que antes había llamado "GERALDO".

que la pasión no hay seso que no gaste,
y más que a escuras sola tendré miedo.

SERALDO.

Sin miedo alguna vez de noche hablaste.

DIANA.

Pues, ¿cómo hacer labor sin lumbre puedo,
ya que a labor de noche me obligaste?

SERALDO.

A la mujer que es virtuosa y casta
para labrar muy poca luz le basta.

(*Sale* JULIA, *criada de* DIANA, *con la escribanía.*)

JULIA.

La escribanía que mandaste traigo.

SERALDO.

¡Oh, Julia amiga, así mil años vivas,
que me has hecho placer!

DIANA.

Agora caigo
en que también me mandas que no escriba.

SERALDO.

Esta vez de tu pecho desarraigo
toda ocasión que del honor te priva:
instrumento de mal y no otra cosa
son pluma y tinta en la mujer ociosa.
¿Qué libros tienes?

DIANA.

Un fray Luis.

SERALDO.

Es santo,
santa su lengua, pluma, escrito y vida.
¿Qué más?

DIANA.

Un Oratorio.

SERALDO.

Ve entre tanto,
Julia, por ellos.

DIANA.

¡Ay, que soy perdida!

(*Vase.*)

SERALDO.

Leyendo en quien trató del cielo tanto,
que un alma deja de su amor herida,
¿a lo humano te trajo la locura?

DIANA.

¿No puede amarse Dios en su criatura?

SERALDO.

¿Que aun para aquesto quieres ser sofista?

DIANA.

Amar a un hombre es pensamiento honesto
con habla grave y vergonzosa vista
y al matrimonio el corazón dispuesto.

SERALDO.

¿Quién hay que a tanta obstinación resista
donde se prueba el hurto manifiesto?

(Sale JULIA *con los libros de* DIANA.*)*

JULIA.

¿Los libros son aquestos?

SERALDO.

Muestra.

DIANA.

¡Ay, triste!

SERALDO.

¿El Oratorio y fray Luis dijiste?

(Lee los títulos y dice:)

¡Buena encuadernación! *Primera parte
de la Diana.* ¡Bien, por vida mía!
¡Qué gentil fray Luis! Quisiera darte
la culpa que tu culpa merecía.

DIANA.

Deja ya de mirallos y enojarte,
que así me los prestó una prima mía.

SERALDO.

Primero ver el Oratorio quiero.
¡Oh, qué espiritual! El *Cancionero.* [llama.
¿Tienes vergüenza? (1)—Mira allí quién

JULIA.

Dos hombres son: un viejo y un mancebo.

SERALDO.

Di que pueden entrar, y entre esa dama.

DIANA.

Más que arrepentimiento, enojo llevo.

(Vase.)

(1) En A repite la indicación de persona SER.

SERALDO.

¡Cuán cara es de guardar mujeril fama,
que como simple pez acude al cebo!
En mí los padres grande ejemplo tienen.

JULIA.

Ya entran.

SERALDO.

Entren, que a mal tiempo vienen.

(Salen BERNARDO *y* ANTANDRO.*)*

ANTANDRO.

Guarden los cielos con nestóreos años,
Seraldo noble, tus honradas canas.

SERALDO.

¡Oh, Antandro mío! ¿Puede ser que veo
tus perezosos pies por estas puertas?
¿Qué novedad es ésta?

ANTANDRO.

No te espantes,
que tarde, caro amigo, las visite,
pues ya la edad, negocios y familia
no dan aquel lugar que en años verdes
los dos gozamos con tan varios gustos.
Y porque mi venida te suspende
y en este joven pones ya los ojos,
dime si le conoces, porque quiere
ser hoy tu hijo y mío, si tú gustas.

SERALDO.

Conózcole muy bien, y de sus padres
tengo la relación que de los míos;
pero advierte aquí aparte dos palabras.

ANTANDRO.

Que me place de oírlas.

BERNARDO.

¡Santo cielo!
¿Qué será lo que hablan y murmuran
aquestas dos colunas de mi vida,
sustento universal de mi esperanza?

(Los viejos solos en secreto hablen.)

Ha de romper el viento impetuoso
la máquina del bien donde me anego
por este mar de confusión y lágrimas,
sin que lleguen las áncoras al puerto.
¿Si le ha dicho que soy algún perdido,

qué bien nacido no podrá negallo?...
¿Si le dice que juego o solicito
las mujeres ajenas o las libres?
¿Qué será aquesto?

ANTANDRO.

Pues si aquesto fuera,
¿había yo de hablaros por Bernardo?
Antes por sosegalle, aquesta tarde
partirá a Salamanca a sus estudios,
y no hay cosa que más los interrompa
que el casamiento en los primeros años.
Quieren las letras solo y libre al hombre,
desnudo de negocios y cuidado,
que mal estudiará quien le tuviere
del cotidiano pan de la familia.
Por eso mil filósofos dejaron
sus patrimonios y a vivir se fueron
a soledades del desierto campo,
y alguno se sacó los mismos ojos.

SERALDO.

Quise advertiros desto porque tengo...
¡Llega al oído!

BERNARDO.

¡Oh, mísera esperanza,
de dos caducos viejos combatida,
te vas al fondo de miseria y pena!
¿Si me engañó este viejo? ¿Si por dicha
viene a pedilla para el hijo propio?

ANTANDRO.

Todo eso es causa de que yo lo intente,
y digo que haréis cuenta que es mi hijo;
fuera de que sus padres son notorios
hijosdalgo del valle de Carriedo.

SERALDO.

Pues siendo así, yo soy el venturoso.
Entrémonos con él en mi aposento,
y pues el cielo, Antandro, a verme viene,
agora firmaré las escrituras,
y aquesta noche se darán las manos.

ANTANDRO.

Haces, Seraldo, como cuerdo en todo.
Diana es pobre y este mozo es rico.
Echale el yugo, que una vez echado
aquí pondremos en razón sus padres.

SERALDO.

De tu mano me viene el ser que tengo.

ANTANDRO.

Bernardo, mal se ha hecho tu negocio;
dije tus pensamientos y tus prendas
y dice que la tiene prometida;
que él quisiera servirte, mas no puede.

BERNARDO.

Pues ábrase la tierra, y en su centro
confunda aqueste cuerpo miserable;
un villano me pase aqueste pecho,
y a mi padre me lleven muerto en brazos.
¡Oh, pesado vivir! ¡Oh, carga inútil!
¡Oh, vergonzosa cárcel de mi alma!
¿Cuándo será que, desatada y libre,
de su prisión y pesadumbre escape?
Dile que tome, Antandro, aquesta daga;
dile que pase las entrañas mías;
dile que el corazón lleve a Diana,
de su infidelidad justo sepulcro.
¡Cielos, piedad, que muero y enloquezco,
que rabio, desespero y me consumo!
¿Pues es posible?

ANTANDRO.

¡Paso, loco, advierte!
No más locuras, que Diana es tuya;
entra a tratarlo con tu honrado suegro,
que ya me ha dado el sí.

BERNARDO.

Dame esos brazos,
esos pies, esas piernas, y aun quisiera
besarte esas mejillas, llenas de honra.

ANTANDRO.

¡Tente! ¿Estás loco?

BERNARDO.

Y vos, mi amado padre,
herrad aqueste rostro con mil eses,
que todas digan vuestro dulce nombre.
Yo no he de ser, como otros, grave yerno,
que no he de ser sino la humilde hechura
que hoy sale al mundo de esas manos santas.

ANTANDRO.

¿Santas? ¿Qué dices?

SERALDO.

El placer le ciega,
que bien caducas son, flacas y débiles.
Vente conmigo a mi escritorio.

BERNARDO.

Vamos,
que quiero hacer en él una escritura
de esclavitud y sujeción perpetua.

ANTANDRO.

¡Qué loco amor!

SERALDO.

Por esto hemos pasado.

BERNARDO.

Más me mata este bien que el mal pasado.

(*Vanse, y entran* DIANA *y* JULIA.)

DIANA. ¿Con botas y espuelas dices?
JULIA. A la puerta falsa está,
porque con lágrimas ya
su partida solenices.
DIANA. Mira también si te engañas.
JULIA. Digo que a Alejandro he visto.
DIANA. Si a tanto fuego resisto,
hoy son piedras mis entrañas.
¿Dónde su padre le envía?
JULIA. A estudiar a Salamanca.
DIANA. Pues hazle esta puerta franca
y entre a verme el alma mía.
JULIA. ¿Estando tu padre aquí
y su padre dél también?
DIANA. ¿Qué importa, Julia, que estén,
si tanto amor está en mí?
JULIA. Pues yo le voy a llamar.
DIANA. Ve, querida amiga, corre,
que no hay tan fuerte torre
que un alma pueda guardar.
Entre el rayo que me abrasa
desde que su cielo vi,
pues podrá quemarme a mí
y dejar libre la casa.

(*Salen* ALEJANDRO *y* FLORICIO, *su criado de* ALEJANDRO, *con botas de camino.*)

ALEJANDR. Si para darte razón
de mi confusa partida,
en que hoy el alma y la vida
quieren hacer división,
por la pena y los enojos
de mi entendimiento mengua,
faltara a mi alma lengua,
mira llorando mis ojos.
Dellos mejor lo sabrás
si con lágrimas no ciego,
porque son lenguas de fuego,
que con el agua arden más.
Una sinrazón de un padre
de tu alma me ha sacado;
como a niño me han quitado
de los pechos de su madre.
Arrancáronme de allí
donde pierda el calor dellos,
y acíbar quieren ponellos
para que no vuelva a ti.
No sólo para apartarte
de mí con tan breve ausencia
usa de tanta inclemencia,
pero hoy pretende casarte.
¿A qué piensas que ha venido
este padre?
DIANA. Ya te aguardo.
ALEJANDR. A que hoy sea Bernardo
mi veneno y tu marido.
Y con tanto miedo viene,
que hoy me manda caminar,
que piensa que he de estorbar
el pensamiento que tiene.
Por eso tus brazos dame
y Dios te haga dichosa,
que presto quedará ociosa
desta alma esta tierra infame;
que antes que salga de aquí
llorarás mi triste muerte.
DIANA. ¿Cómo podré responderte,
mi bien, sin alma y sin ti?
Vuélveme a dar sentimiento
y no me dejes el alma
como reloj que está en calma,
faltándome el movimiento.
Que en la hora que me dejas
en ésa siempre estaré,
por señalar una fe
con número de mil quejas.
¡Triste yo! Mi flaca vida,
a quien es la muerte avara,
sin casamiento acabara
con el mal de tu partida.
¿Qué sirven tantos contrarios
si no tienen más firmeza,
que para tanta flaqueza
son rigores temerarios?
¿Tú partirte y yo casarme?
Si la mitad era mía
de la culpa que tenía,
pena igual pudieran darme.

Tú partes, y libre vas;
yo quedo, y casada quedo;
este es agravio, mas puedo
penar más, pues amo más.
Cásate, mi bien, también,
porque ausentes y casados
el amor y los cuidados
en igual balanza estén.

ALEJANDR. ¡Calla, que dices locuras!
Hablemos en lo que importa,
si en aquesta vida corta
algún término procuras.
Porque no sólo querría,
ya que es forzoso el partir,
que fuese para morir
una enfermedad la mía.
Muera yo de sólo ausencia;
no muera, Diana amada,
del mal de verte casada,
que es general pestilencia.
Pide término; difiere
el casamiento, y aguarda,
que poco el agravio tarda
adonde la fe no muere.
De aquestos caducos viejos
no te venzan las porfías,
que con las lágrimas mías
derribarás sus consejos.
Que yo volveré, si puedo,
a cumplirte la palabra.

DIANA. Trágueme el centro y se abra
si en tal propósito quedo.

FLORICIO. No más hablemos, mi bien.

JULIA. Hablar y servir, Floricio.

(*Aparte* DIANA *y* ALEJANDRO *hablen.*)

FLORICIO. Tu silencio es poco indicio.

JULIA. Y diga: ¿vase él también?

FLORICIO. También me voy.

JULIA. ¡Ay, cruel!
A no estar aquí mi ama
deste suelo hiciera cama
y me desmayara en él.
¡Tenme, por Dios, en los brazos!

FLORICIO. ¿Haréte aire?

JULIA. Un poquito.

FLORICIO. ¡Mucho pesas!

JULIA. Infinito.

FLORICIO. ¿Si suelto?

JULIA. Haréme pedazos.

ALEJANDR. ¿Qué es eso?

FLORICIO. Ninguna cosa.

ALEJANDR. Ya lo que es me revela.

FLORICIO. Mirábala cierta muela
de que está muy dolorosa.

ALEJANDR. ¿Tiempo es este de burlar?

FLORICIO. ¡Los viejos salen!

ALEJANDR. ¿Los dos?

FLORICIO. Los dos, pues.

ALEJANDR. ¡Mi gloria, adiós!

DIANA. ¡Adiós!

ALEJANDR. ¿Queréisme abrazar?

DIANA. ¿Por qué no?

FLORICIO. ¿Y tú a mí?

JULIA. También.

DIANA. ¡Qué salen! ¡Ay, suerte impía!

ALEJANDR. ¡Quédate, adiós, alma mía!

(*Vanse* ALEJANDRO *y* FLORICIO; *quédanse* DIANA *y* JULIA, *y entran* SERALDO *y* ANTANDRO.)

ANTANDRO. Todo se ha de hacer muy bien.

SERALDO. Aquí está Diana.

ANTANDRO. Hablalda.

SERALDO. ¿No es gallarda?

ANTANDRO. Por extremo.

SERALDO. (1) Que no se me altere temo.

ANTANDRO. Entrad humilde y rogalda.

SERALDO. ¿Hija?

DIANA. ¿Señor?

SERALDO. Cuidadoso
de tu bien, hoy te ha traído
Antandro un galán marido,
rico, hidalgo y virtuoso.
No venimos por el sí,
sino a solo que le veas,
que si remedio deseas,
¿cuál mejor?

ANTANDRO. ¡Bueno va así!

DIANA. No me atrevo a responder.
por tener tu voluntad
por firme ley.

SERALDO. ¡Qué humildad!
¡Pues, alto! ¿Quiéresle ver?

DIANA. ¿Dónde queda?

SERALDO. En mi aposento.

DIANA. Pues ve y entretenle un poco,
mientras me visto y me toco.

SERALDO. ¡Qué humildad, qué entendimiento!
Vamos, que tiene razón,

(1) A: falta "SER."

porque compuesta la vea.

(*Vanse los dos viejos.*)

ANTANDRO. ¡Qué humildad!

DIANA. ¿Qué habrá que sea
remedio en esta ocasión?
Julia, ya tengo pensado
lo que en esto puede haber.

JULIA. ¿Qué es lo que piensas hacer?

DIANA. ¡Gran maestro es el cuidado!
Desde que intentó mi tío
que no viese sol ni calle,
propuse para dejalle
un notable desvarío.
Sácame aquel ferreruelo,
sombrero, daga y espada,
que hallarás allí guardada,
de mi hermano Pinabelo.

JULIA. ¿A qué efeto?

DIANA. No te tardes,
que es de veras el efeto.

JULIA. Yo voy.

(*Vase* JULIA.)

DIANA. El amor perfeto
hace fuertes los cobardes.
Pensé remediar mi mal
en hábito varonil
cuando dió aqueste civil
en serme tan criminal.

(*Quítase la suya; queda de hombre.*)

Y así la mitad me puse
debajo de aquesta saya;
para que estorbo no haya
la libertad me propuse.
Y más agora que intento
con varonil fortaleza
cubrir esta vil flaqueza
de tan loco atrevimiento.
No hay libertad en los hombres
que un punto de honor les cueste.

(*Sale* JULIA *con espada, daga y ferreruelo; admírase de vella.*)

JULIA. ¡Ay, Jesús! ¿Qué hombre es éste?

DIANA. ¡Calla! Yo soy. No te asombres.

JULIA. ¿Eres tú, señora mía?

DIANA. ¿No lo ves? ¡Dame esa espada!

JULIA. ¡Qué buena estás disfrazada!

DIANA. No soy la que ser solía,
que esta espada que me ciño
ha de vencer a la muerte.

JULIA. ¿Cómo te ha hecho tan fuerte
amor, si dicen que es niño?

DIANA. Es niño muy poderoso.
Dame el sombrero, y adiós!

(*Vase* DIANA, *queda* JULIA, *y entran los viejos y* BERNARDO.)

BERNARDO. Llegad primero los dos,
que voy turbado y medroso.

SERALDO. ¿Dónde, Julia, está Diana?

JULIA. De casa, señor, se ha ido.

SERALDO. ¿Cómo de casa? ¿Has perdido
el seso, infame villana?

JULIA. Digo, señor, que se fué,
por no dar consentimiento
a este nuevo casamiento.

SERALDO. ¿Y adónde fué?

JULIA. Yo qué sé.

SERALDO. ¿Cómo no?

BERNARDO. Pues, cielos justos,
¿por qué quisistes guardar
tal género de pesar
en medio de tantos gustos?
Antandro, mirad qué es esto,
si no queréis que me mate.

ANTANDRO. Debe de ser disparate,
si no fué melindre honesto:
en cas de alguna vecina
se debe de haber entrado.
¿Que lo has visto y lo has callado?

SERALDO. Ven con nosotros; camina,
que si no parece luego,
yo haré que tu alma vaya
en su busca.

JULIA. ¿Soy su aya?

BERNARDO. ¡Al extremo punto llego!

(*Vanse, y entran* LAURENCIO, *alférez, y* FELICIANO *y* LEONARDO *y* ROSINDO, *soldados, y dice* FELICIANO.)

FELICIANO.

En fin, señor Alférez, que mañana
marchar pretende el Capitán.

LAURENCIO.

Sospecho
que partiremos al romper el alba,
porque ducientos hombres tiene en lista;
que cuando dellos los cincuenta falten,
bien queda una lucida compañía.

LEONARDO.

¿Y adónde marchan?

LAURENCIO.

A Castilla marchan,
tierra de Salamanca, Béjar y Alba,
para que por Ciudad Rodrigo entremos
en Portugal, cuando se dé el aviso.

ROSINDO.

Esa es tierra del cielo, abundantísima
de pan y vino, carne, fruta y huéspedes;
no querría salir della en mi vida.

LAURENCIO.

¡Qué bueno sois para lagarto en Nápoles!

ROSINDO.

Mejor que para ser sargento en Flandes.
Ya he sido piñatero en Alejandria,
y he tenido en mujeres y en el juego
toda la dicha que Leonardo sabe.

LEONARDO.

La guerra de Rosindo es muy pacífica:
jugar socorros y meter la guardia,
contar raciones, convidar amigos,
parar un Julio y tresdoblarle presto,
tener hermosa amiga y buenas armas.

LAURENCIO.

Según eso, ¿en Toledo habrá tenido
Rosindo esos extremos con extremo?

ROSINDO.

De Francisco Ruiz, único artífice
en temple y en labor, tengo esta hoja;
pero desotro, eterno olvido tengo.

(*Salga* DIANA *de hombre, bizarra.*)

FELICIANO.

¿Quién es este mancebo?

LEONARDO.

¡Bravo talle!

DIANA.

¿Es de vuesas mercedes, por ventura,
alguno el Capitán?

LAURENCIO.

Cualquiera puede
por méritos, servicios o persona.
El no está aquí, pero su alférez basta.

FELICIANO.

Mirad, señor, en qué serviros puedo.

DIANA.

Soy de aquesta ciudad un noble hidalgo,
inclinado a la guerra desde niño;
estórbanme mis padres este intento,
y vengo huyendo casi a la partida
por alistarme y ir al Rey sirviendo.
Así marcial estrella me ha forzado;
mas temo, si soy visto o descubierto,
ser de un caduco viejo detenido,
que como a vil mujer quiere casarme,
teniendo, cuando menos, en el pecho
todo un Marte mayor que un Alejandro.

LAURENCIO.

A tan honrado intento, caballero,
todos acudiremos como es justo.
Yo tengo un aposento razonable,
donde podéis estar hasta mañana,
que mañana sin duda nos partimos.
Seremos camaradas todos cinco,
y yo, si vos queréis, de mesa y cama.

DIANA.

Bésoos las manos por merced tan grande.

LAURENCIO.

Pues vamos a alistaros.

DIANA.

Eso os pido,
que con vuestro favor a nadie temo.

LEONARDO.

(¿Este es mujer?

ROSINDO.

Parécelo en extremo.)

ACTO SEGUNDO

(*Salen* FELICIANO *y* ROSINDO.)

FELICIANO.

Cuatro meses y más que hemos andado
alojados, Rosindo, por Castilla,
en este loco pensamiento he dado.

ROSINDO.

Hame causado espanto y maravilla
que me digas que es hembra aqueste mozo.

FELICIANO.

Si no basta miralla, baste oílla.
¿No ves que apenas la señal del bozo

le adorna el rojo y femenino labio,
y del Alférez el secreto gozo?

ROSINDO.

Sin duda que es mujer, y como es sabio,
sacóla de Toledo en traje de hombre,
temiendo de los padres el agravio.

FELICIANO.

Esto no es nuevo, ni hay de qué os asombre
ver mujeres amantes de soldados
con traje militar, espada y nombre.

(Sale LAURENCIO, *alférez, con gente.)*

LAURENCIO.

¿Están vuesas mercedes alojados?

ROSINDO.

Juntos nos dieron en aquesta sierra
unos casares viejos derribados.

LAURENCIO.

No hay otro alojamiento en esta tierra;
que a mí y a don Martín, mi camarada,
una cabaña de un villano encierra.

FELICIANO.

No hay mal alojamiento ni posada
para dos que se quieren, que en amantes
el duro suelo es cama regalada.

LAURENCIO.

Déjense de razones semejantes,
si los amantes son hombres.

FELICIANO.

No entiendas
que tus secretos son muy importantes.
Ni del amigo como yo te ofendas;
que mi capa sabrá cubrir tus cosas
cuando favor de mi amistad pretendas.
Las manos delicadas y curiosas,
la bella tez que oscureció la mano,
y las mejillas de clavel hermosas
de aqueste disfrazado toledano
descubren fácilmente que es tu amiga.

LAURENCIO.

Mira bien lo que dices, Feliciano.

FELICIANO.

Laurencio, todo el cielo me maldiga
si don Martín no es hembra.

LAURENCIO.

Y todo el cielo,
si yo lo sé, me ofenda y me persiga.
Con llaneza de amigo y puro celo,
por hombre y por soldado le he traído,
aunque es verdad que con algún recelo.
Que si en un aposento hemos dormido,
jamás le vi acostar, porque aguardaba
que estuviese dormido o divertido.
Y aunque su talle a sospechar me daba
mil ocasiones que mujer no fuese,
pero su discreción me aseguraba.
¿Qué dama vió jamás que no sirviese?
¿Qué socorro cobró que no jugase?
¿cuáles armas que diestro no esgrimiese?
Mas si es mujer, no es bien que oculto pase.
Dejadme a mí con él, que si ello es cierto,
quizá me pagará que me engañase.

FELICIANO.

Procúralo, señor, en campo abierto,
aunque fuera mejor dentro en la cama;
mas si es hombre, sería mal concierto.

LAURENCIO.

Mejor es en la parte que se enrama
más intrincado aqueste monte oscuro,
por cuya falda el Tormes se derrama.

FELICIANO.

¡Vamos, que viene ya!

LAURENCIO.

Cosa procuro
de que pretendo no pequeña gloria
por el poco peligro que aventuro.

(Vanse, y queda LAURENCIO *y sale* DIANA.)

DIANA.

¿De manera, señor, que no hay memoria
de los amigos en saliendo fuera?

LAURENCIO.

Ya me voy prometiendo la vitoria.
Estoy, por vida vuestra, de manera
que una cierta mortal melancolía,
nacida de un secreto bien que espera.
Que estoy como sin seso todo el día
en esta confusión que me deshace,
y desde el alba hasta la noche fría.

DIANA.

¿Pués no podré saber de adónde nace?

LAURENCIO.

Con vuestro entendimiento, que no yerra,
eternamente cuanto dice y hace,
por el verde pretil de aquesta sierra
la causa trataré, causa notable,
que quiere descansarme en poca tierra.

DIANA.

Si puede ser el mal comunicable,
¿quién duda que en el alma disminuye
gran parte del estado miserable?
Con el amigo fácilmente huye
del corazón la pena que le ofende.

LAURENCIO.

Eso mismo de vos mi amor arguye.
Y así deciros su dolor pretende,
porque descanse yo, porque se acabe
el corazón el fuego que le enciende.

DIANA.

Cuando el dolor de alguna herida es grave
pone el medicamento en la templanza,
y así es al alma el buen consejo suave.
Tiene el amigo cierta semejanza
al alma del amigo como espejo
que imita al propio, cuanto a ver alcanza.
Si la necesidad de mi consejo,
siendo tan mozo, a dalle me habilita,
lo que es amaros en silencio dejo.
Mi alma, al parecer, la vuestra imita,
en ella se ve el vuestro, y aun en ella,
como en espejo en quien amor habita.

LAURENCIO.

(Por Dios qué es tan discreta como bella;
de mí me espanto, que con serlo tanto,
tanto pude (1) tardar en conocella.
Es, sin duda, mujer.)

DIANA.

Decidme cuánto,
Laurencio amigo, os da el desasosiego,
pues ya sólo nos ve del cielo el manto.

LAURENCIO.

¡Ay, sol, de cuyos rayos estoy ciego!
¡Ay, don Martín, martirio de mi alma,
y de la Troya de mi pecho fuego!
Todo este tiempo que he vivido en calma
sin conoceros he vivido muerto,
y me ha negado amor la dulce palma.
No me parece extraño desconcierto
que las sospechas por verdades crea,
pues ser mujer, aunque secreto, es cierto,
no hay hombre que lo dude como os vea.
Si hombre os amé, como del alma amigo,
bien es que, dama, vuestro amante sea.

DIANA.

¿Estáis loco, Laurencio?

LAURENCIO.

Verdad digo.
Silencio como firme amor prometo.

DIANA.

A no lo estar os diera igual castigo.

LAURENCIO.

No me encubráis, por Dios, vuestro secreto;
mirad que puedo aprovechar en algo.

DIANA.

¿Que esto presuma un hombre tan discreto?
Mirad que yo lo soy, y tan hidalgo,
que a quien os dijo tal diré que miente,
y mostraré que por diez hombres valgo.

LAURENCIO.

¿Estáis resuelta en esto?

DIANA.

Eternamente
diré otra cosa, porque yo soy hombre,
y hombre muy bien nacido y muy valiente.

LAURENCIO.

Pues yo también lo estoy, de que os asombre
la fuerza que os haré para sabello,
aunque en esta amistad traidor me nombre.

DIANA.

¡Por esta espada!

LAURENCIO.

¡Paso! Que un cabello
os puede echar la espada de la mano
mal gobernada dese brazo bello.

DIANA.

¡Paso, Alférez traidor! ¡Paso, inhumano!
¡Aquí de Dios, que quiere hacerme fuerza!

LAURENCIO.

Hay mucho espacio deste monte al llano.

---

(1) A: "puede".

DIANA.

¡Que me fuerza, señores, que me fuerza!

LAURENCIO.

¿A los robles llamáis señores? ¡Bueno!

DIANA.

¡Traidor!

LAURENCIO.

Ese traidor mi pecho esfuerza,
y al apetito de razón ajeno
no parará, que corre desbocado.

DIANA.

¡Póngale Dios con su justicia freno!

LAURENCIO.

Sólo quiero quedar desengañado.

(Entren tres villanos carboneros, con bastones, llamados BATAVO, CHAMIZO, ELENCO.)

BATAVO. Digo que están batallando.
¡Cuerpo del sol, acudí!
CHAMIZO. Eh, Dios ¿que le están forzando?
BATAVO. ¿Luego es hombre?
ELENCO. ¿Hombre?
CHAMIZO. Sí.
ELENCO. Por Dios, que es pecado, Hernando.
CHAMIZO. No son pecado, elefante.
BATAVO. Suelta el muchacho arrogante.
LAURENC. ¡Oh, villanos, que es mujer!
ELENCO. ¿Con bragas lo había de ser?
LAURENC. ¡Que es mujer! ¡Nadie se espante!
CHAMIZO. Pues, borracho, aunque lo fuera,
¿era bueno destrupalla
a solas de esa manera?
LAURENC. ¿Queréisme dejar, canalla?
CHAMIZO. ¿Canalla?
BATAVO. ¡Oh, traidor, espera!
LAURENC. Pues, ¿por qué queréis matarme?
DIANA. Algún ángel [a] ayudarme
trajo aquestos tres aquí.

(Vase huyendo LAURENCIO.)

CHAMIZO. ¿Huís, borracho? Eso sí;
no pienso tras él cansarme.
BATAVO. Allá va cual ciervo herido.
ELENCO. Pardiós que no hay alcanzalle.
CHAMIZO. Decidnos lo que esto ha sido.
DIANA. Tener razonable talle
y ir por el monte perdido.
En ángeles transformados
remediastes mis cuidados.
BATAVO. ¿Angeles dice que fuimos?
ELENCO. ¿Vos no miráis que venimos
para ángeles muy tiznados?
CHAMIZO. De vos querría saber,
pues de aquel hombre os libramos
que tal fuerza os quiso hacer,
si es que en esto no pecamos,
si sois hombre o sois mujer,
que en decirnos la verdad
ganaréis nuestra amistad
y en nuestra casa tendréis
todo el tiempo que querréis
mesa, cama y voluntad.
Somos ciertos carboneros
que en este monte habitamos,
serranos y compañeros;
carbón a vender llevamos
y partimos los dineros.
Si la choza abierta y franca
no os agrada, una potranca
os daré para que os vais;
que desde aquí sólo estáis
tres leguas de Salamanca.
¿Qué decís?
DIANA. Estoy de suerte
que apenas he vuelto en mí
para que hablaros acierte,
que ha muy poco que salí
de mayor mal que la muerte.
Soy, en efeto, mujer;
lo demás podéis saber
despacio en vuestra cabaña,
que abrasará la montaña
si aquéste acierta a volver,
que trae una compañía
de que es alférez valiente.
BATAVO. Pues como venga de día,
quizás en ver nuestra gente
le tomará alferecía.
Mas venid a nuestra choza,
veréis lo que el monte goza.
DIANA. Ya voy perdiendo el enojo.
ELENCO. Echado le llevo el ojo.
¡Voto al sol, que es linda moza!

(Vanse, y sale ALEJANDRO *solo, en hábito de estudiante.)*

ALEJANDRO.

Con el tiempo se pasan horas y años,
con el tiempo el mayor reino perece,

con el tiempo el ingenio desfallece,
con el tiempo la guerra y los engaños.
Con el tiempo da el tiempo desengaños;
la beldad con el tiempo se envejece;
con tiempo mengua el mar, con tiempo crece,
y con el tiempo acaban nuestros daños.
Con tiempo al mar sereno dió fortuna;
con tiempo cae la máquina más alta,
y nos da el tiempo sepultura y cuna.
El tiempo seca el campo, y él le esmalta;
con el tiempo se eclipsan sol y luna,
y en mí jamás amor con tiempo falta.

(*Sale* MAURICIO, *estudiante, compañero de* ALEJANDRO.)

MAURICIO. Anda ya vuestra Diana
creciendo con tanto exceso,
que se va del alma el seso.
¡Oh! ¿Que lloráis de mañana?
¿Al cabo de tantos días
no se os olvida Toledo?

ALEJANDR. Olvidarme de mí puedo,
mas no de las ansias mías.
Cuando en Toledo amanece
aquel alma celestial,
la escuridad de mi mal
en Salamanca anochece.
Porque la hermosa Diana,
que darme su luz solía,
hace allí la noche día
y aquí noche la mañana.

MAURICIO. Según eso, ya sois vos
como un estudiante honrado,
que pensó, de muy letrado,
que las lunas eran dos.
Que si está más turbia y blanca
de que digáis tengo miedo
que la luna de Toledo
no es esta de Salamanca.

ALEJANDR. ¡Y cómo si lo diré!,
pues ésta vive en el suelo,
y ésa en el primero cielo
con luz hurtada se ve.
Desta su valor se arguya,
que si tiene por costumbre
recebir del sol su lumbre,
ésta al sol le da la suya.
Esta es creciente en mi lloro,
menguante en el mal presente,
por eclipsado accidente
de la hermosura que adoro.

MAURICIO. Ahora creeros quiero,
porque luna de estudiante
es de ordinario menguante
en el seso y el dinero.
Y por esa fe y amor
más os debe esa Diana
que aquella hermosa y tirana
le debe a Montemayor.
Haced un libro como él,
para que quede memoria
desa tragedia y historia,
tierno amor, padre cruel.
Pintad allí al nuevo esposo
burlado en el mayor bien,
y ella estorbando también
el casamiento forzoso.
Y a vos tras ellos sin blanca,
y de puro amor perdido
entre dos ríos metido
de Toledo y Salamanca.
¡Por Dios, buena camarada
tengo en vos para mi humor!
¿Para qué ponéis amor
en una luna eclipsada?
Que entre vos y aquel galán
ha puesto más tierra en medio
que hay para vuestro remedio
desde Salamanca a Orán.
Vamos, ¡pese a tal!, con vos
a ver una forastera
como un ángel, que hoy me espera
y es ropa que hay para dos.
Que por lo que he celebrado
vuestro talle y discreción,
de veros tiene afición
y de serviros cuidado.
Y mostrad más alegría,
que me dicen en escuelas
que si es de dolor de muelas
tan larga melancolía.
Y aun ha habido hombre, por Dios,
que os tiene por sospechoso.

ALEJANDR. No es sino un mal peligroso,
que sabéis, Mauricio, vos.

MAURICIO. Que ya no os canséis en vano
ni me habléis de esa manera.
Vamos a esta forastera,
que os curará por la mano.
La llaga untada se aplaca,
y al que no pide no dan,

y, como dice el refrán,
clavo con clavo se saca.
  Venid y intentad remedio;
haced como hombre.

ALEJANDR. ¡Oh, Mauricio!,
de mi salud es indicio
ver que estáis vos de por medio.
  Vamos, que quiero alegrarme;
que si dura esta tristeza
vendrá a ser naturaleza
y peligrosa a matarme.
  ¿Es hermosa esta mujer?

MAURICIO. Es razonable.

ALEJANDR. ¿Es común?

MAURICIO. Es entre perdiz y atún.

ALEJANDR. ¡Qué común debe de ser!

MAURICIO. Canta y tañe por extremo,
y es sevillana.

ALEJANDR. Eso basta,
y más si es de cierta casta
en cuya nieve me quemo.

MAURICIO. Antes no es casta, ni sabe
si eso es vicio o es virtud;
tomalda para salud
como primero jarabe.
  Que para purgar amor,
del mismo amor se ha de hacer.

ALEJANDR. Luego, ¿mujer con mujer?

MAURICIO. Así lo dice un doctor.

(Sale TARREÑO, *capigorrón, vestido a lo gracioso.)*

TARREÑO. *Domines, est hodie edendum?*
¿O fué como ayer, *jejunia?*
In perenne, si hay pecunia,
¿quid de la plaza *ferendum?*
  Que ya la hambre me arrastra,
y de nuestra chimenea,
¡oh, qué terrible pelea!,
fumus non itur ad astra.

ALEJANDR. ¡Qué bueno viene Tarreño
de hambre, elocuencia y talle!

MAURICIO. ¿Tenéis vos algo que dalle?

ALEJANDR. ¿Y puede faltarle un leño?

MAURICIO. ¿No os he dicho que no habléis
latín, borracho? Tomad.

TARREÑO. La hambre y necesidad
me obliga al latín que veis.
  Piden las tripas sustento,
y por eso empiezo [a] hablar
lengua que no sea vulgar,
y sosiégame al momento.

ALEJANDR. ¿Y suélense comedir
con lengua extraña?

TARREÑO. ¿Pues no?
Presumen que no soy yo
y déjanme de pedir.
  Imagínanse pasando
a un hombre desconocido,
y como a recién venido,
de vergüenza están callando.

MAURICIO. Traed lo que os pareciere
mientras de lición salimos,
y pensad que ya venimos
porque la comida espere.

TARREÑO. Yo lo haré; pero, por dicha,
no podré carnero hallar,
pero no podrán faltar
adobatus et salchicha.

(Vanse, y salen ELENCO *y* CHAMIZO, *carboneros.)*

ELENCO. Mientras llevaste carbón,
buen Chamizo, a la ciudad,
me ha dado la voluntad
mal de muelas y torzón,
  de que vi aquel gentilhombre
que era mujer en la choza,
ya con hábito de moza
y cansada de ser hombre.
  No es de burlas són, que creo
que tanta hermosura encierra
que a la nieve de la sierra
encenderá su deseo.
  ¡Por Dios, que es bella serrana!,
y que tengo prenotado
que a su botín colorado
vencen sus labios de grana.
  Trae un sayuelo polido,
sayo de tal perfeción,
que quisiera ser sayón
para vérmele vestido;
  y una cofia en el tranzado
de aquel cabello lustroso,
que quisiera ser tiñoso
por habérmela tocado;
  y un delantal (1) que pudiera
ser, entre nieve y cristal,
de la luna delantal,
si la de Valencia fuera.
  ¡Qué garganta hermosa y clara!
Si vino tinto bebiera,

(1) A: "delantar".

como por vidro se viera
hasta que al pecho llegara.
Ella es toda milagrosa.

CHAMIZO. ¡Par Dios!, si así te consumes
que presumo...

ELENCO. ¿Qué presumes?

CHAMIZO. Que ha de ser...

ELENCO. ¡Dilo!

CHAMIZO. Tu esposa.

ELENCO. Quisiéralo mi ventura
y nuestro amigo Batavo;
que yo sería su esclavo
en cambio de su hermosura.
Que yo le sirviera a él
con más paciencia que Job
lo que dicen de Jacob
por la divina Raquel.

CHAMIZO. ¡Eh, Dios, que te ha hecho amor
extremado bachiller!

ELENCO. Oí su historia antiyer
a un cierto predicador.
No fué grande la ventura
dél, que la tiene en su casa.

CHAMIZO. Mas si contigo se casa,
la tuya fué más segura.
Que él no hace más de vella,
y tú, Elenco, has de gozalla.

ELENCO. Pues si yo la gozo, calla,
verás cuál ando con ella.

CHAMIZO. No os iré yo a despartir
si estás tan antojadizo.

ELENCO. En nueve meses, Chamizo,
tres veces ha de parir.

CHAMIZO. ¿A tres meses? ¿Tú no ves
que a lo natural repuna?

ELENCO. Cualquiera se pare una;
¡por Dios, que ha de parir tres!
Vuestra burra, cuando estuvo
preñada de mi rocín,
que la burra de Martín
más poco térmeño tuvo.

CHAMIZO. ¡Calla, insensato! ¿Así eres
de torpe y rebusto engeño?
que no tienen un termeño
las bestias y las mujeres.

ELENCO. Ella viene, ¡voto a mí!
y su ama viene con ella.

(*Entra* DIANA, *como serrana, y* LORENA, *carbonera.*)

LORENA. ¿En fin, te holgarás de vella?

DIANA. Dígola, madre, que sí.
Que dicen que Salamanca
es una rica ciudad,
y tengo la voluntad
que el corazón se me arranca;
porque tengo un deudo en ella
que me debe la mayor
deuda.

LORENA. ¿Deuda a ti?

DIANA. De amor,
y estoy cerca de perdella.
Mas no sé si vaya allá,
que diz que hay bellaca gente,
y deuda de amor ausente
tarde y mal se cobrará.

LORENA. ¿Has de andar tú por ventura
de noche por la ciudad?

DIANA. Antes busca claridad
quien perdido amor procura.

LORENA. Espérate un poco aquí
y los huevos juntaré,
que se han de vender, a fe,
a cuatro y medio por ti.
Que tu gracia y hermosura
será como piedra imán.

DIANA. Id con Dios, que ellos tendrán
en su venta mi ventura.

(*Vase, y queda* DIANA.)

Cumplídose ha mi deseo
para ver a mi estudiante;
aunque falso e inconstante,
dentro del alma le veo.
Pero ¿dónde le hallaré
entre tanta multitud,
si no le saco en virtud
de los ojos de mi fe?
¡Ay, Alejandro, mi bien!,
hoy te busca una perdida,
que en albricias de tu vida
te dará el alma también.
Mas si le he de hallar trocado,
mi muerte voy a buscar.

ELENCO. Pardiez que la voy a hablar,
mal o bien, libre o turbado.

CHAMIZO. Llega, pues, antes que salga
Lorena a estorbar tu bien.

ELENCO. Llega tú.

CHAMIZO. Yo iré también.

ELENCO. ¡Guárdeos Dios, serrana hidalga!

DIANA. ¡Oh, Elenco! (1) ¡Oh, Chamizo [amigo!
ELENCO. ¿Amigo te llama a ti?
CHAMIZO. Inclínase más a mí,
y es porque menos la sigo.
Que eso tiene la mujer
con quien ella se descuida,
porque pocas veces cuida
lo que le ha de suceder.
ELENCO. Yo estoy desde que te vi,
señora, de mi carbón,
hechos los ojos doblón
y el alma maravedí.
Los ojos me vuelves oro
siempre que en su luz me envuelves
y el alma hierro me vuelves,
pues mi propio yerro adoro.
Sabe, Dominga gentil,
que desque te vi en la cuesta
no he tenido día de fiesta
y de trabajos dos mil.
Tal es la melancolía
que ese tu rostro me ha dado,
que ando hasta el alma tiznado
del humo que no sabía.
Que ha hecho de mi carbón
amor fragua, y fuego tanto,
que a no socorrerme el llanto
derritiera el corazón.
Con el viento de desgracia
son fuelles temor y olvido,
y por aquesto te pido
el hisopo de tu gracia.
No escribe sobre tiznado
amor, sino en mi fiel
pecho, que es blanco papel,
las letras de mi cuidado.
Lee lo demás en él,
que me enmudece el temor.
DIANA. ¿Que me tienes tanto amor?
ELENCO. Serrana, dígalo él.
Duélate mi sentimiento,
pues lo causó tu beldad.
DIANA. Voy agora a la ciudad,
que yo volveré al momento.

(*Vase* DIANA.)

CHAMIZO. Con la miel nos ha dejado.
ELENCO. Mas con la hiel en la boca.
CHAMIZO. Es presuntuosa y loca;
no querrá galán tiznado.
ELENCO. En dondequiera que está
la nieve excede en pureza.
CHAMIZO. Que el rigor y la belleza
juntas siempre el cielo da.
ELENCO. ¡Oh, prega a Dios que tropieces
por el camino que vas,
y, para que ruedes más,
en dos manos de almireces!
Pues no te duele el mal mío,
en ellas pongas los pies,
y tan gran caída des
que no pares hasta el río.
Cuando hubiere algún finado
te mate el aire el candil,
y si coges perejil
te de un lagarto un bocado.
Un duende contigo tope,
y si algo a escuras buscares,
metas la mano que echares
en un cántaro de arrope.
¿Ahorcaréme, Chamizo?
CHAMIZO. No te lo aconsejo, Elenco.
ELENCO. ¿Soy, por dicha, algún podenco?
¿Soy hijo de algún erizo?
Vamos, que quiero seguilla.
CHAMIZO. No la sigas, que es peor.
ELENCO. Mal sabes tú qué es amor.
CHAMIZO. Ando ahora en la cartilla.

(*Vanse, y salen* ALEJANDRO, MAURICIO *y* NARCISA, *dama.*)

ALEJANDR. ¿Hasta la calle salís?
Gran muestra de voluntad.
MAURICIO. Lisonja ha sido en verdad.
NARCISA. ¿Yo lisonjera? Mentís.
MAURICIO. ¡Quedo cargado, Alejandro,
deste mentís?
ALEJANDR. Yo qué sé.
MAURICIO. Que me desagraviaré,
pues ya no soy tu Leandro;
si está mi honra cargada,
procuraréla matar.
ALEJANDR. No puede mujer cargar.
MAURICIO. Mas no hay carga tan pesada.
NARCISA. Sí; mas ¿con qué me promete
desagraviarse de mí?
Pues cuando le desmentí
aún no tenía bonete.
¿Trae acaso alguna espada
por aforro del manteo?

(1) A: "Elena."

MAURICIO. Por Dios, Narcisa, que os veo
a perseguirme inclinada.
Contentaos con que habéis hecho
siendo el primero en serviros
este agravio a mis suspiros
y esta deshonra a mi pecho.
Vuestra es ya, Narcisa bella;
este galán que se abrasa
ya sé que le traje a casa
para que me echase della.
Darle gusto he pretendido,
y que con él le tengáis,
porque los dos os queráis
y él me quede agradecido.
Cierto que Alejandro es hombre
que lo será para vos;
pero fuímoslo los dos,
yo en obras y él en el nombre,
pues habiéndoos retratado (1)
la fama dentro en su pecho,
el primitivo derecho
de mi fe y amor le ha dado.
Gozaos, que aquése es mi gusto.
ALEJANDR. ¿Habláis de veras, Mauricio?
NARCISA. Dejadle, que habla de vicio.
ALEJANDR. No es vicio hablar con disgusto.
¡Mal haya el amigo, amén,
que quiere dama de amigos,
aunque presentes testigos
la dejen y se la den!
Que aunque se vea glorioso,
y al darla no se arrepienta,
después que la ve contenta
por fuerza ha de andar celoso.
MAURICIO. Si lo estoy, nunca yo medre
de que os quiera, y la queráis,
que a fe que nunca veáis
que su calle desempiedre.
Contra mi amistad hacéis
ese argumento conmigo.
ALEJANDR. Querría, pues sois mi amigo,
que la sirváis y gocéis:
que de mi estudio el cuidado,
pues ya vos sabéis cuál es,
es el mayor interés
de mi pensamiento honrado.
MAURICIO. Es hacerme gran desprecio
ese cumplimiento loco,
que es tenerme más que en poco
presumir que soy tan necio.
Querelda muy norabuena,
sin género de sospecha,
que no es Grecia tan estrecha
que no haya más de una Elena.
A mí no me ha de faltar
con quien pueda entretenerme.
NARCISA. Yo misma quiero ofrecerme
y a Mauricio acomodar.
Que aún hay en las tenerías
otra vieja Medusea
que la mayor Melibea
baje del cielo en dos días.
Yo le daré de mi mano
conversación como un oro.
MAURICIO. Eres único tesoro
del lenguaje cortesano.
De Thais, hermosa y franca,
Corinto esté vitoriosa,
que de ti, Narcisa hermosa,
se preciará Salamanca.
Veamos ese angelillo
y arrímese Baldo un poco,
que no se ha de volver loco
ni de estudiar amarillo.
Démonos los cuatro un verde,
que la juventud lozana
es lirio por la mañana,
que por la noche se pierde.
¿Cuándo la quieres traer
para que cenemos juntos?
Porque quiero tomar puntos
de una lición de querer.
¿Es morenita? ¿Es trigueña?
¿Es blanca? ¿Es descolorida,
amorosa, desabrida,
juguetona, zahareña?
¿Es discreta o primeriza,
de las que llamaba un cura
de la primera tonsura?
¿Es alta? ¿Es flaca? ¿Es maciza?
Porque te quiero celosa,
si tales sus partes fueren.
NARCISA. Bien dirán los que la vieren (1)
que es una Venus hermosa.
Basta que yo te la escoja.
Háblame aqueste atronado
que te ve desenojado
y apenas te desenoja.

(1) A: "retrado".

(1) A: "las vieren".

MAURICIO. ¿A mí, señor mentecato?
Vuelva el rostro [a] aquesta perla,
que bien puede agradecerla
condición, nobleza y trato.
Abrácenseme aquí luego,
que éste es mi gusto.
ALEJANDR. Por mí,
digo mil veces que sí.
NARCISA. Y yo mis brazos te entrego.
ALEJANDR. No es bien el bien sin testigos.
NARCISA. Mirad que estáis en la calle.
ALEJANDR. Quiero el bien comunicalle,
y más entre mis amigos.

(*Salen* LORENA *y* DIANA, *con dos cestillos de huevos.*)

LORENA. Anda, hija, no te canses.
DIANA. ¡Pardiez, madre, no aprovecha,
que como no estoy yo hecha
ya deseo que descanses.
Son estas calles muy luengas
y mi ventura muy corta.
LORENA. Vender presto nos importa
para que descanso tengas.
DIANA. Madre, ¿sabe ella, por dicha,
dónde se suelen juntar
estos que van a estudiar,
y el que fué por mi desdicha?
LORENA. Por allí pasé una vez
y vi esa gente inquieta,
como tordos en veleta
y más negros que la pez.
Mas di, ¿para qué pretendes
ir a ver los escolares?
DIANA. Tengo allá un quitapesares
entre todos esos duendes.
Ya, ¡pardiez!, madre Lorena,
si queréis, velle querría.
LORENA. Gastarás en eso el día;
mas vamos enhorabuena.
Que entre tanta multitud
serán pretensiones vanas.
MAURICIO. ¡Oh, qué graciosas serranas,
así me dé Dios salud!
ALEJANDR. La una es bella en extremo.
NARCISA. ¿Qué venden?
ALEJANDR. No lo he mirado.
NARCISA. ¿Es hoy día de mercado?
ALEJANDR. Que habéis de burlarme temo.
NARCISA. ¡Por Dios, que es notable traje!
ALEJANDR. Yo mejor decillo puedo,
que en el reino de Toledo
usan gorguera y plumaje.
No hay villana ni mozuela
en cualquier pueblo de fama
que no traiga como dama
su copete y arandela.
DIANA. ¡Cielos!, ¿qué sombra es aquésta
que a mis ojos ofrecéis?
Yo os suplico que me deis
como oráculos respuesta.
Amor, ¿qué dulce ilusión
es aquesta que me ofreces?
¡Cómo en sueños te apareces
donde vela el corazón?
Pero yo, ¡triste de mí!,
¿qué dudo que aquesto sea?
Cuando el cuerpo no le vea,
ya con el alma le vi.
Estoy por llamarle a voces,
que ya me mira turbado.
¡Ah, traidor, mal empleado,
que a tu mujer desconoces!
Bien vi yo que al gran placer
de venir a ver y hablar,
menos que tanto pesar
no pudiera suceder.
Corriera abiertos los brazos
luego que el alma le vió;
mas quien a otros les dió
no merece mis abrazos.
¿Ya, qué le puedo decir,
si tal ofensa me ha hecho?
ALEJANDR. Si es verdad lo que sospecho,
desde hoy comienzo a vivir.
Mas, ¡ay, esperanza vana!
¿Por qué tan grande belleza
pusistes en la corteza
de una grosera villana?
¡Oh, milagro del poder
del artífice del mundo!
¿Qué rostro al suyo segundo
si no es Dios, pudiera hacer?
Disimular es mejor,
y hacer esta pena risa,
porque no entienda Narcisa
la fe del primer amor.
¿No es hermosa la serrana?
NARCISA. Y aun así me guarde Dios,
que os parece bien a vos.
ALEJANDR. A lo menos, a Diana.
MAURICIO. ¿Qué digo, buena mujer?

DIANA. ¡Ay, cuánta pena me cuestas!
MAURICIO. ¿Qué es lo que en aquestas cestas
traéis...
DIANA. ¡Quedito!
MAURICIO. ...a vender?
LORENA. Pardiez, señor, doce huevos,
para duelos y quebrantos.
MAURICIO. ¿Y la muchacha?
LORENA. Otros tantos.
MAURICIO. ¿Son frescos?
LORENA. Todos son nuevos;
y aun en verdad que estos dos
son del primer maleficio.
MAURICIO. ¿Era polla?
LORENA. A su servicio,
que huevo ofrézcole a Dios.
MAURICIO. ¿La muchacha ha puesto ya?
LORENA. Doile a Dios que ha de poner.
MAURICIO. ¿Queréis oírme?
DIANA. A placer.
¿No ven que despacio está?
MAURICIO. ¿Tenéis gallo?
DIANA. Ya solía,
y está en otro gallinero.
ALEJANDR. Hablaros a solas quiero,
serrana, por vida mía.
¿De dónde sois?
DIANA. De mi tierra.
ALEJANDR. ¿No me diréis lo que os ruego?
DIANA. ¿Qué?
ALEJANDR. ¿El nombre?
DIANA. Llámase fuego.
ALEJANDR. ¿Cómo es así?
DIANA. Es lugar de sierra.
Ciertos delitos inormes
se le dejaron así.
ALEJANDR. ¿Y vuestro nombre?
DIANA. Eso sí.
ALEJANDR. ¿Cómo?
DIANA. Dominga de Tormes.
ALEJANDR. ¿Naciste en él?
DIANA. Y aún más,
que con mis ojos le crío:
que yo soy el mismo río
porque jamás vuelvo atrás.
ALEJANDR. ¿Es esta buena mujer,
que yo soy el mismo río,
vuestra madre?
DIANA. Su hija soy,
y no soy.
ALEJANDR. ¿Cómo?
DIANA. A eso voy:
que puede y no puede ser.
ALEJANDR. ¿Tenéis padre?
DIANA. Y aun dos tengo,
y este que vive y más quiero
es, con perdón, carbonero.
ALEJANDR. A perder el seso vengo.
¿Queréis que os diga una cosa?
DIANA. ¿Ya, qué me podéis decir
que no sea todo fingir?
ALEJANDR. Diré yo que sois hermosa.
DIANA. Eso es mayor fingimiento,
que sólo es verdad en mí
que para morir nací
entre desdicha y tormento.
ALEJANDR. De una mujer como vos
he estado yo enamorado.
DIANA. Ya decís que habéis estado.
ALEJANDR. Y aun ahora estoy, por Dios.
Estad, señora, conmigo,
y os digo en esto verdad,
aunque de mi voluntad
lleve por premio castigo.
Casóse.
DIANA. ¿Fué por su gusto?
ALEJANDR. No sé.
DIANA. ¿Que no lo sabéis?
ALEJANDR. No, a fe.
DIANA. ¿Que, en fin, la queréis?
ALEJANDR. Vínome su talle al justo.
DIANA. Pues, ¿qué es lo que hacéis tam-
con aquesta honrada dueña? [bién
¿No veis que junto a la leña
nunca estuvo el fuego bien?
ALEJANDR. Por divertirme he venido
a entretenerme a su casa.
Porque el fuego que me abrasa
no puede cubrirle olvido.
DIANA. Según eso, la que amáis,
también para no morirse,
procurará divertirse (1),
pues vos divertido andáis.
ALEJANDR. Si en mudártela pareces
como en el rostro, ¡ay de mí!
LORENA. Hija, ¿qué hacemos aquí?
¿No ves que te desvaneces?
DIANA. A dos me da por los huevos,
y hémonos desconcertado,

(1) A: "procurará de divertirse".

porque le he visto ocupado,
madre, en pensamientos nuevos.
Debe de hacer del galán
con las damas cortesanas,
y burla de las serranas
que a vender cuidados van.
Madre, vámonos de aquí
que estoy ya desesperada.
¡Oh, ciudad triste y cansada,
nunca yo viniera a ti!
Mejor me estaré en la sierra;
madre, no me traiga acá;
¿no le veis?, a dos me da
y con una me hace guerra.
Pues no habéis de tener dos,
que una os sobrará, a fe mía,
y pues no es quien ser solía,
¡malas Pascuas os dé Dios!

ALEJANDR. ¿Para qué me maldecís?
DIANA. ¿Por qué no me los compráis?
ALEJANDR. ¡Pues alto! ¿A cómo los dais?
DIANA. ¡Qué fingido que venís!
ALEJANDR. ¿Yo fingido?
DIANA. Vos fingido,
y me queréis engañar,
pues que venís a comprar
después de haberme vendido.
ALEJANDR. ¡Cielos!, ¿no es ésta Diana?
LORENA. Dominga, ¿ves que te espero?
DIANA. Ya voy.
NARCISA. ¡Por Dios, que me muero
de celos de la serrana,
que es por extremo graciosa
y Alejandro está muy tierno!
MAURICIO. Es en Castilla moderno,
y admírale cualquier cosa.
DIANA. ¿No miráis que estoy de prisa?
Señor, mi madre me llama;
mas decidme: aquesta dama,
¿cómo se llama?
ALEJANDR. Narcisa.
DIANA. ¿Y tenéis vos por posible
que se enamore de sí?
ALEJANDR. Como yo lo estoy de ti,
fuera a Narcisa imposible.
Porque en ti, como en cristal,
veo de un ángel la forma,
en cuya luz se transforma
su hermosura celestial;
que eres su pintura en sombra,
y como primera mano
de aquel rostro soberano.
DIANA. ¿No le ven? Sombra me nombra.
Diga, señor: ¿la señora
es mujer de todo gusto?
ALEJANDR. Vine a templar mi disgusto.
DIANA. ¿Y fué la primera agora? (1)
ALEJANDR. Otra sin ésta he venido.
DIANA. ¿Quién duda que os quiere bien?
ALEJANDR. Bien me quiere.
DIANA. ¿Y vos también
le estaréis agradecido?
Guardaos, que alguna de aquéstas,
y más de pico andaluz,
por cofrade de su luz
os pondrá algún monte a cuestas;
que os dejarán sus locuras,
si dais en seguir su antojo,
como rocín flaco y flojo
y lleno de mataduras.
Y con esto, adiós quedad;
otro día nos veremos.
LORENA. ¿No nos vamos?
DIANA. Ya podemos,
que se acaba el amistad.
Quédese con Dios, señora;
mil años goce el galán,
que a fe que son como están
de iguales prendas agora.
Es buen pez; póngale el cebo.
NARCISA. Vaya con Dios la villana.
DIANA. ¡Poco a poco; menos vana!
Quiero hablar y no me atrevo.
¡Ande acá, madre!
MAURICIO. ¡Qué gracia!
DIANA. ¿Qué gracia os parece aquésta?
Mal sabéis lo que me cuesta
el ir agora en desgracia.
NARCISA. Idos, que sois muy picuda.
DIANA. Antes ando muy callada.
NARCISA. ¡Qué villana tan taimada!
Que lo sea pongo en duda.
DIANA. ¡Ande acá, madre! ¿Es delito
decir que os gocéis los dos?
NARCISA. ¿Que no os queréis ir con Dios?
DIANA. La calle es del Rey; ¿qué os quito?
Que no es vuestra Salamanca,
aunque os preciáis de Narcisa,
que es como decir por risa

(1) A: "y fuíle primera agora".

a una negra doña Blanca.
¡Ande acá, madre!
NARCISA. ¡Dejadme!
¡Rasgaréle aquellas tocas!
LORENA. Dominguilla, ¿estamos locas?
ALEJANDR. ¡Dejalda!
DIANA. ¡Venid, probadme!
MAURICIO. Id con Dios, buena mujer.
DIANA. Quédese con Dios, buen hombre.
NARCISA. ¡Yo buscaré quien la asombre,
pues nadie lo quiere hacer!

(*Vase* NARCISA, *enojada.*)

MAURICIO. No os entréis tan enojada.
ALEJANDR. ¡Dejalda, cuerpo de tal!
¡Ah, serrana celestial,
en Diana transformada!
¡No os vais! ¡Esperad un poco!
DIANA. ¡Déjeme! ¡Vuélvase allá!
LORENA. ¿A esto venistes acá? (1)
ALEJANDR. ¡Sigámoslas, que estoy loco!
DIANA. ¡No pellizque; estése quedo!
LORENA. ¡Dale una coz, Dominguilla!
DIANA. Vuélvase, amigo, a Sevilla.
ALEJANDR. Llévame el alma a Toledo.

(*Vanse, y salen* CHAMIZO *y* ELENCO.)

ELENCO.

En fin, ¿habéis vendido?

CHAMIZO.

Ya he vendido,
a catorce la carga, que anda caro,
y en comiendo los bueyes pienso irme.
Mas dime: ¿has encontrado, por ventura,
con tu fuego, tu amor, tu hielo y rabia,
tu Dominga cruel, tu fiera ingrata?

ELENCO.

He encontrado a mi padre, ¡voto al soto!,
que no topo otra cosa por las calles
sino destas bandadas de estorninos;
todo es bonetes, y hopalandas todo.
Huí corriendo a la igleja, que por ella
un paseo dijeron que pasaba,
para tomar la posesión un crego (2)
de un púlpito de aquellos en que parlan,
pensando en que Dominga allá estuviera;
y cuando más embebecido estaba

(1) A: "veniste acá".
(2) Clérigo.

mirando sus maestros y doctores,
algunos como tiestos de albahaca,
con una rama verde en la cabeza,
y otros de colorado como gallos,
sin otros que llevaban una onza
de azafrán por encima del bonete;
otros de hierba, de cuajar la leche,
de azul (1) y blanco una esparcida borla;
descuidéme, Chamizo, del pescuezo,
y un estordiante de un revés a zurdas
la nuez me derribó hasta el estómago,
que creo que comer será imposible,
que todo el arteficio está quebrado.
¡Ah, Dominga, Dominga!

CHAMIZO.

¿Deso lloras?

ELENCO.

¿No he de llorar lo que por ella paso?
¿Paréceos que sería poca lástima
que no comiese agora en cuatro días?

CHAMIZO.

Calla y sufre, no pienses que es buñuelo,
que no hay más de arrojarlo y quedar frito.
Los trabajos se hicieron para el hombre,
y no es hombre el que vive sin trabajos.
Hoy es Dominga suya, y otro día,
queriendo Dios, será Dominga tuya,
y entonces será día de domingo
para ti, para mí y aun para ella.

ELENCO.

¡Oh, prega aquel que pintan saetado
con arco, y flecha, y venda por los ojos!

CHAMIZO.

Saetero dirás, porque es Cupido.

ELENCO.

Ese debe ser el que me ha muerto.
Mas, ¡ay de mí! ¿No es ésta mi Dominga?

CHAMIZO.

Y Lorena con ella; ¿qué lo dudas?

ELENCO.

¡Cuerpo del sol, dos escolares vienen
en seguimiento de la hermosa moza!

(1) A: "de zul".

(*Salen* LORENA, DIANA, ALEJANDRO *y* MAURICIO.)

LORENA.

¿En esto estás determinada?

DIANA.

Madre,
no es para mí la sierra ni los árboles;
buena comodidad es la presente.
El señor me recibe por su ama,
con buena voluntad y buen salario.
Vaya con Dios, y dígale a mi padre
que de semana por acá se venga.
Haré con mi señor las escrituras.

LORENA.

¿Que te quieres quedar?

DIANA.

No llore, madre.

ALEJANDRO.

Amiga, no lloréis, que vuestra hija
no se queda tan mal acomodada;
que os aseguro que en mi alma queda.

MAURICIO.

¿Vos no venís, serrana, cada día
a la ciudad? ¿Pues qué lloráis agora,
que a Dominga veréis cuando quisiéredes?

LORENA.

Es moza, y lloro que entre mozos queda.

DIANA.

No llore, madre, y sólo aquesto crea:
que la virtud doquiera está guardada,
que ni hierro ni fuego la consume,
y que la voluntad no sufre fuerza.
No me quiere el señor con mal intento,
sino porque me dice que soy limpia,
y gustará que cuide de su ropa.

ALEJANDRO.

Eso sólo me mueve, madre mía.
Andad con Dios, que mi posada es ésta.
Tomad esos cien reales de ese lienzo,
y el sábado venid por otros tantos.

LORENA.

Hija, queda con Dios, que muy bien quedas
en cas de buen señor acomodada;
sirve como mujer de bien, y mira
que no te olvides de tus padres.

ALEJANDRO.

¡Hola!

(*Asómase* TARREÑO *por arriba.*)

¡Hola, Tarreño! ¡Ah, bestia!

TARREÑO.

Adsum; quid ais?

ALEJANDRO.

Abre esa puerta.

TARREÑO.

Ya deciendo; espérese.

ELENCO.

Dominga, ¿qué es aquesto?

DIANA.

¡Oh, buen Elenco!
Hame puesto Lorena con un amo.

ELENCO.

¿Cómo con amo? ¡Ahí sería el dimuño!

ALEJANDRO.

¿Pues quién os mete en esto, hermano?

ELENCO.

Yo, que la tengo ya medio enhornada
para ella mi santo matrimoño.

DIANA.

Es de mi tierra, y voluntad me tuvo.
Elenco, aquí me estoy, no te alborotes;
cuando vengas acá podrás hablarme,
que no por eso perderé del dote,
pues todo mi servicio se le añade.

ELENCO.

Pues si gustas estar en Masalanca,
sea en buen hora; mas, Dominga, mira
que eres almendra en flor, y que no es justo
que coma yo después fruta con cáscara.

MAURICIO.

¡Mirad si es el villano malicioso!

ELENCO.

¡Mi casamiento queda peligroso!

(*Sale* TARREÑO, *capigorrón.*)

TARREÑO.

¿Qué gente es ésta? ¡Habéis comprado algo?

ALEJANDRO.

Esta moza, Tarreño, esta serrana

he recibido para mi servicio.

ELENCO.

¿Ese tenéis en casa? ¡Voto al soto,
que no se ha de quedar Dominga en ella!

TARREÑO.

¡Suelta, diablo villano, no la ensucies!

ELENCO.

¡Ayuda aquí, Chamizo!

ALEJANDRO.

¡Suelta, bestia!

ELENCO.

¡Dios, que no ha de quedar!

MAURICIO.

¡Suéltala, necio!

TARREÑO.

¡No la bazuques, bestia, tenla recio!

(*Siéntase en el suelo* ELENCO *y abrázala por los pies.*)

ELENCO.

Primero habéis de despedir al mozo.

TARREÑO.

¿Más que si tomo un palo que la suelta?

CHAMIZO.

Suéltala, Elenco, y vamos; que ella es moza
que sabrá defenderse.

DIANA.

¡Pues no había!
¿Pensáis que no sé yo filosofía?

ELENCO.

Por vos la suelto; mas mirá, estodiantes,
que ha de ser mi mujer, y por San Pego,
que si sé que habláis latín con ella
que os he de dar en somo del cocote
con un gerundio de aguijar los bueyes.

MAURICIO.

Las burlas cesen, no alleguemos gente.
Vayan con Dios, y vos, Dominga, entraos.

DIANA.

Adios, Lorena; adiós, Elenco amigo.

LORENA.

¡Adiós te queda, hija!

CHAMIZO.

¡Adiós, Dominga!

ELENCO.

¡Adiós, esposa!

DIANA.

¡Adiós, señor marido!

ELENCO.

¡Entre gente de picos ha caído!

ALEJANDRO.

¡Oh, inmenso bien! ¡Oh, venturoso lance!
Si aquésta no es Diana, yo estoy loco;
o hizo el cielo dos hermosos rostros
en una estampa, porque en tal belleza
duplícase el honor naturaleza.
¡Oh, poderoso amor, haznos conformes!
¡Oh, serrana bellísima de Tormes!

ACTO TERCERO

(*Salen* DIANA, *serrana y* TARREÑO, *capigorrón.*)

DIANA. ¿No me dirás dónde fué
Alejandro con su amigo?
TARREÑO. ¿Celitos?
DIANA. ¿Celos?
TARREÑO. Ya digo (1)
que si lo son, no hay por qué.
DIANA. ¿Yo celos de mi señor?
TARREÑO. Sí, porque te quiere bien.
DIANA. Pídemelos tú también.
TARREÑO. Pudiera, pues tengo amor.
Y aun es este amor igual
y digno de merecerte,
que no le está bien quererte
a quien es tu desigual.
Dice Lelio en Cicerón:
Dispares mores disparia
estudia sequntur varia,
y tiene mucha razón.
Que la cosa de que amor
más presto engendrarse pudo,
es *ipsa similitudo.*
¡Oh, peregrino orador!
¡Ah, Dominga, amiga *eus!* (2)
¿Cómo no ves que te *volo?*
Vuelve y no me digas *nolo,*
que me muero, *vivit Deus.*

(1) B: "Ya te digo."
(2) Sic, por "*eius*".

No te quiero yo mandar,
sino quiero que me mandes.
Busque Alejandro otros grandes
con quien se pueda igualar.
Amor no es imperativo.
Conjuguemos *amo, amas,*
y llegaré, si me llamas,
Dominga, al modo optativo.
Utinan, si tú me amases
o dijeses amaré,
o con futuros de fe
mi indicativo pagases.
¿Pones en mi amo, en fin,
tu amor? ¡Qué grave demencia!

DIANA. Yo no entiendo en mi conciencia
ese tu amor en latín.
La fe quiere ser muy clara,
puro e inocente amor,
y el que tengo a mi señor
el argumento declara
que es claro, puro y honesto
con el celo de su bien.

TARREÑO. Pues ámame a mí también,
no me dejes *sicut* cesto.
Dominga, deja a mi amo;
mira que en mi corazón
siempre hago esta oración:
Ego Dominicam amo.
Volvámosla por pasiva
y dime que soy amado,
porque la fe que te he dado
Tarreño *víctor* escriba.
Y porque de *víctor* dije,
sosiega el vano temor,
que Mauricio y tu señor,
que un amor gobierna y rige,
son idos con cierta gente
a rotular a Monzón,
que es de aquesta posición
dignísimo pretendiente.
Ansí que no hay que temer
si no van a descansar
o [a] algún secreto lugar.

DIANA. ¿Quiéresme hacer un placer?

TARREÑO. ¿Placer? ¿Qué no *faciam tecum,*
aunque tu amor me desdeñe?
Vivit Dominus, que empeñe
hasta el propio *Vademecum.*
¿En qué te *possum servire?*

DIANA. En hábito de estudiante
quiero ver aquel mi amante.

TARREÑO ¿*Vis ad rotulandum* (1) *ire?*

DIANA. Quiérole ver disfrazada,
y que tú vayas conmigo.

TARREÑO. Iré, Dominga, contigo
con mi rodela y espada.
Entra, y pondráste un vestido.

DIANA. Vamos, pues, y seguirélos.
Hijos sois del amor, celos,
y así no engendráis olvido.

(*Vanse, y salen de camarada vestidos de noche* ALEJANDRO, MAURICIO, RISELO, VELARDO *y* GOMECIO, *con rodelas y espadas y guitarras.*)

ALEJANDRO.

Por aquí nos iremos haciendo hora,
mientras se llegan los demás amigos.
¿Hablastes al pintor?

RISELO.

Ya queda hablado;
la escala y las colores prevenidas.

MAURICIO.

¿Qué haremos, que es temprano?

VELARDO.

¿No daríamos
en cas de un pastelero con nosotros?

ALEJANDRO.

¿Corréis vos bien?

GOMECIO.

Como un gitano.

ALEJANDRO.

Oídme;
demos primero al tabladillo un tiento;
pero esperad; Gomecio vaya solo,
y en un jarro, si a dicha hubiere jarro
de proporción bastante y estatura,
corra lo que pudiere, o tinto o blanco,
porque después traeremos algún dulce,
o los pasteles que Velardo dice.

GOMECIO.

Toma aquesta guitarra, y si por suerte
el tabernero llega hacia nosotros,
perezca el insensato a espaldarazos.

ALEJANDRO.

Guíete Baco, su inventor primero;

(1) B: "rotulandam".

que aunque viniera su Sileno propio
el precioso licor me diera esfuerzo.

MAURICIO.

Descuidad que le alcance ni le siga;
puede correr si quiere sobre aquesta,
asido de una cerda de un caballo.

(*Sale* SERALDO, *estudiante, con un tostador de castañas.*)

SERALDO.

Seguidme, pues, si acaso os atreviéredes.
¿Qué es esto, cielo? ¿He dado en la justicia?

ALEJANDRO.

¿Qué gente? ¿Dónde vas? ¡Hombre, detente!

SERALDO.

¿Es Alejandro?

ALEJANDRO.

El mismo.

SERALDO.

No me habías
dejado sangre que no fuese hielo.

ALEJANDRO.

¿Adónde vas, Seraldo, con tal prisa?

SERALDO.

Cogíle [a] aquella tuerta castañera
el tostador que veis.

RISELO.

A hermoso tiempo.
Reparte en tanto que Gomecio venga,
que es ido al tabladillo por sustancia.

SERALDO.

Parad en esa capa.

VELARDO.

Arroja en ésta,
y tomen poco a poco.

ALEJANDRO.

Dos me bastan.

MAURICIO.

Para Gomecio y para mí he tomado
por buen agüero al esperado vino.
Temo, Seraldo amigo, tu venida.

(*Sale* GOMECIO *con un jarro de vino, y tras él el tabernero.*)

GOMECIO.

Vuélvete, tabernero mentecato,
que te darán un pan como unas nueces!

TABERNERO.

¡Oh, bellaco ladrón! ¡Justicia!

ALEJANDRO.

¡Dale!

TABERNERO.

¡Ay, que me han muerto!

ALEJANDRO.

Quéjate a la noche.

MAURICIO.

¡Vive Dios, que lo has hecho como un Príncipe!

(*Váyase el* TABERNERO.)

GOMECIO.

¿Quién trajo las castañas?

SERALDO.

¿Quién? Seraldo.

GOMECIO.

¡Tú habías de ser! ¿Y para mí no hubo?

MAURICIO.

Aquí te tocan tres.

GOMECIO.

Muestra.

MAURICIO.

Bebamos.

(*Vase.*) (1)

RISELO.

Vaya por orden, en bebiendo el cura.

ALEJANDRO.

No es malo, ¡vive Dios!

GOMECIO.

Es extremado.

RISELO.

Con sed le doy.

MAURICIO.

¿Pensabas que era leche?

---

(1) Parece que sobra esta acotación.

SERALDO.

Acomódense, pues, que queda poco.

ALEJANDRO.

¿Adónde iremos un ratillo agora?

MAURICIO.

A darles vaya a los representantes.

RISELO.

Mauricio dice bien; haya coplita,
y díganse esta vez todas sus faltas.

VELARDO.

¿Adónde posan?

SERALDO.

A la puerta estamos;
en esas dos ventanas los he visto.

ALEJANDRO.

¡Ah, bellaco Pablillos; ah, bellaco!
No hagas entremeses a lo viejo,
mira que ya no dices cosa nueva.

MAURICIO.

¡Ah, galán enrizado de copete!
No te alfeñiques tanto con la dama,
y enmiéndate de piernas y de prosa.

RISELO.

¡Ah, mi señora doña Nufla Hernández!
¡Por qué no estudia más y yerra menos?
Calce más justo y traiga buenas medias,
que las galas alientan las comedias.

VELARDO.

¡Sal acá, viejo! ¡Sal acá, potrilla!

GOMECIO.

Haced buenas comedias, borrachones,
y enmiéndense de tonos esos músicos.

(*Asómase a la ventana un* REPRESENTANTE, *con un candil.*)

REPRESENTANTE.

¿He de echar una olla de ceniza?

ALEJANDRO.

¡Ah, bellaco barbillas! ¡Tente, aguarda!
No cierres la ventana. ¡Habla! ¡No te entres!

MAURICIO.

Aquesta queda bien por esta noche.
Mudemos de servicio.

RISELO.

¿Dónde iremos?

MAURICIO.

¿Vamos en casa de Narcisa?

VELARDO.

Vamos.
Pero estará acostada.

SERALDO.

Pues, ¿qué importa?
Gomecio, canta; démosle una música,
y abrirá por lo menos la ventana;
que aunque es pobre mujer, es cortesana.

(*Salen* DIANA *y* TARREÑO, *como estudiantes.*)

TARREÑO.

Mira que si con ellos encontramos
no te adelantes ni respondas nada,
que yo sé el nombre y lo que importa es esto.

DIANA.

¿No ves que yo no vengo acuchillarlos,
sino sólo a saber si por ventura
Alejandro visita alguna dama?

TARREÑO.

Deja, por Dios, de atravesarme el alma
con decir que Alejandro te da celos.
Engáñame siquiera con sufrillos,
que voy hecho de cera a tus desdenes;
mira que si en el hábito primero
enamoraste mis *indignos oculos,*
Agora *pertransierunt usque ad animam.*
Bella fuiste mujer, bello eres hombre:
¿cómo es posible que serrana seas,
que ése no es pie para pisar terrones
sino pie de la copla más perfeta
que hizo Garcilaso ni Temístocles?

ALEJANDRO.

Esta es la casa; templa.

MAURICIO.

¡Oh, quién tuviera
una corneta para dar principio!
Allá saltó la prima con los diablos;
pero era falsa; no se pierde nada.

MAURICIO (*sic*).

Gente viene, Alejandro, por la calle.

ALEJANDRO.

Salgamos al camino. ¡Ah gentil(es) hombres!
¿Quién *víctor?*

TARREÑO.

Quien quisieren que lo sea.

RISELO.

No vale nada eso; diga el nombre.

TARREÑO.

Víctor Monzón; amigos somos todos;
v[uesas] mercedes canten y se huelguen,
que todos somos de la camarada.

ALEJANDRO.

Ea, Gomecio, vaya una letrilla.

VELARDO.

Y más agora que Narcisa sale.

MAURICIO.

Narcisa está, por Dios, a la ventana.
Todo el mundo chitón.

GOMECIO.

Vaya la letra.

DIANA.

¡Oh rabia que me abrasa y me penetra!

(*Canta* GOMECIO *una letrilla, y luego dicen.*)

NARCISA. ¡Por mi fe que cantas bien!
GOMECIO. Vuesa merced me la hace.
NARCISA. La música satisface,
y la persona también.
GOMECIO. ¡Ojalá cantara yo
tan bien como sois hermosa!
ALEJANDR. No nos faltaba otra cosa.
GOMECIO. ¿Pues qué? ¿No he de hablarla?
ALEJANDR. ¡No!
¿No sabéis que es cosa mía?
NARCISA. ¿Estaba Alejandro ahí?
ALEJANDR. Aquí estoy fuera de mí
de una mortal celosía.
DIANA. ¡Oh, traidor! ¿Que celos tienes?
NARCISA. Si vuesa merced viniera
solo, en verdad que le abriera.
MAURICIO. Haz cuenta que solo vienes.
Vete que yo llevaré
los amigos a esperarte.
ALEJANDR. He de saber a qué parte.
MAURICIO. Hacia San Francisco iré.
ALEJANDR. Narcisa, mandadme abrir,
que para que pueda veros
se van estos caballeros.
DIANA. ¿Tal maldad puedo sufrir?
NARCISA. Abre, Dorista (1), esa puerta.
VELARDO. No es, a fe, el de peor talle.
ALEJANDR. Dejando sola [la] calle.
RISELO. ¡Vamos!
NARCISA. ¡Entra! Ya está abierta.
DIANA. ¿Qué te parece de aquesto?
TARREÑO. Hermana, viene a buscar
lo que en ti no puede hallar,
que aquí negóciase presto.
DIANA. Dime, ¿ha de dormir aquí?
TARREÑO. ¿Quién lo duda?
DIANA. ¡Cielo santo!,
¿que no me deshago en llanto
cuando tal palabra oí?
¿Quién podrá con mi furor
que no haga un disparate?
TARREÑO. ¡Tente!
DIANA. Deja que me mate,
ya que me mata el dolor.
TARREÑO. ¿Eres tú la melindrosa,
que si te hablaba gritabas
y en tocándote temblabas?
¿Cómo rabias de celosa?
No hay que creer en mujer,
porque regala y desama,
y a veces desama y ama,
para no darse a entender.
Serrana, ansí os guarde Dios,
que nos volvamos a casa,
que ese fuego que os abrasa
aplacaremos los dos.
Yo os quiero (2), queredme a mí,
y no sigáis quien os deja.
DIANA. Con esta postrera queja,
traidor, me aparto de ti.
Si en esto me desconoces
más que en el mal que me has hecho,
salga la voz de mi pecho
y diga quién soy a voces.
¡Villano, Alejandro injusto,
desconocido, cruel,
contra el pecho más fiel,
más puro, inocente y justo!
Yo soy la misma Diana,
que tu mujer solía ser;

(1) B: "Dorida".
(2) A: "y os quiero".

quizá por ser tu mujer
ha venido a ser villana.
No soy villana, traidor,
sino aserrada por medio
deste dolor sin remedio
y deste insufrible ardor.
Dejé a mi patria y mi tío
y aquel mi engañado esposo;
desvarío fué forzoso
y ya inútil desvarío.
Vine en traje de soldado
a buscarte lastimada,
y después vine a soldada
de quien la fe me ha quebrado.
Pero ya que estoy aquí,
sin ser, sin alma y sin nombre,
¡guarda, que he vuelto a ser hombre
para vengarme de ti!
Hice bien, si había de ser
tan insufrible el tormento,
porque tanto sufrimiento
matara cualquier mujer.
Esa que estimas agora
goza, traidor, muchos años,
porque ha de ser de tus daños
y de mi venganza autora,
y quédate en esos brazos,
que ya de los tuyos huyo,
hasta que algún rufián suyo
entre ellos te haga pedazos.

(*Vase* DIANA *furiosa; queda* TARREÑO *solo.*)

TARREÑO. ¡Vive Dios, que estoy helado!
¡Ah, señora!—Ya se fué.

(*Sale* ALEJANDRO.)

ALEJANDR. ¡Qué bueno es eso! Saldré,
aunque pese.
TARREÑO. Ya has tardado,
que la que dices que ha sido
tu Diana, ya partió
como un caballo.
ALEJANDR. ¡Y que yo
no la hubiese conocido!
¿Quién la trajo aquí?
TARREÑO. Yo mismo,
porque ella la quiso ansí.
ALEJANDR. ¡Abrásete, como a mí,
todo el fuego del abismo!
¿Por adónde fué, traidor?
TARREÑO. Bien la puedes alcanzar.
ALEJANDR. Ayúdamela a buscar;
mas quédate, que es peor.
Porque si volviere aquí
y la trajeren los cielos,
desengañando sus celos
digas que a matarme fuí.

(*Vase* ALEJANDRO.)

TARREÑO. Como es santa la oración
del *ne nos inducas,* creo
que sigue a cualquier deseo
peligrosa tentación.
Bien dicen que al daño esfuerza;
mas si éste me hubiera dado
un beneficio curado,
que le sirviera por fuerza.

(NARCISA *a la ventana.*)

NARCISA. ¡Ah, gentilhombre! ¿Sois vos
de Alejandro?
TARREÑO. A su servicio,
y de su amigo Mauricio:
de coco sirvo a los dos.
NARCISA. ¿Quién era aquella mujer
que daba voces aquí?
TARREÑO. Como vos la conocí
y eso deseo saber.
NARCISA. ¿No dijo que era Diana,
que su mujer ser solía?
TARREÑO. No entendí lo que decía;
mas parecióme villana.
Que como estoy descuidado
el sueño me divirtió.
NARCISA. Ya no lo pienso estar yo
del sueño de su cuidado.
Y diréisle, amigo mío,
que no es noble proceder
obligar a su mujer
un hombre a tal desvarío.
Que no la traiga perdida
por el mundo entre soldados,
y que a los hombres casados
nunca les doy acogida;
que él ni cosas suyas más
no me parezcan aquí.
TARREÑO. Diréló, señora, así.
¿Voime?
NARCISA. Vete. ¿No te vas?
TARREÑO. ¿Ya no lo ve?

(*Vase* TARREÑO.)

NARCISA. ¿Que esto pasa?
¿Alejandro era casado?
Basta lo que me ha burlado;
no entrará más en mi casa.

(*Vase a la ventana, y salen* ELENCO *y* DIANA.)

DIANA. Luego que el alba salió,
Elenco, te conocí.
ELENCO. Hasta el punto que te vi,
para mí no amaneció.
Mas, ¿en qué me conociste
estando el carro parado
y los bueyes por el prado,
que la primavera viste?
Ventura fué que durmiendo
en noche que te llorase
tan bello sol despertase
los ojos que te están viendo.
DIANA. Vengo de aquel mi señor
en este traje vestida,
aventurando la vida
por lo que toca al honor.
Y como tus bueyes vi
rumiando la hierba al prado,
en el hosco y el tostado,
Elenco, te conocí.
¿Quién son, dime, los demás
que están en tu compañía?
ELENCO. Pregúntalo ahora al día,
que de su luz lo sabrás.
Batavo, tu padre, es uno;
Chamizo, Lenio y Bartolo
son los demás, y aquel solo
que ya se levanta, es Bruno.
DIANA. ¿Y venís de Salamanca?
ELENCO. En el mercado estovimos,
y a fe que a buscarte huímos
antes que vendiese blanca.
Pero aquel capigorrón
de la manchada sotana
nos echó por la ventana
a todos tres un jergón.
Y tanta prisa nos dió
que sin verte nos venimos,
y aunque todos lo sentimos,
yo fuí quien más lo sintió.
Huélgome que lo dejases,
aunque él en dejarte yerra
y a ser reina de la sierra
y de aquesta alma tornases.
Matrimoñaré conmigo,
y vuélvete a ser mujer,
que al servir y obedecer
ya dan por premio castigo.
¿Qué te faltaba en la sierra,
donde todos te adoramos?
DIANA. Ahora bien, Elenco, vamos
donde el tiempo nos destierra
En el monte trataremos
lo que a los dos esté bien,
y en el camino también
cuenta a mi padre daremos;
que sin él y sin Lorena
no es bien que palabra dé.

(*Sale* ALEJANDRO.)

ALEJANDR. ¡Cuánto el caminar a pie
causa a pies no usados pena!
Y más yo, que como toro
agarrochado y herido,
a buscar agua he venido
dentro en el fuego que adoro.
¡Oh, bellísima Diana!
¿Por qué no alumbras la tierra
desde el suelo de la sierra,
donde eres deidad serrana?
Ya el sol que sale de Oriente
prados y montes descubre,
mas todavía se encubre
mi luna en el occidente.
Preguntaré por aquí
si alguien la ha visto pasar.
DIANA. Señor me viene a buscar;
él es, sin duda; ¡ay de mí!
¿Qué haremos. Elenco?
ALEJANDR. ¡Ay, cielos
¿No es aquella disfrazada
mi bella luna, eclipsada
de la sombra de mis celos?
¡Suelta la prenda, villano!
ELENCO. Soltalda, estodiante, vos,
que es mi mujer.
ALEJANDR. ¡Bien, por Dios!
DIANA. ¿Qué me persigues, tirano?
Vuélvete allá con tu amiga,
y en mi desdicha me deja.
ALEJANDR. ¿No satisface a tu queja
esta fineza, enemiga?
DIANA. ¿Qué satisfación presumes
que puede engañar mis ojos?
ALEJANDR. Ninguna, si en tus enojos
obstinada te resumes.

Como mozo inadvertido...
ELENCO. Haceos ende.
ALEJANDR. ...entre otros tales,
con travesuras iguales
en Salamanca he vivido.
Mas no porque tu afición,
que tan de veras me enciende,
pudiese helar...
ELENCO. ¡Idos dende!
ALEJANDR. ...mi abrasado corazón.
Mi bien, no te conocí.
¡Vuelve conmigo!
DIANA. ¿Contigo?
ALEJANDR. ¡Mi alma!
ELENCO. ¡Haceos dende, digo!
ALEJANDR. ¿Que quieres dejarme así,
Diana mía?
ELENCO. ¡Arre allá!
¡Aunque fuera el hombre un cesto!
ALEJANDR. ¡Qué engañado prosupuesto
venciendo tu amor está!
¡Amores míos!
ELENCO. ¡Borracho!
¿Heos de dar con el bastón?
ALEJANDR. ¡Mi cielo, mi corazón!
ELENCO. ¡Tened noramala empacho!
ALEJANDR. Mira que sólo es forzoso
que te pierdas y me pierdas,
y que en las mujeres cuerdas
no es agravio el amoroso.
No es ofensa un accidente,
y aunque lo fuera, en los dos
amor es Dios: pues qué, ¿Dios
castiga quien se arrepiente?
Dame, señora, la mano,
y volvamos donde veas
el dulce bien que deseas.
ELENCO. ¿Era todo tinto, hermano?
¡Voto al sol, tan por demás
sin morir uno de dos,
es querer llevarla vos
como volver Tajo atrás!
ALEJANDR. ¿Sabes, villano ignorante,
con quién hablas?
ELENCO. Sé con quién.
ALEJANDR. ¿Y sabes quién es mi bien?
ELENCO. Es a mi bien semejante.
ALEJANDR. ¡Loco, déjame llevalla!
ELENCO. ¿Llevar? ¡Después de mi muerte!
No la tiréis desa suerte,
que no es vuestra, pues que calla.

(*Saca* ALEJANDRO *una daga y dale.*)

ALEJANDR. ¡Con ésta la dejarás!
ELENCO. ¡Ay, que me ha muerto! ¡Ay de mí!
DIANA. ¿Qué has hecho, Alejandro?
ALEJANDR. Ansí
conmigo te igualarás.
BATAVO. ¡Aquí de los carboneros!
BRUNO. ¡Muera!
BARTOLO. ¿Qué agravio os hizo?

(*Salen* CHAMIZO, BARTOLO *y* BRUNO, CUETO *y* BATAVO.)

BARTOLO. A Elenco han muerto, Chamizo.
CHAMIZO. ¡Muera!
BARTOLO. ¡Paso!
BATAVO. ¡Muera!
ALEJANDR. ¡Oh, fieros!
BATAVO. No le matéis, que es mal caso.
¡Son, prendelde! ¡Date, perro!
DIANA. ¡El ha sido extraño yerro,
mal suceso, triste caso!
Volver quiero a la ciudad
y avisar desto a Mauricio.

(*Vase* DIANA, *y dice* CHAMIZO *a* ALEJANDRO.)

CHAMIZO. ¡Heis hecho buen maleficio!
¡Rinde la espada!
ALEJANDR. Tomad.
CUETO. ¿Irá a Salamanca preso?
BATAVO. ¿Cuál diabros? Vaya al lugar;
varas hay para juzgar
y plumas para el proceso.
CHAMIZO. ¿Y si acaso nos envían
desde allá pesquisidor?
BATAVO. Y aun eso sería mejor,
si en llevarle no porfían.
Tenelde bien. Miraré
si es muerto Elenco. ¡Ah, sobrino!
¿Conocéisme?
ELENCO. Bien atino
vuestra voz; ponedme en pie.
BATAVO. ¡Eh, Dios, que va sangre dél
como de un novillo nuevo!
BRUNO. ¡Tenelde! ¡Ah, pobre mancebo!
CUETO. ¿Por qué le heriste, cruel?
ALEJANDR. Dióme bastante ocasión.
CHAMIZO. Presto llorarás su muerte.
BRUNO. Atalde una cuerda fuerte
hasta ponelle en prisión.
BARTOLO. Seguras lleva las manos.

¡Vamos!
ALEJANDR. ¡Ay, Diana airada!
Preso voy y tú vengada,
pues lo voy entre villanos.

(*Vanse, y salen* DIANA, MAURICIO *y* TARREÑO.) (1)

MAURICIO. ¿Cómo piensas remediar
de Alejandro la prisión?
DIANA. El amor me ha de enseñar;
ya que fuí su perdición,
su vida espero librar.
MAURICIO. ¿Por qué luego no veniste,
cuando arrepentido viste
a Alejandro sin juicio?
DIANA. Porque a los cielos, Mauricio,
ninguna furia resiste.
Dios sabe si me arrepiento
de mi prolija venganza
contra mi propio contento;
pero tengo a mi esperanza
igual el atrevimiento.
Yo le daré libertad.
MAURICIO. Si tienes necesidad,
señora, déste y de mí,
juntos nos tienes aquí.
DIANA. Hoy se ha de ver tu amistad.
Los dos habéis de ir conmigo.
TARREÑO. Contigo iremos los dos,
y yo moriré contigo.
DIANA. Libraréis, si quiere Dios,
un preso hidalgo y amigo.
La traza que he de tener
después la podréis saber,
que en el camino hay lugar
para poderos mostrar
lo que sabe una mujer.
MAURICIO. Como a libralle te aprestes,
esta vida en sacrificio
te doy que a la muerte prestes,
que hoy resucita Mauricio
la antigua amistad de Orestes.
TARREÑO. Pues si a libralle te aprestas,
sacalle del fuego a cuestas
como Anquises imagino.
DIANA. ¡Ay, celoso desatino,
cuántas lágrimas me cuestas!

(*Vanse, y salen* BATAVO *y* CHAMIZO *con varas de alcaldes, y* CUETO *y* BRUNO, *carboneros.*)

BRUNO. Ya que el concejo os ha dado
las varas para esta audiencia,
y entre muchos quillotrado,
tened los dos advertencia
que todo vaya acertado.
Que si esto en bien se remata
y alguno con el Rey trata
que vuestro caletre importe,
quizá os llevará a la corte
para alcaldes de poyata.
BATAVO. Dejad todos a mi cargo
la sentencia deste injusto,
que de ahorcalle me encargo,
en justo y en verenjusto,
sin testigo ni descargo.
Decí: ¿no vistes vosotros
la cuestión? Pues, ¿por qué otros
mejor la sentenciarán,
ni qué testigos serán
más honrados que nosotros?
CHAMIZO. Pardiez, que traigo en la cholla
ser otro Salamelón
si el seso no se me abolla,
y poner ese ladrón
en un palo y una argolla.
Que Zaragatón no hizo
lo que piensa hacer Chamizo
si escompiezo a sentencialle.
¡Voto al sol, que he de encuballe
con un gato y un erizo.
¿Quién le guarda?
CUETO. ¿Quién? Bartolo.
CHAMIZO. ¡No le engañe!
CUETO. Basta él solo
para guardar un princepo;
demás que le echó en el cepo.
BRUNO. ¿Echóle el candado?
CUETO. Echólo.
Tray un chuzo, aunque está voto,
que fué espanto de Tejares,
y un casco mohoso y roto,
conque guarda melonares
desde la cabaña al soto.
CHAMIZO. ¿No le tiene puesto un perro?
CUETO. ¿Para qué? ¿No veis que es yerro
que andemos tan recelantes?
CHAMIZO. ¡Mal conocéis estodiantes,
harán un monte de un puerro!
¿Es de buen hierro y acero
la cadena?
CUETO. Puede atar

(1) A: "Tareño."

un diablo.

CHAMIZO. Advertiros quiero
que se puede rezumar
por algún resquebradero.
Que éstos hacen que se alteren
hechos trasgos los que mueren;
apedrean los sembrados,
saben conjurar nublados
y aun llover cuando ellos quieren.
Tienen libros y dibujos,
crecen y menguan la mar
sus crecientes y reflujos,
y aun he oído contar
que algunos destos son brujos.
Esta vez ha de pagarme
las veces que por burlarme
me han hurtado algunas prendas,
y muchas Carnestolendas
que han sabido bien tiznarme.
Haz que le saquen acá,
Bartolo.

BRUNO. Yo voy por él,
si es hora de audiencia ya.

BATAVO. Póneme aquí un escabel.

CUETO. Siéntese, que puesto está.

BATAVO. En nombre de Dios me siento
y de su Madre bendita,
que aguce mi entendimiento.

CHAMIZO. ¿Dónde está la causa escrita?

BATAVO. ¿Hémosle de dar tormento?

(*Entran* BARTOLO *y* BRUNO, *y traen a* ALEJANDRO *con una cadena, y carboneros con chuzos.*)

BARTOLO. Ya tenéis el preso aquí.

BATAVO. Ponedle bien cara [a] mí.

CHAMIZO. Verá que se hace mostrenco
habiendo matado a Elenco.

BATAVO. ¿Por qué le mataste, di?

ALEJANDR. No sé qué os diga en que acierte.
Acabad ya con mi vida
y dadme presto la muerte.

CHAMIZO. ¡Oh, traidor carbonicida!
¿Aun aquí te muestras fuerte?
¿Al campo no le salías,
después de ciertas espías
a quitalle su mujer?

ALEJANDR. Menos será menester
para las desdichas mías.
¿No os digo que me matéis,
pues que su muerte confieso?
¿Qué más testigos queréis?
¿Qué probanza, qué proceso?
¿Qué esperáis o qué teméis?
No tengo padre o pariente
que, justa o injustamente,
mi muerte después os pida.
Vivir siente ya mi vida,
que tarde la muerte siente.

CHAMIZO. El está desesperado;
por esto como por eso,
merece ser sentenciado.
Aquí no hay que hacer proceso,
procurador ni letrado.
Batavo, dad la sentencia,
o yo, sin vuestra licencia,
de mi cholla la diré.

BATAVO. Chamizo, yo no la sé;
descargo en vos mi conciencia.
pues Dios os dió buen perjeño;
jodicalde a vuestro modo,
que yo no soy más que un leño.

CHAMIZO. ¿Yo lo tengo de hacer todo?
¡Sus, que en ruin barba me enseño!
Yo mando que en mi pollino
le lleven hasta el camino
do el delito cometió,
y a cuantos fueren les do
caridad de pan y vino;
y aun estoy por dar licencia
para que ganen perdones.

BATAVO. ¿Sos Obispo?

CHAMIZO. En mi conciencia,
que tenéis dos mil razones,
que ésta no es más de sentencia.
Mando, pues, que sea ahorcado
por los pies y asaeteado,
y aun era de parecer
que no le den de comer
hasta después de finado.
Y mando que sea traído
a nuestra carnicería,
donde sea repartido,
que aun ser cecina podría,
pues lo es un toro corrido.
Y mando que por sus daños
cuelguen tripas y redaños
de una escarpia en algún cesto,
y que vaya después desto
a galeras por diez años.
Y, cumplidos, venga aquí
a serviros de aguador.

BATAVO. ¡Nunca tal sentencia vi!
CHAMIZO. ¿Diérala nadie mejor?
ALEJANDR. ¡Por Dios, bueno quedo ansí!
Con estar tan lastimado,
a risa me ha provocado.
BRUNO. ¿Cuándo se ha de ejecutar?
BATAVO. Luego.
CHAMIZO. No hay más que aguardar.
Pásenle por el mercado
y córtenle el brazo izquierdo.
BATAVO. Si el viejo ha de aconsejar,
la sentencia es de hombre cuerdo;
mas hase de dilatar
para más pensado acuerdo.
Que de la ciudad, ¿quién duda
que algún alguacil acuda
a saber cómo se hizo?
Y podría ser, Chamizo...
CHAMIZO. ¿Qué?
BATAVO. Que la fama no es muda.
CHAMIZO. ¡Pardiez, que dice verdad,
que nos costará dinero
si acuden de la ciudad!
Ya no os mato, compañero,
no es posible; perdonad.
Yo quisiera daros gusto;
pero debo más, que es justo,
[a] aquesta gente y a mí.
ALEJANDR. ¡No importa, ya muero aquí
de celos, rabia y disgusto!
CHAMIZO. Esto está por hoy bien hecho.
Vamos, que yo de mi mano
le pondré en un cepo estrecho.
BATAVO. ¡Gran juez!
CUETO. ¡Bravo serrano!
BATAVO. ¡Qué valor!
BRUNO. ¡Notable pecho!
ALEJANDR. ¡Oh, fugitiva Diana,
mira esta cárcel tirana,
de mi firmeza crisol!
CHAMIZO. Anda, que yo os voto al sol
que no lo digáis mañana.

(*Vanse, y sale* DIANA *en hábito de serrana, y* TARREÑO, *capigorrón, vestido de serrana vieja, con un rebozo en las barbas, que fingen la figura de Lorena.*)

DIANA.

Que has de fingir, te digo,
que eres Lorena, mi fingida madre.

TARREÑO.

¿Qué familiar amigo,
qué amigo, digo yo, qué hermano o padre,
ni su linaje todo
viniera por librarle deste modo?
¿Vengo bien disfrazado?
Que son estos villanos maliciosos,
y en viendo por un lado
que soy Tarreño acudirán golosos
con los palos más gordos
a mis espaldas como a olivas tordos.
Haz presto que Mauricio
acuda con su vara y con su engaño
a su fingido oficio;
que ha que no me confieso más de un año,
y esto temo, Diana,
puesto entre gente rústica y villana.

DIANA.

Pierde esta vez el miedo (1),
que como disfrazado vas seguro.

TARREÑO.

Mucho, por Dios, lo quedo.
Mira detrás de aquel fosado muro
a Alejandro sin seso,
entre villanos y en la cárcel preso.

DIANA.

Paso, que estás en ella.
Disimúlate bien.

TARREÑO.

¡Cuántos rodeos
he hecho por no vella!
¡Oh, *sancte Petre ad Víncula,* doleos
deste preso sin culpa,
que la afición y la amistad disculpa!

(*Sale* BARTOLO *con un chuzo.*)

BARTOLO.

¿Quién es el atrevido
que osa llegar aquí?

TARREÑO. (2)

¿De qué estás muda?

DIANA.

Yo soy la que he perdido
mi bien y mi remedio, y la viuda
del triste Elenco, muerto
a manos de un traidor en un desierto.

---

(1) A: "pierde desta vez el miedo".
(2) Dice Lo., pero debe de ser TARREÑO, que va disfrazado como Lorena.

Vengo, que al fin soy parte,
a pedir mi justicia, ¡mi justicia!

BARTOLO.

Esa quieren guardarte,
y castigar de veras su malicia.
A muerte le condena
Chamizo.

TARREÑO.

¿Dónde está?

BARTOLO.

Preso en cadena.

DIANA.

¿Puedo velle?

BARTOLO.

Bien puedes.

DIANA.

Quisiérale reñir por mi venganza,
si este bien me concedes.

BARTOLO.

Todo se hará bien; ten esperanza.
Si ansí vengarte esperas,
entra, Dominga, dile cuanto quieras.

DIANA.

Entra, amiga Lorena.

BARTOLO.

¿Lorena era? No la conocía.

DIANA.

Anda con esta pena
llena de una mortal melancolía.

BARTOLO.

Entra, que aquí te espero.

DIANA.

Dame las limas.

TARREÑO.

Entra.

DIANA.

¡Oh, santo acero!

BARTOLO.

Dile, por vida tuya,
cuanto en su injuria del traidor supieres
que su pecado arguya,
que en esto sois maestras las mujeres,
y en diciendo estodiante,
no digas más ni pases adelante,
porque es echar el sello
a toda la demás bellaquería.

(*Salen* MAURICIO *con vara de justicia, y gente, y con él* BATAVO *y* CHAMIZO.)

MAURICIO.

Yo mismo quiero vello.

BATAVO.

Bien dije yo que el alguacil vendría.

CHAMIZO.

Aquí está muy bien preso,
y hecha averiguación de su proceso.

MAURICIO.

¿Que ya está averiguado?

CHAMIZO.

De verbo a verbo, está todo por letra,
y muy bien sentenciado.

MAURICIO.

No puede hacerse, por la ley *impetra*,
párrafo *de ahorcatis*,
digestis de villanis engañatis.
Desto vengo quejoso,
como pesquisidor de aquesta causa.

BATAVO.

Si os dan el alevoso
que esta maldad y desvergüenza causa,
¿estaréis satisfecho?
Que el escribillo ansí no fué mal hecho.

MAURICIO.

¿Y quién lo ha escrito todo?

CHAMIZO.

El sacristán, que es hombre muy sesudo,
y está por tan buen modo,
según es en los órganos agudo,
que al Rey ha de enviarse
y con un carro de carbón llevarse.

MAURICIO.

Llevarélos yo presos
a la ciudad, y luego harán presente
del carbón y procesos.

CHAMIZO.

¿A nosotros? ¡Mal año!

MAURICIO.

Buena gente,

si sois hombres de prendas,
mirad que os costará vuestras haciendas.
Que mal habéis podido
de vuestra autoridad darle sentencia.

BATAVO.

¿Qué os hemos ofendido,
si os damos el ladrón?

MAURICIO.

¡Gentil audiencia!
Dadme auxilio al momento.

BATAVO.

¿Tenéisle vos, Chamizo?

MAURICIO.

¡Extraño cuento!
¿Quién son estas serranas
que salen de la cárcel?

BATAVO.

Es la viuda,
con lágrimas humanas
y ansias de verse de su bien desnuda.

MAURICIO.

¿Y esta vieja?

BATAVO.

Es Lorena.

MAURICIO.

En los suspiros se le ve la pena.

(*Salen de la prisión* ALEJANDRO *y* DIANA, *vestidos de serranas.*)

MAURICIO. Mejor es que no entremos.
Sáquenle, que no quiero visitarte.
BARTOLO. Los dos por él iremos.
MAURICIO. Apercíbanme luego en qué llevarle,
y cuatro arcabuceros.
CHAMIZO. ¿Chuzos os bastarán de carboneros?
MAURICIO. Cualquiera cosa sobra,
que yo sé que el camino está seguro.

(*Salen corriendo* BARTOLO *y el capigorrón.*)

TARREÑO.

¡Gentil crédito cobra
vuestra prisión y guardia!

BATAVO.

Algún conjuro
apostaré que ha hecho.

CHAMIZO.

¿Qué tenemos?

BARTOLO.

Salióse por el techo.

MAURICIO.

¿Quién?

CHAMIZO.

El preso estodiante,
que sólo estaba allí este hombre honrado
que aquí tenéis delante,
y dice que es del aguacil criado,
y que a buscalle entraba.

TARREÑO.

Yo le vi que los techos conjuraba,
y que a ciertas razones
en lenguas nigrománticas formadas
se abrieron los tablones,
los cepos y cadenas derribadas,
aunque saliendo afuera
quedóse el techo como de antes era.

CHAMIZO.

Eso yo lo decía.
¡Voto a mí, que era brujo!

MAURICIO.

¿Este cuidado
para prisión de un día
habéis tenido? Mas, ¿de qué me enfado?
Vénganse todos presos;
llevaránse a la corte los procesos.

BATAVO.

Paréceme más sano,
ya que esto sucedió desta manera,
que le untemos la mano,
que es el dinero sol y el hombre es cera;
que ir presos es locura
y dejar nuestra hacienda a la ventura.

CHAMIZO.

¡El diablo acá le trujo!
¿Qué le podemos dar?

BATAVO.

Treinta ducados.

CHAMIZO.

¿Valía tanto el brujo?

BATAVO.

Prega Dios que los quiera, y aun doblados.

Hablalle voy de oído.
¿Qué os parece del caso sucedido?

MAURICIO.

Por vos hacello quiero,
que no por el dinero, en mi conciencia.

BATAVO.

Venid por el dinero.

CHAMIZO.

A nosotros nos dimos la sentencia.
¡Fiad de brujos tales!

TARREÑO.

¡Bien se ha hecho! ¿Qué dan?

MAURICIO.

Quinientos reales.

(*Vanse todos, y salen* ANTANDRO, SERALDO, LAURENCIO *y* BERNARDO.)

ANTANDRO.

Ya no es posible errar, si por ventura
en esta tierra tan remota vive,
por las señas que della da Laurencio.

SERALDO.

Si nos fuera de menos importancia
que la vida y la honra aquesta empresa,
yo pienso que el cansancio me estorbara
que más por esos montes anduviera,
inhabitables, solos y desiertos,
no pisados jamás de humanas plantas.

LAURENCIO.

Lo más difícil rompe la paciencia;
pues todos la llevamos, no te falte.

BERNARDO.

Nunca las esperanzas he perdido
que del alférez tengo en esta empresa;
o quiera el cielo o el amor lo quiera
que cobre este mi crédito y mi honra.

ANTANDRO.

Desde aquí nos iremos todos juntos
a ver a mi Alejandro, que sospecho
que aprovecha muy bien en los estudios,
y allí descansaremos del trabajo
y gozaremos la ciudad insigne,
que a París y Bolonia excede en letras.

SERALDO.

Ansí le veréis hombre y gran letrado,
que lejos del regalo de los padres
más a los hijos la virtud se acerca.

BERNARDO.

Dos serranas se acercan a nosotros;
aquí nos apartemos, que, por dicha,
tendrán de tanta gente miedo.

ANTANDRO.

Lleguen,
que, por mi vida, que me alegra el traje.

SERALDO.

Entre ellas hay algunas muy hermosas.

LAURENCIO.

Sí, pero por extremo zahareñas.

ANTANDRO.

¿Qué pueden ser, nacidas entre peñas?

(*Salen* DIANA *y* ALEJANDRO *en hábito de serranas.*)

ALEJANDR. Si yo te debo la vida,
que estuvo en tan sutil hebra,
tu lealtad, jamás oída
a cuantas Roma celebra,
merece estar preferida.
Así, a tus hazañas solas
bandera que hoy enarbolas
para arrogante divisa,
Italia, que tantas pisa,
se rinde a las españolas.

DIANA. Todo ha nacido, mi bien,
de amor, que no de valor,
aunque hubo valor también.
Por eso es justo que a amor
eternas gracias se den.
Mas, ¡ay!, ¿qué es esto?

ALEJANDR. ¡Oh, bien mío!
¿Si es justicia?

DIANA. Yo confío
del cielo, y en él aguardo
piedad.

ALEJANDR. ¿No es éste Bernardo?

DIANA. Y con tu padre y mi tío.
¡Tápate!

ALEJANDR. Ya estoy cubierto.

ANTANDRO. Este traje me ha de dar
ocasión a un desconcierto.
Cortés las podéis hablar;
de su aspereza os advierto.

(ANTANDRO *a su hijo.*)

ANTANDRO. ¡Ah, serrana de mis ojos!

descubríos, no os tapéis,
que dais mayores antojos,
que mientras cubierta estéis
se doblarán mis enojos.

(SERALDO *a su sobrina.*)

SERALDO. Hermosa y bella serrana,
pues podéis hacer afrenta
a la mejor ciudadana,
de un cortesano haced cuenta
que os tiene por cortesana.
ANTANDRO. ¡Ah, mi vida!, ¿no me habláis?
SERALDO. Descubríos; no os cubráis.
ANTANDRO. A mayor desdén se esfuerza.
SERALDO. Pues descubrilda por fuerza.
ANTANDRO. Como vos, lo mismo hagáis.

(*Descubre* ANTANDRO *a su hijo y* SERALDO *a su sobrina.*)

ANTANDRO. ¡Cielos!, ¿qué es esto que veo?
SERALDO. ¿Eres Diana, traidora?
ANTANDRO. ¡Alejandro! No lo creo.
DIANA. Soy quien sus desdichas llora.
ALEJANDR. Y yo quien morir deseo.
DIANA. Vesme aquí, tío, a tus pies.
ALEJANDR. Suplícote que me des,
padre, la muerte.
ANTANDRO. ¿Qué es esto?
¿Quién en tal traje te ha puesto?
ALEJANDR. Muerto lo sabrás después.
ANTANDRO. ¡Dilo, traidor!
ALEJANDR. Preso estando
por muerte de un labrador
que a Daina vi forzando,
en este traje, señor,
Diana me libró.
ANTANDRO. ¿Cuándo?
ALEJANDR. Agora, en este momento,
y temo que como el viento
la sierra me sigue ya.
ANTANDRO. Seraldo, en peligro está
tu honor y mi pensamiento.
Aunque ya será locura
querer quitar a Diana
el esposo que procura,
porque soldado y serrana
puso la vida a ventura.
Poneldos en salvo luego,
que de mi parte os lo ruego,
si por vuestro amigo valgo.
SERALDO. Sois discreto y sois hidalgo.
Pero estoy de enojo ciego.
Cásense los dos perdidos
de hacienda, vida y sentidos,
si, por dicha, quiere Antandro.
ANTANDRO. Dale la mano, Alejandro.
LAURENC. Bien parecéis bien nacidos;
Es muy justo el casamiento.
BERNARDO. Poneldos en salvo ahora.
ALEJANDR. Bien haya tanto tormento,
pues que me trajo, señora,
al fin del mayor contento.

(*Salen* MAURICIO *y* TARREÑO.)

MAURICIO. ¿Por aquí dices que van?
TARREÑO. No me engaño, que aquí están.
ALEJANDR. ¡Oh, Mauricio! ¡Oh, caro amigo!
MAURICIO. ¿Quién son los que están contigo?
ALEJANDR. Los que la vida me dan:
el tío de mi serrana
y mi padre.
MAURICIO. Hablallos quiero
en abrazando a Diana.
ANTANDRO. ¿Quién es?
ALEJANDR. Fué mi compañero,
y a quien has de dar mi hermana.
MAURICIO. ¡Dame esas manos!
ANTANDRO. Los brazos
como a hijo, y mil abrazos.
MAURICIO. Después sabrás el suceso.
TARREÑO. ¿Y a mí no me alcanza un queso,
después de hacerme pedazos?
MAURICIO. Tarreño, quinientos reales
que a los serranos quité,
son tuyos.
TARREÑO. Pese a mis males,
luego a mi tierra me iré
con trompetas y atabales.
ALEJANDR. Los villanos son inormes.
¿Qué haremos?
ANTANDRO. Todos conformes,
desta montaña salgamos,
pues fin con sus bodas damos
a LA SERRANA DE TORMES.

FIN.

LAS SIERRAS DE GUADALUPE

COMEDIA FAMOSA[1]

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES:

Don Carlos, *caballero.*
Don Juan.
Don Luis.
Don Alvaro.
Toribio.
Antón.
Doña Clara.
Beltrán.
Doña María de Zúñiga.
Doña María de Sosa.
Teresa, *labradora.*
Brito, *criado.*
Don Pedro.

ACTO PRIMERO

(*Salen* doña María de Zúñiga *y* doña María de Sosa, don Alvaro *y* don Luis *y* doña Clara.)

D. Alv. Vos seáis muy bien venido.
D. Luis. Para que os pueda servir.
D. Alv. Aunque os salgo a recebir,
cuando de vos me despido.
D.ª Mar. Primas, mis brazos os den
claras muestras de mi amor.
D.ª M. S. Asegurado el temor,
se va acrecentando el bien.
D.ª Mar. Muy bien venida seáis.
D.ª Clar. Y vos seáis bien hallada.
D. Alv. Mi hija aquí es celebrada,
y pésame que vengáis
a quitarle la opinión
de gallarda y de hermosa.
D.ª M. S. Ya la color vergonzosa
responde a la adulación.
D.ª Clar. ¡Basta, que afrentarnos quieres!
D. Luis. Las manos, señora, os pido,
pues en vos he conocido
el fénix de las mujeres.
D.ª Mar. A vuestras hermanas, primo,
esa alabanza debéis.
D. Luis. Aunque gallardas las veis,
a vos por sol os estimo,
de quien son lucero ellas
con menos claro arrebol.
D.ª Mar. ¡Qué poco luciera el sol,
a ser tales las estrellas!
D. Luis. No vi belleza mayor.
¡Animo, pecho cobarde!
¡Volved en vos! Mas ya es tarde,
que llegó temprano amor.
¿Pero qué mucho, si vuela,
que seguro me alcanzara?
Pero venció cara a cara,
sin engaño ni cautela.
D.ª M. S. ¿Cómo es esto? ¿Que hoy os vais?
D.ª Mar. Es forzoso hacerlo ansí,
y es mejor, para que aquí
con más comodo viváis,
que esta es casa muy pequeña
para todos.
D.ª Clar. ¿Qué caudal
tiene un alcázar real,
si la voluntad se enseña?
D. Alv. Sobrino, mi casa os dejo,
que yo a la sierra me voy.
D. Luis. (Apenas amante soy
y ya de ausencia me quejo.)
¿Pues, con tanta brevedad?
D. Alv. Aguardando esta venida
me detuve y, por mi vida,
que ya el campo y la heredad
me dan voces, y es forzoso
el partirme.

(1) Manuscrito de Parma, copiado por Restori.

D. LUIS. ¡Cosa extraña!
D. ALV. Es agora la montaña
paraíso deleitoso.
Yo os enviaré a llamar
después, y juntos iremos
a Guadalupe, y veremos
el sol y estrella del mar;
que cerca tengo mi hacienda
entre aquellos valles fríos,
tan amenos y sombríos,
por tener quien lo defienda.
D. LUIS. Aquesa palabra os pido.
D. ALV. Venid, que voy [a] aprestar
mi partida.
D. LUIS. Y yo a quedar
en dos partes dividido.

(*Vanse todos.*)

D.ª MAR. Sentaos aquí.
D.ª CLAR. ¿Qué? ¿En efeto
es forzosa la partida?
D.ª MAR. Está la hacienda perdida,
y que me pesa os prometo,
por muchas causas.
D.ª M. S. ¡Paciencia,
pues en efeto ha de ser!
Consuelo pensé tener
con vos para cierta ausencia,
y me dejáis sin consuelo.
D.ª CLAR. ¿Y yo cómo quedaré?
D.ª MAR. Ausencias hay, bueno a fe,
aunque es forzoso desvelo,
en tal belleza y edad.
D.ª M. S. La causa ignoras que [ha] habido
para haber aquí venido.
D.ª MAR. Si os he de decir verdad,
sólo sé que vuestro hermano
un caballero mató
en Lisboa, y que buscó
el amparo castellano,
y a Mérida se ha venido
con mi padre, que es su tío.
D.ª CLAR. Encubrirte es desvarío
todo lo que ha sucedido.
Díselo, doña María.
D.ª M. S. Tú, Clara, mejor podrás,
que por el nombre serás
más clara en la pena mía.
D.ª CLAR. Pues oye, y si me dejare
alguna cosa del cuento,
avísame.
D.ª M. S. Norabuena,
si acaso no me divierto.
D.ª CLAR. Casó con Vasco de Sosa,
cuyo valor no refiero,
doña Beatriz, que fué hermana
de tu padre, noble y cuerdo:
éstos fueron nuestros padres.
D.ª MAR. ¿Ignoro yo el parentesco
que tenemos?
D.ª M. S. Cuenta, hermana,
brevemente este suceso.
D.ª CLAR. Dos años ha, prima mía,
que nuestros padres murieron,
y a mi hermano don Luis
dejaron por heredero,
que su prudencia y valor
justamente conocieron.
D.ª M. S. Cuenta su vida y milagros.
¿Hay tan graciosos rodeos?
Prima, a mí me pretendía
en Lisboa un caballero,
título de ilustre sangre
y galán con grande estremo,
valiente como gallardo
y cortés como discreto,
respetado de los nobles
y bienquisto con el pueblo.
El descuido de sus galas
daba más lustre al aseo;
que quien las trae con cuidado,
si duran más, lucen menos.
El talle proporcionado,
y el rostro...
D.ª CLAR. Hermana, ¿qué es eso?
Si culpas mi dilación,
ahorra alabanzas.
D.ª MAR. ¡Bueno!
Dilo, Clara.
D.ª CLAR. A mí también
dió en pasearme don Pedro
Alvarez Pereira, un hombre
al fin como Dios le ha hecho.
Mi hermana sabe escribir,
y yo no; estaban secretos
entre los cuatro los gustos,
los pesares y contentos.
Don Carlos de Portugal,
que era el celebrado dueño
de mi hermana, le escribía
con cautelosos terceros,
y ella respondió piadosa

de su letra.

D.ª M. S. Fué el hacerlo
correspondencia debida,
no liviandad.

D.ª MAR. Yo lo creo.

D.ª CLAR. Don Pedro me escribió a mí
un papel, que fué lo mesmo
que dárselo a una pintura,
porque no supe leerlo.
Fué forzoso descubrirme
a mi hermana, y con qué miedo,
pensando que era yo sola
quien daba consentimiento.
Ella me leyó el papel,
y al fin de varios consejos
me resolví a responder.

D.ª MAR. ¿Y cómo?

D.ª CLAR. Correspondiendo.
Mi hermana escribió por mí,
y mi amante, poco cuerdo,
comunicó con don Carlos,
aunque mi nombre encubriendo,
mi papel.

D.ª M. S. Este fué el mal,
porque conoció al momento
mi letra Carlos, que había
con recato y con silencio
visto otros papeles míos;
juzgó por falso mi pecho,
viendo que daba esperanzas
a otro amor y a otros deseos.
El papel iba sin firma,
que ya es estilo muy viejo
en papeles amorosos
cuando hay honor de por medio.
No pudo disimular;
mostró el humo de su incendio,
y dijo: "La que escribió
este papel es mi cielo,
es el ídolo que adoro,
y ansí desde hoy os advierto
que dejéis la pretensión,
pues sus favores merezco."
Don Pedro, que es atrevido,
respondió también: "No dejo
de buscar bienes divinos
por los humanos respetos.
Quien me escribe este papel
ha de ser mía."

D.ª MAR. ¡Ay, qué enredo,
y qué ceguedad de amantes!

D.ª CLAR. ¿Cuándo vieron más los cielos?

D.ª MAR. ¿Y no os nombraron?

D.ª CLAR. Jamás,
y airados en el terreno,
despacio se miró el sol
en sus valientes aceros.
Acudieron de ambas partes
amigos, criados, deudos,
y entre los demás, mi hermano,
ignorante del suceso.
Don Pedro, a quien el enojo
privó del entendimiento,
cuando desnudó la espada
dejó el papel en el suelo.
Vióle mi hermano y alzóle.

D.ª MAR. Eso fué peor.

D.ª M. S. Por ello
ha sido aquésta desgracia,
aunque ha sido dicha el veros.

D.ª CLAR. En fin, como ya mi hermano
con más honrosos desvelos
nos guardase, fué imposible
dar al engaño remedio.
Prendió el Virrey a los dos
de la cuestión, que temieron
sus parientes muchos daños,
por ser lo mejor del Reino.
Habló a un amigo don Carlos,
para que me diese luego
un papel; vino una noche
a dármele satisfecho
por una reja; mi hermano
(que andaba ya con recelos)
llegó entonces a la calle,
y de la cólera ciego,
sacó la espada y matóle.

D.ª MAR. ¡Qué máquinas y embelecos!

D.ª CLAR. Huyó, en efeto, a Castilla,
y al punto en su seguimiento
nos mandó salir. En fin,
los dos han quedado presos
y engañados, y nosotras
con amor y sin remedio.

D.ª MAR. Digo que es caso notable.
Dejad que disponga el tiempo
las cosas, que es quien aclara
los más ocultos secretos.

D.ª M. S. Si no te fueras agora,
menor fuera el sentimiento.

D.ª MAR. No me voy con mucho gusto,
si la verdad os confieso.

D.ª Clar. ¿Hay también algo de amor?
D.ª Mar. Algo de agradecimiento
hay.
D.ª M. S. Declarémonos, prima,
pues te habemos descubierto
las dos las almas, y debes
más amistad a mi pecho,
pues es una nuestra sangre
y un mismo nombre tenemos.
No encubras nada, María,
que en todo servirte intento.
D.ª Mar. María, aunque fuera cosa
de mucha importancia, debo
ya declararme contigo.
El más noble y el más cuerdo
caballero desta tierra
pretende mi casamiento;
y si te digo verdad,
no es amor el que le tengo
tan fundado, que me deba
quejas ni suspiros tiernos;
recibo papeles suyos,
respóndole, y con efeto
por una reja le hablo
de noche.
D.ª Clar. Prima, ¿pues eso
no es amor?
D.ª Mar. No, por mi vida;
que como son tan honestos
sus deseos, correspondo
a lo que por noble debo.
D.ª M. S. Sea lo que tú quisieres,
que no es bien que argumentemos
sobre lo que es ya sabido;
y ya que te vas...
D.ª Mar. No puedo
avisarle, porque yo
no he fiado este secreto
de criado ni criada,
que es necia quien fía dellos;
y ansí, prima, pues que sabes
verdades que se encubrieron
a todos, aquesta noche
has de hurtar un rato al tiempo
por mí, aunque vengas cansada.
D.ª M. S. A cualquier cosa me atrevo
por ti.
D.ª Mar. Don Juan de Castilla
a las once, por lo menos,
vendrá a verme, y pasará (1)
la espada por esos hierros
de aquella reja; responde
por mí. Dile que me ausento
a mi hacienda por dos meses;
que, si es su amor verdadero,
procure verme en la sierra.
Ya entenderás.
D.ª M. S. Ya te entiendo.
Déjalo todo a mi cargo.
D.ª Clar. Con justa causa me quejo,
que en fiarte de mi hermana
hiciste de mí desprecio.
D.ª Mar. No lo creas, doña Clara.

(*Salen* don Alvaro, don Luis *y* Toribio.)

Toribio. Que no vamos le aconsejo,
si no quiere destruírse;
que allá no hay puerco con puerco,
ni cabrito con su madre,
y por el curso del tiempo,
ya ha mucho que se trocaron
los pámpanos en sarmientos.
D. Alv. Toribio, yo parto al punto.
Toribio. ¡Güenas mozas!
D. Alv. Aquí os dejo
mi casa, sobrino; en ella
sois el ligítimo dueño.
¡Ven, María!
D.ª M. S. Antes nos dad
los brazos.
Toribio. Abrace presto
nuesa ama, porque nos vamos
cada uno despidiendo.
D. Luis. También vuestros brazos pido,
si es que tocarlos merezco:
en esta nieve (1) me abraso.
Toribio. El portugués está tierno;
velas pueden hacer dél.
D. Alv. ¡Adiós, sobrinas!
D. Clar. El cielo
felices años te guarde.
Toribio. De aquesta vez las requiebro.
Señoras, en güena fe
que me voy, y no me quedo
por sococientas razones;
pero si a Mérida vuelvo,
a ella le traeré un panal
de miel virgen, que al comello,
aunque se precie de limpia,

(1) Texto: "passarán".

(1) Texto: "este nieve".

ha de chuparse los dedos;
y a ella una nata tan branca
como su frente y su cuello,
y aun como sus dientes. Miren,
por esta cruz que no miento;
quisiera ser un aquél
para regalarlas.

D.ª M. S. ¡Bueno!

D.ª CLAR. Vuestra voluntad se estima.

TORIBIO. ¿No abrazan?

D.ª M. S. Sí.

TORIBIO. Pues aprieto.

D.ª MAR. Lo dicho, dicho.

D.ª M. S. Sí haré.

TORIBIO. Ya me aguarda mi jumento.

D. ALV. Yo os enviaré a llamar.

D. LUIS. Siglos serán los momentos.
Ya el sol se puso, invidioso,
prima, de que salga el vuestro.

D.ª CLAR. Mucho la mira mi hermano.

D.ª MAR. ¿Dónde hay sol de rayos negros?

D. LUIS. Hasta el campo iré con vos,
que en él a mis pensamientos
desafío a una batalla,
de que vitoria no espero.

(*Salen* DON CARLOS *y* BRITO.)

D. CAR. Mucho debo a tu cuidado.

BRITO. Sólo servirte deseo.

D. CAR. De la prisión me han sacado
para el glorioso trofeo
las alas que amor me ha dado.
Brito, la cárcel rompí,
la muerte a una guardia di,
porque fué muerto en pensar
que él me podía guardar,
si yo no me guardo a mí.
Preso don Pedro quedó,
y ansí no habrá competencia
a mi amor, y si alcanzó
algún favor esta ausencia,
mi ventura aseguró.
Dime lo que ha sucedido.

BRITO. En seguimiento he venido
siempre de doña María
hasta aquí; ya te escribía,
cuidadoso y advertido
desde cualquiera lugar
donde paraba.

D. CAR. Era dar
descanso a mi pensamiento.

BRITO. Ya en Mérida están de asiento;
que se ha querido amparar
don Luís de un caballero,
su tío, aunque castellano.

D. CAR. Andar disfrazado quiero,
por respeto de su hermano,
a quien aplacar espero.
¿Sabes la casa?

BRITO. Sí sé.
El caballo deja aquí,
que esta posada tomé
cerca de la puerta.

D. CAR. Ansí.
mi desengaño sabré.

BRITO. La noche te da lugar
para llegar [a] adorar
las paredes y las rejas.

D. CAR. ¡Qué tristes y justas quejas,
amigo, le podré dar!
Hacia su casa me guía.

BRITO. Si acaso hacerlo pudieras,
notable dicha sería.

D. CAR. Entre dos soles me vieras
dividir la luz del día.

BRITO. Aquesta calle ha de ser;
proprio es de amar el temer.

D. CAR. Dos hombres delante van.

BRITO. Vete a espacio, y pasarán.

(*Salen* DON JUAN *y* BELTRÁN.)

D. JUAN. De noche la vengo a ver,
ya que no puedo de día.

BELTRÁN. ¿No estás de cazar cansado?
¿Qué desatino te guía?

D. JUAN. Por dar alivio al cuidado
busqué el monte y selva fría,
no para dejar de ver
la que espero que ha de ser
mi esposa.

D. CAR. ¡Bravo rigor!
¡Dondequiera reina amor,
absoluto a su poder!

D. JUAN. ¿Darán las once?

BELTRÁN. Darán
brevemente, si no han dado.

BRITO. Déjalos, que ellos se irán.

D. CAR. Antes, Brito, se han parado.

BRITO. Y junto a la casa están
donde vive la que adoras.

D. CAR. Mira si por dicha ignoras
la casa.

BRITO. El temor me enseña.
D. JUAN. Beltrán, quiero hacer la seña,
si amor alarga las horas.
BRITO. En la misma casa ha hecho
señas.
D. CAR. Temeroso llego;
mayores males sospecho.

(*A la ventana* DOÑA MARÍA DE SOSA *y* DOÑA CLARA.)

D.ª M. S. No le desengañes luego.
D. CAR. Ya tengo abrasado el pecho.
D.ª M. S. Si es discreto quiero ver,
antes de darle a entender
que mi prima se ausentó.
D. JUAN. Ya a la ventana salió.
D. CAR. ¿Qué es esto?
BRITO. ¿Qué puede ser?
Llega y oye, si pudieres,
que ésta es la casa, sin duda.
D. JUAN. Aquí es justo que me esperes.
D.ª CLAR. Habla, hermana, y la voz muda.
D. CAR. ¡Ah, inconstancia de mujeres!
D. JUAN. ¿Es doña María?
D.ª M. S. Sí.
Llegad, don Juan.
D. CAR. ¡Ay de mí!
D. JUAN. Entre contentos avaros,
los deseos de hablaros,
señora, me traen aquí.
Dad justo premio a mi fe,
pues fué tan grande mi amor
desde que a veros llegué,
que, a pesar de mi temor,
imposibles intenté.
La brevedad del amaros,
mi bien, no debe admiraros,
que en un cuerdo corazón
no puede haber dilación
del quereros [a] admiraros.
D. CAR. Pues dice que se rindió
muy presto, sin duda alguna
que hoy, por mi daño, la vió;
¡ah, imagen de la fortuna,
qué presto a hablarle salió!
D.ª CLAR. Bien habla.
D.ª M. S. Sí, por mi vida.
D. JUAN. De la respuesta está asida
el alma.
D.ª M. S. Si me escuchara,
doña María, quedara
de mi cautela ofendida.
Señor don Juan de Castilla,
en lo que es razón estimo
vuestro amor.
D. JUAN. A vos se humilla.
Ya con más veras me animo.
D. CAR. Su inconstancia maravilla;
yo tengo de ver quién es.
D. JUAN. Gente suena.
D.ª M. S. Pues después
saldré.
D. JUAN. Aguardándoos estoy.

(*Quítanse las dos.*)

D. CAR. ¿Que calle? ¿No ves que soy
necio, amante y portugués?
¡Déjame!
BELTRÁN. Dos hombres vienen
D. JUAN. Déjalos pasar.
BELTRÁN. Advierte
que las espadas previenen.
D. CAR. Cuando me llama la muerte,
¿qué respetos me detienen?
¡Ah, caballero!
D. JUAN. ¿Quién llama?
D. CAR. Quien en sus celos se inflama,
con justa causa ofendido,
porque os ha visto, escondido,
hablar con su propia dama.
Quién sois deseo saber,
y por qué a doña María
soberbio osáis pretender,
pues ha de ser prenda mía,
o la vida he de perder.
D. JUAN. ¡Notable resolución!
¡Qué declarada intención,
cuando, sin temer mudanza,
paso ya de la esperanza
a amagos de posesión!
Por loco dejaros quiero;
ignorantemente habláis.
D. CAR. Mirad que soy caballero,
y que de la que adoráis
he sido amante primero.
D. JUAN. ¿Es doña María?
D. CAR. Sí.
D. JUAN. ¿Qué favor tenéis, decí,
de aquestos vuestros amores?
D. CAR. Si firmas son las mayores,
muchas suyas recebí:
sus papeles me han traído
de Portugal desta suerte,
y debo ser preferido.

D. JUAN. Sólo ha de poder mi muerte
darle lugar al olvido.
D. CAR. Pues yo os la daré, si puedo.
D. JUAN. Jamás vi la cara al miedo.
BRITO. ¡Esto es hecho!
D. CAR. ¡Loco estoy!
D. JUAN. Por eso castigo os doy,
y en la posesión me quedo.
D. CAR. Eso se verá después.

(Las dos a las ventanas.)

D.ª CLAR. Estruendo de espadas es.
D.ª M. S. Acudid presto.
D. JUAN. ¡Ay de mí!
BRITO. Echa, señor por aquí,
pues ya tu peligro ves.
Ventura fué no quitar
la silla al caballo.
D. CAR. Hoy medro
el desengaño y pesar.
BRITO. ¡Echa por aquí, don Pedro
Alvarez!
D.ª CLAR. ¿Oyes nombrar
a don Pedro, hermana?
D.ª M. S. Sí.
D. CAR. ¿Mi nombre mudas?
BRITO. Aquí,
mudándote el nombre, obligo
a esta muerte a tu enemigo,
y a que no salgan tras ti.

(Sale DON LUIS *con espada y rodela y medio desnudo, y dos* CRIADOS *con dos hachas.)*

CRIAD. 1.º Por allí dos hombres van
huyendo.
D.ª M. S. Tu amante ha sido
el que riñó con don Juan.
D. JUAN. ¡Mortalmente estoy herido!
¡Muerto soy!
D. LUIS. ¡No lo querrán
los cielos! ¿Dónde venís?
BELTRÁN. Es muy lejos.
D. LUIS. Si os servís
desta casa, aunque no es mía,
entrad.
D. JUAN. Pediros debía
lo mismo que persuadís.
D. LUIS. Venid en mis brazos.
D. JUAN. ¡Cielos,
piedad es fuerza que os pida!
D.ª CLAR. ¡Qué confusión!
D.ª M. S. ¡Qué desvelos!
D. JUAN. No sé si siento la herida
en el grado que los celos.

(Llévanle y vanse. Salen ANTÓN *y* TERESA.)

ANTÓN.

¡Qué descuidada vives!
¡Con qué flema regalos apercibes!
Date maña, Teresa.

TERESA.

Eso sí, ¡pesia tal!, dalle más priesa;
matáme si os agrada,
mas que me he de sentar y no her nada.
La casa está barrida.

ANTÓN.

Está bien.

TERESA.

¡Heldo vos, por vuesa vida!
Harta estó de pulillos,
migas pueden comer en los ladrillos;
y armé también las camas:
no falta son que vengan muesas amas.

ANTÓN (1).

Aunque tanto han tardado,
a buen tiempo vendrán, que en ese prado
tendió el agosto amigo
en sus aristas encerrado el trigo;
el septiembre ha venido
de frutas rodeado; circuído
espero ver que octubre
de rubio mosto los lagares cubre,
con que todo se ocupe.

TERESA.

Fértiles tierras tiene Guadalupe.

ANTÓN.

Adornan estos valles
de frutales opimos verdes calles,
que entre las ricas fuentes,
que despeñan quebradas las corrientes,
enseña la granada,
por reina de las frutas coronada,
el pecho abierto, donde
muestra rubíes y cristal absconde;
el pesado membrillo,
que temiendo caer está amarillo,
y entre olorosas yerbas,
nísperos pardos y maduras servas,

(1) Texto: "Anatón."

y en sarmientos opimos,
de parras desgajados los racimos.
Aquí el otoño espera
competir con la alegre primavera;
flores brota y produce,
galán se viste y adornado luce.

TERESA.

Razón tenéis, pardiobre;
no hay cosa en esta sierra que no sobre.

ANTÓN.

Toribio viene. ¡Espera!

(*Sale* TORIBIO.)

TORIBIO.

Tío, apartad la vaca (1) de la era,
que se merienda el trigo.

ANTÓN.

Vengas enhorabuena. ¿Qué hay, amigo?
¿Viene señor?

TORIBIO.

Ya viene,
que junto aquella fuente se detiene.

ANTÓN.

Yo voy a recebillo.

(*Vase.*)

TORIBIO.

Teresa, me miráis y con capillo.
¿Tenéis algún berrinche?
¿Haréis, pardiobre, que de nuevo cinche
la albarda y que me escurra?
Que nunca me recibe mal la burra,

TERESA.

Quien tanto se ha tardado,
ya no tendrá de mí ningún cuidado.

TORIBIO.

Más te quiero, Teresa,
que el cochino el salvado de la artesa;
que el burro a la cebada,
y más que a la cereza sazonada
el tordo cuando chilla
y el aire con las alas acuchilla;
más que el agua el sediento,
y más que a su dinero el avariento;
más que al vino el borracho;
que, en efeto, eres hembra; yo só macho.

(1) Texto: "vara".

¡Llégate, no seas terca!

TERESA.

Siempre va a la ciudad y nunca merca
algo con que me pula.

TORIBIO.

¿No te truje en Cuaresma?

TERESA.

¿Qué?

TORIBIO.

Una Bula.

TERESA.

¿Esa es gala?

TORIBIO.

Sí, amiga,
y provechosa al alma y la barriga.
Agora mis cuidados
te han traído botines colorados;
con el coral se empache
gargantilla y sortija de azabache,
porque a mi amor te inclines.

TERESA.

Pues ya te abrazo.

TORIBIO.

¿A mí, o a los botines?

TERESA.

¡Qué necio desvarío!

TORIBIO.

Aunque merezco mucho, desconfío.

TERESA.

¿Hay en esta montaña
zagal de más ingenio ni más maña,
de pecho más sincero,
más retozón y manso que un cordero?

TORIBIO.

¿Cordero he parecido?
Yo creceré, si soy vuestro marido.

TERESA.

¡Qué malicioso eres!
De llamarte cordero no te alteres,
que eres manso y hermoso.

TORIBIO.

Pues no soy sino feo y cosquilloso.

(*Salen* DON ALVARO *y* ANTÓN, *y* DOÑA MARÍA, *de labradora.*)

ANTÓN. Ya estábamos con cuidado.

D. ALV. Fuerza el detenerme ha sido,
porque un pariente ha venido,
a quien estoy obligado.
ANTÓN. A muy buen tiempo llegáis.
TERESA. Vos seáis muy bien venida,
que, aunque bizarra y pulida,
bien nueso traje imitáis.
D.ª MAR. Si en la sierra he de vivir,
el traje de la ciudad
no es bueno en la soledad.
D. ALV. Pues cae el sol, quiero ir
a ver las viñas.
ANTÓN. Yo iré
con vos.
D. ALV. Vení en buen hora.
TERESA. Yo quedo con mi señora.
TORIBIO. Y yo contigo a la he.
D. ALV. María, adiós.
D.ª MAR. El te guarde.

(*Vanse.*)

Entre alegres horizontes
las sombras de aquestos montes
hacen más fresca la tarde.
TERESA. Es la sierra deleitosa;
viviréis contenta en ella,
y agora será más bella
con serrana tan hermosa.
TORIBIO. Aquí todo es alegría.
Allí veréis repastando
las ovejas y llamando
con los balidos el día.
Las cabras encaramadas
por esas peñas están,
que de abajo no dirán
son que parecen pintadas.
Allá se oyen relinchar
las yeguas, correr la cría,
mugir en la vaquería
y los mastines ladrar.
Pónese el sol, y en los cerros
que coronan ese prado
llama el pastor su ganado
y responden los cencerros,
que son rústicas campanas;
que relox, ¿quién lo inventó?,
pues quieren que coma yo
por él, y no por mis ganas.
D.ª MAR. Es vida gustosa y bella;
mas gente viene. ¡Callad!
TERESA. Vendráse acá la ciudad,
porquè vos os venís della.
D.ª MAR. Dos caballos han dejado.
¡Ay, cielos! ¿Quién puede ser?
TORIBIO. Echaránlos a pacer;
harta yerba tiene el prado.

(*Salen* CARLOS *y* BRITO.)

D. CAR. Deja que las flores,
que de estos cristales
fomentan altivas
zafir y granates,
entre yerbas verdes,
para que descansen,
den a los caballos
rústico hospedaje;
mientras yo, ofendido
de aquella mudable,
doy llanto a las fuentes,
suspiros al aire.
BRITO. Mejor fuera, Conde,
que tú la olvidases;
si a tres aborrece
casi a un mismo instante,
no estará su esposo
sin celos infames.
Casarte con miedo
es delito grande
contra la nobleza
que ilustre heredaste.
D. CAR. Por los celos juro
que he de ver si valen,
contra amor desnudo,
armas de diamante.
Siempre que me vieres
pensativo, tráeme,
Brito, a la memoria,
su trato inconstante:
si presto no olvido,
no moriré tarde.
BRITO. Pensemos agora
cómo has de librarte.
Estas altas sierras,
que en piramidales
puntas a las nubes
rompen los celajes,
son de Guadalupe.
D. CAR. Aquí he de quedarme
por algunos días,
hasta que se aplaque
del Virrey la ira;
que el romper la cárcel,
matando una guarda,

es negocio grave.
BRITO. Pues parte a Madrid,
porque en él alcances
el perdón del Rey.
D. CAR. No puedo apartarme
tanto desta sierra.
Poco a poco sale
el mal que entró presto.
BRITO. No es bien replicarte.
D.ª MAR. Nobles son, sin duda,
bien lo muestra el talle;
mal siguros vienen
por algún desastre.
D. CAR. Llega aquella quinta,
que entre verdes sauces
chapiteles muestra
que los aventajen.
BRITO. Gente hay a la puerta.
D.ª MAR. Yo quiero llegarme;
que amparar los nobles
deuda es de mis padres.
Señor caballero,
que los cielos guarden,
si vais a la Virgen,
el camino errasteis.
Detrás de esa sierra,
altivo gigante,
que nieve se toca
y viste jarales,
va el camino.
D. CAR. Ninfa,
que por estos valles
ricos vidrios bebes,
libre como amable;
a quien los claveles,
teñidos en sangre
los labios remedan,
que vierten corales:
no sé qué responda,
que me dice el traje
que sois noble.
D.ª MAR. Yo.
digo que acertastes;
que también presumo
decísme verdades.
D. CAR. ¿Quién pudiera a un ángel
encubrir, señora,
sus bienes o males?
Caballero soy
de ilustre linaje;
tras muchas desdichas,
vengo que me amparen
estas altas sierras.
TORIBIO. ¡Buen amparo hallastes!
D. MAR. Yo os prometo serlo;
no temáis que os hallen
vuestros enemigos,
aunque más se cansen.
Tengo en esta sierra
hacienda muy grande;
los ganados míos
esas vegas pacen.
Decidme quién sois,
y no os acobarden
temores ningunos.
D. CAR. Agora escuchadme
lo que más importa.
Tras de muchos lances
en que la fortuna
procuró mis males,
en Mérida anoche
llegué a estar, en parte
que vi un caballero
de los principales
hablar con mi dama
tan tierno y amante,
que los celos míos
pudieron cegarme;
venció mi razón,
dejéle en la calle
herido de muerte.
Por agora baste.
D.ª MAR. A esta relación
sólo es importante
mudar el vestido
y que estos dos callen.
TORIBIO. Aunque yo so bobo,
quiero aconsejalle
que venga conmigo
y habre a vueso padre
de pastor vestido;
que yo acreditarle
podré con decir,
si a los dos os prace,
que sois mi pariente.
D.ª MAR. ¡Remedio admirable!
¿Y sabéis el nombre
del que acuchillastes?
D. CAR. Don Juan de Castilla.
D.ª MAR. ¿Cómo?
D. CAR. No os espante,
D.ª MAR. ¿Vuestra dama quiere?

Ved si os engañastes.
D. CAR. ¿Cómo mis oídos
pudieron burlarme?
BRITO. También fuí testigo
de aquestas verdades.
D.ª MAR. No hay firmeza en hombres;
él quiso engañarme.
TORIBIO. Venid donde luego
a los dos disfrace.
D.ª MAR. Si él a vuestra dama
pretendió... ¡Mas, baste!
Despacio hablaremos.
D. CAR. ¡Belleza admirable!
BRITO. ¡Si posible fuese
que te despicase
esta dama!
D. CAR. El tiempo
maravillas hace.
Bien me ha parecido.
TERESA. ¿Y él no ha de quedarse
también en la sierra?
BRITO. Porque os sirva y ame.
TERESA. (Mas que los botines
y los azabaches
arroje en el río.)
D.ª MAR. Camine delante.
De don Juan traidor
estoy por vengarme.
D. CAR. ¡Ah, ingrata María!
D.ª MAR. ¡Ay, don Juan mudable!

(*Vanse y sale* DON LUIS *y* DOÑA MARÍA DE SOSA.)

DON LUIS.

No es la herida mortal, aunque forzoso
no mudarle de casa algunos días.

DOÑA MARÍA DE SOSA.

Triste pienso que estás.

DON LUIS.

De ti quejoso,
puedes decir; pues a tu honor debías
más casto proceder y más honroso.

DOÑA MARÍA DE SOSA.

¿En qué te ofenden las acciones mías?

DON LUIS.

Ya no puedo callar, sino culparte,
y ansí de mi disgusto te doy parte.
¿Conoces esta letra?

DOÑA MARÍA DE SOSA.

Sí.

DON LUIS.

Pues mira
si esto puede escribir quien en nobleza
iguala al mismo sol.

DOÑA MARÍA DE SOSA.

Mucho me admira
que mi inocencia juzgues por flaqueza.

DON LUIS.

No des nuevos esfuerzos a la ira;
tan mal sabes usar de tu belleza,
que, llena de cautelas y mudanzas,
dos pechos alimentas de esperanzas.
Cuando sólo a don Pedro hubieras dado
este papel, no fuera tu imprudencia
tan grande; pero ¿no he de estar airado,
si de tu falsedad hice experiencia?
A don Carlos también has engañado;
por esto entre los dos fué la pendencia,
que algo de las razones que dijeron,
me contaron algunos que lo oyeron.
¿Y agora, necia, quieres que mitigue
mi furor, si más ciega y atrevida
obligas a don Pedro que te siga,
a que don Juan le diese esta herida;
nombróle su criado, porque obliga
más mi honor. ¿Qué es aquesto? ¿Ayer venida,
tuviste a quien hablar por la ventana?
Monstruo debes de ser, que no mi hermana.

(*Sale* CLARA *y está oyendo.*)

DOÑA CLARA.

(Aquí sin duda todo lo declara
María, que su honor precia y estima.)

DOÑA MARÍA DE SOSA.

(Por no infamar también a doña Clara
y guardar el secreto de mi prima,
será fuerza sufrir mi suerte avara,
hasta que el tiempo aclare aquesta eni(g)ma.)
Hermano, no hay razón que me defienda;
sólo responda el proponer la enmienda.
Yo espero que has de ver que mis errores
no son tan grandes como tú imaginas.

DON LUIS.

¿Cómo, María, pueden ser mayores,
si no es que tu deshonra determinas?

DOÑA CLARA.

¿Qué es esto?

DON LUIS.

No es posible que lo ignores;

tú sí, que eres mi hermana, pues te inclinas
a conservar tu honor.

DOÑA CLARA.

¡Qué mal lo entiendes!

DON LUIS.

Tú no, pues que me infamas y te ofendes.

(*Sale* DON PEDRO, *de camino.*)

D. PEDRO. Generoso don Luis
de Sosa. Aquesta licencia
me ha dado amor, y fiarme
de vuestra rara nobleza.
Mi atrevimiento conozco;
pero mi disculpa es cierta,
si del fuego que me abrasa
veis las ocultas centellas.
D.ª CLAR. (¡Ay, cielos!)
D.ª M. S. (¡Don Pedro es!)
D. LUIS. ¿Tanto la pasión os ciega,
que a tan notorio peligro
osáis llegar a mi puerta?
Don Pedro, ¿estáis loco?
D. PEDRO. Sí,
que tan divina belleza
como miro en vuestra hermana
quitó al alma las potencias.
¡Escuchad! ¡No os alteréis!
D. LUIS. ¿Cómo es posible que pueda,
si tengo en casa el que tiene
también la posesión vuestra?
Mirad que os han de matar
si os conocen.
D. PEDRO. ¿Tal respuesta
dais a mi fe, que ya dais
injusto dueño a mi prenda?
D.ª CLAR. Ved que don Juan de Castilla
está aquí.
D. PEDRO. ¿Qué importa sepa
toda la ciudad que soy
don Pedro Alvarez Pereira?
Mis pensamientos han sido
siempre honestos.
D. LUIS. ¿Qué aprovecha,
si ya agora es imposible
que dichosos fines tenga?
D. PEDRO. ¿Luego casáis vuestra hermana?
D. LUIS. Agora no hay cosa cierta,
sino ver que está a la muerte
un caballero por ella.
Idos y negad el nombre,
porque todo no se pierda;
decid que don Carlos sois,
el Conde de Vidigeira,
y ansí podréis encubriros.
D. PEDRO. ¡Cielos! ¿Qué enigmas son éstas?
Si ese caballero muere
por su amor, ¿qué importa? Muera
y dadme a mí vuestra hermana.
D. LUIS. Aguardadme en la ribera
del río, que yo saldré
mañana de aquí dos leguas
y hablaremos más de espacio;
ved que la casa se altera,
y han de mataros.
D. PEDRO. ¡Ay, celos,
ya conozco vuestra fuerza!
Ansí queda; yo os aguardo.
D. LUIS. Yo cumpliré mi promesa;
decid que os llamáis don Carlos
si alguno a hablaros llega.
D. PEDRO. ¡Ay, dueño del alma mía,
contigo el alma se queda!

(*Vase.*)

D. LUIS. ¿Que yo por tu causa sufra
tan conocidas ofensas?
D.ª M. S. ¡Hermano!
D. LUIS. No me repliques.
D.ª CLAR. Ten por mí agora paciencia.
D.ª M. S. Fiadora soy de las dos
y me ejecutan por ellas.

ACTO SEGUNDO

(*Salen* DON LUIS *y* DON PEDRO.)

D. PEDRO. Tres días os he aguardado.
D. LUIS. Que tenéis razón os digo,
don Pedro; vuestro enemigo
tan poco lugar me ha dado.
Mas ya con un paje mío,
que esperaseis avisé.
D. PEDRO. En vos de mi mucha fe
el justo premio confío.
D. LUIS. Deciros mi intento quiero,
antes que nada digáis.
D. PEDRO. Ya espero que procedáis
como tan gran caballero
D. LUIS. Mientras mis hermanas son
por casar en mis porfías,
están por esposas mías,
que me tienen en prisión.

Como su padre y marido
debo mirar por las dos.

D. PEDRO. Obligación es en vos
el guardarlas advertido.
Mas, si al fin se han de casar,
¿en qué os ofendo en querer
vuestra hermana por mujer?

D. LUIS. Mi casa podéis honrar,
don Pedro, en ser su marido;
mas no pretende un esposo
con término cauteloso
sinó claro y comedido.
Pedírmela a mí era bien.
mas no escribirla y reñir,
dando al pueblo qué decir
y qué sospechar también.
A quien sois no corresponde
este conocido error,
ni mostrar ese favor
ignorantemente al Conde.
Y después de haber venido
tras el fuego que os abrasa,
entrar tan libre en mi casa
después de haber sucedido
escándalo semejante.

D. PEDRO. ¡Notable es vuestro rigor!
¡Qué poco sabéis de amor,
pues culpáis tanto un amante!
Don Luís, yo pretendí
casarme (esta es la verdad)
y saber la voluntad
de la que mandaba en mí;
porque hablaros no era justo,
entre tanta pena mía,
hasta ver si ella tenía
de que la pidiese gusto.
Porque si no me quisiera,
tanto amor en mí se halla,
que dejara de gozalla
porque ella no padeciera.
Por esto, al fin, la escribí
declarándole mi amor;
respondió, y con el favor
todo el sentido perdí.
Era el pensamiento honrado,
y de mi dama también;
quise hacer mayor el bien
con verle comunicado.
Conté a Carlos temeroso
la gloria que poseía,
que de la ventura mía
quedó loco y envidioso.
El fué el que dió la ocasión
a la pendencia; reñí,
y diéronnos desde allí
nuestras casas por prisión.
Por la muerte desgraciada
de aquel hidalgo salistes
de Portugal, y trujistes
con vos a mi prenda amada.
Huyó el Conde, dando muerte
a una guarda, y su maldad
me dió a mí la libertad
para venir desta suerte.
Porque viendo mi obediencia,
y que el Conde se escapó
violentamente, me dió
la libertad Su Excelencia.
A buscaros vengo ansí;
digno soy de galardón
si vengo a pedir perdón
del error que cometí.

D. LUIS. Don Pedro, vuestra prudencia
veo; mas ya habéis sabido
el escándalo que ha habido
por la pasada pendencia.

D. PEDRO. La cólera me cegó:
perdonad, por vida mía.

D. LUIS. (Pues ya tiene mejoría,
no quiero afligirle yo (*Aparte.*),
sino excusar mayor mal,
dándole a María.) En fin,
es justo que se dé fin
a un caso tan desigual.
Desde aquí soy vuestro amigo.

D. PEDRO. Hoy mi esperanza se allana.

D. LUIS. Y a casaros con mi hermana,
pues gano en ello, me obligo.
Pero vos no habéis de estar
en Mérida.

D. PEDRO. Ya profeso
obedecer.

D. LUIS. El suceso
tiene alterado el lugar.
En casa estoy de mi tío,
y él en la montaña está;
su prudencia nos dará
el remedio que confío.
Ya me ha enviado a llamar,
porque la imagen veamos
de Guadalupe, y nos vamos
brevemente del lugar.

Id vos agora y decid
que sois en suceso igual
don Carlos de Portugal:
en este punto advertid.
Por la hacienda preguntad
de don Alvaro, y en ella
veréis la imagen más bella,
a quien di mi libertad.
Y pues ya mi amor os muestra
esta afición amorosa,
procurad que sea mi esposa,
mientras yo os llevo la vuestra.

D. PEDRO. Dadme las manos.

D. LUIS. ¡Teneos!
Ya el enojo se ha pasado.

D. PEDRO. Justamente habéis premiado
mis amorosos deseos.
Al punto quiero partir
donde tanto bien se espera;
y pienso, para que os quiera,
esa dama persuadir
hasta verla convencida.

D. LUIS. Si así sus favores medro,
en ello me dais, don Pedro,
el remedio de mi vida.
Ya os aviso que os llaméis
don Carlos.

D. PEDRO. Perded cuidado,
pues obedezco obligado
todo cuanto me mandéis.

D. LUIS. Mi prima es la que me abrasa
el corazón.

D. PEDRO. Confiad
de mi industria y amistad.

D. LUIS. Allí aguardad en su casa.
Partid luego.

D. PEDRO. Ya condeno
mi temor y su desdén,
pues espero propio bien,
cuando voy con nombre ajeno.

(*Vanse. Salen* CARLOS *y* BRITO, *de villanos.*)

BRITO.

¿Que en tal oficio tu valor se ocupe?

DON CARLOS.

Mandó esta dama que a guardar viniera
en aquesta ribera,
vestida de vistosas esmeraldas,
que guarnece las faldas
de la sierra feliz de Guadalupe,
las vacas que entre flores de corales
beben de aqueste arroyo los cristales:
porque su padre no entendiese el caso,
este oficio me dió.

BRITO.

Discreto ha sido;
da lugar al olvido.

DON CARLOS.

¡Bella es esta mujer! Cuando la veo,
se divierte el deseo,
volando entra el amor, y paso a paso
sale de los rendidos corazones.

BRITO.

Mucho en el noble pueden sinrazones.
¿Qué aguardas? ¿Qué pretendes de María,
pues conoces su término inconstante?

DON CARLOS.

Nunca el perfeto amante,
amigo Brito, olvida fácilmente.

BRITO.

Es una fácil.

DON CARLOS.

¡Tente!
¡No hables della mal, por vida mía!
Cuando en noble mujer haya tal mengua,
cúlpela el alma, pero no la lengua;
que acción tan baja, vil, inorme y fea
es decir mal de lo que bien se quiso.

BRITO.

Agradezco tu aviso.
¡Qué bien que manifiestas tu nobleza!

DON CARLOS.

La divina belleza
desta mujer los campos hermosea,
más que el alba, que en púrpura madruga
y a la estrellada noche el manto arruga.
Ella ha de ser remedio de los males
que padezco.

BRITO.

Eso importa, eso conviene.
Entre jazmines tiene,
emulando allí el cielo sus pinceles;
deshojados claveles,
y perlas guarda en conchas de corales.
Mas ¿cómo no le has dicho ya quién eres?

DON CARLOS.

No todo ha de decirse a las mujeres;

ni aun mi nombre le he dicho.

BRITO.

Ya lo veo,
y pienso que por eso se ha enojado,
y el suyo te ha negado.

DON CARLOS.

Ni pregunté que cómo se llamaba.

BRITO.

Necio anduviste. Acaba;
no seas descortés.

DON CARLOS.

Verla deseo.

BRITO.

Espántome, por Dios, de ver que ignores,
que es justo que pretendas sus favores.

DON CARLOS.

Despacio el nombre y calidad sabremos.

BRITO.

Has de saber guardar la vaquería.

DON CARLOS.

Mientras que dura el día,
divertido estaré, viendo que pacen
estas yerbas que nacen
del bosque y de la sierra en los extremos;
pero no sé, si el sol sus hebras moja,
cómo las llame o cómo las recoja.

(*Salen* DOÑA MARÍA *y* ANTÓN.)

ANTÓN.

Fuí a llamar vuestras primas, por mandado
de vuestro padre, y vi a don Juan herido
en vuestra casa.

DOÑA MARÍA.

Ha sido
cosa notable.

ANTÓN.

Allá se mormuraba
que enamorado estaba
de una de vuestras primas.

DOÑA MARÍA.

Yo he llegado,
viendo su engaño, al desengaño cierto.
Pluguiera al cielo que le hubiera muerto.
¿Quién dicen que le hirió?

ANTÓN.

Ya claramente
saben que don Pedro Alvarez ha sido,
quien ciego y atrevido,
ansí trató a don Juan.

DOÑA MARÍA.

Aunque ha callado,
ya sé que el que he amparado
don Pedro Alvarez es, y es cosa clara
que es el que quiere bien a doña Clara.
Si la que habló a don Juan fuera María,
bien pudiera pensar que deste daño
era causa un engaño,
que yo la dije que por mí le hablara (1);
mas si fué doña Clara
la que tierna le oyó, la ofensa mía
está muy cierta, mi rigor se anima:
ya te olvido, don Juan. Goza a mi prima.
¿Cuándo vendrá mi primo?

ANTÓN.

Brevemente;
ya previniendo estaba la partida.

DOÑA MARÍA.

Dale de su venida
cuenta a mi padre.

ANTÓN.

¡Guárdente los cielos!

(*Vase.*)

DOÑA MARÍA.

Los declarados celos
en pecho noble, aunque al principio siente
el alma mil impulsos que desvelan,
el fuego que encendieron presto hielan.
A don Pedro me inclino, que en él veo
partes que me provocan a mudanza;
no por tomar venganza
de don Juan y mi prima. Verle quiero.
¡Qué gallardo vaquero!
Valor descubre entre villano aseo.

DON CARLOS.

Mi dueño hermoso mi temor destierra.

DOÑA MARÍA.

¡Manténgaos Dios, vaquero desta sierra!

¿Cómo os halláis, caballero,
en estos montes que otubre
viste de nieve, que el aire
igual en parejas bruñe?

---

(1) Texto: "la hablara".

¿Es buena vida escuchar
cómo los novillos rugen,
porque les quitan sus madres
el sustento de sus ubres?
¿Cómo se quejan las fuentes
que las márgenes escupen
aljófar con que fomentan
claveles, que el cierzo pudre? (1)
¿Alívianse las memorias
que la esperanza consumen?
¿Vanse templando los celos?
¿Hay contrarios que disputen?
Comunicad vuestras penas
con quien piadosa os escuche,
y ya que no os dé remedio,
al menos consuelo os busque.

D. CAR. ¿Qué más consuelo que el veros,
si en vuestros ojos acuden
tantos amagos de gloria,
porque mis penas anuncie?
Si porque os ven solamente
están altivas, ilustres,
compitiendo con los cielos,
las Sierras de Guadalupe;
y si más por vuestros ojos
que por las celestes luces
esmeraldas son sus valles,
plata y aljófar sus cumbres;
si alegrastis esta vega
más que cuando por costumbre
lloraba perlas el alba
sobre violetas azules;
si salen vuestros dos soles
con más milagrosas lumbres,
encubriendo las estrellas
y desterrando las nubes,
¿cómo queréis que no pierda
otras memorias comunes
y que a solas con la idea
en estos montes consulte?
Ya para ver vuestro cielo
abro los ojos, que tuve
cerrados en un engaño,
causa de tantos embustes.
Bien es que del bien de veros
nuevas penas me resulten,
porque de memorias necias
mis pensamientos descuiden.
Con vos estas sierras altas
ásperas tengo por dulce
habitación, y estos valles
que Amaltea esmalta y pule;
aquí las sierpes de Lidia,
cuando por la sierra crucen,
que algunas flores relevan,
y otras anegan y hunden,
harán que el claro cristal
de vuestras fuentes dibuje
en la idea, donde amor
vuestras fayciones esculpe;
y cuando el alba bostece
por celajes, que purpure
rayos avaros de luz,
que al sol dormido le curten,
contemplaré vuestros dientes
en el aljófar que sude,
sin que por cudicia loca
montes de salitre surque;
y cuando clavos de hielo
pendan destos acebuches,
que del Aquilón heridos
en vez de quejarse crujen,
veré vuestras blancas manos,
que, a pesar del sol, presumen
conservar contra los rayos
azucenas con su lustre.
Aquí, sin que los trabajos
desta vivienda rehuse,
os serviré siempre alegre,
si alcanza más quien más sufre.
Cuando los fríos de enero
me amenacen o me injurien,
por vos sufriré las aguas,
que despeñadas se enturbien;
y cuando los aires fríos
aquestas peñas trabuquen,
amenazando las fuentes
que apresurándose huyen,
yo, sin que sus altiveces
mis esperanzas perturben,
haré que tanta fineza
fines dichosos me anuncien,
entre silbos de vaqueros,
que por esos cerros suben,
aire en los desnudos olmos,
las tortolillas que arrullen.
Y si no pagáis, señora,
este amor, para que ilustren
mis penas, diré a las fieras
y a su excelsa pesadumbre:

(1) Texto: "pudren".

Sierras venturosas de Guadalupe,
¿qué es de mi esperanza, que en vos [la puse?

D.ª MAR. Antes que os responda quiero
que mi honestidad consulte
la respuesta, que no quiero
que mis deseos se burlen.
Dudo que olvidéis tan presto
la que adorastes, y anublen
nubes de celos el sol,
que en vuestras memorias lucen.
Aquí ha de venir muy presto
para que otra vez alumbre
vuestros ojos, porque sea
ese amor falso y inútil (1).
Prima mía es vuestra dama.

D. CAR. Jamás, mi señora, supe
mentir. Las mudanzas suyas
a que la olvide me inducen.
Si ella tuviera firmeza
fuera el caso indisoluble
de mi amor; mas su inconstancia
es razón que me disculpe.

D.ª MAR. La experiencia hará que os crea;
y sabed que no se encubre
nada; ya sé vuestro nombre
y vuestro linaje ilustre,
la pendencia de Lisboa
y otras cosas, que no cumple
que os diga agora. El silencio
es sello de las virtudes.
Secreto y correspondencia
tendré cuando se divulgue
de mi prima y de don Juan,
porque mi olvido no culpe
el amor.

D. CAR. Eso es muy cierto.

D.ª MAR. Primero que se ejecuten
las venganzas y deseos
ha de haber verdad que acuse.

D. CAR. En fin, ya sabéis quién soy.

D.ª MAR. Todo el tiempo lo descubre.

D. CAR. No hay peligro que por vos
recele (2) ni dificulte.
Vuestro soy hasta que muera;
y antes que el traje desnude,
conoceréis mi firmeza.

D.ª MAR. Todo en vuestro bien redunde.

BRITO. Bien has hecho en olvidar.
Mas oye, que suena gente.

D. CAR. A la margen de esa fuente
nos podemos retirar.

D.ª MAR. Yo quiero esperar aquí.

BRITO. Retirémonos los dos:
¿no es don Pedro?

D. CAR. ¡Sí, por Dios!
El sigue a quien yo seguí.
Escóndete entre las peñas.

(*Sale* DON PEDRO.)

D. PEDRO. La aspereza del lugar
me hace el caballo dejar.
Por aquí, según las señas,
la quinta tiene de ser
de don Alvaro, y agora
de una hermosa labradora
puedo la verdad saber.

D.ª MAR. ¡Dios os guarde! ¿Dónde vais?

D. PEDRO. De don Alvaro quería
llegar a la casería,
si el camino me enseñáis,
que pienso que es por aquí.

D.ª MAR. No vais fuera del camino.

D. PEDRO. De don Luís, su sobrino,
le traigo nuevas.

D.ª MAR. Así,
a mí me las podéis dar,
que su prima soy.

D. PEDRO. Bien fuera
que al instante os conociera,
quien tanto os oyó alabar.
Dadme las manos.

D.ª MAR. ¡Teneos!
Decidme a lo que venís.

D. PEDRO. En esto de don Luís
os declaro los deseos.

D.ª MAR. Dais de nobleza señal.

D. PEDRO. Esta humildad no os asombre.

D.ª MAR. ¿Cómo os llamáis?

D. PEDRO. Es mi nombre
don Carlos de Portugal.

D.ª MAR. (Ya los dos competidores
están en la sierra; ya
os conozco, y se verá
presto al fin de los errores
que ha causado cierto enredo.)
Venid a la casería.

(1) Texto: "es amor falso y inútil". En la copia revisada por Restori hay esta nota autógrafa: "Sic Forse "ese amor falso y inútil"; ma "inutil", in assonanza *u-e* non mi par di Lope."
(2) Texto: "recelo".

D. PEDRO. Si tan bello sol me guía,
¿ya cómo perderme puedo?
Por vos mil venturas medro.
D.ª MAR. (Cortés me debo mostrar,
y también por excusar
que no conozco a don Pedro.)

(Vanse los dos.)

D. CAR. ¿Vase con él?
BRITO. Con él fué.
.... (1).
D. CAR. ¡Notable misterio encierra!
¿Qué puede ser?
BRITO. No lo sé.
D. CAR. ¿No oíste lo que dijeron?
BRITO. ¿Cómo, si contigo estaba?
D. CAR. Apenas un mal se acaba,
cuando otros muchos vinieron.
¿Cómo, si sabe quién soy,
tan descortés me ha dejado,
y a don Pedro ha acompañado?
En nuevas sospechas doy.
Predomina sobre mí
deste don Pedro la estrella.

(Sale TORIBIO.)

TORIBIO Par Dios, tras muesa doncella
se vendrá la corte aquí.
¡Qué de gente palaciega
está en la sierra! No hallo
dónde dejó su caballo.
¿Bajó a pacer a la vega?
D. CAR. Pues, Toribio, ¿dónde vas
TORIBIO. Por un caballo de aquel
que va con muesa ama.
BRITO. En él
a la jineta entrarás,
en la casa del placer.
TORIBIO. Y si no le sé llevar,
entraré en la del pesar,
pues es forzoso el caer.
D. CAR. ¿Caer?
TORIBIO. ¿Eso es maravilla?
BRITO. Justamente se acobarda.
TORIBIO. Yo so jinete de albarda,
siéntome en poco, y no en silla.
Medroso voy, a la he.
D. CAR. Yo te quiero acompañar,
que lo sabré sujetar.
TORIBIO. Y yo miraros sabré.

(1) Falta un verso.

BRITO. ¿Has de ir a la quinta?
D. CAR. Sí.
TORIBIO. Mas que te han de conocer.
D. CAR. ¿Qué importa? Yo quiero ver
qué busca don Pedro aquí.
BRITO. Sospechas son excusadas.
D. CAR. Lo que te importa es callar.
TORIBIO. Si no se deja agarrar,
yo le daré seis pedradas.
D. CAR. Eso no, que es desvarío.
BRITO. Con las vacas quedo yo.
D. CAR. Vamos a cogerle.
TORIBIO. ¡So (1),
caballo de algún judío!

(Vanse, y sale DON JUAN *y* DOÑA MARÍA DE SOSA.)

D.ª M. S. Por no daros más pesar,
hallándoos tan mal herido,
hasta agora no he querido
estas dudas aclarar;
ni os he entrado a visitar,
porque mi hermano pensó
que he sido la causa yo
desta desgracia.
D. JUAN. Si fuera
ansí, gracias le debiera
a la mano que me hirió.
Dichosa fuera la herida,
después de trance tan fuerte,
pues sentir por vos la muerte
bastara a darme la vida.
D.ª M. S. Ya es ofensa conocida
la que a mi prima hacéis;
y pues tanto la queréis,
no tratéis de adulaciones.
D. JUAN. Conocer sus sinrazones
me obligan a lo que veis;
y el hallar, señora, aquí
en vos amparo y consuelo,
convierte en nieve y en hielo
el fuego que antes sentí.
D.ª M. S. Yo por mi prima os serví.
D. JUAN. Si mi herida no ignoró
y ella mi daño causó,
siquiera por cortesía
saber cómo estoy debía.
D.ª M. S. ¿Luego no os ha escrito?
D. JUAN. No.
Siempre conocí tibieza

(1) Ms.: "Yo."

en su amor, y he conocido
que no soy della querido
como pide mi firmeza.
¿Qué me importa tu belleza,
si es sola para perderme?
Vela el mío, su amor duerme:
mal a quien soy corresponde. (*Ap.*)

D.ª M. S. Lo mismo digo del Conde,
pues que no ha venido a verme.
Más bien don Pedro ha mostrado
el amor que a Clara tiene,
que en su seguimiento viene,
al peligro aventurado.
Ya don Carlos me ha olvidado,
y divertirme procuro.

D. JUAN. Jamás he estado seguro
de que María me quiso.

D.ª M. S. Contra mi sangre os aviso,
si con esto os aseguro.
Aquí a mi hermana y a mí
nos dijo que no os quería
bien, sino que agradecía
veros tan rendido ansí.

D. JUAN ¿Luego si la olvido aquí,
disculpa tengo?

D.ª M. S. No sé.

D. JUAN. Si he visto su poca fe
y corta correspondencia
en pocos días de ausencia,
necio en amarla seré.

D.ª M. S. Dejaldo.

D. JUAN. Vos lo mandáis,
aunque causas justas doy.

D.ª M. S. Agora a su hacienda voy,
y la hablaré si gustáis.

D. JUAN. No es bien tercera seáis.
Mal penetráis mi intención.
Si lenguas los ojos son,
entendedme con mirar.

D.ª M. S. (Pienso que me ha de obligar
a que le tenga afición.)

(*Sale* DOÑA CLARA.)

D.ª CLAR. Ya mi hermano ha prevenido,
viendo vuestra mejoría,
nuestra partida.

D. JUAN. La mía
en veros ha consistido,
y con iros la he perdido.

D.ª M. S. Pues procuralda tener, (*Aparte.*)
que ansí nos iréis a ver.

D. JUAN. Esa esperanza me anima.

D.ª M. S. (A mí, digo, no a mi prima,)

D. JUAN. (Vuestro soy y lo he de ser.)

(*Sale* DON LUIS.)

D. LUIS. Hablando está con mi hermana
en secreto; ¡que procure
mi disgusto y aventure
su nobleza esta tirana!

D.ª M. S. (Mi hermano, ¡suerte inhumana!,
que está de mí sospechoso.)

D. LUIS. El veros tan animoso
me da gusto, por mi vida.
(Cuando es fuerza mi partida,
disimular es forzoso.)

D.ª M. S. (Mi hermano me mira airado;
quiero quitarme de aquí.)
Ved qué me mandáis.

(*Vase.*)

D. JUAN. En mí
un esclavo habéis comprado.

D. LUIS. (Parece que le ha llevado
los ojos.)

D. JUAN. (Pues sucedió
mejor que se imaginó,
quiero saber con verdad
el estado y calidad
del que valiente me hirió;
de don Luis lo he de saber.)
Mucho os tengo que decir.

D. LUIS. (¿Mas que me quiere pedir
a María por mujer?)

D. JUAN. Mi intento no es ofender
vuestro honor, como el sol bello;
vuestra amistad echó el sello,
y suplicaros quería...

D. LUIS. Si es que os case con María,
no tenéis que tratar dello.
Ya la tengo prometida
a quien por ella salió
de Lisboa, y me obligó
con humildad conocida;
y ella, aunque os muestra atrevida
alguna correspondencia,
le quiere. Dadme licencia,
y procurad con valor,
si es labirinto el amor,
el hilo de oro de ausencia.

(*Vase.*)

D.ª CLAR. ¿Hay enigma como aquésta?

Mi hermano se va ofendido.

D. JUAN. ¿Aún no he dicho lo que pido;
y oigo tan mala respuesta?
¡Vive Dios!, que, si me cuesta
la vida, he de averiguar
quién es don Pedro, y buscar
su muerte y vengarme así;
que pues la siguió hasta aquí,
adonde estén le he de hallar.
El me dijo que venía,
aunque entonces fuí engañado
por los nombres, abrasado
tras los celos de María.
Si de la desdicha mía
alguna piedad enseñas,
pues puden mover las peñas
y sólo pesares medro,
dime, Clara, de don Pedro
la calidad y las señas.

D.ª CLAR. (Este se quiere vengar,
y pues el caso se absconde
y no hay peligro del Conde,
las señas le quiero dar.)
Bien me pudierais mandar
en cosas de más cuidado.
Don Pedro es rico, estimado
por su valor y cordura;
tiene en mediana estatura,
el cuerpo proporcionado;
rubio y rico es el cabello,
y es de los ojos airoso;
rostro no feo ni hermoso,
si es que os importa sabello;
éstas son las señas.

D. JUAN. De ello
pende toda mi ventura.

D.ª CLAR. (Esté la vida segura
de mi amante, que se absconde,
y por ellas busque al Conde,
que en Lisboa se asegura.)
Ved si otra cosa mandáis.

D. JUAN. Para serviros nací.
Yo le iré a buscar ansí.

D.ª CLAR. Bien informado quedáis.
Adiós, don Juan.

D. JUAN. Con El vais.
Mi venganza solicito.

D.ª CLAR. Ansí el peligro limito,
pues que cuando a verle voy,
por el alma que le doy,
nombre y faiciones le quito.

(Vanse, y salen don PEDRO *y* DON ALVARO *y* DOÑA MARÍA, ANTÓN *y* TERESA.)

D. ALV. Alégrome de que honréis,
Conde, esta pobre heredad.

D. PEDRO. ¿Qué grandeza de ciudad
se iguala a la que tenéis?
Aquí a esperar he venido
vuestro sobrino, que hoy
viene; mensajero soy;
tanto honor no he merecido.

D. ALV. ¡Notable es el mensajero!
Hoy con notable arrebol
he visto anunciar al sol
la venida del lucero.

TERESA. Camas no han de faltar,
según son los convidados (1).

ANTÓN. Tú sientes estos cuidados.

TERESA. Déxamos, no hemos de habrar.

ANTÓN. ¡Calla, con la maldición!
¡Mala pepita te dé!

TERESA. So mujer y no podré,
con más que tiene un melón.

D. ALV. Antón, prevéngase todo
con cuidado.

ANTÓN. El tuyo pierde.

(Vase.)

TERESA. Dios de todo me recuerde,
pues yo soy quien lo acomodo.

(Vase.)

D. ALV. Descansad mientras que yo
a lo necesario acudo.

(Vase.)

D. JUAN. ¿Por qué temo? ¿Por qué dudo,
si ya la ocasión llegó?
Esta es la prenda querida
de don Luis; ser espero
su cuidadoso tercero,
pues él ha de darme vida.
De la pena más cruel
a daros parte porfío.

(Sale TORIBIO.)

TORIBIO. Oye, ¿qué le digo, tío?
Ya le he traído su aquél.

D. PEDRO. ¡Dios os guarde!

D.ª MAR. Que me corra
haréis si habéis de contallo.

TORIBIO. Por su vida, ¿aquel caballo

(1) Texto: "convinados".

'nació so mona o so zorra?
D. PEDRO. No sé.
TORIBIO. Saberlo quisiera,
porque es tan desvergonzado,
que aún a hablalle no han llegado
cuando vuelve la trasera.
(Llégase el burro de Antón.)
D.ª MAR. La presunción es gallarda.
TORIBIO. Y trasquilóle el albarda
del primero mojicón;
él, que el mal término vió,
quiso, derrengado ya,
decir: "De fuera vendrá...",
mas no pudo y rebuznó.
A todos los atropella.
D. PEDRO. Desde agora le condeno.
TORIBIO. Vueso caballo era bueno...
D. PEDRO. ¿Para qué?
TORIBIO. Para doncella,
que no dejará par ños,
a nadie llegar a sí.
D.ª MAR. Toribio, vete de aquí.
TORIBIO. ¿Pues díjelo yo por vos?
Y luego dirán que son
maliciosos los villanos
solamente.
D.ª MAR. ¡Cuentos vanos!
TORIBIO. Válate la maldición
por caballo o por rocín.
D.ª MAR. ¡Basta ya! ¡Vete en buen hora!
TORIBIO. ¿Habrar quiere la señora
a solas? No es a buen fin.
Diréselo por san pito,
al que es perra cebolloso,
que ser un hombre chismoso
no es demasiado delito.
D.ª MAR. ¿Qué es lo que quieres decir?
D. PEDRO. Que vuestro primo os adora.
D.ª MAR. ¡Bien, a fe!
D. PEDRO. Y está, señora,
ya condenado a morir,
si no le favorecéis.
D.ª MAR. Bien pudiérades buscar
más culto modo de hablar.
D. PEDRO. No es razón que me culpéis.
D.ª MAR. ¡Dejaldo ya, por mi vida!
D. PEDRO. No disgustaros deseo.
D.ª MAR. Nuestra sangre nuestro empleo
será forzoso que impida.
D. PEDRO. ¿Pues esa dispensación
no es fácil?
TORIBIO. Esto ha pasado:

(*Sale* TORIBIO, *escuchando, y* DON CARLOS.)

de la sala me han echado.
D. CAR. (¡Qué buena conversación!
¡Qué divertidos están!)
D. PEDRO. En que este amor no se impida,
señora, me va la vida.
D. CAR. (¡Buenos mis intentos van!)
D. PEDRO. Hacedme aqueste favor.
D. CAR. (Favores está pidiendo.)
TORIBIO. ¿Entiéndeslos bien?
D. CAR. Entiendo
lo que basta a mi temor.

(*Sale* ANTÓN.)

ANTÓN. Ya mi señor os espera.
D. PEDRO. Con vuestra licencia voy.

(*Vase.*)

D.ª MAR. (Ya determinada estoy.)
D. CAR. (El furor el alma altera.)
D.ª MAR. (En vano engaños intenta
encender mi pecho frío
en otro fuego amoroso,
en otros nuevos peligros;
a pesar de otros deseos,
me arrojo y me determino
en estimar a don Pedro;
ya mi libertad le rindo.)
D. CAR. (Luego me dió el corazón
con sus alas este aviso,
que reventando en el pecho
me alborotó los sentidos.
¡Que en todas las partes halle
este hombre por enemigo,
y que fáciles le adoren
dos mujeres que he querido!
¿Es más noble? ¿Es más galán?
¿Más cortesano? ¿Más rico?
¿Qué estrella le favorece
contra mí? ¿Qué adverso sino?)
D.ª MAR. (A don Pedro Alvarez sólo
mi libertad sacrifico.
Gente siento. El es. ¡Ay, cielos!,
pesaráme si me ha oído,
no juzgue por liviandad
un amor tan casto y limpio.)
D. CAR. (Corrido estoy. Desde agora
de sus ojos me despido;
no quiero darle a entender
mis celos, que es desatino

que los pida quien no fué
amado y favorecido.)

D.ª MAR. ¿Cómo dejáis el ganado?
D. CAR. Alguno menos perdido
puede guardarle mejor,
pues no me hallo a mí mismo.
D.ª MAR. Parece que venís triste.
TORIBIO. Y yo poquito a poquito
me escurro, que los chismosos
siempre temen el castigo.

(*Vase.*)

D. CAR. No será justo negarlo,
cuando mis ojos lo han dicho.
Señora, en ninguna parte
hallo descanso ni alivio.
Pensé estar en estas sierras
por algún tiempo escondido,
mas ya conozco que en ellas
más me entristezco y aflijo.
Quiero pasar a Madrid,
que en la piedad de Filipo
espero fácil perdón
de un amoroso delito,
Mirad si me mandáis algo
y haced que me dé Toribio
el caballo que ha guardado
y me vuelva mi vestido;
que yo, cuando siglos fueran
ocho días que aquí os sirvo,
por no esperar mala paga
perdonara (1) lo servido.
D.ª MAR. ¿Pues qué tenéis? No es posible
que carezca de artificio
o enojo aquesta mudanza.
¿Esto es el sufrir de enero
los rigores y los fríos?
¿De las despeñadas fuentes
las ricas sierpes de vidrio?
Si yo de vos me fiara...
Ved qué presto habéis mentido.
Si luego os diera favores,
cuál quedara el honor mío;
nunca he sido tan discreta,
nunca tan prudente he sido.
¡Qué presto fuistis mudable!
Pero yo, ¿de qué me admiro?
¿No olvidasteis a mi prima?
Yo pensé en algo serviros;
mas, pues vos os vais, no importa.

(1) Texto: "perdonará".

(*Sale* TORIBIO.)

¿Toribio?
TORIBIO. ¿Señora?
D.ª MAR. Amigo,
dad a aqueste caballero
sus galas; que nunca he visto
portugués en lo que trata
tan inconstante y altivo.
TORIBIO. Allí están los zaragüelles,
y aquel de los abanicos,
que tiene, si bien me acuerdo,
dos menores por sus hijos,
un sayo todo gayado,
y otras zarandajas.
D.ª MAR. Digo
que lo traigas y se vaya.
D. CAR. (¿Qué más evidente indicio
de que a don Pedro se rinde,
pues mi ausencia no ha sentido?)
¡Adiós, señora!
D.ª MAR. El os guarde.
TORIBIO. ¿Daréle la espada y cinto?
D.ª MAR. Todo, pues.
D. CAR. Todo lo quiero.
TORIBIO. ¿Hay son dárselo? (Esto hizo
el chisme que le conté.)
D.ª MAR. ¡Loca quedo!
D. CAR. ¡Pierdo el juicio!

(*Vase.*)

D.ª MAR. ¿En dos horas tal mudanza?
¿Es loco este hombre? ¿Qué ha vis-
Color trujo de celoso, [to?
pálido y descolorido.
¿Si por dejarle y venirme
con el Conde se ha ofendido?
¡Ay, si se irá! ¡Pero vaya!
¿Cómo tan presto me rindo?
Yo quiero hacer que le hurten
el caballo. ¿Hay desvarío
semejante? Pero en vano
le muestro esfuerzo y me animo.

(*Sale* DON CARLOS.)

¡Oh, quién hallara remedio
para detenerle!
D. CAR. Ha sido
imposible que faltasen:
ves, porque yo las estimo. [los!
D.ª MAR. ¿No os vais? ¡Pluguiera a los cie-
D. CAR. ¿Cómo me pondré en camino

si me faltan las espuelas?
D.ª MAR. ¿Las espuelas se han perdido?

(*Sale* TORIBIO.)

TORIBIO. En el pajar no parecen,
y él quiere, a lo que imagino,
no ser maldito del Cid.
D. CAR. ¿De qué modo?
TORIBIO. ¿No es maldito
quien sin espuelas cabalga?
¡Qué poco que habéis leído!
D.ª MAR. Sosegad, señor hidalgo,
y no estéis tan pensativo.
No debe de ser verdad.

(*Dicen dentro.*)

DENTRO. ¡Para!
TORIBIO. ¿Qué es este ruído?

(*Sale* TERESA.)

TERESA. Tus primas llegan, señora;
hablando están con su tío.
D.ª MAR. Agora sí son mis celos.
Ved, hidalgo, que os aviso,
que si miráis a mi prima,
pues sé que la habéis querido,
parecerán las espuelas,
aunque todo el edificio
de la casa se trastorne.
D. CAR. (¿Hay tan grande laberinto?
Celos me pide, y adora
a don Pedro.)
D.ª MAR. ¿Queréis iros
al campo?
D. CAR. No, porque tengo
con vos mi fiero enemigo,
y quiero ver si le habláis.
D.ª MAR. Tened cuenta si le miro,
que yo la terné con vos.
TORIBIO. ¡Ah, señor hidalgo! ¿Ensillo?
D. CAR. No tan presto.
TORIBIO. Pues espero.

(*Salen todos.*)

D. ALV. ¡Todos seáis bien venidos!
D.ª MAR. Primas, dadme vuestros brazos.
D. LUIS. Y yo los vuestros os pido.
D. PEDRO. Ya la hablé.
D. LUIS. ¡Guárdete el cielo!
D.ª MAR. Ya de doña Clara envidio
la belleza por mis celos.
D.ª CLAR. En vano el placer resisto
de ver aquí a mi don Pedro,
aunque con nombre fingido.
D.ª M. S. Pues ya se descuida el Conde,
por ver a don Juan suspiro.
D. PEDRO. ¿Será mía vuestra hermana?
D. LUIS. ¿Eso dudáis?
D. PEDRO. Siempre ha sido
rubio el temor del amor.
D. LUIS. Por cumplir lo que os he dicho
desprecié al de la pendencia.
D. PEDRO. Si a vuestros pies no me humillo,
es por no dar qué notar.
D.ª MAR. Clara, a mirarte me inclino
con más atención.
D.ª CLAR. ¿Por qué?
D.ª MAR. Hoy mejor me has parecido
que otras veces.
D. CAR. ¿Si miró
agora?
TORIBIO. Mire si ensillo.
D. CAR. Después lo veremos. ¡Calla!
D. LUIS. (Por mi prima estoy perdido.)
D. PEDRO. (Clara me tiene sin alma.)
D.ª M. S. (Mi dueño será el herido.)
D. ALV. Puestas esperan las mesas.
D. CAR. La libertad les limito
a los ojos, por no ver
aquella esfinge de Edipo.
D.ª MAR. La privación de mujer
suele engendrar apetito;
mas no he de mirar al Conde.
D.ª CLAR. ¡Ay, don Pedro! ¡Ay, dueño mío!
D.ª MAR. ¡Ven, Clara!
D. LUIS. ¡Prima, venid!
D. CAR. ¡Con qué cuidados asisto!
D.ª MAR. Argos me han hecho los celos.
TORIBIO. ¿Vase?
D. CAR. No.
TORIBIO. ¿Luego no ensillo?

ACTO TERCERO

(*Salen* TERESA, ANTONIO *y* TORIBIO.)

ANTONIO. ¡Oh, mala Pascua os dé Dios!
TORIBIO. ¿Tan grande fué el maleficio?
Par Dios, que os quejáis de vicio.
TERESA. Decid: ¿no somos los dos
para el santo matrimoño
iguales?
TORIBIO. ¿No soy igual
al más ergudo zagal

TORIBIO. para todo? ¿Soy dimoño?
¿Qué importa que a ese rincón,
si el dios niño nos provoca,
alcanzase de su boca
de paso aquel sorbitón?

TERESA. Hué sacrilegio.

ANTONIO. No sé
cómo la cólera aplaco.
Vos sois un gentil bellaco.

TORIBIO. Por su vertud lo seré.

ANTONIO. Y vos...

TORIBIO. Lo que habéis de hacer,
pues servistis de testigo,
es que las hayáis conmigo,
pero no con mi mujer.

ANTONIO. ¿Ya eres su mujer?

TERESA. ¡Pues no!
Para lo que le cumpliere.

ANTONIO. ¿Esto sufro?

TORIBIO. ¡No os altere!
Yo so ella y ella es yo:
aquesto es en sorrución.

ANTONIO. Pues, Teresa, si es ansí,
no hay que hablarme desde aquí.
¡Andad con la maldición!

(*Vase.*)

TERESA. Esto es hecho.

TORIBIO. ¡Y cómo que es!

TERESA. Mi padre enojado va.

TORIBIO. El se desenojará
cuando le pongáis después
un nietecito en los brazos,
branco, rubio y colorado;
que para un padre enojado
éstos son perfetos lazos.

TERESA. ¿Y de aquí a que esté preñada,
Toribio, y después parida,
qué ha de ser nuesa vida?

TORIBIO. ¿De eso estáis desconsolada?
¿No sabréis adelantar?
¿Tan despacio os habéis de ir?
Daos priesa vos en parir,
que yo lo daré a empañar.

TERESA. ¿No será mejor que habremos
a estas damas que han venido,
y del error cometido
el perdón alcanzaremos
por ellas?

TORIBIO. Tenéis razón:
ya acabaron de cenar.

TERESA. Presto saldrán a tomar
el fresco a aqueste balcón.
Hablarlas aquí podemos.
Aquesta es doña María.

TORIBIO. Hará de la noche día
con más lucientes extremos.

(*Sale* DOÑA MARÍA DE SOSA.)

D.ª M. S. Más aumenta mi tristeza
ver con el gusto que están,
mi hermano viendo en mi prima
una imagen celestial,
don Pedro, fingido Conde,
viendo a Clara que le da
toda el alma por los ojos
con (el) agradable mirar.
Yo sola, viendo que Carlos
fué inconstante y desleal,
pues no ha venido a verme,
teniendo ya libertad,
le olvido, y de nuevo siento
esta ausencia de don Juan,
que las sinrazones son
espuelas para olvidar.
Quisiera que con secreto
viniera a verme; quizá
de todo olvida mi prima,
ingrata a su voluntad.
Aqueste papel he escrito;
¿quién se le puede llevar,
que con la respuesta venga?

TORIBIO. Llégate, que sabes más,
que yo me enturbio de vella.

TERESA. Mi señora, perdonad
si antes de haberos servido
de vos me vengo a amparar.
Yo, criada en esta sierra,
sin empachos de ciudad,
quise bien desde chiquita
a este pulido zagal.

TORIBIO. Yo la conocí en mantillas,
y, por más señas, jamás
la vi sin mocos; tenía
notable gracia en llorar:
atronaba aquestos valles;
mi burra dirá su edad,
que la sabe.

D.ª M. S. ¿Y habla acaso?

TORIBIO. No le falta sino habrar.

TERESA. Creció el amor en los dos,
por ser el estado igual,

y al fin esta noche hallónos
mi padre.

D.ª M. S. ¿De qué os turbáis?

TORIBIO. Hallónos ya tan perdidos,
que hubimos de confesar
que éramos, como se dice
en dueñas, tal para cual.
Está enojado, y vos sola
le podéis desenojar.

D.ª M. S. Eso dejad a mi cargo.

TORIBIO. Los pies le quiero besar.

D.ª M. S. (No es mala aquesta ocasión.)
Pero por esta amistad,
otra habéis de hacerme vos.

TORIBIO. No tiene sino mandar.

D.ª M. S. A Mérida os habéis de ir
y dar aquéste a don Juan
de Castilla, que conviene
el secreto y brevedad.

TORIBIO. ¿No es el que decís un hombre
muy pulido y muy galán,
muy rico y emparentado?

D.ª M. S. Ese mismo.

TORIBIO. ¡Echad acá!
Yo iré a dársele al momento.

D.ª M. S. Pues entretanto que vais,
conmigo estará Teresa,
que yo la sabré guardar.
Yo hablaré a su padre presto;
tendrá todo dulce paz.
Mirad que me importa mucho
ese papel que lleváis:
dádsele en su propia mano.

TORIBIO. Dejaldo, que ello dirá.
Vos veréis mi diligencia.
¡Con linda joya topáis!

D.ª M. S. Pues, Teresa, ven conmigo.
(Perdone mi calidad;
que olvidar a quien olvida
es efeto natural.)

(Vanse los dos.)

TORIBIO. Pardiez, no voy muy contento,
si va a decir la verdad;
que aún Teresa no está firme,
y es forzoso recelar.
Han venido caballeros
palaciegos y podrán,
con engaños y invenciones,
su sencillez engañar.
¡Oh! ¡Lleve el diablo el papel!

(Sale CARLOS.)

D. CAR. Aquestos celos me traen
sin mí; que aunque no le mira,
quizá cautela será;
ya sé su nombre, que estando
cenando la oí nombrar;
doña María se llama,
como esotra desleal.

TORIBIO. Agora que estó casado,
debo por ella mirar
más que cuando era soltero.

D. CAR. Toribio, ¿qué hay por acá?

TORIBIO. Y vos, ¿qué es lo que queréis?
Mirad si voy a ensillar.

D. CAR. No.

TORIBIO. Pues sabed que yo tengo
poco bien y mucho mal.
Voy a Mérida.

D. CAR. ¿Y a qué?

TORIBIO. ¡Oh, qué linda necedad!
¿Queréis que diga que llevo
este papel a don Juan,
y que es de doña María?
Hanme mandado callar,
y no he de decirlo a nadie.

D. CAR. (¿De cuál de las dos será?
Mas de cualquiera [que] sea,
que le lleve he de estorbar;
que en una me obligan celos
y en otra curiosidad.)
¿Y de eso estás disgustado?
Yo me voy agora allá,
y le llevaré por ti.

TORIBIO. Haréisme mucha amistad;
que yo tengo ya mujer
y no me pienso apartar
della un punto.

D. CAR. Muestra y calla.

TORIBIO. ¿Y sabéis para quién va? (1)

D. CAR. Sí, que yo soy adivino;
a don Juan se le ha de dar
de Castilla con secreto,
industria y sagacidad.

TORIBIO. Hombre, ¿hablas con el diabro?
¿Hay tan grande adivinar?
(Dejar sola mi muchacha,
estando aquí gente tal?)
¿Cuándo traeréis la respuesta?

D. CAR. Mañana.

(1) Texto: "yrá".

TORIBIO. Hasta que volváis,
por doña María, quiero
esconderme en el pajar.
D. CAR. (Rabio por ver el papel.)
¿Mas qué? ¿A dormir te vas?
TORIBIO. Entendióme el pensamiento:
él tiene familiar. (*sic*)
D. CAR. ¿Quieres que haga que vueles
de aquí a tu cama?
TORIBIO. ¡Callad!
Aunque cojo, patas tengo.
Vaya conmigo San Blas.
(*Vase.*)
D. CAR. Cuando con don Juan reñí
me pudo el nombre engañar
de doña María. ¡Cielos!,
mis celos se aumentan más;
de doña María de Sosa,
acabada de llegar,
¿cómo pudo ser querido?

(*Sale* DOÑA CLARA.)

D.ª CLA. ¡Qué poca es mi habilidad!
Que no sepa yo escribir,
siquiera por no fiar
a ninguno mi secreto,
que culpe mi liviandad!
Está mi hermana enojada,
y ansí escribir no querrá.
Y a don Pedro aquesta noche,
si puedo, quisiera hablar,
para quitarle los celos
que tuvo en Lisboa.
D. CAR. ¿Habrá
confusión como la mía?
Una luz voy a buscar.
D.ª CLAR. Buen hombre, ¿sois desta casa?
D. CAR. Sí, señora, ¿Qué mandáis?
(Esta es doña Clara; aquí
conviene disimular.)
D.ª CLAR. Por mí quiero, si es posible,
que una diligencia hagáis.
D. CAR. Fiad de mí, que soy hombre
de bien, y que sé de mal.
D.ª CLAR. ¿Conocéis un caballero,
que vino de la ciudad
ayer, antes que nosotros?
D. CAR. Muy bien. Decid. No temáis.
D.ª CLAR. Impórtame con extremo
ciertas cosas aclarar
dañosas para mi honor
y contra mi calidad.
En el cuarto de mi prima
mi hermana y yo hemos de entrar;
ya yo he entrado en él, y he visto
segura comodidad:
salen unas rejas bajas
guarnecidas de arrayhán,
entre jazmines, que agora
son estrellas de cristal,
a una huerta deleitosa,
donde muestra su beldad
roja la sangre de Venus,
a emulación del coral,
por cuyas bajas paredes
fácilmente puede entrar,
donde sepa de mi boca
su engaño con mi verdad.
Y yo obligada, por mí
mis deseos pagarán,
deseándote el aumento
de tu hacienda y tu caudal.
Si tienes ovejas, cubran
esta amena soledad,
nieve en las cumbres parezcan,
que derritiéndose va,
rica laguna en el valle;
si las plantas cultivar
quieres, desgaje sus ramas
el más humilde frutal.
D. CAR. Basta ya, señora mía,
las bendiciones dejad.

(*Sale* DOÑA MARÍA.)

D.ª MAR. ¿Adónde se fué don Pedro,
que no le he podido hallar?
¡Aquí hay gente!
D. CAR. Vuestros ruegos,
¿qué piedra no ablandarán?
Digo que serviros quiero.
D.ª CLAR. Y yo te quiero abrazar
mil veces.
D.ª MAR. ¡Ay, cielo santo!
El y doña Clara están
abrazados! ¡Qué mal hice
en no dejarle ausentar!
D.ª CLAR. ¿Haráslo?
D. CAR. ¿Pues no, señora?
¿No basta que lo pidáis
con tanta terneza? ¡Cielos,
estas dudas aclarad!
D.ª CLAR. Dadme la mano.

D.ª MAR. Esto es hecho:
no puedo disimular.
D.ª CLAR. Pues adiós, que suena gente.

(*Dásela y vase* DOÑA CLARA.)

D. CAR. Con El, mi señora, vais.—
Voy a leer el papel.
D.ª MAR. No hay para qué le leáis;
basta lo que habéis sabido,
pues os lo dijeron ya:
los que firmes se quisieron,
tarde olvidan, nunca y mal.
Más vale que hablemos claro.
D. CAR. ¿Qué más claro habéis de hablar?
D.ª MAR. Id a buscar las espuelas,
y si las vuestras no halláis,
yo os las prestaré, y aun alas,
para que podáis volar.
¡Basta lo que he sido necia!
A su curso natural
vuelvan las cosas; caminen
ríos y fuentes al mar.
Vos tenéis a quien querer;
sus méritos no igualáis.
Engañado habéis vivido;
no tenéis que sospechar
que fuese suyo el papel.
D. CAR. Si tan claramente habláis,
clara la verdad se ha visto.
D.ª MAR. Lleno estáis de claridad.
D. CAR. ¿Hay desengaño tan grande?
Al fin escribe a don Juan;
ella misma lo confiesa.
¿Qué respetos miro ya?
Pues queréis que no le lea,
haré vuestra voluntad;

(*Arrójale el papel.*)

que no quiero que por mí
un instante la torzáis.
Hasta aquí viví engañado,
y no quiero estarlo más.
Bastan las informaciones
con que os puedo condenar.
Voime a buscar en el mundo
amor, firmeza, lealtad.
ya que viviendo entre peñas
tan fácilmente os mudáis.

(*Vase.*)

D.ª MAR. Venció, Clara, tu hermosura,
no tu beldad y firmeza.

(*Salen* DON ALVARO, DON LUIS, DON PEDRO, DOÑA MARÍA DE SOSA *y* CLARA; *dos pajes con bujías en sus candeleros.*)

D. PEDRO. Su alegría y su belleza,
dichoso fin me asegura.
D. ALV. Que os recojáis es razón.
¿Qué haces aquí, María?
D. LUIS. Llamar con su luz al día,
haciendo oriente el balcón.
D.ª MAR. (Turbada estoy. ¿Si me oyeron?
Ya se aumentan mis cuidados;
¿pero cuándo los culpados
no dudaron y temieron?)
D. LUIS. Yo os tengo de acompañar.
Carlos, esperadme aquí.
D.ª CLAR. (Si aquel recado que di
se le habrán podido dar?)
D.ª M. S. (¿Si habrá Toribio partido
con el papel de don Juan?
¿Si será cortés galán
al amor quien le ha debido?)
D. LUIS. ¿Qué amor al mío se iguala?
D. ALV. Excusada cortesía.
D. LUIS. Iré así, por vida mía,
hasta entrar en esa sala.
D.ª M. S. (Dudosa voy y sin mí;
ya mi contento acabó.)
¿Vas muy alegre?
D.ª CLAR. ¿Pues no,
si cobro lo que perdí?

(*Vanse, y queda* DON PEDRO *y un paje, con una luz.*)

D. PEDRO. Ojos, si perdéis el cielo,
que en doña Clara adoráis,
hasta que a verle volváis
poned la vista en el suelo.
Dad a la confusa idea
vuestro poder más fiel.
¿Cúyo será este papel?
Pero de quien fuere sea.
Leerle animoso quiero.
Allá fuera os retirad;
sobre el bufete dejad
esa luz y candelero.

(*Arrójale el papel.*)

¡Cerrado y sin sobrescrito!
Ya me da que sospechar;
pero el temor y el dudar
a la ejecución remito.
Aquí tengo el desengaño,
que el caso me certifica:

esta letra pronostica
o mi contento o mi daño.
¿No es de doña Clara? Sí.
Dichoso mil veces yo,
si para mí le escribió
y me le ha arrojado aquí!
Sin duda es lo que sospecho.

(*Lee.*)

"Estas finezas dirán
lo que en mi alma, don Juan,
vuestras palabras han hecho."
¿Cómo es esto? ¿Don Juan dice?
¿Qué dudo, pues que lo leo?
¡Qué presto con mi deseo
mi esperanza satisfice!

(*Lee.*)

"Pagad como caballero
la fe que habéis conocido,
pues por vuestra causa olvido
a quien estimé primero."
Verdad dije, no mentí;
por capítulos le dan:
el primero es de don Juan
y el segundo para mí.

(*Lee.*)

"Si os aflige mi cuidado,
que es de los sentidos guerra,
venid a verme a la Sierra
encubierto y disfrazado.
Daréis fin a la tristeza,
que en la ausencia se confirma;
bien conoceréis sin firma,
que os escribe mi firmeza."
¿Hay libertad semejante?
¿Es posible que he venido
a ver en su amor mi olvido,
ciego, loco y ignorante?
¿No bastaba lo que vi
con el Conde? ¿No bastaba
ver que a los dos engañaba,
para no buscarla ansí? (1)
¿Tan presto halló nuevo amor,
y al Conde y a mí desprecia?
Sin duda le sobra y precia
lo que le falta de honor.
¿Esto vengo a pretender?
¿Esto mi firmeza gana?
¿Una mujer tan liviana
pretendo para mujer?
En mi dolor inhumano
de suerte perdido voy,
que lleno de rabia estoy
por decírselo a su hermano.
Mas sin duda no lo ignora,
y también es contra mí;
lo que entonces no entendí,
por mi mal lo entiendo ahora.
¿No me dijo que tenía,
¡cielos, el alma se abrasa!,
dentro de su misma casa
el que por su amor moría?
¿No me echó della alterado?
¿No me dijo que mudara
el nombre? ¿Más muestra clara
de que he venido engañado?
Y la misma ingrata bella
dijo que estaba don Juan
en casa; aquí me darán
ocasión para ofendella
sus livianos pareceres,
para más venganza mía.
¡Oh, mal haya quien se fía
en palabras de mujeres!

(*Vase, y salen* BRITO *y* CARLOS.)

BRITO. ¿Qué es esto, señor?
D. CAR. No sé.
BRITO. ¿Dónde [a] aquestas horas vas?
D. CAR. El galardón de mi fe
aún más obscuro se ve
que estos valles en que estás.
Aquestos bosques sombríos
vestidos de escarcha están,
.... (1)
con sus ojos no podrán
numerar los males míos.
Ya no me espanta en María
la mudanza, ni te asombre
que a dos a un tiempo quería,
pues la imita en su porfía
otra de su mismo nombre.
Apenas en su ribera
retratara en su cristal
la celeste vidriera,
cuando huía de mi mal,
que aquí no vence el que espera;

(1) Texto: "buscarle ansí".

(1) Falta un verso.

mas antes de mi partida
quitar quisiera la vida
a don Pedro y a don Juan,
que entrambos muerte me dan
cuando mi afición se olvida.
¡Vive Dios!

BRITO. ¿Esa afición
quieres que venga a parar
en la desesperación?
Si has de olvidar tu pasión,
el rencor has de olvidar.
¿Cómo te veniste aquí?

D. CAR. De la quinta me salí
loco, apresurado y ciego,
que jamás descansa el fuego,
y vive un volcán en mí.
Aquí te vine a buscar
para decirte mi pena:
todas saben engañar.

BRITO. Aquí te importa callar.
Advierte que gente suena.

(Sale DON JUAN, *con botas y espuelas.)*

D. JUAN. No bien con salud entera,
aunque en mi agravio animoso,
vengo de aquesta manera;
que se consume si espera
el que es amante celoso.
Noche, en vuestro manto obscuro
mi pretensión aseguro;
aquí sin duda estará
mi enemigo; hoy me dará
la venganza que procuro.
Mi memoria y fantasía
jamás olvidan sus señas,
así me ofreciese el día
quien me hiciese compañía
escondido entre las peñas.
¿Si estará don Pedro aquí?

D. CAR. Nombrar mi contrario oí.
Quién es este hombre he de ver,
que por dicha podrá ser
que halle mi venganza así.
¿Quién va allá?

D. JUAN. Pastores son.

BRITO. Hao, no espantes el ganado.

D. CAR. ¡Ah, huego de San Antón!
A ser su merced ladrón,
buen mastín, que no ha ladrado.

D. JUAN. Amigos, no os alteréis.

D. CAR. ¿A estas horas, qué queréis?
Huera de camino vais;
decimos lo que buscáis.

D. JUAN. Quería que me enseñéis
de don Alvaro la casa.

D. CAR. Aquí en este valle está,
por donde este río pasa,
que cruza esa vega rasa.
¿Pero qué queréis allá?
Que si venís a buscar
uno que os oí nombrar,
yo os le mostraré.

D. JUAN. Ya medro,
saber que está aquí don Pedro,
de haberos llegado a hablar.

D. CAR. ¿No es don Pedro un portugués
caballero el que buscáis?

D. JUAN. Sí, amigo, el mismo.

D. CAR. Pues
si vueso enemigo es,
a muy buen puerto llegáis.
¡Voto al sol, que es un tacaño!

D. JUAN. ¿También os ha hecho daño?

D. CAR. ¡Muera!

D. JUAN. Si os queréis vengar,
ponedme vos en lugar
que satisfaga mi engaño;
que darle la muerte espero.

D. CAR. A daros gusto me aplico.

D. JUAN. Aunque él sea caballero,
en efeto es forastero,
y yo natural y rico,
y os sabré satisfacer
lo que prometéis hacer.

D. CAR. No me obliga la ambición.
Pues que sé vuestra intención,
la mía habréis de saber.
Yo estaba determinado
a matarle.

D. JUAN. De esa suerte
bien nos habemos juntado.

BRITO. Jamás ayuda ha faltado
para agravio, robo o muerte.

D. CAR. No quiero que le matéis
vos, sino que me ayudéis
después.

D. JUAN. La traza es discreta;
alma tiene esta escopeta,
con que la suya saquéis.

D. CAR. Aunque yo tenía espada
ésta será menester;
que, pues no es pendencia honrada,

sin aventurarse nada
es dulce cosa el vencer.

D. JUAN. Pues vamos luego, que el día
destierra la sombra fría.

D. CAR. ¿Quédaos a vos otra?

D. JUAN. No,
que para tirarle yo
esa escopeta traía.

D. CAR. Esperad, que quiero hablar
un poco a mi compañero.

BRITO. ¿Qué tengo de hacer?

D. CAR. Callar,
pues que me puedo vengar,
y culpo a este caballero;
tú puedes ir a tener
los caballos prevenidos.

BRITO. De criados bien nacidos
es callar y obedecer:
ruego a Dios que por bien sea.

D. CAR. A esto estoy determinado.

BRITO. Pues yo te obedezco.

D. CAR. Ea,
que ya, pardiobre, desea
salir el plomo encerrado.

D. JUAN. Dichoso he sido en hallaros.

D. CAR. Y yo más en ayudaros.

D. JUAN. ¿La paga es cierta?

D. CAR. Sí es.
Vengaos ahora, y después
Dios sabe quién podrá hablaros.

D. JUAN. Mi ventura el cielo ordena

D. CAR. Ya se divisa la casa.

BRITO. Furioso se desenfrena.

D. CAR. Aquí con la mano ajena
tengo de sacar la brasa.

(*Vanse, y sale* DON ALVARO, DOÑA MARÍA DE SOSA, TERESA *y* ANTÓN.)

D. ALV. Pues tanto habéis madrugado,
mucho esta paz os importa.

D.ª MAR. Si Antón su enojo reporta,
sacaráme de cuidado,
para que no quiebre yo
una palabra que di.

D. ALV. Tercero tendréis en mí,
si es que a vuestro gusto importa (1).

ANTÓN. ¿A sagrado os acogéis?

D. ALV. ¿Pues qué es aquesto, sobrina?

TERESA. Si veis que Dios nos inclina

(1) Pasaje alterado y quizá incompleto.

para en uno, ¿qué queréis?
No estéis tan emberrinchado.

D.ª M. S. Teresa y Toribio son
amantes; su padre Antón
dice que los ha hallado
requebrándose; dijeron
que estaban casados ya;
el viejo enojado está,
y a mí a pedirme vinieron
que me sirviese de hacer
las paces, y hacerlas quiero.

(*Asómase* TORIBIO *por un agujero.*)

D. ALV. ¿Pues no?

TORIBIO. Por este agujero
lo puedo escuchar y ver.

D. ALV. Antón, ¿queréis estorbar
lo que está de Dios? No es justo.

ANTÓN. En todo os he de dar gusto;
pero habéisme de escuchar.
Cuando Teresa escogiese
(ya que se quiere casar)
quien la supiese estimar
y sustentarla supiese,
no tuviera que temer.

TORIBIO. ¿Sustentarla? ¿Quién tal vió?
¿He de herle papas yo?
¿Ella no sabe comer?

ANTÓN. Si es níspero, aun sin estar
maduro, al ocio dispuesto,
¿qué le ha de dar?

TORIBIO. Ya me he puesto
entre paja a madurar.

ANTÓN. Es tonto (1), es bruto, y ansí
la entrego a un tormento eterno.

TORIBIO. Ya me trata como a yerno,
pues que dice mal de mí.

D.ª M. S. Si por ventura tuviera
para una dicha tan clara,
pues una tan buena cara
por yedra del olmo espera,
partes para merecer
la prenda que miro aquí,
¿qué hiciérades vos por mí
en dársela por mujer?
Porque es necio y animal
os ruego que en paz estén.

TORIBIO. ¿No pudiera hacerme bien
la tonta, sin decir mal?

(1) Texto: "et tonto".

D. ALV. ¡Ea, Antón! Ved que lo ruega
mi sobrina, y que yo estoy
de por medio: en dote os doy
esa huerta de la vega.
De sus ignorantes ratos
tendréis recompensa ansí.
D.ª M. S. ¡Ea, por amor de mí!
TORIBIO. ¡Enternécete, Pilatos!
ANTÓN. ¿Qué os tengo de responder,
pues es mi desdicha cierta?
TORIBIO. Diablo, si te dan la huerta,
¿qué aguardas?
ANTÓN. Quiérolo hacer,
aunque es afrenta notoria.
D. ALV. Echalda la bendición.
D.ª M. S. Mucho me obligáis, Antón.
TORIBIO. Aquí gracia, después gloria.
D. ALV. ¿Y Toribio, dónde está?
TORIBIO. En el pajar.
D.ª M. S. Por mí ha ido
fuera de aquí.
TORIBIO. Yo he dormido;
aquél adivino va.
D. ALV. Pues venid conmigo, Antón;
adiós, sobrina.
D.ª M. S. El te guarde.

(*Vanse.*)

TORIBIO. ¡Mas qué atado, qué cobarde
que me echó la bendición!
No la echó de buena gana.
D.ª M. S. Mi pecho el dolor confiesa.
TORIBIO. ¡Oh, si llegase Teresa
cerca de aquesta ventana!
D.ª M. S. El pensamiento afligido
penas coge y dudas siembra.
TORIBIO. ¡Hao, Teresa; ah, mala hembra!
¿No oís a vuestro marido?
D.ª M. S. Apenas la luz del día
vi, cuando el lecho dejé;
vestida a mi hermana hallé,
y triste a doña María,
y mi pesar aumentaron.
Don Juan, mi amor te da priesa.

(*Vase.*)

TORIBIO. ¡Ah, Teresilla! ¡Ah, Teresa!
TERESA. ¿Desde dónde me llamaron?
TORIBIO. Yo soy. Vuélveme a mirar.
TERESA. ¿Eres Toribio?
TORIBIO. Sí soy.
TERESA. ¿Hacia dónde estás?
TORIBIO. Estoy
retraído en el pajar.
Sube, pues que ya eres mía.
TERESA. Que te obedezca es forzoso.
TORIBIO. ¡Oh, pajar el más sabroso
que ha habido en la pajería!
Por esta escalera atajas.
TERESA. Mas que me ringan después.
TORIBIO. Ven, que aunque entre ellas me ves,
jamás me dormí en las pajas.

(*Salen* DON LUIS *y* DON PEDRO.)

D. LUIS. Vuestras enigmas no entiendo
ni vuestros tiernos suspiros,
pues cuando quiero serviros
os quejáis de que os ofendo.
Si es que arrepentido estáis
de que con mi hermana os case,
no hay por qué adelante pase;
bien sabéis lo que ganáis,
por quien soy, y por tener
tanto valor y hermosura.
D. PEDRO. Si el alma no se asegura,
¿cómo me puedo atrever?
Don Luis, yo estoy perdido;
toda la noche he pasado
consultando mi cuidado,
desvelado y sin sentido.
D. LUIS. Advertid que si son celos,
las más veces son engaños.
D. PEDRO. Pluguiera a Dios que mis daños
fueran dudosos desvelos.
Don Luis, verdades son,
por su misma mano escritas.

(*Sale* DOÑA CLARA *y* DOÑA MARÍA.)

D.ª CLAR. Mal haces si no limitas
esa encubierta pasión.
Si es que sientes de don Juan
la herida, sano quedaba,
y aquí venir deseaba.
D.ª MAR. Lejos tus sospechas van
de adivinar mis enojos.
D.ª CLAR. También tengo yo cuidado;
que esta noche no ha llegado
el sueño a ocupar mis ojos.
El bien que en tu casa hallé
aguardaba cuidadosa.
D.ª MAR. Llamarte puedes dichosa.
D.ª CLAR. Con tu favor lo seré
en descubriendo un engaño,

causa desta confusión.

D.ª Mar. (¡Disimulad, corazón,
pues buscasteis vuestro daño!)
¿Que don Pedro me engañase
deste modo? No se irá;
vuestra prenda en casa está.
(No hay pena que no me abrase.)

D.ª M. S. Prima, ¿qué es lo que has tenido,
que tus quejas escuché
toda la noche?

D.ª Mar. No sé,
"mala noche, y *hija* ha sido".

(*Sale* don Alvaro y Antón.)

D. Alv. Yo quiero ser el padrino,
no hay por qué estéis disgustado.

Antón. Quedando por vos honrado,
ya mi contento imagino.

D. Luis. Don Pedro, si temeroso
de vuestro honor os casáis,
advertid que os obligáis,
a pesado y malicioso;
y si con vuestra opinión
estáis desacreditado,
jamás viviréis honrado
en vuestra imaginación.
No os caséis, ni os está bien.

(*Sale* Brito.)

Brito. Mucho tengo que advertir.
¿A quién tengo de pedir
que los caballos me den?
No preguntarlo fué error.
Esta ignorancia me culpa;
mas sírvame de disculpa
el morir con mi señor
cuando fuere menester.
Quiero retirarme aquí.

(*Todo en corrillos.*)

Antón. Por mandarlo vos, le di
a mi hija por mujer.

(*Sale* don Juan *y* don Carlos, *con la escopeta y espada.*)

D. Juan. Mucha gente hay a la puerta.

D. Car. Quien determinado viene,
como estamos vos y yo,
no mira en inconvenientes.
¿No sois caballero?

D. Juan. Sí,
generoso descendiente
de los Reyes de Castilla.

D. Car. Todos venimos de Reyes.
Pues en viéndole tendido
llegad a favorecerme,
mientras tomo mi rocín,
que un compañero le tiene
prevenido.

D. Juan. Eres honrado,
que es lo mismo que valiente.

D. Car. ¡Qué bien dicho!

D. Luis. Y en efeto,
si con varios acidentes
procedéis en estos casos,
vuestra esperanza sintiere,
y buscad en Portugal
casamiento competente.

D. Pedro. Eso será lo mejor.

D. Car. El que hacia nosotros viene
y del otro se apartó,
es el que matar pretendes.

D. Juan. ¿Cuál dices?

D. Car. Este primero.

D. Juan. ¿Don Pedro Alvarez es éste?

D. Car. Sí, y yo le quiero tirar.
Desvíate a un lado.

D. Juan. ¡Tente!
No es posible, ¡vive Dios!;
que las señas no convienen
con las que tiene este hombre,
.... (1)
hombre de mediano cuerpo,
de rubio cabello.

D. Car. ¿Vienes
a matarle o a impedirme?
¡Qué tiempo agora se pierde!

D. Juan. Pecoso de cara; ¡cielos!,
contradicen claramente
las señas con este hombre.

D. Car. Casi en cólera me enciendes.

D. Juan. ¡Hombre, tente, vive el cielo!
Que agora que llego a verte
con cuidado, al que yo busco
por las señas me pareces.
¿Quién eres, hombre?

D. Car. ¿Quién soy?
Dime primero quién eres,

(1) Falta en verso.

que no negaré mi nombre
por temor, mientras viviere.

D. JUAN. Yo soy don Juan de Castilla:
de mi apellido se infiere
mi nobleza, y una noche,
o engañado o impaciente
don Pedro Alvarez me hirió;
pide mi honor que me vengue.

D. CAR. Y los celos que me has dado,
que no me encubra y ausente:
yo soy quien riñó contigo,
y el nombre que me ennoblece,
don Carlos de Portugal.
O te aparta, o mataréte.

D. JUAN. ¡Hombre, detente!

D. ALV. ¿Qué es esto?

D. JUAN. ¿Que yo las armas le diese,
con que procura matarme
y atrevido se defiende? (1)

D.ª M. S. ¡Cielos! ¿Qué voces son éstas?

D. PEDRO. Este es Carlos.

BRITO. Aquí tienes
a tu lado tu criado.

D. LUIS. Conde, ¿qué alboroto es éste?

D. CAR. Ninguno se llegue a mí,
que del primero que llegue
he de hacer que el alma salga
por donde dos balas entren.
Yo soy el conde don Carlos,
que de los soles ardientes
de doña María de Sosa
fuí Faetón que me encendiese.
Ella a don Pedro escribió...

D. PEDRO. Engañado estás; advierte
que yo adoro a doña Clara.

D. LUIS. Ese es engaño patente;
éste es de doña María,
que amante te favorece.

D.ª CLAR. Ella le escribió por mí;
sin que a Carlos ofendiese,
porque yo no sé escribir.

ANTÓN. Por si el negocio se enciende
voy por mi lanzón, que está
en el pajar.

(*Vase.*)

D.ª MAR. Hoy florecen
mis esperanzas si es Carlos
el que adoro tiernamente.

(1) Texto: "defiendo".

D. CAR. Aún hay engaños mayores,
que es bien que se desenreden:
aquí el secreto perdone,
que no hay celoso prudente.
Alvaro, a mí vuestra hija
me dió esperanzas alegres
queriendo bien a don Pedro.

D.ª MAR. Sospechando que tú fueses,
dije que bien le quería;
que don Pedro dijo siempre
que era don Carlos.

D. CAR. ¿Pues cómo
escribías, imprudente,
un billete con Toribio
a don Juan?

D.ª MAR. ¿Yo?

D. CAR. ¿Que esto niegues?

D.ª M. S. Yo soy la que le escribía.

D. PEDRO. Mirad si por dicha es cierto.

D.ª M. S. Sí, que viéndome olvidada,
busqué quien correspondiese.

D. ALV. Hijos, todos son engaños,
y es justo que se remedie
antes que adelante pasen
enemistades tan fuertes.
¿Tú no quieres a don Pedro?

D.ª CLAR. Tierna y entrañablemente.

D. ALV. ¿Y tú?

D.ª M. S. A don Juan, que me obliga
ver que mi honor ofendiese
el Conde.

D.ª MAR. Yo adoro a Carlos.

D. ALV. Pues las bodas se celebren.

(*Sale* TORIBIO *medio desnudo, y* TERESA *llena de pajas, y tras ellos* ANTÓN, *con su lanzón.*)

TORIBIO. ¡Ténganse, señores, antes
que riguroso me espete!

TERESA. ¡Padre, por amor de Dios!

ANTÓN. ¿Antes que a la iglesia os lleven
las bendiciones, tacaños?

D. ALV. ¡Tente, Antón.

TORIBIO. ¡Abraham, detente!
¡Hola, adivino! ¿Trujiste
la respuesta?

D. CAR. Así proceden
de un engaño otros mayores.
Ya mi enojo se suspende.

D. ALV. Ea, haced las amistades.

BRITO. Porque en salvo te pusieses

te mudé el nombre, y ha sido
causa deste enredo.

D. ALV. Apresten,
después destas amistades,
en que todos juntamente
nos vamos a Guadalupe,
adonde casados queden
tan engañados amantes.

D. CAR. Y si el perdón se concede,
aquí sus Sierras se acaben,
como mi esperanza, verde.

FIN

LA GRAN COMEDIA [1]

DEL

SILENCIO AGRADECIDO

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES:

Rosimunda.	Lisardo.	[Soldados.]
Teodora.	Marcelo.	[Carcelero.]
Aurelino.	Chacón, *lacayo.*	[Relator.]
Estacio.	Alabarderos.	[Fabio.]
Claridoro, *príncipe de Bretaña.*	Clavela.	[Leonora.]
El duque Alejandro, *su hermano.*	[Músico.]	[Hortensio.]
Perseo.	[*El* Duque de Borgoña.]	[Celio.]
Fidoro.	[Alcaide.]	[Aníbal.]

JORNADA PRIMERA

(*Acompañamiento, y detrás* Rosimunda, *desposada con poder con el* Príncipe de Bretaña. *Viene con ella* Teodora, *camarera y deuda suya.*)

Rosimun. No hay contento en esta vida,
Teodora, que dure una hora.
Teodora. Es ave el tiempo, señora;
pasa con veloz corrida (2).
Rosimun. ¡Con qué fiestas y placer
pensé llegar a Bretaña!
Teodora. Ese engaño desengaña
de que no le puede haber.
¿Qué mal dicen que le ha dado
a tu esposo?
Rosimun. Di, Teodora,
que ese mal me ha dado agora,
pues a perderle he llegado.
Teodora. No te aflijas de esa suerte,
que no será tanto el mal.
Rosimun. Será mi desdicha tal,
que vendré a llorar su muerte.
Cuando vi que no salía
a recibir su mujer,
aunque lo soy por poder,
vi que salir no podía.
Luego la nueva llegó
de su enfermedad cruel;
no sé si el enfermo es él:
bien puedo decir que yo.
Dame otro vestido igual
al luto que he de traer;
que no es bien entrarle a ver
con galas en tanto mal.
Teodora. Si con luto a verle vas,
daréle más pena el verte;
será agüero de su muerte,
y acercarásele más.
Mejor es que entres así
para causarle alegría.

(*Entra* Aurelino.) (1)

Aurel. Que ya tu Alteza venía
supo el Príncipe por mí,
y con el grande placer
se ha vestido y levantado;
y aunque le ha sido estorbado,
señora, te viene a ver.
Rosimun. Exceso notable ha sido;
mal consejo y mocedad.

(*Entra el* Príncipe de Bretaña, *arrimado a dos caballeros.*)

Clarido. Hasta verla me llevad.
Sólo este remedio os pido;
que pienso que si a mi mal
antídoto puede haber,
sólo su vista ha de ser.
¡Oh, hermosura celestial!

(1) Parte XXXI de *Diferentes autores.* Barcelona, 1638. (Museo Británico, 31577 (7).)
(2) Texto: "y pasa con veloz corrida".

(1) Texto: "Aureliano."

¡Oh, esposa del alma mía!

ROSIMUN. ¡Oh, [mi] Príncipe y señor! (1)
Trocado habéis en dolor
todo mi bien y alegría.
¿Cómo os hallo de esta suerte?

CLARIDO. La muerte vino a saber
que me casé por poder,
y es mayor el de la muerte.
De envidia de que pudiese
un poder juntarme a vos,
puso el suyo entre los dos
para que divorcio hubiese;
mas como no le ha tenido
para matarme hasta veros,
la envidia de mereceros
no puede haberme ofendido;
que habiéndoos visto, no creo
que este mal podrá matarme,
porque es bien que pueda darme
vida, que por vos deseo.

ROSIMUN. Muchos años le tengáis
para que me hagáis favor;
que si yo fuera, señor,
el bien que de mí pensáis
segura estuviera en mí;
mas si la muerte envidiosa
de que fuese vuestra esposa
quiere trataros ansí,
trueque el efeto cruel;
muera yo, viviendo vos.

CLARIDO. Yo espero, señora, en Dios,
que me verá libre dél.
Sólo os pido que entretanto
que convalezco del mal,
pues es vuestro ingenio tal
que da a toda Francia espanto,
en mi lugar gobernéis
mis estados y mi casa;
que si esto adelante pasa
dueño como yo seréis.
Porque el hermano que tengo
no es legítimo, ni hereda;
y vuestro amor me conceda,
pues veis del modo que vengo,
licencia para volverme.

ROSIMUN. Que hayáis venido me pesa.

CLARIDO. Caballeros, la Princesa,
si queréis lisonja hacerme,
sea estimada y servida
más que mi propia persona.
Mi bien, yo me voy; perdona
que por estimar la vida,
que por servirte deseo,
no me atrevo a detenerme.

ROSIMUN. La merced que habéis de hacerme
y os pido el día que os veo,
es, Príncipe, que gustéis
que os sirva, cure y regale.

CLARIDO. Aunque no habrá quien iguale
a los que hacerme podáis,
mejor será que atendáis
al gobierno de mi estado,
si fuera el mal dilatado,
y no como vos pensáis.
Caballeros y vasallos,
la Princesa obedeced,
y vos, señora, tened
el cargo de gobernallos.
Todo lo remito a vos.

MARCELO. ¿Qué sientes?

CLARIDO. Nuevo accidente.

MARCELO. Malo el Príncipe se siente.

AUREL. ¿Malo?

MARCELO. Sí.

AUREL. ¡Guárdele Dios!

(*Entrase el* PRÍNCIPE, *recostado a los hombros de* MARCELO, *y al otro lado,* ESTACIO.)

ROSIMUN. ¿Qué te dijo aquel en quien
se recostaba mi esposo?

AUREL. Que no va bueno.

ROSIMUN. Es forzoso
que se guarde y mire bien.

AUREL. Como él se guarde de ti,
no es el mal que agora siente
tan grande.

ROSIMUN. Si el accidente
recibe augmento por mí,
fía que no ha de tocarme
una mano sin salud.

AUREL. Causa el amor inquietud.

ROSIMUN. Sabré de su amor guardarme.
¿Quién era aquel caballero
a quien tanto favor hace?

AUREL. De amor aunque injusto nace;
es, señora, un extranjero,
todo su gusto y privanza.

ROSIMUN. ¿De que nación?

AUREL. Español.

ROSIMUN. ¿Qué calidad?

(1) Texto: "¡Oh Príncipe y señor!"

AUREL. La del sol,
pues como el sujeto alcanza,
cuando el sol toca en el lodo
parece que se escurece,
si da en oro resplandece,
puesto que es el mismo en todo,
llegó este caballero
al oro de Claridoro,
y reluce sobre el oro.
ROSIMUN. ¿Luego es sol?
AUREL. Sol lisonjero.
ROSIMUN. ¿Qué ingenio?
AUREL. Préciase dél.
ROSIMUN. ¿Qué espada?
AUREL. A un Héctor igual.
ROSIMUN. ¿Estás mal con él?
AUREL. Muy mal.
ROSIMUN. ¿Pues por qué estás mal con él?
AUREL. Porque el Príncipe le estima.
ROSIMUN. Algo de envidia te mueve.
AUREL. Sirvo.
ROSIMUN. Respondiste en breve.
AUREL. Por declararte la estima.
ROSIMUN. Hombre de bien me pareces.
AUREL. ¿En qué lo ves?
ROSIMUN. En decir
verdad, porque en el servir
mienten los más muchas veces.
Y así verás apoyada
de manera la mentira,
que siempre que el señor mira
ve la verdad rebozada.
AUREL. No entras mal para regir
esta casa.
ROSIMUN. Aún entro agora.
AUREL. Merced me has de hacer, señora.
ROSIMUN. El memorial es servir.
Llama todos los criados,
que los quiero conocer.
AUREL. Gran señora han de tener,
Rosimunda, estos estados.
Voy a llamarlos.
ROSIMUN. Camina.
(Vase.)
TEODORA. Que preguntases me espanto
por aquel español tanto.
ROSIMUN. Su buena persona inclina.
¿No lleva un árbol la vista
cuando está verde o en flor?
¿Una tela de color,
que el oro y la plata alista?
¿Un caballo que se pinta
de copos de espuma el pecho,
cuando de las clines hecho
su dueño el copete encinta?
¿No admira un jardín compuesto,
un edificio famoso?
Pues mejor un hombre airoso,
de un talle y rostro honesto.
TEODORA. Nunca te he visto tratar
de esta materia.
ROSIMUN. ¿Qué quieres?
Tal vez callan las mujeres
hasta llegarse a casar.
Caséme sin ver mi esposo;
vine a verle, y vile tal,
que la violencia del mal
le obligó a bordón forzoso.
Está como un campo yermo.
Si hablar verdad es razón,
yo te juro que el bordón
me agrada más que el enfermo.
TEODORA. ¿Qué dices?
ROSIMUN. ¿Esto te admira?
TEODORA. ¿Pues no?
ROSIMUN. No, que a la mujer
licencia le dan de ver,
mas no de amar lo que mira.
TEODORA. Antes porque della entienden
que tiene fácil la vista
no aguardan que se resista;
que acometa le defienden.
El que sabe que es cobarde
no se ponga en la ocasión.
ROSIMUN. Yo sé bien mi condición.
TEODORA. ¡Ay, señora, Dios te guarde!
ROSIMUN. Si te dieran a escoger
la salud o enfermedad,
¿cuál tomarás? Di verdad.
TEODORA. Salud quisiera tener.
ROSIMUN. Si viven juntos aquí
dos hombres que los igualo,
uno bueno y otro malo,
y que en mi vida los vi,
¿en que se agravia el honor
si el que está mejor me agrada?
TEODORA. Eso no le agravia en nada,
si no llega (1) a ser amor;
mas es propio en la mujer
tras agradecer amar,

(1) Texto: "llegue".

que agradarle de mirar
ya es comenzar a querer.

ROSIMUN. Dejemos filosofías;
yo soy quien soy.

TEODORA. No te enfades.

ROSIMUN. ¿Que me guarde persuades,
sabiendo las prendas mías?

TEODORA. Es propio de un instrumento
roto quedarle el bordón,
que las demás cuerdas son
de más fácil fundamento.
Instrumento de amor justo
era tu esposo.

ROSIMUN. Es verdad.

TEODORA. Rompióle esta enfermedad
todas las cuerdas del gusto.
Traía el bordón no más
deste gallardo español,
que la envidia llama sol,
y que tú alabando estás.
Conozco tu estimación;
mas temo en tu casamiento
que viendo el roto instrumento
te arrimases al bordón.

ROSIMUN. Otros cuidados mejores,
Teodora, me da el estado
que el Príncipe me ha dejado,
que no quimeras y amores.
Ven. Despacharé mi gente
y conoceré esta casa,
que he de regir mientras pasa (1)
del Príncipe el accidente,
que cuidados para un hombre
una mujer rendirán.

TEODORA. ¿Qué hay del español galán?

ROSIMUN. Que es galán y gentil hombre.

(*Vanse.*)

(*Entra el* DUQUE ALEJANDRO *con un venablo, y* PERSEO, *criado de la corte.*)

PERSEO.

¡Deja la caza, así te guarde el cielo!
Verás, duque Alejandro, tu cuinada
enriquecer como el aurora al suelo
con faz de gloria en luz del sol bañada.
No fué del arco y [del] pendiente velo
en los baños de Thebas despojada (2)

(1) Texto: "que se ha regir mientras pasa".
(2) Texto: "desposada", corregida de letra antigua al margen.

Diana más hermosa, ni la ha visto
más bella entre los Elisos Calixto.
Por vida tuya que el venablo arrojes,
el gabán de la sierra, el tosco traje,
y del arma de Júpiter despojes
tu gente, y del bastón al villanaje,
y con galas que hasta el sol enojes
de ver que el oro en rayos le aventaje,
vayas a verla, y rico y gentil hombre
seas en la grandeza y en el nombre (1).

ALEJANDRO.

¿Que es tan hermosa, Perseo, Rosimunda?

PERSEO.

Un ángel, Alejandro, es tu cuinada:
esta es la primera nueva, y la segunda,
que pienso que será de ti gozada.
Porque si no es que amor salud le infunda
con ver presente ya a su prenda amada,
la enfermedad presente va tan fuerte,
que te promete el reino con su muerte.

ALEJANDRO.

¿Pues podré yo heredar?

PERSEO.

Aunque no puedes,
pierde recelo, Alejandro; ni tu hermana,
por no heredar mujer; tú que la excedes
en fuerza, que el poder todo lo allana,
parte con armas, parte con mercedes,
gozarás su hermosura soberana,
y serás con la guerra y con el oro
lo mismo que en Bretaña Claridoro.

ALEJANDRO.

Perseo, el no saber o no atreverse
hace a los hombres en tan grande hazaña
con felices principios detenerse
del valor que los mueve y acompaña.
Mal puede de mis armas defenderse,
ni por mujer, ni por varón Bretaña;
si muere Claridoro, el cielo quiera
que sin gozar a Rosimunda muera.
Que siendo así, ¿quién puede ser bastante,
no habiendo sucesor más conveniente,
a quitarme este reino?

PERSEO.

Es importante
secretamente prevenir la gente;

(1) Texto: "como", en vez de "y".

habla a Marcelo, aunque el hablar te espante
ver su privanza y su lealtad presente,
que no hay hombre que se estime en lo que vale
al que se pone por el sol que sale.

ALEJANDRO.

Con ese estriba todo el bien, Perseo,
que puedo pretender en esta hazaña,
si no lo impide contra mi deseo
este blasón de la lealtad de España.
¡Sierras que agora coronadas veo
de nieve, adiós! Que presto de Bretaña
lo pienso estar, si me socorre el cielo,
y no me falta el español Marcelo.
¡No más, oh, caza, imagen de la muerte!
¡Sierras, no más! Ya el traje me embaraza.
Cacemos la corona de esta tierra,
que es la más rica y codiciosa caza.
¡Adiós, arroyos que cruzáis la sierra
y vais buscando entre las peñas traza
de llegar a lo llano a hallar descanso!
Mientras que imito vuestro curso (1) manso,
duerma el oso peludo en la más honda
cueva del monte más desierto y seco;
el colmilludo jabalí se esconda
con el peñasco más oculto y hueco,
ni a mi reseña el cazador responda,
ni por las quiebras deste valle el eco;
duerma la fiera, el agua, el viento:
que un reino es caza de mayor contento.

(*Vanse.*)

(*Salen* LISARDO, AURELINO, FIDORO, ESTACIO *y* MARCELO.)

AURELIN. Conocer os quiere a todos,
y de su gusto advertiros,
para mostrar en regiros
su ingenio de varios modos.
Esto me dice que os diga
y que aquí juntos estéis;
y es justo que la obliguéis,
pues con amor os obliga.
Que, dándole Dios salud
al Príncipe, estoy seguro
que tendrá Bretaña un muro
en su valor y virtud.
LISARDO. Ya Rosimunda nos vió
servir a la mesa ayer.
¿Para qué nos quiere ver?

(1) Texto: "verso".

AURELIN. Lo que os digo me mandó.
FIDORO. ¿En ingenio femenil
pides, Lisardo, razón?
O las gobierna afición,
o algún vendaval sutil.
Déjala con sus quimeras,
que es arrogante de sí.
ESTACIO. En mi vida mujer vi
tan hombre llegada a veras.
Yo os juro que lleva estilo
de ser con igual hazaña
Semíramis en Bretaña,
como la otra del Nilo.
Ella es varonil y fuerte,
de bravo aspecto y decoro.
¡Plegue a Dios que Claridoro
no mire a Nino en la muerte;
MARCELO. Hablad bajo, que está aquí
con su privanza Teodora.

(*Entran* ROSIMUNDA *y* TEODORA.)

TEODORA. Esperando están, señora.
ROSIMUN. Yo no, que ya me perdí.
¿Aurelino?
AURELIN. Ya te aguardan
los que quieres conocer.
ROSIMUN. De gobierno de mujer
juraré que se acobardan.
Mal sufre el hombre el imperio
de quien suele sujetar.
FIDORO. Palabra no sabe hablar
[que] carezca de misterio (1).
ROSIMUN. ¿Cómo os llamáis vos?
ESTACIO. Señora,
Estacio.
ROSIMUN. ¿Qué oficio hacéis?
ESTACIO. De camarero.
ROSIMUN. Tendréis
un poco cuidado agora.
¿Vos?
LISARDO. Yo, señora, Lisardo.
ROSIMUN. ¿De qué nación?
LISARDO. Soy francés.
ROSIMUN. ¡Levantaos!
LISARDO. Dadme esos pies.
ROSIMUN. No más; el oficio aguardo.
LISARDO. Caballerizo.
ROSIMUN. ¡Está bien!

(1) Suplido el "que" en letra manuscrita de principios del siglo XIX.

¿Vos?
FIDORO. Fidoro me apellido,
mayordomo soy, y he sido
justicia mayor también.
ROSIMUN. ¿Qué oficio tiene Aurelino?
AURELIN. Capitán soy de la guarda.
TEODORA. De hablar a Marcelo tarda, (*Ap.*)
que amor le ataja el camino.
ROSIMUN. (Cómo le preguntaré (*Aparte.*)
su nombre a aquel español?)
Que como quien mira al sol
turba al amor que le dé.
¡Cruel imaginación
me ha dado su rostro y talle!
TEODORA. Teme de llegar a hablalle: (*Apar.*)
señales de fuego son.)
ROSIMUN. Vile aquel primero día, (*Aparte.*)
que aquesta ciudad llegué;
de la vista me agradé
que el basilisco encubría.
Di en imaginar después (1)
su persona, y fué de modo
que se entró en el alma todo
desde el cabello a los pies;
pero yo sabré vencerme,
que esto es cosa de donaire.
¡Rompa amor flechas al aire:
ninguna pueda ofenderme!
Tú, que allá estás divertido,
¿cómo te llamas?
MARCELO. Marcelo,
que para besar el suelo (2)
de esos pies lugar te pido.
ROSIMUN. ¡Levántate!
MARCELO. Yo estoy bien,
mientras que me estás hablando.
ROSIMUN. ¡Levántate!
MARCELO. Si en tornando
a hablar he de estar tan bien
de rodillas, como agora,
no me mandes levantar.
ROSIMUN. Aparte te quiero hablar.
MARCELO. Yo obedecerte, señora.
ROSIMUN. ¿Qué nación?
MARCELO. Español soy.
ROSIMUN. ¿Español?
MARCELO. Señora, sí.
ROSIMUN. ¿Y allá son todos ansí?
MARCELO. No lo sé, dudoso estoy.
ROSIMUN. Yo lo estoy de mí también.
MARCELO. De lo que es gente vulgar
diéranme el primer lugar
los que me quisieran bien.
Y siendo de los primeros
del vulgo, en nombre y honor,
fuera el de menos valor
de todos los caballeros.
ROSIMUN. Naturaleza en España
debe de pintar las gentes
con pinceles diferentes.
MARCELO. No he visto más de a Bretaña.
Hombres hace como soles
cuando a otras naciones llega;
pero el brío nadie niega,
que lo dió a los españoles.
ROSIMUN. ¿Que sois brioso?
MARCELO. No sé.
ROSIMUN. Tú lo dices.
MARCELO. Y lo fío.
ROSIMUN. ¿Y tú, español tienes brío?
MARCELO. Brío español tengo.
ROSIMUN. ¿En qué?
MARCELO. ¿En qué?
ROSIMUN. Saber lo deseo.
MARCELO. En andar, en danzar bien.
ROSIMUN. ¿Que danzas?
MARCELO. Danzo también,
y con buen aire torneo.
ROSIMUN. ¿Qué haces más con ese brío?
MARCELO. Mal a un caballo español.
que suele parar el sol
los suyos a ver el mío.
ROSIMUN. Bien te alabas.
MARCELO. Hablo aquí
en honra de mi nación;
que aún no he tocado al blasón
a que obligado nací.
ROSIMUN. ¿Pues qué blasón tiene España?
MARCELO. Las armas, en que estoy diestro,
como mil veces lo muestro
con la espada en la campaña.
ROSIMUN. A lo menos ese brío
ya se ha mostrado en hablar.
MARCELO. Yo sé mostrarle en obrar
cuando importa al honor mío.
Son de español epitetos
el ser valiente y leal,
porque es, como en Portugal,
que todos nacen discretos.

(1) Texto: "dempués".
(2) Texto: "ese suelo".

ROSIMUN. ¿De qué parte eres de España?
MARCELO. De Navarra soy, señora.
ROSIMUN. ¿Pues cómo sirves agora
a Claridoro en Bretaña?
MARCELO. Cuando estés despacio un día
toda mi historia sabrás.
ROSIMUN. (No quisiera saber más
de que supieras la mía.
¡Ay, cielo, si me ha entendido!)
MARCELO. ¿Preguntas mi oficio?
ROSIMUN. Sí.
MARCELO. De paje un tiempo serví
al Príncipe tu marido.
Y agora, señora soy,
como he llegado a más hombre,
de la copa gentilhombre,
yo solo (1) a beber le doy.
ROSIMUN. Bien el gentilhombre está,
en quien tiene tanto brío.
¡Vete con Dios!
MARCELO. No es el mío
sino el que España me da.
Y sea burla o favor
le estimo como de ti,
pues para servir nací
ese divino valor.
¡Vamos de aquí, caballeros!
ESTACIO. Larga plática.
MARCELO. Ocasión
la he dado con mi nación.
AURELIN. Dondequiera tiene aceros,
y tú, estrella de privado.
MARCELO. La merced y el gran favor
del Príncipe mi señor
le habrá dado algún cuidado.

(Entranse, haciendo una reverencia a ROSIMUNDA *y* TEODORA.*)*

TEODORA. ¿Qué has hablado?
ROSIMUN. Estoy sin mí.
TEODORA. ¡Notable desgracia!
ROSIMUN. ¡Extraña!
Nunca viniera a Bretaña;
pero yo seré quien fuí.
Este es un vil escudero,
¿qué daño me puede hacer?
TEODORA. Amor suele acometer
siempre envainado el acero,
porque no se vea el daño;
mas si te acierta a hablar
mira que le ha de sacar,
y que ha de hacerte un engaño.

(Entra CHACÓN, *lacayo de* MARCELO, *con un papel, aprisa.)*

CHACÓN. No le acertaré a topar
sino en entrando: ¡ay de mí!
La Princesa estaba aquí;
necedad ha sido entrar.
ROSIMUN. ¡Hola! Vuelve, espera.
CHACÓN. ¿Yo?
ROSIMUN. ¡Tú! Pues, ¿cómo entraste aquí?
CHACÓN. De mi señor lo aprendí..
ROSIMUN. ¿Qué señor te lo enseñó?
CHACÓN. Marcelo.
ROSIMUN. Sosiega un poco;
llégate cerca.
CHACÓN. No puedo,
que entre el respeto y el miedo,
estoy por volverme loco.
ROSIMUN. ¡Llega, llega!
CHACÓN. [Ya] llegué.
Un paso más.
ROSIMUN. ¡Otro! ¡Llega!
TEODORA. ¿Posible es que estés tan ciega?
ROSIMUN. ¡Llega más!
CHACÓN. Pongo otro pie.
ROSIMUN. Llega hasta mí, y dime cómo
tu señor te enseña a entrar
de golpe en este lugar
donde memoriales tomo.
CHACÓN. El vino soldado aquí;
de soldado paje ha sido,
y desde paje ha subido
a gentilhombre.
ROSIMUN. ¿Es ansí?
CHACÓN. De la boca vino a ser
de la Cámara, y tras esto,
ocupa el presente puesto,
y da al Príncipe a beber.
ROSIMUN. ¿Eres español?
CHACÓN. Sí soy.
ROSIMUN. ¿Tu nombre?
CHACÓN. Chacón me nombro,
y esto no te cause asombro
si con el nombre lo doy;
porque yo no soy Chacón
de aquellos nobles de España,
que hay nombres de tiritaña,
y de seda y lana son.

(1) Texto: "y yo solo".

La mía es sangre más llana;
estotra gran cosa hereda;
la noble es lista de seda,
que yo soy Chacón de lana.

ROSIMUN. Como quiera que tú seas
me huelgo de verte aquí.

CHACÓN. Y yo de que allá nací
para que a tus pies me veas.

ROSIMUN. ¿A Marcelo, en fin, buscabas?

CHACÓN. Un recado le traía,
con que de pura alegría
no vi que en la sala estabas.

ROSIMUN. ¿Serán nuevas de su tierra?

CHACÓN. Antes nuevas de su cielo.

ROSIMUN. ¿Que tiene cielo Marcelo?

CHACÓN. Mar y tierra y cielo encierra.

ROSIMUN. ¿Es papel, por vida mía?

CHACÓN. Seré a tu vida fiel
más que a mi dueño: es papel.

ROSIMUN. Ese papel me confía,
que quiero ver si es discreto.

CHACÓN. Eso, señora, no es justo.

ROSIMUN. ¡Por mi vida! Hazme ese gusto,
que volvértelo prometo.

CHACÓN. Si por tu vida me juras
a cada cosa que quieres
sin que el daño consideres
de lo que saber procuras,
juraré yo por su vida
a vuestra Alteza importuna
de no hacer cosa ninguna
que por la suya me pida.

ROSIMUN. ¡Vete!

CHACÓN. Voime.

ROSIMUN. ¡Ah de la guarda!

CHACÓN. El diablo me trujo acá.

(*Entra* AURELINO *y dos alabarderos.*)

ROSIMUN. A aquel hombre que allí va
tomad un papel que guarda.

AURELIN. Tras él voy.

TEODORA. ¿Estás en ti?

ROSIMUN. No puedo más; pero advierte
que antes me daré la muerte
que hacer cosa contra mí.

TEODORA. ¿Pues a qué efeto has querido
ver este papel?

ROSIMUN. Por ver
lo que escribe una mujer
a un hombre favorecido.

TEODORA. Que son celos, no lo dudes.

ROSIMUN. Celos no.

TEODORA. ¿Pues qué?

ROSIMUN. Burlar.

TEODORA. ¿Si no has de entrar a nadar,
qué importa que te desnudes?

(*Entra* AURELINO *con el papel.*)

AURELIN. Ya, señora, le quité
el papel que me has mandado.

ROSIMUN. ¿Quién era el hombre?

AURELIN. Un criado
de Marcelo.

ROSIMUN. ¿Al fin se fué?

AURELIN. No me mandaste prendelle.

ROSIMUN. No importa, dame el papel.
Vete, que yo veré en él
qué castigo debo hacelle.

AURELIN. ¡Con qué notable rigor
nos comienza a gobernar!

TEODORA. ¿Esto dices que es burlar,
o son principios de amor?

ROSIMUN. Oye el papel.

TEODORA. No querría
que supieses de qué parte.

(*Lee el papel.*)

*"Esta noche pueda hablarte,
Marcelo del alma mía."*

ROSIMUN. De su alma dice que es.

TEODORA. Y ella será de la suya.

ROSIMUN. ¡Qué necia estás!

TEODORA. Culpa tuya.
¿Qué dice más?

ROSIMUN. Oye, pues.
*"En las rejas del jardín
te aguardo a las diez."*

TEODORA. ¿Qué quieres?

ROSIMUN. ¡Que así escriben las mujeres!

TEODORA. Si amor tiene honesto el fin,
¿qué importa que escriban esto?

ROSIMUN. ¿Qué fin honesto?

TEODORA. Casarse.

ROSIMUN. Pues estos dos no han de hablarse,
ni ver este fin honesto.

TEODORA. ¿Por qué?

ROSIMUN. Porque quiero yo.

TEODORA. ¿Pues entra en el gobernar
que no se puedan casar?

ROSIMUN. Sí.

TEODORA. ¿Querrásle tú?

ROSIMUN. Yo no.

Mas por si viniere aquí
muéstrale tu voluntad,
no parezca libertad
lo que has visto.

TEODORA. Harélo ansí.

(*Entran* MARCELO *y* CHACÓN.)

MARCELO. ¿Mandó Su Alteza quitar
a ese criado un papel?

ROSIMUN. Y he visto lo que hay en él,
y lo que os puede culpar.

MARCELO. ¿Luego Su Alteza ha pensado
que es de alguna dama suya?

ROSIMUN. Cuando del papel lo arguya
harta ocasión habéis dado.
Y como os tiene afición
Teodora, dióme más pena;
mas ya vi que es letra ajena.

MARCELO. Tan ajenas letras son,
que vive fuera del muro
de aquesta ciudad su dueño.

ROSIMUN. A muchas quitáis el sueño,
y teneisle vos seguro.

MARCELO. Antes soy tan desdichado
que me tratan con desdén.

ROSIMUN. Pues Teodora os quiere bien.

TEODORA. Ni aun lo tengo imaginado. (*Ap.*)
Rosimunda desvaría.

MARCELO. A la señora Teodora
estimaré desde agora
por tan justa cortesía.

ROSIMUN. Tampoco es ese mi gusto.

MARCELO. En nada a servir te acierto.

ROSIMUN. (¡Qué mal se tiene encubierto
grande amor o gran disgusto!)
Quiérome quitar de aquí;
habla, Teodora, con él.

(*Vase.*)

MARCELO. ¿Por vos me llevó el papel?

TEODORA. Sí, Marcelo.

MARCELO. ¿Cómo ansí?

TEODORA. Sabe que os tengo afición.

MARCELO. ¿Y no le podré cobrar?

TEODORA. Celos me volvéis a dar.

MARCELO. Más pienso que burlas son.

TEODORA. ¿Burlas, Marcelo?

MARCELO. ¿Pues qué?

TEODORA. ¡Amor!

CHACÓN. ¡Vergonzosa parte!

(*Vase* TEODORA.)

MARCELO. Estoy, villano, por darte
la muerte.

CHACÓN. A mí, ¿pues por qué?

MARCELO. ¿De qué manera traías
el papel que te tomó?

CHACÓN. Al capitán lo mandó,
que tiene puestas espías;
y en sabiendo que es la hermana
del Príncipe, tú eres muerto.

MARCELO. ¿Más qué? ¿Se anega en el puerto
mi larga esperanza vana?
¡Triste de mí, si por dicha
Rosimunda a entender viene
que Clavela amor me tiene!

CHACÓN. Antes será por desdicha.
Mas quiérote aconsejar
que amor finjas a Teodora,
que es alma de su señora,
y te pondrá en su lugar.

MARCELO. Bien dices; no hay otro medio
para remediar mi daño.

CHACÓN. Suele un amoroso engaño
ser de mi daño remedio.

(*Salen el* DUQUE ALEJANDRO *y* PERSEO.)

ALEJANDRO.

Loco vengo de ver a Rosimunda.

PERSEO.

¿Yo no te dije que era cifra hermosa
de cuanto puede la naturaleza?

ALEJANDRO.

Estoy fuera de mí con tanto extremo,
que si mi enfermo hermano la gozara,
pienso que me matara justa envidia.

PERSEO.

En fin, ¿se aumenta el mal?

ALEJANDRO.

Y de tal suerte,
que no tiene remedio sin la muerte.

PERSEO.

Aquí está, Duque, el español Marcelo,
en cuya mano tu remedio estriba,
si éste quisiere dar remedio al Príncipe.

ALEJANDRO.

Fío de tu amistad, y desconfío
de su lealtad.

PERSEO.

Pues oye mi consejo.
Dile tu pretensión, si le hallares;
di que probar querías [a] su pecho,
y si tuviere gusto de servirte
prosigue en dar al Príncipe veneno;
que los seis Electores del Imperio
no han dado más reinos y corona.

ALEJANDRO.

¡Oh, Marcelo!

MARCELO.

¡Oh, señor!

ALEJANDRO.

¿Qué hay de mi hermano?

MARCELO.

Mejor se siente.

ALEJANDRO.

Lo contrario dicen.

MARCELO.

Serán los que la muerte le desean.

ALEJANDRO.

Si lo decís por mí, no erráis, Marcelo,
que es grande el interés que se me sigue:
ya sé que si yo heredo estos estados,
que no tengáis envidia a los privados.

MARCELO.

Merced me ha hecho tu excelencia siempre.

ALEJANDRO.

Tú pudieras hacérmela, Marcelo,
con darme la corona de Bretaña,
y diérate yo a ti mi hermana propia,
y el título de Duque que yo tengo.

MARCELO.

¿Yo puedo darte esta corona? ¿Cómo?

ALEJANDRO.

Dando en la copa al Príncipe...

MARCELO.

¡Detente!,
que si es probarme, es rigurosa prueba;
y si es verdad, el pensamiento infame
indigno de la sangre de Beamonte,
que me ha dado el navarro Condestable,
y del nombre español.

ALEJANDRO.

¡Oh, buen hidalgo!
no menos pensé yo de tu nobleza.
¡Llega, Perseo!

PERSEO.

¿Qué es lo que me mandas?

ALEJANDRO.

Dice Marcelo que dará en la copa
veneno a Claridoro.

PERSEO.

¿Y tú que dices?

ALEJANDRO.

Que es un villano, y que mi hermano viva,
y que tomar no quiero su consejo.

PERSEO.

Marcelo, ¿tú aconsejas esto al Duque?

MARCELO.

El Duque díjome que apresurase
la muerte de su hermano con veneno,
y viéndome leal se vale agora
para matarme deste vil engaño:
si esto queréis, llegad; mi espada es ésta.

(*Sacan las espadas.*)

PERSEO.

¿Al Duque? ¡Infame!

ALEJANDRO.

¡Mátale, Perseo!

PERSEO.

¡Muera el traidor!

CHACÓN.

¡Oh, perro! ¿A Marcelo?

(*Entran* ROSIMUNDA, TEODORA, AURELINO (1) *y alabarderos.*)

ROSIMUNDA.

¿En la sala desnudas las espadas?
¡Marcelo y Alejandro!

ALEJANDRO.

Rosimunda,
perdona; que el honor tiene licencia.

MARCELO.

La natural defensa de la vida,
señora, me forzó a sacar la espada.

ROSIMUNDA.

¿Qué ha sido la ocasión?

(1) Texto: "Aurelio".

ALEJANDRO.

Diréla en breve.
A Marcelo he rogado que no sirva
a cierta dama que a mí me favorece,
y él porfía servirla y pasearla;
roguéle deste intento desistiese,
y respondióme que ella le quería,
y le solicitaba (1) con papeles,
y que a pesar del mundo será suya.

ROSIMUNDA.

¡Prendan al Duque!

ALEJANDRO.

¿A mí?

ROSIMUNDA.

¿De qué te admiras?
Yo soy Príncipe aquí, ninguno piense
que por estar enfermo Claridoro
no ha de vivir como es razón que viva.

ALEJANDRO.

¡Señora!

ROSIMUNDA.

¡Capitán! En esa torre
le poned en prisiones con el cómplice.

ALEJANDRO.

Quiérote obedecer: vamos, Perseo.

PERSEO.

¡Qué mal se te ha cumplido (2) tu deseo!

(*Llevan preso al* DUQUE *y a* PERSEO.)

ROSIMUN. En fin, ¿que no te contentas,
Marcelo, de la arrogancia
con que a ser Luzbel intentas,
sino que en igual distancia
con tus señores te asientas?
.... (3)
Pues está cierto, Marcelo,
que si con soberbio celo
de fanfarrón español
sabré yo echarte del cielo.
¿Tú la espada, por mujer,
contra el hermano (d)e mi esposo?
TEODORA. ¿Ríñesle? (4)
ROSIMUN. ¿Pues puede haber
más rabia que en un celoso
ni más amor que en mujer?
MARCELO. ¡Señora!
ROSIMUN. No me repliques.
TEODORA. Pues oye a Teodora.
ROSIMUN. Di,
como por él no supliques.
TEODORA. (¿Agrádate este hombre?
ROSIMUN. Sí.
TEODORA. Pues no se lo signifiques.
ROSIMUN. ¿Pues él entiéndelo?
TEODORA. No,
pero vendrálo a entender.
ROSIMUN. ¿Qué remedio tendré yo
en cosa que no ha de ser,
si la vista me mató?
TEODORA. ¿Que tienes amor?
ROSIMUN. Terrible.
TEODORA. Gozarásle.
ROSIMUN. Es imposible,
que soy quien soy.
TEODORA. Pues no esperes,
que en queriendo las mujeres
es la deshonra invisible.
Quita la ocasión, señora;
destiérrale, pues ha dado
tan justa ocasión agora;
no pierdas tu honor y estado.
ROSIMUN. Bien me aconsejas, Teodora.
¡Animo, vil corazón
que quitada la ocasión
quedará mi honor sin mengua!
Amor detiene la lengua
mas pueda más la razón.)
Marcelo, aunque fuera justo
darte una afrentosa muerte,
porque eres privanza y gusto
de mi esposo, de otra suerte
templa su amor mi disgusto:
sin detenerte un momento,
de todos estos estados
sal desterrado.
MARCELO. No siento
que mis servicios pasados,
por tan justo atrevimiento,
lleven este galardón,
que es costumbre del servir;
siento en aquella ocasión
dejar cerca de morir
a quien me tiene afición,
y así licencia te pido

(1) Texto: "Y que le solicitaba."
(2) Texto: "Qué mal que se te ha cumplido."
(3) Falta un verso.
(4) Texto: "Ríñasle?"

para despedirme dél.

ROSIMUN. Ya sé lo que te ha querido
y que si te ves con él
pondrá tu agravio en olvido.
Sal de palacio, Marcelo;
sal de aquí, o daré voces.

CHACÓN. Que está furiosa recelo.

MARCELO. Si del Príncipe conoces,
que me tiene por consuelo
en mal de tanto rigor,
¿por qué me destierras dél?
¿Celos tienes de mi amor,
o para alzarte con él
te hace estorbo mi favor? (1)
Serás de mí obedecida.

(Vanse MARCELO *y* CHACÓN.)

.... (2)
....
sentenciándome a la muerte
de aquesta injusta partida.

TEODORA. Ya es ido.

ROSIMUN. ¿Qué te parece?

TEODORA. Que has quedado vitoriosa,
y que tu frente merece
aquella corona hermosa,
que a quien se vence se ofrece.
Hércules venció mil fieras,
muchas batallas Trajano,
Bellerofonte, quimeras;
Argos vió por el mar cano
las contrapuestas riberas;
venció el indio barbarismo
Alejandro, y vió el abismo
Eneas; mas no alcanzaron
las palmas que coronaron
al que se vence a sí mismo.

ROSIMUN. Ni yo las alcanzaré,
pues que a mí no me vencí.

TEODORA. ¿No es vencerte?

ROSIMUN. No.

TEODORA. ¿Por qué?

ROSIMUN. Porque al fin me arrepentí
al instante que se fué.

TEODORA. ¿Luego estás arrepentida?

ROSIMUN. ¡Ay, que me lleva la vida!
¡Ay, que soy muerta, Teodora!

TEODORA. Sufre un instante, señora,
la fuerza de su partida;
haz a tu mal resistencia,
porque no atormente tanto:
con el curso y la paciencia,
de un muerto se olvida el llanto,
y amor se pierde en su ausencia.

ROSIMUN. No hay remedio; muerta soy.
¡Ah de la guarda!

(AURELINO *y guardas salen.)*

AURELIN. ¿Qué mandas?

ROSIMUN. Traedme aquí donde estoy
a Marcelo.

AURELIN. Voy.

TEODORA. ¿En qué andas
con tantas quimeras hoy?
¿Ya se te olvida quién eres?

ROSIMUN. En el amor son iguales,
si juzgar sus yerros quieres,
las mujeres principales
y las comunes mujeres.

TEODORA. ¿Por qué le vuelves a ver?

ROSIMUN. Por vivir.

TEODORA. ¿Luego has de hacer
algún agravio a tu honor?

ROSIMUN. ¿Nunca has visto honesto amor?

TEODORA. He visto que eres mujer.

ROSIMUN. Yo sabré no más de amar.

TEODORA. No harás poco.

ROSIMUN. El verdadero
amor no suele pasar
al deleite.

TEODORA. Allá te espero.
¡A fe que te has de anegar!

ROSIMUN. Pondré en los ojos mi esposo,
mi estado, padres y honor,
y será el huír forzoso.

TEODORA. Todo esto atropella amor.

ROSIMUN. Yo he visto amor virtuoso.

TEODORA. Amar con filosofía
es ejemplo, mas el día
que esos filósofos vanos
ven la plática en las manos
mucho la virtud se enfría.

(Entra AURELINO *y* MARCELO, *ya de camino, y* CHACÓN, *con fieltro y botas temerarias.)*

AURELIN. Ya viene Marcelo aquí.

ROSIMUN. Salte allá fuera, Aurelino.

MARCELO. ¿Cómo, señora, me di,

(1) Texto: "furor". Corrección manuscrita: "favor".

(2) Faltan dos versos.

has impedido el camino
que por tu gusto emprendí?

ROSIMUN. Teodora ha llorado tanto,
que por suspender su llanto
quiero que en la corte estés.

TEODORA. Beso mil veces tus pies.

CHACÓN. De sus mudanzas me espanto.

ROSIMUN. Vete a quitar las espuelas;
no digas nada a mi esposo.

MARCELO. Su justa pena recelas;
voy a mudarme gozoso.
¿Qué serán tantas cautelas?

CHACÓN. Señor, no te quites nada.

MARCELO. ¿Cómo?

CHACÓN. A enojo menor
dirá que echarte le agrada,
y estarnos así es mejor
para cualquiera jornada.

MARCELO. Vamos, Chacón, que Teodora
es mi amparo en cuanto pasa.

CHACÓN. Basta, señor, que te adora.

MARCELO. Contar quiero lo que pasa
a Clavela mi señora.

(*Vanse.*)

TEODORA. ¡Muy buenos andamos hoy!

ROSIMUN. Antes perderé la vida
que dejar de ser quien soy (1).
¿Qué tiene este hombre, Teodora,
que le aborrezco en ausencia,
y en viéndole me enamora?
¿Qué hechizo tiene en presencia,
pues ya le aborrezco agora?
¡Triste de mí! ¿Qué es aquesto?

TEODORA. Alunado amor te ha dado,
pues mengua y crece tan presto.
¿Mas por qué te da cuidado
si dices que es tan honesto?

ROSIMUN. Que le había desterrado,
y a mis ojos le volví.

TEODORA. Si no puede ser gozado
este vano amor de ti
sin perder tu honor y estado,
no te fíes de tu honor.

ROSIMUN. ¿Pues podríase saber?

TEODORA. ¿Qué hombre, el de más valor,
guardó secreto a mujer?
¿Ni cuándo lo ha sido amor?

ROSIMUN. ¿Pues qué remedio tendré?

TEODORA. Matarle.

ROSIMUN. ¡No dices mal!
A Marcelo mataré,
que una mujer principal
no es justo que en duda esté;
y pues me ha dado ocasión
para hacer tan gran traición,
con justa causa merece
la muerte.

TEODORA. Eso me parece
de varonil corazón;
que en quitándole la vida,
aunque luego te arrepientas,
no hayas miedo que te impida
guardar el honor que intentas.

ROSIMUN. Ya estoy casi arrepentida.
Mas, ¿cómo será?

TEODORA. Señora,
yo le escribiré un papel,
que esta noche a cierta hora
me hable.

ROSIMUN. Pues dile en él
que venga tarde, Teodora,
y enviaré yo capitán
con cuatro o cinco soldados
de los que a la ronda van,
que me quiten los cuidados
que amor y temor me dan.

TEODORA. Claudio, romano, y que dellos
tuvo el laurel militar
sobre los canos cabellos,
a muchos mandó matar,
que preguntaban por ellos:
así pienso que has de ser.

ROSIMUN. Muerto Marcelo, es hacer
de la espada medicina;
que también sanó Faustina
dándole sangre a beber.

JORNADA SEGUNDA

(MARCELO y CHACÓN, *en hábito de noche, con rodelas.*)

MARCELO. Este papel me escribió.

CHACÓN. ¿Teodora papel te escribe,
que por ti sin alma vive?

MARCELO. Sin alma pienso que no;
pero dice el fin de él
que vida le puedo dar,
y que aquí la venga a hablar.

CHACÓN. ¡Oh, lo que puede un papel!

---

(1) Faltan dos versos.

No hay cosa más atrevida
en cuanto Dios ha criado.
Verás un enamorado
perdiendo el seso y la vida,
y en dos horas que su dama
le tendrá en conversación,
no le dirá una razón
que manifieste su llama;
pero vuelto a su aposento,
en un papel le dirá
mil amores, y tendrá
de gozalla atrevimiento.
Estará un agraviado
hablando como es costumbre
en cosas de pesadumbre,
necio, encogido y turbado;
y en apartándole dél,
con mucho valor y brío
le escribirá un desafío
en dos dedos de papel.
Irá un hombre a pedir,
si es de condición honrado,
algún dinero prestado,
y no lo osará decir;
y en apartándose dél,
sin vergüenza de que es mengua,
lo que allá calló la lengua
dirá en lengua de papel.
¡Valiente cosa, por Dios!

MARCELO. Bien dices, a mucho obliga:
no hay cosa que no se diga
por papel.

CHACÓN. Y aún más de dos
están por él obligados
donde no pueden salir.
¿Qué has de hacer aquí?

MARCELO. Fingir
nuevo amor, nuevos cuidados;
que bien sabes que Clavela,
hermana de Claridoro,
es el mismo sol que adoro,
y cuyo amor me desvela.
Pero para contentar
esta terrible mujer
tengo de fingir querer
a Teodora, a mi pesar.

(Entran AURELINO *y tres* SOLDADOS *con rodelas.)*

AURELINO.

Llamóme la Princesa, como os digo,
y díjome que a un hombre que hallaría
debajo del balcón verde, que sale
al jardín donde estáis, le diese muerte
por castigo de un grande atrevimiento,
y así os llamé, y venís por orden suya.

SOLDADO 1.º

Si es por ventura principal ese hombre,
¿no miras que es error?

AURELINO.

Yo sólo debo
mirar lo que me manda la Princesa;
ya sabéis que es mujer que no consiente
que le repliquen en su gusto en nada.

MARCELO.

Luz he visto detrás de aquella reja.
Parte, Chacón, y mira por el muro
si hay algún hombre.

CHACÓN.

[¡Oh!] ¡Válgame el cielo!

MARCELO.

¿Qué tenemos?

CHACÓN.

Temor te respondiera,
si no te conociere por quien eres.

MARCELO.

¿Pues qué hay?

CHACÓN.

Treinta o cuarenta rebozados,
que parecen tapices deste muro.

MARCELO.

No me agradan los hombres ni el silencio;
y pues eres tan hombre, con los cuatro
quiero reñir; los treinta y seis te quedan:
da buena cuenta dellos, por tu vida.

CHACÓN.

¿Dícelo porque son cuatro los hombres?
Pues, ¡vive Dios!, que no se me hacen uno.

MARCELO.

¡Ah, caballeros! ¿Búscanme por dicha?

AURELINO.

Por su desdicha, hidalgo, le buscamos.
¡Muera, matalde!

MARCELO.

No es tan fácil eso
de hacer como parece.

CHACÓN.
¡Oh, gente infame!
(*Acuchíllanse.*)
¿No fuérades cuarenta como cuatro?

SOLDADO 2.º
¡Ay, que me ha muerto.

SOLDADO 3.º
¿Es hombre o es demonio?

MARCELO.
Las obras os darán el testimonio.

(*Entranse acuchillándose.*)

(*Entran* TEODORA *y* ROSIMUNDA.)

TEODORA. Señora, ¿qué importa el canto
después de Marcelo muerto?
ROSIMUN. ¿Teodora, qué? ¿Será cierto?
TEODORA. De tu cordura me espanto.
Ya es cierto: no hay que llorar,
¿qué hermano pierdes? ¿Qué espo- [so?
ROSIMUN. ¿Pues no es caso riguroso
mandar a un hombre matar?
TEODORA. Al cocodrilo retrata
esa condición y estilo.
ROSIMUN. ¿Pues qué hace el cocodrilo?
TEODORA. Llora los hombres que mata.
ROSIMUN. ¡Ay, Dios, que maté mi vida!
Teodora, sin vida estoy.
TEODORA. Antes parabién te doy
de hallar la prenda perdida.
ROSIMUN. ¿Qué prenda?
TEODORA. Tu mismo honor,
que en su muerte resucita.
ROSIMUN. Honor la vida me quita,
y el honor me quita amor.
No esperes verme jamás,
Teodora, con alegría.
TEODORA. Aún no se ha pasado el día.
ROSIMUN. ¡Alegres horas no más!
Cúbrase de eterno luto
mi mal lograda esperanza,
pues del tiempo la mudanza
se llevó tan verde el fruto.
¡Pluguiera a Dios me faltara
la lengua, antes que dijera,
"muera Marcelo", y viviera
Marcelo, aunque me matara!
Más enamorada estoy,
más piadosa y más rendida;
¡costarme tiene la vida!
Loca estoy, no soy quien soy.
¡Ay de mí!, que he dado muerte
a quien jamás me ofendió;
pues porque me enamoró
su sangre inocente vierte.
¿Qué excusa al cielo daré?
Voces quiero dar, Teodora.
TEODORA. Advierte, por Dios, señora,
que tu honor la causa fué.
Mira que ya libre estás:
da muchas gracias al cielo.
ROSIMUN. Gallardo, hermoso Marcelo,
¿que ya no he de verte más?
¡Marcelo mío divino!
¡Bello español, alma mía!
¡Oh, nunca naciera el día (1)
que pensé tal desatino.
¡Maldito sea mi honor!
Vivieras tú y él muriera;
pero mataréme. ¡Espera,
y conocerás mi amor!
TEODORA. (Loca se vuelve; ¿qué haré?)
ROSIMUN. ¡Oh, maldita consejera,
que has hecho que un ángel muera!
Mi bien, ¿dónde te hallaré?
¿Que por mí en tus verdes años
pierdes la vida, mi bien?
TEODORA. ¿Quieres que te oigan y den
en la causa de tus daños?
Tiembla el sentimiento injusto.
ROSIMUN. ¡Oiganme: ya estoy perdida!
TEODORA. ¡Señora!
ROSIMUN. Murió mi vida;
llorar y matarme es justo.
Muera, que es razón, culpada
quien dió muerte a un inocente.
TEODORA. Mira que ya viene gente
de tu llanto provocada.
ROSIMUN. Marcelo fué mi marido,
todos dirán que es razón.
TEODORA. Dirán que locuras son,
pues ni tu amor ha sabido,
antes amaba a Clavela.
ROSIMUN. Con los celos me has templado.
TEODORA. El capitán ha llegado.
ROSIMUN. Prevén alguna cautela.

(*Entra* AURELINO.)

AURELIN. Lo que me mandaste puse,

(1) Texto: "Nunca naciera el día".

señora, en ejecución,
y al que estaba en el balcón
a matarle me dispuse.

ROSIMUN. ¿Matástele?

AURELIN. No me he visto
más a pique de ser muerto
ni en batalla en campo abierto (1)
ni en los muros que conquisto.
De cuatro que acometimos
quedamos vivos los dos.

ROSIMUN. ¿Luego vive?

AURELIN. Sí, por Dios,
y aun esto le agradecimos.
A mí me valió la vida,
Rosimunda, el ir armado.

ROSIMUN. ¿Que dos mató?

AURELIN. Y un soldado
tiene una mortal herida.

ROSIMUN. ¿Conocístele?

AURELIN. Jurara,
señora, que era Marcelo
con la poca luz que el cielo
daba en su furiosa cara.
Mas la primera persona
que hoy he visto en el palacio
es él, y con tanto espacio,
que su descuido le abona.
Fuera de que me habló bien,
y el que fué me conoció,
porque me nombraba yo.

ROSIMUN. No es Marcelo.

AURELIN. ¿Sabes quién?

ROSIMUN. Un caballero extranjero,
que a su tiempo te diré.

AURELIN. ¿Mandas que otra noche esté
con más gente en el terrero?

ROSIMUN. Yo avisaré, capitán:
el silencio os encomiendo.

AURELIN. Sólo servirte pretendo.

ROSIMUN. A los que heridos están
acudid.

AURELIN. Tu enojo temo.

ROSIMUN. Capitán, bastó buscalle.

AURELIN. Pésame de no matalle.

(*Vase.*)

ROSIMUN. Y yo me huelgo en extremo.
¡Dame esos brazos, Teodora!
¿Hay tal hombre? ¿Hay tal ventu-[ra?

TEODORA. Acabóse la locura.

(1) Texto: "Ni en batalla ni en campo abierto."

ROSIMUN. Mucho más lo quedo agora.
Ea, no hay más que aguardar;
Marcelo ha de ser mi dueño.

TEODORA. ¿Dueño? ¿Qué dices?

ROSIMUN. Que sueño
y que amor me ha de matar.
Pero di, Teodora mía:
¿no puede tener 'efeto
mi gusto, si en el secreto
el amor sus gustos fía?
¿Yo sola en el mundo soy
la que no ha de hallar modo?

TEODORA. Si ya está perdido todo,
escúchame.

ROSIMUN. Atenta estoy.

TEODORA. Prueba de este hombre el secreto
antes que te arrojes.

ROSIMUN. Bien.

TEODORA. Y satisfecha prevén
de dar a tu gusto efeto.
Que si va a decir verdad
sólo te ofendes a ti,
porque aún no hay esposo aquí,
ni más que tu calidad.
Desde allá por un poder
veniste a casarte acá,
mas el poder faltó ya,
y de nadie eres mujer.
No te mates más, ni hagas
más resistencia a tu honor,
como del justo valor
deste hombre te satisfagas.

ROSIMUN. Antes que mi honor se arroje
al mar de tanta deshonra,
antes que mi sangre y honra
de su valor se despoje,
probaré de tal manera
su lengua, que tú verás,
que por esto aguardo más
que ya por mi honor pudiera.

(*Entre* CLAVELA.)

Mas Clavela viene aquí.
Disimula.

TEODORA. ¿A qué vendrá?

CLAVELA. En fin, señora, ¿que está
preso mi hermano por ti?
¿Y el cómplice se pasea
con libertad en palacio?

ROSIMUN. No he tenido, hermana, espacio
para que su causa vea.

A Marcelo desterré,
cuando a Alejandro prendí:
si está libre no es por mí,
que por el Príncipe fué.
Mas vayan luego por él,
que basta quererlo vos.

CLAVELA. ¡Mil años te guarde Dios!
ROSIMUN. Hoy haré paces con él.
¡Teodora!
TEODORA. ¡Señora!
ROSIMUN. Escucha.

(*Entre* MARCELO.)

MARCELO. Aquí mi Clavela está.
ROSIMUN. Celos, Clavela, me da.
¿No tengo razón?
TEODORA. Y mucha.
Marcelo ha entrado en la sala.
ROSIMUN. ¡Quién mil abrazos le diera!
TEODORA. El la mira, ella se altera.
ROSIMUN. Y él se enternece y regala.
¡Válgame el cielo! ¡Si es ésta
la dama de aquel papel?
TEODORA. Mira despacio en él (*sic*),
que él mismo da la respuesta.
ROSIMUN. ¿Quieres que lo pruebe aquí
con una invención?
TEODORA. Ya espero.
ROSIMUN. Hablar a Clavela quiero.
TEODORA. Y yo a Marcelo por ti.
ROSIMUN. Porque sé que te has de holgar
del remedio de Teodora,
quiero que sepas que agora...
CLAVELA. Di.
ROSIMUN. ...la acabo de casar.
CLAVELA. Recibo tanto contento,
que a mí me pueden también
dar, señora, el parabién
deste nuevo casamiento.
¿Con quién la casas?
ROSIMUN. Los dos
están juntos.
CLAVELA. ¿Con Marcelo?
ROSIMUN. Con Marcelo.
CLAVELA. ¡Santo cielo!
ROSIMUN. ¿Pues no es su igual?
CLAVELA. Sí, por Dios.
ROSIMUN. (Dejarlos a solas quiero,
y aquí escuchar escondida.)
TEODORA. Bueno.es eso, por mi vida:
¿vos venistes al terrero?
MARCELO. Si no me echaran de allí
de vuestro balcón enfrente,
saliendo por los de Oriente,
otro sol me hallara a mí.
TEODORA. ¿Pues quién os echó?
MARCELO. Tendréis
muchos pretensores ya.
TEODORA. Ya mi señora se va.
Suplícoos me perdonéis.
MARCELO. ¡El cielo os guarde!
ROSIMUN. ¡Teodora!
TEODORA. ¡Señora!
ROSIMUN. Conmigo ven.
TEODORA. ¿Quiérelo bien?
ROSIMUN. Y muy bien.
TEODORA. Y aun él pienso que la adora.
ROSIMUN. Díjele que te he casado
con él.
TEODORA. ¿Qué semblante ha hecho?
ROSIMUN. Lo que de entrambos sospecho.
ahí quiero ver declarado.
Déjalos solos aquí;
cúbrete desta antepuerta.

(*Pónense a un lado.*)

MARCELO. Toda mi ventura es cierta,
¿podré hablarte?
CLAVELA. ¿Quién?
MARCELO. Yo.
CLAVELA. ¿A mí?
MARCELO. A ti, pues, Clavela, en quien
todo mi bien puso el cielo.
CLAVELA. Villano, traidor Marcelo.
¿Yo soy ni he sido tu bien?
A lo menos si lo he sido
tanto más de su mudanza
se quejará la esperanza
que de tu amor he tenido.
¡Maldiga, español, el cielo
el punto que aquí veniste!

(ROSIMUNDA *y* TEODORA *escuchan.*)

TEODORA. ¿No escuchas aquello?
ROSIMUN. ¡Ay, triste!
CLAVELA. Déjame, traidor Marcelo.
MARCELO. Señora, ¿quién te ha engañado?
CLAVELA. Suelta el brazo.
MARCELO. ¿Qué habrá sido
la causa que te ha movido?
CLAVELA. ¿No es causa haberte casado?
ROSIMUN. Declaróse.

MARCELO. ¿Yo, señora?
CLAVELA. ¿Pues quién? ¿Yo debo de ser?
MARCELO. ¿Hay en el mundo mujer
que yo quiera?
CLAVELA. Sí, a Teodora.
MARCELO. ¿A Teodora?
CLAVELA. Niega, infame,
esta verdad, que es tan cierta.
MARCELO. Si es verdad, será encubierta
cuando ese nombre la llame.
¿Quién lo ha dicho?
CLAVELA. Rosimunda.
MARCELO. Habránlo tratado allá.
Teodora en querer me da,
que es en lo que esto se funda.
¿Pero yo consentimiento?
CLAVELA. ¿Qué? ¿No le has dado?
MARCELO. Yo no.
CLAVELA. Rosimunda me engañó.
MARCELO. Que me hayas culpado siento.
Alza los hermosos ojos
a mirar aqueste esclavo.
CLAVELA. De darles veneno acabo
del vaso de tus enojos.
Dame con que los alegre.
MARCELO. Digo que sus niñas son
los dueños desta prisión,
y ellos dos cielos alegres
[en] donde amanece el sol (1).
TEODORA. ¿Aquello puedes sufrir?
ROSIMUN. Huelgo, Teodora, oír
aquel término español.
TEODORA. ¿No te pesa?
ROSIMUN. No me pesa
de ver tierno aqueste bravo;
antes el estilo alabo,
aunque es difícil la empresa.
TEODORA. ¿Que le alabas? ¿Cómo ansí,
si a otra que ama le dice esto?
ROSIMUN. Porque espero que muy presto
me dirá lo mismo a mí.
TEODORA. Tienes justa confianza,
señora, de tu valor.
ROSIMUN. Yo sé bien que un grande amor
todo cuanto quiere alcanza.
MARCELO. Si estás ya desenojada
bien puedes darme los brazos.
CLAVELA. Para asirte en nuevos lazos,
dulce esposo y prenda amada;
mas dame tu fe primero
de aborrecer a Teodora.
MARCELO. Por esos ojos, señora,
que la aborrezco y te quiero.
ROSIMUN. Esto no puedo sufrir,
que me abrasan vivos celos.
¡Clavela!
CLAVELA. ¡Señora!
MARCELO. ¡Ay, cielos!
ROSIMUN. Has por Alejandro ir,
que se ha enojado su hermano.
CLAVELA. Yo misma iré.
ROSIMUN. ¡Parte!
CLAVELA. Voy.
MARCELO. Temblando de verla estoy.

(Vase.)

ROSIMUN. ¿Pues cómo, español villano,
tú tienes voces y enojos
con Clavela?
MARCELO. ¿Yo, señora?
ROSIMUN. ¿No es esto verdad, Teodora?
TEODORA. Visto por mis propios ojos.
MARCELO. Como me vió libre a mí
y a su hermano en prisión,
sin darle más ocasión
dice que ocasión le di,
y sobre esto se enojó.
ROSIMUN. ¿Y ese enojo fuera parte,
villano, para abrazarte?
MARCELO. ¿Abrazarme?
ROSIMUN. Vilo yo.
TEODORA. ¿Y yo no lo vi también?
TEODORA. Fué porque dije que iría,
y que a sus pies me echaría.
ROSIMUN. ¡Bien lo disimulas!
TEODORA. ¡Bien!
ROSIMUN. Marcelo, en tus pensamientos,
yo no quiero hablar palabra,
porque nunca fuí curiosa
de secretos que otras hablan.
Clavela es mujer, Marcelo;
tú eres caballero y basta,
que, como digo, no soy
de las que examinan almas.
Tengo contigo un secreto
en que será de importancia
tu favor; escucha atento.
TEODORA. ¡Señora!
ROSIMUN. ¡Teodora, calla!
MARCELO. Fía, Princesa, de un hombre

(1) Texto: "donde amanece el sol".

que fuera de ser de España,
es por su padre Beamonte
y por su madre Guevara.
Que no habrá cosa en el mundo
tan dificultosa y rara,
como ser traidor no sea,
que por servirte no haga.
Traeré vellocinos de oro;
libraré de las montañas
del mar Andrómedas presas;
por yerbas iré a Tesalia;
entraré por labirintos;
bajaré a las negras aguas,
sirviéndome de sibilas
el saber que tú lo mandas.
Y está cierta de que tenga (1)
la lengua como la espada,
una en el hacer desnuda,
y otra en el callar con vaina.

ROSIMUN. Satisfecha estoy de ti,
y con esta confianza
sabe, pues sabes quien soy,
que yo fuí en Borgoña amada
de Ludovico, Delfín,
que es el Príncipe de Francia,
con desatinos de mozo,
que amando en nada reparan.
Fuí tan honesta, Marcelo,
y en el mirar recatada,
que eché una llave a mis ojos
por tener segura el alma.
De suerte que cuando el Duque
me dijo que me casaba
le obedecí sin disgusto,
y vine alegre a Bretaña.
El Delfín, como me vió
con Claridoro casada
y que dejaba en el viento
sus deseos y esperanzas,
partió de Francia tras mí,
y entró secreto en mi casa,
que para interés no hay puerta,
ni hay en los palacios guarda.
Pudo tanto, que una noche,
que yo a solas me acostaba
con Teodora, que es Teodora
mi deuda y mi secretaria,
levantando una cortina
salió detrás de mi cama,
fundando su atrevimiento
en lágrimas y en palabras.
Quise dar voces; temí
la honra, porque la infamia
más consiste en que se entienda
que no en que sola se haga.
Callé, y roguéle se fuese;
mas fué su locura tanta
que a mis brazos se atrevió;
saquéle entonces la daga,
y no imitando a Lucrecia
más que en ser honrada y casta,
maté al delfín Ludovico
de dos o tres puñaladas.
Viendo el caso y la desdicha,
el cuerpo metí en un arca,
y de la alfombra y el suelo
lavé la sangre con agua.
Lo que pretendo de ti
es que, como está cerrada,
la saques aquesta noche,
y en el jardín desta casa
la entierres con gran secreto;
y porque hierro ni azada
no la descubra jamás,
siembra encima de la arca
algún rosal u otra flor,
pues hay en el huerto tantas,
y que por el premio vuelvas
mañana en saliendo el alba.

MARCELO. ¿Qué más premio que servirte?

ROSIMUN. Vete, y dame la palabra,
como español caballero,
como hidalgo de Navarra,
de callar aunque te hiciesen
pedazos sobre esta causa.

MARCELO. Si en algún tiempo dijere
que has muerto al Delfín de Fran- [cia
ni que le llevé al jardín,
ni el rosal puse en el arca,
la nobleza de Beamonte
sea mi perpetua infamia,
Ladrón sin Guevara sea,
y no Ladrón de Guevara.

ROSIMUN. ¿Júraslo como español?

MARCELO. Sin juramento bastaba;
que soy un hombre de bien,
y de tanta confianza,
que antes, señora, que diga
lo del rosal y del arca,
nacerán rosas en Scitia,

(1) Texto: "Y está cierta que tenga."

ave Fénix en Arcadia.

ROSIMUN. Vete y ven dadas las diez.

MARCELO. Yo volveré las diez dadas.

(*Vase.*)

TEODORA. ¿Qué fábulas son aquéstas?

ROSIMUN. Probar deste hombre el alma.

TEODORA. ¿Pues cuál arca le has de dar?

ROSIMUN. La de mis joyas.

TEODORA. Repara...

ROSIMUN. No hay que reparar, Teodora;
más pienso darle si calla.

(*Entranse.*)

(*Entran el* DUQUE ALEJANDRO, PERSEO *y* CLAVELA.)

CLAVELA.

No me espanta el rigor de Rosimunda;
tu paciencia me espanta.

ALEJANDRO.

Pues, ¿qué quieres?
¿Qué mal, qué ventura no redunda
a quien tienen sujeto las mujeres?
En este gusto el Príncipe se funda (1),
sin ver que soy hermano, y que tú eres
mujer y hermana suya, y aun sospecho
que tiene ya lo que dudamos hecho.

PERSEO.

Como está de salud ya sin remedio,
y que se va acabando poco a poco,
si no estuviera Rosimunda en medio,
y tú, Alejandro, de su amor tan loco,
ninguno fuera más honesto medio
de cuantos, Duque, en tu remedio toco
que en tomando las fuerzas del estado
estar de gente y de defensa armado.
Mas tú que das en que ha de ser tu esposa,
sin reparar en que tu intento daña
aquesta nueva Sofonisba hermosa,
serás el fénix desta heroica hazaña.
Y ella a tu amor y ruegos desdeñosa
quedará por Princesa de Bretaña,
y eligiendo un francés, pariente suyo
pondrá las plantas en el cielo tuyo.

CLAVELA.

Pues no lo dudes; que el haber casado
a su deuda Teodora con Marcelo,
debe de ser haber los tres tratado
de hacerle dueño.

ALEJANDRO.

La traición recelo.
¿Pues de eso no me hubieras avisado?

CLAVELA.

Súpelo tarde.

ALEJANDRO.

Pues ayude el cielo
nuestra justa intención; que aqueste día
tomo las armas en defensa mía.

(*Entra* AURELINO.)

AURELINO.

Ya como llamas últimas de vela
expira entre congojas Claridoro,
ya, Alejandro y bellísima Clavela,
tenéis Princesa.

CLAVELA.

Su desdicha lloro.

ALEJANDRO.

¿Tan malo está?

AURELINO.

Su presto fin recela,
aunque con habla y con real decoro:
aquesta lenta enfermedad resume
poco a poco el humor, que, en fin, consume.

PERSEO.

¿Qué Princesa tenemos?

AURELINO.

Rosimunda,
por testamento y voluntad postrera.

ALEJANDRO.

¿En qué razón tan loco intento funda?

AURELINO.

Sus partes solamente considera.

PERSEO.

Ella será Semíramis segunda.

ALEJANDRO.

No llegará el valor de la primera,
que no es razón que callen dos hermanos
que desheredan sus injustas manos.
Yo, puesto que legítimo no sea,
soy hijo de su padre (y), en más distancia
está su esposa por quien ver desea
estos estados en poder de Francia.

(1) Texto: "en este gusto el principio se funda."

CLAVELA.

Habla con más cordura.

AURELINO.

Nadie crea,
si lo dices por mí, que la arrogancia
de Rosimunda sufriré; que quiero
ser quien tome las armas el primero.

ALEJANDRO.

¡Oh, famoso Aurelino! Si me sigues,
te daré por mujer mi propia hermana.

AURELINO.

¿Qué puede haber, señor, con que me obligues,
que iguale a su belleza soberana?
Ya es tiempo que estos bárbaros castigues,
su loca furia, su privanza vana;
levanta gente, y, antes que se entienda,
toma las fuerzas del estado en prenda.

ALEJANDRO.

Tú, que has sido tan célebre soldado,
ordenarás lo que mejor convenga,
que si tomo las fuerzas del estado
pocas serán las que su dueño tenga.
Sólo Clavela me ha de dar cuidado.

AURELINO.

Antes Clavela con nosotros venga.

ALEJANDRO.

¿Cómo ha de ser?

CLAVELA.

En traje diferente,
iré segura entre la misma gente.

ALEJANDRO.

¡Pues, alto! El cielo guíe nuestro intento!
¿Adónde iremos?

AURELINO.

A Belflor partamos.
Será nuestro primero alojamiento.

ALEJANDRO.

¿Qué leguas puede haber?

AURELINO.

Catorce.

ALEJANDRO.

¡Vamos!

PERSEO.

Ya llevo un envidioso pensamiento
de que éste goce a Clavela.

ALEJANDRO.

Hoy damos
alto principio a nuestro bien, Clavela.

AURELINO.

¡Llámate Rey!

CLAVELA.

Ponte a caballo y vuela.

(*Vanse.*)

(*Entra* MARCELO.)

MARCELO. Vengo confuso de ver
con secreto tan sutil
el ánimo varonil
desta heroica mujer.
Entré en su cuadra a la hora
ya de los dos concertada,
adonde una arca cerrada
me dieron ella y Teodora.
Toméla en hombros; salí
por una secreta puerta,
y, haciendo un hoyo en la huerta,
en él la arca metí (1).
Cavé unos verdes rosales,
y, sacando dos o tres
encima, sembré a sus pies
por secreto y por señales.
Esto le juré tener
con palabra de hidalgo;
haciéndome cruces salgo
de tan notable mujer.
¡Jesús mil veces! ¡Matar
al heredero de Francia!
Pero será de importancia,
aún con la tierra callar.
No nazcan della las cañas
que dijeron atrevidas
aquel secreto de Midas.

(*Sale* CHACÓN.)

CHACÓN. Ya de mí no te acompañas;
ya no te sirvo; ya soy
sospechoso a tus secretos.

MARCELO. ¿Qué secretos o qué efetos?
De todos cuenta te doy.
No tienes de qué quejarte.

CHACÓN. ¿Y anoche dónde estuviste?

MARCELO. ¿Luego acostar no me viste?

(1) Texto: "en el arca la metí".

CHACÓN. ¿Acostar yo a ti? ¿En qué parte?
MARCELO. Fuí a acompañar un amigo,
si va a decir la verdad.
CHACÓN. Logres tan buena amistad,
pues que ya no voy contigo.
MARCELO. ¿Qué hay en la corte, Chacón?
CHACÓN. Un pregón de harta importancia.
MARCELO. ¿Cómo?
CHACÓN. Que el Delfín de Francia
falta, dice en el pregón.
Y que dan cien mil ducados
a quien diere nuevas dél.
MARCELO. (Arca y rosal del vergel,
a mucho estáis obligados!)
¿Cien mil ducados?
CHACÓN. Y más,
título de Duque a quien
le dé vivo o muerto.
MARCELO. ¿Bien,
tú, Chacón, seguro estás?
CHACÓN. Si vino el pregón dijera,
o perniles de tocino,
de lo que es jamón y vino
mejores nuevas supiera;
pero desto del Delfín
no sé palabra, por Dios.
MARCELO. No medraremos los dos
por este pregón, en fin.

(*Salen* ESTACIO *y* LISARDO *con alabarderos.*)

LISARDO.
¿Está Marcelo aquí?

MARCELO.
Para servirte.
¿Dónde con tantas guardas?

LISARDO.
A prenderte.
Estacio la ocasión podrá decirte.

ESTACIO.
Dicen que has dado a Claridoro muerte.

MARCELO.
¿Es muerto?

ESTACIO.
No.

MARCELO.
Temblaba de oírte (*sic*).

ESTACIO.
Mas queda en gran peligro.

MARCELO.
¿De qué suerte
decís que yo le he muerto?

LISARDO.
Con veneno,
que poco a poco le consume.

MARCELO.
¡Bueno!
¡Oh, envidia cortesana! ¡Qué no puedes!
¿Quién lo dice?

LISARDO.
No sé, todo redunda
de la Princesa, y mientras libre quedes (1)
en aquesta ocasión (2), de Rosimunda,
no excuses la prisión.

MARCELO.
¡Buenas mercedes!

ESTACIO.
En esta larga enfermedad se funda,
y en que tratas amores con Clavela.

MARCELO.
¿Pues cómo mis secretos me revela?
¿Ella dice que yo he tratado amores
con Clavela?

LISARDO.
Y que os vió, jura, abrazados.

MARCELO.
¡Oh, mudable mujer! ¡Cuánto mayores
pudieran ser sus yerros declarados!

ESTACIO.
Aquí no hay replicar.

MARCELO.
¡Vamos, señores!
Chacón, avisa desto a mis criados.

CHACÓN.
¡Hay tal maldad!

MARCELO.
(No crea aunque [me] obliga,
que lo del arca y los rosales diga.)

(*Entranse.*)

(1) Texto: "quedas".
(2) Texto: "de aquesta ocasión".

(Salen con cajas, y bandera, y gente, PERSEO, ALEJANDRO, AURELINO, *general, y* CLAVELA, *en hábito de hombre.)*

ALEJANDRO.

Pondré fuego a Bretaña, y aun a Francia,
Clavela, si defiende a Rosimunda.

CLAVELA.

Que no tendrá valor, si muere el Príncipe,
que a estas horas ya debe de ser muerto,
para tomar las armas, ni le queda
más hombre que a Marcelo.

PERSEO.

Yerro ha sido
no haber muerto a Marcelo, que en efeto
es hombre que las armas tomar puede,
y ejercitado en ellas en España,
donde nacen los hombres más valientes
de toda Europa.

AURELINO.

No te cause pena,
que está ya afeminado con el ocio,
y, una vez olvidado el ejercicio,
no hayas miedo que salga a la defensa.

CLAVELA.

El castillo es aquéste (1).

ALEJANDRO.

¡Fuerte plaza!
¿Qué responde el alcaide?

AURELINO.

Que te acerques.

ALEJANDRO.

Pues haz señal de paz.

AURELINO.

¡Ah del castillo!

(Sale el ALCAIDE *arriba.)*

ALCAIDE.

¿Quién llama con las cajas y trompetas
en tierra tan segura de enemigos?

AURELINO.

Yo soy, Alcaide.

ALCAIDE.

¿Quién?

ALEJANDRO.

¿No me conoces?

(1) Texto: "éste".

El Duque soy.

ALCAIDE.

Yo no conozco al Duque.

ALEJANDRO.

¿Pues cómo no conoces a Alejandro,
de Claridoro, tu señor, hermano?

ALCAIDE.

Si llamas mi señor a Claridoro,
¿por qué llamas con armas en sus tierras?
¿Levántasle por dicha sus estados?

CLAVELA.

Alcaide honrado, al Príncipe le ha dado
veneno Rosimunda, y él la deja
por hechizos Princesa de Bretaña.
Clavela soy, mi hermano, y Aurelino,
y lo noble del reino pretendemos,
que herede a Claridoro el que tuviere
derecho, dando nuestra causa al Papa,
juez neutral y sin pasión. No es justo
que tú des esta fuerza a Rosimunda
contra razón. Mas pues que ya conoces
que habemos de heredarla yo y mi hermano,
nos obligas con darnos el castillo,
para que cuando Dios nos dé el estado,
la primera merced la tuya sea.

ALCAIDE (1).

¿Que Rosimunda es reina de Bretaña?

CLAVELA.

Yo soy Clavela, alcaide, no te mueva
verme en hábito igual, por las traiciones
de una mujer.

ALCAIDE (1).

Vuestra justicia es clara.
Yo levanto el portillo; entrad seguros;
poned vuestra bandera en estos muros.

(Tocan cajas. Entranse.)

(Salen un CARCELERO *y un* ALCAIDE.)

ALCAIDE. Pon esos estrados bien,
que hoy la Princesa visita
la cárcel. Aquéllas quita.
CARCEL. Haz que una alfombra me den
ALCAIDE. Esa tiende, y echa encima

(1) Texto: ALEX., corregido ya en letra manuscrita.

yerbas y olorosas flores:
no hay almohadas mejores.
¡Hola! Esos bancos arrima.
Haya silencio; no salga
hombre sin oír su nombre.

CARCEL. Antes hoy no ha de haber hombre
que de ese bien no se valga.

(*Salen un* RELATOR, *dos alabarderos,* ROSIMUNDA *y* TEODORA, *y* ROSIMUNDA *se asienta en una silla sobre dos gradas.*)

ROSIMUN. Llamad los presos, y diga
las causas el Relator.
A mucho obliga el honor.

TEODORA. A mucho el honor te obliga.

ALCAIDE. Ya están aquí, gran señora,
los que se han de visitar.

ROSIMUN. Bien pueden, alcaide, entrar.

RELATOR. Estos son Fabio y Leonora.

ROSIMUN. ¿Quién pide?

RELATOR. Ella pide a Fabio.

ROSIMUN. ¿Cómo?

RELATOR. Es su esclava, y pretende
probar que es libre.

ROSIMUN. Defiende
del tiempo el mayor agravio,
que es perder la libertad.
¿Cómo lo prueba?

RELATOR. Que tiene
un hijo.

ROSIMUN. A ser libre viene.

FABIO. Gran señora, no es verdad.

ROSIMUN. ¿Cómo? ¿No es el hijo tuyo?

FABIO. No, señora.

ROSIMUN. Pues, Leonora,
¿por ser tú libre agora
el hijo de otro haces suyo?

LEONORA. Señora, sábelo Dios,
a quien pongo por testigo.

ROSIMUN. Oíd los dos lo que digo,
pues Dios lo sabe y los dos:
el niño se ha de vender,
pues dice que no es su padre
Fabio, y líbrese su madre
con lo que puede valer.

FABIO. Señora, el esclavo es mío,
y venderle no es razón,
quien la vió en mi posesión
ya pierde aquel señorío.

ROSIMUN. No hay que tratar; vendan luego
el esclavo por rescate
de su madre.

FABIO. No se trate
por Dios, señora, te ruego,
de vender el niño.

ROSIMUN. ¿No?
¿Luego eres su padre?

FABIO. Sí.

ROSIMUN. ¿Por qué me negaste a mí
lo que vi en tus ojos yo?

FABIO. Para no perder la esclava;
mas por no verle vender
todo lo quiero perder.

ROSIMUN. Por darte castigo estaba,
que de ejemplo te sirviera.
Ve libre.

FABIO. ¡El cielo te guarde!

ROSIMUN. Llamad presos, que es ya tarde
para ver quien nunca viera.

(*Sale* HORTENSIO.)

RELATOR. Este es Hortensio.

ROSIMUN. Leed.

RELATOR. Tres hombres Hortensio ha muerto.

ROSIMUN. ¿Cómo?

RELATOR. Es soldado del puerto
con ventaja y con merced.
Y estos tres enemigos
le salieron a matar
después de paces, y estar
fiado en que eran amigos.
Vióse de los tres cercado;
tiró la daga al primero;
dejóle del golpe fiero
todo el cuerpo atravesado.
Echó la capa al segundo,
y de suerte le cegó
que envuelto en ella le dió,
con que le sacó del mundo.
Y quedándole el tercero,
cuerpo a cuerpo le mató.

ROSIMUN. ¿No ha hecho más?

RELATOR. Señora, no.

ROSIMUN. Para la guerra que espero
te nombro por capitán,
y mil ducados te den.

HORTEN. Beso tus pies.

TEODORA. Hacéis bien,
que bien menester serán.

RELATOR. ¡Qué sentencias tan discretas!

ALCAIDE. ¡La defensa es natural!

(*Entran* CELIO *y* ANÍBAL.)

RELATOR. Aquí Celio y Annibal.
ROSIMUN. ¿Quién son éstos?
RELATOR. Dos poetas
parecen en tu presencia.
ROSIMUN. ¿Cuál se querella de cuál?
RELATOR. A Celio pide Annibal.
ROSIMUN. ¿Qué pide?
RELATOR. Un hurto.
CELIO. ¡Paciencia!
ROSIMUN. ¿Qué te ha hurtado?
ANNIBAL. Cada día
hurta los versos que hago;
todos los coge, y en pago
dice mal de mi poesía.
CELIO. Señora, este hombre es tan vano,
que hurtarle sus versos llama
decir cristal, oro, fama,
sol, margen, marfil, Silvano,
ámbar, pancaya (1), coral,
perlas, nácares, aromas,
que es poesía con redomas,
y rétulo en cada cual.
A Vuestra Alteza suplico
que, pues es común la lengua,
no se me atribuya a mengua
lo que de la lengua aplico.
ANNIBAL. ¡Vive el cielo, que ha hurtado
cuanto escribo, y dice mal
de mis sonetos!
CELIO. No hay tal.
ROSIMUN. ¡Quedo! Que me dais enfado.
ANNIBAL. ¿A qué pena le sujetas?
ROSIMUN. A que os vais sin replicar,
porque decir mal y hurtar
es costumbre de poetas.
ANNIBAL. ¡Vive Dios, que te he de hacer
una sátira!
CELIO. ¿Tú a mí?

(*Vanse riñendo.*)

(*Entre* MARCELO.)

RELATOR. Ya viene Marcelo aquí.
ROSIMUN. Su causa puedes leer.
RELATOR. Marcelo está por tu gusto.
ROSIMUN. Por su delito dirás.
MARCELO. ¿Delito?
ROSIMUN. ¿Puede ser más
que ser traidor a un Rey justo?
MARCELO. ¿Yo traidor?
ROSIMUN. ¿No es traición
darle veneno un copero
a su señor?
MARCELO. Darte quiero
de mi honor satisfacción.
ROSIMUN. ¿Qué satisfacción? No sabe
que es esto verdad Teodora?
MARCELO. ¿Tú sabes esto, señora?
TEODORA. Sé que tu delito es grave.
MARCELO. ¿Luego yo no soy leal?
ROSIMUN. No, sino infame.
MARCELO. (Matarme
puedes, pero no obligarme
a decir lo del rosal.)
ROSIMUN. ¿No se tomó juramento
a Teodora, Relator?
RELATOR. Díjome que era mejor
que tú propia en tu aposento
hicieses tu información.
ROSIMUN. ¿Qué información, siendo cierto
que con veneno le ha muerto?
RELATOR. Siendo cierto, es gran traición.
ROSIMUN. ¡Y cómo si es cierto!
MARCELO. ¿Yo al Príncipe di veneno?
ROSIMUN. A la muerte le condeno:
él sin duda le mató.
Que el estar con tal flaqueza,
y morirse poco a poco,
que ya está cuerdo y ya loco,
y ya con tan gran tristeza,
son deste veneno efetos.
Vamos, Teodora, de aquí.
MARCELO. Señora, mira que fuí
leal siempre a tus secretos.
Mira que soy español,
Beamonte hidalgo y Guevara;
mira...
ROSIMUN. Si tu culpa es clara
como los rayos del sol,
¿qué importa que hidalgo seas,
ni Guevara ni Beamonte?
Calla, y a morir disponte.
MARCELO. ¡Que de mí esta infamia creas!
ROSIMUN. Español era Belido,
y de hidalgo se preció,
y al rey don Sancho mató.
MARCELO. ¡Qué buena paga he tenido
de servicios que te he hecho!
ROSIMUN. ¿Tú a mí? ¿Cuándo? ¿Es obligarme

(1) Corregido al margen el texto, que dice: "pançava".

mi esposo amado quitarme?
MARCELO. ¡De un mármol es tu pecho!
ROSIMUN. ¡Vamos!
MARCELO. ¿Hay desdicha igual?
(Pues no hayan miedo que diga,
aunque tu crueldad me obliga,
lo del arca y del rosal.)

(*Vanse todos, y queda solo* MARCELO.)

MARCELO.

Soberbia tiene el agua en su elemento;
el aire que los árboles quebranta,
la tierra, que bramando se levanta,
hace temblar su mismo fundamento;
consume el fuego con rigor violento;
un rayo entre relámpagos espanta;
y de un toro español la fuerza es tanta,
que saca una columna de su asiento;
tiembla de aquesta máquina el decoro,
cuando agua, fuego y viento irreparable
escurecen del sol los rayos de oro;
pero es mayor rigor incomparable,
que agua, aire, tierra, fuego, rayo, toro,
la ingratitud de una mujer mudable.

(*Sale el* ALCAIDE.)

ALCAIDE.

Marcelo, a no tener noticia clara
de tu valor y nacimiento ilustre
probara consolarte con razones
y te esforzara a la vecina muerte;
pero pienso del ánimo y la sangre
con que naciste, que era dar consuelo
en la prisión a Séneca o a Sócrates.
Aquí te aguarda ya quien te confiese.
Dios sabe si me pesa. Soy mandado
de quien tiene poder.

MARCELO.

¡Alcaide notable!
Ya conozco tu celo, y lo agradezco.
Este es rigor de una mujer francesa,
colérica, mudable, ingrata, loca,
que, como Claudio emperador, se olvida
de una hora a la otra lo que dice y hace.
El cielo le dará justo castigo,
a quien mi sangre e inocencia ofrezco.

(*Entra* ESTACIO.)

ESTACIO.

La Reina, alcaide, este papel te envía.

ALCAIDE.

En la boca le pongo y en los ojos.

(*Lea.*)

ESTACIO.

Lee entre tanto que a Marcelo hablo.
Marcelo amigo, ¿qué desgracia es ésta?

MARCELO.

Nacer para morir, señor Estacio;
enemigos, envidia, mal consejo,
gobierno de mujer, ira del cielo
y desdicha que nace con los hombres.

ALCAIDE.

El papel he leído.

MARCELO.

¿Qué te escribe?

ALCAIDE.

Que te dé libertad y que al momento
te lleve Estacio a verla; que le importa
que a Clavela castigues y a Alejandro,
levantando las armas en su nombre,
porque las ha tomado contra el Príncipe.

ESTACIO.

Los brazos quiero darte.

ALCAIDE.

Y yo los míos.

MARCELO.

Del cuchillo al bastón. Vamos, Estacio;
que quien sirve a mujer ha de hacer cuenta
que ha de tener su vida y su fortuna
sujeta a las mudanzas de la luna.

JORNADA TERCERA

(ROSIMUNDA *y* TEODORA.)

ROSIMUN. Ya mi determinación
tiene el lugar que te digo;
ya son contra mí y conmigo
el amor y la razón.
Aunque sin razón le amé,
ya con razón debo amalle,
y las prendas entregalle,
que por las suyas dudé.
Ya no hay de qué estar dudosa,
tú verás como hoy ha sido
el silencio agradecido
de una lealtad generosa.

Ya vengo determinada
de fiar mi honor a quien
calló, Teodora, tan bien,
viendo a su cuello la espada.
Marcelo, ¡vítor!, no hay más.
Hoy es mi dueño Marcelo.

TEODORA. Ya no hay que tener recelo,
bien asegurada estás.

ROSIMUN. Viva o muera Claridoro,
Marcelo me ha de gozar,
si supiese aventurar
mayor reino y más tesoro...

TEODORA. Los términos que ha tenido
obligan.

ROSIMUN. Hoy en el templo
de la fama será ejemplo
del silencio agradecido.

(*Entra* MARCELO.)

MARCELO. El alcaide me ha mandado,
señora, que venga a verte,
cuando en el trance más fuerte
me vi a morir condenado.
Llevábame a confesar,
donde ofensa contra ti
no confesara de mí
ni en mí se pudiera hallar.
Y llegó a este tiempo Estacio
con el papel que me dió
la libertad, con que yo
la cárcel trueco en Palacio.
Que no sé si todo es uno.
en razón de libertad,
pues mirando mi lealtad
no está seguro ninguno.
Tan sin guarda me han dejado,
que bien me pudiera ir;
pero nunca sabe huír
un inocente culpado.
Vesme aquí: dame la muerte,
que si el cielo algo ignorara,
aún al cielo negara
tu crueldad por no ofenderte.

ROSIMUN. Marcelo, ya he conocido
que eres español navarro,
más leal y más bizarro,
que cuantos della han nacido.
No te espante mi rigor,
antes me espanto de ti,
que no conozcas de mí
que todo, todo es amor.
Y pues ya la prueba es tal
que todo el temor deshace,
es bien que sepas que nace
deste amor fuego inmortal.
Luego que te vi, Marcelo,
junto a mi enfermo marido
dijo al alma: "Este es el ido,
y esotro es el mar del cielo."
Creíla y al mar de amor
las velas tendí en el viento;
mas quiso el entendimiento
la nave cargar de honor (1).
Resistíme a la tormenta,
que levantaba el amor
con la carga del honor,
que de amor vitoria intenta.
Ya te desterraba a España,
ya te enviaba a llamar,
ya te mandaba matar,
del honor injusta hazaña.
Y ya lloraba tu muerte;
pero, viendo tu defensa
se quejó amor de la ofensa,
y me resolví en quererte.
Pero viendo que entregarte
tanto honor no era razón,
sin saber tu condición,
quise primero probarte.
Y para que mejor creas
que éste fué todo mi fin,
ve al jardín, que en el jardín
quiero que al de Francia veas.
Porque quitando el rosal
mis joyas hallarás dentro,
que aún podría ser encuentro
que no te estuviese mal.
Cien mil ducados de precio
tiene el arca, y no al Delfín.
Todos, mi Marcelo, a fin
de agradar a honor tan necio.
Callaste, y así imagino
callarás en lo demás,
y que el premio gozarás
de tanto silencio digno.
Que, muriendo Claridoro
desta larga enfermedad,
de Bretaña tu lealtad
tendrá la corona de oro.
Serás mi esposo, y serás,

(1) Texto: "las naves de honor cargar".

Marcelo, todo mi bien.
MARCELO. (Si esto es verdad, hoy también
tu rigor me pagarás.
Que aunque tu grande hermosura,
discreción y majestad,
obligan mi voluntad
a estimar tanta ventura,
tengo de hacerte penar
casi de la misma suerte.)
ROSIMUN. ¿Qué tardas en resolverte?
¿Qué tienes tú que pensar?
¿Eres el qué pierde?
MARCELO. No,
sino el que gano este bien,
de que un gran parabién
me diera a mí mismo yo (1)
si dél estuviera cierto;
mas conozco tus mudanzas
y sé que a mis esperanzas
desde lejos burla el puerto.
Yo te conozco, señora,
bien a mi costa.
ROSIMUN. ¡Marcelo!
¡Deja ese vano recelo!
¡Dile la verdad, Teodora!
Di lo que sabes de mí.
TEODORA. Marcelo, todo es verdad;
sólo probar tu lealtad
se ha pretendido de ti.
Tu silencio agradecido
lo será con premio tal (2),
que compita el ser igual
a lo mucho que has sufrido.
No dudes; goza tu suerte,
este bien, este tesoro,
en tanto que a Claridoro
cubre los ojos la muerte;
que luego serás marido
de la Princesa.
MARCELO. Teodora,
temo.
TEODORA. Confirma, señora,
lo que he dicho, y cierto ha sido,
dando a Marcelo tus brazos.
ROSIMUN. Ven, Marcelo.
MARCELO. ¡Ay, Dios! ¿Qué haré,
que del bien que el alma ve
me están temblando los brazos?

(1) Texto: "me diera a mí mismo".
(2) Texto: "será con premio tal".

TEODORA. Marcelo, pues siempre has sido
hombre de tanto valor,
sabe también que el amor
no pierde por atrevido.
¿Qué estás cobarde? ¿Qué dudas?
¿Quieres que ella llegue a ti?
MARCELO. Sí, Teodora.
TEODORA. ¿Cómo?
MARCELO. Sí.
TEODORA. ¡Qué bien tu respeto ayudas!
¿Pues ella te ha de abrazar?
MARCELO. Por tan mudable la tengo,
que pienso que si yo vengo
primero a querer llegar,
entre el amor y los brazos,
de quererme arrepentida,
me mande quitar la vida,
y destos pase a otros lazos.
TEODORA. ¿Pues eso había de hacer?
MARCELO. ¿No se le puede acordar,
que le queda que probar,
y vuelva a hacerme prender?
TEODORA. Señora, de escarmentado
está Marcelo encogido.
ROSIMUN. Es hombre, y ha conocido
que es con tanto extremo amado.
Dame cuerda como a pez
que está asido en el anzuelo.
Yo te abrazaré, Marcelo,
por esta primera vez.
Tuya soy, tuyos los brazos,
tuya el alma.
MARCELO. ¡Vive Dios!,
que sospecho que las dos
me cogéis en nuevos lazos.
Yo me tengo de vengar. (*Aparte.*)
ROSIMUN. ¿Lazos, mi bien, amor mío?
Presto veréis si os confío
del alma el mayor lugar.
MARCELO. Mil señas he menester
para estar de ti seguro.
ROSIMUN. Amor, que te adoro juro.
MARCELO. No hay juramento en mujer.
Para que crea que es cierto
este amor, Princesa mía,
hemos de hacer este día
entre los dos un concierto.
ROSIMUN. ¿Y cuál es?
MARCELO. Para que esté
seguro, has de hacer tres cosas.
ROSIMUN. ¿Serán muy dificultosas?

MARCELO. Las que has de hacer te diré.
La primera, has de abrazarme
en público, Rosimunda.
ROSIMUN. ¿Qué dices?
MARCELO. La segunda,
el sello del reino darme.
La tercera hacerme a mí
tu capitán general.
ROSIMUN. Las dos me están muy mal.
MARCELO. Pues esto has de hacer por mí.
ROSIMUN. No sé que pueda negarte
quien te confesó quererte.
¿Qué puedo errar que no acierte,
mi bien, después de abrazarte?
Advierte que soy mujer
que a declarar se comienza,
.... (1)
no queda más que perder.
MARCELO. Esto pretendo de ti
para confianza sola.
TEODORA. Alguna treta española (*Ap.*)
temo.
MARCELO. Vengaréme ansí.

(*Entra* ESTACIO.)

ESTACIO.

Aunque a tus hermosas manos convenían
mejor los arcos, Rosimunda bella,
de la diosa de Arcadia cazadora,
cuando dejando de ser luna en el cielo
por su pastor bajaba al monte Latmo,
que no las armas de los hombre dignos,
pues tan enfermo Claridoro yace,
que ya pierde la habla y casi expira,
que las tomes, señora, te conviene
por la defensa deste reino mísero.

ROSIMUNDA.

¿Qué es esto, amigo Estacio? ¿Armas? ¿Qué [dices?

ESTACIO.

El Duque, tu cuñado, con su hermana
Clavela tienen ya cuatro castillos,
que son toda la fuerza de Bretaña.

(*Salen* LISARDO *y* FIDORO.)

LISARDO.

¿Está aquí la Princesa?

(1) Falta un verso.

ROSIMUNDA.

¿Qué hay, Lisardo?

LISARDO.

De Alejandro, señora, llegan nuevas,
que ha desposado su traidora hermana
con Aurelino, cuya espada, ingenio,
experiencia y valor han sido parte
para que se le rindan cuatro fuerzas,
en que la de Bretaña toda estriba.

MARCELO.

¿Clavela se ha casado?

ROSIMUNDA.

¿Eso preguntas?

MARCELO.

Teme tu daño, que Aurelino es hombre
que por el interés del casamiento
pondrá en aprieto tu persona y vida.

ROSIMUNDA.

Débete de pesar.

MARCELO.

Nunca, señora,
tuve envidia de nadie.

ROSIMUNDA.

Agora alguna.

MARCELO.

De que algún hombre fuese vitorioso,
de que alguno jugase bien las armas,
o fuese celebrado por las letras,
de que venciese cuerpo a cuerpo un campo,
compusiese algún libro, o respondiese
alguna cosa digna de memoria,
es verdad que he tenido alguna envidia,
como tenerla debe un hombre noble,
que esta envidia es virtud para imitarla,
y no para dañar al que la tiene;
mas que a ninguno, aunque acertase mucho,
que se casase hubiese yo envidiado
de ninguna manera, por Dios vivo.

ROSIMUNDA.

Ahora, caballeros, aunque piensa
Alejandro que, muerto Claridoro,
no le queda a Bretaña más defensa,
quiero que entienda que en las hebras de oro
el peine de Semíramis guardado
defiende agora el femenil decoro.

Por no dejar mi esposo (1) no he sacado
yo misma de Bretaña la bandera,
de varonil valor el pecho armado.
Pero en lugar del que tener quisiera,
Capitán general hago a Marcelo,
a cuyas manos el rebelde muera.
Todos sabéis que su lealtad y celo,
su espada y experiencia ha merecido
ser Atlante del peso de mi cielo.
Y porque su silencio agradecido
muestre mayor valor en esta hazaña,
que le sigáis y obedezcáis os pido.
Doy a Marcelo el sello de Bretaña,
para que ordene a su contento y gusto
con la lealtad de que se precia España;
y para que veáis que el hecho es justo,
mirad lo que le amaba Claridoro,
cuando a la envidia le parezca injusto.
Mas para confirmarle en su decoro,
a usanza de Borgoña, patria mía,
y de cuanto gobiernan lises de oro,
Le doy mis brazos, y desde este día
.... (2)

FIDORO.

Justamente su estado le confía.

ESTACIO.

Sus notables servicios galardona.

LISARDO.

Solo Marcelo merecer pudiera,
tantas mercedes.

TEODORA.

Su virtud le abona.

MARCELO.

Si con palabras responder pudiera
tu nombre, gran señora, levantara
desde mi lengua humilde a la alta esfera.
Mas pues amor en obras se declara,
y en ellas solas paga quien las debe,
presto verás, si tu favor me ampara,
que la fama a su número de nueve
añade un capitán.

ROSIMUNDA.

¿Estás contento?
¿Qué quieres más en que mi amor te pruebe?

MARCELO.

No dudo ya de tu amoroso intento
cosa ninguna. Partiré a servirte.

ROSIMUNDA.

Venme primero a ver, mucho amor siento.

FIDORO.

Todos, Marcelo, habemos de seguirte,

MARCELO.

Tan vuestro soy, señores, como he sido.

ROSIMUNDA.

Antes que vayas tengo que decirte...

MARCELO.

Hoy veré mi silencio agradecido.

(*Vanse.*)

(*Salen* CLAVELA, *de soldado, y* AURELINO.)

AURELIN. Mientras que Marte sangriento
deja descansar la espada,
divierte, Clavela amada,
mi amoroso pensamiento.
Este compuesto jardín
te da un estrado de flores,
donde escuchas ruiseñores
mientras que duerme el clarín.
Cuéntame aquí, por tu vida,
cómo te va con la guerra.
CLAVELA. Lo que de bizarra encierra
a seguirla me convida.
No soy la primer mujer
que lleva en la guerra amor.
AURELIN. ¿Amor tienes?
CLAVELA. El mayor
que es posible encarecer.
AURELIN. El dueño te preguntara,
si atrevimiento no fuera.
CLAVELA. Pienso que no le encubriera,
temiendo que se agraviara.
Pero no quieras saber
cosas que encubro de mí,
que no soy quien prometí
que sería tu mujer.
AURELIN. Desa suerte no soy yo
el dueño del amor tuyo,
y de mis celos arguyo
quién los que tengo me dió.
CLAVELA. ¿Sospecharás de Marcelo?
AURELIN. ¡Ojalá sospecha fuera!
CLAVELA. No trates desa manera

(1) Texto: "Por no dexar a mi esposo".
(2) Falta un verso.

mi buen pensamiento y celo.
Cantad algo que divierta
conversación tan cansada.

AURELIN. ¿Cánsaste de verte amada?

CLAVELA. ¡Este instrumento concierta!

AURELIN. Mal podrá ponerle bien,
imitando este rigor,
si unas cuerdas son amor,
y otras cuerdas son desdén.

MÚSICO. No viene tan destemplado
que amor y desdén parezca.

AURELIN. ¡Canta de amor que enloquezca!

CLAVELA. ¡Canta de ausencia el cuidado;

MÚSICO. "De amor que con celos arde
Dios me guarde.
Amor y sufrir ausencia
paciencia.
Los celos son en amor
lo que es el agua en la fragua;
que crece el fuego con agua
y el querer con el rigor;
de sufrir su loco ardor,
y de que su furia aguarde.

AURELIN. Dios me guarde.

MÚSICO. Amar y sufrir ausencia.

CLAVELA. ¡Paciencia!

MÚSICO. ¿Qué paciencia puede haber
para amar y estar ausente,
si el ausente espera y siente
cuanto mal puede temer
para amar y padecer
celos y olvido en ausencia?

CLAVELA. ¡Paciencia!

MÚSICO. De amor que con celos arde.

AURELIN. Dios me guarde."

(*Entra* ALEJANDRO.)

ALEJAN. Deja, Aurelino, el jardín,
deja las flores y rosas,
deja la música alegre,
deja las fuentes sonoras,
deja los amores tiernos,
deja las palabras locas,
toma el acerado escudo,
saca la espada famosa,
gobierna el caballo fuerte
nuestras banderas tremola,
advierte a la diestra gente
rige la gente bisoña:
porque el capitán Perseo
viene de la corte agora,
donde vió que contra mí
Rosimunda un campo forma.
Dos mil caballos le cercan
a cuyos dueños adornan
blancas y lucidas armas,
desde la planta a la gola.
Seis mil infantes bretones
siguen con galas vistosas
sesenta banderas blancas,
que atraviesan cruces rojas.
General está nombrado;
¿pero a quién pensáis que nombra?
Al mismo que ha perseguido
de Claridoro celosa.
Ya al español Marcelo,
de españoles gloria y honra,
el bastón le dió y los brazos;
querrále dar la corona.
¡Al arma, al arma, Aurelino!
Salgan las lucidas tropas
de nuestra gente a su encuentro;
las cajas los parches rompan.
Suene por el viento el bronce (1);
las banderas victoriosas,
como velas de navíos
hagan en los aires ondas;
relinchen nuestros caballos,
y baste su furia sola
a que las espaldas vuelvan.

AURELIN. A justa empresa me exhortas,
a noble hazaña me llamas,
a ilustre fama provocas,
Ya me conoce Marcelo;
Marcelo sabe mis obras,
y que sé yo castigar
arrogancias españolas.
¡Animo, nuevo Alejandro!
¡Animo, Clavela hermosa!;
salgámosles al encuentro.

CLAVELA. Si tú las banderas tomas,
no dudo, fuerte Aurelino,
que en las murallas las pongas.

ALEJAN. Juntemos la gente.

AURELIN. ¡Vamos!

(*Tocan al arma.*)

CLAVELA. Tuya será la victoria;
¡ay, Marcelo!, que me llevas
de tus venturas celosa.

---

(1) Texto: "suene por el bronce el viento".

¿Quién duda que Rosimunda
ya te quiere bien y adora,
y que, Claridoro muerto,
te entregará la corona?
Mas yo tomaré las armas,
y le quitaré la gloria,
que no hay furia como celos
ni ofensa como en la honra.

(*Vanse.*)

(*Tocan cajas. Entra* CHACÓN.)

CHACÓN. ¡Esto sólo nos faltaba
en tantas persecuciones!
No ha una hora que preso estaba,
y ya le entrega escuadrones
y su fuerte brazo alaba.
Allí le sentencia a muerte,
y aquí le entrega las llaves
de lo más seguro y fuerte;
hierros y desdenes graves
en honra y amor convierte.
¡Oh, mudanzas de mujer!
Crecientes olas del mar,
veletas de parecer,
tornasoles del pesar
en la mitad del placer.
¿Pero quién me mete a mí
en sus bajíos y escollos?
Las altas vivan en sí,
yo castigaré mis tollos,
si se burlaren de mí.
Aquí dijo que viniese
antes que la alba saliese,
porque menester me había.
Parece que rompe el día,
aunque a la noche le pese;
muy altas van las Cabrillas,
aunque soy poco estrellero;
ya con nuevas maravillas
muestra la aurora al lucero (1)
las encarnadas mejillas.
Todo se va declarando;
pero una pequeña puerta
oigo abrir. ¿Estoy soñando?

(*Salen* MARCELO *y* ROSIMUNDA.)

Mi amo es, y, entreabierta,
está con la reina hablando.
¡Ah borracho! ¿En que se ha [puesto?
Aquí nos ha de matar.

(1) Texto: "la aurora el lucero".

MARCELO. ¡Que amaneciese tan presto!
ROSIMUN. Debió el alba de envidiar
la gloria en que amor me ha puesto.
MARCELO Antes, señora, la mía,
y competencia sería
que tiene conmigo el sol.
ROSIMUN. ¡Ay, mi adorado español!
¡Nunca amaneciera el día!
CHACÓN. ¡Cómo que no amaneciera!
Casamiento hay, ¡vive Dios!
MARCELO. ¡Quién, mi señora, pudiera
por no apartarse de vos
cerrar el sol en su esfera!
CHACÓN. ¡Oh, mentecato atezado!
¿El sol querría cerrar,
habiéndole Dios mandado
que alumbre al mundo?
ROSIMUN. El pensar
tu ausencia me da cuidado.
MARCELO. Mira, señora, que es tarde (2),
y he de partir con la gente,
de quien hice ayer alarde.
ROSIMUN. Moriré, Marcelo ausente.
MARCELO. ¡El cielo, mi bien, te guarde!
ROSIMUN. ¡Ay, Dios! Un hombre está allí;
¿pues cómo? ¿Gente has traído
que aquesto entienda de mí?
MARCELO. Chacón, mi señora, ha sido,
que viene a buscarme aquí.
ROSIMUN. ¿De qué suerte?
MARCELO. Su afición
le obliga.
ROSIMUN. Pues no es razón,
que aquesto haya visto y viva;
mi honor y secreto estriba
en que des muerte a Chacón.
MARCELO. Mira que es hombre de bien.
ROSIMUN. Marcelo, no hay que tratar;
haré que muerte le den.
MARCELO. Pues yo le sabré matar,
y a mí, si quieres, también.
ROSIMUN. Muera luego, ¡adiós!
MARCELO. ¡Adiós!
Enojada se ha partido.
ROSIMUN. Esto es sólo para vos

(*Vase.*)

MARCELO. ¿Habrás por dicha entendido
que es concierto entre los dos?

(1) Texto: "que es ya tarde".

¿Quién va?
CHACÓN. Tu lacayo va.
MARCELO. El diablo te trujo aquí.
CHACÓN. ¿Por qué?
MARCELO. Porque vienes ya
sentenciado a muerte.
CHACÓN. Ansí
alguna joya se da.
MARCELO. Vió la Princesa, Chacón,
que viste que yo salía
de palacio; en conclusión
en que te mate porfía.
CHACÓN. Cosas de los diablos son.
¿No me mandaste venir?
MARCELO. No tan cerca, majadero,
que vieses la puerta abrir.
CHACÓN. Yo vine sólo al terrero.
MARCELO. Entierro puedes decir.
CHACÓN. ¿Hablas, de veras, señor?
MARCELO. Dice que en este secreto
estriba todo su honor.
CHACÓN. Bien me pagas, te prometo,
servicios con tanto amor.
Mas será burla.
MARCELO. Si fuera
burla, no te declarara
que es mi esposa, y si dijera
que me quiere, no importara,
pues te he de matar.
CHACÓN. ¡Espera!

(*Híncase de rodillas.*)

Que ¡vive Dios!, que lo tratas
como si fuese chacota.
MARCELO. ¡Vuélvete a Dios!
CHACÓN. ¿Ya me matas?
MARCELO. ¿Qué imagen tienes devota?
CHACÓN. Detén las manos ingratas,
y una industria te daré,
que remedie sin matarme,
lo que sin mi culpa fué.
MARCELO. Rosimunda ha de mirarme:
¿cómo excusarlo podré?
CHACÓN. Ya sé que estará acechando;
finge cortarme la lengua,
que mal podré yo no hablando
decir lo que tiene a mengua.
MARCELO. ¿Y has de estar siempre callando?
CHACÓN. Sólo contigo hablaré;
con los demás seré mudo.
MARCELO. ¡Daca la lengua!
CHACÓN. No sé
si te la fíe, que dudo
que nunca más la veré.
MARCELO. ¡Muestra, necio!
CHACÓN. Jura.
MARCELO. Juro.
CHACÓN. ¿A quién?
MARCELO. Por el Rey de España.
CHACÓN. ¿Cierto?
MARCELO. Muestra.
CHACÓN. Ya procuro
sacarla.
MARCELO. El tardar me daña.
CHACÓN. Y a mí el no estar muy seguro.
Vesla aquí.
MARCELO. Bastante está;
haré que la corte ya,
por si la Princesa mira.
CHACÓN. Ba, ba, ba.
MARCELO. ¡Llora, suspira!
CHACÓN. ¡Señor!
MARCELO. ¿Hablas?
CHACÓN. Ba, ba, ba.

(*Vanse.*)

(*Sale el* DUQUE DE BORGOÑA; *él traiga bastón de General con gente.*)

DUQUE.

Rendid esas banderas a los muros;
que yo vengo de paz.

SOLDADO 1.º

Ya están rendidas,
y la ciudad conoce tus banderas.

DUQUE.

Sabiendo el mal estado que tenía
la salud de mi yerno Claridoro,
y el peligro forzoso de mi hija,
vine a poner defensa a su persona.

SOLDADO 2.º

Los soldados que ya la ciudad tiene
hacen salva a los tuyos.

DUQUE.

Gente sale,
que el capitán que le encubre (*sic*) acompaña.

(*Entran* ESTACIO *y un* CAPITÁN.)

ESTACIO.

Rosimunda, tu hija y mi señora,

excelso Duque, a recibir me envía
a tu excelencia con algunos nobles,
y no viene en persona, ni te muestra
de tu venida el justo regocijo
en fiestas que el contento manifiesten,
porque hoy al alba ha dado a Claridoro
un accidente, con que ya en sus brazos
habrá rendida el alma cuando llegues.

DUQUE.

Bastante es la disculpa. Sabe el cielo
lo que me pesa, aunque por otra parte
me huelgo hallarme (1) en ocasión tan triste,
y de tanta importancia a Rosimunda.

ESTACIO.

Por heredera de Bretaña queda;
pero tienen Clavela y Alejandro
cuatro fuerzas del reino, y, fuera desto,
tanta copia de gente, que hoy nos dicen
quieren ponerla a vista destos muros.
Mas ya sale a buscarle y detenerle
el más gallardo joven que ha nacido
en los famosos límites de España:
a quien dió ayer el título de Duque,
del reino el sello, y el bastón que digo.

DUQUE.

Vaya en buena hora, y quedaré contento,
a guardar la ciudad y su persona.
¡Toca a marchar!

ESTACIO.

Por una puerta sale

(*Toca a marchar.*)

Marcelo con su gente, y tú por otra
entras con la famosa tuya.

DUQUE.

El cielo
le dé vitoria al español Marcelo.

(*Entranse.*)

(*Salen* PERSEO *y* AURELINO.)

PERSEO. Si se hubiera de mirar
merecimientos, o fuera,
Aurelino, el que debiera (2)
lo que pretendas gozar...
Y pues te precias de ser
tan discreto y entendido,
agradece el ser marido
de tan discreta mujer,
o deja la pretensión
del reino, que es arrogancia,
que estará poca distancia
de tu engaño y perdición.
No seas Luzbel tan loco,
que te derribe del cielo,
o con su espada Marcelo,
o yo con tenerte en poco,
que si no te doy favor
subido habrás por tu mal.

AURELIN. Sabes que soy general.

PERSEO. Sé de Alejandro el temor;
porque si él valor tuviera,
¿qué necesidad tenía
de darte a quien ser debía
de un rey que la mereciera?
Pero tras ser lo que sabes
vínole el cobarde bien.

AURELIN. ¿Sabes que soy yo con quien
tratas de cosas tan graves?
¿Sabes que el darme a Clavela
de mis méritos nació?

PERSEO. Sé que su hermana te dió
por tu lisonja o cautela,
y que si más que gozalla
pretendes, estoy yo aquí,
que pretendo el reino.

AURELIN. Di.
Si el ver que mi lengua calla,
por la ocasión en que estoy,
¿no te da conocimiento
de que tengo entendimiento
y que mayor que tú soy?
¿A qué quieres remitir
tu intención tan mal guiada?

PERSEO. A esta mano y a esta espada;
a darte muerte, o morir.

AURELIN. ¡Muera el villano arrogante!
Que es mucha vergüenza mía
sufrir su descortesía.

PERSEO. Defenderte es importante;
pero de palabra no.

(*Sale el* DUQUE ALEJANDRO, *con bastón, y se pone en medio.*)

ALEJAN. ¿A este tiempo, caballeros?
¡Basta! ¡Quedo! ¡Menos fieros,
que estoy de por medio yo!

PERSEO. Si no lo estuvieras...

(1) Texto: "Me huelgo en hallarme".
(2) Texto: "dixera", corregido ya de antiguo.

AURELIN. Bien,
porque te fuera muy mal.
ALEJAN. ¿Qué es aquesto, general?
PERSEO. Yo te lo diré también.
AURELIN. ¿No tengo yo lengua?
PERSEO. Sí,
que es propio a quien faltan manos.
AURELIN. Y ser libres los villanos
cuando hay gente, como aquí.
ALEJAN. ¡Basta ya!
AURELIN. Tiene intención,
Perseo, de hacerse Rey.
ALEJAN. ¿Por qué derecho? ¿Qué ley?
¿con qué acción, causa y razón?
PERSEO. Si tú eres tal que le obligas
a que él también lo pretenda,
¿qué mucho que yo defienda
que él lo haga y tú lo digas?
ALEJAN. Ya me toca defender
mi parte contra los dos.
Traidores sois.
AURELIN. ¿Yo?
ALEJAN. ¡Por Dios,
que lo sois, o queréis ser!
PERSEO. Yo he sido siempre leal.
AURELIN. Tú sabes si yo lo he sido.

(*Entra* CLAVELA.)

ALEJAN. Trompetas oigo.
CLAVELA. Ha venido
el español General
con la más bizarra gente
que el Asia en sus campos vió,
cuando Alejandro pasó
en la conquista de Oriente.
Muy bien hacéis de tener
desnudas vuestras espadas,
porque faltará, envainadas,
lugar de poderlo hacer.
Vienen dando al viento plumas
desde las celadas francas,
que coloradas y blancas
parecen sangre y espumas.
Tienden banderas en él
con mil cifras y mil galas,
que parecen que son alas
para que vuelen con él.
Ya los caballos isleños,
que de mil bandas coronan,
en los relinchos pregonan
la arrogancia de sus dueños.
Todos vienen amenazando (*sic*)
castigo, muerte o ruína.
ALEJAN. ¡Pues toca al arma!
PERSEO. Camina,
que esto era estarme ensayando.
AURELIN. Agora veréis si he sido
quien sabe decir y hacer.
CLAVELA. ¿Qué puede bien suceder
a un imperio dividido?

(*Vanse.*)

(*Salen* MARCELO *y soldados.*)

MARCELO.

Tengo a ventura que tan mal se lleven.

LISARDO.

Como sustentan cosa tan injusta
no es mucho que la paz a los tres falte.

MARCELO.

¿Qué pretende Aurelino?

FIDORO.

Estos estados,
y por mujer la desleal Clavela.

MARCELO.

¿Pues Perseo qué quiere?

LISARDO.

Como ha visto
el corazón cobarde de Alejandro,
también quiere a Clavela, y juntamente
la corona que el Duque no merece.

FIDORO.

Ni la merece el Duque ni Clavela.

MARCELO.

Rosimunda, señores caballeros,
es digna del laurel.

LISARDO.

Si se miraran
los méritos no más...

MARCELO.

Hablemos claro.

LISARDO.

Digo que sólo tú la merecías.

FIDORO.

Pues eso, ¿quién habrá que muerto el Príncipe
no lo conceda?

MARCELO.

Mucho os agradezco
la estimación de mi persona, amigos.
De todos será el reino, ¿mas qué hacemos
si se nos van agora de las manos
estos cuatro villanos pretensores?

LISARDO.

Bien dices; que el cogerlos de improviso
es la mitad del vencimiento.

MARCELO.

¡Al arma!

(*Tocan cajas.*)

FIDORO.

¡Viva Marcelo!

MARCELO.

¡Rosimunda, amigos!

LISARDO.

No conocemos otro Rey.

FIDORO.

¡El cielo
guarde a Marcelo!

TODOS.

¡Viva!

MARCELO.

¿Quién?

TODOS.

¡Marcelo!

(*Batalla dentro, y salen huyendo los tres, de uno en uno.*)

ALEJAN. ¡Qué mal el nombre me viene
de Alejandro desde hoy,
pues tan presto huyendo voy
de quien menos fuerzas tiene!
Fiéme de infames pechos;
pero no es bien que me asombre,
que me quitasen el nombre,
pues no lo soy en los hechos.

PERSEO. Dura enemiga fortuna,
¿de qué sirvió levantarme?
¿Ah, qué presto derribarme?
¡Oh, qué mudanza importuna!
¡Qué villano proceder
tiene con nuestra esperanza!
¡Qué fácil es tu mudanza!
¡Bien te llamaron mujer!

AURELIN. En la primera ocasión
tan mal suceso, ¿qué es esto?
Sin ofensa ha descompuesto
Marcelo tanto escuadrón.

ALEJAN. ¡Oh, fieras guerras civiles!
Aurelino, ¿qué remedio?

AURELIN. ¡Alejandro, tierra en medio,
y no ser despojos viles
del triunfo de un español!

PERSEO. En el fuerte nos haremos
fuertes.

(*Al arma.*)

ALEJAN. Camina y entremos
antes que se ponga el sol,
pues se ha puesto para mí
el de mi esperada gloria.

(*Entrense.*)

DENTRO. ¡Viva Marcelo! ¡Vitoria!

(*Sale* MARCELO *acuchillando a* CLAVELA.)

MARCELO. ¡Ríndete, cruel!

CLAVELA. ¿Yo a ti?

MARCELO. ¿Pues no tengo yo valor?

CLAVELA. Solías cuando tenías
amor.

MARCELO. Tú también solías
tenerme, Clavela, amor.

CLAVELA. Yo te olvidé justamente.

MARCELO. Mientes, que sin causa fué,
pues yo lealtad te guardé
hasta la infamia presente.

CLAVELA. ¿No te casaste?

MARCELO. ¿Con quién?

CLAVELA. Con Teodora.

MARCELO. Esa ocasión
fué prueba de mi afición
y culpa de tu desdén.
Ya es tarde para abonarte;
presa has de volver.

CLAVELA. No creas
que a los pies de quien deseas
serás a ponerme parte.
Otra Cleopatra seré:

(*Ase la arma.*) (1)

no has de triunfar de Clavela.

MARCELO. No te faltará cautela;
pero yo te guardaré.

(1) Esta acotación la añade de letra manuscrita.

(*Sale* CHACÓN, *acuchillando dos o tres soldados.*)

CHACÓN.

¡Perros! ¡Viva Marcelo de Beamonte,
español de la casa de Guevara!

MARCELO.

¿Chacón, tú hablas?

CHACÓN.

Ba, ba, ba.

MARCELO.

¿Qué es esto?
¿Así cumples conmigo la palabra?

CHACÓN.

Ba, ba, ba.

MARCELO.

¡Vive Dios!, que si no fueran
tus servicios tan grandes, que sospecho,
que te quitara la vida.

CHACÓN.

Advierte,
que un hombre tirando a todas partes
y con la mucha cólera no puede
dejar de hablar.

MARCELO.

¡Traidor!

CHACÓN.

Ba, ba, ba, ba.

MARCELO.

¿No ves que está mi honor en lo que hablas?

CHACÓN.

No hablaré más palabra, ¡vive Cristo!

MARCELO.

¿Otra vez?

CHACÓN.

Ba, ba, ba.

MARCELO.

Mal sin remedio.
Clavela, ir tienes a la corte presa,
que pues por Aurelino me dejaste,
y con él te has casado por tu gusto,
de toda obligación exento quedo.

CLAVELA.

Seguiré tu ventura y mi desdicha.

MARCELO.

Tú, Chacón, ve a su lado, y no la pierdas
de vista un punto.

CHACÓN.

Haré lo que mandas.

MARCELO.

¿Vuelves a hablar, traidor?

CHACÓN.

Ba, ba.

MARCELO.

Camina.

CHACÓN.

Vaya vuesa merced.

MARCELO.

¡Terrible empresa!

CHACÓN.

Ba, ba, ba.

MARCELO.

¿Qué le dices?

CHACÓN.

Que va presa.

(*Salen el* DUQUE DE BORGOÑA, ROSIMUNDA, ESTACIO *y* TEODORA.)

DUQUE. En ocasión semejante
sea ayuda, o sea consejo,
no parece mal un viejo,
y es un soldado importante.
No te aflija haber perdido
a Claridoro, tu esposo,
que un padre aun es provechoso
a ser en parte marido.
Tu desdicha conocí,
y así, con presteza extraña,
puse mi gente en Bretaña
y estoy a tu lado aquí.
Tú quedas por heredera,
y no tan sola, que alguno
te pueda ser importuno,
como estándolo pudiera.
Dios dé vitoria a Marcelo:
quedarás sin enemigos.

ROSIMUN. Yo espero justos castigos,
y justo premio a su celo.
Acabo de recibir
para él cartas de España
de una cosa extraña.

DUQUE. ¿Extraña?

ROSIMUN. Sí, porque las quise abrir.

DUQUE. Si es contra ti, remediemos

cualquier daño.

ROSIMUN. No, señor,
antes aumenta el valor
del vasallo que tenemos.
Llámanle porque ha heredado
el condado de Lerín.

DUQUE. ¿Que es noble?

ROSIMUN. Es Beamonte, en fin,
y es Lerín un grande estado.

DUQUE. Pues, hija, en vuestra afición
como soy viejo he leído,
que es bueno para marido
Marcelo en esta ocasión.
Mirad lo que os dice el alma,
y lo que queréis decir.
Lo salgo yo a recebir.

TEODORA. Y es más llano que la palma.
Bien puede vuesa excelencia
tenerse por adevino;
no pienso que es desatino (1),
pues que mostró su prudencia.

(*Sale* LISARDO.)

LISARDO.

Pensé llegar apenas vivo a verte.

ROSIMUNDA.

¿Perdióse nuestra gente?

LISARDO.

No es perdida;
pero perdióse la lealtad jurada,
y el traidor español.

ROSIMUNDA.

Lisardo, tente.
¿Marcelo fué traidor?

LISARDO.

Venció Marcelo
a todos los rebeldes, pero al punto
que vitorioso se miró, se hizo
coronar del ejercito contento
por Príncipe...

ROSIMUNDA.

¿Qué dices?

LISARDO.

...de Bretaña;
y para asegurar lo que pretende
con el sello del reino que le diste
ha despachado a todos los condados
cartas y provisiones, y sospecho,
que a estas horas será señor de todo.

DUQUE.

¿Es este español que me alababas?

ROSIMUNDA.

¡Ay, Teodora!, ¿qué es esto?

TEODORA.

No lo entiendo:
no en balde te pidió aquellas tres cosas;
es hombre, hase vengado, que le has hecho
padecer y sufrir cosas injustas.

ROSIMUNDA.

¡Ay! ¡Qué poco sabemos las mujeres!
Fiéle el sello, y para ti, Teodora,
fiéle más.

LISARDO.

Muy lindo lance echaste.

ROSIMUNDA.

¿Pues quién no se engañara en (1) tantas prue- [bas?
¡Triste de mí! ¡Perdida soy!

LISARDO.

¡Detente!
No hagas sentimiento, que no es justo;
porque me dijo que si en él te viese,
te dijese verdad. Marcelo viene
para rendirte la corona y gloria
del reino, de sí mismo, y su vitoria.

(*Salen* ALEJANDRO, PERSEO, AURELINO *y* FIDORO, CHACÓN *y* MARCELO, *coronado de laurel, con su bastón.*)

MARCELO. Este laurel, Rosimunda,
sólo de tus pies es digno,
que, aunque vengo vencedor,
soy de tu valor vencido.
Recibe aquestos despojos,
ves aquí tres enemigos,
y ves aquí la lealtad,
que en tantas pruebas has visto.
Tomar pudiera venganza
de tu crueldad por los filos,
mas soy Guevara y Beamonte,
y tú la luz por quien vivo.
Dadme vos también los pies,
Duque de Borgoña invicto,
y perdonad que primero

(1) Texto: "y no pienso que es destino".

(1) Texto: "con".

no os rindiese estos cautivos.
El Príncipe, mi señor,
que Dios tiene, causa ha sido
de no haber solenizado
mejor mi humilde servicio.
De Navarra (1), patria mía,
soy llamado, y como a hijo.
Vuelvo a España, si me dais
licencia.

DUQUE. Si lo sois mío,
mal podréis dejar, Marcelo,
la prenda que vuestra ha sido
antes de ver el valor,
que de todo el mundo es digno.
Príncipe sois de Bretaña,
de Rosimunda marido;
dadle la mano y los brazos.

MARCELO. ¿Que tanta merced recibo
de los piadosos cielos?

ROSIMUN. ¡Vuestra soy, Marcelo mío!

MARCELO. Haced, señora, mercedes,
dad libertad a cautivos.
Que es costumbre de los reyes
para mostrar regocijo.

ROSIMUN. Todos tengan libertad;
goce a Clavela, Aurelino,
y Alejandro de Teodora.

CHACÓN. Ba, ba, ba.

ROSIMUN. ¿Qué es eso, amigo?

MARCELO. Chacón, señora, a quien yo
porque me vió, cuando vino
a buscarme a tu jardín,
estando hablando contigo,
corté, como ves, la lengua.

ROSIMUN. ¡Oh, mal haya el honor mío!
¡Tal pesar en tal placer!
¡Tal castigo sin delito!
¿No hubiera remedio alguno?
¿Los médicos no han sabido
hierba o piedra que le dé
lengua, en tantos aforismos?

MARCELO. ¿Qué dieras?

ROSIMUN. Diez mil ducados.

MARCELO. Ésos por Chacón te pido.
¡Habla, Chacón!

CHACÓN. Ba, ba, ba.

MARCELO. Que tú se lo mandes dijo.

ROSIMUN. Habla Chacón.

CHACÓN. Aquí estoy,
gran Princesa, a tu servicio.

MARCELO. Y aquí, señores, acaba
El silencio agradecido.

(1) Texto: "Naroña".

EL SOLDADO AMANTE

COMEDIA FAMOSA (1)

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

DEDICADA A LA

SEÑORA DOÑA ANA DE TAPIA

Hija del Señor Pedro de Tapia, del Consejc supremo de su Majestad.

¿Qué culpa tengo yo deste atrevimiento, si me están solicitando por una parte tantas obligaciones, y por otra tantas virtudes y excelencias, títulos que no me podrá nadie reprehender, si ha sido tan dichoso que haya visto y conocido a v. m.? Había yo determinado que este ofrecimiento fuese una grande obra para que con más ocasión, si mía puede ser, los pudiese celebrar ese divino entendimiento, y sucédeme ahora con esta pequeña fábula, lo que al labrador que, muriéndosele aquel ave que crió para Alejandro, le presentó las plumas. No sé si seré tan dichoso que alcance el mismo premio. Una de las razones que dieron principio a la invención de la Retórica, fué el poder con artificio darse a entender más eficazmente y persuadir con breves palabras las cosas que pedían dilatadas máquinas, así se hallaron las dubitaciones, las reticencias y otras varias figuras, y con decir, como es posible que yo diga, las excelentes gracias de tan peregrino sujeto, su hermosura, su donaire, su despejo, su claro juicio, su heroica sangre, ilustre ascendencia, han dicho sin decirlo lo que quisieron significar, deteniéndose, que no pudieran por ventura dilatándose. Quien quisiere ver una perfecta dama, no busque mayor ejemplo, pues en v. m. ha cifrado el cielo, la naturaleza y la fortuna todas sus dotes, tanto que pudiera decir ahora nuestro poeta español, como entonces por doña María de Cardona:

Décima moradora del Parnaso.

Y más adelante:

Sujeto digno de inmortal corona.

Las tres Gracias, que con v. m. hicieron el número igual se la pongan en la frente de verde laurel, rosas y jazmines; que yo con mi ignorancia sólo me atrevo a ofrecer estas plumas del ave que criaban mis pensamientos a devoción de su claro nombre, altas virtudes y único entendimiento. Guarde Dios a v. m.

Su Capellán aficionadísimo.
LOPE DE VEGA CARPIO.

(1) A, Parte XVII, Madrid, 1622; B, Parte XVII, Madrid, 1621.

REY DINACREONTE.	BELARDO, *pastor.*
El PRÍNCIPE CLARINARTE.	*Una* GUARDA.
SOLDADOS.	PIRENA.
El CONDE.	*Un* JARDINERO.
CALIDORO, *criado.*	[CLORINDA.]
La REINA.	[SELENIO.]
GINEBRA.	[OLORIO, *soldado.*]
PALADIO (1).	[LERISO, *soldado.*]
MAMBRINO (2).	[LEARDO, *soldado.*]
CRINO, *criado.*	[*Dos* PAJES.]

ACTO PRIMERO

(*Sale el* REY DINACREONTE *y acompañamiento.*)

REY.

Desde esta cuesta miraré el alarde,
ya que las plantas en su hierba estampo,
por el León que ahora abrasa y arde,
cándida más que de la nieve el ampo,
y también porque el Príncipe no aguarde
con el gallardo suyo en medio el campo;
que para los principios de un bisoño,
es grande ardor el del estivo otoño.
Por aquí pasará la infantería,
pues van por otra parte los caballos,
que el planeta que agora ilustra el día,
parado como yo, quiero mirallos.
¡Oh, ingrata Rodiana! A la fe mía,
por malos consejeros y vasallos
presto verás, pues ya mi gente embarco,
con la espada al amor en vez del arco.

(1) Texto: "Eladio", pero luego se escribe casi siempre "Paladio".
(2) Texto: "Mambrinos"; después, siempre "Mambrino".

¿Tan mal te estaba, Reina, el casamiento
de un rey como yo soy de Escocia y Dacia? (1)
¿Por qué te ha dado Olanda atrevimiento
para querer vivir en mi desgracia?
Presto habrás de llorar tu loco intento,
como he llorado yo el perder tu gracia;
porque no hay más indómito enemigo,
que en la venganza el riguroso amigo.
Irá mi hijo con su armada y flota,
y destruirá tu desarmada Olanda,
quedando por el mar deshecha y rota
la infame que previenes en Gelanda.
Ya el mar sus crespas ondas alborota,
y abrir sus senos mi poder le manda;
¡mira cuánto mejor, cruel, te estaba
ser mi reina y mujer, y no mi esclava!

(*Sale el* Príncipe Clarinarte, *con unos soldados.*)

Príncipe. De alarde tan principal
tendrás la satisfacción,
que esa su nobleza igual;
pero no será razón
tenerla del General.
Gente tan vieja habrá dado
gran descanso a tu cuidado,
y mayor que yo le llevo,
inadvertido mancebo,
de ayer hombre y de hoy soldado.
Pero si el ser hijo tuyo
y que tu sangre merezca
arguye valor al suyo,
de cuanto a ti me parezca
lo que debo restituyo.
Si aquesa fuerza divina
al son de Marte me inclina,
ramo soy de un tronco tal
que ya es en mí natural
lo que en otros diciplina.
Cuanto y más que viene a ser
de aquesta elección descargo
que puede satisfacer,
que a un mancebo des el cargo
de vencer a una mujer.
Rodiana no te quiso,
con mal consejo y aviso;
pues no te apasiones más,
que presto a Olanda verás
como la tierra que piso.

Rey. Aunque el paternal amor
carece en esto de ley,
no deshace mi temor,
que lleves sangre de un rey,
sino tu propio valor.
Y es tan grande, Clarinarte,
el que llevas de tu parte,
y queda con mi deseo,
que me parece que veo,
Adonis trocado en Marte.
A no ser el padre muerto
de la cruel Rodiana
con quien tuve hecho concierto,
no fuera en su bien liviana,
ni yo de mis males cierto.
Vila cuando de casarme
pasé a Holanda a concertarme;
Volvíme, el concierto hecho;
murió el padre, y en mi pecho
vive amor para matarme.
Y muéveme [a] hacelle guerra,
el saber que Ingalaterra,
y que Francia la pretende:
tal fuego en el alma enciende
tal enemigo en la tierra.
Buena gente y armas llevas,
y buen ánimo también,
declarado en otras pruebas,
yo sé que lo harás muy bien
con sólo hacer lo que debas.
Haz de suerte que tu nombre
deste mar al Indio asombre,
que no es hazaña vencer
la fuerza de una mujer.
quien se precia de tan hombre.

Príncipe. Aunque culpen [a] Aureliano,
que trajo a los fuertes ojos
del vulgo y pueblo romano
una mujer por despojos
de aquella invencible mano,
yo no me pienso correr
de traer una mujer,
porque ha de ser como ensayo
y trueno que anuncia el rayo,
que tras él ha de caer.
Dame, señor, tu licencia:
que la ardiente juventud,
quiere vencer la experiencia,
para mostrar la virtud
de su valor en tu ausencia.
Presto verás la fortuna
que no ha dejado ninguna,

(1) Texto: "Dalca"; pero ha de rimar con "acia"

a el inglés, ni al español,
porque en su ausencia del sol,
se muestra mujer la luna.

REY. No es la tuya luz prestada,
sino aquella propia mía,
de tu valor heredada.

PRÍNCIPE. Ya, señor, se alarga el día
para tan larga jornada.

REY. Quiero, amigo Clarinarte,
hasta el puerto acompañarte;
que desde el puerto hasta allá,
mi alma contigo irá.

PRÍNCIPE. Toca a marchar.

REY. Toca, y parte.

(Vanse, y sale el CONDE *y* CALIDORO, *criado.)*

CONDE. ¿Bajará al jardín, en fin?

CALIDORO. Así lo dije Criselo.

CONDE. Hoy compite con el cielo
la tierra deste jardín;
que viniendo sus despojos
a pisar las flores bellas,
las flores serán estrellas,
y el sol y la luna sus ojos.

CALIDORO. ¡Qué mala comparación!

CONDE. En efeto, de mis males.

CALIDORO. ¡Qué ojos tan desiguales,
si el sol y la luna son!
Ya por lo menos has hecho
tuerta a la reina tu dama,
y quien de tuerta la infama,
no tiene a su amor derecho.

CONDE. Loco, si lo comparado
fuese lo mismo, sería
como llamar claro el día,
y al sol obscuro nublado.
Cuanto y más que ¿quién podrá
ver al sol tan cara a cara?
Y así a su luz se compara,
porque igualmente la da.

CALIDORO. ¿Pues no pretendes contar
a la reina tu pasión,
que es amor sin galardón
padecer y no hablar?
Tú, señor, dentro en su casa
tienes mejor ocasión;
que es un secreto ladrón
que las entrañas abrasa.

CONDE. Pues ¿quién habrá que resista
tanto hielo y tanto fuego?
..............................(1)
....
A Mongibelo parece,
que entre el hielo brota llamas.

CALIDORO. Pues ¿por qué la adoras y amas?

CONDE. Por lo mucho que merece.

CALIDORO. Pues ¿quien a tantos humilla,
no despreciará tu amor?
Díle tu pasión, señor;
que mejor será decilla.

CONDE. Tantos reyes la pretenden,
a fama de su valor,
cuantos celos y temor
mi turbado pecho encienden.
Y como soy su vasallo,
y un pobre conde en efeto,
adórola de secreto,
y públicamente callo.

CALIDORO. Pues dime; ¿qué perderás
cuando te diga de no?

CONDE. ¿Sabes lo que pierdo yo?
Amar más y penar más.
Y si halla resistencia,
mi dolor con solo el ver,
¿no ves que puedo perder
mi remedio y su presencia?
Quiero vella y contemplalla,
pues que no la merecí.

CALIDORO. Pues pena, si es eso así,
sufre y mira, muere y calla.
Yo soy tu criado, y creo
que si en secreto la viera,
aunque humilde, me atreviera
a decirle mi deseo.
¿Puede a lo menos faltarte
un justo agradecimiento?

CONDE. Con tu mucho atrevimiento
me quitas el miedo en parte.
Palabra te doy, que veas
vencer a esta fe su olvido.

CALIDORO. ¿Qué piensas que dañó a Dido,
sino ser huésped Eneas?
¿Tú no eres de aquesta fuerza
huésped, alcaide y señor?
Pues ¿qué te vence el temor,
donde tanto amor te esfuerza?

CONDE. ¡Paso, amigo Calidoro!
que la reina viene aquí.

CALIDORO. Habla, engáñate por mí.

(1) Faltan dos versos.

CONDE. Tanto temo cuanto adoro,

(Salen la REINA *y* GINEBRA, *con dos retratos.)*

RODIANA. Ni el inglés, ni el español.
GINEBRA. Conde, mírala; no creas
que has de hallar lo que deseas,
si no se te humana el sol;
que tu valor, ni tu gusto
no pueden hallar igual.
RODIANA. De todos, en general,
recibo extraño disgusto.
Quiero el español ver (1).
GINEBRA. Este es que tienes delante.
RODIANA. Aun pintado es arrogante.
GINEBRA. No tiene mal parecer.
RODIANA. Tienen éstos la braveza
mezclada con la blandura;
y del hombre la hermosura,
no es más de la gentileza.
Bien mira.
GINEBRA. Quiso el pintor;
que eso está muy en su mano.
RODIANA. ¿Cómo llaman a éste?
GINEBRA. Albano.
RODIANA. En vano, dirás mejor.
GINEBRA. ¿Qué dijeras de aquel viejo
rey de Escocia enamorado,
si aquel le vieras pintado
con su edad y su consejo?
RODIANA. Dijera lo que ya dije,
que es despedirle, corrida
de ser de un viejo querida.
GINEBRA. No sólo tu amor le aflige.
Dicen que una gruesa armada
apercibe contra tí.
RODIANA. Capitanes tengo aquí
y, aunque mujer, ciño espada:
Venga; los aceros pruebe:
que entre las nueve me llama
a ser décima la fama,
o última de las nueve.
Mil respetos y recatos
hacen; ¿qué piensan de mí?
GINEBRA. Señora, el Conde está aquí.
RODIANA. Pues esconde los retratos.
CONDE. Ya, reina y señora mía,
he visto lo que he de ver;
que mal se puede esconder
el sol en sereno día;
como vos no os escondáis,
de lo demás no hago caso,
aunque es mi alma el ocaso,
escondida me abrasáis.
Padezcan noches de llanto
mis ojos, perdiendo el veros,
cuando aquesos dos luceros
cubran del ausencia el manto;
que en el alma que os adora
hacéis tan hermoso oriente,
que ni ausente, ni presente,
podéis faltarme, señora.
¡Dichosos esos retratos
de hombres tan venturosos,
que a vuestros ojos hermosos
fueron, no viviendo, ingratos!
Que con tal fuerza miráis
milagrosa y homicida,
que a los que mueren dais vida,
y a los que viven, matais.
¡Y más dichoso mil veces,
quien quiere tal libertad!
RODIANA. Con extraña novedad
anocheces y amaneces.
Ni los retratos ni yo
nos escondemos de ti (1),
¡hola! ¡Dáselos ahí!
CONDE. No importa.
RODIANA. ¿Cómo que no?
Ya que de mis padres fuiste
para mi guarda elegido,
no es bien tenerte escondido
lo que recelar pudiste.
Oficio de Alcaide es éste.
Toma; dos reyes te doy;
mira cuál quieres que hoy
mi libertad manifieste.
CONDE. Dos reyes me das aquí:
mal punto para ganar;
mas, pues no son de un manjar,
poca esperanza perdí.
Que amor puede entrar adonde
del juego no faltan leyes,
aunque en baraja de reyes
no tiene figura un conde.
Que como ya te declares
al embite que desean,
puede ser que encuentros sean,

(1) Texto: "quiero ver el español"; pero ha de rimar el verso con "parecer".

(1) B: "escondimos de ti".

y para mi alma azares.
Que Rey con Rey es encuentro,
y Conde con Rey azar.

RODIANA. ¿Luego no tienes manjar,
si al juego con Reyes entro?

CONDE. Son mis puntos desiguales,
señora, de tu valor;
aunque son, si juega amor,
todos los naipes iguales.
Y estos dos no han de ganar,
que el uno solo ha de ser.

RODIANA. Entrambos han de perder;
Reyes quiero descartar.

CONDE. Pues quien de Rey se descarta,
¿qué esperanza a un Conde deja?

RODIANA. ¿De quién tienes esa queja?

CONDE. De que fuí tan baja carta.

RODIANA. ¿Pues qué quieres tú de mí.

GINEBRA. En fin, Calidoro amigo,
¿que ya el Conde mi enemigo
viene a declararse?

CALIDORO. Sí;
ya te digo que la adora.

GINEBRA. Y que ya mi fe ha deshecho.

CALIDORO. Si hay dos almas en el pecho,
una puede darte agora;
pero si no puso Dios
más de una, juraré,
que es de la Reina.

GINEBRA. Yo sé
que al Conde le sobran dos:
la cruel traidora (1) suya,
y la que a mí me robó.

CALIDORO. Sola la suya le dió;
que ya despidió la tuya.

GINEBRA. Despídala norabuena,
aunque en mala se la dí;
que pues no se ha vuelto a mí,
ya debe de andar en pena.
¡Ah traidor! ¡Ah falso amante!
¡Ah cruel conde enemigo!

RODIANA. Bien merecieras castigo
a tu culpa semejante:
¿Estás loco?

CONDE. Si el amor
mata el alma exteriormente
del sentido que no siente,
no puede llamarse error.
Si tu hermosura me ha muerto,

(1) A: "crueldad traidora".

ella misma me disculpa,
y mira que es mayor culpa
castigar mi desconcierto;
que no amarte era desprecio,
habiendo tus ojos visto,
y si humilde los conquisto,
merezco su gloria en precio:
porque tal atrevimiento
en semejantes combates
descubre bien los quilates
del oro del pensamiento.

RODIANA. No soy yo, Conde, de aquellas,
que por ganar fama y nombre,
hacen los ejemplos de hombre,
que pierde el seso por ellas.
Pues toda su castidad (1)
fué porque no les agrada,
porque no hay puerta cerrada,
si llama la voluntad.
No quiero yo, si me quieres,
castigar tu pretensión;
que eres hombre, y hombres son
los que han de amar las mujeres.
Pero advierte que me quieras
sin volvérmelo a decir
que una vez podré sufrir
lo que en mi honor vituperas.
Que soy mujer y diamante,
pues tanto Reyes desprecio.

CONDE. Yo, señora, callaré
como desigual amante.
Y será justo que calle,
pues satisfecho me dejas;
que no moverán mis quejas
a quien no mueve mi talle.
¡Extraño y duro silencio!
Mas no gemiré a mis males,
pues ya de los animales
sin lengua, no diferencio.
Quien te merece, te goce;
que yo, triste, lloraré
mi mal empleada fe.

RODIANA. (Mal el Conde me conoce).
Ni me hables, ni me ruegues
sobre casos semejantes.

(*Sale* PALADIO.)

PALADIO. Nunca en casos importantes
a nadie la puerta niegues.

(1) A: "cantidad".

¿Dónde está la Reina?
GINEBRA. Aquí.
RODIANA. ¡Oh, Capitán!
PALADIO. ¡Oh señora!
¿Cuando toda Holanda llora,
tal descuido reina en ti?
¿Eres, por dicha, Nerón
cuando Roma se abrasaba?
RODIANA. Declárate, pues, acaba.
¿Qué nuevas traes?
PALADIO. ¡Tristes son!
Sabrás, poderosa Infanta,
cuya vida guarde el cielo,
que por esa mar de Tile,
cerca del que cubre el hielo,
centinelas y atalayas,
una armada han descubierto.
cien velas dice que trae,
artilladas todas ciento,
de cañones y esmeriles,
de culebrinas y bresos.
Sobre la cabeza ilustre
los faroles descubrieron,
poblados de gente noble,
que no de soldados nuevos.
En la General de todas
viene un famoso mancebo,
a quien obedece el mar
y favorecen los vientos.
Sobre la cabeza ilustre,
digna del árbol de Febo,
un yelmo muestra, que al sol
le sirve de claro espejo;
por debajo de la barba
le ceñía un listón negro
que sobre la gola cae,
al fuerte y dorado peto,
ceñida una rica espada
que sangre tiene por precio;
con un bastón en la mano,
a quien se humilla Proteo.
Desde la gavia a la banda
de tafetanes y lienzos,
mil gallardetes pintados
vienen trebolando (1) al viento;
no hay trinquete, ni mesana,
que no esté cubierta dellos
con una cifra notable,
bordada en color de celos:
un fiero león furioso,
de su corona soberbio,
de hambrientos ojos y boca,
alto y vedejoso el cuello,
a una tierna corderilla
viene desgarrando el pecho
porque la trae con las uñas,
presa humilde a un león tan fiero;
y entre la sangre que corre,
bruñe de oro sobre negro,
unas letras esculpidas,
de su arrogancia concepto:
"Escocia", dice el león,
sobre el erizado cerro,
y "Olanda", la corderilla,
en medio del pecho tierno.
Con una salva famosa
han dado gracias al puerto,
donde quieren ya surgir
dando a las ondas los remos
del Aqueronte furioso
de tu desdén y desprecio.
Contra ti su hijo envía,
pregonando sangre y fuego:
¡Al arma!, reina gallarda,
hija de tales abuelos,
que en estas pequeñas islas
hicieron famosos hechos;
porque viene pregonando
el escocés, y no menos,
de que has de ser su cautiva,
y te ha de quitar el reino.
RODIANA. ¿Que viene tan arrogante
el hijo de aquese loco?
PALADIO. Todo el mundo tiene en poco
que se le ponga delante.
RODIANA. ¿No pudiste resistir
de nuestro puerto la entrada?
PALADIO. Fué junto en la fuerte armada
desembarcar y batir.
Ya tienen tomado el paso.
dame gente, y detendrélos.
RODIANA. ¡Oh, buen Paladio! Los cielos,
que de cólera me abraso,
denme mis armas al punto,
mi peto, gola y celada,
que yo detendré esa armada,
y a todo el infierno junto.
¿Sabe aquese vejezuelo,
ese escocés arrogante,
que puedo yo, como Atlante,

(1) Por "tremolando".

tener en hombros el cielo?
¿Sabe que soy Rodiana,
hija de Marte y Belona,
legítima mi corona,
y no por fuerza tirana?
¿Por qué se pinta león,
y a mi tierra corderilla,
como flaca mujercilla,
siendo hombre en el corazón?
Conde, advertid esta traza;
pintad luego en mi bandera
que a un león una cordera
con su boca despedaza.
Poned al león rendido,
y a la cordera, famosa:
"Rodiana, vitoriosa;
Dinacreonte (1), vencido."
Y mientras como varón
me pongo el traje decente,
prevenid de buena gente
un grueso y fuerte escuadrón;
que quiero salir y hacer
que el de Escocia venga atrás.
Ven, Ginebra, y me darás
las armas que he menester.

(*Vanse.*)

CONDE. ¡Gran furor!
PALADIO. Es valerosa.
CONDE. Suspenso estoy.
PALADIO. Yo turbado.
CONDE. ¿Que, en fin ha desembarcado?
Con arrogancia espantosa.
Dos mil hombres tiene en tierra,
que pasean por la playa.
CONDE. Pues, ¿quién duda que más haya?
PALADIO. Habrá treinta mil de guerra.
CONDE. Pues, Paladio, desa suerte
defendamos la ciudad,
que en tanta riguridad
será cautiverio o muerte.
Que nos volará una mina
mientras se toca, y se peina.
PALADIO. Pues vamos a hablar la Reina;
veamos qué determina.

(*Vase.*)

(*Sale el* PRÍNCIPE *y* MAMBRINOS, *y soldados.*)

CLARIN. ¿Qué? ¿Se pone en resistencia
ese pequeño lugar?
MAMBR. Querrá probar su violencia,
aunque ya se empieza a dar.
Sino que el Alcayde loco,
tiene tu poder en poco,
retraído en su castillo.
CLARIN. Pues abrámosle un portillo.
Toca al arma.
MAMBR. Espera un poco.
CLARIN. ¿No es esta aquella famosa
huerta y casa de placer
desta mi enemiga hermosa?
MAMBR. A quien más ha de encender
a tu soldadesca ociosa.
Es en verano esta casa
con un pedazo de monte,
donde la Reina le pasa,
cuando el padre de Faetonte
el llano encendido abrasa.
Hay muy ricas colgaduras
de inestimable valor,
varios lienzos y pinturas;
finalmente, el que la aguarda (1).
De la presa temeroso,
de rendirse se acobarda.
CLARIN. ¡Es encuentro milagroso!
¿Puede mejor combatirse,
para mi gente gallarda?
Con eso pienso animallos,
y no sólo aquí llevallos,
pero entre el indio y Bramagno,
como otro Alejandro Magno,
pasar armas y caballos.
MAMBR. ¿Por adónde ha de batirse?
CLARIN. Por esto bajo a lo alto;
que mal podrá resistirse,
de gente y de fe tan falto.
MAMBR. Pues bátase desta banda,
como tu Alteza lo manda;
que más breve se negocia,
¡Soldados! ¡Escocia, Escocia!
CLARIN. Ninguno responda ¡Olanda!

(*Dase la batería, y sale un* SOLDADO *con unas ropas.*)

SOLDADO.

Por lo que sucediere llevo aquesto.

CLARINARTE.

¿Qué es eso, buen soldado? ¿Hanse rendido?

---

(1) A: "Y Nacreonte".

(1) Pasaje truncado.

SOLDADO.

¡Oh, poderoso y fuerte Clarinarte!
¿Quién ha de resistir a tu grandeza?
Lleva entre Scitas tus soldados fieros,
que no entre estas mujeres desarmadas.
Batióse el muro deste castillejo
y a la primera bala abrióse el muro,
y entraron tus soldados sin defensa,
y sea buen testigo del estrago
aquestas colgaduras y estas ropas.

CLARINARTE.

Otras tantas te mando por albricias.
Ve, guárdalas, y vuelve.

SOLDADO.

El cielo guarde
desos ilustres años gloria y honra
de Escocia: es poco, y de la tierra menos.

(*Vase el* SOLDADO *y salen otros con cierta plata.*)

SOLDADO 1.º

Suelte la plata, digo.

SOLDADO 3.º

¿Cómo suelte?
Primero aquesta vida suelte el alma.

SOLDADO 2.º

Pues partamos.

SOLDADO 2.º

¿Partir? Con esta daga.

CLARINARTE.

Soldados, ¿qué es aquesto?

SOLDADO 2.º

Aquí es un poco.

PRÍNCIPE.

Partid como buenos esa presa,
pues sois de una nación y sois amigos.
Todo es de todos.

SOLDADO 3.º

¡Vamos y partamos!
Agradeceldo al Príncipe.

SOLDADO 2.º

No quiero,
como quien soy, y al filo desta espada.

(*Vanse, y salen otros dos* SOLDADOS *con una* MUJER.)

SOLDADO 4.º

Pues no puede partirse, échense a suertes.

CLORINDA.

¡Mísera yo, que a suertes he venido!

SOLDADO 5.º

Los dados traigo a punto.

SOLDADO 4.º

Muestra.

SOLDADO 5.º

Juego.

PRÍNCIPE.

¿Tiempo es aqueste de jugar, soldados?

SOLDADO 4.º

¡Soldados, ora bien, o los aceros!
Vuestra alteza perdone; que esto ha sido
en la seguridad de la vitoria.

PRÍNCIPE.

¿Quién es esta mujer?

CLORINDA.

Clorinda triste,
la hija del alcaide desdichado.

SOLDADO 5.º

No se puede partir y echamos suertes.

PRÍNCIPE.

¿En cuánto la estimáis?

SOLDADO 5.º

En cien escudos.

PRÍNCIPE.

Esta cadena vale más, ya es mía.
Partilda entre los dos, y vos, señora,
no os pese de tener por dueño a un príncipe.
Llevádmela a mi tienda luego al punto.

SOLDADO 4.º

Haráse ansí.

SOLDADO 5.º

¡Ventura habéis tenido!

(*Vanse, y sale* SELENIO, *con un retrato de la Reina.*)

SELENIO.

¡Que me persigas tanto, dura estrella?
Estrella, que a no ser del cielo eterno,
y haber nacido yo cristiano en ella,
dijera que eras del profundo infierno:
que cuando todo un fuerte se atropella,
y aquí y allí, sin orden ni gobierno,
sacan los soldados tal riqueza (*sic*),

llore yo su ventura y mi pobreza.
Que cuando el más bisoño va cargado
de perlas y oro, y una y otra joya,
como si tuviera el Ilión robado,
o los templos de Júpiter en Troya,
saque yo solo un lienzo mal pintado,
que no hay desde Escocia hasta Saboya,
hostería tan vil que le tuviese,
aunque retrato de una reina fuese.
¿Quién eres, bujarrona mal nacida,
de mis desdichas miserable plaga?
¡No fueras viva, para que tu vida
sacara en tal vil vaso con la daga!
¡Habla, mujer común! ¡Habla, abatida,
si no quieres, ladrona, que te haga
una cruz por la cara; y no te entones,
que añadiré las de los dos ladrones.
Yo soy soldado. ¿Soy algún belitre
de los que la comida vil codician,
de los que alquitrán, pez y salitre
arrojadizos fuegos artifician?
¿Cómo es posible que mi seso arbitre,
cuando los otros en hurtar se envician,
adonde está la plata y la riqueza,
si mi estrella me inclina a vil pobreza?
¿No hablas, luterana? ¿No te dueles
de mis desdichas? ¡Vive Dios, taimada,
que a chamusquina por lo menos hueles;
si no te cruzo con aquesta espada.
¿Yo, lienzo? ¿Yo, pintura? Ved qué Apeles,
que aunque lo fuera lo tuviera en nada.
Por Dios que, aunque mujer, y no decente,
que he de cortarle la nariz.

PRÍNCIPE.

¡Detente!

SELENIO.

¿Quién es?

PRÍNCIPE.

Tu Rey, Selenio.

SELENIO.

¡Oh, señor mío!

PRÍNCIPE.

¿Con quién es el enojo? No le cojas.
¡Déjale estar!

SELENIO.

Ha sido un desvarío.

PRÍNCIPE.

Gustaré de saber con quién te enojas.

SELENIO.

Es todo mal humor que ahora crío,
de ver que, cuando al Olandés despojas,
en la riqueza del primero saco
un solo lienzo de una dama saco.
¡Qué pícaro, qué mísero bergante,
no va cargado con vajillas de oro,
sino soy yo?

PRÍNCIPE.

¿Y el lienzo, no es bastante,
para decir que tienes un tesoro?

SELENIO.

Un Príncipe a quien eres semejante,
a tus prendas igual y a tu decoro,
estimara este lienzo por ser hembra;
mas no quien coge lino y sangre siembra.
¿Qué me dá a mi que esta sea Medea
Elena griega, Andrómeda troyana,
que sea gallarda, o por estremo fea,
faltándome el comer para mañana?
Que, ¡vive Dios!, que aunqua tu madre sea,
o a falta de mujer tu misma hermana,
que no he de contentarme con miralla.

PRÍNCIPE.

Más habla que imaginas, aunque calla.
¡Ay, divina beldad, divinos ojos,
presos en este mísero combate,
para que, siendo de un cruel despojos,
un vencedor vencido la rescate!
En mí que he de temer vuestros enojos,
es justo que la prenda se remate:
Yo os compraré, vencida y vencedora,
por rescatar el alma que os adora.
Selenio (1), el lienzo queda ya por mío;
pide a mi contador dos mil ducados.

SELENIO (2).

Desde el polo abrasado, al norte frío,
prospere el alto cielo tus estados.
Como culpar al cielo es desvarío,
que a veces en el mal el bien reposa,
y sin contrario no hay ninguna cosa.
¿Dos mil ducados vale una borracha?
O aqueste es gran pintor, o mayor necio.
Si el contador villano me despacha,
un título de Conde pongo en precio.
Mas esto de jugar es mala tacha;

(1) A: "Silenio".
(2) Falta en A la acotación de PRÍNCIPE.

ya parece que todo lo desprecio,
mas a ocho, ¿es azar? Gané; doblélos,
¡Oh, cuatro mil ducados de los cielos!

(*Vase.*)

PRÍNCIPE (2).

¡Retrato, a mi valor cortado el justo!
Fuego, mortaja, muerte, pena, infierno,
norte, día, jardín, cordero tierno,
nublado, noche, furia, león robusto,
ángel, regalo, bien, descanso, gusto,
demonio, rabia, mal y llanto eterno,
trofeo y libertad, reina y gobierno.
Despojos, cárcel y tirano injusto,
tiempo sereno, mar, bonanza y puerto,
fortuna y perdición, naufragio y calma,
placer, seguridad, remedio cierto,
veneno, árbol sin fruto, antigua palma,
epítima, sustento, amor incierto:
o me quitad la vida, o dadme el alma.

(*Sale* MAMBRINO, *su criado.*)

MAMBR. ¿Quieres que ponga por tierra
esta fuerza, gran señor,
o quedará así mejor,
con buena gente de guerra?
Que no será mal presidio
para asegurar la entrada.
PRÍNCIPE. La misma Troya abrasada
y vuelta en ceniza envidio.
Porque no menos ruína
en ese castillo has hecho,
que el fiero amor en mi pecho
y esta pintura divina.
Del mismo fuego salió,
Mambrino, aquesta centella,
que, aunque pintada, es tan bella,
que en lo vivo me tocó.
Esta ha sido la cometa
de vuestro fuego exhalada,
que entró por mi alma helada
en figura de saeta.
Aquesta la hierba ha sido
con que ha cubierto el amor
el hierro de su rigor,
y el fuego de mi sentido.
Cese, por Dios, el remate,
porque yo no pague acá
el daño que hacéis allá,
que puede ser que me mate.
Doleos todos de mí,
si no sabéis lo que pasa:
que allá le abrasáis su casa
y el alma me abrasa aquí.
MAMBR. ¿Es de veras lo que dices?
PRÍNCIPE. Mambrino, el juicio pierdo.
MAMBR. ¡Tal yerro en hombre tan cuerdo!
Mucho a quien eres desdices.
¿Agora que tus soldados
gozan tan ricos despojos,
humedeces tú los ojos
por unos ojos pintados?
¿Cuando la guerra que a Marte
con tal vitoria comienzo,
te curas con ese lienzo
heridas que no sacaste?
¿Agora que ya tu espada
el mundo pudo emprender,
se ha rendido a una mujer
de lasciva retratada?
¿Cuando una bala en despojos
lleva un lienzo de murallas,
con otros lienzos te hallas,
amor limpiando (1) los ojos?
¿Agora que empieza a ser
tu pendón claro entre mil,
levantas tú el lienzo vil
de una pintada mujer?
¿Cuando dejo tremolando
el león de tu bandera,
aquí de una vil cordera
le dejas despedazando?
¿Cuando tu fuerte escuadrón,
engañado Clarinarte,
te quiere adorar por Marte,
te vuelves Endimión? (2)
Deja el lienzo y la pintura
y vuelve a ver tus soldados
de los despojos cargados
de su primera ventura;
que no es bien que pueda más
el gusto que la razón.
PRÍNCIPE. De poco provecho son
los consejos que me das.
Capitán, no me afemina
aqueste lienzo que ves,
aunque de una mujer es,
si es mujer cosa divina.
No me embotará la espada;

(1) A: "limpiado".
(2) Texto: "Entimión."

que con ella hará que corte
desde este polo del Norte
hasta la zona abrasada.
Antes me anima y esfuerza,
porque con esta pintura
corre más firme y segura
la calidad de mi fuerza.
Si Alejandro, cuando entrar
en la batalla quería
una arpa le tañía
un músico singular;
yo, Mambrino, que comienzo
a entrar en esta conquista,
me esforzaré con la vista
de aqueste pintado lienzo.
Cuya divina armonía
me encenderá de manera
que para la muerte fiera
camine con alegría.
Palabra no me repliques
del Rey mozo o padre viejo;
yo no te pido consejo,
sino que remedio apliques.
Tráeme luego un olandés
que mi dolor reconozca
y el original conozca
de aqueste lienzo que ves.
¡Ea! ¿Qué tardas?.

MAMBR. No hay hombre.
en todo el castillo vivo.

PRÍNCIPE. ¿Qué? ¿No ha quedado un cautivo
que me dijese ese nombre?
Llama a esa gente. Veamos;
qué podrá ser conocella.

MAMBR. ¿Quién ha de dar seña della
si ayer en Olanda entramos?
¡Ah, soldados!

(*Salen dos soldados.*)

OLO. ¿Qué nos quieres.
fuerte capitán gallardo?

MAMBR. Oíd, Olorio y Leardo.

LEARDO. Mas, ¿qué os piden las mujeres?

CAR. Tenga suerte todo el mundo.

MAMBR. ¿Conocéis este retrato?

OLORIO. ¡A ver!

MAMBR. Mirad sin recato,
no tiene en beldad segundo.

[OLOR.] Esta debe de ser Leda,
la que el blanco cisne amó.

MAMBR. Ha mil años que pasó.

OLORIO. La memoria siempre queda.

LEARDO. Esta es, a mi parecer,
si lo digo en dos razones,
según el rostro y faciones,
retrato de una mujer.

MAMBR. ¡Qué bien lo has adivinado!

LEARDO. También puede ser que fuera
alguna bodegonera.,
de las del tiempo pasado.

MAMBR. ¡Calla, necio!

LEARDO. ¿No es mujer?

MAMBR. ¿Conócesla tú, Lariso?

LARISO. A ser hombre era Narciso.

MAMBR. ¿Y mujer?

LARISO. Pues ha de ser
. mujer, digo que es la Caba,
o aquella preciosa joya
por quien quemaron a Troya.
¡Lo que parece a la Pava!

MAMBR. ¿Qué pava, necio?

LARISO. Una dona
de la casa de las damas.

MAMBR. ¡Qué bien un rostro disfamas,
digno de palma y corona!

PRÍNCIPE. ¿Pues es virgen?

MAMBR. No sé yo;
pero ser reina merece.

LEARDO. ¡Lo que a mi amiga parece,
pesar de quien me parió!...
¿Quiéremela dar acaso?
Pondréla a mi cabecera.

PRÍNCIPE. ¿Cesará desa manera
este fuego en que me abraso?
¡Salíos allá, majaderos!

LEARDO. Si te habemos dado enfado,
el Capitán lo ha causado.

PRÍNCIPE. ¡Qué necios! ¡Qué chocarreros!
¡Vive Dios!, que a todos cinco
os cuelgue de aquel ciprés.

LEARDO. ¿Dar bendición con los pies?
¡Dios me libre de tal brinco!

MAMBR. Ninguno destos lo sabe;
no sé qué habemos de hacer.

PRÍNCIPE. Sin duda que no es mujer
beldad tan pura y suave.
Mas si es criatura del cielo,
¿cómo la conocerán
los que más bajos están
de cuanto sustenta el suelo?
Al topo le preguntaste
de la hermosura del día,

y del hielo y nieve fría
a la salamandra hablaste.
¡Triste de mí! ¡No supiera
la mano que me tocó!...

MAMBR. Ninguno vivo quedó
que decírnoslo pudiera.
Pero guarda la pintura,
que como la tierra se entre,
el primero que se encuentre
nos dirá la verdad pura.

PRÍNCIPE.

Arde la tierra con la fuerza estiva,
Mambrino amigo, y dóblase mi fuego.
Aquestas peñas deste manso arroyo
parece que me llama y me convida
con dulce sombra y regalado sueño,
que suele suceder a una tristeza.
Siéntate en las orillas esmaltadas
deste cristal, que dividido en sierpe,
regando va las flores deste valle,
en tanto que yo duermo, si es posible,
que duerma el cuerpo, cuando el alma vela.

MAMBRINO.

Tu nuevo pensamiento ha sido sueño,
y puede ser que en él te desvanezca.
Duerme y sosiega; que si agora duermes,
seguro quedarás, que no es locura.

PRÍNCIPE.

Entre las peñas siento un cierto aliento
como de alguno que corrió cansado.
¿O es de algún animal que aquí se queja?

MAMBRINO.

Mete mano a la espada, y esta rama
sacude a todas partes, y espantémosle.

PRÍNCIPE.

Dices muy bien, porque decir se pueda
que en esta primer guerra metí mano.

(*Sale* BELARDO, *pastor, de entre las ramas.*)

BELARDO.

Si ensangrientan la espada
en un villano pobre,
no es digno de un ilustre caballero.
Dejad, señor, que viva
la vida, cuya sangre
manchara vuestro acero y vuestra honra.
¡Aquí de vuestras armas!
¡Aquí, de vuestra gente!
Como hombre, que las suyas
fueron el azadón y el aguijada,
guardar quise la vida
de todos los mortales defendida.
Pero como la muerte
mejor sigue al contrario que se esconde,
de aquí me habéis sacado
con vuestras armas fuertes,
que injustamente mancha vuestra honra.
Vuestra grave presencia,
vuestro sereno rostro
me dan señales çiertas
de que aquí en el ejército sois Príncipe,
y si lo sois, yo espero
que no habéis de manchar tan limpio acero.

PRÍNCIPE.

Sosiégate, que juro
por mi real corona,
de no ofenderte.

BELARDO.

Dame, ilustre Príncipe,
aquesos pies, tan dignos
de sujetar, como Alejandro, el mundo.

PRÍNCIPE.

¡Sosiégate, villano!
Levanta en pie; no temas.
¿Eres de aquesta huerta jardinero?

BELARDO.

Soilo, y lo fué mi padre,
que viene por herencia
la desdicha en nosotros,
que él murió de improviso
en la mitad del curso de sus años,
y yo tengo a la boca
la muerte, que parece que me toca.
Belardo soy, infelice,
que de la invidia fiera,
siendo un villano miserable y rústico,
las flacas manos débiles,
mis esperanzas frágiles
arrojaron por este mar.
Mas ¡ay, corazón tímido!
Si aquella historia trágica
no te provoca el ánimo,
para esperar el golpe detenido
de muerte tan legítima,
¿cuándo darás al cielo el alma en víctima?

PRÍNCIPE.

¡Notable y rara cosa!
Mas escúchame atento.
¿Conoces este lienzo?

BELARDO.

¡Ah, triste Rodiana! ¡Ah, Reina loca,
Reina de Olanda, triste y desdichada,
que nos has destruído
por despreciar al escocés marido!

PRÍNCIPE.

¿Que aquésta es Rodiana?

BELARDO.

Señor, la Infanta es ésta.

PRÍNCIPE.

¿Qué me dices, Mambrino?

MAMBRINO.

Que ya has hallado a tu deseo el centro.

PRÍNCIPE.

Bien me lo daba el alma;
que el alma suele ser profeta cierto.
Yo la veré, Mambrino;
que este mi gran deseo
me ha dicho ya la industria.

MAMBRINO.

¿De qué manera piensas?

PRÍNCIPE.

Deste villano tomaré la forma.

MAMBRINO.

Tu locura me espanta;
llevar quiero las nuevas a la Infanta.

PRÍNCIPE.

Tú lleva ese villano
adonde bien se aloje,
y di a los capitanes que en mi tienda
recogido me dejas.

MAMBRINO.

¡Extraño pensamiento!
¡Basta!, que amor te ha dado.

PRÍNCIPE.

No repliques.

MAMBRINO.

Creo que más te incito.

PRÍNCIPE.

Vamos, Belardo amigo,
que yo te haré dichoso.

BELARDO.

Esa esperanza a nuestro bien me guía.

MAMBRINO.

¡Ay, mozo loco!

PRÍNCIPE.

¡Ay, Rodiana mía!

ACTO SEGUNDO

(*Sale el* PRÍNCIPE, *vestido de labrador.*)

PRÍNCIPE.

¡Oh, poderoso amor! ¡Inmenso padre
de cuantas cosas hoy sustenta el cielo!
¡De quien la tierra, nuestra antigua madre,
recibe el fruto de que adorna el suelo!
Mi petición en tus oídos cuadre.
Abre los ojos a mi humilde celo,
si ciego vais... ¡Desdichas semejantes!
¡Y sé duele algún dios de los amantes!...
Vitoria ha sido, y no pequeña, tuya,
que solamente lo que al alma informa
dentro en la idea de la forma suya
me venza tanto como propia forma.
¿Quieres que de un pintado lienzo arguya
la belleza de un ángel, que transforma
mi vida, así que de morir no escapa,
como quien mira al mundo en corto mapa?
De la grandeza de la Infanta bella
en poco espacio vi la luz que ofrece;
que desde el mundo la mayor estrella
menos a nuestros ojos resplandece.
Vengo en aqueste traje sólo a vella,
si ver su luz algún mortal merece,
dejando el campo, triunfos y vitorias
sujetas al amor por breves glorias.
Este es el muro que pensé rompelle
con gruesa munición y gente armada,
y agora vengo solo a enternecelle
con lágrimas de un alma enamorada.
Bien puedo con suspiros encendelle
y en su dureza abrir piadosa entrada.
Mas ¿qué aprovecha si ha de ser más duro
del alma de la Infanta el grueso muro?

(*Sale una* GUARDA.)

GUARDA.

¿Quién va? ¿Quién es? ¡Deténgase! ¡No pa-
o pasaránle con aquesta el pecho! [se

PRÍNCIPE.

No puede ser que un fuego en otro abrase.
Ved si me ha puesto amor en buen estrecho.

GUARDA.

¿Quién es? ¡Habla, villano!

PRÍNCIPE.

Si nombrase
el mismo mío, bien habrías hecho
la prisión que os librara de la muerte;
mas ya si estoy rendido, ¿en qué estoy fuerte?
Amigo, soy un pobre jardinero,
que en el castillo Belmirar vivía,
y, si es posible, hablar la Reina quiero,
y contarle del Rey la tiranía;
porque escapado de su incendio fiero,
escondido aguardé la luz del día
para que a boca lo que pasa entienda,
y de tan gran contrario se defienda.

GUARDA.

Aunque con tristes nuevas, yo presumo,
porque otras nuevas que su fin y el humo
no hemos sabido deste joven loco,
que no serás agradecido poco.

PRÍNCIPE.

En lágrimas amargas me consumo
y a destilar el alma me provoco,
cuando su perdición miré tan cierta.

GUARDA.

Vente conmigo y abrirán la puerta.

(*Vanse, y sale la* REINA *y el* CONDE, *y* PALADIO, *y ella en hábito de hombre.*)

RODIANA. Contentádome ha el alarde.
De que no salgo me corro;
bien es que el favor se aguarde.
CONDE. Pues, ¿cuándo vendrá socorro?
RODIANA. Aunque venga luego es tarde.
PALADIO. Cree, señora, que ves
en el muro al escocés.
RODIANA. ¿Por qué me llamas, señora?
¿No soy Scipión agora,
Aníbal cartaginés?
Al que señora me llame,
sino capitán famoso,
¡vive el cielo!, que derrame
con este bastón furioso
su vida y su sangre infame.
Hombre soy; no soy mujer;
rayo soy que he de encender
esta nieve que me encierra,
y hacer que se abra la tierra,
adonde me he de esconder.
¿Piensa el rey Dinacreonte,
cuya fama no es bastante
a cubrir este horizonte,
que así se rompe un diamante,
y así se deshace un monte?
Y ese su atrevido hijuelo,
que ya piensa por el suelo
derribar mis tiernas vides,
¿sabe como soy Alcides,
y puedo oponerme al cielo?
¡Abrí esas puertas! ¡Salgamos!
Que es infamia y cobardía
que tan cerca los suframos.
CONDE. ¡General y Reina mía,
ánimo en verte cobramos!,
que esas soldadescas galas
nos ponen ánimo y alas,
que cuando tu escudo vea
la cabeza de Medea,
será la imagen de Palas.
Pero, capitán, advierte
que quiere acuerdo la guerra,
y que es el contrario fuerte,
y que el defender la tierra
no obliga a buscar la muerte.
Déjale que agora vaya
desfogando por la playa
su bisoña soldadesca,
porque la rosa más fresca
en poco tiempo desmaya;
que tú verás que reportan
las fuerzas que el tiempo aplaca,
y que las tuyas importan,
que por la parte más flaca
menos las espadas cortan.
RODIANA. ¿No ves, Conde, que ya pisa
los cuadros de mi jardín?
.... (1)
¿No ves que ya de reposo,
en mi casa de placer,
comienza a tomar reposo?
CONDE. ¡Ojalá viniese a ser,
libre, regalón y ocioso!
Que si esos principios toma,
bien sabes tú lo que Roma

(1) Faltan versos.

tuvo cercada a Numancia.
RODIANA. El consejo es de importancia;
que el tiempo quebranta y doma.

(*Sale la* GUARDA *y el* PRÍNCIPE.)

GUARDA. Si nuevas saber deseas
del combatido castillo,
aquí tienes de quien creas
que pasaron a cuchillo,
y otras hazañas más fieras;
que del furor escocés
este villano que ves,
de tu huerta jardinero,
venciendo el viento ligero
se ha escapado por los pies.
RODIANA. ¡Dime, amigo! ¿Qué? ¿Tú has sido
testigo del triste caso?
PRÍNCIPE. (O para mí mal vencido,
deste fuego en que me abraso,
vengo a despertar tu olvido.)
Yo he estado a todo presente,
y he visto de qué manera
va ocupando tu ribera
el escocés insolente (1).
De uno y otro galeón,
como del Paladión,
salían hombres armados;
vomitaba el mar soldados,
siguiendo el fuerte león.
Digo león al gallardo
que llevaba en su bandera,
bravo, coronado y pardo,
aunque he visto la cordera,
y que ha de vencelle aguardo.
Que no es posible que vos,
ya que os encontréis los dos,
dejéis de dalle la muerte;
que no escapa de otra suerte
quien se toma con un Dios.
Que quien con mujer hermosa,
cual sois vos, alza bandera,
al amor ofender osa,
pues viniendo en vos pudiera
respetaros como a Diosa.
RODIANA. ¡Notable villano!
CONDE. ¡Extraño!
RODIANA. Refiéreme, amigo, el daño
que el Rey hizo en mi castillo.
PRÍNCIPE. El quisiera resistillo;
pero fué su intento engaño.
que como el hambriento lobo,
que ha esperado todo el día
detrás del florido escobo
a la escura noche fría
para ejecutar su robo,
así la gente que vi,
llegando juntos allí,
en poniendo en tierra el pie,
hicieron lo que diré.
RODIANA. Eso aguardo.
PRÍNCIPE. Pasa así.
El escocés arrogante,
puesto que tratado humilde,
desembarcando en tu tierra,
del hinchado mar de Tile (1),
poniendo en orden su gente,
aunque sin ella los sigue,
repartiendo por escuadras
los infantes y los ritfres (2)
en un caballo africano,
pies y cuello como un cisne,
cabeza, barriga y lomo
más estrellados que tigre,
a Belmirar, tu castillo,
que con los huertos pensiles,
no hembras, que ya no puede,
mas con la fama compiten,
arribó cuando la noche
huye con su negro eclipse,
y llora el soldado el Alba,
que en Troya dió muerte Aquiles.
Miró el sitio hasta que tanto
que el sol los dos polos mide,
y asestóle de un padrastro
cuatro fuertes esmeriles.
Tu alcaide y la triste gente,
que enseñada a tus jardines
a ejercitar el azada,
y no la espada que ciñe,
no quiso darse a partido,
ni fué posible rendirse,
para morir con las llaves
como en Numancia se dice.
Humo, papel, fuego y balas
las gruesas bocas despiden;
que como a muerte sentencian,
también las piezas escriben.

(1) Falta un verso.

(1) Texto: "Lile".
(2) A': "Ristres".

Anúblase el aire claro,
el eco en el mar repite
el son del furioso trueno
del encendido salitre.
Dan lugar las fuertes piedras
a que las balas caminen,
que al fuego que es lo más fuerte
la tierra poco resiste.
Por donde entraron las balas,
puertas de la muerte triste,
entra la furiosa gente,
por más que el Rey se lo impide.
Matan al mísero alcaide,
y hasta las mujeres viles,
no perdonando cabellos
ni rostros de serafines,
pasa la gente a cuchillo
por más que se humilla y rinde;
que no le importa al tirano
que la inocencia se humille.
Tomaron color de rosas
azucenas (1) y jazmines,
porque quien agua les daba
con su sangre los cultive.
Robaron tus ricos lechos,
perlas, aljófar, rubíes,
colgaduras de oro y seda,
sacándolas como linces.
Yo escapé del triste incendio,
y por unas peñas fuíme,
trayendo en hombros mi vida,
como otro Eneas Anquises.
Dende allí vi que enojado
el Rey a su gente riñe,
ahorcando a los culpados
del saco y presa infelice,
porque dicen que este mozo,
aunque el padre aquí le envíe,
por un retrato te adora
y por esposa te pide.

RODIANA. ¿A quién no enciende y provoca
esta lástima notable?
¡Decir que la causa es poca!

CONDE. ¡Ah, castillo miserable!

RODIANA. ¡Toca al arma, al arma toca!
Salgamos contra ese bravo,
que pienso velle mi esclavo.

PRÍNCIPE. No salgas, que ya lo es
el que hoy se rinde a tus pies.

(1) A: "de azucenas".

PALADIO. Ese buen ánimo alabo;
pero, gran Reina, procura
mejor tiempo y coyuntura.

RODIANA. ¿Piensa ese rapaz cobarde,
que la sangre que en él arde
ha obligado a la ventura?
También fué de ingenio poco,
menos tiempo y más bizarro
en la materia que toco
el que cayó con el carro
del padre que fué más loco.
Envíe Dinacreonte
al nuevo rapaz Faetonte
con el carro de su fuerza;
que cuando el eje se tuerza
verá cayendo Aqueronte.
Y no desculpe el tirano
la bajeza que procura
en sangre tan de mi mano,
con decir que mi pintura
estima y adora en vano.
Porque a su padre, y a él,
bárbaro, torpe, infiel,
la que se peina el cabello,
espera alargar el cuello
de una almena en un cordel.
Tú, dichoso jardinero,
que de la muerte escapaste
de aqueste tirano fiero,
y entre todos te libraste
de su victorioso acero:
toma este anillo en señal
de que no temo a los hados,
pues que te doy prenda igual,
que siempre los desdichados
damos albricias del mal,
y en la huerta de mi casa,
mientras esta furia pasa,
harás el mismo ejercicio.

PRÍNCIPE. Bien das de constante indicio
con quien tus muros abrasa.
Eres entre muchas una,
de cuantas fueron, diversa,
pues no muestras pena alguna,
y así tratas a la adversa
como a la buena fortuna.
Serviré en tu casa y huerta
hasta que tenga por cierta
la posesión y bonanza,
tras una viva esperanza
que agora parece muerta.

No estimes ese mozuelo,
pues tuviste tal ventura
en ser única en el suelo
que atreverse a tu hermosura
fué competir con el cielo.
Y aun éstos no son gigantes,
sino bisoños infantes
regidos por un rapaz,
que ya te pide la paz
con lágrimas semejantes.
Pues sólo de verte en medio
del incendio y sangre en calma,
de aquí conflicto y asedio,
enfermo queda en el alma
de un mal de amor sin remedio.
Pues si de verte pintada
tiene el alma lastimada,
y la memoria cautiva,
¿qué hará de verte viva
y de tal desdén armada?

PALADIO. (1) ¡General! Grande esperanza
este villano me ha puesto
con segura confianza,
que si está [a] amarte dispuesto,
dispone amor tu venganza.
Déjale correr; espera;
que si está desta manera,
presto parará su curso.

RODIANA. Es admirable el discurso
que la razón considera.
Vamos a ver si los muros
están de guardas y gentes,
de velas y hombres seguros;
bañará su sangre ardiente
del mar los cristales puros.

CONDE. Presto a ese loco has de ver
la vil espada volver,
si dejarle rendir quieres.

RODIANA. ¿Si pensó que eran mujeres
donde reina una mujer?

(*Vanse, y queda el* PRÍNCIPE CLARINARTE.)

PRÍNCIPE. Nunca entendí tal, por Dios,
sino que queriéndoos bien,
pensé que erais ángel vos,
más que amor y que desdén
y que vida entre estos dos.
Yo moriré aborrecido,
pues si lo que era fingido

(1) Texto: "LESO."

me pareció celestial,
me llevó lo natural
lo que quedó de sentido.
Padre, ¿qué guerra es aquesta?
¡Ah, qué engañado me envías!
¿Por qué el amor te molesta?
¿Cómo de un mozo te fías
a quien ya lágrimas cuesta?
¿A un mozo guerra de amor?
¡Triste padre! ¡Loco error!
Pues si en ella me perdí,
y vista el alma le di,
oprimido vencedor.
¡Oh, Infanta, mucho más bella
que te imaginaba el alma!
Rinde, maltrata, atropella,
vence, triunfa, lleva palma
del Rey, del Príncipe y della,
sola armada y contra mí,
matándome de mil modos,
reina y mujer para todos,
y hombre y fiera para mí.
¡Oh, mi anillo celestial!
Meteros quiero en mi pecho
para mi bien y mi mal;
mas, ¡ay!, que seréis deshecho
del fuego más natural.
Si éste me diera de esposa
aquella guerrera hermosa,
trocara la guerra en paz;
que Adonis será capaz
y Venus rendida y diosa.
¡Ah de la guarda!

(*Sale el* JARDINERO.)

JARDIN. ¿Quién llama?

PRÍNCIPE. Dejad la azada, buen hombre,
que el que agora os llama os ama.

JARDIN. ¿Quién sois? ¿Cuál es vuestro nom-
[bre?

PRÍNCIPE. Por Dios, que traéis buen hato.

JARDIN. Que soy labrador de fama.

PRÍNCIPE. Escapé deste rebato
que en Belmirar sucedió,
y aquí la Reina me dió
vuestro propio oficio y trato.
Por eso los brazos dadme,
y por compañero vuestro,
vuestro, aunque extraño, llamad-
que vengo con intención [me; (1)

(1) Faltan versos.

de que todo mi provecho
gocéis en esta ocasión.

JARDIN. Tenéis la vista en el pecho,
y en la lengua el corazón.
Bien se ve vuestra nobleza,
y pésame que a pobreza
y a miseria hayáis venido.
¿Qué hacienda se os ha perdido?

PRÍNCIPE. Una mediana riqueza,
viña y tierras de sembrar,
tierras, dehesas y huertas,
un robledo, un olivar,
mil ovejas y unas huertas,
que estaban junto a la mar.
Algún Rey le bastaría
esta honrada medianía,
mas de fortuna los daños
el trabajo de mil años
llevó de golpe en un día.
Y esto lo de menos es,
pues vi una mujer armada,
pasando el pecho que ves,
y relumbrando la espada
del matador escocés;
que esto fué lo que sentí
de cuanta hacienda perdí.

JARDIN. Tenéis, amigo, razón,
que hacienda del corazón
es justo llorarla así.
Mas no humedezcáis los ojos,
aunque de la prenda amada
lloréis los muertos despojos,
que de la fortuna airada
se templarán los enojos.
Vos me parecéis muy hombre;
no es bien que nada os asombre,
pues de todo libre estáis;
mas bien es que me digáis
vuestra patria y vuestro nombre.

PRÍNCIPE. El mismo castillo, amigo,
de ver yo la luz del cielo,
fué parte, causa y testigo,
aunque he venido, recelo,
a manos de mi enemigo.
Allí el sol primero vi,
y en un lienzo dejo allí,
aunque dejo mi contento,
no mi propio nacimiento,
mas para quien yo nací.
Es mi nombre Rodiano,
porque nací el mismo día
que de la reina el hermano
que cubre la tierra fría
y llora Gelanda en vano.
Lo demás de mí sabréis;
sólo pido que me deis,
como a noble, acogimiento.

JARDIN. Rodiano, sólo siento
que no es tal cual merecéis.
Pero tal cual fuere, es vuestro;
que aquesto podéis creer
de la voluntad que os muestro.

PRÍNCIPE. ¿Tenéis hermana o mujer?

JARDIN. Un mismo estado es el nuestro.
Viudo soy como vos;
mas tengo, gracias a Dios,
una zagaleja buena,
porque es ya ventidosena,
y es buena edad veintidós.
Aun es bien que la veáis.
¡Hola, Pirena! ¡Muchacha!

(*Sale* PIRENA.)

PIRENA. ¿Qué es lo que agora mandáis?

JARDIN. Ved si de venir se empacha.

PIRENA. ¿Huésped tenéis y no habláis?

PRÍNCIPE. ¡Por mi vida, que es hermosa!

JARDIN. Ando agora por casalla,
que es traviesa y anda ociosa.

PRÍNCIPE. Ya es razón acompañalla.

JARDIN. ¡Hágala Dios venturosa!
Hija, este buen jardinero
es de hoy más mi compañero.
¿De qué se ríe?

PIRENA. ¿De qué río? (*sic*)
¿No era mejor para mío?

PRÍNCIPE. Si ella quiere, yo la quiero.

JARDIN. ¿Estábades concertados?

PRÍNCIPE. Bastaba, señor, ser prenda
de unos padres tan honrados.

PIRENA. Padre, yo os gasto la hacienda,
y os aumento los cuidados.
¿Qué queréis sino ahorrar
del vestir y del calzar,
y no poco del comer?

JARDIN. ¿Aún no le acabas de ver
y ya te quieres casar?
Ahora bien, espacio habrá,
que estas cosas son dudosas.
De espacio se tratará.

PIRENA. De espacio van vuestras cosas,
y el tiempo prisa me da.

¿Para qué queréis que sea
escándalo de la casa? (1)

PRÍNCIPE. (¿Quién habrá que lo que pasa
por este Príncipe crea?)

JARDIN. Entremos a descansar
y aderezar de cenar,
que ha rato que anocheció.

PIRENA. Pues no me caséis..., que yo
quizá me sabré casar.

JARDIN. ¡Anda, loca!

PIRENA. Huésped mío,
¿parézcoos acaso bien?

PRÍNCIPE. Muy bien vuestro talle y brío.

PIRENA. Y a mí ese vuestro también.

JARDIN. Que os heis de juntar confío.
¿Piensas que aquesto te honra?

PIRENA. ¿Y si me caso, es deshonra?

PRÍNCIPE. (¡Ay, Princesa de mi vida!
¿Adónde llevas perdida
mi vida, crédito y honra?)

(Vanse, y sale el CONDE *y* GINEBRA.)

CONDE. ¿Es posible que porfíes
con quien no te corresponde?

GINEBRA. ¿Es posible, ingrato Conde,
que ya de mi fe te ríes?

CONDE. Ginebra, en amor no hay fuerza;
que es libre la voluntad.

GINEBRA. ¿Que ya a tanta libertad
tu imposible amor te fuerza?
¿Úsase quererme bien
para obligarme a quererte,
y en viéndome desta suerte
tratarme con tal desdén?
¿Eres tú quien me decía,
cuando yo engañada estaba,
que más que a su vida amaba
cualquiera reliquia mía?
¿Eres tú quien de un cabello
hacías cadena fuerte,
que no bastaba la muerte
desenlazar de tu cuello?
¿Eres tú quien de una flor
verde esperanza sacaba,
y marchita la guardaba
para fruto de valor? (2)
¿Eres tú quien mis colores,
en honra de tus deseos,
en máscaras y torneos
celebró por las mejores?
¿Eres tú quien en mi nombre
por extranjeras campañas,
con la espada hiciste hazañas,
no escritas de mortal hombre?
¿No eres tú quien suspirando
hallaba el sol a mis rejas,
cuando no escuché tus quejas,
ni tú imaginabas cuando?
¿Eres tú quien al abismo
bajabas por tu Ginebra?
Mas quien su palabra quiebra,
¿quién será sino tú mismo?
¿En qué has fundado el amor
que en la Reina has puesto, loco?
¿No ves que vales muy poco
para igualar su valor?
Si es codicia de reinar,
por ahí te has de perder;
que querer y no poder,
es morir y porfiar.
Mas Dios me es testigo...

CONDE. ¡Espera!
Que ya sé que Dios lo es
de aquesto, y de cuanto ves
que cubre la empírea esfera.
Pero si tu movimiento
de los cielos no es seguro,
ni un monte, ni un fuerte muro,
ni el tiempo, ni el mar, ni el viento,
¿por qué en nuestra condición
has de hallar seguridad?
Ya te tuve voluntad,
si me tuviste afición.
Agora que en la mudanza
ves que al mar y al viento sigo,
haz otro tanto conmigo;
igualarás mi venganza.
Que no es codicia de reino
la que a este amor me ha incitado:
estoy contento en mi estado,
y pues lo estoy, también reino.
Sino que se mejoró
el alma de nuevo empleo,
y así se templó el deseo
que tu hermosura encendió.
Por lo que al cielo adoramos
es porque es el sumo bien;
y así en la tierra también
lo que es sumo bien buscamos.

(1) Falta un verso.
(2) Texto: "falor".

Si la Reina, en cuanto veo,
te aventaja por divina,
Ella solamente es di(g)na
de merecer mi deseo.
Si en la empresa que he buscado
me perdiere el ciego amor,
empresa de tal valor
basta el haberla intentado.
Y con esto, ve con Dios,
que solos y en el jardín,
cuando no es para buen fin,
parecemos mal los dos.

GINEBRA. ¿Esto se espera de ti?
CONDE. Sin duda que te desamo,
y a la Reina adoro y amo.
GINEBRA. ¿Eso me respondes?
CONDE. Sí.
GINEBRA. ¿No sabes que soy mujer,
y en la venganza tan fuerte,
que te puedo dar la muerte?
....
CONDE. Ansí me resuelvo.
GINEBRA. ¿Ansí?
....
¿Luego he de morir?
CONDE. ¿Quién duda,
sino es que otro amor te muda?
GINEBRA. ¿Eso me respondes?
CONDE. Sí.
GINEBRA. Quiéresme dar con tu mano
la muerte?
CONDE. ¿Yo? ¿Para qué?
GINEBRA. ¿Crees que te mataré?
CONDE. Como aqueste monte es llano.
GINEBRA. ¡Dame esa espada!
CONDE. ¿Yo a ti?
Ginebra, ¿sangre en mi espada
de mujer desesperada?
GINEBRA. ¿Eso me respondes?
CONDE. Sí.
GINEBRA. Pues vete, que aquí me quedo.
CONDE. ¿En el jardín? ¿A qué fin?
¿No ves que es grande el jardín,
y que a solas tendrás miedo?
GINEBRA. Vete, pues ya me aborreces.
CONDE. Si aquesta noche te quedas
entre aquestas arboledas,
mañana sierpe amaneces.

(*Vanse.*)

CONDE.

Con el tiempo el villano a la melena
obliga el toro, que la frente eriza;
con el tiempo el halcón la pluma enriza,
y vuela y caza, y vuelve a mano ajena;
con el tiempo se rinde a la cadena
el oso y el león, que atemoriza,
y con el tiempo, el agua llovediza
rompe la piedra como blanca arena.
Y, como el tiempo, yo mover no puedo
un toro, un oso, un león, halcón, o piedra,
ni puedo hacer que su crueldad os venza.
Y pues con tiempo, aunque sin tiempo, quedo
desasida del muro, como yedra,
mi vida acaba, y mi dolor comienza...

(*Sale el* PRÍNCIPE CLARINARTE, *armado.*)

PRÍNCIPE.

Ya que la noche fría
tiene en común reposo a los mortales,
y de tan largo día
me quiere dar amor a tantos males,
¡huíd, luna y estrellas,
que no quieren testigos mis querellas!
Debajo deste sayo
cubro de un peto el corazón estrecho,
para que el fuerte rayo
abrase lo más fuerte de mi pecho,
y el rayo quede sano;
que para el fuego tal, es muy villano.
Salid, dura corteza,
con cuyo corazón un Rey se guarda;
que vuestra rustiqueza
es para mi nobleza muy bastarda;
que este lucido peto
es adorno del hombre más perfeto.
He pedido a Fileno,
aquesta vieja, aunque gentil espada;
y de esperanzas lleno,
vengo a ver si la Reina, descuidada
de tal atrevimiento,
segura duerme, o vela en su aposento.

GINEBRA.

¡Ay, cielo! ¿Qué es aquesto?
¿Qué hombre es éste en forma de soldado?
En confusión me ha puesto.
Si doy voces, la muerte habré llamado;
si callo, por ventura,
no dejo reino ni ciudad segura.
¡Ay, Dios! ¿Si me ha sentido?...
Quiero avisar la Reina de secreto.

(*Vase* GINEBRA.)

PRÍNCIPE.

Si duermes en tu olvido,
yo velo en tu memoria, más sujeto
que está la noche al día.
¡Despierta a mi dolor, señora mía!
¡Balcón alto y dichoso,
más que al salir del sol el rojo oriente,
bordado y luminoso!
Salga tu dueño ya del Occidente
a hacer la noche día.
¡Despierta [a] mi dolor, señora mía!
Mírame aquí perdido,
de mi padre enemigo y de mi honra,
vencedor y vencido;
soldado vitorioso, y con deshonra,
al tiempo que podía
ser yo tu esclavo, y tú señora mía.

(*Salen* RODIANA *y* GINEBRA.)

RODIANA. ¿Soldado dices, y armado?
GINEBRA. En este punto le vi.
PRÍNCIPE. ¡Ay, triste! ¿Y quién anda allí?
¿Si acaso he sido escuchado?...
RODIANA. Soldado dentro en la huerta...
¿Por adónde pudo entrar?
PRÍNCIPE. Dos mujeres oigo hablar.
RODIANA. Si ella es mina, yo soy muerta.
Mas mira que es imposible,
que está dos leguas de aquí.
GINEBRA. Digo que otra vez le vi;
en mi mal todo es posible.
RODIANA. ¡Triste Reina! ¿Qué haré?
PRÍNCIPE. La Reina es ésta, por Dios.
RODIANA. ¡Ay! Demos voces las dos.
GINEBRA. ¿Quién va?
PRÍNCIPE. ¿Pensáis que lo sé?
RODIANA. ¿Qué nombre?
PRÍNCIPE. Yo no le tengo.
RODIANA. ¿Pues quién eres?
PRÍNCIPE. Nadie soy.
RODIANA. ¿Pues dónde vas?
PRÍNCIPE. Por mí voy.
RODIANA. ¿A qué vienes?
PRÍNCIPE. Por mí vengo.
RODIANA. ¿Qué traes?
PRÍNCIPE. Mucho disgusto.
RODIANA. ¿No tienes nombre?
PRÍNCIPE. Importante.
RODIANA. ¿Y cómo?
PRÍNCIPE. Soldado amante.
RODIANA. ¿De quién eres?
PRÍNCIPE. De tu gusto.
RODIANA. ¿Pues amas?
PRÍNCIPE. Sí.
RODIANA. ¿A quién?
PRÍNCIPE. A ti.
RODIANA. ¿A mí? ¿Pues quién eres?
PRÍNCIPE. Yo.
RODIANA. ¿Eres mi enemigo?
PRÍNCIPE. No.
RODIANA. ¿Soy yo tu enemiga?
PRÍNCIPE. Sí.
RODIANA. ¿Por dó entraste?
PRÍNCIPE. Por la puerta.
RODIANA. ¿Conózcote yo?
PRÍNCIPE. Muy bien.
RODIANA. ¿Qué temes?
PRÍNCIPE. Sólo un desdén.
RODIANA. ¿Dónde vives?
PRÍNCIPE. En la huerta.
RODIANA. ¿Estás solo?
PRÍNCIPE. Y no de pena.
RODIANA. ¿Cuándo te irás?
PRÍNCIPE. Estoy preso.
RODIANA. ¿Qué aguardas?
PRÍNCIPE. Un buen suceso.
RODIANA. ¿Quién le traza?
PRÍNCIPE. Amor le ordena.
RODIANA. Ginebra, ¿es vivo este hombre?
GINEBRA. Espíritu podrá ser.
RODIANA. ¿Sabes, aunque soy mujer,
mi valor, mi fama y nombre?
PRÍNCIPE. Y aun por haberlo sabido,
vengo, cual ves, a buscarte.
RODIANA. ¿Y si yo quiero matarte?
PRÍNCIPE. Mátame; ya estoy rendido.
RODIANA. Pues mete mano a la espada,
y mátate aquí conmigo.
PRÍNCIPE. Huiré luego.
RODIANA. ¿Y si te sigo?
PRÍNCIPE. Quedarás, Reina, burlada.
RODIANA. ¿Y si yo no voy tras ti?
PRÍNCIPE. Eso quedo me estaré.
RODIANA. Seguirte quiero.
PRÍNCIPE. Huiré.
RODIANA. ¿Huyes, traidor?
PRÍNCIPE. No de ti.
GINEBRA. Déjale, señora mía,
no me dejes aquí sola.
RODIANA. ¡Hola! ¡Ah de la guarda! ¡Hola!
Dejarle (1) fué cobardía.

(1) A: "dejarla".

(*Sale el* CONDE *y* CALIDORO *y* PALADIO.)

CONDE.

¿Cómo en la huerta voces da Su Alteza?

PALADIO.

¿Que a tal hora la Reina daba voces?

CALIDORO.

Bien puede ser que esté en algún peligro
la cercada ciudad, invicto Conde.

CONDE.

La obscuridad, ¡oh, Reina!, nos detiene.
¿Adónde estás?

RODIANA.

Aquí, llena de rabia,
de mortal ira y de furiosas quejas.

CONDE.

¿Qué has habido, invictísima señora?
¿A tal hora en la huerta? ¿Pues qué es esto?
¿Qué causa ha descompuesto tu persona?

RODIANA.

El cetro, la corona de los reyes,
la justicia, las leyes, el gobierno,
hacen la vida infierno de dolores:
todos estos temores han nacido,
porque habemos sentido yo y Ginebra,
si no es que ya la hebra de la vida
corta la endurecida parca fiera,
y la muerte me altera, y miedo asombra,
una espantable sombra, un hombre armado,
que el amante soldado dijo que era.

CONDE.

¿Sombra? ¿De qué manera hablaba?

RODIANA.

¿Y cómo?
Mas cuando ve que tomo yo la espada,
dejándome turbada, huyó, y parece
que se me desvanece de los ojos.

PALADIO.

Bien pueden ser antojos, como el día
en tal melancolía le has pasado.

RODIANA.

Yo le he visto y hablado.

GINEBRA.

Yo, testigo.

CALIDORO.

¿Si es algún enemigo o centinela?

RODIANA.

El ave sólo vuela, que no el hombre.

CONDE.

¿No te dijo su nombre?

RODIANA.

Que me amaba.

CALIDORO.

Pues si no es que se cave a contramina
con gruesa y honda mina el lienzo duro
de aqueste foso, el muro de la huerta,
tengo por cosa cierta que él entrase.

CONDE.

Tienes mucha razón, que es imposible,
siendo tu alteza y fortaleza tanta.
Quédese aquí la Reina. Buscarémosle.

RODIANA.

Anda, que yo quiero quedar sola,
que basta que Ginebra me acompañe.

CONDE.

Eso, señora, no es razón; que puede
resultarte de aquesto algún peligro,
si es por ventura algún desesperado,
que quiere fama a costa de tu vida.

RODIANA.

Si eso quisiera, no me hubiera huído;
que cuando ese peligro fuera cierto,
¿qué puedo yo temer mientras la mano
puede regir aquesta espada noble?
¡Viven los cielos, Conde, que me atrevo
romper sola el ejército enemigo!

CONDE.

¡Eres otra inmortal Pantasilea,
otra famosa Ebadnes y Semíramis!
Quédate sola, pues, valor del mundo;
que yo y Paladio, con tu guarda y gente,
descubriremos si es verdad o sombra.

PALADIO.

Vamos, que es imposible que se escape.
Iremos juntos.

CONDE.

¡Juntos atrás! ¡Hola!

RODIANA.

Ginebra, ¿qué dirás de mi desdicha,
si es éste de mi muerte triste agüero?

GINEBRA.

Señora, no imagines que esta es sombra;
hombre es humano; yo le vi sin duda;
lo que del rostro pudo ver mi miedo,
aunque no descubrieron las facciones
con ciegos ojos, sino sólo el bulto.

RODIANA.

Cualquiera dellos es bien importante.
¡Oh, mal soldado amante!, ¿qué me quieres?
¿No me dirás quién eres claramente,
para que no atormente el alma mía
esta melancolía que me acaba?

(*Sale el* PRÍNCIPE.)

PRÍNCIPE.

Aquí escondido estaba entre estas ramas
y viendo que me llamas, Reina bella,
formando esa querella tan incierta
contra el alma que gusta de adorarte,
vengo a desengañarte que soy hombre,
y que tengo ese nombre que me has dado,
porque amante soldado es mi apellido.

RODIANA.

Si amándome has venido sólo a verme,
y no piensas hacerme daño alguno,
no seas importuno en lo que es justo.

PRÍNCIPE.

Yo haré por tu gusto cualquier cosa.
Mándame, Reina hermosa; que si he sido
tan loco y atrevido por gozarte,
que en tan secreta parte y mal segura
he puesto en ventura el alma y vida,
no habrá cosa que impida obedecerte.

RODIANA.

Pues si es de aquesa suerte, yo deseo,
que ya que no te veo, te tocase.

PRÍNCIPE.

Que a mí me resultase gloria deso,
diríalo en mi suceso en bien tan alto,
quedando todo falto, y yo glorioso;
mas estoy temeroso que en tocándome,
asiéndome y llamándome enemigo,
darías el castigo que merece
quien al peligro ofrece, que yo sigo,
la vida al enemigo tan amado.

RODIANA.

Pues, amante soldado, ¿si lo juro,
no quedarás seguro?

PRÍNCIPE.

No, enemiga,
que la palabra a la mujer no obliga.

RODIANA.

¿Quién te dió el nombre de soldado?

PRÍNCIPE.

Hado.

RODIANA.

¿Siendo desconocido?

PRÍNCIPE.

Conocido.

RODIANA.

¿En el reino que yo resido?

PRÍNCIPE.

He sido.

RODIANA.

¿Que tienes algo no prestado?

PRÍNCIPE.

Estado.

RODIANA.

¿Que no estás libre o desatado?

PRÍNCIPE.

Atado.

RODIANA.

¿El espíritu al cuerpo asido?

PRÍNCIPE.

Asido.

RODIANA.

¿Qué buscas si tu bien impido?

PRÍNCIPE.

Pido.

RODIANA.

¿Pides sin ser amado?

PRÍNCIPE.

Ser amado.

RODIANA.

¿Y quién me ha de obligar a amarte?

PRÍNCIPE.

Marte.

RODIANA.

¿Qué Marte? ¿Tu intención es fuerza?

PRÍNCIPE.

Es fuerza.

RODIANA.

Aguarda, loco, afuera.

PRÍNCIPE.

Loco fuera.

RODIANA.

¿Y quién pudo obligarte a Marte?

PRÍNCIPE.

Amarte.

RODIANA.

¿A guerra el amor fuerza?

PRÍNCIPE.

El amor fuerza.

RODIANA.

Huyendo va el traidor. ¡Asildo! ¡Muera!

GINEBRA.

No me dirás agora que no es hombre.

(*Sale el* CONDE *y gente.*)

CONDE.

¿Quién hay que no se asombre de escucharte?
¿Por dónde o a qué parte vas corriendo?

RODIANA.

¿No oyes el estruendo de las armas
entre las verdes plantas y laureles?

CONDE.

De todos tus vergeles, Reina hermosa,
la más pequeña rosa hemos contado;
pero de ser hallado no hay remedio,
que está del cielo en medio y de la tierra.

RODIANA.

¡Volved! ¡Hacelde guerra! ¡Yo lo he visto!
¿Es más lo que conquisto que uno solo?

PALADIO.

Hasta que salga Apolo te prometo,
si no tuviere efeto esta jornada,
de no envainar la espada. ¡Vamos! ¡Muera!

CONDE.

¡La voz primera, hermanos, a la fuente!

PALADIO.

¡Ven por aquí!

CONDE.

¡Repártase la gente!

(*Vanse, y queda la* REINA *y* GINEBRA.)

RODIANA. ¡Oh, notable confusión!
¿Que a un hombre solo no hallen
todo un armado escuadrón? (1)
Ginebra, ¿qué sientes desto?

GINEBRA. Imaginaba, señora,
si aqueste Rey que te adora
en este engaño te ha puesto;
que si está enfermo del mal
de ver tu rostro fingido,
vendrá como ciervo herido
a buscar el natural.

RODIANA. ¿El Rey? ¿Cómo puede ser?

GINEBRA. De noche y con buena guarda,
¡qué poco al hombre acobarda
el valor de una mujer!
Sin duda detrás del muro
desta huerta que escaló,
un buen escuadrón dejó
para acecharte seguro.

RODIANA. Como que tiene razón,
y ojalá que fuese ansí,
que lo que le oí aquí
me mueve el alma a afición.
¿No ves qué bravo y gallardo
le pintan sus enemigos?

GINEBRA. Si amor os hiciese amigos,
buenas albricias aguardo.
Que la guerra cesaría
y también la de mis ojos,
templándose los enojos
que padece el alma mía.
El traidor Conde te adora
y, perdida la esperanza,
era fuerza dar bonanza
el mal que mi alma llora.

RODIANA. Está cierta que en secreto
Clarinarte me lastima,
y que su virtud me anima
a que la paz tenga efeto.
Mas, aunque tan alabado,
soy yo tan escrupulosa,
que pienso que es mentirosa
esta fama que le han dado.
Y si con mis ojos mismos
lo que me dicen no veo,
pondré entre nieve el deseo
que abrasará mil abismos.

GINEBRA. ¿Pues qué remedio imaginas
para volver?

RODIANA. Disfrazada;

(1) Falta un verso.

que ya estoy determinada.

GINEBRA. ¡Gran locura determinas! ¿No ves que serás sentida?

RODIANA. ¿Sentida? No puede ser, y en siéndolo, aunque mujer, sabré defender mi vida.

GINEBRA. A gran peligro te pones.

RODIANA. Esta es mi voluntad, aunque de mi libertad se prueben los corazones.

(Sale el CONDE *y* PALADIO, CALIDORO *y* CLARINARTE, *y el* JARDINERO *y* PIRENA (1), *revueltos a unas mantas.)*

CONDE.

Si los propuestos medios no son fáciles,
por lo menos será forzoso un Hércules,
que derribe esta huerta con sus árboles,
para que hable aqueste falso espíritu,
soldado amante y engañoso príncipe.
Hasta sacar del suelo verdes céspedes
y desas fuentes deshacer los mármoles,
hemos buscado aquesta sombra armífera;
mas para hallarla nunca fuimos hábiles.

RODIANA.

¿Es posible que todo aquel estrépito
no os dijo dónde o cómo?

CONDE.

Fué tan súbito,
que todos los remedios son inútiles;
que por servirte fuéramos
desde esta helada hasta la zona frígida.

RODIANA.

¿Y que vosotros deis tan de propósito
encerraros como pusilánimos
y no sintáis a dos ladrones ágiles,
más que si fueran árboles y pájaros?

JARDINERO.

Si acaso desta huerta, Reina espléndida,
pasearan dos perros el gran círculo,
y a cualquiera viento con ladrido horrisono,
salieron con los ojos de relámpago,
valieran más que el más lucido ejército;
mas ¿qué puede hacer el tosco número
de un escuadrón de labradores rústicos,
para la tierra solamente válidos,
a quien el son del más remoto pífano (2)
ni del cañón la despedida pólvora
hará temblar como unas hojas (1) débiles?

PRÍNCIPE.

Durmiendo estaba yo, Reina invictísima,
cuando sentí por esos verdes álamos
las pisadas de aquese ladrón pérfido,
que entre estas viñas y sus verdes pámpanos
de un alto se arrojó como un cernícalo;
yo, presumiendo que era quiromántico,
y que para tal peligro no era tiempo,
a sus manos temí como dos áspides,
y en la cabeza y ropa y cama púseme,
de donde no salí, como galápago,
hasta que de tu gente vi el escándalo.

RODIANA.

¿Eres tú aquel vitorioso bárbaro
que rendir viste aquel castillo mísero,
y me trajiste ayer las nuevas trágicas?

PRÍNCIPE.

Yo soy de aquellos desdichados cómplice.
¿Mandas en qué te sirva?

RODIANA.

¡Hola, Paladio!
¡Y vos, Conde! Llevad la gente bélica
a descansar mientras que el son y música
de las trompetas escuchéis; que quiero
hablar a solas con este jardinero.

CONDE. Haremos todos tu gusto. Salid vosotros también.

PIRENA. Padre, que a solas estén me ha dado mucho disgusto.

JARDIN. ¿De la Reina estás celosa? Anda, que no hay que temer.

PIRENA. ¿Por qué, padre? ¿No es mujer más fácil si más hermosa?

(Vanse todos. Queda la REINA *y el* PRÍNCIPE.)

RODIANA. ¿Sabes para qué te llamo, y que es negocio de veras?

PRÍNCIPE. Así, señora, supieras lo que yo te adoro y amo.

RODIANA. ¿Dónde mi enemigo estaba?

PRÍNCIPE. Tres millas debe de haber, que hoy le he visto, digo ayer, que ya es hoy y ayer se acaba.

RODIANA. ¿Dónde?

(1) Texto: "PERINA."

(2) Texto: "*pifar*"; supongo *pífano*, por el metro esdrújulo.

(1) Texto: "unos ojos".

PRÍNCIPE. En su tienda.
RODIANA. ¿Qué hacía?
PRÍNCIPE. Amenazaba su gente,
porque temerariamente
tu casa y jardín rompía.
RODIANA. ¿Y a quién oiste decir
que me tuvo algún amor?
PRÍNCIPE. A un buen hombre, labrador,
que no supiera fingir;
éste guardaba un retrato,
que el Príncipe le quitó.
RODIANA. ¿Qué? ¿De ése se enamoró?
PRÍNCIPE. Soy el mismo, verdad trato.
RODIANA. ¿Quién?
PRÍNCIPE. El labrador, señora,
que tu retrato guardaba,
y sé que el Rey te adoraba
como yo, aunque sólo agora,
porque ternezas decía
antes que dél me partiese,
que, aunque como yo te viese,
poco más decir podría.
Y aun después se murmuraba
que lloró y que suspiró,
y que [a] su padre escribió
que vendido y preso estaba,
y que era imposible hacer
guerra contra el alma suya.
Mira si es bien que se arguya
que te debe de querer.
RODIANA. Eres bastante testigo,
porque tan groseros paños
no pueden cubrir engaños.
PRÍNCIPE. Realmente que os soy amigo,
y estoy con pena amorosa
por extremo aficionado.
RODIANA. Digo que eres extremado.
PRÍNCIPE. Y vos extremo de hermosa.
El os ama a toda ley,
aunque parece enemigo;
cree[d]me aquesto que os digo
como palabra de rey
que he dejado por serviros,
y las nuevas que os he dado,
perdido todo el ganado,
y dando al aire suspiros.
RODIANA. Pues sábete que por fama
a ese Rey tengo afición.
PRÍNCIPE. Par Dios, que tenéis razón,
porque como el alma os ama.
RODIANA. Mas como suele mentir
la fama que suena más,
no me ha de engañar jamás
el sentido del oír.
Yo lo he remitido al ver;
en este traje contigo
he de ver a mi enemigo.
PRÍNCIPE. ¡Qué presto pudiera ser!
RODIANA. ¿Es gentilhombre?
PRÍNCIPE. Presumo
que tiene mi garbo y talle.
¿Mas vos no vais a buscalle?
RODIANA. En buscalle me resumo.
PRÍNCIPE. Pues mucho parece a mí.
RODIANA. Digo que tenéis donaire.
PRÍNCIPE. Si aquesto echáis por el aire,
no salgáis, Reina, de aquí.
RODIANA. Llevaremos al Real
algo que poder vender.
PRÍNCIPE. ¡Qué buen engaño ha de ser,
y fin de todo mi mal!
RODIANA. Avísame cuando veas
apuntar la luz del día.
PRÍNCIPE. (¡Ah, Reina y señora mía!
Yo soy el que ver deseas.)

ACTO TERCERO

(*Salen el* PRÍNCIPE CLARINARTE *y la* REINA, *vestidos de labradores.*)

PRÍNCIPE. Eres villano perfeto
y en el donaire tan solo,
que vences al mismo Apolo
cuando fué pastor de Admeto.
Y con tanta perfeción,
que no te iguala ninguna,
pudieras vencer la luna,
como nuevo Endimión.
Que como en techos dorados
y en seda y perlas reposes,
imagina ansí los dioses
por dulce amor disfamados.
Si eran ansí los pastores
de las edades primeras,
¿qué mucho que hasta las fieras
rindiesen de mal de amores?
Agora al interés valgo,
y del amor me despido,
viendo villano a Cupido,
que solía ser hidalgo;
pero ya villano soy
en hacer que sea villano,

pues le tendré como hermano,
si el alma y vida le doy.

RODIANA. Cuando amor te enseña a ti,
que las razones te lima,
¿qué hará si mi pecho anima
de mi rudeza y de mí?
A una imaginación
de un bien jamás conocido,
enloquecido el sentido
llevaste mi corazón.
Mucho peligro aventuro.

PRÍNCIPE. No llevéis, Reina, temor.
Cualquier peligro de amor
de la muerte está seguro.
¿Qué os pueden a vos hacer
cuando seáis conocida?

RODIANA. Quitarme pueden la vida
como a cobarde mujer.
Que antes que yo me rindiera
era mujer y diamante,
mas perdí por ser amante
que otro amante me venciera;
que a llevar yo corazón,
de que ya tengo tan poco,
su gente tuviera en poco
y el más lucido escuadrón.
Nunca pude conocer
mi conocida rudeza,
y agora en esta flaqueza
conozco que soy mujer.

PRÍNCIPE. Así me huelgo de oiros,
como el propio Rey se holgara,
a quien le costáis tan cara
de lágrimas y suspiros.
Que me resulta ganancia
por ser hombre, y él también,
de ver que a quererle bien
rindáis tan alta arrogancia.
¿Que, en fin, le amáis?

RODIANA. Si no miente
la vista a lo imaginado,
de mí vendrá a ser amado
amorosa y tiernamente.
Salga la imaginación
de mi alma verdadera,
y alzará el amor bandera
de tu ingeniosa traición.

PRÍNCIPE. ¿Y si acaso no os agrada
su talle, su gracia y brío?

RODIANA. Daré aquel golpe en vacío
como consonancia errada.
Mas no es posible que engañe
la fama en tan corto espacio;
de su tienda a mi palacio,
¿qué puede haber que me engañe?

PRÍNCIPE. Ninguna cosa a los dos
os tiene en esto engañados,
y si estáis de amor prendados
mal puede engañar un Dios.
Vos ya le habéis visto a él
en vuestra imaginación,
con la misma perfeción
que esperan los ojos dél.
Y él también a vos os vió,
y os ve agora retratada,
tan al vivo figurada
como os estoy viendo yo;
porque la imaginación
dicen que suele hacer caso.
¿Mandas en qué te sirva?

RODIANA. No le quiero, que me abraso,
pero téngole afición;
y cuando al fin no le viera
ninguna pena tendría.

PRÍNCIPE. No es posible, a la fe mía,
que tal crueldad se le hiciera.
Por fuerza le habéis de ver
como agora le miráis,
si no es que le imagináis
lo que ha de venir a ser.
Mas mira que cerca estamos
de su armada y rica tienda,
y no es bien que nadie entienda
el intento que llevamos.
Id vos por aquesa parte
mientras yo por aquí voy.

RODIANA. ¿Y si contigo no doy,
adónde tengo de hallarte?

PRÍNCIPE. (Estábale por decir
que me buscase en su pecho.)
Id el camino derecho,
que yo os tengo de seguir.

RODIANA. Pues no me dejes.

PRÍNCIPE. Mal puedo
dejaros si estáis asida
al alma, siendo la vida
en que ya sin alma quedo.

RODIANA. Vete, serrano, con Dios,
hasta que te vuelva a ver.

PRÍNCIPE. Su ayuda habré menester
para apartarme de vos.

(*Vanse, y salen cinco* SOLDADOS.)

SOLDADO 1.º

Cuando tales sospechas fuesen ciertas,
a las naves, amigos, nos volvamos,
las armas bajas y esperanzas muertas,
pues debajo la insignia militamos
de nuestro Rey, legítimo heredero,
por quien la patria y la vida aventuramos
si a manos de algún falso consejero,
por orden de la reina Rodiana
ha sido muerto, o queda prisionero,
aunque su muerte mísera y temprana
fuera justo vengar, tiempo nos queda,
si fuese esta verdad patente y llana;
que no es bien que quedemos donde pueda
vender algún tirano nuestras vidas,
si sus banderas y bastón hereda.

SOLDADO 2.º

Ha hecho tantos fuertes de homicidas (1)
la mísera codicia del Imperio,
y el oro matador de Craso y Midas,
que no sería monstruo, ni aun misterio,
pensar que alguno destos capitanes
hubiese dado en este vituperio.
He visto muchos yo destos Guzmanes
que le idolatran en presencia suya,
y le muerden después como alacranes.
Lo que se determina se concluya;
que el Príncipe, en efeto, no parece,
de donde es bien que su prisión se arguya.
El alboroto en nuestro campo crece.
Sepamos lo demás; que es desatino
no remediar el daño que se ofrece.

SOLDADO 3.º

Ninguno lo dirá como Mambrino,
que sabe la verdad de aqueste caso,
que a tal privanza con su Alteza vino,
que si le han muerto por traición acaso,
maldad como ésta no la ha visto el mundo
desde Calisto al contrapuesto Ocaso.

SOLDADO 4.º

Algún traidor al Magancés segundo,
puede ser que engañado de la Infanta,
de cuyos hechos su malicia fundo,
la fe debida a nuestro Rey quebranta,
que no es milagro, aunque maldad parece,
que quepa en escocés infamia tanta.

(1) *Sic* en el texto; será "tantas suertes de homicidas".

Su rica tienda es ésta, que guarnece
este fiero león sobre la punta,
que ya rendido agora se me ofrece.
Llega, Lariso, y por el Rey pregunta,
que Mambrino la tiene así cerrada.

SOLDADO 5.º

Pues llegue toda la cuadrilla junta.

SOLDADO 1.º

Poned los arcabuces a la entrada,
y muera, si del Rey no diere nuevas.

(*Dicen de dentro.*)

MAMBRINO.

¿Gente dices?

OTRO.

Y viene alborotada.

SOLDADO 2.º

¡Ah de la tienda!

(*Adentro.*)

Pocas armas llevas,
si este motín contra tu pecho sale.

MAMBRINO.

¿El peto, qué valdrá, loriga y grevas?
¿Qué resistencia a tanta gente vale?

SOLDADO 3.º

¡Ah de la tienda! ¡Sal, o batirémosla!

SOLDADO 2.º

¿Quieres tú que dispare?

SOLDADO 1.º

¡Apunta!

SOLDADO 4.º

¡Dale!

SOLDADO 2.º

¿La tienda no es del Rey? Pues respetémosla.

SOLDADO 3.º

¡Poned la cuerda al polvorín!

SOLDADO 1.º

¡Dispara!

SOLDADO 4.º

Si no saliese agora, romperémosla.

(*Sale* MAMBRINO.)

MAMBRINO.

¿Qué es aquesto, soldados? ¿Quién pensara
que a la tienda del Príncipe viniera

el que su sueldo militar gozara?
¿Qué esguízaro, qué ristre se atreviera
por su estipendio y paga conocido
a seguir el león de su bandera,
que viniere tan falto de sentido
a romper su real alojamiento,
no de su amor, mas de interés nacido?

SOLDADO 4.º

Dejemos ese vano parlamento:
danos a Clarinarte luego, luego,
o tú y la tienda iréis en polvo al viento.

MAMBRINO.

¡Paso! ¡Escuchad!

SOLDADO 1.º

¡No escuches; dale fuego!

SOLDADO 2.º

Sin el Rey no hay disculpa que escuchemos.

MAMBRINO.

¿Qué furor os induce loco y ciego?

SOLDADO 2.º

Danos (1) nuevas del Rey, y callaremos.

SOLDADO 4.º

¿Dónde está el Rey, que no parece?

MAMBRINO.

¡Oídme!

SOLDADO 5.º

¡Dadnos a nuestro Rey!

SOLDADO 1.º

¡El Rey queremos!

MAMBRINO.

Yo os quiero dar las nuevas; advertidme.

SOLDADO 2.º

¿Qué nuevas? ¡Habla!

MAMBRINO.

Si no fueren ciertas,
matadme, hacedme polvos, destruídme.
Bien habéis visto las hermosas huertas
que hay desde aquí a la ciudad cercada.

SOLDADO 3.º

¿Y qué importa que deso nos adviertas?

MAMBRINO.

No lo dijera a no importaros nada;
pero sabed que el Rey en una dellas
goza de una cautiva regalada.

(1) Texto: "denos".

Es bella entre las que hoy se llaman bellas,
tanto, que como hechizo le suspende
desde que nace el sol a las estrellas,
y pues su ausencia, amigos, os ofende,
como a soldados que pretenden honra,
id, aunque deje el fuego que le enciende;
que bien sé yo que a quien la frente honra
el laurel vitorioso de la guerra
el vano amor le infama y le deshonra.
Pero como es lasciva (1) aquesta tierra,
y el mozo vitorioso, no os espante,
que en fin el ocio la virtud destierra.

SOLDADO 4.º

Sin duda de Dorinda (2) es vano amante,
la que se le vendió por la cadena.

SOLDADO 5.º

¿Paréceos que es satisfación bastante?

SOLDADO 2.º

No me parece de verdad ajena;
mas ha de ser satisfación en parte,
que nos descuide de pasión y pena.

SOLDADO 1.º

¿Y cuándo nos darás a Clarinarte?

MAMBRINO.

Esta noche sin falta, o cuando el alba
la estrella anuncie a quien adora Marte.

SOLDADO 3.º

Con esto queda tu persona salva;
pero si falta de mañana, advierte,
que haremos guerra lo que agora es salva.

MAMBRINO.

Digo que me condeno a infame muerte
si no os mostrare al Príncipe mañana,
o a la sentencia que me deis más fuerte.

SOLDADO 4.º

¡Vamos!, que esto es sin duda verdad llana,
porque es Dorinda por extremo bella.

SOLDADO 5.º

Es la afición de la razón tirana.

SOLDADO 2.º

¡Qué huélguese, y mil años goce della!

(*Vanse los* SOLDADOS *y queda* MAMBRINO.)

MAMBR. ¡En que confusión me deja

(1) A: "laciva".
(2) Antes la llamó "Clorinda."

el motín deste escuadrón,
y más que la confusión
es del Príncipe la queja!
¿Es bien que en sus gustos ande
de su honor y campo ausente,
para obligar a su gente
a desvergüenza tan grande?
¿Es esta la fama altiva
de los capitanes fuertes,
que antes pasaban mil muertes
que gozar de una cautiva?
¡Oh, ejemplo de veloz curso,
que hacen los pocos años,
que para ver sus engaños
no hace el alma discurso!
¡Triste de mí! Qué haré?
Esta palabra que he dado
a un ejército alterado,
¿cómo cumplirla podré?
¿Dónde tengo de buscar
este Príncipe perdido,
este rapaz atrevido?
¿Adónde le puedo hallar?
¿En qué parte se escondió?
¿Por dónde hallaré camino?

(*Sale el* PRÍNCIPE CLARINARTE.)

PRÍNCIPE. ¡Ce, Mambrino! ¡Hola, Mambrino!
¿Estáis solo?
MAMBR. ¿Quién és?
PRÍNCIPE. Yo.
MAMBR. ¿Es el Príncipe?
PRÍNCIPE. Yo mismo.
MAMBR. ¡Oh, pesar de mi linaje!
Mándame otra vez que baje
hasta el fuego del abismo;
mándame pasar el mar
en una tabla rompida,
quitar a un león la vida,
y a un tigre el hijo quitar;
mándame traer cautiva
una sirena, una esfinge,
como de Tebas se finge,
o comer un áspid viva,
y no me mandes quedar
entre esta bisoña gente,
furiosa, loca, impaciente,
que me han querido matar.
Agora se van de aquí
mil arcabuces y más,
que no me he visto jamás
como hoy entre ellos me vi.
Juraban de darme muerte
si al Príncipe no mostraba,
que el motín imaginaba
que alguno quiere venderte.
Piensan que estás en prisión,
o que ya no tienes vida.
PRÍNCIPE. Bien piensan; que mi homicida
me la quita, y sin razón.
Mas, ¿cómo se sosegaron?
MAMBR. Di palabra de mostrarte
mañana, y con esto en parte
su alteración mitigaron.
¡A qué buen tiempo he venido
a impedir el alboroto!
Que ya tu ejército roto
parece más que vencido.
Unos se quieren volver,
y otros te quieren dejar.
PRÍNCIPE Deja, Mambrino, el pesar,
que me has de hacer un placer.
MAMBR. ¿Luego no tengo de darte
muy buena reprehensión?
PRÍNCIPE. Y a fe que tienes razón
y gustara de escucharte;
mas es imposible agora,
que me va en esto la vida.
MAMBR. ¿Cómo?
PRÍNCIPE. Aquí está la homicida
que el alma que abrasa adora;
que en hábito de villano
vino a ver nuestro Real,
y revuelto en un cendal
el cabello o sol tirano.
La ocasión deste suceso
sabrás al morir del día,
que quiero que como espía
todo mi bien traigas preso.
Y ve, por Dios, entretanto
que tomo espada y bastón,
y verás la perfección
que mueve a la tierra espanto,
y estoy por decir al cielo,
si lo que hice te espanta.
MAMBR. ¡Poco menos te levanta,
no des con todo en el suelo!
Pero a fe que andáis los dos
en materia de atrevidos
con menos de dos sentidos
de los diez que os puso Dios.
Al fin que el oír y el ver

quede aquí más que el honor.

PRÍNCIPE. ¿No ves que vence el amor
cuantas cosas tienen ser?
Ve, por Dios; no se nos pierda
esta gentil ocasión.

MAMBR. Aquí de la pretensión
de tu padre se me acuerda.
¡Qué engañado vive agora
de tu injusto pensamiento!

PRÍNCIPE. ¡Oh, remiso encogimiento
que todo mi bien desdora!
Llamaré, si no has de ir,
otro que más me obedezca.

MAMBR. Yo voy, porque no parezca
que no te quise servir;
pero considera un poco,
ya que quedas solo aquí,
que es bien que vuelvas en ti.

(*Vase* MAMBRINO.)

PRÍNCIPE. Más necio estás que yo loco.
Mi padre propio, sospecho,
que es a quien debo, y es justo,
obedecer y dar gusto,
no me sosegara el pecho.
Hoy, mi villana divina,
¿qué intento, cautiva, os muestra
esta alma, que de la vuestra
ha sido cautiva indigna?
¡Hola, pajes!

PAJE. ¡Señor!

PRÍNCIPE. ¡Hola!

PAJE. ¿Vino ya el Rey?

PAJE 2.° ¡Aquí está!

PRÍNCIPE. Tomad este peto allá;
no quiero más que la gola.
Dame una espada.

PAJE. ¿Dorada?
¿O cuál quieres? Que no sé
cuál espada te daré.

PRÍNCIPE. Pues tráeme cualquier espada.
Veréisme diferenciado,
señora, de lo que fuí;
aunque villano me vi,
dichoso Rey desdichado.
Si se transforma por ley
el que ama en lo que adora,
sed vos villana, señora,
que yo por vos seré Rey.
Pues vuestro ser he tomado,
y vos el que yo tenía,
bien arguya, reina mía,
que estoy en vos transformado.

(*Salen los* SOLDADOS.)

PAJE. Ciñe la espada.

PRÍNCIPE. ¿Quién viene?

PAJE. Mil soldados que desean
verte.

PRÍNCIPE. Pues entren, y vean
un cuerpo que alma no tiene.

SOLDADO I.°

Danos aquesos pies, ilustre Príncipe,
tan deseado de tus tristes súbditos,
que ya tu injusta cárcel lamentábamos,
y aun mayor mal a sospechar veníamos,
que algún traidor tocado del arsénico
de la codicia vil, como vil bárbaro
vendió tu sangre [a] aquesta reina armífera,
y a venganza colérica y justísima
más de la media parte de tu ejército,
adonde agora estampo los pies, vino,
y ¡ay del triste Mambrino!, si por dicha
fueras por su desdicha preso o muerto.

PRÍNCIPE.

Yo estoy muy cierto, hidalgos, de la pena
que mi muerte o cadena os habrá dado,
pero sabed que he estado libremente
gozando alegramente la vitoria
que de mi honor y gloria y vuestra fama
del norte al sur derrama la voz suya.
La pena se concluya, y esos brazos
me den muchos abrazos; que no es justo
que ese vuestro disgusto estime en menos.

SOLDADO 2.°

¡Oh, Rey, que a los más buenos aventajas!
Si a este suelo te bajas, hasta el cielo
te quiere alzar el suelo que te adora;
que no te iguala agora el gran Trajano,
nunca, Alejandro Magno, ni Leonidas.

SOLDADO 3.°

Quite de nuestras vidas el que puede,
y si esto nos concede, en ti las pongo.

SOLDADO 4.°

A tus sienes compongo la corona,
que a la tórrida zona y al oriente
vaya de gente en gente dilatada.

SOLDADO 5.°

La humildad ensalzada, siempre altiva,

decid todos, soldados, ¡viva! ¡Viva!

(*Sale* MAMBRINO *con la* REINA *presa, y los* SOLDADOS *se quedan a un lado.*)

MAMBR. En medio de tu disgusto,
para bien de tu alegría,
traigo, señor, esta espía
en traje tosco y robusto,
que tu ejército y soldados
iba poniendo en memoria,
ociosos con la vitoria,
dormidos y descuidados.

PRÍNCIPE. Sacadme una silla aquí.
¡Qué notable atrevimiento!

RODIANA. (Amor, ¿qué es esto? ¿Qué siento?
¿Duermes? ¿Velo? ¿Estoy en mí?)

PRÍNCIPE. Su injusto intento condeno,
más la traición que la mano.

SOLDADO. ¡Qué bello rapaz!

PRÍNCIPE. Es llano
que disfrazaba el veneno,
que así la Reina reserva.
¿Que no le echase de ver?

MAMBR. Ansí se suele esconder
el áspid entre la hierba.
Siéntese Su Alteza.

PRÍNCIPE. (Estoy
por castigalle y no oílle;
mas mejor será decille
quién es la Reina y quién soy.)

RODIANA. (Si éste no es aquel villano
que vino conmigo al Real,
todo el poder natural
en aquesta parte es vano,
porque dos rostros hacer
tan conformes, habrá sido
milagro no sucedido
desde que el mundo dió ser.
¿Pero hacer posible ha sido,
el cielo con igual mano,
el rostro de aquel villano
al Príncipe parecido?
Mas ¿cómo naturaleza
pudo errar? Mas bien podría;
que como otros monstruos cría,
pudo humillar su grandeza;
y es semejanza tan mala,
que vengo a determinarme
de morir y no casarme
con rey que a un villano iguala.)

PRÍNCIPE. Ya habrás pensado entre ti
la disculpa que has de dar;
porque tanto murmurar,
debe de ser contra mí.

RODIANA. No es muy lejos lo que piensa,
de ser en ofensa tuya.

PRÍNCIPE. De tu deseo se arguya,
que le tiene de mi ofensa.
Mas, ¿qué ofensa podrá hacerme
vuestra ya cautiva espía,
estando en la mano mía
vengarme y satisfacerme?
Apostaré que murmuras
de mi mal talle y presencia,
y que mi fama, en ausencia,
vencer y infamar procuras.
Dirás que fué injusta ley,
con ese pecho inhumano,
que quien parece villano,
tuviese nombre de Rey.
¿Qué sientes de mí?

RODIANA. Mil cosas,
que no te sabré decillas.

PRÍNCIPE. ¿Son faltas o maravillas?

RODIANA. Faltas son maravillosas.

PRÍNCIPE. ¿Hasme muy bien contemplado
desde el cabello hasta el pie?

RODIANA. No eras como yo pensé;
fuí desta fama engañado.

PRÍNCIPE. Pues ¿qué a la Reina le dicen?
¿Qué buena persona tengo?

RODIANA. Ya después que a verte vengo
mis ojos lo contradicen.

PRÍNCIPE. Pues ¿qué? ¿Parézcote mal?

RODIANA. No me pareces muy bien.

PRÍNCIPE. Luego indigno soy también
de mi corona real.

RODIANA. No, porque el alma es gobierno
del cetro de rey que tienes.

PRÍNCIPE. ¿Y a verme el alma no vienes?

RODIANA. Algo en tus obras dicierno.

PRÍNCIPE. En fin, que yo no te agrado?

RODIANA. Muy bien pienso que pudieras,
si para mí no tuvieras
cierta manera de enfado.

PRÍNCIPE. ¿Cómo?

RODIANA. He topado un villano,
y en extremo te parece,
y rey que un reino obedece
como señor soberano,
no sólo ha de ser igual
al villano que yo vi,

mas ha de tener en sí
un no sé qué celestial.

PRÍNCIPE. No juzgas como discreto,
porque el poder soberano
hizo igual rey y villano
con diferente sujeto.
Y en las cosas naturales
ya después que hombres nacimos,
los que fueron y vivimos,
somos juntamente iguales.
El Rey tiene diferencia
al vasallo y al criado,
el ser de Dios ayudado,
conforme a su preeminencia;
pero la justa razón
de que al Rey diferenciemos,
cuando en su trono le vemos,
es nuestra propia intención.
Aquel saber que uno es Rey
hace que el temor le asombre,
y que no piense que es hombre
al que obedece su ley.
El temor en el Rey hace
tan grande y noble presencia,
que causa la diferencia
del que bajamente nace.
Si tú me húbieras mirado
como a Rey, con el temor
que suele su resplandor
dar al vasallo y criado,
venerable pareciera
y no villano sujeto,
porque tu mismo respeto
temor de rey te pusiera.
Mas como eres enemigo,
mírasme como a villano,
y si estuviera en tu mano,
me dieras igual castigo.
¡Pésame de que haya sido
contigo tan desgraciado!

RODIANA. Pues di: ¿qué hubieras ganado,
o en lo contrario perdido?

PRÍNCIPE. Quisiérate libertar,
porque a tu reina (1) te fueras,
y con ella me pusieras
en un dichoso lugar.
Lo que si yo agora hiciera,
que tan mal te parecí.
sería decir de mí
mucho más de lo que hubiera.
Y créeme que has hablado
como hombre atrevido y fuerte,
y como aquel que a la muerte
viene ya determinado.
Porque si la Reina fueras
no tuvieras más crueldad
ni con mayor libertad
hablar a otro Rey pudieras.

RODIANA. Dejemos de hablar de mí,
que soy de su casa un paje,
y aunque de tan buen linaje
que puedo igualarme a ti.
Mas ¿por qué causa querías
que [a] la Reina te loase?

PRÍNCIPE. Porque a amarme se inclinase,
ciega de alabanzas mías.

RODIANA. ¿Pues no te basta la palma
que agora a ganar comienzas
en que su reino la venzas,
que quieras vencella el alma?
Eres vencedor indigno,
como hombre, de lo que es tierra;
pero no en hacelle guerra
en lo inmortal y divino.

PRÍNCIPE. ¿Si ella me la hace a mí
en el alma, es mucha palma
que quiera vencerse el alma,
después que el alma le di?

RODIANA. ¿Luego tú quiéresla bien?

PRÍNCIPE. Por grande extremo la adoro,
y ausente por ella lloro
mi desdicha y su desdén.

RODIANA. ¿Pues cómo?

PRÍNCIPE. Por un retrato
que vi, hermoso por extremo.

RODIANA. ¿Y piensas vencerla?

PRÍNCIPE. Temo.

RODIANA. ¿Qué deseas?

PRÍNCIPE. Vista y trato.

RODIANA. Tratada es fea.

PRÍNCIPE. Mentiste.

RODIANA. ¿De quién lo sabes?

PRÍNCIPE. De mí.

RODIANA. ¿Pues hasla visto?

PRÍNCIPE. No, y sí.

RODIANA. ¿Cuándo?

PRÍNCIPE. Cuando tú la viste.

RODIANA. ¿Eres tú la sombra?

PRÍNCIPE. El mismo.

RODIANA. ¿Tú quién la hablaba?

(1) A: "a tu Reyno".

PRÍNCIPE. Yo propio.
RODIANA. ¿Luego, en efeto, fué impropio?
PRÍNCIPE. Pensar que fué del abismo.
RODIANA. Tuvieron de ti temor,
porque a haber adivinado
que eras amante y soldado,
alguien te tuviera amor.
PRÍNCIPE. ¿Quién, di?
RODIANA. La Reina.
PRÍNCIPE. ¿Es posible?
RODIANA. Sin duda,
PRÍNCIPE. ¿Cómo?
RODIANA. Por fama.
PRÍNCIPE. ¿Y que la Reina me ama,
siendo una roca invencible?
RODIANA. Es, sin duda, que te adora.
PRÍNCIPE. Y en viéndome, amigo, di,
¿dirá tanto mal de mí
como tú dices agora?
RODIANA. No me has parecido mal;
sino que yo no pensaba
que un hombre bajo imitaba
a la persona real.
Y como el villano vi
que en el camino encontré,
pesóme cuando te hallé
que se pareciese a ti.
Mas si me otorgas la vida,
pienso a la Reina volver
en poco fuego encender,
y abrir la pequeña herida.
Diré mil bienes de ti.
PRÍNCIPE. ¡No más! ¡Hola! ¡Dalde paso!
RODIANA. ¡Si escapo, notable caso!
PRÍNCIPE. ¡Respetalde como a mí,
y acompañalde hasta tanto
que del ejército salga!
RODIANA. ¡Tus altas empresas valga,
gran señor, el cielo santo!
Y plegue a Dios que en contento,
gusto, alegría y solaz,
gocéis los dos de la paz
en alegre casamiento.
PRÍNCIPE. ¿Eso has hecho? ¡Espera! Toma
aqueste anillo, que vale
un reino.
MAMBR. (¡De seso sale!)
PRÍNCIPE. ¿Quieres que conmigo coma?
MAMBR. Será gran desigualdad.
Déjala agora volver;
que se podrá conocer
su grandeza y majestad.
RODIANA. Si das premio al enemigo,
y más que amigo te amo.
justa muerte merecía,
nombre mereces de amigo.
Por la Reina, te lo llamo.
PRÍNCIPE. Y yo mis brazos te doy,
que a fe que tu amigo soy,
y más que amigo, te amo.
Id todos juntos con él.
Sólo aquí quede Mambrino.

(*Un* SOLDADO.)

SOLDADO. ¡Plaza, plaza!
PRÍNCIPE. Hasta el camino
ninguno se aparte dél.

(*Vanse los* SOLDADOS *y la* REINA, *y queda el* PRÍNCIPE *y* MAMBRINO.)

MAMBR. ¡Bien nuevo suceso ha sido!
PRÍNCIPE. ¿No es, Mambrino, muy hermosa?
MAMBR. Es gallarda y belicosa,
y de un ingenio atrevido.
PRÍNCIPE. ¿Has visto mejor villano
en estas islas jamás?
MAMBR. ¿Que buena guerra le das,
a quien ya le das la mano?
Pues tu padre ya lo sabe.
PRÍNCIPE. ¿Quién se lo ha escrito?
MAMBR. No sé.
PRÍNCIPE. ¿Piensas que temor tendré?
MAMBR. Dicen que apresta una nave.
Y, viendo tu perdimiento,
quiere hacer la guerra él.
PRÍNCIPE. ¿Esto mi padre cruel
tiene a loco pensamiento?
El procurar de una guerra
tan mal hecha, paz tan noble,
¿no es ganar la tierra al doble
más que destruír la tierra?
No tengo padre, ni quiero
que más se llame este nombre;
para padre soy muy hombre,
y grande para heredero.
En esto me determino
y deste parecer soy.
Quédate adiós, que me voy,
para salirle al camino.

(*Vase el* PRÍNCIPE.)

MAMBR. En la obstinación que anda
es el consejo excusado,

que mal mandará el criado
adonde el señor no manda.
Quien a su padre escribió
todo lo que pasa aquí,
yo solo fuí, que yo fuí
a quien él lo encomendó.
Y aunque deste casamiento
paz y provecho resulta,
en todo lo dificulta
el paternal mandamiento;
que la quiere para sí
con un entrañable amor,
tal que me pone temor
el pensar que viene aquí.
¡Oh, amor, de quien se pregona
tan duro estatuto y ley,
que ni el vasallo a su Rey,
ni el padre al hijo perdona!

(*Vase, y sale la* Reina *con* Soldados.)

Rodiana.

La merced recebida como es justo,
valientes caballeros, agradezco,
y pues estoy de la ciudad tan cerca,
volveos a vuestro campo, que podría
sentiros la ciudad, y dispararos,
si acaso os sienten, un cañón del muro.

Soldado 1.º

Guarde tu vida, labrador hermoso,
el que tan bello cuerpo y alma noble
en rústico sayal puso escondido,
como en la mina suele estar el oro.
Nosotros nos volvemos al ejército,
bien confiados de tu fe inviolable,
que has de igualar el talle con las obras.

Rodiana.

Pues id en paz, amigos, que yo espero
que han de tener buen fin aquestas paces.

Soldado 2.º

Pues vamos, caballeros, y no entremos
la tierra más adentro; que algún día
haremos Corte lo que agora es campo,
la guerra paz, y los contrarios deudos.

Rodiana.

¡El cielo os guarde, compañía gallarda!

Soldado 1.º

¡Vaya en la tuya el Angel de la guarda!

(*Vanse los* Soldados *y queda la* Reina.)

Rodiana. Quien presto se determina
muy de espacio se arrepiente,
quien ve la muerte presente,
tarde el remedio adivina.
¡Oh, Príncipe sabio y justo,
galán, fuerte y gentilhombre!
En toda la tierra el hombre
que me ha dado solo gusto.
Trátanse ya aquestas paces
en tu amor y mi desdén.
¿Darásme, cielo, algún bien,
de cuantos males me haces?
Herida voy como cierva.
¡Adiós, loca presunción!
Que llevo en el corazón
poca vida y mucha hierba.

(*Sale el* Príncipe *en traje de labrador.*)

Príncipe. Falto vengo del aliento
y de la vida por ti.
¿Cómo te has venido así,
venciendo en el curso al viento?
¿Hante acaso conocido,
o el campo no te agradó?

Rodiana. (¿Que no es éste el que vi yo
del real traje vestido?...
(¿Que éste el Príncipe no es?...)

Príncipe. ¿Qué dices, señora mía?

Rodiana. Que pensando que era espía,
puse la vida en los pies.
Y ellos me han favorecido
hasta que en salvo me han puesto.
(¿Qué engaño es éste? ¿Qué es esto?
¿Que así me ciega el sentido?
Mas no es posible que sea
el Rey aqueste villano.)

Príncipe. En dejarte de la mano
hice una cosa muy fea:
Pero ya, mientras viviere,
será imposible dejarte.

Rodiana. (¿Que aqueste no es Clarinarte,
el que yo quiero y me quiere?
¿No es su habla? ¿No es su boca?
¿No es en todo semejante?
¡Ay, dulce soldado amante!
Mas ¿qué digo?, que estoy loca.
¿Qué tengo ya que temer?
Pues de su campo he salido,
sin que me hayan conocido,
¿qué me puede suceder?
¿No estoy ya cerca del muro

de mi ciudad populosa?)
PRÍNCIPE. Ya por mi fe, Reina hermosa,
que estamos en lo seguro.
Decilde agora a ese loco
que pruebe haceros agravio.
RODIANA. (Que éste presume de sabio
y de que yo sé tan poco.
¿Mas quién duda que no entiende
que le he conocido ya?)
PRÍNCIPE. (Dudando si soy está,
el que la adora y la ofende.)
¿Viste al Rey, señora?
RODIANA. Vile,
y vi en él tanta grandeza,
que me parece bajeza
que a vencerme se aniquile.
PRÍNCIPE. ¿Satisfízote su talle?
RODIANA. De suerte me enamoró,
que en el punto que le vió
el alma se obligó a amalle.
Sin ella vengo.
PRÍNCIPE. ¿Sin ella?
No es cosa para creer;
que luego el cuerpo ha de ser
muerto, si se aparta della.
Sin duda mucho caminas,
que no he podido alcanzarte.
RODIANA. (¿Que aquéste no es Clarinarte?)
PRÍNCIPE. ¿En qué piensas? ¿Qué imaginas?
RODIANA. Tengo una duda, que ha sido
para más desvanecerme,
pues velando el alma, duerme
la memoria en el sentido.
Ven cierta cosa mis ojos
que no la quieren creer.
PRÍNCIPE. Bien pueden, señora, ser
imaginados antojos.
La puerta nos han abierto,
entremos en la ciudad.
RODIANA. (Que me engaña la verdad.
¿Si es él? ¿No? ¿Sí?
PRÍNCIPE. Yo soy cierto.

(Vanse, y sale el REY DINACREONTE *y* SOLDADOS, *y* MAMBRINO.)

REY.

¿Que en tal locura aquel traidor ha dado,
y que esté en la ciudad con mi enemiga,
ciego como otro Ulises hechizado,
en los lascivos brazos de su amiga?
¿Que deje todo el reino yo, alterado,
sin gobierno que mande o Rey que siga?
Pues no, traidor; que mi vejez cansada
aún tiene bríos de regir la espada.
¿En efeto, Mambrino, que un retrato
ha sido de su alma el bebedizo?

MAMBRINO.

Pienso que fué de Rodiana el trato,
que aqueste engaño por sus manos hizo.

REY.

¡Ay, hijo desleal! ¡Ay, hijo ingrato!
Mas no te culpo, si éste ha sido hechizo;
que pensar no es posible que pudieses
degenerar un punto de quien fueses.
Mas ¿cómo le disculpo, loco y ciego,
y de su ceguedad tan ciego vivo?
¡Armese el campo! Marche el campo luego;
que tengo el hijo y el honor cautivo,
publíquese la guerra a sangre y fuego,
y no quede de todos hombre vivo
de un reino que no tiene más defensa,
de una sirena que cantó en mi ofensa.
Caminen hombres de armas al galope,
pasen la lanza de la cuja al ristre;
la infantería en escuadrón se acope,
y por sus capitanes se administre;
no se perdone cosa que se tope,
todo se mire, tale y se registre.
Ea, Mambrino, la distancia es poca.

MAMBRINO.

Marcha, camina, toca.

REY.

¡Oh, Reina loca!

(Vanse. Sale la REINA *y el* CONDE *y el* PRÍNCIPE.)

CONDE. Sentido habemos tu ausencia.
RODIANA. En peligro vi mi vida,
pero fué bien defendida
de mi buena diligencia.
CONDE. ¿Es bravo campo el contrario?
RODIANA. Antes manso me parece,
pues que ya la paz me ofrece
y el seguro necesario.
Y pues ya el cielo este día
tiene de su propia mano,
prendedme aqueste villano.
PRÍNCIPE. ¿A mí?
RODIANA. Sí, que eres espía.
PRÍNCIPE. ¿Yo espía?
RODIANA. ¡Tú! ¿Qué te espantas?

Que yo sé bien que por ti
cerca de morir me vi,
entre espadas y armas tantas.
Y en fin, por lo que yo sé,
me importa darte la muerte.

PRÍNCIPE. ¡Que trates de aquesa suerte
quien te adora con tal fe!
Si así premias al amigo
que te adora tan de veras,
¿qué galardón dar esperas
al Príncipe tu enemigo?
¿Por qué me mandas matar?
¿Por qué ensangrentar la mano
en un grosero villano?

RODIANA. Hoy, traidor, has de acabar.
Yo quiero quedar segura (1)
de tu traición.

PRÍNCIPE. ¿Yo traición?

RODIANA. Hame dado el corazón
lo que ese tuyo procura.
Conde, sacad esa espada,
y de un revés su cabeza
baje a humillar su bajeza!

PRÍNCIPE. ¿Que, en fin, mi muerte te agrada?

CONDE. Aunque tan limpios aceros
se manchan como tiranos,
que mal cortan en villanos
espadas de caballeros,
por mandarlo Vuestra Alteza,
hinca, traidor, la rodilla.

RODIANA. ¡Cielos, si fué maravilla
de la gran naturaleza!
Que si éste el Príncipe fuera,
viendo su muerte tan clara,
claro está que lo estorbara
luego su nombre dijera.
Ya vuelvo a la propia duda.

CONDE. Ya, Reina, le quiero herir;
que viéndose así morir
de propósito no muda.

RODIANA. ¡Ejecuta!

PRÍNCIPE. ¡Ten la mano!

RODIANA. ¿Qué quieres?

PRÍNCIPE. Hablarte quiero.

CONDE. No mandes manchar mi acero
en el cuello de un tirano.

PRÍNCIPE. ¿Muerte adorarte merece?

RODIANA. ¡Dale!

(1) A: "seguro".

CONDE. ¡Desta muere! (1)

RODIANA. ¡Espera!
que no es bien hecho que muera
quien al Príncipe parece.
Sabed que éste es su retrato,
y por él le doy la vida.

PRÍNCIPE. Ya fuera, dulce homicida,
al bien que te debo ingrato.
Yo soy propio y semejante
al Rey que negando estoy;
Clarinarte, Reina, soy;
yo soy el soldado amante;
tu amor me ha traido así.
Si mi amistad no te agrada,
alza, buen Conde, la espada;
mátame luego.

CONDE. ¿Yo a ti?
Alza del suelo y de amigo
me da mil veces tus brazos.

RODIANA. Y con más estrechos lazos
a tu amigo y enemigo.
¿Has andado bueno?

PRÍNCIPE. Creo
que sabiendo mi pasión
has dado tal galardón
al fuego de mi deseo.
Aquí, al fin, hacemos paces.

RODIANA. Eres mi rey y mi esposo.

PRÍNCIPE. Premia al Conde vitorioso,
hoy que a todos merced haces.

RODIANA. Con Ginebra, mi querida,
le doy la gobernación
de Gelanda.

CONDE. No es razón,
que mayor premio te pida:
si es que le estoy obligado
por mucho amor a Ginebra.

PRÍNCIPE. Desta paz que se celebra
quede mi campo avisado.

(*Sale* CALIDORO.)

CALIDORO.

Apenas, Reina invicta, en el palacio
la fama suena de que en él reside
el príncipe famoso Clarinarte,
cuando otra fama en diferentes voces,
viene diciendo cómo el Rey su padre
desembarcado agora en nuestra playa,
viene, jurando de pasarle el pecho.

(1) A: "de esta muerte".

PRÍNCIPE.

Ya que pasé el estrecho,
y que mi padre injusto me persigue,
mas yo haré que su furia se mitigue.
Venid todos conmigo. Y vos, esposa,
conmigo no temáis.

RODIANA.

Mi bien, ¿quién puede,
si tal defensa el cielo me concede,
y siendo vuestro padre mi enemigo?

CONDE.

¿Hanse de hacer algunas prevenciones?

PRÍNCIPE.

Las armas contra el padre, son razones.

(*Vanse. Sale el* REY *con todos los* SOLDADOS.)

REY. Plantad el artillería,
y esas piezas de campaña
jugarán con fuerza extraña
guardando la infantería.
Ya todo el lienzo rompió.

MAMBR. ¡Ea, soldados, a él!

REY. Entre el furioso tropel,
pues tan buena puerta abrió.

(*Sale el* PRÍNCIPE *y la* REINA *abrazados.*)

PRÍNCIPE.

¿Por qué no se ha de entrar, fuertes solda- [dos,
si no hay aquí defensa más famosa,
si os aguardan los muros derribados,
mis brazos, mis deseos y mi esposa?
Vuestros son estos reinos conquistados,
más que con sangre con la paz dichosa.
Entrad por sus tesoros excesivos,
y al Rey llevad aquestos dos cautivos.
Cristiano soy y soy vuestro heredero;
del Rey soy primogénito, y solía
ser vuestro capitán, y el que primero
vuestros gallardos pechos encendía.
Si junta Escocia aqueste reino entero,
sin sangre vuestra y sin deshonra mía;
si he buscado mujer que al Rey amaba,
¿adónde os lleva aquesta furia brava?
¿No veis que si el Rey tiene mal intento
ha sido justo darle tal desvío,
y que fuera acetar el casamiento
en daño vuestro y en notable mío?
Yo os doy, señor, en paz, Reina a contento,
de cuanto cerca el mar helado y frío,
casada con su igual, y Rey tan vuestro.

SOLDADO 1.º

¡Rey nuestro es Clarinarte!

SOLDADO 2.º

¡Rey es nuestro!
Dinacreonte, desde hoy más perdona
si las espadas (1) contra ti volvemos,
pues las sacamos contra su persona,
que es el mismo que allí presente vemos:
dale los brazos luego y la corona,
y por mujer la Reina que queremos,
o morirás sin duda.

REY.

¿A mí, soldados,
de tal fiereza y sin razón armados?

SOLDADO 1.º

¡Perdone o muera!

TODOS.

¡Muera o le perdone!

REY.

Pues, ¡alto!, desviad esas espadas,
para que con mis brazos le corone.

SOLDADO 2.º

Ahora sí que nuestro campo agradas.

REY.

Ya vuestro casamiento es bien que abone
prendas por fuerza de mi pecho armadas.
¡Dadme esos brazos!

PRÍNCIPE.

Antes de rodillas
te besaremos esos pies que humillas.

REY.

Tú eres mi hijo, y Rodiana bella·
mi hija y tu mujer.

RODIANA.

Yo soy tu esclava.
Entra en esta ciudad y reina en ella,
que para ti tan bien guardada estaba.

REY.

Yo quiero que de hoy más se nombre en ella
la cabeza del reino.

PRÍNCIPE.

Aquí se acaba,
con desposorio y fiesta semejante,
la historia cierta del *Soldado amante.*

---

(1) A: "espaldas".

COMEDIA FAMOSA [1]

DE

LA SORTIJA DEL OLVIDO

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES:

Arminda, *infanta.*
Adriano, *caballero.*
Menandro, *rey.*
Sinibaldo, *duque.*
Lisarda, *hija suya.*
Clavela, *criada.*
Lirano, *músico.*
Camilo, *criado del Rey.*
Rutilio y Fabio, *criados del duque.*
Ardenio, *astrólogo.*
Pinabel.
Eraclio.
El Capitán Marcio.
El Conde Arnaldo.
Fineo.
Lisardo.
Algunos Criados.

ACTO PRIMERO

(*Salen* Arminda, *infanta, y* Adriano, *caballero.*)

Adriano. ¿Aspirar a la corona
no te parece valor?
Arminda. Fuera de ser el mayor,
es digno de tu persona.
Adriano. Ya después, señora mía,
que merecí tu afición,
tengo esta justa ambición
de la corona de Hungría;
que quien tu esposo se llama,
como entre amantes es ley,
si no pretende ser Rey,
su pensamiento disfama.
Tu hermano es Rey.
Arminda. No me atrevo
a que den muerte a mi hermano,
puesto que entiendo, Adriano,
que no es pensamiento nuevo;
que bien sé cuantos ejemplos
podrás traerme, y que son
del amor y la ambición
unas las aras y templos,
y cuán sangrientos están
de las espadas amigas.
Adriano. Mucho siento que me digas
que, amando, temor te dan.
Del amor dijo Platón
que era en extremo atrevido,
porque el temor no ha tenido
con amor jurididción.
Tú temes, luego no amas.
Arminda. No es temor, sino respeto
de mi sangre, que en efeto
mi sangre en matarle infamas.
Que si se viene a entender,
dirá el mundo con razón,
que todos sus daños son
por ocasión de mujer.
Si el filósofo pintó
al amor siempre atrevido,
harto en amarte lo he sido;
hermana del Rey soy yo.
Bien pruebo el atrevimiento
en esta hazaña, Adriano,
sin dar ayuda a tu mano,
para un hecho tan sangriento.
Prueba tú, que, sin morir
mi hermano, puedas reinar,
que yo te daré lugar.
Adriano. Yo reinar y el Rey vivir,
implican contradición;
pero has de entender también
que codicias de tu bien
me han puesto en esta traición.
Del amarte me ha nacido
desear a tu persona

---

(1) Parte XII, Madrid, 1619.

deste reino la corona,
para que ayuda te pido;
que por mí nunca intentara
ser más de aquello que soy.

ARMINDA. Pues yo más contenta estoy
contigo, que si reinara.
Por mí no tienes que hacer
más finezas que verdades.

ADRIANO. ¡Ay, que no te persuades
a que te puedo perder!
Pues, Arminda, claro está
que el Rey presto ha de casarte
con tu igual, pues emplearte
quiere en los méritos ya
del Príncipe que se suena.

ARMINDA. Antes mi muerte verás.

ADRIANO. ¿Y qué vida me darás
cuando te mate la pena?
No es remedio, Arminda bella,
a la muerte remitir
aquello que con vivir
puede tenerse sin ella (1).
Da lugar, ya que la vida
de tu hermano estimas tanto,
a que un hechizo o encanto,
sin veneno, sin bebida
le prive de la razón,
y el discurso natural
por algún tiempo.

ARMINDA. Si es tal,
que en cualquier justa ocasión
le deje volver en sí,
licencia permitiré,
pero si no, vengaré
su agravio y mi engaño en ti.

ADRIANO. Si sólo para estorbar
tu casamiento y mi muerte
mi pensamiento te advierte
de lo que quiero intentar,
bien creerás que será cosa
con que siempre que tú quieras
vuelva en sí.

ARMINDA. Mucho me alteras,
que estoy de ti sospechosa;
pero, ¿cómo sin bebida
encanto fabricarás,
para el discurso no más,
y que no toque en su vida?

ADRIANO. Vive aquí un hombre extranjero
en esta ciencia tan raro,
que es en el nombre más claro
que Harcalo y Atiro fiero:
que el uno amansaba leones,
y otro líbicas serpientes.
Este, pues tú no consientes
venenos ni confesiones,
hará con solos encantos,
por el tiempo que quisieres,
hasta que remedio esperes
de amor en peligros tantos,
que el Rey pierda la razón
y el discurso natural.

ARMINDA. Como no le venga mal,
que nos obligue a traición
permito hasta ver lo que es,
el encanto que propones,
pues conozco en tus razones
que no te mueve interés
del ambición de reinar,
sino del amor que tienes.

ADRIANO. Todo lo que me previenes
pienso hacer ejecutar
con atención a tu gusto,
que es ley de mi voluntad.

ARMINDA. No parezca libertad
de que recibo disgusto,
hablarte en público tanto.
¡Adiós!

ADRIANO. No tengas temor,
que en ofensa de tu honor
se haga el tratado encanto.

(*Vase* ARMINDA.)

ADRIANO.

Del frigio Mida el inmortal tesoro;
del lidio Creso, y de Siqueo fenicio,
el que tuvo el más inclito edificio
del indio mar al contrapuesto Moro;
La riqueza de Antíoco, que de oro
un ejército armó; ni el alto oficio
del cetro universal, aunque ejercicio
de más grandeza y de mayor decoro;
ni todas las vitorias y despojos,
que Alejandro ganó, ni el que en Aulide
pensó vengar de Grecia los enojos,
son interés que con amor se mide,
amor desnudo, liberal sin ojos,
que da los reinos y las almas pide.

---

(1) Texto: "tenerle sin ella".

(Váyase, y sale el rey MENANDRO, *de hábito de noche, con dos criados con broqueles,* LIRANO *y* CAMILO.)

MENANDR. ¿Traes la guitarra?
LIRANO. Y dos,
pues, para tañer en él,
traigo también el broquel.
MENANDR. ¿Tañer en él?
LIRANO. ¡Sí, par Dios!
Que tañeré, pues te agradas
de pensamientos tan ricos,
en aquesta (1), villancicos,
y en aqueste, cuchilladas.
MENANDR. ¿Qué te parece, Camilo,
de nuestro bufón Lirano?
CAMILO. Que en la garganta y la mano
tendrá siempre un mismo estilo.
Que ha de hacer, si donde ves,
polvareda se levanta
como pasos de garganta,
huyendo pasos de pies.
LIRANO. Hazte gracioso Frión,
así Dios te de ventura,
a costa de mi cordura
con el Rey, sin ocasión.
Mas dé licencia a los dos,
para que en cuatro porrazos
nos ensayemos los brazos;
que yo te prometo a Dios,
que con ligereza tanta
haré que los pasos des,
que no alcancen a tus pies
los pasos de tu garganta.
CAMILO. Si no te corrieras presto,
eras notable figura.
LIRANO. Licencia del Rey procura,
y probémonos en ésto.
MENANDR. ¡Oh, gran falta de graciosos,
correrse de cualquier mote!
LIRANO. No hay cosa que me alborote,
señor, destos envidiosos,
como el hacerme cobarde.
MENANDR. ¿Pues preciaste del valor?
LIRANO. Y de ti abajo, señor,
que todo el mundo se guarde.
Porque aquí donde me veis
maté en Africa un león.
MENANDR. ¿Un león?
CAMILO. Miente el bufón.

(1) Texto: "aquestos".

LIRANO. ¿Uno es mucho? Y dos y tres.
MENANDR. ¿Cómo?
LIRANO. Con una rodela
y un martillo.
MENANDR. ¿De qué modo?
LIRANO. Esperaba el golpe todo
con tal astucia y cautela,
que cuando en ella tan bien
las fuertes uñas clavaba,
por detrás las remachaba
con el martillo muy bien.
Y luego, soltando el peso,
a las dos manos atadas
le daba dos cuchilladas,
que cortando carne y hueso
por medio les dividía.
CAMILO. ¡Linda fábula!
MENANDR. De Isopo.
LIRANO. ¡Que siempre con bestias topo!
MENANDR. ¡Silencio, por vida mía!
Que he sentido en el balcón
de unos chapines el ruido.
LIRANO. De los chapines ha sido
siempre el más alegre son;
sacando las cantimploras,
que es el más dulce y suave.
MENANDR. Canta.
LIRANO. ¿Qué?
MENANDR. Una cosa grave,
que es propio para señoras.

(LIRANO *canta.*)

"Que si no sabéis de celos,
corazón,
agora sabréis quién son."
Si nunca sufrido habéis
las penas que celos dan,
cómo vienen, cómo van,
ni su experiencia tenéis,
si apenas los conocéis,
corazón,
Agora sabréis quién son.

(LISARDA (1), *en alto.*)

LISARDA. ¿Canción de celos a mí?
MENANDR. Lirano cantó a su modo;
que bien sé que el mundo todo
los ha de tener de mí.
No todos los versos son

(1) Texto: "Lisardo."

hijos de mi pensamiento;
no culpéis mi sentimiento,
sino la necia canción.

LISARDA. Porque agravio recebía
Vuestra Alteza en tener celos,
debiendo a los altos cielos
tantas gracias, que podría
darlas de su gran valor
a cuantas el mundo tiene,
lo dije yo.

MENANDR. Todo viene
a ser agravio de amor.
El dueño de esta canción
no dijo que los tenía,
pero que presto sabría
su corazón lo que son.
De suerte, que temeroso
aun primero de sabellos
temblaba de conocellos.

LISARDA. Quien nunca estuvo celoso
dicen que no tuvo amor;
yo digo que amor no tuvo
pecho que celoso estuvo.

MENANDR. Y el pensamiento es mejor;
que si celos son sospecha
de ofensa en lo que se ama,
mayor la hizo a su dama
cuando su injuria sospecha.
Celos son desconfianza;
desconfiar bien se ve
que es porque falta la fe,
y sin fe no hay esperanza.
Si fe y esperanza falta,
¿adónde ha de estar amor?

LISARDA. Faltando competidor
para persona tan alta,
en vuestra vida sabrá
Vuestra Alteza lo que son,
ni, amando, a su corazón
esta canción le dirá.
Mas dejemos remitidos
a otra parte estos cuidados,
que aun son malos para hablados,
cuanto más para sufridos.
Y dígame Vuestra Alteza
cómo le va por allá.

MENANDR. Tan bien como mal me va
pensando en vuestra belleza.
Bien, por el gusto que siente
el alma en contemplación
de tan rara perfección,
y mal, porque estoy ausente.

LISARDA. ¿Cómo os va con vuestra hermana?
¿Qué hay de casarla?

MENANDR. No sé;
sé que a su disgusto fué.

LISARDA. No merece prenda humana.
No hallará cosa en la tierra
a sus méritos igual.

MENANDR. En resistirme hace mal,
pues la paz de tanta guerra
consiste en su casamiento.
Pero con esta memoria
querréis eclipsar la gloria
y el bien que de hablaros siento.
Porque ya es fuerza tratar
del vuestro, que ha de quitarme
la vida.

LISARDA. No es bien culparme
de lo que os puede culpar.
¿A un Rey quién le puede hacer
disgusto?

MENANDR. Dadme licencia
y veréis la resistencia
de un absoluto poder.

(Sale el DUQUE SINIBALDO, *padre de* LISARDA, *y dos* CRIADOS *con broqueles y espadas.)*

SINIBALD. ¡Esto os digo que sentí.

RUTILIO. ¿Y que hablaban en la calle?

FABIO. Aquí hay gente.

RUTILIO. Y de buen talle.

SINIBALD. ¿Hablan a las rejas?

FABIO. Sí.

RUTILIO. ¿Qué has de hacer?

SINIBALD. Quiero escuchar.

RUTILIO. No podrás entender bien.

SINIBALD. ¿Responden allá?

RUTILIO. También.

SINIBALD. Pues no tenéis que esperar.
Sacad las espadas.

RUTILIO. ¡Mueran!

MENANDR. ¿Quién ha de morir, villano?

FABIO. Poned la lengua en las manos.

LIRANO. Señor, ¡si la casa alteran!...
Mira que pueden matarte.
¡Traidores, que es el Rey!

SINIBALD. ¿Quién?

LIRANO. ¡El Rey!

SINIBALD. Las armas detén
en tanto que llego a darte,
gran señor, las que en defensa

de mi honor sacado había,
porque no te conocía.

MENANDR. Nadie puede hacer ofensa
al honor de aquesta casa.
¿Quién es?

SINIBALD. El Duque, su dueño.

MENANDR. ¿El Duque? Mi fe os empeño
de deciros lo que pasa.
Yo pasaba por aquí,
que de pasear venía,
y por esta celosía
unos velos blancos vi.
Qué hacíades pregunté,
y respondió una criada
tan graciosa y recatada,
que a escucharla me paré.
¿De dónde venís ansí?

SINIBALD. De jugar, señor, venía,
y como en la celosía
de mi casa hablando vi
un hombre de vuestro talle,
pensé que era algún celoso
de dar a Lisarda esposo
que viene a rondar la calle.

MENANDR. Así, ¿cómo va el concierto
del casamiento tratado?

SINIBALD. No está bueno el desposado.

MENANDR. ¿Cómo me habéis encubierto
que se casa y que ya viene?
¿No era bien saberlo yo?

SINIBALD. Porque licencia me dió
vuestro padre, que Dios tiene.
Y nunca yo presumí
que no os era muy notorio.

MENANDR. ¿Cuándo será el desposorio?

SINIBALD. En viniendo el Conde aquí.

MENANDR. Si yo estuviera casado,
diéraos madrina.

SINIBALD. Y agora
¿no es la Infanta mi señora
vuestro más digno cuidado?
Los dos me debéis honrar.

MENANDR. Mejor diréis estimaros.
¿Dónde vais?

SINIBALDO. A acompañaros.

MENANDR. No me habéis de acompañar.

SINIBALDO. Suplícoos me deis licencia.

MENANDR. No habéis de pasar de aquí.

SINIBALDO. Honraréisme mucho ansí.

LIRANO. Quédese vuestra excelencia,
que va el Rey a entretenerse
a cierta casa.

SINIBALD. ¿Y sería
inútil la espada mía?
¿No acaba agora de verse?
¿Qué aceros tiene, Lirano,
en defensa de su honor?
Pues por el Rey mi señor
mejor obliga la mano.
No estoy tan viejo, ni creo
que si como mi Rey fué
otro aquí pusiera el pie,
con bueno o con mal deseo,
escapara con la vida.

LIRANO. Créolo de tu virtud:
Sángrase el Duque en salud.

CAMILO. La historia queda entendida.

(Vanse éstos.)

SINIBALDO.

Mis sospechas salieron verdaderas.

RUTILIO.

Bien puede ser que el Rey pasase acaso.

SINIBALDO.

Yo sé, Rutilio, lo que el Rey pretende.
Ya tengo yo premisas de su ánimo;
que fuera de que siento a mis oídos
hablar en los amores de Lisarda,
en ocasiones públicas le he visto
hablarle con los ojos muchas veces,
parleros mudos de secretos públicos.
Lleno estoy de pesar; que apenas hallo
medio que pueda remediarme en esto.
Miro el poder, la edad y el amor miro,
tres cosas que no tienen resistencia.
El muro de mi honor padece asalto:
pone el poder las máquinas soberbias;
las escalas la edad ligera sube;
amor pelea; rendiráse el muro,
que en alcaide mujer no le hay seguro.

RUTILIO.

Pues, ¿qué piensas hacer?

SINIBALDO.

Si alguna cosa
puede excusar estos principios locos,
que contra mí prometen tales fines,
es sacar de la corte brevemente
a Lisarda, y quitarla de sus ojos.

RUTILIO.

¿No ves que amor se incita con la ausencia
y despierta al poder la resistencia?

SINIBALDO.

No haré yo de manera que él presuma
que no la verá más, y la esperanza
por estos días le tendrá suspenso
que el Conde dilatare su venida.

FABIO.

Bien dices, gran señor, que en desposándose
la llevará a su tierra, y entre tanto
aciertas en quitarla de sus ojos.

SINIBALDO.

Parte, Rutilio, y pongan luego un coche.

RUTILIO.

¿Agora, para qué?

SINIBALDO.

Para que luego
salga Lisarda de la corte.

RUTILIO.

¿Cómo?

SINIBALDO.

Nunca el criado al gusto de su dueño
pregunte cómo, ni le sea importuno.

RUTILIO.

Yo voy.

SINIBALDO.

En un instante.

FABIO.

¿Dónde piensas
llevar a mi señora?

SINIBALDO.

A ese castillo
que está tres leguas de la corte, Fabio.

FABIO.

Cosa que el Rey lo tenga por agravio.

SINIBALDO.

Con no mostrar enojo con Lisarda
ni decirle la causa desta ausencia,
el Rey tendrá valor y ella paciencia.
Ve, no se acueste, y dile que la llamo.

FABIO.

No hayas miedo, señor, que esté acostada;
porque quien tiene amor tarde se acuesta,
y más cuando se entiende que le tiene,
porque toda la noche se la pasa
en escuchar lo que se trata en casa.

(*Vase.*)

SINIBALDO.

Aspides coge, fieras sierpes cría,
mirando está fogosos basiliscos,
con la piedra de Sísifo los riscos
sube donde jamás ha entrado el día;
come a la mesa entre una y otra arpía,
trepa los egipcianos obeliscos,
entre lobos olvida los apriscos,
y el libre viento encarcelar porfía;
del griego Ulises vence los engaños,
necesitado entre parientes pasa,
que sólo sirven de doblar sus daños,
quien piensa, con ser Argos de su casa,
después que ya cumplió veinte y dos años,
guardar una mujer, si no la casa.

(*Váyase, y salen* ADRIANO *y* ARDENIO.)

ADRIANO. Esto, generoso Ardenio,
he osado fiar de ti.
ARDENIO. La causa puedes de mí,
y el secreto de mi ingenio.
Yo haré que no tenga el Rey
ni discurso ni memoria.
ADRIANO. Advierte que en esta historia
llevo la lealtad por ley.
No has de tocar a su vida;
que si la piensas tocar,
tanto pretendo olvidar,
cuanto mi lealtad impida.
ARDENIO. Pues esto, ¿qué ingenio fuera
si la vida le tocara?
ADRIANO. Este pensamiento para
en que no pueda, aunque quiera,
casar a la bella Arminda.
ARDENIO. No hay cosa del cielo abajo
que no se rinda al trabajo
y a la ciencia no se rinda.
ADRIANO. ¿Qué has menester?
ARDENIO. Solamente
un anillo del Rey.
ADRIANO. Pides
un imposible.
ARDENIO. Si mides
con lo que quieres que intente,
lo que te pido es muy poco.

ADRIANO. ¿Cómo le podré tomar?
Porque pedírsele es dar
en pensamientos de loco.
El Rey estima un diamante
que trae siempre consigo.
ARDENIO. Buen remedio.
ADRIANO. Dile...
ARDENIO. Digo
hacer otro semejante,
de aquella misma labor
y con aquel propio esmalte,
que en ninguna cosa falte.
ADRIANO. ¿Y después?
ARDENIO. Oye un primor.
Pondré yo en él la virtud (1)
deste encanto que he de hacer
sin que se pueda entender
ni ofendelle la salud.
Guardado le llevarás,
y cuando el Rey se levante
y se lave, aquel diamante
al descuido tomarás.
Y, en habiéndose lavado,
pondrás en la salva aquel
donde el veneno cruel
estará oculto y guardado;
que, siendo muy parecido,
en el dedo lo pondrá,
y en el punto quedará
sin discurso y sin sentido.
ADRIANO. Tu ingenio pruebas en esto.
¡Valiente industria! Mas mira
que si acaso no es mentira,
como otras que tratan desto.
Oigo decir que el diamante
no sufre veneno en sí.
ARDENIO. El lo es tanto, fía de mí,
que no tiene semejante;
pero no ha de estar en él,
sino debajo, en lo hueco
de la piedra.
ADRIANO. Hacer el trueco
topa en parecerse a él.
ARDENIO. Infórmate del platero
que del anillo fué autor,
que con el mismo primor
hará aquél que el verdadero.
ADRIANO. ¿Pues qué le podré decir
por satisfacerle yo?
ARDENIO. Que el anillo te agradó,
y que no le has de pedir.
ADRIANO. La traza es maravillosa,
como ayude la fortuna.
ARDENIO. No puedes hallar ninguna
tan fácil y provechosa.
ADRIANO. Voime a informar del platero,
para que busque el diamante.
ARDENIO. El anillo no te espante,
no es en el mundo el primero.
Mostró caudales desnuda,
de necio y de enamorado,
su mujer bella a un criado,
poniendo su honra en duda.
Vióla, en fin, y ella, informada
de que ya visto la había,
le llamó y le dijo un día
que desnudase la espada
y matase a su marido,
y con ella se casase,
para que en Lidia reinase,
él entonces, atrevido,
formó un anillo de suerte,
que entraba cuando quería,
hasta que, llegando el día,
dió al Rey de Lidia la muerte.
ADRIANO. Candaules fué muy gran necio
y muy deshonesto amante,
pues tesoro semejante
puso en tan bajo desprecio,
mostrando con loco amor
lo que encubrir fuera bien.
ARDENIO. Comunicar quiso el bien,
pensando hacerle mayor.
Dente la dicha los cielos
del que el anillo formó.
ADRIANO. Sólo ese Lidio nació
en todo el mundo sin celos.

(*Vanse, y salen el* REY *y* ARMINDA, *y criados.*)

MENANDR. Con esta carta me avisa
tu esposo que vendrá presto.
ARMINDA. Cada vez que tratas desto
me mueves, señor, a risa.
¿Cuándo yo te he dicho sí,
que ansí le llamas mi esposo?
MENANDR. Háceme tan animoso
lo que conozco de ti,
que no es justo que tú salgas,
Arminda, de mi obediencia,
aunque de mucha paciencia

(1) Texto: "Pondré yo en la virtud."

para mis cosas te valgas.
Demás, que no sé en qué estriba
el no te querer casar,
pues no puedes tú pensar
que has de subir más arriba.
Si ya no presumes ser
mujer, por ser tan perfeta,
de algún celestial planeta,
o dejar de ser mujer.

ARMINDA. Parece que sospechoso
de mi pensamiento vienes.

MENANDR. Arminda, misterios tienes,
y que lo piense es forzoso.

ARMINDA. Pues para qúe no lo estés,
digo que me cases luego;
lo que negaba te ruego
de rodillas.

MENANDR. ¿Tú a mis pies?
Alzate, que esa humildad
de tal suerte me asegura,
que quiero que tu hermosura
viva, Arminda, en libertad.
De hoy más quede a tu elección
el cuándo y con quién te cases,
que no quiero yo que pases
por mí de tu condición.

ARMINDA. Beso mil veces tus manos;
tu hermana soy y tu hechura.

MENANDR. Eso no, que tu hermosura
de los cielos soberanos
solamente puede ser;
éste es nombre de su autor,
como le suele el pintor
en sus pinturas poner.

(*Sale* LIRANO.)

LIRANO. ¿Está aquí Su Alteza?

CAMILO. Sí.

LIRANO. Aparte quisiera hablarte.

MENANDR. ¿Qué es lo que quieres aparte?

LIRANO. Darte parte de que fuí
a dar, señor, tu papel
a Lisarda, y me lo vuelvo.

MENANDR. Resuelve lo que es.

LIRANO. Resuelvo
lo que es en volver con él.

MENANDR. Dime, necio, lo que pasa,
y suspenso no me tengas.
¡Con mal fuiste y con mal vengas!
¿No está Lisarda en su casa?

LIRANO. Anoche, invicto Menandro,
que bien te acuerdas que anoche
la bella Lisarda estaba
en sus rejas y balcones;
el Duque sacó la espada,
como es al honor conforme
de quien piensa que le ofenden.
Tú le dijiste razones
que satisfacer puedieran
a un Nerón de jaspe o bronce;
pero él, quedando celoso,
de que por lo Rey te tomes
licencia de andar en corso
por el mar de tus amores,
tras la barca de su honor,
pues en Lisarda le pone,
aunque no le dijo nada,
que como es viejo conoce
que en riñendo una mujer
se arrojará de una torre,
y que por lo que le privan
manos y dedos se come,
advirtiendo seis criados
hizo prevenir un coche...

MENANDR. ¡Válgame Dios!

LIRANO. Valga y lleve,
como cuando alguno tose.

MENANDR. ¿Este es tiempo de donaires?

LIRANO. Calla ya, no te congojes;
pues comiste los principios,
aguarda un poco los postres.

MENANDR. ¿Llevóla en él?

LIRANO. A un castillo
que tiene el Duque en el monte,
hasta el cual hay solamente
tres leguas desde la corte.
Díjome cierto escudero,
de aquestos de chamelote,
que en rincones de palacio
ya sirven de Santantones,
que lloró al salir Lisarda,
y que en saliendo dió voces
que turbaron las criadas
y que espantaron los hombres.
Corrió el cochero cruel,
dando el bramador azote
priesa a los fuertes caballos,
cuatro valientes frisones;
echáronle los estribos
porque no huyese la noche,
pensando que el sol salía
entre las once y las doce.

Yo presumo que el cochero
ha de ser otro Faetonte,
despeñado de su luz
por selvas, prados y bosques,
y presumo...

MENANDR. ¡Calla ya,
embajador de dolores,
nuncio de penas y agravios,
correo de sinrazones,
posta de malas fortunas,
que con la maleta corres
de las cargas de mi muerte!

LIRANO. Por Dios, que es lindo que tomes
la pesadumbre conmigo.

MENANDR. ¿Con quién quieres que me enoje?

LIRANO. Con nadie, pues tu poder
a ninguno reconoce;
sino que por gusto o fuerza
a ver a Lisarda tornes.

MENANDR. ¿Podré con sola la industria?

LIRANO. Vestidos de cazadores
la podemos ir a ver,
que entre las hayas y robles
tendremos lugar.

MENANDR. Hermana,
suplícote me perdones,
que me lleva un pensamiento
entre sus alas veloces.
Después hablaré contigo.

ARMINDA. Todas mis obligaciones
se reducen a tu gusto.

LIRANO. Vestidos de labradores
iremos los dos contigo.

MENANDR. Amor, si aquí me socorres,
no digo yo que a tus aras
daré sabeos olores;
los ámbares del mar Caspio,
incienso, gomas, aloes
y lágrimas olorosas
de mirra, madre de Adonis,
con cuantas llevan los prados
de Pancaya y de Xirofe,
pero un alma en vivas llamas
que sobre tus aras goces.

(*Vase, y sale* ADRIANO.)

ADRIANO.

No pensé que tuviera, hermosa Arminda,
lugar de hablarte. ¿Dónde el Rey se parte?

ARMINDA.

Según he visto aquí sus desatinos,
con Lirano, su músico, y Camilo,
pienso que amor le lleva a alguna parte
donde no se promete buen suceso.

ADRIANO.

El nuestro me promete felicísimo
la ciencia de aquel hombre.

ARMINDA.

¿De qué modo?

ADRIANO.

Con tu licencia, le informé de todo.
¿Qué dice?

ARMINDA.

Que guardando, como es justo,
su vida, bella Arminda, hará de suerte
que pierda la memoria.

ARMINDA.

¿Y es posible?

ADRIANO.

¿No se suele tomar la anacardina
para tenerla?

ARMINDA.

Sí.

ADRIANO.

Pues, ¿por qué dudas
que habrá hierbas también para quitarla?

ARMINDA.

¿Qué modo tiene en eso?

ADRIANO.

No me dijo,
ni lo entendiera yo, lo que hacer piensa.
Basta que sin ofensa de su vida,
sin dolor, sin trabajo ni otra cosa
se olvidara de sí.

ARMINDA.

Pues eso basta;
porque me dijo aquí tan libremente
que era mi esposo el Rey de Trasilbania,
que a no le haber con humildad vencido,
yo estuviera casada y tú ofendido.

ADRIANO.

Presto verás lo que la ciencia puede
contra el poder, y que la industria es obra,
y lo que pierde la fortuna cobra.

ARMINDA.

Cuéntame por ajena, ¡oh, mi Adriano!,

el día que Menandro tenga seso,
porque cuanto me ha dicho es cortesía,
y esta noche al terrero vuelve a hablarme,
que tengo que contarte y consolarme.

ADRIANO.

Haré tu gusto, generosa Arminda,
y plega al cielo que mi intento ampare,
para que en bien nuestra fortuna pare.

(*Vanse, y salen* LISARDA *y* CLAVELA.)

LISARDA.

¡Asperos montes, donde
celos me esconden a mi sol ausente,
y sólo me responde
el eco triste, a mi dolor presente!
¿Quién me dará consuelo
si se conjura en mi dolor el cielo?
¡Claros y mansos ríos,
que ya lleváis más lágrimas que arenas
en vuestros fondos fríos!
Criad peñascos, engendrad sirenas,
que canten dulcemente
las quejas del amor que un alma siente.
¡Arboles! Yo quisiera
tener estado que a esa alegre sombra,
descansada, durmiera.
Sabed que esto que amor al mundo nombra
a tal punto me ha traído,
que aun en sueños no puedo hallar olvido.
No me parece, fieras,
que fuera de vosotras centro tengo;
en mis ansias postreras
a vuestras cuevas solitarias vengo;
haced presto de suerte,
que vosotras me deis sepulcro y muerte.

CLAVELA.

Si en el primer encuentro,
Lisarda, que se muda la fortuna,
antes de entrar adentro
apenas haces resistencia alguna,
para mayor violencia,
¿dónde hallarás valor? ¿Dónde paciencia?
No es tan grande el estrago
que ha hecho el tiempo en ti. Menandro vive,
no te ha dado mal pago.
¿De qué te espantas que un rigor te prive
de estar en su presencia?

LISARDA.

No tuvo amor quien no sintió su ausencia.
¡Ay, Clavela, que ignoras
de qué suerte los hombres por momentos,
que no digo por horas,
mudan con la ocasión los pensamientos!
Dos daños han nacido
de ausencia siempre.

CLAVELA.

¿Y son?

LISARDA.

Celos y olvido.

(*Salen el* REY *de cazador, con un arcabuz, y* LIRANO *y* CAMILO, *de villanos.*)

LIRANO. Si la pretendes tirar,
ponte detrás destas ramas.
MENANDR. Si las liebres son mis dichas
es imposible acertallas.
CLAVELA. Siéntate al pie desta fuente
a ver cómo corre el agua.
LISARDA. No es mucho que esté de asiento
quien en los males se para.
MENANDR. ¿Está muy cerca el castillo?
CAMILO. Entre aquellas verdes hayas.
MENANDR. ¿Tiene alguna guarda y gente?
CAMILO. Tiene gente de labranza.
MENANDR. ¿Quedó el duque Sinibaldo
en la corte?
LIRANO. En ella estaba
cuando nos partimos della.
LISARDA. Todo, Clavela, me cansa.
CLAVELA. ¿No te alegran estas fuentes,
que la verde hierba escarchan,
dividiendo sus cristales
en limaduras de plata?
¿No te entretienen, señora,
sus márgenes esmaltadas
de jacintos y rubíes
sobre castas esmeraldas?
LISARDA. ¡Ay, Clavela! Sin Menandro
ninguna cosa me agrada.
MENANDR. Parece que oí mi nombre.
LIRANO. No es el nombre cosa extraña,
que si un hombre está durmiendo
cuando, cansado, descansa,
y le dicen cien mil cosas,
ni se mueve ni levanta,
y en diciéndole su nombre
despierta y vuelve la cara
a quien le llama con él.
MENANDR. Con él Lisarda me llama;

que si el deseo no forma
figuras a la esperanza,
imágenes al deseo
y al pensamiento fantasmas,
aquélla es Lisarda, amigos.

LISARDA. ¿Oíste decir Lisarda?

CLAVELA. Sin duda escuché tu nombre.

MENANDR. ¡Ninfa desta sierra helada,
diosa destos altos montes,
de cuyos extremos bajan
copos de plata deshechos,
a mezclar entre esmeraldas
el tributo que hoy ofrecen
a vuestras hermosas plantas!
Así las ardientes siestas
halléis templanza en las aguas
deste río y fresco asiento
en sus azules pizarras,
y en el erizado enero
defensa contra la escarcha,
al rayo del claro sol,
que las urnas de oro baña;
que me digáis si habéis visto
bajar a estas fuentes claras
un ciervo, a quien en el pecho
puso este arcabuz dos balas?
Que con el calor que veis
vengo por estas montañas
siguiendo sus pies veloces,
más que del tiempo las alas?

LISARDA. Cazador, que guarde el cielo
de dar en las fieras bravas
que en estos bosques habitan
alrededor desta casa,
si como buscáis al ciervo
que lleva por las entrañas
atravesados los plomos,
que el ardiente polvo exhala,
buscáredes una sola
tortolilla que en las ramas
destos negros acebuches
llora el bien de quien la apartan,
yo os dijera nuevas della;
y si de su prenda cara
me las diérades a mí,
porque ha un siglo que le falta,
aunque son cortas albricias,
en un abrazo os pagara,
que no tengo más que os dar
después de daros el alma.

MENANDR. Esa busco, y porque soy
la prenda que dicen que ama,
los brazos, señora, os pido.

LISARDA. Yo os cumpliré la palabra.

LIRANO. ¿Y a Lirano, mi Clavela,
no hay siquiera un "Dios te valga"?

CLAVELA. No te había conocido.

LIRANO. ¿Traigo al soslayo la cara
después que soy cazador?

CLAVELA. ¿Tú cazador?

LIRANO. Sí.

CLAVELA. ¿Qué cazas?

LIRANO. Gente inocente y humilde,
destas que friegan y lavan,
que con una reverencia
responde a quien las abraza;
gente que no pide celos,
ni pidió manto ni saya,
y que con un buen botín
de invierno a invierno se pasa;
gente que cuando jabona
muestra las ocultas gracias,
que a veces entre la seda
cubre enfermedades tantas;
gente que si la dejáis
ni os deshonra ni se alaba
de pesos falsos que os hizo
cuando era el hombre bambarria.

CLAVELA. No sé cómo el Rey te quiere
siendo tus gracias heladas
para enfriar un viudo
de tres o cuatro semanas.

LIRANO. Tiene mal gusto, ¿qué quieres?
Pero, en efeto, le agradan
mi libertad y locura.

MENANDR. ¡Ay, mi Lisarda! ¿Eso pasa?

LISARDA. Digo que ya viene el Conde,
y que mi padre le aguarda,
porque, celoso de ti,
culpa y riñe su tardanza.
Menandro, si aquí me dejas
no eres Príncipe, ni tratas
verdad con una mujer,
cuya voluntad engañas.
Mira que viene, señor,
el Conde ya de Alemania
a tiranizar tus prendas.

MENANDR. Detén la lengua y las ansias,
que obligan al corazón
al veneno que me mata,
y pues Dios los hizo estrellas
no hagas los ojos nácar,

donde las perlas se engendren,
que a tu cuello formen (1) sartas.
Que si el hombre que aborreces
y tu marido se llama
viniere a Hungría, yo haré,
con informaciones falsas,
que le prendan por espía,
o que con el Duque trata
de conspirar contra mí.

CAMILO. Gente de a caballo pasa.
MENANDR. ¿Si es el duque Sinibaldo?
CAMILO. El mismo.
LIRANO. Prevén las armas.
LISARDA. ¡Ay, señor, que es padre, en fin!
MENANDR. Bien dices; entre estas matas
de arrayanes y lentiscos,
de romeros y retamas,
nos podremos esconder.
Tú, porque no entiendas nada,
puedes volver al castillo.
LISARDA. Presto, amor, tu bien se acaba.
¡Adiós, Menandro querido!
MENANDR. ¡Adiós, hermosa Lisarda!
CLAVELA. ¡Adiós, Lirano famoso!
LIRANO. ¡Adiós, Clavela del alma!
CLAVELA. Mucho le quiero.
LIRANO. Y yo a ella.
CLAVELA. (Yo miento.)
LIRANO. (Y yo me burlaba.)

ACTO SEGUNDO
DE "LA SORTIJA DEL OLVIDO".

(*Sale el* CONDE ARNALDO, *de camino, y sus criados, y* RUTILIO, *criado del* DUQUE.)

RUTILIO.

Tiene en este castillo retirada
el duque Sinibaldo a vuestra esposa,
porque la confusión le desagrada.
Supo vuestra venida venturosa,
pero no supo que tan presto fuera.

CONDE.

Nunca quien ama sin el bien reposa.
Quise venir, Rutilio, a la ligera,
para más brevedad.

RUTILIO.

Teméis, discreto,
lo que una novedad la corte altera.

CONDE.

¿Saben ya que he llegado?

RUTILIO.

Yo os prometo
que no está el Duque agora sin cuidado.

CONDE.

¿Lisarda tardará?

RUTILIO.

Dama, en efeto.

CONDE.

¿Menandro, cómo está?

RUTILIO.

Muy ocupado
en casar a su hermana.

CONDE.

¿Es muy hermosa?

RUTILIO.

Hermosa y digna de un real estado.

CONDE.

Merece ser Arminda venturosa,
según corre la fama de su gracia.

RUTILIO.

Ella ha de ser del Trasilvano esposa,
aunque de Dinamarca y de Dalmacia
ha sido con extremo pretendida.

CONDE.

Persigue a la hermosura la desgracia.

RUTILIO.

Ella está de sus bodas desabrida.

CONDE.

Siempre la honestidad las bodas niega;
después se pasa más alegre vida.
Pero, ¿qué gente es ésta?

RUTILIO.

El Duque llega.

(*Salen el* DUQUE SINIBALDO *y criados,* LISARDA, *con capotillo y sombrero,* CLAVELA *y* FABIO.)

SINIBALD. Seáis, Conde, bien venido.
CONDE. Dadme, señor, vuestros pies,
que a vos, pues ya justo es,
las manos, señora, os pido.

(1) Texto: "forman".

LISARDA. Hablad al Duque, señor,
que tiempo habrá de serviros.
CONDE. ¿No os han dicho mis suspiros
la embajada de mi amor?
SINIBALD. No os admire la aspereza,
fundada en honestidad.
CONDE. No agravia en mi voluntad
la recatada belleza.
SINIBALD. ¿Cómo habéis venido?
CONDE. El verme
en este bien asegura
que es camino de ventura
el que aquí pudo traerme.
Ella, señor, me ha guiado;
con ella a vos he venido.
CLAVELA. Extraña, señora, has sido;
habla bien el desposado.
LISARDA. ¿Cómo tengo de exceder
del justo recato honesto?
CLAVELA. Con imaginar que presto
serás del Conde mujer.
LISARDA. ¿Presto, Clavela? No creas
que en su vida el Conde llegue
a que esta mano le entregue.
CLAVELA. Un imposible deseas
en imaginar que el Rey
será lo que tú adivinas.
LISARDA. Y tú dos mil, si imaginas
que amando se guarda ley.

(*Salen cuatro urcabuceros, y un* CAPITÁN *de la guarda.*)

CAPITÁN.

Vuestra excelencia, señor Duque, el Conde
y Lisarda...

SINIBALDO.

¿Qué es esto?

CAPITÁN.

Por mandado
del Rey sean presos.

SINIBALDO.

¿Presos yo y mis hijos?

CAPITÁN.

Esta orden traigo.

SINIBALDO.

¿No sabré la causa?

CAPITÁN.

La causa es grave, y de decirla indigna.

SINIBALDO.

¿Así se prende a un hombre de mis prendas?

CAPITÁN.

Yo traigo veinte lanzas, y otros tantos
arcabuceros; todo intento es loco,
y confirmar del Rey tantas sospechas
como le han puesto informaciones tantas.
Mirad que no aumentéis estos indicios.

SINIBALDO.

¿Qué indicios?

CAPITÁN.

Yo he de hacer lo que me toca,
que está más en las manos que en la boca.

SINIBALDO.

El día que mi Rey se dispusiere
a mi prisión o muerte, aunque sin causa
no haya miedo que halle resistencia
en mi lealtad, ni queja en mi obediencia.

CONDE.

Cuando haya el duque Sinibaldo agora
ofendido a su Rey, que es imposible,
¿qué debo yo que no le soy sujeto,
ni en mi vida ha tirado sueldo suyo
hombre de mi linaje?

CAPITÁN.

Si sois cómplice
en su delito, ¿no es mayor el vuestro?

CONDE.

¿Delito contra el Rey un extranjero,
que en su vida le tuvo en la memoria?

CAPITÁN (1).

Yo no tengo que daros tanta cuenta.
Los coches os esperan y la gente,
suplicoos que digáis al Rey las quejas
que os parecieren justas, porque darlas
a quien a ejecutar su gusto viene,
más de cansancio que remedio tiene.

SINIBALDO.

¡Ay Lisarda, que creo, y no me engaño,
que eres la culpa tú desta desdicha!

LISARDA.

¿Es posible que puedes persuadirte
a cosas tan extrañas en mi agravio?

---

(1) Texto: falta indicación de persona que habla.

SINIBALDO.

Yo me entiendo, Lisarda.

CAPITÁN.

¿No partimos?

CONDE.

Señor, ¿qué es esto? ¿A mí, y a ti, Lisarda,
prende el Rey desta suerte?

SINIBALDO.

Disimula,
que yo te contaré lo que sospecho.

CAPITÁN.

¡Hola! ¡Póngase en orden esa gente!

LISARDA.

¡Ay, Clavela, que a tiempo el Rey previene
darme remedio!

CLAVELA.

Amor y poder tiene.

(*Vanse todos, y salga* ADRIANO.)

ADRIANO. Si me das favor, Fortuna,
a tu gran templo consagro
la tabla deste milagro,
por quien amor te importuna.
Hazle esta vez amistad,
pues eres diosa y es dios,
siquiera porque los dos
tenéis tal conformidad.
Tú eres ciega y él es ciego;
tú la mudanza, él mudable;
tú varia y él variable;
tú la inquietud y él el fuego.
Tú eres engaño, él cautela;
tú jugadora, él voltario;
tú atrevida, él temerario;
tú tienes alas, y él vuela;
tú eres la misma ocasión;
amor de ocasiones nace;
a ti la ocasión te aplace,
y él inventó la traición.
¡Ay, Fortuna! En esta mía,
no mires el pensamiento;
ayuda mi atrevimiento,
pues en tus alas se fía.
La sortija traigo aquí
a la del Rey imitada,
tan perfeta y acabada,
que puede engañarme a mí.
Si es verdadero el encanto
que en su engaste ha puesto Arde-
y si de un Fénix ingenio [nio,
puede presumirse tanto,
hoy queda puesta en olvido,
de Menandro la memoria,
y asegurada la gloria
que tan en duda he tenido.
Camilo es éste, por dicha:
el Rey se levanta ya.
¡Oh piedra, en tu asiento está
mi ventura o mi desdicha!
Edificio semejante,
firmes esperanzas medra,
pues no solamente en piedra
se funda, sino en diamante.

(*Sale* CAMILO.)

¿Camilo?

CAMILO. ¡Fuerte Adriano!
¡Oh, valiente capitán,
por cuyas glorias están
sin lustre las de Trajano!

ADRIANO. ¿Levántase el Rey?

CAMILO. Ya sale
vistiéndose.

ADRIANO. Si en alguna
ocasión fuiste, Fortuna,
la que atrevimiento vale,
¿qué mayor que éste que intento?

(*Sale el* REY MENANDRO *vistiéndose, y los criados que puedan, sirviéndole.*)

MENANDR. Estoy con este cuidado.

(*Sale un* CRIADO *de los que sirven.*)

CRIADO. Aquí Lirano ha llegado.

(*Sale* LIRANO.)

LIRANO. Perdona mi atrevimiento;
que aunque dejes de vestirte
este rato escucha aparte.

MENANDR. ¿Hay buenas nuevas?

LIRANO. Aparte
quiero las nuevas decirte.

MENANDR. ¡Oh, cuánto me maravillo
que tenga dicha en amor!

LIRANO. Apenas llegó, señor,
el conde Arnaldo al castillo
cuando primero que diese
brazos ni aun mano a Lisarda,
y triste cuanto gallarda

de tu descuido estuviese,
llegó Marcio, y a prisión
hizo rendir a los tres.

MENANDR. ¿Y replicaron?

LIRANO. Después
que vieron el escuadrón
de las lanzas y arcabuces,
callaron y se rindieron.

MENANDR. ¿Salieron luego?

LIRANO. Salieron
del castillo entre dos luces.

MENANDR. Di, Lirano, que te den
dos mil ducados.

LIRANO. El cielo
te dé el imperio del suelo,
y más que Matusalén
y que Caleb largos años,
hombre a quien jamás dolió
diente, ni muela, ni vió
envejecidos sus paños.
La cédula te traeré
para que la firmes luego.

(Váyase.)

MENANDR. ¡Bravamente, niño ciego,
te tiene el poder en pie!
Dicen que reyes derribas,
y aunque lo he visto por mí,
ya digo que un Rey aquí
te tiene para que vivas.
¿Camilo?

CAMILO. ¡Señor!

MENANDR. Dirás
que Lisarda se aposente
con mi hermana humildemente,
pues ella merece más.
Porque son cortos espacios,
si a su grandeza te humillas,
con las siete maravillas
del mismo sol los palacios.

CAMILO. ¿Pues viene Lisarda aquí?

MENANDR. Y presa, quien almas prende.

CAMILO. ¿Presa? ¿Por qué?

MENANDR. Amor lo entiende,
¿qué me preguntas a mí?
Di que al duque Sinibaldo
pongan en la torre. ¡Corre!
Espera: en la misma torre
di también que al conde Arnaldo.

CAMILO. Pues, ¿quién es ése?

MENANDR. Un traidor.

CAMILO. ¿Traidor a ti mismo?

MENANDR. A mí.
En toda mi vida vi
tan necio preguntador.
¡Camina ya, majadero!

ADRIANO. Contento muestras que estás.

MENANDR. ¡Oh, Adriano, nunca más
que cuando a Lisarda espero!
Dadme aguamanos, que ya
me olvidaba de vestir,
y aun pienso que de vivir.

ADRIANO. (Mostrando el cabello está
la ocasión todo delante.
La salva quiero tomar,
que si en ella acierta a echar
la sortija del diamante,
en ella pondré la mía
y saldré con mi intención.)

(Lleguen con fuente, y jarro, y toalla, criados, y el REY *se alce los puños, y quite la sortija, y, en viéndosela quitar, le ponga la salvilla delante* ADRIANO *para que la eche.)*

MENANDR. Puesta Lisarda en prisión,
que tantas almas prendía,
el mundo seguro queda.
Preso este amor, ya cesó
su imperio; libre estoy yo;
ya no hay quien prenderme pueda.

(Quítese la sortija.)

ADRIANO. Pensé, como te quitabas
el anillo, gran señor,
que era la prisión de amor,
y de albricias me lo dabas.

MENANDR. Allá en otro tiempo fueron
estos anillos prisiones,
que dellos los eslabones
de las cadenas se hicieron.
No puedo ese anillo darte
porque de mi padre fué;
un caballo te daré
que pueda envidiarlo Marte.

ADRIANO. Beso tus pies. (Esconder
quiero la sortija ahora,
pues tanto precio atesora.)

(Ponga la otra.)

Bien te la puedes poner,
como digno de tal prenda.

(Póngasela.)

MENANDR. Por más señal de afición,

al dedo del corazón
mi voluntad la encomienda.

CRIADO. A todos mercedes haces,
y de Fabio no te acuerdas.

MENANDR. Como de sueño te acuerdas.

CRIADO. Tú como Alejandro naces.

MENANDR. Entre todos los que estáis
aquí, haced a Felisardo
que os reparta...

CRIADO. Ya te aguardo.

MENANDR. Eso mismo que aguardáis.

CRIADO. No has dicho nada.

MENANDR. Decid
que os dé cinco mil ducados.

CRIADO. Cinco mil años doblados
vivas. Por letras venid.

ADRIANO. ¿Qué tienes, señor?

MENANDR. No sé;
cierto baguedo me dió.

ADRIANO. (Ya nuestra sortija obró;
verdad el encanto fué.)

MENANDR. Parece que adormecida
siento un poco la cabeza.
¡Cómo sigue la tristeza
los placeres de la vida!

(*Sale el* CAPITÁN.)

CAPITÁN. Ya en la torre quedan presos
el Duque y el conde Arnaldo.

MENANDR. ¿Quién?

CAPITÁN. El duque Sinibaldo.

MENANDR. ¡Nuevos y extraños sucesos!
¿El Duque preso? ¿Qué dices?

CAPITÁN. ¿No me mandaste prender
al Duque?

MENANDR. ¿Yo? ¿Cuándo?

CAPITÁN. Ayer.

MENANDR. ¡Marcio, no me escandalices!
Que no hay hombre en mis estados
como Sinibaldo.

CAPITÁN. ¡Bueno!
Ayer, de cólera lleno
y no de pocos cuidados
de tu vida y de tu honor,
me le mandaste prender.

MENANDR. ¿Yo te vi ni te hablé ayer?

CAPITÁN. Ayer me hablaste, señor,
y me mandaste que fuese
al castillo de aquel monte,
cuando el sol deste horizonte
partirse a la mar quisiese.
Yo le prendí con Lisarda.

MENANDR. ¿A Lisarda?

CAPITÁN. Señor, sí;
y juntos los traje aquí
con cuarenta hombres de guarda;
que eran veinte arcabuceros
y veinte lanzas; que fué
orden tuya.

MENANDR. ¿Que te hablé
y te vi?

CAPITÁN. Mil caballeros
estaban, señor, presentes.

MENANDR. Adriano, ¿tú lo viste?

ADRIANO. No, señor.

CAPITÁN. Si no estuviste,
mil estuvieron.

MENANDR. Tú mientes.
Pero, ¿por qué los has preso?

CAPITÁN. Porque intentan darte muerte.

MENANDR. Justa prisión desa suerte;
mas no he sabido el suceso.

CAPITÁN. Pues, señor, esto ha pasado.

MENANDR. Tengan presos a los dos,
que desta traición, por Dios,
que ninguno me ha informado.
Adriano, ¿es esto ansí?

ADRIANO. Marcio dirá la verdad.
(El encanto fué verdad (*sic*);
todo se olvida de sí.)

MENANDR. Parte, Marcio, y di que pueda
Lisarda andar en palacio:
tenga por cárcel su espacio,
porque sospecha me queda
de que no estará culpada.

CAPITÁN. Voy a decillo, señor.
Cubierto voy de temor
y toda el alma turbada:
Mándalos ayer prender
y hoy niega que lo ha mandado.
¿Tan presto tan olvidado?
Tiberio debe de ser:
que como ya muerto hubiese
su mujer, que le ofendió,
el día que la mató
mandó que a comer viniese.

(*Vase.*)

MENANDRO.

¡Caso grave y extraño que intentase
darme la muerte Sinibaldo!

ADRIANO.

Es cosa
indigna de tal Príncipe. Bien sabes
lo que contra el poder envidias pueden.
Su virtud es un sol, y es imposible
que adonde diere el sol no haga sombra:
sombra de virtud llaman la envidia.

MENANDRO.

Sin duda que, envidiosos de su gloria,
quieren escurecer su luz; mas creo
que no podrán salir con su deseo.

(Sale LIRANO *con un papel en una cartera y tinta y pluma.)*

LIRANO.

La libranza me dieron del dinero;
suplícote, señor, pongas tu firma
para que me la pague el tesorero.

MENANDRO.

¿Quién eres?

LIRANO.

¡Bueno es esto! ¿No conoces
a Lirano, tu músico?

MENANDRO.

¡Oh, Lirano!

LIRANO.

¡Oh, Lirano! ¿Pues que vengo yo de fuera?

MENANDRO.

¿Qué papel es aquéste?

LIRANO.

La libranza.

MENANDRO.

¿Qué libranza?

LIRANO.

¡Oh, qué lindo! Del dinero.

MENANDRO.

¿Qué dinero? ¿Es acaso tu salario?

LIRANO.

No, sino el rollo que me estire. ¿Agora
no me mandaste por aquellas nuevas
dos mil ducados?

MENANDRO.

¿Nuevas? ¿De qué fueron?

LIRANO.

Si pruebas mi paciencia, mal la pruebas
en materia, señor, de mi dinero.
¿No te alegraste de que Marcio hubiese
preso al Duque, a Lisarda, al conde Arnaldo?

MENANDRO.

¿Así que preso queda Sinibaldo?

LIRANO.

Como si nunca hubieras pretendido
estos negros amores me respondes.
¡Negra sea la dicha de Lirano
y quien acá le trajo con la cédula!
Si por dicha, en razón de burlas quieres
dar al maestro cuchillada, mira
que no tengo que darte yo dineros;
que yo, y cuantos graciosos hoy vivimos
andamos por sacarle a quien decimos
las gracias y donaires que sabemos,
que es la renta y oficio que tenemos.
Firma aquesta libranza, y en tu vida
hagas cosa por mí que te pidiere.

MENANDRO.

¿Qué libranza, ignorante?

LIRANO.

¿Qué libranza?
De los dos mil ducados que me diste.
¿Yo te he dado, Lirano, ese dinero
de días a esta parte?

LIRANO.

¿Cómo días?
Adriano dirá que no ha un momento.

MENANDRO.

¿Qué dices, Adriano?

ADRIANO.

Que se engaña,
que tú no le has mandado tal dinero.

LIRANO.

¡Alto! Los dos, sin duda, os concertastes
para desesperarme.

MENANDRO.

¡Acaba, necio!

LIRANO.

¡Firma, por Dios!

MENANDRO.

De aquesta suerte; muestra.

LIRANO.

¿La cédula rasgaste?

MENANDRO.

¿Eso te espanta,
si tú y el Capitán me volvéis loco
diciéndome que mando disparates?

LIRANO.

La burla basta, y no que mal me trates.

(*Salen dos o tres* CRIADOS *con otra cédula de tropa, y tinta y pluma.*)

CRIADO.

Yo pienso que llegamos a buen tiempo,
que ha firmado a Lirano sus libranzas.
¡Lirano, amigo mío, buen principio diste
a nuestra dicha.

LIRANO.

Estaba por deciros
lo que en el libro de Amadís Agrages:
porque allá lo veredes, caballeros.

CRIADO.

La cédula es aquésta; firmar puedes (1).

MENANDRO.

¿Qué cédula?

CRIADO.

Cuidados importantes
te privan de pensar en los menores.
Libranza es ésta de merced que hiciste
a los que ves, de cinco mil ducados.

MENANDRO.

¿Estáis de hacerme loco concertados?
Adriano, ¿qué es esto?

ADRIANO.

Como han visto
que andas de gusto, piensan, con enredos,
sacarte el parabién estos ayudas.

MENANDRO.

Pues ya no estoy de burlas, y la sala
despejen todos juntos noramala.

LIRANO.

Para vosotros hay también culebra.

CRIADO.

Mudó de intento.

CRIADO 2.°

La palabra quiebra.

MENANDRO.

¿Qué será aquesto? Yo, Adrián, no estimo,
que no debo estimar, plata ni oro;
estimo que estos necios hagan burla
de su señor, y si modestia fuera,
de mi casa al momento los echara,
o con otro rigor los castigara.

(*Sale* LISARDA.)

LISARDA. No pensé que tu rigor
hubiera a punto llegado
que no le templara amor;
pero de un amor templado,
la consonancia es furor.
Bien en mi padre se muestra
lo que puede en poderosos
una información siniestra,
pues servicios tan famosos
no valen de parte nuestra.
Que yo esté presa es muy justo,
pues que lo estoy por tu gusto;
pero mi padre, señor,
y con nombre de traidor,
¿a quién no parece injusto?
Llégate, señor, aparte,
que quiero de espacio hablarte.

MENANDR. Pues, ¿quién eres tú, que así
te atreves a hablame a mí
libre, en tan pública parte?

LISARDA. Si disimulas, bien haces.
Oye aparte y hablaremos,
que mi crédito deshaces:
ya preso al Conde tenemos,
con que tu amor satisfaces.
Mas mi padre no es razón,
a título de traición.

MENANDR. ¿Quién es tu padre?

LISARDA. ¡Qué bien!
¿Estando aparte también
encubres nuestra invención?

MENANDR. ¿Pues qué invención hay aquí?

LISARDA. ¿Cómo me hablas así?

MENANDR. ¿Quién eres?

LISARDA. Lisarda soy.

MENANDR. ¡Ah, sí! Qué olvidado estoy,
pues que no te conocí.

LISARDA. ¿Luego no me has conocido
después que te estoy hablando?

MENANDR. Estoy algo divertido
en cosas imaginando
que me ocupan el sentido.

(1) Texto: "la cédula es ésta, firmar puedes".

En fin, ¿que Lisarda eres?
LISARDA. ¡Toda me turbas!
MENANDR. ¿Qué quieres,
Lisarda, que haga por ti?
LISARDA. ¿Así te olvidas de mí?
¿Tú me quieres?
MENANDR. No te alteres;
que estoy con ciertas pasiones.
LISARDA. ¿No estás bueno?
MENANDR. Bueno estoy.
LISARDA. ¡Qué notables confusiones!
¿Ya no te acuerdas que hoy
pusiste al Duque en prisiones?
MENANDR. Tienes, Drusila, razón.
LISARDA. ¿Yo soy Drusila?
MENANDR. ¡Qué olvido!
Arminda, estoy con pasión.
LISARDA. ¿Qué Arminda? ¿Tienes sentido?
MENANDR. ¿Que está tu padre en prisión?
¡Bien, bien, sí! Lisarda eres:
¿querrásle dar libertad?
LISARDA. Yo quiero lo que tú quieres;
que en firmeza y voluntad
venzo las demás mujeres.
Al amor que me has tenido,
agradecida te amé.
MENANDR. ¿Pues cuándo yo te he querido?
LISARDA. ¡Qué buen pago de mi fe!
¿A tanto amor, tanto olvido?
¿Eso fué lo que decías
cuando hacerme prometías
reina de Hungría?
MENANDR. ¿Estás loca?
Cierra, Lisarda, la boca,
que no son palabras mías.
Ni yo a tu padre prendí,
ni sé quién es ese Conde,
ni a ti dos veces te vi.
LISARDA. ¿Qué desatinos responde?
¿Si está el Rey fuera de sí?
(1) ¿Luego podréme casar
con el Conde?
MENANDR. ¿Por que no?
LISARDA. ¿Ni lo quieres estorbar?
MENANDR. ¿Por qué he de estorbarlo yo,
o qué me puede importar?
(1) Aquí me han dicho que preso
está el Duque, sin razón,
que yo no he visto el proceso.
Si es siniestra información,
¿qué culpa tengo yo deso?
Toma este anillo, y dirás
que, en viéndole, no haya más,
y que a su casa se vaya.
LISARDA. ¿Que no quieres tú que haya
otro concierto jamás?
MENANDR. ¿Yo, para qué?
LISARDA. ¡Quien se fía
de amor que promete loco,
que tenga la pena mía!
ADRIANO. (¡Huélgome, porque algún poco
cese su melancolía.)

(Tome el anillo LISARDA, *y váyase.)*

Pero muy mal me estuviera
si el anillo se perdiera.)
¡Notable fuerza es la suya!

(Tome otro semblante el REY.)

MENANDR. Presto haré que se concluya
la causa.
ADRIANO. El furor modera.
MENANDR. ¿Cobraste, Adriano amigo,
el caballo?
ADRIANO. No, señor,
que siempre he estado contigo.
MENANDR. ¿Quién está aquí?
LIRANO. ¡Lindo humor,
tras lo que ha usado conmigo!
MENANDR. ¿Es Lirano?
LIRANO. Ni aun Lirón.
MENANDR. ¿Cobraste ya aquel dinero?
LIRANO. ¡Tomad, si afloja en el son,
y retozaba el gaitero
con la moza del mesón!
¿Qué diablos he de cobrar,
si la libranza rasgaste
cuando la vine a firmar?
MENANDR. ¿Qué dices?
LIRANO. Que te enojaste.
MENANDR. ¿Quiéresme acaso burlar?
Pues mira que es tu dinero.
LIRANO. ¿Qué niegas? ¿Que no has rasgado
la cédula?
MENANDR. ¡Majadero,
ni la he visto ni tocado!
LIRANO. ¡Taño en vos el mi pandero,
taño en vos, y pienso en al!
ADRIANO. Lirano, un pecho real

(1) Texto repite innecesariamente la indicación de persona que habla.

con los cuidados más graves,
los menores, como sabes,
olvida. No le hables mal (1).
Si no trae otra libranza.

LIRANO. Pues di, señor si agora voy
y el papel en confianza
traigo, ¿firmarásle?

MENANDR. ¿Soy
la firmeza o la mudanza?
Parte, que yo firmaré
lo que aquí te prometí.

LIRANO. Hago testigos.

MENANDR. Yo sé
que hoy los cobrarás de mí.

LIRANO. Ponme en la boca ese pie.

(*Vase.*)

MENANDR. ¡Qué burlón es este necio!
No tiene precio su gusto.

ADRIANO. Ni mi dicha tiene precio,
pues por amor no es injusto
lo que mi lealtad desprecio.

(*Sale* ARMINDA.)

ARMINDA. Huélgome, señor, que esté
Lisarda donde la veas,
pues es lo que más deseas.

MENANDR. Loco amor la causa fué,
Arminda, de su prisión.
A mi casa la he traído
por sosegar el sentido
tan rebelde a la razón.
¿Qué te ha dicho?

ARMINDA. Que agradece
el remedio y el cuidado.

MENANDR. El poder enamorado
poco en mostrarlo merece.
Yo no pienso permitir
que se me case Lisarda.
Tú la aconseja y la guarda,
porque me importa el vivir,
Y mi palabra te doy
de casarte brevemente,
que ya el Rey mejor se siente.

ARMINDA. Descuidada deso estoy.

MENANDR. Cartas tuve que quería
partirse tu esposo ya,
y porque veas que está
tu voluntad en la mía,
vayan Adriano y criados
y sepa en qué punto están
las cosas, y llevarán
veinte o treinta mil ducados
para el gasto del camino.
Trátese espléndidamente,
y cuando el camino intente,
porque salir determino,
avíseme con persona
de confianza y cuidado,
y por el que amor me ha dado,
Arminda hermana, perdona,
que voy a ver a Lisarda.

ARMINDA. Parte, y verás un retrato
de Venus.

MENANDR. ¡Pincel ingrato!

ARMINDA. ¿Cómo?

MENANDR. Porque es más gallarda.

(*Vase.*)

ARMINDA. ¿Es ésta aquella sortija
del olvido que buscaste?
¡Buen sabio, bien le alabaste!

ADRIANO. No hay cosa que no se rija
por la voluntad del cielo:
la sortija del olvido
peregrino efeto ha sido,
de lo más que sabe el suelo.
Aquí la tuvo, y quedó
tan olvidado de sí,
que cuanto trataba aquí
en un instante negó.
Causárate admiración
ver en él tanta mudanza,
que me llevó la esperanza
a la mayor pretensión.
El estar agora en sí
nació de que se quitó
el anillo, y se lo dió
agora a Lisarda aquí:
que lo llevaba en la mano
a mostrarla al Capitán
y a los que de guarda están.

ARMINDA. ¿Luego nuestro intento es llano?

ADRIANO. ¿A qué más pudo llegar
que a negar que conocía
a Lisarda?

ARMINDA. No podía
mejor su intento probar
la fuerza de la sortija.

ADRIANO. Ella viene algo turbada.

(1) Texto: "mas".

ARMINDA. Sin duda estará olvidada
y sin razón que la rija
si la sortija trae puesta.

ADRIANO. Irme quiero.

(*Vase* ADRIANO.)

ARMINDA. Bien será.

(*Sale* LISARDA.)

LISARDA. Ya mi padre libre está.

ARMINDA. La turbación manifiesta
la manera del mirar.
¡Lisarda amiga!

LISARDA. ¿Quién es?

ARMINDA. ¡Brava cosa! ¿No lo ves?
Apenas acierta a hablar.

LISARDA. ¿Es mi criada Clavela?

ARMINDA. Arminda soy.

LISARDA. ¡Oh, señora!

ARMINDA. (Yo acabo de ver agora
que es encanto, y no es cautela.)
¿No has visto al Rey?

LISARDA. No le vi.

ARMINDA. A verte y hablarte fué.

LISARDA. Después que a mi padre hablé
ciertos desmayos sentí
que me tienen fatigada,
y es que pensando venía
que Menandro me tenía
de su memoria olvidada.
Tanto en aquello pensé,
que fuera de mí he quedado.

ARMINDA. ¿Mi hermano de ti olvidado?

LISARDA. Ingrato a mis obras fué.

(*Salen* CAMILO *y el* REY.)

CAMILO. Aquí con Arminda está.

MENANDR. ¡Oh, mi Lisarda!, ¿qué es esto?
¿Tú en mi casa, y yo sin ti?
¿Tú tan cerca, y yo tan lejos?
El sol se puede encubrir
si el rayo de su cabello
ha reducido a esta casa
como a círculo de espejo.
¿Dónde has estado (1) sin mí?
¿Qué has hecho? Que tengo celos
de pensar que has ido a ver
aquel venturoso preso.
¿Hasle visto? ¿No me hablas?

(1) Texto: "ha estado".

LISARDA. ¿Quién es?

MENANDR. ¿Quién es? ¡Esto es bueno!
¿A mí por mí me preguntas?
No haces bien porque sospecho
que sabes de mí lo más,
y que sé de mí lo menos.
¿Cómo me miras ansí?
Mira, Lisarda que pienso,
que porque he prendido al Conde
haces ese sentimiento.
¿Al Rey hablas desa suerte?

LISARDA. ¡Ah, sí! Perdona, que tengo
en mil imágenes tristes
ocupado el pensamiento.
¿Mandas algo en su servicio?

MENANDR. Lisarda, a servirte vengo,
ya que se ponga a tus pies
todo el valor de mi reino.
Mas la tibieza que muestras,
y el descuido en que te veo
me ha dado imaginación,
que no sientes lo que siento.
¿Es muy gentilhombre el Conde?
¿Pésate de haber deshecho
con esta prisión fingida
el tratado casamiento?
Codicia de ver su rostro
con tu mudanza me has puesto;
si él me excede en la persona,
en la voluntad le excedo;
él no te quiere por dicha,
y yo sin dicha te quiero,
¿Pues qué? ¿No me quieres ya?

LISARDA. ¿Qué dices que no te entiendo?
¿Yo te he querido, señor?
¿Ni he tenido pensamiento
de deshacer por tu causa
el esperado concierto?
¿Qué tiene Menandro, Arminda?

MENANDR. Arminda mía, ¿qué es esto?
¿Cómo me paga Lisarda
con este agradecimiento?
¿Es esto lo que de amarla
con tanta verdad merezco?
Camilo, ¿qué te parece?

CAMILO. Según me han dicho Deifebo,
Tisandro y Lidio que hoy
a vuestra Alteza vistieron,
bien merece estas palabras.

MENANDR. ¿Por qué las merezco, necio?

CAMILO. Porque hablándole Lisarda

con mil tiernos sentimientos,
la trató de tal manera,
y con desdenes tan fieros,
que fueron de haber negado
todo el pasado deseo:
Dijo que en toda su vida
la había visto.

MENANDR. ¿Qué es esto?

CAMILO. Pues no sólo paró en esto,
que para casarse luego
la dió licencia.

MENANDR. ¿Qué dices?

CAMILO. Con el mismo Conde preso.

MENANDR. ¿Yo licencia de casarse
con Arnaldo?

CAMILO. Mil la oyeron.

MENANDR. ¡Todos mienten, por Dios vivo!
¡Todos mienten, vive el cielo!
¿Hase visto disparate
como el que me dicen éstos?
Arminda, pierdo el juicio.

ARMINDA. Toda la ocasión entiendo.

MENANDR. Lisarda, si yo en mi vida
he dado consentimiento
para que puedas casarte,
hasta su profundo centro
la tierra abierta...

LISARDA. ¿Qué juras?
¿Por qué causa? ¿A qué efeto?

MENANDR. ¡Plega a Dios que de un caballo
caiga en la carrera al suelo,
chocando frente por frente
con otro que llegue al medio!
¡Plega a Dios que si en batalla
de mi enemigo al encuentro
pusiere lanza en el ristre,
me atraviese al mismo tiempo
el cuello en que está la vida
entre la gola y el peto!
¡Plega a Dios!...

LISARDA. ¡Señor, detente!
¿Para qué me hablas tan recio?
No soy sorda.

MENANDR. ¿Pues hay áspid
que lo sea más?

LISARDA. No quiero,
que haberme traído aquí
resulte, Menandro, en esto.
Vuelve a enviarme al castillo.

MENANDR. Pues, mi bien, ¿cómo te veo
tan presto en tanto rigor,
en tal mudanza tan presto?

LISARDA. ¿Qué rigor, ni qué mudanza?
Mira que todo es enredo,
si alguien te ha dicho de mí
que te quise, ni te quiero.

MENANDR. (1) Lisarda, cese el enojo,
que si algunos te dijeron,
que el Rey te daba licencia
para aqueste casamiento,
de envidiosos te engañaron.

LISARDA. Arminda, yo te confieso
que esto de amor de Menandro,
me parece como sueño,
mas que yo le haya querido,
ni tales conciertos hechos,
¿no imaginas que es locura?

MENANDR. Hago al cielo juramento,
que de cuantos me han vestido,
no ha de quedar caballero
en mi servicio en mi casa,
ni en mi Corte.

(*Sale el duque* SINIBALDO.)

SINIBALDO. ¡Tus pies beso,
invictísimo señor!
Por la merced que me has hecho,
que bien sé yo que informado
de la lealtad que profeso,
heredada como sabes
de tan ilustres abuelos,
conocerás que es envidia
decir que ha sido mi intento,
el quitarte con Arnaldo
la vida que te deseo.
Arnaldo es noble, señor;
que yo no hiciera mi yerno
hombre que no te sirviera
con la vida que te ofrezco.
Suplícote que le des
libertad reconociendo
la deuda de mis servicios,
que como ves estoy viejo,
y sólo en casar mi hija
tengo mi descanso puesto.

MENANDRO.

Pienso que quieren estos necios hombres,
que tengo en mi servicio, hacer de suerte,
preciados de tener traidores nombres,
que pierda el seso, y intentar mi muerte.

---

(1) Texto: "ARDENIO."

Lisarda, con aquesto no te asombres,
de que tu agravio mi rigor despierte:
¿Quién te dió libertad, Duque enemigo,
cuando es justo, y justísimo el castigo?
¿A mí me lo agradeces, que quisiera
tener agora condición tirana,
con que sin más información te diera,
por tu infame traición muerte inhumana?
¿Quién te sacó de la prisión?

SINIBALDO.

No fuera
ensangrentar, señor, mi barba cana,
digna hazaña de un Rey, que al acusado
tiene siempre un oido reservado,
porque a ninguno, sin que fuese oido,
pudiesen castigar airados Reyes
establecieron con acuerdo unido
los Césares, señor, las santas leyes,
al tribunal por ellos admitido
el vil esclavo, y el que guarda bueyes
alcanza la justicia que perdiera
por su pobreza, cuando ley no hubiera.
Que es la justicia un ser distributivo,
que a cada cual le da lo que merece,
y que con equidad y cetro altivo,
las leyes de la patria favorece;
que está a las causas con atento y vivo
oido, sin pasión a quien guarnece
la fe, verdad y santidad, la mano
de Eurípides mostró, sin ser cristiano,
Pues ¿cuánto más un Príncipe que debe
a su Dios, a su fe, y a las costumbres
de la patria?

MENANDRO.

Detente, que me mueve
tu lengua a más notables pesadumbres
¿Tan bárbaro soy yo?

SINIBALDO.

Si amor te mueve
para eclipsar las soberanas lumbres
de la razón, advierte que un Rey justo,
la ley de la virtud prefiere al gusto.

MENANDRO.

¿Querrán volverme loco? ¡Extraño intento
¿Quién te dió libertad?

LISARDA.

Tú eres extraño.
¿No me diste este anillo?

MENANDRO.

Es fingimiento,
y alguien me le ha tomado por engaño,
¡hola!

(*Sale el* CAPITÁN *y gente.*)

CAPITÁN.

¿Señor?

MENANDRO.

Con guardas al momento
se lleve el Duque a la prisión.

SINIBALDO.

¡Qué daño,
hija, de tus locuras me ha venido!

(*Lleven al* DUQUE.)

MENANDRO.

¡Escucha, Capitán! Llega el oído.
¿Diste tú libertad al Duque?

CAPITÁN.

Agora
Lisarda me mostró tu anillo.

MENANDRO.

¡Vete!
Yo estoy fuera de mí. Dadme señora,
mi diamante.

LISARDA.

¿Qué fe de tu amor promete?
Este es tu anillo y sello, a quien desdora
tu condición.

MENANDRO.

No hay cosa que inquiete
un ánimo pacífico y seguro,
como una ingratitud.

LISARDA.

Yo te lo juro.

(*En tomando el anillo el* REY *se muden entrambos de semblante.*)

ARMINDA. ¡Qué extraña mudanza han he-
¡Oh, Adriano, bien venido! [cho!

(ADRIANO *sale.*)

ADRIANO. ¿Qué hay de nuevo?
ARMINDA. Ha sucedido...
ADRIANO. Que está olvidada sospecho.
ARMINDA. ...que la sortija tomó,
porque con ella libraron
al Duque, y los dos quedaron

como ves.
ADRIANO. Díjelo yo,
es tan seguro el olvido
de quien la tiene en la mano,
como yo ser Adriano.
LISARDA. Paréceme que he dormido,
y que de un sueño despierto.
MENANDR. ¿Quién está aquí?
ARMINDA. ¿No nos ves?
ADRIANO. Tres somos, y todos tres
con diferente concierto.
LISARDA. ¿Dúrate la condición
de aquel pasado desdén?
MENANDR. ¿Desdén yo? ¿Por qué, o con quién?
LISARDA. Con mi amor y obligación.
MENANDR. ¿Amor tú? ¿Para qué? ¿A mí?
ADRIANO. ¿Quieres ejemplo más claro?
LISARDA. ¡Qué bien podré con tu amparo,
salir con honra de aquí!
¿Mas qué? ¿Me vuelves a dar,
licencia para casarme?
MENANDR. ¿En qué puedo yo fundarme,
que te la pueda quitar?
LISARDA. Ya no te puedo sufrir.
MENANDR. Ni tengas salud, Lisarda.
LISARDA. ¡Ah, cielos!
ARMINDA. ¡Espera, aguarda!
MENANDR. ¿Que aguarde? Dejalda ir.
ARMINDA. ¿Ansí la desprecias?
MENANDR. Yo
no sé que la haya estimado.
ADRIANO. ¿Con Lisarda estás airado?
MENANDR. Si ella es necia, ¿por qué no?
ADRIANO. ¿Tengo de ir, como mandaste,
a Trasilvania? Que ya
hecha la libranza está
para el dinero que gaste.
MENANDR. ¿Qué Trasilvania? ¿Qué es esto?
¿Qué dinero? ¿Estás en ti?
ARMINDA. ¡Bien va sucediendo así!
¡Oh, plega al cielo que presto
tenga siempre ese diamente!
No hayas miedo que te envíe.
ADRIANO. ¿Quieres que en esto porfíe?
ARMINDA. Para qué, si esto es bastante.

(*Sale* LIRANO *con el papel y tinta y pluma.*)

LIRANO. Con pie derecho y haciendo
la cruz, señora libranza,
entro a firmaros, si alcanza
favor quien entra temiendo.
Como palabra me diste,
después de burlas tan frías,
que a firmarme volverías
la libranza que rompiste,
traigo la pluma y papel.
MENANDR. ¿Quién es?
LIRANO. Lirano, señor;
tu músico y tu ventor,
y tu escudero fiel.
MENANDR. Lirano, bien seas venido.
¿Qué hay por acá?
LIRANO. ¡Bueno es esto!
¿Qué hay por acá? ¿No ves puesto
este papel en que pido
una firma?
MENANDR. ¿Para qué?
LIRANO. Para los dos mil ducados.
MENANDR. ¿Qué ducados?
LIRANO. Los soñados;
que pienso que los soñé.
MENANDR. ¿Cómo traes tú a firmar
mis cédulas? ¿Quién te dió
ese oficio?
LIRANO. El diablo y yo.
¿Vuélveste acaso a burlar?
¿No me mandaste de albricias
dos mil ducados?
MENANDR. ¡Buen loco!
LIRANO. Las burlas bastan un poco.
MENANDR. Con qué frialdades codicias
pescar dinero, bufón:
con querer darme a entender
que yo te he podido hacer
semejante donación.
Y luego darme la vaya
del engaño que me hiciste.
LIRANO. Si gustas de verme triste
y de que al rollo me vaya,
bien haces; pero troquemos:
sé tú gracioso y yo Rey,
que no será justa ley
que los dos bufonicemos.
MENANDR. Frío vienes como un hielo;
voy a librarme de ti.

(*Vase el* REY.)

LIRANO. ¿Qué es esto, Adriano?
ADRIANO. Aquí
no hay sino tener consuelo.
Ven, Arminda. Intentarás
que por cartas desbarate

el casamiento, y no trate
de Trasilvania jamás.

(*Vanse.*)

ARMINDA. Eso importa, porque así
queda el Príncipe enojado.

LIRANO. ¿Hay hombre más desdichado?
Dos mil ducados perdí.
Quien sirve, ¿a qué está sujeto?
¿Qué he de hacer deste papel?
Pero quiero hacer en él
a mi desdicha un soneto.
Musa, en mis dolores fieros
baja, que comienzo ya;
pero es mujer, no querrá
viendo que estoy sin dineros.

ACTO TERCERO

DE "LA SORTIJA DEL OLVIDO".

(*Salen* ARMINDA *y* ADRIANO.)

ADRIANO.

Con la carta, señora, que he fingido
y que ha firmado el Rey, que está olvidado,
ya queda el Trasilvano despedido,
porque el concierto de los dos firmado
da por ninguno, y la palabra dada.

ARMINDA.

¿Que ha llegado Menandro a tal estado?

ADRIANO.

La fabulosa máquina adornada,
Arminda, de moral filosofía,
de Ovidio, como sabes, inventada,
aquel metamorfoseos que fingía,
no iguala a ver tu hermano transformarse
en bestia sin razón, en piedra fría;
que como tanto tiempo sin quitarse
ha tenido el anillo del olvido,
apenas tiene ya de qué olvidarse.
Inhábil está ya para marido
de la sin par bellísima Isabela,
y para la corona sin sentido.
La fama ya de su desgracia vuela;
y dicen todos que marido escojas,
que debes el reinar a mi cautela.
Si me tienes amor, ¿de qué te enojas?
¿Cuánto será mejor que luego sea?
¿Por qué de tanta gloria me despojas?
Menandro no es posible que se vea
a su pasado estado reducido;
¿quién quieres que contigo lo posea?
Arminda, si tu amor he merecido,
merezca el reino, que es el reino menos
que ser, como me nombras, tu marido.
Soy, no puedes negarlo, de los buenos,
si no soy el mejor.

ARMINDA.

¿De qué locuras
tienes, amor, mis pensamientos llenos?
Temo que el reino, y no mi bien, procuras.

ADRIANO.

Antes si el reino quiero, es por la fuerza
con que tus manos gozaré seguras.

ARMINDA.

¡Oh, cuánto amor un desatino esfuerza!
Digo que el reino gusto que le quites,
que mucho puede quien el alma fuerza.

ADRIANO.

Ahora, gran señora, que permites
que quite el cetro al Príncipe engañado,
quiero, porque mejor lo inhabilites,
hacer que los gobiernos de su estado,
de la guerra y la paz, de mar y tierra,
tengan mis deudos, y el mayor soldado
las fronteras y fuerzas de la guerra,
con que a su tiempo todos se levanten:
que quien bien se previene tarde yerra.

ARMINDA.

Por más que el femenil ánimo espanten
los temores de ver lo que pretendes,
quiere amor que sus fuerzas se adelanten.
Si como el reino de mi hermano emprendes
emprendieras del sol el carro de oro,
defendiera lo mismo que defiendes.

ADRIANO.

Con justa causa su firmeza adoro.

(*Salen* MENANDRO, *muy embelesado, y* CAMILO *y el* CAPITÁN.)

CAMILO. Aquí está, señor, tu hermana.

MENANDR. ¿Tengo alguna hermana yo?

ARMINDA. ¿De Arminda se te olvidó?

CAMILO. ¡Mísera flaqueza humana!
¿En qué instante, de qué suerte
para tan grande caída
mudas una firme vida

y comienzas una muerte?
MENANDR. Mirándote estoy, Arminda.
ARMINDA. ¿No me conoces?
MENANDR. Muy bien.
ADRIANO. ¿Y no a Adriano?
MENANDR. También.
CAMILO. ¡Que tanto la fuerza rinda
de un mal que nadie le entiende,
pues a entendimiento igual
le reduce a tanto mal
que aun discurrir le defiende!
ADRIANO. Es necesario, señor,
que pongas en tus fronteras
para la guerra que esperas
un nuevo gobernador
y capitán general,
y para la mar también
alguno que entienda bien
el ejército naval.
Y fuera de eso, en tu corte
un virrey o presidente,
hombre estudioso y prudente,
como a tal oficio importe;
que te descanse de estar
llevando el peñasco eterno
de Sísifo al hombro tierno:
tal pintan al gobernar.
Y esto, señor, con acuerdo
de la Infanta, mi señora.
MENANDR. ¿Pues quién te parece agora
tan bien entendido y cuerdo,
que ocupe tan gran lugar?
ARMINDA. A mí me parece, hermano,
que solamente Adriano
le mereciera ocupar;
porque concurren en él
las partes más necesarias.
Y en las fronteras contrarias
estará bien Pinabel,
su grande amigo y pariente,
por capitán general;
y que en tu armada real,
con tus banderas y gente,
asista Heraclio, su primo,
todos hombres de valor.
MENANDR. Lo que os parece mejor,
eso apruebo y eso estimo.
Háganse sus provisiones
y tráiganlas a firmar.
ARMINDA. También te quiero avisar
de que a peligro te pones
mientras vive Sinibaldo:
no será matarle yerro
y condenar a destierro
a su yerno, el conde Arnaldo;
que mejor para tu gusto
quedará sola Lisarda.
MENANDR. Al Capitán de la guarda
dirás, Camilo, que gusto
de que Sinibaldo muera;
que diz que conviene así.
CAMILO. ¡Señor!
ARMINDA. Mira tú por ti.
No repliques; salte fuera.
CAMILO. ¿Hay lástima semejante?
Mas no quiero replicar,
sino vivir y callar,
que es a quien sirve importante.

(*Vase.*)

ADRIANO. Todo me sucede bien;
él está fuera de sí.
ARMINDA. Haz que a tus deudos y a ti
estos títulos os den,
y tomemos posesión.
ADRIANO. Ven conmigo, porque abones
del Rey las mismas razones
y firmes la provisión.

(*Váyanse, y sale* LIRANO.)

LIRANO. ¿Quién pudiera imaginar
tanto mal y desventura?
Si el mal de Menandro dura,
cielos, ¿en qué ha de parar?
¿Cuál hombre el mundo ha tenido
tan sabio, cuerdo y prudente,
ni en el estado presente
a tanto mal reducido,
tan olvidado de sí
que apenas discurso tiene?
Pero, ¿qué me va ni viene
destas desdichas a mí?
Mejor será aprovecharme
de lo que pudiere y irme,
que es necedad afligirme
y desatino matarme.
Todos medran; sólo yo
he dado en sentir su mal.
MENANDR. ¿Quién habla?
LIRANO. ¿Hay fantasma igual?
MENANDR. ¿Es mi hermana?
LIRANO. Señor, no.

MENANDR. Mira bien si eres mi hermana.
LIRANO. Barbado pienso que estoy.
MENANDR. ¿Quién eres?
LIRANO. Lirano soy.
¿Hablásteme esta mañana,
y agora me desconoces?
MENANDR. ¡Oh, Lirano, bien venido!
LIRANO. Nunca, señor, que te pido,
me escuchas ni me conoces.
MENANDR. Paséate aquí, Lirano,
conmigo y dime tu vida.
LIRANO. Señor, toda va perdida;
caduca el estado humano.
El tiempo está ya muy viejo,
hace cosas de rapaz;
ni en la guerra ni en la paz
se puede tomar consejo.
No hay en estos horizontes
cosa en que firmezas halles,
los montes se han hecho valles,
los valles se han hecho montes.
Los animales del suelo
todos han dado en volar,
árboles cubren el mar
y peces nadan el cielo.
Cosas en el mundo topo
que muestran fines fatales;
hablan ya los animales,
como en el tiempo de Isopo.
MENANDR. ¡Válame Dios!
LIRANO. Esto pasa.
MENANDR. ¿Y qué ha sucedido más?
LIRANO. Que voy medrando hacia atrás,
y soy cangrejo en tu casa.
Han dado en andar sin tocas
las mujeres.
MENANDR. ¡Cosa extraña!
LIRANO. En mozas la edad engaña;
mas hay unas viejas locas
que parecen monas viejas,
descubriendo unos pescuezos
que parecen desde lejos
costurones de pellejas.
Muchas mujeres verás
que traen con buen semblante
las narices adelante
y las espaldas atrás.
MENANDR. Eso es gran bellaquería.
LIRANO. Otras verás, si esto dudas,
que hasta acostarse desnudas
no paran en todo el día.
MENANDR. ¿Es posible?
LIRANO. Sí, señor,
y todas descalzas duermen.
MENANDR. Temo, Lirano, que enfermen.
LIRANO. Así lo dijo un doctor.
Ha dado en esta ciudad
en almorzar mucha gente.
MENANDR. ¿Parécete inconveniente,
o crimen de Majestad?
LIRANO. No, señor; mas, ¿qué razón
permite que por su engaño
para el venidero daño
no se haga prevención?
MENANDR. ¿Qué daño, Lirano amigo?
LIRANO. Hay pronóstico, señor,
del astrólogo mejor,
que cualquiera que consigo
oro trajere en el cuello
o en las manos morirá,
y dicen que esto será
cuando Dios se sirva dello.
MENANDR. ¿Qué me dices?
LIRANO. Lo que escribe
en su almanac por muy cierto,
y le verán muchos muerto
que agora le ven que vive.
MENANDR. Pues, Lirano, yo no quiero
por traer un poco de oro,
puesto que causa decoro,
morir con rigor tan fiero.
Toma, por tu vida, allá
esta cadena.
LIRANO. Señor,
tengo al tomarla temor.
MENANDR. A quien quisieres la da,
y caiga en otro y no en mí
el pronóstico del sabio.
LIRANO. Véngame todo el agravio,
señor, por librarte a ti.
¿Tienes más?
MENANDR. Esta sortija.
LIRANO. ¡Pesi a tal que es de diamante,
morirás al mismo instante!
MENANDR. No hay cosa que más me aflija.
Toma, Lirano, por Dios.
LIRANO. ¿Cómo la podré tomar?
Mas quiérome aventurar,
que, en efeto, de los dos
es más justo que yo muera.
En el lienzo las pondré,
y envueltas se las daré

a alguno que mal me quiera.

MENANDR. ¡Oh, cómo te has de vengar!

(Váyase el REY *trocando de semblante.)*

LIRANO. A Creso, siendo vencido,
dieron oro derretido,
porque se pudiese hartar.
Y así dicen que murió
con lo que más codiciaba:
en las manos no le hartaba
y por la boca le hartó.

MENANDR. ¿Es Lirano?

LIRANO. ¿No lo ves?

(Ya en sí.)

MENANDR. ¿Qué haces aquí?

LIRANO. ¿Qué es esto?
¿Ya tan mudado y compuesto?
¿Quién dirá que el mismo es?
Temblando estoy si ha caído
en que el oro le he quitado.
Parece que se ha trocado
de aquel ignorante olvido.
Sin duda, y que aqueste mal
son lúcidos intervalos,
él manda matarme a palos.
¿Puede haber desdicha igual?

MENANDR. ¿Qué hay de Lisarda, Lirano?

LIRANO. ¿No sabes que se casó
de desesperada, y dió
al Conde Arnaldo la mano?

MENANDR. ¿Qué dices? ¿Estás en ti?

LIRANO. Viendo que la aborrecías
trató casarse estos días.

MENANDR. ¿Casóse?

LIRANO. Creo que sí.

MENANDR. ¿Cómo que sí?

LIRANO. ¡Yo qué sé!

MENANDR. ¿Yo a Lisarda aborrecido?

LIRANO. (El despertó de su olvido,
y no parece el que fué.)
Señor, no estará casada;
que se trataba decían.

MENANDR. ¿Cómo casarla podían
con la voluntad forzada?
¿Dónde está su padre?

LIRANO. Preso,
y no sé si degollado,
que dicen que lo has mandado.

MENANDR. ¡Mas que han de quitarme el seso!
¿Yo al Duque? ¿Por qué delito?

LIRANO. Ya de su agravio, señor,
al Papa, al Emperador
y a otros reyes han escrito;
pero fué tu enfermedad
de suerte, que esto mandó.

MENANDR. ¿Qué enfermedad? ¿Cuándo yo
pude mandar tal crueldad?
¡Hola, gente! ¡Hola, criados!

(Salen CAMILO, FINEO *y otros.)*

¡Hola!

CAMILO. ¿Qué voces son éstas?

LIRANO. Dadle discretas respuestas
por los términos pasados,
que ha vuelto a la majestad
y prudencia que tenía.

CAMILO. ¿Cierto?

LIRANO. Como es claro el día.

MENANDR. ¿Hay semejante maldad?
¡Pues, hombres desatinados,
sin lealtad, sin fe, sin ley,
de algún africano Rey,
de algún bárbaro criados!
¿Qué es aquesto que en mi casa
pasa con tal desatino?

CAMILO. ¿Pues quién a informarte vino
que lo que no es justo pasa?

MENANDR. ¿Y es justo darle a entender
que la aborrezco a Lisarda,
pues desesperada aguarda
ser de un extraño mujer,
si por dicha no lo es ya?

CAMILO. ¿Luego tú no la aborreces?

MENANDR. ¡Que te matase mereces!
¡Villanos!, ¿adónde está?

CAMILO. Señor, llena de dolor
y de muy justa tristeza,
pues hoy cortan la cabeza
al que es de su vida autor.

MENANDR. ¿A su padre?

FINEO. ¿Haslo mandado,
y admíraste desa suerte?

MENANDR. ¿Yo he mandado darle muerte?

FINEO. Tú mismo.

MENANDR. ¿Yo lo he firmado?

CAMILO. ¿Qué firma fué menester
más que ordenarlo?

MENANDR. ¡Villanos,
vive el cielo que las manos
me obligaréis a poner
en vuestra sangre traidora!

LIRANO. Notando estoy lo que pasa.

MENANDR. ¿Quién hay que mande en mi casa
con tal desatino agora?
Llamadme a Lisarda luego.

(*Sale un* CRIADO.)

CRIADO. Aquí, gran señor, están
el General capitán...
MENANDR. ¿Tenéisme por loco y ciego?
CRIADO. ...de las fronteras de Hungría,
y también el de la mar.

(*Salen* PINABEL *y* HERACLIO, *generales.*)

HERACLIO. Danos los pies.
MENANDR. ¿Qué he de dar?
¿Hay tan grande alevosía?
PINABEL. Tú verás hoy tus fronteras
de Pinabel defendidas,
y en sus muros extendidas
con tal valor tus banderas,
que no las ose mirar
mil leguas contraria espada.
HERACLIO. Tú verás, señor, tu armada
romper tan bizarra el mar
donde el Occéano peina
por barba corales finos,
que hasta los dioses marinos
la reconozcan por reina.
MENANDR. ¿Qué es aquesto? ¿Quién os dió,
villanos, estos oficios?
¿Quién os hizo capitanes?
¿Quién generales os hizo?
Perros, ¿burlaisos de mí?
¿Pensáis que estoy sin sentido?
PINABEL. Señor, legítimamente
estos bastones trujimos,
que tu segunda persona
de tu parte nos lo ha dicho;
tu virrey nos los ha dado.
MENANDR. ¿Qué virrey? ¿Qué desatinos
son éstos? ¿Qué estáis diciendo?
HERACLIO. Señor, tu firma hemos visto;
tus provisiones tenemos;
tus cartas obedecimos.
MENANDR. ¿Qué cartas? ¿Qué provisiones?
¿Y qué virrey, enemigos?
HERACLIO. Adriano, gran señor,
que es lo mismo que tú mismo.
MENANDR. ¿Adriano? O yo algún tiempo
he vivido sin juicio,
o me le queréis quitar.

(*Saque la espada.*)

¡Salid fuera, fementidos,
traidores a vuestro Rey!
PINABEL. ¡Señor, piedad!
CAMILO. A Camilo,
señor, no es justo.
LIRANO. A Lirano,
gran señor, que te ha servido,
¿por qué le quieres matar?
MENANDR. Si el Duque es muerto y marido
de Lisarda el conde Arnaldo,
no ha de quedar hombre vivo.
LIRANO. Señor, no estará casada
ni el Duque muerto.
MENANDR. Eso digo.
¡Vive Dios, que si lo están,
a todos paso a cuchillo!
¿Quién le ha metido a Adriano
en el gobierno conmigo?
¡Adriano! ¿Un caballero
humildemente nacido,
que me encomendó mi padre?
LIRANO. Señor, Adriano quiso
poner remedio en tus cosas;
buen intento habrá tenido;
que has estado muy enfermo.
MENANDR. ¿Yo enfermo?
LIRANO. Enfermo de olvido.
MENANDR. ¿Cuándo? ¿O cómo? Mas, seguidme,
que si sólo el bien que estimo,
que es Lisarda, a quien adoro,
por vuestra causa he perdido,
como a Roma puso fuego
el fiero monstruo su hijo,
a la ciudad le pondré.
CAMILO. Yo voy muerto.
LIRANO. Yo perdido.

(*Váyanse, y salgan* SINIBALDO, LISARDA, *el* CONDE ARNALDO *y el* CAPITÁN.)

SINIBALD. Hija, cesad de llorar,
que ya debéis de saber
que los fines del placer
son principios del pesar:
ni queda a quien apelar
ni aunque pudiera lo hiciera.
Menandro, manda que muera,
y, aunque no fuera forzoso,
al decreto riguroso
justa obediencia le diera.
Pienso que mal informado
de mi servicio y lealtad,
de mi fe, de mi verdad,

de mi amor, de mi cuidado,
que me corten ha mandado
la cabeza sin oírme;
que no puedo persuadirme
que un Rey tan cuerdo y prudente
quitarme la vida intente,
por desdichado y por firme.

LISARDA. Señor, quien está de suerte
de su blandura trocado,
que de sí mismo olvidado
en ninguna cosa advierte,
¿qué mucho que dé la muerte
como a Séneca Nerón,
a quien con limpia intención
le ha servido de maestro?

CONDE. Envidias del valor vuestro
han hecho la información.
Creedme; que gran virtud
nunca sin envidia estuvo;
siempre sus pasos detuvo,
siempre le causó inquietud,
otros a poca salud
de Menandro lo atribuyen,
de que mil cosas arguyen.
Dichosos aquellos son,
que de tanta confusión
a las soledades huyen.
A mí me ha tenido preso
con la culpa que sabéis.

CAPITÁN. Señores, ya no tenéis
lugar para tratar deso,
allá habrán visto el proceso:
que aquí juzgáis por injusto.

SINIBALDO. Hija, moriré con gusto,
si acompañada te dejo;
que pues ya muero tan viejo
no me da el morir disgusto.
Por padre al Conde te doy,
si por marido te queda,
para que contento pueda
dar fin a mis años hoy.
Prisa dan; a morir voy.
Si a estas canas que ensangrienta,
el Rey con tal vil afrenta
algún respeto es debido,
sea tu padre y marido;
responde que estás contenta;
no muera yo sin saber,
hija, que quedas casada,
que aunque vayas desterrada,
eso me causa placer,
porque no quedes a ver
el lugar en que vertí
la sangre que ves por ti;
que más me ha puesto en prisión,
que la falsa información,
la hermosura que hay en ti.
Y tú, Conde, estimar debes
el dote, pues es mi vida,
y aunque es hacienda perdida,
que en la memoria la lleves,
para que el dolor remueves,
que no para hacer venganza.
Mi lealtad y confianza
más se esfuerzan en la muerte,
y no hay venganza más fuerte,
que la que de Dios se alcanza.

LISARDA. ¿Quién en mal tan inhumano
tendrá paciencia, señor?

CONDE. ¿Quién para tanto dolor
tendrá corazón humano?

SINIBALDO. Dale, Lisarda, la mano,
y deme el cuchillo a mí
la muerte, en dándole el sí.

CAPITÁN. El Rey entró en la prisión.
Dilaté la ejecución;
todo será contra mí.

(*Salen* MENANDRO *y* CAMILO.)

MENANDR. ¿Qué es esto que estáis trazando?
¿Qué es esto que estáis haciendo?
¿Adónde está el capitán?

CAPITÁN. Señor, donde tú me has puesto.
Puesto que vi de tu mano
real firmado un decreto,
para quitar de los hombros
la cabeza al Duque presto,
no he podido ejecutar
lo que me mandas tan presto;
que es cristiano Sinibaldo,
y le he de dar algún tiempo.
Lo más que se ha detenido
es en hacer testamento
de sola una prenda suya;
de lo demás no lo ha hecho.
Esta es Lisarda, y la deja
por codicilo postrero,
voluntad última suya,
al conde Arnaldo, su yerno.
Cuando entraste se querían
dar las manos, y yo luego,
quitándole la cabeza

ejecutar tu decreto.
Perdona la dilación
o si a servirte no acierto,
quien la corte a Sinibaldo,
manda que me corte el cuello.

MENANDR. Marcio, no sé de qué suerte
te diga lo que te debo,
sólo en haber dilatado
la muerte del Duque preso.
Duque, todos mis criados
me dicen que he estado enfermo;
si esto es verdad, o no,
vive Dios, que no me acuerdo.
Que tal decreto haya dado,
ni tenido pensamiento
de haceros disgusto alguno,
esto es error manifiesto.
Lisarda, no deis la mano;
que vuestro consentimiento
pende de mi voluntad.
Vos, Conde, como extranjero
no toméis juridición
en lo mejor de mi reino.
Salid de la cárcel todos;
vuestra libertad os dejo;
que tengo que averiguar
otros mayores procesos.

SINIBALDO. ¡Señor, escucha!

MENANDR. Ninguno
replique; que me va en esto
la honra y la propia vida.

CONDE. Señor, bien sabes que puedo
casarme en cualquiera parte.

MENANDR. Conde, no podréis, ni quiero,
que en mi tierra, ni en mi sangre
oséis tratar casamiento.

LISARDA. Deja que yo me disculpe,
señor, pues que no me quejo
de los agravios pasados.

MENANDR. Lisarda, vendrá su tiempo,
que se traten estas cosas,
agora importa el silencio.
Id vos, Capitán, al punto.
y haced que se cierren luego
las puertas de la ciudad.

CAPITÁN. Voy a obedecerte.

MENANDR. ¡Presto!
Tú, Camilo, con mi guarda,
presteza y advertimiento
asiste a todas las puertas.

CAMILO. Voy.

SINIBALDO. ¿Qué es esto?

LISARDA. No lo entiendo.

MENANDR. Presto veréis, enemigos,
que tiene cuidado el cielo
de la vida de los Reyes.
Vivo estoy; que no estoy muerto.

(*Váyanse, y salga* LIRANO.)

LIRANO. Turbado vengo y perdido,
de ver a Menandro en sí;
más que en mi vida le vi,
sabio, cuerdo y advertido.
Heme puesto a contemplar,
que luego que me dió el oro,
volvió a aquel primer decoro,
y empezó modesto a hablar.
¡Válame Dios! ¿Qué sería?
¿Que en aquel oro estuviese,
que su vida se perdiese?
No, pues que vive la mía.
y le traigo yo conmigo
envuelto en el mismo lienzo.

(*Sale* ADRIANO.)

ADRIANO. Ya tus mudanzas comienzo
a probar tiempo enemigo.
Todos me dicen que airado
el Rey me manda buscar.
¿Si se le olvida olvidar
a aquel anillo encantado?
¿Lirano?

LIRANO. ¿Adriano, amigo?

ADRIANO. ¿Viste al Rey?

LIRANO. En este punto.

ADRIANO. ¿Si está bueno te pregunto?

LIRANO. Tan bueno que soy testigo
de efectos de su salud
y de su ingenio divino.

ADRIANO. (Sin duda a faltarle vino
la sortija o la virtud.)
Dime, Lirano: ¿un diamante
que el Rey estima hale dado
a algún alcaide o criado?
¿Acaso estabas delante,
cuando habló los Generales
de la tierra y de la mar?

LIRANO. Con ellos le he visto hablar,
y con otros hombres tales;
pero en las manos no vi,
que esa sortija tuviese,
ni que [a] alguno se la diese.

ADRIANO. ¡Notable ocasión perdí!

LIRANO. ¿Qué te va en que aquel diamante
tenga o no tenga?
ADRIANO. Es la prenda
con que a veces encomienda
algún negocio importante.
Y saberlo me conviene.
¿A Arminda podréla hablar?
LIRANO. Sola está.
ADRIANO. Pues quiero entrar.

(Vase.)

LIRANO. Todo a propósito viene:
por la sortija pregunta,
turbado y descolorido,
mis sospechas han crecido;
ésta a las otras se juntan.
Sacar la sortija quiero,
y con espacio mirar
si tiene parte o lugar,
que encubra en veneno fiero.
Limpio y claro está el diamante,
que le quitó mi codicia,
¡Oh, cómo ha sido malicia
de hombre loco e ignorante!
Mirar el esmalte es bien.

(Sale el rey MENANDRO.)

MENANDR. ¿Que está mirando Lirano?
¿Qué es lo que tiene en la mano?
LIRANO. Todo está limpio también.
MENANDR. Después que intento informarme
desta fiera alevosía,
ando con pasos de espía,
no me atrevo a declararme.
Todo lo escucho, y de todo
voy concibiendo sospecha.

(Asele el brazo por un lado.)

Tente; que ya no aprovecha
encubrirlo dese modo.
¿Qué es lo que miras aquí?
LIRANO. Dios quiera que la verdad
descubra a tu Majestad.
MENANDR. ¿Es mi anillo?
LIRANO. Señor, sí.
MENANDR. ¿Quién te le dió?
LIRANO. Estame atento,
que hay mucho que te decir.
Tú estabas para morir
de algún fiero encantamento,
con que estabas olvidado
del discurso natural;
yo, viendo en estado igual
la grandeza de tu estado,
y que todos procuraban
aprovechar la ocasión,
danzar quise al mismo son
a que los otros danzaban.
Díjete aquí mil locuras,
entre las cuales conté
que en un pronóstico hallé,
tal les dé Dios las venturas.
que los que trajesen oro
luego habían de morir;
tú, en oyéndolo decir,
y aunque valiera un tesoro
te quitaste esta cadena,
y esta sortija.
MENANDR. ¿Yo?
LIRANO. Sí.
MENANDR. ¿Eso ha pasado por mí?
Aun pensarlo me da pena.
LIRANO. Apenas, señor, del dedo
la sortija te quitaste,
cuando luego un ser cobraste,
que me dió respeto y miedo.
Preguntaste por Lisarda,
y negastes las locuras,
que hacías estando a oscuras.
MENANDR. Escucharlo me acobarda.
LIRANO. Yo, viéndote ansí mudado
de aquel primer desatino,
en la sortija imagino
que está algún diablo encantado,
de que procede este efecto.
MENANDR. Mis brazos te doy, Lirano.
Mi vida ha estado en tu mano:
satisfación te prometo.
LIRANO. Porque esto no venga a ser
imaginación o enredo:
probarla quiero en mi dedo,
yo me la quiero poner:
Si vieres que desatino,
hazmela luego quitar.
MENANDR. ¡Póntela! Ya empieza a obrar;
sin duda es veneno fino.

(LIRANO *se transforma.)*

LIRANO. ¿Quién está aquí?
MENANDR. ¿No me ves?
LIRANO. ¿Es Lisarda?
MENANDR. ¡Extraño caso!
¡El Rey soy!
LIRANO. ¡De sed me abraso!

MENANDR. Veneno de áspides es.
LIRANO. ¿Estoy vestido o desnudo?
¡Hola! ¡Dadme de vestir!
MENANDR. ¿Esto he podido sufrir?
¡Vive el cielo, que lo dudo.
Dame el anillo, Lirano.
LIRANO. ¿Quién eres?
MENANDR. ¿Que así me vi?
El no ha de volver en sí,
mientras le tiene en la mano.
¡Muestra! ¿Qué sientes agora?

(Vuelva en sí LIRANO.)

LIRANO. ¡Válame Dios!
MENANDR. ¿Qué has tenido?
LIRANO. ¿Eres tú?
MENANDR. ¡Qué extraño olvido!
¡Oh, cuánto, cielos, ignora
la vana grandeza humana!
Contra la codicia vil
ella es industria sutil.
La prueba ha quedado llana (1).
¿Cómo estás?
LIRANO. Todo alterado.
MENANDR. ¡Oh, quién pudiera saber
quien me pretende poner
en tan miserable estado!
LIRANO. Pues esto también lo sé.
MENANDR. ¿Cómo?
LIRANO. Aquí vino Adriano
muy triste de verte sano,
y a ver tu hermana se fué.
Como dije que tenías
seso, luego preguntó
si este anillo te vi yo;
de que las sospechas mías
quedaron más confirmadas.
El hizo los generales,
y dió otros cargos iguales
para fronteras y armadas,
en que se ve que quería
quitarte el reino.
MENANDR. Es verdad;
y que es de su deslealtad
cómplice la hermana mía.

(Sale LISARDA.)

LIRANO. Esta es Lisarda.
MENANDR. ¡Oh, Lisarda,
a qué buen tiempo has venido;
¿Quieres saber de mi olvido
la ocasión? Pues oye, aguarda:
En esta sortija está.
LISARDA. ¿Quién te lo ha dicho?
MENANDR. Lirano;
y que Arminda y Adriano
me quitan el reino ya.
LISARDA. ¿Tu hermana?
MENANDR. Sí; que el amor
que le tiene he sospechado...
LISARDA. ¿Que este anillo está encantado?
LIRANO. ¿No probaremos, señor,
a quitar este diamante?
LISARDA. Con este punzón podréis;
quizá el veneno hallaréis,
o otra cosa semejante.
MENANDR. Saltó la piedra.
LISARDA. ¿Qué había?
MENANDR. Un papelillo está aquí.
LISARDA. Muestra a ver. ¿Son letras?
MENANDR. Sí;
mas no de la lengua mía.
Caracteres son extraños.
LISARDA. Sacar el papel podrás,
seguro de que jamás
sin él te ofendan sus daños;
y poniéndote en la mano
el anillo, es buen acuerdo
fingirte loco.
MENANDR. Es muy cuerdo
pensamiento. Ve, Lirano,
y a los dos juntos me llama,
que ya caigo en lo que intentas.
Vengar quiero las afrentas
de mi vida y de mi fama.
LIRANO. Yo voy.
MENANDR. ¿Qué te ha parecido
del peligro en que me ha puesto
un pecho vil, más que honesto,
y un ambicioso atrevido?
LISARDA. Tiemblo, Menandro, en pensar
lo que ha pasado por ti.
MENANDR. Y yo mismo, agora en mí,
de que lo pude pasar.
Dicen que te aborrecía,
luz de mis ojos.
LISARDA. De suerte,
que, procurando mi muerte,
mi casamiento admitía.
MENANDR. Si jamás te aborrecí,
quíteme la vida el cielo.

(1) Texto: "llena".

LISARDA. Yo me vi tan sin consuelo
cuando tus desdenes vi,
que no sé cómo la vida
los pudo hacer resistencia
pero fué aquella paciencia
de mi lealtad merecida.
Por ella he venido a verte
con salud; que si muriera,
cuando sin salud te viera,
era más mal que la muerte.
¿Tiénesme amor?

MENANDR. No es posible
que le pueda haber mayor;
que para igualar mi amor
se ha de dar un imposible.
¿Y tú, mi bien, cómo estás
de pensamientos del Conde?

LISARDA. Si allá el alma te responde,
no me lo preguntes más.

MENANDR. ¿Pues téngola yo?

LISARDA. ¿Eso dudas?
Almas que dan voluntades
van vestidas de verdades
y de artificios desnudas.
¿Qué piensas hacer de mí,
de mi padre y de su yerno?

MENANDR. ¿Su yerno?

LISARDA. En cuidado eterno
vivo por él y por ti.

MENANDR. Yo te diré lo que haré:
darte el yerno de tu padre,
para que el nombre le cuadre.

LISARDA. Perdóname; mal hablé.
El nombre, señor, le di
que Sinibaldo le da.

MENANDR. Sí, Lisarda, bien está;
ya sé lo que tengo en ti.

LISARDA. Cosa que te haya enojado...

MENANDR. No me puedes tú enojar.
Déjame disimular,
que ya los dos han llegado.

(*Salen* ARMINDA, ADRIANO, *el* DUQUE SINIBALDO, *el* CONDE ARNALDO, *acompañándolos y otros criados, y el* REY *mude semblante, fingiendo que está loco, y venga también* LIRANO.)

ARMINDA. Dícenme que me has llamado.

MENANDR. ¿Quién eres?

ARMINDA. Tu hermana soy.

ADRIANO. Y yo también aquí estoy.

MENANDR. ¡Oh, Lirano, fiel criado!

ADRIANO. Señor, ¿ya me desconoces?
Adriano soy.

MENANDR. ¡Ah!, ¿sí?

SINIBALD. Y Sinibaldo está aquí.

MENANDR. Mil años el yerno goces.

CONDE. Da al Conde, señor, tus manos.

MENANDR. ¿Qué Conde?

CONDE. Arnaldo, señor.

ARMINDA. El ha vuelto a su furor.

MENANDR. Sois mis parientes y hermanos.

(*Sale* CAMILO.)

CAMILO. El palacio con tu guarda
por todo su gran distrito
queda, invictísimo Rey,
bien guardado y defendido.
¿Qué es esto?

LIRANO. Que está sin seso.

CAMILO. ¿Otra vez?

LIRANO. Calla, Camilo;
que has de ver presto milagros.

(*Sale el* CAPITÁN.)

CAPITÁN. Como mandas, Rey invicto,
las puertas de la ciudad
han calado los rastrillos,
y quedan guardadas todas,
y, fuera sus gruesos tiros,
las cuatro, a treinta soldados,
y las tres a veinte y cinco.
¿Qué tiene el Rey?

LIRANO. Hale vuelto
el pasado desatino.

ADRIANO. (Basta, Arminda; que Menandro
tiene en la mano el anillo.)

ARMINDA. (Acaba esta vez con él,
y acabe en eterno olvido.)

MENANDR. Grandes, caballeros nobles,
deudos, parientes y amigos:
Yo estoy al más triste estado
que es posible reducido;
sólo me queda una luz,
con que mi desdicha he visto,
que quiera Dios que conozca
los premios y los castigos.
En religión quiero entrar,
de todo el reino desisto;
mi hermana Arminda le goce,
que beséis su mano os pido.
Y porque sola no sea,
que es dejar guerras, permito
que la beséis a Adriano,
vuestro rey y su marido.

Llegad sillas a los dos.
ARMINDA. A lágrimas me has movido.
MENANDR. ¡Siéntate, hermana! ¡Adriano, siéntate!
ADRIANO. Siéntome indigno.
MENANDR. Sentaos digo.
LISARDA. No es razón que repliquéis.
SINIBALDO. No he tenido día tan triste en mi vida: agora sí que el cuchillo llega del furor del Rey.
CONDE. Mayor desdicha imagino.
MENANDR. Ya, reyes, que estáis sentados, y que en esto habéis cumplido los deseos que tenéis de veros en este sitio, por principio de gobierno habéis de hacer un juicio de la causa que os propongo, del Real Tribunal digno.
ARMINDA. (Temiendo estoy.
ADRIANO. Yo temblando.)
MENANDR. El caso es éste, advertildo: Un Rey tenía una hermana y un vasallo fementido. quisiéronse bien los dos, y porque casarla quiso el Rey con un extranjero, con diabólico artificio le pretendieron quitar su corona y ceptro antiguo, de más de quinientos años conquistado y poseído; pusieron en un diamante unos caracteres indios. Finalmente, unos encantos con que poner en olvido su memoria, de manera que en el discurso era un niño, sin tenerle en sus acciones. Pregunto, reyes: ¿qué estilo se tendrá de castigarlos, que ése ha de ser su castigo?
ADRIANO. A mí, señor, me parece que pasarlos a cuchillo, porque el delito es muy grave.
MENANDR. ¿Y a ti, señora?
ARMINDA. Lo mismo.
MENANDR. Pues esta espada lo hará, puesto que infaméis sus filos; que el Rey, como gran juez, tiene la vara en los tiros.
ADRIANO. ¡Piedad, señor!
ARMINDA. ¡Ten piedad de tu sangre, hermano mío!
SINIBALDO. Señor, ¿tú has de ser verdugo?
MENANDR. ¿No lo merece el delito?
SINIBALDO. Sí merece; mas advierte que quedas muy ofendido, pues la gloria del perdón suele quitar el castigo.
MENANDR. Yo dejo, Duque, en tus manos y pongo en tu libre arbitrio esta causa.
SINIBALDO. Y yo la juzgo desta suerte.
MENANDR. Di.
SINIBALDO. Ya digo: Pon tu hermana en religión, y a Adriano, Rey invicto, destierra de toda Hungría.
MENANDR. Ahora bien, yo lo confirmo. Y en lo que toca a cumplir la palabra, Duque primo, que di a Lisarda esta tarde, así en cumplirla me afirmo: que si al yerno de su padre, que otro en el mundo no es digno le dije que la daría, agora digo lo mismo.
CONDE. Desa manera, yo soy.
MENANDR. No, sino yo, que he sufrido grandes trabajos por ella, y debo ser preferido, porque, en fin, soy Rey, a un Conde.
CONDE. Digo, señor, que me rindo.
SINIBALDO. (1) Y yo que os beso los pies
MENANDR. Lirano, mi fiel amigo, quisiera poder partir esta corona contigo. Con cincuenta mil ducados de renta de cuatro o cinco ciudades te doy palabra de hacerte príncipe.
LIRANO. Admito las ciudades y la renta; y para que dé principio mi linaje en mí, da fin *La sortija del olvido.*

---

(1) Texto: "Fin."

COMEDIA FAMOSA

DEL

SUFRIMIENTO DE HONOR

DE

LOPE DE VEGA CARPIO (1)

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES:

LESBIO.
FENISA.
TEREO SUFRIDO (2).
FULVIA.
ARSENIO, *viejo.*
LEUCATO.
MESALIO.
LISDAURO.
LISEO, *viejo.*
Un PAJE.
[*Un* DOCTOR.]

ACTO PRIMERO

(*Salen* FENISA *y* LESBIO.)

LESBIO. Digo que diera temor
a quien Arsenio mirara,
que las canas y su cara
eran todo de un color.
Entró todo alborotado,
colérico, sin sosiego,
sin sentido, loco y ciego,
temblando como azogado;
dentro en laposento entró,
donde vistiéndose estaba
Leucato, y con el aldaba
tras sí la puerta cerró.
No pudo ser excusada
su entrada en el aposento,
que entró furioso y violento,
empuñándose en la espada.

FENISA. Escúchame, Lesbio. Di:
¿oíste lo que hablaban?

LESBIO. Sólo entendí que trataban
de mi señor y de ti.

FENISA. No carece de misterio;
puesta estoy en confusión.

LESBIO. Sólo entendí una razón
acerca del cautiverio
de mi señor, y el entrar
Leucato en aquella casa,
que ya sabe lo que pasa...

(*Llaman a la puerta.*)

FENISA. A la puerta oigo llamar;
causado me ha alteración.
Mira quién es al momento;
que jamás tuve contento
que no pagase pensión.

LESBIO. Un cautivo es.

FENISA. Dile que entre.

LESBIO. Entrad, hermano.

(*Entra* TEREO SUFRIDIO.)

SUFRID. Ya entro.
(No es malo el primer encuentro,
como con azar no encuentre.
Mas pues he escapado vivo
de los tormentos y daños
en que he vivido diez años,
que es lo que he estado cautivo,
de nada hay que recelar.
Con todo, me he de encubrir;
limosna quiero pedir,
para más disimular.)

FENISA. Llegá, hermano; ¿qué queréis?

SUFRID. Vengo de cautividad,
y pido, por caridad,
señora, que me ayudéis.

FENISA. ¿Dó habéis estado?

(1) Parte XXXII de *Diferentes autores.* British Museum, 30688(15).

(2) Aquí "Sufridio", pero en el resto de la comedia "Sufrido", salvo en algunas acotaciones.

SUFRID. En Argel,
y como escapé de infieles
pido limosna entre fieles,
hasta saber si soy fiel.
FENISA. ¿Sois, por ventura, casado?
SUFRID. No sé, mi palabra os doy:
sé que no sé lo que soy,
pues eso habéis preguntado.
Tal estoy, que mi mujer
me desconoce y me habla.
(Mejor mi engaño se entabla;
ansí la he de conocer.
O es que vengo muy trocado,
o la suerte está trocada,
o está mi mujer mudada,
o los tiempos se han mudado.)

(*Sale* ARSENIO, *viejo, herido, y* LEUCATO *con él, con la espada desnuda.*)

LEUCATO. ¡Aguarda, viejo atrevido!
ARSENIO. Sin espada estoy, villano;
que a no faltar de la mano,
ni tú vivo ni yo herido.
SUFRID. (¡Cielos! ¿Mi padre no es éste,
y éste Leucato, mi amigo?
Recelos que andáis conmigo,
¿qué agüero o prodigio es éste?)
FENISA. ¡Desventurada de mí!
Meted en paz a los dos.

(*Pónense* LESBIO *y* SUFRIDIO *entre los dos;* LESBIO *tiene a* LEUCATO *y* SUFRIDIO *a su padre.*)

LESBIO. ¡Teneos, Leucato, por Dios!
SUFRID. Señores, quédese aquí.
Tened de curaros cuenta,
que esa barba honrada cana,
que tiene el color de grana,
yo os la sacaré de afrenta.
Haced esto, sin embargo,
y creed que en vuestra ausencia
tomo por vos la pendencia.
Andad, que esto está a mi cargo.
ARSENIO. Mi sangre vierto. ¡Ah, deshonra!
SUFRID. De aqueso no se os acuerde.
que no es sangre que se pierde
la que se vierte por honra.
Aquesto basta; id con Dios.
ARSENIO. Hacéis de mi parte harto.
SUFRID. Todo aquesto debo a un parto
de que fuistes parte vos.

(*Vase.*)

ARSENIO. Castigaré su malicia.
SUFRID. Id confiado, señor,
que hallaréis procurador
que siga vuestra justicia.
LEUCATO. ¿Cómo tiene de irse ansí?
FENISA. Basta, señor, por agora.
LEUCATO. ¿Queréisme dejar, señor?
LESBIO. Bueno está; quédese aquí.
FENISA. Entraos adentro, señor,
y salí fuera al momento,
porque corre detrimento
si esto entienden de mi honor.

(*Vanse* FENISA *y* LEUCATO.)

SUFRID. [*Ap.*] No sé qué diga de aquesto;
no lo acabo de entender.
¿Aquésta no es mi mujer
y éste Leucato? (1) ¿Qué es esto?
Este dirá la verdad
de lo que en aquesto pasa.
¡Que esté dentro de mi casa
y no tenga libertad!)
Hidalgo, si el preguntar
en honrada cortesía
no es error, por vida mía,
que me queráis escuchar.
¿Por qué ha sido esta pendencia?
Que aunque me veis en tal traje,
podrá ser que yo lo ataje.
Contaldo.
LESBIO. Prestad paciencia,
que verdad decir prometo,
porque en la ciudad se sabe;
qûe a no saberse, era llave
y archivo deste secreto.
Sabrás, señor, que ha siete años
que está preso en cautiverio
el dueño de aquesta casa,
como la casa sin dueño.
Que yendo por capitán
cuando se embarcó el ejército,
su mujer le encomendó
a aquéste que está ahora dentro.
Encomendóle su honor
fiado en ser caballero,
que a veces el hombre lleva
a su casa el daño y duelo.
Pero la conversación,

(1) Texto: "Leocato". Alternan las dos formas en toda la comedia; las hemos dado sólo la de "Leucato".

que es el anzuelo y el cebo
que a los hombres más cobardes
les da osado atrevimiento,
hizo que de lance en lance
se perdiesen el respeto,
que fácilmente se olvidan
ausentes, pobres y muertos.
Mas el que entrega las llaves
de su casa está sujeto
a todas estas desdichas
de sufrir mucho más que esto.
Pero, volviendo al principio
y a la intención de mi cuento,
el viejo que salió herido
es el padre de Tereo;
el cautivo es mi señor,
que de ofendelle me ofendo;
tanto, que a haber ocasión
a Leucato hubiera muerto.
Al fin, por esta ocasión,
a las espadas vinieron,
celoso al fin de la honra
de su hijo, ausente y preso.
Mas en estas ocasiones
lo mejor es el silencio,
que es aumentar la pasión
y dar viento y leña al fuego.

SUFRID. [*Ap.*] (¿Qué proceso, qué sentencia
es éste? ¿Qué relator,
qué justicia o inclemencia?
¿Qué voz de mi deshonor
para probar mi paciencia?
¿Qué alegre recibimiento
es éste, hado cruel?
¡Ponerme al paso el tormento
y a la garganta el cordel,
cuando esperaba el contento!
Ya es el tormento sin tasa
que el fuego de honor me atiza:
volar tengo aquesta casa
por el aire hecha ceniza:
pase lo que mi alma pasa.
Un ardid he imaginado
para poder dar remedio
en cómo quedar vengado,
y aquéste ha de ser el medio
para salir del cuidado.)

LESBIO. Parece estáis con pasión.
¿Puedo la causa saber?

SUFRID. Hame dado alteración
el cuento desta mujer
por cierta imaginación.

LESBIO. ¿Puédese acaso decir?

SUFRID. Sí, y decillo no es acaso;
pero podéis colegir
que no os diré todo el caso,
mas en nada he de mentir,
y ha de ser, importa, advierto,
cuento para entre los dos (1),
y que esto quede encubierto,
que sólo lo sabe Dios.

LESBIO. Será cual decillo a un muerto.

SUFRID. También me habéis de ayudar,
que importa para lo que es,
y nada habéis de arriesgar
bajo del vuestro interés,
aunque os lo quiera pagar.

LESBIO. Harélo de voluntad,
como hacello sea posible.

SUFRID. Sois de todo la mitad,
que sin vos es imposible.

LESBIO. Decildo, pues.

SUFRID. Escuchad.
A esta ciudad he llegado
del cautiverio, cual veis,
de largo tiempo mudado,
y aunque no me conocéis
soy de aquí un hidalgo honrado.
Dejé una mujer hermosa
libre por servir al Rey,
y agora he visto una cosa
que es libertad de su ley,
y doila por sospechosa.
Y como yo estuve atento
a lo que agora contastes,
hame dado el pensamiento
que quien soy imaginastes,
y me contastes mi cuento.
Y así, hasta estar enterado
en mi dudoso recelo,
quiero servir de criado
aquí, y confío en el cielo
que os ha de ser bien pagado.
Decid me habéis conocido
y que soy vuestro pariente.

LESBIO. Haré lo que he prometido.

(*Salen* FENISA *y* LEUCATO.)

FENISA. Salid, señor, si queréis (*sic*),
antes que esto sea sentido.

(1) Texto: "para el cuento entre los dos".

SUFRID. [*Ap.*] (Ya la cólera me inflama
y su veneno se extiende
por el pecho y se derrama,
y con su fuego se enciende
y vuelve en humo su llama.
Crezca mi desasosiego,
pues crece para su mal;
tres instrumentos dan fuego:
leña, eslabón, pedernal;
tres somos, ardamos luego.
Mas quiero disimular,
que aquí vale la prudencia;
porque el sufrir y el callar
es prueba de la paciencia.)

FENISA. Dios me dé, hermano, qué os dar (1).

SUFRID. Señora, no os dé cuidado,
porque conozco de vos,
en lo que presente he estado,
que no me daréis por Dios,
pues sin él os habéis dado.

LESBIO. Señora, hame conocido
este cautivo al presente,
y ha venido forajido
de Argel, y es algo pariente,
y así a pedir se ha atrevido:
querría quedarse contigo;
este don se me conceda.

(*Vase.*)

FENISA. Quedad en buen hora, amigo.

SUFRID. [*Ap.*] (No sabes tú quién se queda;
que llamarásle enemigo.)

FENISA. ¿Dónde cautivaste? (2)

SUFRID. Aquí.

FENISA. ¿Aquí, tan lejos del mar?
¿Estás burlando de mí?

SUFRID. (Ya es demasiado ignorar
estar cautivo por ti.)

FENISA. ¿Cómo te llamas?

SUFRID. Sufrido.

FENISA. Buen nombre, si hay sufrimiento.

SUFRID. Poco me habéis conocido;
pues a fe que no ha un momento
que sufrí.

FENISA. ¿Pues qué has tenido?

SUFRID. Es una fiebre inhumana
de honor, que a sus manos muero,
cerca de dar en cuartana;
pero falta aquí un tercero
que es causa desta terciana.

FENISA. Dime: ¿qué intento trocaste,
volviendo al pasado cuento,
que donde estás cautivaste?

SUFRID. Aquí cautivé, no miento.

FENISA. ¿Pues cómo te liberaste? (1)

SUFRID. Cautivo soy, y he de ser.

FENISA. ¿Pues cautivo, y en tu tierra?
No lo acabo de entender.

SUFRID. Pues ésa es la negra guerra:
no llegarlo a conocer.

FENISA. Al fin, ¿cautivo has estado?

SUFRID. Y vivo sin libertad.

FENISA. Pues que por ella has pasado,
¿qué es mayor cautividad?

SUFRID. Ser un hombre mal casado.

FENISA. Esto de ti he de saber,
que es una cosa curiosa,
si lo llegas a entender:
¿qué cosa hay más peligrosa?

SUFRID. Honra que estriba en mujer.

FENISA. Tu término me enamora.
¿Cuál es el mayor cuidado?
Esto he de saber agora.

SUFRID. ¿Cuál es? El de un hombre honrado
que pasa por esta hora.

FENISA. Dime: ¿acaso conocistes
de aquesta tierra un cautivo?

SUFRID. Señora, sí, y harto triste
y afligido.

FENISA. ¿Y está vivo?
Dí, pues dices que le viste.

SUFRID. Vile yo, y esto sé cierto (2),
y con él comí y bebí,
y jamás tuvo encubierto
él su pecho para mí;
mas sé deciros que es muerto.
Fué tan una nuestra suerte,
y tan en una los dos,
que su muerte está en mi muerte;
y aquesto lo entiende Dios,
que otro no habrá que lo acierte.
Fuíle contino tan fiel,
y él fué siempre tan mi amigo
que en nada me encubrí dél.
Y así, hablando conmigo,
haz cuenta que hablas con él,

(1) Texto: "que os dé".
(2) Texto: "cautivastes".

(1) Texto: "libraste".
(2) Texto: "esto es cierto".

que si el amigo es verdad
que es el espejo del hombre,
en mí claro lo mirad,
que aunque está borrado el nombre,
no lo está nuestra amistad.
Al espejo soy igual;
soy espejo verdadero
que a tantos golpes de mal,
en lo claro, de cristal,
y en los fuertes soy de acero.

FENISA. Casi reír me querría;
rato ha que lo estoy oyendo,
y todo es filosofía.

SUFRID. [*Ap.*] (Pues a fe que, aunque la en-
que no hallo alguna vía.) [tiendo,
Mas di: ¿por qué has preguntado
por el cautivo, señora?

FENISA. Porque fué mi aficionado.

SUFRID. Pesado me ha, cierto, agora,
de haberte la nueva dado,
porque al fin lo has de sentir.

FENISA. Sí; pero no he de llorar
si alguno me lo ha (*sic*) de decir,
yo me quiero consolar,
todos hemos de morir.
¿Por qué te llamas Sufrido?

SUFRID. Porque tengo ya tan hecho
todo el tiempo que he vivido
a mil fortunas el pecho,
que de aquí el nombre ha venido.

FENISA. ¿Luego bien habrás sufrido?

SUFRID. ¿No lo has echado de ver?
El tiempo lo ha de decir;
que yo bien sé padecer,
mas no dejarme morir.

FENISA. Lo que del muerto me cuentas
quiero saber más de asiento.

SUFRID. Bien es sepas lo que intentas;
mas en contándote el cuento,
busca quien rece las cuentas.

FENISA. [*Ap.*] (No sé déste que me crea
haya memoria de mí...)

SUFRID. [*Ap.*] (Si hay el fin que se desea,
yo me acordaré de ti,
cuando en mi reino me vea.)

(*Salen* LISEO *y* FULVIA.)

LISEO. Enjuga, Fulvia, los ojos,
que el agua que estás vertiendo
venganza me está pidiendo
del menor de tus enojos.
No viertas, que es desconsuelo,
agua con que me amancillas,
que el nácar de tus mejillas
plata y oro dan al suelo.
Son perlas, y es demasía,
y me obligas a cogerlas,
y vertidas tales perlas,
bastan a dar perlesía.
Son aljófar del rocío
cuando cae sobre la rosa,
que la deja más hermosa
con su frescor y su frío.
Valas volviendo en cristal
con sangre de tu aflición.

FULVIA. Fuera de mi corazón
vienen a ser cordial;
está [allá] dentro el ardor,
que ha engendrado este postema;
del alma salga que quema,
que es mala, y pide sudor.
Mas la verdad declarada,
Dios sabe si es mi cuidado,
porque él vive mal casado,
o por ser yo mal casada.
Nunca me han visto al balcón
y, cuando mucho, de prisa
mal vestida voy a misa
después de oír su sermón.
No duerme de noche en casa,
y cuando viene de día,
lleno de melancolía,
dándome el gusto por tasa.
De noche estoy puesta en vela
por ver si lo veo venir,
mas luego se vuelve a ir,
dejándome en centinela.
Hame perdido el decoro,
y cuanto tengo de amor
tanto tengo de temor;
mirad si con razón lloro.
Y el tratarme con desdén
es porque el gusto le obliga
de una su dama o amiga,
que dice que quiere bien.
Pero vivo confiada
sólo, señor, de una cosa:
que será por más hermosa,
pero no por más honrada.
No tengo padre que a ti;
tú me has de favorecer,
y bastará ser mujer

para dolerte de mí.
Tu hijo es, tú lo engendraste,
dándomele por tesoro;
piedra fué engastada en oro,
mas ha gastado el engaste.

LISEO. Yo el agravio desharé,
que el castigo al yerro iguala;
vertiré su sangre mala,
y la mía afinaré.

(*Sale un* PAJE.)

PAJE. Mi señor viene, señora.

LISEO. Ea, muéstrale contento.
Yo me entro en este aposento,
y saldré luego a la hora.

(*Sale* LEUCATO.)

LEUCATO. ¿Quién está aquí fuera? ¡Hola!

FULVIA. ¿Qué es, señor, lo que queréis?

LEUCATO. ¿Vos no miráis? ¿Pues no veis
esta casa abierta y sola?
¿Ya yo no os tengo avisada
que se cierre aquesta puerta?
Si otra vez la hallo abierta,
yo la dejaré clavada.

FULVIA. Lo que pedís es muy justo;
pero yo me enmendaré.

LEUCATO. Si no os enmendáis, pondré...

FULVIA. ¡Señor!

LEUCATO. No vengo de gusto.

FULVIA. Antes como venís dél
dais a entender que os le estrago.

LEUCATO. ¡Ah, mal haya tanto trago!

FULVIA. ¿Tan amargo es?

LEUCATO. Es de hiel.
Comamos, que traigo el pecho
hasta la garganta lleno
de ponzoña y de veneno.

FULVIA. Mejor os haga provecho.
Quitaos la capa.

LEUCATO. Desvía.

FULVIA. ¿Todo ha de ser con desvío?

LEUCATO. ¿Veis que sudo y hace frío
y andáis porque me refríe?
Ganas tenéis de enviudar.

FULVIA. Harto viuda a verme vengo,
pues vivo y presente os tengo
y sin poderos gozar.
¿Qué más soledad queréis?
¡Que un rato que os veo venir
ése gastéis en reñir!

LEUCATO. Mucho trabajo tenéis.

(*Sale* LISEO.)

LISEO. [*Ap.*] (Desde aquí quiero advertir.)

LEUCATO. Yo os quiero desengañar
que en dándome en enfadar
habemos de concluír.
Nunca la mujer honrada
pide cuenta a su marido
dónde fué o dónde ha de ir (1),
para vivir bien casada.
Tome lo que dar quisiera,
sin formar desto querella;
estése en su casa ella,
y él vaya por do quisiera.
Decís procuráis mi gusto,
mas al revés lo mostráis;
si de mi gusto gustáis,
gustad de lo que yo gusto.
Que confieso que el desdén
es una rabia mortal;
mas fatiga el querer mal
tanto como el querer bien.
Podéis tener en favor
el rato que a veros vengo,
que es buen término que tengo,
porque no me obligue (2) amor.

LISEO. El amor a mí me obliga,
y el haber llegado a ver
que trates a tu mujer
peor que si fuera amiga.
¡Muy bien los negocios van!
Di: ¿de dónde has aprendido
ser de tu amiga marido
y de tu mujer rufián?
La que tienes abatida
merece ser levantada,
que es mucho sea honrada
una mujer ofendida.
No procures tu deshonra,
ni honor procures quitar,
que es deuda que has de pagar
y está a peligro tu honra.
Mira qué haces, Leucato,
que el que juega vive ciego:
no tengas por bueno el juego
donde se saca barato.
No vivas tan engañado,

---

(1) Texto: "donde fué, adonde ha de ir".
(2) Corregido de letra antigua: "obliga".

que con eso no se medra;
deja donde está la piedra,
que es de vidrio su tejado.
Que el honor le da la fama
por un alambique escaso,
y si se va a pique el vaso
todo junto se derrama.
Dejóte su mujer buena
Tereo, puesta (1) en tu guarda;
mas quien la suya no guarda,
¿cómo guardará la ajena?
La postrera planta has sido
del tronco de tu linaje,
y haces que sus ramas baje
del ramo donde has nacido.
Eres agora árbol (2) nuevo
y quisiérate doblar,
para poderte guiar
cual ternezuelo renuevo.
Que el no remediarse luego
viene a engendrar la dureza,
y criada sin corteza
el árbol sin fruto al fuego.
Entraos agora a comer;
baste, por amor de mí.

LEUCATO. Y cese el huésped de aquí,
que yo os la daré a beber.

(Salen FENISA *y* LESBIO.)

FENISA. ¿Qué es lo que tiene Sufrido?

LESBIO. Señora, ya está mejor;
es un frenesí de amor
que le ajena el sentido.
Entre sí suele hablar,
y a veces, de poco en poco,
hace extremos como loco.

FENISA. ¿Por qué no le hacéis atar?

LESBIO. No hace extremos de furioso;
que cuanto más se desgracia
tiene en cuanto dice gracia,
y es agradable y gustoso.
Mas ya ha tornado en su acuerdo.

SUFRID. Mi remedio estriba en éso;
ya he estado un rato sin seso,
quiero volverme a mi acuerdo.

LESBIO. Sufrido sale, señora.

FENISA. Pues, Sufrido, ¿cómo va?
¿Cómo estáis? Decid, hablad.
¿Por qué no habláis?

SUFRID. Aún no es hora.

LESBIO. Era oílle pasatiempo.

FENISA. ¿Qué tenéis, por vida mía?

SUFRID. Es cierta melancolía
de una mudanza de tiempo,
y nace de un bebedizo
que un amigo me lo dió;
pero si le tomé yo,
¿qué hay que culpar al hechizo?

FENISA. ¿Y por qué fué?

SUFRID. Por su gusto.

FENISA. Mal gusto.

SUFRID. Mal entendéis.
Parece que lo sabéis.

FENISA. Por cierto. ¿Mas fué disgusto?

SUFRID. En eso vendrá a parar.

FENISA. ¿Y sienteste algo mejor?

SUFRID. Acordármelo es peor.

FENISA. Ahora bien, quiero callar.
¿Sabes casa de Leucato?

SUFRID. (¡Ahí te duele, traidora!)

FENISA. ¿Qué dices?

SUFRID. Que sí, señora.

FENISA. Pues toma aqueste retrato,
tú que no eres conocido,
y llévaselo a su casa;
y secreto en lo que pasa.

SUFRID. ¿Pues para qué soy sufrido?

FENISA. A él solo en secreto quiero;
di que me llevas ahí.

SUFRID. No me lo dices a mí
cual decillo al pregonero.

FENISA. [*Ap.*] (Bien sé que sabrás callar.)

SUFRID. [*Ap.*] (Sí, que en ello me va parte.
¿Qué me importa el contestarte
hasta que yo pueda hablar?)

FENISA. Verte de vuelta querría;
pues que no muere en mi ausencia
sé que tiene harta paciencia.

SUFRID. Con todo eso, es más la mía.

FENISA. Entremos, Lesbio, con esto,
que tengo un poco que hacer,
adonde te he menester.
¡Cuidado!

SUFRID. Vendré muy presto.

(Vanse, y queda SUFRIDIO *con el retrato.)*

Solos quedamos, señora,
y sin que nadie lo sienta
será bien entrar en cuenta;

(1) Texto: "puesto".
(2) Texto: "amo".

decid: ¿dónde vais agora?
Decid: ¿qué respuesta espero?
¿Qué os acorta y avergüenza,
si de vuestra desvergüenza
me mandáis sea el tercero?
Responded, que soy Sufrido;
pero podéis responder
que no es culpa en la mujer
cuando lo sabe el marido.
Y diréis que no me asombre
cuando torne en mi deshonra,
pues dejé el peso de la honra
entre una mujer y un hombre.
Honra de brazo y espada
es la que os dejé yo;
mas la que sangre costó,
honra es dos veces honrada.
Hubiéradesla tenido
en lo que yo os la dejé,
que a más precio la compré
que vos me la habéis vendido.
¿El color mudáis, decí? (1)
Temo entre mis desventuras
seáis estampa de figuras,
que no parecen en mí.
¿No echa de ver que hacéis mal?
¡Echad cuidados aparte!
¿Qué dais traslado a la parte,
si tiene el original?
Mi honra me habéis de dar;
esto os advierto y aviso,
y no hagáis compromiso,
porque lo habéis de pagar.
Si al entrar el acreedor
fuera ese rostro honesto
de humildes tocas compuesto,
fuera moverme a dolor.
Con aquesto, el falso yerro
que habéis de darme es tesoro,
y habéis de volverme el oro,
aunque lo paguéis por hierro.
Ya veis que vuestra malicia
a la venganza me ruega;
mas al que su causa entrega
dicen que ésta es la justicia.

(*Salen* LEUCATO *y* MESALIO.)

LEUCATO. ¡Ah, cautiverio pesado!,
¿cuándo tienes de acabar?
Vida es grave de llevar
la de un hombre mal casado.
Por mi Fenisa padezco,
vivo mártir en su ausencia,
y ando haciendo penitencia
por lo que a Fulvia aborrezco.
No me olvidará jamás,
porque de mi amor recela,
[y] cuando ella más me cela
tanto la aborrezco más.
No fuera de tanto enfado
si hubiera en el matrimonio,
hasta tomar testimonio,
un año de noviciado.
Y después que hubiera visto
la falta uno del otro,
pasase uno por el otro (*sic*),
[o] amiga, queda con Cristo.
Vamos con la religión,
que es lo de más purgatorio:
conózcase el refitorio
antes de la procesión.
No entiendo sus pensamientos,
que tan a disgusto salen,
y en verdad que hogaño valen
baratos los casamientos.

MESALIO. Y aún hay mujer que no halla.
Yo sé una que, porque cuadre,
se va arrimada a una madre,
que busca a quien arrimalla.

LEUCATO. ¿Es la de la Tenería? (1)

MESALIO. La propria.

LEUCATO. Pues es conseja:
no la casará la vieja,
porque ésa es su granjería.
Entre pieles fué a vivir.

MESALIO. Y su pensamiento alabo,
porque son pieles que al cabo
se habrán menester curtir.
Lleva manto de soplillo.

LEUCATO. ¡Pesar de mí! ¡Aún no es tan malo!

MESALIO. En el verano regalo
y en el invierno abanillo.

LEUCATO. Al revés las cosas traen.

MESALIO. Pues qué, ¿espantáisos de aquesto,
si ellas viven con bisiesto?
Tomaránlas como caen.

LEUCATO. ¿Conoces la del balcón?

---

(1) Texto: "decid".

(1) Texto: "Frenería"; pero el contexto parece exigir "Tenería."

MESALIO. ¿Aquella larga y angosta
para un caballo de posta?
LEUCATO. Mejor es para frisón,
que tiene muy gran jarrete.
MESALIO. Dalda al diablo, que es muy larga.
LEUCATO. Será buena para carga.
MESALIO. Sufrirá la de un mosquete.
La otra es más blanca y rosa,
pero tiene su galán,
de los valientes Guzmán,
de aquestos de hampa y hoja,
Y presume de arrogante:
sombrero, valón calzado,
de bigote almidonado
y bravo coleto de ante.
Este es el alma y la vida,
y otro más rubio de boca,
que la calza y no la toca,
les da a los dos la comida.
Mantiénelo cual pechero.
Si de mí quieren amor
busquen al mantenedor,
que yo soy aventurero.
LEUCATO. ¡Muy bueno, por vida mía!
MESALIO. Desto poco sabéis vos,
que coméis a lo de Dios
con el pan de cada día.
LEUCATO. Ya sé por qué lo decís;
mas pues mi pecho sabéis,
importa que lo calléis.
MESALIO. ¿Pues de aqueso me advertís?
Quedad adiós, que me voy,
que tengo un poco que hacer.
LEUCATO. ¿Habéis de volverme a ver?
MESALIO. Será sin falta.
LEUCATO. ¿Cuándo?
MESALIO. Hoy.
(*Vase.*)
LEUCATO. Confuso estoy y dudoso:
Fenisa se ha descuidado
y el retrato no ha enviado,
que desto estoy receloso.
SUFRID. No le hallo en casa. Si ha ido
a la mía... ¡Malo es esto!
No sé qué diga de aquesto...
LEUCATO. ¿No es el cautivo Sufrido?
¿Do vas, Sufrido? Detente.
SUFRID. Vengo, señor, tan cansado
con aquesta cruz cargado,
que estoy hecho penitente.
LEUCATO. ¿Qué dices?
SUFRID. Verdades puras.
LEUCATO. ¿Penitente eres de cruz?
SUFRID. Y penitente de luz,
aunque veis que ando a escuras.
LEUCATO. ¿Esa pequeña figura
te tiene tan fatigado?
SUFRID. Con lo que más me ha cansado
es con la mala hechura.
Ya acabé con la estación;
no puedo dar más un paso,
que me ha cansado este paso.
LEUCATO. ¿Qué paso?
SUFRID. El de mi pasión.
Bien claro está de entender;
no puedo más declarar:
quien cruz quisiere llevar,
cárguese de una mujer.
LEUCATO. ¿Esta pesa?
SUFRID. ¡Bueno es eso!
Por ser liviana ha de ser,
que aun pintada, una mujer
es carga de mucho peso.
LEUCATO. Pues, ¿por qué te has olvidado
de las albricias? ¿Di, necio?
SUFRID. Porque esto no tiene precio
para poder ser pagado;
que si tomara interés
por traerte a la señora,
quedara sin seso. (Agora,
que yo cobraré después.
No perdono yo, lo apunto;
porque me habéis de pagar,
que lo tengo de cobrar
esto con lo demás junto.)
LEUCATO. Gusto me da oírte y verte.
Ven acá: ¿eres mi amigo?
SUFRID. Como tú lo eres conmigo.
LEUCATO. ¿Hasta cuándo?
SUFRID. Hasta la muerte.
LEUCATO. ¿Qué muerte?
SUFRID. La de los dos,
y tres hemos de acabar,
y yo he de resucitar.
LEUCATO. ¿Es ánima?
SUFRID. Para vos;
que por ésta que os morís,
y ella que por vos se muere,
la ocasión sea la que fuere.
LEUCATO. ¿Y el otro?
SUFRID. Bien advertís.
Yo moriré, y muerto soy;

pero resucitaré,
para que pueda dar fe
de lo que agora no soy.

LEUCATO. [*Ap.*] (Yo echo de ver ser ansí
como Lesbio me contó,
que sin juicio le dejó,
y sin duda es frenesí.
Ahora bien, mi padre traza
de borrar mi afición
diciendo le hago traición
a Tereo, y me amenaza
con decirme que si es vivo
que cuenta le podré dar.
Con éste me he de ensayar,
por ser, como es él, cautivo.)
Advierte lo que te digo.
Ven acá. Si en amistad,
fiándote de mi lealtad
y en ser, como soy, tu amigo,
me entregarás tu mujer,
y teniéndole afición
te viniera a hacer traición,
¿qué me habías de hacer?
Y esto ha de ser de manera
cual si fueras el ofendido (*sic*).

SUFRID. Basta, que ya te he entendido;
harélo como si él fuera.

LEUCATO. Finge que cuando llegaste
a tu padre herido viste
por mí, pues allí estuviste.

SUFRID. [*Ap.*] (¿Si me ha conocido? ¡Baste!
Yo quiero disimular,
y venga lo que viniere,
y cuando turbio corriere.)
Yo...

LEUCATO. Bien puedes comenzar.

SUFRID. Pues presta atento paciencia.
Pues que ya el tiempo es llegado,
de lo que te he entregado
vengo a tomar residencia.
Dime, enemigo traidor,
bajo, de pecho villano,
depositario tirano,
¿adónde has puesto mi honor?
Yo guardo tu confusión,
pero mal seguro aguarda
su hacienda a quien hace guarda
de su tesoro un ladrón.
¿No fuera bien que miraras,
cuando yo te la entregué,
que con fiarla te obligué
a que tú me la guardaras?
Mas pues fuiste tan fiel,
me has de dar, puesto en rigor
y en justicia, al dañador,
para que yo cobre dél.
Dame el robado tesoro,
que estoy de aquesta manera
cual figura de madera
que se le ha caído el oro.
Harto estoy desfigurado,
pues no conoces la pinta
con la mancha de la tinta
que en mi nobleza has echado.
Parezco en la forma de hombre
pintura de mala mano,
que el conocella es en vano
sino le escriben el nombre.
Ocasión desta ruina,
escorpión emponzoñado,
víbora que me has picado,
tú has de ser la medicina.

LEUCATO. ¿En que fuerza, para ser
guardada me la pusiste?
La fuerza en que me la diste (1)
¿no fué fuerza de mujer?
Pues no formes de esto ofensa,
porque quien te la robó,
flaqueza en la fuerza halló,
que fué la poca defensa.
No hay enemigo tan fuerte
que, si resistencia halla,
no tema dar la batalla,
donde interviene honra y muerte.
De donde colijo yo
que en mujeres no hay fiar,
porque las puede guardar
sólo aquel que las crió.

SUFRID. Tu respuesta falsa y vana
no te puede disculpar;
pues para salir y entrar
rompiste una barbacana,
que mi parte defendía;
pero de aquella flaqueza
nació aquesta fortaleza
y ansí aquesta afrenta es mía.

LEUCATO. Muy bueno andas en verdad;
en nada has estado impropio.

SUFRID. No es mucho siendo tan proprio,
donde hay tanta impropriedad (2).

(1) Texto: "viste".
(2) Texto: "propiedad".

LEUCATO. Ahora quédese esto aparte;
tu amigo soy.
SUFRID. Vas errado.
Después que yo he confesado,
¿quieres tú reconciliarte?
LEUCATO. Vete, y diráslc a Fenisa
que esta noche me aguarde.
¡Y presto, que se hace tarde!
SUFRID. Voime.
LEUCATO. Pues esto le avisa.
Retrato de la hermosura,
do mi bien cifrado veo,
no os medís con el deseo
que en efecto soís pintura.
A Lisdauro le dejé
que en mi casa me aguardase
en tanto que yo tornase,
sin decirle para qué.
Y todo con intención
que me deje de celar
Fulvia. Allá quiero tornar (1).
¡Ah; lo que hace la afición!

ACTO SEGUNDO

(*Salen* FULVIA *y* LISDAURO.)

FULVIA. No puedo creer, señor,
sino que de mí os burléis,
y aunque más me lo mostráis
bien sé que ese no es amor;
que todo ese fingimiento
es natural en los hombres.
LISDAURO. Señora, no es bien que nombres
por fingido mi tormento
mostrando nueva afición;
¿en qué has echado de ver
que no nace de querer
lo que dice el corazón?
FULVIA. Porque es cosa averiguada
que cuando tu me quisieras
más respeto me tuvieras
en saber que soy honrada.
Sus obras son el amor,
y las tuyas no la dicen,
porque del amor desdicen.
LISDAURO. Basta, señora (2), el rigor,
que haré cuanto tú quisieras (3).

(1) Texto: "Fulvia hallo quiero tornar."
(2) Texto: "señor".
(3) Texto: "quisieres".

FULVIA. ¿Harás lo que has prometido?
LISDAURO. Señora, sí.
FULVIA. Lo que pido,
Lisdauro, es que no me quieras.
Si quiés (*sic*) que te satisfaga,
yo te pagaré mejor:
doite por amor, amor,
si amor con amor se paga.
LISDAURO. Es en mi pecho inmortal
el amor, y ese es desdén.
FULVIA. Digo que te quiero bien
como tú me quieres mal.
¿Qué más quieres que te diga?
Di, ¿Leucato no es tu amigo?
LISDAURO. No ha de ser sino enemigo,
siendo ingrata mi enemiga.
FULVIA. Hónrame, que soy mujer;
pero, ¿cómo me has de honrar? (1),
que quien quiere honra quitar
poca debe de tener.
Mal, Lisdauro, me conoces;
mira que tengo marido.
LISDAURO. ¡Fulvia!
FULVIA. ¡Vete! ¿No te has ido?
Vete, que daré mil voces.
LISDAURO. ¿Tanto mi vida te enfada?
FULVIA. Vete, y quedaré con gusto.
LISDAURO. Iré, Fulvia, con disgusto,
como te deje enojada (2).
FULVIA. Vete, que estoy con cuidado,
no venga en esta ocasión
Leucato.

(*Sale* LEUCATO.)

LEUCATO. Hay conversación
que por ventura he estorbado.
Iréme.
LISDAURO. ¡Muy bueno fuera!
Quedaos, Leucato, con Dios.
LEUCATO. Al punto salgo. Aguarda, Lisdauro.
....
(3) ¿Vos sois la honesta, la casta,
la que publicáis mi honor,
la que me vendéis amor?
FULVIA. ¡Señor!
LEUCATO. ¡Muy bueno está! ¡Basta!
¿Todo aquesto es el llorarme

(1) Texto: "me ha de honrar".
(2) Texto: "diré enojada".
(3) Faltan versos.

que no vengo a casa presto?
¿Qué respuesta dais a aquesto?
¿Será para asegurarme?
Ya yo he visto el fin aquí
que tengo de dar de vos.
No hubiera temor de Dios
ya que no lo había de mí.
Yo cogeré al enemigo
que mis deshonra procura,
que al fin no hay hora segura.

FULVIA. Dios de mi excusa es testigo.

LEUCATO. No me repliques.

FULVIA. Ya callo.

LEUCATO. ¡Vive Dios, que he de matalle!
Voy, que hice mal en dejalle.
.... (1)

FULVIA. Señor.

LEUCATO. Dejadme; no hagáis
que haga algún disparate
y que no menos os mate.

FULVIA. ¡Señor, matadme y no os vais?
¡Cuánto ha, muerte, que deseo
tu perezosa venida!
¿No fuera muerte más vida
de la poca que poseo?
¿Muerte, dó estás? ¿Qué es de ti?
que a todos haces iguales,
mas estoy con tantos males
que no osas llegar a mí.
Imposible es que se muden
mis penas y mi temor;
que siempre donde hay dolor
todos los golpes acuden.

(Salen LISEO, *padre, y* MESALIO.)

LISEO. Mesalio, ¿que aqueso pasa?

MESALIO. Tratóse estando conmigo.

LISEO. El cielo santo es testigo
que el corazón se me abrasa.
¡Que a Lisdauro le dió entrada!

MESALIO. Y todo ha sido invención,
que él me dijo la ocasión.

LISEO. ¡Bien! A no ser Fulvia honrada...
¿Fulvia?

FULVIA. Señor.

LISEO. ¿Qué es aquesto?
¿Siempre os he de hallar llorosa,
triste, sola y lastimosa?
Acabemos ya con esto.
Venid, que esto se ha de hacer,
que ya el suceso he sabido.

FULVIA. ¿Dónde iré sin mi marido?

LISEO. Donde él va sin su mujer.
Mas, ¿qué me detengo en esto?
Dejadme, le iré a buscar,
que le tengo de matar.

FULVIA. No os vais.

LISEO. Volveré muy presto:
darle he el pago que merece.

FULVIA. No, señor, duélaos mi llanto;
que le adoro y quiero tanto
cuanto él a mí me aborrece.

LISEO. Sin remedio lo he de hacer;
ya os habéis dél condolido.

FULVIA. Aqueso es el ser marido
y aquesto es el ser mujer.
Cuerpo sin alma no siente,
porque es del alma el sentir,
y así no puedo sufrir
el dolor cuando él lo siente.
De alma y cuerpo, que son dos,
hizo uno el Criador;
y ansi la fuerza de amor
de dos hizo uno, cual Dios.

LISEO. Ese rompió el estatuto.

FULVIA. ¿Nunca habéis visto la yedra
abrazada a una piedra
y asida a un árbol sin fruto?
A todo aquesto le igualo,
por mi mal, y el suyo peno;
yo me acuerdo que era bueno,
y no es de suyo ser malo.
No era áspero y enfadoso,
y este mal no lo tenía;
mal de mala compañía
es un mal contagioso.

LISEO. Poned aqueso en olvido,
que yo pondré en esto traza;
venid conmigo a mi casa.

FULVIA. ¡Ah, señor! ¿Y mi marido?
¿He de ir sin su licencia?

LISEO. Haced aquesto que digo;
con él vais yendo conmigo.

FULVIA. Vamos. ¡Dios me dé paciencia!

LISEO. Idle, Mesalio, a buscar,
que no reposo sin él.

MESALIO. Señora, id vos con él;
allá podréis aguardar.

(Sale SUFRIDO *y* FENISA.)

SUFRID. Esta música disuena,

(1) Falta verso.

y está la prima tan alta
que me ha de hacer caer en falta.

FENISA. Muy buena anda ahora la vena.
¿Qué música es, que al oído
me causa tanto disgusto?

SUFRID. Para vos sé que es de gusto,
mas para mí no lo ha sido.
Habéisme hecho tercero,
siendo oficio de tercera:
sois falsa prima, y postrera
de quien fué un tiempo primero.
Y aquesta cuerda no encaja
para que concierte al son,
que me habéis hecho bordón
por ser la cuerda más baja.
Bien sé que no llegaréis,
por ser falsa firme, al punto,
que en llegando junto al punto
que me iguala quebraréis.
Poco a poco cantaré
lo que ha de llorar alguna
y acabada aquesta luna
entrará el sol por mi re.
Este canto por bemol
del sol y de mí caí;
mas si llego al punto mi
tengo de alcanzar el sol.

FENISA. Ahora (1) quédate, y aguarda
a ver Leucato si viene.

SUFRID. ¿Paréceos que se detiene?

FENISA. Paréceme que ya tarda.

SUFRID. Más se tarda a mí que a vos.

FENISA. ¿Cómo?

SUFRID. ¿Pues eso ignoráis?
Vos a él solo aguardáis,
y yo os aguardo a los dos.

FENISA. Voime, porque hace sereno.

(*Vase.*)

SUFRID. Pues yo tengo gran dolor,
y lo muestro en el calor
del encendido veneno.
¡Plegue a Dios no salga vana
mi esperanza, ya que tarda!
Yo hago muy buena guarda;
quiero irme a la ventana.

(*Sale* LEUCATO *y* MESALIO.)

LEUCATO. A las doce he concertado
que he de hablar a Fenisa;
ya el reloj las dió, y me avisa
que está en el puesto aplazado.
Que tiene muy gran memoria
de acudir a mi favor,
y habéis de ser vos, Señor,
el testigo de mi gloria.
Quiero llamar. ¡Ah, de arriba!

SUFRID. ¿Quién viene?

LEUCATO. Quien por vos muere.

SUFRID. Diga quién es, o qué quiere,
o quién va (1).

LEUCATO. ¡Fenisa viva!

SUFRID. El nombre, o fuera, señor.

LEUCATO. Sufrido, de ti me espanto.
¡Leucato!

SUFRID. El nombre del santo,
que ése es el del pecador.

LEUCATO. Aseguraros podéis;
deja ya la centinela.

SUFRID. Pues si yo acabo la vela
y a escuras no quedaréis,
yo solo hago la guarda,
y sólo habéis de entrar vos;
mirad que no entréis los dos,
que a vos solo se os aguarda.

LEUCATO. Entrad adentro a decillo.
Basta la conversación.

SUFRID. Tengo agora comisión
como guarda del castillo.

LEUCATO. ¡Hombre necio!, ¿en qué reparas,
que el día viene llegando.

SUFRID. Pues yo le voy aguardando,
porque nos veamos las caras.
No habrá desto quien me tuerza.
Idos con Dios, que os cansáis;
porque otra vez no digáis
que hallasteis flaca la fuerza.

MESALIO. Bien dice el que la guarda.

LEUCATO. ¡Abre, necio!

SUFRID. ¡Andad con Dios!
Ansí la guardáreis vos
cuando os la dieren en guarda.

LEUCATO. Si en tus manos la cogiera
la hubiera despedazado.

SUFRID. No estáis, por Dios, engañado,
que yo estoy desa manera.

(*Sale* FENISA *a la ventana.*)

FENISA. Di, ¿con quién estás hablando,

(1) Texto: "agora".

(1) Texto: "viene".

Sufrido? ¿Qué estás diciendo?
SUFRID. Señora, aquí estoy sufriendo.
LEUCATO. La luz nos viene acercando.
FENISA. ¿Es Leucato?
LEUCATO. Sí, señora.
FENISA. Pues, señor, ¿cómo no entráis?
LEUCATO. Muy buen portero dejáis.
SUFRID. No hay otro mejor agora
MESALIO. ¡Dichoso el hombre que viene
a gozar de tanto bien,
y malhaya el hombre, amén,
que envidia desto no tiene!
FENISA. Baja a abrir.
SUFRID. ¿Podré bajar?
FENISA. Séale el yerro perdonado.
LEUCATO. Si para vos se ha apelado,
¿quién le podrá condenar?
FENISA. El ser loco le disculpa
en lo que con él se pasa.
LEUCATO. ¿El no es loco de su casa?
Absuélvole a pena y culpa.
SUFRID. Entrá, y mirad cómo entráis.
LEUCATO. No quiero ya que me habléis.
SUFRID. Digo que no tropecéis
de manera que caigáis.
LEUCATO. ¿Estoy ciego, necio, di?
SUFRID. Vos bien pensáis que venís,
mas que no me conocéis.
LEUCATO. ¿Estás disfrazado?
SUFRID. Sí.
LEUCATO. No estoy agora de gracia.
SUFRID. Luego estaréis en pecado.
LEUCATO. Estoy con vos enojado.
SUFRID. Yo estoy con vos en desgracia.
LEUCATO. Entrad.
MESALIO. Bien podéis entrar;
hablaré con vos un poco.
SUFRID. No soy para placer loco,
que soy loco de pesar.
MESALIO. Di, ¿no serás para dar
un recaudo a una señora?
SUFRID. Hoy llegamos a hora;
también le pueden atar.
MESALIO. Pues confía de su ama,
bien me puedo fiar dél,
que me parece hombre fiel.
SUFRID. Sepamos quién es la dama.
MESALIO. ¿Dasme de ser fiel seguro?
Respóndeme a aquesto, di.
¿Qué dices, Sufrido?
SUFRID. Sí;
que soy Sufrido os lo juro.
MESALIO. Por quien muero es por Fenisa;
ella me hace morir.
SUFRID. Pues yo se lo voy a decir (*sic*).
MESALIO. ¿Pues cómo con tanta prisa?
SUFRID. Pues si es que os estáis muriendo,
¿no será mucho mejor
que se lo diga al dotor?
MESALIO. ¿Estáste de mí riendo?
SUFRID. No, que siento tu pasión,
y tu pena me da pena;
mas quédate enhorabuena,
que es mucha conversación,
y esto durará muy poco.
MESALIO. Pierde el temor.
SUFRID. Ya le pierdo:
en ver que yo estoy cuerdo
echo de ver que estás loco.
¡Fuera, que me arde la ropa
y arde la casa! (1)
MESALIO. ¿Estás ciego?
SUFRID. ¿No vistes entrar el fuego?
Pues dentro estaba la estopa.
Quiero entrar; ¿qué me detengo?
¡Fuera, no me detengáis! [vais?
¿No os quitáis de aquí? ¿No os
MESALIO. Aguarda un poco.
SUFRID. Ya vengo.

(*Vase.*)

MESALIO. Si éste es loco, muy buen lance
en lo que pretendo he echado.
Mal he hecho, mal he andado;
quiero entrar, ir al alcance.

(*Vase.*)

(*Salen* LEUCATO *y* FENISA.)

LEUCATO. Saben, Fenisa, los cielos
que me culpas sin razón;
formas sin ocasión celos:
pregúntalo al corazón,
agüero de tus recelos.
¡Oh! Esta tu imagen lo diga,
que siempre ha andado conmigo;
ella será buen testigo:
si ella lo dice, castiga
mi culpa como enemigo.
Dame esa mano.
FENISA. Quisiera;
mas no sé qué te responda.

---

(1) Texto: "y arde la casa toda".

LEUCATO. No estés de aquesta manera.

(*Sale* SUFRIDO.)

SUFRID. ¡Fuera!
LEUCATO. ¿Quién viene?
SUFRID. La ronda.
Todo rumor vaya afuera.
(Acabaré aquí con ellos,
si de aquesta vez me vengo.)
FENISA. ¡Ay!
LEUCATO. ¿Qué has?
FENISA. Un temor tengo
que me eriza los cabellos.

(*Sale* MESALIO.)

MESALIO. Si ha dicho algo, temor tengo (*sic*).
SUFRID. Apostaré que lo acierto,
y que digo descubierto
lo que el gusto te enajena.
FENISA. ¿Y es?
SUFRID. Que anda aquí un alma en pena
metida en un cuerpo muerto.
FENISA. ¿Qué dices?
SUFRID. No miento un punto,
y esto parécete a ti
como si fuera un trasunto (1).
FENISA. ¿Y quién es?
SUFRID. ¿Quién? (2) Vesle allí.
Pase acá, señor difunto.
MESALIO. ¡Calla! Baste ya lo dicho.
SUFRID. ¿Basta? Pues no he comenzado.
Aquéste murió en pecado,
y, por haber entredicho,
no ha entrado en lugar sagrado.
Quisiera él no haberme visto;
pues encomiéndese a Cristo (3),
que todo lo he de decir;
si no, vuélvase a salir.
MESALIO. Peor será si no asisto.
SUFRID. Sabed que estoy enojado
desde el punto que aquí entraste,
porque vos me perturbastes
cuanto yo había trazado,
y sus muertes les quitastes.
LEUCATO. ¿Y ésta es la melancolía?
FENISA. ¿Y no es ocasión bastante?
Fuera de que [me] servía (4),
hame faltado un diamante.
SUFRID. Mas no el amante ni el día.
Diamantes han de ser
los que han de parecer;
porque uno se perdió (1)
le tengo de cobrar yo,
parezca a mi parecer.
FENISA. Con su luna va delante.
SUFRID. No os dé eso pena ninguna,
que va derecha a levante,
y estando llena mi luna
veréis la vuestra en menguante.
FENISA. Al fin, a Lesbio he inviado
agora con un recado
que me busque una criada
fiel, conocida y honrada;
ha gran rato, y no ha tornado.
LEUCATO. Esa yo la buscaré;
aunque si fuera criado,
yo lo soy.
FENISA. Mas no abonado.
LEUCATO. Fianzas desto daré.
FENISA. Eso es hablar confiado.
LEUCATO. ¿Eso el cabello te eriza?
FENISA. ¿Pues que quieres me dar vaya?
SUFRID. Bueno es que la profetiza;
pues como alguno se vaya
yo haré de entrambos riza.
LEUCATO. No morirás, ten muy fuerte.
SUFRID. El piensa que está muy vivo;
yo le vi el pie en el estribo
a las ansias de la muerte,
si no, llego y le derribo.
LEUCATO. ¿Qué es lo que tú estás diciendo?
SUFRID. Que os estábades muriendo,
y al tiempo que aquéste entró
él mismo os resucitó.
LEUCATO. No te entiendo.
SUFRID. Yo me entiendo.
Si a ti mismo no te entiendes,
¿cómo me quiés entender? (*sic*)
Entenderásme si atiendes,
que con mi poco saber
te enseño, si tú lo aprendes.
Aquí os digo la verdad:
conformes los dos estáis
que os morís, si no os curáis;
es grave la enfermedad
[y] muy poco a poco os vais.

(1) Texto: "como si fuera uno tras otro".
(2) Texto: "Quién es, vesle allí."
(3) Texto: "a Jesu Cristo".
(4) Texto: "de que servía".

(1) Texto: "pidió".

La verdad digo, a fe mía,
y bien advertir sería.

LEUCATO. ¿De dónde el mal ha llegado?

SUFRID. Los dos os le habéis pegado,
que enfermasteis en un día.
Ya voy mucho descubriendo.

LEUCATO. Ya esto me causa temor.
¿Qué enfermedad es?

SUFRID. De amor,
que estáis los dos padeciendo.

LEUCATO. Bueno ha andado.

FENISA. Y tú mejor,
que ya estabas alterado.

LEUCATO. Bien a fe tú me has pagado.

FENISA. Soy amiga de cobrar
cuando no quieren pagar.

(*Salen* LESBIO *y* FULVIA.)

FENISA. ¡Oh, Lesbio, seas bien llegado!
¿Hallaste?

LESBIO. Señora, sí.

FENISA. ¿Dónde está?

LESBIO. Está aquí fuera.

FENISA. Pues dile que entre hasta aquí.
¿Es fiel?

LESBIO. Pues si no lo fuera,
no te la tuviera aquí.
Entrad, señora, acá dentro.

MESALIO. Leucato, acá afuera aguardo.

(*Vase.*)

LEUCATO. Cuenta, y perdonad si tardo.

FULVIA. No es malo el primer encuentro.

LEUCATO. Descubríos, mujer honrada.

FULVIA. Por serlo vengo, señor,
y por serviros mejor,
no quiero ser mal criada.
Veisme aquí, que a veros vengo.
¿Tan presto el rostro volvéis?
¿es porque malo le tengo?

LEUCATO. Señora, habéisme de hacer
merced que la recibáis,
y que la desconozcáis.

FENISA. No, que al fin es tu mujer.

LEUCATO. No os veré más en mi vida
si lo que digo no hacéis.

FENISA. Baste que vos lo mandéis.

LEUCATO. Baste al menos que lo pida.
Yo quiero disimular,
y salirme fuera agora...
Quedaos con esta señora
y procuradla agradar.

FULVIA. Escúchame lo que digo:
¿tan mal conmigo te hallas?
Ya vengo a servir las fallas
del tiempo que estoy contigo.

LEUCATO. ¿Qué dice aquesta mujer?
Tratad de vuestro concierto.

(*Vase.*)

FULVIA. Hallo tanto desconcierto,
que no he de podello hacer.
¿No os vais? Yo me volveré,
si os he causado disgusto:
quedaos con vuestro gusto,
que del vuestro gustaré.
Al fin te fuiste; ya acabo
de ver lo que aquésta adora.
¿Qué hacéis a este hombre, señora,
que me lo habéis vuelto bravo?
Cuando en cristiandad no fuera,
por razón había de ser:
mirad que soy su mujer,
dejalde un rato siquiera.
Y esme buen testigo Dios
que no os vengo a dar enojos,
que os llevo sobre mis ojos,
porque él los ha puesto en vos.
Aunque debiérais temer
en tal trance mi venida,
por ser amante ofendida,
aborrecida y mujer.
Pero mi palabra os doy,
porque viváis confiada,
que soy yo mujer honrada,
pues ofendida lo soy.

FENISA. Si habéis de quedar en casa,
quedad muy enhorabuena,
que no entiendo vuestra pena.

FULVIA. Es como por vos no pasa.
Digo que gusto quedar.

(*Sale* LEUCATO.)

LEUCATO. Deseo traigo de saber
qué habrá hecho mi mujer.

FENISA. El manto os podéis quitar.

LEUCATO. Denme luego un jarro de agua,
que vengo muerto de sed.

FENISA. ¡Hola! Al punto la traed.

LEUCATO. Traigo el pecho hecho fragua.

FENISA. Sufrido, el agua se tarda.

SUFRID. La criada puede ir,

porque me ayude a servir,
que yo soy paje de guarda.

FENISA. Vuestro nombre es bien se nombre.

FULVIA. Fulvia. ¿Ya se os ha olvidado?
Como yo no me he mudado,
tampoco mudo de nombre.

SUFRID. ¿Al fin he de irla a traer?
Mas, ¿qué importa que se aparte,
pues dejo presente parte
que la pueda defender?

LEUCATO. Hoy vine aquí y gocé
de aquese bien soberano.
Dadme, señora, esa mano
y un abrazo.

FENISA. Sí daré.

FULVIA. Aguarda, por más solaz,
a servir he de empezar,
a mí me lo podéis dar
como quien va dando paz.
Y haréis lo que manda Dios
sacándome de querella,
y yo se lo daré a ella
y tendremos paz los dos.

LEUCATO. Basta, que vuestra criada
como el mozo desvaría.

SUFRID. Aquí traigo el agua fría
como en mí, su dueño, helada.

FENISA. La salva os quiero hacer.

SUFRID. No es salva con que os salváis,
mas con eso os condenáis.

LEUCATO. Ya bien se puede beber;
aunque esta mi sed es poca
y hubiera de sed rabiado,
mas el agua ha saludado
con el llegalla a su boca.

SUFRID. Pues no la pienses beber;
la que mi regalo fué,
vil, alevoso, sin fe,
que la tengo de verter.

FULVIA. Llega, que es mucha flema esa:
¿el vaso habéis derramado?

SUFRID. Mas también os ha importado,
pata es para la traviesa.

LEUCATO. Ya la cólera me inflama.

FENISA. Calla, señor.

LEUCATO. Mataréio.
¿Sabes que es agua del cielo?

SUFRID. Pues por eso se derrama.

FENISA. Bueno está, señor, dejalde;
perdonalde aquesta vez.

LEUCATO. ¿Vos rogáis, siendo el juez?

SUFRID. Pues ruego yo, y soy alcalde.
Veldo en el pleito que sigo,
pues aquí presente veo
la causa, el juez y el reo,
y ésta fiscal y testigo.

FENISA. Traigan agua, y beberéis.

LEUCATO. Ya no la quiero, señora.

FENISA. Alegraos, señor, agora.

LEUCATO. Basta que vos lo mandéis.

FENISA. Porque de oílle me agrada (1),
que a veces es muy gracioso.

LEUCATO. Y a veces muy enfadoso.

FENISA. ¿Posible es que esto os enfada?
Hablalde, que está corrido
y agora estará de gusto (*sic*)
que está asombrado y confuso.

LEUCATO. ¿Qué ha sido aquesto, Sufrido?

SUFRID. Culpa de la moza fué,
y es que el agua ha derramado;
mas anda de pie quebrado,
y así ha entrado con mal pie.

LEUCATO. ¿Qué te ha parecido, di,
Sufrido, de la criada?

SUFRID. La bella mal maridada
de las más lindas que vi.

LEUCATO. Hora bien, voime, señora,
que tengo un poco que hacer.

FENISA. ¿Habéis de volverme a ver?

LEUCATO. Volveré dentro de un hora.

FENISA. Yo me voy a reposar,
que esta noche no he dormido.
Cuenta en la sala, Sufrido.

SUFRID. ¿Pues heme de descuidar?

FENISA. Quedaos también ahí,
por si Leucato viniere.

(*Vase.*)

FULVIA. ¿Al fin me mandas que espere?
Desespérome por ti.

SUFRID. Si salgo con mi intención,
ésta ha de ser mi mujer.
A fe que os deseara ver,
sola y en conversación.

FULVIA. ¿Qué queréis, por vuestra vida?
Ya os tengo por importuno.

SUFRID. Que fuésemos para en uno,
yo Sufrido y vos Sufrida.

FULVIA. ¿Pues qué, quiéreste casar?

SUFRID. Sí.

(1) Texto: "aguarda".

FULVIA. Extremado has andado.
Soy casada.
SUFRID. Yo casado;
mas habemos de enviudar.
Fulvia, yo por ti me pierdo.
FULVIA. Basta, idos poco a poco,
porque haré, si sois loco,
seáis por la pena cuerdo.
No me hagáis descomponer,
que soy honrada y casada.
SUFRID. Pues para no ser honrada,
¿yo no me tengo mujer?
Sí; mas si en aquesto das,
tratarte he como mereces.
Sólo porque me aborreces
vengo yo a quererte más.
Dame a besar esa mano.
FULVIA. ¡Ah, loco! ¿No me conoces?
Sosiégate o daré voces.

(*Sale* LESBIO.)

LESBIO. ¿Qué es esto, villano loco?
FULVIA. Dice que el vidrio quebré,
y con eso se disculpa.
LESBIO. Bien poca ha sido la culpa.
¡Graciosa pendencia, a fe!
FULVIA. Adentro me quiero entrar
para quitar la ocasión;
que quien da conversación,
más que esto promete dar.
LESBIO. Bien está; quédese aquí,
que voy fuera.
SUFRID. ¡Andá en buen hora! (1).
(Ya va llegando la hora
en que vuelva a entrar en mí.
Ya van tres días con hoy
que estoy presente a mi daño,
y cada día es un año
de la manera que estoy.
Orden tengo de buscar
de cualquier manera (2) o suerte
cómo podré darles muerte
para mi agravio vengar.)

(*Salen* LISEO, *viejo, y* LEUCATO.)

LISEO. ¡Qué mala cuenta vas dando,
Leucato, de ti y de mí!
Y la mujer que te di,
¿dónde está? ¿Qué estás pensando?
Pues una cosa te advierto:
que te la he de demandar,
y he de hacer[te] castigar,
y has de mostrar la has muerto (*sic*).
Después de yo muerto, di,
el que no me conociere
cuando mi retrato viere
en ti, ¿qué dirá de mí?
Pues ten por cierta y notoria
verdad, deso mal mirado,
que he de romper el traslado
porque no quede memoria.
Matarte he, porque me cuadre;
yo moriré, que me aflijo:
digan por mí tal fué el hijo,
y por ti tal fué el padre.
LEUCATO. Cual padre, puedes decir
lo que más gusto te diere,
haz lo que te pareciere;
mas primero me has de oír.
Pide a Lisdauro por ella,
quizá te dará razón;
no digo que hubo traición,
pero le hallé con ella.
LISEO. Tú quieres que te convenza
y corrija tu deshonra;
nadie puede quitar honra
sin quitarle la vergüenza.
Es la vergüenza un bocado
para el honor harto bueno;
es un corregido freno
contra el que es más desbocado.
Guarda el hombre de la mengua
que no se rompe callando,
y tú fuístele gastando
con el jugar de la lengua.
Ven acá: ¿tú no dijiste
a Lisdauro que se fuera
a su casa, porque hiciera
lo que tú dices que viste?
Ocasión le diste a ser
mala, cuando ella lo fuera;
mas de un hombre ¿qué se espera
que hace prueba en su mujer?
¡Traidor, sin respeto alguno!,
¿qué redes vas enredando?
¿Qué lazos vas enlazando,
que has de quedarte en alguno?

(*Sale* ARSENIO, *viejo.*)

ARSENIO. Entrado he sin preguntar,

(1) Texto: "Andad en buena hora."
(2) Texto: "de cualquiera manera".

como hombre apasionado (1);
si descomedido he andado,
pido queráis perdonar.

LISEO. El fuego se va encendiendo,
no he de poder aplacalle,
procuraré apacigualle.

ARSENIO. Ya me entendéis.

LEUCATO. Ya os entiendo.

ARSENIO. Desde ayer os voy buscando.

LEUCATO. ¿Qué me queréis? Veisme aquí.

ARSENIO. Que os vengáis luego tras mí;
iremos los dos hablando.

LEUCATO. Salí, y aguardame ahí fuera.

LISEO. Espera, por vida mía;
óyeme, por cortesía,
una palabra siquiera.

ARSENIO. Ya escucho.

LISEO. La edad me obliga
a meteros por razón,
que vos venís con pasión,

(*Sale* SUFRIDO.)

y no es mucho que os lo diga.

SUFRID. (Mi padre vengo siguiendo,
que a reñir determinado
viene, y, el rostro mudado,
le vi entrar.)

ARSENIO. Bien os entiendo.

LEUCATO. Sufrido es éste; ya temo
no diga algún disparate.

SUFRID. Señores, cese el combate.

LEUCATO. ¡De enojo y rabia me quemo!
¡Calla!

SUFRID. Dejadme, señor.
Bien os podéis descuidar;
ahora bien puedo hablar,
que estoy un poco mejor.
Esta pendencia he sabido,
y halléme en la ocasión,
y tenéis poca razón,
padre honrado, y dadme oído.
Ya os supliqué allí delante
que cesase esta pendencia,
y me prestastéis audiencia
sin que pasase adelante.
¿Aquesto no pasó ansí?

ARSENIO. Dices muy grande verdad.

SUFRID. Pues, padre, con Dios andad,
y quédese esto aquí.
Mirad que os importa hacello.

ARSENIO. ¿Me importa? ¿Qué puede ser?
Yo lo quiero suspender
hasta llegar a sabello.
Voime, Liseo; perdonad.

LISEO. Andad con Dios.

LEUCATO. Bien lo has hecho.

SUFRID. Pues tras él me voy derecho,
por ver lo que hace.

LEUCATO. Andad.

LISEO. Volviendo a nuestra intención,
¿qué es lo que piensas hacer?
¿Adónde está tu mujer?
Dame, Leucato, razón.

LEUCATO. (Confuso estoy; ¿qué haré?
Traella será mejor.)
Dame licencia, señor,
que donde estás la traeré.

LISEO. Id, y mirad que os espero.

LEUCATO. Digo, señor, que me esperes.
¿Qué es lo que queréis, mujeres?
¿Que me quieran, quien no quiero?

LISEO. Mal hago en dejarle ir,
no haga algún disparate,
y, si no es muerta, la mate.
Donde va, le he de seguir.

(*Sale* SUFRIDO.)

SUFRID. No oso faltar de mi casa
con este negro temor.
¡Ah, sufrimiento de honor,
que el gusto pones en tasa!
Mi mujer duerme. ¿Qué haré?
Pues sola está, quiero entrar;
quizá la podré matar,
y a Leucato aguardaré
que haya mejor ocasión
donde le coja apartado,
y estando más descuidado
él pagará su traición.
Ya mi venganza se tarda,
y me incita mi deseo.

(*Sale* FENISA, *medio vestida.*)

FENISA. ¡Detén el brazo, Terco!
¡Espérate un poco! ¡Aguarda!
Confieso que te he ofendido.
Detén un poco la mano.

SUFRID. ¡Válame Dios Soberano!
Sin duda soy conocido.
Ya el fin del tiempo es llegado,

(1) Texto: "apfsionado".

no hay quien tu maldad abone.

FENISA. Sufrido, Dios te perdone
este susto que me has dado.

SUFRID. ¿Yo susto?

FENISA. Y ha sido tal,
que entendí que ya llegaba
la muerte, y que me llamaba.

SUFRID. Viene ya el juicio final.
Mas, ¿yo qué culpa he tenido?

FENISA. Todavía tengo temor;
líbreme desto el Señor.
Soñé que eras mi marido,
y porque te hacía traición
dentro (1) el aposento entrabas,
y por ello me matabas.

SUFRID. Que los sueños, sueños son.

FENISA. El ha sido sueño fuerte,
mi palabra y fe te empeño.

SUFRID. Por eso dicen que el sueño
es imagen de la muerte.
Por eso es bien desvelar;
que siempre el mucho dormir
suele costar el vivir,
y un sueño puede matar.

FENISA. En su juicio va tornando,
porque ya habla en razón.
¿Cómo estás?

SUFRID. De la pasión,
voy un poco mejorando.

(*Sale* LEUCATO.)

LEUCATO. Amor y aborrecimiento
me traen ajeno de mí.

SUFRID. ¿No es Leucato aquéste? Sí.
¿Qué me queréis, sufrimiento?
No hallaré ocasión mejor;
ahora habéis de acabar,
que ya es tiempo de pagar.

LEUCATO. ¡Mi Fenisa!

FENISA. ¡Mi señor!
¿Adónde habéis estado,
o quién os ha detenido?

(*Sale* LISEO, *viejo.*)

LISEO. ¡Con cuánta priesa he venido!
Me parece que he tardado.

SUFRID. ¡Seáis venido en mal hora!

LISEO. ¿Aquí te hubiste de entrar?
Ahora bien, quiero llegar.
Bésoos las manos, señora.

FENISA. Beso, señor, vuestros pies.
Saca aquí una silla presto.

FULVIA. Aquí está.

LISEO. Hija, ¿qué es esto?
¿No es Fulvia? Sí, Fulvia es.
¿Pues cómo estás, hija, ansí?
¿Quién te trujo a tal desdén?
Dime, Leucato, ¿honras bien
a quien te honra a ti y a mí?
Vos, Fenisa, sois honrada,
¿y habíais de mirar esto?
Mas quédese aquí con esto,
que no os quiero decir nada.
Fulvia aquí, con humildad,
vuestro ejemplo puede ser,
y así aprende a ser mujer,
que tiene dificultad.
Mujer sois, y os he de honrar;
pero quiéroos advertir
lo que os pudiera decir,
que os lo digo con callar.
A hacer paces he venido
y las tengo de hacer;
vos tenéis cuerda mujer,
y vos honrado marido.
Tened ya gusto y solaz;
mirad que el tiempo os avisa.

SUFRID. Siendo de *Requiem* la misa,
¿cómo les pueden dar paz?
No se harán desa manera.

LEUCATO. ¡Salte tú, loco, de aquí!

SUFRID. ¿No basta salir de mí?
De todo me salgo afuera.

LISEO. Quédese aquí, como digo.
Y agora quiero que vais
Fulvia y Leucato y comáis
hoy, por mi gusto, conmigo.

LEUCATO. Es lo que pedís muy justo.

LISEO. Ahora bien, venid los dos.
Quèdaos, Fenisa, con Dios.

FENISA. Con El vais.

LEUCATO. ¡Ah, qué disgusto!

FENISA. Pues yo haré de manera
que salgan sin su intención.
Ya estoy ciega y con pasión.
¡Quien a mí me mata, muera!

ACTO TERCERO

(*Salen* FENISA *y* SUFRIDO.)

FENISA. Cierra, Sufrido, la boca,

(1) Texto: "Dentro en el aposento."

porque ya el tiempo es muy poco,
y el hablar en juicio un loco
descubre estar yo más loca.
No es bien que sombra me asom- [bre;
descuélgame aquel retrato
de Tereo, que Leucato
se enfada de oír su nombre.
No quiero tener presente
a quien causa mi temor;
que sólo es sombra de amor
contemplar un hombre ausente.

SUFRID. ¿Quién es ése?

FENISA. Mi marido,
que muchas veces recuerdo,
y en su pintura me acuerdo
del tiempo que le he ofendido.
Sus armas y su figura
quiero que entreguéis al fuego;
convierta en ceniza luego
tan enfadosa pintura.

SUFRID. ¿El retrato haces quemar?
Dime, señora: ¿por qué?
¿Hate ofendido en la fe,
que le mandas relajar?
Mil veces le vi llorar
por ti, hecho el pecho fragua;
mas como en él falte agua,
fácil será de quemar.
Siempre fuí su amigo fiel;
mas estoy en tu servicio.
Yo voy a hacer sacrificio
de mí, pues le hago en él.

FENISA. Perdóneme ya el honor,
pues ha hecho punto aquí,
porque ya no vivo en mí,
porque vive en mí el amor.
A Mesalio he inviado
a llamar por este efeto;
dél confiaré el secreto,
que está de mí aficionado.
Quiero acabar de una vez.
Muera quien causa mi muerte.
Muera Fulvia (1), y desta suerte
quedo absoluto juez.

(*Sale* MESALIO *y* LISDAURO.)

MESALIO. Receloso deste daño,
Lisdauro, os traigo conmigo,
confiado en ese amigo,
y temiendo no sea engaño
el enviarme a llamar.
¿Si Leucato lo ha sabido?

FENISA. Seáis, Mesalio, bien venido.

MESALIO. Serélo a vuestro mandar.

FENISA. Importa el secreto, y quiero
hablar a solas con vos.

MESALIO. No importa estemos los dos;
que Lisdauro es caballero,
y la amistad nos hace uno.

FENISA. Pues con la fe del secreto
hablaré.

MESALIO. Yo lo prometo
por los dos.

FENISA. Hay oportuno
tiempo de dar conclusión
ahora a lo que intentáis;
si, como decís, me amáis,
aquesta es buena ocasión.
Mas es Fulvia quien lo impide.

LISEO. Sin duda Fulvia le quiere.

FENISA. Tú vives, si Fulvia muere.

MESALIO. Lo que quisieres me pide.

FENISA. Para gozarte y gozarme,
muera Fulvia desta suerte;
que estriba en dalle la muerte
darte vida y vida darme.
Y si a esto estás dispuesto,
no tengas de nada miedo,
que muy presto te concedo
cuanto pidas.

MESALIO. Estoy presto
a hacer cuanto quisieres,
que en esto está mi remedio.

LISDAURO. A no estar yo de por medio,
salieras con lo que quieres.

FENISA. Pues mira cómo ha de ser.

LISDAURO. ¿En aquesto estáis dudando?
Dejad el cómo y el cuándo,
que yo la quiero emprender.
Yo mataré a quien me mata;
mas será Leucato el muerto,
que muerto tengo por cierto
he de casar con la ingrata.
Bien os podéis descuidar,
pues os confiáis de mí.

FENISA. Encomendándolo a ti,
no tengo que recelar.

LISDAURO. ¿Queréis que os deje a los dos?

FENISA. Idos los dos por agora.

(1) Texto: "Fluvia."

LISDAURO. Pues quedaos adiós, señora.

(*Vanse.*)

FENISA. Idos, señores, con Dios.
Muy bueno va mi concierto.
Mátenla, y si algo pidieren,
diré cuando lo dijeren
que he de decir que la han muerto.
Con esto tendrá recato
Mesalio, y no osará hablar,
y yo me vendré a quedar
a solas con mi Leucato.

(*Sale* SUFRIDO, *con un retrato y unas armas viejas.*)

SUFRIDO.

Ea, instrumentos rotos (1) y civiles
contra afrentas y menguas criminales,
veniales heridas de mortales,
golpes de flacas fuerzas mujeriles.
¿Do está la fuerza y filos tan viriles
que dió muerte a mil hombres inmortales?
¿O quién ha sido tal que os hizo tales,
do no bastaban fuerzas de serviles?
Mas dejóos con tal temple el que os hizo,
que el perdido dolor más os abona,
pues parecéis en todo al dueño vuestro.
Yo con el color parezco un muerto tizo;
mas, viviendo mi honor, seré tizona
cuando levante aqueste brazo diestro.

(*Sale* LESBIO.)

LESBIO. No entiendo aquesta mujer;
las armas manda quemar
de Tereo, y entregar
su retrato al fuego. Ver
quiero desde aquí a Sufrido,
que con saber poco siente
este maldito inclemente.

SUFRID. ¡Ah, tiempo!, ¿a qué me has traído?
Pero Lesbio me ha escuchado (2);
yo quiero disimular
y este retrato arrojar
por ver si es fiel criado.

LESBIO. Muy buena anda ahora la luna.
Alza el retrato; ¿qué haces?

SUFRID. ¿Para qué quiero dos faces?
¿Yo no tengo harto con una?

LESBIO. ¡Ah, pobre Tereo ausente!
Sabe Dios si tu mal siento.

(1) Texto: "votos".
(2) Texto: "poco Lesbio me va escuchando".

SUFRID. Sólo por tu buen intento (1),
te le he de dar por presente.

LESBIO. No quiero ver maltratar
la sombra de mi señor;
antes el vil ofensor
le he de procurar matar.
Siempre procuro ser fiel,
y en balde mi tiempo gasto.

SUFRID. Tenle por carta de lasto,
que con él cobrarás dél.

LESBIO. Quiero el retrato guardar,
no salga y con él me halle.

SUFRID. Muy bien haces en guardalle.

LESBIO. Sufrido, calla.

(*Vase.*)

SUFRID. ¡Callar!
Aquesta noche ha de ser
cuando he de tomar venganza;
hoy tendrá fin mi esperanza,
ya la noche deseo ver.
Yo me quiero prevenir
para escribir un papel,
que sólo el intento dél
los tiene de hacer morir.

(*Salen* LISDAURO *y* LEUCATO.)

LEUCATO. ¿Es posible?

LISDAURO. Como digo;
no tienes más que aguardar.
Es muerta, no hay que dudar.

LEUCATO. ¿Mesalio, siendo mi amigo?
Mira lo que dices.

LISDAURO. ¡Baste! (2)

LEUCATO. Digo que yo no lo creo.

LISDAURO. ¿No era tu amigo Tereo,
y su mujer le quitaste?

(*Sale* SUFRIDO.)

SUFRID. Ahora bien, quiero llegar;
no ha de faltarme un testigo.

LISDAURO. Leucato, del más amigo
tienes menos que fiar.

SUFRID. Al paso quiero salir.

LEUCATO. ¿Dónde vas? Aguarda, espera.

SUFRID. Dejadme pasar afuera.

LEUCATO. ¿Qué escondes?

SUFRID. Dejadme ir.

LEUCATO. ¿Dónde va aquese papel?

(1) Texto: "bien intento".
(2) Texto: "Basta."

SUFRID. ¡Ah, señor, dejadme agora!
LEUCATO. ¿Quién te lo dió?
SUFRID. Mi señora.
LEUCATO. ¿Para quién?
SUFRID. Miraldo en él.
LEUCATO. *"Para Mesalio en su mano"*;
con el testigo lo aprueba
a esta conversación nueva.
SUFRID. Dadme el papel.
LEUCATO. ¡Ah, villano!
¿Dónde le quieres llevar?
SUFRID. Señor, donde soy mandado.
LEUCATO. Vete, que estoy enojado,
y no te querría matar.
SUFRID. Si entendiera disgustarte,
nunca este papel tomara;
antes al fuego lo echara
si yo pensara enojarte.
LEUCATO. Por eso tu intento abono
que esto basta por disculpa,
y pues tú no tienes culpa
digo que yo te perdono.
Ya de enojo y celos rabio,
de esperanzas desespero.
SUFRID. ¡Señor!
LEUCATO. ¿Qué quieres?
SUFRID. ¿Qué quiero?
Vengar por mío tu agravio;
porque el cometido exceso
sé que es grande, fiero y fuerte,
y quizá estoy desta suerte
por otro tanto como eso;
la prueba de la verdad,
si es que tú vengarte esperas,
es acudir a las veras.
LEUCATO. ¿Pues qué he de hacer?
SUFRID. Escuchar;
no hay sino prestar paciencia,
y aquesta noche que viene
dar traza como se ordene
en su calle una pendencia.
Esta es la traza más llana;
tú has de fingir que te han muerto,
y al ruído, está muy cierto
que ella saldrá a la ventana.
LEUCATO. ¿Y para eso, qué es tu intento?
SUFRID. Que sepamos la verdad;
que si es firme su amistad
ha de mostrar sentimiento.
Yo veré qué dice y hace,
al fin, como de tu casa,
y te diré lo que pasa.
LEUCATO. Digo que me satisface.
LISDAURO. Es agudo pensamiento.
SUFRID. Deseo hacerte servicio.
LEUCATO. En estando con juicio
tiene raro entendimiento.
LISDAURO. ¿Que no es confirmado loco?
LEUCATO. Es cosa de pasatiempo;
solo cuando muda el tiempo,
pero dúrale muy poco.
LISDAURO. [*Ap.*] (¡Oh, qué traza he imaginado
para que los dos se maten!
Si Mesalio y él combaten,
este pleito es acabado,
porque el que vivo quedare
por fuerza se ha de ausentar,
y yo me vendré a quedar
con todo lo que intentare.)
Digo, Leucato, que vos
y Mesalio reñiréis;
porque al fin lo fingiréis
muy mejor entre los dos,
y entenderán que ha nacido
de celos esta quistión,
y espera confirmación
de lo que dice Sufrido.
SUFRID. [*Ap.*] (Este va desconcertando
el fin de mi pensamiento,
y para lo que es mi intento
malo es lo que va ordenando.
Quiero al remedio acudir.)
Señor, habéis de saber
que eso es echallo a perder,
que los dos no han de reñir.
Si Mesalio está ofendido
y el agravio de por medio,
no es bien que de esta suerte,
ni ha sido bien advertido.
Con la espada en la mano
y el agravio de por medio
mataránse sin remedio.
Este es consejo más llano.
Los dos hemos de lidiar;
que si Fenisa lo ha hecho
por ver lo que hay en su pecho,
es modo de amartelar.
Porque aquesto puede ser
por ver cómo la dejaste,
y con tu mujer tornaste.
LEUCATO. Digo que es buen parecer.
SUFRID. Tú a mí no me ofenderás,

porque yo no te he injuriado.
LEUCATO. Digo que estoy obligado.
SUFRID. [*Ap.*] (Pues tú me lo pagarás.)
Dadme el papel, porque quiero
decir que no le hallé,
y a Fenisa le daré.
LEUCATO. Bien dices, dártelo quiero.
SUFRID. Advierte que si allá vas
has de ser muy recatado,
porque esto quede encerrado
entre nosotros no más.
LEUCATO. Pues esta noche te espero
en mi casa.
SUFRID. Sí haré,
porque yo no faltaré,
y con aquesto irme quiero.
En esto importa el secreto,
como me lo has prometido;
muéstrate amigo fingido,
que es para los dos secreto.
Y es una traza muy buena,
haciendo lo que te digo.
que llevándote conmigo
es para los dos más pena.
Porque si él está (1) aguardando
y tú no le das lugar,
es todo desesperar
para quien está esperando.
LEUCATO. Bien dices, quiero seguirte.

(*Salen* FENISA *y* LESBIO.)

FENISA. Pues, Lesbio, ¿qué novedad
es ésta, que quieres irte?
LESBIO. No valgo para servirte,
y quiero...
FENISA. Di la verdad.
LESBIO. No siento otra cosa, a fe.
Esto es lo que hay en mi pecho:
sé que no soy de provecho,
y me voy.
FENISA. Dime por qué.
Lesbio, ¿pues tan mal te trato
que te quieres ir así?
LESBIO. Porque no hagas de mí
lo que haces deste retrato.
Yo espero con él el pago,
y con aquesto me alejo,
y el servicio que te dejo
con esta estampa lo pago.
Esta del fuego libré
y del poder de Sufrido,
y aunque del fuego ha salido,
no ha salido de la fe.
Sufrido, como inocente,
te servirá muy mejor,
aunque no con tanto amor,
porque en efecto no siente.
FENISA. ¿A tanto llega mi hado
que el criado habla también?
LESBIO. Criado, sí; pero bien
puedes decir bien criado.
FENISA. No des en tal desatino;
no hagas agora ausencia.

(*Sale* SUFRIDO.)

SUFRID. Señora, dadme licencia.
FENISA ¿Para qué?
SUFRID. Estoy de camino,
y por lo que te he querido
me vengo ya a despedir,
que nos hemos de partir,
o apartar.
FENISA. ¿También Sufrido
sola me deja y en calma?
Decidme, ¿qué es vuestro intento?
¿Qué es esto?
SUFRID. El apartamiento
que hace el cuerpo del alma.
Hoy se despide el amor
que le echa afuera un contrario,
temeroso y temerario,
que es cuando menos honor.
Siento que aquesto no sientes;
mas sale del corazón
tan cansada la razón
que se queda entre los dientes.
Y sé que a veces se mengua
el dolor con el decillo,
mas como tengo frenillo
se me ha trabado la lengua.
FENISA. Un placer me habéis de hacer.
SUFRID. Mira qué es lo que te agrada.
FENISA. Buscarme alguna criada.
SUFRID. Que no será menester.
FENISA. ¿Cómo?
SUFRID. Antes que venga el día,
si va a decirte verdad,
yo daré a tu soledad
por usar de piedad
quien te haga compañía.
A Leucato tengo hablado
sólo para aqueste efeto,

(1) Texto: "estar".

y te juro y te prometo
que ha de ser tu acompañado.

LESBIO. Entrate luego a acostar,
que va la noche en el medio.

FENISA. [No, que] no tengo remedio (1)
para poder reposar.

LESBIO. ¿Has de estar ansí hasta el día?

FENISA. Y creo no he de llegar.

LESBIO. ¿Qué te ha podido causar
tan grande melancolía?

FENISA. No sé qué es ni lo que siento,
que eso tiene el corazón,
que no dice la pasión
cuando condena a tormento.
Lleva allá dentro una vela,
que adentro me quiero entrar,
que pues sola me he de estar,
pasaré la noche en vela.
Y déjame este retrato;
que por ventura ha nacido
de habérmele traído.
Déjame con él un rato.

LESBIO. ¿Pues qué quieres hacer dél?
¿Quieres acaso rompelle?

(*Vase.*)

FENISA. Sólo quiero entretenelle:
déjame a solas con él.

SUFRID. ¿Para qué? ¿No estoy yo aquí?
¿No ves que es grande locura
hablar con una pintura?
Lo que quiés, dímelo a mí (*sic*).

FENISA. O tienes de irte, o callar.

SUFRID. Pues lo mandas, quiérome ir.
(Aquí me quiero encubrir, (*Ap.*)
y lo que dice escuchar.)

(*Vase.*)

FENISA. Entremos en residencia.
Si os he hecho alguna afrenta,
quiero daros de mí cuenta.
Prestad un poco paciencia.
Siete años ha que faltáis
de mi mesa y de mi lado;
si tanto habéis faltado,
¿qué es la culpa que me dais?
Vos no fiasteis de mí,
pues me dejasteis en guarda;
si me disteis a la guarda,
pedidle cuenta de mí.
Ved que es mucha necedad
mujer moza aun no casada
a un hombre mozo entregada.
¿Qué respondéis?

SUFRID. (Que es verdad.)

FENISA. Si hace alguna demasía,
esta razón me disculpa.
Decid, ¿cúya es esta culpa?
¿Qué me respondéis?

SUFRID. (Que es mía.)

FENISA. Decid, si merezco yo
por lo pasado perdón:
padecí sin ocasión,
¿no lo merezco yo?

SUFRID. (No.)

FENISA. ¿Qué remedio hay en tal guerra,
cogiendo el fruto el que guarda?

SUFRID. (Privar de oficio a la guarda,
y echar el árbol por tierra.)

FENISA. Confieso que soy mujer
y de un hombre combatida;
vos ausente, y yo querida.

SUFRID. (No tengo que responder.
Quiero huír la ocasión,
porque donde hay voluntad
suele mover a piedad
una aparente razón.
Y mucho me he detenido
para lo que está trazado.
Quiero ir al puesto aplazado,
que habrán de casa salido.)

FENISA. Si lo que me dice es cierto
Sufrido, de vuestra muerte,
que en él estriba mi suerte,
cuando vino os dejó muerto.
No tengo que recelar.

LESBIO. Entra, señora, al momento,
que hay luz en tu aposento.

FENISA. Bien dices; quiérome entrar,
que guarda vengo a tener.

LESBIO. Con un marido pintado
está el honor bien guardado,
si es honrada la mujer.

(*Vanse. Salen* LISDAURO, LEUCATO *y* MESALIO.)

LEUCATO.

Yo creo serán las doce dadas,
que la bocina se endereza al norte,
y van sobre el poniente las Cabrillas.

(1) Texto: "no tengo remedio", y el personaje que habla es FULV.

MESALIO.

¡Qué buenos sois (1) para reloj de noche!
Pero si está nublado y sin estrellas,
sois cual reloj sin [¿nada de?] provecho (2).
Eso tenemos bueno los amantes;
que de puro velar la noche entera,
andamos hechos todos estrelleros:
cuál está contemplando si ve el Carro,
otro mira la cruz de Caravaca,
y puesto ya entre el Tauro y Capricornio,
sin mirar que por dicha está otro dentro,
que le deja la luna dibujados
los dos remates que con la menguante
más patentes y claros se descubren,
imitando al Ariés en el capote...

LISDAURO.

Dejemos de cifra, y [de] motete (3),
y sépase quién es el embozado.
¡Descúbrase! ¿Quién es?

SUFRIDO.

¿Quién? La justicia.

LISDAURO.

¿Pues hay de quién hacella?

SUFRIDO.

Sí, del uno.

LISDAURO.

¿Quién ha de ser [aqueste]? (4)

LEUCATO.

Ya se sabe (4).
Sufrido es. ¡Bueno ha andado por mi vida!

SUFRIDO.

Mejor dirás que ha andado por tu muerte.
¿Estáis los dos del caso apercibidos?

LEUCATO.

Sí.

SUFRIDO.

Pues dicen que se aparten a una parte,
porque tenga principio lo que intento,
y has de decir que con traición te mato.

LEUCATO.

¿Pues de qué sirve aqueso para el caso?

SUFRIDO.

Porque es muy proprio en estas ocasiones.

LISDAURO.

Muy bien has dicho.

SUFRIDO.

Pues haceos a un lado.

LISDAURO.

Apártate, Mesalio, a aquesta esquina.

LEUCATO.

¿Qué espada traes?

SUFRIDO.

¿No basta esta mohosa
para lo que es la burla que he trazado?
Mete mano y afírmate conmigo
de suerte que los dos no nos hiramos.

LEUCATO.

Pues, necio, ¿había de herirte? ¡Pierde el mie-
[do!

SUFRIDO.

¡Pues ya va de pendencia y de venganza!
Pues a mí te atreviste, lleva el pago.

LEUCATO.

[¡Ay!] (Que) este traidor me ha muerto con
y con engaño. [malicia

SUFRIDO.

(Ya) tu traición pagaste.
¡Traidor, muere!

MESALIO.

Sepamos (esto) si es malicia.

LISDAURO.

¿No os acordáis que aquéste fué el concierto?

LEUCATO.

Teneldo, no se vaya, que me ha muerto!

SUFRIDO.

¡Ya tenéis el castigo, vil villano!
Agora quiero huír, porque parezca
que es verdad lo que he hecho.

LISDAURO.

¡Bien has dicho! Corre por esa calle.

SUFRIDO.

Voy cual rayo
disparado del fuego de la nube.

MESALIO.

¿Ha salido Fenisa a la ventana?

LISDAURO.

No, porque aún no habrá oído [acaso] nada,

(1) Texto: "soy".
(2) Texto: "sois cual relox sin provecho".
(3) Texto: "Dejemos de cifra y motete."
(4) Texto: "¿Quién ha de ser? LEUC. Ya se sabe."

que ahora empiezan a abrir esas ventanas.
Que esto se descubra será malo.
Llega y dile que es tiempo que nos vamos;
no pa(r)ezca alguna gente por la calle,
y digan que la calle alborotamos,
que tenemos mal crédito en la Corte (1).

MESALIO.

(¡Muy) bien has dicho!
Levántate por muerto,
que bien lo has hecho, a fe de caballero.
¡Hola! ¿Qué digo? ¡Levantaos, Leucato!,
ya es la burla muy larga; levantaos.

LISDAURO.

Poneldo en pie.

MESALIO.

La mano me ha mojado;
y me parece sangre, ¡y está muerto!

LISDAURO.

¿Leucato?

MESALIO.

A esotra puerta, que está muerto.
¿Con un loco se pone un hombre en juicio?
¿Hay desgracia tan grande y tal desdicha?
Llevémosle de aquí hasta su casa.
Ya mi esperanza con aquesto crece.

LISDAURO.

Ya mengua con su muerte mi tormento;
yo enterraré mi mal con el difunto.

(*Llévanle y salen* FENISA *y* LESBIO.)

FENISA. ¡Válgame Dios!, ¿qué ruido
es el que en la calle suena?
Temor me ha causado y pena.
¿Lesbio?

LESBIO. ¡Señora.

FENISA. ¿Qué han sido
estas voces?

LESBIO. No sé, a fe,
porque dormía en verdad.

(*Sale* SUFRIDO.)

SUFRID. ¿Queréis saberlo? ¡Escuchad!
Esperad, yo lo diré.
Dicen que un Tereo agora
que ha estado hasta aquí encubierto,
a vuestro Leucato ha muerto.

FENISA. ¡Válgame nuestra Señora!
¡Muerta soy!

LESBIO. ¡Oh, qué locura!
Decírselo ha sido error.

SUFRID. Lesbio, a llamar al dotor,
y trae de camino al cura.

LESBIO. Quédate con ella aquí,
no te apartes de aquí un punto;
tiene (1) el color de difunto.

SUFRID. Anda ve, y déjame a mí.
Ya no resta más que hacer;
hoy resucita mi honor.

FENISA. ¡De Dios me venga el favor!

SUFRID. Muy bien lo habéis menester.
No os asombre lo que digo,
que vengar mi honor deseo.

FENISA. ¿Pues quién sois, señor?

SUFRID. Tereo,
vuestro mayor enemigo.

FENISA. ¡Señor, esposo querido!
Esperad sólo un momento.

SUFRID. Ya se acabó el sufrimiento,
pues se acabó el ser Sufrido.
Y el no haberme conocido
todo de ti ha resultado,
que como yo he sido honrado
y en mi ausencia lo he perdido,
no tengo aquel parecer.
No te admires ni te asombres,
que harán mudar cien mil hombres
mudanza de una mujer.
Ya no es tiempo que me venza
tu gemir y suspirar.
¿No pudiste a más llegar
con tu loca desvergüenza
que hacerme a mí testigo
de mi afrenta y deshonor,
sino hacerme intercesor
para traerte a tu amigo?
El mundo he hecho temer
y agora estoy con temor,
porque consiste mi honor
en dar muerte a una mujer.
¿Hay más desgraciada suerte?
¿Hay más infeliz caída,
que el que un tiempo fué tu vida
venga agora a ser tu muerte?
¿Que hayas hecho del amor

(1) Este pasaje está muy oscuro en el texto. Supliendo las palabras que van entre corchetes [] y suprimiendo las que van entre paréntesis (), parece que queda algo más claro.

(1) Texto: "que tiene".

odio y aborrecimiento,
del gusto y placer tormento
y del honor deshonor;
de la mano que te di,
mano que te ha de matar;
del dulce amor, rejalgar,
y de mí lo que no fuí?
Pues vuélvete a Dios y pide
de tus pecados perdón.

FENISA. ¿No te muevo a compasión?

SUFRID. Tu grave culpa lo impide.

FENISA. Pues, señor, déjame hacer
de mis culpas penitencia,
para aliviar mi conciencia.

SUFRID. Esa te puede valer,
y andas inconsiderada;
que si es que por tu pecado
he de vivir afrentado
y has de vivir afrentada,
mejor te será, muriendo,
pagar el yerro que hiciste,
que no vivir siempre triste,
deshonrada y padeciendo.

FENISA. ¿Que estás dispuesto a matarme?

SUFRID. Sí.

FENISA. Pues dos palabras solas,
en medio de aquestas olas
de mi muerte, has de escucharme.
Tú tienes poder en mí
de darme aquí amarga muerte,
sin que de ninguna suerte
nadie te lo impida a ti.
Y pues que me fuiste dado
en lugar de Dios a mí,
y es verdad que te ofendí
y cual mujer he pecado,
ya que en aquesto le imitas,
sea en perdonar y todo,
que no es bien que dese modo
darme la muerte permitas.
Ni en buena razón concierta
aquel que de ella te priva,
que Dios te me diese viva
y que tú me envíes muerta.

SUFRID. Sin duda que me volviera
atrás de lo que he intentado
a no haberme transformado
tu grave delito en fiera.
Pero ¡afuera cobardía
y razonamiento vano!
Dios te me dió de su mano
y yo te doy de la mía.
Dióteme hermosa y doncella,
libre de toda deshonra;
al fin dióteme con honra,
y yo te envío sin ella.
Pero a igualar mi poder
al suyo no te matara,
antes remedio buscara
para volverte a tu ser.
Pero pues limpiar el vaso
sin rompelle es sin remedio,
quebralle tomo por medio;
disponte al último paso.

FENISA. ¡Mi Dios, mi bien, mi esperanza!

SUFRID. El te dé esfuerzo y valor.

(*Ahógala.*)

FENISA. ¡Jesús!

SUFRID. Hoy vive mi honor
con esta triste venganza.

(*Salen* LESBIO *y el* DOCTOR.)

DOCTOR. ¿Dúrale el desmayo acaso?

SUFRID. Sí, señor, y es cosa cierta
que sin duda alguna es muerta.

DOCTOR. ¡Triste y prodigioso caso!
Muerta es, que el pulso no siento.
¡Ah, desdichada señora,
cada uno tiene su hora!
Llevémosla a su aposento,
y demos noticia luego
a sus parientes de aquesto,
que ha sido caso funesto.

LESBIO. Yo de mi parte os lo ruego.

(*Vanse, y salen* FULVIA *y* LISEO.)

FULVIA. No en balde siempre ha temido
mi afligido corazón.

LISEO. Fulvia, baste la pasión,
que no os faltará marido.
Mi hijo era, y me consuelo
con que remedio no tiene,
y más si el castigo viene
por la voluntad del cielo.

FULVIA. Muy buen día ha amanecido
para que tenga alegría.
¡Qué de veces lo temía!

LISEO. Ya es hecho, ya ha sucedido.

(*Sale* LISDAURO.)

LISDAURO. ¡Ah, suerte, la más esquiva
que ha podido suceder

en venganza de mujer!
LISEO. ¿Que haya abierto la puerta
a vuestra triste ruína?
LISDAURO. ¡Ah, desgracia! ¿A qué se inclina?
LISEO. ¿Qué es?
LISDAURO. Fenisa es muerta.
¡Secreto del cielo justo!
LISEO. Y decid, ¿quién la mató?
LISDAURO. Ella misma se murió
de un acelerado susto.
LISEO. ¿Qué me decís de su muerte?
¡Déle Dios el cielo santo!
¿Murió? Cosa es de espanto.
¿Hay más desgraciada suerte?

(*Sale* MESALIO.)

MESALIO. ¡Qué mal le midió el deseo
un esperado contento!
LISEO. ¿Qué hay?
MESALIO. En aqueste momento
acabó de entrar Tereo.
LISEO. ¿Es posible?
MESALIO. Aquesto pasa.
LISEO. ¿Que tanto ha?
MESALIO. En aqueste punto
vino con su padre junto,
y aun entiendo que a tu casa.
LISEO. Algún tanto me consuelo
con estos sucesos varios,
que son juicios temerarios
reservados sólo al cielo.
Que más me hubiera pesado
que Tereo hubiera venido
antes de lo sucedido,
que es soldado, al fin, y honrado.
Lo mejor que se pudiere
aquesto se disimule,
sin que culpa le acumule
al que culpado estuviere.
Que Tereo es hombre sabio
y es el caso grave y fuerte,
y no hallándose en su muerte
dará por vivo su agravio.
(Yo tengo de procurar
casalle con Fulvia luego
para apagar este fuego.)
Con su padre le vi entrar.

(*Sale* ARSENIO *y* SUFRIDO.)

SUFRID. Movido del sentimiento
de la muerte desdichada
que con mano acelerada
quitó el vital movimiento
a vuestro hijo, que conmigo
tuvo tan grande amistad,
movido de su lealtad
y de haber sido mi amigo,
vengo a que no os aflijáis;
aunque, aquesto bien mirado,
yo he de ser el consolado
por causas que no pensáis.
El vulgo, que desto siente
de contino lo peor,
dice no sé qué de honor:
si alguno lo dice, miente.
La honra que yo mantengo
nadie me puede quitar,
que no la sabrá ganar
ni tener como la tengo.
No es comprada con riqueza,
sino con mi sangre misma,
vertida entre la morisma,
aumentando mi nobleza;
cual suelen hacer los buenos,
y los que no lo hacen mal,
mi honor es propio caudal,
no puede venir a menos.
¡Bueno fuera de mi honor,
ganado entre tanto aprieto,
le tuviera yo sujeto
a un infame y a un traidor!
Y si destos desconciertos
la paga es sangre vertida,
hasta dejarlos sin vida,
¿qué me quieren, si están muertos?
LISEO. Algo, sin duda, ha oído;
aquí es menester remedio.
Tú, Fulvia, has de ser el medio,
haciendo lo que te pido.
Tereo, mucho me he holgado
de vuestra buena venida,
y pues es por vos sabida
la muerte del mal logrado,
no hay para qué referir
su desgracia y sentimiento,
porque es tanto lo que siento
que no lo puedo decir.
Y hago testigo a Dios,
si algo puede consolarme
[y] de mi pena aliviarme,
es de haberos visto a vos.
Y si es que en buena razón,
por mis canas y este amor,

me sois, Tereo, deudor,
anulo la obligación.
Si lo que pidiere es justo,
os suplico deis el sí.
para que vaya de aquí
con menos pena y más gusto.
Y es lo que os quiero rogar
seáis de Fulvia marido.

MESALIO. ¡Cielos!, ¿qué es esto que he oí-[do? (1)

SUFRIDO. Si no puedo desear
más bien del que se me ofrece,
digo que gusto de hacello,
por lo que yo gano en ello
y por lo que ella merece.

FULVIA. Cese el consejo imprudente,
que no es tiempo de alegrías;
pasaránse algunos días
por el decir de las gentes,

(1) Texto: "Cielo, que esto que oído."

y luego lo trataréis,
aunque más era mi intento
acabar en un convento;
mas basta que lo mandéis.

LISEO. Hágase, pues yo lo pido.

FULVIA. Doila; mas con condición
que haya en esto suspensión.

SUFRID. Muy bien acordado ha sido.

LISEO. Ya han cesado mis querellas,
Tereo, pues tú nos honras.

SUFRID. Vamos a hacer estas honras (1).

LISEO. Seránlo, estando tú en ellas.

SUFRID. Basta; que ya el pundonor
de mi fama restauré;
y aquí fin, senado, dé
el *Sufrimiento de Honor*.

FIN.

(1) Texto: "vodas".

TANTO HAGAS CUANTO PAGUES

COMEDIA FAMOSA (1)

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES (2)

DON DIEGO.
DOÑA BEATRIZ.
DON FÉLIX.
Un ESCUDERO.
GARCÍA, *criado.*
CASTAÑO, *gracioso.*
DOÑA CLARA.
DON LOPE DE FIGUEROA.
INÉS, *criada.*

ACTO PRIMERO (3)

(*Salen* DON DIEGO *y* CASTAÑO.)

CASTAÑO. ¡Oh, Madrid, corte dichosa
del gran Felipe (4) Segundo,
tu nombre celebre el mundo!
Agora envidio la prosa
de uno que pide prestado,
sin prenda.
DIEGO. Necio, ¿qué dices?
CASTAÑO. Que tus dichas solenices,
pues a Madrid has llegado
tras de tres años de ausencia
a los brazos de tu esposa,
como rica y noble hermosa.
Terrible es la penitencia
que has cumplido, pues apenas
"sí otorgo", dijiste al cura,
cuando tu necia locura,
que la lloras y condenas,
te obligó al delito honrado
de la noche deseada
de tu boda. ¡Oh, fiera espada!
¡Oh, montañés confiado!
¡Qué recio te acometió!
Aunque esto no es para aquí.
DIEGO. Con mi obligación cumplí;
pasé a Flandes, y él sanó
de las heridas.
CASTAÑO. Quisiera
que del recio amor sanara.
DIEGO. A tenerle, no faltara
quien a Flandes me escribiera.
Pero ya habrá escarmentado
en sí mismo (1), cuando sabe
que en doña Beatriz no cabe
contra mí el menor cuidado
de su loco desatino.
CASTAÑO. No sé yo si persevera;
pero dicen que te espera
más pertinaz que Calvino,
para vengarse, agraviado
de la ofensa que le has hecho.
DIEGO. Vendrále Madrid estrecho
en sabiendo que he llegado.
CASTAÑO. Tiene amigos y dinero,
y es valiente.
DIEGO. Necio estás.
Lo que agora siento más...
CASTAÑO. Dame con algún agüero
en estas barbas; ni entramos

(1) A. Ed. suelta en la Real Biblioteca de Munich; B. Ed. de *La traición vengada,* de Moreto, según la Bib. de Aut. Esp. de Rivadeneyra, vol. XXXIX, págs. 639-654.

(2) El reparto en B es como sigue:

DON DIEGO.
BEATRIZ.
DON FÉLIX.
CASTAÑO, *gracioso.*
DON LOPE DE FIGUEROA.
GARCÍA, *criado.*
DOÑA CLARA.
INÉS, *criada.*
Un ESCUDERO.
Dos HOMBRES.
Un EMBOZADO.

(3) B: "Jornada primera. Plaza delante de San Martín." La indicación de escenas es añadido del editor de B. A. E., don Luis Fernández-Guerra.

(4) B: "Felipo."

(1) B: "en mí mismo".

en martes, ni eres Mendoza.

DIEGO. Cuando ya la vista goza
el norte fijo en que estamos,
que es estrella que me guía
al sol que mi pecho abrasa,
estar fuera de su casa
el sol, ¿no es desdicha mía?

CASTAÑO. ¿Qué desdicha puede ser?
Si monja tu esposa fuera,
y encerrada no estuviera,
era ocasión de temer.
Estarán en San Martín,
porque es de su fiesta el día,
que hoy muestra la bizarría
todo humano serafín.
Y más habiendo llegado
a Madrid la flor de España,
que haciendo del mar campaña,
quedó revuelto y manchado
entre la sangre y despojos
del fiero turco en Lepanto.
Ya está en la corte el espanto
del Asia, luz de los ojos
del Rey, su hermano, el señor
don Juan de Austria.

DIEGO. Al nombre sólo.
tiembla el más opuesto polo;
pero si heredó el valor
de aquel César Carlos Quinto,
tendrá a sus pies la fortuna,
dando a la otomana luna
rayos del planeta quinto.

CASTAÑO. ¿Cómo no te has acordado,
pues con él fué a la jornada,
de tu grande camarada
don Lope?

DIEGO. ¿Pues ha llegado
don Lope de Figueroa?

CASTAÑO. Mientras te apartaste a hablar
con don Pedro, le vi entrar (1)
en San Martín.

DIEGO. A Lisboa
le escribí desde Bruselas,
cuando se partió el armada (2).
No tiene mejor espada
el mundo.

CASTAÑO. En tales escuelas
aprenden. En Flandes son
(también te ha cabido parte)
cada capitán un Marte,
cada soldado un Scipión (1).

DIEGO. Aquí le hemos de esperar,
pues dices que entrar le viste.

CASTAÑO. No es mal amigo, si embiste
el montañés.

(*Salen* DOÑA BEATRIZ *y* DOÑA CLARA, *tapadas con mantos.*)

BEATRIZ. Aguardar
podemos al escudero.

(*Sale el* ESCUDERO.)

CLARA. Suele buscarnos tres horas.

ESCUDERO. ¿Dónde han estado, señoras?

CASTAÑO. Lindos soles de febrero,
que se ven entre nublados.
Llega, que bureo tienes.

ESCUDERO. ¡Qué vísperas tan solenes!
A todos deja admirados
la música.

BEATRIZ. Buena ha sido.

ESCUDERO. Es un jilguero el Capón.

CASTAÑO. Esta era buena ocasión.

DIEGO. Como esas habré perdido.
Guardo el decoro mejor
a mi esposa; mientras sale
don Lope, si no me vale
la prudencia...

(*Alborótase, mirando hacia dentro.*)

CASTAÑO. ¿Qué temor
tienes? ¿Qué has visto?

DIEGO. ¡Castaño,
que aquí me aguardes te pido! (*sic*)
A don Félix, mi enemigo,
he visto.

CASTAÑO. ¡Suceso extraño!

DIEGO. Y en tan público lugar,
aunque el furor me provoca,
será acción cobarde y loca
reñir para no matar,
y en Madrid habrá ocasión.
¡Oh, patria! Bien me recibes,
pues delitos me apercibes
contra mi honrada opinión.

(*Vase.*)

CASTAÑO. Pues si te apartas de mí
y se arroja como un rayo

---

(1) A: "estar".
(2) B: "la armada".

(1) B: "Cipión."

en tu busca su lacayo,
sin mí, ¿qué será de ti? (2)

BEATRIZ. Hermana, cúbrete bien,
porque pienso que nos sigue
don Félix.

CLARA. ¿Que amor le obligue,
siendo eterno tu desdén,
a solicitar tu amor,
hallando en mi pecho entrada?

BEATRIZ. ¡Qué mal gusto, pues te agrada
un necio!

(*Sale* DON FÉLIX.)

FÉLIX. (Todo el furor [*Aparte.*]
que encierra el abismo, alienta
con su vengativo fuego,
mi pecho; he visto a don Diego,
dueño feroz de mi afrenta.
¡Oh, quién a solas se viese
con él! Pero mientras llega
la noche, el sol que me niega
al cielo, aunque al sol le pese,
le he de descubrir agora,
vengativo y envidioso,
por si volviere su esposo).
Nubes del manto, señora,
no han de poder encubriros
de quien tan perdido os sigue.

(*Quiérela destapar.*)

BEATRIZ. Félix, mi honor os obligue,
si sois noble, a persuadiros
que ablandáis montes de acero
con copos de helada nieve,
y que ni aun el sol se atreve
al justo dueño que espero.
Vuestra ciega pretensión
hace en vuestro mismo daño,
que tan largo desengaño
os sirva (2) de obstinación.
No toméis tanta licencia
por ver ausente mi esposo,
que soy un rayo furioso
que exhala su misma ausencia.
Y advertid que noble y fiel,
pues que su honor me encargó,
sabré castigaros yo,
y sabrá mataros él.

FÉLIX. ¡Aguarda, imposible mío!

BEATRIZ. Quien le conoce, ¿qué espera?

(*Vanse las dos y el* ESCUDERO.)

FÉLIX. Que entre sus engaños muera,
pues de sirenas me fío.
¡Seis años! ¡Viven los cielos,
que es prodigio esta mujer,
pues me ha obligado a tener
aun del mismo tiempo celos!
Don Lope, ¿dónde os quedastes?

(*Sale* DON LOPE DE FIGUEROA, *con hábito de Santiago.*)

LOPE. Como no era menester
en conquistas de mujer,
viendo que al salir la hablastes,
tuve el lance por seguro.

FÉLIX. Más terrible es su conquista
que en Flandes, a escasa vista,
trepar un valiente muro.

LOPE. Como no habéis peleado
en aquel país, pensáis
que en guerra de amor halláis
Marte fiero y cielo airado.

FÉLIX. ¿Luego nunca habéis querido?

LOPE. Tibiamente y sin rodeos,
porque ajusto mis deseos
al amor como al olvido.

FÉLIX. Buen amamte sois.

LOPE. Es clara
y segura mi opinión:
la esperanza y posesión
se han de ver siempre a la cara.
Para que el tiempo publique
burlas de mi necio amor,
esperando, ¿no es mejor
ir a hacer cara a Mastrique?
Mujer que llega a tener
dilación de un cuarto de hora,
es muy cara.

FÉLIX. ¿Y si es señora?

LOPE. Esa sólo ha de querer
un dueño; el mundo la alaba:
yo las busco más comunes,
que las pesque como atunes
la más vecina almadraba.

FÉLIX. Desa suerte, ¿no queréis
esta noche acompañarme?

LOPE. Jamás dejé de arriesgarme
por un amigo. Tendréis
conmigo, a fe de quien soy,
las espaldas bien seguras.

(1) B suprime los cuatro versos últimos y la acotación dice: ("*Vase, y* CASTAÑO *le sigue.*")
(2) A': "os sirve".

FÉLIX. Adoro las luces puras
del sol que siguiendo voy,
tan sin esperanza alguna,
que entre mal perdidos bienes
voy a conquistar desdenes,
más libres que la fortuna.

LOPE. ¿Y ha de ir, para saber
si una mujer os habló,
todo un hombre como yo?

FÉLIX. Pienso que hay más que mujer:
un hombre honrado y valiente
la guarda.

LOPE. Pues hacéis mal,
y ella bien en ser leal
al que ya tiene presente,
y más a quien abonáis
de valeroso y honrado;
pero si estáis empeñado,
justamente me empeñáis:
que amistad y parentesco
piden que sirviéndoos vaya.

FÉLIX ¿Qué imposible no desmaya (1)
con vuestro favor?

LOPE. Ofrezco
mi persona. Preveníos,
que el sol con ligero paso
a las sombras del ocaso
camina.

FÉLIX. (¡Discursos míos! [*Ap.*]
Entre venganzas y amor,
¿qué aguardáis? Llegadme a dar
o valor para matar,
o para morir (2) valor.)

(*Vase.*)

LOPE. ¡Oh, cansados cortesanos!
¿No era mejor empeñarse
donde pudiera ganarse
honor, entre luteranos,
en defensa de la fe?
Todo galas, todo amor,
para que el propio valor
tan afeminado esté (3).
Pero es don Félix amigo
y deudo, y le he de asistir.

(*Salen* DON DIEGO *y* CASTAÑO.)

DIEGO. ¿Cómo he de poder vivir
si yo mis desdichas sigo?
Hasta que cierren las puertas
del templo la he de esperar,
por no tener que dudar
cuando es mi desdicha cierta.

CASTAÑO. Lleno está de gente. Espera
que tal vez me ha sucedido,
cansado de haber leído,
ser mi carta la postrera.
Estará Beatriz rogando
al cielo por tu salud.

DIEGO. Conocida es su virtud.
(Aspides voy engendrando
en el alma.)

CASTAÑO. Llega a hablar
a don Lope.

DIEGO. ¡El es, por Dios!
¡Señor don Lope!

LOPE. De vos
quejas pudiera formar,
y justas, señor don Diego
de Vargas, si habéis sabido
que ha más de un mes que he venido
a Madrid.

DIEGO. Si agora llego,
perder la queja podéis.

LOPE. Bastante disculpa ha sido.
¡Seáis, don Diego, bien venido!

DIEGO. Que vos con salud estéis.
Victorioso del suceso
que dió tan ardua ocasión,
me alegro, como es razón.

LOPE. Cayó de su mismo peso
la bárbara monarquía,
y el señor don Juan dió a España
eterna luz con la hazaña
que el mundo a los tiempos fía.

DIEGO. Relaciones han venido
fabulosas, y me holgara
que la vuestra me dejara
satisfecho y advertido.

LOPE. Oíd (1) lo que el Asia llora,
aunque venganzas previene.

CASTAÑO. (Muy bien el tiempo entretiene
mientras sale mi señora.)

LOPE. Alí, general del Turco,
úfano con las empresas
de tierra y mar, compitiendo
bajeles con las estrellas,

---

(1) B: "¿Qué imposible se desmaya?"
(2) B: "para sufrir".
(3) B suprime esta redondilla.

(1) A: "oí".

abrasaba entrambas mares
con tan bárbara soberbia,
que el Adriático y [el] Jonio
eran destroncadas selvas.
Alargóse al mar, buscando
quién le pudiese dar nuevas
de nuestra armada, tan falsas,
que la burlaba sin verla.
El señor don Juan entonces,
teniendo juntas las fuerzas
de la Católica Liga,
el Papa, España y Venecia,
en el puerto de Micina (1) (*sic*),
escuchaba diferencias
de pareceres contrarios,
monstruos que la guerra engendra:
que el Turco era superior
en soldados y en galeras,
soberbio con las vitorias,
poderoso con las presas,
y que a un trance de batalla
no era bien que se pusiera
la reputación de España;
que lo mirase Su Alteza
más bien; que el mejor acuerdo
era que fuese la guerra
defensiva en casa propia,
guardándose las fronteras
de Italia, opuestas al Turco.
Mas don Juan, a quien alienta
el cielo, para blasones
de Austria les dió por respuesta (2):
que ya estaba lleno el mundo
(si bien difícil la empresa)
de tan grandes prevenciones,
que corría ya por cuenta
de la nación Española
pelear, y que le ordena
el Rey su hermano que busque
al Turco, y que le acometa
cuando la ocasión lo pida;
y pues el tiempo la muestra,
que protesta dar la vida
en defensa de la Iglesia.
Su nombre aclamaron todos,
y con voces imperfetas
decían: "¡A pelear,
señor don Juan! ¡Guerra, guerra!"
En esto, el Nuncio del Papa,

(1) B: "Mesina".
(2) A, por errata, "respesta".

bañado en lágrimas tiernas
el rostro, dijo: "Señor,
la vitoria tienes cierta,
porque el Vicario de Cristo
lo afirma; y para que tengas
la fe segura, te envía
aseguradas promesas."
Sacó del pecho una carta,
y rompiéndole la nema,
le enseñó dos profecías
de San Isidro, que en ellas
anunciaba la batalla,
con la vitoria más nueva
que vió el mar en sus espumas;
que el General, que interpreta
con nuevas revelaciones,
es don Juan, y quien (1) merezca
ser el que señala el cielo
con tan vitoriosas muestras.
Abrazó Su Alteza al Nuncio,
y como si ya tuviera
por alfombra de sus pies
toda la armada turquesca,
tocó a embarcar. ¡Tanto puede
la fe en Dios, porque desprecia
toda ventaja enemiga,
toda bárbara potencia!
Bendijo el Nuncio el armada
desde el muelle, y las riberas
dieron por tributo al agua
el eco de las trompetas.
La Capitana de España
pareció, tocando a leva,
que se desgajaba un monte,
como iba perdiendo tierra.
Ibanla siguiendo todas,
tan iguales, tan serenas,
que aun volando parecían
que eran pedazos de selvas,
repartidas por escuadras.
Andrea de Oria la primera,
que le tocó la vanguardia,
con cincuenta y dos galeras,
en que iban interpoladas
las del Papa y de Venecia,
las de Génova y Sicilia;
y porque se conocieran,
honraba el viento el garcés,
sin los penoles y entenas,

(1) A: "que".

con las banderolas blancas,
que casi las aguas peinan.
La batalla y cuerno izquierdo,
con setenta y cuatro velas
y banderolas azules
llevaba a cargo Su Alteza.
La Capitana del Papa
iba gallarda a su diestra,
con Marco Antonio Coloma (*sic*),
a quien las aguas respetan;
el gran Sebastián Veneto (1),
que por Venecia gobierna
un monte por Capitana.
Iba a la mano siniestra
el proveedor Barbarigo,
que en cincuenta vasos vuela
con banderas amarillas.
Lleva el siniestro a su cuenta
al Marqués de Santa Cruz,
llegando el número a treinta,
con las banderolas blancas
la retaguarda encomienda.
Don Alvaro (2) de Bazán,
su hermano, Marte en la guerra,
y don Martín de Padilla
las distintas puntas cierran.
Encargó a don Carlos (3) de Ava- [los,
confiado en su experiencia,
treinta bajeles redondos,
para que fuese en conserva,
siempre a tiro de cañón;
y con orden y advertencia
que si les calmase el viento
y no alcanzasen las piezas
a batir al enemigo,
que arrojase a las galeras
el socorro de españoles,
quejosos si no pelean.
Luego, don Juan de Cardona,
con ocho velas ligeras,
salió a descubrir al Turco.
Descubrióle, y dió la vuelta,
dando aviso que venía,
imagen de la soberbia,
tan señor del mar, que al agua
verle le permite apenas,
y que dejaba a Lepanto

(1) B: "Veniero."
(2) A y B, así; pero debía ser don Alonso, según observa L. Fernández-Guerra.
(3) B: "don Juan".

en distancia de tres leguas,
dando a la tierra amenazas,
como a los cielos blasfemias.
Era la Real del Turco
alta la puntal, y en ella
quinientos escopeteros
genízaros, que pudieran
conquistar una provincia;
a cuyas voces dispiertan
los acentos alternados
de dulzainas y jabebas.
En forma de media luna
tendió su armada, tan diestra,
que el sol formaba una sombra
de tantos cuerpos compuesta.
Alí, sembrando vitorias,
iba a la parte de tierra,
llevando para su guarda
de todos vasos ochenta.
Y cerraba aquella punta,
por ser la de mayor fuerza,
Mahamud, gobernador
de Negroponto, que enseña
crüeldades a la fortuna,
para despeñarse en ellas.
Siroco, gobernador
de Alejandría, sustenta
la punta del mar, y en medio
Jafer, renegado, muestra
el cuerpo de la batalla,
gobernando ciento y treinta.
Mahamud, Siro y Saín,
hijos de Alí, se reservan
con cuarenta y seis galeazas,
que el bravo Pialí gobierna.
El nieto de Barbarroja,
Azén (1), llevaba sin éstas
veinte y cuatro de socorro,
todas con las popas negras.
Con esta bárbara pompa
venía aprestando cuerdas
para maniatar cristianos
(¡qué locura, qué soberbia!);
pero en viendo nuestra armada,
con voz turbada y suspensa,
dijo Alí: "Habéisme engañado.
mayores son estas fuerzas
de lo que yo imaginaba."
Y volviendo la cabeza

(1) B: "Hazén".

a los remeros cristianos,
que su libertad esperan
en la vitoria de España,
dijo, con turbada lengua:
"Cristianos, si es vuestro día,
Dios os le dé, que mi estrella
en la fortuna otomana
se fía." Y dando la vuelta
a presentar la batalla,
hizo largar una pieza.
Respondímosle con otra,
y cuando estuvimos cerca
alzó la Real de España
en una roja bandera
un Crucifijo, y la Virgen,
estrella del mar, que ruega
en semejantes peligros
por la salud de la Iglesia.
Adelantóse Pialí,
y salióse Juan Andrea
al encuentro, reservando
la ventaja a la prudencia.
Los alaridos y voces
acompañaban las flechas,
porque los dos Capitanes
se probaran (1) fuerza a fuerza.
Dieron a Pialí socorro,
dejando en notable afrenta
al de Oria, que hecho un monte
hizo honrosa resistencia.
Vió su aprieto Barbarigo,
y volando a la defensa
con su galera, acomete
la Capitana turquesca.
Mas fué tan recia la carga
de dardos y de saetas,
que al descubrir, peleando,
el rostro por la rodela,
sacó en el ojo derecho
un flechazo (¡heroica prueba
de su valor!), que arrancando
él mismo la turca flecha,
bañado en su misma sangre,
acometió a la galera
contraria, que, temerosa,
huyó, zabordando en tierra.
Huyeron luego a Lepanto
de Pialí quince galeras,
desamparando su escuadra,

(1) A: "probaron".

llenas de cobarde afrenta.
Ya con el mismo furor,
dura imagen de la guerra,
cerraban por todas partes.
Cubrióse con nubes negras
del humo el rojo horizonte,
y descubriéndose apenas
las dos galeras reales
dejaron la luz suspensa
del sol, que admiró el fracaso,
pues por las proas se encuentran
émulas, en dos montañas,
que pagan el censo en peñas.
Como la Real del Turco
era más alta, la nuestra
metió debajo la proa (1),
rompiendo las palamentas.
Alí conoció su dicha,
y porque no se perdiera
la ocasión de la vitoria,
sus genizaros empeña.
Perdida estuvo dos veces
la Real, entrando en ella
los turcos, si ¡voto a Dios!
Mas como estaba por cuenta
de españoles, que, enojados,
se beben las mismas flechas,
tienen por fruta las balas
y se abrazan con las piezas (2),
les dimos tan buena carga,
que en espacio de hora y media
pudo cantar la vitoria
la que se juzgaba presa.
Un alférez español,
natural de Talavera,
tomó a un soldado el mosquete,
y con valor y destreza,
tiró tan de puntería,
que Alí, con últimas quejas,
cayó muerto en la crujía,
cobarde como sangrienta.
Pródiga la muerte entonces,
fué extremando (3) diferencias,
de las crueldades que aguardan,
porque muriendo, la teman.
Fuego, sangre, remos, armas,
cuerpos, bajeles, banderas,
daban rojos paramentos

(1) B: "se metió bajo la proa".
(2) B: "a las piezas".
(3) A y B: "estrenando".

al mar, en olas revueltas.
Cantó la vitoria España,
y numerando la presa,
murieron treinta mil turcos,
y metiéronse en cadena
diez mil; quince mil cristianos
se libertaron; noventa
galeras abrasó el fuego;
tragaron las ondas negras
treinta, con seis capitanas,
y por vitoriosa muestra,
remolcadas por las popas,
trujimos ciento setenta.
El mundo queda asombrado,
Italia libre y contenta,
agradecido Pío Quinto,
acreditada Venecia,
temblando el turco en su casa,
sin autoridad sus fuerzas,
Europa desengañada,
y autorizada la Iglesia,
España causando envidias
y derribando banderas,
para que enemigas armas
triunfos de Filipo (1) sean.

DIEGO. Quisiera tener el alma
más alegre y más sin pena,
para que tan gran vitoria
la celebrase la lengua.
Más domésticos cuidados
hacen que el alma divierta
de toda humana alegría
tal vez sus libres potencias.
Pero con tan grande amigo
comunicar será fuerza
por favor y por consuelo,
mis cuidados y mis penas.
¿Dónde gustáis que mañana
nos veamos?

LOPE. Diligencias
propias y ajenas, me obligan
a cuidados y asistencia
de palacio.

DIEGO. Yo os veré
en él, para daros cuenta
de mis sucesos, don Lope,
y porque mi casa tenga
tan noble huésped en vos.

LOPE. Los cumplimientos se dejan
para menos amistad.
Ya sabéis que en paz y guerra
soy muy vuestro.

(*Vase.*)

DIEGO. ¡El cielo os guarde!

CASTAÑO. Ya no quedan en la Iglesia
más que campanas y altares.

DIEGO. Como en mi alma sospechas.

CASTAÑO. ¡Oh, qué agorero que vienes!
Sólo te falta que veas
saltando de rama en rama
a la siniestra corneja.
¿No es mejor que no haya estado
doña Beatriz en la fiesta,
si estuvo en ella don Félix?

DIEGO. No hables más, que me atormentas
con villanas presunciones.
¡Ven acá! ¿Dónde pudiera
estar agora Beatriz?

CASTAÑO. Agora que el sol se ausenta,
para dar luz a los indios,
estar en su casa es fuerza.
¿Esta señora no tiene
madre, amigas y parientas?
Pues habrá estado en visita.
Si tu venida supiera,
claro está que te aguardara
con lavatorio de piernas,
camisa por estrenar,
oliendo el cofre a alhucema,
porque es contra la polilla,
mesa limpia y cama hecha;
mas no sabiendo que vienes,
¿es mucho que se entretenga
visitando amigas suyas?

DIEGO. ¡Castaño, bien me consuelas
con la verdad! Es mi esposa
honrada y noble. No creas
que he de presumir agravios
de Beatriz.

CASTAÑO. ¿Pues a qué esperas?
Si ya ha cerrado la noche,
ya estará en casa.

DIEGO. (¡Ah, sospechas,
no obliguéis a que os publique,
y que el criado no entienda!
¿Qué fuera de mi opinión,
si a estas horas no estuviera
Beatriz en casa, juzgando
tan ausente el dueño della?
Muerto por saberlo estoy;
pero porque no prevenga

(1) B: "Felipo."

malicias este criado,
le doy lugar a que vuelva,
aunque la noche desate
nuevos racimos de estrellas.)

CASTAÑO. Mira que ya está la noche
(que así lo dicen las viejas)
como una boca de lobo;
y ya estuviera de vuelta
tu esposa, si la visita
hubiera sido en Vallecas.

DIEGO. ¡Vamos, Castaño! (Tú solo,
capa común de tinieblas,
si sabes agravios míos,
no permitas que los vea
la luz, enemiga tuya.
Ocupa tus sombras negras
en los delitos que aguardas;
y si a morir me condenas,
despeñado en mis agravios,
tus pardas cortinas cierra,
hechas de ausencia del sol,
para que tú sola veas,
desde el pavonado coche,
que pardos buhos gobiernan,
la venganza a que (1) me animas,
si pudiste ver mi afrenta.)

(Vanse, y salen DON FÉLIX *y* DON LOPE DE FIGUEROA, *con broqueles de noche.)*

FÉLIX.

Don Lope, esta es la casa.

LOPE.

¿Habéis de entrar?

FÉLIX.

El alma se me abrasa
en la luz de su dueño.

LOPE.

Pues no lo dilatéis, pues yo me empeño (2)
a guardaros la puerta.

FÉLIX.

Clara, su hermana, con industria incierta,
de noche suele hablarme,
que piensa con desvelos obligarme,
aunque mis desengaños
me están diciendo que padezco engaños;
pero importa que agora
le diga a Clara que mi amor la adora,
y que a sus puertas llego,
menos ya de Beatriz perdido y ciego,
pues desta suerte es llano
que entrar podré a gozar del soberano
imposible que emprendo.

LOPE.

Escuchando os estoy, y no os entiendo.
¿No decís que la guarda
un hombre honrado?

FÉLIX.

Amor no se acobarda
jamás. Resuelto vengo
a matarle en su casa.

LOPE.

No os prevengo
suceso diferente,
pues vengo, más que cuerdo, por valiente;
pero estad advertido
que la vengaza del contrario ha sido,
porque un hombre en su casa
riñe por cuatro.

FÉLIX.

Si a discursos pasa
vuestra prudencia, es llano
que habéis venido a acompañarme en vano.

LOPE.

Yo por vos lo decía,
porque suele tal vez la valentía
disputada en los labios,
mostrar flaqueza y padecer agravios.
Llamad y entrad, y advierto
que no faltéis, don Félix, al concierto,
porque me pesaría.

FÉLIX.

Decid, por vida mía.

LOPE.

Quiero desengañaros,
que si no reñís bien, he de dejaros:
que quien me trae consigo,
y no riñe como hombre, no es mi amigo,
pues con cobarde ausencia
quiere que yo le riña su pendencia.

FÉLIX.

De mí estaréis seguro,
que mi nobleza conservar procuro.

(1) B: "la venganza que".
(2) B: "pues ya me empeño".

(*Sale* Inés *en lo alto.*)

Lope.

El balcón han abierto.

Félix.

Con vos, muy buen suceso tengo cierto.
¿Señora? ¿Por ventura
sois el sol que mis dichas asegura?

Inés.

¿Sois don Félix?

Félix.

A doña Clara
me importa hablar.

Inés.

¿En casa?

Félix.

¿En qué repara
tu advertido cuidado?
¿Es la primera vez que a hablarla he entrado,
con el cuerdo respeto
que merece su honor? Solo y secreto
siempre a verla he venido.

Inés.

Pero no enamorado; que eso ha sido
causa que el desengaño la divierta.

Félix.

Abre, por Dios, Inés; abre la puerta,
que humilde amante llego.

Inés.

Estoy temiendo.

Félix.

¿Temes a don Diego?

Inés.

¿Cómo, si no ha venido?

Félix.

(El no está en casa. ¡Venturoso he sido!,
pues si entro yo primero
en la presencia de Beatriz espero
vengar agravio y celos.)
Mal pagas mis desvelos.
A Clara estimo ya por prenda mía.

Lope.

Bueno, por Dios, sería
que Félix me negara,
amando a doña Clara;
y pues tiene Beatriz ausente el dueño,
por Clara es el empeño,

Félix.

Clara es, Inés, la que mis pasos guía.

(*Salen* don Diego *y* Castaño.)

Castaño.

Voy a llamar.

Diego.

Desvía.

Castaño.

De bonísima gana,
que he visto en la ventana,
y también en la puerta...

Diego.

¿Vienes loco?
(¿Qué es esto, cielos? Mis agravios toco.)
Muy mal presumes con sospecha incierta,
nadie está en la ventana ni en la puerta.
(¿Hay hombre cómo yo más desdichado,
que llegue a ver mi afrenta mi criado?)

Castaño.

¿Y aquellos bultos?

Diego.

Necio, no es mi casa.

Castaño.

Pues vamos a tu casa.

Diego.

(¿Así se abrasa
mi honor y tenga vida?)

Inés.

Dejaréis a Beatriz (1) agradecida,
por lo que a ella toca.
Ya bajo a abriros (2).

(*Entrase* Inés.)

Castaño.

¿Inés?

Diego.

¡La infame boca
cierra, necio ignorante!

Castaño.

Marido eres a prueba de diamante.
Si la vista y oído
no te aprovecha, va de otro sentido.

---

(1) Texto: "Beatris."
(2) B: "abrir".

DIEGO.

¿Pues quieres tú que crea
que aquel delito de Inesilla sea?

CASTAÑO.

Ya el alma lo adivina.

DIEGO.

¿Quién es?

CASTAÑO.

La pastelera de la esquina.

LOPE.

¿Abren la puerta?

FÉLIX.

Sí.

DIEGO.

(¡Viles sospechas,
ya no lo sois!; ya quedan satisfechas
mis afrentosas dudas,
que ya las tiene el desengaño mudas;
ya hablan los agravios
y enmudecen los labios,
que en tan ardiente calma
tiene al justo dolor suspensa el alma.)

(*Sale* INÉS.)

INÉS.

Entrad, que ya os espera,
más hermosa que el sol.

FÉLIX.

Dichoso (1) fuera,
si la suerte trocara,
y mi adorada prenda me esperara.

(*Vase* DON FÉLIX *y* INÉS, *y queda a la puerta* DON LOPE.)

CASTAÑO.

Colóse.

DIEGO.

(Ya me dais, airados cielos,
en vasos de mi honor veneno en celos.
Castaño, ¿si advertiste
dónde se fué aquel hombre?

CASTAÑO.

¿No le viste?

DIEGO.

(Quisiera desvelar (2) tan vil testigo,
que el criado mejor es enemigo.)

CASTAÑO.

A la puerta llegó.

DIEGO.

¿Quién lo imagina,
si yo le he visto revolver la esquina?

CASTAÑO.

Pude haberme engañado.
Si tú contento estás, yo estoy pagado.
(A creer se resuelve
que en su casa no entró.)

DIEGO.

Mira si vuelve,
y hasta que yo te llame por tu nombre,
ni respondas ni vuelvas.

CASTAÑO.

Hácesme hombre.
Yo parto a obedecerte.

(*Vase.*)

DIEGO.

Halló mi honor su término en la muerte:
y el fuego es tanto (1), que me cierra el paso,
que me quiero librar y más me abraso.
La dilación me mata,
y el veneno por puntos se dilata,
y en tantas ansias mías,
mucho puedes, honor, mucho porfías,
pues que tus pasos sigo,
y me arrojo a matar a mi enemigo.

(*Va a entrar, y pónese delante* DON LOPE.)

LOPE. ¿Quién es?
DIEGO. Responder quisiera
si me diera más espacio
la prisa con que he venido.
LOPE. Pues aunque vengáis volando,
no habéis de pasar de aquí,
porque estos umbrales guardo
a un amigo que está dentro.
DIEGO. ¿Y sufrirá estos agravios,
desta misma casa el dueño?
De enojo estoy reventando.
LOPE. ¿Y soislo vos?
DIEGO. Yo lo soy.
LOPE. Pues por dueño y por honrado
no me atreveré a deciros
que os volváis, que es recio caso

(1) A: "dichosa".
(2) Así en A y B. Fernández-Guerra corrige "desviar".

(1) B: "y es tanto el fuego".

negarle a un hombre la entrada
de su casa. Estoy culpado,
y tanto, que os lo confieso;
y por no verme empeñado
en causa que es tan injusta,
diera los premios que aguardo
de algunos servicios míos.
Pero como está fiado
en mi amistad el que entró,
es fuerza que cierre el paso
con mi riesgo.

(*Meten mano, y acuchíllanse.*)

DIEGO. Y con el mío
he de entrar yo.
LOPE. Será en vano;
que guarda esta puerta un monte.
DIEGO. Para los montes hay rayos.
LOPE. ¡Por Dios, que es hombre de bien!
¡Lindo pulso!
DIEGO. ¿Hay más extraño
perder de ocasión? ¡Ay, honra!
¿Quién tu venganza ha librado
en tan invencible espada,
y en tan alentados brazos?
LOPE. Juro a Dios que es un demonio,
pues que me ha durado tanto.
DIEGO. Hidalgo, gente se acerca;
mientras pasa, retiraos.
LOPE. Si luego hemos de reñir
retirémonos entrambos.

(*Retíranse cada uno a su lado, y sale un hombre embozado por una puerta, y éntrase por otra, sin hablar.*)

DIEGO. (¡Invencibles confusiones,
no me matéis tan despacio!
Acreditad mis afrentas
de una vez, para que el lazo
del dolor que aprieta el alma
acabe prodigios tantos
como atormentan (1) mi vida.
Prodigio es que no le alcanzo
el ver que puede ofenderme
Beatriz, si ha sido un milagro
de honestidad y virtud;
pero ausencia de seis años,
cayendo en sujeto hermoso,
son trabucos disparados
de la ocasión que derriban
el homenaje más alto.
Pero ciego estoy. Bien puede
ser Clara, la que ha llamado
al que busca por esposo;
mas hasta verlo, ¿qué aguardo,
que no entro a hacer experiencia
de mi desvelo o mi agravio?)
Pues no pueden cortesías
con vos, acortemos plazos,
pues volvemos a estar solos.

(*Al tiempo que vuelven a reñir, sale* DON FÉLIX, *y va a acometer a* DON DIEGO, *y tiénele* DON LOPE.)

FÉLIX. Para matarle yo basto.
LOPE. ¡Ni aun entrambos, voto a Dios!
Teneos, que habéis andado
poco cuerdo, porque es hombre
que sabrá muy bien buscaros
dentro en vuestra misma casa,
y es mal hecho que a mi lado
os pongáis, viniendo él solo.
Esto basta, y retiraos,
que ya os sigo (1).
FÉLIX. Yo obedezco (2).

(*Vase.*)

DIEGO. (Cobarde soy, pues que tanto
puede resistirme un hombre.)
LOPE. (El me deja aficionado
por su valor; ¡vive el cielo,
que quisiera asegurarlo
de sus celos!) Advertid
que habéis venido engañado,
si pensáis que es vuestra prenda
la que entró a hablar el hidalgo
a quien yo guardé la puerta.
DIEGO. (¡Cielos, en naufragios tantos
descubridme limpio el puerto
del honor que estoy guardando!
¡No sea Beatriz quien me ofende!)
LOPE. Clara tiene dueño honrado
que la guarda, y si sois vos,
pudo la vista engañaros,
porque el que viste salir,
nunca fué tan temerario
que solicite mujer
que tiene en Madrid resguardo.
Beatriz tiene el dueño ausente,
y esa es la que le ha llamado

(1) A: "atormenta".

(1) A y B: "digo", corregido por Fernández-Guerra en "sigo".
(2) B: "ya obedezco".

para lograr sus favores
entre requiebros y abrazos.
(Bien asegurado queda.)

(*Vase.*)

DIEGO. De su peso derribado
cayeron sobre mis hombros
montes de injurias y agravios.
Hombre, demonio, imposible,
fuerza, verdad, desengaño,
para un corazón rendido,
¿qué queréis, viniendo tantos
enemigos exteriores?
¡Si habéis hecho algún contrato
con mi afrenta, y os importa
que yo muera, retiraos!
Retiraos, porque no digan
los que pueden murmuraros,
que tantos habéis querido
matar a un hombre sin manos.
Mi enemigo está en mi pecho,
cuidado tiene: ¡dejaldo!,
que es tan cruel que sabrá
matarme por agradaros.
La imagen es de Beatriz,
la que está tejiendo el lazo.
de la infamia que la culpa,
porque me mate (1) la guardo.
Bella imagen desleal,
avisa con mudos labios
al original traidor,
que soy su dueño y que traigo
con sospechas, evidencias
del más lastimoso agravio
que inventó la desvergüenza,
que imaginó el desacato (2).
Mas si es mujer, ¿qué me admiro
Si en la mujer nos pintaron
hieroglíficos y enigmas
de monstruos más temerarios
que la ardiente Libia engendra,
sirena entre los peñascos,
cocodrilo entre las ondas,
áspid en amenos prados,
tigre, robados los hijos,
toro celoso en los campos,
león entre cazadores,
oso tronchando venablos?

A la mujer no se iguala,
si rompe el velo sagrado
del temor que debe al cielo,
porque sujeto tan flaco,
y que tantos monstruos vence,
es la mujer, si la vergüenza pierde.

ACTO SEGUNDO

(*Salen* DOÑA BEATRIZ, DOÑA CLARA *y* INÉS.)

BEATRIZ. ¿Clara, estás loca? ¿En qué pien-
[sas?
¿Teniendo honra, es bien que igno-
que son tus necios amores [res
para mi recato ofensas?
¿Tú abres de noche la puerta
a un hombre? ¿Tú eres mi hermana?
¿Tu reputación qué gana,
que estos delitos concierta?

CLARA. ¿Pues si mi esposo ha de ser...?

BEATRIZ. Tan libertada osadía
sólo tenerla podía
quien no tiene qué perder.
¿Sabes que don Félix trata
de mis ofensas no más,
y tan ciega y loca estás
cuando tu engaño dilata?
El halcón, diestro y ligero,
causando al sol maravilla,
que los vientos acuchilla
más encarnizado y fiero,
viendo la garza volar,
que parece cuando sube
átomo de alguna nube,
siendo su intento el matar,
con su natural rigor,
con destreza libre y varia,
toma una punta contraria
para arrojarse mejor.
La garza soy, que huí;
Félix el halcón traidor,
que haciendo punta en tu honor
quiere derribarme a mí.

CLARA. No podrá, que estás (1) segura.

BEATRIZ. Sí estaré, por ser quien soy;
mas del vulgo no lo estoy,
que sin ocasión murmura.
Si saben que me pretende,
y aun pienso que él lo blasona,

---

(1) A: "mata".
(2) Desde aquí falta en B, hasta el fin de la jornada.

(1) B: "está".

el vulgo, que no perdona
al sol, porque el sol le ofende,
¿qué dirá, llegando a ver
que entra de noche en mi casa?

CLARA. Conmigo las horas pasa,
si se llegare a saber;
si bien no ofende el decoro
que se le debe a mi honor.

BEATRIZ. ¿Hubo libertad mayor?

CLARA. Tus pensamientos ignoro.
Y no sé qué piense aquí
de quien tan terrible está;
si tú estás casada ya,
déjame casar a mí.

INÉS. Todas lo hemos menester,
casarse es gozar la vida;
si un marido se convida,
¿por qué le hemos de perder?

BEATRIZ. No es elección acertada,
pues nobleza y honra heredas,
que si casada no quedas,
has de quedar deshonrada.
Quien de noche entrar le ve
bien la afrenta presumió;
que basta saber que entró,
sin preguntar para qué.
Corrige tu atrevimiento,
fundado en agravios míos,
o pondrá freno a tus bríos
la clausura de un convento.
Que quiero, aunque más me enga-
y de mi rigor te quejes, [ñes
más que llorosa me dejes
que ofendida me acompañes.

(*Vase entrando.*)

CLARA. ¡Escucha!

BEATRIZ. Los nuevos casos
me están diciendo en bosquejos
que quien huye mis consejos
no quiere seguir mis pasos.

(*Vase.*)

CLARA. ¿Qué te parece?

INÉS. Que tiene
razón en guardar tu honor,
porque es hermana mayor.

CLARA. También a mí me conviene.
Y don Félix ha de ser
mi esposo, si al mundo pesa.

INÉS. Dudosa tienes la empresa,
que te engaña has de creer.
Porque un amor de seis años,
puesto en mí, señora, ¿quieres
que se olvide? Nunca esperes
más que necios desengaños.
Con que dejará burlada
tu esperanza y tu deseo.

CLARA. Aunque desengaños veo,
soy mujer y porfiada.
Que mi amor, aunque no espere
premio, aumenta mis desvelos,
porque se ha fundado en celos
de ver que a mi hermana quiere.

(*Sale* DON DIEGO, *y quédase a la puerta escuchando.*)

INÉS. Mucho tu fuego te abrasa,
y mucho tu edad ignora.
¿Por celos de mi señora
metiste a Félix en casa?
Hiciste mal, pues que ves
que a mi señora pretende,
y que el fuego que se enciende
no lo has de aplacar después.

DIEGO. ¿Y cómo ya no se abrasa
la casa, a mi honor traidora?
"Por celos de mi señora,
metiste a Félix en casa."
¿Luego Beatriz, desleal,
pone en Félix su cuidado?
Sólo escucha el desdichado
aquello que le está mal.
Pero si a vengarse pasa
mi honor, que pudo manchar,
mejor ha sido el hallar
los testigos en mi casa.
Porque si me informo airado
de gente de fuera, vengo,
el tiempo que no me vengo
a confesarme culpado.

(*Llega ella.*)

¡Clara!

CLARA. Señor, bien venido
seas.

DIEGO. (Turbado el semblante,
información es bastante,
cuando faltara el oído.)

CLARA. (Helada tengo en las venas
la sangre.) Voy a avisar
a mi hermana, por templar
tan no merecidas penas
como en tus ausencias pasa.

DIEGO. Dame un abrazo primero.

INÉS. (Descuidado caballero,
no sabe lo que hay en casa.)

DIEGO. Dios te guarde. Hermosa estás;
mucho me alegro de verte:
espera una buena suerte,
que espero en Dios la tendrás.
Y no es mi esperanza vana.
Dicen que tienes intento
de entrar...

CLARA. ¿Dónde?

DIEGO. En un convento.

CLARA. Voy a avisar a mi hermana.

(*Vase.*)

INÉS. También cabe a mi ventura
parte del bien que gozamos.

DIEGO. ¿Cómo estás?

INÉS. Todas estamos
en tan estrecha clausura,
que se cierra a la oración
la puerta.

DIEGO. ¡Honesto cuidado!
¿Cómo en mi ausencia has estado?

INÉS. No dejando devoción
sin rezar.

DIEGO. Bien se acrisola
tu fe.

INÉS. De noche velamos,
pues que claras las pasamos
rezando al ánima sola.

DIEGO. Muy lucida estás.

INÉS. Me quiere
mi señora que me adora.

DIEGO. (Por ser criada traidora,
a las demás la prefiere.)
¿Y Elvira y Leonor?

INÉS. Servían
tan mal, que por descuidadas (1)
las despidió.

DIEGO. (Eran honradas; (*Ap.*)
mi deshonra no sabían.
Su virtud el mundo alabe,
que no hay mujer atrevida
que a la criada despida
si algún defeto le sabe.)
¿Está en casa el escudero
que yo dejé?

INÉS. Sí, señor.

DIEGO. ¿Sirve bien?

INÉS. Es gruñidor.

DIEGO. Si le pagan su dinero,
¿qué se queja ni se enfada?

INÉS. Su salario bien pagado,
no más.

DIEGO. (Este es buen criado,
que no le acrecientan nada.
que si el delito abonara,
y mi deshonra supiera,
contento en casa estuviera,
y más premiado se hallara,
porque su infame interés
librara en deshonra mía
en dádivas cada día,
más que en salario del mes.
¡Cielos! ¿Que esta honestidad
pudo engendrar pensamiento
tan cruel?)

(*Salen* DOÑA BEATRIZ *y* DOÑA CLARA.)

BEATRIZ. Venció el contento.
Aun a la misma verdad.
Apenas puedo creer
que ya a vuestros brazos llego.

DIEGO. (Todo soy veneno y fuego.)
No te acierto a responder,
Beatriz, el gusto de verte
suspende el alma en los labios.
(¡Oh, dueño de mis agravios,
causa total de mi muerte!)

BEATRIZ. ¿Venís bueno, mi señor?

DIEGO. Hasta que a Madrid llegué
truje salud.

BEATRIZ. Pues mi fe
pudo lograrse mejor,
porque mi salud no estimo
como la vuestra.

DIEGO. Yo creo
Beatriz, tu honesto deseo.
(A la venganza me animo (*Aparte.*)
cuando más piadosas estás,
sus palabras son venenos;
porque entonces quieren menos,
cuando disimulan más.)
Clara está grande mujer.

BEATRIZ. Pues que vos habéis llegado,
es bien ponerla en estado;
y mientras llega a tener
efeto, os pido, señor,
que esté Clara en un convento,
porque en él su casamiento
se concertará mejor.

(1) B: "por desmañadas".

DIEGO. Tan justo intento me agrada:
(¿Qué estoy escuchando, cielos?
De su hermana tiene celos,
yo lo escuché a la criada.
por eso afrentalla quiere.
Hoy la crueldad me perdone,
pues no hay sospecha que abone,
ni más ocasión que espere.
Inés su tercera es,
y de mi enemigo fiero.) (*Aparte.*)

BEATRIZ. También, mi señor, espero
más favor: sabed que Inés
en casa no está con gusto;
mucho tiempo me ha servido,
y es razón darla marido.

DIEGO. (Otro será su disgusto.)
Regalalda y corregilda;
nadie se queje de vos.

BEATRIZ. Pues esto importa a los dos,
o casalda o despedilda.

DIEGO. (¿Puede haber más confusiones?
Disculpadme, ingenios sabios,
pues hallo abonos y agravios
en unas mismas razones.
Tiene de su hermana celos,
y como en fuego se abrasa,
no quiere tenerla en casa;
y cuando entre mis desvelos,
tan a costa de mi vida,
dice Inés, que su señora
la estima, me dice agora
que la case, o la despida.
¿Qué enigmas de Esfinges veo,
o qué coyundas desato?
¿Con qué Babilonia trato?
¿Con qué ilusiones peleo?
Por un laberinto vas,
discurso, sin discurrir,
pues en probando a salir,
te vas enredando más.) (1) (*Ap.*)

(*Sale* CASTAÑO.)

CASTAÑO. Señor, como me mandaste,
para enseñarle la casa,
he venido con don Lope.

DIEGO. Es un amigo del alma;
hízome dos mil favores
en Flandes, de cuya espada
tiembla el flamenco en Europa,
y le rinde el turco en Asia.

(1) Falta en B esta redondilla.

Quiero que conozca agora,
que las amistades paga
quien tiene sangre de noble (1)
....
y de mi enemigo fiero.

BEATRIZ Es obligación hidalga,
y debéis señor, cumplilla.

CASTAÑO. Cuando a la puerta llegaba...

DIEGO. ¿Pués dónde está?

CASTAÑO. En el zaguán
queda leyendo una carta,
mientras yo subí [a] avisarte.
Digo que, en viendo la casa,
porque le dije: "Aquí es",
miró puertas y ventanas,
como si fuera alarife,
llamado para tasarlas,
y haciéndose dos mil cruces,
volvió de nuevo a mirarlas.

DIEGO. Lo que me has dicho me admira
porque no entiendo la causa.

CASTAÑO. Ya sube.

DIEGO. (En más confusiones
mi entendimiento se enlaza.)

(*Sale* DON LOPE.)

LOPE. (¿Hay semejantes sucesos?
Por fábula imaginada
lo ha de juzgar quien lo oyere.
¿Posible es que esta es la casa,
y el dueño della don Diego?)

DIEGO. Señor don Lope, ganancias
de vuestra amistad espera,
quien para honrarse os aguarda.
Beatriz: el señor don Lope
viene a honrar aquesta casa,
como pudiera yo mismo.

BEATRIZ. El ser vuestro gusto basta
para que todos sirvamos,
a quien merece en España
por su sangre y su valor,
lugar que le da la fama.

LOPE. Mirad que vendré a pensar,
que la merced que esperaba,
la libráis en cumplimientos,
y entre soldados no pasan.
(¿Que esta es Beatriz, y su esposo
don Diego? ¿Y que yo guardaba
a su enemigo la puerta?

(1) Falta este verso en A; el siguiente falta en B; debe de haber alguna laguna.

¿Que ya él me dijo que el alma
le ha dado Beatriz hermosa?
Ya la juzgo por desgracia
que deslustra mis acciones
entre confusiones tantas.) (*Aparte.*)

(*Sale el* Escudero *con un papel.*)

Escudero. Señor, un hombre me dió
aqueste papel.

Diego. ¿Aguarda
la respuesta?

Escudero. No, señor;
parecióme que volaba:
en dejándole en mis manos,
sin aguardar más palabra,
se fué.

(*Vase.*)

Diego. (¡Buena ausencia he hecho!
¡Muy bien me recibe España!)

(Lee:) "*Para tomar satisfacción de mi agravio, que se ha dilatado por vuestra ausencia, espero solo* (1) *a las espaldas de San Jerónimo.*
Don Félix."

Viene a muy buena ocasión,
porque yo la deseaba,
para que conozca el dueño
que beneficios se pagan.

Lope. ¿Quién os escribe, don Diego?

Diego. Un amigo, a quien le falta,
si no el crédito, el dinero
para cumplir cierta paga.
Quieren sacarle los bienes,
y voy a hacer la fianza
con mucho gusto, ¡por Dios!

Lope. Vamos los dos.

Diego. En firmarla
podré tardar solamente.

Lope. Advertir que las fianzas
suelen consumir la hacienda.

Diego. Está muy asegurada
la que voy a hacer. Quedaos,
don Lope, honrando mi casa.

(*Vase.*)

Beatriz. Acompaña a tu señor,
Castaño.

Castaño. De buena gana.

(*Vase.*)

Lope. Señora doña Beatriz,
¿sabéis quién soy?

Beatriz. Pues ¿qué causas
a esa pregunta os obligan?
Cuando nobleza heredada
me faltara, ¿no sabéis
que el ser don Diego de Vargas
mi esposo, señor don Lope,
a darme nobleza basta?

Lope. Que sintiérades lo mismo
que dicen vuestras palabras,
era honrada obligación.

Beatriz. ¿Pues vos penetráis las almas,
que presumís lo contrario?
¿Qué descuidos o qué faltas
en el servicio y regalo
de mi esposo, aun cuando estaba
ausente, habéis conocido?
¿Notábaisle vos las cartas
que de Flandes me escribía,
o, por dicha, se os quejaba
de mis descuidos mi esposo?
Si el amistad era tanta
y mis cartas os leía,
¿juzgastes de alguna carta
tibiezas y poco gusto
de su vuelta? Y en mi casa,
pues veis con ojos de amigo,
que muchas veces se engañan,
entre necios y curiosos,
pareciéndoles que pagan
la amistad en ver defetos,
y aun se huelgan que los haya,
para atreverse después
a las mujeres que infaman,
sirviendo para rendirlas
los defetos de amenazas,
¿qué habéis visto?

Lope. (¿Es esto sueño? (*Ap.*)
Pues si en ofensa tan clara
le da a una mujer la industria
tan eficaces palabras,
que mienten las evidencias
y las verdades engaña,
¿cómo puede haber maridos
que las castiguen por malas?)
Digo, señora, que os creo,
aunque anoche en vuestra casa
(el término perdonad)
entró un hombre, que juzgaba
merecedoras sus prendas
de favores vuestros.

(1) B: "a solas".

BEATRIZ. (¡Clara,
en buen extremo me has puesto!)
No niego que mis criadas
pierdan el respeto al cielo,
si la vergüenza les falta:
a hablar alguna entraría.

LOPE. ¿Y si era hombre de importancia?

BEATRIZ. No hay calidad en los gustos.
Hay hombre que en mesa y cama
tiene por mujer un ángel,
y gasta con mano franca
con un demonio su hacienda.
Prendas tendrá muy honradas
quien decís, y querrá más
solicitar en mi casa
las criadas que su dueño.

LOPE. Yo presumí que bastara
este aviso a corregiros:
a hablaros a vos entraba
quien me descubrió el secreto.

(*Sale* DON FÉLIX, *y vase* INÉS.)

FÉLIX. Doy a los cielos mil gracias,
que llego seguro al puerto.
Don Lope, tratáis mis causas
como amigo, y es forzoso,
pues que lo sois tan del alma,
aunque es Beatriz tan cruel
que paga con amenazas
mis bien nacidos desvelos.

BEATRIZ. (Valor y esfuerzo me falta;
pero mi honor me defiende.)

LOPE. Este es quien anoche entraba
a visitaros, señora;
pero aquí veréis si guardan
los amigos la lealtad
a quien su honor les encarga.
Don Félix, si estáis tan ciego
que entre locas confianzas
os atrevéis a poner
los ojos en esta casa,
sabiendo que tiene dueño
con quien puede honrarse España,
por nobleza y por valor,
de vuestra amistad pasada,
romperé los privilegios
si es que ofendidos se guardan:
yo os enseñaré a tener
buena ausencia a cuchilladas.

FÉLIX. ¡Don Lope, escuchad!

LOPE. A mí
es muy necio quien me llama
para cosas que no tengan
calificación de honradas.
Juro a Dios que me habéis puesto
en ocasión que os matara,
si el publicaros no fuera
de mayores daños causa.
Mi resolución sabéis:
idos con Dios, que me cansan
vuestras libertades necias.

FÉLIX. Yo escucho vuestras palabras,
y como amigo os las sufro.

BEATRIZ. No permitáis que se vaya,
señor, que a mi honor importa.

LOPE. Si vuestro esposo le halla,
¿no vendréis a perder más?

BEATRIZ. Yendo a firmar la fianza,
diciendo que vuelve luego,
claro está que si halla en casa
a quien ofenderle intenta
que no ha de juzgar culpada
mi inocencia, pues procuro
que hasta que él vuelva no salga.

FÉLIX. (Holgárame que viniera,
porque fuese (1) mi venganza
donde recebí el agravio;
pero ya pienso que paga
mis ofensas con la vida,
pues cuatro hombres le aguardan,
buscados por orden mía,
que al fin su muerte restaura
mi honor; que después el tiempo
podrá ser que desta ingrata
ablande el rigor que muestra.)

LOPE. Don Félix, en las desgracias
hay remedio, prevenidas.
Pues es don Diego de Vargas
tan bizarro caballero
no deis ocasión que os haga
en su casa algún disgusto.
Esperalde en la campaña,
si dél estáis ofendido;
que allí con iguales armas
se satisfacen los nobles.

FÉLIX. Si a Flandes no se pasara,
yo me hubiera satisfecho;
pero ocasiones no faltan.
Quedad con Dios.

LOPE. El os guarde.

---

(1) B: "fuera".

(Sale INÉS *alborotada.)*

INÉS. Señora, mayor desgracia
temo. Castaño ha venido,
y si le ve cosa es clara
que lo sabrá mi señor.

LOPE. Cuando no quedéis culpada,
él quedará con sospechas
que vuestra opinión agravian.
El criado no ha de ver
a don Félix: ésta es causa
que toca a todos. Don Félix,
los que son nobles amparan
el honor de las mujeres.
El ocultaros no infama
vuestro valor, pues sabemos
que tenéis honra y espada
para reñir con don Diego.
Mirad dónde puede en casa
estar Félix encubierto.

BEATRIZ. ¿Puede traer más desgracias
no haber cometido (1) culpa?
Si es que el respeto me guarda,
ese aposento le encubra.

FÉLIX. Siendo tú quien me lo manda,
mostrarme cobarde es poco.

(Ha de haber una puerta por la parte que se entra DON FÉLIX *a esconder, y cierra tras sí, y sale* CASTAÑO.)

CASTAÑO. ¡Vive Dios, que a estar la casa
dos dedos más adelante,
sospecho que me faltara
el resuello! Mi señor
me envía con priesa tanta
a decir que le esperéis.

LOPE. ¿Ha hecho ya la fianza?

CASTAÑO. Si en el campo hay escribanos,
allá pudiera firmarla.
Al Prado se fué derecho,
y cuando cerca llegaba
de San Jerónimo, un hombre
de buen talle y buena capa
a hablarle llegó. No sé
lo que entre los dos trataban.
Despidióse, y mi señor,
algo la color turbada,
me mandó venir delante,
diciendo que os suplicara
que le esperéis, que le importa
la reputación.

LOPE. (¡Extraña
confusión! ¡Lance terrible
si halla a don Félix en casa!)

(Sale DON DIEGO *alborotado.)*

DIEGO. Don Lope, a empeñaros vengo:
de vuestro valor y espada
fío el suceso que aguardo.

LOPE. Sólo puede haber tardanza
en serviros, el ponerme
en la ocasión.

DIEGO. La fianza
fué un papel de desafío.
Salí adonde me llamaba
quien lo firmó, y en el Prado
llegó un hombre, y con palabras
comedidas, como breves,
me dijo: "Si desas tapias
pasáis, os han de matar.
Yo soy quien a vuestra casa
os llevé un papel, diciendo
que en el campo os esperaba
un hombre solo; mas viendo
que cuatro hombres os aguardan
con tan grave alevosía,
teniendo yo sangre hidalga
no es justo que lo permita
sin avisaros. La paga
desta amistad es volveros."
Y él, volviendo las espaldas,
me dejó, sin despedirse.

LOPE. ¿Pues qué falta agora?

DIEGO. Falta
irme a ver con estos hombres.

LOPE. ¿Podéis fiar desa espada
el riesgo en que ha de poneros?

DIEGO. Bien podré: diómela en Francia
el gran Duque de Saboya,
cuando de Flandes pasaba
a cercar a San Quintín.
Mas las espadas no bastan
si cuatro hombres nos esperan,
y armados; tanta ventaja
suplan armas defensivas,
que yo siempre tengo en casa
con que armar un par de amigos.

(Va a entrar donde está DON FÉLIX, *y detiénele* DON LOPE *a él, y luego a* CASTAÑO.)

LOPE. La razón pienso que basta.

DIEGO. Muy moral estáis. Castaño,
abre ese aposento y saca

(1) A: "no ha cometido".

dos cotas.

LOPE. No es menester;
¡a fe de quien soy, dejaldas!

BEATRIZ. (Parece que están los cielos
eslabonando desgracias
para quitarme la vida.)
¿Pensáis qué fuerzas me faltan
para estorbar que salgáis
donde con tantas ventajas
os esperan?

DIEGO. (Aún no sabe (*Ap.*)
que es ella la mayor causa
de mi agravio.) ¡Vive Dios,
que es bárbara confianza
no ir armados! Perdonadme,
que no he de salir de casa
a tan loco desafío
sin una cota.

LOPE. ¡Dejalda,
don Diego! (¡Perdidos somos!)

DIEGO. ¿Qué es esto?

(*Abre* DON DIEGO *la puerta del aposento, y halla a* DON FÉLIX, *que sale empuñando la espada, y al ir* DON DIEGO *a meter mano le quita* DON LOPE *la espada de la vaina y se queda en medio de los dos, deteniéndolos con la espada de* DON DIEGO.)

BEATRIZ. ¡El cielo me valga!
¡Don Lope, traidor! ¡Ah, cielos!

DIEGO. ¿Pues vos me quitáis las armas
con qué he de cobrar mi honor?

LOPE. ¡Teneos, por Dios, que os engañan
vuestros sentidos, don Diego!

FÉLIX. Dalde, don Lope, la espada,
porque entienda que he venido
sólo a matarle a su casa;
que presumiendo que un hombre
que hizo una ausencia tan larga,
temiendo que le matase
si se quedaba en España,
no se atreviera a salir
al campo, tracé venganzas
del agravio que he callado
donde no pueda excusarlas
la disculpa y el temor;
y pues fuistes vos la causa,
por necios respetos sabios,
para que yo me ocultara,
y ya me ha visto, dejalde.

CLARA. Ya mi temor me amenaza
con un suceso infelice (1).

INÉS. Necia será quien aguarda.

(*Vanse* CLARA, INÉS *y* CASTAÑO.)

LOPE. Pésame que seáis mi amigo,
que esas locuras bastaban
a insistir mi honrado enojo.

DIEGO. ¿Las amistades se pagan
con afrentas? ¡Ah, desdichas
de mi afrenta, pues no fraguan
rayos los agravios míos!

BEATRIZ. ¿Cómo no advertís que cargan
en mi honor montes de injurias?

DIEGO. Dejadme, dejad que vaya
a decirle cómo puedo...

LOPE. De por medio estoy, que basta.
Delitos son insufribles,
don Félix, y al cielo cansan
y al mundo, cuyo castigo
presumo que no se tarda.

FÉLIX. Voime, por darle lugar,
si es que su valor le engaña,
que me busque con amigos
y se prevenga con armas.

(*Vase.*)

LOPE. Agora que hemos quedado
solos, os vuelvo las armas.

(*Dale* DON LOPE *la espada, poniendo mano a la suya.*)

DIEGO. Pues en defensa os ponéis,
culpado os sentís.

BEATRIZ. (En tantas
confusiones, donde yo
soy tan sin culpa causa,
quiero dejar que don Lope
le temple el fuego que abrasa
el corazón, engañado
con apariencias tan falsas.)

(*Vase.*)

DIEGO. Cuando en mi casa descubro
a quien al campo me saca
con un papel engañoso,
y con ventaja villana
a quien me mate previene,
y cuando el cielo me guarda
para que tome, ofendido,
tan legítima venganza,
¿vos, que os preciáis de mi amigo;
vos, que tenéis prendas tantas
de la heredada nobleza
y de la adquirida fama,
permitís que mi enemigo

(1) Faltan en B los dos versos anteriores.

pueda ocultarse en mi casa?
¿Y cuando en ella le veo,
para que mi honor quedara
limpio con la sangre suya,
que ansí el honor se restaura,
me quitáis las armas vos?
¿Quién, sin la nota de infamia?
¿Quién, sin culpa de traición
pudiera quitar la espada
a quien se da por amigo?
¿Hay en Flandes ni en Italia,
don Lope, escuelas que enseñan
a los que profesan armas
tan cobarde estratagema,
lición tan humilde y baja?
Mas porque venganzas mías
mejor por afrentas caigan,
(porque las oposiciones
lucen cuanto más contrarias,
como el sol que se descubre
más bien entre nubes pardas),
ha juntado mi fortuna
a la afrenta de mi casa
una villana nobleza,
una lealtad agraviada,
una traición conocida,
una burlada esperanza,
una fingida promesa
y una amistad mal pagada.

LOPE. Advertid...

DIEGO. ¿Qué he de advertir?

LOPE. Que vos, y el mundo se engaña
si no confiesa por noble
la acción que por temeraria
habéis condenado vos.
Cuando obligan, cuando llaman
a los hombres como yo
las ocasiones, les manda
su mismo valor que acudan
siempre a la parte más flaca.
Aunque es Félix caballero,
no es de acciones tan bizarras
como vos; no ha hecho pruebas
tan conocidas que valgan
la opinión que vos tenéis
tan adquirida y ganada.
Y así quise en el peligro
de honor y vidas, guardarlas,
templando la furia vuestra
con tan iguales balanzas,
que cuando el valor os sobra,
venga a faltaros la espada.

DIEGO. Por consuelo está bien dicho;
yo os doy por ello las gracias.
Pero pues que vos sabéis
a lo que ha entrado en mi casa
don Félix...

LOPE. ¡Basta, don Diego!
No con sospechas tan falsas
presumáis ofensas vuestras,
porque no es la luz tan clara
del sol, como el casto amor
que doña Beatriz os guarda;
y no con injustos celos
deis a entender que os agravia,
porque os diré que mentís
cuerpo a cuerpo en la campaña.

DIEGO. Yo no consulto opiniones.

LOPE. Pues consultad con la fama
vuestro honor.

DIEGO. Ya le he perdido.

LOPE. Engañaisos.

DIEGO. No se engañan
los ojos.

LOPE. A veces suelen
hacer traiciones al alma.

DIEGO. Lo que me importa conozco.

LOPE. ¿Pues qué habéis de hacer?

DIEGO. Mañana
lo sabrá Madrid.

LOPE. Y agora
lo he de saber yo.

DIEGO. Son causas
mías y no he de tener
más testigos que mi espada,
y a quien mi venganza estorbe...

LOPE. ¿Qué decís?

DIEGO. Gasto palabras
muy pocas, mas ¡vive Dios!
que en el campo, a cuchilladas,
haga pedazos a quien
llegue a estorbar mi venganza.

LOPE. Pues yo, que pienso que puedo,
he de entrar en vuestra casa
a mataros, voto a Dios,
si ponéis alguna falta
en vuestra esposa.

DIEGO. Don Lope,
ya sabéis que sabe España
quién soy.

LOPE. Y que soy conocen
en Italia, España y Francia,

don Lope de Figueroa.
DIEGO. Y yo don Diego de Vargas.

ACTO TERCERO

(*Salen* DON FÉLIX *y* GARCÍA.)

FÉLIX. ¿Que un hombre como don Diego,
cuando el papel le avisó
que estaba solo, temió
salir al campo? Estoy ciego
tanto en mi loco furor,
que el amor que en mí se advierte,
con ser tan grande, es más fuerte
mi venganza que mi amor.
Darle muerte pretendía
oculta por mano ajena,
por ver si mi amante pena
remedio tener podía.
Pero ya que esta mujer
es prodigio en su firmeza,
con que la naturaleza
se ilustra en su flaco ser,
y en seis años no he podido,
por piedad o por amor,
alcanzar della un favor,
estando ausente el marido,
que es la más fuerte ocasión
para el mayor rendimiento,
he de mudar pensamiento.
Ya es venganza mi afición.
Templé mi agravio, pensando
lograr mi loco deseo;
mas ya que, ofendido, veo
que voy sin fruto esperando,
de sus desprecios corrido,
quiero más, de furia armado,
que disimular perdido.
GARCÍA. Señor, si por fiel criado
me estimas, y ves que puedo,
sin verle la cara al miedo,
dejar tu agravio vengado,
dime el que hacerte pudieron,
porque la satisfación
venza la murmuración
de los que tu afrenta vieron.
Porque ya sabes que escriben
leyes el amor y el duelo,
que con militar desvelo
satisfación aperciben
a cada agravio de honor,
y tan previsto y mirado (1),
que venga el que está agraviado
a quedar por superior.
FÉLIX. García, también ordena
esa ley en casos tales,
que satisfación de iguales
no ha de ser por mano ajena.
Cuando con ciego furor,
de toda razón desnudo,
por agena mano pudo
hacelle matar mi honor,
tuvo disculpa el deseo
de un yerro desatinado;
mas, cuando desengañado
de mi amor, mi afrenta veo,
por mí mismo he de abonarme
con quien mi venganza espera,
porque de otra suerte fuera
deslucirme sin vengarme.
Mi agravio, si no lo sabes...
GARCÍA. Don Lope viene, señor.

(*Sale* DON LOPE *con un papel.*)

FÉLIX. (Por acreditar mi honor,
fué a consultar los más graves
sujetos que en la milicia
tienen hoy mejor lugar;
pero yo he de consultar
con mi ofensa la malicia
al pueblo legislador,
por atrevido severo.)
Don Lope, ya yo os espero
como a noble defensor
de la opinión que he perdido.
LOPE. Si es verdad la información
que me hiciste, la pasión
os ha turbado el sentido.
Consulté vuestro suceso,
a quien vos llamáis agravio
injustamente, por Dios,
con los mejores soldados
que han venido con Su Alteza,
y con seis Maeses de Campo,
cuyas firmas podéis ver
en este papel que os traigo,
donde os dan por satisfecho.
Al fin les propuse el caso,
dando al silencio los nombres,
porque os conocen a entrambos.
"Dos caballeros —les dije—

---

(1) B: "tan previsto y tan mirado".

tan perdidamente amaron
a una mujer principal,
que el silencio y el recato
les advirtió muchas veces,
turbando al sueño el descanso,
dando a sus rejas suspiros,
y a su calle asombro y pasos.
Al fin, la dama vencida
de honesto amor, dió la mano,
si iguales en calidad,
al que juzgó más gallardo.
Quedó rabiando de celos
el competidor, y entrando
en la noche de sus bodas
en su casa, donde tantos
principales caballeros
honraban los desposados,
dijo en presencia de todos:
"Señora, si deste agravio
"no fuera mujer el dueño (1),
"(que suelen aun en los casos
"de mayor reputación
"cometer yerros tan claros
"como el que agora se ha visto),
"yo dejara tan vengados
"mis celos, que viera el mundo
"que merezco vuestra mano,
"por más calidad y prendas,
"mejor que el que a vuestro lado
"le dais el nombre de esposo."
Dijo, y despidiendo rayos
por los ojos el marido,
y veneno por los labios,
le respondió que mentía.
Y sin poder estorbarlos,
con las espadas desnudas
se acometieron bizarros.
Dió, sustentando el mentís,
al competidor, que en vano
se defendió, tres heridas;
y dando priesa a un caballo,
dió a su esposa tanta ausencia,
que le lloró por seis años.
Volvió a la Corte, su patria,
adonde por varios casos
se han vuelto a ver, sin que nadie
haya tomado a su cargo
el tratar las amistades."
Esto propuse en palacio,

(1) B: "no fuera mujer el yerro".

con las circunstancias todas
con que pudiera informarlos
vuestro mismo honor. Mirad
si les debéis, por soldados
y caballeros, la fe
con que este (1) papel firmaron.

(Dale el papel.)

FÉLIX. (Quiero ver las firmas todas,
que después veré despacio
el desagravio que firman;
aunque a soldados cristianos
no han de consultarse afrentas,
porque fuera injusto caso,
siguiendo leyes del duelo,
firmar venganzas de agravios.)

(Lee.)

"Don Alvaro de Sande. Don Sancho de Londoño. Julián Romero. Don Juan de Cardona. Don Martín de Padilla. Don Alonso Portocarrero."

Sujetos ilustres son,
y que debe respetarlos
el mundo; pero advertid,
y no es pasión la que guardo,
que no pudieron firmar
que yo estoy desagraviado,
oyendo un mentís, don Lope.
LOPE. Satisfecho estáis, sacando
la espada para ofenderle.
FÉLIX. Sí, pero ha de ser quedando
iguales con las espadas;
mas cuando por desdichado
queda el agraviado herido,
aunque haya sido un retrato
de Marte, en venganza suya,
queda con el mismo cargo
de la ofensa que recibe,
por el dichoso contrario,
con la vitoria sustenta
lo que dijo con los labios.
LOPE. ¿El salir un hombre herido,
riñendo como hombre honrado,
es afrenta?
FÉLIX. No es afrenta.
LOPE. ¿Podrá nadie señalarlo
cómo hombre cobarde?
FÉLIX. No.
LOPE. Pues si con pecho bizarro

(1) B: "ese".

saca la espada, y se arroja,
con que desmiente el agravio
del mentís, y las heridas
no causan afrenta, es llano
que gana reputación,
pues con su sangre ha firmado,
su honor, publicando a voces (1)
que se arrojó por cobrarlo.

FÉLIX. Con sofísticas razones,
don Lope, quereis, templando
mi fuego, excusar mi afrenta.
Yo sé que deja manchado
mi honor mi propia desdicha,
con la suerte del contrario.

LOPE. También os digo, don Félix,
que el concepto imaginado
tiene fuerza de verdad
en los hombres temerarios,
que no reciben consejos;
y así quedan agraviados
los que piensan que lo están.

FÉLIX. Yo lo pienso, y en el campo
ha de darme mi enemigo
la satisfacción que aguardo.

LOPE. A tanta resolución
no hay que dilatar los plazos.
¿Queréis que saque a don Diego
mañana al campo?

FÉLIX. Fiaros
debo una acción tan honrosa.

LOPE. Yo lo haré, pues que no basto
con la verdad y el consejo (2).
sacaré a don Diego al campo;
mas por la razón que tiene
presumo que ha de mataros.

(*Vase.*)

GARCÍA. ¿Pues al campo has de salir?

FÉLIX. No, García; éste fué engaño
por divertir a don Lope,
mientras de vengarme trato,
porque no hay duelo que escriba
que un hombre que está agraviado
debe aceptar desafío,
sino vengarse a su salvo.
Que si yo estoy ofendido
en mi opinión, y el contrario,
por más dichoso que yo,
llega a matarme en el campo,
vendrá por mi culpa necia,
contra las leyes que guardo
del justo honor, a caer
la muerte sobre el agravio.
Esta tarde he de quedar
contento y desagraviado (1).

GARCÍA. Si por fiestas de Su Alteza
una máscara trazaron
para esta tarde, y en ella
has de salir, yo no alcanzo
el modo que has de tener.

FÉLIX. Mis deseos he logrado
en la máscara, García;
porque en ella, disfrazado,
he de afrentar a don Diego.

GARCÍA. ¿Cómo quedará tu agravio
satisfecho, si no saben
quién eres? (2)

FÉLIX. Los que firmaron
en este papel, declaran
mi honor por seguro y salvo
en la común opinión,
y sólo en mi pecho traigo
presunciones de mi ofensa;
yo soy quien a solas paso
conmigo mi propia afrenta;
y así, disfrazado aguardo
satisfacerme a mí mismo,
sin que mi fiero contrario
presuma que yo le ofendo;
con esto también alcanzo
venganza de mi enemiga,
pues a quien adora agravio.

GARCÍA. Advierte un inconveniente
y es el mayor: que ha llegado
don Diego a Madrid apenas,
y siendo los celos rayos
de la furia que le encienden,
te halla en su casa encerrado,
donde el bizarro valor
de don Lope pudo tanto,
que puesto en medio estorbó
llegar los dos a mataros,
y no tiene otro enemigo,
claro está que de su agravio
ha de juzgar cuerdamente
que eres tú el dueño.

FÉLIX. No en vano

---

(1) B: "pues con su sangre afirmando
su honor, publican a voces".
(2) B: "con la razón y el consejo".

(1) Faltan en B los once versos anteriores.
(2) A': "quien eres tú".

me dispongo a lo que intento.
Aquí le desafiaron
sobre pleitos de una herencia
dos caballeros hermanos,
antes que pasara a Flandes,
y como aquí están entre ambos,
y ganó el pleito don Diego,
cuando estaba ausente, es llano
presumir que ellos han sido
los que su afrenta buscaron.

GARCÍA. A morir en tu servicio
estoy, señor, obligado
con la lealtad que conoces.

(*Sale* CASTAÑO.)

CASTAÑO. (¡Buen encuentro!)
FÉLIX. ¿No es Castaño
aquél?
GARCÍA. El es.
FÉLIX. Disimula;
no presuma que buscamos
a su señor.
CASTAÑO. (¡Vive Dios!...)
FÉLIX. Vamos.

(*Hacen que se van.*)

CASTAÑO. Que estoy por retarlos
al palenque de Zamora.

(*Empuña la espada* CASTAÑO, *y vuelven los dos.*)

FÉLIX. ¿Qué decís?
CASTAÑO. Que soy criado
ínfimo de los vecinos
de vuesa merced.
FÉLIX. Villano,
¿cómo empuñabas la espada?
CASTAÑO. ¡Famosa advertencia! Traigo
algo escabrosa la vaina,
y así voy, de cuando en cuando,
haciéndola sacabuche.

(*Hacen que se van los dos.*)

Mas yo nunca satisfago
a nadie, porque me precio...

(*Vuelven los dos.*)

FÉLIX. ¿De qué?
CASTAÑO. De menor lacayo
de vuesté.
FÉLIX. Deja ese loco.

(*Vanse los dos.*)

CASTAÑO. Pues si no vinieran tantos,
y en cuadrilla, ¿aquesta calle
no había de ser arrendajo
de Troya?

(*Vuelve a salir* GARCÍA.)

GARCÍA. Pues yo estoy solo,
¿qué es lo que has de hacer, picaño,
gallina?
CASTAÑO. ¿Yo? Convidarle
a un azumbre de lo caro;
cabal, se entiende, el azumbre (1),
gastando más cuatro cuartos,
que son los (2) que echan de espuma.
GARCÍA. Por no hacer molerle a palos
me voy.

(*Vase.*)

CASTAÑO. ¿Por eso no más?
Parece que me han dejado
en las minas del azogue.
Temblando quedo.

(*Sale* DON DIEGO.)

DIEGO. Castaño,
¿qué tienes?
CASTAÑO. (Hoy me acredito (*Ap.*)
de valiente.) Hablemos paso,
porque no quiero meterme
en peleonas. Llegamos
dos amigos a la "Manta
Colorada" a echar un trago,
y al tiempo que el oficial
de tabernero, en el jarro
quiso despeñar el vino,
porque alzase con el salto
espumaje en la medida
(mira tú si los diablos,
cuando fueron taberneros,
robaron a paso llano,
tan sin melindre; es verdad
que tuvieran más recato
porque anduvieran tras ellos
mil porteros desmandados,
de los que asechan tabernas,
haciendo llorar muchachos;
que, como los cazadores,
llevan podencos al campo
para oler la casa, el fiel
lleva también tres o cuatro
porteros, porque éstos son
los podencos de los jarros);

---

(1) B: "una azumbre... la azumbre".
(2) B: "que es lo que".

mas, volviendo a mi pendencia,
digo que arrimando el brazo (1)
se derramó todo el vino;
y sobre haber de pagarlo,
aunque alegué que la espuma
es el orillo del paño
y que no entra en la medida,
me dieron seis puñetazos
como para mí; mas yo,
que ya me sentí enfadado
de tanta descortesía,
me llegué (2), mi paso a paso,
y al cuero, que se estrenaba
entonces, le tiré un tajo
que le abrí hasta el ombligo,
de cuyo vientre saltaron
dos plagas de Faraón.

DIEGO. ¿Qué dices?

CASTAÑO. Que haciendo un charco
se vieron en sus orillas
ranas y mosquitos, dando
a entender que el tabernero
ligó con estrechos lazos
el agua cándida y pura
con el vino siempre aguado,
que parece en la color
que en él se lavan las manos
los zurradores (3), y es fuerza,
porque cuanto vino hallamos
los cofrades del sarmiento
tiene el color cuartanario,
y para darle en el punto
parece orines colados
de rocín, tomando el verde;
pues el saborcillo alabo:
no dirán sino que sabe
a hierro viejo (4).

DIEGO. Castaño,
buen humor gastas en tiempo
que vive desesperado
el sufrimiento. Pues sabes
mi desdicha y mis agravios,
no es mucho tomar consejo
contigo, que en tales casos
más bien me aconsejarás
como testigo y criado
que el más entendido amigo,
que no siente ajenos casos.
Resuelto estoy en que muera
Beatriz, y que nos volvamos
a Flandes.

CASTAÑO. Si has de matarla
no más de por ser casado,
bien puedes; pero los cielos
lloverán ardientes rayos
sobre ti, por el delito
de matar a un ángel.

DIEGO. ¿Tanto
la disculpas, cuando has visto
a don Félix encerrado
en mi casa, con que muestra
que en ausencia de seis años
logró traidores deseos?
Ya yo estoy determinado
al hecho.

CASTAÑO. No me conformo,
porque pueden ser engaños,
y lo han de ser, ¡juro a Cristo!
Porque son unos bellacos
los que a las mujeres nobles,
con los títulos honrados
de la heredada nobleza,
manchan el honor más claro
que el padre hermoso del día.

DIEGO. ¿Pues tan claros desengaños
no bastan para que muera?

CASTAÑO. No bastan, ni aun otros tantos;
que la afrentas y te afrentas.

DIEGO. Pues un remedio más llano
tomaré por más seguro.
(Cielos, ¿a tan triste estado (*Ap.*)
reducís ya mis discursos,
que tan importantes casos
permitís que los consulte
con un hombre humilde y bajo,
para pedirle consejo?)

CASTAÑO. ¿Qué dices?

DIEGO. Digo, Castaño,
que porque al mundo no sean
más públicos mis agravios,
será bien darla veneno.

CASTAÑO. Y los que saben acaso
tu deshonra, pues tú mismo
dices que estás afrentado,

(1) B abrevia este pasaje así:
"espumaje en la medida,
arriméle un poco el brazo".

(2) B: "me llegue así".

(3) Texto: "surradores".

(4) B suprime parte de este pasaje y dice:
"con el vino siempre aguado,
pues el saborcillo es bueno:
de hierro viejo".

si de secreto la matas
y no saben que tu mano
vengó con hierro tu afrenta,
¿no ha de ser negocio llano
que han de infamarte viudo,
aunque vivas dos mil años?
Un ejemplo he de traerte
para sacarte del casco
tan maldito pensamiento:
un viudo y un casado,
compadres, cuyas mujeres
vestían algo más ancho
de lo que era menester,
saliendo una tarde al campo
a divertirse, cantó
sobre ellos, entre unas ramas
(no es casi nada), un cuquillo.
"¡Miren qué hermoso canario!",
díjole el viudo al otro,
sonriéndose a lo falso.
"Compadre, mirad que os trae
burlas aquel comisario."
Donaire fué peligroso,
porque respondió el casado:
"También las trae de difuntos,
y podemos ir entrambos."

DIEGO. En más alegre ocasión
escuchara más de espacio
tus donaires. (¡Oh, mujer,
en cuyo pecho formaron
mi muerte delitos tuyos!)
Sígueme, Castaño.

CASTAÑO. Vamos;
pero dime adónde.

DIEGO. A casa.

CASTAÑO. Pues si en ella está tu daño,
no la veas.

DIEGO. No es la muerte
para los ojos humanos
más feroz; mas como suele
de noche, en desiertos campos
aparecer una sombra,
causando amarillo espanto
a quien turbado la mira,
que en medio de los helados
temores aun no se atreve,
huyendo, a mover el paso,
y el mismo temor le infunde
valor tan desesperado,
que a la imagen a quien teme
le da mortales abrazos;
de la misma suerte yo,
mirando en sombras mi agravio,
cuando cobarde la temo,
medrosamente la aguardo,
y para verla mejor
hasta morir en mis brazos.

(*Vanse, y salen* DOÑA BEATRIZ, DOÑA CLARA, *y* INÉS, *con recado de escribir.*)

CLARA. Tu severidad honrada
te ha de quitar el honor;
ya es necio tanto valor.
Si ves que estás infamada
con tu esposo, y que los ojos
de la sospecha pasaron
a la codicia, y causaron
no merecidos enojos,
y aunque tan sin culpa vives
puedes temer el rigor,
Beatriz, de un celoso honor,
¿por qué, airada, no recibes
el provechoso consejo
que te doy, si en él estriba
que yo más contenta viva
siendo tu honor el espejo
en que don Diego se vea
sin manchas ni obscuros cielos
de tan conocidos celos?
Darásme ocasión que crea,
si este bien negarme intentas,
que por afrentarme a mí
quieres infamarte (1) así.

BEATRIZ. Nuevos delitos aumentas
con tu loco desatino.
¿Qué dices, loca mujer?
¿Pues yo misma he de poner
nuevo lazo en el camino
donde tropezó mi esposo?
¿Pues yo he de escribir un papel
a don Félix?

CLARA. ¡Qué cruel
estás! Si en el fin dichoso
miras, echarás de ver
lo que escribirle conviene.

BEATRIZ. Dime: ¿qué disculpa tiene
el delito que he de hacer?
¿Yo he de perder el sentido,
si es que yo tenerle puedo,
cuando entre el honor y el miedo
veo a mi esposo ofendido?

(1) A: "infamarme".

En medio de mi inocencia
buscas, con ajenos labios,
nuevo linaje de agravios.
Dime, yo te doy licencia,
dime tu intento furioso (1).

CLARA. Pues si tan terrible estás,
Beatriz, no esperes jamás
desengaño de tu esposo.

(Hace que se va.)

BEATRIZ. ¡Clara, espera! Aguarda un poco.
No dejes mi vida en calma;
que tengo turbada el alma
con las desdichas que toco.

CLARA. ¿No te dije que don Juan
y don Pedro, nuestros tíos,
con nuevos avisos míos
ya prevenidos están,
para que en entrando en casa
don Félix...?

BEATRIZ. ¿A qué ha de entrar?

CLARA. Tu papel ha de llevar,
pues si en tu fuego se abrasa
claro está que ha de venir,
y en entrando han de obligalle
a ser mi esposo, o matalle;
mira si importa escribir
a don Félix de tu mano,
para que engañado venga
y mi honesto fin prevenga
a tu miedo, injusto y vano,
un suceso venturoso,
pues quedando yo casada
vienes tú a quedar honrada
y sin sospechas (2) tu esposo.

BEATRIZ. Seguro parece el medio.

CLARA. El mundo tus dichas vea.

BEATRIZ. Ruego al cielo que no sea
para matar el remedio (3).
¿Qué le tengo de escribir?

(Siéntase a escribir.)

CLARA. Que venga a verte.

BEATRIZ. ¿Hay tal mengua?
Ni la pluma ni la lengua
se atreverán a fingir.

---

(1) A abrevia el pasaje con estos versos:
"el delito que he de hacer.
Dime tu intento furioso".

(2) B: "sospecha".

(3) La anterior redondilla falta en B.

(Escribe.)

INÉS. A creer tus dichas llego;
si hoy viene, te has de casar.

CLARA. Y se vendrán a templar
los enojos de don Diego.

INÉS. Mi señor viene.

CLARA. ¡Ay de mí!

(Salen DON DIEGO y CASTAÑO, y DOÑA CLARA arrebata el papel que está escribiendo DOÑA BEATRIZ y se le mete en la manga.)

DIEGO. ¡Clara, espera!

CLARA. (¿Hay tan cruel
desdicha?)

DIEGO. Dame el papel.

CLARA. ¿Qué papel?

DIEGO. El que yo vi (1).
En la manga le guardaste.

CLARA. Señor, advierte que yo... (2)

(Túrbase.)

DIEGO. (¡Cielos, mi muerte llegó!)
¡Muéstrale!

CLARA. Que te engañaste
has de creer.

DIEGO. ¡Vive Dios,
que me has de obligar que sea
descortés!

CASTAÑO. (Como él le vea
corren peligro las dos.)

CLARA. Es un papel que escribía
mi hermana a una amiga suya.

DIEGO. Pues yo he de verle.

CASTAÑO. ¡Concluya!
¡Mal haya el ladrón que fía
en hembras!

CLARA. No has de saber
lo que le escribe mi hermana.

(Hace pedazos el papel, y arrójale en el suelo.)

BEATRIZ. ¡Necia, descortés, villana!
¿De don Diego has de esconder
el más leve pensamiento
mío? Sus letras juntad,

(Levanta del suelo doña BEATRIZ el papel, o los pedazos, y dáselos a DON DIEGO.)

que ellas dirán la verdad.

---

(1) A: "yo le vi".

(2) B; suplido este verso en B por el editor, en esta forma:
"¿papel en la manga yo?"

Porque fuera atrevimiento
infame que yo negara
lo que habéis de ver aquí:
a don Félix escribí
que me viera y que me hablara.
Esto el papel lo declara,
la duda está satisfecha;
si a vuestro intento aprovecha,
lo demás lo dejo a Dios,
porque no habéis de creer vos
la verdad con tal sospecha.
Don Félix me pretendió
antes de ser vuestra esposa,
y en vuestra ausencia penosa
favores solicitó.
En vuestra casa le halló
vuestro cuidado; aquí os doy
cuenta del riesgo en que estoy,
y no disculpas prevengo,
que para estos cargos tengo
ser yo vuestra, y ser quien soy.
Y si la misma verdad,
con ser desinteresada,
no os deja el alma informada,
no busquéis más claridad:
si en ella hay obscuridad,
mal por mí podrá lucir;
mal os podré (1) persuadir
a creerme y abonarme
si soy la que por salvarme
puedo (2) engañar y mentir.
Lances apretados son
los que habéis visto, es verdad,
y que arguyen liviandad
contra mi reputación.
Terrible es esta ocasión
de escribir, sabiendo a quien;
mas falta que veáis también,
y será prodigio igual,
que una mujer principal
no sea mujer de bien.

(*Vase.*)

DIEGO. ¡Clara, escucha!
CLARA. Yo voy (3) muerta.
DIEGO. Dile a Beatriz que no sabe,
en una ocasión tan grave,
lo que en su abono concierta.

(1) A: "os podréis".
(2) B: "puede".
(3) A: "Yo soy."

La verdad me abrió la puerta
para templar mi pasión;
las satisfacciones son
las que sin ellas he oído,
porque la mayor ha sido
no darme satisfacción.

(*Vanse, y salen* DON FÉLIX, *de encamisada, y una máscara en la mano, y* GARCÍA, *su criado, con unos acicates en la mano.*)

FÉLIX. Dame el caballo, García,
que ya mis venganzas miro
cerca de la ejecución.
GARCÍA. A su misma puerta he visto
a don Diego.
FÉLIX. Por su calle
pasa la máscara.
GARCÍA. Fío
de su valor que sabrá,
aunque te guarden amigos,
satisfacerte.
FÉLIX. ¿No ves
que ha de darme en el peligro
seguro paso la industria
para no ser conocido?
Que, demás de llevar todos
cubierto el rostro, es arbitrio
seguro mudar el puesto (1),
por si acaso el ofendido
me sigue; y volviendo a entrar
entre los demás, me libro
en confusión ordenada
de presumir el delito.

(*Sale* CASTAÑO.)

CASTAÑO. Será máscara famosa.
GARCÍA. Tendrásme siempre al estribo,
siempre, por lo que se ofrezca;
pero dime, te suplico,
¿qué venganza has de tomar?
FÉLIX. Si agora ha de ser testigo
Madrid, reserva a la vista
lo que pretende el oído (2).

(*Vanse los dos.*)

CASTAÑO. Si mi amo no estuviera
lo que llamamos mohíno,
yo avisara a mi señora,
para que los hierros fríos
de sus balcones honrara.

(1) B: "mudar de puesto".
(2) Faltan en B los ocho versos anteriores.

(*Atabalillos dentro.*)

¡Qué bizarros, qué lucidos
vienen los máscaras todos!
Un portátil paraíso
es cada jinete; el sol
cambia reflejos y visos
en los brocados y telas,
güérfanos quedan los indios
de diamantes, porque todos,
con soberano artificio,
han hecho un mapa oriental
en plumas, bandas, vestidos.

(*Dentro cascabeles.*)

¡Famosa cascabelada!
Ya van pasando: pajizos
los primeros; los segundos,
de color de vino tinto;
los terceros, de frailesco,
y los cuartos, navariscos (1);
de color de zanahoria
pasan, gallardos, los quintos,
diciendo: "No matarás",
y los sextos, de membrillos.
Por Dios, que perdí la cuenta,
porque uno, rompiendo el hilo,
por los demás atraviesa.
Cuchilladas hay, y gritos.
¿Qué puede ser?

(*Sale* DON DIEGO *alborotado, con la espada desnuda.*)

DIEGO. ¡Cielo airado,
de mi deshonra testigo,
dame la muerte o permite
que a quien afrentarme quiso
conozca!

(*Sale* DON LOPE.)

LOPE. Amigo don Diego,
decidme, por Dios, qué ha sido
la causa de vuestro enojo.

DIEGO. Que os lastiméis os suplico,
de mi afrenta: un bofetón,
delante de mil testigos,
me dió un máscara, y huyendo,
buscó por seguro asilo
la confusión de los otros,
donde, como en laberinto,
de mis ojos se ha librado.
Ciego estoy; consejo os pido,
en un término tan breve,
que los que mi afrenta han visto
la satisfación esperan,
piadosos como ofendidos.
Aconsejadme, don Lope,
que estoy perdiendo el sentido
de justo dolor.

LOPE. ¿Tenéis
dentro, en Madrid, enemigos
de quien podáis recelaros?

DIEGO. De don Félix ya habéis visto
la ocasión (¡rabiando estoy!),
y no hay de qué esté ofendido
para tan pública afrenta,
que el mentís lo satisfizo
sólo con sacar la espada.

LOPE. Que él no pudo ser os fío,
pues me dijo que os sacara
mañana al campo, y estimo
su valor y su buen trato.

DIEGO. Dos hermanos, conocidos
por honrados caballeros,
hicieron un desafío
conmigo, antes de ausentarme;
pero quedamos amigos,
aunque salí con el pleito
de una herencia. ¡En ciego abismo,
con dudosas prevenciones,
camina mi honor perdido,
y si no me aconsejáis
daré mi pecho a los filos
desta espada!

LOPE. Lo que hiciera
don Lope en tan gran peligro
del honor...

DIEGO. ¡Decid, por Dios,
pues sabéis que sólo estribo
en el honor que sustento!

LOPE. Advertid que aunque es de amigo
el consejo, es de gentil:
sólo un tirano Dionisio
os diera tan mal consejo,
que en un cristiano es delito
bárbaro; pero el honor,
en los que la ley seguimos
del mundo, me está diciendo
que os aconseje lo mismo.
Lo que hiciera, si me viera
sin honra y a mi enemigo
no pudiera conocer...

DIEGO. De vuestra obediencia hijo
me llama el valor. Decid.

(1) B: "navarriscos".

LOPE. Peligroso es el arbitrio;
pero honroso. ¿No decís
que vuestra deshonra ha visto
mucha gente por la mano
de un máscara, y que el peligro
huyó en la confusa tropa
de los demás?

DIEGO. Esa ha sido
mi desdicha.

LOPE. Pues volved
donde corren, ya distintos
y ya juntos, y matad
en tan ciego laberinto
a un máscara, sea el que fuere,
porque los mismos testigos
de vuestra infamia, entendiendo
por cierto vuestro delito,
han de publicar a voces
que os vengastes en el mismo
que os agravió, y le matastes
por haberle conocido.

DIEGO. Dame esos brazos, y adiós.

CASTAÑO. Vamos.

LOPE. Yo también os sigo,
que habréis menester mi espada.

CASTAÑO. (Demonio fué el consejillo.)

(*Vanse, y sale* DOÑA BEATRIZ, CLARA *y* INÉS.)

INÉS. ¿No abriremos las ventanas?
¿Ver máscaras es delito?
¿O quieres que parezcamos
en clausura capuchinos?

BEATRIZ. ¿Con tanto gusto me sientes,
Inés?

INÉS. Jamás le has tenido;
siempre ves por relación
las fiestas y regocijos.

CLARA. Agora yo no la culpo.

INÉS. Yo sí.

(*Sale* DON DIEGO *alborotado, con la daga en la mano, y alborótase* DOÑA BEATRIZ.)

BEATRIZ. ¡El cielo sea conmigo!
Mirad que sin culpa muero.

DIEGO. Yo me matara a mí mismo
primero que te ofendiera,
porque la verdad me ha dicho
la seguridad del alma,
que ha sido el mejor testigo.
Yo, Beatriz, he muerto a un hombre,
que en tan desdichado signo
nací, para que te deje
segunda vez.

(*Salen* DON LOPE *y* CASTAÑO.)

LOPE. ¿En peligro
tan urgente os detenéis,
cuando vuestra suerte quiso
libraros? Dalde un caballo
a don Diego.

(*Haya dentro ruido de gente.*)

CLARA. ¿Qué ruido
es este dentro de casa?

LOPE. Si a prenderos han venido,
por vos me he de aventurar.

(*Sacan entre dos a* DON FÉLIX *herido, y siéntanle en una silla.*)

DIEGO. ¡Cielos! ¿Qué nuevos prodigios
advierte el alma?

FÉLIX Don Diego,
a vuestra casa he venido,
para que, muriendo en ella,
pague en ella mis delitos.
El sol que alumbra en los cielos
no es más puro ni más limpio
que el honor de vuestra esposa.
Con pensamientos lascivos
solicité vuestra afrenta,
y avergonzado y corrido
de no lograr mis deseos,
quise que su dueño mismo
con su afrenta me pagara
el bien que juzgué perdido.
Yo mismo os di el bofetón.
Para que asombre el castigo
del cielo, por vuestra mano
yo muero, y mil veces digo
que os perdono.

LOPE. ¡Caso extraño,
que jamás ha sucedido
su igual!

DIEGO. Pues ya que en la vida
quisiste como enemigo
la deshonra de mi casa,
con vuestra muerte acredito
mi honor, contra las ofensas
que de mi esposa ha tenido
el vulgo necio y cruel.
Dalde a Clara, entre prolijos
desmayos de vuestra muerte,
mano de esposo, que el siglo
trocará por un convento,

pues tanto en la vida os quiso.

FÉLIX. Si a su honor importa, sea.

(Dale la mano, y muere.)

CLARA. Quien desdichada ha nacido,
no espera mejores bodas.

LOPE. Ya espiró.

DIEGO. Porque yo vivo
con el honor que he cobrado.

CASTAÑO. Bravo caso para escrito.

LOPE. Donde el ingenio y el arte
dirás con ejemplos vivos,
que no hay plazo que no llegue,
aunque haya tiempo infinito.

CASTAÑO. Ni deuda que no se pague,
aunque dure el tiempo siglos.

FIN.

COMEDIA FAMOSA (1)

DEL

TESTIGO CONTRA SI

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES:

OTAVIA, *dama*.
SABINA. *su criada*.
LISARDO, *galán*.
MORATA, *su lacayo*.
FABIO, *alguacil*.
PACHECO y ALBERTO, *presos*.
RUFINO, *alcayde*.
El GRILLERO.
LEONIDO, *hermano de* OCTAVIA.
ESTELA, *dama*.
RISELO, *su hermano*.
DELIO.
FIDENO.
MERENCIO.
FELICIANO, *galán*.
DORISTEO, *su criado*.
RICARDO.
[*Dos* PRESOS.]
[LIDENO.]
[ALGUACIL.]
[NOTARIO.]

ACTO PRIMERO

(*Salen* OTAVIA, *dama, cubierta con manto, y* LISARDO, *galán, requebrándola, y* SABINA, *criada, cubierta, y* MORATA, *lacayo, requebrándola.*)

OTAVIA. Habláis como forastero.
LISARDO. Sí, que tienen en rigor
licencia de Embajador:
usar de las leyes quiero.
MORATA. ¿Y ella no me da una (2) mano?
¿Diga, serafín con pies?
SABINA. ¡Jesús, qué pesado que es!
MORATA. ¿No vale más que liviano?
Entre las cosas criadas
sin valor son las ligeras;
siempre a las pesadas quieras,
siempre escojas las pesadas.
Verás una calabaza
muy grande, pero sin peso;
los hombres de poco seso
son ligeros a su traza.
El corcho no pesa nada,
y así es cosa sin valor,
por cuyo ligero humor
a las mujeres agrada.
Por eso a los pies le ves
vuelto chapín valenciano,
porque, en fin, lo más liviano
de la mujer son los pies.
La naranja, o la avellana,
la nuez, el melón o el queso,
no vale nada sin peso;
sola el agua es menos sana,
por lo que tiene de tierra;
pero mira qué importante
es el peso en el diamante,
y los quilates que encierra;
mira el gran peso del oro,
metal de tan alto precio.
SABINA. Sí, pero el metal del necio,
ni es diamante, ni es tesoro.
Y sepa, señor letrado,
que hay muchas cosas también
que ligeras valen bien;
y mire un hombre pesado
que ni a caballo ni a pie
puede ser bueno ni airoso;
pesado es siempre un celoso;
siempre el que pide lo fué.
Las cosas que son ligeras
todas van subiendo al cielo;
las pesadas van al suelo,
y si más probanza esperas,

---

(1) A, Parte VI, Madrid, 1616; B, Parte VI, Madrid, 1615.
(2) B: "esa".

mira que para matar
cualquiera carne o un ave (1),
en siendo la mano grave
luego se viene a dañar;
y para ejemplo más llano,
si te doy un bofetón,
¿querrás en esta ocasión
tenga pesada la mano?

(*Vale a dar.*)

MORATA. Detente y no seas pesada,
pues que te hizo ligera
naturaleza.

SABINA. Quisiera
probarte.

MORATA. No pruebes nada;
que yo me doy por vencido.

(*Han estado hablando en secreto* OTAVIA *y* LISARDO.)

LISARDO. ¿Habéisme entendido?

OTAVIA. Sí,
y ansí digo desde aquí (2)
que ni he menester vestido,
ni vanas promesas quiero.

LISARDO. Ya os digo (3) que si me culpa
la inocencia me disculpa
la exempción de forastero.

OTAVIA. No libra de necedad
ninguna libre exempción:
si las razones lo son,
¿qué importa su libertad?
Vos me ofrecéis un vestido
y la necedad no es esa.

LISARDO. ¿Pues cuál?

OTAVIA. Hacer la promesa
no habiéndome conocido;
y, sin eso, querer dar
vuestra hacienda a una mujer
que no habéis visto, si el ver
es el que os obliga a amar.
Vos debéis de ser de aquellos
que no reparan en más
de que haya tocas.

LISARDO. Jamás
me engaña voz y cabellos.
Y porque veáis que soy
menos necio que pensáis,
sabed que ansí me mostráis

(1) B: "carnero o ave".
(2) A: "mas no juzgais bien de mí".
(3) B: "Yo digo."

lo que yo buscando voy.
De manera que, tapada,
hallo en vos mi gusto al justo,
pues si en vos hallo mi gusto,
no puedo engañarme en nada.

OTAVIA. Tapada, diréis que el aire,
el buen talle, el buen olor,
el buen brío, y por favor,
también diréis que el donaire,
os revolvió los humores,
os encendió los deseos,
para prometer trofeos,
y para decirme amores.
¿Es eso?

LISARDO. Mis pensamientos
quiero que sepas agora:
sólo me pierdo, señora,
por ojos y entendimientos.
Los ojos, aunque tapada,
yo los veo, pues si hoy vi (1)
vuestro entendimiento aquí,
ya he visto lo que me agrada.
Así que bien puedo dar
a lo que vi precio y nombre,
y de mi gusto no es hombre
el que más quiere buscar.

OTAVIA. ¿Ojos basta?

LISARDO. Bastan ojos
para corporal belleza,
a quien dió naturaleza
la paz de nuestros enojos;
y al alma que perficiones
como es el entendimiento,
cuya luz y fundamento
es de todas las acciones.

OTAVIA. ¿No puede haber una boca
desigual, fea y cruel?

LISARDO. No; a lo menos el clavel
que ese manto besa y toca.

(*Han estado hablando aparte* SABINA *y* MORATA.)

MORATA. ¡Vive Dios, que me has herido,
mozuela del botín verde,
de suerte que se me pierde
por ese bulto el sentido!

SABINA. ¿Sin verme?

MORATA. ¡Qué lindos cuentos!
Mal sabes mi condición.
Piérdome sin redención...

(1) A: "pues si oí".

SABINA. ¿Por ojos y entendimientos?
MORATA. ¡Que no, hermana!
SABINA. Pues ¿por qué?
MORATA. Por rolliza pierna y brazo
que sacuda como un mazo
bofetón y puntapié.
SABINA. ¿Pruebo a verte?
MORATA. Tente, y escusa
lo que es la demostración.
OTAVIA. ¡Qué notable confusión!
LISARDO. ¿Qué tenéis?
OTAVIA. Estoy confusa.
¡Hola!
SABINA. Aguarda, majadero,
que me llama mi señora.
MORATA. Vete, y vuelve, pecadora;
que sospecho que te quiero.

(*Apártanse* SABINA *y* OTAVIA.)

SABINA. ¿Qué quieres?
OTAVIA. No sé.
SABINA. Ni yo.
OTAVIA. ¿Cómo te diré una cosa?
SABINA. No será dificultosa
de entender.
OTAVIA. ¿Cómo que no?
SABINA. Porque en esa turbación
que has picado he sospechado
al forastero.
OTAVIA. Has dado
al blanco de mi afición.
SABINA. ¿Es gallardo?
OTAVIA. Es entendido.
Infórmate del criado
de su venida y estado,
si es rico, si es bien nacido,
de qué tierra, y dónde vive.
SABINA. Por escrito es menester
llevarlo.
OTAVIA. Hazme este placer,
tu nombre en mi rostro escribe.
LISARDO. ¡Morata!
MORATA. ¡Señor!
LISARDO. Yo estoy
perdido.
MORATA. ¿De qué?
LISARDO. De ver
esta gallarda mujer.
MORATA. ¿Qué dices?
LISARDO. Que muerto soy;
MORATA. ¡Oh, pesia tu condición!
¿Que en esto habemos de andar?
¿Tan presto te ha de cegar
cualquiera sombra o visión?
¿Siempre hemos de andar en esto?
¡Nunca de casa salieras!
¿Qué hicieras más, si la vieras
descubierto todo el gesto?
Bien vivieras en Venecia,
que andan todas las mujeres
desnudos los pechos (1).
LISARDO. Eres
un necio.
MORATA. Y ella una necia
si no te pesca el dinero,
y con su aforro de gaita
deja a la luna de paita.
LISARDO. ¿Quieres callar, majadero?
MORATA. ¿Que tengo ya de callar?
¡Lleve el diablo la venida
a Sevilla!
LISARDO. ¡Ay, que en mi vida
he visto tan dulce hablar!
MORATA. ¡Ay, que con esa dulzura
nos llevarán la moneda!
¡Que perder a un hombre pueda
una encantada figura!
¿No es desatino cruel
que tú te enamores tanto
de una mujer con un manto?
¿Hay hombre tan moscatel?
Si allá en tiempo de Adán,
Lisardo, acaso nacieras,
¿qué hicieras cuando las vieras
en el puro cordobán?
Iréme del mundo antes
que sufrir tus desvaríos.
LISARDO. ¿A quién no matan los bríos
de mujeres semejantes?
MORATA. A quien tiene mataduras
de las albardas y sillas,
de semejantes coxquillas,
que dejan a un hombre a escuras.
Vuelve en ti.
LISARDO. Volviendo a vella.
MORATA. Fuése. Entróse hasta los codos.
Enamorémonos todos.
¡Hola! ¿Qué digo? ¡Doncella!
Para mí, por no mentir,
esto va ya tan perdido,

(1) B: "desnudas sus pechos".

que habemos con mal venido,
y peor habemos de ir.

SABINA. ¡Oye!

MORATA. ¿Por qué lo decís?

SABINA. ¿Quién es este tu señor?

MORATA. Este, amiga, es Galaor,
el hermano de Amadís.
Desde que en Sevilla estamos
no habemos visto mujer
que no selle a su placer
la moneda que llevamos.

SABINA. ¿Sellar? Eso es novedad.

MORATA. No es; antes cortesía (1),
que tomársela podría
y llevarse la mitad.

SABINA. Si os vuelve el mismo valor
en la hermosura que os da,
merced os hace.

MORATA. ¡Sí hará!... (2)

SABINA. Dime: ¿quién es tu señor?

MORATA. Este, hermana, es un indiano
venido de allende el mar:
nació en el Reino del dar.

SABINA. ¿Del dar? ¡Reino soberano!

MORATA. De ahí era natural
el hijo pródigo.

SABINA. Di
la verdad.

MORATA. Esto es así (3).

SABINA. ¿Que es indiano?

MORATA. Y principal,
y tiene dos galeones,
y carga cien mil ducados.

SABINA. ¿Quién eres, de sus criados?

MORATA. Escribano de raciones.

SABINA. ¿Cómo?

MORATA. No suele pagar
en un mes su Señoría,
y yo escribo cada día
las que me faltan de dar.

SABINA. ¿Indiano y mísero?

MORATA. Sí,
que es liberal con su gusto.

SABINA. El hombre nos viene al justo.

MORATA. ¿Cómo al justo?

SABINA. Escucha.

(1) B: "Antes es sabiduría."
(2) B: "En verdad."
(3) B: "El hijo pródigo.
SABINA. Di verdad.
MORATA. Esto es ansí y es verdad".

MORATA. Di.

SABINA. El es del Reino del dar,
según dices.

MORATA. Así es.

SABINA. Y la señora que ves,
de la ciudad de tomar;
de suerte que se han juntado.

MORATA. Como Sancho y su rocín.

SABINA. Gente viene. ¡Aguarda!

MORATA. En fin,
que ha de volver trasquilado.

(*Han estado hablando* LISARDO *y* OTAVIA; *sale* FABIO, *de alguacil, con dos criados, y* RISELO, *gentilhombre, de camino.*) (1)

RISELO. El que veis hablando allí
es el que habéis de prender.

FABIO. Aunque no era menester,
estaos vosotros aquí.
¿Cómo dices (2) que se llama?

RISELO. Lisardo.

FABIO. Prenderle quiero.

OTAVIA. ¿Si os buscan?

FABIO. ¿Caballero?

LISARDO. Perdonad, hermosa dama,
que quiero ver qué me quiere.
¿Llamáisme?

FABIO. Sí, señor.

LISARDO. Pues,
¿qué me queréis?

FABIO. ¿Es él?

RISELO. El es.

FABIO. Vuestra merced no se altere,
sino desciña la espada,
y dése luego a prisión.

LISARDO. ¿Yo, por qué?

FABIO. Por comisión
de Madrid.

LISARDO. Eso no es nada.

FABIO. Vela aquí, y el que ha venido (3)
pudiera bien escusallo.

RISELO. ¿Cómo escusallo?

LISARDO. Yo callo,
porque estoy preso y rendido.
Pero bien habrá ocasión
en que los dos nos veamos.

FABIO. Por aquí a la cárcel vamos.

(1) "de camino", falta en A.
(2) B: "decís".
(3) B: "FAB. Vela aquí.
LIS. Y él ha venido."

RISELO. Antes dejad la prisión,
y dalde, señor, la espada.
FABIO. ¿Para qué?
RISELO. Para que vea
que soy hombre.
LISARDO. Que hombre sea,
¿qué importa, si es hombre y nada?
RISELO. ¿Soy mejor que vos?
LISARDO. ¡Mentís!

(*Empuña* RISELO *la espada; métese de por medio* FABIO.)

RISELO. ¡Vive Dios!
FABIO. ¡Téngase allá!
¿No mirarán quién está
delante?
RISELO. Oídme, si oís,
Lisardo, y para algún día
aquese guante tomad.

(*Arrójale un guante y llevan preso a* LISARDO; *quedan las mujeres, y* RISELO *y* MORATA.) (1)

MORATA. ¡Ah, señor Riselo! Hablad
con alguna cortesía
RISELO. ¿Qué quiere el lacayo aquí?
MORATA. No soy sino lo que sabe
todo el mundo.
RISELO. Hágase grave
conmigo.
MORATA. ¡Bueno está ansí!
Ser oficial no es lugar
tan bajo.
RISELO. ¡Bueno, por Dios!
¿De qué sois oficial vos?
MORATA. Oficial de acompañar;
y agradeced que mi amo
va preso.
RISELO. ¡Paciencia tengo!
MORATA. Que les dijo luego vengo.

(*Vase* MORATA.)

OTAVIA. ¡Ah, hidalgo!
RISELO. ¿Quién es?
OTAVIA. Yo os llamo.
RISELO. ¿Qué mandáis?
OTAVIA. ¿Por qué le llevan
preso?
RISELO. Por ladrón.
OTAVIA. ¡Oíd!
RISELO. No me ocupéis; advertid
si hay razones que me muevan,
para no me detener.

(*Vase.*)

SABINA. ¡Extraño suceso!
OTAVIA. ¡Extraño!
SABINA. Aun bien, que es antes del daño
que pudiera suceder.
OTAVIA. ¿Que aquel hombre de aquel talle
es ladrón?
SABINA. ¿De esto te espantas?
Porque tiene flores tantas
llaman a este mundo el valle.
Con aquel galán vestido
te requebrara y rindiera,
y si acaso mereciera
ser galán o ser marido,
sin decirte: yo me parto,
te quedaras al sereno,
no como a Olimpa Vireno (1),
pero sin dejarte un cuarto.
OTAVIA. No me puedo persuadir
que aquel rostro de hombre noble
a tal bajeza se doble.
SABINA. Como esto saben fingir.
OTAVIA. ¿Pues por qué el otro decía
que le volviera su espada,
y su competencia honrada
tan igualmente admitía?
¿Por qué le arrojó aquel guante?
¿No ves que, siendo ladrón,
no obligaba la ocasión
a término semejante?
Fuera deso, el alguacil
sin respeto le prendiera,
y la boca le rompiera
si fuera hombre tan vil.
Cuando al otro desmintió,
Sabina, sin duda fué
pasión del hombre.
SABINA. No sé;
sé que ladrón le llamó.
OTAVIA. No dijo mal.
SABINA. ¿De qué suerte?
OTAVIA. ¿No es ladrón quien almas roba?
SABINA. Bueno, ¿que ya estás tan boba?
En lo que dices alvierte,
que no creyera en mi vida
que tal cupiera en tu boca.

(1) Desde "quedan", falta en A.

(1) B: "No como Olimpia y Vireno."

OTAVIA. Pues, amiga, yo estoy loca,
y de gran veneno herida.
SABINA. ¿Qué me dices?
OTAVIA. Lo que escuchas.
SABINA. ¿Todas, en fin, somos locas?
OTAVIA. ¿Qué quieres? Las cuerdas, pocas,
y las atrevidas, muchas.
SABINA. Pareces dama, por Dios,
de comedia.
OTAVIA. ¿De qué modo?
SABINA. De que ha de pasarse todo
en hora y media o en dos.
Se enamora en un instante
y en otro instante está muerta,
en otro la puerta abierta,
o en los brazos de su amante.
OTAVIA. ¡Ay, Sabina! Cuando amor
viene, la espada desnuda,
es el mayor mal, sin duda (1);
no hay rayo con más rigor,
no hay fábula que ansí pase,
no hay comedia o fingimiento
si es que mi amor represento.
¿Qué te espantas que me abrase?
Yo vi en la Iglesia mayor,
la semana santa, este hombre,
que le bastaba este nombre
para librarme de amor.
En la Iglesia pudo entrar,
que es demonio bautizado;
allí comenzó el cuidado
que aquí me quiere acabar.
Pascua de Espíritu Santo,
pasando el río le hablé;
siempre en estas obras fué,
y siempre me sigue tanto.
Desde el pasaje a Triana
fuimos hablando los dos;
que no es, Sabina, por Dios,
mi voluntad tan liviana.
Hoy que a la calle de Francos
salía, como lo ves,
a comprar del Milanés
dos pares de guantes blancos,
vuelvo a velle y vuelvo a hablar.
No sé qué tiene conmigo;
verdad, Sabina, te digo;
toda comienzo a temblar.
No porque me he descubierto,

(1) A: "tiempos y personas muda".

que el mismo amor me detiene,
mas porque pienso que viene
en él mi mal encubierto.
¿Qué haré? ¿Qué consejo das
a quien ya está sin consejo?
SABINA. Que lo dejes te aconsejo;
ni hay que hacer ni decir más.
Sea ladrón o sea honrado,
él está preso. ¿Qué quieres?
OTAVIA. ¿No sabes que a las mujeres
da lo imposible cuidado?
¿No echas de ver que ya tengo
piedad, que es madre de amor?
Querría darle favor,
si a saber la causa vengo,
que en esto no pierdo nada.
SABINA. Bien harás, y hacello puedes,
que es muy propio hacer mercedes
a una voluntad honrada.
OTAVIA. ¿Cómo sabrás la ocasión
de su prisión?
SABINA. Yo iré allá.
OTAVIA. El engañarte podrá,
que no dirá que es ladrón.
SABINA. Yo lo sabré de otra parte.
¡Camina! ¡Ay, Lisardo mío,
qué de suspiros te envío
por ver si pueden (1) librarte!

(Vanse. Dicen dentro dos Presos.)

1.º ¡Hola!
2.º ¡Hola!
1.º Allá va un preso.
¿Por qué ¿Por gallo?
2.º Por gallo.

(Salen PACHECO *y* ALBERTO, *presos con grillos, y* LISARDO, *como que le han metido en la cárcel.)*

PACHECO. ¡Andallo, mi vida, andallo!
ALBERTO. Bravo, almidón.
PACHECO. Bravo, tieso.
ALBERTO. ¿Por qué vendrá a la prisión
este señor confitado?
PACHECO. El dirá que por honrado;
tormentos habrá y cuestión.
¡Vuarced sea bienvenido!
LISARDO. Si aquí se viene con bien,
yo recibo el parabién
mal dado y bien recebido.
PACHECO. Quien viene con tan buen talle,

(1) B: "puedo".

valor, término y persona,
su prisión injusta abona,
puesto que la causa calle.
No tiene quien aquí viene
de qué se pueda avisar,
mas de que sólo el callar
si (1) pleito a caballo tiene,
que hay un potro que se enseña
a muchos hombres templando,
y aun aquí estoile soñando,
y desbocado, despeña (2).
Será mientras se introduce
v[uestra] merced obediente;
cosa que entre aquesta gente
más que a soberbia luce.
Que en llegando a antigüedad
nunca la haya menester;
con nuevos podrá tener
esta misma autoridad.

ALBERTO. Tomará v[uestra] merced
procurador de mi mano;
déle Dios buen escribano,
que le hará mucha merced.
Haga al Alcaide un servicio,
que es rey deste alojamiento,
y conozca este aposento,
donde habrá deleite y vicio.
Pero advierta que no juegue
si no es con quien yo le diga,
porque aunque le pongan liga,
de ningún modo se pegue.
Si hay quien viene a visitar
habrá desocupación:
todo esto cuesta un doblón,
y no hay que regatear.

PACHECO. ¿Regatear? ¡Vive Dios,
que es de valde!

ALBERTO. ¿Y cómo si es?
Va dos jornadas o tres
un hombre, o caminan dos,
y de pisar una venta,
mal pan y un poco de cabra,
sin replicalle palabra
cuesta un doblón la pimienta.
Cuanto mas haber entrado
en este Alcázar Real...

LISARDO. La casa es muy principal,
el dueño noble y honrado,
pero a mí me estaba bien
no haberla visto en mi vida,
ni de su (1) buena venida
recebido el parabién.
No soy para tantos días
huésped como habéis pensado;
mas de camino he llegado:
mas (2) son las desdichas mías.
Soy preso de comisión
y en poco tiempo advertid
me han de llevar a Madrid,
donde ha de ser mi prisión.
Si para allá se ofreciese
alguna cosa, aquí estoy.

PACHECO. ¿Cuándo os iréis?

LISARDO. Pienso que hoy,
si el Comisario quisiese.

PACHECO. Pues entre tanto mandad,
que aquí está el rancho.

LISARDO. Servir
es mi oficio.

ALBERTO. Hasta partir,
se os hará toda amistad.

(*Dales el doblón y* (3) *vanse los presos, y queda* LISARDO *y sale* RUFINO, *alcaide.*)

RUFINO. No sé si vengo engañado,
pero el nombre me ha traído
de un preso de quien lo he sido,
pues lo es tanto el obligado.

LISARDO. Este el alcaide parece.
¡Válgame Dios! ¿Dónde vi
este hombre?

RUFINO. ¿Es Lisardo? ¡Si
el verle aquí me enmudece!
Mas no es tiempo de callar
viendo un amigo en prisión,
aunque en mi jurisdición
veros me ha dado pesar.
¿Qué es esto, señor Lisardo?

LISARDO. ¿Es Rufino?

RUFINO. El mismo soy.
¿Aquí preso?

LISARDO. Preso estoy.

RUFINO. ¿Luego yo, Lisardo, os guardo?

LISARDO. ¿Sois alcalde?

RUFINO. ¿No lo veis?
¿Qué es lo que os trujo a Sevilla?

(1) B: "su".
(2) "que es desbocado y despeña".

(1) B: "mi".
(2) B: "que".
(3) Estas palabras faltan en A.

LISARDO. Desgracias de aquella villa,
que sabéis, y no sabéis.
RUFINO. Y aquí ¿por qué es la prisión?
¿Habéis reñido? ¿Es pendencia?
LISARDO. Pendencia ha sido de ausencia,
y cuestión de una afición.
No soy preso vuestro.
RUFINO. ¿No?
LISARDO. A Madrid me han de llevar,
que aquí me ha venido a buscar (*sic*)
el hombre que me prendió.
RUFINO. Pésame que de esa suerte
no os podáis servir de mí,
que más os quisiera aquí
preso, aunque por una muerte.
¿Qué habéis hecho?
LISARDO. Es cuento largo.
RUFINO. ¡Hola!

(*Sale un* GRILLERO.)

GRILLERO. ¡Señor!
RUFINO. Quita (1) presto
aquellos grillos.
LISARDO. Ya he puesto

(*Quitáselos.*) (2)

la obligación a mi cargo.
RUFINO. Esto es cosa que se hace
por cualquiera.
LISARDO. Vos quitáis
grillos, que al alma le echáis.
RUFINO. ¡De poco se satisface
vuestro amor para conmigo!
Ojalá la prisión fuera
donde conocer pudiera
Lisardo que soy su amigo.
Esta noche dormiréis,
si la mía no os agrada,
en vuestra misma posada.
LISARDO. Merced notable me hacéis.
Y para no ser ingrato
por la obligación que os debo,
hoy que me obliga de nuevo
vuestro hidalgo pecho y trato,
sabréis, Rufino, el suceso
que me trajo a esta prisión,
menor que la obligación
con que de vos estoy preso.
RUFINO. Por suceso de Madrid
y vuestro, holgaré en extremo.
LISARDO. Renovar mis males temo;
mas crezcan o no, advertid.
En el corazón de España,
que de su circunferencia
es centro esa villa insigne,
de mil excelencias llena,
cuyo templado horizonte
los benévolos Planetas
miran, fertilizan, causan
tan dichosas influencias,
gasté la flor de mis años,
vos sabéis de qué manera,
no con mujeres y naipes,
sino con libros y letras.
Quiso la cruel fortuna,
quiso mi enemiga estrella,
quiso el cielo, y quise yo,
que una mujer me quisiera.
Quísome, y duró este amor
dos años en resistencia,
y en posesión otros dos
con mil géneros de prendas.
No te parezca en rendilla,
Rufino amigo, flaqueza,
que un hombre que quiere y sigue
no habrá cosa que no venza.
Que le prometí casarme,
es, sin duda, no lo niegan,
puesto que tantos (1) me aquejan
mis celos, ni mis agravios.
Pidióme aquesta palabra,
y pienso que cuando fuera
Estela mi desigual,
que es muy bien nacida Estela,
mi amor pudiera obligarme;
ni era mucho que pudiera
con tantos años de trato,
que es de amor la mayor fuerza.
Di parte a todos mis deudos
de mi amor y de mis deudas,
ella a los suyos, y todos
el desposorio conciertan.
Entro a la mitad del día
en su casa a puerta abierta,
no cual primero, de noche,
en las confusas tinieblas,
no ya con hábito humilde,
no con la espada y rodela,

(1) B: "quítale".
(2) Falta esta indicación en A.

(1) B: "tanto".

sino con la gorra y capa,
ya de paz, que no de guerra.
Hallo el día que te digo
un pajecillo a la puerta,
con un papel en la mano,
agüero de mi tragedia.
Luego que me vió, escondióle,
de que nació mi sospecha;
llegué, y de la capa asíle,
y preguntéle quien era.
Turbóse, y sospeché más,
y tal me dió la respuesta,
que el papel quise tomarle,
aunque se puso en defensa.
Mas viendo que porfiaba,
abre la boca, y encierra
todo el papel, de tal forma,
que arremetiendo por ella
saqué teñidas en sangre
menos de cuarenta letras,
algunos pedazos blancos,
al fin la cruz y la nema.
Leo las letras y dicen:
"En fin, te casas y dejas";
este "dejas" me dejó
sin alma y sin honra a ella.
En otra parte decía:
"plega a Dios que no te veas",
si casada dijo, a caso,
no lo dudes, fué profeta.
Ya cuando volví los ojos
al paje desde las letras,
iba por la calle abajo
con tal miedo y ligereza (1)
que no pudiera alcanzarle,
aunque seguirle quisiera:
llamo, subo, entro; tú mismo
lo que allí le dije piensa,
y lo que respondería,
fingiendo amor y inocencia.
Fuíme a mi casa, Rufino;
fuíme a mi casa y dejéla.
Sufriendo lo que Dios sabe
cualquier minuto de ausencia;
que una costumbre en amor
es lazada tan estrecha
que a veces quiso la infamia
atreverse a la paciencia.
Viendo que determinado

(1) B: "sutileza".

estaba de no quererla,
prenderme intentan sus deudos,
y cuanto quisieron, prueban;
tomo un criado, y camino
a Sevilla; pero apenas
pongo los pies en sus plazas,
los ojos en sus grandezas,
cuando con requisitoria
Riselo, su hermano, llega,
y me pone donde veis,
para llevarme por fuerza.
¡Gran mal ha de ser, Rufino,
porque me muero por ella;
aunque ausente la olvidara,
he de quererla en presencia!

RUFINO. ¡El suceso es bien notable!
Por interponer honor
vence todo agravio amor,
que es presente irremediable (1).
Pero, por dicha, engañado
de aquel papel, pudo ser
que se venga a deshacer
lo que habéis imaginado.
Haced buen pecho y pensad
que nadie puede forzaros,
si no es amor.

LISARDO. No hay reparos
contra una gran voluntad (2).

(Sale MORATA, *lacayo de* LISARDO.*)*

MORATA. ¿Pues cómo va por acá?

RUFINO. ¿Es vuestro criado?

LISARDO. Sí.
Bien me va, pues hay aquí
quien de nuestra parte está.

MORATA. ¿El señor Alcaide?

LISARDO. El mismo,
que es de la tierra.

MORATA. Es del cielo,
para que tengas anzuelo
con que salir deste abismo.

LISARDO. ¿Qué hay por allá?

MORATA. Aquellas mielgas
tuvieron información
de que eras ladrón.

LISARDO. ¿Ladrón?

MORATA. Y más amargas que acelgas,
me preguntaron a mí

(1) A: "Inremediable."
(2) B: "Sino amor, que no hay reparos
contra una gran voluntad."

si era verdad.

LISARDO. ¿Y dijiste
que sí? ¿Que, según naciste,
tú les dirías que sí?

MORATA. Antes dije la verdad.

LISARDO. ¿La verdad?

MORATA. No te engaño;
con un fácil desengaño
engañé su voluntad.
Y ruégante que en saliendo
vayas de noche y las hables.

LISARDO. ¿Son tratables?

MORATA. Y palpables.
Hay rumbo, establo y estruendo.
Hay su mona y papagayo,
celosía y pajecillo (1).

LISARDO. ¿Será torre sin portillo?
¿No entrará del sol un rayo?

MORATA. ¿Qué? ¡Ríete desas deas!
Mujeres desos estados
son melones confitados,
que verdes fueran vadeas.
No creas en bacallaos,
aunque estén en almacén,
y más cuando quieren bien
y abren la puerta a saraos.
Pero ya será imposible
gozar de Sevilla un hora,
que encontré a Riselo ahora
muy enojado y terrible,
jurando que ha de llevarte
antes del alba a Madrid.

LISARDO. Es valiente como un Cid.

RUFINO. ¿Es ese hidalgo la parte?

LISARDO. El mismo.

RUFINO. ¿Y vos queréis ver
esas mujeres?

LISARDO. Quisiera,
si acaso posible fuera.

RUFINO. Saliendo vos, ¿puede ser?

LISARDO. ¿Pues no?

RUFINO. ¡Pues, alto! Salid,
y estad aquí de mañana,
que la parte es cosa llana
que os querrá ver en Madrid.

LISARDO. Yo voy con vuestra licencia.

MORATA. ¡Vamos! Mudarás vestido.

(1) B: "Hay retablo, estrado, estruendo,
y su mona y papagayo,
celosía y pajarillo."

LISARDO. ¡Oh, amor, venciérate olvido,
como durara el ausencia!

(Vanse y salen RISELO *y* LEONIDO.*)*

LEONIDO.

No acabo de abrazaros ni de veros.

RISELO.

Debéislo todo a nuestro amor, Leonido.

LEONIDO.

¿En Sevilla? ¡Jesús, quién lo dijera!

RISELO.

Ansí pasan las cosas en el mundo:
ya nos vimos en Nápoles soldados,
ya en la corte nos vimos pretendientes
y en Sevilla nos vimos más pacíficos.

LEONIDO.

¿A qué bueno, Riselo, es la venida?
¿Trújoos acaso la opinión famosa
desta insigne ciudad, mapa del mundo?
¿Tenéis algunas barras de las Indias
en la Contratación? ¿O habéis venido
a la voz de sus ricos casamientos?
Para cualquiera cosa soy yo bueno.

RISELO.

Ni vine a ver, Leonido, sus grandezas,
ni me trujo la plata de las Indias,
ni de casarme tengo pensamientos;
en busca vengo aquí de un enemigo.

LEONIDO.

¿De un enemigo?

RISELO.

Sí.

LEONIDO.

¿Y habéis hallado?

RISELO.

Halléle, y no le hallé como quisiera.

LEONIDO.

¿Quién es el hombre?

RISELO.

El hombre es un hilalgo
de Madrid, que tratando casamiento
con una hermana mía, entró en su (1) casa,
y de su honor se aprovechó Leonido;

(1) B: "mi".

pero llegando el día de las bodas,
con testimonios, trazas y mentiras,
la dejó sin remedio y sin marido,
y vióse por justicia este mal trato;
truje requisitoria, y está preso;
pero en esa prisión fué desmentido,
y yo le tiré un guante.

LEONIDO.

¿Cómo puede
delante del juez desmentir nadie?

RISELO.

No sé. Yo estoy de suerte que quisiera
no haber venido a usar de la justicia,
sino buscarle con espada y capa;
pero por dar contento a mis hermanos,
estoy ahora en esta desventura.

LEONIDO.

Si el hombre viene a ser vuestro cuñado,
no sé cómo podáis desagraviaros,
ni sé tampoco que el agravio os toque.
¿Cuándo os partís?

RISELO.

Ellos mañana,
que yo no iré tan presto, antes pretendo
ir a Valladolid, y en el Consejo
Real pedir justicia, y si por dicha
no saliéremos todos con el pleito,
sacarlo al campo, y serlo de mi agravio.

LEONIDO.

Bien tenemos que hablar; porque, a fe mía,
que como en amistad, nos parecemos
también en las desdichas.

RISELO.

¿De qué suerte?

LEONIDO.

Tengo una hermana yo discreta, hermosa
y no prudente; ya la veréis muy presto...,
porque, sin replicar una palabra,
habéis, Riselo, de posar conmigo.

RISELO.

Tengo mulas y gente y pesadumbre.
No permitáis que en tiempos ocupados
la demos, por ventura, á vuestra hermana.

LEONIDO.

Yo sé que se holgará del nuevo huésped.
Aquí, gracias a Dios, cabemos todos;
la casa es grande, y el amor tan grande,
que pueden caber bien vuestros enojos.

RISELO.

Admirado me estoy (1) que os conociese
de noche.

LEONIDO.

Por aquesta calle vamos;
que el alma por ventura os lo diría,
avisada primero de la mía.

(*Vanse y salen* OTAVIA *y* SABINA.)

OTAVIA. ¡Ay, amiga! Crece el mal
y amor no quiere rigor.
SABINA. Pues, ¿cómo crece el amor
sin correspondencia igual?
OTAVIA. Sus milagros son ansí.
SABINA. En fin, ¿le pretendes ver?
OTAVIA. Si es cosa que puede ser,
verle tengo.
SABINA. ¿Dónde?
OTAVIA. Allí.
SABINA. ¿Allí presumes entrar?
¿No reparas en tu honor?
OTAVIA. Si no fuera ciego amor,
¿qué hiciera nadie en amar?

(*Tiran dentro una piedra.*)

Paréceme que han tocado
a la puerta.
SABINA. Y aun a mí.
OTAVIA. ¿Fué piedra?
SABINA. Pienso que sí.

(*Vuelven a tirar.*)

OTAVIA. Otra más recia han tirado.
Sal allá. Mira quién es.
SABINA. Voy.

(*Vase* SABINA.)

OTAVIA. Camina y mira, mi amor;
que la razón y el honor
no es razón que aten (2) tus pies.
Corona de la mujer
es la vergüenza y el miedo (3);
mira que sin éstas quedo,
no tengo más que perder.
Ya una vez me cautivaste;

(1) B: "habéis".
(2) A: "honren".
(3) B: "Corona es de la mujer
la venganza; pero el miedo."

pensé que fueras leal (1);
pero queriendo mi igual,
a la obligación faltaste.
Fuése a las Indias; quedé
llena de loca esperanza;
mas conocí su mudanza,
y el pensamiento mudé.
Ahora, pues, no es razón
que yo quiera a un forastero,
si no es que cuanto yo quiero
es de aquesta condición (2).

(*Sale* SABINA.)

SABINA. ¡Oh, qué gracia!
OTAVIA. ¿Cómo ansí?
SABINA. ¿Quién dirás que te ha tirado?
OTAVIA. Habrá el Indiano llegado,
que esta mañana lo oí.
SABINA. No, sino el otro fingido.
OTAVIA. ¿El ladrón?
SABINA. El ladrón, pues.
OTAVIA. ¿Libre?
SABINA. Y tan libre de pies,
que hasta tu puerta ha venido.
OTAVIA. ¡Válgame Dios!
SABINA. Esto pasa.
OTAVIA. ¿Qué quiere? (3)
SABINA. Vendrá por lumbre.
¿Deso quieres que te alumbre?
OTAVIA. ¿Podremos metelle en casa?
SABINA. Tu hermano es ido a rondar,
y venir suele a las dos;
hasta las doce, por Dios,
que podéis despacio hablar.
Entre; que aquel picarón
hoy me dió un bravo flechazo.
OTAVIA. ¿Quebróse al amor (4) el brazo?
SABINA. Y la cuerda al ballestón.
OTAVIA. No sé; tiemblo, temo y amo.
SABINA. Ráscate.
OTAVIA. ¡Qué confusión!
SABINA. Sángrate del corazón.
¿Abro?
OTAVIA. No.
SABINA. ¿Voy?

(1) B: "Una vez me cautivaste
pensando fueras leal."
(2) B: "Sino es que cuando yo quiero
y con esta condición."
(3) A: "quieres".
(4) A: "¿Quebrósele amor el brazo?"

OTAVIA. ¡Tente!
SABINA. ¿Llamo?
OTAVIA. Llámale; pero no vayas.
SABINA. Acaba; ¿qué puede haber?
OTAVIA. Ve y abre, y di que ha de ser
quedo. Recoge las sayas.
SABINA. ¿Hice ruído?
OTAVIA. Terrible;
mayor le hace amor en mí,
tocando al arma.

(*Salen* LISARDO *y* MORATA, *de noche.*)

LISARDO. ¿Que fuí
César de tanto imposible?
OTAVIA. Hablad quedo, mi señor!
LISARDO. ¿Que vine, que vi y vencí?
OTAVIA. Todo aquesto pudo (1) en mí
un desatino de amor.
¿Cómo tenéis libertad?
LISARDO. Era fácil la prisión,
aunque me llamáis ladrón.
OTAVIA. Soislo de mi voluntad.
LISARDO. ¿Tanto os debo?
OTAVIA. Bien pudiera
por el hurto hacer embargo.
LISARDO. Si conociera ese cargo,
mi bien, toda el alma os diera.
MORATA. Con asadura y redaño:
pensad qué habemos de hacer;
que una noche de placer
aumenta la vida un año.
OTAVIA. Primero habéis de quitarme
este cuidado que tengo
de vuestra prisión.
LISARDO. No vengo,
mi vida, para enojarme:
ocasión habrá mejor.
MORATA. Yo os diré presto lo que es;
si se ha de saber después,
encubrillo no es error.
LISARDO. ¿Quieres callar?
MORATA. En el cielo
hay un sino, o clara estrella,
en figura de doncella,
que ya no vive en el suelo.
Virgo dicen que se llama,
y ésta dicen, y es error,
que la alcanzó mi señor,
con ayuda de una dama.

(1) B: "puede".

Mas mirad cómo en el suelo
hallarse el sino podría,
que puso la astrología
mil años ha sobre el cielo (1).
Ya no hay acá tal figura,
si no es que de allá la bajen;
pero al fin, como era imagen,
quieren que pegue la hechura.

LISARDO. No le creáis, que no es
sino sobre un casamiento.

OTAVIA. ¿Qué os piden?

LISARDO. Un mal intento,
de que me pesó después.

OTAVIA. ¿Desos sois? Fiad honor
de tales hombres!

LISARDO. Creed
que miente.

MORATA. Vuesa merced
crea que la tiene amor.
Que eso de Madrid fué justa
de común conformidad;
después hubo nulidad,
y fué la sentencia injusta.

LISARDO. Siempre, Morata, por ti
me suceden estas cosas.

(*Sale* SALBINA.)

SABINA. ¡Morata!

MORATA. Quedito, hermosa.
que de buen padre nací.

SABINA. ¿Era acaso vuestro padre,
Morata, Moratarráez?

MORATA. No era sino Abindarráez,
marido de vuestra madre.
Pues parientes tuve yo
de la Cámara del Rey.

OTAVIA. No cumplís bien con la ley
a que amor os obligó.
Debéis honor (2) a una dama
de Madrid.

LISARDO. ¿Qué os maravilla?

OTAVIA. ¿Y venisos a Sevilla?

MORATA. Sí, mas dejóla en la cama.
Mira ahora en qué desierto,
en qué ribera del mar,
en qué isla, en qué lugar,
que no hay sustento, ni puerto!
Ella quedó muy honrada,
y si se huyó, fué muy justo,

(1) B: "mil años habrá en el cielo".
(2) B: "amor".

que aunque salga a plaza el gusto
no es bien que le den cornada.
Mujer que antes de casar
amurca a una playa turca,
es señal, pues allí amurca,
que después ha de topar.
Halló Lisardo un papel
que la enviaba Amadís,
no de confites de anís,
sino de infamia cruel.
No se picó de aquel juego;
mas, en viendo la pandilla,
se puso para Sevilla
las calzas de Villadiego.

LISARDO. El ha dicho la verdad,
aunque dello me ha pesado;
esto que veis me ha obligado
a venir a esta ciudad.
No soy indiano, ni he hecho
mayor viaje en mi vida;
ahora vuelvo (1) adonde pida
mi honor su justo derecho;
que no me podrán vencer.
Y así la palabra os doy,
si algún día libre estoy,
de volveros luego a ver.

OTAVIA. Mi desdicha lo ha causado;
pero creed que hallaréis,
si con deseo volvéis,
muchos que me habéis dejado.
Y pues para este viaje
algo se os puede ofrecer,
decid qué habéis menester,
y llevarálo ese paje.

LISARDO. Quedarme, siendo posible (2),
esta noche en este cielo.

SABINA. ¿Esta noche? ¿Era buñuelo?

MORATA. ¿Y es imposible?

SABINA. ¡Imposible!
¿No ve que hay acá también
aquello que allá faltó?

MORATA. Casarme procuro yo;
¿no me daréis vos con quién?

OTAVIA. ¿Llaman?

SABINA. Sí.

OTAVIA. ¡Triste de mí (3)

(1) A: "esta vuelve adonde pida".
(2) B: "Quedaréme, si es posible."
(3) B: "OT. ¿Llaman dentro?
SA. Sí.
OT. ¡Ay de mí!"

SABINA. Tu hermano en los golpes es.
OTAVIA. ¿Mi hermano?
SABINA. Sí. ¿No lo ves?
MORATA. ¡Tararira!
SABINA. ¡Entraos aquí!
OTAVIA. No hay entrar, que es disparate,
sino siéntense, y decid
que es un hombre de Madrid.
SABINA. ¿Cómo? ¿Quieres que le mate?
OTAVIA. Calla, necia, que no hará;
di que me buscan a mí.

(Va SABINA *hasta la puerta, y vuelve:* (1) *y salen* RISELO *y* LEONIDO.)

LEONIDO. ¿A tal hora gente aquí,
Otavia?
OTAVIA. Conmigo está;
que de Madrid me ha traído
ahora este caballero
un recado.
LEONIDO. Si primero
huéspedes has recibido,
¿adónde recibirás
este que aquí te traía?
LISARDO. No llegó la cortesía
de aquesta visita a más.
Yo me iré.
RISELO. ¡Traidor Lisardo!,
¿no te dejé preso yo?
LISARDO. Preso, sí; mas traidor, no.
Ven, que aquí fuera te aguardo.
RISELO. Y aun en ese patio basta.
LEONIDO. ¿Qué es esto, hermana enemiga?
OTAVIA. ¿Qué quieres tú que te diga?
LEONIDO. ¡Qué recogida! ¡Qué casta!
¿Qué hombre es éste?
OTAVIA. Yo qué sé.
LEONIDO. ¿Cómo entró aquí?
OTAVIA. Huyendo entró;
de la cárcel se salió,
y de piedad le amparé.
LEONIDO. Eres tú muy piadosa.
Espadas siento, allá voy.

(Vase, y haya dentro ruido de cuchilladas.)

OTAVIA. ¡Temblando, Sabina, estoy!
SABINA. ¿Ya de qué estás temerosa?
OTAVIA. Pon una luz a esa reja.

(Dice dentro LISARDA.)

LISARDO. ¡Muerto soy, válgame Dios!

(1) Falta en A hasta aquí, de esta acotación.

SABINA. ¿Cuál se queja de los dos?
OTAVIA. ¡Ay, Dios! Lisardo se queja.

ACTO SEGUNDO

(Salen ESTELA, *dama, y* RISELO, *su hermano.)*

ESTELA. ¡A quien negocia tan bien,
darle muchas comisiones,
y en premio el alma también!
RISELO. No llores, ni a mis pasiones
muestres, Estela, desdén.
Fuí por tu gusto a Sevilla,
que por mi gusto no fuí,
que toda su maravilla
ya la cifré cuando vi
la gran corte en nuestra villa.
Prendí a Lisardo, deudor
de tu honor, sin exceder
a la comisión.
ESTELA. ¿Qué honor
fuiste a cobrar, si a perder
fuiste la deuda mayor?
Dicen que la deuda está
en pie mientras tiene vida
el deudor; si murió ya,
por ti la deuda es perdida.
Di: ¿quién mi honor cobrará?
Di: ¿de quién o dónde puedo
cobrarle, muerto Lisardo?
Ves que en quejarme no excedo.
RISELO. Si satisfacerte aguardo,
¿no me oirás?
ESTELA. ¿Qué? (1) ¿Algún enredo?
RISELO. ¿Enredo?
ESTELA. ¿Pues de qué suerte
me podrás satisfacer,
de dar a Lisardo muerte?
RISELO. Tú verás que podrá (2) ser.
ESTELA. ¿Cómo?
RISELO. Escucha.
ESTELA. Escucho.
RISELO. Advierte.
Paseando por Sevilla
día de la Cruz de mayo,
en que muestra más grandeza
que en el discurso del año,
porque con su devoción
en mil partes levantando

(1) En B falta "qué?"
(2) A: "puede".

pirámides a la Cruz,
al mismo sol vence en rayos,
entre unos altares vi,
en su riqueza admirado,
a Lisardo, a quien el cielo
dió un merecido pago.
No quise entonces prendelle;
pero siguiéndole Fabio,
supe su posada y fuí
por la mañana a buscallo.
Dijéronme que había ido
hacia la calle de Francos;
parto en su busca (1), y allí
en una tienda le hallo,
no solo, que a dos mujeres,
dando ferias, o engañando,
que era lo más cierto en él,
hablaba a lo cortesano.
Prendíle (2), y en la prisión
quiso parecer tan bravo,
que me desmintió en el tiempo
que las armas le quitaron.
Tiréle un guante, y, en fin,
desafiados quedamos,
aunque yo libre y él preso,
él contento y yo afrentado.
Doy orden que el día siguiente
le traigan Fabio y Leandro,
por tu honor, hermosa Estela,
disimulando tu agravio.
Pero aquella misma noche
hallo en Gradas paseando
a Leonido, un caballero,
que fué conmigo soldado
en Nápoles, y los dos
de don Francisco de Castro,
hijo del Conde Virrey.

ESTELA. ¡Gran caballero!

RISELO. ¡Bizarro!
Conocíle y conocióme;
hablamos de lo pasado,
como es costumbre en amigos,
porque los dos navegamos
con don Pedro de Toledo
y el Capitán que te alabo,
donde cristianas galeras
eternamente llegaron:
porque como don Francisco
quiso ver Reinos extraños,
fuimos hasta el mar de Siria,
entre el Líbano y el Cairo.
No quiso que a la posada
volviese, y, aunque forzado,
llevóme, Estela, a la suya:
escucha un extraño caso.
Apenas su hermano y yo
la primera sala entramos,
cuando al que preso dejé
hallo con su hermana hablando.
"¡Traidor, ¿aquí estás?" —le digo.
"Aquí estoy", —dice turbado.
"Sal afuera", —le respondo;
y respóndeme: "Ya salgo."
Con esta cólera, apenas
pasé del último patio,
cuando, las armas desnudas,
con las puntas nos buscamos.
Si te parece que yo
pude entonces excusallo,
pude decir otra cosa,
eres mujer, no me espanto.
Jurara yo que mi espada
su pecho no había tocado,
cuando dijo: "Muerto soy",
y dejó caer los brazos.
El lo dijo, y cierto fué,
aunque pensé lo contrario;
porque una espada y el sol
entran por cualquier espacio.
Fuíme a una iglesia, y allí
fuí de Leonido buscado (1),
que por no ser conocidos
ni yo ni el muerto Lisardo,
le pareció que era bien
que me acogiese a sagrado
de su casa algunos días,
porque con poco trabajo
se pasaba a un monasterio.
Obedecíle obligado,
y allí de su hermana, y dél
gocé, Estela, mil regalos.
Como me quedaba en casa
y Otavia y yo tantos ratos
pudimos hablarnos solos (2),
vino amor a poder tanto,
que perdí por ella el seso,

(1) B: "fuí por Sevilla".
(2) B: "préndole".

(1) B: "avisado".
(2) B: "Venimos a hablar los dos."

y no sé si estoy pagando;
que dicen que es de discretos
el desconfiar amando.
Pensando, pues (1), muchos días,
que este amoroso cuidado
me desvelaba sus noches,
en que era de un hijodalgo
término injusto a su huésped
y a su amigo hacerle agravio,
que hacelle al huésped, sin duda.
es el más infame trato,
llaméle en secreto un día,
y publiquéle mis daños,
a que me dió por respuesta
que, teniendo ya tratado
el casamiento de Otavia
con un caballero indiano,
se fué a Lima, y no escribió
más de una carta en seis años.
Y que tenía sospecha
que su hermana había faltado
a su honrada obligación.
Yo entonces, ¡qué amor extraño!,
le digo que de la tuya
se sospechaba otro tanto;
pero que Lisardo muerto,
que era deudor, y el indiano,
que lo era de Otavia, ausente
entre dos mares tan largos,
viniésemos a concierto
en restaurar, como hermanos,
tu honor y el de Otavia juntos,
quedando los dos casados:
contigo le prometí,
menos que él a mí me ha dado.

ESTELA. ¡Quedo! ¿Luego ya está (2) hecho?

RISELO. No, hermana, sino tratado;
porque hasta saber tu gusto
no hice más de concertallo.

ESTELA. Pues, ¿qué pretendes ahora?

RISELO. Estuvo mi Otavia al cabo,
de una grave enfermedad,
y entre los tres concertamos
que viniese a Guadalupe.

ESTELA. ¿Vino, en fin?

RISELO. Allí quedaron (3)
y yo me partí a Madrid
a darte cuenta del caso,
para que sepas que tienes
dos huéspedes tan honrados.

ESTELA. Extrañas son tus quimeras,
pues al cabo de seis meses,
cuando pensé que trujeras
el fin de mis intereses
y obligaciones primeras,
me traes muerto a mi esposo,
y con otro me has casado.
Dime: ¿es cuento fabuloso?
Que es de un hombre enamorado
el crédito sospechoso (1).
¿Cómo no se sabe aquí
de la muerte de Lisardo?

RISELO. Si yo el homicida fuí
de aquel fanfarrón gallardo,
y no conocido allí,
sabes que le enterrarían
como a un hombre forastero,
que ni su patria sabrían,
ni su nombre.

ESTELA. ¡Ah, hermano fiero!

RISELO. Mira, Estela, que te envían
los cielos hoy por mi mano
remedio, y que ya está hecho.

ESTELA. ¿Tu mano dices, tirano,
pasando a Lisardo el pecho?

RISELO. Ya, Estela, lloras en vano;
no des lugar, con llorar,
a que se entienda en Madrid
su muerte.

ESTELA. ¿Podré callar?
¡Lágrimas, juntas salid!
¡Hagan los ojos lugar!

RISELO. ¡Hermana!

ESTELA. ¡Ingrato! ¡Desvía!
Que si me mandas que calle,
matarme el callar podría.

RISELO. Que ya no es justo (2) lloralle.
Yo sé que te aborrecía;
yo sé que al fin te dejó.

ESTELA. Dió la causa mi desdicha,
aunque no se la di yo.

RISELO. Digo que ha sido tu dicha.

ESTELA. Mi muerte será.

(Hace que se va.) (3)

---

(1) B: "al fin" en lugar de "pues".
(2) B: "esto es".
(3) A: "¿Vino?
RI. Allí quedan entrambos."

(1) B: "Que de un hombre enamorado
el crédito es sospechoso."
(2) B: "que ya no hay que".
(3) Falta esta acotación en A.

RISELO. ¡Eso no!
¡Paso, Estela! ¡Vuelve acá!
No caiga en falta por ti.
Mis huéspedes vienen ya;
sufre que posen aquí;
mi honor de por medio está.
No te cases con Leonido,
si Leonido no te agrada;
sólo que muestres, te pido,
por mi persona obligada,
buen gusto o gusto fingido.
Tu hermano soy; no maté
de industria a Lisardo (1) yo;
desgracia de entrambos fué.

ESTELA. Pues si Lisardo murió,
¿quiéres que contenta esté?

RISELO. No digo tal; mas que adviertas
que allá fuí muy regalado,
y que cuando te diviertas
deste pesar que te he dado,
verás que entró por tus puertas,
en contracambio, un gran bien.

(*Sale* DELIO, *de camino.*)

DELIO. ¿Posa aquí Riselo?

RISELO. ¡Oh, cielo!
¿Delio?

DELIO. ¡Señor!

RISELO. ¿Vienen?

DELIO. Ven,
que te aguardan.

RISELO. Ya recelo
mi daño de tu desdén.
¿Dónde quedan?

DELIO. Llegarán
dentro de un hora a la puente.

RISELO. Mira que ya cerca están;
mira que es honrada gente,
ella hermosa y él galán;
mira que te han de agradar,
y no es bien que des lugar
a alguna deshonra mía.

ESTELA. ¿Pues qué quieres?

RISELO. Este es día,
Estela, en que me has de honrar.
Toma el coche y ven conmigo,
que los has de recebir.

ESTELA. ¿Cómo puedo ir yo contigo,
y aposento apercebir? (2)

RISELO. Al aposento me obligo:
no te he de dejar aquí
hasta que a Leonido veas.

ESTELA. ¿Quieres tú que vaya así?

RISELO. Mi muerte, Estela, deseas.
¿Soy yo tu sangre? ¿No, o sí?

ESTELA. No, porque quien la sacó
a mi Lisardo aquel día,
bien puedo decir que no,
que si tuviera la mía,
viviera, y muriera yo.

RISELO. Déjate deso, y advierte
que me meteré esta daga
por el pecho.

ESTELA. Aun desa suerte
podrá ser que satisfaga
la venganza de su muerte.

RISELO. ¡Ea ya, que es grosería!
Entra, y pondráste un sombrero.

ESTELA. Iré a ver la muerte mía.

RISELO. De ti mi remedio espero.

ESTELA. ¡Triste día!

RISELO. ¡Alegre día!

ESTELA. ¿Que tengo de ir?

RISELO. Eres sabia.

ESTELA. ¿Que podré?

RISELO. Mi amor podrá.

ESTELA. ¡Duro agravio!

RISELO. Amor no agravia.

ESTELA. ¿Que están cerca?

RISELO. Llegan ya.

ESTELA. ¡Ay, mi Lisardo!

RISELO. ¡Ay, mi Otavia!

(*Vanse y sale* LISARDO *y* MORATA.)

LISARDO. ¡Este, Morata, es Madrid!

MORATA. ¡Oh, villa famosa y bella!

LISARDO. ¿Cómo ansí?

MORATA. Dicen que en ella
nació el caballo del Cid.

LISARDO. Siempre has de decir locuras.
¿No pudieras alaballa
de otras grandezas?

MORATA. No halla
mi ingenio otras escrituras.

LISARDO. ¿No dijeras que nació
Gracián Ramírez de Vargas,
el que con historias largas
a su patria engrandeció?
¿No dijeras que el mayor
Rey del mundo?

(1) B: "a tu esposo".
(2) B: "prevenir".

MORATA. ¿Yo qué sé?
De mis historias hablé;
tú de las tuyas, señor.
Tú a los hombres alaballos
podrás; trátaslos, en fin (1),
yo trato siempre en rocín,
déjame alabar caballos.
LISARDO. Tú eres una linda joya.
¿Parécete Madrid bien?
MORATA. Aquí pienso que también
nació el caballo de Troya.
LISARDO. El de Troya fué de tabla.
MORATA. ¿De tablón, o de alpargates?
LISARDO. Deja, por Dios, disparates,
y en estas grandezas habla.
MORATA. ¡Brava casa!
LISARDO. Bella y grave,
que está en la villa y no está.
MORATA. ¿Cúya es?
LISARDO. ¿No lo ves ya,
por quien en su espacio cabe?
Del Duque de Lerma es.
MORATA. Cuando el nombre no sabía,
gran casa me parecía,
y muy pequeña despüés.
LISARDO. ¡Qué sitio!
MORATA. De gran frescura.
LISARDO. Es edificio famoso
de un ingenio milagroso,
silva de varia hermosura.
Mil cosas veo aumentadas.
MORATA. ¿Qué es lo que piensas hacer?,
que tiempo queda de ver
calles, casas y casadas.
Y a fe que de mi consejo,
tras la enfermedad mortal,
donde es piedad celestial
que vuelvas con el pellejo,
que no hicieras el camino
que hay desde Sevilla aquí.
LISARDO. Ya llegué, y a Madrid vi.
MORATA. No dudes, fué desatino.
Mas, ¿dónde te has de apear?
LISARDO. En mi casa no ha de ser,
porque nadie me ha de ver.
MORATA. Vuélveme ahora a contar
el enredo que has pensado.
LISARDO. Ya te dije que he sabido
cómo Riselo y Leonido

(1) B: "como los tratas, en fin".

me cuenten por enterado.
Riselo, que no sospecha
que nadie esta muerte sabe,
echó a su enojo la llave,
lazada a mi cuello estrecha.
MORATA. ¿Cómo?
LISARDO. Trazó dar a Estela
en casamiento a Leonido,
y él es de Otavia marido.
MORATA. ¿Y es amistad con cautela?
¿O contóle lo que pasa?
LISARDO. Respeto de ser yo muerto,
le dijo nuestro concierto.
MORATA. ¿Qué me cuentas?
LISARDO. Esto pasa.
Y que a Madrid han venido,
donde con conforme acuerdo
se han de casar. Aquí pierdo,
Morata amigo, el sentido.
Pluguiera a Dios que muriera
de aquella herida, y vengada
Estela.
MORATA. No digas nada.
LISARDO. ¿Cómo no?
MORATA. Vive y espera:
que la vida y la paciencia
alcanzan cualquiera cosa (1).
LISARDO. Si es la industria poderosa,
no faltará diligencia.
Yo viviré, pues me manda
vivir amor.
MORATA. Di adelante.
LISARDO. Será, Morata, importante,
si el mal lo va y se desmanda (2),
aplicalle algún remedio.
MORATA. ¿Qué remedio?
LISARDO. Dilatar,
que no se puedan casar.
MORATA. Mete paz y ponte en medio.
LISARDO. ¿Cómo?
MORATA. Llega y di que vives,
y cásate con Estela.
LISARDO. Y mi honor?
MORATA. ¿Tu honor es muela,
que tanta industria apercibes?
Suele un hombre que rehusa
de sacarla, buscar medios,
y probando los remedios,

(1) B: "acabarán cualquier cosa".
(2) B: "si él madura y se desmanda".

ve que sacarla no escusa;
así quien ama, y sospecha
lo que es casarse, dilata
medios, y invenciones trata,
pero ninguno aprovecha.
¿Qué sirve que te desvele,
si al fin de tanta cautela
te has de casar con Estela,
que es la muela que te duele?

LISARDO. ¿Casar sin averiguar
la causa deste dolor?
No lo creas.

MORATA. Pues, señor,
yo te quiero aconsejar.

LISARDO. ¿Cómo?

MORATA. ¿Qué harás en sabiendo
que Estela tuvo un galán?

LISARDO. Irme a Italia, donde están
otros, como yo, sirviendo.

MORATA. Pues haz cuenta que has sabido
que le tuvo, y vete luego.

LISARDO. ¡Qué buen consejo!

MORATA. ¿Estás ciego?
¿Ya no es su galán Leonido?

LISARDO. Eso estorbaré.

MORATA. Di el modo.

LISARDO. ¡Escucha!

MORATA. Ya estoy atento.

LISARDO. Finge tú...

MORATA. ¿Qué fingimiento?

LISARDO. Oye bien.

MORATA. Ya estoy en todo.

LISARDO. Que eres caballero indiano (1).

MORATA. ¿Yo caballero? ¿A qué efecto?

LISARDO. Otavia tuvo en secreto
galán.

MORATA. ¿Quién fué?

LISARDO. Feliciano;
que a las Indias se le fué;
tú dirás que eres su amigo.

MORATA. Pensé que el mismo.

LISARDO. ¿No digo?...

MORATA. ¿Qué he de hacer?

LISARDO. Oye.

MORATA. Sí haré.

LISARDO. A Otavia visitarás,
muy galán y cuerdo.

MORATA. Bien.

LISARDO. Y cuando juntos estén,
que traes poder le dirás
para casarte con ella
por Feliciano (1).

MORATA. ¿Yo?

LISARDO. Sí,
diciendo que él vendrá aquí
dentro de un año por ella.
Y mostrarás el poder,
que yo te daré fingido.

MORATA. ¿Tienes seso?

LISARDO. Estoy perdido;
mas lo que digo ha de ser.

MORATA. ¿Y si me mandan casar?

LISARDO. Fingirás que de repente
te ha dado un mal; finalmente,
tú lo sabrás dilatar.

MORATA. ¿Tú, cómo irás disfrazado?,
que es imposible que escape
sin que un cómitre me rape
cabello y barba en galeras.
¿Así mi servicio pagas?

LISARDO. ¡Que no has de casarte, necio!

MORATA. Tu honor tratas con desprecio.
y tu pretensión estragas.
No te quiero replicar.

LISARDO. Para dar fuerza al embuste,
y para que Otavia guste
de casarse y de aguardar,
has de decir que él te dió
ciertas joyas...

MORATA. ¿Eso más?

LISARDO. Que en llegando las darás.

MORATA. ¿Luego has de dárselas?

LISARDO. No,
que entre tanto yo sabré
si llora mi muerte Estela,
si en su amor hubo cautela,
o si fué cierta su fe.

MORATA. Probar mujer no es astuta
industria; otro medio toma,
porque es la ley de Mahoma,

---

(1) B trae este pasaje así:
"LISARDO. Es verdad, pero para eso
tengo otro embuste pensado.
MORATA. Di qué tienes acordado,
que me haces perder el seso.
LISARDO. Oye lo que voy diciendo.
MORATA. Ya te oigo, señor.
LISARDO. Escucha.
MORATA. Ya tu flema es, señor, mucha;
dilo ya, que bien entiendo.
LISARDO. Finge un caballero indiano."

(1) B: "en su nombre".

que no consiente disputa.

LISARDO. Esto has de hacer, no hay que ha- [blar.

MORATA. Tú, ¿cómo irás disfrazado?

LISARDO. Tengo de ser tu criado.

MORATA. ¿Luego a vellas has de entrar?

LISARDO. Morata, el haber creído
que soy muerto, y la humildad
del traje...

MORATA. La ceguedad
de tu amor he conocido.

LISARDO. Harán que yo no lo sea;
y el quedarme y esconderme,
cuando alguien quisiese verme
de que despacio me vea.
Vente a vestir.

MORATA. ¿Que has de ser
mi criado?

LISARDO. ¿En eso estás?

MORATA. ¡Ah, Lisardo!, tú verás
qué es servir y obedecer.
Pero trataréte yo
de otra suerte que tú a mí.

LISARDO. ¿Tan mal te traté?

MORATA. ¿Pedí
cosa que me dieses? ¡No!
Tú verás como te dejo
dormir hasta mediodía,
sin "hola", "muestra", "desvía",
"la limpiadera", "el espejo",
"los guantes", "limpia", "desata",
"descalza", "tira de aquí",
"vuelve", torna", "fuiste allí",
"¿qué dijo doña Alpargata?"
"Lleva este papel", "no acaba
el sastre la cuera", "bestia",
"necio", "tonto", "qué molestia",
"qué disgusto", "cosa brava".
"¿No hay sufrimiento?" "Yo solo
sufriera aqueste criado,
majadero y porfiado,
si le hay de polo a polo."
Finalmente, no diré
cosa desta, ni es razón;
y en lo que toca a ración,
puntualísimo seré;
no como tú, que es vergüenza
verte estirar cuello y pecho...

LISARDO. ¡Buena sátira me has hecho!

MORATA. Así la historia comienza.

LISARDO. Ven a disfrazarte.

MORATA. Voy:
¿pero que nombre has pensado?

LISARDO. El capitán Alvarado.

MORATA. Digo que Alvarado soy.

LISARDO. Pues sígueme.

MORATA. ¿Dónde vas?

LISARDO. Hay otra cosa importante.

MORATA. Espera, que he de ir delante.

LISARDO. ¿Y yo?

(*Dice muy grave* MORATA.)

MORATA. ¿Vos?

LISARDO. ¿Yo, pues?

MORATA. Detrás.

(*Vanse, y sale* RICARDO *y* FIDENO, *criado suyo, y* MERENCIO, *criado de* ESTELA.)

RICARDO.

¿Qué me dices, Merencio?

MERENCIO.

Que ha traído
desta jornada huéspedes a casa,
Riselo, mi señor, que ya son dueños.

RICARDO.

Declara más mi desventura.

MERENCIO.

Digo
que fué a Sevilla, como ya (1) lo sabes,
en busca de Lisardo, que las bodas
dejó por tu papel, aunque sin culpa
de Estela, y que allá dice que Lisardo
murió de unas heridas que una noche
le dieron los galanes de una dama;
y que ha casado a Estela, por su muerte,
con Leonido, un hidalgo sevillano,
que es el que viste hoy que entró (2) en el Car- [men
acompañando a Estela y a su hermana,
que es aquella gallarda sevillana.

RICARDO.

¿Casada Estela?

MERENCIO.

Siempre los amantes
hacéis exclamaciones: si no crees
lo que te digo, busca al menor paje
desa casa, y di: "¿Con quién se casó Estela.",
verás si te responde: "Con Leonido."

(1) B: "tú".
(2) A: "el que viste entrar hoy".

RICARDO.

Deseaba, Merencio, mi locura
que muriese Lisardo, aunque a Lisardo
no vi en mi vida, por hallar un modo
honesto de casarme con Estela.
Murió Lisardo, en fin, y hubiera medio
para que le tuviera el amor mío,
a quien Estela daba, no esperanzas,
mas mejor acogida que solía;
y cuando estoy seguro, trae Riselo
marido para Estela.

MERENCIO.

Tú no entiendes
el interés que desto se le sigue.

RICARDO.

¿Cómo?

MERENCIO.

Que está perdido por Otavia
y se casa con ella.

RICARDO.

¡Que imposible
mi remedio dejó a mi desventura!
¿Con esa fuerza la amistad se ha hecho?

MERENCIO.

Ya se llaman hermanos y cuñados,
y aunque es verdad que Estela a los principios
lloró la muerte de Lisardo, y hizo
notable resistencia al casamiento,
la bondad de Leonido, su buen gesto,
su buen talle y persona, finalmente,
el ser mujer la ha consolado mucho,
y ya le mira con serenos ojos.

RICARDO.

¡Y ya le mira con serenos ojos!
¡Ay, dulces ojos, por mi mal serenos,
sólo para Ricardo rigurosos!
¿Qué haré?, que en tanto mal falta el consejo,
a la razón discurso, al alma fuerzas.

MERENCIO.

¿No tienes un papel de Estela?

RICARDO.

Tengo
más de un papel de Estela; mas son tibios
y antes desengañando y ofendiendo
que amando y prometiendo.

MERENCIO.

Aunque parezca
que el necio al sabio quiere dar consejo,
oye un remedio.

RICARDO.

Di.

MERENCIO.

Cuando en las cosas,
mayormente, Ricardo, en casamientos,
hay dilación, suceden mil mudanzas,
que el tiempo dilatado causa en todo:
los hombres toman otros pensamientos,
el cielo muda el curso, los planetas
diferentes propósitos infunden;
finalmente, no hay cosa que no tenga
peligro en la tardanza.

RICARDO.

Ya te entiendo:
quieres decir que si poner pudiese
dilación en las bodas de Leonido,
podría ser que todos, entre tanto,
mudasen del propósito que tienen.

MERENCIO.

Conceto has hecho, y mucho bien del mío.
Resta saber si dilatarlo puedes.

RICARDO.

Eso quiero saber.

MERENCIO.

Pídele a Estela
palabra de mujer.

RICARDO.

¿Con qué testigos?

MERENCIO.

No pudieras hablar ahora cien años
con mayor inocencia. Pon el pleito;
que hay tienda de testigos en el mundo,
como de paño, seda, vino y carne;
los pleitos sólo quieren los principios,
que es como los que quieren labrar casa,
que imaginan hacellas muy pequeñas,
levantan de aposento en aposento
una máquina insigne, que les cuesta
la hacienda, y aun la vida. Yo te digo
que en habiendo letrados y notarios,
procuradores, solicitadores,
libros, plumas, papeles, pareceres,
Bártulo dijo aquesto, Baldo estotro,
párrafo tal, ley tal, códice tantos,
y aquellos terminillos del proceso:
"El sobredicho dijo", "el confesante",

"el que declara", "sabe este testigo",
"preguntado si sabe", y otras cosas
que no sé cómo entraron en el mundo,
que se pasen los meses y los años.
¿Pleito matrimonial no le conoces?

RICARDO.

¡Oh, qué notablemente me consuelas!

MERENCIO.

Hay mil descomuniones y censuras,
mil términos y mil apelaciones,
hasta Rota, hasta Roma. Pues a Roma
¿cómo puede ir Estela en pocos días,
si no es que caiga y se haga las narices?

RICARDO.

¡Ah, discreto Merencio! ¡Vive el cielo,
que ha cobrado tu lengua mi esperanza!
Esta cadena es tuya.

MERENCIO.

¿Ya comienzas
a pagar al letrado?

RICARDO.

¡Y qué letrado
del tribunal de mi amoroso pleito!
Yo lo voy a pensar; tú en tanto parte,
y avisarásme de lo que hace Estela
y para cuándo el desposorio trazan,
y si le mira con serenos ojos.

MERENCIO.

Avísame, Fideno, lo que has hecho,
y en qué tribunal pides.

RICARDO.

Ten cuidado.

FIDENO.

Yo iré a buscarte luego; tú procura
los testigos que dices.

RICARDO.

Y de (1) Estela,
que no le mire con serenos ojos.

MERENCIO.

Por fuerza habrá de ser, que son muy buenos.

RICARDO.

¡Ay, bellos ojos, por mi mal serenos!

(1) B: "di a".

(*Vanse, y salen* LEONIDO *y* ESTELA.)

ESTELA. ¿De un muerto celos tenéis?
LEONIDO. ¿De quién, señora, mejor,
si celos nacen de amor,
y temo que a un muerto améis?
Y son iguales conciertos
los de nuestras pretensiones,
pues pasan estas razones
entre tres que estamos muertos.
Lisardo claro se os muestra,
pues lo fué en el desafío;
vos para el remedio mío,
y yo en la memoria vuestra.
ESTELA. No dudéis, señor Leonido,
de que he sentido su muerte;
pero de la misma suerte
os he estimado y querido.
Ya no es posible cobrar
lo perdido; sabe Dios
que sólo emplearme en vos
me pudiera consolar.
LEONIDO. ¿Tal merezco? ¿Tal favor
alcanzo de vuestra boca?
Volveráse el alma loca,
pero ya lo está de amor.
Desde que pasar el río
os vi, de suerte quedé,
que río de olvido fué
para todo intento mío.
Allí el amor natural
de la patria, allí el deseo
de otro gusto, de otro empleo,
de otro casamiento igual,
y aun de mí mismo también
queré olvidado, señora;
que no es bien que piense ahora
que hay en el mundo más bien.
ESTELA. Este efeto habéis hurtado
de mi propio pensamiento,
pues tan olvidado siento,
con veros, mi bien pasado;
mi esperanza vive en vos;
la que tuve es muerta ya.
LEONIDO. ¿Cuándo se confirmará
esta verdad de los dos?
ESTELA. Cuando mi hermano quisiere.

(*Salen* RISELO *y* OTAVIA.)

RISELO. Agora conoceréis,
mi bien, lo que me debéis.
OTAVIA. Ya paga quien pagar quiere.

RISELO. ¿Cómo os agrada Madrid?
Como lugar en que os veo,
porque no pase (1) el deseo
de dónde estáis.
RISELO. Advertid
que habéis de tratar verdad.
OTAVIA. Amor justo nunca miente.
RISELO. ¿No veis el espejo enfrente?
OTAVIA. ¿De quién?
RISELO. De mi voluntad.
OTAVIA. Y de la mía también.
RISELO. Más os quiero yo que a Estela,
Leonido, aunque él no recela
que hay más amor ni más bien.
OTAVIA. Y yo más que ella a Leonido.
RISELO. ¿Luego el espejo no trata
verdad?
OTAVIA. Si no nos retrata,
será de cristal fingido.
RISELO. Pues miraos en mí y veréis
más cierta vuestra verdad,
y si lo es la voluntad
que decís que me tenéis.
LEÓNIDO. Aquí están nuestros hermanos.
ESTELA. Muy bien parecéis ansí.
RISELO. Lo mismo creed de mí.
OTAVIA. ¿Qué falta?
LEONIDO. Darnos las manos.
ESTELA. ¿Cuándo decís que ha de ser?
RISELO. Las fiestas lo han estorbado;
que una vez se ha publicado
no más, por ser fiesta ayer.
LEONIDO. ¿Cuál de los cuatro podría
decir que es más venturoso?
OTAVIA. Yo con tener tal esposo.
RISELO. Más yo, por vos, prenda mía.
LEONIDO. Ya se sabe que yo soy,
pues a Estela he merecido.
ESTELA. Yo lo soy, señor Leonido.
OTAVIA. Yo bien empleada estoy.
RISELO. Yo mejor, sin duda alguna.
LEONIDO. Yo no sé que haya lugar
donde pueda levantar
a un hombre más la fortuna.
ESTELA. Tales encarecimientos
para vuestro amor buscáis,
que como os adelantáis,
aun no dejáis pensamientos.
LEONIDO. Yo sé que os gano la palma.

(1) A: "pasa".

ESTELA. En merced y cortesía;
¡ay, muerto del alma mía, (*Ap.*)
que me estás tirando el alma!
¿Cómo es posible que yo
puedo consuelo tener?
Eres muerto; soy mujer;
faltas tú, y otro llegó.
¿Mas de qué sirve esforzarme?
No tendré gusto en mi vida;
yo propia soy homicida
sólo en consentir casarme.
A lo menos ya que fuera,
no con hombre que nació
adonde mi bien murio...
RISELO. Gente he sentido allá fuera.
¡Hola!

(*Sale* MERENCIO.)

MERENC. ¡Señor!
RISELO. ¿Ha venido
el Notario?
MERENC. No, señor.
RISELO. ¿Pues qué es aquese rumor?
MERENC. Busca un Indiano a Leonido.
OTAVIA. ¡Jesús, Indiano!
RISELO. ¡Ay de mí!
¿Indiano?
MERENC. Tal dice que es.
LEONIDO. ¿Qué hombre?
MERENC. Cabeza y pies,
piernas y brazos le vi.
No sé que tenga otra hechura.
LEONIDO. Pregunta el nombre.
MERENC. Yo voy.

(*Vase* MERENCIO.)

OTAVIA. Temblando, Leonido, estoy;
temo alguna desventura.
LEONIDO. ¿Pues yo cómo puedo estar?
Por Estela estoy perdido.
Si Feliciano ha venido,
bien tenemos que pensar.

(*Sale* MERENCIO *otra vez.*)

MERENC. El hombre se ha declarado.
LEONIDO. ¿Dijo Feliciano?
MERENC. No.
LEONIDO. ¿Pues qué?
MERENC. Si no me engañó,
el capitán Alvarado.
LEONIDO. ¡Buenas nuevas te dé Dios!
Di que entre.

RISELO. Sillas aquí.
OTAVIA. ¿Las dos verémosle?
RISELO. Sí,
aquí os sentaréis las dos.

(Siéntanse ellas, y sale MORATA, *vestido de galán gracioso, calacillas de color, sombrerillo con plumas, capotillo pequeño, y* LISARDO *con capotillo de dos haldas, espada y daga, y sombrero grande.)*

MORATA. ¡Vuesas mercedes estén
mil veces enhorabuena!
Sus manos todos me den.
LEONIDO. Sosegado me ha la pena.
RISELO. Venga mil veces con bien
v[uestra] merced a esta casa.
¡Hola! Aquellas sillas pasa.
MORATA. No, por mi amor. Aquí esté
v[uestra] merced.
RISELO. Yo estaré
aquí (1).
LISARDO. (¡Nuevo amor me abrasa!
¡Ay, Estela!, que al fin llego
donde como el verte atiza
el fuego, en que estoy tan ciego,
lleva el viento la ceniza,
queda descubierto el fuego!
Tiemblo, señora, de verte,
que se me han de aquesta suerte
mil cosas representado:
¿desta manera has llorado
tu casamiento y mi muerte?
¡Qué buen traje de viuda!
Mas si el ausencia desnuda
de amor a cualquier mujer,
¿qué pudo la muerte hacer
que todas las cosas muda?)
MORATA. Vine de Lima a Sevilla,
donde queda Feliciano
dándome puerto la orilla (2)
de Cádiz, este verano (3),
en su octava maravilla.
Fuí a vuestra casa, Leonido:
¿sois vos?
RISELO. Este caballero.
LEONIDO. Para serviros lo he sido.
MORATA. Yo os he de servir.
LISARDO. (¿Qué espero?

(1) B: "V. merced.
RI. Yo aquí estaré,
señor."
(2) B: "villa".
(3) B: "cristal soberano".

Que Estela pierde el sentido;
Estela a Leonido mira.)
MORATA. Dijéronme esta jornada...
LISARDO. (Un punto apenas retira
los ojos dél.)
MORATA. Fué forzada...
LISARDO. (Todo su amor fué mentira.)
MORATA. Había de ir a la corte,
y aunque mi negocio importe
ir presto a Valladolid,
quise pasar por Madrid
para dar en esto un corte.
LISARDO. (¡De espada le merecías,
por la cara (1), picarón!
Ved lo que aprendió en seis días;
no le ha dicho una razón.
Todas son desdichas mías.)
LEONIDO. ¿En qué caso?
MORATA. ¿No escribió
en el aviso pasado
Feliciano?
LEONIDO. Señor, no.
LISARDO. (¡Oh, qué bien que lo ha enmenda-[do!)
MORATA. ¿Ni a Otavia?
LEONIDO. No.
MORATA. ¿Quién es?
OTAVIA. Yo.
MORATA. ¿Que cartas no habéis tenido?
OTAVIA. Ni en cinco años una letra.
MORATA. ¡Extraña desdicha ha sido!
No en vano el otro (2) penetra
el cielo contra ese olvido.
OTAVIA. De eso he estado bien quejosa.
MORATA. Y él lo está también de vos.
OTAVIA. Yo le he escrito cuidadosa.
MORATA. Ha hecho, gracias a Dios,
una ganancia famosa.
Tendrá bien cien mil ducados.
LEONIDO. ¿Cien mil?
OTAVIA. Cien mil.
RISELO. ¡Ay de mí!
Hoy quedan desconcertados
nuestros conciertos.
MORATA. Yo vi
cien mil pesos ensayados.
Traigo, en efeto, poder
para que por él me case
con vos, mientras puede ser

(1) B: "da la carta".
(2) B: "celo".

que a España su hacienda pase,
donde seréis su mujer.
RISELO. (¿Qué escucho? Será sin duda.)
MORATA. Tráigoos joyas extremadas.
RISELO. (Todo mi remedio muda.) (*Ap.*)
MORATA. Y por milagro escapadas
del rigor de la Bermuda (1),
que pensamos perecer.
LISARDO. Este ha de echarme a perder
(si en navegación se mete)
todo el cuento.
OTAVIA. En fin, ¿promete
venir?
MORATA. Si sois su mujer.
¡Hola!
LISARDO. ¡Señor!
MORATA. ¿Llegarán
mañana las cargas?
LISARDO. Creo
que ya en Toledo estarán.
MORATA. Mostraros cosas deseo
que gran contento os darán.
Traigo un papagayo de oro,
y esmeraldas del tamaño
de un huevo.
OTAVIA. Valdrá un tesoro.
LISARDO. (Ved qué disparate extraño.)
OTAVIA. Ya del oro me enamoro.
LEONIDO. Otavia, ¿qué hemos de hacer?
OTAVIA. Yo, hermano, seguir mi suerte;
tú conquista tu mujer.
RISELO. Este hombre ha sido mi muerte.
OTAVIA. ¿Cómo se podrá poner
tan grande joya una dama?
MORATA. Este no es para la toca.
Traigo un diamante, una llama
del sol.
OTAVIA. Digo que estoy loca.
MORATA. Traigo de ébano una cama,
toda de ámbar embutida.
ESTELA. ¡Ojalá mi casamiento
tan (2) nuevo suceso impida!
LISARDO. (Bueno va hasta ahora el cuento;
temo que mal se despida.)
MORATA. Traigo un escritorio bravo
de cristal; éste os alabo.
ESTELA. Dios le libre de un encuentro.
MORATA. Que cuanto le ponen dentro
se ve por estotro cabo.
Traigo una piedra bezar,
como una bola de bolos:
pueden con ella jugar;
y dos rubíes, que solos
me alumbraban por la mar.
Traigo una saya de pluma,
que dió Lantaro a Guacolda;
la cama de Motezuma,
que media campaña entolda,
y para decillo, en suma,
tres mil ducados en barras (1)
para alfileres y tocas.
ESTELA. ¡Por mi fe, joyas bizarras!
MORATA. Todas, señora, son pocas;
dejad que lleguen las arras (2).
Con esto os he dado cuenta
de mi venida, y me voy
a descansar.
OTAVIA. Tan contenta
de la relación estoy,
que mi esperanza se alienta.
Creed que estaba perdida;
si yo en mi casa estuviera,
quedara muy ofendida
que della un huésped saliera
que es remedio de mi vida.
RISELO. Aquí puede estar también
el señor Capitán.
LEONIDO. Creo
que voy perdiendo mi bien.
Hablarte, Otavia, deseo.
RISELO. Di que (3) de comer nos den.
Coma el señor Capitán
con nosotros.
MORATA. ¡Gran favor!

(*Sale* MERENCIO, *criado.*)

MERENC. Aquí dos hombres están
como notarios, señor.
RISELO. De aquel negocio serán.
MERENC. Antes dicen que han venido
a depositar a Estela
por Ricardo.
RISELO. ¿Habrán querido
hacer alguna cautela
para impedir a Leonido?

(1) B: "el ave muda".
(2) B: "el".

(1) B: "sin arras".
(2) B: "barras".
(3) B: "¡Hola! De comer..."

¿Ricardo a mí? ¡Sal allá! (1)
ESTELA. Mira lo que es.
LEONIDO. Vamos todos.
RISELO. Tú sola aguarda.
ESTELA. Si ya
se estorba de tantos modos,
amor de mi parte está.
OTAVIA. ¡Venga, señor Capitán!
RISELO. ¡No se halla Otavia sin él!
¡Buenos mis negocios van!
Oro te muda cruel;
oro y mujer, ¿qué no harán?

(Vanse todos, y quedan ESTELA *y* LISARDO.)

ESTELA.

Lisardo mío, si en mi pensamiento
cupo jamás tu ofensa ni tu ira,
del cielo donde estás un rayo tira,
que me deshaga con rigor violento.
Sirvióme un hombre, di su ruego al viento;
las más veces los celos son mentira;
estima mi lealtad, mi llanto mira,
tu muerte lloro, mi desdicha siento.
Sin mi gusto me caso, que no es justo,
quien ya gozó tu dulce compañía,
que pueda hallar eternamente gusto.
Estórbalo, si puedes, que algún día
me llevará contigo mi disgusto,
y a tanto sol (2) verás la verdad mía.

LISARDO. Bien te puede responder
Lisardo, que no está lejos.
ESTELA. Sin duda deben de ser
de mis deseos (3) reflejos
que al alma intenten volver.
Van mis desdichas a ti,
y topan con tal rigor,
que de la imagen que vi
vuelven la sombra a mi amor,
y estás delante de mí.
¿Eres hombre o eres sombra?
LISARDO. Sombra y nombre; lo que asombra
es lo que fuí, y lo que ves,
es lo que fué, y ya no es,
que sombra y hombre se nombra (4).

ESTELA. ¡Válame Dios! ¿Estás vivo?
¿Hanme engañado? ¡Jesú!
LISARDO. Vivo, si tu luz recibo;
muero si me dejas tú,
que eres alma con que vivo.
ESTELA. ¿Podréte nombrar?
LISARDO. Podrás.
ESTELA. ¡Lisardo!
LISARDO. ¡Señora mía!
ESTELA. ¿Vives?
LISARDO. Si tu luz me das.
ESTELA. ¿Eres tú?
LISARDO. ¿Pues quién podía
ni amar más ni penar más?
ESTELA. ¿Que tú eres?
LISARDO. ¿No lo ves?
ESTELA. ¿Que fué engaño?
LISARDO. Engaño ha sido.
ESTELA. Dame esos brazos.
LISARDO. Después.
ESTELA. ¿Pues quién lo estorba?
LISARDO. Leonido.
ESTELA. ¿Leonido?
LISARDO. Tu esposo es;
fuera de que ya Ricardo
también te pide.
ESTELA. ¿Qué aguardo?

(Vale a abrazar.)

LISARDO. No me toques.
ESTELA. ¿Huyes?
LISARDO. Sí.
ESTELA. Iréme, mi bien, tras ti.
LISARDO. ¡Tente, Estela!
ESTELA. ¡Oye, Lisardo!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO

DEL TESTIGO CONTRA SÍ.

(Salen FELICIANO *y* DORISTEO, *su criado.)*

FELICIANO.

¡Famosa villa!

DORISTEO.

¡Grande, y en el centro
de España.

FELICIANO.

Hazme quitar estas espuelas.

DORISTEO.

Gallardos edificios tiene dentro.

(1) B: "Ricardo en mi casa está."
(2) B: "y entonces tú".
(3) B: "desdichas".
(4) B: "¿Eres hombre o eres sombra?
LI. Es lo que fué y lo que ves
que ahora, mi bien, te asombra;
es lo que fué y ya no es,
que sombra y hombre se nombra."

FELICIANO.

Ya navego con más (1) hinchadas velas.

DORISTEO.

¡Gran fortuna deshecha!

FELICIANO.

¡Gran encuentro
de la fortuna misma!

DORISTEO.

¿Qué recelas
de la ninfa del huésped?

FELICIANO.

Que no mira
con malos ojos.—Destas botas tira.

DORISTEO.

¿Sacaré las chinelas?

FELICIANO.

No desates
la manga ahora.

DORISTEO.

El huésped viene.

(*Sale* LIDENO, *huésped.*)

LIDENO.

¿De dó bueno venís?

FELICIANO.

De los remates
del mundo.

LIDENO.

¡Gran jornada!

FELICIANO.

¡Animo fuerte!
¿No habéis oído el fiero Margayates (2),
Brasil por otro nombre, donde vierte
sus aguas la corriente Oropiana,
y el río de la Plata o río Parana?

LIDENO.

Nunca en Madrid del indio mar se trata
del río de la Plata, ni el tesoro
que por la nueva España se dilata;
acá llevan arena y no es de oro;
sea verdad que corre aquí la plata,
que es río general.

(1) B: "mis".
(2) B: "Gargayates."

FELICIANO.

¿Sabréis (1) de coro
esa canción?

LIDENO.

¿Quién hay que no se siente
al son de su dulcísima corriente?
¿Mas dónde vais de tan remota parte?

FELICIANO.

A la corte, que es mar de todo río,
con cierta pretensión.

LIDENO.

¡Que pueda el arte
fabricar el caballo de un navío,
con que desde el Brasil el hombre parte
con tal seguridad, con tanto brío!

FELICIANO.

Al Draque preguntad ese profundo
secreto: dió en un año vuelta al mundo.
¿Tendremos qué cenar?

LIDENO.

Habrá conejos
de blanco lomo, que esta tierra cría,
como allá vuestros mares abadejos.

FELICIANO.

¡Qué bien que sabe el huésped Geografía!
¿Vinos?

LIDENO.

De La Membrilla y Alaejos,
que no hay más olorosa malvasía.
Perdices hay también.

FELICIANO.

¿Que habrá perdices?

LIDENO.

Y tiernas, sin que ofendan las narices.
Lo que es cabrito, pollos y ternera,
y pasteles, que son tan celebrados,
también pueden hallarse dondequiera,
con pan de leche y postres extremados;
manjar blanco no es bueno.

FELICIANO.

Aunque lo fuera.
¿Habrá con quién jugar naipes o dados?

LIDENO.

Lo primero, por ser más permitido.

(1) B: "Sabrás."

FELICIANO.

¿Qué huéspedes tenéis?

LIDENO.

Dos han venido;
pero hay un Capitán en casa ahora
también Indiano.

FELICIANO.

¿Indiano?

LIDENO.

Y que ha llegado
de Sevilla a buscar (1) una señora.

FELICIANO.

¿Cómo se llama?

LIDENO.

Pienso que Alvarado.

FELICIANO.

¿Alvarado?

LIDENO.

Alvarado, y cerca mora (2),
según ayer me dijo su criado,
la dama por quien viene, que de Lima
trae un poder.

FELICIANO.

¿De Lima? ¡Extraña enigma!

LIDENO.

Para casarse por un grande amigo,
que allá tiene, muy rico.

FELICIANO.

¿Escuchas esto?

DORISTEO.

No hay en Lima tal hombre.

FELICIANO.

Yo te digo
que en confusión el Capitán me ha puesto.

LIDENO.

La dama no es de aquí; que un grande amigo
de su hermano, y mancebo bien compuesto,
que yo le he visto, hablado y conocido,
de Sevilla a Madrid los ha traído.
Y como estaban ya medio casados,
y Alvarado llegó con los poderes,
quedaron los conciertos revocados,
que agrada siempre el oro a las mujeres;
pero han nacido pleitos y cuidados,
y el Capitán, que ya verás, si quieres,
está mohíno porque va a la Corte,
y pierde tiempo, aunque a su amigo importe.

FELICIANO.

¿Acaso el nombre de su amigo sabes?
Que si es de Lima, conocerle espero.

LIDENO.

Sí haréis, porque es famoso entre los hombres [graves
y dice el Capitán que es caballero.

FELICIANO.

¿Caballero?

LIDENO.

Y señor de cuatro naves.

FELICIANO.

¿Llámase?

LIDENO.

Feliciano.

FELICIANO.

Ahora quiero
hacerme cruces.

LIDENO.

¿Por qué haces cruces?

FELICIANO.

Soy de los Felicianos andaluces.
La dama de Sevilla será Otavia.

LIDENO.

Dices muy bien, por Dios, ese es su nombre.

FELICIANO.

¿Su nombre?

LIDENO.

Y muy honesta, hermosa y sabia.

FELICIANO.

No hay duda, será digna de tal nombre

DORISTEO.

(Señor, ¿qué es esto?

FELICIANO.

Disimula.)

LIDENO.

¿Agravia
Leonido a Feliciano?

FELICIANO.

No os asombre,
que tendrá algún enojo. Id en buen hora.

(1) B: "buscando".
(2) B: "Zarzamora."

LIDENO.

¿Cuándo queréis cenar?

FELICIANO.

A cualquier hora.

LIDENO.

Sin duda se ha enojado. Ya sospecho
que es otro pretendiente de la dama.

(*Vase.*)

FELICIANO.

¿Quién, Doristeo, tal engaño ha hecho?

DORISTEO.

Este que ves, que Capitán se llama.

FELICIANO.

¿Pues por cuál interés (1), por cuál provecho
sino es que esta mujer pretende y ama,
finge que yo le di poder en Lima?

DORISTEO.

Sin duda por mujer Otavia estima.
Mal conoces a amor; hará (2) picado
otro caballo griego.

FELICIANO.

¿Que ha fingido
que en Lima este poder falso le he dado?
Doristeo, algún ángel me ha traído.
Que me pudiera yo quedar casado
con mujer que ya he puesto en tanto olvido
que apenas en Sevilla quise vella,
y disfrazado un mes estuve en ella.

DORISTEO.

De mi consejo, hasta saber el caso,
no hagas alboroto.

FELICIANO.

Eso pretendo.
Guía a su casa o a su calle el paso.

DORISTEO.

No te conocerán.

FELICIANO.

Así lo entiendo.
¡Estoy en Lima y en Madrid me caso!

DORISTEO.

Disimulando bien y previniendo.

(1) B: "intentes".
(2) B: "a ya".

castiga el que es discreto a quien le agravia.

FELICIANO.

¿Que a Otavia vuelvo a ver? ¿Que vuelvo a [Otavia?

(*Vanse, y salen* LEONIDO *y* OTAVIA.)

LEONIDO. ¿Por codicia de interés
me quitas, Otavia, a Estela?
¿Posible es que no te duela
el peligro en que me ves?
¿Tú no me trajiste aquí
por casarte con Riselo?
A ti de ti misma apelo;
vuelve, Otavia, vuelve en ti.
Mira que es un hombre (1) ausen- [te
y olvidado Feliciano,
y que por dicha este indiano
en muchas cosas te miente;
que si tan rico estuviera,
nunca de ti se acordara,
porque en las Indias hallara
quien otro tanto le diera;
fuera de eso, no han venido
estas joyas, ni vendrán.

OTAVIA. No digas que el Capitán
miente en aquesto, Leonido.
Di que yo dejé por ti
mi remedio, y yo lo haré.

LEONIDO. Pues ¿qué harás, si yo pondré
por ti mil almas aquí?
Muero por Estela. Advierte
que Riselo no es tan pobre
que en su casa no le sobre
con que pueda enriquecerte.
¿Qué has menester? Pide. Di;
¿qué galas, qué joyas quieres?
Si el gusto es en las mujeres
el interés, ¿por qué en ti
no son honradas aquellas
que siguen ese camino?

OTAVIA. ¿Casar bien es desatino?
Mucho, Leonido, atropellas;
mucho te gusta el amor
de Estela.

LEONIDO. Tú le tuviste
a Riselo; tú me diste
la causa, si ha sido error (2).

OTAVIA. Ahora bien, piensa despacio

(1) A: "hermano".
(2) B: "honor".

lo que nos está más bien.

LEONIDO. Sólo que a Estela me den
tus manos.

OTAVIA. Pues vaya Oracio
a llamar al Capitán.

(*Vase.*)

LEONIDO. Guárdete el cielo mil años.

OTAVIA. ¿A qué bárbaros o extraños
los ruegos no moverán?
¿Qué he de hacer, que al fin mi hermano
muere por esta mujer?

(*Sale* ESTELA.)

ESTELA. ¿Qué hay, Otavia?

OTAVIA. ¿Qué ha de haber?
Que despedí a Feliciano,
y casarme [he] con Riselo.

ESTELA. ¡Por tu vida!

OTAVIA. No he podido
dar, de perderte, a Leonido
un átomo de consuelo.
Pierde el seso.

ESTELA. ¿Y ya no estima
la pretensión de Ricardo?

OTAVIA. La memoria de Lisardo
es lo que más le lastima.
Que como depositada
quedaste en tu casa, entiende
que sin justicia pretende,
y no ha de probarte nada.

ESTELA. El anda allá con testigos,
mas serán de poco efeto;
Riselo es noble y discreto,
si vale abono de amigos.
No te empleas mal en él.

OTAVIA. Basta que tu hermano sea.

ESTELA. (Para que Lisardo (1) crea
que ya no me precio del,
cosa que a los hombres pica,
quiero fingir que a Leonido
solicito por marido,
por ver qué siente y replica,
que se me remonta ya,
como conoce mi amor.)

(*Sale* LISARDO.)

LISARDO. ¿El Capitán, mi señor,
ha venido por acá?

OTAVIA. Antes lo estoy aguardando
para despedirme dél.
Ya no me caso con él.

LISARDO. Con él estaréis burlando (1);
mas con Feliciano sí,
pero con él por poder.

OTAVIA. No, sino que no ha de ser.

LISARDO. ¿Qué no ha de ser? ¿Cómo así?

OTAVIA. Mucho, para ser criado
preguntáis y respondéis;
mas pues saberle queréis,
oíd.

LISARDO. ¿Tan presto os enfado?
Mas yo no hablaba con vos,
que ha días que he conocido
vuestro desdén.

ESTELA. Esto ha sido
que nos casamos los dos.
Yo con Leonido, mi bien,
y Otavia, por darme gusto,
con Riselo.

LISARDO. Eso es muy justo;
quiéroos dar el parabién.

ESTELA. Harto bien es merecer
a Leonido.

LISARDO. ¿Quién lo niega?
Mas mucho Otavia se ciega
en lo que deja de hacer.
Vos estáis bien empleada,
y en tanto os (2) podré decir
que a poderos repartir
os cupiera poco o nada;
que yo he conocido tres:
un muerto y un Sevillano,
y un Ricardo Cortesano.

ESTELA. El muerto ya no lo es.
No desenterréis los muertos.

LISARDO. Y mas ya estando olvidados,
quizá por ser tan (3) honrados
están de olvido cubiertos.

ESTELA. De los muertos yo no sé
qué bien se puede esperar.

LISARDO. Haber de resucitar,
que es artículo de fe.
Y a quien ha visto el indicio,
fácil está de entender
que este muerto vendrá a ser
vivo.

ESTELA. El día del juicio.

---

(1) B: "tu hermano".

(1) B: "Y con él estáis burlando."
(2) A: "en tantos".
(3) B: "porque son".

Porque ya nuestros conciertos
han de ser...

LISARDO. ¿En juicio?

ESTELA. Sí.

LISARDO. Ese se anticipa aquí;
pues ¿hay quien sentencia muertos?

ESTELA. A los buenos darán gloria,
y a los malos darán pena.

LISARDO. Quien tanto un muerto condena,
no está vivo en su memoria.

ESTELA. Que la tuve, decir puedo.

LISARDO. ¿Cómo, si en fin le ponéis
en la horca?

ESTELA. ¿En qué lo veis?

LISARDO. En que vais diciendo el credo.

ESTELA. Ahora viene el Capitán;
decid que se puede ir.

LISARDO. Temerario despedir.

ESTELA. Tales ocasiones dan.

LISARDO. ¿Ocasiones es llegar
de las Indias con más fe
que hay oro en ellas?

ESTELA. No sé;
todo es fingir y engañar,
todo es celos y desdenes,
testimonios, niñerías.

LISARDO. Tú de las sospechas mías
la causa, enemiga, tienes.

ESTELA. No te la he hecho (1) en mi vida.
Vete; que ya sé que quieres
a Otavia, y que la prefieres
a mi fe, con fe fingida.
Desde Sevilla viniste
tras ella ansí disfrazado;
Riselo te halló sentado
en su casa; allí la viste (2).
Esto es verdad, y a no estar
Otavia aquí, te dijera
cosas.

LISARDO. ¿Que desa manera
te has pensado disculpar?
¡Oh, que graciosa mentira!

ESTELA. ¿Mentira?

LISARDO. ¿Pues es verdad?

ESTELA. ¿Aún niegas esta maldad?
Toda me mueves a ira.
¿Piensas que no conocí
el Capitán disfrazado?

(1) B: "no te la echo".
(2) B: "allí viviste".

Criado es tuyo.

LISARDO. ¿Criado?

ESTELA. Sí, que le he visto.

LISARDO. ¿Tú?

ESTELA. Sí.

LISARDO. ¿Adónde?

ESTELA. Contigo.

LISARDO. ¿Qué dices?

ESTELA. Traidor, todo lo has fingido
para engañar a Leonido.
Quedo. No te escandalices,
que tú sabes que es verdad,
porque no se case Otavia;
pero ya con esta rabia,
sin descubrir tu maldad,
la haré casar con Riselo (1),
y me casaré.

LISARDO. ¿Con quién?

ESTELA. Con Leonido, que es mi bien.

LISARDO. Nunca lo permita el cielo.
Sépase todo; no quede
cosa que no se descubra.

ESTELA. ¡Calla, Lisardo!

LISARDO. Que cubra

(*A voces.*)

mal que sufrir no se puede,
honra, venganza o temor.

ESTELA. ¿Voces das?

OTAVIA. ¿Qué es esto, Estela?

ESTELA. Un loco que se rebela
al Capitán su señor.
Mira qué grande locura;
me dice que yo he de ser
de no sé qué hombre mujer.

OTAVIA. ¿Vino será por ventura?

LISARDO. Vino; que si no viniera,
no viniera quien ya vino
a que tuvieran por vino
lo que vino a ser quien era (2).
Vino quien fué por mi mal
el vino de que estoy loco,
pues ha que vino es tan poco,
y estoy del vino mortal.
¿Otavia, yo te he querido?

OTAVIA. ¿A mí, dice? ¡Qué donaire!
Hermano, salíos al aire,
que por Dios que estáis perdido.

LISARDO. Al aire mis esperanzas

(1) B: "Leonido."
(2) B: "que muera".

saldrán, y ansí irán perdidas.
Mujeres, siempre fingidas,
¿por qué no os llamáis mudanzas?
¿Yo he venido aquí tras ti,
Otavia? Di la verdad.

OTAVIA. ¡Tras mí, hermano! ¡Ay, Dios! Ca-
¡qué miedo! ¡Salíos de ahí! [llad;

ESTELA. El ha cargado muy bien.

LISARDO. Cargué de tus (1) fingimientos,
con estar de pensamientos
cargada el alma también.
Cargué, Estela, de tus iras,
de tus celos y recelos.

ESTELA. Hermano, quien carga celos
siempre tropieza en mentiras.
¡Ven, Otavia!

LISARDO. ¡Espera, ingrata,
que diré a voces quién soy!

ESTELA. Di, que licencia te doy.

LISARDO. No consientas lo que trata
Leonido.

OTAVIA. Allí le cogió
el vino.

ESTELA. Es tema en que he dado.

(*Vanse, y queda* LISARDO *solo.*)

LISARDO. Lisardo soy disfrazado.
¿No me escuchas? Ya se entró.
¡Malditas las puertas sean,
las paredes y los techos
que te encierran y te encubren
cuando te llamo y deseo!
Que por la misma razón
lo será, Estela, tu cuerpo,
pues a un alma tan cruel
sirve de rico aposento.
¿Qué haré, que estoy sin sentido
de tan extraño suceso?
Que se casaba (2) me dijo.
¡Crueles celos me han muerto!
¡Aquí justicia, vengativos cielos,
que no hay traición como matar con
[celos!
¡Qué bien, Estela, has pagado
mis amorosos deseos!;
mas no tienes culpa tú;
alguien me ha dicho tu enredo.
No hay que fiar de criados;
sin duda me ha descubierto.

(1) B: "estos".
(2) B: "que ya se acaba".

Mas ¿cómo disculpo yo
la ingratitud de tu pecho?
Por lo menos me dijiste,
si esto puede ser lo menos,
que era Leonido tu bien,
yo tu mal, que tantos tengo.
¡Aquí justicia, vengativos cielos,
que no hay traición como matar con
Por sólo hallar un papel [celos!
dejé el tuyo y mi remedio;
era entonces niño amor,
regalábase de tierno.
Agora desdenes claros,
y celos de engaños llenos,
aun no me apartan de ti,
pues hoy a tus puertas muero.
Parezco mal jugador,
y échase de ver que pierdo,
pues te vas con la ganancia
y con los naipes me quedo.
¡Aquí justicia, vengativos cielos,
que no hay traición como matar con
[celos!

(*Sale* MORATA.)

MORATA. ¿Estás ya de seso falto?
¿Tómate ya la celera?
¿Tenemos ya tabanera?
¿Anda la cholla por alto?
¿Qué moscarda te ha picado?
¿Qué abejoruco o demonio?

LISARDO. Sólo un falso testimonio
y un majadero criado.
¡Infame! ¿Qué has dicho a Estela,
que ya sabe cuanto trato?

MORATA. ¿Siempre me has de dar barato,
que te duela o no te duela?
¿Siempre ha de haber para mí
candelerazo (1) del Carpio?

LISARDO. Si no te muerdo y escarpio,
infame lacayo, aquí,
es por no perder del todo
la honra con la paciencia.

MORATA. Será alguna impertinencia,
y trátasme deste modo.

LISARDO. ¿Qué has dicho a Estela, que sola
Estela me ha de matar?

MORATA. ¿Siempre te he yo de quitar
los tábanos de la cola?
¿Qué le puedo yo decir?

(1) B: "con el barato".

LISARDO. ¡Hoy te he de quitar la vida!

(*Entra* MERENCIO *y cúbrese* MORATA.)

MORATA. ¿No hay amistad que te impida? (1)
MERENC. Señor, ¿qué es esto?
MORATA. Reñir
los hombres con sus criados.
MERENC. ¿Qué ha hecho?
MORATA. Decir os quiero
lo que ha hecho el majadero,
viéndome en tantos cuidados.
Dióme a guardar cierta cosa,
que dice que he dado a Estela (2),
que a quien anda con cautela
es la lealtad sospechosa.
Sin esto de las raciones
tiene quejas, que ha pensado
que es de algún pelón criado,
pues no son todos pelones;
yo lo hago mejor con él,
que él conmigo.
LISARDO. Así es verdad.
MORATA. Tenéis mucha libertad
fiado en que sois fiel;
pues todo fiel cristiano
hoy se vaya norabuena;
que en mi casa no se cena,
y acostámonos temprano.
LISARDO. ¡Qué buena paga!
MERENC. ¡Eso no!
Quedarse tiene por mí.
MORATA. ¿Faltarán pajes ahí
a un Capitán como yo?
Haga cuenta qué le debo.
¡Pasa aquí, mentecatón!
MERENC. Recio sois de condición.
LISARDO. Tres años ha que lo llevo
con aquestos disparates,
MORATA. ¡Lacayo, pasad allí!
LISARDO. Morata, bueno está así; (*Ap.*)
no quiero que así me trates.
MERENC. No haya más. A decir voy
que habéis venido, que os quiere
hablar Otavia.

(*Vase* MERENCIO; *descúbrese* MORATA.)

LISARDO. Quien viere
lo que has hecho y no quien soy,
¿qué dirá de ti y de mí?

MORATA. ¿También en aquesto erré?
LISARDO. Pues ¿qué desatino fué
que me tratases así?
MORATA. O soy amo, o no soy amo,
¿o se ha de saber, o no? (1)
LISARDO. ¿Tengo de sufrirte yo
llamarme lo que te llamo?
MORATA. ¿Pues cómo se ha de creer? (2)
LISARDO. Necio, con buenas razones.
MORATA. ¿Conmigo en puntos te pones?
Tú lo echarás a perder.
¿Esto de servirte medro?
LISARDO. Mi figura representas,
pero es menester que sientas
lo que va de Pedro a Pedro.

(*Sale* MERENCIO, *descúbrese* LISARDO, *y cúbrese* MORATA.)

MERENC. Otavia dice que entréis.
MORATA. Quédate, Lisardo, aquí.
MERENC. ¿Volvístele a casa?
MORATA. Sí,
que es buen hijo.
MERENC. Bien hacéis.

(*Vanse, y queda* LISARDO *solo.*)

LISARDO. Todo me persigue el cielo.
¡Ah, qué daño me ha traído
haber venido Leonido
a su casa de Riselo!
¿Pero cómo estorbaré
el casamiento trazado?

(*Salen* RICARDO *y* FIDENO, *su criado.*)

FIDENO. Aquí he visto aquel criado
de quien antiyer te hablé,
que es un cierto bellacón
de allá del margen del mar.
RICARDO. ¿Pues ese querrá jurar?
FIDENO. Jurará por un doblón.
Tráele por su valiente
este Capitán, y es hombre
arriscado y de mal nombre,
y para el caso excelente,
porque tiene ya noticia
deste pleito que tratáis,
y aun sabe que no esperáis
por vuestra parte justicia.
RICARDO. ¿Es aquél?

(1) B: "lo impida".
(2) B: "ha dado Estela".

(1) B: "¿Hase de servir, o no?"
(2) B: "Pues di cómo se ha de hacer."

FIDENO. El mismo.
RICARDO. ¡Llega!
FIDENO. Mi señor os quiere hablar,
que habéis por él de jurar
de cierta cosa que os ruega.
Que vos lo sabéis muy bien,
si no de vista, de oído.
LISARDO. ¿Es impedir que Leonido
se case?
FIDENO. Y decir también
cómo sabéis que trató
casamiento con Ricardo.
LISARDO. (Por aquí (1) vengarme aguardo,
buen testigo seré yo.
Estorbaré el casamiento.)
FIDENO. Llégate a hablar.
LISARDO. Yo, señor,
sé mucho de vuestro amor.
¿Bastará mi juramento
para que a Estela gocéis?
RICARDO. ¡Ay, amigo (2), estoy mortal!
LISARDO. Ya sé lo que es, por mi mal,
el mal que vos padecéis,
que tal por amor me vi.
Mirad si es poco rigor,
que en el tribunal de amor
soy testigo contra mí.
RICARDO. Fuera de que mil reales
te daré en escudos de oro,
si gozo a Estela que adoro,
te daré dos joyas tales
que no las tiene hoy hidalgo
de más valor en Castilla,
que es una hermosa cuchilla
con que yo de noche salgo,
que partirá un hombre armado,
negra, de aceros y fuerte;
la otra, un broquel de suerte,
de limaduras formado,
que no le pase un ataque,
aunque con toda la furia
le tiren, ni le hace injuria
el filo, aunque más le toque.
LISARDO. Si yo jurara mentira,
pagarme fuera razón;
dignas esas armas son
de hombre que también las mira;
y el dinero para hacer
una caja en que guardallas.
RICARDO. Bien dices; mas, ¿dónde hallas
que verdades puedan ser
en mi pleito de provecho,
ya que ser noble te haga
tener en poco la paga,
que es muestra de hidalgo pecho?
LISARDO. Saber yo, como lo sé,
que cuando intentó Lisardo
casarse (1), por vos, Ricardo,
desesperado se fué.
Porque hallando un paje vuestro,
aunque entonces no entendió
cúyo fuése, y que escondió,
tan atrevido y tan diestro,
cierto papel que llevaba,
creyendo vuestro concierto,
se partió, donde fué muerto.
RICARDO. ¿Dónde estabas?
LISARDO. ¿Dónde estaba?
Con él mismo.
RICARDO. ¿Tú con él?
LISARDO. Como agora estoy con vos.
RICARDO. ¿Servíasle?
LISARDO. Sí, y por Dios,
que vi parte del papel.
Juraré que por los celos
que le diste se ausentó,
y de casarse dejó.
RICARDO. ¿Qué es esto, piadosos cielos?
Sin duda que me enviáis
mi remedio en este hombre.
¿Tu nombre?
LISARDO. ¿Importa mi nombre?
RICARDO. Basta que allá lo digáis.
FIDENO. No te detengas, señor;
llévale luego a jurar.
RICARDO. Ven, que me has de remediar,
si tiene remedio amor.
LISARDO. No puede pasar de aquí
mi daño, amor enemigo,
pues en la causa que sigo
soy testigo contra mí.

(*Vanse. Sale* OTAVIA, SABINA *y* MORATA.)

MORATA. ¿En efeto, no hay remedio?
OTAVIA. Perdóneme Feliciano,
que he de dar gusto a mi hermano;
mi hermano está de por medio.
Quiere a Estela, a quien Riselo

(1) B: porque dél vengarme".
(2) B: "No sé, amigo."

(1) B: "casado".

le niega, sino me da;
bien podéis iros, que ya
creo que lo impide el cielo.

MORATA. ¿De qué sirvió entretener
un capitán como soy
con "no ha podido ser hoy",
pero "mañana ha de ser"?
"Volved", "tornad", "ya no pue- [do",
"ya puedo", para burlar
a quien lo sabrá vengar (1)
algún día deste enredo.
¡Vive Dios!, que quien se fía
de mudanzas de mujer...

OTAVIA. ¿Pues tengo de aborrecer
lo que es propia sangre mía?
¿Hase de morir mi hermano?

MORATA. No importa, yo haré que vea
muy tarde lo que desea.

SABINA. ¡Capitán, blanda la mano!

MORATA. Sabina, los capitanes
siempre las tenemos duras.
¡Mataré!

SABINA. ¡Quedo! ¡Locuras!
¿Con las hembras ademanes?
Váyase a matar ingleses
en la carrera del mar,
que aquí no podrá matar,
si no es pulgas, en diez meses.

MORATA. Por el pendón que en Orán
metió el romano Delfín,
y en Samaría (2) y San Quintín
los negros del Preste Juan;
por la manopla de Marte,
por el caballo Babieca,
por la lanza chichimeca,
que atravesó a Durandarte;
por la gola de Lantaro,
por los gregüescos del Cid,
que no han de ver en Madrid,
cuando llueva, día claro;
ni el pan duro será tierno,
ni el más alto será enano,
ni habrá lodo en el verano,
ni habrá polvo en el invierno;
no saldrá nadie de casa,
mientras estuviere en ella;
ni la mujer que es doncella
lo ha de ser más si se casa.
Reto a Riselo y Leonido,
reto a Otavia, reto a Estela,
del sombrero a la chinela,
de la camisa al vestido.
¿A un capitán que se halló
en Sansueña con Gaiferos,
y que fué de los primeros
que de la batalla huyó?...
¡Fuera! Que voy furibundo;
nadie me detenga el paso,
que todo ha de quedar raso
después que se acabe el mundo.

(Vase muy furioso.)

OTAVIA. Enojado va.

SABINA. ¿Qué haremos?

OTAVIA. Sufrir el mal que viniere,
pues que mi hermano lo quiere.

SABINA. Con razón ha hecho extremos.

OTAVIA. Hoy con todos me malquisto;
mira en qué peligro estoy.

(Sale FELICIANO.)

FELIC. ¿Quién es Otavia?

OTAVIA. Yo soy.

FELIC. ¿Conócesme?

OTAVIA. Ni te he visto.

FELIC. Agravio, Otavia, me hicieras
si me hubieras conocido,
porque con sólo tu olvido
disculpa darme pudieras
de los enredos que intentas.

SABINA. ¿Si le envía el Capitán?

FELIC. ¿Qué hombres son estos que dan
en renovar mis afrentas?
Yo pasé, huyendo de ti,
a las Indias ha seis años,
celoso de tus engaños,
desconfiado de mí.
Carta tuya no he tenido,
y cuando seguro estoy
y a mis pretensiones voy,
soy por poder tu marido.
¿Conócesme agora?

OTAVIA. ¡Ay, cielo!
¿Eres tú mi Feliciano?

FELIC. Desvía, Otavia, la mano;
ya no hay fuego, todo es hielo.

---

(1) B: "un capitán como yo
como ha podido ser hoy
pero mañana ha de ser.
Volved, tornad ya no puedo,
ir puedo para burlar
a quien se habrá de negar."

(2) B: "Mantua."

¿Enredos haces conmigo?
OTAVIA. Mi bien, por Leonido fué
el guardarte mal la fe
y despedir a tu amigo,
que está por Estela muerto.
FELIC. ¿Eso qué tiene que ver
con la traición del poder?
Desharé luego el concierto.
OTAVIA. No habrá más Riselo en mí.
Dadme esos brazos, mi bien.
SABINA. Señor, no mostréis desdén.
OTAVIA. ¡Mi bien! ¿En qué os ofendí,
si os imaginaba en Lima?
FELIC. Ya esa Lima de tu amor
rompió mi prisión.
OTAVIA. Señor,
estas lágrimas estima.
De no haberte obedecido
muy arrepentida estoy.
FELIC. ¿Qué dices?
OTAVIA. Que tuya soy,
y que esos brazos te pido.
¡Presto, presto!
FELIC. Mira, Otavia,
que no vengo aquí por ti.
OTAVIA. De celoso hablas así;
no mates quien no te agravia.
Y pues de tan lejos vienes,
no niegues que tu venida
no ha sido a darme la vida,
que ya en esas manos tienes.
Si no es que habiendo llegado
adonde verte merezco,
diferente te parezco
de lo que has imaginado,
pues la misma soy que fuí,
y aquel mismo amor te tengo.
FELIC. Mira, Otavia, que no vengo
ni a casarme ni por ti.
Mira que paso a la corte (1);
mira que te han engañado.
OTAVIA. Mi bien, ¿estás enojado?,
tu amor tus celos reporte.
Sácame luego de aquí;
a tu posada me iré.
FELIC. Que no es ya el tiempo que fué.
OTAVIA. ¿Por qué me tratas ansí?
FELIC. (Esta ha de dar ocasión,
si acaso viene su hermano,
para que tenga por llano
que me trujo su afición.
Quiero irme a la posada,
y partirme luego.) ¡Adiós,
Otavia!
OTAVIA. Mi bien, ¿que en vos

(*Vase.*)

cabe un alma tan airada?
¡Señor, señor! ¿Ves, Sabina?
SABINA. No hay remedio.
OTAVIA. Ve tras él

(*Salen* LEONIDO, RISELO *y* ESTELA.)

LEONIDO. ¿Qué es esto?
OTAVIA. ¡Hermano cruel!
Otavia se determina
a no seguir tus acuerdos,
porque tu bien solicitas
y mi remedio me quitas.
LEONIDO. ¿Somos locos?
OTAVIA. No sois cuerdos.
Yo me tengo de casar
con Feliciano: esto es hecho.
RISELO. Mi bien otra vez deshecho.
¿Qué tengo ya de esperar?
ESTELA. Mira, Otavia, que es fingido
todo aquesto del poder,
y esto no es por ser mujer,
como piensas, de Leonido;
pero por desengañarte
de que engañado te han.
Yo conozco al Capitán
y sé que tira a otra parte.
OTAVIA. ¿Qué me dices?
ESTELA. Lo que escuchas.
OTAVIA. ¿Fingido el Capitán?
ESTELA. Sí.
OTAVIA. ¿Pues tú enredos contra mí,
en vez de amistades muchas?
ESTELA. ¿Cómo enredos? Yo sé que es
persona muy diferente.
OTAVIA. ¿Que esto tu malicia intente,
Estela, por tu interés?
Pues ya me vengáis en vano,
que aquí ha estado en este punto
mi bien, mi remedio junto.
ESTELA. ¿Quién ha estado?
OTAVIA. Feliciano.
LEONIDO. ¿Feliciano?
OTAVIA. ¿No es verdad,
Sabina?

(1) B: "Adelante."

SABINA. ¡Y cómo si fué!
OTAVIA. Pretendió probar mi fe,
quiso ver mi voluntad.
Al Capitán dió poder,
y escondido ver quería
si aquel amor le tenía
que le solía tener.
Esto es ya resolución;
ya le di palabra y mano.
LEONIDO. ¿Que aquí estaba Feliciano?
RISELO. Acabó mi pretensión.
ESTELA. Callad, que no lo entendéis:
ni Feliciano está aquí,
ni viene más que por mí.
OTAVIA. ¿Cómo no?
ESTELA. Ya lo veréis.
Pues que va tan adelante
tu locura, yo os diré
la verdad, que yo la sé,
puesto que Otavia se espante.
Para poder estorbar
el casarse con mi hermano,
finge que está Feliciano
ahora en este lugar.
Tras haber también fingido
el Capitán del poder,
que pretende ser mujer
de diferente marido.
Tras ella desde Sevilla
vino a Madrid un galán,
que anda con el Capitán
sirviéndole por la villa,
porque no se eche de ver.
LEONIDO. ¡Ah, vil hermana! ¿Esto pasa?
RISELO. ¿Otavia, en mi propia casa
esto te atreviste hacer?
Con eso si la miraba
las espaldas me volvía.
OTAVIA. ¿Qué dices?
ESTELA. Otavia mía,
la flecha es (1) de aquesta aljaba.
¿En esto pones (2) la mira?
OTAVIA. ¡Plegue al cielo soberano,
si no está aquí Feliciano!...
LEONIDO. No jures.
ESTELA. Todo es mentira.
Yo sé quién es el galán.
OTAVIA. ¡Sabina, la verdad di!

(1) B: "Las flechas de."
(2) B: "ponen".

SABINA. Digo que le he visto aquí.
LEONIDO. Yo buscaré al Capitán.
RISELO. Y yo al soldado fingido.
LEONIDO. Sígueme.
OTAVIA. Presto verás

(*Vanse* RISELO *y* LEONIDO.)

en el engaño que estás.
¿Cómo, Estela, por Leonido
testimonio me levantas?
ESTELA. Yo digo verdad, Otavia,
y tú eres quien me agravia (1),
después de amistades tantas.
¿Ese (2) hombre quieres bien,
que es hombre que me ha querido?
Que no es (3) querer a Leonido,
es celos de su desdén.
Por ti me ha tratado mal.
OTAVIA. ¿Estás loca?
ESTELA. Tú lo eres,
pues porque a Lisardo quieres
has hecho traición igual.
OTAVIA. ¿Yo a Lisardo?
ESTELA. Tú a Lisardo.
OTAVIA. ¿Un muerto?
ESTELA. Que vive en ti.
OTAVIA. Yo no he de estar más aquí;
desengañaros aguardo.
Daca mi manto, Sabina;
toma el tuyo, yo me iré
con mi marido.
ESTELA. Yo sé
que es de tu amor cosa indigna.
OTAVIA. Yo iré sola.
SABINA. No he de estar
en esta casa.
ESTELA. Perdemos
nuestro bien.
OTAVIA. ¿Y acá tenemos
algo en qué poder ganar?
ESTELA. La honra que sobra aquí.
OTAVIA. Yo la doy, si alguna tiene.
ESTELA. ¿Qué honra, infame, si viene
un hombre a Madrid tras ti?
OTAVIA. ¡Mientes!

(*Arremete la una a la otra, y* SABINA *las pone en paz.*) (4)

(1) B: "Lisardo es el que te agravia."
(2) B: "A ese."
(3) B: "El."
(4) A no tiene esta acotación.

SABINA. Ténganse, señoras.
OTAVIA. ¡Apartad! ¡Dejadme ir!

(Vanse, y queda sola ESTELA.)

ESTELA. Decir tu infamia es mentir.
¡Vete, que a Lisardo adoras!
Triste de mí, que me abrasan
celos de aquesta mujer.
Ella se va. ¿Qué he de hacer?
Hoy se juntan; hoy se casan;
hoy sin mi Lisardo quedo.

(Salen LISARDO *y* MORATA.)

LISARDO. Pregúntale si está aquí.
ESTELA. ¿No es aquel mi traidor? Sí,
que ya me lo dice el miedo.
MORATA. Riselo está aquí, señora.
ESTELA. ¡Oh, Capitán de mi mal!
¿A qué bueno?
MORATA. En el portal
queda la justicia ahora,
que le vienen a prender
por la muerte de Lisardo.
ESTELA. Aun ese enredo es gallardo;
bien se os puede agradecer
el aviso que habéis dado,
pues viniendo el muerto ahí,
decís que a prenderle aquí
hoy la justicia ha llegado.
Vos le pediréis la muerte.
LISARDO. Y yo juro que le vi
herido delante de mí.
ESTELA. Todo está bien desa suerte.
Mas ¿cómo no vas a ver,
Lisardo, a Otavia, que es ida
tras ti?
LISARDO. Bueno. ¡Por mi vida!,
di que quiero a esa mujer.
ESTELA. ¿Luego no vienes por ella
de Sevilla?
LISARDO. ¿Habrás querido,
por casarte con Leonido,
decir que vengo tras ella?
ESTELA. ¿Pues no es verdad que la adoras?
LISARDO. Si así quieres a Riselo,
serás a su fuego hielo.
ESTELA. Deja palabras traidoras.
LISARDO. Deja tú los fingimientos
con que de celos me matas.
ESTELA. Tú los enredos, que tratas
por cubrir tus pensamientos.
LISARDO. Yo sólo te quiero a ti.
ESTELA. Yo a ti sólo, prenda mía.
MORATA. ¿Pues no es gran borrachería
que os tratéis los dos así?
LISARDO. ¿Qué quieres? ¡Rabio de celos!
ESTELA. ¿Qué quieres? ¡De celos rabio!
MORATA. Pues declarad el agravio,
echemos a la mar pelos (1),
y abrazaos, por vida mía.
ESTELA. Por mí, si el quiere...
LISARDO. Y por mí,
si quiere ella...
MORATA. Si es ansí,
puto el postre.
ESTELA. ¡Oye!
LISARDO. ¡Desvía!
Gente suena.
MORATA. Este es Merencio.

(Sale MERENCIO.)

MERENC. Ricardo y un (2) Alguacil,
el Vicario y otros mil
hombres que paso en silencio
viene a llevar a Estela.
ESTELA. ¿A mí? ¿Pues qué habrán probado?
LISARDO. Lo que yo, triste, he jurado,
aunque es verdad, con cautela.
Como tan suya te vi,
dese mancebo gallardo,
en el pleito de Ricardo
fuí testigo contra mí.
Juré lo que no debiera.
ESTELA. ¿Tú juraste?
LISARDO. Yo juré.
ESTELA. ¿Contra mí?
LISARDO. Contra mí fué.
Notable daño me espera.
ESTELA. Llévame, mi bien, contigo.
MORATA. No dice mal.
LISARDO. ¿Hay por dónde?
ESTELA. Por la puerta que responde
al huerto.
LISARDO. Ven.
ESTELA. Yo te sigo.

(Vanse. Salen RICARDO *y un* ALGUACIL *y un* NOTARIO, RISELO *y* LEONIDO.)

RISELO.
¿Depositan a Estela?

---

(1) B: "¿Qué quieres? Rabio de celos!
Pues declarar ya el agravio,
tomad un consejo sabio
echemos a la mar pelos."
(2) B: "Aquí viene un."

RICARDO.

No os parezca
que aventuráis honor; soy su marido.

RISELO.

Hasta ahora, Ricardo, no sabemos
el fin del pleito.

NOTARIO.

No será dudoso,
que hay testigo que jura.

RISELO.

¿La palabra?

NOTARIO.

No la palabra, pero haberse ido
Lisardo de Madrid de justos celos
de un papel de Ricardo (1).

(*Sale* MERENCIO.)

MERENCIO.

No está en casa
mi señora.

RISELO.

¿Qué dices?

MERENCIO.

Entren todos,
porque tendrán más ojos para verla.
Aquí le dije yo que la buscaba
Ricardo y la justicia.

RICARDO.

¿Pues por dónde
se pudo ir?

RISELO.

Sin duda por el huerto.

RICARDO.

¡Aquí hay traición! ¡Seguidme!

ALGUACIL.

No es posible

(*Vanse* RICARDO, *el* NOTARIO *y el* ALGUACIL.)

que estén muy lejos.

LEONIDO.

Di, Merencio, ¿es ida,
o quiéreslos burlar?

MERENCIO.

La burla es vuestra,
porque sin duda alguna la ha llevado
el Capitán que aquí con ella estaba.

RISELO.

Por no casarse se valió, sin duda,
del Capitán.

MERENCIO.

Yo sé su casa.

RISELO.

Vamos,
que allí la debe de tener oculta.

LEONIDO

De mal principio, triste fin resulta.

(*Vanse, y salen* FELICIANO, OTAVIA *y* SABINA.)

FELIC. ¡Qué libertad encubierta!
¿Vos venís a mi posada?
OTAVIA. Una voluntad despierta
de mujer determinada
tanto vale cuanto acierta.
¿Mal parece un caballero
tratar así lo que quiso?
FELIC. Si lo quise, no lo quiero.
OTAVIA. Ya llega tarde el aviso;
de vos mi remedio espero.
FELIC. Yo parto a Valladolid.
¿Oyes? ¡Ensilla, Fideno!
OTAVIA. Lo que es mi honor advertid.
FELIC. Por Dios, que es darme veneno
tenerme una hora en Madrid.
¡Enfrena, Fideno!
OTAVIA. ¡Y vos,
señor, la furia enfrenad!
FELIC. Pártome ahora, por Dios
OTAVIA. Deténgaos mi voluntad,
que es rémora de los dos.

(*Salen* MORATA, ESTELA *y* LISARDO.)

LISARDO. Aquí estaréis escondida.
MORATA. Aquí hay gente.
LISARDO. ¿Quién?
MORATA. Otavia.
LISARDO. ¡Oh, qué graciosa venida!
ESTELA. ¿Dónde tienes quien me agravia?
¿Quieres quitarme la vida?
MORATA. Señora, ¿qué hacéis aquí?
OTAVIA. Vengo a buscar mi remedio.
ESTELA. ¿Mira si le niega?

---

(1) B: "Lisardo de Madrid de justos celos
de su papel de Ricardo."

LISARDO. Di:
¿cómo te pones en medio
de amor, de Estela y de mí?
OTAVIA. ¿Es éste, por dicha, el hombre,
Estela, que te da celos?
Porque apenas sé su nombre.
ESTELA. ¿Quieres tú y quieren los cielos
que de tus celos me asombre?
OTAVIA. Ya verás si es error vano
tener celos de los dos;
el que ves es Feliciano.
MORATA. ¡Gran gente viene, por Dios!
LISARDO. ¿Quién son?
MORATA. Ricardo y tu hermano.

(*Salen* RICARDO, LEONIDO, RISELO, *el* ALGUACIL *y el* NOTARIO.)

(HUÉSPED, *dentro*.)

HUÉSPED. El Capitán entró ahora
dentro con una señora.
RICARDO. Entrad, que juntos están.
RISELO. ¿Así, señor Capitán,
un noble amor se desdora?
¿A una posada traéis
a una mujer como Estela?
MORATA. Si alguna queja tenéis,
no fué mía la cautela,
es del que a su lado veis.
LEONIDO. ¿Quién es?
LISARDO. Yo soy su marido.
RICARDO. ¿Marido? ¡Oh, perro villano!
LISARDO. ¡Paso, Ricardo y Leonido!
No soy villano, aunque es llano
que lo parezca el vestido.
Lisardo soy.
RICARDO. ¿No eres muerto?
LISARDO. No, que sané de la herida,
y a Madrid vine encubierto,
porque mi presencia impida
vuestro tratado concierto.
Este Capitán fingí,
y también lo fué el poder.
FELIC. Eso que me toca a mí
me ha obligado a responder.
LISARDO. ¿Eres Feliciano?
FELIC. Sí.
LISARDO. Pues ya digo que es fingido,
que este es mi lacayo.
RISELO. ¿Quién?
LISARDO. ¡Mi lacayo así vestido!
MORATA. Morata soy, ¿no me ven?
RICARDO. Lisardo, traidor has sido,
que tú me has traído aquí.
LISARDO. Fuí testigo contra mí,
por dilatar con cautela
que Leonido goce a Estela;
que traidor nunca lo fuí.
RICARDO. Aunque contra mí el enredo,
goza tú Estela este día,
pues yo gozarla no puedo.
RISELO. Bien, Feliciano, temía,
pues por vos sin mujer quedo.
FELIC. No haréis, que yo no he venido
a ser de Otavia marido;
fingido ha sido el poder,
y así os la doy por mujer,
como lo quiera Leonido.
RISELO. ¿Adónde está Otavia?
FELIC. Aquí.

(*Descubre* FELICIANO *a* OTAVIA (1), *que salió cubierta con manto*.)

LEONIDO. ¡Otavia!
OTAVIA. Vine engañada
de una voluntad pasada
y un testigo contra sí.
FELIC. Yo a la vista me remito.
LEONIDO. ¿Y yo?
MORATA. Aguarden un poquito.
¿Hase de quedar Morata
sin esta cara de plata?
SABINA. Como por ti me derrito.
MORATA. Di por vida tuya un sí.
SABINA. Sí digo que soy tu esclava.
Pues vamos, y acabe aquí,
pues aquí la historia acaba
del *Testigo contra sí*.

FIN DE LA COMEDIA DEL "TESTIGO CONTRA SÍ."

---

(1) Falta en A esta última parte de la acotación.

LA FAMOSA COMEDIA

DEL

TIRANO CASTIGADO[1]

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

FIGURAS DEL PRIMER ACTO

REYNALDO, LUDOVICO, FABIO, RUFINO, *caballeros.*
DOROTEO.
LIBERIO.
TIBALDO, *capitán.*
LISARDO, *secretario.*
El DUQUE ANSELMO, *viejo.*
FLORISEO, TEODORO, *sus hijos.*
ALBANO, *viejo.*
ARMINDA, *su hija.*
ZELIMO, *esclavo.*
ERGASTO.
NICANDRO.
ALFREDO.
LAUDOMIA.

ACTO PRIMERO

(FABIO, *caballero;* REYNALDO, LUDOVICO.)

REYNALDO. Ea, Fabio, vuelve en ti.
FABIO. ¿Qué importa, mísero (2) yo,
si dice Arminda que no,
que diga Albano que sí?
REYNALDO. El gusto del padre es ley.
FABIO. Eso, Reynaldo, es error.
REYNALDO. ¿De qué suerte?
FABIO. Porque amor
es sobre las leyes rey.
Desde el principio del mundo
hasta el estado en que está,
leyes quita, leyes da
en cielo, tierra y profundo.
REYNALDO. Algunas doncellas, Fabio,
han casado a su disgusto
por tener puesto su gusto
en el dueño de su agravio (3).
Y gozadas del que ha sido
contra su gusto y forzado,
lo aborrecido han amado,
y lo amado aborrecido.

(1) Parte IV. Madrid, 1614.
(2) Texto: "miserio".
(3) Texto: "tu agravio".

Luego el otro amor se enfría.
FABIO. ¿En qué topa el serle ingrato?
REYNALDO. En la gran fuerza del trato
y el vivir en compañía.
A dos días que ésta tengas
con Arminda, está seguro
que no venga yedra a muro
como tú a sus brazos vengas.
FABIO. Eso es si el padre fuese
a forzalla poderoso,
y ya me viese su esposo
y ya en sus brazos me viese.
Pero si resiste tanto
que el padre cumplir no pueda
su palabra, incierta queda
mi esperanza, y cierto el llanto.
Y esto será lo más cierto,
porque en desdicha tan cierta
contra lo que amor concierta
es vano cualquier concierto.
La palabra que me ha dado
su padre con buen deseo,
sé que Arminda a Floriseo
le ha dado (1) escrito y firmado.
Pues cuenta como ha de ser
menos que para perdella,
que cumplan el padre y ella
lo que no pueden hacer.
LUDOVICO. ¿Sabe Albano que pretende
Floriseo a Arminda?
FABIO. Sí.
LUDOVICO. ¿Pues por qué te ofrece a ti
lo que al Duque le defiende?
FABIO. Porque teme al padre airado,
que por ser tan desigual
lleve el casamiento mal,
y el dar a Arminda su estado.

(1) Texto: "le hado".

LUDOVICO. ¿No es Albano su pariente?
FABIO. Poco, pero es pobre al fin.
LUDOVICO. No hay linaje más ruín
que el pobre.
FABIO. Verdad patente;
ni más noble que el del rico.
LUDOVICO. Alguna vez la riqueza
publica más la bajeza.
FABIO. No lo creas, Ludovico;
que no hay cosa que el dinero
no encubra, solape y haga.
LUDOVICO. Mientras acaricia y paga
al pobre y al lisonjero;
porque en no le dando nada
le murmura y le condena.
¿Y cómo puede ser buena
honra que ha de ser comprada?
REYNALDO. Dejad disputas agora,
y hablad en lo que hace al caso.
FABIO. Digo, amigos, que me abraso
por esta nieve traidora,
y que dilata mi bien
porque a Floriseo trata.
LUDOVICO. Pues da muerte a quien te mata.
FABIO. Es muy fuerte su desdén.
LUDOVICO. No digo sino al galán.
FABIO. ¿Al hijo del Duque?
LUDOVICO. Al mismo.
FABIO. Es acrecentar mi abismo,
y echar en fuego alquitrán.
Pero también imagino
que sólo está de por medio
la fuerza de ese remedio,
que por mi bien determino.
Mis deudos sois y mejor
diré que sois mis amigos:
ya sois de mi mal testigos
y del gran poder de amor.
Los dos amáis y sabéis
la desculpa de quien ama.
REYNALDO. Amigos no más nos llama.
FABIO. Dueños del alma seréis.
REYNALDO. Llegad, Fabio, a la ventana,
que sin duda la han abierto (1).
FABIO. De hablar han hecho concierto.
REYNALDO. Pues por la mano le gana.

(ARMINDA *en lo alto;* FABIO, *embozado, llegue;* REYNALDO *y* LUDOVICO *hablen aparte.*)

LUDOVICO. Oye, Reynaldo.

(1) Texto: "la ha abierto".

REYNALDO. Ya entiendo
lo que me quieres decir.
LUDOVICO. Floriseo ha de morir.
Ya sabes lo que pretendo.
Que puesto que el Duque tiene
dos hijos, serlo yo aguardo
si éste muere, que el bastardo
detrás de mil deudos viene,
y con lo que yo lo soy
sé que a mejor tiempo llego.
REYNALDO. Ninguna cosa te niego,
y a todas contigo estoy.
Esta espada y esta vida
mira en lo que te aprovecha.
LUDOVICO. Dame esa mano derecha.
REYNALDO. (Será de amistad fingida;
que en muriendo Floriseo
te diré mi pretensión.)
ARMINDA. Tres hombres veo. ¿Si son
sombras del bien que deseo?
¿Sois vos, mi bien?
FABIO. Siendo vos
la luz que esta noche alumbra,
¿no me veis?
ARMINDA. ¿Qué deslumbra
lo que en vos ha puesto Dios?
¿Cómo he de tener alguna
sino es de vuestro arrebol?
Porque en presencia del sol
mal puede alumbrar la luna.
FABIO. (Por Floriseo me tiene.
¡Ay, triste!, que vengo a ver
a tan alto encarecer:
que no responda conviene.)
Pero creed que si fuera
sol, a esos pies me humillara
y en los ojos de esa cara
tuviera mi ardiente esfera.
Rayos hiciera el cabello
que esa bella frente adorna,
y cuando se ausenta y torna
se pudiera ver en ello.
Que si a la espalda estuviera
allí fuera mi acidente,
y en volviéndole a la frente
de vuestra frente saliera.
ARMINDA. ¿Eso es amor, o burlar?
Deja que en su esfera esté
el sol, porque pensaré
que me quieres abrasar.
Y no estoy yo tan helada

que eso pretendáis de mí,
de quien ya tenéis un sí
y una cédula firmada.

FABIO. (¡Ay de mí! Verdad es [todo]! (1)
Casada está ya con él.)

(FLORISEO *y un músico.*)

FLORISEO. No porque ha sido cruel
la letra, Ergasto, acomodo;
mas porque para cantar
siempre el discreto amador
ha de fingir disfavor,
y los favores callar.

ERGASTO. Sangrarse en salud se llama,
y así Ovidio lo aconseja
cuando el amador se queja
y está en gracia de su dama.
Yo canto, en fin, lo que quieres.

FLORISEO. Aguarda, que hay gente aquí.

ERGASTO. ¿Si hablaba a Arminda?

FLORISEO. ¡Ay de mí!

ERGASTO. ¿Pues qué me mandas?

FLORISEO. Que esperes.

ERGASTO. Nunca a la calle o ventana
se ha de venir con discante,
sino con gentil montante,
con rodela o partesana.
La guitarra a dejar voy
y traer una rodela.

FLORISEO. Ergasto, aquí aguardo. ¡Vuela!

ERGASTO. Ya vuelvo. (A acostarme voy.)

(*Vase.*)

FLORISEO. (Vile cobarde, y echéle;
que mejor solo he quedado
que de un hombre acompañado
que en viendo la espada vuelve.
Llegarme quiero al balcón.)
Di, cruel: ¿eres tú quien
ayer quiso a un hombre bien,
y hoy a tres, que estos tres son?
¿Qué ha sido tu pensamiento,
con esta breve mudanza,
sino ser de mi esperanza
tu firma y palabra el viento?
¿Cuál es, si no son los tres,
el que has hablado y querido?

ALMINDA. El que tu nombre ha fingido.
¿Vaste?

FLORISELO. Volveré después.

(*Retírase.*)

(Quiérome aquí retirar,
que un embozado se llega.)

ARMINDA. La noche obscura me niega
el concer y mirar.
Sin duda que aquel primero
no fué mi bien. ¡Grande engaño!

(*Llega a la reja* FABIO.)

FABIO. Ya yo he visto el desengaño
del cubierto caballero.
No tengáis, señora, pena,
que bien me podéis hablar.

ARMINDA. De la que os pude (1) causar
estaba, mi bien, ajena.
¿Por qué os habéis apartado
con tanto enojo de aquí?

FLORISEO. (Ya vuelve a hablarle, ¡ay de mí!,
y satisfación le ha dado.)

FABIO. Apartéme porque entraba
alguna gente en la calle.

ARMINDA. ¿Quién es el que vuestro talle,
pasos y voz imitaba?

FABIO. No le he conocido bien;
espera, daré una vuelta.

FLORISEO. (¡Ah, vil Arminda, resuelta
a mi muerte y tu desdén!
El hombre deja el balcón;
volver quiero, aunque me maten.)

(*Vuelve* FLORISEO, *retirado* FABIO.)

ARMINDA. (Mil recelos me combaten
de que hay alguna traición.)

FLORISEO. Di, enemiga, que los cielos
castigues: ¿por qué a mis ojos,
sin haberte dado enojos,
me estás matando de celos?
¿Qué hombre es éste?

ARMINDA. Yo qué sé:
ve y reconócele tú;
que por la voz de Esaú
habla con Jacob mi fe.

FLORISEO. No, traidora (2), que bien vi
que en apartándome yo
tu falsa lengua le habló,
y sus regalos oí.

---

(1) Texto: "verdad es esto"; suplimos "todo", por la necesidad de la rima con "acomodo".

(1) Texto: "puede".
(2) Texto: "no a traidora".

ARMINDA. Yo contigo solamente
he hablado, o fué mi deseo.
FLORISEO. ¿Pues quién soy yo?
ARMINDA. Floriseo.
FLORISEO. Dilo a voces a esta gente.
ARMINDA. ¿Pues tengo de publicar
a voces mi deshonor?
FLORISEO. Soy tu marido.
ARMINDA. ¡Señor!
FLORISEO. No tienes que replicar.
ARMINDA. ¡Caballeros! Floriseo
es mi marido.
FLORISEO. Y yo soy...

(Mete mano, y ásgale uno por detrás y los dos le pongan un pañuelo en la boca.)

FABIO. ¡Tenle fuerte!
FLORISEO. Asido estoy,
y que sois villanos creo.
Probadme sueltas las manos.
¡Infames! Mas no queréis,
porque entonces dejaréis
de ser, como sois, villanos.
ARMINDA. ¡Amigos, no le matéis!
¡Ah, mi señor, señor mío!
Mirad que pagar confío
esta merced que me hacéis.
FLORISEO. ¡Ah, traidora! ¿Tiernamente
le hablas todo este engaño?
Que tú has trazado mi muerte
con esta villana gente.
Tuyo ha sido este concierto.
LUDOVICO. Tápale luego la boca.
REYNALDO. ¡Aprieta!
ARMINDA. ¿Que no os provoca
a lástima un hombre muerto?
Mirad que del Duque es hijo.
FABIO. Ya el alba muestra su cara
celebrando su luz clara
el general regocijo.
Vese claro el horizonte,
y que al sol ruegan (1) que vuelva
las aves de aquella selva
y las fieras deste monte.
Matarle es dar ocasión
de alboroto en el lugar.
LUDOVICO. Pues llevémosle a la mar.
REYNALDO. ¡Camina!
ARMINDA. ¡Traición, traición!
Pero, triste, ¿qué doy voces,
pues a los vientos las doy?
¡Y ah, tiempo! ¿Que tan vil soy
que mi verdad desconoces?
¿Yo tu muerte, esposo mío?
¿Yo traiciones contra ti?
pues aguarda y desde aquí
verás que el alma te envío.
¿No me bastaba perderte,
sino que entiendas que he sido
la que he trazado y querido
la violencia de tu muerte?
¿Qué aguardo, muerto mi bien?
¡Muera yo!

(NICANDRO *entre.*)

NICANDRO. Que aquí quedaba
me dijo Ergasto y que estaba
en gran peligro también.
Medio desnudo salí
con esta espada y rodela.
ARMINDA. Si es la muerte, rogaréla
que me reciba.
NICANDRO. ¡Ay de mí!
¿De qué lamentas, señora?
ARMINDA. ¿Quién eres?
NICANDRO. Nicandro.
ARMINDA. ¡Amigo!
Hablando estaba conmigo
tu dueño y mi esposo ahora,
cuando de tres caballeros,
a quien vano amor provoca,
atado un paño a la boca
fué preso y llevado.
NICANDRO. ¡Ah, fieros!
Moriré en defensa suya;
esperadme aquí.

(Váyase NICANDRO.)

ARMINDA. Entre tanto,
tierra abierta de mi llanto,
toma la parte que es tuya,
porque dél humedecida
la sepultura has abierto
en que pague un cuerpo muerto
quitar a un ángel la vida.
La puerta han abierto.

(ALBANO, *padre;* ELFREDO (1), *criado, con un hacha.*)

ALBANO. Elfredo,
verdad es que lo he sentido.

---

(1) Texto: "ruega".

(1) Texto siempre dice: "Elfredo", aunque en el reparto "Alfredo."

ELFREDO. Mira que vas mal vestido.
ALBANO. La honra no ha visto al miedo,
nunca le espantó su cara.
ELFREDO. Cúbrete esa ropa bien.
ALBANO. Alza tú esa hacha también,
y en lo que digo (1) repara.
ELFREDO. Yo aseguro que en su cama
mi señora está dormida.
ALBANO. No hay nadie aquí.
ELFREDO. Por mi vida
que te entres.
ALBANO. A Arminda llama:
dile que tome un manteo.
ARMINDA. Quiero bajar a tomalle,
aunque era mejor contalle
la muerte de Floriseo.

(*Baja* ARMINDA.)

ELFREDO. Pues toma el hacha, no quedes
ascuras, pues sólo basta.
ALBANO. Ningún temor me contrasta
de cuantos decirme puedes.
Con estas dos insignias bien parezco
padre honrado, que busca honor perdido
con esta luz el agresor huído,
que con la espada castigar me ofrezco.
Si le hallo, el nombre de Hércules merezco,
que en siendo el cielo al deshonor rompido
quedará con el hacha detenido
de brotar la deshonra que padezco.
Parezco a Alecto que del centro sale,
fiero correo que Plutón despacha,
para que de la paz destierro sea;
mas agora el acero y luz, ¿qué vale?,
que quien castiga tarde, enciende un hacha
para que el mundo su deshonra vea.

(ARMINDA *y* ELFREDO.)

ARMINDA. ¿Tú de mi casa, señor,
mandas que a la puerta salga?
ALBANO. Sí, porque tu luz me valga
a hallar mi perdido honor,
que como a los peces dan
la muerte en cebo a comer,
quiero volverte a poner
para que caiga el galán.
Deja llegar el mancebo,
que aquesos brazos adorne;
yo te digo que él torne
a la querencia del cebo.
ARMINDA. Para eso, si te agrada
que yo tu deshonra sea,
porque su muerte no vea
quita la luz y la espada:
que el cazador de otra suerte
esconde el hierro y la luz.
ALBANO. Este será el arcabuz,
que a un tiempo da luz y muerte.
ARMINDA. ¿Tú en la puerta antes que el alba
saque los pies de la suya?
ALBANO. Sí, que está en noche la tuya,
y con esta luz se salva.
Desde mi cama he sentido
que con un hombre has hablado,
aunque no me has agraviado
sino a Fabio tu marido.
ARMINDA. ¿Tengo yo marido?
ALBANO. Sí,
que la palabra ya es obra,
y haberla yo dado sobra
a que la cumplas por mí.

(NICANDRO, *herido.*)

¿Qué ruido es éste?
ELFREDO. Un hombre
herido.
ALBANO. Llega esa luz.
NICANDRO. Sirva esta espada de cruz,
pues que de cruz tiene nombre.
ALBANO. ¿Quién es?
NICANDRO. Nicandro solía,
criado de Floriseo,
y agora no sé quién soy;
sé que en su defensa muero.
Huélgome de hallaros juntos,
bella Arminda, noble viejo,
pues entrambos sois la causa
deste trágico suceso.
ALBANO. ¿Qué dices, Nicandro amigo?
NICANDRO. El hijo del Duque es muerto.
ARMINDA. ¿Qué decís, triste de mí?
¿Murió el alma de mi cuerpo?
NICANDRO. Oye, desdichada Arminda;
oye, Albano; óigame el cielo,
a quien le pido justicia.
ALBANO. Dilo presto.
NICANDRO. Estadme atentos.

---

(1) Texto: "dio".

Tres villanos disfrazados
en traje de caballeros
rondaron aquesta calle
con sus jacos encubiertos,
desde que la noche escura
tiende su túmulo negro
para las honras del mundo,
que dice que es muerte el sueño;
y hablando en este balcón
a Arminda con Floriseo,
que como recién casados
se brindaban a requiebros,
llegaron, y haciendo abrazos
al desdichado mancebo
por la espalda, como infames,
que no por el noble pecho,
a la boca le apretaron
con cuatro nudos un lienzo,
y sin que pudiese hablar
le llevan al mar corriendo.
Gemía el triste, bramaba
de furia y cólera lleno,
como novillo que el yugo
quiere arrojar de los cuernos,
porque no baña el caballo
de sangre y espuma el freno
con más furor que él bañaba
dientes, barba, lienzo y cuello.
Cuando a la playa llegaban
llego [yo] triste diciendo:
"¿Adónde lleváis al Conde,
villanos, bárbaros fieros?
¿Cómo no teméis a Dios,
a vuestro Duque, ni al Reino,
a quien hacéis tanto daño
en quitarle su heredero?"
Atáronle atrás las manos,
y a mí corriendo volvieron,
donde vi sus tres espadas,
y ellas mi inocente pecho.
Pongo al reparo la mía,
y cuando alzaba el de enmedio
meto el pie, aprieto el puño,
y con la punta le encuentro.
Cayó en el suelo, y la malla
le defendió del acero:
de suerte que al arrojarme
los dos a un tiempo me hirieron.
En pie se puso el caído
y yo tiro al del izquierdo,
hallándome siempre dos,
que uno de tres acometo.
Nadie diga que reñir
puede con tres el que es diestro,
si no es que los tres no valen
por la mitad de uno bueno.
El Conde que así me vió,
sin manos y boca preso,
arremetió como suele
rota la trailla el perro;
con la cabeza probaba
a herirlos, y puesto en medio
como jabalí gruñía
herido entre los monteros.
Ellos, creyendo que huiría,
me dejaron y le asieron,
y por la playa adelante
se fueron con él huyendo.
Yo vine a ver si podría
dar a su vida remedio;
pero ya le busco en vano
si está en el mar y le han muerto.

ALBANO.

¡Miserable suceso!

ELFREDO.

¡Extraño caso!

ALBANO.

Mete dentro a Nicandro; iré yo al Duque,
y llama luego quien su herida vea;
que esta cruel deshonra de mi casa,
y eterna destrucción del Duque,
o morirá a mis manos, o muy presto
las de un verdugo acabarán su vida.

(*Váyase* ALBANO.)

ELFREDO.

¡Nicandro, amigo, ven!

NICANDRO.

Elfredo, vamos;
y vos, señora, pues por vos ha muerto
el hombre más gallardo que ha nacido,
guardalde aquella fe que si viviera,
pues no es justo que os goce aquel tirano,
por cuya mano tanto mal nos viene,
pues es sin duda que él la culpa tiene.

(*Vanse* ELFREDO *y* NICANDRO.)

ARMINDA. ¡Alma turbada, y perdida,
sin tiempo para quejarme,

pues no puede consolarme
la vida, muerta mi vida!
Mirad que estará ofendida
de que no partáis con ella.
Alma venturosa y bella,
aguarda un poco al dolor;
llévame por resplandor
pues que te vas como estrella.
Mas no es posible que seas
muerto, pues que viva estoy,
dulce esposo, pues no voy
donde estas lágrimas veas;
mas no creo que no creas
esta fe con que te estimo,
y que si al alma reprimo
que desta vida le prives,
es porque pienso que vives,
viendo que a vivir me animo.
Mas, ¿cómo podré buscarte,
divino sujeto mío,
si los suspiros que envío
no son bastantes a hallarte?
Si vas al mar (1), ¿a qué parte
te hallarán estos despojos?
Juntemos mares de enojos
y podrémonos juntar,
o si en él te han de matar,
muere en el mar de mis ojos.
Al mar conviene que vaya
antes que mi padre venga,
porque algún aviso tenga
de mi bien, muerto en su playa.
Trocaré la ropa y saya
en vestido varonil,
que ninguna cosa es vil
en alma que tiene amor;
que aun perdella no era error
cuando era el alma gentil.
Mi padre tiene un esclavo
que le sirve de barquero:
irme a la mar con él quiero
si con su lealtad lo acabo;
la hazaña amorosa alabo,
si la libertad condeno:
todo en el peligro es bueno,
no remedio vergonzoso,
que en siendo el morir forzoso
rompe a la vergüenza el freno.

(1) Texto: "si al mar vas".

(Zelimo, *esclavo, entre.*)

ZELIMO. No lo manda mi señor;
sólo a mi señor estimo.
ARMINDA. ¿Tan de mañana, Zelimo,
tantas voces y furor?
ZELIMO. ¿No es de mañana, señora,
salido el sol?
ARMINDA. ¡Bien, por Dios!
ZELIMO. Luego si salistes vos,
después del sol salgo agora.
ARMINDA. ¿Quién era el que te reñía?
ZELIMO. Este necio despensero,
sobre que ir al mar no quiero
si mi señor no me envía;
y tengo que aderezar
una red que está muy rota.
ARMINDA. ¿Deso no más se alborota?
Ahora bien, llévame al mar.
ZELIMO. ¿Cómo al mar?
ARMINDA. Esta mañana
me despertó aqueste humor.
ZELIMO. ¿Ha de ir allá mi señor,
vuestra prima, o vuestra hermana?
ARMINDA. Ninguno lo ha de saber.
ZELIMO. Pues, mi señora, ¿a qué efeto
vas al mar con tal secreto?
ARMINDA. Voy, Zelimo, a no volver.
Llevo una grande pasión,
que te diré en el camino,
y aguarda, que determino
ir en traje de varón.
ZELIMO. Oíd: ¿por dónde saldréis?
ARMINDA. Aguárdame en el jardín.

(*Vase* Arminda.)

ZELIMO. En la pared del jazmín,
o en las cañas me hallaréis.
¡Oh, Alá divino!, ¿qué es esto?
Si el ángel bello que adoro
entra en el mar, ¿qué tesoro
se soñó y se halla tan presto?
Nunca Páris con Elena
llevó más riqueza a Troya
si aquesta divina joya
encubre mi humilde entena.
¿Si me atreveré a pasar
hasta Biserta con ella?
Pero sí, que tal estrella
hará cielo y gloria al mar.
Si Amiclas, vil pescador,
con llevar aquel monarca

pudo asegurar su barca
en virtud de aquel valor,
¿cuánto mejor yo podré
con un ángel tan hermoso
romper del mar proceloso
el azul campo en su fe?
Yo parto a esperarla, y pruebo
esta vez a mi fortuna.
¡Detente, mar importuna,
mira que a Alejandro llevo!

(*Entrase.*)

(*Salga* TEODORO, *hijo bastardo del* DUQUE, *y* LAUDOMIA, *su madrastra, de caza, con venablos.*)

TEODORO. Que se retiren mandé
por quedar solo contigo,
porque no quiero que esté
más que el cielo por testigo
de la verdad de mi fe.
Preguntas por mi tristeza,
y pues que ya la aspereza
deste monte da lugar
para que te pueda hablar,
sabe que es por tu belleza.
Esta con tan vivo fuego
me abrasa, acaba y consume,
que estoy rematado y ciego,
y aunque en cenizas resume
vuelve a darme vida luego.
Ser mi madrastra me ha hecho
consumir callando el pecho;
mas tanto amor ha crecido,
que el mismo pecho ha rompido
y sale por él deshecho.
Engéndrase niño amor
y crece hasta ser gigante;
pues ya gigante el valor,
¿qué pecho será bastante
para sufrir su dolor?
Pues como el pecho no abras,
que como diamante labras,
para saber mis enojos,
salga por la boca y ojos
en lágrimas y palabras.
Comencé a amar y temer
sustentándome de ver
cuando diosa te creí;
pero no después que vi
que, aunque diosa, eres mujer.
Después que esto me provoca
a decirte los enojos
de un alma de amores loca,
la pretensión de mis ojos
se ha remetido a la boca.
Y no son intentos vanos,
que si tus ojos tiranos
no procuran mi provecho,
quiere remitirlo el pecho
desde la boca a las manos.

LAUDOMIA. Es tanta la libertad
de tus razones, Teodoro,
y tu resuelta crueldad,
que aun no guardan el decoro
y ley de la voluntad.
No tiene amor, en rigor,
el que no tiene temor,
porque el temor y el respeto
hasta llegar al efeto
son compañeros de amor.
Bien pudieras escusar
decirme tu atrevimiento,
porque, llegado a intentar,
era mayor argumento
que el persuadir con hablar.
Mas si sólo a pintar vienes
la resolución que tienes,
por encarecer tu cura (*sic*)
no me quejo de tu injuria
mientras la furia detienes.
Grande es la fuerza que esfuerza
tu resolución, pues gustas
que de quien soy doble y tuerza;
mas nunca a cosas injustas
se llega con menos fuerza.
Un amante que pretende
una justa voluntad
nunca a la fuerza se extiende,
porque nunca a su verdad
la contraria se defiende:
tú, desatinado y ciego,
sin ver que el Duque es tu padre,
haces (1) fuerza lo que es ruego,
y a los respetos de madre,
como no hay sangre, das fuego.
Mas no es posible que seas,
cuando de ser mujer creas
verme por temor rendida,
de dos honras homicida,
si tener honra deseas.
Si tu flaqueza, en efeto,

(1) Texto: "hace".

me ha llegado a persuadir,
vuelve atrás como discreto,
que de no se lo decir
a tu padre te prometo.
¿Esta fué la confianza
con que el Duque te envió?
¿Esta la falsa esperanza
que siempre a todos nos dió
tu entendimiento y crianza?
¿A este efeto has ordenado
esta caza de mi honor?

TEODORO. ¿Nunca, Laudomia, has pensado
que persuadir es error
a un hombre determinado?
¿Qué sirve que con razones
persuadir mi pecho emprendas,
si en mis determinaciones
pierdo el respeto a tus prendas
y a tantas obligaciones?
Que el Duque mi padre sea,
si esto mi delito afea,
porque eres ya su mujer,
¿cómo se puede saber,
o quién habrá que lo crea?
Por su hijo me ha criado,
y aunque él legítimo tiene
que viene a heredar su estado,
más amor que le conviene
muchas veces me ha mostrado.
Pero en ver que se le debo
y que a lo que ves me atrevo,
conozco que no es mi padre,
y que le engañó mi madre,
que no es en mujeres nuevo.
Así que segura puedes
condescender a mi gusto;
que si este bien me concedes,
sea justo, o no sea justo,
yo haré que su estado heredes.
Daréle al Duque la muerte
y casaréme contigo,
y de Floriseo advierte
que es muy cobarde enemigo
para contrario tan fuerte.
Ea, Laudomia famosa,
agora el valor me enseña
de tu sangre generosa
serás reina de Cerdeña,
serás de Teodoro esposa.
Que no quiero que te llames
Duquesa como hasta aquí.

LAUDOMIA. ¡Palabras y obras infames!
Un rayo descienda en ti
antes que al Duque disfames!
Que no fuiste, es cosa clara,
su hijo, pues se declara
en una hazaña tan fiera,
porque quien su hijo fuera
nunca su muerte intentara.
Y pues es cierta la mía,
mira lo que hacer pretendes.

TEODORO. Pues defiéndete y porfía.

LAUDOMIA. Villano, ¿forzarme entiendes?
¡Aguarda, espera, desvía!

TEODORO. Ea, que es flaca tu fuerza.

LAUDOMIA. Flaca, pero Dios me esfuerza.

TEODORO. ¿Pues qué milagros le pides?

LAUDOMIA. Luego su poder impides,
algún demonio te esfuerza.

(*Dentro* DOROTEO, RUFINO *y* LIBERIO.)

DOROTEO. Por acá va el jabalí.
¡Hola, gente de Teodoro!

RUFINO. ¿Por dónde va?

LIBERIO. Por aquí.

LAUDOMIA. ¿Qué bárbaro turco o moro
tratará a su madre ansí?

TEODORO. Mi madrastra no dirás.

LAUDOMIA. ¡Ah, gente del Duque!

DOROTEO. Ataja.

TEODORO. Agradecerlo podrás
a la gran gente que baja.

LAUDOMIA. Si haré, y al cielo más.

(*Huye* LAUDOMIA.)

TEODORO. ¿Hay hombre más desdichado?

(*Entren* DOROTEO, RUFINO, LIBERIO *con venablos.*)

LIBERIO. ¿Aquí está Teodoro?

TEODORO. Amigos,
a mal tiempo habéis llegado
a ser de mi mal testigos.

RUFINO. ¿En qué te habemos cansado,
que corriendo el jabalí
le seguimos hasta aquí?
Si a solas esta aspereza
dió materia a tu tristeza,
mejor estarás ansí.

TEODORO. No quisiera compañía,
para deciros verdad,
más de la que aquí tenía.

DOROTEO. Deja ya la soledad,
la pena y melancolía.

Vamos, que siento el ladrido
de los perros, cuya presa
alegre suceso ha sido.

TEODORO. (He perdido a la Duquesa,
y estoy perdiendo el sentido.)

DOROTEO.

Si el campo y soledad, si el ser amigo
desde tus tiernos y primeros años
puede obligarte a descubrir tu pecho
con los que miras que a tu lado estamos,
de ninguna manera pongas duda
en que serás servido.

RUFINO.

De mi parte
yo te aseguro que no tiene el mundo
imposible tan áspero y extraño
que no parezca fácil a Rufino.

LIBERIO.

Lo mismo de Liberio es bien que creas,
hasta ofrecer la sangre de los brazos,
y en ella envuelta el alma con la honra.

TEODORO.

Altos deseos y altos pensamientos,
Liberio amigo, Doroteo y Rufino,
causan del alma la mortal tristeza
en que ya me habéis visto tantos días.
El primero es saber que soy del Duque
dudoso hijo, y que su estado hereda
un hombre que me trata como bárbaro,
y que muriendo el Duque ha de matarme,
lo que atajar matándolos querría,
y haciéndome llamar Rey de Cerdeña,
partirla entre vosotros a mi gusto;
el otro es de gozar [a] la Duquesa,
por quien estoy de tierno amor perdido
y desde los sentidos hasta el alma,
loco de mis deseos imposible.
Veis aquí mi cuidado en vuestras manos,
veis aquí mi secreto en vuestras lenguas,
veis aquí mi remedio en vuestro gusto,
de que ha de resultar también el vuestro.
Floriseo os persigue y aborrece;
con él seréis esclavos, y conmigo
tendréis el Reino, porque al fin es cierto
que más ha de ser vuestro que no mío,
pues que le tengo yo por vuestras manos,
en que tendréis el corazón del Príncipe,
la llave de su vida y de su Reino.
¿Qué respondéis?

LIBERIO.

Que dejes la montaña
y acudas al palacio de tu padre,
que aquí tienes los tres con tres mil hombres,
que cada uno mil te ofrece.

TEODORO.

Amigos,
vuestro es el Reino. Dáismele vosotros;
dél dispondréis; no quiero más del título:
Laudomia es mi corona, el Reino es vuestro.

RUFINO.

No dilates, Teodoro valeroso,
tal alto pensamiento.

LIBERIO.

No hay imperio
que no tenga en el mundo este principio.

TEODORO.

Pues confiado en vuestra ayuda parto.

LIBERIO.

No hayas miedo que el mundo te lo impida.

TEODORO.

Yo seré Rey, o perderé la vida.

(DUQUE ANSELMO, TIBALDO, *capitán, y gente.*)

ANSELMO. Sólo de vos lo creyera.
¿Teodoro atreverse a tal,
cuando mi hijo no fuera?

TIBALDO. Siempre das crédito al mal
cuando remedio no espera.
Digo que se ha conjurado
contra tu propia persona,
y que alborota tu estado,
y aun dicen que la corona
ya de secreto le han dado.

ANSELMO. ¿Qué me dices, Capitán?

TIBALDO. La pretensión de Teodoro
y de que algunos que querrán
atreverse a tu decoro
por el premio que les dan.

ANSELMO. ¿Adónde está Floriseo?

TIBALDO. Desde anoche no parece.

ANSELMO. ¿Si le habrán muerto?

TIBALDO. Eso creo.

ANSELMO. Extrañas sombras me ofrece
amor, temor y deseo;
mas mira que está seguro
Teodoro con la Duquesa.

TIBALDO. Desengañarte procuro
de que es matarte su empresa,
y pone delante un muro.
¡Ah, gran Duque, que estás ciego
deste amor bárbaro injusto!

ANSELMO. Basta; prendédmele luego,
que ya de enojo y disgusto
vierto por los ojos fuego.

(*Entre* LAUDOMIA.)

LAUDOMIA. Si tu honor, tu vida y mía
pueden hacer en tu pecho
juicio contra Teodoro,
generoso duque Anselmo,
tome asiento la razón
en tu claro entendimiento,
y pediré mi justicia
de rodillas por el suelo.

ANSELMO. ¿Qué es aquesto, mi Laudomia?
¿Vos a mis pies en cabello?
O el cielo me quita el alma,
o mis vasallos el reino.
¿En qué os ofende Teodoro?
¿Qué os ha dicho? ¿Qué os ha hecho?
Que le quitaré la vida,
cuando fuese mi heredero.

LAUDOMIA. Esa montaña que baña
el mar, a quien pagan censo
las nubes que la coronan
en agua o cristal deshecho,
con alegre caza ha sido
gustoso entretenimiento
cuatro días de los dos,
corriendo su monte espeso.
Ya cuando sus animales,
cabras montesas y ciervos,
liebres, conejos y gamos,
jabalíes y otros fieros,
nos cansaban en la tierra,
en su cristalino seno
nos daba el mar sus pescados
con las redes y el anzuelo.
Y en medio de esta alegría,
siempre Teodoro suspenso
como el que piensa traición,
no alzaba el rostro del suelo;
hasta que, en fin, esta tarde
entre unas hayas y tejos
venimos a quedar solos
y a dar la ocasión cabellos.
Preguntéle su tristeza,
y díjome airado y ciego
que mi amor era la causa
y su importuno deseo;
que no era su padre el Duque,
sino dudoso el suceso,
y que con él me casase
muerto el Duque y heredero.
Temblé yo, triste y turbada;
con palabras y con ruegos
quise probar a poner
a su locura remedio,
mas nunca fué tan cruel
con Filomena Tereo
como Teodoro conmigo,
esforzando sus intentos.
Mas llegando en este punto
cazadores y monteros,
yo pude huír y él quedar
burlado de sus deseos.

TIBALDO. Huélgome que habrá caído
en que no te trato engaño.

ANSELMO. ¡Oh, vil bastardo, atrevido,
nacido para su daño
o por mi afrenta nacido!
Váyanle luego a prender.

(TEODORO *entre.*)

TEODORO. ¿A quién, señor, en prisión
mandas agora poner?
Por dicha estas cosas son
enredos de tu mujer;
porque es menester oír
las partes para juzgar.

ANSELMO. Traidor, ¿qué puedes decir
que te pueda disculpar?

TEODORO. Escucha.

ANSELMO. Hoy has de morir.

TEODORO. Si Laudomia me pedía
favor, ayuda y consejo
contra tu vida este día
porque dice (1) que eres viejo
y le das melancolía,
y que los dos partiremos
tu Estado, y le quitaremos
a Floriseo, ¿a qué viene
que ya tan fiero te tiene
con sus lágrimas y extremos?

LAUDOMIA. ¿Yo te he dicho tal a ti?

TEODORO. Sí, digo.

(1) Texto: "dices":

LAUDOMIA. ¡Si he dicho tal
caiga un rayo sobre mí!
TIBALDO. Mira, Teodoro, cuán mal
al Duque informa de ti,
que dicen que has conjurado
tus amigos contra él.
ANSELMO. Teodoro, tú eres culpado.
TEODORO. Ya te me muestras cruel
de un adúltero informado.
ANSELMO. ¿Cómo?
TEODORO. Que ese Capitán
es con quien Laudomia intenta
casarse, y por eso están
persuadiéndote mi afrenta,
y esos consejos te dan.
ANSELMO. Capitán, ¿tú intentas esto?
TIBALDO. Yo, señor, sobre este caso
estoy a morir dispuesto.
Ya de cólera me abraso
y ejecutaréla presto.
¡Miente el bastardo villano!
TEODORO. Metes a la espada mano
porque te faltan razones.
TIBALDO. Para castigar traiciones
y derribar un tirano...
ANSELMO. ¡Prendan a mi hijo!
TEODORO. Tente,
que al adúltero es más justo.
ANSELMO. ¡Dame la espada, insolente!
TEODORO. No saldréis con vuestro gusto,
que traigo amigos y gente.
¡Ah de mi guarda!

(LIBERIO, DOROTEO, RUFINO *y gente con alabardas.*)

LIBERIO. Aquí estamos.
TEODORO. Prended al Duque.
TIBALDO. (1) Señora,
huye.

(*Huya la* DUQUESA.)

LAUDOMIA. Defiéndeme y vamos.
ANSELMO. Bien muestras, Teodoro, ahora
que con razón te culpamos.
Esto estaba prevenido.
TEODORO. Por si querías (2) prenderme
mis amigos he traído.
ANSELMO. ¡Déjame ir!
TEODORO. Querrás hacerme
matar desapercibido,
y es mejor asegurarme.
ANSELMO. ¿Pues qué pretendes?
TEODORO. Prenderte.
ANSELMO. ¿A tu padre?
TEODORO. No hay que hablarme.
¿Es mucho en prisión ponerte
cuando tú quieres matarme?
ANSELMO. Hijo, ¿no basta decir
esta palabra?
TEODORO. ¡Llevalde!
ANSELMO. ¡Dios te castigue!
TEODORO. Al subir
a esa torre, consolalde
con que al fin no ha de morir.
¿La Duquesa?
TEODORO. Ya se huyó.
RUFINO. Creo que se ha retirado
y en su cuadra se encerró.
TEODORO. ¿Que se os escapó el soldado?
LIBERIO. Su espada le defendió.
TEODORO. Mejor dijeras sus pies.
¿Quién viene?
DOROTEO. Lisardo es.

(LISARDO *y* LUDOVICO.)

LISARDO. Entre el confuso rumor
traigo estos presos, señor.
TEODORO. A hablarme vendrás después.
LISARDO. Antes creo que estos son
por quien es tu enojo y pena.
TEODORO. ¿Pues sabes ya la razón?
LISARDO. Ya por la ciudad se suena
con notable confusión.
TEODORO. ¿Pues quién son estos culpados?
LISARDO. Los que han muerto a Floriseo
aquesta noche embozados.
TEODORO. ¿Muerto mi hermano? Yo creo,
cielos, que estáis sobornados.
LISARDO. ¿Luego tú no lo sabías,
ni este alboroto es por eso?
TEODORO. ¡Soltaldos!
LISARDO. ¡Señor!
TEODORO. ¿Porfías,
villano? El Duque está preso.
¡Estas son venturas mías!
Amigos, ¿cómo murió?
FABIO. En una cuestión trabada,
tres a tres.
TEODORO. ¿Dónde quedó?
LUDOVICO. El miedo en la mar salada

(1) Texto: "Lib."
(2) Texto: "queras"

sepulcro eterno le dió.
TEODORO. Ya os conozco, caballeros,
y vuestros nobles aceros
sé que me son de importancia.
Partamos esta ganancia;
mil mercedes quiero haceros.
Yo soy Duque; dadme ayuda,
que a cualquiera que me acuda
villas y rentas prometo.
REYNALDO. ¡Viva el Duque!
TEODORO. ¿Y a qué efeto?
Que ponéis mi vida en duda.
REYNALDO. Por ti lo digo, señor.
TEODORO. Eso sí, dadme los brazos.
REYNALDO. (Yo espero hacerle pedazos.)
LUDOVICO. (Yo reinar.)
FABIO. (Y yo mejor.)
RUFINO. (Yo pienso ser su homicida.)
DOROTEO. (Un reino, ¿a quién no convida?)
LIBERIO. (Esta corona es mi empresa.)
LISARDO. Ven a buscar la Duquesa.
TEODORO. ¡Ay, Laudomia de mi vida!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

FIGURAS DEL SEGUNDO ACTO

FLORISEO.	ZELIMO,	FABIO.
CELIO, *cautivo.*	TIBALDO.	REYNALDO.
BRAZAYDA, *mora.*	LAUDOMIA.	LUDOVICO.
ARMINDA.	TORINDO.	ALBANO.
REY DE BISERTA.	BELINO.	RUFINO.
ZORÁN, DALIME, ALBRAYDE, *moros.*	ROTUNDO.	DOROTEO.
	RISELA.	LIBERIO.
	TEODORO.	

ACTO SEGUNDO

(FLORISEO, *en hábito de esclavo, con* CELIO, *cautivo.*)

FLORISEO. Pues así libertad goce
como tengo algún valor.
CELIO. En tu talle se conoce.
FLORISEO. Todo del tiempo el rigor
lo deshace y desconoce.
CELIO. Ya sé que no están seguros
del tiempo mármoles duros,
edificios, ni memorias,
ciudades, reinos, victorias,
ni los más soberbios muros.
Mas como nunca en el mar,
o esté furioso o en calma,
puede añadir ni quitar,
así en la virtud del alma,
que no se puede acabar.
Huelgo de haberte servido
porque la tuya se ve
por ese pobre vestido,
con los ojos de la fe,
que pueden más que el sentido.
Aquí de mi pobre rancho
te sirve, o vive en mi pecho,
lugar que estará más ancho
porque cuanto en él me estrecho
tanto en el alma me ensancho.
Soy ginovés liberal,
hombre noble y principal,
y de quien fiar te puedes.
FLORISEO. Pues porque de mí lo quedes,
que te tengo amor igual,
y que tendré en la memoria
la nobleza de tu trato,
oye mi confusa historia.
CELIO. Comienza.
FLORISEO. Escúchame un rato,
sabrás mi pena y mi gloria.
Cerdeña me dió la vida,
el duque Anselmo la sangre,
los Andradas de Galicia
me dieron hermosa madre.
Murió mal lograda y moza.
Habiendo estado mi padre
sin casarse muchos años,
ya viejo vino a casarse.
En este medio trató
una dama de buen talle,
de quien tuvo un bastardillo,
en obras y en lengua infame.
Este se crió en la corte
con presunciones iguales,
intentando de mil modos
mi muerte para heredarme.
No sé si fué la ocasión
desta desdicha notable;
pero, ¿quién sino él pudiera
hacer traición semejante?
Servía en la corte yo
una dama, cuyo padre
era pariente del mío,
pero pobre y arrogante.
No sé si el alba del cielo
tan blanca y dorada sale,
que a sus cabellos y rostro

su blancura y luz compare.
No sé si tienen las rosas
a quien dió nombre Alejandre
como sus labios divinos
por abril tan vivo esmalte;
no sé si a sus bellos dientes
el terso marfil iguale;
pero sé que parecía
aljófar entre corales.
No sé, Celio, como pinte
sin ser Zeusis ni Timantes
esta Elena o Ifigenia:
basta decir que era un ángel.
Quísome bien, si la quise,
y resuelto de casarme,
el padre soberbio y pobre
no quiere que se lo traten,
porque como el Duque hacía
por pobre del deudo ultraje,
en mi inocencia y amor
quiso el tirano vengarse.
Y para acabar mi vida
a un Corzo de mi linaje,
aunque rico la promete,
y concierta que se casen.
Salí yo una noche triste,
viernes, de quien Dios me guarde
—que se han pasado a los viernes
las desdichas de los martes—,
no prevenido de acero,
de rodela, ni montantes,
sino con un paje solo,
y ese en extremo cobarde.
Hallé a la puerta de Arminda
tres embozados galanes,
el uno hablando con ella.
Lo que sentí ya lo sabes;
que si has amado, yo creo
que aunque más firmezas trates
hayas tropezado en celos,
donde amor por puntos cae.
Porque no hay, Celio, mujer
que blasone de constante,
que si hay otro que la quiera
no le escuche, aunque le canse.
Habléla dos o tres veces,
y aquellas mismas su amante,
porque en dejando el lugar
llegaba el otro a ocuparle.
Pero ya la vez postrera
los dos por detrás me asen,
y el otro la guarnición,
casi en sus mismos umbrales.
Atáronme por la boca
un paño doblado en partes,
tanto que aun era imposible
ni respirar ni quejarme.
Lleváronme al mar corriendo,
dando Arminda voces tales,
que si no fueran fingidas
bien pudieran remediarme.
Llegó Nicandro a este tiempo,
un ejemplo de leales,
deudo de mi madre muerta,
y pretendió remediarme.
Quedó muerto en el arena,
y ellos pasando adelante,
desatan una barquilla
y hacen que en ella me embarque;
átanme al árbol y en él
ponen una vela, y danle
un barreno por la quilla,
y en arrojándola vanse.
Salía a este tiempo el sol
sobre los hombros de Atlante,
dorando del mar la espuma,
levantóse en sus cristales,
cuando descubro y me ven
dos galeotas de Albrayde,
gran Cosario de Biserta,
incendio de nuestra margen.
Cuando ya me descubrían
iban cogiendo el velamen
porque a la parte de tierra
iba refrescando el aire.
Dieron prisa a los remeros
y diéronme presto alcance,
donde saltando en la barca
me dieron vida en robarme.
Porque ¿no has visto una fuente,
que rompiendo el suelo nace,
arrojando agua y arena,
y haciendo una balsa grande?
Pues así en la barca el mar
furioso entraba a anegarme,
tanto que a tardarse el peso
acabara mis pesares.
Desatáronme y llevaron
donde agora en este traje
sirvo al Alcaide, y a mí
una hija del Alcaide.
Y como por ella espero,

como te he dicho, librarme,
vengo a hablalla en estos baños
y a que la puerta me guardes.

CELIO. Asegurarte quisiera
del secreto y de mi amor
si Brazayda no saliera.

FLORISEO. Escóndete, que es mejor,
y donde anoche me espera.

(*Escóndese* CELIO.)

CELIO. (Yo me quedaré a la puerta.)

FLORISEO. Con un esclavillo viene:
sin duda hablarme concierta.

(*Entren* BRAZAYDA, *moza;* ARMINDA, *de esclavo.*)

BRAZAYDA. Casi a muerte me tiene,
que estoy de un amor incierta.

ARMINDA. Luego no te tiene amor.

BRAZAYDA. El dice, Arminda, que sí;
pero es cristiano y traidor.

ARMINDA. ¿Quieres que vuelva por mí?

BRAZAYDA. Y que venzas mi temor,
aunque no sé si podrás,
porque nunca queréis más
de engañarnos los cristianos,
porque es el darnos las manos
para atarnoslas atrás.
Sólo libertad queréis;
por aquésta nos lleváis,
y mil engaños hacéis,
y cuando ya la tenéis,
o nos vendéis o dejáis.

ARMINDA. Esos son los que son viles,
mas los nobles y gentiles...

BRAZAYDA. ¿Que son nobles? Son quimeras.

ARMINDA. No es posible que los quieras
y que así los aniquiles.

BRAZAYDA. Allí le he visto, ¡ay de mí!
Mira si mi padre viene.

ARMINDA. Yo lo veré desde aquí.

FLORISEO. Quien tiene amor, ¿qué amor tiene
si estima su amor ansí?

BRAZAYDA. ¿Hasme oído?

FLORISEO. Atentamente.

BRAZAYDA. Mi temor es conviniente,
que temo lo que deseo,
no porque en ti, Floriseo,
no haya excepción de otra gente.
Que bien he echado de ver,
que eres noble.

FLORISEO. Soilo mucho
y mucho más en querer.

ARMINDA. Piadoso cielo, ¿qué escucho?

BRAZAYDA. Engañar a una mujer
no es hazaña, Floriseo.

ARMINDA. Otra vez el nombre oí:
¿si me ha engañado el deseo?

FLORISEO. ¿Piensas que te engaño a ti?

BRAZAYDA. Pues te quiero, no lo creo.

ARMINDA. Si Floriseo no fuera
muerto, que lo es creyera
este cautivo sin duda.

FLORISEO. De ese propósito muda
y en quererme persevera,
porque sin duda te adoro.

BRAZAYDA. Si tú te volvieses moro
entonces yo te creyera.

ARMINDA. Mi engañada fantasía (1)
ama, y sueña montes de oro.
Pero si no es Floriseo
el hombre que agora veo,
naturaleza se erró
y de una estampa sacó
dos rostros.

BRAZAYDA. Al fin te creo,
y te quiero dar mis brazos.

ARMINDA. (Y yo por si me conviene
quiero estorbar tus abrazos.)
Señora, tu padre viene.

BRAZAYDA. Huye, que te hará pedazos.

ARMINDA. Espera, cautivo, aguarda,
que no viene Albrayde.

FLORISEO. Espero,
aunque el verte me acobarda.

ARMINDA. Para esclavo y prisionero
buena es la dama,

FLORISEO. ¡Gallarda!
Pero no sé qué he sentido
de verte, que estoy corrido
de hablar con otra mujer.

ARMINDA. ¡Cielos, que he venido a ver
sin morir mi bien perdido!
¿Floriseo?

FLORISEO. ¡Cielo santo!
¿Eres Arminda, señora?

ARMINDA. Y la que te quiere tanto,
que el mar pasa, y corre agora
fortuna en el de su llanto.
Es tal el bien que de hallarte
hoy me conceden los cielos,

(1) Parece faltar algún verso.

que me muero por hallarte,
si me dejasen los celos
que me impiden abrazarte.

FLORISEO. ¿Y yo cómo te daré
mis brazos, cruel, si sé
que estoy por tu causa aquí?

ARMINDA. Mientes, perjuro, que ansí
haces ofensa a mi fe.

FLORISEO. ¡Ah, traidora!

ARMINDA. ¡Ah, desleal!

FLORISEO. ¡Ah, fiera!

ARMINDA. ¡Ah, falso enemigo!

FLORISEO. ¿Que por ti estuve mortal?

ARMINDA. ¿Que esto has usado conmigo?

FLORISEO. ¿Que me has tratado tan mal?

ARMINDA. ¡Buena disculpa!

FLORISEO. La tuya,
que mandaste darme muerte.

ARMINDA. Así el cielo me destruya,
aunque harto lo estoy con verte,
y no tener donde huya.

FLORISEO. ¿Huír de mí? ¿Pues por qué?

ARMINDA. ¿Por qué preguntas, villano?

FLORISEO. Presto sabrás, que esto fué
todo fingimiento vano,
que sola es tuya mi fe.
¿Quieres que te abrace agora,
y reñiremos después?

ARMINDA. Tente, que vuelve la mora.

(*Entre* BRAZAYDA.)

BRAZAYDA. Toda esta canalla es
vil, mentirosa y traidora.
¿No dijiste que venía
mi padre?

FLORISEO. Quien guarda bien
de la misma fantasía
se ha de recelar.

BRAZAYDA. ¡Qué bien!
¿Siempre has de ser guarda mía?
¿Pero de qué es la tristeza?

ARMINDA. De hablar con ese cristiano,
que ya a descubrir empieza
que su amor fingido y vano
sólo a engañarte endereza.

BRAZAYDA. ¿Cómo?

ARMINDA. Retírate aquí:
hablándole agora en ti,
me dijo que ama a otra dama.

BRAZAYDA. ¿Otra te dice que ama,
Armindo?

ARMINDA. Señora, sí.
Mira tú cuánto mejor
sería emplear tu amor
donde fuese agradecido.

BRAZAYDA. ¿Querrásme tú?

ARMINDA. Y te he querido
desde que te vi.

BRAZAYDA. ¡Ah, traidor!
¿Amabas a otra mujer,
y engañarme pretendías?

FLORISEO. ¿Quién te lo ha dicho?

BRAZAYDA. A saber
ayer que amarme fingías,
al remo fueras ayer.
Vete delante de mí,
que Armindo me queda aquí,
más mozo, hermoso y discreto.

FLORISEO. ¡Ah, perro, pues yo os prometo...!

ARMINDA. Así me vengo de ti.

BRAZAYDA. ¿Amenázasle?

FLORISEO. Y te juro
que en cogiéndole acá fuera
le he de pegar con el muro.

BRAZAYDA. ¿No hay aquí algún moro? Espera.

ARMINDA. Huye, villano perjuro,

(*Huye* FLORISEO.)

y no engañes a quien es
amparo de los cristianos,
ni a ellos deshonra des.

BRAZAYDA. Arminda, dame esas manos.

ARMINDA. No, sino tú a mí los pies.

BRAZAYDA. Por aqueste desengaño
te prometo, agradecida,
sacarte, Armindo, del baño;
pero llévase mi vida
aquel traidor en su engaño.

ARMINDA. ¿Pues todavía le quieres?

BRAZAYDA. Así somos las mujeres;
que desdeñadas queremos
y amadas aborrecemos.

ARMINDA. ¡Qué engañados pareceres!
Mira, no quiero estorbarte
el amor de Floriseo,
que ya sé que desviarte
es encender el deseo,
y persuadirte, abrasarte.
Mas quiérote aconsejar
que le des celos conmigo
y le finjas olvidar,
que con aqueste castigo

suelen los hombres amar.
Despréciale, aunque le adores,
porque verdaderamente
que no hay remedios mejores,
y en el más tibio accidente
da crecimientos de amores.
Después que soy hombre he visto
que si ven que me resisto
adonde un poco me precian,
me ruegan y me desprecian
si ven que furioso embisto.

BRAZAYDA. Quiero tomar tus liciones.
ARMINDA. Tú verás lo que aprovechan,
llegadas las ocasiones.
BRAZAYDA. ¿Que ruegan si los desechan?
ARMINDA. Todo es mudanza y traiciones
BRAZAYDA. Quiero tomar ocasión
de que se enoje contigo
para hablarle.
ARMINDA. Y es razón.
BRAZAYDA. Jurando darle castigo
de su atrevida intención.
Parte a que le llamen luego.
ARMINDA. Mal sosiegas.
BRAZAYDA. Mal sosiego.
ARMINDA. Es niño amor.
BRAZAYDA. Es rapaz.
ARMINDA. Mucha guerra.
BRAZAYDA. Y poca paz.
ARMINDA. Pena en gloria.
BRAZAYDA. Y nieve en fuego.

(*Váyanse.*)

(*El* REY DE BISERTA, ZORÁN, DALIME *y* ALBRAYDE; *haciendo ruido dentro le saquen en hombros, y* FLORISEO *detrás.*)

ZORÁ. ¡Válgate Alá!
DALIME. ¡Alá te ayude!
REY. Muerto soy.
ALBRAYDE. ¡Oh, buen cristiano,
Alá en tus manos acude!
FLORISEO. ¡Tente, señor!
REY. ¡Fuerte mano!
FLORISEO. No habrá fuerza que la mude.
REY. Muy bien me podéis poner
en el suelo.
ZORÁN. Esa almohada
llegad.
DALIME. Descansa a placer.
REY. ¡Brava ventura!
ALBRAYDE. ¡Extremada!
FLORISEO. Traigan al Rey de beber.
REY. Dame los brazos, cristiano,
que esta es la epítima rica.
Muestra, tócame esa mano,
que si al corazón se aplica
quedará seguro y sano.
FLORISEO. ¿Hecístete mal?
REY. Ninguno.
ZORÁN. Aquí hay leche de camello.
DALIME. Bebe.
ARMINDA. ¡A qué tiempo oportuno

(ARMINDA *entre y el* REY *beba.*)

de la ocasión el cabello
me muestra entre tantos uno!
¿Si podré hablar a mi bien?
¡Ce, Floriseo!
FLORISEO. ¡Oh, mi Arminda!
ARMINDA. ¿Qué haces aquí?
FLORISEO. Que hoy me den,
que el reino parias me rinda,
no es mucho.
ARMINDA. ¿Cómo o por quién?
FLORISEO. Corriendo el Rey en la plaza,
cuando de ti me aparté,
un caballo de la raza
de España, a tiempo llegué
que para entrar le amenaza.
Parte galán y brioso,
y cuando todos celebran
el veloz curso animoso,
las dos riendas se le quiebran
y salta y corre furioso.
[Yo] llego y arremetiendo
de tal manera le trabo,
que le detengo y defiendo.
ARMINDA. ¡Bravo caso!
FLORISEO. Al cielo alabo
y a su favor me encomiendo.
REY. ¿Qué es del cautivo?
FLORISEO. Aquí estoy.
REY. ¿De dónde eres?
FLORISEO. De Cerdeña.
REY. ¿Eres noble?
FLORISEO. Noble soy.
REY. Nobleza en su rostro enseña.
Moros, libertad le doy.
ALBRAYDE. Aunque todo el reino es tuyo,
este cautivo era mío.
REY. Seis te doy por él, y arguyo
de su valor talle y brío,

que es poco.
ALBRAYDE. Ese precio es suyo.
REY. Fuera de eso, mil cequíes
le ofrezco para el camino;
doce alfombras tunecíes,
treinta almalafas de lino
y una banda de rubíes.
Cene esta noche conmigo
y cuando guste se parta,
que a su Duque, que es mi amigo,
quiero que lleve una carta
en que a su favor me obligo.
FLORISEO. Todo lo que aquí me has dado
no es posible me contente
sin darme a mi hermano amado.
REY. ¿Está cautivo?
FLORISEO. Y presente.
REY. ¿Gallardo mozo?
ZORÁN. Extremado.
ARMINDA. Dame, Príncipe, los pies.
REY. ¿Es de Albrayde?
FLORISEO. Suyo es.
ALBRAYDE. No ha seis días que le tengo.
REY. Hoy a hacerte rico vengo:
toma de mis baños tres.
ALBRAYDE. Celino (1) te trujo aquí,
siendo en Cerdeña cautivo
de su padre.
DALIME. El viene.
REY. Di:
¿fué tuyo aquéste?

(CELINO *entre.*)

CELINO. Hoy le privo
del nombre, y te sirva a ti.
Y a fe que tiene un secreto
de no pequeño valor.
REY. De cualquier suerte le aceto.
CELINO. Aquí está el embajador
del Rey de Cerdeña eleto,
que en una nave tomó
puerto.
REY. ¿Eleto Rey? ¿Qué es eso?
CELINO. Esto dice.
REY. Entre.
FLORISEO. (Si yo
no entiendo mal el suceso,
mi padre, Arminda, murió.)

(*Entre* RUFINO.)

RUFINO. Teodoro salud te envía,
Rey eleto de Cerdeña,
valiente Hazán Almelique,
Rey famoso de Biserta.
Y dice que si las paces
y el amistad se te acuerda
que con su padre tuviste,
oigas lo que agora intenta.
Casóse en su edad caduca
cuando a sus hijos debiera
movido de un loco amor
de una dama de Valencia
tan tierna como hermosa
y tan loca como tierna,
que le ha mudado hasta el alma,
que amor hasta el alma trueca.
Con esto de su gobierno
van las cosas de manera
que a un capitán quiere hacer
duque y señor de Cerdeña;
y como no puede ser
sin que muera quien le hereda,
a Floriseo, su hermano,
ha hecho dar muerte fiera.
FLORISEO. (¿Oyes, Arminda?)
ARMINDA. (Ya escucho.)
FLORISEO. Que mi madrastra o Medea
fué la que intentó mi muerte.
ARMINDA. ¡Ay, mi señor, no lo creas!
Oye hasta el fin y verás
que hay gran traición encubierta,
que antes sospecho que ha sido
quien darte la muerte ordena...
FLORISEO. No sé, Arminda. El padre mío
quiera Dios que vivo sea;
que a España acabó la Caba
y a Troya deshizo Elena.
REY. Prosigue, cristiano amigo,
que por Alá que me pesa
que al hijo mayor del Duque
haya muerto la Duquesa.
RUFINO. Muerto el triste Floriseo,
cuyo cuerpo al mar entregan,
los ministros de Laudomia
estas maldades conciertan:
que un ejército y armada
se haga de treinta velas
contra ti, sin reparar
en amistades ni treguas;
y que en surgiendo en tus puertos

(1) Texto dice ahora: "Celino", dos veces.

en la primera refriega
vuelva a Teodoro un soldado
el plomo de su escopeta,
y que la guerra acabada
y tu grandeza deshecha,
dejen aquí sus presidios
y con la vitoria vuelvan,
donde dándole ponzoña
casarse contentos puedan,
conquistando por la tuya
otras alarbes fronteras.
Descubierta esta maldad,
Teodoro, indignado della,
con los debidos respetos,
su viejo padre amonesta;
mas queriéndole prender
con dos amigos le cerca,
y en un castillo le pone
mientras el Reino sosiega.
Preso su padre te escribe
por mí, y por sus cartas ruega
la vayas a socorrer,
porque en gran peligro queda;
que si le dieres tu ayuda
para que el Reino posea,
te promete eternas parias
y te dará un hijo en prendas.
Cada año trairé yo mismo
cien caballos y cien yeguas,
en cada arzón una espada
y una cota milanesa.

REY. ¿Qué os parece, mis alcaides?
¿No es esta demanda honesta?

ALBRAYDE. Y tan justa que te obliga
a ir en persona a ella.

ZORÁN. Alá te dará favor
para tan hidalga empresa,
que es muy de pechos de reyes
favorecer la inocencia.

DALIME. Junta una famosa armada,
y de sus altas entenas
en flámulas de colores
tus armas y lunas cuelga.

REY. ¡Pues, alto! Zorán amigo,
los tafetanes despliega
de mis banderas al aire;
tiemble el mar de mis banderas,
y tú, Albrayde, pon a punto
mis galeotas, y entienda
el sardo que guerra doy
a quien dármela desea.
Tú, Dalime, para el lastre
más que de bizcocho llena,
mis atarazanas roba
de pólvora, plomo y cuerda.
Y tú parte, Embajador,
adelante, y di que llega
en su socorro Almelique.

RUFINO. ¡Prospere el cielo tu fuerza!

(*Vase.*)

REY. Conmigo podréis pasar,
cautivos.

FLORISEO. Con tu licencia,
queremos los dos, señor,
ser soldados de esta guerra.
Traje moro tomaremos
para que nadie lo entienda,
que es Teodoro nuestro amigo
y Cerdeña patria nuestra.

REY. Pues irás por Capitán
de la galeota.

FLORISEO. En ella
haré más por tu servicio
que en Troya Aquiles por Grecia.

REY. Pues vamos, fuertes alcaides.

FLORISEO. ¿Qué dices, Arminda bella?

ARMINDA. Que estando preso tu padre
Teodoro la culpa tenga.
Me da a entender que es tirano,
e inocente la Duquesa.

FLORISEO. Vamos a Cerdeña, Arminda;
que si él a su padre afrenta
Dios le quitará los pasos
y esta espada la cabeza.

(*Vanse.*)

(*Entren* TIBALDO, *capitán, y la* DUQUESA LAUDOMIA, *huyendo.*)

TIBALDO. Aquí podréis, gran señora,
de camino descansar,
que tampoco da lugar
el sol, que estos montes dora,
y yo entiendo que el tirano
queda muy atrás.

LAUDOMIA. No sé
si pongo en lugar el pie
donde él no ponga la mano.
Voy, Tibaldo, tan medrosa,
y con tal desconfianza,
que a cada paso me alcanza
su espada vil y afrentosa.

Y aunque estando el Duque preso
no es bien tener libertad,
está la dificultad
de que no la tenga en eso.

TIBALDO. Bien sé que vuestro valor
mejor que Evadnes muriera
y que de Porcia venciera
el encarecido amor;
pero para no perdelle
es menester el dejalle,
porque consiste el cobralle
en ausentarse de velle.
En el cielo espero yo
el castigo del tirano,
que su sacrílega mano
contra su padre movió.
Porque jamás hijo alguno
cometió tan gran pecado
que no fuese castigado
y reservado ninguno.
Divinas letras y humanas
confirman esta verdad.

LAUDOMIA. Grande es esta soledad.

TIBALDO. Aldeas habrá cercanas
en que descansar podéis
si desta gente os fiáis;
que ha días que camináis,
dormís mal, y peor coméis.

LAUDOMIA. Sospecho que aquesta gente,
Capitán, me escondería,
y el secreto guardaría
con amor del Duque ausente.
Partid y dejadme aquí.

TIBALDO. Esta cueva que el mar baña,
llena de arboleda extraña,
que un jardín parece en sí,
os guardará del tirano.

LAUDOMIA. ¡Dios os guíe!

TIBALDO. Iré a buscar
si habrá de quien me fiar
en el lugar más cercano.

(*Vase* TIBALDO.)

LAUDOMIA.

Al que roba en el monte, y en poblado
la hacienda quita, y el vivir falsea;
al que el mar como pirata pasea; (*sic*)
al blasfemo o sacrílego en sagrado;
al traidor a su Rey, al deslenguado,
aunque en las honras más guardadas sea;
al adúltero amante, al que desea
por malos medios el ajeno estado;
a los malos maestros y jueces,
a los que tienen la lealtad perdida
al cruel, al avaro, y al que miente:
a todos suele el cielo muchas veces
reservar el castigo en la otra vida,
y en ésta siempre al hijo inobediente.

(*Entrese, y salga con música una boda de villanos. Los señalados della sean:* TORINDO, *desposado;* RISELA, *desposada;* CELINO, *padre;* ROTUNDO, *alcalde;* ELISA, *labradorcilla, con el pandero.*)

(*Canten.*)

"A la novia y al novio
les guarde Dios,
y al que no dijere amén
no le guarde, no.
Al novio garrido,
y a la novia bella,
que parecen juntos
el sol y la estrella,
más frescos que mayo,
más dulces que almendras,
más blancos que natas
y cuajada fresca,
el cielo les guarde
y les dé y ofrezca
buen vino en las viñas,
buen trigo en las eras,
buen aceite en casa,
buen puerco y manteca,
buen hijo arzobispo,
si sigue la Iglesia,
maestre de campo
si fuere a la guerra,
y toda la aldea
diga lo que yo,
y a quien no dijere amén
no le guarde, no."

ROTUNDO. ¡Pardiez, bendición le echáis
que hay para diez casamientos.

ELISA. Todos estamos contentos
que tan buen yerno tengáis.

ROTUNDO. Y de su hija a Celino (1)
¿no le decís algo?

ELISA. ¿Pues
ya no saben todos que es
su donaire peregrino?
Sabe Dios si el desposado
no le perdono por eso.

(1) Texto: "y de su hija Abelino".

ROTUNDO. ¿Qué ha hecho?
ELISA. Aunque está muy tieso,
el sabe si me ha burlado.
TORINDO. Elisa, juro a los ojos
de Risela que te quejas
en vano, y que son consejas
eso de tu amor y antojos.
Que porque una vez te dije
en la huente no sé qué,
no es delito.
ELISA. ¿No lo hué?
ROTUNDO. Verá de lo que se aflige.
No lo hué.
ELISA. ¿No? ¿Y otro día
que me dió un pezilgo?
TORINDO. No,
que buen pescozón me dió
y me dijo que mentía.
ROTUNDO. ¿Que mentía? ¿Sobre qué?
TORINDO. Sobre llamarla mi vida.
BELINO. Verá de que está corrida.
ELISA. Aún más.
TORINDO. ¿Qué?
ELISA. Pisóme el pie.
BELINO. Anda, que todo eso es nada.
Desenójala, Torindo.
ELISA. ¿Desenojarme? ¡Oh, qué lindo!
BELINO. ¿Has de ir al baile enojada?
RISELA. Demasiado estoy sofrida,
para ser la novia yo;
si te pisó y pezilgó,
y te ha llamado mi vida,
que sea tuyo en mal hora.
ROTUNDO. He aquí la boda en tierra.
BELINO. ¡Pardiez, vuélvome a la sierra!
¿No veis que la novia llora?
TORINDO. ¡Ah, mi Risela; ah, mi bien!
Voto al sol y al de esos ojos,
que me dais sin causa enojos
con ese injusto desdén.
Yo soy vueso, y vos sois mía;
miente quien dice otra cosa.
BELINO. Hábrala tú, que es celosa,
y tendremos triste día.
ELISA. Ea, Risela, que fué
burlando cuanto se habló,
que ni a mí me pezilgó
ni me ha pisado en el pie.
Deja celos y locuras,
que en llegándole al oído
no quiere más que el marido
para andarse a sus anchuras.
RISELA. ¿Estás tú desenojada?
ELISA. Sí, ¡pardiez!
RISELA. Pues yo también,
y el demonio lleve, amén,
a quien se le diere nada.
BELINO. Ea, los novios se abracen.
TORINDO. Dame, Risela, ese pecho.
ELISA. ¡Oh, mal huego de barbecho,
así sufro que se enlacen!

(*Entre* TIBALDO.)

TIBALDO.

Amigos, si a piedad moveros puede
del Duque vuestro la dicha [tan] extraña,
no permitáis que el vil Teodoro herede
estas dos islas y esta gran montaña.
No porque Floriseo muerto quede,
si la fama del bárbaro no engaña,
habéis de permitir que señor sea
con una hazaña tan indigna y fea.
Al viejo Anselmo con cadenas tiene,
siendo su padre, en una torre preso,
y dél huyendo la Duquesa viene
por la maleza deste monte espeso;
en tanto que mi lengua se detiene
en contaros el trágico suceso,
podría ser que el bárbaro Teodoro
asido hubiese aquellas hebras de oro.
Dad vida al Duque, dando a la Duquesa,
generosos vasallos, vuestra ayuda,
que aquí la dejo donde apenas cesa
de hacer llorando hablar la peña dura;
si verla así por ser mujer os pesa,
lo que por hombres no se pone en duda,
cuanto más porque fué vuestra señora.

ROTUNDO.

¿Que va perdida? ¿Que suspira y llora?
Junta esa gente de montaña y sierra,
Torindo amigo, y la Duquesa viva.

TORINDO.

Rotundo, al vil tirano hagamos guerra;
sus armas cada cual luego aperciba.

BELINO.

De toda la montaña los destierra;
salgan las hondas y el bastón de oliva.

TIBALDO.

Seguildos, y cobremos nuestro dueño.

TORINDO.
Yo solo basto, si desgajo un leño.

(*Vanse.*)

(ENTREN TEODORO, FABIO, REYNALDO *y* LUDOVICO.)

TEODORO. ¿Que escapársenos pudiese,
y no queréis que me pese?
LUDOVICO. No está lejos de nosotros.
TEODORO. ¿Por qué no taláis vosotros
el monte, si el monte es ese?
RAYNALDO. Ya le quiero poner fuego;
mas no lo intentes, señor,
que este villanaje ciego
se atreverá con furor
a darte desasosiego.
Mira que es grande canalla,
y que si junta se halla
con tu enemigo, no hay cosa
a tu intento más dañosa.
FABIO. Gente suena.
TEODORO. Escucha y calla.

(*Entre la* DUQUESA.)

LAUDOMIA. A las voces he salido,
que sin duda es esta gente
la que Tibaldo ha traído.
TEODORO. ¿Qué sol de tan nuevo oriente
resplandece en mi sentido?
¡Oh, divina imagen bella,
del alma idólatra mía,
por quien su ser atropella!
Tú, señora, a ti me guía,
que eres de noche mi estrella.
En tu busca vengo así,
no para hacerte pesar
que has de servirte de mí.
LAUDOMIA. Si me vienes a buscar,
vil Teodoro, vesme aquí.
Confieso (1) que imaginé
que eras mi remedio, y creo
que aunque he errado, poco erré,
que si la muerte deseo
creo que la muerte hallé.
¡Ejecútala, villano!
Pasa mi inocente pecho,
porque es hecho más humano
que el que en dar la muerte has hecho
a tu viejo padre anciano.
¿Qué miras, que estás burlado?

(1) Texto: "Confuso."

TEODORO. Mi padre vive, aunque preso,
que por loco vive atado.
Tu, ignorante del suceso,
hasme, señora, culpado.
LAUDOMIA. ¿Loco el Duque?
TEODORO. ¿Qué locura
mayor, si entregar procura
al bárbaro de Biserta
esta isla, amparo y puerta
de España, noble y segura?
¿Hizo el Conde don Julián
más que entregar a Almanzor
lo que éste a Amelique Hazán?
LAUDOMIA. ¿Cuándo, Teodoro traidor,
fin tus enredos tendrán?
¿El Duque a Hazán, a Cerdeña?
¿Por qué razón?
TEODORO. Porque sueña
que le tengo de heredar,
si a Floriseo la mar
sepulta al pie desta peña.
LAUDOMIA. Ese es el color que has dado,
Teodoro, a tu tiranía.
TEODORO. Ahora bien, yo te he contado
la verdad, señora mía,
y aun de la verdad quitado,
que hay quien diga que ha querido
volverse moro.
LAUDOMIA. ¡No más,
bastardo infame, atrevido!
TEODORO. ¿Cómo ese pago me das
del término que he tenido?
Quererte hacer mi mujer
y librarte de un tirano,
¿esto viene a merecer?
Perdona, madre, mi mano;
hoy te tengo de prender.
LAUDOMIA. Sin asirme has de llevarme;
mujer soy para matarme.
Basta asir la guarnición
de la espada, que esas son
hazañas para engañarme.
Para matarme me afrentas,
y llamas madre; bien haces,
que así tu delito aumentas.
TEODORO. Con razones pertinaces
mis desatinos intentas.
LAUDOMIA. Si tu madre hubiera sido,
el vientre me traspasara
en que te hubiera traído,
y los pechos me cortara

por quien hubieras vivido.
Y viendo tu inclinación,
fuera de la condición
humana, que al bien inclina,
dijera lo que Agripina
a las guardas de Nerón.
¡Desventurado de ti
entre estas falsas harpías,
que como serpientes crías,
pues te han de matar ansí
los mismos de quien te fías!
Si aquí no me das la muerte
no dudes que espero verte
muy presto en tan triste estado,
que apenas halles sagrado
en que puedas acogerte.
Deja, pues pones prisiones
a tu madre, esas razones,
y ese nombre no me cuadre;
sólo quisiera ser madre
para echarte maldiciones.

TEODORO. Y yo si tu hijo fuera
de manera me pesara,
que aun primero que naciera
sólo porque te matara
como víbora saliera.
O si naciera, y logrados
viera mis años pasados,
fuera más que Nerón fuerte,
porque te diera la muerte
sin mandarlo a mis criados.
Con que modestia me aplace,
crisol que el amor acendra;
malo soy por quien me hace,
porque en efeto, el que nace
es imagen del que engendra.
Mal padre tuve, si soy
mal hijo, y si me maldices
las mismas te vuelvo y doy.

LAUDOMIA. Así el fruto fuera hoy
como fueron las raíces.

(*Dentro* TIBALDO *y los villanos.*)

TIBALDO.

Detrás de aquellas ramas de lentisco
los he visto, por Dios.

LAUDOMIA.

Gran gente suena.

FABIO.

Si es la nuestra, que baja destos riscos,
que parece canalla, me da pena.

ROTUNDO.

Los lobos andan ya por los apriscos.
¡Ea, pastores, que la caza es buena!

TEODORO.

Villanos son; sobre nosotros vienen;
las hondas suenan, retirarnos tienen.

(*Salgan todos.*)

TIBALDO.

¡Muera el cobarde y viva el duque Anselmo!

TEODORO.

¿A vuestro Rey, villanos, a Teodoro?

TORINDO.

Si ésta os acierta, yo os abollo el yelmo.

TEODORO.

Huíd, huíd.

LAUDOMIA.

Tus pies, Tibaldo, adoro.

TIBALDO.

No dirás que llegué como Santelmo.

ELISA.

Mientras los siguen enjugad el lloro.

TIBALDO.

¡Qué bien lo van haciendo los villanos!

LAUDOMIA.

Dios les da esfuerzo, y mi inocencia manos.

ROTUNDO.

Pardiez, señora, que nos mueve a duelo
verla peregrinar por la montaña.

LAUDOMIA.

¿Qué puedo hacer? Así lo quiere el cielo.

(*Vuelvan.*)

TORINDO.

Midiendo van las liebres la campaña.

ROTUNDO.

Dadnos los pies.

LAUDOMIA.

Alzaos todos del suelo,
que ni se olvidará de vuestra hazaña
la fama deste Polo al Norte helado,

ni yo si vuelvo a mi primero estado.
¿Qué tanto está de aquí la torre fuerte
que al Duque mi señor tiene?

BELINO.

Una milla,
si es la torre del puerto.

LAUDOMIA.

¡Ay, triste suerte!

TIBALDO.

La misma.

LAUDOMIA.

¡Ay, cielo, el sol su curso humilla!
¿Quién pudiera, mi amado Anselmo, verte?

ROTUNDO.

¿Queréisle ver?

TIBALDO.

Su amor me maravilla.

LAUDOMIA.

Sí quiero, pues; ¿qué bien sin él espero?

ROTUNDO.

Daros remedio para verle quiero.

LAUDOMIA.

¿De qué manera?

ROTUNDO.

Vos veréis el modo,
y no le hagáis si no fuere seguro.

LAUDOMIA.

A cualquiera peligro me acomodo,
a la muerte o a la cárcel me aventuro.

ROTUNDO.

Pues vamos discurriendo el campo todo
antes que deje el sol el mundo escuro.

LAUDOMIA.

Tibaldo, vamos; este bien reciba.

TIBALDO.

¿Quién vive?

TODOS.

¡El Duque!

LAUDOMIA.

¡Viva el Duque!

TODOS.

¡Viva!

(*Váyanse.*)

(*Entre* ALBANO, *padre de* ARMINDA; DOROTEO *y* LIBERIO.)

ALBANO.

Parece que ha gustado el rey Teodoro
de darme en guarda y confianza al Duque
para mayor dolor de mi suceso.

DOROTEO.

¿En qué os parece que crueldad ha sido?

ALBANO.

¿No fué crueldad, cuando mi hija falta
de mi casa, atajarme que la siga
y hacerme alcaide de su propio padre?

LIBERIO.

La confianza que ha mostrado en esto
te obliga, Albano, a estimación y gusto.

ALBANO.

Yo le perdono al Rey la confianza:
hacer mejor la puede de vosotros,
que yo jamás le he dado tal consejo
como prender a su inocente padre,
y si no parecer mi hija tiene
alguna causa, es castigarme el cielo.

DOROTEO.

Hablad, Albano, con templanza en esto,
que ya sabéis las vidas que ha costado.

ALBANO.

Antes por eso ofreceré la mía,
que poco importa do se pierden tantas;
porque negar que no es atroz delito
que un hombre, aunque razón tuviese y causa,
prenda a su padre y a su madre siga,
es decir que es el sol obscuro y negro,
la noche clara y firme el cielo nono,
que de Oriente a Poniente cada día
con ley perpetua las esferas mueve.

LIBERIO.

Albano, que en las lenguas de los hombres
el bien y el mal está; si no lo sabes,
no sé qué te ha enseñado la experiencia;
déjate agora, si no conoces esto,
de ser moral filósofo, y procura
seguir del mundo las erradas leyes,
que no le has hecho tú para emendalle.

ALBANO.

La virtud que es el premio de sí misma
no se vence jamás de la costumbre;

los malos huelgan del tirano Príncipe
como el ladrón de la callada noche;
los buenos aman al piadoso justo.

DOROTEO.

¡Qué impertinente viejo!

LIBERIO.

Gente viene
a traer la comida al Duque.

DOROTEO.

Advierte
que los guardas estén agora alerta.

LIBERIO.

Unos villanos llegan a la puerta.

(LAUDOMIA, *en hábito de villano, con* ROTUNDO, *con un cuchillo.*)

LAUDOMIA. Acogedme acá, por Dios,
que me quieren dar la muerte.
ALBANO. Tened ese hombre los dos.
Veré qué es esto.
ROTUNDO. ¿A cogerte (1),
villano?
DOROTEO. ¡Tente!
ROTUNDO. Teneos vos.
LAUDOMIA. Acá me entro en el castillo.
Señor, quitalde el cuchillo.
DOROTEO. Ya está dentro; ¿qué queréis?
ROTUNDO. Que acá fuera le arrojéis.
LIBERIO. ¿Por qué?
ROTUNDO. No quiero decillo.
DOROTEO. Tened respeto.
ROTUNDO. ¡Oh, qué bien!
Deme acá luego el muchacho.
DOROTEO. ¿Qué decís?
ROTUNDO. Que me le den.
DOROTEO. Suelta el cuchillo, borracho.
ROTUNDO. Si yo lo estoy, vos también.
DOROTEO. ¿No veis lo que respondió?
ROTUNDO. Digo bien, si os engañáis.
DOROTEO. ¿En qué me engaño?
ROTUNDO. ¿Pues no,
si por mucho que miráis
no veis tanto como yo?
LIBERIO. Contadnos, buen labrador,
por qué le queréis matar.
ROTUNDO. Es un bellaco, señor,
que se me quiere casar.

(1) Texto: "Acógete."

ALBANO. Basta, que el hombre es de humor.
Decidnos de espacio el cuento.
ROTUNDO. ¡Oh, sepa que es una historia!
¿No habrá cerca algún asiento?
ALBANO. En pie tendréis más memoria.
ROTUNDO. Esté su merced atento.
Yo soy alcalde de Arcelia,
esta aldea convecina,
que aunque no traiga la vara
bien se ve que so justicia.
Caséme siendo mancebo,
diéronme en dote una viña,
tres asnos casi tan grandes
como los tres que me miran;
un pajar con dos colmenas,
diez gansos y una pollina,
seis cubas llenas de viño;
miento, que estaban vacías.
Con esto la mi mujer
parió un martes yendo a misa,
digo, empreñóse antes desto,
nueve o diez meses serían.
Hubo brava colación
en el bautismo, y comida,
y aun me acuerdo por más señas
que hubo en el parto torrijas.
Creció el muchacho; fué grande;
dióle Dios la voz erguida;
sonsacábamele el cura,
y andaba en la sacristía:
sabía todos los psalmos,
las vísperas y vigillas;
cantaba como si fuera
ruiseñor o golondrina.
Ya cercenaba las hostias,
ya los muérganos tañía,
ya repicaba campanas,
ya en las procesiones iba.
Sucedió que el mes de mayo,
yendo a hacer las letanías,
la hija de mi compadre
le miró con ojeriza;
el mozo la pezilgó,
y ella le dió dos salchichas
por la ventana otra noche,
y media oveja en cecina.
Creció con esto el amor
multiplicado en la vista,
y vino a tanta rotura
que le lavó las camisas.
Ya el mi Antón no iba a la igresia,

ni cantaba, ni sabía;
ya no trataba de más
que de servir a Dominga.
Las vísperas y completas
se trocaron en letrillas;
ya se andaba por los bailes,
ya era el loco de la villa;
compraba zapatos blancos,
cintas de nácar traía,
que es amar como atambor,
que todo es ruído y cintas.
Compró en la feria el bausán
una mohosa espadilla,
con que ya de noche andaba
azotando las esquinas.
Al fin hoy se me atrevió,
porque yo le reprendía,
a decir que es su mujer,
aunque el mundo le persiga;
que el cura busque otro mozo
que cante y ayude a Misa,
y yo otro hijo, si acaso
no consiento que la sirva.
Subióseme el humo tanto
por las narices arriba,
que las puse más abiertas
que caballo que relincha;
saqué el cuchillo y tras él
vine por esas olivas
hasta el castillo en que estáis
y que le ha dado la vida.
Que pienso hacer, si le cojo,
ya que el cuchillo me quitan,
que le quede como grana
el embés de la barriga.
Esta es la historia, señores;
mirad si es cosa de risa
que esté adentro el que os engaña
con esta treta fingida.

ALBANO. ¡Notable humor!
DOROTEO. Extremado.
LIBERIO. ¡Qué bien cuenta su desdicha!
ALBANO. ¿Qué es esto que el mar atruena
y alborota a la marina?
DOROTEO. Salva han hecho, una, dos, tres,
¡Qué bizarra artillería!
Señores, armada es esta
que viene a tomar la isla.
LIBERIO. Prevenid las piezas luego,
salga nuestra gente aprisa;
los jinetes de la costa
corran la arenosa orilla.
ALBANO. Aquí se escuchan las cajas.
ROTUNDO. Yo me subo el monte arriba
para ver si es de cristianos.
DOROTEO. Todas son velas moriscas.
ALBANO. ¡Qué notable confusión!
LIBERIO. ¡Oh, qué bravo estruendo y grita!
ALBANO. Sin duda, Teodoro infame,
que los cielos te castigan.

FIN DEL SEGUNDO ACTO.

FIGURAS DEL TERCER ACTO

El DUQUE ANSELMO.
LIBERIO.
DOROTEO.
LAUDOMIA.
ALBANO.
TEODORO.
FLORISEO.
ARMINDA.
REY DE BISERTA.
Dos GUARDAS.
FABIO.
BELINO.
ROTUNDO.
El CAPITÁN TIBALDO.

ACTO TERCERO

(DUQUE ANSELMO, *con cadena, y* LIBERIO.)

ANSELMO. ¿Moros decís que han venido?
LIBERIO. A vista, señor, están
de la isla.
ANSELMO. ¿A qué vendrán?
LIBERIO. Teodoro los ha traído.
ANSELMO. ¿Teodoro moros aquí?
¿No me diréis para qué?

(LAUDOMIA, *en hábito de villano, y* DOROTEO.)

LAUDOMIA. Si ya ha comido, entraré.
DOROTEO. Entra y lo que quieres di.
ANSELMO. ¿Qué quiere aqueste villano?
LAUDOMIA. Sólo veros, Duque noble,
que esta corteza de roble
encubre un pecho romano.
ANSELMO. (¡Santo Dios! ¿No es la Duque-
LAUDOMIA. (De velle me ha lastimado.) [sa?)
Pardiez, todo vuestro Estado
de que esté preso le pesa;
y ha sido tanto el pesar,
que no estimando la vida
siendo al peligro ofrecida,
a verle quieren entrar.
Hi de puta, si lo es
aquel rapaz de vil pecho;
es suyo el yerro que ha hecho
y pónele a vuestros pies.

Voto a san, que se ha de ver
como ninguno se vea,
pues en deshacer se emplea
al ser de quien tiene el ser.
Oí un día en mi aldea
decir a un predicador
que dijo mueso Señor
que es esto cosa muy fea,
y que no se lograría
sobre la haz de la tierra
quien diese a su padre guerra.

ANSELMO. ¿Hay tan extraña osadía?

LAUDOMIA. ¿Queréis ver cuán gran pecado
es el que Teodoro ha hecho?

LIBERIO. (Alguna cosa sospecho
del villano disfrazado.)

DOROTEO. Calla, que hay misterio aquí.

LAUDOMIA. Que cuando su ley dispuso
Dios, tras sí los padres puso.
¡Ay de quien lo trata así!
Amarle dice el primero,
y no jurar el segundo,
y santificar el mundo
las fiestas, dice el tercero.
Todo esto le toca a Dios;
luego en lo que al hombre toca,
a honrar al padre provoca,
y madre si tiene dos.
Teodoro madre no tiene,
mas la que está en su lugar
harto bien la quiere honrar
si a buscarla al monte viene.
Yo estaba presente a fe
cuando forzarla quería
en una cueva sombría
a quien la mar baña el pie;
y, pardiez, que le debéis
a un capitán de la guarda,
y que libraros aguarda
si vos paciencia tenéis,
el haberla defendido.

ANSELMO. ¿Cómo lo sabéis?

LAUDOMIA. Yo estaba
sobre esta peña que lava
el mar, como habéis oído,
guardando una blanca oveja
de mi honesto pensamiento
del lobo tirano hambriento,
que por hurtalla se aqueja,
cuando Teodoro y su gente
dieron con la dama triste:
que al traidor mal se resiste
la vida del inocente.
Con palabras procuraba
vencella, mas no podía,
y así prenderla quería;
y cuando asiéndola estaba,
con un bizarro escuadrón,
haciendo que le responda
al estallar de la honda
el mar con doblado son,
llega el dicho Capitán,
y a puro palo y pedrada
le dan una rociada
que a puto el postre se van.

ANSELMO. ¿Qué os parece del suceso
y de aquel hijo traidor?

LIBERIO. Que anda más libre, señor,
después que te tiene preso.
Floriseo es muerto ya;
éste ha de ser tu heredero;
si no se los das primero,
tus estados tomará.
Con él, señor, te concierta,
que es tu hijo, y no te acabes
en esta cárcel, si sabes
que tienes la vida incierta,
que tampoco no es razón
que te herede un hombre extraño.

LAUDOMIA. ¿Que se concierte? ¡Mal año!
Sufrid, Duque, la prisión.
Ahora estad firme al doble,
corra o múdese la suerte,
que no es peligro la muerte
para hacer bajeza un noble.
Una vez oí contar
una conseja; escuchalda.
Si os diere gusto, tomalda;
si no, dejalda pasar:
Cogió un lobo de un aprisco
un manso, que es cosa nueva,
y llevósele a su cueva,
que estaba encima de un risco.
Metióle dentro y decía
que le entregase el ganado
cuando le llevase al prado,
que ya sabéis que le guía.
El manso, por no morir,
los partidos escuchaba,
y, aunque en la cueva, balaba
que le pudiesen oír.
Una oveja, mujer suya,

que también en los ganados
hay lealtad entre casados,
porque en su valor se arguya,
de una piel de un lobo muerto
se disfrazó como lobo,
y sin tener miedo al robo
al manso estorbó el concierto,
y dándole cierta cuerda
y una lima, le aguardó,
con que una noche salió,
si el cuento bien se me acuerda.
Temiendo el lobo al ganado
que juntaban sus pastores,
buscó animales mayores
y vino a batalla armado.
Los leones, como vieron
los corderos inocentes,
al lobo vuelven sus dientes,
y en él su furia rompieron.
No sé si soy entendido.
quedaos con Dios, que me voy;
que ha grande rato que estoy
entre vosótros vendido.

(*Húyase.*)

LIBERIO ¿Qué os parece del villano?
DOROTEO. Que fuera bueno prendelle.
ANSELMO. Dejalde, que el ofendelle
no es hecho noble ni humano.
Que es vasallo y inocente,
y aquel natural amor
obliga, si ha sido error,
a hablarme tan libremente.
DOROTEO. Con todo eso he temido
que en el villano hay engaño.
ANSELMO. ¿Cómo os puede venir daño
de un hombre preso y rendido?
DOROTEO. Duque, no es nuestra intención
ofenderte, mas guardarte.
LIBERIO Gran gente suena.
DOROTEO. ¿En qué parte?
LIBERIO. Albano y Teodoro son.

(ALBANO y TEODORO.)

TEODORO. ¿Que a Tibaldo acude gente
y contra mí escuadra forma?
ALBANO. Así la fama te informa;
el monte es fuerte y valiente:
bien se podrá defender.
TEODORO. ¿Quién, fuera de esos villanos,
las armas toma en las manos
contra mi fuerza y poder?
¿No ven que ya sale Hazán
a hacerme dar la corona?
¿No ven que ya se pregona
que hoy la corona me dan?
ALBANO. Algunos aficionados
al Duque le van siguiendo.
TEODORO. Pues, Albano, yo pretendo
perdonar hoy los culpados.
Parte a Tibaldo, y dirás
a él y a su campo y gente,
que hoy ante mí se presente,
con término de hoy no más.
Y que me bese las manos,
y obedezca; donde no,
hoy morirá.
ALBANO. Voy.
TEODORO. Y yo
te aguardo con rostro humano.
Que si muestro el de la ira
que me ha de dar su respuesta,
él verá lo que le cuesta
a quien airado le mira.
ANSELMO. ¿No reparas, hijo mío,
en que estoy aquí?
TEODORO. ¡Oh, señor,
dame tus pies!
ANSELMO. ¿Cuál error
te mueve a tal desvarío?
¿Los pies que cargas de hierro
quieres besar?
TEODORO. ¿Por qué no,
si aqueste hierro te dió
la desdicha de tu yerro?
Esa cadena esta vez
no es por mí, ni lo consiento.
ANSELMO. ¿Pues cúya?
TEODORO. Del casamiento
que emprendiste a la vejez.
El solo ha sido el verdugo
que te prende y encadena,
porque es en los pies cadena
como es en el cuello yugo.
Hoy con el favor de Hazán
me dan, señor, la corona:
tú por tu vida la abona,
que ya esperándote están.
Toda la plaza han cercado
sus moros por más seguro,
y del palacio su muro
el lienzo ocupa un tablado.

Yo la tengo de tomar;
más vale que me la entregues,
y que de amor no te ciegues,
que te ha puesto en tal lugar.
Tu hijo soy, y no creas
que hombre que tú has engendrado
puede en nada ser culpado,
que tu misma sangre afeas.
Bueno es que quieras dar
a tu mujer moza y loca
lo que a tu sangre le toca.
Voime.

ANSELMO. ¡Espera!

TEODORO. No hay lugar.

ANSELMO. ¿Quién duda que no podías,
hijo, aguardarme respuesta,
a desengañar dispuesta
tus infames tiranías?
¡Qué bien tu culpa confiesas
en no la haber esperado!
¿Qué tretas tan de culpado,
Teodoro injusto, son esas?
Si dices que eres el Rey,
¿cómo entrando en la prisión
no has dado a nadie perdón,
antigua y piadosa ley?
Mas con ese efeto abonas
tu proceder fementido,
que como eres Rey fingido,
ni castigas, ni perdonas.
¡Qué bien al pueblo romano
parecerá tu decoro,
que dé la corona un moro
a un Príncipe y Rey cristiano!
Pero sólo en esto has sido
discreto, aunque de vil pecho,
que como es bárbaro el hecho,
de bárbaros te has valido.

(*Entre* FABIO.)

FABIO. Duque, el Rey manda sacarte
de la torre.

ANSELMO. ¿Qué piedad
es ésa?

FABIO. Antes es crueldad,
que a palacio he de llevarte,
para que, al dar la corona,
lo firmes y lo consientas.

ANSELMO. Quitarme la vida intentas,
Fabio injusto, mas perdona
que me olvide de quien soy.
Vamos, que lo quiero ver.

LIBERIO. Acto notable ha de ser.

ANSELMO. ¿He de ir libre o como estoy?

FABIO. Como estás, porque no tengo
orden para desherrarte.

ANSELMO. Herrado en pública parte
a grandes afrentas vengo.
Mas no importa, que él concierta
y Dios dispone su estado,
y más acierto yo herrado
que él con la corona acierta.

(*Vanse.*)

(*Salga un alarde de moros con su caja y trompeta, y ocupando el tablado, vengan detrás el* REY DE BISERTA *y el bastardo* TEODORO, *y suban a un trono que estará hecho; entre los moros vienen, con su hábito,* FLORISEO *y* ARMINDA.)

TEODORO.

Vasallos, que escuchando estáis atentos
el fin de este espectáculo famoso,
que unos tristes estáis y otros contentos,
sabed que el Duque, que un tiempo tan glorioso
por la piedad y religión que tuvo,
sabio en la paz y en armas belicoso,
mientras en el gobierno se entretuvo,
él fué gallardo Príncipe por cierto,
y debo ser al vínculo llamado,
que haré de mi madrastra, es cosa indigna,
ni que tengáis, señor, que ella os dé luego
con quien trata, y casarse determina;
o pues que error es este loco y ciego,
que muerto Floriseo el Duque injusto
os dé un tirano por su infame ruego.
Mirando vuestro bien más que mi gusto
he querido tomar la embestidura,
que a algunos viles les parece injusto.
Y por si algún rebelde, por ventura,
me impide la corona, me he valido
del Rey que, como veis, mi bien procura.
De su mano el laurel he recebido,
y por amigo fuerte le granjeo
que en el lugar de Salomón estuvo.
Mas como el amoroso desconcierto
por aquellas mujeres idumeas
le hizo idolatrar, llegando al puerto,
así mi padre las costumbres feas
de mi madrastra, hermosa y ignorante,
de su memoria son aguas leteas.
Y el Príncipe, a Trajano semejante,
hoy es más duro que Excelino o Nero,

y últimamente, viejo y loco amante,
quiere, muerto mi hermano y su heredero,
quitarme del gobierno de su estado,
llamándome su sangre a mí primero.
Yo soy su hijo, y por mi madre honrado
por linaje Real Sanseverino,
para todo suceso prevenido.
Mi padre aguardo, porque dél deseo
que dé consentimiento a mi corona
para confirmación de mi deseo.
Que más mi pensamiento humilde abona,
y la benignidad que he de mostraros,
tan conforme al valor de mi persona,
con que he de hacer merced y gobernaros.

(*Toquen trompetas, y* FLORISEO *diga.*)

FLORISEO. (¿Que consienta el cielo justo
que así mi enemigo hermano
blasone, y hable a su gusto?
ARMINDA. Es un bárbaro tirano,
más que el de Sicilia injusto.
FLORISEO. ¿Que sea yo Floriseo,
y que vea lo que veo,
y que no me atreva a hablar?
ARMINDA. Aguarda tiempo y lugar.
FLORISEO. No me lo sufre el deseo.)

(*Entre* FABIO *con el preso.*)

FABIO. Aquí está el Duque, señor.
TEODORO. ¡Oh, padre, bien seas venido!
FLORISEO. ¿Hay más extraño rigor?
Muero, Arminda, enternecido
de un justo efeto de amor.
¿Si hablaré?
ARMINDA. No es tiempo agora.
FLORISEO. ¿Pues cuándo es tiempo, señora?
ARMINDA. Cuando puedas darle guerra.
FLORISEO. A su padre los pies hierra
cuando él las sienes se dora.
¡Ah, bárbaro!
TEODORO. ¡Padre mío,
para firmar un papel
agora a llamar te envío.
ANSELMO. ¿Yo tu padre, hijo cruel?
TEODORO. ¡Oh, qué hermoso desvarío!
Toma, Fabio, lee en alto;
vea el pueblo que no falto
de hacer yo mi obligación.
FLORISEO. (No me sufre el corazón
tan extraño sobresalto.)

FABIO.

Anselmo, Duque de Cerdeña, a mis vasallos los que ahora son y serán: Digo que por cuanto yo me hallo incapaz del gobierno de mis estados, y es muerto mi legítimo hijo Floriseo, hago aquesta renunciación, y los entrego a Doroteo (sic) *Sanseverino, mi hijo, que de ellos hoy se llama y intitula Rey, y le hago legítimo, y admito, y llamo a ellos, y os mando y encargo le admitáis y recibáis como a tal natural señor."*

TEODORO. No leáis más, que eso basta:
toma aquesta daga, Fabio.
FLORISEO. ¿Qué sufrimiento no gasta
la fuerza de aqueste agravio
que hasta las piedras contrasta?
TEODORO. Esta daga y esta pluma
le da al Duque, y di que en suma
ésa ponga en el papel,
o ésta en su pecho cruel,
y que luego se resuma.
FABIO. Esta pluma y esta daga
me manda darte, señor.
FLORISEO. (¿Que esto un hombre humano haga?)
FABIO. Haz en aquesto, señor,
lo que más te satisfaga.
ANSELMO. Los nombres puedes trocar
a la pluma y daga, Fabio:
la pluma es daga en firmar
mi muerte, afrenta y agravio,
que es la que me ha de matar;
y la daga es pluma que ama
el alma; pues se derrama
mi sangre en este destierro,
daré una pluma de hierro
a las alas de la fama.
Y tú, tirano sangriento,
en vano me persuades
con la muerte que consiento;
que firmar yo tus maldades
es decir que las consiento.
Y más estimo cruel,
siendo a quien yo soy fiel,
que consentir lo que has hecho,
firmar con sangre en mi pecho
que con tinta en el papel.
Mojaré en sangre la daga
y escribiré en este suelo
mi inocencia, porque haga
por su información el cielo
lo que al cielo satisfaga.

De que Caín mate a Abel
por ser hermano cruel
nombre de fiero le dan;
pero si matara a Adán,
¿qué dijera el mundo dél?
Pues esto se ha visto en ti,
quizá porque con tu madre
al justo cielo ofendí,
que a Adán matas en tu padre
pues me das la muerte a mí.
Cuando te pregunte, en fin,
Dios por mí, ¿qué has de hacer,
que soy padre y te di ser,
si por su hermano Caín
no le supo responder?
No te valdrá que le digas
si eres de tu padre guarda,
si no es que te contradigas,
pues que con tanta alabarda
me guardas, prendes y ligas;
así que mi guarda eres,
y mi homicida traidor,
y Dios que ofenderle quieres
te señalará mejor
por dondequiera que fueres:
y responda que esta pluma
doy a quien tu infame historia
escriba con larga suma,
para que quede memoria,
que ningún tiempo consuma.
Y esta daga a tu vil pecho...

TEODORO. ¡Tenelde!
FLORISEO. (Romano hecho
si a la ejecución llegara.)
TEODORO. ¿Veis de qué suerte declara
su vil intento y despecho?
¿Vasallos, a vuestro Rey
consentís que den la muerte
en una ocasión tan fuerte?
ANSELMO. ¿Qué Rey, villano? ¿En qué ley
se hacen reyes de esa suerte?
Ved qué Conde Palatino,
sino un moro de Biserta,
es quien a dársela vino,
que todo aquesto concierta
con su mayor desatino.
Ved qué Concepción de Roma
sino estar descomulgado,
pues contra su padre toma
las armas, y se ha entregado
a quien adora a Mahoma.
TEODORO. Llevalde a la cárcel luego.
FABIO. Camina y no hables más.
TEODORO. ¿Qué sientes desto?
REY. Estoy ciego
de que sufriéndole estás
sin echar su cuerpo al fuego.
Allá nuestro gran señor,
en viendo el ceptro en las manos,
mata a todos sus hermanos,
que es permitido rigor,
no como acá los christianos.
Por reinar todo es muy justo.
FLORISEO. (Qué mal el tirano injusto
es, Arminda, aconsejado.)
TEODORO. Pues yo estoy determinado
a matarle por tu gusto.
REY. Mañana puedes hacello.
FLORISEO. Al viejo quieren matar;
yo me parto a socorrello.
ARMINDA. El cielo te ha de ayudar;
la ocasión me da el cabello.

(*Váyanse* FLORISEO *y* ARMINDA.)

TEODORO. Baja, Hazán, que tú verás
cómo aqueste agravio vengo.
REY. Como caballero harás.
TEODORO. Si por mi amparo te tengo,
¿qué espero o pretendo más?

(ALBANO *entre.*)

ALBANO.

Bien puedes acudir con más cuidado,
señor, a la defensa de tu vida,
que ya no digo de tu nuevo estado.
Fuí al monte, donde estaba prevenida
la gente de Tibaldo, de tal modo,
que no habrá lengua que su esfuerzo impida.
Y vásele llegando el reino todo,
de suerte que las villas se despueblan,
y así en vano tus ruegos acomodo.
Humildes valles y altos montes pueblan
hidalgos caballeros y pastores,
cuyas banderas hasta el sol anieblan;
en una vi, señor, de las mejores,
pintado al Duque preso, que decía
la letra: "Hasta que mueran los traidores."

TEODORO.

¿Que en Tibaldo ha de haber tal osadía?
¡Ordénese mi gente y la extranjera!
Marche luego, señor, la Infantería:

hoy le daré batalla en la ribera
del sardo mar, para que en él se entierre
la sangre vil que de su parte muera.

REY.

Pues ¡alto! El escuadrón primero cierre.
¿Zorán?

ZORÁN.

¿Señor?

REY.

Trazando va Mahoma
que desta isla este traidor destierre.

ZORÁN.

Pues déjale vencer, y luego toma
las armas contra todos, que si tienes
la isla que tu mar oprime y doma,
muy presto a ser señor de España vienes.

REY.

Presto verás en Caller mis banderas.

ZORÁN.

Ya sé que entrar en la ciudad previenes.
Haz que mi gente ocupe las riberas.

(*Váyanse.*)

(FLORISEO *y* ARMINDA *entren.*)

FLORISEO. Muy tarde habemos llegado,
ya está dentro en la prisión;
pero con la alteración
muy poca gente ha quedado.
Los caballeros se han ido
adonde Tibaldo baja;
aquí hay poca gente y baja,
sin más armas que el vestido;
los dos que están a la puerta
solas alabardas tienen;
si éstos a perderla vienen,
ten su libertad por cierta.
Mientras al primero engaño,
¿por detrás no le darás?
ARMINDA. En ese y en los demás
pienso hacer notable daño.
Llega, porque la ocasión,
nuevo Bernardo, te cuadre,
y sacarás a tu padre
de aquesta injusta prisión;
y con la razón que llevas
no hay temer cosa ruín,
y cuando mueras, en fin,
habrás hecho lo que debas.

FLORISEO. Con tal ánimo, señora,
yo llego.
ARMINDA. Llega.
FLORISEO. ¡Ah del fuerte!

(*Dos* GUARDAS.)

GUARDA. ¿Quién eres, que desa suerte
llamas?
FLORISEO. (Apártate ahora.)
Un moro soy.
2.º ¿Pues qué quieres?
FLORISEO. A los dos traigo un recado
de mi Rey.
1.º Bien seas llegado.
Di el recado y di quién eres.
FLORISEO. Albrayde su alcaide soy;
y porque me deis audiencia,
este anillo de creencia
me ha dado.
2.º Yo te la doy.

(ARMINDA *vaya haciendo señas de dalle con la daga.*)

FLORISEO. Ya sabes que este bastardo
es tirano de Cerdeña
y que del Rey no es pequeña
la amistad...
1.º En fin, aguardo.
FLORISEO. ...que con el Duque ha tenido.
2.º Todo lo sabemos bien.
FLORISEO. Pues hoy quiere que le den
libertad: al Duque os pido.
1.º Mas orden es menester,
que esta fuerza es de Teodoro.
2.º Vaya y diga, señor moro,
que eso no se puede hacer.
FLORISEO. (¡Ahora!)
ARMINDA. ¡Muere, villano!
FLORISEO. Este déjamele a mí.
2.º ¡Traición, traición!
FLORISEO. Eso sí.
ARMINDA. Pon a esa puerta la mano.
FLORISEO. Guárdamela, vida mía,
como ángel, pues ángel eres.
ARMINDA. ¡Entra!
FLORISEO. Haré que poco esperes.
ARMINDA. Mas que tardes todo el día.

(*Salga la* DUQUESA, *de villano, con una escala y una lima.*)

LAUDOMIA. Aquí al concierto he venido
para arrojar a la sala

del Duque esta fuerte escala
que de cáñamo he tejido,
y aquesta lima también;
pero, ¡ay de mí!, que a la puerta
está un hombre y está abierta.

ARMINDA. Ya riñen y riñen bien.
¿Posible es que he de sufrir
que riña mi Floriseo?
¿Si entraré? Mas no, que creo
que se han de entrar y subir;
mejor a la puerta estoy,
que Dios le ha de socorrer.

LAUDOMIA. Este moro me ha de ver;
sin duda que muerta soy.

ARMINDA. ¿Qué es lo que busca el villano?

LAUDOMIA. Señor, espartos cogía,
que el pie deste monte cría.
¡Qué bien habla! ¿Si es cristiano?

ARMINDA. Pues guárdese, o tiraréle
este pistolete.

LAUDOMIA. Aguarde.

ARMINDA. No hay que aguardar, que ya es [tarde.

LAUDOMIA. Ni hay que de mí se recele.

ARMINDA. (¡Qué hermoso y lindo villano!)

LAUDOMIA. (¡Qué lindo y hermoso moro!)

(FLORISEO, *con su padre en los hombros.*)

FLORISEO. Ya llevo el cielo que adoro,
como el Hércules tebano.
Vamos, Arminda, de aquí
y ponme bien la cadena.

ANSELMO. ¿Pensáis que la carga es buena,
moros, en librarme a mí?
¡Qué triste robo habéis hecho!

LAUDOMIA. ¡Ay, triste, al Duque han sacado!

FLORISEO. Yo sé muy bien que he robado
el mayor bien de mi pecho.

LAUDOMIA. ¡Que aún no ha dado la batalla
y ya saquean el fuerte!

ANSELMO. ¿Dónde, moro, desta suerte
me llevas?

FLORISEO. Camina y calla.

LAUDOMIA. Yo haré que presto no veas
tierra, que huyendo pises.

(*Váyase* LAUDOMIA.)

ANSELMO. Aunque yo parezco Anquises
no eres tú piadoso Eneas.

FLORISEO. Yo sé que sustento en mí
a quien me ha dado este ser.

ANSELMO. Moro, ¿cómo puede ser
ni que yo ese ser te di?

FLORISEO. Verdad es que nunca el cielo
ha hecho, ni hay quien lo escriba,
árbol la raíz arriba
y las hojas en el suelo;
aunque al ramo las raíces
dan humor, ya de otra suerte
el ramo el tronco le vierte.

ANSELMO. No te entiendo lo que dices.
Déjame mirar tu cara.

FLORISEO. No podrás, porque el espejo
enfrente ha de estar, buen viejo,
para ver su luz más clara.

ANSELMO. Pues déjame que la tiente;
que me dice el corazón
cosas que imposible son.

FLORISEO. ¡Tienta!

ANSELMO. Comienzo en la frente;
a los ojos he llegado;
agua es ésta; ¿pues qué es eso?
O sudas con el gran peso
o lloras ¿qué te ha pasado?
Si viviera Floriseo,
tú solo, moro, podrías (1).
Hijo, da luz a Tobías,
que te oigo y no te veo.

FLORISEO. Esa sola viene aquí,
pues hay ángel Rafael.
Llega, Arminda, habla con él.

ANSELMO. ¿Es Arminda?

ARMINDA. Señor, sí.

ANSELMO. ¿Adónde está Floriseo?

ARMINDA. Ese es, señor, quien lo dijo.

ANSELMO. Suéltame, suéltame, hijo,
que te siento y no te veo.

FLORISEO. ¡Padre mío, caminad!

ANSELMO. ¿Que eres vivo?

FLORISEO. Anquises mío,
desta Troya te desvío
en hombros de mi piedad.
Mi Creusa va conmigo
y Ascanio, aunque no le ves.

(*La* DUQUESA, *con dos villanos, con sus hondas, tirando.*)

LAUDOMIA. ¡Ea, amigos, éste es!

ROTUNDO. ¡Suelta la presa, enemigo!

BELINO. ¡Suelta el viejo, perro moro!

ANSELMO. ¿Quién es?

LAUDOMIA. La Duquesa soy,

---

(1) Texto: "podrás".

que pienso librarte hoy.

FLORISEO. ¡Oh, madre, esos pies adoro!
¡No tires, no tires! ¡Tente!

LAUDOMIA. ¡Suelta, moro!

ANSELMO. ¡Hijo, descansa!

FLORISEO. Tu hijo soy.

ANSELMO. Señora, amansa
la furia.

ARMINDA. ¡Escucha!

LAUDOMIA. ¿Qué gente?

FLORISEO. Ya, padre, os pongo en el suelo.
Laudomia, tu hijo soy.

LAUDOMIA. ¿Floriseo?

FLORISEO. Sí, que estoy
vivo.

LAUDOMIA. Y que te guarde el cielo.

ANSELMO. ¿Quién ha hallado tanto bien?

LAUDOMIA. Milagros del cielo son.

FLORISEO. Pues habla en esta ocasión
a Arminda.

LAUDOMIA. ¿Arminda también?

ARMINDA. Dadme esos pies, gran señora.

LAUDOMIA. ¡Oh, Arminda, si tú eras guía,
mal Floriseo podía
perder el norte que adora!

FLORISEO. Por ella, padre y señor,
fuí al mar en un barco echado,
donde el cielo me ha librado
para librarte mejor;
y pues lo más está hecho,
y libres estáis los dos
del tirano, quiera Dios
vengar vuestro noble pecho.
Lo que aquí se puede hacer
es que quedéis escondidos
hasta ver si sois vencidos
o si venís a vencer;
que yo, Arminda y esta gente
iremos a la batalla.

ROTUNDO. El estado en que se halla,
porque yo me halle presente,
no es malo, sino el mejor.

LAUDOMIA. Que Dios os dará vitoria.

FLORISEO. Por vuestro bien y su gloria,
pienso salir vencedor.

(Todos se vayan.)

(Quedan solos el DUQUE *y la* DUQUESA.*)*

ANSELMO. ¿Cómo estáis, señora mía?

LAUDOMIA. De haberos hallado tal,
que por ningún bien mortal
el presente trocaría.
¿Cómo os sacó Floriseo?

ANSELMO. Guardas y gente mató.

LAUDOMIA. De su valor muestras dió,
de su sangre y su deseo.

ANSELMO. No menos se debe a Arminda,
que su espada belicosa
guardó la puerta.

LAUDOMIA. Es famosa:
Semíramis se le rinda.

ANSELMO. La batalla se ha trabado.
¿No oís los golpes aquí?

LAUDOMIA. Vitoria dicen allí.
¡Cielos!, ¿quién la habrá ganado?

(Voces dentro diciendo: "Vitoria", y salga TEODORO *con la espada desnuda, el rostro lleno de sangre, y cae a los pies de su padre.)*

TEODORO. ¡Ay, desdichado suceso!
¡Oh, rigurosa fortuna,
que nunca igualaste el peso!
Poco creciste, mi luna;
menguástela con exceso.
Ayer Rey, hoy nada soy;
herido de muerte voy.

ANSELMO. ¿Un hombre echado a mis pies?

TEODORO. Y no sin misterio es,
pues a vuestros pies estoy.

ANSELMO. ¿Quién eres?

TEODORO. Soy un tirano,
que no tuvo al cielo miedo;
soy un bárbaro inhumano,
soy de mi padre un Manfredo,
soy un Caín de mi hermano,
soy un hombre que he vivido
tan mal como veis que muero,
que en esto queda entendido,
y un bastardo caballero
de un padre honrado nacido.
Soy un Nerón que abrasé
la patria donde nací,
soy un rey que no lo fué,
cometa que me encendí
y en el aire me acabé;
soy un Luzbel que ha caído
del lugar que no merezco
al que he también merecido,
pues sólo no le parezco
en que estoy arrepentido;
un caballo desbocado
que sin antojos corrió,
con antojos engañado;

y últimamente soy yo
un tirano castigado.
Y si por mi pena y lloro
y desdichado suceso
no me conocéis, confieso
que soy el cruel Teodoro,
hijo del buen Duque preso.
Cuanto he dicho levanté,
cuanto he querido intentar
codicia y mentira fué,
humos fueron de reinar,
que con el humo cegué;
pero, ¿quién sois, caballero,
que con cadenas estáis,
si no es que acaso mostráis
que errado entre hierros muero,
y así me desengañáis?

ANSELMO. Hijo ingrato, Anselmo soy;
yo soy el Duque, hijo mío,
que aquí mis brazos te doy,
lavando con este río
la sangre que viendo estoy.
Tu madre está aquí también.

LAUDOMIA. ¿Es posible que has llorado,
y que esto mis ojos ven?

ANSELMO. Sí, amiga, que le he engendrado
y al fin le he querido bien.

LAUDOMIA. Hoy conozco tu nobleza.

TEODORO. ¡Padre y señor, padre mío!
¿Cómo he de alzar la cabeza,
mirando mi desvarío,
a tu piedad y grandeza?
¿Y cómo padre te llamo,
que con esto más me infamo?
Saca esa espada, señor,
castiga mi loco error,
ya que tu sangre derramo;
mira lo que al cielo obliga
haber querido vivir
dándote tanta fatiga,
y mira si me castiga,
que a tus pies vengo a morir;
mira si mi vida infama,
porque acabar intenté
la tuya con falsa fama,
que los hierros que te eché
muriendo sirven de cama.
Ya, buen padre, estás vengado;
yo en efeto castigado;
si tirano tuyo he sido,
sola una cosa te pido,
y por haberme engendrado,
y es que me des tu perdón,
y para morir contento
tu paternal bendición.

ANSELMO. Tu justo arrepentimiento
me enternece el corazón;
el cielo te dé a mi ruego
lo que me pides a mí.

TEODORO. Señora, yo estuve ciego;
conozco que os ofendí,
loco de amoroso fuego.
Mil cosas os levanté
inducido del demonio:
todo testimonio fué,
y desto da testimonio
que a vuestros pies acabé.
Esos beso, y perdón pido.

LAUDOMIA. Con el pecho enternecido,
Teodoro, te doy perdón.

ANSELMO. Llevarte al hombro es razón,
como cordero perdido.
Ven, hijo, que por ventura
te dará remedio el cielo,
dando a tus heridas cura.

TEODORO. Tragaráme vivo el suelo.

ANSELMO. Sube, y la vida procura.

LAUDOMIA. ¡Qué buena carga!
Extremada;
la de un pródigo perdido,
que al cielo el cobrarle agrada,
de un ángel fuera llevada,
que es pecador convertido.

(*Llévanle en hombros y sale el* REY DE BISERTA *con sus mozos. y* TIBALDO *y* ALBANO *tras ellos, peleando.*)

REY.

A tomar el castillo vení todos.
Yo pondré sobre el muro tus banderas.

ARMINDA.

Y yo también.

REY.

Subid conmigo.

FLORISEO.

Vamos.

TIBALDO.

¡Oh, traidores! ¿Habéis desamparado
a Teodoro, que os trujo por remedio,
y tomáisle la tierra ahora al Duque?
Sois bárbaros al fin.

ALBANO.

Grande vitoria
había sido, capitán la tuya,
muertos tantos rebeldes en el campo,
si los moros no hicieran lo que han hecho.

TIBALDO.

Oye, que ya se asoman en el muro,
y plantan de Almelique la bandera.

REY.

Dadme la tierra, sardos, libremente,
o desde aquí derribaré los muros
de la ciudad, sus casas y palacios,
con esta artillería que aquí tengo.

FLORISEO.

Eso no harás, que yo soy Floriseo,
y es mía aquesta tierra.

REY.

¿Qué me dices?
¿No fuiste tú el cautivo del Alcaide?
¿Y ya no estaba muerto Floriseo?

FLORISEO.

Por fama estuvo muerto, y fué cautivo;
la vida me has debido, bien lo sabes.
Déjame libre, bárbaro, mi tierra,
o desta almena arrojaré tu cuerpo.

REY.

Detente, Floriseo, que si entonces
me diste vida, no es razón que ahora
yo te la quite, y que tu tierra usurpe.
Dame esos brazos, que por Alá santo
de ser tu amigo y de rendirte parias.

FLORISEO.

Con esa condición yo soy tu amigo.

ALBANO.

¿Es posible que tú eres Floriseo?

FLORISEO.

Allá sabrás de espacio mi suceso.

ALBANO.

¿Hay caso más extraño? ¡Ah, ciudadanos!
¡Oí, oí: vuestro señor es vivo!
Decildo al Duque.

TIBALDO.

Milagroso caso!
Alégrate, ciudad, con este día,
en que todos tus daños recuperas:
ya es muerto el vil Teodoro, ciudadanos,
y en su lugar su hermano resucita:
Mirad que es vivo vuestro amado Príncipe.

(Bajen los moros, y FLORISEO *y* ARMINDA.*)*

REY.

¿Que tú eras Floriseo?

FLORISEO.

Rey, yo he sido,
que por librar mi padre de la cárcel,
y mi querida patria de un tirano,
vengo en la forma que me ves.

ALBANO.

¡Oh, Príncipe!

TIBALDO.

¡Oh, mi famoso dueño, a tus pies tienes
a Tibaldo y a Albano.

FLORISEO.

¡Albano amigo,
capitán valeroso!

ALBANO.

No pudiera
ser dicha para mí de mayor gusto,
aunque hallara mi hija desdichada,
que este en que veo tu vitoria y vida.

FLORISEO.

¿Qué estimaras hallar tu hija?

ALBANO.

En tanto,
que te diera esta vida por albricias.

FLORISEO.

Arminda, ¡llega!

ALBANO.

¿Cómo llega?

ARMINDA.

Dame,
padre y señor, tus pies.

FLORISEO.

Sólo a su padre
se ha de humillar ansí quien es mi esposa.

ALBANO.

Hija del alma mía, estos abrazos
son como padre; ahora, de rodillas,
como señora, me daréis las manos.

TIBALDO.

Oí, que suena gente por el monte.

FLORISEO.

¿Son moros?

ALBANO.

No, señor,

TIBALDO.

A punto ponte.

(El DUQUE *con el hijo tirano al hombro, y la* DUQUESA.)

ANSELMO. ¡Hijo, presto llegarás;
ten ánimo!

TEODORO. Padre mío,
mira que cansado estás.

FLORISEO. ¡Oh, notable desvarío,
cual no se ha visto jamás!
Padre, ¿a quién traes ansí?

ANSELMO. Como tu vitoria vi
del tirano castigado,
hele subido a sagrado,
que esté seguro de ti.

TEODORO. Hermano, ¿podré bajar?

FLORISEO. Bajen tus pesares, bajen

(Bájele.)

dese divino lugar,
pues te ha valido la imagen
a que te fuiste a abrazar.
Baja, y la piedad te venza,
de que has estado tan falto (1);
a decir tu error comienza,
porque ponerte tan alto
es traerte a la vergüenza.
En esos pies te bastaba,
y aun esos no merecías..

TEODORO. Hermano, esta vida acaba,
aunque ya mis pocos días
mejor es que viva esclava.
Déjalos, para que pueda
llorar mi duro castigo.

FLORISEO. Si alguna, infame, te queda,
como a humillado enemigo,
por muerto se te conceda.
Llevalde luego de aquí.
Padre, ¿de qué triste estás?

ANSELMO. De que le trates ansí.
Perdónale y me darás

(1) Texto: "tan alto".

la vida que yo te di.

FLORISEO. No era menester abono
para saber tu nobleza,
que de tu valor pregono;
a quien diste tú cabeza
doy mis brazos y perdono.
Arminda es ya mi mujer,
Albano segundo padre;
a Tibaldo quiero hacer,
por defensor de mi madre,
sostituto de mi ser.
Doile la gobernación
de Córcega, y al villano
armas, nobleza y blasón,
su aldea, con monte y llano.

ROTUNDO. Bien puedo ponerme un don.

TIBALDO. Dadnos esos pies a todos.

FLORISEO. Besad a Arminda la mano,
que lo debéis de mil modos,
y también sabéis que Albano
es mi sangre y de los godos;
y si viniere (1) Teodoro,
irá de aquí desterrado,
y tú, Amelique, rey moro,
mira que estás obligado
a las parias, plata y oro.

REY. Dame el pasaje seguro,
que las que Teodoro daba
vendrán cada año a tu muro.

FLORISEO. ¡Jura a Alá!

REY. Aquesto bastaba;
pero a Alá digo que juro.

FLORISEO. ¡Pues alto! Padre y señor,
vamos donde descanséis;
y vos que con el valor
a los romanos vencéis,
y dais a Cerdeña honor,
ya sois Reina y no Duquesa.

LAUDOMIA. Hijo, tu corona es esa,
y de tu Arminda querida.

ARMINDA. Vuestra, señora, es mi vida.

ANSELMO. ¡Qué glorioso fin de empresa!
Ven, y serás coronado
por Rey que a todos remedia,
y que honrando queda honrado.

FLORISEO. Aquí acaba la comedia
del tirano castigado.

FIN DE LA COMEDIA DEL TIRANO CASTIGADO

(1) Texto: "si viviere".

ERRATAS ADVERTIDAS

PÁGINAS	LÍNEAS	DICE	DEBE DECIR
9, a	9	corrida ds	corrida de
17, b	14	en despertando un	en despertando, un
20, a	15	es esto	es esta
23, b	37	[Debe quedar dividido así]:	CLOR. Malditas sean todas. ALCINA. Tú lo seas y ellas no. CLOR. Viejas y feas pues son, Alcina, infinitas.
24, a	9	es huido	es lindo
27, b	34	Como un mes	Coma un mes
61, a	10	Así lo dice.	¿Así lo dice?
70, a	34	prndencia	prudencia
87, b	27	LUDOICO	LUDOVICO
114, b	última	en diferente	es diferente
131, a	última	Ycon	Y con
137, b	27	veros	versos
142, a	15	honor, Ramiro	honor Ramiro
147, b	2	[falta]	RAMIRO
202, a	30	aqueste	aquesto
222, a	28	enemigos esta	enemigos, esta
235, b	5	a morir; mas encubierto	a morir más encubierto
261, a	45	que agradecido? su amor. Pues	o... que agradecido su amor? Pues
266, b	29	El señor más cortés	El ser más cortés.
269, a	29	Incultas esperanzas	Incultas asperezas
272, b	23	no daba	me daba
290, b	8	guto	gusto
326, b	20	quiso	quiero
332, a	23	en é	en él
332, b	1	pesó	paso
340, a	18	el cielo	al cielo
355, b	10	hipocrifo	hipogrifo
399, a	41	mejores,	mejores
402, a	8	perdona, Galindo, trae	perdona. Galindo trae
406, b	3	Alto, Gaspar	Alto, gastar
421, a	34	me has dado,	me ha dado
424, b	36	Teófilo	Teofilo
439, a	33	colosía	celosía
449, a	32	*suya*	*saya.*
457, a	10	señora, de	señora de
460, a	34	¿Cómo es así?	¿Cómo así?
464, b	14	duplícase	duplicase
465, a	39	posición	oposición

PÁGINAS	LÍNEAS	DICE	DEBE DECIR
476, a	30	visitarte	visitarle
478, a	32	Daina	Diana
496, a	31	¿dónde vas	¿dónde vas?
534, b	9	¡Qué no puedes!	¿Qué no puedes?
557, a	18	cien velas	Cien velas
558, a	32	[falta]	PALADIO
577, a	26	vendido	rendido
597, b	8	puedieran	pudieran
598, b	33	olvidara	olvidará
609, a	3	...mal. si no trae	...mal, si no trae.
610, b	17	ya	y a
635, a	28	mostráis	mostréis
636, a	9	mis deshonra	mi deshonra
657, b	17	escasa	escala
663, b	20	vengaza	venganza
664, b	27	tenga	tengo
668, b	2	en mí, señora,	en mi señora,
679, b	44	casa	caza
681, a	22	burlas	bulas
689, a	7	verte?	ver?
691, b	46	alvierte	advierte.
696, b	39	hilalgo	hidalgo
" "	42	aprovechó Leonido	aprovechó, Leonido.
699, a	8	pegue	pague
705, a	35	en secreto	un secreto
708, b	35	queré	quedé
709, a	12	Estela.	Estela
710, a	6	*calacillas*	*calcillas*
729, a	46	ALMINDA	ARMINDA
" b	7	concer	conocer
" "	35	castigues	castiguen
736, b	36	y de que algunos	y de algunos
742, b	30	Arminda	Armindo

El P. José Acosta y su importancia en la literatura científica española, por D. José Rodríguez Carracido, 4.º, rúst., 3 pesetas.

Biografía y estudio crítico de Jáuregui (*accésit*), por D. José Jordán de Urríes, 4.º, rústica, 4 pesetas.

Luis Barahona de Soto, por D. Francisco Rodríguez Marín, 4.º, rúst., 15 pesetas.

Gramática y Vocabulario, de las Obras de Gonzalo de Berceo, por D. Rufino Lanchetas, 4.º, rúst., 20 pesetas.

Rinconete y Cortadillo, por D. F. Rodríguez Marín, 8.º, rúst., 8 pesetas.

La Tía fingida, por D. Julián Apráiz (*accésit*), 8.º, rúst., 6 pesetas.

El Casamiento engañoso y Coloquio de los perros, por D. Agustín G. de Amezúa, 4.º, rústica, 15 pesetas.

Pedro Espinosa, por D. F. Rodríguez Marín, 4.º, 2 tomos, 16 pesetas.

Cantar de Mio Cid, por D. Ramón Menéndez Pidal, 8.º, 3 tomos, rúst., 40 pesetas.

Juan Rufo, Jurado de Córdoba (*accésit*), por D. Rafael Ramírez de Arellano, 8.º, rúst., 8 pesetas.

Ambrosio de Morales, por D. Enrique Redel (*accésit*), 8.º, rúst., 6 pesetas.

El Bachiller Diego Sánchez de Badajoz (*accésit*), por D. José López Prudencio, 8.º, rúst., 6 pesetas.

BIBLIOTECA SELECTA DE AUTORES ESPAÑOLES

La Araucana de D. Alonso de Ercilla, por don Antonio Ferrer del Río, 2 tomos, rúst., 7,50 pesetas.

Comedias escogidas de D. Juan Ruiz de Alarcón, por D. Isaac Núñez Arenas, 3 tomos, rúst., 9 pesetas.

Teatro escogido de D. Pedro Calderón de la Barca, por D. Patricio de la Escosura, 2 tomos, rúst., 6 pesetas.

Farsas y Eglogas, de Lucas Fernández, por D. Manuel Cañete, un tomo, rúst., 3 pesetas.

Teatro completo de Juan del Encina, por don M. Cañete y D. Francisco Asenjo Barbieri, un tomo, rúst., 3 pesetas.

Obras de Lope de Rueda, por D. E. Cotarelo y Mori, 2 tomos, rúst., 7 pesetas.

Poesías de Baltasar del Alcázar, por D. F. Rodríguez Marín, un tomo, rúst., 3,50 pesetas.

Guerra de Cataluña, de D. F. Manuel de Melo, por D. Jacinto Octavio Picón, un tomo, rúst., 3,50 pesetas.

Obras completas de D. Juan Ignacio González del Castillo, por D. Leopoldo Cano, 3 tomos, rúst., 10,50 pesetas.

Poetisas españolas, por D. Manuel Serrano y Sanz, 2 tomos, rúst., 7 pesetas.

Calila y Dimna, por D. José Alemany, un tomo, rúst., 3,50 pesetas.

Poesías escogidas de Manuel del Palacio, prólogo de D. Jacinto Octavio Picón, un tomo, rústica, 3,50 pesetas.

RETRATO AUTÉNTICO DE CERVANTES EN FOTOTIPIA DEL TAMAÑO DE LA TABLA ORIGINAL, a 2 pesetas ejemplar.





